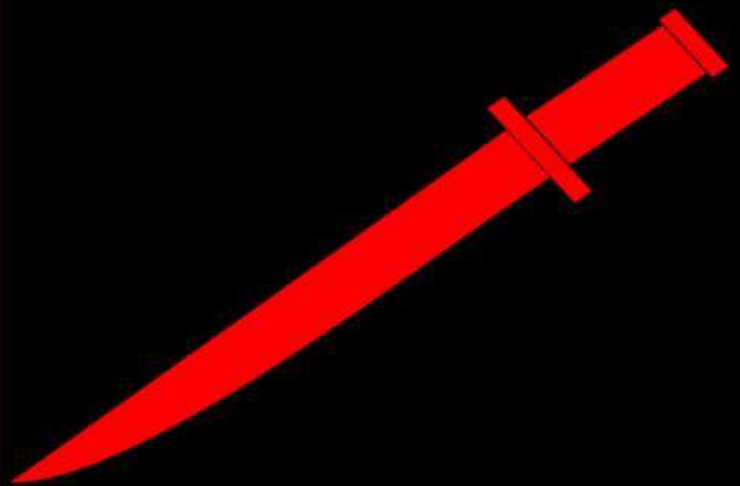


ENCICLOPEDIA DEL CRIMEN Y EL SADISMO



ERLANTZ GAMBOA

ENCICLOPEDIA DEL CRIMEN Y EL SADISMO

ERLANTZ GAMBOA

Editorial: LEER-E 2006

2011

INDICE

PAG.

ASESINOS SERIALES

- 6.- Henri Désiré Landru. **(Francia)**
- 8.- Thierry Paulin, "El Monstruo de Montmartre" **(Francia)**
- 12.- Andrei Romanovich Chikatilo. **(Union Sovietica)**
- 18.- Patrick Kearney "El asesino de la bolsa de basura" **(Estados Unidos)**
- 22.- Carl Eugene Watts "El Apuñalador del Domingo por la Mañana" **(Estados Unidos)**
- 30.- William George Bonin "El asesino de la autopista" **(Estados Unidos)**
- 32.- Volker Eckert "El camionero asesino" **(Alemania)**
- 43.- Jack el Destripador. **(Inglaterra)**
- 50.- Arthur Shawcross. **(Estados Unidos)**
- 82.- Gary Leon Ridgway. **(Estados Unidos)**
- 114.- Anatoly Onoprienko. **(Ucrania)**
- 130.- Ted Bundy. **(Estados Unidos)**
- 155.- David Berkowitz. "El Hijo de Sam" **(Estados Unidos)**
- 169.- Bruno Lüdke. "Bruno 'El Tonto'" **(Alemania)**
- 172.- Dean Arnold Corll. "Candy Man" **(Estados Unidos)**
- 177.- Joel David Rifkin. "Joel el destripador" **(Estados Unidos)**
- 184.- Manuel Delgado Villegas. "El arropiero" **(España)**
- 202.- Peter Sutcliffe. "El destripador de Yorkshire" **(Inglaterra)**
- 230.- John Wayne Gacy, Jr. "El Payaso Asesino" **(Estados Unidos)**
- 251.- Peter Kudzinowski. "Asesino de niños" **(Estados Unidos)**
- 252.- Dennis Rader. "El asesino BTK" **(Estados Unidos)**

CANIBALISMO Y NECROFILIA

- 262.- Armin Meiwes. **(Alemania)**
- 268.- José Luis Calva Zepeda. "El Poeta Caníbal o El caníbal de la Guerrero" **(México)**
- 284.- Anthony Morley. "El caníbal de Leeds" **(Inglaterra)**
- 285.- Albert Fish. "El verdadero Hannibal Lecter" **(Estados Unidos).**
- 308.- Katherine Mary Knight. "La Hanna Lecter de Australia" **(Australia)**
- 312.- Robert Maudsley. "Hannibal the Cannibal" **(Inglaterra)**
- 314.- Alferd Packer. "El primer caníbal norteamericano" **(Estados Unidos)**
- 315.- Issei Sagawa. "La demencia caníbal" **(Japón)**
- 328.- Francisco García Escalero. "El mendigo asesino" **(España)**
- 339.- Tsutomu Miyazaki. "El Come niños" **(Japón)**
- 349.- Dorangel Vargas Gomez. "El Comegente" **(Venezuela)**
- 351.- Dennis Nilsen. "El asesino de Muswell Hill" **(Inglaterra)**
- 381.- Edmund Kemper. "El Gigante de Santa Cruz" **(Estados Unidos)**
- 423.- Jerry Brudos. "The Lust Killer" **(Estados Unidos)**
- 435.- John Reginald Christie. "El estrangulador de Rillington Place" **(Inglaterra)**
- 484.- Edward Theodore Gein, "Ed Gein La Masacre en Texas" **(Estados Unidos)**

VAMPIROS Y SATANICOS

- 507.- Peter Kürten. "El vampiro de Düsseldorf" **(Alemania)**
- 572.- Enriqueta Martí. "La vampira de Barcelona" **(España)**
- 592.- John George Haigh. "El vampiro de Londres" **(Inglaterra)**
- 616.- Wayne Clifford Boden. "El vampiro violador" **(Canadá)**

- 618.- Nicolas Claux. "El Hombre Lobo de París" (Francia)
623.- Nikolai Ogolobyak (Rusia)
626.- Daniel y Manuela Ruda. "Los Vampiros de Alemania" (Alemania)
630.- Richard Chase "El vampiro de Sacramento" (Estados Unidos)

MASACRADORES y SPREE KILLERS

- 633.- Seung-Hui Cho. "La Masacre de Virginia" (Estados Unidos)
643.- Richard Wade Farley. "El asesino de la oficina" (Estados Unidos)
645.- Campo Elías Delgado. "La Masacre de Pozzetto" (Colombia)
664.- Colin Ferguson. "El asesino del tren de Long Island" (Estados Unidos)
666.- Kip Kinkel. "La masacre de Springfield" (Estados Unidos)
668.- Theodore-Kaczynski. "The Unabomber" (Estados Unidos)

ENVENENADORES

- 684.- Anna Marie Hahn. "Anna Arsénico" (Estados Unidos)
686.- Francisca Ballesteros: "Paqui: la envenenadora de Mellilla" (España)

MONSTRUOS

- 692.- Juan Díaz de Garayo Ruiz de Argandoña. "El Sacamantecas" (España)
719.-Manuel Blanco Romasanta. "El hombre lobo de Allariz" (España)
743.- Charles Manson. "La Familia" (Estados Unidos)
765.- Albert de Salvo "El estrangulador de Boston" (Estados Unidos)

SEUDORELIGIOSOS

- 783.-Glenn Taylor Helzer. "El profeta de la muerte" (Estados Unidos)
785.- Jim Jones. "La masacre de Guyana" (Estados Unidos)
799.- Jeffrey Don Lundgren. "El Profeta de la Segunda Venida de Cristo" (Estados Unidos)

MEDICOS Y ENFERMERAS

- 804.-John Bodkin Adams. "El médico asesino" (Inglaterra)
831.- Harold Shipman. "El doctor muerte" (Inglaterra)
844.- Beverley Allitt. "El ángel de la Muerte" (Inglaterra)

MUJERES ASESINAS Y VIUDAS NEGRAS

- 846.-Aileen Wuornos. "La venganza de una asistente sexual" (Estados Unidos)
855.- Belle Gunness. "La Señora Barba Azul" (Estados Unidos)
875.- Nannie Doss. "La alegre viuda negra" (Estados Unidos)

MÉTODOS POCO CONVENCIONALES

- 882.-Sylvestre Matuschka. "El descarrilador" (Austria-Húngria)
891.- Sadamichi Hirasawa. "El Ladrón envenenador" (Japón)
895.- Julio González. "El incendiario de la discoteca" (Cuba-Estados Unidos)

FÓBICOS, VIOLADORES Y PEDERASTAS

- 904.- Luis Alfredo Garavito. "La Bestia" (**Colombia**)
951.- Richard Ramirez. "The Night Stalker" (**Estados Unidos**)
963.- Robert "Bob" Berdella. "El Carnicero de Kansas" (**Estados Unidos**)
972.- Juana Barraza. "La Mataviejitas" (**México**)
994.- Pedro Alonso López. "El Monstruo de los Andes" (**Colombia**)
1007.- Randy Steven Kraft. "El asesino de la autopista" (**Estados Unidos**)

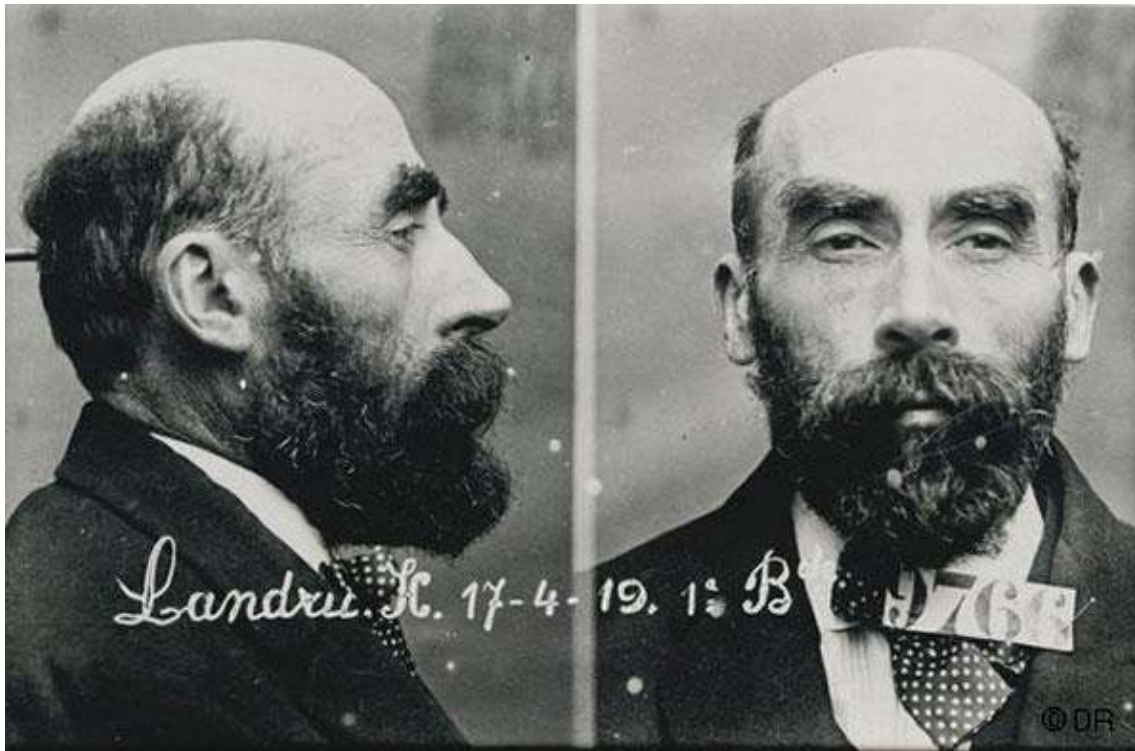
NIÑOS ASESINOS

- 1011.- Cayetano Santos Godino. "Petiso orejudo" (**Argentina**)
1035.- Mary Flora Bell. "La Niña asesina" (**Inglaterra**)
1041.- Brenda Ann Spencer. "Masacre en la escuela". (**Estados Unidos**)

CRIMENES SIN RESOLVER

- 1044.- El asesino del Zodiaco. (**Estados Unidos**)

HENRI DESIRE LANDRU



1919, fue el año en que se detuvo a un asesino en serie: El Barba Azul de Gambais. Su nombre real era Henri Desire Landru y puede que sea el mayor asesino en serie de la historia. Asesinó oficialmente a 11 mujeres, pero podría estar detrás de 200 asesinatos. La policía se quedó pasmada ante su caso. No se entendía como una persona –al que llamaban caballero- podía matar a tantas personas por un motivo incomprensible. Era uno de los primeros casos de asesino en serie de los que se tenía constancia en Europa. ¿Estaba loco? ¿Por qué lo hacía?

Antes conozcamos algo sobre su pasado. Henri-Désiré Landru nació en París en 1869. Se casó con su prima, se dice que fue una unión no deseada, aunque se sospecha que fueron obligados a casarse por razones obvias, lo que lo convirtió en alguien desdichado; al menos eso es lo que cuentan.

Un perfecto caballero e inventor. Escondía su lado psicópata tras una delicada apariencia de perfecto caballero, su esposa lo describía como dulce, amable, atento, aseado y bien vestido, no fumaba ni bebía. Al parecer, los primeros años de su familia fueron los más felices.

Era un hombre que se aseguraba su futuro trabajando mucho. Tenía una inquisitiva mente para inventar cosas, especialmente las relacionadas con la mecánica. Tal es el caso de una bicicleta a motor que el mismo diseñó.

¿Llegó al éxito? Parece que no, y esa es la razón de que se sintiera fracasado y al punto del trastorno. En repetidas ocasiones fue a parar a la cárcel acusado de estafa. Su padre viudo, al que se le describe como un hombre humilde pero de moral firme, terminó suicidándose, afectando enormemente a Landru.

El nuevo año 1914 marca el inicio de una nueva era, la guerra destroza familias y en París sólo quedan las entristecidas viudas. Landru da rienda a sus malos pensamientos y comienza a anunciarse en los periódicos como un viudo en busca de amor. Cientos de mujeres viudas desconsoladas le responden. Las mujeres quedan impresionadas antes sus muchas cualidades, es cariñoso, delicado, afable, un caballero perfecto.

En los siguientes cuatro años, una a una Landru lleva a su estanque a las diez viudas, y les quita la vida. Se deshacía de los cuerpos quedándolos en el fogón de la cocina de una casa que compró en el campo, finalmente lo descubrieron como decíamos al principio en 1919.

Más datos de mujeres desaparecidas en aquellos años, y los restos encontrados en su casa, llevó a algunos policías pensar en que tras aquellos 200 asesinatos estaba la mente retorcida de Landru.

En febrero de 1922, fue castigado en la guillotina, el misterio de aquel hombre tan educado, el asesino de viudas quedó sin resolverse. Landru era como cualquier persona, pero hizo historia por sus insondables motivos que los llevaron a convertirse en el asesino de viudas.

THIERRY PAULIN



Thierry era un asesino salvaje: alcanzó la terrible cantidad de ocho mujeres brutalmente golpeadas y asesinadas en tan sólo cinco semanas.

El 5 de octubre de 1984 dos hombres atacaron a una anciana de 91 años robándole todos sus ahorros tras atarla, amordazarla y golpearla. Cuando la encontraron, su estado de nervios era tal que fue incapaz de proporcionar una descripción de los agresores.

Ese mismo día otra anciana de 83 años era atacada en un distrito vecino, pero la mujer no contó con tanta suerte como la anterior, pues la atacaron golpeándola fuertemente y la asfixiaron posteriormente con una almohada robándole la pequeña cantidad de 200 francos. El cadáver fue encontrado atado con la cuerda de una cortina.

Cuatro semanas más tarde fue hallada otra mujer, esta vez de 89 años, asfixiada con una bolsa de plástico y a la que le faltaban unos 500

francos y un reloj valorado en 300 francos.

A partir de ahí los crímenes se volvieron más violentos y de una crueldad extrema. La siguiente víctima fue una maestra jubilada de 71 años, quien tras ser amordazada y maniatada con un cable, fue golpeada con tal fuerza que tenía la nariz y la mandíbula rotas. Habían utilizado una bufanda para estrangularla. La autopsia revelaría posteriormente que la mayoría de los huesos de la parte derecha del cuerpo se hallaban destrozados. El asesino se llevó unos 10,000 francos.

Dos días después se encontró un nuevo cadáver. Una mujer, de 84 años, había recibido varios golpes en el rostro, luego le dieron una mortal paliza y la torturaron hasta la muerte. Tenía la boca y la garganta abrasadas por ácido; la habían obligado a ingerir sosa cáustica, quizá para que confesara dónde guardaba el dinero. Se calcula que el botín fue de unos 500 francos.

Así continuaron los crímenes en días sucesivos hasta alcanzar la terrible cantidad de ocho mujeres brutalmente golpeadas y asesinadas en tan sólo cinco semanas.

La policía apenas podía realizar la inspección ocular del lugar de un crimen cuando ya se le notificaba de otro caso.

Buscando al asesino

Los asesinatos de ancianas de Thierry habían causado revuelo en todo París y la población, indignada, efectuó manifestaciones publicas de protesta ante las cuales la Policía incrementó la vigilancia fuertemente.

El robo de dinero parecía ser el único móvil de aquellos crímenes brutales, pero las cantidades eran tan ridículas que la policía pronto desechó la idea. Cuando la policía parisina intentó trazar un perfil del asesino de ancianas le resultó muy complicado, pues

aquellos crímenes no encajaban en ningún modelo conocido. El asesino no tenía móvil sexual, pero sí era desconcertante el sadismo y la brutalidad demostrados en los crímenes. Los investigadores dedujeron en seguida que se trataba de una persona sin empleo fijo, debido a las horas en que se cometieron los asesinatos, y que ésta tenía una buena presencia física o que era una persona “encantadora” a primera vista, pues nunca se hallaron cerraduras forzadas ni puertas golpeadas. Por las heridas de las víctimas, también pensaron que se trataba de alguien joven y robusto, pero todo eso no era suficiente para atrapar con rapidez al asesino reincidente.

Los asesinatos de las ancianas se convirtieron en el tema de conversación principal de todo París y provocaron las protestas y manifestaciones de la población en contra de los delitos violentos. Poco a poco el pánico comenzó a extenderse por la ciudad y se tomaron medidas de emergencia, como un espectacular despliegue de policías procedentes de varios departamentos en las zonas que el asesino acostumbraba frecuentar, teléfonos de socorro por si alguien veía algo extraño, asesoramiento destinado a las personas mayores, etc.

En el verano de 1986, dos años después de su comienzo, el asesino había acabado con la vida de dieciséis ancianas, hasta que pasó un período sin que se cometiese ningún crimen de ese tipo en la zona. Los agentes no podían llegar a sospechar siquiera que el asesino en serie tan temido se encontraba por aquel entonces entre rejas detenido por venta de cocaína. Ese hombre se llamaba Thierry Paulin.

· Cómo se creó el monstruo

Thierry Paulin nació el 28 de noviembre de 1963 en la isla caribeña de La Martinica, y al poco tiempo de su nacimiento su padre abandona la familia. Su madre, de 17 años, lo envió con su abuela quien dirigía un restaurante y no tenía tiempo para atender a su nieto; pasó los primeros años de su vida desprovisto de todo afecto familiar, convirtiéndose en un muchacho difícil y violento.

Thierry creció sin afecto y, en los inicios de su vida adulta, empezó a mostrar su homosexualidad y a dar shows travestis. Fue con su primer novio, tras quedarse sin dinero, que empezó a delinquir de forma sistemática. Su predilección por las mujeres mayores nunca fue explicada. Tal vez su niñez estuvo poblada de ancianas que no cesaban de juzgarlo y corregirlo, y quiso liberar a París de aquellas odiosas mujeres.

Unos años después su madre se casa con otro hombre y tiene tres hijos con él, pero el hombre pronto se cansa del carácter de Thierry y lo envía a Francia con su verdadero padre, lejos de la familia. Pero éste también estaba casado y con dos hijos, por lo que tuvo que aprender a integrarse en una nueva familia, sin tan siquiera conocer a ese señor que decía ser su padre.

A los 18 años, cuando se encontraba haciendo el servicio militar, entró en un supermercado y después de amenazar a la propietaria con un cuchillo de carnicero huyó con todo el dinero de la caja. La mujer logró identificarlo, Thierry fue detenido y pasó una semana en la cárcel.

Al acabar el servicio militar, Thierry se instaló en París, integrándose rápidamente a la comunidad de homosexuales y consiguió un empleo en un club nocturno especializado en shows travestis. Allí conoció a su primer compañero sentimental Jean Mathurin.

En ese local Thierry hacía a veces actuaciones travestis, e incluso invitó a su madre a ver el espectáculo; quien impresionada de ver a su hijo con ropas de mujer se retiró antes de que acabase, rechazando así su homosexualidad.

Mientras tanto, Thierry y su novio decidieron irse a vivir juntos y se instalaron en un hotel. En aquella época la pareja vivía con todos los lujos posibles, comían en restaurantes

lujosos y se dejaban ver en todas las fiestas y clubes de moda. Pero el dinero se les acabó pronto y la buena vida con él, entonces comenzaron las crisis de pareja, las escenas de celos y las discusiones.

Se vieron obligados a buscar un alojamiento más barato ya que tenían muchas deudas, así que Thierry se vio forzado a cometer pequeñas estafas, a traficar con drogas y a robar tarjetas de crédito para buscarse la vida y pagar sus numerosas deudas acumuladas.

En París vivía de noche en clubes donde a nadie le extrañaba su comportamiento, y allí podía asesinar una y otra vez sin despertar la curiosidad de nadie.

Su predilección por las mujeres mayores nunca fue explicada. Tal vez su niñez estuvo poblada de ancianas que no cesaban de juzgarlo y corregirlo, y quiso liberar a París de aquellas odiosas mujeres.

Su constante preocupación era llamar la atención de los demás, estar siempre rodeado de gente e invitarlos a sus fiestas, lo que le proporcionaba gran cantidad de amigos de conveniencia ganados a base de comprarlos con alcohol y cocaína. De hecho, una vez en la cárcel, Thierry se dedicaba a recortar las notas de prensa que hablaban de él. Siempre narcisista, su aspecto físico continuó siendo su gran obsesión.

Antes de ser encarcelado se le habían tomado unas muestras de sus huellas dactilares, pero por aquel entonces los sistemas informáticos de que disponía la policía eran bastante limitados, por tal motivo eran los mismos agentes los que realizaban la dura y larga tarea de comparar todas las huellas digitales. Para empeorar las cosas, Thierry había sido arrestado no en París, sino en otro distrito, y las huellas las habían guardado en otros archivos. Además, el delito por el que había sido inculcado no requería el cotejo en los mismos archivos con las huellas de los inculcados por delitos de agresión u homicidio; por el momento ninguna prueba lo inculcaba, y nadie podía imaginar que ese hombre era el asesino de las dieciséis mujeres.

.

Cómo se logró encontrar a Thierry

Cuando Thierry obtuvo la libertad tras estar doce meses entre rejas por venta de drogas, reanudó su vida y sus viejas costumbres. Una de ellas, fue la de seguir asesinando; mientras, la policía de París seguía investigando los crímenes.

Pero esta vez los agentes contaban con un as en la manga: la primera víctima de Thierry, la señora de 91 años a la que había atacado para robarle sus ahorros, se había ido recuperando del trauma y tres años después les proporcionó una detallada descripción del agresor.

Cuando lo apresaron, describió con indiferencia absoluta sus crímenes. La vida humana no tenía valor para él. *“Yo sólo ataco a los débiles”*, dijo cruelmente. Pero al final el débil fue él, muriendo de sida en su celda cuando apenas tenía 26 años...

Inmediatamente se distribuyó su retrato robot (hablado) por todas las comisarías de París y sus alrededores y al poco tiempo Thierry era identificado y detenido.

Tras comprobar que sus huellas correspondían con las tomadas en los lugares de los crímenes, fue interrogado sin interrupción durante cuarenta y tres horas seguidas por la Brigada Criminal, y terminó confesándose autor de más de 20 crímenes.

Lo que dejó atónitos a los policías, era la indiferencia con la que Thierry describía los mismos, absolutamente incapaz de comprender la terrible gravedad de lo que había hecho. Para él, la vida de un ser humano carecía por completo de valor.

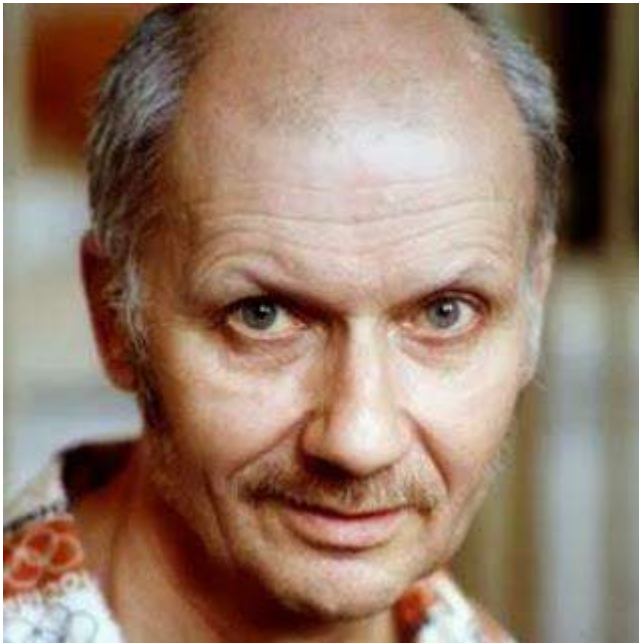
Las razones que llevaron a Thierry a cometer aquellos crímenes continúan siendo un misterio, por lo que los psiquiatras tuvieron que hacer un retroceso a su infancia para tratar de ver más claro.

En realidad jamás tuvo un hogar, ni una familia que le quisiese y se preocupase por él. Antes de llegar a la adolescencia ya lo habían custodiado tres personas: su abuela, su madre y luego su padre, pero todos se lo fueron quitando de encima poco a poco, lo que Thierry interpretó como un rechazo. Por otra parte, su inclinación homosexual había despertado un desprecio general en su entorno. Privado de todo cariño, no sentía hacia los mayores ningún respeto. Se negaba a ser como todos los adultos que conocía, pues eran indignos de su confianza y respeto, y continuó siendo un niño reservado, desafiante y violento. La falta de amor le había endurecido hasta el punto de ignorar el sufrimiento, tanto si él era víctima o agresor, no tenía piedad. Lo demuestran sus posteriores declaraciones a la policía: “Yo sólo ataco a los débiles”.

Acabó confesando que no siempre actuaba solo y que su amante Jean Mathurin había tomado parte en los primeros crímenes.

Finalmente, en el juicio se le acusó por asesinato y robo con violencia en dieciocho ocasiones. Mientras cumplía condena, el 16 de abril de 1989 fallecía en su celda, enfermo de sida cuando sólo contaba con veintiséis años.

ANDREI CHIKATILO



Andrei Romanovich Chikatilo nació el 16 de octubre del año 1936 en Yablochnoye. Nació en una época donde la hambruna invadía la actual Ucrania por todos los costados, causando muertos por doquier, y por supuesto que en el barrio donde vivió su infancia Andrei, también se sufría las consecuencias de la falta de alimentos.

Era tan terrible la situación, que el pequeño Andrei tuvo que ver cadáveres descuartizados por la ciudad, tras ser comidos por otras personas para poder sobrevivir a las condiciones lamentables en las que estaban, ya no solo por la falta de comida, si no por el intenso frío, el

cual conservaba los cadáveres para ser comidos por los aldeanos.

La verdad, que la infancia de Andrei Chikatilo, fue absolutamente terrible, como la de todos los niños de esa época...

Sin embargo el pequeño intentaba llevar una vida normal para un niño de su edad, y para ello fue escolarizado por sus padres. Allí en la escuela, las cosas no le fueron mejor que en la calle, y es que siempre fue marginado por sus compañeros, humillado, y vejado de muchas maneras, lo que le hizo convertirse en un niño casi autista, donde nada quería saber del resto de humanos que lo rodeaban.

En su casa no era un niño maltratado, aunque sufría graves problemas como por ejemplo el de orinarse en la cama hasta los 12 años, o el complejo patológico que tenía con su miopía, y con la aterrante posibilidad de tener que utilizar gafas, esto lo dejaba absolutamente acongojado, y prueba de ello es que hasta los 30 años, no utilizó lentes.

Todo esto unido a que no podía liberar sus hormonas como cualquier joven de su edad, hizo que sus relaciones personales y sexuales con las chicas, fueran de lo más anormal, llegando a eyacular solo con abrazar a una de ellas, algo que obviamente era hasta surrealista.

Sin duda en su infancia, adolescencia, y juventud, se estaba engendrando un monstruo de tomo y lomo, que quizá ni él mismo era consciente de esto.

Quizás para evadirse de sus problemas y no tener pensamientos negativos, decidió ingresar en el ejército soviético, donde estudió el denominado como "marxismo-leninismo", además de ingeniería, y literatura rusa. Tras sus estudios comentados anteriormente, se convirtió en un comunista activo.

En el año 1971, y aprovechando sus buenas dotes para los estudios, consiguió la titulación de profesor, y fue ahí precisamente, donde comenzó a tener una obsesión brutal por las niñas menores de 12 años, a las cuales espiaba y se masturbaba con sus prendas de ropa interior, cada vez que podía.

Llamaba la atención su *modus operandi* a la hora de masturbarse mientras veía a las niñas cambiándose en los vestuarios de la escuela, y es que se introducía la mano en uno de sus bolsillos, y por dentro se tocaba su pene mientras veía a las niñas. Repugnante.

Muy poco tiempo después, y queriendo aparentar que todo en su vida era normal, se casó y como era de prever, tenía muchos problemas relacionados con el sexo, con su mujer. No lograba tener erecciones apenas nunca, aunque si eyaculaciones.

De este modo, Andrei Chikatilo aparentaba ser un esposo ejemplar, un profesor respetado y respetable, y por supuesto un hombre aparentemente bueno, escondiendo su verdadera cara, detrás de unas gafas, las cuales ahora se habían convertido en sus mayores aliadas para aparentar esa doble vida. Tuvo hijos, a pesar de las dificultades a la hora de empalmar en la cama...

Sin embargo sus alumnos a medida que se iban haciendo mayores, comenzaron a faltarle al respeto, ya que lo consideraban "afeminado", algo que en la Unión Soviética no era muy bien visto, e incluso a día de hoy ser homosexual está muy mal visto en Rusia, algo que es absolutamente incomprensible...

Era humillado una y otra vez por sus alumnos, los cuales incluso le agredían, y se mofaban de su aspecto de "ganso", ya que los niños decían que tenía los hombros muy largos y con ciertas curvaturas, y que tenía el cuello muy largo.

Estas situaciones, devolvieron la memoria de Andrei, a tiempos pasados nada halagüeños para él, e incluso fue tal el miedo y pavor que cogió a sus alumnos, que comenzó a llevarse un cuchillo a las clases, por si tenía que defenderse.

El 22 de diciembre del año 1978, comenzaría a verse la peor cara posible de cualquier ser humano que se precie, y dicha cara es como no podía ser de otro modo, la del psicokiller...

A continuación os vamos a explicar su *modus operandi*, basándonos en el relato del primer asesinato conocido y consumado por el "*Carnicero de Rostov*".

Andrei buscó a una niña que no superara los 12 años de edad, y como es lógico la encontró, dado que en la Unión Soviética muchos niños vagaban por las calles en busca de alimento, y sin unos padres que pudieran hacerse cargo de ellos, probablemente por estar los mismos muertos.

Andrei encontró dicho día comentado anteriormente, a una niña de 12 años, a la cual la convenció para que la acompañara a su ficticia cabaña, algo que para él era muy fácil de conseguir, ya que su experiencia como profesor, le hizo aprender de sobras, como engatusar a un niño, utilizando sus dotes de docente.

La niña picó en el anzuelo, y acabó con Andrei en el medio de un bosque silencioso y apartado del mundanal ruido.

Le arrancó literalmente la ropa a la menor, y lo hizo con tanta fuerza, que la niña comenzó a sangrar, y esto le provocó a nuestro protagonista de hoy en la web, una erección, después de muchos años.

A partir de ese momento y totalmente confundido con la realidad, asoció la sangre con el placer sexual, ese que durante toda su vida no había sentido, por lo que debía repetir la experiencia, una y otra vez, acumulando un total de aproximadamente 53 cadáveres a sus espaldas, siendo el de esta niña el primero de ellos.

El cadáver de la pequeña, la cual fue brutalmente apuñalada por Andrei, lo encontró la policía dos días después del suceso, en el Río Grushovka.

Fue el primer contacto de Andrei Chikatilo con la sangre, y nunca mejor dicho lo del contacto.

Mientras los cadáveres se iban sumando uno tras otro, la vida de pareja de Andrei y su mujer, cada día que pasaba se iba haciendo más insostenible, en el aspecto meramente sexual, ya que por lo demás Andrei era el marido perfecto.

Su mujer comenzó a darse cuenta, que su marido no se acostaba con ella nunca, y comenzó a recriminarle que porqué no mantenía relaciones sexuales con ella, y qué era lo que estaba pasando. Él siempre le decía lo mismo, que estaba cansado del trabajo y que no tenía ganas de practicar sexo.

En realidad él pensaba, *para qué voy a mantener relaciones con mi mujer, si ya tengo cada día mi dosis de "buen" sexo?*.

Sin embargo su aparente vida normal, se vio truncada el día que fue despedido del colegio donde ejercía como profesor. Al parecer algunos de sus alumnos, lo acusaron de tocamientos varios, por lo que los directivos de la escuela, decidieron prescindir de sus servicios como docente.

Esto lo volvió más loco todavía, ya que ahora tenía un nuevo problema y él mismo que lo atormentó cuando era un niño: la falta de dinero.

Sin embargo tuvo mucha suerte, y a través de un contacto, lo que llamamos como "enchufe", consiguió entrar a trabajar a una fábrica, que además le permitía pasar desapercibido a la hora de buscar a nuevas niñas, ya que en dicha fábrica, le hacían viajar a diario, a poblaciones diferentes.

De entre todos los crímenes que cometió años después, el que resultó más atroz, fue el de la joven prostituta de 17 años, Larisa Tkachenko, de origen ucraniano. A ella fue fácil convencerla de ir a un bosque en el medio de la nada, ya que como es lógico para ella era "un cliente más".

Llegados al lugar, y tras pagarle el correspondiente precio pactado, Andrei no pudo empalmar, y Larisa cometió el que sería el mayor error de su vida, y un error que pocos minutos después, se convertiría en mortal de necesidad.

Ella se rió, ya que no entendía que un hombre de su edad no llegara a tener una erección, a sabiendas que era un bombón como mujer. Ella comenzó a reírse de Andrei, y este perdió por completo los papeles, y la estranguló con todas sus fuerzas.

Una vez ya estaba muerta, comenzó a morderle en la yugular, y le arrancó de cuajo su garganta, para posteriormente correrse en el cadáver de Larisa. Al pasar unos minutos, volvió a ensañarse con el cadáver de Larisa, a la cual le arrancó los pezones a mordiscos, y nuevamente tuvo la correspondiente erección y posterior eyaculación.

Nuestro protagonista de hoy en la web, había ido mucho más allá de engañar a una menor, llevarla a un bosque y matarla para después mantener relaciones sexuales con el cadáver, si no que a todas estas atrocidades, ahora había que añadirle la del canibalismo.

Una de las "señas" de identidad de Andrei como psicokiller de tomo y lomo, fue que literalmente cortaba los ojos a sus víctimas, sobre todo cuando ya había matado a 10 chicas aproximadamente. Fue a partir de ahí cuando comenzó a dejar su particular firma, de mutilación de los ojos, qué atrocidad!.

Seguro que muchos se estarán preguntando ahora, si Chikatilo mató a alguna persona del género masculino, y la respuesta es si, a un pobre niño de 9 años llamado Oleg Podzhivaev, al cual desgraciadamente este desgraciado y valga la redundancia, le arrancó sus genitales, incluyendo los testículos.

Por aquel entonces los medios de comunicación soviéticos, comenzaron a difundir las noticias de los cadáveres mutilados de niños que se iban encontrando por bosques de todo el país, y como es lógico, la población comenzó a alarmarse en demasía, tanto que los investigadores comenzaron a estrechar el cerco al asesino. La presión popular en aquellos momentos, ya era irrespirable, no se podía consentir ninguna víctima más.

La matanza de "*el carnicero de Rostov*" continuaba, y ya no solo asesinaba a niñas pequeñas, si no que incluso a retrasados mentales, a los cuales engañaba con el pretexto de llevarlos a su casa para que no se perdieran. Todo ello como siempre, utilizando su cara de bonachón, escondida dicha cara tras unas gafas de pasta gruesa.

Los investigadores parecía que iban por el buen camino, sin embargo un detalle los dejó completamente desconcertados, y es que Chikatilo comenzó a extirpar los úteros de las niñas, algo que a los investigadores les llevó a pensar que todos los asesinatos eran fruto de algún cirujano experto, ya que los úteros habían sido seccionados de manera muy precisa.

Esto desvió por completo la línea de investigación, siendo en esos momentos los sospechosos, los cirujanos de Rostov, a los cuales se les practicaron registros en sus casas, y todos fueron interrogados uno a uno, sin encontrar por supuesto la policía, al supuesto asesino de Rostov, entre dicho colectivo.

Andrei por su parte seguía a lo suyo, y le había cogido el gusto a eso de matar a niños también, y a los pobres les hacía sufrir lo que no está escrito, seccionándoles a todos ellos sus genitales, aún incluso cuando estaban vivos, a pesar de que en la gran mayoría de casos, estaban inconscientes, pero no porque él no les quisiera hacer sufrir, si no porque

como bien sabemos, solo llegaba al orgasmo cuando su víctima era "carne muerta".

Muchos de esos órganos mutilados los cuales se llevaba como trofeos, jamás fueron encontrados por los investigadores, ya que como él mismo confesó, se los comió, ya que "estaban muy blanditos y jugosos". Qué puto enfermo!.

Era evidente que había que localizar al "Jack el destripador" soviético inmediatamente, y para ello el Instituto Serbsky de Moscú, tuvo una magnífica idea, y fue la de hacer un retrato robot, con la imagen del posible asesino, al cual calificaban de una persona con aspecto normal, y alguien ya entrado en edad, el cual se ganaba fácilmente la confianza de sus pequeñas víctimas.

En aquella época todavía no estaba el estudio sobre el ADN de las personas, sin embargo si pudieron estudiar el semen encontrado en algunos de los cadáveres, y se determinó que la sangre del asesino era del tipo AB.

Tras unas pesquisas más realizadas, y un seguimiento a pie de calle por numerosos policías de paisano, se procedió a la detención de Andrei Chikatilo, el día 14 de septiembre del año 1984. Sin embargo tras realizarle una analítica de sangre, se comprobó que la misma era del grupo A, por lo que a pesar de saber que él era el asesino, fue puesto en libertad por falta de pruebas más contundentes que lo incriminaran en dichos aterradores asesinatos.

Tras detenciones varias por delitos de robo con condenas firmes, finalmente la KGBlo detuvo en 1990, acusado de asesinatos múltiples de menores de edad, lo cual él negaba diciendo textualmente "*no me pueden detener, soy una persona mayor, no puedo ni caminar*".

Finalmente las pruebas médicas confirmaron que el semen encontrado en algunos de los cadáveres, efectivamente pertenecían a nuestro protagonista de hoy. Fue acusado formalmente, de al menos 38 asesinatos, aunque luego él confesó bastantes más.

A continuación vais a poder leer una carta que Andrei Chikatilo le escribió al fiscal, antes de celebrarse el juicio...

Su estrategia de defensa, estaba muy clara...

"Me detuvieron el 20 de noviembre de 1990 y he permanecido bajo custodia desde entonces. Quiero exponer mis sentimientos con sinceridad. Me hallo en un estado de profunda depresión, y reconozco que tengo impulsos sexuales perturbados, por eso he cometido ciertos actos. Anteriormente busqué ayuda psiquiátrica por mis dolores de cabeza, por la pérdida de memoria, el insomnio y los trastornos sexuales. Pero los tratamientos que me aplicaron o que yo puse en práctica no dieron resultados.

Tengo esposa y dos hijos y sufro una debilidad sexual, impotencia. La gente se reía de mí porque no podía recordar nada. No me daba cuenta que me tocaba los genitales a menudo, y sólo me lo dijeron más tarde. Me siento humillado. La gente se burla de mí en el trabajo y en otras situaciones. Me he sentido degradado desde la infancia, y siempre he sufrido. En mi época escolar estaba hinchado a causa del hambre e iba vestido con harapos. Todo el mundo se metía conmigo. En la escuela estudiaba con tanta intensidad

que a veces perdía la consciencia y me desmayaba. Soy un graduado universitario. Quería demostrar mi valía en el trabajo y me entregué a él por completo. La gente me valoraba pero se aprovechaba de mi carácter débil. Ahora que soy mayor, el aspecto sexual no tiene tanta importancia para mí, mis problemas son todos mentales.

En los actos sexuales perversos experimentaba una especie de furor, una sensación de desenfreno. No podía controlar mis actos. Desde la niñez me he sentido insuficiente como hombre y como persona. Lo que hice no fue por el placer sexual, sino porque me proporcionaba cierta paz de mente y de alma durante largos periodos. Sobre todo después de contemplar todo tipo de películas sexuales. Lo que hice, lo hice después de mirar los vídeos de actos sexuales perversos, crueldades y horrores."

A estas alturas de la película, quería ser tratado como un enfermo mental, pero los médicos forenses no le creyeron...

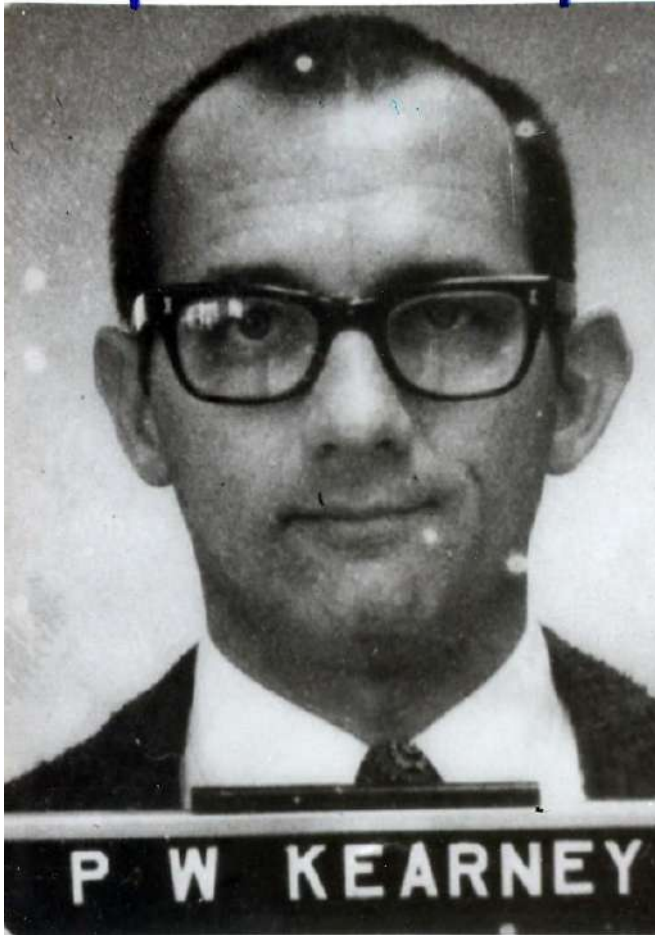
En abril del año 1992, comenzó el proceso judicial contra Andrei Chikatilo "El Destripador Rojo", y él mismo entró en cólera desde su cubículo de metal, y se puso en pie, se bajó los pantalones, se agarró su pene, y fuertemente dijo "*¿pero ustedes creen que yo con esto inservible he podido hacerle eso a esos niños?*".

En ese preciso instante y por primera vez en su vida, todo el tribunal pudo ver la verdadera cara de Andrei Chikatilo, esa que siempre quiso ocultar bajo su apariencia de buena persona. El muy imbécil, fue a elegir el momento menos adecuado, para mostrar su verdadero rostro...

Tras medio año de juicio duro e intenso, donde se mostraron todas las fotos de los cadáveres, totalmente despiezados como si de animales se trataran, Andrei Chikatilo fue condenado a la pena de muerte.

Fue ejecutado en Moscú el 14 de febrero de 1994, mediante un disparo en la nuca.

PATRICK KEARNEY



El asesino de las bolsas de basura.

Aproximadamente a las 5:30 de la tarde, el Domingo 13 de marzo de 1977, John LaMay le dijo a uno de sus vecinos que iría a Redondo Beach a verse con un amigo que había conocido en el gimnasio de Los Angeles al que solía ir. Cuando John no apareció en su casa esa noche ni al día siguiente, su madre llamó a la policía, diciendo que estaba segura de que algo le había sucedido, que su hijo no solía desaparecer así como así. La Policía lo anotó todo, pero para ellos estaba claro que se trataba de otro adolescente que huía de su casa, como tantos.

Cinco días después, el 18 de marzo, los restos de John LaMay, quien era homosexual, fueron descubiertos cerca de una carretera al sur de la población de Corona. Había sido cuidadosamente desmembrado,

todas las partes corporales perfectamente lavadas y drenadas de sangre y cuidadosamente empacadas en cinco bolsas de basura industrial. Cada bolsa fue cuidadosamente sellada con cinta de nylon, y tres de las bolsas habían sido metidas en un tanque de 80 galones, las otras dos estaban en el suelo, cerca del recipiente. No encontraron la cabeza del chico por ninguna parte, pero una marca de nacimiento claramente lo identificaba como John LaMay.

La década de los 70's fue una época confusa en lo que a las cuestiones de libertad sexual se refiere, particularmente para los individuos gays. Sin restricciones, el sexo entre personas del mismo género se salió un poco de control, antes de que las aguas se calmaran un poco y retomara el lugar que le correspondía. Se volvieron populares los baños y salas de masajes para gays, los bares gays, el sexo anónimo en parques y baños públicos. California, y en especial San Francisco, eran vistos como "La Meca" de la naciente y aún inmadura cultura gay. Los chicos huían de casa y muchas veces regresaban, pero a veces esto no sucedía, dejando muchas tumbas sin nombre y a cientos o miles de familias desoladas. Según el psicólogo de Berkeley Michael Evans: "Los homosexuales son una población fácil de abordar de una forma anónima".

Asesinos seriales de gays

Aunque los homosexuales constituyen solamente el 5 por ciento de los asesinos seriales, tienden a matar a mayor número de presas que sus contrapartes heterosexuales, y también

cometen sus crímenes de manera más terrorífica, llegando a extremos increíbles de tortura, mutilación y que tienen cierta predilección por el desmembramiento. De acuerdo al escritor Harold Schechter autor de "The Serial Killer Files", los asesinos seriales gay son más sádicos probablemente debido a la homofobia de la sociedad estadounidense, lo cual hace que los hombres gays crezcan con profundos sentimientos de haber sido abusados, con odio y, tal vez, con una homofobia oculta dentro de sí mismos, ya que la sociedad los enseña a auto-odiarse por ser diferentes. Y cuando estos sentimientos se combinan con la anormal personalidad psicopática de un asesino serial, los resultados pueden ser escalofriantes.

Patrick Kearney

Patrick Kearney nació en Texas en 1940, y era el más pequeño de tres hijos. Era delgado, tímido, enfermizo y un blanco fácil de los abusivos “bullies” (esos chicos que se divierten molestando a los más débiles).

Para cuando Patrick tenía 8 años de edad, sabía que terminaría matando gente y cuando era un adolescente ridiculizado y rechazado, fantaseaba todo el tiempo en torno a la muerte. Sus fantasías eran muy detalladas.

Comenzó a ir a Tijuana (México) y San Diego y recogía chicos en bares, paradas de autobús, lugares donde los gays se congregaban buscando sexo rápido entre los arbustos. Eran fáciles de hallar, fáciles de matar y fáciles de llevar a un paraje abandonado en el desierto.

En su vida pública, Kearney parecía perfectamente normal. Estuvo un corto tiempo en la armada e incluso se caso, aunque ninguna de esas dos situaciones duró por mucho tiempo.

David Douglas Hill

En 1962, Kearney conoció a David Douglas Hill. Estaba casado y era un veterano de guerra, que medía casi 1.90 metros. Cuando conoció a Patrick, Hill, quien también era homosexual, se divorció y se mudó con él. Patrick consiguió un buen trabajo como ingeniero en aeronáutica y Douglas se quedaba en casa, ocupándose de las labores domésticas.

La vida en pareja fue difícil y tumultuosa. Tenían constantes peleas (provocadas por los celos de Kearney) y Hill solía irse un tiempo, o escaparse para tener una aventura, pero siempre regresaba a casa.

Un día, Hill tardó demasiado en regresar y aquello fue la gota que derramó el vaso. Kearney sabía que sólo una cosa podría calmar aquellos sentimientos de rabia y de ira deprimida: Matar.

Patrick tenía un Volkswagen (un “escarabajo”) y solía recoger chicos que pedían aventón en las carreteras. Siendo débil y delgado, tenía un método seguro para subyugar a sus víctimas: Les disparaba en la cabeza con una pistola calibre .22. Lo hacía sin la menor advertencia, a veces mientras iba manejando, cuidando de no pasarse del límite de velocidad y sujetando el volante con la mano izquierda. Después, conducía hasta hallar un lugar privado donde poder descargar sus frustraciones, ventilar su rabia y demostrar su poder. Tan pronto como se encontraba a solas con los cuerpos, los desvestía y tenía sexo con ellos. Después usaba un hacha para cortarlos en pedazos. Si estaba en casa, hacía todo esto en el baño, lavando cuidadosamente cada parte del cuerpo y extrayéndole la sangre.

Su inspiracion: Dean Corll

Aprendió todo esto leyendo sobre los notorios y publicitados crímenes de Dean Corll, quien asesinó a 17 jóvenes en Houston, los envolvía en bolsas de basura y los quemaba. Kearney estudió a fondo los crímenes de Corll y coleccionaba recortes de periódicos acerca de las noticias de sus “hazañas” criminales hasta que éstas cesaron violentamente cuando uno de sus cómplices mató a Corll con su propia pistola. Muchas de las víctimas de Kearney se parecían a aquellas que se habían mofado de él en sus años de adolescencia. Rubios y arrogantes. A veces, después de matarlos y de tener sexo con los cadáveres, los golpeaba salvajemente.

El problema de los copycats.

La policía tenía un gran problema entre manos ya que al mismo tiempo había varios asesinos de gays sueltos en la misma región, y no estaban seguros de cuántos eran y de quiénes copiaban los métodos del otro. Había algunos cuyo modus operandi era inconfundible, como *Randy Kraft*, quien de forma rutinaria recogía a chicos que pedían aventón, los drogaba, los torturaba por horas y terminaba castrándolos y metiéndoles lo que tuviera a la mano (el palo de una escoba, la rama de un árbol, un poste, los propios genitales de la víctima o incluso ropa) en el recto. Usualmente hacía esto cuando la víctima estaba todavía viva y gritando.

Pero un asesino se distinguió entre los otros por el cuidadoso desmembramiento de las víctimas, la limpieza a la que sometía las partes corporales y la forma tan metódica en que las metía en las bolsas. La prensa le llamó “los asesinatos de las bolsas de basura” mientras que los policías les llamaban los asesinatos “fag in a bag” (marica en una bolsa).

Dado que John LaMay había dicho a su vecino que iría a visitar a alguien llamado Dave en la zona de Redondo Beach, la policía comparó esta información con un nombre que frecuentemente aparecía en las pintas de los baños gays, y pronto estaban tocando en la modesta casa de Kearney. Él los recibió bien y parecía relajado, preocupado acerca de la desaparición del chico. Su aspecto era completamente inocente. Los investigadores tomaron algunas fibras de la alfombra, porque en el primer asesinato se habían encontrado fibras en la cinta de nylon usada para sellar las bolsas.

Tan pronto como se fue la policía, Kearney destruyó sus archivos acerca de Dean Corll. La policía regresó y pidió muestras del vello púbico de Kearney y de Hill, así como cabellos de su perro. Ambos cooperaron completamente.

Todas las fibras y el vello concordaban con la evidencia recolectada del cuerpo de LaMay, pero cuando la policía regresó, ya no los encontraron. Registraron la casa y hallaron un hacha con manchas frescas de sangre y carne que pertenecía a LaMay, así como sangre residual en el baño. También encontraron rollos de cinta de nylon y bolsas de basura idénticas a las que se usaban en los crímenes, que para entonces sumaban más de 20.

Kearney y Hill huyeron a El Paso, Texas, pero sabían que su arresto era sólo cuestión de tiempo pues se había armado toda una “campaña publicitaria” para atraparlos. Poco tiempo después regresaron a California y el 1° de julio de 1977, a la 1:30pm, entraron a la oficina del sheriff del condado de Riverside, apuntaron al cartel de “Se Buscan” y dijeron “Somos ellos”.

Fueron apresados como sospechosos de dos asesinatos, mientras se reunían las evidencias para imputarles seis más. La fianza se fijó en 500,000 dólares.

Kearney cooperó totalmente con la policía. Dijo que los asesinatos lo excitaban y le daban la sensación de dominio. La idea de lastimar y matar a alguien le sonaba sexualmente excitante. Explicó que usaba toallas para evitar que la sangre de las víctimas se escurriera antes de desmembrarlos. Lo dijo todo, hasta el más mínimo detalle. Según Kearney, sus crímenes habían comenzado a mediados de los 60s, en Tijuana y San Diego. Los llevó a los sitios donde había enterrado a una de sus primeras víctimas. El crimen había sido cometido a finales de 1968. Los policías escarbaron donde les indicó Kearney y hallaron un esqueleto con un orificio de bala en la cabeza.

Kearney escribió cartas a la policía, detallando los crímenes, los nombres de las víctimas y los lugares donde podían encontrar los cuerpos. Contó que en una ocasión se le ponchó una llanta cuando se dirigía al desierto a dejar uno de los cuerpos, y la llanta de refacción también estaba desinflada, así que llamó a una grúa para que llevaran el auto a una estación de servicio y estuvo sudando la gota gorda mientras reparaban el neumático. Curiosamente, nadie le preguntó sobre las bolsas que se hallaban en el asiento trasero, las cuales contenían brazos, piernas, un tórax y algunos intestinos. En otra ocasión, dejó las llaves dentro del auto mientras inspeccionaba sitios para disponer de los cuerpos y le tomó horas abrir el auto con un gancho para ropa, mientras el cuerpo estaba en el asiento trasero

Hill fue liberado, ya que no existía evidencia de que hubiera participado en los crímenes, y que la evidencia lo exoneraba. Kearney confirmó que Hill no tuvo nada qué ver en los crímenes, y que ni siquiera sabía de ellos. Cometía los homicidios siempre que Hill estaba fuera.

Contra el consejo de su abogado, Kearney cambió su declaración de no culpable a culpable. El abogado quería intentar una defensa por insania (locura), pero Kearney se declaró inmediatamente culpable de los tres primeros cargos en un intento de evadir la pena de muerte, y pidió ser sentenciado inmediatamente. No había necesidad, ya que la pena de muerte entró en efecto en California en agosto de 1977 y todos los crímenes de Kearney eran anteriores a esa fecha.

El juez lo condenó a cadena perpetua, con la posibilidad de salir bajo palabra en 7 años, aunque dijo: “El defendido ciertamente ha perpetrado una serie de espantosos y horrendos crímenes. Sólo me queda esperar que el comité de liberación de la comunidad nunca le dé la libertad a Mr. Kearney. Es un insulto para la humanidad”. Poco a poco los crímenes que se le imputaban fueron creciendo en número, hasta que acumuló 21 sentencias de cadena perpetua.

Si las confesiones de Kearney son verdaderas, sólo asesinó a dos niños, de 5 y 8 años de edad, cuyos cuerpos nunca fueron recuperados. Al menos siete de sus víctimas no han sido identificadas hasta el momento.

Actualmente Kearney se encuentra cumpliendo su condena en California. Escribe ensayos y algunos de ellos han sido publicados.

Aunque los crímenes de Kearney son tan horrendos y brutales como los de otros asesinos seriales, nunca ha tenido el estatus del que disfrutan (o disfrutaron) otros homicidas, pero muchos estudiosos del tema lo consideran uno de los peores monstruos que ha producido la humanidad en toda su historia.

CARL EUGENE WATTS



Carl «Coral» Eugene Watts, uno de los asesinos en serie más sanguinarios de todos los tiempos. Se cree que dio muerte a más de ochenta mujeres. A algunas de ellas las acuchillaba los domingos por la mañana.

Esta obsesión de hacer daño a plazo fijo distingue a un selecto grupo de criminales. Por ejemplo, al Violador del Parque del Oeste, que atacaba cada doce días. O al Violador de Pirámides, que asaltaba a sus víctimas en horario

establecido de lunes a viernes -dos horas antes de recoger a su esposa a la salida del trabajo- y los fines de semana.

A Watts le cabe el dudoso honor de ser uno de los pocos asesinos en serie negro. A sus víctimas no las atacaba sexualmente, aunque posiblemente era un feroz delincuente sexual merecedor de figurar por derecho propio en la *Psycopathia Sexualis* de Kraftt Ebing. Desarrolló un método especialmente cruel, que le llenaba de alegría. Solía entrar en las casas y dejar inconscientes a sus ocupantes. Enseguida llenaba la bañera de agua, para posteriormente ahogar en ella, despacio, a sus víctimas.

Era tan diestro en lo suyo que, pese a la enorme cantidad de crímenes que cometió, la policía tuvo que pactar con él para que se declarara culpable en once casos sin resolver. A cambio, sólo cumpliría condena por robo: sesenta años de prisión.

No obstante, en uno de los casos se le aplicó una agravante, por haber empleado agua hirviendo, que el juez consideró un arma letal. Pero finalmente salió bien parado, porque nadie le advirtió de que podían aplicarle una agravante. Recibió una especial consideración de la ley, y estuvo a punto de quedar en libertad en 2006.

Pero el fiscal había jurado que Watts jamás volvería a ver la luz del día como un hombre libre. Así que buscaron una forma de colgarle la perpetua. Y la encontraron: buscaron y dieron con testigos de casos que no hubieran sido llevados ante los tribunales. Y Coral jamás volvió a pisar la calle.

Ahora le ha matado otro gran asesino: el cáncer. The Sunday Morning Slasher ha muerto a los 53 años. Según el novelista Corey Mitchell, autor de *Evil Eyes*, el libro que da cuenta de sus andanzas, Watts superó en brutalidad a los peores serial killers, como John Wayne Gacy, Ted Bundy o Jeffrey Dahmer, *el Carnicero de Milkwaukee*.

En 1982 asaltó a Lori Lister, una joven de 21 años que compartía apartamento en el campus de su universidad, situada en Houston (Texas), con Melinda Aguilar, que también

cayó presa de Watts. Las estranguló hasta que perdieron la consciencia; acto seguido comenzó a llenar la bañera, mientras palmoteaba y daba saltos de alegría: y es que estaba cumpliendo su mayor fantasía.

Para reducirlas las había amenazado con un cuchillo. Consiguió maniatarlas. Melinda pudo sobreponerse e incluso fingir que estaba desmayada. Al primer descuido, atenazada por el horror, saltó por la ventana (era un segundo piso). Los vecinos llamaron a la policía, que llegó a tiempo de detener a Coral antes de que pudiera huir. Le pillaron mientras trataba de ahogar a Lori.

Coral Eugene utilizaba diversos sistemas para dar muerte a sus víctimas. Además del ingenioso truco del agua, recurría al apuñalamiento, la asfixia o el ahorcamiento. El primer asesinato que se le atribuye es el de Gloria Steele, cuyo cadáver fue encontrado, con treinta y tres cuchilladas, junto a los terrenos de la Universidad de Michigan. Eso fue en 1974. En 1979 fue sospechoso de la muerte de Jeanne Clyne; y en 1980 de la de otras tres jóvenes. Fue entonces que se ganó el apodo de el Apuñalador: las había dejado como un acerico.

Como la policía le seguía los pasos, Coral se trasladó a Houston, donde continuó con sus andanzas criminales. Lo capturaron definitivamente en 1982, y aunque le suponían autor de decenas de crímenes, no disponían de pruebas de cargo, como ya hemos comentado antes.

Tenía un pie fuera de la cárcel cuando los fiscales utilizaron los medios de comunicación para hacer un llamamiento en busca, urgente y angustiosa, de algún testigo de sus crímenes. Se presentó el hombre que había encontrado el cadáver de Helen Dutcher, con doce puñaladas que le cosían el rostro y el pecho. El testigo afirmó que pudo ver la cara del asesino. Sin duda, era la de Coral Eugene. Así se consiguió impedir que quedara libre el primer asesino en serie norteamericano.

Coral perpetró su primera agresión cuando tenía quince años. Como cualquier gran criminal que se precie, tuvo un pasado capaz de conmover al impassible verdugo inglés Pierrepont. Padeció meningitis. Las fiebres la causaron un daño cerebral que le dejó una secuela de graves y pesadas pesadillas. Afirmaba que durante el sueño era atacado por mujeres endemoniadas, y que sólo matándolas obtenía alivio. Su ex esposa afirma que siempre tenía el sueño agitado. Y que cada vez que hacían el amor desaparecía durante cinco horas -siempre los periodos precisos de tiempo.

Coral buscaba víctimas con ojos de endemoniada, y las seguía hasta donde le fuera posible atacarlas. Pese a su brutalidad y su instinto de cazador, no quiso confesar todos sus crímenes, quizá más de un centenar, para no pasar a la posteridad como uno de los mayores asesinos múltiples. No ha podido evitarlo.

Carl Eugene Watts (7 de noviembre de 1953 – 21 de septiembre de 2007), también conocido por su sobrenombre Coral, fue un asesino en serie estadounidense. Watts es ahora sospechoso de haber asesinado a más de 100 mujeres, lo que lo haría el asesino en serie más prolífico en la historia estadounidense.

Obtuvo inmunidad de una docena de asesinatos como un resultado de un acuerdo de culpabilidad con los fiscales en 1982; en un punto parecía que sería liberado en 2006. Murió de cáncer de próstata mientras cumplía dos penas de cadena perpetua en una cárcel de Míchigan por los asesinatos de Helen Dutcher y Gloria Steele.

Primeros años

Carl Eugene Watts nació en Killen, Texas de Richard Eugene Watts y Dorothy Mae Young. Su padre era un soldado de primera clase en el Ejército, y su madre era una maestra de arte de jardín de infantes. Cuando Watts tenía menos de dos años, sus padres se separaron y fue criado por su madre. Watts y su madre se mudaron a Inkster, Michigan, y en 1962, Dorothy Mae se casó con un mecánico llamado Norman Caesar con quien tuvo dos hijas.

De niño, Watts fue descrito por ser extraño. A los doce años de edad, Watts afirmó que allí fue cuando comenzó a fantasear sobre torturar y asesinar chicas y mujeres jóvenes. Durante la adolescencia, Watts comenzó a acosar chicas y se cree que asesinó a su primera víctima antes de los 15 años de edad.

Cuando Watts tenía 13 años, fue infectado con meningitis lo que causó que se atrasara en el octavo grado. Tras su regreso a la escuela, Watts tuvo dificultad al estar con otros estudiantes. En la escuela, a menudo recibía malas calificaciones, y leía en un nivel de tercer grado a los 16 años. También sufrió de acoso grave en la escuela.

El 29 de junio de 1969, Watts fue arrestado por agredir sexualmente a Joan Gave de 26 años de edad. Cuando Watts fue juzgado, fue sentenciado a la Clínica Lafayette, un hospital psiquiátrico en Detroit. De acuerdo a una evaluación psiquiátrica, Watts fue revelado de sufrir un retraso mental leve, con una escala de CI de 68, y de tener un proceso de pensamiento delirante, aunque un policía interrogó después a Watts dijo que era «muy, muy inteligente» con una «memoria excelente». Fue liberado de la Clínica Lafayette el 9 de noviembre de 1969.

A pesar de sus pobres calificaciones, Watts se graduó de la secundaria en 1973, y recibió una beca de fútbol a la Universidad Lane en Jackson, Tennessee. Fue expulsado de la Universidad Lane después de tres meses porque fue acusado de acoso y agresión a mujeres.

Otra razón por la que fue expulsado fue porque muchas personas en la Universidad Lane creía que Watts era un sospechoso en un asesinato brutal de una estudiante femenina; sin embargo, no había suficiente evidencia para condenarlo por el asesinato. Después de su expulsión se mudó a Houston, Texas.

Asesinatos

La carrera de Watts como asesino en serie comenzó cuando tenía 20 años en 1974, secuestrando sus víctimas de sus casas, torturándolas, y luego asesinándolas. El 30 de octubre de 1974, Watts torturó y asesinó brutalmente a Gloria Steele de 20 años, que se creía su segunda víctima. Watts, que era afroamericano, casi siempre asesinaba a mujeres blancas y jóvenes.

Watts asesinó a mujeres entre los 14 y 44 años utilizando métodos como estrangulación, puñaladas, y por ahogamiento. Watts asesinó a docenas de mujeres entre 1974 y 1982, y a pesar de las tantas mujeres que asesinó, Watts no fue descubierto como asesino en serie durante ocho años.

Hubo varias razones que explican esto. Atacó en varias jurisdicciones e incluso en diferentes estados. Incluso con el advenimiento de las pruebas de ADN todavía era imposible debido a que raramente realizaba actos sexuales con sus víctimas, a diferencia de la mayoría de los asesinos en serie de mujeres y chicas, y sus crímenes no eran pensados para una motivación sexual. Watts no era sospechoso de estar involucrado con cualquiera de los asesinatos por las personas que lo conocían, y no era un sospechoso para la policía en cualquier asesinato hasta su arresto en 1982.

Arresto y descubrimiento

El 23 de mayo de 1982, Watts fue arrestado por irrumpir a una casa de dos mujeres jóvenes en Houston, e intentar asesinarlas. Durante su detención, la policía comenzó a vincular a Watts con los asesinatos recientes de un número de mujeres. Hasta principios de 1981, él había vivido en Michigan, donde las autoridades lo sospechaban de ser responsable de los asesinatos de al menos de 10 mujeres y chicas. Watts fue interrogado previamente sobre los asesinatos en 1975, pero no hubo suficiente evidencia para condenarlo. En ese tiempo, Watts había pasado un año en prisión por atacar a una mujer, que sobrevivió.

Los fiscales en Texas no sentían que había suficiente evidencia para condenar a Watts por asesinato, así que en 1982 se organizó un acuerdo con el fiscal. Si Watts daba detalles y confesiones de sus crímenes, le darían inmunidad de los cargos de asesinato y él podría enfrentar sólo un cargo de robo con intento de asesinato. Este cargo conlleva una pena de 60 años de sentencia. Estuvo de acuerdo con el trato y rápidamente confesó en detalles a los 12 asesinatos en Texas. Sin embargo, las autoridades de Michigan se negaron con el trato así que los casos en ese Estado se mantuvieron abiertos.

Watts luego afirmó que asesinó 40 mujeres, y también dio a entender que habían más de 80 víctimas en total. No quiso confesar abiertamente haber cometido los asesinatos, debido a que no quería ser visto como un «asesino en masa». La policía todavía considera a Watts como sospechoso en 90 asesinatos sin resolver.

Murió de cáncer de próstata el 21 de septiembre de 2007 en un hospital de Jackson, Michigan.

Se cree que llegó a matar a 90 mujeres a lo largo de su vida. Con un leve retraso mental producido por una meningitis en su juventud, él luchaba contra sus deseos de asesinar, sucumbiendo siempre ante los mismos.

Carl Eugene Watts

Durante el comienzo de la década de los setenta, las mujeres de los estados de Texas, Michigan, y Ontario en Canadá, vivieron aterrorizadas por el «asesino del domingo por la mañana». Un brutal psicópata que sometía a mujeres con golpes, y puñaladas para después ahogarlas lentamente en la bañera.

Son pocos los asesinos seriales de raza afroamericana que se han hecho conocer y, sin duda, Watts fue uno de los más crueles, con aproximadamente 90 asesinatos. Carl Watts comenzó a matar mujeres sólo por el placer y la alegría que le producía observar cómo fallecían. Con un coeficiente intelectual de apenas 68 (tenía un leve retardo mental), Carl mostró que, cuando la Policía es torpe consiguiendo evidencias, no se requiere de brillantez alguna para burlar a la Justicia y derramar abundante sangre inocente.

Un pasado siniestramente sospechoso

Carl nació en Killeen, Texas, el 7 de noviembre de 1953, hijo de Richard Eugene Watts, un soldado de primera clase en el ejército y Dorothy Mae Young, una maestra que enseñaba arte en jardines escolares. Un año después los Watts tuvieron una hija llamada Sharon, pero su matrimonio terminó en 1955.

Tras la separación, Carl se fue a vivir con su madre en Inkster, Michigan. Sin embargo hacían visitas regulares a sus parientes y pasaba días en la casa de campo de su abuela, quien lo llamaba «Coral». En este tiempo, Carl era un niño que gustaba de perseguir y desollar conejos. En 1962 la madre de Carl se volvió a casar, esta vez con un mecánico llamado Norman Caesar, con quien tuvo dos hijas.

La infancia de Carl puede ser descrita como extraña, ya que a los 12 años el niño tenía fantasías de cómo torturar y matar a mujeres jóvenes. En su adolescencia, Carl acechaba mujeres, por esta razón se cree que asesinó a su primera víctima a los 15 años.

Cuando tenía 13 años, Carl sufría de meningitis, por lo que perdió el octavo grado de escuela. Su regreso a clases fue difícil, pues no podía mantener el ritmo de estudio de sus demás compañeros y recibía malas calificaciones a causa del deterioro cognitivo que le ocasionó la meningitis. En ese entonces, Carl también era molestado severamente por los jóvenes más grandes de la escuela.

El 29 de junio de 1969, Carl de 15 años sintió la necesidad de obedecer a sus macabras fantasías, es así que, mientras hacía su ruta de entrega de periódicos, tocó la puerta de Joan Gave de 26 años. Cuando la joven contestó a la puerta, Carl la golpeó hasta dejarla inconsciente y luego siguió con su ruta, como si nada hubiera sucedido.

Cuando Joan recuperó la conciencia de inmediato contactó a la Policía. Carl fue arrestado en su casa por abusar físicamente de Joan Gave y terminó en la Clínica Lafayette en Detroit para recibir tratamiento psiquiátrico.

Durante la evaluación clínica Carl hablaba de sus sueños, los doctores le preguntaron si los sueños lo perturbaban, pero el joven confesó que no, y que se sentía mejor después de tener uno de ellos. La respuesta preocupó a los doctores, y en su reporte dijeron que Carl era un individuo compulsivo con actitudes pasivo agresivas que trataba de controlar fuertes tendencias homicidas. Los psiquiatras creían que el joven era un peligro para la sociedad.

Tras un año de tratamiento, Carl fue liberado a los 16 años, pero regresó a la clínica en 9 ocasiones para recibir ayuda psicológica. También se descubrió que el adolescente sufría de un leve retraso mental y tenía un I.Q. de 68 (el promedio es 100).

A pesar de sus malas calificaciones, el joven logró graduarse en 1973 gracias a la tutoría de su madre, su desempeño atlético como jugador de fútbol y su estatus como peleador de guantes de oro, todo lo cual le consiguió una beca deportiva en el Lane College, en Jackson, Tennessee.

Después de 3 meses en la institución académica, Carl fue expulsado por acechar y atacar mujeres y también porque era sospechoso del brutal homicidio de una estudiante. Debido a la escasa evidencia para condenarlo, la mejor opción fue expulsarlo, tras lo cual se mudó a Houston, Texas.

El amanecer del miedo

En 1974, Carl de 20 años comenzó a complacer sus fantasías y sueños homicidas. El 25 de octubre del mismo año, irrumpió en el apartamento de Lenore Knizacky de 23 años, quien tras abrir la puerta comenzó a ser estrangulada por un hombre afroamericano joven. Afortunadamente la joven logró defenderse y soltarse, pero Carl escapó de la escena y la Policía no logró capturarlo.

El 30 de octubre atacó nuevamente, cuando golpeó la puerta de Gloria Steele de 19 años, una estudiante de la Universidad de Kalamazoo. El hombre dijo estar buscando a una persona llamada Charles, después de que Steele le permitió entrar, fue apuñalada en el pecho 33 veces.

Meses más tarde la Policía recibió un reporte de Diane Williams, quien fue atacada el 12 de noviembre por un hombre afroamericano que dijo estar buscando a Charles, Diane sobrevivió al ataque y logró ver el número de placa del vehículo donde Carl escapó.

Los oficiales pronto averiguaron que el automóvil pertenecía a un Carl Eugene Watts, una persona peligrosa con historial psiquiátrico. En diciembre de 1974, Coral fue arrestado tras ser identificado en la fila policiaca por dos mujeres que sobrevivieron sus ataques. Cuando fue interrogado dijo haber atacado a 15 mujeres, pero no admitió haber asesinado a Gloria Steele. Posteriormente el asesino fue enviado al hospital estatal de Kalamazoo para ser evaluado por psiquiatras. Los doctores lo diagnosticaron con una personalidad de desorden anti-social.

Antes de ser enjuiciado, la corte lo envió al Centro de Psiquiatría Forense en Ann Arbor, el doctor que examinó el caso de Watts llegó a la conclusión de que era un individuo peligroso y volvería a atacar nuevamente. Entonces recibió un año en prisión por atacar a varias mujeres, pero no fue culpado por el homicidio de Gloria Steele. En junio de 1976 fue liberado y regresó a Detroit a vivir con su madre...

Después de salir de la cárcel, Carl comenzó a salir con una mujer llamada Delores y la pareja tuvo un hijo, pero no se casaron. Se separaron y Carl se enamoró de otra mujer, Valeria. La pareja se casó a finales de 1979, pero su unión duró sólo 6 meses.

La esposa de Carl dijo que él tenía comportamientos extraños, violentas pesadillas y que también solía cortar todas las plantas con un cuchillo o llenar la mesa con velas derretidas. Lo más extraño era que después de tener relaciones, él salía de la casa por varias horas.

En el transcurso de ese año varias mujeres fueron atacadas, el 8 de octubre, Peggy Pochmara de 22 años fue estrangulada en su casa. En la Halloween, la reportera del *Detroit News*, Jeanne Clyne de 44 años, caminaba a su casa tras salir de una cita médica, pero fue asaltada durante el día en el carretero suburbano de Grosse Point Farms: Carl la apuñaló 11 veces en el pecho y la espalda.

Durante este periodo, Carl trabajaba en una compañía de camiones para su padrastro. El asesino fue arrestado por la Policía en diciembre de 1979, pero la falta de evidencia le permitió salir libre.

La terrorífica labor del asesino del domingo por la mañana continuó [continuó] el 20 de abril de 1980, cuando la Policía llegó a la casa de Shirley Small de 17 años. La adolescente fue apuñalada 2 veces en el corazón con un instrumento similar a un escalpelo, Shirley murió desangrada en la acera.

A principios de mayo de 1980, Valeria se divorció de Carl. Para julio del mismo año Glenda Richmond de 26 años fue la siguiente víctima del asesino, los oficiales encontraron su cuerpo en la puerta de entrada, la mujer fue apuñalada 28 veces en el pecho.

El 14 de septiembre la ola de homicidios alcanzó a Rebecca Huff de 20 años, quien fue hallada en la entrada de su casa: su cuerpo recibió 54 puñaladas en el pecho, el mismo patrón de las víctimas anteriores, la firma de Carl Watts. De inmediato se armó un grupo dirigido por el detective Paul Bunten, cuyo propósito era investigar los asesinatos de los últimos 5 meses, pero los oficiales no tenían evidencias ni testigos. El Sargento James Arthurs le informó al detective Bunten de su experiencia con el caso de Watts.

Los reportes policiacos de mujeres estranguladas en Detroit aterrorizaban a los mismos oficiales, las víctimas compartían las mismas cualidades, eran mujeres de 14 a 44 años que fueron apuñaladas o estranguladas hasta morir.

Como el caso de Hazel Connof de 23 años, a la que Carl estranguló el 11 de marzo de 1980, siendo que poco tiempo después, a finales de ese mes, Denisse Dunmore de 23 años pereció ante el asesino negro y, el 31 de mayo, Linda Monteiro de 27 años también fue asfixiada brutalmente por él.

El fin del terror

En julio de 1980, Irene Kondratowiz de 22 años sobrevivió tras que un siniestro atacante cortó su cuello. Sandra Dalpe de 20 años fue apuñalada por la espalda, pero fue atendida de inmediato en el hospital.

Cuando Carl atacó a Mary Angus de 30 años en la ciudad de Windsor en Ontario, Canadá, la víctima reconoció a Watts en fotografías policíacas, pero no estaba segura si era la misma persona que la atacó. Una vez más Carl seguía libre, pero se había convertido en el principal sospechoso del detective Bunten.

El distrito de Ann Arbor se había convertido en un lugar aterrador para sus residentes, es así que el 15 de noviembre de 1980, la Policía recibió la llamada de una mujer que dijo ser acechada por un hombre. Ella se escondió en el portal de una casa, en ese momento los oficiales podían ver desde su patrulla cómo el sospechoso buscaba desesperadamente a la mujer, cuando lo detuvieron por las luces rotas de su vehículo. El sospechoso fue identificado como Carl Eugene Watts, tras revisar el carro los oficiales encontraron un diccionario con el nombre de Rebecca Huff.

Nuevamente la falta de evidencias permitió que el asesino continúe libre, pero Bunten no había terminado con él y a finales de enero de 1981, mediante una orden el detective obtuvo una muestra de sangre de Carl, quien ya era sospechoso de dos intentos de homicidios en Detroit.

En la primavera de 1981, el asesino se fue a vivir a Columbus, Texas, donde consiguió empleo en una compañía de aceite. Los fines de semana de Carl consistían en manejar más de 70 millas hacia Houston, Texas, lugar que se convirtió en su nuevo territorio de cacería.

El grupo del detective Bunten seguía de cerca los movimientos de Carl y pronto enviaron su archivo al Departamento de Policía de Houston. Durante este tiempo el asesino controló sus ansias por matar, hasta que el 5 de septiembre de 1981, Linda Tilley de 22 años fue encontrada ahogada en la piscina del edificio donde residía.

Una semana después Elizabeth Montgomery fue apuñalada en el pecho mientras paseaba a sus perros. Ese mismo mes, Susan Wolf de 21 años fue apuñalada en el brazo y en el pecho mientras regresaba a su casa tras comprar unos helados.

Una noche de enero de 1982, Phyllis Tamm de 27 años fue atacada mientras trotaba, Carl la tumbó y estranguló con sus manos y después la colgó de un árbol con una tira elástica. Dos días después el asesino rompió la tráquea de Margaret Fossi de 25 años, una estudiante de arquitectura en la Universidad Rice: su cuerpo fue encontrado en el maletero de su vehículo.

Carl se llevó los planos de Margaret para quemarlos y de esta manera «matar el espíritu». Según se supo luego, una de las razones por las que asesinaba mujeres era porque tenían «ojos malvados».

En los meses de febrero y mayo de 1982, Carl asesinó a Elena Semander de 20 años; Emily LaQua de 14; Anna Ledet de 34; Yolanda Gracia de 21; Carrie Jefferson de 32, y Suzanne Searles de 25.

Los homicidios terminaron el domingo 23 de mayo de 1982, cuando Carl irrumpió en el apartamento de Michelle Maday de 20 años: tras golpearla hasta dejarla inconsciente, Carl llenó la bañera y la ahogó.

Ese mismo día el asesino irrumpió en el apartamento de Lori Lister y Melinda Aguilar, quienes fueron golpeadas hasta quedar casi inconscientes; mientras las 2 mujeres estaban

en el suelo, Carl llenó las bañeras para ahogaras: Lori rezó para que por lo menos su cuerpo sea encontrado, pero Melinda tenía otros planes y fingió estar inconsciente, de modo que, cuando el asesino se distrajo, ella saltó del segundo piso y pidió ayuda. La Policía, atenta a las actividades de Watts, llegó a tiempo al departamento y lo encontró intentando ahogar a Lori Lister. También se encontró el cuerpo de Michelle Maday en un apartamento cercano.

Juicio humano y justicia natural

Tras ser aprehendido, Carl se declaró culpable de sus fechorías y confesó haber asesinado a más de 80 mujeres en casi 10 años. Cuando el asesino era escoltado a la penitenciaría, dijo al juez y abogados: «si algún día me dejan libre, volveré a matar».

Años después el caso fue reabierto cuando Carl confesó haber apuñalado a Helen Dutcher el 1 de diciembre de 1979. Víctimas como Helen incrementaron con el tiempo, llegando a un total de 90 muertes, muchas de las cuales no fueron resueltas.

Carl Eugene Watts falleció a causa de un cáncer de próstata en un hospital en Jackson, Michigan, el viernes 21 de septiembre de 2007, a sus 53 años. La ley de los hombres no supo darle lo que merecía, pero la Naturaleza se encargó de darle el intenso tormento del cáncer y la pena capital que, con su infame brutalidad, era más que digno de obtener.

WILLIAM GEORGE BONIN



William George Bonin (Enero 8, 1947 – Febrero 23, 1996) fue un asesino serial que salio libre 2 veces por cargos de violacion y mato a decenas de hombres jovenes, conocido como El Asesino de la Autopista, violo y estrangulo, a veces acompañado de algun complice, a por lo menos 36 personas. Fue arrestado y acusado

por 14 de estos crímenes, lo que le valio su ejecision en 1996.

Bonin nacio en Connecticut en enero del 47, segundo de tres hermanos. Su padre era alcohólico y golpeador compulsivo, por lo que frecuentemente golpeaba a su esposa e hijos, por lo que William y sus hermanos pasaban temporadas con su abuelo, que a su vez era un conocido pedófilo.

A la edad de 8 años, William fue arrestado por robos lo que le condujo al Centro de Detencion Juvenil. En ese lugar fue violado por otros presos, cuando salio libre se fue a vivir con su madre y comenzo a molestar sexualmente a otros niños menores que el.

Tras estudiar la Preparatoria se recluto en la Fuerza Aerea Norteamericana, combatio en Vietnam y recibio medallas por su buena conducta. Se caso a su regreso, aunque el matrimonio duro poco y se mudo a California.

En 1969, a los 23 años, William Bonin fue arrestado por asalto sexual de niños pequeños, acusado de 5 cargos de secuestro y 4 de violacion. Salio libre en Mayo de 1974. Solo 16 meses despues regreso a la carcel por violar a un adolescente de 14 años, David McVicker.

En Octubre de 1978, Bonin salio libre de nuevo, se empleo como chofer de un camion, rento un apartamento en Downey y encontro una novia. En 1979, Bonin fue arrestado de nuevo por molestar a un adolescentewas. Fue llevado a prision, pero por un error administrativo fue liberado antes de cumplir su sentencia.

Al parecer las primeras 2 victimas de Bonin fueron asesinados en Abril de 1979, Danny Jordan y Mark Proctor fueron atacados y asesinados cuando paseaban por Laguna Beach, sus cadaveres fueron hallados en Palmdale.

Un mes despues, el 8 de Mayo de 1979, asesino a Thomas Lundgren (14). El joven fue secuestrado, asaltado sexualmente y asesinado. La autopsia demostro que fue emasculado acuchillado y estrangulado. Bonin cometio este crimen con ayuda de un complice Vernon Butts (22), un trabajador de una fabrica quien ayudo a Bonin en al menos 6 asesinatos.

Bonin y alguno o varios de sus complices, recorria los alrededores de la ciudad de Los Angeles en su camioneta van, buscando a sus victimas, generalmente hombres adolescentes o jovenes, ya fueran estudiantes, paseantes o prostitutas. Todos eran secuestrados en la van, atados con las manos atras de la espalda asaltados sexualmente, torturados y estrangulados con su propia camiseta, a veces eran adicionalmente acuchillados o asesinados a golpes.

Entre Agosto y Diciembre de 1979, Bonin asesino a 7 jovenes mas. La ultima victima de ese año fue John Kilpatrick (15).

El 1 de Enero de 1980, Bonin violo y asesino a Michael McDonald (16). Un mes despues el 3 de Febrero en Holliwood, secuestro y asesino a Charles Miranda (14), con la ayuda de otro complice Gregory Miley. Horas despues secuestraron, violaron y asesinaron a James McCabe (12) a quien recogieron en las afueras de Disneyland.

Bonin mato a 4 jovenes mas en Marzo, 3 en Abril y 1 en Mayo. Ese mismo año mato a Steven Wells, quien fue asesinado el 2 de junio con la ayuda de otro complice: James Michael Munro (18). Los crímenes recibieron toda la atencion de la policia y los medios de comunicacion. Un menor que habia sido abusado por Bonin aviso a la Policia, por este motivo fue arrestado el 11 de Junio.

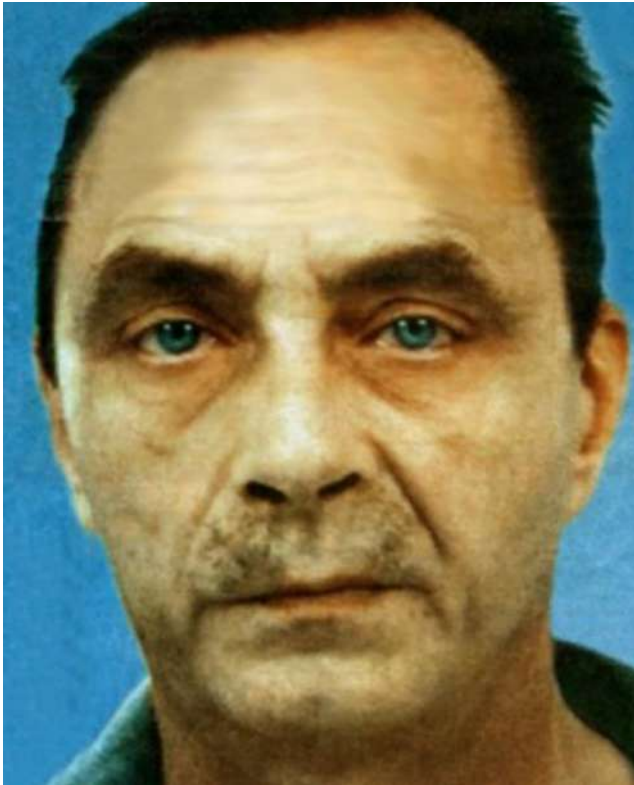
Bonin fue encontrado culpable de 14 asesinatos, mas adelante se sumarian algunos mas, llegando a 21 los asesinatos en los que era sospechosos, y quedando 15 mas en sospecha sin cargos a Bonin.

En custodia *Bonin* confeso 21 asesinatos de niños y jovenes de entre 12 y 19 años. La policia sospecha que cometio al menos 15 asesinatos mas. Fue condenado a muerte por 16 de los asesinatos y declaro no sentir remordimientos, declaro "Yo no podia parar de asesinar, era mas facil cada vez"

El juicio de *Bonin* comenzo el 5 de Noviembre de 1981 y acabo en Enero de 1982, fue condenado por 10 cargos de asesinato, y sentenciado a muerte, en el condado de Orange se le condeno por 4 asesinatos mas. Fue ejecutado por inyeccion letal el 23 de Febrero de 1996 en la prision estatal de San Quentin, siendo el primer reo ejecutado en California al reanudar la pena de muerte.

Sus complices: *Vernon Butts*, fue acusado de ayudar en 6 asesinatos, el 11 de Enero de 1981 se ahorco en su celda. *Gregory Miley* (19), fue sentenciado a 25 años de prision por un asesinato. *James Michael Munro* fue a 15 años por otro asesinato. Y otro complice fue sentenciado a 6 años por un crimen.

VOLKER ECKERT



Volker Eckert (1 de julio de 1959 – 2 de julio de 2007) fue un asesino en serie alemán que confesó el asesinato de 6 mujeres, 5 de ellas prostitutas, aunque fue imputado por 19 muertes desde 1974 hasta el 2006.

Eckert, de 48 años de edad, era un camionero y estuvo acusado de asesinar mujeres en sus recorridos por Europa, en países tales como Francia, España y su propio país, Alemania.

Eckert confesó haber estrangulado a 3 prostitutas en España y a dos en Francia, además de asesinar a una compañera de clase en Alemania, en 1974, cuando él tenía 15 años de edad y su compañera 14.

En 1988, Volker Eckert fue condenado a 12 años de prisión por violaciones, malos tratos y varios intentos de asesinato, pero en 1994

ya se encontraba en libertad.

Eckert fue arrestado en su casa de Colonia, Alemania, el 17 de noviembre de 2006 en donde se encontró mechones de pelo y pedazos de ropa de las mujeres a las cuales asesinó; además en la cabina de su camión, guardaba fotos de las mujeres, amordazadas, violadas y asesinadas, para deleite propio.

Luego de ser arrestado, confesó: «Estoy tan desquiciado que me siento aliviado por el arresto».

El 2 de julio de 2007 fue encontrado muerto en su celda, un día después de cumplir 48 años.

Un camionero de 47 años y nacionalidad alemana que realiza rutas internacionales fue detenido el pasado viernes en Alemania como presunto autor del homicidio de una joven búlgara cuyo cadáver fue localizado el pasado 3 de noviembre junto al campo de fútbol de Hostalric (Selva).

El cadáver, que apareció totalmente desnudo y con signos de estrangulamiento, tenía un mechón de pelo cortado que su agresor pudo quedarse como macabro trofeo fetichista. La investigación no descarta que el detenido pudiera haber protagonizado otros crímenes o agresiones a mujeres en sus itinerarios por las carreteras europeas.

Agentes de los Mossos d'Esquadra se desplazaron a la localidad alemana de Colonia para participar, junto con la policía alemana, en la detención del camionero, Volker Eckert, vecino de Oelsnitz (Alemania), justo en el momento en que devolvía el camión a la sede de la empresa de transportes para la que trabaja. Así culminaba la investigación que había permitido identificarle.

Tras el hallazgo del cadáver de la joven búlgara, que ejercía la prostitución en el tramo de Bàscara de la carretera N-II, los Mossos d'Esquadra buscaron huellas de los neumáticos del vehículo en la zona deportiva de Hostalric, junto a la autopista AP-7, lugar al que fue trasladado el. Las cámaras de seguridad de una empresa situada en el trayecto que necesariamente realizó el vehículo registró el paso de un camión, a través de cuyas placas de matrícula se llegó a la identidad del detenido.

Manos atadas

El juzgado de instrucción número 3 de Santa Coloma de Farners dictó una comisión rogatoria dirigida a las autoridades alemanas, en la que se incluía una orden europea de detención del conductor profesional.

El mismo día en que las compañeras de la joven búlgara denunciaron su desaparición, un camionero reclamó un servicio a varias prostitutas de la zona, aunque la petición de que deberían dejarse atar las manos causó desconfianza en la mayoría de ellas, que rehusaron cualquier trato con el conductor.

La policía está investigando si el camionero detenido puede tener relación con otros crímenes o agresiones contra prostitutas de carretera, analizando las características comunes de los sucesos.

Entre los asesinatos que tienen muchos puntos de coincidencia con el de Hostalric se encuentra el crimen de una prostituta ocurrido el 1 de marzo de 2005 en Sant Sadurní d'Osona, en la comarca de Osona. El cadáver de esta mujer, todavía por identificar, apareció también estrangulado junto a una carretera muy frecuentada por camioneros, concretamente en el Eje Transversal.

El conductor alemán detenido deberá pasar próximamente a disposición de las autoridades judiciales de su país.

Los Mossos d'Esquadra investigan si el camionero detenido en Alemania por el asesinato de una prostituta cuyo cadáver fue hallado en Hostalric es también el responsable de la muerte de otra joven que apareció estrangulada en Sant Sadurní d'Osona (Osona).

Lo confirmó ayer la consejera de Interior, Montserrat Tura, tras conocer que la policía autonómica ha encontrado una fotografía de la joven en el camión de Volker Eckert, de 47 años. El cadáver de la chica fue hallado en esta localidad el 1 de marzo de 2005. Presuntamente, se dedicaba también a la prostitución, aunque aún no ha podido ser identificada.

El cuerpo sin vida de la mujer de Hostalric, por su parte, fue encontrado el pasado 3 de noviembre por una persona que paseaba por el campo de fútbol de Hostalric. La mujer estaba desnuda y presentaba signos de haber muerto de forma violenta.

Los Mossos han comunicado el hallazgo al resto de policías europeas, que han empezado a rastrear en sus archivos los casos de prostitutas asesinadas en la carretera para ver si el modus operandi coincide con el que el ciudadano alemán utilizó, supuestamente, en los dos asesinatos. Es decir, casos de homicidios de mujeres que aún no estén resueltos y que hayan aparecido desnudas y con signos de haber sido estranguladas.

De hecho, las policías europeas cruzarán sus propios datos con las rutas seguidas por el camionero detenido en Alemania, a lo largo y ancho del continente. El objetivo es comprobar si Volker puede ser el autor de alguna muerte más. E incluso, si se trata de un asesino en serie, aunque la consejera Tura se mostró ayer prudente sobre esta cuestión y aseguró que no facilitará más datos porque el caso está bajo secreto de sumario.

El camionero alemán fue detenido el pasado fin de semana en Colonia. Tras conseguir la autorización de la policía alemana, agentes de los Mossos d'Esquadra se trasladaron al

país centroeuropeo para colaborar en el arresto y proseguir con las investigaciones. De hecho, la fotografía de la joven asesinada en Sant Sadurní d'Osormort fue encontrada durante el registro del camión.

«Este camionero se ha movido en los últimos años por muchas carreteras de Europa», señaló Tura. «Es posible que de este caso se hable durante las próximas semanas», insistió la consejera en funciones. El director general de Seguridad Ciudadana, Jordi Samsó, añadió que la reconstrucción de las rutas que seguía servirá para que «todas las policías puedan compartir información».

El presunto asesino en serie, detenido el viernes en Colonia, cometió los crímenes entre 1999 y 2006.

Un camionero alemán, identificado como Volker Eckert y detenido en Alemania a solicitud de la justicia española por la muerte de una prostituta búlgara en Hostalric (Gerona), ha confesado ser no sólo el autor de este asesinato sino de la muerte de cuatro meretrices más, según ha informado la Fiscalía alemana a primera hora de la tarde. Dos de los crímenes fueron cometidos también en España y los otros dos en Francia. El presunto asesino en serie, de 47 años, perpetró los crímenes entre los años 1999 y 2006. La fiscalía de la ciudad bávara de Hof ha asumido el caso de Volker Eckert, ya que el sospechoso reside en la cercana localidad de Oesnitz. La detención del camionero por el crimen de Hostalric se produjo el viernes pasado en la sede de la empresa de transportes para la que trabaja, situada en el barrio de Wesseling de Colonia, en presencia de funcionarios policiales de Hof y agentes enviados por los Mossos d'Esquadra.

Las mismas fuentes de la Fiscalía, que no han precisado datos sobre las otras cuatro mujeres asesinadas, han explicado una comisión especial de la policía de Hof investigará ahora la confesión del presunto asesino para verificar la veracidad de estos cuatro crímenes, de los que dos habrían sido cometidos en España y los otros dos en Francia.

La fiscalía alemana cuenta para sus investigaciones con las fotos hechas con una cámara Polaroid por el camionero a sus víctimas desde 2003, así como mechones de cabellos y trozos de ropa. El cadáver de la prostituta búlgara de Hostalric fue localizado el pasado 3 de noviembre en un cuneta por una persona que paseaba por el campo de fútbol de la localidad. La chica estaba desnuda y presentaba signos de haber muerto de forma violenta. La identificación de Volker como presunto autor de su asesinato fue posible gracias a las declaraciones de varias de sus compañeras y a la grabación de las cámaras de seguridad de una empresa cercana al lugar de los hechos.

Otros tres crímenes en Alemania

Cuando los Mossos d'Esquadra investigaban este caso comenzaron a sospechar que era también responsable de la muerte de otra mujer en Sant Sadurní d'Osormort (Barcelona). En el momento de su detención, la Policía autonómica halló una fotografía de la mujer, localizada muerta el 1 de marzo de 2005, en el camión de Volker. La joven aún no ha sido identificada probablemente procedía del Este europeo y tenía entre 20 y 25 años.

La consejera catalana de Interior en funciones, Montserrat Tura, informó ayer de que, tras el arresto del presunto asesino, los Mossos estudian otros crímenes en los que se utilizó el mismo modus operandi. «Hay pruebas suficientes para determinar que es el responsable del crimen de Hostalric y se cree que también las podría haber en este asesinato de Sant Sadurní d'Osormort», dijo Tura.

No obstante, las investigaciones policiales van «más allá», ya que «se está estudiando si en otros lugares se han producido muertes similares», por lo que, «a partir de las rutas

internacionales que hacía el detenido se ha pasado información a policías de otros países», apuntó la consejera.

En este sentido, el rotativo Express de Colonia le adjudica otros dos asesinatos en Alemania. El rotativo revela que el conductor es sospechoso del asesinato en marzo de este año de una prostituta rumana de 22 años en la localidad bávara de Hof, donde también pudo haber dado muerte a dos prostitutas tailandesas, de 49 y 54 años, dos meses después.

La espera. Viernes 17 de noviembre. Cae la tarde. Dirk Menda observa desde la ventana de su despacho, en el polígono industrial de la pequeña ciudad de 13.000 habitantes de Oelsnitz (Sajonia), la aburrida caída de la lluvia sobre su decena de camiones de transporte internacional.

Junto a los muchos charcos que se van formando en el suelo, un inmenso hueco, previsto para estacionar el largo trailer de Volker Eckert, que regresaba de un viaje allende las fronteras germanas. Como buen alemán, el dueño de Dirk Menda Transport-Unternehmen lo tenía todo calculado: «Cuando llegase, lo íbamos a aparcar, cerraríamos la empresa y hasta el lunes».

Pero su deseo nunca se cumpliría. El jefe no sabía aún que el que faltaba era el camión del asesino, su empleado. Una inesperada llamada telefónica de la policía de Colonia (Renania del Norte-Westfalia) pronto lo sacaría de dudas. Su camionero había sido arrestado en el barrio periférico de Wesseling.

Una euroorden de búsqueda y captura desde un juzgado de Girona le acusaba del asesinato, el 2 de noviembre, de una prostituta en Hostalric. «Fue un gran shock», admite Menda, que no suelta ni una palabra más y remite a la policía criminal de Hof, cuya fiscalía tramita el caso.

Desde la cárcel de Bayreuth, Volker confesaba el asesinato de seis meretrices desde 1999. Dos de ellas en Girona, Isabel Beatriz Díaz Muñoz (la única con nacionalidad española, en octubre de 2001) en Maçanet de la Selva, y Miglena Petrova (búlgara, este mes) en Hostalric, y otra joven no identificada en San Sadurní d'Osona, Barcelona (en febrero de 2005). Dos crímenes los habría cometido Francia (una en Burdeos en 1999 y otra en Reims este año) y otro en Alemania.

Volker Eckert, soltero de 47 años, comparte con muchos otros asesinos en serie de la Historia una misma característica. Al igual que su compatriota alemán Jürgen Bartsch, que violó y asesinó a media docena de menores en los años 60, o los españoles El Arropiero, El Mataviejas o El Asesino de la Baraja, para sus familiares y compañeros de trabajo este camionero era una persona «completamente normal».

Pero un dato muy particular en el caso de este germano provoca un nudo en el estómago a los agentes de policía de toda Europa: se trataría del primer asesino en serie internacional. Hoy mataba en Alemania, mañana en Francia y un día después en España, preferentemente en Cataluña. La muerte sobre ruedas.

Y un modus operandi que Volker repetía matemáticamente. Proponía a sus víctimas -siempre jóvenes, delgadas y preferentemente rubias- mantener relaciones sexuales en la litera de su camión con las manos atadas. Antes, durante o después del acto, extremo aún por determinar, las estrangulaba con una cuerda.

Y tras la muerte, el ritual: cortaba un mechón de cabello a la fallecida, a veces un trozo de ropa, sacaba fotos del cadáver en distintas posturas -incluso con una peluca que él mismo llevaba- y después se deshacía del cuerpo antes de descargar el vehículo y volver a su casa en Hof.

Según el jefe del Area Regional de Investigación (ARI) de los Mossos d'Esquadra en Girona, Jordi Bascompte, en el caso de Hostalric Eckert tuvo la sangre fría de proceder a la descarga en una empresa de Sant Feliu de Buixalleu con el cadáver aún en la litera. Luego, se mantuvo varias horas aparcado en un descampado y por fin se deshizo del cuerpo al llegar la noche. «Es un enfermo que se excita estrangulando a prostitutas mientras realiza el acto sexual», aseguró el agente catalán.

Los vecinos de Volker, en la ciudad bávara de Hof (53.000 habitantes), apenas dan crédito. «Siempre fue un tipo normal», afirma un familiar, identificado como Herr X (Señor X). «Estamos hundidos, ¿cómo pudo hacerlo?».

Lo que ni ellos ni los amigos del asesino habían visto era la cabina del horror que el camionero paseaba por Europa. En su interior la policía alemana, acompañada de una delegación de los Mossos, encontró un pequeño museo de trofeos junto a la litera de Eckert, no visible desde el exterior del vehículo.

Varias fotografías de las víctimas, ya fallecidas, colgaban de las paredes y según la investigación el detenido las utilizaba para excitarse. Esto ha llevado a pensar que al criminal no le preocupaba que le localizara la justicia. Y sobre las fotos, palabras en alemán, que según algunas fuentes serían insultos. También en la cabina, y en riguroso orden, bolsas de plástico con cabellos y trozos de ropa de las víctimas. Fetiches que supuestamente usaba para excitarse recordando a sus víctimas.

Eckert, que no tenía novia ni esposa, es descrito por su entorno como un hombre «muy amable, educado y solidario». Herr X admite que ahora se siente incómodo al recordar que era muy amable con los niños de la familia, «siempre les traía pequeños regalos, uno podía fiarse de él, sin ninguna duda».

«¿Qué le diría ahora mismo?», se interroga para acabar el tal Herr X. «Le preguntaría quién es realmente. Y eso sería el punto final».

El camionero alemán Volker Eckert está detenido en su país acusado de estrangular hasta la muerte a una joven prostituta búlgara en Girona. Pero la investigación le implica en otros cuatro crímenes. Ha declarado que sólo así lograba placer sexual.

El camionero Volker Eckert acababa de descargar más de 20 toneladas de plástico granulado en la factoría Neoplástica España, en Sant Feliu de Buixalleu (Girona). Tardó 120 minutos en vaciar la carga en el silo. Pero no dio muestras de impaciencia ni nerviosismo, pese a que en la cabina de su camión ocultaba el cadáver de la prostituta búlgara Miglena Petrova Rahim, de 20 años, a la que había estrangulado horas antes.

Después, condujo su vehículo Volvo hasta el campo de fútbol del cercano municipio de Hostalric. Aparcó y aguardó durante horas, sin prisas, a que cayera la noche. Amparado por la oscuridad, arrojó el cuerpo a la tierra y lo arrastró a un punto más alejado.

Al arrancar para emprender su regreso a Alemania, la cámara de seguridad de una empresa de logística grabó al vehículo... Y eso fue su perdición: esas imágenes fueron la pista que llevarían hasta él y que la semana pasada pondrían fin a su carrera criminal. Él ha reconocido cinco asesinatos en los últimos años. Pero la policía cree que ha cometido muchos más.

«Al fin me habéis detenido. Yo no podía parar de hacer esto. Sólo así, matando a las mujeres, disfruto del sexo. Sé que eso está mal, que así no podía seguir, y por eso tenía pensado entregarme dentro de un año». Eso es lo que Volker Eckert, de 47 años, soltero, nacido en Oeslnitz (antigua República Democrática Alemana) les confió a los policías alemanes que el pasado día 17 le colocaron los grilletes en Wesseling (cerca de la ciudad germana de Colonia).

La captura de este frío psicópata, propiciada por las investigaciones de los Mossos d'Esquadra de Girona, pone fin a las andanzas criminales de un estrangulador que ha confesado ya cinco homicidios (tres en Girona) y dos en Francia en los últimos siete años. No obstante, en la cabina de su camión guardaba «varias fotos» de otras mujeres muertas, aún no identificadas, y la policía cree que hace casi 20 años estuvo preso en la antigua RDA por dar muerte a una compañera de trabajo.

Los investigadores sospechan que Ecker ha matado a mujeres en otros países europeos. ¿A cuántas? «Imposible saberlo por ahora. Habrá que reconstruir sus viajes durante los últimos años», responde Jordi Bascompte, inspector de los Mossos d'Esquadra en Girona. Los Mossos d'Esquadra iniciaron sus pesquisas a partir del estudio de las imágenes del camión captadas por la cámara de seguridad de la empresa emplazada junto al lugar donde fue hallado el cuerpo sin vida de Milegna. Y... ¡bingo! Descubrieron así que el vehículo llevaba el emblema de la empresa Me-Tra. Fue una pista clave: al preguntar en la empresa quién conducía el camión ese día, consiguieron poner nombre -Volker Eckert- al sospechoso del asesinato de la meretriz búlgara.

Miglena Petrova Rahim, nacida en Dobrich (Bulgaria) el 25 de mayo de 1986 es la última de las víctimas del estrangulador. La joven fue contratada por éste el 2 de noviembre pasado cuando se prostituía en el arcén de una carretera en Sant Julià de Ramis (Girona). Antes había intentado conseguir los servicios de la búlgara Vicki y de otras prostitutas, pero ellas se habían negado porque el camionero les exigía que se dejaran maniatar. Miglena aceptó la condición, sin saber que eso le iba a costar la vida.

Miglena, que convivía en España con su compatriota Severin Erol Rahim, de 25 años, fue hallada muerta el pasado día. En su cuello tenía marcas de haber sido estrangulada con un cordel y el asesino, además, le había cortado mechones de cabello.

La joven búlgara residía últimamente en el hostel Europa, al lado de la comisaría de Policía Local de Figueres. Pero durante los cuatro meses anteriores lo hizo en el hostel Xavi, de Vilajuïga. Gaspar Casadevall, su propietario, recuerda que la chica salía todos los días en un taxi y que durante largas horas esperaba a sus clientes al borde de la carretera. «Nunca dio aquí ningún problema. Era una muchacha muy maja, a la que le gustaban la ropa de marca y los perfumes», explica Casadevall.

Una joven empleada del establecimiento añade: «Miglena siempre estaba contenta. Veía normal su trabajo y nunca dijo que alguien la obligase a hacerlo. Su marido, Severin, la trataba bien y ella decía que estaba contenta de que él pudiera vivir bien gracias a ella». La búlgara se veía obligada a salir de España cada tres meses, ya que carecía de permiso de residencia. Una vez comentó en el hostel Xavi que tenía un amigo policía que le estaba ayudando a tramitar sus papeles de extranjería. ¿Sería ese amigo el inspector Fermín M., del Cuerpo Nacional de Policía en La Jonquera, que en octubre pasado fue detenido acusado de extorsionar a prostitutas? Ella nunca reveló quién era ese amigo, pero lo cierto es que prestó declaración en relación con ese caso, según han confirmado fuentes policiales.

Miglena era una más de las cientos de jóvenes de Europa del Este que pululan en las carreteras de Cataluña. Sentadas en sillas de cámping, suelen aguardar insinuantes y provocativas en los arcones y se prostituyen en el bosque más próximo a cambio de 30 ó 40 euros por servicio. Sus mejores clientes son camioneros, obreros de polígonos industriales y franceses que cruzan la cercana frontera en busca de sexo fácil y barato. Cuando Eckert fue arrestado en Alemania, la policía halló una foto de Miglena, desnuda y estrangulada, en un cajoncito situado junto al parabrisas del camión, encima del asiento

del conductor. Allí escondía sus tesoros fetichistas: la foto de otra chica desconocida hallada muerta el 1 de marzo de 2005 en Sant Sadurní d'Osormort (Girona), «varias imágenes de otras víctimas» de las que los Mossos d'Esquadra no saben nada, así como mechones de pelo, trozos de cuerda...

Entre el lote de fotos sí estaba la de esa mujer sin nombre cuyos servicios contrató a finales de febrero de 2005 cerca de Figueras. Su cuerpo exánime fue hallado por otro camionero. Pese a los meses transcurridos, la policía catalana todavía no ha podido saber de quién se trata, aunque cree que es una prostituta de origen extranjero.

Eckert, sin embargo, no conservaba la foto de Isabel Beatriz Díaz Muñoz, una prostituta española hallada muerta, en avanzado estado de putrefacción, el 9 de octubre de 2001 en Masanet de la Selva (Girona). No guardaba su imagen, pero el estrangulador tiene perfectamente grabado en su memoria que contrató a esta muchacha en agosto de 2001 y que, tras mantener relaciones sexuales, se había deshecho de su cadáver.

Isabel Beatriz vivía entonces en una pensión, pero su adolescencia la pasó en la barriada obrera de Germans Sabat, a unos tres kilómetros de la catedral de Girona, cuyos vecinos la recuerdan como una joven problemática. Su madre, que regentaba un bar con su marido, Coralio, se trasladó después del fallecimiento de su hija a Gor (Granada) donde reside con su segundo marido, Francisco.

El camionero dejó su rastro de muerte no sólo en España, sino también en Francia: en 1999 mató cerca de Burdeos a una prostituta; y en octubre pasado hizo lo mismo con la polaca Agnieszka Bos, de 28 años, que ejercía la prostitución en las carreteras próximas a Laon. La policía temió desde el primer momento que Agnieszka hubiera sido víctima de un cliente masoquista. Ahora se ha visto que la sospecha era fundada.

Todo apunta a que las inclinaciones homicidas del camionero Eckert vienen de muchos años atrás. Ya en 1990 mató a una compañera en Oesnitz (antigua Alemania Oriental) y cumplió por ello pena de prisión. Al unificarse las dos Alemanias, los archivos penales de la extinta RDA no fueron incorporados a los de la República Federal de Alemania y eso hace que, a día de hoy, Ecker figure en las bases de datos de la policía germana como un hombre limpio y sin ningún tipo de antecedentes delictivos.

Cuando los Mossos d'Esquadra informaron de sus pesquisas sobre el asesinato de Miglena a Lucas Oswaldo Giserman Liponetsky, juez de instrucción de Santa Coloma de Farners, éste cursó una orden internacional de detención y autorizó a dos policías autonómicos catalanes a que se desplazaran a Alemania.

El camionero Eckert fue arrestado el pasado día 17 en la sede de la empresa Schmidt en Wesseling, a unos 500 kilómetros de su domicilio de Hot. Su detención dejó estupefactos a los policías alemanes de Renania y a los mossos d'esquadra, al descubrir que el chófer es un asesino en serie que ha ido sembrando la muerte durante sus viajes por media Europa.

La cabina blanca de su camión, decorada sólo con un escudo y una bufanda del equipo de fútbol Bayern Múnich, era una caja de sorpresas. Allí ocultaba fotos de sus víctimas -los investigadores no han querido informar de cuántas- y bolsitas de plástico con mechones de cabello.

La semana pasada, el chófer Eckert -camisa azul, pantalones tejanos y una parka verde- asistió impertérrito al registro de la cabina. Ese habitáculo era su verdadero hogar: allí tenía su litera para dormir y hacer sexo, su infiernillo para cocinar... y las fotos de sus víctimas. En el reverso de estas imágenes, tomadas con una cámara Polaroid, solía escribir comentarios soeces y ofensivos a modo de ficha sobre cada una de ellas.

El asesino ha declarado que sólo conseguía obtener placer sexual al ver el rostro de las mujeres en el momento en que las estrangulaba. «Estamos delante de una persona enferma, que tiene un grave problema, y ésta era su manera de excitarse sexualmente», comenta el inspector Bascombe.

Muñeca inflable estrangulada

El chófer Volker Eckert es natural de Oeslsnitz, en Sajonia, pero en 1990 se trasladó a vivir a Hof (República Federal de Alemania) tras la reunificación. Hof, la ciudad más septentrional de Baviera, está habitada por unos 50.000 vecinos que afirman que es «ideal para relajarse» por estar rodeada de montañas. Cuenta con un museo de osos de peluche y el Parque de la Nostalgia, donde el visitante puede colocar placas o carteles con su nombre, el de su ciudad o cualquier otra cosa que se le pase por la cabeza.

La inspección policial en la vivienda del estrangulador, en la empinada calle de Oeslsnitzerstrasse de Hof, también permitió a los policías localizar ropas femeninas. ¿De quién son? Los encargados del caso están convencidos de que esas prendas pertenecían a las mujeres a las que arrebató la vida. «Ahora queda una larga tarea. Habrá que analizar esas prendas y ver si coinciden con el ADN de las víctimas identificadas o si pertenecen a otras personas», señala un mando de los Mossos d'Esquadra.

El camionero apenas era conocido en Hof, una ciudad a tiro de piedra de la República Checa, ya que a veces estaba fuera más de un mes por su trabajo en una empresa de transportes internacionales. Sus vecinos no recuerdan haberle visto jamás acompañado de una mujer. Los indicios apuntan a que sólo se relacionaba con prostitutas... o con una muñeca hinchable. Una fotografía de una muñeca con un cordón anudado al cuello ha sido encontrada entre los tesoros y fetiches que guardaba el enloquecido homicida.

El estrangulador de Hof, de 1,80 de estatura, delgado, de cara afilada y ojos oscuros, fue durante muchos años un oscuro conductor de uno de los 800 camiones de una empresa alemana. Poco más se sabe, hasta ahora, de su vida familiar, excepto que tiene un hermano que vive en Oeslsnitz (Sajonia) y una hermana llamada Sabine, que reside cerca de Hof. Ésta, a requerimiento del diario alemán Express, se negó a hacer declaraciones.

Volker Eckert, el camionero alemán de 48 años que confesó haber matado a seis mujeres (cinco de ellas prostitutas), comparecerá ante la justicia alemana acusado al menos de 19 asesinatos o tentativas de asesinato. Así lo comunicó ayer la oficina de coordinación judicial europea, Eurojust, que añadió que el criminal cometió sus atroces actos entre 1974 y el año pasado.

Tras ser detenido el pasado mes de noviembre en Colonia, fue el propio Eckert quien reconoció haber estrangulado a tres prostitutas en Cataluña y a otras dos en Francia, además de a una compañera de clase a la que mató en Alemania cuando él solo tenía 15 años, y ella, 14.

El organismo de la Unión Europea acogió el miércoles pasado una reunión entre las autoridades de España, Francia y Alemania a la que asistieron también jueces y fiscales. En dicho encuentro, los 27 miembros del comité de gobierno de Eurojust (uno por cada país de la UE) decidieron que el juicio del camionero asesino se celebre en Alemania, dado que es este país «el mejor situado para juzgar todos los hechos incluidos», una afirmación que hace suponer que Eckert podría haber quitado la vida a varias mujeres en este país.

Mechones y trozos de ropa

La misma institución europea, cuya sede se encuentra en La Haya (Holanda), informó de que la gran mayoría de las víctimas del camionero son prostitutas. El propio acusado, además de guardar mechones y jirones de ropa de algunas de estas mujeres como si fueran trofeos, llevaba sus fotos en la cabina del vehículo. Estaba tan desquiciado, aseguró él mismo a la policía, que llegó a sentirse «aliviado» al ser detenido.

Eckert fue condenado en 1988 en la ciudad de Chemnitz (Alemania) a 12 años de prisión por violaciones, malos tratos y varios intentos de asesinato. Sin embargo, en 1994 ya se encontraba en libertad.

Volker Eckert recorrió las carreteras de Europa matando a prostitutas con impunidad.

Volker Eckert empezó a sentirse excitado con el cabello femenino cuando era adolescente: le gustaba olerlo, acariciarlo, tirar de él. No tardó en descubrir que lo que de verdad le apasionaba era agarrar con fuerza el cuello de las chicas y observar su rostro desencajado.

Así, a fuerza de apretar buscando placer, mató a una compañera de clase a los 14 años y trató de fingir que se había suicidado. El caso quedó sin investigación ni castigo en la oscura República Democrática Alemana. El tiempo y la libre circulación convirtieron a Eckert en uno de los estranguladores más prolíficos que ha conocido el continente.

A Eckert se le atribuye el asesinato de una veintena de mujeres, en su mayoría prostitutas e inmigrantes sin arraigo ni familia. El perfil de las víctimas fue una de las claves de su éxito como asesino en serie. El otro, la falta de coordinación entre los cuerpos policiales: al volante de su tráiler, Eckert recorrió las carreteras europeas dejando tras de sí un reguero de cadáveres sin aparente relación. Una de sus zonas de paso como conductor de larga distancia fue Girona, donde mató a tres chicas a las que había contratado para tener sexo de pago.

La última de las tres fue Miglena Petrova, una prostituta búlgara de 20 años. El 2 de noviembre de 2006, la joven aceptó dejarse maniatar por Eckert a cambio de dinero. El camionero la estranguló con un cordel y recortó unos mechones de su cabello como recuerdo de la cita. Ocultó el cuerpo en la cabina y lo arrojó, de noche, junto a un campo de fútbol de Hostalric. Un operario acababa de instalar una cámara de seguridad en una empresa cercana: fue la pista que permitió a los Mossos d'Esquadra conocer la identidad del asesino y dar la voz de alerta.

Eckert fue detenido en Colonia. Al principio negó los hechos y pidió a la policía un respiro para buscar unos medicamentos en su cabina. Otro error. Dentro, los investigadores encontraron mechones de pelo, pero también ropa, fotos de mujeres muertas y unas notas manuscritas en las que describía sus crímenes. «Estoy tan desquiciado que me siento aliviado por el arresto», dijo.

Eckert confesó seis asesinatos, aunque la policía le atribuye 19. Trabajó primero como pintor y limpiador, y a los 40 años se hizo conductor de tráilers. Lo hizo solo porque la carretera le daba más posibilidades de encontrar a mujeres en situaciones frágiles, apretar su cuello y saciar así su apetito sexual.

En agosto de 2001, recogió a Isabel Beatriz Díaz, una prostituta de carretera, en Lloret de Mar. La joven trató de resistirse cuando Eckert empezó a estrangularla. El camionero alemán dejó el cadáver en un cruce de autopistas. Nadie la encontró en dos meses y, cuando lo hicieron, nadie la reclamó. El caso quedó como un crimen sin resolver.

Cuatro años más tarde, en otro de sus viajes por Girona, le llegó el turno a Mary Veselova, una joven rusa a la que la policía halló muerta en Figueres. Otras de las víctimas que se le atribuyen jamás fueron identificadas ni pudo esclarecerse lo que pasó con ellas.

Norbert Nedopil, un psiquiatra de Múnich, es testimonio privilegiado de los perversos gustos sexuales de Eckert. Durante varias sesiones, el camionero le contó que de pequeño disfrutaba tocándole el pelo a una muñeca de juguete con la que practicó, por primera vez, la asfixia. Recreó en su mente la fantasía hasta que la reprodujo con una compañera de clase, Silvia, relata Nedopil.

La carrera criminal de Eckert pudo haberse parado en 1978, cuando fue detenido mientras estrangulaba a una mujer en la calle. Salió de prisión al cabo de un año.

Eckert fue fiel a su perfil de asesino hasta el final. Celebró sus 48 años en prisión provisional a la espera de juicio. Ningún miembro de su familia —ni siquiera su hermana, a la que se sentía muy unido— acudió a visitarle. Al día siguiente, puso fin a su vida: los funcionarios encontraron el cadáver de Eckert colgando de los barrotes de la celda.

Este homicida vivía en un universo privado, rodeado de recuerdos que arrancó a las prostitutas que asesinó en varios países europeos.

Volker Eckert nació en Oeslsnitz, Sajonia, el 1 de julio de 1959. De su infancia no existen registros ni testimonios. Se sabe que tiene un hermano, que vive también en Oeslsnitz, y una hermana que reside en Hof, una ciudad pequeña de 50 mil habitantes, cuyos dos mayores atractivos son un museo que alberga decenas de osos de peluche y el Parque de la Nostalgia, llamado así porque el visitante puede dejar el recuerdo de su estadía en placas, carteles, llaveros, algo que deje constancia de que estuvo en el lugar.

Coincidentemente, Volker Eckert era un Museo de la Nostalgia itinerante, sólo que sus recuerdos estaban muy lejos de reflejar las doradas ensoñaciones de los turistas que confirman su paso por comarcas que parecen extraídas de un cuento de hadas.

A finales de octubre de 2006, Eckert llegó manejando su camión de carga a la fábrica Neoplástica España, en Girona, España. Durante dos horas descargó 20 toneladas de plástico granulado. En ese lapso permaneció impasible, fumando, colaborando en las maniobras.

Al terminar las tareas se colocó al volante de su vehículo Volvo y condujo hasta un campo de fútbol que le quedaba de paso. Apagó el motor de su unidad, durmió un rato en la cabina y esperó a que anocheciera. Cuando la penumbra servía a sus propósitos, abrió la puerta del copiloto y por ahí bajó el cuerpo de una mujer, al que arrastró hacia el campo de fútbol. Nuevamente trepó a su unidad y se marchó.

Nadie se percató de sus movimientos, excepto una cámara de vigilancia de una empresa, donde quedó registrada la matrícula del Volvo. El 17 de noviembre de ese año, la policía llegó a una casa de la calle Oeslsnitzerstrasse, en Colonia, Alemania, y arrestó a Eckert, quien no opuso resistencia y más bien se comportó bastante colaborador con las autoridades.

Los agentes no tenían idea de lo que iban a encontrar al registrar la casa y el camión de Eckert, pues de momento sólo sospechaban de un homicidio. En el interior de su domicilio, los investigadores hallaron mechones de cabello, trozos de cuerda y prendas íntimas femeninas, además de algunas fotografías que mostraban a mujeres en posiciones que integraban una especie de serie: amordazadas, violadas y finalmente asesinadas. La cabina del Volvo de Eckert sería una caja adicional de sorpresas.

Mujeres, mujeres

Volker Eckert era un individuo solitario, que manejaba camiones desde muy joven, ausentándose de su domicilio por varias semanas; por lo mismo, sus vecinos apenas si lo conocían. Uno de ellos, que tuvo roces ocasionales con él, decía que Eckert era cliente asiduo del distrito rojo de la ciudad, sólo mantenía contacto con prostitutas y con su muñeca inflable, con la que se masturbaba mientras apretaba un cordón alrededor del cuello del monigote.

Los bares eran el coto de caza de Eckert. En ellos contrataba prostitutas. Oficialmente, cinco de ellas, tres de España y dos de Francia, fueron asesinadas por el criminal. Sin embargo, los souvenirs de Eckert muestran algo distinto.

En la cabina de su camión, su «verdadero hogar» (El País dixit), la policía encontró, además de su cama para dormir y su estufilla, decenas de fotografías instantáneas, tomadas con una ya obsoleta Polaroid, donde se apreciaba una legión de mujeres en tiempos y circunstancias distintas, todas al parecer compañeras de un destino al menos aterrador. Detrás de las imágenes, el hombre no escribía la fecha del acontecimiento, sino comentarios obscenos y atroces, humillantes para las víctimas.

Al ser detenido, Eckert dio gracias a la policía, porque sabía que terminaba su carrera de homicida en serie, la cual duró, de manera oficial, de 2001 a 2007. Dijo que sufría cada vez que asesinaba, que sólo matando lograba eyacular y que tenía planeado entregarse en el plazo de un año.

El predador arrepentido dejó a la policía de varios países europeos una tarea difícil de resolver. Por lo pronto, Italia abrió los expedientes de más de 40 casos sin resolver de prostitutas asesinadas. España, donde ocurrieron tres de los homicidios, ha hecho lo mismo. Scotland Yard se ha unido a la cruzada, pues el Reino Unido era frecuentado por Eckert por cuestiones de trabajo.

Y las corporaciones policiacas tendrán que hacer el trabajo solas, ya que no contarán con los testimonios de Volker Eckert, quien el 2 de julio de 2007 decidió poner fin a su martirio, colgándose en su celda.

JACK EL DESTRIPIADOR



El seudónimo de Jack el destripador, proviene de un ciudadano anónimo que decía ser el asesino de Withechapel, y firmó una carta enviada a una agencia de noticias de Londres, como "Jack The Ripper".

Como dijimos anteriormente, las autoridades británicas jamás dieron con este psicokiller, y con el paso de los años, muchas teorías han habido en relación a la identidad del que probablemente fue, el asesino más buscado de la historia.

Hay quien dice que en realidad se trataba de una serie de criminales, y no una única persona la que atemorizó a los pobres ciudadanos de Whitechapel, y nunca mejor dicho lo de pobres, ya que estamos hablando de uno de los barrios más humildes de la capital del Reino Unido. Actualmente en el barrio, se sigue respirando ese aire de extrema pobreza.

Otras teorías de la conspiración hablan de que podría ser una mujer la asesina, un inmigrante judío que estaba en Londres, o simplemente un invento de alguien con ganas de llenarse los bolsillos de dinero, ya que como es lógico, quien viaja a Londres debe pasar por el barrio de Whitechapel, casi de forma obligada.

La teoría que más fuerza cogió al menos en la época, fue la del inmigrante judío, por una frase que apareció escrita en una pared, y por varios indicios más, aunque solo fueron conjeturas, nada demostrable y mucho menos demostrado.

Justo en la época cuando se produjeron los asesinatos, la prensa inglesa, y más exactamente la conocida como "prensa amarilla" o "prensa sensacionalista", comenzaba a emerger con fuerza, y esto quizás convirtieron los asesinatos de Whitechapel, en poco menos que un circo. De ahí que se hiciera tan popular este caso, ya que os aseguramos que en el mundo ha habido muchos "destripadores" a lo largo de toda la historia, y jamás salieron sus casos a la luz pública, o si salieron, pero no se hicieron tan famosos como el de nuestro protagonista de hoy en la web.

Quizás el personaje ficticio Sherlock Holmes, también tuvo mucho que ver en todo esto comentado anteriormente...

Como habéis podido comprobar en la anterior fotografía, las cinco víctimas mortales que se le atribuyen a Jack el destripador, eran mujeres, y supuestamente prostitutas de calle, que tenían escasísimos recursos económicos, por lo que eran víctimas muy vulnerables y fáciles de asesinar por parte del protagonista de hoy.

Ahora les vamos a poner nombre y apellidos, y vamos a ver los rostros del verdadero horror humano, ya que las muertes de estas mujeres fueron absolutamente incalificables. Nosotros solemos utilizar el término "abominables" o "atroces", pero la verdad que en este caso no nos atrevemos a calificar de algún modo estos asesinatos, ya que fueron sencillamente dignos de quedarse impresionados...

- PRIMERA VÍCTIMA MORTAL...

* MARY ANN "POLLY" NICHOLS: Asesinada a los 43 años de edad. Una mujer digna de lástima, ya que la pobre la noche en la cual fue asesinada, no tenía ni para pagarse una habitación donde dormir, por lo que irremediamente se echó a la calle para buscarse la vida. Lamentablemente encontró la muerte la noche del 31 de agosto de 1888, a manos de Jack el destripador.

- SEGUNDA VÍCTIMA MORTAL...

* ANNIE CHAPMAN: Asesinada a los 47 años de edad. Ella como la anterior mujer, era extremadamente pobre, viviendo sus últimos días de vida, en un albergue. En la madrugada del sábado 8 de septiembre de 1888, se cruzó con Jack el destripador, y nunca más volvió a ver la luz del día. Quizás con ella fue con la que más se cebó el destripador, ya que el cuerpo sin vida de Annie, apareció con los intestinos fuera de su cuerpo, y rajada poco menos que como un cerdo. A Annie le quedaba muy poca vida, ya que padecía una gravísima enfermedad en los pulmones, probablemente cáncer.

- TERCERA VÍCTIMA MORTAL...

* ELIZABETH "LONG LIZ" STRIDE: Esta guapísima chica de origen sueco, fue asesinada por Jack el destripador, cuando tenía 44 años de edad. Vivía en una humilde pensión de Londres, lugar al cual acudió a buscarse una vida mejor que la que tenía en Suecia. Lamentablemente la madrugada del día 30 de septiembre de 1888, murió en manos del destripador. Su caso fue el que estuvo más cerca de resolverse, ya que varios testigos vieron a un joven de unos 30 años que llevaba una gorra con visera de color negro, empujar y arrastrar a una mujer, que coincidía plenamente con los rasgos físicos de Elizabeth.

- CUARTA VÍCTIMA MORTAL...

* CATHERINE EDDOWES: Asesinada a los 46 años de edad, esta mujer sin duda junto a la siguiente que veréis, fue la que se llevó la peor parte, tal y como podéis comprobar en la fotografía. Fue asesinada solo una hora después que la anterior mujer, a la cual el destripador no pudo abrirla en canal, y quizás por ese motivo se ensañó tanto con Kate. Era pobre como las anteriores mujeres, y prostituta de calle de profesión.

- QUINTA VÍCTIMA MORTAL...

* MARY JANE KELLY: Esta chica irlandesa, fue la víctima más joven de Jack el destripador, ya que cuando fue asesinada solo tenía 25 años de edad. Vivía en la extrema pobreza y tuvo que dedicarse a la prostitución callejera, para poder salir adelante. Sin embargo en la noche del 9 de noviembre de 1888, su vida se vio truncada de forma brutal y atroz, tras caer en manos de Jack el destripador. Ella tiene el dudoso honor, de ser considerada la última persona asesinada por Jack the Ripper.

El modus operandi de Jack el destripador consistía básicamente, en atacar por las noches bien entrada la madrugada, para minimizar al máximo las posibilidades de ser descubierto cometiendo sus fechorías. Cortaba la garganta a sus víctimas y previamente las estrangulaba, y como detalle que tuvieron en cuenta los investigadores de la época, siempre que cortaba la garganta, lo hacía de izquierda a derecha, lo que era un claro indicador de que el asesino era diestro.

Tras este corte certero en la garganta, normalmente cortaba el abdomen de las víctimas, como si de cerdos se trataran, rajándolas en canal. En algunos casos, aparte de hacer el ritual comentado, mutilaba otras partes del cuerpo de sus víctimas, como por ejemplo el útero, o el hígado, riñones, corazón etc.

Un auténtico carnicero y nunca mejor dicho, ya que también se sospechó que unos cortes tan bien hechos, solo se podían hacer con cuchillos destinados a cortar la carne, y con esa precisión solo un carnicero podría haberlo hecho. Aunque, volvemos a repetir, esto tampoco pudo ser demostrado nunca.

El día 25 de septiembre de 1888 exactamente, un ciudadano anónimo envió una carta escrita con tinta roja (emulando el color de la [sangre](#)), a una agencia de noticias de Londres, y en la misma reivindicaba los asesinatos de Whitechapel, y él mismo firmó como "Jack el Destripador".

Tenemos una imagen real no de esa carta, pero si de una que fue la única que los investigadores aseguraron que fue escrita por el verdadero asesino, escrita de puño y letra. A continuación pasamos a colgar dicha carta, y también traduciremos lo que pone exactamente, tanto para la nota que envió el supuesto falso asesino a la agencia de noticias, y la traducción de la verdadera carta escrita por el destripador...

- TRADUCCIÓN DE LA NOTA ENVIADA A LA AGENCIA DE NOTICIAS...

"Querido Jefe, desde hace días escucho que la policía me ha capturado, pero en realidad todavía no me han encontrado. No soporto a cierto tipo de mujeres y no dejaré de destriparlas hasta que haya terminado con todas ellas. El último que he hecho, es un magnífico trabajo, a la dama en cuestión no le dio tiempo ni a gritar. Me gusta mucho mi trabajo y estoy ansioso por empezar de nuevo, pronto tendrán noticias mías y de mi gracioso juequecito..."

Firmado: Jack el Destripador"

Esta nota que supuestamente fue escrita por el asesino, en realidad ni los propios investigadores creían en esta versión, simplemente pensaban que se trataba de alguien con afán de protagonismo, que quería llamar la atención asegurando que él era el asesino,

y al no conocer nadie la identidad del mismo, el que escribió dicha carta se sacó un nombre de la manga, y dijo que era "Jack el destripador", como podría haber dicho por ejemplo "*Phil el destripador*".

Lo cierto es, que esta nota fue la que originó que hoy en día todos conozcamos a este asesino, con el seudónimo de Jack el Destripador.

Sin embargo la carta real, es la que hemos puesto en imagen, y que dice lo siguiente...

"Desde el infierno.

Señor Lusk.

Señor le adjunto la mitad de un riñón que tomé de una mujer y que he conservado para usted, la otra parte la freí y me la comí, estaba muy buena. Puedo enviarle el cuchillo ensangrentado con que se extrajo, si se espera usted un poco.

Firmado: Atrápeme cuando pueda, señor Lusk"

Esta misiva fue enviada a un tal George Lusk, que era en esa época el presidente del comité de vigilancia del barrio de Whitechapel.

El primer retrato robot del asesino, que lógicamente en aquella época no se llamaba así, al tener que hacer los dibujos a mano, lo hizo un importante empleado de Scotland Yard, el cual usó los testimonios de algunos de los testigos que habían visto a sospechosos por la zona de los asesinatos, horas antes o incluso minutos antes de que se cometieran los crímenes, y a continuación vamos a ver un par de imágenes que podrían corresponderse con la verdadera identidad de Jack el Destripador...

Hablando ahora del perfil psicópata de Jack el destripador, diremos que tenía una buena conducta como persona y como ciudadano de a pie, esto según los investigadores especializados en temas de conductas humanas.

Con buen aspecto físico, que por cierto en una película que vi sobre este asesino, lo pintaban erróneamente como alguien que tenía un problema en su rostro, era una persona capaz de mezclarse con la gente del barrio y de integrarse perfectamente, y haciendo esto compatible, con su otra cara, la de un asesino despiadado, caníbal, y coleccionista de órganos humanos.

Por lo que llegamos a la conclusión, que su imagen de cara a la sociedad, no haría nunca pensar que se tratara del asesino más buscado de la historia del Reino Unido.

Los investigadores también creen, que el destripador debería ser una persona adinerada, ya que como ejemplo de esto dicho, en uno de los escenarios del crimen, aparecieron uvas, una fruta muy cara en aquella época y que no podía estar al alcance de cualquiera, y menos todavía de un ciudadano de a pie vecino de Whitechapel. Por lo que la posibilidad de que el asesino fuese judío, queda prácticamente descartada.

Precisamente por lo contado anteriormente, y que no lo dijimos al principio del post, la gente sospechó de alguien poderoso como el asesino de Whitechapel. Se habló de políticos, pintores, y hasta de algún miembro de la Casa Real Británica.

Por la precisión de los cortes, las sospechas recayeron sobre todo, en el médico personal de la Reina de Inglaterra.

A continuación vamos a poner unas fotos de algunos de los posibles sospechosos, o al menos que fueron señalados por parte del pueblo londinense de la época, y que también estuvieron en la lista negra de la policía...

- MONTAGUE JOHN DRUITT...

Abogado de profesión e hijo de un cirujano, estuvo siempre en el ojo del huracán policial.

Si os fijáis, tiene mucho parecido con la foto del retrato robot del hombre del bigote. Ahí lo dejamos...

- SEVERIN KLOSOWSKI ALIAS "GEORGE CHAPMAN"...

Este ciudadano polaco que vivía en Whitechapel cuando sucedieron los crímenes, fue sospechoso de ser Jack el destripador, muchos años después de que se cometieran los crímenes. Peluquero de profesión, se supo que había matado a tres de sus mujeres, en cuestión de muy pocos años, mediante envenenamiento.

Cambió su verdadero nombre por el de George Chapman, ya que le avergonzaba que la gente lo tildara de extranjero. Curiosamente eligió el apellido de una de las víctimas mortales de Jack el destripador.

- AARON KOSMINSKI...

También polaco pero judío de religión, este hombre estuvo en el punto de mira policial y civil, ya que padecía lo que podríamos conocer hoy, como la enfermedad mental de la esquizofrenia paranoide. Sus continuas amenazas hacia mujeres, y su odio casi visceral hacia las mismas, lo convirtieron en otro sospechoso más. Fue internado en un psiquiátrico.

- FRANCIS TUMBLETY...

Estamos sin duda ante el mayor sospechoso de ser la identidad de Jack el destripador, por su extrañísimo gusto personal, de coleccionar órganos femeninos. Scotland Yard le siguió la pista en todo momento, ya que al tratarse de una persona homosexual, algo terriblemente mal visto en aquella época claro está, esto le provocó una psicopatía enfermiza hacia el género femenino, al cual él responsabilizaba de ser el mal de sus gustos sexuales por los hombres.

Más sospechoso todavía se hizo, cuando huyó a Francia tras recibir una orden de arresto por parte de Scotland Yard. Lo pusieron en búsqueda y captura, pero nunca más consiguieron dar con él, falleciendo días después de escapar de Londres.

Desde luego que este hombre si podría ser el verdadero Jack el destripador, aunque desgraciadamente el supuesto secreto se lo llevó a la tumba el 28 de mayo de 1903.

- ALBERTO VÍCTOR DE CLARENCE (MIEMBRO DE LA REALEZA BRITÁNICA)...

El Duque de Clarence y Avondale, también estuvo en el punto de mira, sobre todo por parte de algunos medios de comunicación y ciudadanía. El nieto de la Reina Victoria, fue sospechoso por el tema que comentamos antes de las uvas que aparecieron junto a uno de los cadáveres, algo que en la época no podía estar al alcance de cualquier ciudadano y menos del barrio de Whitechapel.

El Duque fue sospechoso, ya que era un cliente habitual de prostitutas de locales, no de calle. Además tenía una afición enfermiza por la caza, y con el paso del tiempo con la [sangre](#). Él mismo dijo disfrutar mientras veía desangrándose a los animales que él mismo daba muerte.

Esto si podríamos calificarlo de "conspiranoia".

- WILLIAM WITHEY GULL...

El médico personal de la Reina Victoria de Inglaterra. Sospechoso desde el año 1976, cuando un escritor publicó que él era definitivamente el asesino de Whitechapel. Explicaba que las cinco prostitutas asesinadas por el destripador, intentaron chantajear a la corona británica, con hacer público que el Duque de Clarence se iba a casar con una simple empleada plebeya, a modo imaginamos, que de recaudar dinero y salir de la pobreza de una vez por todas.

William sería el elegido dados sus conocimientos en medicina, de acabar con las cinco mujeres.

Tiempo después muchos expertos en la materia, dijeron que la historia era inverosímil, ya que tampoco hubiese sido necesario para el médico tanto ensañamiento con sus víctimas, ya que con un simple cuchillazo habría bastado para acabar con las cinco meretrices.

- JOSEPH MERRICK "EL HOMBRE ELEFANTE"...

Hemos dejado para el final la historia de la supuesta relación con Jack el destripador, del conocido como "*hombre elefante*", ya que nos parece hasta de muy mal gusto.

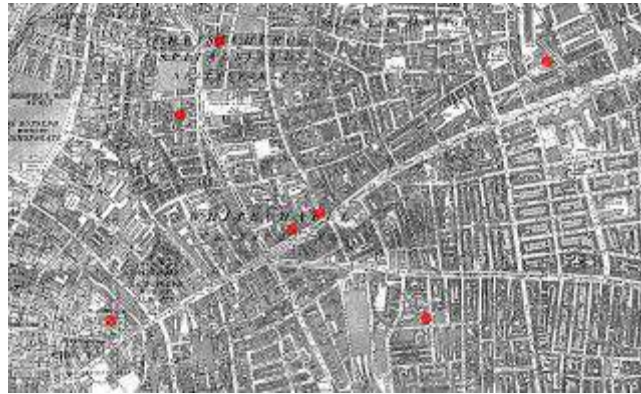
Cabe decir que nunca fue sospechoso de la policía, aunque si del pueblo, que lo acusaban de por el simple hecho de estar deformado y que las mujeres no se fijaban en él, que él mismo habría matado en plan venganza a esas mujeres de Whitechapel.

Sin embargo no tuvieron en cuenta, que la enfermedad gravísima que padecía este pobre hombre, le imposibilitaba por completo poder planear estos asesinatos, sobre todo por su lamentable estado de forma, dados los tumores enormes que tenía en todo el cuerpo, incluyendo en sus pies, por lo que poco hábil habría sido Joseph Merrick para perpetrar

los asesinatos, sobre todo con la habilidad mostrada por Jack el destripador, para matar en tiempo récord y no ser descubierto nunca.

Las sospechas se basaban aparte de por lo comentado anteriormente, en que murió solo dos años después de los asesinatos, y además en el hospital donde estuvo internado en la época de los crímenes, estaba muy cerca de los escenarios de asesinato.

En fin, repetimos que acusar a este pobre hombre, como mínimo se podría considerar como de mal gusto.



MAPA DONDE SE COMETIERON LOS CRÍMENES

ARTHUR SHAWCROSS



Durante veintiún meses, de 1988 hasta enero de 1990, un asesino desconocido hace reinar el terror en la ciudad de Rochester y sus alrededores. Once víctimas conocidas, en su mayoría prostitutas, han sido estranguladas y sus cuerpos dejados a orillas del río Genesee o en los matorrales cercanos a él. Otras desapariciones, especialmente de prostitutas negras como Kim Logan o Rosalie Oppel, nunca han podido aclararse.

Rochester, en el Estado de Nueva York, es la sede del

imperio Eastman-Kodak, que después de un enorme boom económico pasó por una grave recesión a comienzos de los años ochenta, lo que la obligó a suprimir muchos puestos de trabajo. A algunas manzanas de la fábrica Kodak, las avenidas Lake y Lyell son el centro de un barrio caliente de prostitución de bajo precio. Esas dos arterias no resultan nada atractivas, con sus locales de venta de automóviles de ocasión, salas de strip-tease y bares de aspecto turbio.

Las prostitutas, en general jóvenes, son casi todas drogadictas o alcohólicas. Ataviadas con jeans, son independientes, pues sus tarifas son tan bajas que no atraen la codicia de los «protectores»: diez dólares por una felación, treinta dólares por un «mitad y mitad» (penetración y felación). De noche, el barrio está desierto, lo que hace muy vulnerables a esas muchachas.

Durante meses, la policía se pregunta si se trata de un solo y único asesino. Esto se refiere principalmente a una de las víctimas, Dorothy Keller, de 58 años, que no corresponde al perfil de las otras infortunadas. Ni drogada ni prostituta, los restos esqueléticos de Dorothy fueron descubiertos en octubre de 1989, en el río Genesee, casi seis meses después de su desaparición. Otra mujer, June Stott, difiere también de la norma de esas prostitutas que pagaron con la vida el error de escoger el cliente equivocado. Con 30 años, June Stott era ligeramente retrasada mental y nunca había ejercido la prostitución.

La falta de indicios da lugar a los rumores más extravagantes en un tema que no abandona la primera página de los diarios locales. El asesino es un habitual de las prostitutas. Según unos, trata de vengarse después de haber contraído el sida una vez que se «ocupó». Para otros, es un policía conocido por las chicas, a las que atrae con distintos pretextos o a las que detiene. O bien es un tipo que detesta a las mujeres y que, al matar a las prostitutas, se deshace, en cierto modo, de una madre o una hermana mayor a la que odia. El asesino,

para otros, debe de pertenecer a un culto satánico, como el de Charles Manson, o bien se disfraza de pastor protestante para engañar a sus víctimas.

Pese a los esfuerzos de la policía, que ha conseguido incluso la total colaboración de las prostitutas, ninguna pista da resultado. La colaboración activa entre la policía y las prostitutas es cosa rara en esta clase de asuntos, como pudo constatar, desgraciadamente, en el caso del asesino del Río Green, un desconocido asesino de cuarenta y nueve prostitutas en la región de Seattle. Finalmente, las autoridades locales recurren al FBI, que envía al agente especial Gregg McCrary.

El perfil psicológico del asesino, establecido por el FBI, resulta decisivo en un punto: recomienda a los policías que vigilen con la mayor atención los lugares donde se dejaron los cadáveres y en especial los alrededores del río Genesee cercanos a Rochester, pues es muy posible que el asesino vaya allí a revivir la excitación de sus crímenes.

Durante meses circulan las hipótesis más absurdas hasta ese miércoles 3 de enero de 1990 en el que, a las 11.40, una patrulla en helicóptero divisa a un hombre de unos cuarenta años de pie en un puente del lago Salmon, en Ogden, un barrio residencial de Rochester. Bajo ese puente, a unos seis metros por debajo de él, los policías perciben el cadáver de una mujer. El sospechoso sube a un Chevrolet Celebrity gris y se dirige a una clínica de reposo de Wedgewood. Dos motoristas, enviados por radio, identifican al propietario del vehículo: Arthur Shawcross, nacido el 6 de junio de 1945, que les enseña un permiso de conducir caducado. No ha tenido tiempo de renovarlo, les dice, pues acaba de salir de una larga estancia en prisión.

La presencia de Shawcross cerca de un cadáver no basta y no prueba nada, pero la policía no suele creer en coincidencias como ésta, tanto más cuanto que se entera de que Shawcross está en libertad provisional desde 1987 tras quince años de prisión por el asesinato de dos niños, Jack Blake, de 10 años, y Karen Ann Hill, de 8 años, en su ciudad natal de Watertown. Karen fue toqueteada por Shawcross. He aquí cómo él mismo describe estos dos primeros crímenes en su confesión de 1972, reiterada a la policía de Rochester el 4 de enero de 1990:

“Me habían invitado a una fiesta de cumpleaños en familia. Como hacía buen tiempo decidí ir a campo traviesa en vez de tomar la carretera. Me disponía a salir cuando llama a la puerta un chiquillo y me pregunta si quiero acompañarlo a pescar. Le contesto que no puedo. Cierro la puerta y salgo por la parte de atrás de la casa, pasando por un campo, en dirección al centro comercial.

Un poco más allá, me encuentro en la marisma y oigo un ruido detrás de mí. El chiquillo me había seguido. Lo ayudé a salir del estanque en que había caído. «Oye, deja de seguirme», le digo. Se niega a hacerme caso, me contesta que va a donde quiere y que nadie puede impedirselo. Lo dejo y continúo mi camino. Paso por encima de una alambrada y rodeo otro estanque. Vuelvo a oír un chapoteo. Ha caído otra vez al agua. Ahora estoy verdaderamente furioso. Le dirijo unos cuantos insultos y le ordeno que regrese a su casa. Me contesta: «Voy a donde me da la gana.» Entonces, pierdo el control. Le doy un puñetazo en la cabeza. Cae y me marchó. Más tarde, llego a casa de mi suegra, para la fiesta. Regresamos a casa hacia las once de la noche. Debían de ser las dos o las

tres de la madrugada cuando la madre del crío vino a preguntarme dónde se encontraba su hijo. «No lo he visto desde la mañana», le digo. Por instinto, supe que se encontraba todavía allí, cerca del estanque. Tres o cuatro días más tarde, fui para estar seguro. Estaba en el agua. Traté de ocultar su cuerpo con hojas antes de regresar a Watertown. Tenía miedo, pero decidí no pensar en todo eso.(...) Volví para verlo y sólo había un esqueleto”.

El médico que practica la autopsia de Jack Blake cree que le obligaron a desnudarse antes de su muerte o que lo desvistieron después. La policía sospecha que sufrió violencias sexuales. Más tarde, Shawcross dará otra versión del asesinato de Jack Blake, pero hay que aceptarla con precaución, pues fue grabada por los psiquiatras de la defensa. Cuando le juzgan, Shawcross trata de hacerse pasar por caníbal, víctima de abusos sexuales muy graves en la infancia; dice que su madre lo sodomizó violentamente con el mango de una escoba rasgándole la pared anal, aunque no hay pruebas médicas que permitan sostener esta tesis. Shawcross agrega que aprendió a matar y mutilar mujeres en Vietnam. En pleno juicio, se proyecta un vídeo en el que se le muestra bajo los efectos de la hipnosis. La defensa trata de probar que Shawcross no es responsable de sus actos y que debe enviársela a un hospital psiquiátrico. Aunque posee un cociente intelectual medio, de 96, es un criminal endurecido por más de quince años de prisión y sabe engañar a las autoridades judiciales o a los psiquiatras. Como la mayoría de los asesinos en serie, sabe perfectamente las respuestas que los psiquiatras y los psicólogos esperan de gente como él. No había mencionado abusos sexuales ni canibalismo cuando los policías lo interrogaron, ni en 1972 ni en 1990. Escuchen ahora esta nueva versión del asesino de Jack Blake:

“Le golpeé en la cabeza y en el cuello antes de estrangularlo. Me hizo el mismo efecto que aquí, en Rochester, pues corté pedazos de su cuerpo para comérmelos. Me llevé su pene, sus testículos y su corazón para devorarlos. Ignoro por qué actué así. También violé su cadáver. Lo mismo que con todas las chicas de Rochester. Hasta me tumbé un momento al lado de algunas de ellas. No logro explicarme mi actitud, pero es así”.

En enero de 1990, los detectives Blythe, Militello, Barnes, Borriello y Campione interrogan a Shawcross sobre el asesinato de los dos niños. Repite, casi palabra por palabra, su confesión de 1972 en Watertown, y no dice nada de canibalismo ni de mutilaciones post mortem.

El detective Blythe le pregunta:

-Art, ¿tuviste relaciones con ese muchacho?

-No.

-¿Lo conocías bien?

-Iba a menudo a pescar con él.

-Y la niña, ¿puedes decirnos cómo era?

-Sí. Tenía el cabello rubio o castaño claro. Le caía hasta los hombros.

-¿Era muy desarrollada para su edad? ¿Tenía mucho pecho?

-No me acuerdo. Pero era de estatura mediana.

-¿Era bonita?

-Sí.

-¿Y dónde pasó todo, exactamente?

-Cerca de la calle Mill, en Watertown. Hacía dos horas, más o menos, que yo estaba pescando. Es en la desembocadura del río Black. Era un día magnífico. Y la vi. Le pregunté si no tenía miedo de estar sola y me contestó que iba a menudo por allí.

-¿Cuánto tiempo, estuviste con ella?

-No más de diez o quince minutos.

-¿Cómo iba vestida?

-Creo que llevaba short. O tal vez pantalón.

-¿Tuviste relaciones sexuales con ella?

-Sí.

-¿Y al terminar, estaba todavía viva?

-Sí.

-¿Estabas desnudo?

-No, me bajé los pantalones.

-Y ella, ¿estaba tumbada en el suelo?

-No, creo que estaba inclinada hacia adelante.

-¿Le quitaste el vestido?

-Sólo su short o su pantalón, que estaba bajado.

-¿La penetraste por detrás?

-Sí. La penetré con mi pene.

-Ya sé que te es difícil contarnos todo esto -dice el detective Militello-. Y quiero decirte que te agradecemos tu ayuda.

-Trato de olvidar el pasado -suspira Shawcross.

-¿Dónde estabas cuando la estrangulaste? -insiste Blythe-. ¿Estabas todavía dentro de ella?

-No, ella estaba de pie cuando la maté.

-¿Crees que te siguió porque quería tener relaciones contigo?

-No, no lo creo, porque lloraba y sangraba al mismo tiempo... Cuando la vi ya no oí ningún ruido alrededor mío. Todo estaba en silencio. La luz del día se puso a brillar y creí que se trataba de mi hermana Jeannie... La obligué a chupármela antes de violarla. Ella tenía miedo. Gritaba. Luego, al ver lo que había hecho, la estrangulé. El brillo de la luz del día desapareció y cubrí su cuerpo con hojas y piedras antes de marcharme.

Sin que los investigadores se lo pidan, Arthur Shawcross menciona sus relaciones incestuosas con su hermana Jeannie:

-Un día le dije a mi madre que mi hermana y yo éramos más que hermanos.

-¿Qué le contaste a tu madre? – pregunta Blythe.

-Mi hermana Jeannie tiene tres años menos que yo. Ahora está casada con un militar y han vivido mucho tiempo en Grecia.

Vacila, se queda un momento en silencio.

-¿Tenías relaciones con ella? – insiste Militello.

-No, sólo la lamía y la acariciaba. Duró tres años, hasta que ella cumplió los diecisiete.

-¿Y ella hacía lo mismo contigo?

-No, no. Me dejaba hacer, eso era todo.

Interrogada más tarde, la hermana de Shawcross, Jeannie Williams, negó firmemente haber tenido cualquier tipo de relación con su hermano.

Al tratarse del asesinato de los dos niños, Shawcross da pruebas de mucha habilidad. Llega a un acuerdo, que las autoridades judiciales no hubieran debido aceptar nunca, a cambio de confesar voluntariamente esos dos crímenes, con los cuales ninguna prueba lo relaciona directamente. Lo condenan a veinticinco años de prisión por el asesinato de Karen Ann Hill. No se le acusa del asesinato de Jack Blake ni de la violación de la adolescente. Se promete a los padres de las víctimas que Shawcross no saldrá de prisión antes de haber cumplido toda su condena, pues la comisión encargada de dictaminar sobre las libertades vigiladas nunca dejará salir a un criminal como él, tanto más cuanto que cometió esos asesinatos mientras estaba en libertad vigilada por un delito anterior. Ya sabemos lo que pasó con esta promesa.

Esa tarde del 3 de enero de 1990, la policía se entera de que Shawcross trabaja de noche preparando ensaladillas para una casa de comidas por encargo de Rochester. De nuevo, otro elemento coincide con el testimonio de una prostituta alarmada por uno de sus clientes, un tal Mitch, que trabaja de noche en una casa de comidas: no puede gozar más que si su pareja finge estar muerta.

A los detectives la actitud de Shawcross les parece extraña. Plácido, afable, hasta tranquilo, no se interesa en saber de qué se le acusa. Explica su presencia en el puente por el deseo de orinar después de la comida. Nadie le cree. Se encuentra en un lugar muy frecuentado y en pleno día. Además, el puente está a menos de cinco kilómetros de su destino, la clínica de descanso Wedwood, donde habría podido orinar tranquilo. La policía cree que Shawcross miraba el cadáver desde el puente para revivir la excitación del crimen y experimentar así un poderoso placer. ¿Tal vez se masturbaba?

A la una y media, Shawcross da a los policías autorización para que registren su automóvil antes de que lo vuelvan a llevar a su casa donde lo dejan sometido a vigilancia. Durante la noche y la madrugada del 4 de enero, la policía investiga. Unos inspectores van al barrio rojo, a las avenidas Lyell y Lake, y vuelven a interrogar a las prostitutas, pero esta vez llevan fotos de Shawcross. Varias de ellas lo reconocen: es Mitch, un habitual al que le cuesta mucho tener una erección y eyacular. Una, Joanne Van Nostrand, declara algo capital: se «ocupó» con Shawcross en el coche de éste, aparcado en el parque Durant Eastman, muy cerca del río Genesee. Él le dijo que trabajaba para la G and G Food Service, y le contó que se hirió en un pie en un accidente en el puente del Driving Park. Llevaba una armadura ortopédica de plástico. Durante el acto sexual, Van Nostrand mantuvo un cuchillo apretado contra la armadura del pie de Shawcross, precaución que adoptaba con todos sus clientes desde que comenzó la oleada de crímenes. Se fijó en que había un catalejo entre los asientos del coche. Antes de marcharse, Shawcross le ofreció bolsas de patatas fritas y manzanas. Unos días después de la fiesta del Día de Acción de Gracias, el cuarto jueves del mes de noviembre, Joanne Van Nostrand vio a Shawcross en compañía de otra prostituta, Elisabeth Gibson. La muchacha llevaba un abrigo de color rosa. Once horas más tarde, la policía descubrió el cadáver de Elisabeth Gibson en el condado de Wayne. El barniz de la carrocería del auto de Shawcross era idéntico a una brizna de pintura hallada cerca del cadáver. También eran idénticas las huellas de los neumáticos.

El registro del Chevrolet Celebrity gris permite descubrir un pendiente que perteneció a June Cicero, cuyo cadáver se encontraba bajo el puente el día en que la patrulla del helicóptero se fijó en Shawcross. En la mañana del 4 de enero presentan a Shawcross

estas pruebas. Exactamente a la una y ocho minutos de la tarde confiesa que mató a Elisabeth Gibson, a la que conocía con el nombre de Teresa:

-La conocía desde marzo de 1989. Trabajaba en la avenida Lake. A finales de noviembre subió a mi coche y pasé el puente en dirección al Upper Falls Boulevard y luego hacia Saint Paul. Al llegar al condado de Wayne, aparqué detrás de un edificio. Discutimos un momento y le dije que me costaba empujarme. No hay problema, me contestó, puedo solucionarlo. Le pregunté cuánto quería. Ya lo hablaremos luego, me dijo. Se puso a chupármela, pero no conseguía nada. La acaricié un poco y vi mi cartera en el suelo del coche. No sé si ella la hizo caer o qué. Me la metí en el bolsillo del pantalón mientras ella se desnudaba. Estábamos sentados en los asientos delanteros. Habíamos comenzado a follar cuando ella me metió bruscamente los dedos en los ojos. La aparté violentamente con el brazo. Y debió ocurrir algo, pues dejó de respirar.

-¿Le apretabas el cuello?

-Creo que me asusté. Apreté la garganta con el brazo... Traté de hacerle un boca a boca, pero sin resultado. Entonces la llevé al bosque, cerca de un tractor abandonado, y la dejé en el suelo. Volví al automóvil para tomar la carretera de Lake en dirección a la central nuclear. De camino, arrojé su ropa por la ventanilla. Al pasar por el puente de Irondequoit me di cuenta de que tenía aún su abrigo y lo arrojé por encima del parapeto. Y regresé a casa.

Shawcross niega haber participado en los demás crímenes de los que se le acusa. A las cuatro de la tarde, el detective Borriello le enseña los dos pendientes colocados en dos saquitos de plástico, uno descubierto en el cuerpo de June Cicero y el otro hallado debajo del asiento delantero del Chevrolet Celebrity gris. La propietaria de ese coche es Clara Neal, la amante de Shawcross. Cinco minutos más tarde el inspector Blythe entra en la sala acompañado por Clara Neal y ésta reconoce que prestaba a menudo su automóvil a Shawcross. No se explica la presencia en él del pendiente y suplica a su amante que diga la verdad. Leonard Borriello acentúa la presión preguntando al detenido por qué mezcla a Clara en ese asunto:

-¿Tienes relaciones con Clara Neal? -pregunta Blythe.

-Sí, más o menos una vez cada dos semanas. Me ayuda en mi problema. Además, he visitado dos veces a un psicólogo.

-¿Qué problema?

-No consigo empujarme ni correrme. Creo que es a causa de un sentimiento de culpa que viene de mi pasado.

-¿Por qué piensas eso?

-Es lo que me dijo el psicólogo.

-¿Te entiendes bien, sexualmente, con Clara?

-Con Clara consigo estar empinado más tiempo que con Rose, porque me sopla y me mete la lengua en la oreja. Pero con ella tampoco me corro.

-¿Y con tu mujer?

-Nos entendemos bien. Casi siempre se coloca encima de mí. Así estoy empinado más tiempo.

-¿Miras vídeos o revistas porno?

-No, no me sirve de nada. No me ayudan. No me corro porque me duele físicamente. Por eso no consigo mantener mucho rato una erección.

Shawcross exige la presencia de su esposa Rose y el inspector Militello sale de la sala para ir a buscarla. Regresa con ella a las 4.28 de la tarde. Como hizo Clara Neal, suplica, a su marido que diga la verdad y le promete que, suceda lo que sea, estará a su lado.

-¿Qué ha pasado? -le pregunta.

-¿Te acuerdas de aquella noche que regresé a casa con rasguños en la cara y alrededor de los ojos?

-Sí, me acuerdo.

-Pues bien, me vi obligado a hacerle daño a una chica.

-Escucha, Art -interrumpe el inspector Militello-. Querías que trajéramos a tu mujer y aquí está. Ahora será mejor para todos que digas la verdad.

Rose abraza a su marido y sale de la habitación. Son las 4.39. Inmediatamente después, Shawcross pide al detective Barnes que le enseñe las fotos de las desaparecidas. William Barnes se las tiende exigiéndole que indique a cuáles de ellas mató. Shawcross las coloca en dos montones. En el de la izquierda pone las fotos de Elisabeth Gibson, Dorothy Blackburn, June Stott, Patty Ives, June Cicero, Frances Brown, Darlene Trippi, María Welch y Anna Steffen. Duda largo tiempo al examinar la foto de Felicia Stephens, una prostituta negra, que finalmente no coloca en el montón de sus víctimas. Shawcross confiesa plenamente respecto a diez víctimas, pero se niega con obstinación a reconocer su culpa en el asesinato de Felicia Stephens, cuyo cuerpo estrangulado fue hallado cerca de los de June Cicero y Dorothy Blackburn. Son las 9.5 de la noche.

Shawcross protesta:

-Nunca he ido con negras.

-Pero dijiste a alguien que prefieres que te la chupen.

-No.

-¿Nunca?

-No.

-¿No te acuerdas de una conversación en noviembre último con Clara Neal y su hijo Robert Lee?

-No.

-Estabas en casa de Clara y le dijiste que te gusta que las negras te la chupen, porque tienen los labios gruesos.

-No, no lo dije yo. No voy con negras.

-Escucha, Art dice Borriello-, hemos sido amables contigo. Ya sé que no quieres que Rose sepa que fuiste con una negra...

-Ni siquiera te pediremos que firmes una confesión – interviene Campione-, pero necesitamos saber la verdad.

-Nunca subió al coche -insiste Shawcross.

-Entonces, ¿cómo te explicas lo que le pasó?

-Iba por la avenida Plymouth hacia la calle Mayor y eran sobre las dos de la madrugada, el miércoles o el jueves después de Navidad. Me detuve ante el semáforo en rojo en el cruce de esas dos calles. La ventana del lado del pasajero del Chevrolet Celebrity estaba abierta a medias. Una mujer negra se acercó corriendo al coche y metió la cabeza por la ventana. Inmediatamente apreté el botón de cierre automático, dejándola así prisionera por el cuello. La estrangulé con mis dos manos porque gritaba que la violaban. Luego, abrí la ventana y, cogiéndola por los cabellos, la metí dentro y terminé con ella. A continuación, me dirigí al parque Northampton para arrojar el cadáver. Lo había desnudado por completo.

-¿Por qué?

-Quería ver qué tal quedaba así.

Shawcross niega con energía tener algo que ver con la desaparición de otras prostitutas negras como Rosalie Oppel, Kim Logan o Gail DeRyke. Sigue negando haber tenido relaciones con Felicia Stephens. A las diez de la noche, el detective Campione trae una ensalada y pollo, pero Shawcross no quiere comer.

Coleman pregunta:

-Creo que serviste en Vietnam, ¿verdad?

-Sí, y tuve treinta y nueve muertos confirmados con mi fusil M-16. Y muchos otros no reconocidos porque estaba solo en la selva. El Tío Sam me enseñó a matar.

-¿Tuviste allí problemas con las mujeres>

-Maté a dos, una chica y una adolescente. Eran vietcongs. Y además las mutilé.

-¿Por qué?

-Porque ellas hacían lo mismo con los americanos.

El relato sobre mutilaciones que ahora va a leerse procede de los recuerdos de Shawcross explicados a los psiquiatras que lo examinaron antes de la vista de su juicio.

“En aquella época, yo estaba como envuelto en una bruma. En un valle, no lejos de Kontum, veo a una mujer y disparo. No quedó muerta del todo. La até a un árbol. Preparé un fuego de campamento. Entonces me fijé en otro enorme árbol vacío. Cuando la sorprendí, ella estaba ocultando en él un AK-47. Un sendero atraviesa el bosque y conduce a algunas chozas sobre pilotes. Había allí muchas armas, comida y municiones. Oigo ruido en una de las chozas. Subo por la pequeña escalera. Sale una muchacha. La llevo para atarla al lado de la otra. Son el enemigo. Corto el cuello de la primera. Le corto la cabeza. Los viets son supersticiosos. Clavo la cabeza en un poste, que coloco cerca de las armas ocultas. No me reconocía a mí mismo. Nunca había hecho algo así. Luego, corté la carne de la pierna de aquella mujer, por el muslo y hasta la rodilla. Como un jamón. La asé en el fuego. No olía muy bien, pero cuando estuvo bien asada me puse a comerla. Sabía a cerdo o a mono. El resto del cuerpo lo dejé encima de un nido de hormigas. Mientras preparaba mi comida, la otra muchacha se desmayó y se meó encima. La violé, pero antes la obligué a chupármela. No comprendía lo que quería, pero su cuerpo sí que lo comprendía. La desaté para atarla a dos árboles más pequeños. Después, comí algo más y afilé mi cuchillo sin dejar de mirarla. Se desmayó varias veces. La corté ligeramente de la nuca al pubis. Gritó y se cagó de miedo. Tomé mi M-16, tapé el cañón contra una teta para que fuera silencioso y, apuntándole a la frente, apreté el gatillo. Finalmente, le corté la cabeza y la puse en un poste, como la otra. Colgué su cadáver de los pies. A continuación la mutilé como si fuera una vaca. ¿Por qué? Varios días después dije a algunos de mis compañeros que fueran a recoger las armas y municiones. Lo quemaron todo pero dejaron las cabezas. Los viets no volvieron por allí. Superstición. Los viets bien que nos torturaban, ¿por qué no íbamos a hacer lo mismo?”

El relato siguiente sobre asesinatos procede de dos informes de la policía fechados el 4 de enero de 1990 (New York State Police. Henrietta. Caso números 90-004 a 007. 62 páginas. Interrogatorio de Arthur J. Shawcross grabado en el cuarto piso del Public Safety Building, Monroe County, 79 páginas), y también de los vídeos que me proporcionó Charles Siragusa, fiscal encargado del proceso de Shawcross.

Dorothy Blackburn. 27 años, asesinada en febrero de 1988

-¿Te acuerdas de la primera que mataste?

-Sí, fue Dorothy Blackburn. La encontré en Tent City, en la avenida Lake o en la Lyell. Nos dirigimos a la calle West Main, cerca de los grandes edificios, donde estacioné en un aparcamiento. Comenzamos... Me la estaba chupando, pero no sé qué le pasó que me mordió.

-¿Te mordió el pene?

-Sí. Me puse furioso y la estrangulé.

-¿Qué hora era?

-Al atardecer. Sobre las seis o las siete.

-¿Habías aceptado pagarle por hacerlo?

-Sí. Veinte dólares

-¿A cambio de qué?

-Una chupada.

-¿Sólo eso?

-Sí.

-¿Estaba desnuda o vestida?

-Estaba completamente desnuda y me dijo que después de la chupada fallaríamos. Le contesté que de eso ya hablaríamos luego.

-¿La desvestiste tú?

-No, lo hizo ella.

-¿Y por qué te mordió?

-No lo sé.

-¿Dónde tenías las manos mientras ella te la chupaba?

-Una detrás de su cabeza y la otra en su espalda.

-¿Tuvo problemas mientras te la chupaba o lo hacía a tu gusto?

-Siempre cuesta que se me empine, pero aparte de eso todo iba bien.

-¿Cómo hiciste para estrangularla?

-Con una mano. La mano derecha.

-¿Y después?

-Puse en marcha el auto y circulé un rato.

-¿Y qué hiciste con ella?

-Estaba sentada a mi lado. Muerta.

-¿No trataste de ocultarla?

-No. Me dirigí al parque Northampton y arrojé su cadáver por encima del parapeto del puente.

Dorothy Keller. 58 años, asesinada en mayo de 1989

-¿Y después de Dorothy Blackbum?

-Dorothy Keller. Teníamos relaciones íntimas. Y venía a menudo a mi casa.

-¿A tu domicilio de la calle Alexander?

-Sí. Se quedó muchas veces, pero comenzó a robar dinero y cosas, y se lo dije. Me contestó: «Yo hago lo que me da la gana. Si no, contaré a tu mujer lo nuestro.» Le dije: «Bueno, de acuerdo, sí lo ves así...» Un día, había ido a pescar al Driving Park cuando me la encontré en el camino que lleva al molino. Me acompañó, pero no para pescar. Finalmente, follamos.

-¿De qué manera?

-De todas. Me la chupó, la lamí, la follé por delante, por detrás... bueno, todo.

-Vamos. Continúa.

-Comimos a la orilla del agua y me dijo que se lo contaría todo a Rose. Entonces, cogí una gruesa rama le di un golpe en la cabeza. Con todas mis fuerzas. Creo que le rompí la nuca.

-¿Y después?

-Dejé su cuerpo entre las matas de allí cerca y me marché.

-¿Escondiste el cadáver?

-No.

-¿Dónde vivía?

-No tenía domicilio. Vivía en la calle. A veces, dormía en la iglesia católica de Oxford.

-¿Tenía trabajo?

-No.

-¿Y tú le pagabas cuando hacíais el amor?

-No.

-¿Regresaste al lugar del crimen?

-Sí, un día o dos después. Pero sólo para pescar. Mi rutina. (Esta expresión, «rutina», es frecuente en labios de Arthur Shawcross.) Incluso estuve presente cuando la policía descubrió el cadáver.

-¿La policía te interrogó?

-No.

-¿Habías visto en la tele la noticia del descubrimiento del cuerpo?

-Sí. Creo que sí.

-¿Por qué no llamaste por teléfono, aunque fuera de modo anónimo, para informar de quién se trataba? (El cadáver fue hallado seis meses después del asesinato.) A fin de cuentas, era amiga tuya; le debías esto, al menos.

-No tenía ningún motivo para hacerlo.

-¿Te turba haber matado a una amiga?

-No, en absoluto.

-¿No sientes remordimiento?

-No.

Anna Steffen. 28 años, asesinada en junio de 1989

Barnes le enseña una foto:

-¿Te acuerdas de esta mujer?

-Fue después de Dorothy. La encontré en el camino que baja al molino por detrás del edificio de la YMCA, al lado sur del puente de Driving Park. Se desnudó para nadar en el río. Me dijo que me uniera a ella. Y lo hice. Empezamos a hacer bromas.

-¿Bromas? ¿Cómo?

-Abrazamos, tocamos. Después salimos del agua para hacer un sesenta y nueve. Tratamos de hacer el amor durante un buen rato. Cosa de media hora. Pero yo no me empujaba. Entonces ella me empujó al agua. Me puse furioso y, al subir a la orilla, la empujé a mi vez violentamente. Cayó de lado, gritando: «¿Por qué has hecho esto? Voy a tener un niño. ¿Estás loco? Espera a que avise a la policía». Estaba histérica. Y yo le grité: «Si estás preñada, ¿por qué has venido aquí a follarme?» «Me has hecho daño y se lo diré a la policía.»

-¿Y luego?

-La estrangulé con las dos manos. No se defendió y murió muy deprisa.

-¿Te fijaste en si estaba encinta?

-Ignoro si estaba encinta o no. Es lo que ella me dijo. No tenía el vientre hinchado.

Patty Ives. 25 años, asesinada en julio de 1989

-Háblanos de Patty Ives.

-La conocía bien, pues la veía a menudo. Ya la había encontrado en el mismo lugar, en la esquina de Lake y Driving Park, dos días antes. Yo iba en bicicleta y habremos un momento. La vez siguiente, yo acababa de bajar del autobús cuando la vi. Hablamos un rato y me preguntó si quería hacer el amor con ella.

-¿Quería dinero?

-No hablamos de dinero.

-¿Qué hora era?

-Sobre el mediodía.

-¿Y luego?

-Fuimos al parque, detrás del edificio de la YMCA. Alguien había cavado la tierra, que formaba montones. Nos escondimos detrás de uno de esos montones. Y comenzamos a divertirnos.

-¿Tuvisteis relaciones?

-Sí. Normales.

-¿Le quitaste el pantalón?

-No del todo, sólo se lo bajé.

-¿La penetraste por detrás?

-No, ella abría las piernas. Había niños que jugaban en el parque, no lejos de donde estábamos. Le dije a Patty que se callara, porque hacía mucho ruido. No paraba de hablar.

-¿Y luego?

-Siguió haciendo ruido. Esto me enojó y la estrangulé.

-¿Murió en seguida?

-No, no, se defendió bastante rato. Yo estaba encima de ella, tapándole la boca y la nariz con una mano mientras apretaba con todas mis fuerzas con el otro brazo.

-En ese momento, ¿estaba desnuda?

-No.

-¿Qué hiciste con el cadáver?

-Lo arrojé entre las matas, cerca de una valla, y coloqué una tabla de madera encima.

-¿Nadie te vio alejarte de allí?

-No.

-¿Saliste corriendo? ¿Tenías miedo?

-No, nada de eso.

-¿Tienes remordimientos?

-No.

Frances Brown. 22 años, asesinada en octubre de 1989

-¿Quién fue la siguiente?

-Creo que Frances Brown.

-¿Dónde la conociste, Art?

-En la esquina de Ambrose y Lake. Sobre las diez. Las diez de la noche.

-¿Llevabas el Chevrolet Celibrity?

-No, llevaba un Dodge Omni. Subió al coche y me dijo que atravesara el puente de Driving Park.

-¿Hablasteis de la tarifa?

-No. Simplemente, subió. Le pregunté cuánto quería. Y me dijo: «Ya lo veremos después, cuando lleguemos.»

-¿Adónde fuisteis?

-Atravesamos el puente, tomamos el Upper Falls Boulevard y aparqué detrás de la fábrica Kodak. Me pidió treinta dólares y se los di. Comenzamos un sesenta y nueve antes de pasar a lo normal. Yo había hecho retroceder el asiento y lo había inclinado hacia atrás, pero ella, con su pie, dio un golpe y estropeó la palanca del cambio de marchas. Me enfurecí, sobre todo porque era el coche de Clara. Y la golpeé en el cuello hasta que murió.

-¿Se había quitado toda la ropa?

-No, yo la desvestí. No le quedaban más que los calcetines y se los quité.

-¿Y después?

-Estaba en el asiento delantero, a mi lado, completamente desnuda. Me dirigí a Seth Green Drive y me quedé un rato en el coche.

-¿Qué hora era?

-Medianoche.

-¿Qué hiciste con el cuerpo?

-Lo arrojé al acantilado. Inclinéme, vi que había aterrizado con las nalgas al aire. Y le vi un tatuaje que decía «Que te mueras» o algo así. Luego, me deshice de su ropa arrojándola a un cubo de la basura, en la ciudad.

-¿Dónde aparcaste, exactamente?

-Al borde del río, en un atajo. Es un rincón en el que los pescadores instalan sus mesas durante el día: tablas de madera que dejan allí para la noche. Yo iba muy a menudo.

-Donde te sentías como en casa, ¿no.

-Sí.

-¿Cuánto tiempo estuviste sentado al lado de su cadáver?

-Algo así como una hora.

-¿Le hablabas?

-No. De todos modos, estaba muerta.

-¿Pensabas en algo?

-No, en nada en particular.

-¿Escuchabas la radio?

-Sí, música country.

-¿No te sentiste excitado o con ansiedad? ¿No temías que te descubriera una patrulla de la policía?

-No, en absoluto. Había ido por allá algunas veces, de noche, y sabía que la policía no se acercaba. La rutina...

June Stott. 30 años, asesinada en octubre de 1989

-¿Ya conocías a June Stott?

-Sí, la había encontrado dos o tres veces en el Midtown. La conocía con el nombre de Jay. Era algo retrasada.

-¿Cómo lo sabías?

-Por hablar con ella. Comí una vez con ella.

-¿Y qué pasó?

-Hablamos en un terreno con hierba, al borde del río, cerca de la fábrica de cemento. Me dijo que era todavía virgen y quería que le enseñara cómo se hace el amor. Le dije que de acuerdo. Comenzamos a desnudarnos.

-¿Ella se desnudó?

-Sí, yo sólo la ayudé con el sostén.

-¿Era de noche?

-No, estábamos en pleno día.

-¿Y no había nadie?

-Sí, algunos, pero no nos molestaban. Empleamos unos pedazos de alfombra que había por allí para tumbarnos. Estábamos completamente desnudos. La penetré, pero fue demasiado fácil. June no era virgen. Me había mentido y se lo dije. Su vagina no sangraba. Le repetí que se burlaba de mí. Parecía muy alterada y se enojó. Me dio un golpe y yo le di otro. Y la estrangulé.

-¿Qué hiciste con la ropa?

-La arrojé al río, donde se hundió en seguida.

-¿Guardaste algo?

-Sólo un cuchillito que siempre llevaba encima.

-¿Para qué lo querías?

-Me gustaba. Era un cuchillo muy bonito.

-¿Qué hiciste con el cuerpo?

-Lo dejé allí.

-¿Volviste a aquel lugar?

-Sí, dos o tres días después.

-¿De día?

-Sí, al levantarse el sol. Al salir del trabajo. Todavía había bruma.

-¿Fuiste en auto?

-No, en autobús. Creo que era el primero de la jornada.

-¿Para qué volviste allí?

-Para mutilar el cuerpo. Lo abrí desde el cuello hasta la vagina.

-¿Estabas furioso con ella?

-No, June me gustaba. Lo hice para que el cuerpo se descompusiera más deprisa. Luego, di vuelta al cuerpo para ponerlo boca abajo y coloqué el pedazo de alfombra encima, para que no lo encontraran. (Más tarde, Shawcross afirmó a un psiquiatra de la defensa que violó el cadáver y que devoró algunos pedazos de él: «El cuerpo estaba caliente. No estaba todavía rígido. Por eso volví a follarla. Después de mutilarlo de la nuca al culo, corté su coño y lo devoré crudo.»)

-¿Pensabas volver otra vez?

-Sí, cuando ya se hubiera descompuesto habría ido para arrojar los huesos al río.

-¿Por qué no arrojaste el cuerpo al río la primera vez?

-June me gustaba.

-¿Por qué no enterraste el cuerpo?

-No tenía pala.

-¿Si pudieras volver a hacerlo ... ?

-Me habría gustado encontrar un gran hoyo y meter en él todos los cuerpos, para que estuvieran todas juntas. .

-¿Eso te habría parecido mejor?

-Sí, eso me hubiese agradado.

-¿Cortaste a June con su propio cuchillo?

-Sí.

Maria Welch. 22 años, asesinada en diciembre de 1989

-¿Dónde conociste a María Welch?

-En,la esquina de Lyell y Oak Avenue.

-¿Ibas en coche?

-Sí. El Dodge Omni.

-¿Adónde fuisteis?

-Por la Dewey Avenue hasta el cruce con Lake, allí donde está la playa. Hay un pequeño aparcamiento frente al lago.

-¿Y qué pasó?

-Le Pregunté cuánto quería. Me dijo: «Veinticinco dólares por una chupada, cuarenta por una penetración y treinta y cinco por mitad y mitad.» Le ofrecí veinte por una chupada. Se puso a gritar. Le dije: «Mira, chica, debiste decírmelo antes». «Entonces, tomó los veinte dólares. Estábamos todavía vestidos, los dos, cuando me dijo: «Dame cinco más y te dejo entrar.» Le digo que de acuerdo y le doy los cinco. Comenzamos a follar, pero yo no me había quitado el pantalón. Me pasó el brazo hacia atrás y me di cuenta de que me había quitado mi dinero y mis papeles. Ya había devuelto la cartera al bolsillo de mi pantalón, pero sobresalía aún algo. No sé cómo lo hizo. Le dije que me devolviera mis cosas, y ella contestó: «Después de que me quede lo que es mío.» Y entonces la agarré para estrangularla.

-¿Cómo lo hiciste?

-Estaba sentado a su lado y le apreté el cuello con las dos manos.

Más tarde, Shawcross dio a los psiquiatras otra versión de la muerte de María Welch:

“No discutimos por el dinero. Le di treinta dólares y se desnudó completamente. Pero cuando la toqué por dentro me di cuenta de que sangraba y llevaba un Tampax. Nunca había follado así. Le pedí que me devolviera el dinero. Me contestó que me fuera a tomar por el culo. Le apreté el cuello hasta que se desmayó. Tenía una cuerda en el coche y la aproveché para atarle las manos y los pies. Le quité el Tampax y coloqué una toalla en su lugar. Estábamos en noviembre y había puesto la calefacción al máximo. Dentro del coche hacía un calor insoportable. Sudaba mucho. La chica recobró el conocimiento y me pidió que la desatara. Quité la toalla y estaba casi limpia. La follé. No paraba de secarme la cara, porque el sudor me caía encima. Me dijo: «Te quiero». La besé antes de matarla”.

Darlene Trippi. 32 años, asesinada en diciembre de 1989

-Cuándo conociste a Darlene?

-Una tarde. No me acuerdo ya de qué día. Pero era el mes pasado. Aún no había nieve. Yo estaba en la Daus Alley.

-¿Qué pasó?

-Se acercó al coche. Me preguntó si buscaba a alguien. Le dije que tal vez. Subió y me hizo aparcar cerca de Dewey, en Emerson, en un lugar donde dos remolques de camión estaban estacionados en ángulo recto. Me paré detrás y comenzamos a hacer el amor.

-¿Te acuerdas de la tarifa?

-Sí, treinta dólares.

-¿Por una chupada?

-Sí, y también una penetración. Mitad y mitad.

-¿Qué pasó?

-No sé qué sucedió, pero no había manera de tener un orgasmo. Y ella no quería devolverme mi dinero. O es que no me empinaba, no me acuerdo. Comenzó a jugar con mi polla. Me dijo: «Tu caso es desesperado.» Se burló de mí, hablándome como a un bebé. Me puse furioso. No sé, estaba molesto.

-Es comprensible. ¿Y qué pasó después?

-No quería devolverme el dinero. Traté de recobrarlo por la fuerza y ella me tiró de las orejas. Entonces, empujé hacia atrás su mentón y su cabeza, contra la puerta del coche. Después, arrojé el cuerpo a Redman Road. A North Redman Road.

-¿Estaba vestida?

-No, la desnudé antes de deshacerme de ella. La ropa, la arrojé a un cubo de basura en la esquina de las calles 259 y 104.

June Cicero. 34 años, asesinada en diciembre de 1989

El detective Blythe enseña a Shawcross una foto de June Cicero.

-¿La reconoces?

-No.

-Se llamaba June.

-No, no me dice nada ese nombre. La única June que conocí es la June Stott cuyo nombre vi en los periódicos.

-Ayer estabas mirando su cuerpo cuando te vieron desde el helicóptero. ¿Tú la llevaste allí, no?

-Abrí simplemente la portezuela del auto y ella cayó abajo, en el hielo. Estaba tendida sobre la espaldas. Arrojé algo de nieve encima de ella para ocultarla mejor. Eso es todo.

-¿Cómo la conociste?

-Se apoyó en la puerta del auto.

-¿Dónde?

-Del lado del pasajero.

-Sí, ¿pero dónde estabais?

-Delante de la tienda City Matress, en la avenida Lyell.

-¿Estaba oscuro?

-Serían las dos de la mañana.

-¿Te acuerdas de la fecha?

-No.

-Quiero decir si era la semana pasada o hace dos semanas.

-Probablemente. No me acuerdo.

-¿Cómo iba vestida?

-Ya no me acuerdo. Ah, sí, llevaba botas blancas.

-¿Os pusisteis de acuerdo en el precio?

-Quería cincuenta.

-¿Cincuenta? ¿Y tú?

-Hicimos el amor y le di treinta dólares.

-¿Y aceptó los treinta? ¿Qué hicisteis?

-No me agradó.

-¿Por qué?

-No conseguía penetrarla y se burló de mí. Dijo que era un blanducho.

-¿Se rió?

-Dijo que yo no valía más que un marica.

-¿Lo dijo mientras hacíais el amor?

-No, después.

-¿Estabais ya vestidos?

-No, estábamos sentados completamente desnudos. Con la calefacción, hacía un calor para morirse.

-¿Y qué pasó después?

-Le di un golpe en la boca y dijo que llamaría a los policías. Luego, añadió: «De todos modos, sé quién eres.» Le dije: «Bueno, pues no se lo dirás a nadie.»

-¿Y después, qué hiciste?

-La estrangulé.

-¿Con las dos manos?

-Sí, por delante.

-¿Qué crees que quería decir con eso de que sabía quién eres tú?

-Pues el tipo que mató a las otras chicas, a todas las otras.

-¿El asesino en serie?

-Sí.

-¿Por qué regresaste al puente, Art?

-Tenía curiosidad.

-Curiosidad ¿de qué?

-Quería saber si estaba todavía allí. Miré por la ventanilla del coche pero no la vi. Me dije que tal vez el hielo se había fundido y que se la llevaron.

Más tarde, a petición de los psiquiatras de la defensa, Arthur Shawcross escribe un memorándum en el que afirma que volvió al lugar de los hechos dos o tres días después del crimen. He aquí, con toda clase de reservas, lo que indica en este escrito:

“Tuve que hacer muchos esfuerzos para retirar su cadáver, que estaba aprisionado por el hielo. Me había llevado una sierra de mano. Quería cortar los órganos genitales para dárselos a Robert Lee, el hijo de Clara Neal (...) Quité los pelos antes de envolver la vagina en una toalla. Regresé a la ciudad y arrojé la sierra a un cubo de basura de la avenida Chile. Luego fui al parque de Tuming Point, donde me entretuve con el órgano todavía helado y me masturbé. Luego me lo metí en la boca para devorarlo crudo. Había perdido el control de mí mismo”.

Este acto de canibalismo no figura en los interrogatorios escritos o filmados por la policía, a pesar de preguntas muy concretas sobre posibles mutilaciones post mortem de las distintas víctimas. Volvamos, ahora, al interrogatorio del 4 de enero de 1990:

-La noche en que arrojaste su cuerpo, ¿qué hiciste luego?

-Fui a desayunar al Dunkin Donuts, de la avenida Monroe.

-¿Encontraste allí a alguien conocido?

-Sí, a Colleen, la cuñada del dueño. Iba a menudo a pescar con ella.

-¿Hablaste con ella?

-Sí, pero de nada especial, solamente para pasar el tiempo.

-Tuviste relaciones con Susan y ella te vio en compañía de Elisabeth Gibson, pero no trataste de matarla. ¿Por qué?

-Porque con ella conseguí que se me empinara.

-¿Encontraste a otras a las que no mataste?

-Sí.

-¿A cuántas otras?

-A tres. Susan, la rubia que vive cerca de la calle Saint Paul, Ruthie y una pelirroja.

-¿Te dejaron satisfecho sexualmente?

-Sí.

-¿Y las pagabas?

-La de Ambrose esquina Lake siempre me pidió veinte dólares por una chupada y «si no funciona, te reembolso». Y no funcionó. Se mataba mamándomela, pero no funcionaba.

-Con todos esos crímenes, ¿no tenías problemas para que las muchachas te siguieran?

-No, nunca. Me conocían bien, charlaba a menudo con ellas. Algunas hasta me propusieron reembolsarme. Iba a menudo por allí, en coche, en bicicleta y hasta a pie.

-¿Cómo hiciste para matarlas tan fácilmente?

-La mayor parte de las veces ni yo sabía que iba a matarlas. Además, me conocían y no esperaban eso de mí. Las atacaba muy rápidamente y esto las dejaba paralizadas. No preveían en absoluto lo que iba a hacer.

-¿Dónde aprendiste a hacer las cosas así?

-Pregúnteselo al Tío Sam.

-¿En tu servicio en Vietnam?

-Pregúnteselo al Tío Sam.

-¿Tuviste contactos con la policía durante las investigaciones?

-Siempre iba a comer al Dunkin Donuts y allí iban a menudo policías. Hablaba con ellos para saber cómo avanzaba la investigación.

-¿Era como un juego para ti o lo hacías para burlarte de la policía?

-No, era la rutina.

-¿Has pensado algunas veces en esas muchachas y en lo que les hiciste?

-Había aprendido a apartar los malos recuerdos y a no pensar en ellos.

-¿Te dabas cuenta de lo que hacías en el momento en que matabas a las chicas?

-Sí, pero me daba igual. La rutina...

-Mataste a mucha gente, Art. ¿Nunca tuviste miedo de que te pillaran?

-Nunca pensé verdaderamente en eso.

-¿Leías las noticias de los periódicos para ver si eran exactas?

-Sí, a veces, pero no me interesaba especialmente leerlas.

-¿Nunca recortaste esas noticias?

-No. No me importaba saber lo que decían.

-¿Te llevaste objetos de las víctimas para guardarlos como recuerdos?

-Nunca. Excepto el cuchillito de June Stott, que me gustó mucho. Pero después lo tiré.

-¿Crees que lo que has hecho es terrible?

-Sí.

-¿Qué debería hacer la policía con alguien como tú?

-Meterme en la cárcel para toda la vida. Si me sueltan, volveré a hacerlo.

Al término del juicio, televisado en directo, y gracias a una presentación de pruebas muy bien preparada por Charles Siragusa, fiscal del condado de Monroe, Arthur Shawcross fue condenado por el asesinato de diez mujeres. Su condena fue por asesinato en segundo grado, que es lo máximo que preve la ley del Estado de Nueva York. Deberá permanecer doscientos cincuenta años en prisión antes de poder beneficiarse de la libertad condicional, lo cual significa que pasará detrás de las rejas el resto de su vida. Tuve la suerte de conocer a Charles Siragusa en Washington, y aceptó exponerme sus reflexiones sobre el caso de Arthur Shawcross:

“Un asunto como el de Shawcross, que mató a mujeres con toda impunidad durante un período de veintiún meses, afectó profundamente a toda la comunidad. Los habitantes de Rochester se convirtieron, de modo indirecto, en víctimas de esos crímenes, porque no se atrevían a ir a determinados barrios ni a salir de noche. Cuando la gente sabe que un asesino en serie actúa en una zona, procura evitarla. Hubo restaurantes, salas de espectáculos y bares que tuvieron que cerrar por falta de clientes. Se anularon congresos y reuniones. Y eso sin olvidar el coste fenomenal de la investigación y del Proceso de Shawcross, que calculo que fue de más, de bastante más de millón y medio de dólares.

Este caso puso de relieve ciertos defectos de nuestro aparato judicial. Nunca debería permitirse que salieran de la cárcel individuos como Shawcross. Ese caso es una mancha que afecta a los ciudadanos respetuosos de la ley. En primer lugar, no comprendo por qué se permitió, hace dieciocho años, que Shawcross se confesara culpable de un delito menor que el que cometió realmente. Además, Shawcross fue puesto en libertad antes de cumplir su pena. En tercer lugar, los ciudadanos del condado de Monroe ignoraban completamente que Shawcross había sido colocado en su comunidad. Nunca nadie avisó a la policía de Rochester de la presencia de un individuo tan peligroso, pese a que esa oleada de crímenes estaba en primera página de todos los periódicos. Arthur Shawcross es un ejemplo perfecto de los defectos del sistema y de la falta de comunicación entre las distintas ruedas de la máquina judicial y policíaca. Espero que todo esto sirva de lección”.

Mientras Shawcross cumplía su primera condena, un psiquiatra de la comisión de libertad condicional, describió muy bien su personalidad de «asesino psico-sexual peligroso para la sociedad». Pese a ello, lo dejaron en libertad. Así, él y otros saben cómo aprovecharse del funcionamiento burocrático de la justicia.

Los policías encargados de la investigación y los testigos objetivos, como Charles Siragusa, encargado de la acusación, no se dejaron enternecer por la confesión tardía de Shawcross respecto a sus actos de necrofilia, canibalismo y mutilación. Dice Siragusa:

“En Arthur Shawcross tenemos a un individuo que se sirvió de lo que le dijo su psiquiatra para tratar de defenderse alegando locura. Afirmó haber sido víctima de abusos sexuales durante su adolescencia, y que las atrocidades de que fue testigo en Vietnam lo empujaron, a su regreso, a cometer actos similares en Rochester, y que agentes químicos, como el famoso «agente naranja», habían alterado profundamente su metabolismo psíquico, etcétera. Creo, hasta estoy seguro, de que jugaba con las emociones del público para que éste pensara: «Santo Dios, si ese desgraciado sufrió todos esos horrores en su infancia, si vivió toda esa violencia en Vietnam, tal vez no es culpa suya, sino de la sociedad.» La confesión tardía de su canibalismo forma parte, por lo demás, de la manipulación del sistema que encontramos en los asesinos en serie. Fíjese en que ninguna

de las declaraciones firmadas por él ante los policías de Watertown en 1972, o de Rochester en 1990, hablan de esas perversiones. Sólo después de hablar con un psiquiatra, nombrado por la defensa, pretende haber devorado los órganos de Jack Blake o de algunas de sus víctimas de Rochester. No puede encontrarse mejor medio para convencer a un jurado de que se es loco que el declarar que se tienen impulsos canibalescos.

El abogado de Shawcross pretende que su cliente sufre desórdenes psiquiátricos y complejos ataques de naturaleza epiléptica responsables de sus crisis de locura asesina. Pero presentamos al tribunal los historiales médicos, escolares, militares, psiquiátricos y penitenciarios de Shawcross, y en ninguno de ellos se mencionan crisis o ataques epilépticos. En cambio, desde su infancia se destaca el carácter asocial y peligroso de Shawcross: ya a los siete años había amenazado a sus compañeros de clase blandiendo una barra de hierro en el autobús escolar antes de que un maestro lo dominara. La defensa recurrió al hipnotismo para pretender que Shawcross sufrió graves abusos en su infancia. Le hizo regresar a los seis años, a los diez años, etcétera. Pero el resultado distó mucho de ser convincente, pues el psiquiatra hipnotizador guiaba demasiado las respuestas de Shawcross. Éste pretendió que su madre lo había sodomizado con el mango de una escoba y que sintió el extremo del mango en la garganta. Esto hubiera debido dejar importantes secuelas psíquicas y, por lo menos, haberlo conducido a una visita a un médico o a un hospital, pero la defensa no pudo aportar ninguna prueba en tal sentido. Durante esa misma sesión, Shawcross pretendió que estaba poseído por Ariemes, un demonio caníbal del siglo dieciocho, sediento de sangre que se había reencarnado en él.

En su frenético esfuerzo para aducir locura e irresponsabilidad, Shawcross exageró. Escribió que hizo el amor con su madre, sus dos hermanas, un primo, una joven vecina, un adolescente de su barrio, un hombre que se le insinuó, una gallina, un cerdo, una vaca y un caballo. La gallina murió a causa de ello. Desde la cárcel, antes de la vista de su causa, Shawcross escribía a su amante, Clara Neal. Ésta nos entregó algunas cartas que demuestran ampliamente el maquiavelismo de Shawcross. En una de ellas opina: «Me harán pasar por los rayos X y espero que encontrarán algo en mi cerebro, pues, si no, me quemarán las nalgas, las cocerán, las freirán y las colgarán. Si esto ocurre, no te olvides de traer la sal.» Un acusado posee el derecho constitucional de autocondenarse, y creo que Shawcross, al escribir esto, decidió él mismo cuál debería ser su sentencia”.

Esta manipulación de la justicia a la que se refiere Charles Siragusa se ve muy clara en la confesión de Shawcross. Cuando se analizan sus declaraciones directamente relacionadas con los asesinatos, se echa de ver que nuestro asesino hace recaer la responsabilidad en las víctimas.

No olvidemos el asesinato del joven Jack Blake, que, dice Shawcross, le siguió y provocó su furor, o el «Pregunten al Tío Sam» cuando le interrogan sobre dónde aprendió a matar y mutilar. De igual modo, mata a las mujeres en Vietnam «porque ellas hacen lo mismo con los americanos». Shawcross minimiza su responsabilidad, actitud que se encuentra en la mayoría de los asesinos en serie.

¿Cuál es la motivación de los crímenes de Arthur Shawcross? La persona mejor calificada para contestar a esta pregunta es Charles Siragusa:

«Fundándome en quince años de experiencia en el ejercicio del cargo de fiscal, puedo decir que la razón por la que Shawcross mataba me parece muy sencilla, pero la comunidad no puede aceptarla con paz en el corazón porque apela a las peores pulsiones de la naturaleza humana. Arthur Shawcross no estaba legalmente loco. No creo tampoco que fuera normal. ¿Qué le motivaba? Adoraba matar. Se alimentaba con la violencia. Se colocó once veces en una situación que debía conducirle fatalmente al asesinato. Shawcross sabía exactamente adónde iba».

Un asesino en serie suele exagerar en el número de sus víctimas, o del mismo modo, confesar actos que no cometió. En el caso de Shawcross, fingía canibalismo, y necrofilia con el fin de poder alegar locura, lo cual le haría irresponsable de sus actos.

Encarna de modo perfecto el talento de la manipulación de los asesinos en serie, y también los fallos del sistema, pues fue liberado por la justicia después del asesinato de dos niños en 1972.

Afirmó haber sido víctima de abusos sexuales durante su adolescencia, que sufría psicosis heredadas por las atrocidades que había vivido en la guerra del Vietnam, y que esta psicosis adquirida le obligaba a cometer actos criminales, como el que contó a los psiquiatras en una entrevista, cómo había matado a una mujer y a una adolescente vietnamitas:

” En un valle no lejos de Kontum, yo veo a una mujer y le disparo. No quedó muerta del todo y la até a un árbol. De una de las chozas sale una muchacha y la llevo para atarla con la otra. Son el enemigo, por lo que le corto el cuello a la primera. Como los viets son supersticiosos, clavo su cabeza en un poste, para que no vengan más viets allí. Luego corté la carne de la pierna de aquella mujer por el muslo hasta la rodilla, como un jamón y lo asé en el fuego. No olía muy bien, pero cuando estuvo bien asada me puse a comerla...”

Como Jack el Destripador, atacaba a prostitutas a las que mataba sin remordimientos, haciendo reinar el terror en la ciudad de Rochester y sus alrededores.

Estrangulaba a sus víctimas y dejaba sus cuerpos a orillas del río Genesee, o escondidas entre los matorrales.

En dos ocasiones hizo dudar a la policía si se trataba de un único asesino o dos, puesto que en dos ocasiones, las víctimas no correspondían con el perfil de las demás desafortunadas.

La falta de indicios da lugar a los rumores más singulares, en un tema que no abandona las primeras páginas de los periódicos.

Según algunos, trata de vengarse después de que una prostituta le hubiese transmitido el virus del SIDA. Otros creen que se trata de un policía que patrulla por las zonas de prostitución, y otros que simplemente mata a mujeres que le recuerdan algún trauma con alguna mujer o su propia madre. Otros, que pertenece a una secta de tipo protestante y quiere condenar a esas mujeres de la calle.

Las prostitutas empiezan incluso a colaborar con la policía para tratar de atrapar al asesino, pero ninguna pista da resultado.

Finalmente las autoridades locales recurren al FBI, quienes establecen el perfil psicológico del asesino, y envían a un agente especial llamado Gregg McCrary, quien ordena investigar en profundidad los lugares en dónde se han hallado los cadáveres y los alrededores al río Genesee, intuyendo que el criminal podría volver allí para revivir la excitación de sus crímenes.

Por fin el miércoles día 3 de enero de 1998, una patrulla en helicóptero divisa a un hombre de unos cuarenta años de pie en un puente del lago Salmon, en Rochester. Bajo ese puente se veía también el cadáver de una mujer.

Enseguida dos agentes motorizados son enviados para atrapar al hombre. Se trataba de Arthur Shawcross, nacido el 6 de junio de 1945.

Estos le piden la documentación, y les muestra un carnet de conducir caducado, alegando que no ha tenido tiempo de renovarlo, pues acaba de salir de una larga estancia en prisión. Al comprobar su identidad, se enteran de que no miente, que está en libertad provisional tras haber estado quince años en la cárcel por el asesinato de dos niños en Watertown, su ciudad natal, uno de 10 y otro de 8 años. Los agentes no creen que su presencia a pocos metros del cuerpo sin vida de una mujer sea fruto de una coincidencia, y lo detienen.

En la autopsia del joven Jack Blake, el médico forense sospecha que lo obligaron a quitarse la ropa antes de morir y recibió agresiones sexuales.

Cuando le juzgan, Shawcross trata de hacerse pasar por caníbal, de ser un demente víctima de abusos sexuales muy graves en su infancia. Dice que su madre lo sodomizó con el mango de la escoba rasgándole la pared anal, aunque no existen pruebas médicas que demuestren tal agresión. Culpa a la sociedad diciendo que le enseñaron a ser un criminal enviándolo a Vietnam, y que aprendió a matar y a mutilar mujeres en la guerra.

A las autoridades la actitud del asesino les parece extraña. Tranquilo, moderado, silencioso, no le interesa el saber porqué se le acusa. Explica tranquilamente su presencia en el puente por el deseo de orinar, pero nadie se lo cree, pensando que lo que Shawcross hacía en realidad era revivir la excitación del crimen contemplando su “obra” desde el puente y tal vez masturbarse.

Pero una serie de pruebas en su contra sirvieron para acusarlo: una prostituta testimonió en su contra alegando haberlo visto en acompañado de una de sus amigas de profesión, unas horas antes de que la policía encontrase su cadáver, objetos de las víctimas en el interior de su automóvil, y huellas de los neumáticos en los lugares del crimen...

Cuando fue condenado con anterioridad a veinticinco años de cárcel por el crimen de los dos niños, se había prometido a los padres de las víctimas que no saldría de prisión antes de haber cumplido toda su condena, pues aseguran que la comisión encargada de dictaminar sobre la libertad condicional nunca dejará volver a salir de la cárcel a un

criminal como él, y con mayor causa aún por haber cometido esos crímenes mientras estaba en la calle bajo libertad vigilada por un delito anterior...

Algunas respuestas que dio durante los diversos interrogatorios a los que fue sometido durante su último juicio:

¿Te turba haber matado a una amiga? (Dorothy Keller)

– No, en absoluto.

¿No sientes remordimientos?

– No.

¿Por qué no enterraste el cuerpo? (de June Scott)

– Me habría gustado encontrar un gran hoyo y meter en él todos los cuerpos, para que estuvieran todas juntas.

¿Cómo hiciste para matarlas tan fácilmente?

– La mayor parte de las veces ni yo sabía que iba a matarlas. Además, me conocían y no esperaban eso de mí. Las atacaba rápidamente y las dejaba paralizadas.

¿Tuviste contacto con la policía durante las investigaciones?

– Siempre iba a comer a un sitio dónde iban a menudo policías. Hablaba con ellos para saber cómo avanzaba la investigación.

¿Te dabas cuenta de lo que hacías en el momento en que matabas a las chicas?

– Sí, pero me daba igual. La rutina...

Mataste a mucha gente, Art ¿Nunca tuviste miedo de que te pillaran?

– Nunca pensé verdaderamente en eso.

¿Crees que lo que has hecho es terrible?

– Si.

¿Qué debería hacer la policía con alguien como tú?

– Meterme en la cárcel toda la vida. Si me sueltan volveré a hacerlo.

A pesar de que su abogado pretendía que el acusado sufre desórdenes psiquiátricos y complejos ataques de naturaleza epiléptica responsables de sus crisis de locura asesina, y que el mismo Shawcross juró y perjuró que estaba poseído por Ariemes, un demonio caníbal del siglo dieciocho sediento de sangre que se había encarnado en él, al término del juicio, Arthur Shawcross fue condenado a doscientos cincuenta años en segundo grado por el asesinato de diez mujeres. El fiscal que presentó las pruebas, expuso sus reflexiones sobre el caso diciendo públicamente:

“El asunto de Shawcross, que mató a mujeres con toda impunidad durante 21 meses, afectó a toda la comunidad. Los habitantes de Rochester se convirtieron de modo indirecto en víctimas de estos crímenes, por que no se atrevían a ir a determinados barrios ni a salir de noche. Cuando la gente sabe que un asesino en serie actúa en la zona, procura evitarla. Hubo restaurantes, salas de espectáculos y bares que tuvieron que cerrar por falta de clientes. Se anularon congresos y reuniones, y eso sin olvidar el coste fenomenal de la investigación y del proceso de Shawcross, que calculo que fue de más, de bastante más de millón y medio de dólares...

...no estaba legalmente loco, pero tampoco creo que fuera normal. ¿Qué le motivaba? Adoraba matar. Se alimentaba con la violencia...

...este caso puso de relieve ciertos defectos de nuestro aparato judicial. Nunca debería permitirse que salieran de la cárcel tipos como Shawcross...”

* (En muchas ocasiones, se ha hablado del síndrome del Vietnam, que afecta a veteranos de esta guerra que no han podido superar las frustraciones de su readaptación a la vida civil. Muchos de ellos han recibido un entrenamiento especial para matar de muy diversas formas, y algunos incluso, se han retirado a zonas apartadas del país y viven completamente aislados conscientes del peligro que representan para sus conciudadanos...

Uno de los primeros casos de los que se tiene noticia de los afectados de este “síntoma” es muy anterior a la guerra del Vietnam. Se trata de Howard Unruth, veterano de la Segunda Guerra Mundial, asesinó a 13 personas en Nueva Jersey, porque creía que “sus vecinos se reían de él”.

Aunque la paranoia suele ser el factor desencadenante de estos crímenes, en algunos casos los medios de comunicación o la influencia de algunas personas pueden llevar a cometer actos criminales. Es lo que se conoce en criminología como “aprendizaje social”, un proceso de observación e imitación. Este es el caso de Michael Ryan, un joven de 27 años profundo admirador de Rambo, que en 1987 salió a la calle ataviado al estilo paramilitar y mató a tiros a 13 personas.)

GARY RIDGWAY



Gary Leon Ridgway es conocido como The Green River Killer (El Asesino de Green River). Nació el 18 de febrero de 1949 en Salt Lake City, Utah. Se le encontró culpable de asesinar a 48 mujeres aunque posteriormente confesó haber matado a 71. Es considerado uno de los asesinos en serie más prolíficos en la historia criminal de los Estados Unidos.

Ridgway nació en Salt Lake City, capital del estado estadounidense de Utah el 18 de febrero de 1949, hijo de Mary Rita Steinman y de Thomas Newton; fue el segundo hijo, de un total de tres. Fue criado en McMicken Height, Washington. Se sabe que su madre era sumamente estricta y que mantenía bajo dominio férreo a los integrantes de la familia, especialmente a Gary.

Familiares recuerdan que su madre jamás demostró querer a Ridgway y que constantemente le gritaba a su esposo. Después de que Ridgway fuera detenido, varios familiares y amigos fueron interrogados. Lo describieron como una persona amistosa pero extraña. Mientras iba de casa en casa hablando sobre la Iglesia Pentecostal a la que asistía, paralelamente desarrollaba su obsesión por las prostitutas y anomalías en su comportamiento sexual.

Sus primeros dos matrimonios estuvieron plagados de infidelidades. Fue durante su adolescencia donde experimentó sus primeros impulsos violentos cuando estuvo a punto de asesinar a un niño de seis años a puñaladas aunque el menor sobrevivió al ataque. Ridgway confesó después que lo hizo porque en sus propias palabras, «quería saber lo que se siente matar a alguien».

Ridgway es un hombre de apariencia humilde cuyo aberrante comportamiento sexual nace por su odio hacia las mujeres. Ese odio fue influido por su madre al ser quién maltrataba a los integrantes de su familia -especialmente a él y su padre. Después de ser arrestado por asesinato habló con seriedad acerca de las mujeres que había matado, hasta que le preguntaron los motivos, los cuales no fue capaz de dar.

El 30 de noviembre de 2001 cuando se disponía a abandonar la ciudad de Renton, Washington, fue arrestado por la policía y acusado del asesinato de cuatro mujeres cuyos asesinatos se atribuían al asesino del Green River. Cuatro asesinatos fueron confirmados en su contra gracias a muestras de ADN y otras muertes gracias a la pintura que él usaba en su trabajo.

Ridgway ha contraído matrimonio tres veces y tiene un hijo. Utilizaba la fotografía de su hijo para atraer a las víctimas a quienes llevaba en su Pickup.

El 5 de noviembre de 2003, en un juicio conmovedor donde los familiares de las víctimas pudieron decir lo que pensaban del asesino, Ridgway fue condenado a 49 sentencias consecutivas de cadena perpetua sin derecho a acceder a la Libertad Condicional. Evitó la pena de muerte al confesar todos sus crímenes, incluyendo algunos que la policía no le había atribuido en sus investigaciones.

Gary Leon Ridgway, de 54 años, tiene desde hoy el dudoso honor de ser considerado el mayor asesino en serie de la historia de EE.UU. Ridgway, conocido como el asesino de Green River, ha admitido hoy, ante un tribunal de Seattle, ser el autor de la muerte de 48 mujeres entre 1982 y 1998.

A cambio de su confesión, el tribunal lo condenará a cadena perpetua y no pasará al corredor de la muerte, gracias a un acuerdo alcanzado entre los fiscales y sus abogados.

Ridgway, que trabajaba como pintor de camiones, ha declarado ante el juez que «quería matar al mayor número posible de prostitutas», gremio al que pertenecían la mayoría de sus víctimas. De hecho, Ridgway, que ha leído en voz alta su confesión ante el juez y familiares de algunas de sus víctimas, ha declarado: «he matado a tantas mujeres que me resultaba difícil llevar la cuenta».

Los cadáveres de docenas de mujeres fueron encontrados en los barrancos, ríos, aeropuertos y autopistas de la zona del Pacífico Norte, en las inmediaciones de Seattle desde 1982, cuando se localizó a la primera mujer en el Río Green, que dio nombre al homicida. Entonces se atribuyeron las muertes, un total de 49 oficialmente, al asesino de Green River. Durante años, los investigadores persiguieron si **[sin]** éxito al criminal, hasta que en 2001 unas pruebas de ADN condujeron hasta Ridgway, que fue acusado de siete de las muertes.

Pese a que los abogados defendían la inocencia de su cliente y pese al anuncio de que no habría tratos, este verano aparecieron los cuerpos de cuatro mujeres más, después de años sin noticias de ellas, lo que hizo pensar que Ridgway estaba colaborando con la justicia a cambio de un trato.

Cuando a finales de los 70 se detuvo al peligroso, célebre y carismático asesino serial Ted Bundy, se le condenó por 14 asesinatos en la ciudad de Seattle (aunque aseguró que había cometido muchos más). Bundy tuvo muchos seguidores y fans que pedían su liberación, algunos incluso una vez comprobados sus asesinatos.

A pesar de la fama de Bundy, había algo que a él mismo lo alteraba. La aparición de otro asesino en serie que rondaba sus dominios, poco después de ser capturado. Ted se sintió opacado, pues la cantidad de cadáveres que aparecieron en el río Green desconcertó tanto a la opinión pública, que «el buen Ted» dejó de ser primera plana.

En veinte años se habrían cometido la espeluznante suma de 47 asesinatos, todas las víctimas eran prostitutas y habían sido violadas y golpeadas hasta la muerte para, posteriormente, terminar parcialmente descuartizados (años después se sumarían 2 cuerpos más).

Si no hubiese sido porque la policía identificó un «modus operandi» distinto al de Bundy, de seguro se le habrían adjudicado también dichos crímenes... y lo más seguro es que Bundy los habría admitido, para acrecentar su fama como el asesino en serie más prolífico de la historia moderna de los Estados Unidos.

Parecerá extraño, pero un investigador que intentaba resolver el caso de las prostitutas asesinadas, se las ingenió para juntarse con Ted Bundy tras las rejas en varias ocasiones. Quería conocer el punto de vista del criminal más famoso de los Estados Unidos, para seguirle la pista al asesino del Río Green, en un juego similar al que vimos en «El Silencio de los Corderos» con Clarice y Lecter.

Lo único que pudo sacar en claro es que Bundy sentía celos del apodado «Green River Killer», pues lo superaba en la cantidad de cadáveres. Ted murió en la silla eléctrica en 1989 y el caso del «Asesino del Río Verde» quedó flotando en la nebulosa, sin siquiera sospechosos. Pero después de casi 20 años aparecería el culpable de los asesinatos que dejaron en jaque por tanto tiempo a la policía de Seattle.

Gary Leon Ridgway (54 años y sólo 1,55 mt. de estatura) fue arrestado el año 2001, luego de que fuese identificado por muestras de saliva y semen, encontrados en los cuerpos semidesnudos y maltrechos del Río Green 20 años antes. Ridgway había sido interrogado, pero siempre se mostró sereno y nunca perdió los estribos, hasta que fue detenido y culpado de 49 asesinatos.

Del pasado de Ridgway sólo se sabe que fue criado bajo el cristianismo, y que eso lo marcaría de por vida. Asistía a la iglesia todos los domingos y rezaba antes de cada comida o cena, también golpeaba puertas para hablarle a la gente sobre Dios y lloraba cada vez que veía el canal religioso, leía la Biblia o asistía a misa. Pero también era un asiduo bebedor y fanático de las orgías, además de acostarse con cuanta prostituta se le cruzara. De hecho se había contagiado con más de 12 enfermedades venéreas.

Ridgway se acercaba a las prostitutas para tener sexo. Las convencía de que lo acompañaran y cuando se disponían a tener relaciones (o una vez acabadas éstas) se les colgaba del cuello y las desnucaba o asfixiaba con una fuerte llave de brazo. Luego las lanzaba al Río Green o las disponía en los alrededores, dejando piedras y barro dentro de la vagina de sus víctimas. Una forma de «marcar territorio» y «evitar» que alguien más los penetrara, demostrando que eran para su uso exclusivo.

Como buen necrófilo, solía volver a la escena, días después, para volver a abusar de los cuerpos. Le gustaba repartir los cadáveres por sectores, a los cuales él llamaba «racimos», que no eran más que grupos de cadáveres que repartía por distintos lugares, para no ser descubierto y visitarlos de vez en cuando, satisfaciendo su ego al saber que actuaba con impunidad.

La motivación de sus crímenes era tan simple que espantó al jurado por su frialdad «mataba prostitutas porque nadie pregunta por ellas, no tienen familia y es más fácil subirlas al auto» Pero si tenían familia... y en el juicio se hicieron oír. Uno a uno, se les permitió a los familiares de las víctimas, expresar sus sentimientos al hombre que por tanto tiempo había eludido la justicia. La mayoría fueron insultos; pero uno de los hombres le habló de perdón... y de Dios.

Ridgway, quien ni siquiera se había inmutado con los insultos, explotó en llanto en cuanto le mencionaron a Dios. Pidió perdón amargamente a los familiares con pañuelo en mano y lágrimas en los ojos. Las familias se conmovieron, no por las palabras de perdón, sino porque comprendieron que frente a ellas estaba un hombre realmente enfermo.

En posteriores entrevistas, Ridgway se muestra como el monstruo que es, jactándose de sus crímenes, definiéndose como «el mejor asesino en serie de los EE.UU.» y mostrando una frialdad escalofriante al narrar los hechos.

Fue condenado a cadena perpetua, sin embargo algunos de los asesinatos los cometió en Oregon, en donde existe la pena de muerte y por las cuales podría ser condenado a la máxima pena.

Fue inevitable la comparación entre Bundy y Ridgway; pero Bundy salió «mejor parado», ya que sus asesinatos, si bien fueron menos, requerían más astucia. Cualquiera puede hacer subir a una prostituta a un auto, pero no a una universitaria que no se conoce.

Otro de los puntos que «favorece» a Bundy es su carisma. Hasta el juez que lo condenó a muerte lo elogió por su inteligencia y lamentó que terminara su vida de esa forma. Ridgway no simpatizó en ningún sentido; pero es, sin duda alguna, uno de los peores asesinos en serie de la historia, y uno de los más hábiles a la hora de eludir a la policía.

Gary Ridgway tenía como plan el asesinar a todas las mujeres posibles que él considerase prostitutas. Durante casi 20 años burló a la Policía y consiguió matar 49 mujeres, hasta que finalmente fue incriminado gracias a una prueba de ADN.

Gary Ridgway nació un 18 de febrero de 1949 en la ciudad de Salt Lake, Utah. Sus padres fueron María Rita Steinman y Thomas Newton Ridgway, mientras que Gregory León y Edward Thomas fueron sus hermanos.

Como muchos asesinos seriales, Gary se orinaba de niño. Esta costumbre la tuvo hasta los trece años y su madre, que solía menospreciarlo y avergonzarlo en público, lo bañaba inmediatamente cada vez que Gary se orinaba. Otra característica típica de los asesinos seriales la vemos en la crueldad hacia los animales, tendencia ésta que de niño llevó a Gary a sofocar a un gato por el puro placer de verlo sufrir.

Sin embargo, en relación a sus tendencias asesinas, el punto que más relevancia tuvo dentro de sus primeros años fue el insano vínculo que Gary tenía con su madre, hacia la cual guardaba sentimientos de ira pero también de atracción sexual.

Fue su madre quien en parte lo acostumbó a la violencia, ya que era una mujer dominante y temperamental que le gritaba a su esposo y que hasta llegó a romperle un plato en la cabeza delante de Gary; y fue, igualmente ella, quien desató problemas sexuales en Gary al tener un comportamiento incoherente que por un lado la hacía ser una mujer religiosa mientras que, por otro, la impulsaba a vestirse de forma muy provocativa, semejante a la de las prostitutas por las que después Gary, al igual que con su madre, experimentaría atracción sexual y a la vez ira y desprecio.

Por otra parte la vida académica de Gary no fue muy buena, pues su rendimiento siempre fue pobre y tuvo que repetir un año dos veces. Fundamentalmente aquella situación se debía a su dislexia y a su coeficiente intelectual de 82 (lo normal es 100).

En cuanto a su forma de ser en aquel entonces, algunos de sus ex-compañeros de colegio lo describieron como alguien agradable pero fácil de olvidar. Sorprende así que, a sus 16 años, Gary haya cometido algo tan atroz como llevarse a un niño de seis años al bosque para apuñalarlo en las costillas y luego, según contó años más tarde la víctima, alejarse riendo tras decir: «Siempre me he preguntado cómo sería matar a alguien».

Las mujeres en la vida de Gary

Después de graduarse de la escuela secundaria, Gary entró a la Marina y se casó con quien fue su novia de colegio: Claudia Barrows. Fue en ese entonces, durante su periodo de servicio en las Fuerzas Armadas, cuando Gary empezó a pasar mucho tiempo con prostitutas y adquirió gonorrea y verrugas genitales por no usar preservativo en las relaciones.

Como suele darse en las mentes criminales, Gary no se vio a sí mismo como el responsable y creyó que las prostitutas tenían la culpa, incrementando así el desprecio que ya tenía por ellas debido al odio que su padre les tenía y al hecho de que su madre se vestía como una de ellas.

También fue en ese mismo periodo cuando Gary fue enviado a Vietnam y, ante su ausencia, su joven esposa de 19 años no soportó la soledad y empezó a salir con otros hombres, causando con esto que el matrimonio terminara en menos de dos años.

Durante su segundo matrimonio Ridgway, pese a la gonorrea que había contraído antes, siguió frecuentando a las prostitutas. Es en este punto donde sale a relucir el papel clave de las conductas aprendidas pues, incoherentemente al igual que su madre, Ridgway acompañaba una conducta lasciva (frecuentación de prostitutas) con un gran fervor religioso, puesto que en ésta etapa de su vida él se volvió un fanático miembro de la Iglesia Pentecostal: lloraba después de los sermones en la iglesia, insistía constantemente a su esposa Marcía el seguimiento puntual de los preceptos que el pastor pregonaba, leía la Biblia en voz alta en casa y en el trabajo y hasta tocaba las puertas de extraños para convertirlos a la fe.

Cuenta Marcia que la madre de Ridgway era la típica suegra intervencionista, sobreprotectora e idealizadora de su hijo: intentaba controlar los gastos y tomar decisiones de qué comprar y qué no, elegía la ropa para Gary y la acusaba de no cuidar bien al pequeño Mathew, hijo de ella y Gary.

Sexualmente, según reveló Marcia (y las otras esposas que tuvo Gary), Ridgway se mostraba como un ser insaciable que le pedía sexo varias veces (hasta unas seis) al día y que en ciertas ocasiones deseaba tener sexo en lugares públicos (cine, parques, etc.).

Al igual que pasó con Claudia, los celos de Ridgway terminaron poniendo de su parte en el divorcio. Así, tras una cirugía que a fines de los años 70 Marta se hizo por problemas de sobrepeso, ella empezó a ponerse delgada y a transformarse en una mujer atractiva que captaba las miradas de los hombres y, con esto, hacía sentir celos a su inseguro marido,

quien cada vez se mostraba más conflictivo hasta el punto de que casi la ahorca en una pelea.

Tras su divorcio, Ridgway comenzó a salir con varias mujeres que conoció gracias a Parents Without Partners. En medio de esas citas fue que encontró a Judith Mawson en 1985. Judith lo vio como un hombre con estabilidad laboral (Gary llevaba 15 años pintando camiones), como alguien amable, responsable y estructurado. Ella encontraría en él la pareja perfecta, él la amaría y ambos estarían juntos hasta que el lado oscuro de Ridgway se hiciese público y sus crímenes lo pusiesen en la prisión.

En efecto, antes de casarse Ridgway se tomó la molestia de remodelar la casa, incluyendo una nueva alfombra. Judith, más tradicionalista que Marcia, no se molestó sino que quedó encantada con la madre de Gary. No la veía como una suegra metiche o como un estorbo sino como una suegra preocupada que quería ayudar y, en algunos casos, aconsejar.

Por todo esto las cosas marcharon bien por años, ya que Gary fue muy hábil a la hora de no levantar sospecha alguna en Judith sobre su sangriento hobby.

En líneas generales, el método de Gary consistía en contratar a una prostituta, subirla al carro, mostrarle la foto de su hijo para que la prostituta crea que estaba ante una persona buena e incapaz de matar, tener sexo con la prostituta y luego matarla con estrangulamiento.

Generalmente mataba a las víctimas en su casa, pero a veces también en el carro o incluso en un lugar apartado como el bosque: si las mataba en casa, tenía sexo con ellas en casa; si las mataba en el carro, tenía sexo con ellas en el carro y, si las mataba en el bosque o en algún otro lugar, era que la chica había aceptado tener sexo en el bosque o el lugar elegido por Gary.

Matando en casa

Gary mató a muchas de sus víctimas en su propia casa. Según dijo, una de sus estratagemas era llevar a la prostituta contratada al cuarto de su hijo Mathew, antes de lo cual ya le había mostrado la imagen de aquel para dar la impresión de ser un hombre tierno y nada peligroso. Entonces, en palabras del propio asesino, al ver el cuarto del hijo la prostituta se diría: «Hey, este chico tiene un hijo. Él no va a lastimar a nadie. Su nombre está escrito en la puerta, el cuarto está vacío y tiene su litera allí, con los juguetes en el suelo».

Según se supo por informantes y por el propio Ridgway, él usualmente negociaba con la chica el llamado «mitad y mitad», cosa que en realidad consistía en sexo oral seguido de penetración. Así mismo Ridgway deseaba que la chica estuviera con tan poca ropa como le fuera posible (que no se deje medias ni nada) y siempre le solicitaba usar el baño antes de iniciar el intercambio sexual pues, en su retorcida mente, sabía por experiencia que las víctimas por estrangulación tienden a manifestar episodios de incontinencia: «Yo no quería que se cagaran en la cama, esa era la principal razón», dijo Gary a un policía.

Previamente al acto sexual, Gary le decía a la chica que él solo podía llegar al orgasmo si la penetraba por detrás (no necesariamente de forma anal), si ella le daba la espalda. Entonces la chica se ponía en la postura del perrito y él se ponía atrás de ella y comenzaba

hasta llegar al clímax, tras lo cual la chica levantaba la cabeza y entonces, generalmente en este momento, él procedía a estrangularla.

A veces, y esto no solo lo hizo cuando mató en su casa, Ridgway empleaba una salida ingeniosa ante las chicas que se ponían difíciles en la etapa del forcejeo, etapa que siempre venía cuando él iniciaba el intento por ahorcarlas pues, a diferencia del gigantesco Edmund Kemper, Ridgway no era ningún portento de fuerza física.

A saber, lo que Ridgway hacía era decirle a la chica, en medio del forcejeo, que si ella dejaba de pelear él le perdonaría la vida y la dejaría ir. Muchas ingenuas aceptaron y murieron con más rapidez, pues Ridgway dijo que se volvían más fáciles de matar cuando dejaban de forcejear.

Resulta penoso, en medio de este tipo de situaciones, el que algunas víctimas, según contó el asesino, intuían que él las iba a matar y, sintiéndose indefensas, le rogaban para que no las matase a través de frases como: «¡no me mates!», «soy muy joven para morir», «tengo una familia a la cual cuido», «tengo una hija en casa» o «yo no quiero morir», entre otras.

Sin embargo Gary nunca tenía piedad y las estrangulaba, método que elegía siempre debido a que era más «personal» y «gratificante» que disparar o algún otro, además que no valía la pena experimentar pues, en sus propias palabras: «Ahorcar era lo que hacía, y era bastante bueno en eso».

Un asesino precavido

Para empezar, Ridgway casi nunca les pagaba a las chicas antes de que se trepasen a su camión. Además, muchas veces les exigía a las prostitutas que, a modo de garantía, le mostrasen su vagina o sus pechos, cosa ésta que hacía porque estaba convencido de que las policías encubiertas [1] no iban a aceptar tal solicitud. Entonces, y solo cuando se aseguraba de que todo estaba bien, Gary continuaba con las siguientes etapas previas al asesinato.

Una vez cometido el asesinato, Ridgway tomaba el cadáver de su víctima y, generalmente de noche, conducía en su camión hasta llegar a lugares apartados. Allí, rápidamente sacaba el cadáver y lo ponía fuera de la carretera, después se trepaba al camión y lo aparcaba lo suficientemente lejos como para que, si se aproximaba algún policía, el cadáver no fuera descubierto.

Posteriormente miraba que nadie lo estuviese viendo y caminaba a través de los bosques que rodeaban la carretera (y no a través de la carretera) hasta donde previamente había dejado el cadáver. Una vez en ese punto, miraba nuevamente que nadie lo viera, tomaba el cadáver, se metía con el cadáver en el bosque y lo depositaba lejos de la carretera.

Particular importancia tenía la disposición geográfica que los cadáveres debían guardar a fin de disminuir la probabilidad de caer en manos de la Policía; en relación a esto Gary dijo lo siguiente cuando estaba en el juicio: «Otra parte de mi plan fue el lugar donde coloqué los cuerpos. Les quité la ropa y objetos personales para no dejar evidencia de quiénes eran y así resultaría más difícil su identificación. Puse la mayor parte de los cuerpos en grupos, como si fueran “racimos”. Hice esto porque deseé no perder de vista a todas las mujeres que maté. Tuve el gusto de hacer un gran racimo alrededor del

condado. Utilicé generalmente una señal para recordar a un “racimo” (grupo de mujeres). Mi intención fue crear racimos nuevos para no volver a los anteriores y ser pillado».

En cuanto al cadáver, Ridgway sabía que a veces podía ser solo un cadáver aparente y que la víctima podía estar todavía viva, por lo cual en muchos casos ataba las piernas de la víctima con ligaduras y vigilaba desde su espejo retrovisor por si se presentaba signo alguno de movimiento en el cuerpo de la víctima.

Si de algo se cuidaba mucho Gary era de dejar evidencias. «Bueno. En cierta forma yo me sentía un tanto orgulloso de no ser descubierto haciendo... cosas como remover las ropas. No dejar nada... ninguna huella digital, usar guantes... No presumir acerca de eso. No hablar de eso», dijo el asesino luego de su detención.

Incluso era tal su prudencia que, cuando la víctima lo había rasguñado en medio del forcejeo, Gary le cortaba las uñas antes de ir a dejar su cuerpo al bosque, de modo que, si la Policía encontraba el cadáver, no pudiese hallar restos de su piel. Otras veces colocaba evidencias falsas como colas de cigarrillos o goma de mascar, siendo que él nunca fumó ni fue adepto a los chicles.

El ejemplo perfecto de estas estrategias encaminadas a sembrar la confusión fue cuando Gary tomó la licencia de conducir de una víctima y la dejó en el Sea-Tac Airport para dar la idea de que la víctima se había ido de la localidad.

Gary el necrófilo

Al comienzo Gary negaba ser necrófilo, aunque posteriormente fue admitiendo su tendencia de forma gradual. Primero confesó que solía eyacular inmediatamente después de acabar con la víctima mediante el estrangulamiento, luego admitió que muchas veces había regresado para tener sexo con el cadáver. Inclusive contó que, en unos pocos casos, los cadáveres con los que fornicó habían empezado a agusanarse.

Tan fuerte era a veces su deseo necrófilo que, cierta vez, Gary estaba con su hijo en el camión cuando, aprovechando que su hijo dormía y que pasaban cerca de donde él había dejado un cuerpo recientemente, Gary estacionó el camión, se adentró en el bosque unos treinta pies y fornicó con el cadáver de la víctima.

Tener sexo con chicas muertas era genial para Gary porque, según le confesó a un psiquiatra, representaba «sexo gratis». Y es que, si bien Gary recuperaba el dinero que pagaba a las prostitutas una vez que las mataba, cuando estaban muertas él podía usarlas cuantas veces quisiera sin que se le intenté cobrar un solo dólar.

Era así más fácil volver y hacerlo con una muerta que tener que invertir energía, gas, tiempo y esfuerzo en una nueva víctima. No obstante las muertas, aparte del corto tiempo de utilidad que tenían debido a la descomposición, presentaban el inconveniente de no ser muy estimulantes, razón por la cual Gary, pese a su apetito sexual insaciable, a veces tenía tantos problemas de desempeño que, viendo que no podía lograr la erección, abandonaba el cadáver y se iba frustrado.

Por último, indagando un poco en lo que ocasionaba esta tendencia necrófila de Gary tenemos que, según se supo, el padre de Gary trabajaba en una funeraria y, siendo Gary

un niño, éste le había hablado a Gary sobre los actos sexuales que otro miembro del personal de la funeraria había efectuado con cadáveres.

De ese modo y en una personalidad obsesiva como era la de Gary, la llegada temprana de aquel impactante dato empezó a cobrar fuerza en su mente hasta desembocar en fantasías que, apenas tuvo la oportunidad, Gary convirtió en hechos.

Gary, el exterminador de prostitutas

Lo que sucedía con Gary estaba claro: el odiaba y despreciaba a las prostitutas y a las mujeres en general, por lo cual, junto al hecho de que matar prostitutas resultaba más fácil que matar cualquier otro tipo de mujeres, Gary se propuso exterminar cuantas pudiese sin ser descubierto. Veamos entonces, a través de las palabras del propio Gary Ridgway, estos y otros aspectos relativos a su naturaleza y su proyecto criminal:

Odio a las prostitutas, misoginia y cosificación de la mujer:

«A todas esas mujeres las maté porque quería y eso era odio, yo las odiaba».

«Odio a las prostitutas y no quería pagar por tener sexo con ellas».

«No era nada para mí. La cogía, la mataba y me deshacía de ella».

«Ella es basura, por eso la cubría con basura».

«Para mí las mujeres son algo para tener sexo, matar y tomar de vuelta el dinero».

La elección de las víctimas, el plan y su realización:

«Elegí a las prostitutas porque creí que podría matar cuantas quisiera sin ser atrapado».

«Pocas de ellas se reportarían como desaparecidas».

«El plan era: quería asesinar a tantas mujeres que yo consideraba prostitutas como pudiera».

«He asesinado tantas mujeres que me cuesta acordarme de todas ellas».

El deseo de control y poder:

«La controlaba cuando la mataba y la controlaba hasta que la descubrieran. La controlaba mientras la tenía en mi posesión».

«Ustedes no las pueden controlar, yo sí pude controlarlas».

En el fondo: ¿por qué mataba?

Al igual que en muchos otros asesinos seriales, en Gary Ridgway vemos que el vínculo con los progenitores, y particularmente con la madre, adquiere una preponderancia especial en el nacimiento de su impulso asesino.

Dicen por ello los autores del ensayo académico *Metáfora paterna e incidencia del deseo materno en el acto mortífero del asesino serial* que: «Lo ocurrido con el asesino serial es un goce inconsciente que este dirige a la destrucción del padre cuando este lo sigue viendo como un rival o a hacia la madre cuando éste sabe que no puede acceder a ella de forma real, pero que lo puede hacer de manera simbólica solo que con la frustración puesta en la destrucción, y esto lo lleva a transferir ese deseo hacia otros objetos que le representan a la madre como tal, es por eso que los asesinos seriales se repiten en el mismo patrón de conducta y de personas en cuanto al acto como tal, es decir, que estos con frecuencia matan mujeres que de una forma u otra le representan a la madre o al vínculo con ella (...)»

Aclarado lo anterior, tenemos en primera instancia al Gary niño que sufre la presencia de una figura materna que:

1.- Se presenta como dominante, temperamental y poco afectuosa, como una madre que lo humilla en público, que lo critica y castiga con constancia y que manifiesta tener una imagen pésima de su hijo. Esto habría de originar problemas de autoestima en Ridgway, un sentimiento de humillación y un acumulamiento de ira y rencor que finalmente se plasmarían en las fantasías homicidas que Ridgway aceptó tener en relación a su madre.

2.- Le ocasionó trastornos sexuales en tanto que se vestía frecuentemente de forma demasiado provocativa e incluso, según algunos especialistas, es muy probable que lo haya «asaltado sexualmente» (tocándolo, sin llegar al incesto). Aquello, unido al fervor religioso que a su vez manifestaba la madre de Gary, habría de causar que por una parte Gary tenga fantasías sexuales con su madre (esto sí lo confesó) y que por otra tenga conflictos internos al ser, al menos durante cierto periodo de su vida, un fanático religioso y a la vez un asiduo cliente de la prostitución.

Expuesto lo anterior cabe señalar que, frecuentemente, Gary manifestó el enojo que tenía hacia su madre llamándola «puta». Y es que, y en este punto es importante el rol paterno, el padre de Gary manifestaba un profundo desprecio por las prostitutas. Así, y en parte como forma simbólica de vengarse de las humillaciones que su madre le infligía y a su vez como válvula de escape a través de la cual plasmar en cierto grado el deseo sexual hacia su madre [2], «puta» se convierte en la expresión de la asociación que, en la mente de Gary, se dio entre la imagen de la prostituta y la imagen de su propia madre que se vestía como una de ellas.

Después, el odio hacia las prostitutas ocasionado por la asociación de éstas con su madre, habría de verse grandemente incrementado cuando, en los inicios de su vida adulta, Gary contrajo gonorrea y verrugas genitales. Entonces y a partir de ese momento, las prostitutas ya no solo le despertarían antipatía por cobrarle sus servicios (él dijo que odiaba pagar por sexo) sino también por haberle (para él ellas tenían la culpa) hecho contraer gonorrea y verrugas genitales.

Por último, se ha planteado la teoría de que Gary tenía una misoginia fundamentalmente originada como plasmación de la rabia inherente a la frustración sexual que tenía guardada como consecuencia de no haber logrado un verdadero vínculo de intimidad sexual-emocional con la mujer antes de la llegada de Judith [3].

De ese modo y debido a que las prostitutas no solo que son mujeres sino que le manifiestan a Gary su impotencia para conseguir sexo fácilmente sin tener que pagar y por tanto representan en cierta forma la impotencia general de Gary frente a la mujer, éstas devienen en blancos ideales sobre los cuales el puede proyectar su misógino enojo.

Por todo lo anterior, Gary conseguía lo siguiente con sus crímenes:

1.- Teniendo sexo con la prostituta antes del asesinato, Gary complacía simbólicamente las fantasías sexuales que tenía con su madre.

2.- Matando a la prostituta, él mataba simbólicamente a la «puta» que para él era su madre y, además, se vengaba directamente de las prostitutas y simbólicamente de las mujeres en general.

3.- Al tener sexo con los cadáveres, no solo satisfacía su deseo necrófilo sino que disminuía su sentimiento de impotencia y frustración, ya que no tenía que pagarle a la chica y lo podía hacer numerosas veces sin pagar, tal y como haría el hombre hábil con las mujeres que Gary nunca fue.

4.- Mediante el sentimiento de control y poder que le ocasionaba matar, enterrar a las muertas y tratar sus cadáveres como objetos que le pertenecían, Gary lograba contrarrestar el sentimiento de humillación que le había causado su madre e invertir la situación la condición de controlado que tenía ante ésta de niño y que, hasta cierto punto, siguió teniendo de adulto (recuérdese que su madre era una suegra muy entrometida). Pero esto solo en primer término o principalmente, pues en segundo término se sentía poderoso ante la mujer en general y, en última instancia, se deleitaba con la sensación generalizada de poder que casi todo asesino siente cuando mata.

Gary Ridgway, ¿un actor nato?

Se ha dicho que Gary era tan implacable que, a pesar de que sus víctimas le rogaron piedad muchas veces, Gary no desistió en el propósito de liquidarlas. Sin embargo poco se conocen estas palabras del asesino: «Yo lloré, sí lo hice, y esa era la parte buena de mí. Yo lloré, pero aún así las maté y no me importaron en absoluto».

Se ve en tales palabras a un asesino que, aunque implacable, no era de hielo y tenía por lo menos un mínimo de empatía, tal y como reflejan confesiones suyas en las que cuenta que una vez vio de frente a una víctima de 16 años, jadeando con tal desesperación que, desde ese día, Gary empezó a ahorcar a sus víctimas por atrás porque «no quería imágenes como esas» en su memoria. «Ella me está mirando y... y... tratando de hacer que me detenga. ¡Por favor, por favor no! Pero yo todavía sigo estrangulándola. Yo no podía dejarla ir», dijo Gary recordando aquel día.

No obstante, en opinión del autor de *The Riverman: Ted Bundy and I Hunt for the Green River Killer*: «Él asesinó a sus víctimas deliberadamente, metódicamente, sistemáticamente. Él estaba libre de cualquier preocupación moral. En cinco meses de entrevistas con investigadores y psicólogos forenses, él no mostró empatía por sus víctimas ni expresó genuino remordimiento. Él mató porque quería. Él mató porque podía».

Semejante es la opinión de Mark Prothero en su libro *Defending Gary: Unraveling the Mind of the Green River Killer*, quien agrega a lo anterior la teoría de que Gary tenía una enorme capacidad para sentir cualquier emoción idónea para adaptarse a las exigencias del contexto en que estuviese:

«Pero luego recordé que la fortaleza de Gary ha sido siempre su adaptabilidad, su capacidad para ser lo que sea que la gente espere de él. A pesar de su pobre educación, a pesar de su inteligencia por debajo del promedio, Gary fue, creo yo, el más fino Actor del Método [4] que haya vivido. No era algo consciente tanto como era algo instintivo. Él podía llorar donde sea que quisiera y dejarlo de hacer abruptamente. Si tú querías remordimiento, él podía hacerlo. Si tú lo querías loco, triste, estúpido, inteligente, avergonzado, presuntuoso, pecaminoso o religioso, él podía hacer todo eso, y tú serías convencido. Yo he visto todos esos estados, en otros, durante todos los años desde la noche en que lo vi por primera vez, y especialmente durante nuestro tiempo en el bunker. Él era, como alguna vez observó el Dr. O'Toole, un camaleón, siempre armonizándose, siempre dándote lo que esperabas, siempre listo para complacer **[complacer]**. Y ese era, de hecho, su rasgo más mortal».

Se ve así que, en la opinión de expertos, Gary era simplemente un actor nato; pero entonces, si solo actuaba: ¿por qué tenía miedo de mirar los ojos de sus víctimas? Parece lo más lógico el suponer que en general Gary era una especie de actor nato -que no fingía las emociones, sino que las creaba para adaptarse a la situación-, sin embargo y al tener en cuenta que no mentía (esto se sabe por ciertos métodos) cuando decía que evitaba mirar los ojos de sus víctimas al estrangularlas, surge la pregunta de hasta qué punto era Gary Ridgway un actor nato.

A mediados de julio de 1982 fue encontrado, flotando en las aguas del Río Verde del condado de King en el estado de Washington, el primer cuerpo de todos los que vendrían. La víctima, Wendy Lee Coffield, era una adolescente de 16 años que había sido estrangulada con sus propias bragas y tirada al río como si de una funda de basura se tratase.

De momento no existían evidencias suficientes para seguir las investigaciones y el misterioso autor del delito fue apodado como el Asesino de Río Verde. Y es que, para aquel entonces, los miembros del Departamento de Policía del condado de King no imaginaban que Wendy Lee Coffield representaría apenas el inicio de una larga pesadilla cuyas víctimas caerían en su mayoría durante 1982 y 1984.

Casi todas las víctimas eran prostitutas y tenían entre 15 y 31 años, la mayoría de ellas aparecían desnudas y a veces tenían las uñas cortadas. Muchos cadáveres tenían signos de abuso sexual y frecuentemente había chicles, mapas de carreteras, restos de comida o colillas de cigarrillos en la escena del crimen.

Fue ante este escenario que la Fuerza de Tareas de Río Verde se formó para investigar los asesinatos y así fue creciendo la lista de posibles sospechosos. No era un caso fácil para la década de los 80, década en que las computadoras sofisticadas y el sistema de rastreo de ADN aún no existían, por lo que había que juntar y asociar pistas a la vieja usanza.

El asesino serial Ted Bundy se ofrece para ayudar

En octubre de 1983 Ted Bundy, que estaba en el corredor de la muerte (sección de la prisión para los condenados a muerte), se ofreció a colaborar con las investigaciones debido a que, igual que el Asesino de Río Verde, él había sido un asesino en serie de mujeres y podía ayudar a los detectives a indagar en la mente del Asesino de Río Verde y a predecir sus movimientos y descifrar posibles estrategias.

Entre otras cosas, Ted dijo que el asesino probablemente conocía a algunas de sus víctimas y que probablemente más víctimas debían de haber sido enterradas en las áreas o cerca de las áreas donde se habían encontrado los cadáveres. Bundy también dio mucha importancia a las diferentes áreas de los cadáveres encontrados; pues, para él, el conjunto de las áreas sugería que cada grupo o lugar se había establecido cerca de la casa del asesino.

Los detectives encontraron la información suministrada por Ted Bundy como interesante, pero sin importancia práctica relevante para dar con el asesino.

En 1987, la dirección del grupo de trabajo cambió de manos, al igual que la forma en que la investigación se llevaba a cabo. En lugar de seguir intentando probar quién podía ser el asesino, se tomó la lista de sospechosos y se llevó a cabo un proceso a través del cual se eliminaron de la lista aquellos sospechosos que no debían de ser el asesino, poniendo así a los sospechosos que quedaron dentro de lo que se denominó la Lista A.

Gary Ridgway, que finalmente pasaría a la Lista A, había caído en la lista de sospechosos a causa de dos encuentros que tuvo con la Policía en la década de 1980.

El primero fue en el año 1980 cuando se lo acusó de estrangular a una prostituta mientras tenía relaciones sexuales con ella en su auto cerca del aeropuerto de Sea-Tac. Al ser interrogado, Ridgway admitió estrangularla, pero dijo que era en defensa propia porque la prostituta lo había mordido cuando estaba haciéndole sexo oral. El asunto fue entonces dejado de lado por la Policía.

El segundo encuentro fue en 1982, cuando Ridgway fue interrogado después de haber sido atrapado en su camión con una prostituta (la prostitución era ilegal). Tiempo después, la Policía se enteró de que la prostituta ya no existía porque era Keli McGinness, una de las víctimas del Asesino de Río Verde.

La prueba del polígrafo

En 1983 interrogaron nuevamente a Ridgway cuando el novio de una prostituta desaparecida reportó que, el último vehículo en que vio a su novia el día en que ésta desapareció, era un vehículo que tenía las mismas características que el de Ridgway.

Apenas un año después, Ridgway fue arrestado por haber sido sorprendido solicitando servicios sexuales, puesto que la supuesta prostituta en realidad era una mujer policía encubierta que, a diferencia de otras, parece que sí aceptó mostrarle los pechos y la vagina a Ridgway, ya que éste pedía que le mostraran eso porque pensaba que una agente encubierta no se atrevería a hacerlo.

Ya en la comisaría, Ridgway fue sometido a la prueba del bolígrafo (y la pasó), en la cual se ve si el sospechoso miente o no a través del pulso y otros aspectos de su caligrafía. Debido a este incidente y a que le iba bien en su relación con Judith Mawson, Ridgway fue disminuyendo su ritmo asesino y cada vez se reportaron menos denuncias de mujeres desaparecidas.

Ridgway y la Lista A

Cuando Ridgway pasó a la Lista A se lo puso bajo vigilancia policial. Los investigadores examinaron su historial de trabajo y determinaron que nunca estuvo en el trabajo durante los días en que muchas de las víctimas habían sido reportadas como desaparecidas. Sumado a eso algunas prostitutas habían reportado que cierto hombre cruzaba a menudo el camino que Ridgway usaba para ir y volver del trabajo: esto, debido a que la descripción que dieron del hombre concordaba con el aspecto de Ridgway, aumentó fuertemente la sospecha de que él podría ser el Asesino de Río Verde.

El 8 de abril de 1987 la Policía registró la casa de Ridgway, la cual estaba llena de objetos que él y su esposa habían recogido de un basurero de buceo que estaba cerca de donde fueron encontradas algunas de las víctimas. En primera instancia el hecho parecía sospechoso, pero algunos testigos dijeron que recolectar ese tipo de objetos era una actividad que la pareja compartía desde hace mucho tiempo.

En todo caso sometieron a Ridgway a una prueba de polígrafo que pasó y, tras eso y con el consentimiento de Ridgway, le tomaron muestras de pelo y un hisopo con su saliva, tras lo cual lo soltaron por falta de evidencias en su contra.

Revitalización de la Fuerza de Tareas

En el año 2001 la Fuerza de Tareas de Río Verde tenía dentro de ella a muchos jóvenes detectives que habían sido adolescentes cuando la matanza comenzó. El grupo tenía ahora equipos tecnológicos que ayudaban a crear perfiles en base a evidencias esporádicas. También contaba con la ventaja de la investigación en base al ADN, método éste que se había desarrollado de forma considerable en los últimos 15 años.

Las pruebas de ADN que habían sido cuidadosamente tomado y conservado por el grupo de trabajo anterior de las víctimas y Ridgway fue muy valiosa para conseguir la evidencia de que por fin se necesitaba para capturar y condenar al asesino de Green River.

Arresto y juicio

El 30 de noviembre del 2001 Gary Ridgway fue arrestado por los siguientes asesinatos: Marcia Chapman, Opal Mills, Cynthia Hinds, y Carol Ann Christensen. En todas ellas estaba el mismo ADN que Ridgway había dejado en la esponja que chupó cuando le tomaron muestras de saliva e inclusive tres de las chicas tenían restos de semen de Ridgway.

Ridgway sabía que iba a ser ejecutado pero no quería morir, por lo que aceptó un acuerdo con el fiscal y accedió a cooperar plenamente con la investigación de los asesinatos. Durante meses los detectives entrevistaron a Ridgway metódicamente, consiguiendo los detalles de cada uno de los asesinatos que cometió. Ridgway también los llevó a los

lugares donde había dejado a varios de los cadáveres, explicando cómo mató a cada uno de ellos y cómo dejó evidencias falsas para despistar a la Policía.

El número exacto de víctimas es algo que no se llegó a saber con certeza pues en una de las cintas grabadas dijo haber matado a 61 mujeres y en otra cinta a 71, sin embargo al final de ambas entrevistas se ve que sólo recuerda 48 asesinatos, todos dentro del condado de King, en el estado de Washington.

Así, el 2 de noviembre de 2003 Ridgway fue declarado culpable de 48 cargos -en febrero del 2011, con Gary en prisión, se agregaría una víctima más a la lista- de homicidio en primer grado y el 18 de diciembre de 2003 fue condenado a 480 años sin posibilidad de libertad condicional.

En cuanto a su actitud en la corte, no solo que Gary Ridgway aceptó las acusaciones sino que además dijo cuál era su plan criminal y otras cosas y, además y para sorpresa de los presentes, derramó lágrimas que parecían bastante sinceras cuando el padre de una de las víctimas, en lugar de increparle como hicieron los familiares de otras víctimas, le dijo que lo perdonaba.

Actualmente Gary Ridgway se encuentra en la Penitenciaría del Estado de Washington, donde ha recibido pedidos de entrevistas por parte de distintos tipos de personas interesadas en el caso: psiquiatras forenses, terapistas, estudiantes de Psicología en busca de un doctorado, periodistas, reporteros, creadores de documentales e investigadores particulares del tema de los asesinos seriales.

Gary siempre se ha mostrado deseoso de ser entrevistado, pero sin embargo no siempre se lo han permitido pues la política de la prisión ha sido la de generalmente negar visitas

[1] La Policía a veces tenía agentes encubiertos que hacían el papel de prostitutas. Y es que, y cabe recalcarlo, la prostitución es ilegal en todos los estados de USA excepto en Nevada. Por otra parte, es lógico suponer que los agentes encubiertos debían ser policías mujeres pues ningún hombre, por más femenino que pueda lucir, podría imitar la voz de una mujer, siendo aquel el único aspecto que en ciertos casos permite diferenciar a transexuales de verdaderas mujeres.

[2] Este deseo sexual también se veía en un detalle poco conocido: Gary, a muchas víctimas, les taponaba la vagina con piedritas una vez muertas. Según los especialistas, aquello constituía una expresión simbólica de que era así (taponada, sellada) como Gary hubiese querido ver la vagina de su madre.

[3] Lo que no quiere decir que esa frustración haya desaparecido con Judith, puesto que de todas formas el pasado seguía allí y además, con la venida de Judith, si bien por primera vez conseguía un verdadero y completo vínculo con una mujer, no por ello dejaba de ser un «looser» (palabra que él mismo usó) con las mujeres a nivel sobre todo sexual. Cabe así mismo citar a Helfgott para que se entienda mejor el hecho de que en realidad Gary en parte asesinaba para desahogar el enojo de la frustración con las mujeres: «Gary Ridgway, el asesino de Green River, comenzó su carrera como delincuente sexual y homicida después de su primer divorcio, y su conducta delictiva aumentó durante períodos problemáticos en sus relaciones con las mujeres (por ejemplo, entre sus primeros matrimonios, segundo y tercero)».

[4] El Método o «Method Acting» era una técnica actoral a través de la cual el actor creaba (no fingía: CREABA) dentro de sí mismo las emociones y los pensamientos de su personaje, de manera que el personaje aparecía como si en verdad estuviese vivo.

«He asesinado a tantas mujeres que me cuesta acordarme de todas ellas».

Declaración de Gary Ridgway durante su interrogatorio

Gary Leon Ridgway nació el 18 de febrero de 1949 en Salt Lake City, Utah (Estados Unidos). Fue el segundo hijo de Mary Rita Steinman y de Thomas Newton, de un total de tres. Tuvo dos hermanos: Gregory y Edward Thomas. Creció en McMicken Height, Washington. Se sabe que su madre era sumamente estricta y que mantenía bajo dominio férreo a los integrantes de la familia, especialmente a Gary.

Desde niño, Ridgway padecía enuresis (se orinaba en la cama). Su madre solía ser quien descubría los accidentes y lo bañaba de inmediato. Ella lo menospreciaban **[menospreciaba]** y lo avergonzaba delante de su familia. Desde muy joven, Ridgway desarrolló sentimientos contradictorios hacia ella, de atracción sexual e ira.

Su madre jamás demostró querer a Ridgway y constantemente le gritaba a su esposo. Gary era una persona amistosa pero extraña, involucrada por completo en las actividades religiosas. Mientras iba de casa en casa hablando sobre la Iglesia Pentecostal a la que asistía, paralelamente desarrollaba su obsesión por las prostitutas.

Ridgway tenía dislexia y un bajo coeficiente intelectual de 82 puntos. Su rendimiento académico en la escuela era tan pobre que en la escuela secundaria tuvo que repetir un año escolar dos veces, con la finalidad de lograr notas suficientes para aprobar. Sus compañeros de clase en la Escuela Secundaria Tyee lo describirían como agradable, pero olvidable.

Su padre trabajaba en una funeraria y, siendo Gary un niño, le había hablado sobre los actos sexuales que otro miembro del personal de la funeraria había efectuado con cadáveres. El conocimiento de aquel impactante dato comenzó a cobrar fuerza en su mente hasta desembocar en extrañas fantasías necrófilas. Cuando tenía dieciséis años de edad, sufrió un ataque de ira y apuñaló a un niño de seis años, quien sobrevivió al ataque. De acuerdo con la víctima, Ridgway se alejó riendo y diciendo: «Siempre me pregunté cómo sería ~~como~~ matar a alguien».

Mientras cursaba la escuela secundaria, Ridgway se unió a la Marina. Después de su graduación, fue enviado a Vietnam, donde sirvió a bordo de un barco de suministro e inclusive entró en combate. En ese entonces se casó con quien fuera su novia del colegio: Claudia Barrows.

Fue durante su periodo de servicio en las Fuerzas Armadas, cuando Ridgway contrajo gonorrea. Para él, las prostitutas eran las culpables. En su ausencia, su joven esposa de 19 años no soportó la soledad y comenzó a salir con otros hombres, causando que el matrimonio terminara en menos de dos años.

Durante su segundo matrimonio con Marcia Winslow, Ridgway siguió frecuentando prostitutas. Marcia narraría años después que la madre de Ridgway era la típica suegra controladora y sobreprotectora de su hijo: intentaba controlar los gastos y tomar decisiones sobre qué comprar y qué no, elegía la ropa ~~para~~ y la acusaba de no cuidar bien al pequeño Mathew, hijo de ella y Gary. Tras una cirugía que Marcia se realizó a finales de los setenta por problemas de sobrepeso, comenzó a atraer a muchos hombres. Ridgway no soportó esta situación y se divorciaron poco después.

Tras su divorcio, Ridgway comenzó a salir con varias mujeres que conoció gracias a Parents Without Partners. En medio de esas citas fue que encontró a Judith Mawson en 1985. Ella lo vio como un hombre con estabilidad laboral (llevaba quince años pintando camiones), amable y responsable.

Judith encontró en él la pareja perfecta. Él le propuso matrimonio, remodeló su casa, colocó una alfombra nueva. Judith quedó encantada con la madre de Ridgway. Ella se convirtió en su tercera esposa. Las cosas marcharon bien por años.

Ridgway tenía un apetito sexual inusual. Sus tres ex esposas y varias novias declararían que era sexualmente insaciable, exigiendo sexo varias veces al día. Muchas veces, quería tener sexo en un lugar público o en el bosque, incluso en las zonas donde algunos de los cuerpos habían sido descubiertos.

También era conocido por haber estado obsesionado con las prostitutas, una fijación que rayaba en una relación de amor y odio. Los vecinos lo conocían por quejarse constantemente de las prostitutas de su barrio, pero al mismo tiempo con frecuencia las contrataba. Otra de sus facetas era la de fanático religioso. Con frecuencia lloraba después de los sermones y de la lectura de la Biblia.

El primer cadáver de una mujer asesinada en las cercanías de Green River (Río Verde) fue el de Deborah Lynn Bonner. Su cuerpo desnudo fue encontrado desplomado sobre un tronco. Había sido estrangulada.

Poco después, una joven identificada como Wendy Lee Coffield, fue hallada estrangulada y flotando en el río.

A lo largo de los años que duró su baño de sangre, el método criminal de Gary Ridgway consistía en contratar a una prostituta, subirla a su camioneta, tener sexo con ella y luego matarla por estrangulamiento en el vehículo o incluso en un lugar apartado, como el bosque. Casi todos sus crímenes lo cometió en las inmediaciones del Río Verde (Green River).

A algunas las mató en su casa, en ausencia de su esposa. Una de sus estrategias era llevar a la prostituta contratada al cuarto de su hijo Mathew, antes de lo cual ya le había mostrado la imagen de aquel para dar la impresión de ser un hombre de familia. Siempre solicitaba que las chicas fueran al baño antes de tener sexo, pues sabía por experiencia que las víctimas de estrangulamiento relajan los esfínteres: «Yo no quería que se cagaran, esa era la principal razón», declararía.

Una vez cometido el asesinato, Ridgway tomaba el cadáver de su víctima y, generalmente de noche, conducía en su camioneta hasta llegar a lugares apartados. Ridgway sabía que

la víctima podía estar todavía viva, por lo cual en muchos casos ataba las piernas con ligaduras y vigilaba desde su espejo retrovisor por si se presentaba signo alguno de movimiento en el cuerpo. Una vez alejado de la ciudad, sacaba el cadáver y lo ponía fuera de la carretera, después subía al vehículo y lo estacionaba lo suficientemente lejos como para que, si se aproximaba algún policía, el cadáver no fuera descubierto.

Supervisaba que nadie lo estuviese viendo y caminaba a través de los bosques que rodeaban la carretera hasta donde previamente había dejado el cuerpo. Luego se metía con el cadáver en el bosque y lo depositaba lejos de la carretera. Muchas veces regresaba para tener sexo con los cadáveres. Según afirmaría, en algunos casos los cadáveres ya presentaban signos de putrefacción, lo cual lo excitaba más.

En su juicio declararía: «Parte de mi plan era el lugar donde coloqué los cuerpos. Les quité la ropa y objetos personales para no dejar evidencia de quiénes eran y que así resultaría más difícil su identificación. Puse la mayor parte de los cuerpos en grupos, como si fueran racimos. Hice esto porque deseé no perder de vista a todas las mujeres que maté. Tuve el gusto de hacer un gran racimo alrededor del condado. Utilicé generalmente una señal para recordar a un racimo. Mi intención era crear racimos nuevos para no volver a los anteriores y ser atrapado».

Era tal su prudencia que, cuando la víctima lo había rasguñado en medio del forcejeo, le cortaba las uñas antes de ir a dejar su cuerpo al bosque, de modo que si la policía encontraba el cadáver, no pudiese hallar restos de su piel. Otras veces colocaba evidencias falsas como colillas de cigarrillos o goma de mascar, siendo que él nunca fumó.

Un ejemplo memorable de estas estrategias encaminadas a sembrar confusión, fue cuando tomó la licencia de conducir de una víctima y la dejó en el Aeropuerto Sea-Tac para dar la impresión de que la víctima se había ido de la localidad.

El 15 de agosto de 1982, Robert Ainsworth, de 41 años, subió en su balsa de goma y comenzó su descenso hacia el sur por el río, hacia el borde exterior de los límites de la ciudad de Seattle. Era un viaje que ya había realizado en muchas ocasiones, pero esta vez sería diferente. Conforme **[conforme]** avanzaba a la deriva lentamente río abajo, vio a un hombre calvo de mediana edad cerca de la orilla del río y a un segundo hombre, más joven, sentado en una camioneta.

Ainsworth supuso que los hombres estaban pescando. Le preguntó al primero si había pescado algo. El hombre le respondió que no. Poco después, el segundo se fue en la camioneta pick-up y Ainsworth siguió flotando en el río. Momentos después se encontró rodeado por la muerte.

Mientras miraba en las aguas claras, su mirada se encontró con unos ojos desorbitados. La cara de una joven negra estaba debajo de la superficie del agua, su cuerpo balanceándose con la corriente. Creyendo que podría ser un maniquí, Ainsworth intentó enganchar la figura con un palo. Accidentalmente, la balsa volcó al tratar de desatorar a la figura de una roca y Ainsworth cayó al río. Para su horror, se dio cuenta de que la chica no era un maniquí, sino una mujer muerta. Segundos después vio otro cadáver flotando, otra mujer negra semidesnuda, parcialmente sumergida en el agua.

Rápidamente, Ainsworth nadó hacia la orilla del río, donde había estado estacionada la camioneta. En estado de *shock*, se sentó y esperó la llegada de auxilio. A la media hora se dio cuenta de que se aproximaba un hombre con dos niños en bicicleta. Los detuvo, les informó de su macabro hallazgo y les pidió que llamaran a la policía. Al poco tiempo, un agente llegó al lugar y cuestionó a Ainsworth sobre su hallazgo. El oficial estaba incrédulo, así que entró en el río y extendió la mano hacia la forma fantasmal. Al darse cuenta de que era verdad, pidió refuerzos.

Los detectives acordonaron la zona y comenzó la búsqueda de pruebas. Durante las pesquisas, un detective hizo otro descubrimiento macabro. A poca distancia, encontró un tercer cadáver, de una joven semidesnuda.

A diferencia de las otras dos, ésta se encontraba en una zona de césped. Era obvio que había muerto por estrangulamiento. La chica tenía un par de pantalones azules anudados al cuello. También mostraba signos de lucha, tenía hematomas en los brazos y las piernas. Fue identificada más tarde como Opal Mills, de dieciséis años. Había sido asesinada 24 horas antes de su descubrimiento.

Tras un examen de los cuerpos en el lugar, el médico forense Donald Reay determinó que las tres chicas habían muerto por estrangulamiento. Las jóvenes que se encontraban en el agua, fueron identificadas como Marcia Chapman, de 31 años, y Cynthia Hinds, de 17. Todas las víctimas tenían piedras en forma de pirámide en la cavidad vaginal.

Reay determinó además que Chapman, una madre de dos hijos que había desaparecido dos semanas antes, había estado muerta durante más de una semana. Ya mostraba signos de descomposición. Sin embargo, consideró que había estado en el río por dos o tres días.

En el transcurso de seis meses, cinco cuerpos habían sido descubiertos en el interior o cerca del río. Los detectives se dieron cuenta de que un asesino en serie andaba suelto. Sabían que tenían que encontrarlo y detenerlo lo más pronto posible, antes de que más mujeres desaparecieran. Un grupo especial de trabajo se reunió para investigar los asesinatos de Green River.

Según diría *The Seattle Times*, fue la fuerza policial más grande jamás reunida desde el caso de Ted Bundy «El Asesino de Estudiantes», ocurrido ocho años antes. El Mayor Richard Kraske, jefe de la División de Investigación Criminal, y el detective Dave Reichert del Condado de King, lideraban el grupo. Se contó con la ayuda del perfilador del FBI, John Douglas, y del investigador Bob Keppel, quien fue conocido por su enfoque único en la compilación de pruebas en el caso de Ted Bundy. No sabían que pasarían décadas antes de obtener algún resultado.

La investigación tuvo un mal comienzo, ya que la afluencia masiva de información inundó las oficinas policiales. No poseían los recursos para procesar la cantidad cada vez mayor de datos y pruebas; de hecho, gran parte se había perdido, extraviado o pasado por alto. La situación llegó a tal punto, que en un momento se contó con la ayuda de voluntarios para ayudar a la policía en la investigación en curso.

Los detectives se enteraron de que muchas de las chicas asesinadas se conocían entre sí y compartían una historia similar vinculada a la prostitución. Por ello decidieron iniciar la búsqueda del asesino en el área donde las jóvenes eran habituales.

Se llevaron a cabo cientos de entrevistas con muchas prostitutas que trabajaban en la calle principal de Seattle, que se extiende desde el sur de la calle 139 al sur de la calle 272. Los investigadores trataron de obtener información sobre las personas sospechosas que habían encontrado. Sin embargo, muchas de las chicas se mostraron renuentes a hablar con ellos, por su evidente desconfianza hacia la policía.

Una de las prostitutas denunció que había sido violada por un hombre que podría tener conexión con los crímenes. Lo identificaron y detuvieron; el 20 de agosto de 1982, la policía anunció que habían arrestado al «sospechoso principal» de los asesinatos de Green River. Se llamaba Wayne Foster Melvyn. Sin embargo, no pudieron encontrar ninguna evidencia plausible que lo vinculara con los hechos. Finalmente fue liberado y se reanudó la búsqueda del verdadero asesino.

Hubo otras prostitutas que presentaron informes a la policía que eran de especial interés para el grupo de trabajo. Las entrevistas con dos prostitutas, hechas por separado, indicaban que un hombre en una camioneta blanquiazul, las secuestró y trató de matarlas.

Según el relato de Susan Widmark, de 21 años, un hombre de mediana edad solicitó sus servicios sexuales. Una vez que Widmark se encontraba en su camioneta, le apuntó con una pistola en la cabeza y salió hacia la carretera. La llevó a un camino apartado, apagó el motor y la violó de forma muy violenta.

Tras la violación, le permitió vestirse mientras se alejaba de allí, con ella aún en el vehículo. Mientras conducía, hizo referencia a los asesinatos recientes, sin dejar de apuntarle a la cabeza. Temiendo por su vida, ella logró escapar en un semáforo. Widmark fue capaz de memorizar una parte de la matrícula de la camioneta antes de que el hombre se alejara.

Un incidente similar le ocurrió a Debra Lorraine Estes, de 15 años, quien presentó una denuncia a finales de agosto de 1982, relativa a una violación. Estes dijo a la policía que estaba caminando por la carretera cuando un hombre en una camioneta azul y blanca se le acercó y le ofreció un paseo. Ella aceptó y se subió en el vehículo. Para su asombro, el hombre sacó una pistola y le apuntó a la cabeza. La obligó a darle sexo oral antes de liberarla en el bosque. Inmediatamente huyó del lugar en busca de ayuda.

Al ver un patrón que podría estar relacionado con los asesinatos, el grupo de trabajo decidió buscar a la camioneta y al conductor. Esperaban que la información sobre el sospechoso los llevara a resolver el caso.

En septiembre, un carnicero llamado Charles Clinton Clark fue detenido en su camioneta azul y blanco mientras conducía por la avenida principal de Seattle. Después de una verificación de antecedentes, se supo que Clark era dueño de dos pistolas. Los investigadores creían que Clark era el hombre que estaban buscando. Obtuvieron su foto de su licencia de conducir y se lo mostraron a Widmark y Estes. Las dos mujeres identificaron a Clark como su atacante.

Clark fue arrestado. Catearon su casa y encontraron las dos pistolas, mismas que supuestamente habían sido utilizadas en la agresión. Después de ser interrogado por la policía, Clark admitió haber atacado a las mujeres. Sin embargo, era extraño que él fuera «El Asesino de Green River», ya que había liberado a sus víctimas después de los ataques.

Además, Clark tenía coartadas sólidas para las fechas aproximadas en que se habían cometido los asesinatos. Mientras Clark estaba detenido, dos chicas de 16 años de edad, Kase Ann Lee y Terri René Milligan, desaparecieron misteriosamente; ambas eran prostitutas.

Sobre la base de una corazonada, el detective Reichert empezó a sospechar que uno de los voluntarios civiles que trabajan en el caso podría ser el criminal. Un conductor de taxi de 44 años de edad se convirtió en el foco de la investigación. El taxista parecía encajar en el perfil del asesino ideado por el agente del FBI, John Douglas.

Dos semanas después, una chica de 19 años de edad, Mary Bridgett Meehan, desapareció durante un paseo. Meehan tenía más de ocho meses de embarazo y estaba cerca del Western Six Motel. El motel era el lugar de trabajo para muchas de las prostitutas que fueron víctimas de «El Asesino de Green River», como ya lo llamaban los medios. El taxista tuvo que ser liberado.

Durante la mayor parte del invierno de 1982, los policías vigilaron los movimientos del conductor del taxi, a pesar de que se había demostrado que nada tenía que ver con los asesinatos de Green River. Con el tiempo, se convirtió en el chivo expiatorio de la policía.

Los agentes estaban desesperados porque no obtenían resultados y la opinión pública, así como los medios, exigían resultados. Lo más sencillo era fabricar un culpable. Así que Clark fue arrestado de nuevo por tener multas de tránsito sin pagar. Los investigadores no tenían pruebas que lo vincularan con los asesinatos, pero lo exhibieron como el sospechoso principal.

El 26 de septiembre de 1982, los restos putrefactos de una prostituta de 17 años de edad llamada Gisele Ann Lovvorn fueron descubiertos. Había desaparecido más de dos meses atrás, hasta que un ciclista encontró su cuerpo desnudo cerca de unas casas abandonadas, al sur del Aeropuerto Internacional Sea-Tac. La habían estrangulado con un par de calcetines negros. Curiosamente, en el momento de su desaparición, ella era rubia. Sin embargo, cuando su cadáver fue descubierto, su cabello estaba teñido de negro.

Ese mismo día, Linda Jane Rule fue vista por última vez saliendo de la habitación de motel que compartía con su novio. La encontraron unos meses más tarde, cerca del hospital del Noroeste en Seattle, Washington. Originalmente, los detectives no consideraron su caso relacionado con los asesinatos de Green River.

Linda nació en algún momento de 1965 o 1966. Poco se sabe de su infancia, pero comenzó a tener problemas después de que sus padres se divorciaron. Más tarde abandonó la escuela y se involucró con las drogas. Linda estaba planeando casarse con su novio.

Rebecca R. Marrero «Becky» desapareció el 3 de diciembre de 1982. Tenía 20 años de edad. Sus restos tardarían veintiocho años en ser encontrados en un barranco en Auburn, cerca de donde se había encontrado a otra víctima.

El 30 de abril de 1983, el novio de Marie M. Malvar la vio hablando con un cliente potencial en una camioneta de color oscuro. El chico declararía que vio a Malvar entrar en el vehículo antes de que se alejara a toda velocidad. Malvar y el desconocido parecían estar enfrascados en una discusión.

Desconfiando del conductor, el novio los siguió. Al poco tiempo, la camioneta con su novia desapareció cuando el chico tuvo que detenerse en un semáforo. Fue la última vez que vio a su novia. Más tarde, notificó a la policía de la desaparición de Malvar.

Menos de una semana después del incidente, él, junto con el padre y el hermano de Malvar, vio a la camioneta sospechosa cerca del lugar donde la había perdido de vista. Los tres siguieron al vehículo hasta una casa ubicada en la calle Sur 348; desde allí, llamó a la policía. Un agente acudió a la casa y habló con el propietario, que no era otro que Gary Ridgway, quien negó haber visto alguna vez a Malvar. Satisfecho, el policía salió de la residencia y no llevó el asunto más lejos.

Una camioneta similar a la de Ridgway también estuvo involucrada en la desaparición de una joven prostituta llamada Kimi-Kai Pitsor. Su proxeneta la vio subir a una pick-up color verde oscuro. Describió al conductor como un hombre con la cara picada de viruela. Vio cómo los dos se marcharon y nunca volvió a verla. Más tarde lo informó a la policía, pero la información relativa a la desaparición de Pitsor y el caso de Malvar nunca fueron interrelacionados.

En la primavera de 1983, la investigación sobre «El Asesino de Green River» y los asesinatos relacionados se estaba derrumbando. Los detectives se dieron cuenta de que la probabilidad de que el taxista fuera condenado como el asesino era muy baja, pero insistieron en mantenerlo como el principal sospechoso. No tenían nuevas pistas y las prostitutas seguían desapareciendo rápidamente por toda la ciudad.

A finales de abril, Bob Keppel pasó tres semanas organizando toda la información disponible relativa a los asesinatos. Al término de su análisis, se elaboró un informe para el sheriff del condado de King, Vernon Thomas. Para consternación del grupo de investigadores, el informe fue muy crítico hacia su deficiente labor.

De acuerdo con Keppel, era necesario realizar muchos cambios. El informe demostraba que la mayoría de los datos, incluidas las pruebas, los archivos y testimonios relacionados con los crímenes, estaban en total desorden.

Lo primero que se necesitaba era una completa reorganización y la clasificación exacta de todos los datos. Luego, una vez que se terminara, había que establecer las similitudes y diferencias entre los casos para encontrar puntos en común, y con ello, posiblemente, la conexión de los asesinatos con uno o más sospechosos.

Pero una investigación exitosa y completa costaría al condado mucho más tiempo y dinero de lo que se pensaba; además, las víctimas eran prostitutas y por eso parecía no importarle demasiado a mucha gente. La cantidad de dinero necesaria para poner en práctica las sugerencias de Keppel superaría con mucho el estimado de 2 millones de dólares. Por ende, todo se empantanó.

El 8 de mayo de 1983, se descubrió otro cadáver, que fue identificado como el de Carol Ann Christensen, de 21 años. Sus restos fueron encontrados por [un] recolector de setas, en una zona boscosa cerca de Maple Valley. Christensen tenía la cabeza cubierta por una bolsa de papel marrón. Cuando se retiró, se constató que había un pez cuidadosamente colocado en la parte superior de su cuello. Había otro pez sobre el pecho izquierdo y una

botella entre las piernas. Sus manos estaban cruzadas sobre su estómago y había carne molida en la parte superior de su mano izquierda.

Un examen más detallado reveló que había sido estrangulada con un cable. Curiosamente, también mostraba signos de haber estado en el agua en algún momento, a pesar de que el río estaba a varios kilómetros de distancia. El grupo de trabajo especuló que era otra víctima de «El Asesino de Green River».

El 9 de junio de 1983, Tammie Charlene Liles fue vista por última vez en Seattle. Sus restos fueron encontrados casi dos años después al sur de Portland, Oregón. Su cadáver estaba cerca de los restos de Angela Girdner, Shirley Sherill y Denise Bush.

En junio, los restos no identificados de una mujer blanca de entre 17 y 19 años de edad fueron encontrados en la carretera de Tualatin. El 25 de julio, Tina Marie Thompson fue vista por última vez cerca de la Carretera Pacific South. Sus restos fueron encontrados nueve meses más tarde, cerca de una intersección de la autopista 18 y la Carretera Interestatal 90. Su cadáver se hallaba cerca de otras dos víctimas.

El 11 de agosto, el cuerpo de la desaparecida Shawnda Leea Summers fue descubierto cerca del aeropuerto de Sea-Tac. Un día después, los restos de otro cuerpo, que permaneció sin identificar, fueron encontrados al norte del aeropuerto.

El 12 de agosto de 1983, una joven rebelde y que se dedicaba a la prostitución llamada Patricia Ann LeBlanc se escapó de una salida en grupo en el Centro de Seattle en 1983. Había tenido arrestos y problemas con su familia. Después de esa fecha, nunca se le volvió a ver y sus restos nunca fueron encontrados.

El 18 de septiembre, se encontraron más cadáveres. Uno era el de Delores LaVerne Williams, de 17 años, que había desaparecido el 8 de marzo. Sus restos fueron descubiertos en el Star Lake.

Ese mismo día, el cadáver de Gail Lynn Matthews, de 23 años, se descubrió también en Star Lake.

Durante los siguientes meses, los cadáveres de cinco mujeres más fueron descubiertos. El 15 de octubre, los restos óseos de Yvonne Shelly Antosh, que fue vista por última vez el 31 de mayo, fueron encontrados cerca de Soos Creek en Auburn-Black Diamond. Era una de las pocas víctimas que tenía una denuncia de «persona desaparecida».

Doce días más tarde, el 27 de octubre, se encontró el esqueleto parcialmente enterrado de Constance Elizabeth Naon en una zona al sur del Aeropuerto Sea-Tac.

Los investigadores suponían que había más cuerpos en esa zona, por lo que decidieron llevar a cabo una búsqueda con la ayuda de un equipo de adolescentes exploradores, pertenecientes a los Boy Scouts.

Patricia Anne Osborn fue vista por última vez caminando a lo largo de un tramo de North Aurora, el 28 de octubre de 1983. Había dejado a su novio en un motel y se dirigía a un restaurante cercano. Osborn usaba drogas, y había sido arrestada por prostitución. A los 17 años, se fue de su casa y se mudó a Seattle. Pero siempre se mantuvo en contacto con

su madre, acudiendo a fiestas y cumpleaños. Su madre recibió llamadas regulares suyas hasta septiembre de 1983. Su cadáver nunca fue encontrado.

El 29 de octubre, durante una revisión de los terrenos baldíos que rodean el aeropuerto, uno de los exploradores encontró un esqueleto cubierto con basura debajo de unos arbustos. Los restos fueron identificados más tarde como pertenecientes a Kelly Marie Ware, de 22 años.

El 13 de noviembre, tras una extensa búsqueda en varios lotes que rodeaban la zona situada al sur de Sea-Tac, se hallaron los restos en descomposición de Mary Bridgett Meehan, desaparecida semanas atrás, quien estaba embarazada. Meehan fue la única víctima atribuida al asesino que fue enterrada en su totalidad. Varios elementos extraños se encontraron en el cuerpo, incluyendo dos pequeñas piezas de plástico, un mechón de cabello cerca del pubis, un parche de piel adherido al cráneo con fibras en él, tres pequeños huesos, dos lápices amarillos utilizados hasta la mitad y un tubo de plástico transparente.

Un mes después, el 15 de diciembre, el cráneo de otra chica desaparecida, Kimi-Kai Pitsor, se halló en Auburn, Washington, cerca del Cementerio de Mountain View. Parecía como si el asesino utilizase un nuevo lugar de entierro para colocar a sus víctimas. Sería el quinto vertedero que utilizaría para la eliminación de los cadáveres.

Dos semanas después del descubrimiento de la cabeza de Pitsor, el grupo de investigadores aumentó en más de la mitad, debido al creciente número de asesinatos en la zona. Se temía que ocurriesen muchos más asesinatos en los próximos meses. Sus predicciones fueron correctas. Curiosamente, muchas de las muertas no eran incluidas en la lista de víctimas de «El Asesino de Green River», a pesar de que perdieron la vida casi de la misma manera que las otras mujeres. Nunca hubo explicación de por qué estaban excluidas del recuento.

En enero de 1984, el grupo de investigadores fue objeto de un nuevo liderazgo, encabezado por el capitán Frank Adamson, quien anteriormente dirigió la Unidad de Asuntos Internos del Departamento de Policía. Durante los primeros meses se hicieron cambios drásticos.

Lo primero fue trasladar la sede de grupo de trabajo al distrito electoral del Condado de Burien, que estaba cerca del aeropuerto donde estaban ocurriendo los crímenes. Siguiendo el consejo de Bob Keppel, Adamson dividió las distintas tareas. Creía que este método facilitaría una organización más completa, la estructuración y sistematización de las enormes cantidades de información, y resultados más exitosos en el caso.

Veintidós agentes de policía también fueron asignados a la escuadra proactiva del grupo de trabajo, que desarrolló nuevas estrategias para supervisar las actividades de prostitutas en la zona y cualquier evento inusual.

El 14 de febrero de 1984, los restos óseos de una mujer, que fue identificada más tarde como Denise Louise Plager, se descubrieron en las afueras de la ciudad, cerca de la Carretera Interestatal 90. Fue la primera víctima que se encontró ese año, pero no la última. Durante los siguientes dos meses, se hallarían nueve cadáveres más.

El asesino parecía tener varios vertederos, donde se deshacía de los cuerpos de sus víctimas. Con la excepción de Meehan, los cadáveres se hallaban parcialmente enterrados, cubiertos con basura o disimulados entre el follaje. Así fue hallada Cheryl Lee Wims, de 18 años.

La mayoría habían sido encontrados cerca del borde de las carreteras o en las áreas circundantes a algunos basureros, como el de Lisa Lorraine Yates, de 26 años.

El perfilador del FBI, John Douglas, llegó a la conclusión de que los cuerpos eran abandonados en esas zonas debido a que el asesino pensaba en ellas como «basura humana». Tal fue el caso de Debbie May Abernathy, de 26 años.

Una nueva estrategia fue impuesta por Keppel, que cambió atención de los investigadores de la posible culpabilidad de un sospechoso hacia su posible inocencia. Esto permitió a los investigadores eliminar rápidamente a las personas bajo sospecha que tenían coartadas y concentrarse en los sospechosos probables. Pero ni eso impidió la muerte de Sandra Kay Gabbert, de 17 años, cuyo cadáver fue encontrado cubierto de basura.

Otra víctima hallada en esas semanas fue Alma Ann Smith, de 22 años. En ese lapso se halló a otras víctimas que nunca pudieron ser identificadas. La mayoría de las chicas tenían en común un historial de prostitución.

Mary Exzetta West tenía 16 años y estaba embarazada de dos meses en el momento de su desaparición. En algún momento de su vida, comenzó a dedicarse a la prostitución. El 6 de febrero de 1984, fue vista por última vez en la Avenida Rainier en Seattle, Washington. Sus restos fueron encontrados un año y medio más tarde en Seward Park.

Un importante descubrimiento se hizo en abril, cuando los restos óseos de algunas de las víctimas fueron encontrados. Se hallaron huellas de zapato cerca de los cadáveres, probablemente pertenecientes al asesino. Fue una evidencia clave que podría conectar el asesino con sus víctimas.

A mediados de abril, una psíquica, Barbara Kubik-Pattern, tuvo la visión de que el cuerpo de otra mujer se encontraba cerca de la Carretera Interestatal 90. Avisó a la policía, pero no le hicieron caso. Tomando el asunto en sus propias manos, ella y su hija se pusieron a buscar el cadáver. Así encontraron otro cuerpo. Después del descubrimiento, las dos mujeres se dirigieron a una zona cercana patrullada por la policía. Cuando le informaron a uno de los oficiales su descubrimiento, les pidieron que se marcharan e inclusive las amenazaron con ser detenidas por obstrucción a la vigilancia.

Enfurecida, Kubik-Pattern informó a los periodistas sobre su descubrimiento. Los agentes no tuvieron más remedio que acercarse a ella mientras hablaba con la prensa y le pidieron que les mostrara el cadáver. Sólo así la policía se enfrentó con el macabro hallazgo. Los restos, en avanzado estado de descomposición, pertenecían a Amina Agisheff, de 36 años.

Había sido vista por última vez el 7 de julio de 1982 cerca de su casa, caminando hacia su trabajo en un restaurante en el centro de Seattle. Agisheff no encajaba en el perfil de las otras víctimas. Era de una edad mayor y se trata de una camarera, no de una prostituta. Agisheff tenía una relación estable en el momento de su desaparición y era madre de dos hijos.

El 26 de mayo, dos niños que jugaban en Jovita Road, en el condado de Pierce, se sorprendieron cuando tropezaron con un esqueleto. Tras un examen médico, se descubrió que los restos eran de Colleen Renee Brockman, de 15 años de edad. Los investigadores todavía no tenían nuevas pistas sobre la identidad del asesino. Después de casi tres años, la matanza criminal continuaba.

Tras el descubrimiento de Brockman, la serie de asesinatos pareció disminuir. En agosto de 1984, los investigadores creían que su gran oportunidad de cerrar el caso había llegado, cuando Henry Lee Lucas y Ottis Toole confesaron ser los autores de los asesinatos de Green River, mientras estaban en prisión. Pero después de extensas entrevistas con los dos prisioneros, se determinó que las confesiones eran falsas.

Varios meses después, el asesino en serie Ted Bundy se ofreció desde su celda en el Corredor de la Muerte para ayudar a Keppel y al grupo de trabajo a encontrar a su hombre. Bundy poseía una rara visión de primera mano sobre la mente de un asesino en serie, una oferta que no podía rechazar Keppel. Los dos hombres conversaron, sobre todo a través de cartas, donde Keppel hacía preguntas detalladas que esperaba Bundy pudiera responder.

Mucha de la información que recibió fue de gran interés para Keppel y los investigadores. Bundy sugirió que el asesino conocía a sus víctimas. Creía también que el patrón de eliminación de los cuerpos llevaba muy cerca de la casa del asesino. Ted Bundy se convirtió en uno de los asesores principales, junto a Douglas y Keppel, que contribuyeron a la realización del perfil del asesino.

Entre octubre y diciembre de 1984, se halló el cadáver de Mary Sue Bello, de 25 años, junto a la autopista 410. La cubrían unos matorrales.

Luego se encontró a Martina Theresa Authorlee, de 18 años, cerca de la misma carretera. Estaba descompuesta y cubierta por plantas.

El 10 de marzo de 1985, otro cuerpo semienterrado fue encontrado cerca de Star Lake Road. La víctima fue identificada como Carrie A. Rois, de 15 años. Había desaparecido desde el verano de 1983.

Los restos de Angela Girdner, de 15 años de edad, fueron descubiertos originalmente cerca de la Carretera Southwest Tualatin, frente al Country Club Tualatin, en abril de 1985. En el mismo lugar se encontraron los restos de Tammie Liles. No muy lejos, en la montaña, se hallaron los cadáveres de otras dos mujeres en junio de 1985.

A mediados de junio, un hombre encontró dos cadáveres más cerca de Tigard, Oregon. Una era Denise Darcel Bush, de 23 años. Su cadáver no tenía cabeza.

La otra era Shirley Marie Sherrill, de 19 años. Las dos jóvenes eran conocidas prostitutas en Seattle. El descubrimiento de los cuerpos confirmó el hecho de que los parámetros de «El Asesino de Green River» se habían extendido fuera del estado. Parecía como si un nuevo vertedero hubiera sido revelado.

Mientras tanto, el agente del FBI John Douglas llegó a una nueva conclusión, aunque errónea: que había dos asesinos diferentes. Para Douglas, parecía como si uno de los

hipotéticos homicidas hiciera un mayor esfuerzo para ocultar los cuerpos que el otro. Consideró que algunos de los cuerpos estaban cubiertos parcialmente o enterrados en zonas aisladas, mientras otros estaban abiertamente expuestos a la detección. Aunque la hipótesis podría ser plausible, no había sospechosos que la confirmasen.

Pese al constante hallazgo de cadáveres, el caso se había enfriado y no existían posibles sospechosos que pudieran estar relacionados con cualquiera de los asesinatos. En el invierno, aparecieron los restos de Mary Exzetta West, hallados en una zona boscosa en Seward Park en Seattle. La presión aumentó hacia el grupo de investigadores por su incapacidad para capturar al asesino después de más de tres años de continuos crímenes.

Luego apareció el resto del cadáver de Kimi-Kai Pitsor, cuyo cráneo había sido hallado semanas atrás cerca del Cementerio Mountain View; estaba en una barranca, a poca distancia del sitio del primer hallazgo. Junto con ella encontraron a una mujer blanca, no identificada, cuya edad se calculó entre 14 y 19 años. El aspecto inusual fue que los restos de Pitsor (primero la cabeza y luego el cuerpo) habían sido encontrados en dos lugares diferentes.

Era posible que un animal hubiese arrastrado la cabeza en algún momento después de la muerte; sin embargo, no existían indicios de que esto hubiera ocurrido. La policía creía que había sido obra del asesino. Los investigadores no estaban seguros de los motivos para dividir el cuerpo entre dos ubicaciones diferentes, así que especularon que lo hizo para provocar a la policía o confundir la investigación.

En febrero de 1986, el Grupo de Trabajo de Green River pareció obtener el descanso que había estado esperando. Un hombre descrito por los investigadores como una «persona de interés» fue llevado a la comisaría de policía. El evento recibió una gran atención de los medios. Un agente del FBI y el detective Jim Doyon fueron ampliamente cuestionados respecto al nuevo sospechoso. Sin embargo, en poco tiempo se dieron cuenta de que no era el hombre que estaban buscando. Poco después, fue puesto en libertad.

Durante este tiempo, el público se hizo cada vez más consciente de la falta de resultados. Durante meses, hubo varios sospechosos detenidos y cada uno de ellos demostró no tener relación con los asesinatos. La indignación pública y el miedo llegaron a un punto álgido. Los medios se referían al Grupo de Trabajo de Green River como una mala broma. Muchos ciudadanos salieron a las calles a protestar contra la ineptitud de los investigadores y de la policía.

Para empeorar las cosas, en el verano los restos de tres mujeres más fueron descubiertos cerca de la Carretera Interestatal 90, al este de Seattle. Primero encontraron a Maureen Sue Feeney, de 19 años.

Luego hallaron a Kimberly L. Nelson, de 26 años, y a otra joven que nunca fue identificada. Feeney fue la única de las tres que los investigadores vincularon con la prostitución.

A finales de 1986, el personal se había reducido en un 40 % y Adamson fue reasignado a otro proyecto. El capitán James Pompeyo se convirtió en el nuevo líder. Pompeyo inmediatamente comenzó a reorganizar el equipo y los datos relativos a la investigación.

Dos nuevos cuerpos fueron descubiertos en diciembre. Esta vez se encontraron los cuerpos mucho más lejos de lo esperado: en un área al norte de Vancouver, Columbia Británica. Una vez más, el asesino parecía estar burlándose de los investigadores. Aún más intrigante era que los restos parciales de otras mujeres habían sido esparcidos junto a los cadáveres de las dos mujeres. A pesar de que los cuerpos fueron localizados a gran distancia de los demás, no había duda de que el trabajo era obra de «El Asesino de Green River».

Patricia Michelle Barczak nació el 7 de marzo de 1967. Poco se sabe sobre su vida. Sin embargo, antes de su desaparición, había completado estudios de gastronomía. Ella tenía la esperanza de hacer pasteles para boda. En algún momento, Patricia se involucró en la prostitución. El 17 de octubre de 1986, fue vista por última vez cerca de la Carretera Pacific South. Sus restos se encontraron cinco años y medio más tarde, junto a la autopista 18, cerca de una otra víctima.

En los primeros meses de 1987, los investigadores tenían a un nuevo sospechoso en relación con los asesinatos. Se trataba de Gary Ridgway. Había sido detenido en mayo de 1984 por solicitar los servicios sexuales a una policía encubierta que se hacía pasar por prostituta. Sin embargo, fue puesto en libertad después de haber superado con éxito la prueba de detector de mentiras.

Cuando los investigadores indagaron más profundamente en su pasado, descubrieron que había sido acusado de tratar de estrangular a una prostituta en 1980, cerca del Aeropuerto Internacional Sea-Tac. Sin embargo, Ridgway alegó legítima defensa, dijo que ella lo había agredido y fue liberado poco después.

Uno de los detectives del grupo de trabajo, Matt Haney, sospechaba de él y decidió sumergirse aún más en su pasado. Descubrió que la policía lo había detenido e interrogado en 1982, mientras se encontraba en su camioneta con una prostituta. El investigador se enteró de que la prostituta estaba en la lista de asesinatos de víctimas: era Keli Kay McGinness.

La policía de nuevo tuvo contacto con Ridgway en 1983, en relación con el secuestro de Marie Malvar. Era el dueño de la camioneta blanca y azul vista por el novio de la víctima. Haney interrogó a su segunda ex esposas **[exesposa]**, quien le contó que él a menudo frecuentaba los vertederos de basura, donde muchos de los cadáveres habían sido descubiertos. Además, varias prostitutas afirmaron haber visto a un hombre con la descripción de Ridgway entre 1982 y 1983. Él trabajaba como pintor de camiones y había faltado o pedido permiso en su trabajo en todas las fechas en que alguna víctima había desaparecido.

El 8 de abril de 1987, la policía obtuvo una orden judicial y registraron la casa del sospechoso. Según el *Seattle Times*, la policía también tomó «muestras corporales» para que pudieran compararse con las encontradas en algunas de las víctimas; eran cabellos y un hisopo con saliva. Sin embargo, no había pruebas suficientes para arrestarlo y fue liberado de la custodia policial. En ese momento, el sospechoso fue identificado públicamente como Gary Ridgway.

Unas semanas después de la liberación de Ridgway, el capitán Pompeyo murió de un ataque al corazón relacionado con un accidente de buceo. El lamentable suceso fue recogido por los medios de comunicación y se le dio un tinte sensacionalista.

Se llegó a comentar que «El Asesino de Green River» era en realidad un agente de policía que asesinó a Pompeyo, sin importar el hecho de que no había absolutamente ninguna prueba que justificara tan descabellada hipótesis. Un periódico pidió una investigación oficial sobre la «sospechosa» muerte de Pompeyo. El grupo era ahora dirigido ahora por el capitán Gregory Boyle.

En junio, tres niños tropezaron con el esqueleto parcialmente enterrado de una mujer joven, mientras buscaban latas de aluminio. La chica fue identificada como Cindy Ann Smith, de 17 años. Estaba en un barranco detrás del Green River Community College. Había estado desaparecida durante aproximadamente tres años antes de su descubrimiento.

En 1988, más cuerpos de mujeres jóvenes desaparecidas fueron descubiertos, entre ellos los de Debbie González, de 14 años, y el de Debra Lorraine Estes, de 15 años, quien había desaparecido seis años antes, tras denunciar a la policía el ataque sufrido por un hombre que conducía una camioneta.

En 1988, el descubrimiento de más de veinte cadáveres de prostitutas en San Diego condujo a la creencia de que «El Asesino de Green River» se había mudado y continuaba su carrera criminal en California. El detective Reichert y el comandante Bob Evans unieron sus fuerzas con el Departamento de Policía de San Diego, en un esfuerzo por encontrar al asesino.

En diciembre de 1988, los investigadores tenían a un nuevo sospechoso. Un hombre llamado William J. Stevens llamó la atención de la policía después de que fue denunciado por varias llamadas al popular programa televisivo *Crime Stoppers*. Stevens era un fugado de prisión. En el momento en que fue recapturado por la policía, estaba matriculado en la Universidad de Washington como un estudiante de Farmacología.

Mientras los investigadores se concentraban en el pasado de Stevens, descubrieron que ya era un sospechoso en los asesinatos de Green River. Averiguaron también que Stevens mostraba desprecio por las prostitutas y en varias ocasiones habló de asesinarlas.

Cuando los policías registraron su casa, encontraron armas de fuego, varias licencias de conducir falsas, tarjetas de crédito con nombres falsos y fotos de prostitutas desnudas. Stevens estuvo profundamente involucrado en el fraude con tarjetas de crédito y robo a mano armada, que utilizaba para sobrevivir. Sin embargo, no se encontró nada que lo vinculara con los asesinatos.

Paradójicamente, los registros de las tarjetas de crédito le proporcionaron una coartada sólida contra su participación en los crímenes. De acuerdo a los registros, Stevens estaba de viaje por todo el país durante el verano de 1982, cuando muchos de los asesinatos ocurrieron. Con el tiempo, Stevens fue absuelto de toda participación en los asesinatos de Green River.

En octubre de 1989, dos esqueletos más fueron encontrados. Una de las víctimas, identificada como Andrea M. Childers, fue hallada en un terreno baldío cerca de Star Lake y la Avenida 55 Sur. Al igual que muchas de las mujeres jóvenes encontradas, la causa de la muerte era poco clara debido al avanzado estado de descomposición.

A principios de febrero de 1990, el cráneo de Denise Bush se encontró en una zona boscosa en Southgate Park en Tukwila, Washington. El resto del cuerpo de Bush se había encontrado en Oregon cinco años antes. Una vez más, parecía como si el asesino moviera los restos en un esfuerzo para confundir a los investigadores.

Marta Reeves nació en algún momento de 1953 o 1954. Poco se supo sobre su infancia. Tenía un marido y cuatro hijos. Marta era adicta a la cocaína y se dedicaba a la prostitución. Fue vista por última vez el 6 de marzo de 1990. Sus restos fueron encontrados seis meses después, junto a la autopista 410. La hallaron cerca de otras cinco víctimas. Marta no fue incluida en la lista de posibles víctimas de «El Asesino de Green River».

La moral entre los oficiales estaba en su punto más bajo. Muchos de ellos estaban desalentados; incluso, comentaban que el asesino los había derrotado. En julio de 1991, se dieron por vencidos. El grupo de trabajo se redujo a sólo un investigador llamado Tom Jensen.

Después de nueve años, casi medio centenar de víctimas, 15 millones de dólares invertidos y una bodega con más de diez mil cajas repletas de evidencias, el grupo de investigadores había fracasado. La investigación llegó a ser conocida como el mayor caso de asesinato sin resolver del país y uno de los fracasos más estrepitosos de la policía.

Los asesinatos continuaron. Roberta Joseph Hayes nació en 1966. Cuando era niña, se escapó de casa cuando tenía sólo 12 años de edad. A los 17 años, apareció en *Streetwise*, un documental nominado al Oscar sobre niños que vivían en las calles de Seattle. Fue vista por última vez en 1987, al salir de una cárcel de Portland y regresar a Seattle. Sus restos se encontraron hasta **[en]** 1991, junto a la autopista 410, cerca de otras cinco víctimas.

Patricia Yellowrobe fue vista por última vez el 4 de agosto de 1998. No se sabe donde desapareció. Fue encontrada dos días después, la mañana del 6 de agosto, en el sur de Seattle, junto a la Carretera Des Moines Sur. Su muerte fue manejada como una sobredosis accidental. Sin embargo, en 2003 se determinó que había sido también parte de los crímenes de Green River.

El caso se mantuvo estancado durante diez años más. Seguía abierto, pero ya nadie se esforzaba en invertir en él. En abril de 2001, casi veinte años después del primer asesinato, el detective Dave Reichert, quien se había convertido en el sheriff del condado de King, empezó a rebuscar en las investigaciones de los asesinatos durante su tiempo libre. Estaba decidido a encontrar al asesino.

Pero había una gran diferencia ahora: el grupo de tareas tenía la tecnología de su lado. Los enormes avances científicos y tecnológicos ocurridos en esos años brindaban nuevas posibilidades de investigación. Reichert formó un nuevo equipo de trabajo compuesto por

seis miembros, incluidos expertos en ADN y médicos forenses, así como un par de detectives.

No pasó mucho tiempo antes de que la fuerza creciera a más de treinta personas. Una nueva generación de investigadores quería triunfar donde otros habían fracasado y resolver uno de los casos más famosos. Las miles de pruebas almacenadas años atrás fueron objeto de revisión y algunas de las muestras fueron enviados a los laboratorios para practicar nuevas pruebas.

Entre las primeras muestras que se enviaron al laboratorio se encontraban restos de semen hallados en tres víctimas asesinadas entre 1982 y 1983: Opal Mills, Marcia Chapman y Carol Christensen. Se sometieron a un método de análisis de ADN de nuevo desarrollo y se compararon con las muestras tomadas a varios sospechosos, entre ellos a Gary Ridgway, en abril de 1987.

El 10 de septiembre de 2001, Reichert recibió una noticia de los laboratorios, que conmovió al endurecido detective hasta las lágrimas. Las muestras de las víctimas coincidían con las de Gary Ridgway.

El 30 de noviembre, Ridgway fue interceptado por la policía cuando salía de la fábrica de camiones donde trabajaba. Fue arrestado y se enfrentó a cuatro cargos de homicidio agravado.

Ridgway confesó más homicidios que ningún otro asesino en serie estadounidense. Durante un período de cinco meses de entrevistas con la policía y el fiscal, confesó 48 asesinatos.

Al paso de los extensos interrogatorios, Ridgway explicó que todas las víctimas habían sido asesinadas en el interior del condado de King, Washington, y que había transportado y arrojado los restos de dos mujeres cerca de Portland para confundir a la policía.

El 5 de noviembre de 2003, Ridgway firmó una declaración de culpabilidad en 48 cargos de homicidio premeditado agravado. Hizo un acuerdo con el fiscal, en el cual accedió a revelar el paradero de algunos cadáveres que aún no habían sido descubiertos. Su trato logró que eludiera la pena de muerte y recibiera una sentencia de cadena perpetua sin libertad condicional.

El 18 de diciembre de 2003, Ridgway fue condenado a 48 penas de cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional, para ser cumplidas consecutivamente.

También fue condenado a diez años adicionales por cada una de las 48 víctimas, por manipulación de pruebas. Esto añadió 480 años más de prisión a sus 48 penas de cadena perpetua.

Ridgway condujo a los fiscales a tres cuerpos más en 2003. El 16 de agosto de ese año, se recuperaron los restos de Pammy Annette Avent cerca de Enumclaw, Washington.

Luego, a cuarenta metros de la Ruta Estatal 410, fueron recuperados en septiembre los restos de Marie Malvar y April Dawn Buttram.

El 23 de noviembre de 2005, en una zona boscosa cerca de la autopista 18 cerca de Issaquah, al sureste de Seattle, un excursionista encontró el cráneo de Tracy Ann Winston, quien tenía 19 años cuando desapareció de Northgate Mall el 12 de septiembre de 1983.

Además, se le atribuyeron más víctimas a Ridgway; entre ellas, Kristi Lynn Vorak, de 13 años.

Mientras tanto, su tercera esposa, Judith, anunció que iba a colaborar en un libro sobre él. Afirmó que su intención no era «ganar dinero», sino contar que Gary Ridgway siempre la había tratado bien, que su matrimonio de catorce años había sido un sueño hecho realidad. Él sabía cómo ser romántico, y pasaron mucho tiempo juntos. Era un buen proveedor y se mostraba sensible a sus necesidades.

Una vez que estuvo en prisión, le escribió muchas cartas pidiéndole disculpas a Judith. En comparación con los otros hombres con quienes había estado involucrada (se había casado previamente con un hombre bisexual), Ridgway era su héroe.

El 9 de febrero de 2004, los fiscales del condado hicieron públicos los registros de las confesiones de Ridgway. En una entrevista grabada, dijo a los investigadores que era responsable de la muerte de 65 mujeres.

Pero el 31 de diciembre de 2003, Ridgway afirmó haber asesinado a 71 víctimas y confesó haber tenido relaciones sexuales con ellas antes de darles muerte, un detalle que no reveló hasta después de su condena.

En su confesión, reconoció que mataba prostitutas porque eran «fáciles de capturar» y que «odiaba a la mayoría de ella **[ellas]**». También confesó que tuvo relaciones sexuales con los cadáveres de muchas de sus víctimas. Dijo que empezó a enterrarlas para **[que]** pudiera resistir la tentación de cometer necrofilia. Ridgway se olvidó de sus víctimas, nunca se aprendió sus nombres y dijo que las veía como «mujeres desechables».

Cuando el juicio terminó, Ridgway lloró cuando el padre de una de las chicas asesinadas, en lugar de increparle como hicieron los familiares de otras víctimas, le dijo que lo perdonaba.

Ridgway también escribió una carta expresando su supuesto arrepentimiento. Fue encarcelado en la Penitenciaría del Estado de Washington en Walla Walla.

Las familias de las víctimas estaban furiosas. Creían que los fiscales pedirían la pena de muerte y la negociación los molestó mucho. Además, los juristas se preguntaban: si un hombre que asesina premeditadamente a 48 mujeres no recibe la pena de muerte, ¿quién es entonces elegible para ello?

Ridgway también fue acusado del asesinato de Rebecca R. Marrero «Becky» en 2011. Actualmente se encuentra en la Penitenciaría del Estado de Washington, donde ha recibido pedidos de entrevistas por parte de distintos tipos de personas interesadas en su historia. Su caso inspiró películas, programas de televisión, libros e historietas.

ANATOLY ONOPRIENKO



Anatoly Onoprienko (en ucraniano: **Анатолій Онопрієнко**; Zhytomyr, 25 de julio de 1959 – ibídem, 27 de agosto de 2013)¹ fue un estudiante de guarda forestal y asesino en serie ucraniano. Fue conocido como Bestia de Ucrania, Terminator y Ciudadano O. Después de que la policía lo arrestara el 16 de abril de 1996, Onoprienko confesó haber matado a 52 personas.

Onoprienko tenía una estatura media, aspecto de deportista, racional, educado, elocuente,

dotado de una excelente memoria y desprovisto de piedad. Soltero, padre de un niño, reconoció haber tenido una infancia muy difícil: su madre había muerto cuando él tenía 4 años, y su padre y su hermano mayor lo habían abandonado en un orfanato. De adulto, para ganarse la vida, se había embarcado como marino y había sido bombero en la ciudad de Dneprorudnoye. Luego había emigrado al extranjero para trabajar de obrero durante ese tiempo, pero confesó que su fuente primaria de ingreso era criminal: los robos y asaltos.

Los hechos delictivos de Onoprienko empezaron a finales de los años 1980. En 1989, él junto con su socio Serhiy Rogozin robaron y mataron a nueve personas. Con la policía en su búsqueda, Onoprienko optó por abandonar el país ilegalmente para recorrer Austria, Francia, Grecia y Alemania, en dónde estuvo seis meses arrestado por robo y luego fue expulsado.

En 1995, retornó a Ucrania donde volvió a matar y a establecer una oleada de crímenes y de terror en la región de Zhytomyr. Entre el octubre de 1995 y marzo de 1996, mató a 43 personas más. La Nochebuena de 1995 se produjo el ataque a la aislada vivienda de la familia Zaichenko. El padre, la madre y dos niños muertos y la casa incendiada para no dejar huellas. Seis días después, la escena se repetía con otra familia de cuatro miembros. Hasta ocho familias fueron agredidas y asesinadas por Onoprienko durante aquellos seis meses en las regiones de Odesa, Leópolis y Dniepropetrovsk.

Y es que éste solía ser el modus operandi del asesino. Entraba a una casa poco antes del amanecer, reunía a los habitantes y mataba a los hombres con un arma de fuego y a las mujeres y a los niños con un cuchillo, un hacha o un martillo. Después, prendía fuego a la casa y si alguien tenía la mala suerte de cruzarse en su camino, también terminaba muerto. Incluso mató en su cuna a un bebé de tres meses, asfixiándolo con una almohada.

Anatoli Onoprienko siguió los pasos de “El Carnicero de Rostov” Andrei Chikatilo. Ambos mataron al mismo número de víctimas, pero son muy diferentes. Chikatilo, ejecutado en 1994, era un maniaco sexual. Sólo mataba mujeres y niños, cuyos cuerpos violaba y mutilaba. A veces se comía las vísceras. Nada de esto aparece en el expediente de Onoprienko, un ladrón que mataba para robar, con inusitada brutalidad y ligereza, pero sin las escenas del maniaco sexual. Onoprienko supera a Chikatilo por el corto periodo en que realizó su matanza: seis meses frente a doce años.

Estas matanzas incitaron a la segunda investigación delictiva más grande y complicada en la historia ucraniana después de la iniciada para la detención de Andrei Chikatilo. El gobierno ucraniano envió una buena parte de la Guardia Nacional con la misión de velar por la seguridad de los ciudadanos y movilizó a más de 2000 investigadores de las policías federal y local.

Los policías empezaron a buscar a un personaje itinerante y elaboraron una lista en la que figuraba un hombre que viajaba frecuentemente por el sudoeste de Ucrania para visitar a su novia. El perfil del asesino correspondía a un personaje itinerante por la zona sur del país.

En marzo de 1996, el Servicio de Seguridad de Ucrania (SBU) detuvo al joven de 26 años Yury Mozola como sospechoso de los asesinatos. Durante seis días, los miembros de seguridad torturaron al detenido mediante fuego y cargas eléctricas. Mozola se negó a confesar los hechos y murió en medio de la tortura. Siete responsables de la muerte fueron encarcelados por ello.

Al fin, todas las sospechas fueron cayendo hacia Onoprienko. Las pruebas definitivas las hallaron en el apartamento de su novia y su hermano, encontraron una pistola robada y 122 objetos pertenecientes a las víctimas. Cuando la policía le pidió los documentos en la puerta de su casa, Onoprienko no les quiso facilitar la tarea, e hizo un esfuerzo vano por conseguir un arma y defenderse.

Cuando fue apresado, confesó inmediatamente ocho crímenes perpetrados entre 1989 y 1995. Aunque negó el resto de asesinatos, muy pronto admitió que su lista ascendía a 52 en seis años de cacería. Pero no se arrepentía de ninguno de sus actos. En un momento determinado de la investigación, el acusado afirmó que oía una serie de voces en su cabeza de unos “dioses extraterrestres” que lo habían escogido por considerarlo “de nivel superior” y le habían ordenado llevar a cabo los crímenes. También aseguró que poseía poderes hipnóticos y que podía comunicarse con los animales a través de la telepatía, además de poder detener el corazón con la mente a través de unos ejercicios de yoga.

El 23 de noviembre de 1998, se iniciaba en Zhytomyr el juicio. En la sala se contraponía los gritos de un público enloquecido que reclamaba la cabeza del acusado con la calma de Onoprienko. El asesino seguía sin arrepentirse de ninguno de sus crímenes.

El juicio fue uno de los más complejos y costosos de la historia de la justicia ucraniana. Más de 400 testigos y centenares de especialistas pasaron por el estrado. El peritaje médico lo ha calificado como perfectamente cuerdo que puede y debe asumir las consecuencias de sus actos. Él mismo se definía como un “ladrón” que mataba para robar. La acusación pidió pena de muerte para Onoprienko. Incluso, el presidente ucraniano, Leonid Kuchma, dio explicaciones al Consejo de Europa para violar en este caso la

moratoria de ejecución de la pena de muerte que su país mantiene desde marzo de 1997. Finalmente, se le declaró culpable; sin embargo, la pena de muerte le fue conmutada por cadena perpetua, hasta el 18 de septiembre de 2011, cuando fue liberado bajo fianza.

Falleció en la cárcel de Zhytomyr el 27 de agosto de 2013, a los 54 años, a consecuencia de un ataque al corazón.

Anatoli Onoprienko, un asesino en serie ucraniano que mató a 52 personas, falleció en prisión de un ataque al corazón, informaron hoy las autoridades penitenciarias de Ucrania.

El asesino, que cumplía cadena perpetua en la cárcel de Zhitomir, en el noroeste de Ucrania, tenía 54 años, y se hallaba en prisión desde 1996, el año en que fue detenido.

Una fuente de ese centro penitenciario citada por el digital Komsolmólskaya Pradva v Ukraine indicó que presidiario tenía problemas cardíacos desde hace tiempo.

Onoprienko, conocido como la Bestia de Ucrania, Terminator y Ciudadano O, fue condenado a pena de muerte el 1 de abril de 1999, la que fue conmutada por cadena perpetuada.

A sus 52 víctimas las asesinó entre 1989 y 1996: a nueve, entre el 14 de junio y el 16 de agosto de 1989, y a las otras 43, entre el 5 de octubre de 1995 y el 22 de marzo de 1996.

“Es mejor que me maten, porque cuando salga seguiré matando gente”, dijo el asesino en una entrevista desde prisión.

Onoprienko explicó que había recibido una “orden de fuerzas superiores” para realizar tres series de asesinatos: la primera (9 asesinatos) contra el comunismo; la segunda (40) contra el nacionalismo y la tercera (360, que no llegó a cometer) contra el sida, la peste del siglo XX.

“Soy el mejor asesino del mundo”, así alardeaba Anatoly Onoprienko en el juicio que le iba a condenar por matar a 52 personas entre 1989 y 1996. El ucraniano Onoprienko, conocido como La bestia de Ucrania o Terminator, falleció el martes en la cárcel debido a un ataque al corazón. “La gente no aprecia la vida. Es necesario que contemple el horror. Yo soy el horror que empuja a la gente a vivir de otra manera”, justificaba el asesino en serie su desmesurada expresión de violencia.

Pero lo cierto es que el móvil de Onoprienko para matar era el dinero. Robaba en las casas de sus víctimas y para evitar ser reconocido liquidaba a todos los presentes y prendía fuego al domicilio para eliminar las huellas. Una forma totalmente animal de proceder, carente por completo de cualquier escrúpulo o sentimiento. Confesó 52 asesinatos, 10 de ellos niños, algunos solo eran bebés que asfixió en la cuna.

Como la mayoría de los asesinos en serie, Onoprienko (Zhytomyr, Ucrania, 1959) tuvo una infancia complicada. Su madre murió cuando era niño y su padre lo abandonó en un orfanato. Desde muy joven empezó a delinquir para ganarse la vida y en 1989 dio un paso más al concluir sus robos con el asesinato de las víctimas. Ese año acabó con la vida de nueve personas y con la policía detrás decidió abandonar Ucrania. Recorrió parte de Europa y llegó a estar encarcelado seis meses en Alemania antes de ser expulsado.

Ya en su país de origen, Onoprienko emprendió una atroz carrera delictiva. En solo seis meses, de octubre de 1995 a marzo de 1996, asesinó a 43 personas y perpetró numerosos robos.

Su modus operandi solía ser siempre el mismo: asaltaba una casa medianamente aislada, reunía a los residentes en una misma habitación, mataba a tiros a los hombres y utilizaba cuchillos y hachas para acabar con las mujeres y niños. Para rematar su faena, a veces prendía fuego a la casa para que no quedase rastro de su presencia. Todo un ritual del horror para conseguir un botín consistente en algo de dinero en metálico y unos pocos objetos de valor.

Ante tales demostraciones de violencia la sociedad ucraniana entró en pánico y el Gobierno movilizó miles de efectivos para dar con el autor de los crímenes. El caso recordó al de Andrei Chikatilo, el carnicero de Rostov, otro psicópata ucraniano que mató a 53 personas en los años ochenta y que fue ejecutado en 1994. Pero los dos asesinos solo tenían en común su origen y el número de víctimas mortales. El móvil de Chikatilo era sexual, violaba, desmembraba y, en ocasiones, devoraba partes de sus víctimas, por lo general niños y niñas.

Onoprienko fue capturado en abril de 1996, pero antes la policía ucraniana detuvo a un sospechoso llamado Yury Mozola, que fue sometido a tortura para que confesase los crímenes. Mozola no confesó y falleció a causa de los brutales interrogatorios. Tras este descomunal error, las fuerzas de seguridad afinaron más y dieron con Onoprienko, que fue detenido en el domicilio de su novia, donde también se hallaron numerosos objetos personales de las víctimas.

El juicio, iniciado a finales de 1998, fue todo un acontecimiento en Ucrania. El acusado vertió todo un surtido de argumentos delirantes: “Soy el diablo”, “Estaba contratado por los servicios secretos”... Sus declaraciones sembraron la duda sobre si estaba loco o se lo hacía, pero finalmente fue declarado cuerdo y se estimó que sabía perfectamente lo que hacía.

Onoprienko, que en todo momento se mostró imperturbable y nunca mostró arrepentimiento, fue condenado a la pena de muerte, aunque finalmente le sería conmutada por la cadena perpetua, lo que frustró el último deseo del asesino: “Que me ejecuten en la plaza pública, será mi obra final”.

El 16 de Abril de 1996 la policía detiene a Anatoly Onoprienko, de 37 años, antiguo estudiante forestal, marino y paciente mental ambulatorio, acabando con la peor carrera asesina de Ucrania.

Anatoly, nativo de Zhitomir, fue arrestado en casa de su amante donde tenía un arma del calibre 12 usada en 40 asesinatos. También tenía joyas y equipos de vídeo que pertenecían a algunas de sus víctimas.

Mientras estaba detenido confesó haber cometido 8 asesinatos entre 1989 y 1995. Al principio negó otros cargos, pero pronto admitió ser el apodado “Terminator” que acabó con la vida de 52 personas en una carrera asesina de 6 años.

Su locura asesina comenzó en 1989, cuando él y su cómplice Serhiy Rogozin robaron y mataron a 9 personas.

Muchas de las víctimas vivían en pueblos remotos en la región de Lvov cerca de la frontera con Polonia. Su rastro de sangre llegó al clímax en una carrera asesina de 3 meses en la que mató a más de 40 personas en los pueblos ucranianos de Bratkovichi y Busk.

Se generó tal clima de pánico en los dos pueblos que se movilizó a una división armada y miembros del ejército patrullaban por las calles. Intentando poner fin a las muertes, la policía impuso un cordón de seguridad alrededor de Bratkovichi. Para su desgracia, “Terminator” se trasladó a pueblos cercanos donde continuó con sus asesinatos en serie.

Los asesinatos seguían un patrón. “Terminator” elegía casas solitarias en las afueras de los pueblos. Entraba en las casas antes del atardecer, reunía a la familia y les disparaba a todos, niños incluidos, desde muy cerca con su escopeta del calibre 12. Entonces abandonaba el lugar y mataba a quién se cruzara en su camino durante su huida. Con frecuencia robaba las cosas de valor que tuvieran sus víctimas y a veces esparcía fotos de la familia por el suelo.

La policía detuvo a Onoprienko en el apartamento de su querida en abril de 1996, después de realizar una caza nacional del asesino.

El 23 de Noviembre de 1998, el juicio contra Onoprienko comenzó en la ciudad de Zhytomyr, a 130 kilómetros al oeste de Kiev.

El acusado afirmó que se sentía como un robot conducido durante años por una fuerza oscura, y argumentó que no se cansaría hasta que las autoridades determinaran el origen de esa fuerza.

Antiguo estudiante forestal, marinero y soldado, Anatoly afirmó que su madre murió cuando tenía 4 años y su padre y su hermano lo entregaron en un orfanato cuando tenía 7, y que había oído voces que le decían que cometiera los asesinatos.

Vestido con zapatillas, una chaqueta grande y un gorro de lana, Onoprienko se sentó tranquilamente dentro de una celda metálica rodeado por la policía, exudando arrogancia y aburrimiento.

Cientos de personas apiñadas con sus abrigos y sus gorros de piel en la gélida sala del juicio estaban muy enfadadas por su comportamiento. “Déjennos llevarlo aparte” gritaba un pensionista al final de la sala al principio de que comenzara su declaración, su voz temblaba de emoción, “no se merece que le disparen. Necesita morir de una forma lenta y agonizante”.

En entrevistas previas Onoprienko divagó interminablemente sobre la CIA y la Interpol, poderes desconocidos y futuras revelaciones.

Sentado en su celda el asesino en serie ucraniano contó a la agencia Reuters y a los periódicos regionales: “No me he arrepentido de nada y no me arrepiento ahora”.

En su extraña y emocional entrevista que duró más de una hora añadió que fuerzas cósmicas planean destruir a la humanidad y reemplazarla por “biorobots”. Con sus carceleros sentados en un corredor en un sofá verde, Onoprienko miró a sus entrevistadores a los ojos y les habló de una forma intensa, rápidamente, a veces incluso con fiereza, de su más reciente descubrimiento, tenía especiales poderes telepáticos.

Afirmando que tenía poderes hipnóticos y diciendo que tenía información que “nadie, ni el presidente, tenía acceso, dijo que había recibido permiso para matar”, pero no dijo lo que le condujo a destruir a sus víctimas. “Quiero a todo el mundo y quiero a los que mato. Miro a esos niños que asesiné a los ojos y sé que tenía que hacerlo” dijo. “Para Vds. son 52 asesinatos, pero para mi es ley”, dijo que podría haber estado preparado para matar a su propio hijo.

Durante el juicio, tuvo muy poco que decir. A la pregunta de si le gustaría añadir algo él se encogió de hombros, lentamente se acercó al micrófono y dijo: “no, nada”.

Al informarle de sus derechos legales para seguir los procedimientos de la corte, él gruñó: “es vuestra ley, me considero un rehén”. Al preguntarle que dijera su nacionalidad, dijo: “ninguna”. Cuando el Juez Dimitry Lipsky dijo que eso era imposible, Onoprienko volvió sus ojos y replicó: “bien, de acuerdo con los oficiales de las fuerzas de la ley, soy ucraniano”.

Onoprienko permaneció completamente en silencio durante el juicio, sin embargo concedió numerosas entrevistas a los medios de comunicación.

El diario Fakty publicó una larga entrevista con el Ciudadano O., desde su celda en la ciudad central de Zhytomyr en la que el terminator de 39 años le citó y dijo: “naturalmente preferiría la pena de muerte. No me interesa para nada relacionarme con la gente. Les he traicionado”. El asesino añadió que estaba impactado por la indiferencia de la gente con sus crímenes. Al cometer una matanza con sus víctimas en un pueblo, “la gente gritaba tan alto que se les podía escuchar en los pueblos vecinos, pero nadie vino a ayudarles. Todos se escondieron como ratones”.

El 12 de febrero de 1999 la corte ucraniana decidió que Anatoli Onoprienko era mentalmente competente y que se le podía cargar con la responsabilidad de sus crímenes. La corte regional de Zhytomyr dijo que Onoprienko “no sufría ninguna enfermedad psiquiátrica, es consciente y controla las acciones que comete, y no requiere de ningún examen psiquiátrico extra”.

Con el último examen psiquiátrico mostrando la salud mental de Onoprienko, fue condenado y sentenciado a muerte. Pero no fue ejecutado porque Ucrania se ha comprometido como miembro del Consejo de Europa a suspender la pena capital.

Vestido con el mismo chandal y un parduzco abrigo, Onoprienko se negó a hablar durante los tres meses que duró el juicio.

A Sergei Rogozin se le acusó de ser cómplice en los primeros 9 asesinatos, pero de ser completamente inocente en los demás.

Curiosamente, los primeros días del juicio atrajeron a un gran número de espectadores. Sin embargo, cuando el 3 de marzo de 1999 Yuri Ignatenko pidió la pena de muerte para Onoprienko, la sala estaba prácticamente vacía.

“Mi defendido está en los cuarenta privado del amor de su madre, y el cariño es necesario para la formación de un hombre realmente”, dijo el abogado de Onoprienko Ruslan Moshkovsky a la corte.

Según el fiscal Ignatenko “las sospechas de ser espiado, las voces, la influencia de los más altos poderes, ... son la simulación de una enfermedad mental”.

Los fiscales añadieron que los motivos de Onoprienko descansan en su propia violenta naturaleza, no clarificada debido a lo que él llamó la incompetencia de las fuerzas policiales. “En cada sociedad ha habido y hay gente que debido a su naturaleza innata pueden matar, y hay otros que nunca lo harán”, añadió.

Dos semanas después de la sentencia, Onoprienko concedió una entrevista a Mark Franchetti, un periodista del London Times:

Les llevó a los guardias ucranianos dos minutos enteros el cerrar la fuerte puerta de metal de la pequeña celda de Anatoly Onoprienko. Incluso el más tosco de los guardias del corredor de la muerte en la prisión del siglo XIX, a 80 millas al oeste de Kiev, es cauteloso con Onoprienko y no quieren correr ningún riesgo. Se asoman a través de una estrecha mirilla en la puerta y uno le grita que se levante de cara a la pared con las manos a la espalda.

Anatoly Ivanuk, el delegado del gobernador en la prisión, revisó meticulosamente el corredor de fuera antes de dar la orden de abrir el último cerrojo. Lentamente se abrió la puerta. Onoprienko, una vez que se declaró a su amiguita con un anillo del dedo que le había cortado a una de sus víctimas unas pocas horas antes, estaba preparado para conceder una audiencia.

Tres años antes de su arresto, después de la mayor caza al asesino que nunca se había organizado en Ucrania, Onoprienko no mostró ningún tipo de remordimiento al describir como asesinó a familias completas con toda su sangre fría, apaleando a los niños y violando a las mujeres después de dispararlas en la cara. Todavía desafiante, el ciudadano O. se sintió orgulloso de lo que él llamaba su “profesionalidad” en sus crímenes. Muy complacido por su notoriedad, frecuentemente me miraba con fijación, intentando que desviara mi mirada mientras insistía que era una buena persona y que era un gran amante sensible de la música.

“La primera vez que maté, disparé a un ciervo en el bosque”, dijo, en un tono monótono, como si estuviera leyendo su currículum vitae, “tenía 20 años y me sentí muy compungido cuando lo vi muerto. No sé por qué lo hice, y lo siento. Nunca volví a sentir lo mismo”.

“Para mí matar a personas es como desgarrar un edredón”, dijo con sus ojos a trozos azules fijados en mí. “Hombres, mujeres, ancianos, niños, todos son iguales. Nunca he sentido pena de los que he matado. Ni amor, ni odio, solo ciega indiferencia. No los veía como personas, sólo masas”.

Los crímenes de Onoprienko han causado tal repulsión en Ucrania, sin embargo, que el presidente ucraniano está considerando elevar una moratoria temporalmente sobre la pena de muerte que se le impuso en Marzo de 1997, de acuerdo con las reglas del Consejo de Europa, para ejecutarle. La alternativa, conmutar la sentencia del asesino en serie por 20 años en la cárcel, sería un ultraje para muchos ucranianos.

En una ocasión una niña que estaba acurrucada en su cama se le enfrentó, suplicando. Le había visto matar a sus padres. “Unos segundos después le aplasté la cabeza, le ordené que me enseñara donde guardaban el dinero”, dijo. “Me miró con enfado, desafiándome y dijo, “no, no lo haré.” Fue increíble su fortaleza. Pero no sentí nada”.

Asaltaba casas en las afueras de los pueblos, disparando a los adultos y golpeando a los niños con objetos metálicos. Robaba dinero, joyas, equipos estéreo y cualquier otro artículo, y después incendiaba las casas.

“Se conduce con extrema crueldad” dijo Dimitri Lipski, el juez que le sentenció, examinando detenidamente las fotos de los crímenes de Onoprienko. “No le preocupa nada, sólo él mismo. Es egocéntrico y se tiene en alta estima”.

En la caza del asesino estuvieron más de 2.000 policías y más de 3.000 soldados, lo que llevó al fin a la caza de Onoprienko en Abril de 1996 en casa de su amiguita cerca de la frontera polaca gracias a un anónimo. Los investigadores creen que el total de sus víctimas asciende a más de 52, debido a hubo un gran intervalo de tiempo entre asesinatos cuando vagó ilegalmente por muchos países europeos.

“Para mí era como cazar. Cazar a personas”, meditó Onoprienko con una irónica sonrisa al entregarme su autógrafo escrito en la parte de atrás de una revista.

“Estaba sentado, aburrido, sin nada que hacer. Y de repente, esta idea se me metió en la cabeza. Hubiera hecho cualquier cosa por sacarla de mi cabeza, pero no pude. Era más fuerte que yo. Así que cogía mi coche o cogía un tren y salía a matar.”

Las primeras víctimas de Onoprienko fueron una pareja que estaba al lado de su Lada en una carretera. “Sólo los disparé. No es lo que me da placer, pero sentí esa urgencia. Desde entonces, fue casi como un juego de marcianitos”.

Dijo que no conseguía placer con el hecho de matar. “Los cadáveres son desagradables, dijo con aversión. Apestan y dan malas vibraciones. Una vez maté a 5 personas y me senté en el coche con sus cuerpos durante dos horas sin saber que hacer con ellos. El olor era insoportable.”

Según algunos expertos dicen que el hecho de haber crecido sin padres y de que su hermano mayor le hubiera entregado a un orfanato es la pista para entender la destrucción de familias completas. Extrañamente su época más viciosa coincide con el momento en que se fue a vivir con la mujer con la que intentó casarse y con su hijo, con el que, según dijo ella, era siempre encantador.

Onoprienko, sin embargo, afirmaba que estaba poseído. “No soy un maníaco”, dijo, sin lugar a dudas “si lo fuera, me habría tirado contra ti y te hubiera matado aquí mismo. No,

no es tan simple. He sido conducido por una fuerza suprema, algo telepático o cósmico que me ha conducido así.”

“De hecho quise matar al hermano de mi primera mujer porque la odiaba. Realmente quise matarla, pero no pude porque no recibí la orden. La esperé todo el tiempo, pero no vino”.

“Soy como un conejo de laboratorio. Una parte de un experimento para probar que el hombre es capaz de matar y aprender a vivir con sus crímenes. Para mostrar que puedo hacerle frente, que puedo soportar cualquier cosa, olvidar todo”.

Onoprienko fue inflexible y no quiso apelar a Kuchma para que le conmutara su sentencia. En vez de ello, insistió que debería ser ejecutado. Repentinamente animado, su discurso fue rápido. “Si alguna vez me sueltan, empezaré a matar de nuevo”, dijo. “Pero esta vez será peor, 10 veces peor. El deseo está aquí.”

“Aprovechen esta oportunidad porque estoy siendo preparado para servir a Satán. Después de todo lo que he aprendido aquí, no tengo competidores en mi campo. Y si no me matáis escaparé de esta cárcel y lo primero que haré será encontrar a Kuchma y le colgaré de un árbol por los testículos”. Este fue el momento en el que tuvo que partir.

“No hay mejor asesino en el mundo que yo. No me arrepiento de nada, y, si pudiera, sin duda volvería a hacerlo...”

El pasado lunes 23 de noviembre de 1998, se iniciaba en la ciudad de Zhitomir (ex Unión Soviética) el juicio de un ucraniano acusado de haber asesinado a 52 personas, ante la celosa mirada de un público enloquecido que reclamaba la cabeza del acusado. Su calma contrastaba con la emoción de todos los presentes en la sala, en su mayoría jóvenes.

Después de confesar en una declaración entregada a la prensa por su abogado antes de la apertura del juicio, que no se arrepentía de ninguno de los crímenes que había cometido, Anatoli Onoprienko respondía dócilmente a las preguntas del juez, reconociendo haber asesinado a 42 adultos y 10 niños entre 1989 y 1996.

La acusación ha pedido la pena de muerte, cuyo mantenimiento apoyan tres de cada cuatro ucranianos, según las encuestas, pero el verdadero problema en este complicado juicio, es impedir que el público linche al acusado.

Complicado por su envergadura y duración (más de 400 testigos y por lo menos tres meses de declaraciones por delante), por sus gastos, pero también por la tensión que se respira entre los familiares de las víctimas, obligados a pasar cada día por un arco detector de metales, algo no tan corriente en ese país, mientras el acusado, encerrado en una jaula metálica, está prudentemente separado de las iras del público...

Las autoridades le describen como el asesino más terrible de la historia en Ucrania y de la antigua Unión Soviética, mientras que las familias de las numerosas víctimas lo califican de “animal”, “ser monstruoso” y “bestia demoníaca”.

Los hechos se producían entre octubre de 1995 y marzo de 1996. En aquellos seis meses, la región de Zhitomir vivió aterrorizada por una serie de 43 asesinatos que Onoprienko había ido sembrando.

La Nochebuena de 1995 se produjo el ataque a la aislada vivienda de la familia Zaichenko. El padre, la madre y dos niños muertos y la casa incendiada para no dejar huellas fue el precio de un absurdo botín formado por un par de alianzas, un crucifijo de oro con cadena y dos pares de pendientes. Seis días después, la escena se repetía con otra familia de cuatro miembros.

Víctimas de Onoprienko aparecieron también aquellos seis meses en las regiones de Odesa, Lvov y Dniepropetrovsk.

Estas matanzas incitaron a la segunda investigación delictiva más grande y complicada en la historia ucraniana (la primera había sido la de su compatriota Chikatilo). El gobierno ucraniano envió una buena parte del Guardia Nacional con la misión de velar por la seguridad de los ciudadanos, y, como si el despliegue de una división militar entera para combatir a un solo asesino no fuera bastante, más de 2000 investigadores de la policía federal y local. Los policías empezaron a buscar a un personaje itinerante y elaboraron una lista en la que figuraba un hombre que viajaba frecuentemente por el sudoeste de Ucrania para visitar a su novia.

Con la policía tras su pista, Onoprienko puso tierra de por medio en 1989 abandonando el país ilegalmente para recorrer Austria, Francia, Grecia y Alemania, en dónde estaría seis meses arrestado por robo y luego sería expulsado.

De regreso a Ucrania sumó a los nueve otros 43 asesinatos, y poco después, ante las pruebas encontradas por los agentes en los apartamentos de su novia y su hermano (una pistola robada y 122 objetos pertenecientes a las víctimas), hallaron una razón para arrestarlo. Cuando la policía le pidió los documentos en la puerta de su casa, Onoprienko no les quiso facilitar la tarea, e hizo un esfuerzo en vano por conseguir un arma y defenderse. Cuando los policías por fin lo detuvieron, Onoprienko se sentó silenciosamente cruzando los brazos y les dijo sonriendo: “Yo hablaré con un general, pero no con ustedes,”. Aún así, no le quedó más remedio que confesar sus crímenes y dejar que éstos le arrestasen.

En su declaración al juez, aparecerían otros nueve cadáveres cosechados a partir de 1989 en compañía de un cómplice, Sergei Rogozin (quien también compadecería en el juicio)...

Anatoli Onoprienko ha seguido los pasos del legendario Andrei Chikatilo. Ambos mataron al mismo número de víctimas, pero son muy diferentes. Chikatilo, ejecutado en 1994, era un maníaco sexual. Sólo mataba mujeres y niños, cuyos cuerpos violaba y mutilaba. A veces se comía las vísceras. Nada de esto aparece en el dossier de Onoprienko, un ladrón que mataba para robar, con inusitada brutalidad y ligereza, pero sin las escenas del maníaco sexual. Onoprienko supera a Chikatilo por el corto periodo en que realizó su matanza: seis meses frente a doce años.

Cuando ejecutaba a sus víctimas, el asesino seguía un mismo ritual: elegía casas aisladas, mataba a los hombres con un arma de fuego y a las mujeres y a los niños con un cuchillo,

un hacha o un martillo. No perdonaba a nadie, después de sus asesinatos cortaba los dedos de sus víctimas para sacarles los anillos, o a veces quemaba las casas. Incluso mató a un bebé de tres meses en su cuna, asfixiándolo con una almohada.

Onoprienko, de 39 años, estatura media, aspecto de deportista, racional, educado, elocuente, dotado de una excelente memoria y desprovisto de piedad. Soltero de 39 años, padre de un niño, reconoció haber tenido una infancia muy difícil: su madre había muerto cuando él tenía 4 años, y su padre y su hermano mayor lo habían abandonado en un orfanato. De adulto, para ganarse la vida, se había embarcado como marino y había sido bombero en la ciudad de Dneprorudnoye (dónde su ficha laboral le describe como un hombre “duro pero justo”). Luego había emigrado al extranjero para trabajar de obrero durante ese tiempo, pero confesó que su fuente primaria de ingreso era crimen los robos y asaltos.

El peritaje médico lo ha calificado como perfectamente cuerdo que puede y debe asumir las consecuencias de sus actos. Él mismo se define como un “ladrón” que mataba para robar: “Mataba para eliminar a todos los testigos de mis robos”.

Por este motivo puede ser condenado a la pena capital por crímenes premeditados con circunstancias agravantes. El presidente ucraniano, Leonid Kuchma, dijo que dará explicaciones al Consejo de Europa para violar en este caso la moratoria de ejecución de la pena de muerte que su país mantiene desde marzo de 1997.

Gracias al convenio con el Consejo de Europa, 81 penas de muerte dictadas últimamente en Ucrania no se han ejecutado. La declaración del presidente Kuchma anuncia que se va a hacer una excepción con Onoprienko.

En un momento determinado de la investigación, el acusado afirmó que oía una serie de voces en su cabeza de unos “dioses extraterrestres” que le habían escogido por considerarlo “de nivel superior” y le habían ordenado llevar a cabo los crímenes. También aseguró que poseía poderes hipnóticos y que podía comunicarse con los animales a través de la telepatía, además de poder detener el corazón con la mente a través de unos ejercicios de Yoga.

¿Enfermo mental o maniaco homicida? Lo primero podría declararlo inimputable, y lo segundo, condenarlo a la pena capital... el juicio, actualmente en curso, parece seriamente complicado.

Los psiquiatras sin embargo han diagnosticado que el hombre está perfectamente “cuerdo” y la mayoría quieren que pague por los homicidios. El mismo Onoprienko resumía así la filosofía de su carnicería: “Era muy sencillo, los veía de la misma forma en que una bestia contempla a los corderos”.

El lunes 23 de noviembre de 1998, se iniciaba en la ciudad de Zhitomir (ex Unión Soviética), el juicio de un ucraniano acusado de haber asesinado a 52 personas, ante la celosa mirada de un público enloquecido que reclamaba la cabeza del acusado. Su calma contrastaba con la emoción de todos los presentes en la sala, en su mayoría jóvenes.

Después de confesar en una declaración entregada a la prensa por su abogado antes de la apertura del juicio, que no se arrepentía de ninguno de los crímenes que había cometido,

Anatoli Onoprienko respondía dócilmente a las preguntas del juez; reconoció haber asesinado a 42 adultos y 10 niños, entre 1989 y 1996.

La parte acusadora ha pedido la pena de muerte, cuyo mantenimiento apoyan tres de cada cuatro ucranianos, según las encuestas, pero el verdadero problema en este complicado juicio, es impedir que el público linche al acusado. Complicado por su envergadura y duración (más de 400 testigos y por lo menos tres meses de declaraciones por delante), por sus gastos, pero también por la tensión que se respira entre los familiares de las víctimas, obligados a pasar cada día por un arco detector de metales, algo no tan corriente en ese país, mientras el acusado, encerrado en una jaula metálica, está prudentemente separado de la ira del público...

Las autoridades le describen como el asesino más terrible de la historia en Ucrania y de la antigua Unión Soviética, mientras que las familias de las numerosas víctimas lo califican de “animal”, “ser monstruoso” y “bestia demoníaca”.

Los hechos se producían entre octubre de 1995 y marzo de 1996. En aquellos seis meses, la región de Zhitomir vivió aterrorizada por una serie de 43 asesinatos que Onoprienko había ido sembrando. La Nochebuena de 1995 se produjo el ataque a la aislada vivienda de la familia Zaichenko. El padre, la madre y dos niños muertos y la casa incendiada para no dejar huellas fue el precio de un absurdo botín formado por un par de alianzas, un crucifijo de oro con cadena y dos pares de pendientes. Seis días después, la escena se repetía con otra familia de cuatro miembros. Víctimas de Onoprienko aparecieron también durante aquellos seis meses en las regiones de Odesa, Lvov y Dniepropetrovsk.

Estas matanzas incitaron a la segunda investigación delictiva más grande y complicada en la historia ucraniana (la primera había sido la de su compatriota Chikaitlo). El gobierno ucraniano envió una buena parte de la Guardia Nacional con la misión de velar por la seguridad de los ciudadanos y, como si el despliegue de una división militar entera para combatir a un solo asesino no fuera bastante, más de 2000 investigadores de las policías federal y local.

Los policías empezaron a buscar a un personaje itinerante y elaboraron una lista en la que figuraba un hombre que viajaba frecuentemente por el sudoeste de Ucrania para visitar a su novia.

Con la policía tras su pista, Onoprienko puso tierra de por medio en 1989 y abandonó el país ilegalmente para recorrer Austria, Francia, Grecia y Alemania, en dónde estaría seis meses arrestado por robo y luego sería expulsado.

De regreso a Ucrania sumó a los nueve otros 43 asesinatos, y poco después, ante las pruebas encontradas por los agentes en los apartamentos de su novia y su hermano (una pistola robada y 122 objetos pertenecientes a las víctimas), hallaron una razón para arrestarlo. Cuando la policía le pidió los documentos en la puerta de su casa, Onoprienko no les quiso facilitar la tarea, e hizo un esfuerzo vano por conseguir un arma y defenderse. Cuando los policías por fin lo detuvieron, Onoprienko se sentó silenciosamente cruzando los brazos y les dijo sonriendo: “Yo hablaré con un general, pero no con ustedes”. Aun así, no le quedó más remedio que confesar sus crímenes y dejar que aquellos le arrestasen.

En su declaración al juez, aparecerían otros nueve cadáveres cosechados a partir de 1989 en compañía de un cómplice, Sergei Rogozin, (quien también comparecería en el juicio).

Anatoli Onoprienko siguió los pasos del legendario Andrei Chikatilo. Ambos mataron al mismo número de víctimas, pero son muy diferentes. Chikatilo, ejecutado en 1994, era un maniaco sexual. Sólo mataba mujeres y niños, cuyos cuerpos violaba y mutilaba. A veces se comía las vísceras. Nada de esto aparece en el expediente de Onoprienko, un ladrón que mataba para robar, con inusitada brutalidad y ligereza, pero sin las escenas del maniaco sexual. Onoprienko supera a Chikatilo por el corto periodo en que realizó su matanza: seis meses frente a doce años.

Cuando ejecutaba a sus víctimas, el asesino seguía un mismo ritual: elegía casas aisladas, mataba a los hombres con un arma de fuego y a las mujeres y a los niños con un cuchillo, un hacha o un martillo. No perdonaba a nadie, después de sus asesinatos cortaba los dedos de sus víctimas para sacarles los anillos, o a veces quemaba las casas. Incluso mató en su cuna a un bebé de tres meses, asfixiándolo con una almohada.

Onoprienko, de 39 años, estatura media, aspecto de deportista, racional, educado, elocuente, dotado de una excelente memoria y desprovisto de piedad. Soltero, padre de un niño, reconoció haber tenido una infancia muy difícil: su madre había muerto cuando él tenía 4 años, y su padre y su hermano mayor lo habían abandonado en un orfanato. De adulto, para ganarse la vida, se había embarcado como marino y había sido bombero en la ciudad de Dneprorudnoye (dónde su ficha laboral le describe como un hombre “duro, pero justo”). Luego había emigrado al extranjero para trabajar de obrero durante ese tiempo, pero confesó que su fuente primaria de ingreso era criminal: los robos y asaltos.

El peritaje médico lo ha calificado como perfectamente cuerdo que puede y debe asumir las consecuencias de sus actos. El mismo se define como un “ladrón” que mataba para robar: “Mataba para eliminar a todos los testigos de mis robos”

Por este motivo puede ser condenado a la pena capital por crímenes premeditados con circunstancias agravantes. El presidente ucraniano, Leonid Kuchma, dijo que dará explicaciones al Consejo de Europa para violar en este caso la moratoria de ejecución de la pena de muerte que su país mantiene desde marzo de 1997. Gracias al convenio con el Consejo de Europa, 81 penas de muerte dictadas últimamente en Ucrania no se han ejecutado. La declaración del presidente Kuchma anuncia que se va a hacer una excepción con Onoprienko.

En un momento determinado de la investigación, el acusado afirmó que oía una serie de voces en su cabeza de unos “dioses extraterrestres” que lo habían escogido por considerarlo “de nivel superior” y le habían ordenado llevar a cabo los crímenes. También aseguró que poseía poderes hipnóticos y que podía comunicarse con los animales a través de la telepatía, además de poder detener el corazón con la mente a través de unos ejercicios de yoga.

¿Enfermo mental o maniaco homicida? lo primero podría declararlo imputable, y lo segundo, condenarlo a la pena capital... el juicio, actualmente en curso, parece seriamente complicado.

Los psiquiatras, sin embargo, han diagnosticado que el hombre está perfectamente “cuerdo” y la mayoría quiere que pague por los homicidios. El mismo Onoprienko resumía así la filosofía de su carnicería:

“Era muy sencillo, los veía de la misma forma en que una bestia contempla a los corderos”.

La región de Zhitomir (ex Unión Soviética) vivió aterrorizada por una serie de 43 asesinatos producidos entre octubre de 1995 y marzo de 1996, que Onoprienko había ido sembrando. La Nochebuena de 1995 se produjo el ataque a la aislada vivienda de la familia Zaichenko. El padre, la madre y dos niños muertos y la casa incendiada para no dejar huellas fue el precio de un absurdo botín formado por un par de alianzas, un crucifijo de oro con cadena y dos pares de pendientes. Seis días después, la escena se repetía con otra familia de cuatro miembros. Víctimas de Onoprienko aparecieron también durante aquellos seis meses en las regiones de Odesa, Lvov y Dniepropetrovsk.

Estos crímenes provocaron la segunda investigación delictiva más complicada en la historia ucraniana (la primera había sido la de su compatriota Chikatilo). El gobierno ucraniano envió una buena parte de la Guardia Nacional con la misión de velar por la seguridad de los ciudadanos y, como si el despliegue de una división militar entera para combatir a un solo asesino no fuera bastante, más de 2000 investigadores de las policías federal y local. Los policías empezaron a buscar a un personaje itinerante y elaboraron una lista en la que figuraba un hombre que viajaba frecuentemente por el sudoeste de Ucrania para visitar a su novia.

Con la policía tras su pista, Onoprienko puso tierra de por medio en 1989 y abandonó el país ilegalmente para recorrer Austria, Francia, Grecia y Alemania, en dónde estaría seis meses arrestado por robo y luego sería expulsado.

De regreso a Ucrania sumó otros 9 a los 43 asesinatos, y poco después, ante las pruebas encontradas por los agentes en los apartamentos de su novia y su hermano (una pistola robada y 122 objetos pertenecientes a las víctimas), hallaron una razón para arrestarlo. Cuando la policía le pidió los documentos en la puerta de su casa, Onoprienko no les quiso facilitar la tarea, e hizo un esfuerzo vano por conseguir un arma y defenderse. Cuando los policías por fin lo detuvieron, Onoprienko se sentó silenciosamente cruzando los brazos y les dijo sonriendo: “Hablaré con un general, pero no con ustedes”. Aun así, no le quedó más remedio que confesar sus crímenes y dejar que le arrestasen.

En su declaración al juez, aparecerían otros nueve cadáveres cosechados a partir de 1989 en compañía de un cómplice, Sergei Rogozin, (quien también comparecería en el juicio).

Anatoli Onoprienko siguió los pasos del legendario Andrei Chikatilo. Ambos mataron el mismo número de víctimas, pero son muy diferentes. Chikatilo, ejecutado en 1994, era un maniaco sexual. Sólo mataba mujeres y niños, cuyos cuerpos violaba y mutilaba. A veces se comía las vísceras. Nada de esto aparece en el expediente de Onoprienko, un ladrón que mataba para robar, con brutalidad y ligereza, pero sin las escenas del maniaco sexual. Onoprienko supera a Chikatilo por el corto periodo en que realizó su matanza: seis frente a doce años.

Onoprienko, de 39 años, estatura media, aspecto de deportista, racional, educado, elocuente, dotado de una excelente memoria y desprovisto de piedad. Soltero, padre de un niño, reconoció haber tenido una infancia muy difícil: su madre había muerto cuando él tenía 4 años, y su padre y su hermano mayor lo habían abandonado en un orfanato a los 7 años. De adulto, para ganarse la vida, se embarcó como marino y fue bombero en la ciudad de Dneprorudnoye (dónde su ficha laboral le describe como un hombre “duro, pero justo”). Emigró al extranjero para trabajar de obrero durante ese tiempo, pero confesó que su fuente primaria de ingreso era criminal: los robos y asaltos.

Cuando ejecutaba a sus víctimas, el asesino seguía un mismo ritual: elegía casas aisladas, atacaba poco antes del amanecer, mataba a los hombres con un arma de fuego y a las mujeres y a los niños con un cuchillo, un hacha o un martillo.

No perdonaba a nadie, después de sus asesinatos cortaba los dedos de sus víctimas para sacarles los anillos, o a veces quemaba las casas. Incluso mató en su cuna a un bebé de tres meses, asfixiándolo con una almohada.

Tras cada asesinato guardaba la ropa interior usada de las víctimas, la conservaba como reliquia e incluso se las daría a su novia Ana como regalo en una ocasión.

Según su ex-esposa, mató a niños para evitar verlos un futuro próximo metidos en un orfanato como a él le pasó.

El peritaje médico lo calificó como perfectamente cuerdo para asumir las consecuencias de sus actos. El mismo se definía como un “ladrón” que mataba para robar: “Mataba para eliminar a todos los testigos de mis robos”

Por este motivo pudo ser condenado a la pena capital por crímenes premeditados con circunstancias agravantes. El presidente ucraniano, Leonid Kuchma, dijo que daría explicaciones al Consejo de Europa para violar en este caso la moratoria de ejecución de la pena de muerte que su país mantenía desde marzo de 1997. Gracias al convenio con el Consejo de Europa, 81 penas de muerte dictadas últimamente en Ucrania no se ejecutaron. La declaración del presidente Kuchma anunció que se iba a hacer una excepción con Onoprienko.

En un momento determinado de la investigación, el acusado afirmó que oía una serie de voces en su cabeza de unos “dioses extraterrestres” que lo habían escogido por considerarlo “de nivel superior” y le habían ordenado llevar a cabo los crímenes. También aseguró que poseía poderes hipnóticos y que podía comunicarse con los animales a través de la telepatía, además de poder detener el corazón con la mente a través de unos ejercicios de yoga.

En sus declaraciones, dijo recordar que en una ocasión mató a una pareja y a sus 3 niños en su coche. Se sentó junto al padre y condujo por el país con los 5 cuerpos. “Era absolutamente interesante”.

Onoprienko no se sentía como un asesino sino como un cirujano. “Soy una persona única, hice cosas que nadie ha hecho. Son acontecimientos únicos”.

Los psiquiatras, sin embargo, han diagnosticado que el hombre está perfectamente “cuerdo” y la mayoría quiere que pague por los homicidios. El mismo Onoprienko resumía así la filosofía de su carnicería:

“Era muy sencillo, los veía de la misma forma en que una bestia contempla a los corderos”.

“Ninguna de mis víctimas se opuso, armado o no, hombre o mujer, ninguno de ellos se atrevió a forcejear siquiera”.

“Un ser humano no significa nada. He visto solo gente débil y comparo a los humanos con granos de arena, hay tantos que no significan nada”.

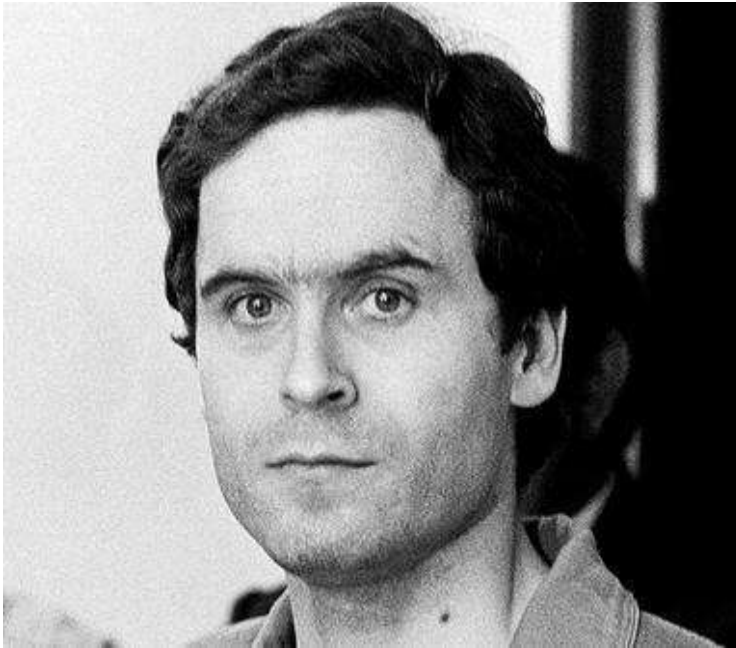
“Un soldado que mata durante la guerra no ve a quien golpea”.

El lunes 23 de noviembre de 1998, se iniciaba en la ciudad de Zhitomir, el juicio de Onoprienko, acusado de haber asesinado a 52 personas, ante la celosa mirada de un público enloquecido que reclamaba la cabeza del acusado. Su calma contrastaba con la emoción de todos los presentes en la sala, en su mayoría jóvenes.

Después de confesar en una declaración entregada a la prensa por su abogado antes de la apertura del juicio, que no se arrepentía de ninguno de los crímenes que había cometido, Anatoli Onoprienko respondía a las preguntas del juez; reconoció haber asesinado a 42 adultos y 10 niños.

La parte acusadora pidió la pena de muerte pero el verdadero problema en este juicio, fue impedir que el público linchase al acusado. Complicado por su envergadura y duración (más de 400 testigos y por lo menos tres meses de declaraciones por delante), por sus gastos, pero también por la tensión que se respiraba entre los familiares de las víctimas, obligados a pasar cada día por un arco detector de metales, algo no tan corriente en ese país, mientras el acusado, encerrado en una jaula metálica, estaba prudentemente separado de la ira del público...

TED BUNDY



Tenía una «colección» ilimitada de jóvenes estudiantes a las que cautivaba fácilmente con su ingenio y su apariencia física. Atravesó América para escapar de la Policía, pero nunca pudo escapar de su necesidad de matar. Nadie conoce el verdadero número de víctimas, Bundy se llevó ese secreto consigo a la silla eléctrica.

En un caluroso día de verano de 1974, un hombre paseaba por un concurrido parque de Seattle, sedujo a dos chicas y

las mató. No era la primera vez que atacaba, pero era la primera vez que el asesino había sido visto y oído por una multitud de testigos.

Seattle es una ciudad agradable de la costa oeste americana, con alamedas, vastas extensiones de agua, y una atmósfera relajada y tolerante. En relación con la mayoría de las ciudades de tamaño comparable en los EE.UU., su índice de criminalidad es bajo. Sin embargo, uno de los mayores problemas con el que se enfrenta la policía, es el alto porcentaje de asaltos sexuales.

Sus calles están llenas de guapas universitarias, muchas de las cuales viven juntas en viejas casas con una seguridad mínima. Pero el crimen sexual que tuvo lugar el 4 de enero de 1974, sorprendió a los agentes que lo investigaban por su singularidad.

Sharon Clarke compartía una casa con otras estudiantes. Cuando el 5 de enero no apareció a media tarde, sus amigas bajaron a su dormitorio para ver si aún dormía. La encontraron inconsciente, con la cara cubierta de sangre. La habían golpeado la cabeza con un instrumento contundente, una barra de metal, que había sido arrancada del bastidor de la cama. No había sido violada, pero sí forzada sexualmente con una barra de hierro.

Después de una semana en coma, Sharon se recuperó, pero fue incapaz de dar a la policía ninguna información útil. El ataque la había producido una lesión cerebral.

La policía se imaginó que el atacante vio a Sharon desvestiéndose a través de la ventana, y al encontrar una puerta sin cerrojo, se introdujo en el dormitorio.

Cuatro semanas después, una compañera de piso de Lynda Ann Healy de 21 años, entró en la habitación para ver por qué el despertador continuaba sonando a las ocho y media de la mañana. Lynda era una estudiante de Psicología en la Universidad de Washington. También trabajaba en la radio local donde daba la información sobre esquí, en el

programa de la primera hora. Para esto, tenía que levantarse a las 5:30 de la mañana. Cuando su compañera vio que la cama había sido hecha cuidadosamente, pensó que había salido hacia la emisora. No fue hasta esa noche, cuando los padres de Lynda llegaron a cenar, alguien retiró la ropa de cama y vio que las sábanas y las fundas de las almohadas estaban teñidas de sangre. En el armario de la ropa, su camisón también estaba manchado de sangre, colgado en una percha. Pero no había rastro de ella.

Parecía como si el atacante, después de penetrar por el sótano, la hubiera golpeado dejándola inconsciente, y tras quitarla el camisón, probablemente para vestirla, hubiera hecho la cama. Si la intención hubiese sido simplemente la violación, lo podría haber hecho allí en ese momento. Lo que hacía suponer que este hombre quería tomarse el tiempo necesario, para disfrutar el placer de la posesión.

Unos pocos días después, un hombre que no se identificó llamó a la policía, y les dijo que el atacante de Sharon Clarke era la misma persona que había raptado a Lynda Ann Healey. Según el comunicante, el mismo sujeto había sido visto fuera de las dos casas. La policía nunca tuvo el menor indicio de quién había realizado la llamada.

Dos semanas después, la joven de 19 años Donna Manson dejó su dormitorio del campus de Evergreen, al suroeste de Olympia, para ir a un concierto de jazz. Nunca regresó. Tampoco regresaron Susan Rancourt, Roberta Kathleen Parks, Brenda Ball o Georgann Hawkins. Hacia mediados de junio de 1974, eran ya seis chicas las que se encontraban en paradero desconocido. La última de ellas había desaparecido durante el corto paseo de 90 metros, que era el espacio existente entre la residencia de estudiantes de su novio a la suya.

A primeros de julio, la policía de Seattle se preguntaba dónde estarían las siete víctimas.

La respuesta llegó de una manera que provocó grandes titulares en la prensa a escala nacional. El 14 de julio de 1974, dos chicas desaparecieron del parque Lake Sammamish State. Pero esta vez varios testigos habían visto al secuestrador.

Dicho parque, situado a 10 km. al este de Seattle, resultaba ser un lugar ideal para pasear los días de fiesta. Este era un día caluroso y había mucha gente. Alrededor del mediodía, se acercó a Doris Grayling un hombre de pelo ondulado con un brazo en cabestrillo. Le preguntó si podía ayudarle a subir el bote al coche. Ella le acompañó hasta el automóvil, un Volkswagen marrón, pero una vez allí, él la dijo que el bote estaba más allá, subiendo una colina. Con pocas ganas de alejarse más con un extraño, ella buscó una excusa y se marchó.

En menos de una hora repitió el intento con una rubia guapa llamada Janice Ott, que estaba sentada sola a la orilla del lago. Cuando él la pidió ayuda para cargar el bote, ella le invitó a sentarse y charlar. La gente que estaba sentada unos pocos metros más allá, oyó que se presentaba como Ted, y notaron que hablaba con un acento que podría ser canadiense o británico. Hablaron de vela alrededor de diez minutos y, al comentario de ella de que «la vela debe ser divertida, nunca he sabido navegar», él se ofreció a enseñarla. Se fueron juntos. Ella nunca volvió a la orilla del lago.

Sólo un par de horas más tarde, Denise Naslund, de 18 años, dejó a sus amigos, entre los que se encontraba su novio, y se fue al servicio de señoras. Cuando vieron que no volvía,

supusieron que se habría parado a hablar con algún conocido. Después de cuatro horas denunciaron su desaparición a un guarda del parque.

La policía que investigaba el caso descubrió al día siguiente que el joven con el brazo en cabestrillo se había acercado a varias mujeres con la misma excusa de necesitar ayuda con su bote. Una chica a la que había hablado le rechazó sólo unos minutos antes de que Denise Naslund desapareciera.

Como Ted había sido visto y oído por tanta gente, los periódicos de Seattle pudieron publicar descripciones y dibujos del sospechoso. La policía recibió numerosas llamadas informándoles de que ese hombre se parecía a un estudiante de la Universidad de Washington, Ted Bundy. Una de estas llamadas fue de una vieja amiga suya, la reportera criminalista Ann Rule; otra fue de Meg Andrews, que había sido su novia durante cuatro años.

Pero Bundy sólo era uno entre cientos de sospechosos, el número ascendía a 3.500, y en principio él parecía ser el menos probable. Aparentemente era un hombre joven, decente y amistoso que había sido agente electoral y que había trabajado para la Comisión Contra el Crimen y para el Departamento de Planificación de Justicia. Además de todo esto, parecía muy improbable que un hombre que pensaba secuestrar a su víctima utilizara su nombre real delante de tanta gente. Consecuentemente, la carpeta de Bundy pronto fue a parar debajo de una larga lista de sospechosos.

El 6 de septiembre de 1974, unos cazadores encontraron algunos huesos humanos dos kilómetros y medio al este del parque del lago Sammamish, entre la maleza. Las piezas dentales fueron identificadas como las de Janice Ott y Denise Naslund. También había un hueso de un muslo que pertenecía a una tercera persona, pero éste no se pudo identificar.

Con el transcurrir de los meses, pareció que los asesinos de Seattle habían terminado. Por una extraña coincidencia, una serie similar de asesinatos estaba a punto de comenzar en Salt Lake City. Ted Bundy se había trasladado allí para estudiar Derecho en la Universidad de Utah.

En 1974, a Ann Rule, una divorciada de 42 años, se le encargó escribir un libro sobre una serie de asesinatos no resueltos que habían tenido lugar en Seattle. Ella era una ex-policía que se había convertido en una reportera criminalista que trabajaba en los casos de Sharon Clarke y Lynda Healy.

Había conocido a Ted Bundy en 1971, cuando ambos trabajaban en la Crisis Clinic (una versión americana de los Samaritanos), y había desarrollado un «amor de madre» hacia él. En su libro «Un extraño junto a mí», Ann Rule describe su primer encuentro con Bundy: *«Me miró y sonrió. Entonces tenía 24 años, pero parecía más joven... Me gustó inmediatamente. Hubiera sido difícil que no me gustara...»*

«Teníamos pacientes que muchas veces perdían la consciencia a causa de sobredosis, pero nosotros siempre nos las arreglábamos para mantener una actitud abierta».

«Si, como mucha gente piensa hoy, Ted Bundy quitó vidas, también salvó vidas. Sé que fue así porque yo estaba con él cuando lo hizo».

Sólo fue después de la doble desaparición del lago Sammamish en julio de 1974, cuando Ann Rule tuvo la horrible sospecha de que el presunto asesino se parecía extrañamente a su viejo amigo Ted Bundy. El sospechoso sin embargo, había conducido un Volkswagen y por lo que ella sabía, Bundy no tenía coche. Decidió preguntar a un amigo policía, para que éste lo investigara en su lugar. Así lo hizo. Parecía que Bundy conducía un automóvil de color bronce. De repente, Ann se dio cuenta de que sus sospechas sobre él estaban bien fundadas.

Después del ataque a sus dos primeras víctimas, el asesino necesitaba encontrar un medio más fácil y seguro para tender la trampa a las jóvenes que el de entrar a sus casas.

Sharon Clarke, sobrevivió, sorprendentemente, al ataque que ocurrió en su habitación. Habiendo hecho el primer ataque, le dominaba el deseo de hacer el segundo. A Lynda Healy la mató despiadadamente. Probablemente fue después del primer asesinato cuando se dio cuenta de que esto era una parte esencial en el acto sexual que él deseaba ardientemente.

Donna Manson en una lluviosa noche, un martes del mes de marzo. Seis días antes la policía había sido avisada, pero por entonces la investigación no ofrecía ninguna pista.

El nuevo método de ataque del asaltante había tenido éxito, y lo puso rápidamente en práctica otra vez. La policía obtuvo una primera pista cuando una estudiante relató un peculiar incidente que había ocurrido 5 días antes de que Susan Rancourt desapareciera. Un hombre alto, bien parecido, con un brazo en cabestrillo, dejó caer algunos libros, y había preguntado a la chica si podría ayudarle a llevarlos a su coche, un Volkswagen de color tostado, aparcado a unos 90 metros de allí. Él la pidió que cerrara la puerta del coche y que se metiera dentro, pero ella se negó y echó a correr.

Tres días más tarde intentó la misma técnica con otra jovencita. Ella también se negó a meterse en el coche. Unos momentos más tarde, Susan Rancourt, una estudiante de Psicología, dejó una reunión y fue al encuentro de una amiga que la esperaba en el cine. Él debió salir a su encuentro y utilizó la misma artimaña para persuadirla de que se metiera en el coche. Le hundió el cráneo con una barra de hierro, luego la secuestró, la violó y la mató antes de abandonar su cadáver en el bosque.

Menos de tres semanas después, el 6 de mayo de 1974, Roberta Kathleen Parks, desapareció cuando iba a encontrarse con unos amigos en el sindicato de estudiantes de Oregón. El asesino, sin duda alguna había viajado 300 kilómetros desde Seattle en un intento de cometer un crimen que no fuera relacionado con los otros.

Amigos de Brenda Ball la habían visto por última vez hablando con un hombre guapo que llevaba el brazo en cabestrillo, a la salida de un bar cerca del aeropuerto de Seattle. El método de secuestro, fue utilizado una y otra vez, introduciendo sutiles variaciones.

Algunos estudiantes describieron a un extraño con muletas, que llevaba una cartera, en la zona de los alrededores de la Residencia Beta House Hall donde Georgann Hawkins había desaparecido. Una chica vio al hombre dejando caer la cartera varias veces y ella le ofreció su ayuda. Pero primero tenía que hacer una llamada a una de las residentes. Cuando volvió a salir, el hombre se había ido.

Dos meses después, el hombre necesitado de ayuda que llevaba el brazo en cabestrillo, había secuestrado a dos chicas, Janice Ott y Denise Naslund, del parque Lake Sammamish.

El asaltante era selectivo con sus víctimas. Todas ellas eran de un tipo parecido, de 17, 18, 19 o veintipocos años, atractivas, con pelo largo y generalmente morenas, con raya en medio.

Era como si el asesino con su apariencia física y sus maneras encantadoras quisiera demostrar que podía seducir a las chicas más brillantes y atractivas, hasta la propia muerte.

En septiembre de 1974, los restos de Janice Ott, Denise Naslund y de un tercer cadáver no identificado, fueron encontrados a 2,5 kilómetros al este del parque Lake Sammamish. Seis meses más tarde, 14 kilómetros más lejos, un estudiante de ciencia forestal encontró el cráneo de Brenda Hall. Una investigación por la zona descubrió los restos de Susan Rancourt, Roberta Parks y Lynda Healy. Los cadáveres de Manson y Wawkins todavía hoy no se han encontrado.

PRIMEROS PASOS –

La infancia de Bundy no estuvo marcada por una personalidad sobresaliente. Era tímido e inmaduro con sus amistades y de tendencia conservadora.

Theodore Robert Bundy era el hijo ilegítimo de una joven secretaria respetable, Louise Cowell. Nació en una casa para madres solteras cerca de Filadelfia el 24 de noviembre de 1946. La madre eligió este nombre, Theodore, porque significa «regalo de Dios». La identidad de su padre se desconoce, y Louise siempre se negó a hablar de ello.

Continuó viviendo en su casa, y sus abuelos contaron a los vecinos que Ted era su hijo adoptado. Estos en realidad siempre le trataron como si fuera su propio hijo. El niño creció creyendo que Louise era su hermana y que él era un «hijo tardío». Su abuelo, un hortelano retirado que trabajaba en un supermercado, tenía un temperamento tiránico, y aterrorizaba a todos los miembros de la casa. Hasta 1969, cuando Ted fue a Vermont a por su certificado de nacimiento, no descubrió su verdadero parentesco.

Cuando tenía 4 años, su madre decidió empezar de nuevo y se fue a vivir con unos parientes de Tacoma (una ciudad cerca de Seattle). En una comunidad religiosa, conoció a un sureño, de temperamento suave y fácil de llevar, John Bundy, que acababa de abandonar la armada, con el que se casó. Encontró trabajo como cocinero en un hospital para veteranos, y conservó dicho empleo el resto de su vida. Ted encontraba a su nuevo padre torpe y sin cultura, pero no demostró resentimiento contra él ni contra los hermanastros y hermanastras que nacieron después.

Ted era un niño hipersensible y consciente que tenía los sueños comunes de dinero y fama. Fantaseaba sobre la posibilidad de ser adoptado por el cowboy estrella, Roy Rogers, y en realidad, le pidió a su tío Jack, profesor de música en Tacoma, que le adoptase. En una fase inicial se convirtió en un ladrón y en un mentiroso habitual. Sacó buenas notas en el colegio, se hizo un scout entusiasta y tenía un don natural para el deporte. Más

adelante se convirtió en un excelente esquiador, a pesar de que el caro equipo que usaba era, casi seguro, robado.

En su primer año como estudiante, era solitario, callado y tímido. El deseo de ser diferente le llevó a estudiar chino. Al final de su adolescencia, se enamoró locamente de una compañera de estudios, Stephanie Brooks. Era guapa, sofisticada, y procedía de una acaudalada familia. Por entonces Ted ya había desarrollado algo de ese «encanto» y aire de sofisticación que le hacía atractivo para las mujeres, y se hicieron novios.

Para impresionar a Stephanie y su familia, Ted fue a la Universidad de Standford para estudiar chino. Allí estaba solo, emocionalmente inmaduro y sus calificaciones fueron pobres. «Me encontré pensando en unas expectativas de éxito que no parecía que fuera a cumplir», comentó. La chica finalmente se cansó de su inmadurez y rompió con él. Se quedó destrozado y lleno de profundos resentimientos. Su hermano Glenn comentó: «Stephanie le estropeó... nunca le había visto así antes».

Ted se empleó en un trabajo servil en el comedor de un hotel, y se hizo amigo de un drogadicto. Una noche entraron en una casa abandonada en un acantilado y robaron todo lo que pudieron llevarse consigo. Encontró esta experiencia extrañamente excitante y empezó a robar en tiendas y en otros sitios sólo por lo emocionante que le parecía. En una ocasión entró abiertamente en un invernadero, arrancó una palmera de 2 metros y medio y condujo con ella sobresaliendo por el techo del coche.

También se convirtió en un activista voluntario por la causa de Art Fletcher, el candidato negro republicano a vicegobernador. Disfrutaba de la sensación de ser «alguien» y de mezclarse con gente interesante. En 1972, trabajó en una «Crisis Clinic» como consejero psiquiátrico. Más tarde, empezó a trabajar para la Comisión Contra el Crimen y para el Departamento de Planificación de Justicia. En 1973 empezó a estudiar Derecho en la Universidad de Puget Sound en Tacoma.

Cuando Stephanie Brooks se lo volvió a encontrar, siete años después de que se hubieran separado, se quedó fuertemente impresionada por el nuevo y «poderoso» Ted. Hablaron otra vez de matrimonio y pasaron juntos las Navidades de 1973.

Una vez finalizadas las fiestas, la abandonó, imitando lo que ella había hecho con él. Cuando le telefoneó para preguntarle porqué no había contactado con ella desde ese fin de semana, él la dijo fríamente: «No tengo ni idea de lo que estás hablando», y cortó la comunicación. Unas pocas semanas más tarde, como si su venganza, de alguna manera hubiera roto un dique en su interior y le hubiera inspirado un sentimiento de poder y de confianza, se convirtió en un violador y en un asesino.

La transformación de Bundy

Cuando Ted Bundy decidió completar su formación con un curso en la universidad de Washington en el verano de 1970, sus viejos amigos se sorprendieron por el cambio que se había producido en él. «No le había visto desde el Instituto» dijo uno de ellos «y me sorprendió mucho. Andaba con aire de seguridad... Recuerdo que pensé: Caramba, ese chico sabe realmente dónde va».

Los profesores estaban igualmente sorprendidos. Uno escribió más tarde, «se comporta más como un joven profesional que como un estudiante. Le situaría en el lugar más elevado del 1% de los estudiantes no graduados con los que he tenido contacto.»

Cuando en una entrevista se le pidió que describiera el tipo de hijo que Ted Bundy fue, la Sra. Bundy contestó: «Ted ha sido siempre el mejor hijo del mundo». Sus palabras fueron pronunciadas con entusiasmo mientras apoyaba sus manos unidas sobre su regazo. «Siempre fue una persona muy atenta. A veces me preguntaba si con un plan de vida tan ocupado, olvidaría el día de la madre, pero siempre aparecía con un regalo». Recordó su interés por las leyes, «Él siempre quiso ser policía o abogado».

La comunidad mormona en la ciudad de Salt Lake, en Utah, está situada a casi 60 km. al sudeste de Seattle. Seis chicas desaparecieron en el otoño de 1974, pero otra escapó, ella fue la única que vivió para contarlo.

Era una noche húmeda de noviembre de 1974, Carol DaRonch, una joven atractiva de 17 años, estaba en el centro comercial Murray, mirando el escaparate de una tienda cuando un hombre se presentó como agente de policía. Le preguntó si había dejado su coche en el aparcamiento de los almacenes y ella contestó afirmativamente.

Después de pedir y anotar el número de matrícula, explicó que él y su compañero habían detenido a un hombre que estaba forzando la puerta. La pidió que le acompañara para ver si faltaba alguna cosa.

El aparcamiento estaba algo lejos y mientras iban hacia allí a través de la llovizna, Carol advirtió que el agente de policía la dejaba ir en primer lugar y le pidió que se identificara. Él sacó una cartera del bolsillo y la abrió. En la semioscuridad, ella pudo ver algo que parecía una insignia de policía.

La joven se quedó sorprendida al ver que el coche no parecía sufrir daño alguno y estaba bien cerrado. Abrió la puerta del conductor y comentó que no faltaba nada. Cuando el hombre dio la vuelta para comprobar la otra puerta, ella se fijó en que llevaba un par de brillantes esposas en el bolsillo de su chaqueta de sport.

Él le explicó que su compañero había trasladado al sospechoso a la oficina en el otro lado de la alameda, y le preguntó si no le importaba ir allí con él a hacer una declaración.

El falso policía, que tenía como 10 años más que Carol, parecía tan serio y seguro de sí mismo que ella se confió y no hizo más preguntas. Se acercaron a un pequeño edificio, que el hombre identificó como la oficina; Carol desconocía que se trataba, en realidad, de una lavandería automática. El hombre intentó abrir la puerta y al no poder, anunció que su compañero debía haberse llevado al sospechoso al Cuartel de la Policía y sugirió ir allí en coche para presentar la denuncia.

Mientras se acercaban a un viejo Volkswagen con aspecto decrepito, la chica le preguntó su nombre y él se identificó como el agente Roseland del departamento de Murray.

Ciertamente el coche no parecía ser un vehículo de policía. Estaba abollado y arañado, y cuando se montó, vio que el asiento trasero estaba roto.

Al estar en un sitio cerrado, Carol pudo darse cuenta de que olía a alcohol. El falso agente puso el coche en marcha y se dirigió en sentido contrario a la Comisaría. El efecto fue inmediatamente y ella pasó de sentir una vaga ansiedad a un profundo terror.

Unos minutos más tarde, giraban hacia una oscura calle lateral, donde el automóvil derrapó en una parada de autobús, a la salida de un colegio, quedando la rueda delantera sobre la acera.

A Carol, le llevó tiempo darse cuenta de que había sido secuestrada, pero en cuanto lo hizo, intentó coger el tirador de la puerta y abrirla. A una velocidad escalofriante el hombre le cogió de la muñeca y le puso una esposa.

Mientras intentaba agarrarle la otra muñeca, ella gritó, él se puso nervioso, lo que hizo que se equivocara, cerrando ambas esposas en la misma muñeca. Entonces sacó un revólver, apuntó a su cabeza y la amenazó con volarle los sesos si hacía otro movimiento.

Demasiado aterrorizada para que sus palabras hicieran efecto, Carol abrió la puerta de nuevo y se tiró. El hombre la seguía con una barra de metal en las manos, cuando fueron iluminados por las luces de un coche que se aproximaba. Mientras Carol corría hacia él gritando, el falso policía aceleró y se fue.

Media hora después, la chica asustada contó la historia a un sargento en las dependencias policiales. El policía reparó en unas manchas de sangre que había en la piel blanca de su abrigo, que provenía de los arañazos que Carol le había hecho en la cara a su supuesto secuestrador, y las recogió para ser examinadas.

En la Escuela Superior de Viewmont, unos cuantos kilómetros al norte de Murray, un público formado por estudiantes y sus familiares se preparaban para ver una comedia llamada «The Redhead», representada por el grupo de teatro del colegio. La profesora de arte dramático, Jean Graham, se parecía físicamente a Carol DaRonch, alta, guapa, con pelo largo de color castaño y raya en medio. Antes de levantar el telón Jean se dirigía a los vestuarios, cuando se le acercó un joven alto y guapo pidiéndola que le acompañara al parking para identificar un coche.

Jean Graham iba con prisa, así que le dijo al joven que no tenía tiempo. Pero tomó buena nota de él, y observó que tenía el cabello castaño ondulado y bigote, y que llevaba una chaqueta de buen corte, pantalones de vestir y zapatos de piel.

En el primer intermedio, todavía estaba allí y media hora después volvió a pedirla que fuera con él al aparcamiento. «Solo será un segundo» dijo. Pero ella volvió a rehusar alegando el estreno.

Esa noche, entre el público, se encontraba Debbie Kent, una estudiante de 17 años, junto con sus padres. Debbie no estaba de buen humor. Había dejado a su hermano Blair en una pista de patinaje sobre hielo prometiéndole volver a buscarle cuando terminara la obra. Pero esta se alargaba y el niño estaría preocupado con la tardanza. Su padre estaba recuperándose de un ataque al corazón y ella no quería preocuparle... Así que media hora antes de terminar la representación decidió perderse el resto e ir a buscar a su hermano.

Jean Graham estaba sentada en la última fila, contenta de como estaba resultando la puesta en escena, cuando la puerta se abrió y entró de nuevo el mismo hombre que se fue a sentar en la butaca delantera. Respiraba de forma entrecortada, como si hubiera estado corriendo, y la gente alrededor le miraba irritada. Cuando finalmente cayó el telón, se levantó y salió apresuradamente.

Los padres de Debbie esperaron nerviosos a que volviera. Finalmente, decidieron ir andando a casa de unos amigos que vivían cerca. Mientras cruzaban el aparcamiento, se dieron cuenta de que su coche estaba todavía allí, y que su hija no había ido a la pista de patinaje.

A la mañana siguiente, la Policía que investigaba la desaparición de Debbie rastreó los alrededores de la escuela y en la puerta principal encontraron la llave de unas esposas. Los inquilinos de un bloque de apartamentos cercano dijeron que habían oído unos gritos desgarradores que provenían del aparcamiento la noche anterior, algo después de las diez. Empezaron a sospechar lo que había pasado cuando la Policía descubrió que la llave de las esposas correspondían a las de las muñecas de Carol DaRonch.

La descripción de ésta, del falso Policía y la de Jean Graham del joven persistente, eran demasiado parecidas para ser una coincidencia. Después de fallar con Carol, lo intentó de nuevo. Debbie Kent había sido secuestrada en el aparcamiento. Tuvo tiempo de gritar antes de que la dejara inconsciente con la barra de hierro. ¿Por qué volvió su atacante al auditorio? Probablemente porque sabía que sus gritos habrían sido oídos y no quería que le vieran en su, fácilmente identificable, coche. Si se quedaba donde estaba, cualquier persona que le hubiese visto desde los apartamentos perdería interés. Así que volvió al colegio, esperó a que la obra terminara y entonces se fue con su víctima inconsciente. Todo esto demostraba una frialdad excepcional.

Debbie Kent era la cuarta chica que había desaparecido del área de Salt Lake City en cinco semanas. La primera había sido la animadora de la escuela secundaria, Nancy Willox, de 16 años. Nancy había discutido con sus padres el 2 de octubre, y aceptó montar en el siniestro Volkswagen. Desde entonces no se la había vuelto a ver. La noche del 18, Melissa Smith, de 17 años, hija del jefe de Policía de Midvale, abandonó una pizzería con la intención de hacer autostop hasta su casa. Pero nunca llegó. Nueve días después, su cuerpo desnudo fue encontrado en Summit Park, había sido violada y estrangulada, su rostro estaba tan desfigurado que incluso su padre, al principio, no la identificó.

El 31 de octubre, otra adolescente, Laura Aime, que medía 1,82 y tenía fama de saber cuidarse sola, acudió alrededor de la media noche a una fiesta de Halloween y parece que aceptó que la llevaran. Su cuerpo, golpeado y violado, apareció en las montañas cuatro semanas más tarde, el 27 de noviembre de 1974.

En la madrugada del sábado 16 de agosto de 1975, el sargento Bob Hayward conducía despacio por el tranquilo vecindario de Salt Lake City, haciendo su ronda. Al llegar a la calle Brock encendió las luces largas iluminando a un vehículo aparcado. Este arrancó y se marchó velozmente. Hayward le siguió encendiendo la sirena. Después de saltarse dos semáforos, el conductor viendo que no podría escapar de la Policía, se dirigió a una gasolinera vacía.

Un joven alto y bien parecido salió del automóvil y caminó hacia el coche patrulla. Hayward le pidió la documentación y el hombre le enseñó su carnet de conducir que le identificaba como Theodore Robert Bundy del 565 de la Primera Avenida.

El agente le preguntó por qué había tratado de escapar y la respuesta fue inverosímil: no se había dado cuenta de que le perseguía. Volvía de pasar la tarde, dijo, viendo una película, *The Towering inferno*, en el autocine de Valley View, Hayward recordó haber pasado aquella tarde por allí y que ponían tres westerns. Le pidió a Bundy que le dejara mirar dentro del coche.

No estaba el copiloto, y al lado, en el suelo, había una bolsa abierta que contenía un pasamontañas de lana de color marrón y una máscara hecha con medias de mujer, con dos agujeros para los ojos. En el suelo yacía una barra de metal y en el maletero un par de esposas. Hayward se volvió y poniendo las esposas en las muñecas del joven, dijo «Está detenido».

El 11 de enero de 1975 Karyn Campbell, una enfermera de 23 años y su prometido el doctor Raymond Gadowsky, un divorciado y sus dos hijos, se registraron en el hotel Wilwood Inn en Snowmass Village, Colorado. Karyn llevó a los niños a esquiar mientras Gadowsky asistía a un simposio de cardiología. La noche siguiente salieron a cenar con otro médico. De regreso al hotel, ella y este doctor discutieron sobre su preferencia entre dos revistas. Veinte minutos más tarde Gadowsky dijo, «vamos, niños, vamos a ver qué es lo que la retiene». Pero la habitación estaba vacía. Karyn Campbell había desaparecido.

El 17 de febrero, los frenéticos graznidos de los grajos llamaron la atención de un conductor. Vio el cuerpo desnudo de una mujer tirado boca abajo sobre la nieve derretida. Karyn Campbell había sido violada y asesinada a golpes en la cabeza con una barra de hierro.

En 1961, dos psicólogos americanos, Samuel Yochelson y Stanton D. Samenow, comenzaron un programa para estudiar a criminales en el Hospital St. Elizabeth, en Washington DC. Los dos eran liberales que creían que los criminales eran realmente «víctimas» de la sociedad, gente con «profundos problemas psicológicos». Las conclusiones a las que llegaron desconcertaron a ambos.

En su libro «La personalidad criminal», admiten que las principales características del criminal son la debilidad, inmadurez, vanidad y autoengaño. Los asesinos carecían de autodisciplina y eran a menudo cobardes. Por ejemplo, preferían dejar que se les cayeran los dientes antes de enfrentarse con las herramientas del dentista. También dicen que «*el mayor miedo era que los demás pudiesen ver algún signo de debilidad en ellos. Eran hipersensibles a todo lo que se les dijera, y reaccionaban mal ante el hecho de que se anotara lo que decían*». El libro escrito una década antes de que Bundy fuera capturado ofrece un exacto sorprendente retrato de su personalidad. Él se encontraba a sí mismo incapaz de hacer frente a los desafíos normales de la vida. El rechazo y la humillación le condujeron a la obsesión.

Cuando Ted Bundy se trasladó a Salt Lake City en septiembre de 1974, rápidamente se encontró en la habitación de una casa llena de chicas estudiantes. Con sus encantadores modales, enseguida consiguió un amplio círculo de amigos y también comenzó una serie de aventuras amorosas. Dos de sus amigos eran misioneros mormones. Unas pocas

semanas después de su arresto, realizado por Bob Hayward en agosto de 1975, Bundy fue bautizado como mormón y se convirtió en un profesor de la escuela dominical. Cuando sus amigos se enteraron de su arresto se enfadaron, estaban convencidos de que Ted había sido engañado por el policía. Él les contó que el agente había encontrado en su coche un pasamontañas y una palanca, pero no mencionó las medias y las esposas.

Después del arresto de Bundy en la ciudad de Salt Lake, los detectives fueron a ver a su novia Meg Anders. Ella había contactado con la Policía después de los asesinatos de Lake Sammamish, para contar su sospecha de que él podría ser Ted. Ahora ella dio sus razones. Había encontrado muletas en su habitación y yeso blanco en los cajones. También, Meg había visto algunos artículos de ropa de mujer guardados en su habitación, y a menudo salía en mitad de la noche, y nunca estaba con ella las noches en que las mujeres desaparecían.

Además la insistía para practicar el sadomasoquismo y ella se negaba a hacerlo después de una ocasión en que Bundy la medio estranguló mientras ella permanecía atada.

Pero lo que más le preocupó fue que después de que Bundy se hubo trasladado a Utah, un amigo de la ciudad de Salt Lake le había contado que una serie de casos similares se habían dado allí. En la primavera de 1973, Ted fue nombrado ayudante del director del comité central republicano del estado de Washington. Decepcionaba a Meg el que con tan buen trabajo Ted continuara todavía robando. Un día en una tienda de ordenadores, él se puso a recoger herramientas y a meterlas en una caja. Ella le dijo: «No vas a robarlas, ¿verdad?»

«Claro que no», contestó él. Pero unos días más tarde ella vio la caja de herramientas en su coche.

Era increíble que Bundy, el prototipo de chico americano, pudiera ser un sádico asesino sexual. O se había producido una serie de increíbles coincidencias, como pensaban sus amigos, o tenía una habilidad extraordinaria para vivir una mentira.

Tres días después del arresto en Salt Lake, el 16 de agosto de 1975, un grupo de detectives estaban reunidos, como siempre los jueves por la mañana, en el Palacio de Justicia. Los agentes que llevaban el asesinato de la hija del Jefe de Policía, Melissa Smith, no informaron de ningún progreso, a diferencia de los que investigaban la desaparición de Debbie Kent de su escuela, durante una representación de teatro.

El detective Daryl Ondrak describió entonces el arresto de Bundy el sábado anterior y enseñó las medias y la barra de hierro. El detenido había sido puesto en libertad tras pagar la fianza, pero todos estuvieron de acuerdo en conjeturar que iba camino de cometer un atraco. El detective de homicidios Jerry Thompson frunció el ceño cuando oyó el nombre de Bundy. Le sonaba familiar.

De regreso a su oficina, abrió el fichero de sospechosos, y encontró lo que buscaba, una carpeta delgada con el nombre de Bundy. Un detective de Seattle, Bob Keppel, le había dado la información. El personaje era sospechoso de «dos asesinatos de Ted» ocurridos el año anterior y ahora parecía probable el traslado a Salt Lake City. Bob Keppel no creyó que un estudiante de Derecho, trabajador y licenciado en Psicología por la Universidad de Washington, encajara en el perfil de un maniaco sexual.

Ahora la barra de hierro, las esposas y las medias hacían dudar del diagnóstico. Al mismo tiempo, Thompson recordó algo más: el intento de secuestro de Carol DaRonch. También había sido esposada y amenazada con una barra de hierro, y su secuestrador, como Bundy, conducía un Volkswagen.

Cuando éste fue de nuevo arrestado cinco días después, no pareció importarle. Conocía suficientemente la ley como para saber que un cargo por tener un arma para robar era sólo una falta que no podría hacer que le retuvieran.

Durante el interrogatorio, demostró la misma sangre fría y la despreocupada seguridad que se haría familiar a los detectives que intentaban acusarle de asesinato. El pasamontañas lo utilizaba cuando esquiaba para calentarse la cara, había encontrado las esposas en un cubo de basura, el punzón y la barra de hierro eran parte de las herramientas del coche. En cuanto al registro de su apartamento, dio permiso voluntariamente.

Naturalmente, la Policía no encontró nada sospechoso; había tenido casi una semana para recogerlo todo. Pero cuando Thompson encontró unos cuantos folletos de viajes de Colorado, recordó que varias chicas desaparecieron allí el año anterior. Le preguntaron si conocía Colorado y Bundy lo negó categóricamente. Los folletos y el mapa los olvidó un amigo en su apartamento. En un cajón, el policía encontró un montón de resguardos de tarjetas de crédito y se guardó uno en el bolsillo. De vuelta en su oficina, Thompson habló con la Policía de Colorado sobre las desapariciones que habían ocurrido allí. El mapa, les dijo, parecía nuevo y sin usar. Pero uno de los folletos de esquí estaba marcado cerca de un hotel llamado el Wildwood Inn en Snowmass.

Se oyó una exclamación al otro lado del teléfono. «Una chica llamada Caryn Campbell desapareció de aquí en enero. Su cuerpo se encontró un mes después. Fue forzada y golpeada hasta morir».

De pronto todo parecía mucho más prometedor. Y si Carol DaRonch identificaba a Bundy como su secuestrador, tendrían el caso resuelto. Pero Thompson se encontró con un revés inesperado. La joven estaba tan mal emocionalmente, por su experiencia, que su memoria fallaba. Mirando un montón de fotografías admitió que la de Bundy se parecía un poco a la de su secuestrador, pero no podía afirmar nada. Cuando la llevaron a ver el Volkswagen descubrieron que estaba recientemente pintado de nuevo.

El 1 de octubre, la suerte del detective empezó a mejorar. Bundy fue llevado ante el tribunal de justicia para una identificación. Las mujeres que debían identificarle eran Carol DaRonch, Jean Graham y una estudiante de la escuela de Viewmont.

A pesar de que Bundy se había afeitado el bigote, cortado el pelo y cambiado la raya del pelo, las tres le identificaron. Ese día por la tarde, el juez Cowans firmó una resolución acusándole de secuestro e intento de asesinato. En 24 horas, el nombre de Ted Bundy se hizo conocido para todos los periodistas a lo largo de los EE.UU. Por entonces, los huesos de cuatro víctimas más de Seattle, Lynda Healey, Susan Rancourt, Kathy Parks y Brenda Ball, se habían descubierto en Taylor Mountain, a 25 kilómetros de la ciudad.

Las conclusiones fueron terribles. El secuestrador podía haber tenido sólo un propósito al llevarlas allí: tomarse el tiempo que quisiera en sus asaltos sexuales antes de estrangularlas o golpearlas hasta la muerte. Las deducciones de la doble desaparición del

lago Sammamish Park eran igual de malas. No se espera que un hombre que secuestra a una chica lo haga otra vez pocas horas después. Ted habría querido experimentar el placer de violar a dos chicas al mismo tiempo, posiblemente enfrente una de otra.

Era algo más que un asesino sexual corriente, era casi un monstruo inhumano. Esta fue la razón por la que las noticias de que Bundy había sido arrestado aparecieron en titulares en todo el país.

Pero en ocho semanas estaba en libertad bajo fianza (su madre había pedido prestado el dinero). Por supuesto, estaba convencida de la inocencia de su hijo, al igual que sus amigos estudiantes de Salt Lake City.

Estos estaban convencidos de que la Policía trataba de engañarle haciéndolo culpable. Dos ex-novias suyas estaban menos seguras.

Durante cinco años, había estado más o menos comprometido con una chica de Seattle. Pero ella había empezado a desconfiar al ver las fotos de «Ted» en el periódico. Unos días después encontró yeso blanco en un cajón y telefoneó a la Policía para revelar sus sospechas. Una novia de Ted, más reciente, describió cómo le gustaba atarla con medias de nylon antes de estar con ella.

Tal comportamiento no probaba que fuera un asesino. Lo que parecía más prometedor era el hecho de que el grupo sanguíneo de Bundy era el mismo de la sangre encontrada en la ropa de Carol DaRonch.

También el pelo que se encontró en su coche era virtualmente idéntico al de Carol DaRonch y Melissa Smith. Una década más tarde, después del descubrimiento de las huellas dactilares genéticas, sólo con la sangre de Bundy se hubiese probado su culpabilidad o inocencia. Pero en 1975, ni las pruebas sanguíneas ni las del pelo, eran concluyentes, de cargo. Tampoco lo era el hecho de que los resguardos de las tarjetas de crédito probaran que el sospechoso había estado en Colorado en las fechas en que las chicas habían desaparecido.

Cuando finalmente Bundy compareció ante el tribunal de Salt Lake City el 23 de febrero de 1976, otra cosa se hizo inmediatamente evidente, la mayoría de los espectadores asumieron que la Policía se había equivocado. Este hombre de apariencia decente, pulcro y culto, no podía ser el culpable de esa serie de asesinatos; parecía ser, más bien, un joven ejecutivo. A pesar de la identificación de Carol DaRonch, el caso contra Bundy parecía dispersarse y ser incidental. Esta fue la argumentación básica de la defensa: era la víctima de una serie de increíbles coincidencias.

El caso de Bundy seguía pareciendo dudoso, inseguro hasta que el cuarto día subió al estrado. No se trataba de la forma en que se presentó a sí mismo, era sólo que parecía demasiado convincente, demasiado listo. Al explicar la razón por la que esquivó a la Policía, adujo ante el tribunal haber estado fumando marihuana y haberla tirado fuera del coche mientras huía.

Resultaba demasiado astuto y confiado para ser inocente. En su argumentación final, el fiscal admitió que las pruebas eran circunstanciales. Pero cuando continuó señalando lo extraño que era el que tantas pruebas recayeran sobre la misma persona erróneamente,

todo el mundo en la sala reconoció el poder de este argumento. A pesar de ello, el fiscal creía que el veredicto iría probablemente en su contra.

No supo que había ganado hasta el lunes siguiente, cuando el juez Stewart Hanson declaró «encuentro a Theodore Robert Bundy culpable de secuestro». El acusado, sollozando suplicó que no le mandaran a la cárcel. El juez no se conmovió y le condenó de 1 a 15 años de prisión.

Una cosa parecía evidente, si él era el hombre que había raptado a Carol DaRonch, también era entonces el hombre que había secuestrado a Debbie Kent de la escuela de Viewmont. Lo que a su vez significaba que era el primer sospechoso de los otros secuestros ocurridos en Salt Lake City y como los resguardos de sus tarjetas de crédito revelaban que había estado varias veces en Colorado, en 1975 (cuando cinco mujeres habían desaparecido) parecía bastante probable que Ted Bundy fuera un asesino sexual.

En enero de 1977, fue encarcelado en Aspen, Colorado. Las autoridades locales empezaron a trabajar sobre la hipótesis bastante convincente de que él era también responsable del secuestro de Caryn Campbell.

Un hombre que respondía a la descripción de Bundy fue visto en el hotel la tarde antes de la desaparición de la chica. También un tercer manojito de pelo encontrado en su coche coincidía con el de Caryn Campbell, y la palanca encontrada en el mismo correspondía a la huella, hallada en la calavera de Caryn. Un resguardo de la tarjeta de crédito demostraba su estancia en la zona. La desaparición de una chica llamada Julie Cunningham y la descripción y posterior reconocimiento de Bundy por un empleado de la gasolinera, aportó a el caso bastante más convicción que el anterior en Salt Lake City.

En la prisión de Colorado, Bundy era un preso popular. Su encanto, inteligencia y sentido del humor hizo pensar a muchos de sus compañeros en su inocencia. Había decidido actuar como su propio abogado defensor, y fue esto lo que le permitió acudir al juicio sin esposas. El fiscal del Distrito Franck Tucker le describió como «la persona más arrogante que he visto jamás». Pero Bundy, sin lugar a dudas, a medida que se acercaba el juicio se volvía cada vez más amargo, agresivo y desanimado.

Compareció ante el Tribunal de Aspen el 7 de junio de 1977. Escuchó el informe del Defensor Público contra la pena de muerte. Durante la hora de la comida, se fue al segundo piso a dar una vuelta por la biblioteca. Unos minutos después, una mujer vio como un hombre saltaba sobre el césped y se iba cojeando calle abajo. Preguntó al policía, «¿es normal que la gente de por aquí salte por las ventanas?» El policía maldiciendo, salió corriendo hacia la biblioteca. Bundy ya no estaba allí.

Se encontraba cerca de la garganta del río, en camiseta y shorts para hacerse pasar por un excursionista, con las ropas escondidas bajo el suéter. Se puso a andar por la carretera que va a Aspen Mountain.

En lo alto de la montaña, encontró refugio en una cabaña deshabitada, donde permaneció durante dos días. Pero cuando volvió a salir, regresó sobre sus pasos y estuvo vagando en círculo. Después de robar un Cadillac, fue localizado por la Policía y arrestado de nuevo a unas manzanas del lugar donde se había escapado ocho días antes.

Durante los siguientes seis meses los argumentos legales se lucieron interminables. El fiscal quería aportar pruebas sobre las otras chicas que habían desaparecido en Utah. Bundy se defendía, utilizando interminables tácticas dilatorias.

El 31 de diciembre de 1977, a las 7 de la mañana, un guardia de la prisión de Garfield County dejó la bandeja del desayuno en la puerta de la celda del preso, y vio una figura que dormía en la cama. A la hora de la comida la bandeja seguía allí. La figura no era más que una pila de libros y almohadas. Un agujero en el techo demostraba que se había escapado por segunda vez con la ayuda de un cuchillo de sierra. Cuando se dio la voz de alarma, ya estaba en Chicago.

Después de que Bundy escapara de la prisión de Garfield County el 30 de diciembre de 1977, transcurrieron cuatro horas buscando un coche para robar y finalmente encontró un MG en muy mal estado, que pronto se averió en plena ventisca. Se las arregló para que le llevaran hasta Vail, y desde allí tomó un autobús a Denver. Llegaba a tiempo para coger el vuelo de la TWA a Chicago a las 8.55 de la mañana del sábado, 31 de diciembre. Fue directamente a la estación y tomó un tren a Ann Arbor en Michigan, a donde llegó justo antes de la medianoche, y se registró en el YMCA.

Al día siguiente, se afeitó la tupida barba que se había dejado crecer en prisión.

El lunes 2 de enero entró en un bar a ver a su equipo de fútbol de la Universidad, el Washington, que jugaba contra el Michigan. Bebió cerveza mientras veía el partido y estaba tan borracho en la segunda mitad del partido que el barman le amenazó con llamar a la Policía.

Decidió abandonar Ann Arbor y el miércoles robó un coche y se dirigió hacia el sur. Abandonó el automóvil en Atlanta, se fue a ver una película, *The Sting*. Luego tomó el autobús a Tallahassee, a donde llegó el viernes 6 de enero.

La prueba que primero señaló a Bundy como el múltiple asesino sexual fue una serie de recibos de una tarjeta de crédito. Bundy declaró a los detectives de la ciudad de Salt Lake que él nunca había estado en Colorado. Pero el recibo de la tarjeta de crédito que el agente Jerry Thompson recogió de su habitación era por comprar gasolina en Glenwood Springs, en Colorado, el 12 de enero de 1975, sólo a unas pocas millas de Snowmass Village, donde Caryn Campbell desapareció ese mismo día.

El 15 de marzo, Bundy puso gasolina en Golden, Colorado, muy cerca de Vail, donde la joven Julie Cunningham de 26 años fue secuestrada en la misma fecha. El dueño de la estación de servicio identificó una fotografía de Bundy. Con una prueba tan clara, la Policía de Colorado estaba segura de una condena. Pero Bundy les sorprendió al escapar.

Bob Keppel, el detective de Seattle (King County) dedicó cinco años al caso de Bundy. Empezó a investigar las desapariciones del lago Sammamish en julio de 1974 y fue el primero en esbozar el retrato del desconocido Ted. Cuando Bundy fue arrestado en la ciudad de Salt Lake en agosto de 1975, tuvo la fuerte corazonada de que se trataba del «Ted» que él había estado buscando.

Una de las personas a las que interrogó fue al primo de Bundy, Alan Scott, que le contó que él y Bundy habían estado de excursión «por esa zona de Colorado, cerca de Noth Bend». Aquí se encontraba Taylor Mountain, donde fueron hallados cuatro esqueletos.

Scott no tenía intención de decirle a la Policía donde había ido, pero cuando fue requerido a comparecer no tuvo otra elección. La información del primo reveló que Bundy conocía esa zona. Fue gracias al tesón del detective que Bundy finalmente rompió su silencio antes de la ejecución y admitió que era el asesino. El acusado le dijo dónde buscar los cuerpos de algunas de sus víctimas que todavía no habían sido descubiertos. También le contó que había tres víctimas más, aún desconocidas. El detective esperó la confesión de Bundy durante catorce años. «Está continua y totalmente obsesionado por el asesinato», comentó Keppel.

Cuando Bundy fue arrestado, admitió haber utilizado pornografía dura como preludio a sus crímenes. Muchos violadores también confiesan haber hecho uso de ella. La relación entre la pornografía y el crimen sexual es difícil de precisar.

Uno de los argumentos de Ted Bundy mientras estaba en prisión era que la pornografía de la que hacía uso tenía una gran influencia sobre él y le incitaba a cometer asaltos sexuales violentos. Los lazos entre el crimen y la pornografía, son, de cualquier forma, cuestionables y aún no han sido probados.

Los criminólogos, sin embargo, deben distinguir entre pruebas e indicios. Las pruebas que relacionan la pornografía con los crímenes sexuales son similares a las que establecen una relación entre el colesterol y los ataques cardíacos. No hay un lazo fijo, pero, a pesar de ello, hay indicios razonables para darse cuenta de que existe una conexión entre los dos.

La pornografía blanda, fácilmente disponible en todo el mundo occidental es de esa clase que se encuentra en los estantes de los kioscos de periódicos y en las revistas de las estaciones de servicio, como son Mayfair, Playboy y Penthouse. Tienen una gran difusión entre el público, no hay descripciones del sexo y las fotografías de las modelos tienen un enfoque que las difumina.

La llamada dura, sin embargo, es muy diferente, y el término abarca casi toda la clase de pornografía distinta a la del tipo Playboy. Esto incluye cualquier cosa desde las llamadas revistas que se encuentran en las sex shops inglesas hasta las revistas y vídeos que tratan sobre bestialismo, paidofilia y material sadomasoquista extremadamente violento.

La última categoría incluye lo que se llama películas «snuff» en las que el sadismo es genuino y no actuado, las mujeres son mutiladas de verdad, se infligen heridas terribles y en las más caras se cometen asesinatos reales en escena.

La pornografía más dura que es ilegal en Inglaterra, está en cambio, fácilmente disponible en América. Es en ésta en la que se centra el complejo debate sobre las influencias que conducen a los crímenes sexuales.

La pornografía de este tipo, el más ofensivo de pornografía dura, permitiría a las mujeres cambiar la idea de un número de consumidores del porno en el sentido de que ellas son meros objetos sexuales.

Nancy Steele, una asistente social de prisiones, que trata directamente con violadores convictos, ha dicho: «Ciertos tipo de asesinos sexuales viven en un mundo de fantasía, aislados de las verdaderas relaciones humanas».

Es una característica reconocida de los criminales sexuales que sus vidas emocionales están vacías y que tienen dificultad para crear relaciones amorosas, confundiendo el sexo que ven en la pornografía, con el amor.

No hay vínculo definitivo en la censura de pornografía dura y la creciente aparición de crímenes sexuales. Aun en algunos países, siguiendo a la liberalización de las leyes sobre la censura, ha habido una disminución en el nivel de crímenes sexuales. Se cree que este descenso se debe al hecho de esa fácil disponibilidad de la pornografía disminuye la urgencia de cometer crímenes sexuales al proporcionar una «liberación» menos dañina a la excitación sexual.

Sin embargo, la mayoría de los sociólogos y psicólogos de prisiones refutan esta teoría, y consideran la pornografía como una incitación peligrosa a la violencia sexual. Lejos de estar satisfechos con fotografías o con escenas en la televisión, los violadores en potencia con la distorsionada imagen de las mujeres que se muestran en la pornografía dura, quieren probar en la realidad lo que ven.

Muchos violadores, incluyendo a Bundy, han admitido que utilizaron la pornografía como espuela para cometer sus crímenes. Una escritora feminista ha, incluso, llamado a la pornografía «violación sin castigo».

Es imposible decir cuál es la verdadera influencia en la pornografía sobre los criminales del sexo, a causa de la complejidad de la mente. Lo que es cierto es que el 80-90 por ciento de criminales del sexo emplean la pornografía como incentivo para el crimen.

Suecia, Noruega y Dinamarca son bien conocidas por sus actitudes liberales respecto a la pornografía. En estos países, hay un menor número de asaltos sexuales que en Gran Bretaña. El alegato a favor de la restricción de la pornografía significa poco al lado de las estadísticas de violaciones de los países escandinavos.

Dinamarca revocó la ley que combatía la pornografía escrita en 1967, y la ley de la ilustrada en 1969. Estos acontecimientos tuvieron efectos dramáticos en las estadísticas nacionales sobre violaciones.

Desde el final de la segunda guerra mundial hasta 1967, los asaltos sexuales denunciados en Dinamarca se han mantenido alrededor de los 85 casos por cada 100.000 habitantes cada año. En 1967, estas estadísticas bajaron y se han mantenido alrededor de unos 40.

En los años 1967 y 1969, los años de la liberalización, hubo una disminución de denuncias por violación en la capital, Copenhague. Después de un rápido crecimiento durante tres años hasta 1972, dichas denuncias disminuyeron hasta el nivel existente antes de la liberalización.

Esto sugiere que, la pornografía, cuanto más se expone, resulta más inaceptable como una parte de la naturaleza humana. Sin embargo, el efecto real de ella en los crímenes sexuales es difícil de evaluar.

En la calurosa Florida, Tallahassee, parecía un mundo aparte de Washington o Utah. Poca gente había oído hablar de Ted Bundy, el asesino culpable que se había fugado. No era probable que se advirtiera la presencia de este hombre en la ciudad, pero sólo se mantendría oculto mientras pudiera controlar su necesidad de asesinar.

Tallahassee, capital de Florida, se encuentra a unos 3.300 kilómetros de Seattle, en el extremo sureste de los EE.UU. A pesar de la distancia, Tallahassee y Florida compartían la misma atmósfera relajada de un agradable campus universitario.

Habían pasado dos semanas desde que Bundy escapara de Colorado, pero las noticias apenas habían llegado tan al sur. En la residencia para estudiantes conocida como Los Oaks, nadie prestó mucha atención al nuevo residente, Chris Hagen, que había alquilado una habitación pequeña y sucia por 80 dólares al mes. Los pocos que habían hablado con él le encontraron inteligente y encantador, pero parecía que prefería estar solo. Lo que ninguno adivinó fue que Chris Hagen no tenía apenas dinero y que lo robaba para sobrevivir en los supermercados.

A las 3 de la mañana del domingo 15 de enero de 1978, Nita Neary dio las buenas noches a su novio y se metió en la residencia de estudiantes, en una esquina del campus. Alguien había dejado las luces encendidas, y las apagó. Entonces oyó ruido de pisadas en las escaleras y vio a un hombre que corría hacia la entrada principal. Mientras ella la abría, vio que llevaba una gorra de lana negra y algo parecido a un palo de madera.

Lo primero que supuso fue que alguna de las estudiantes había metido a un hombre en su habitación. Pero había algo de furtivo en la presencia de ese hombre que empezó a preocuparla. Subió las escaleras corriendo y despertó a su compañera de habitación; luego las dos fueron a llamar a la directora de la residencia. Mientras hablaban, se abrió una puerta y una chica salió tambaleándose, agarrándose la cabeza. Reconocieron a Karen Chandler, y un momento después vieron que tenía el pelo empapado de sangre. Corrieron a su habitación que compartía con Kathy Kleiner, y encontraron a esta sentada en la cama inconsciente, con la cara ensangrentada.

La policía se presentó en unos minutos. Rápidamente descubrieron que dos chicas más, Margaret Bowman y Lisa Levy, habían sido atacadas. La primera estaba muerta, estrangulada con una media y la segunda murió camino del hospital. Los shorts de Margaret Bowman habían sido arrancados con tal violencia que tenía rozaduras en la piel. Lisa Levy tenía diversas heridas en el pecho y sangraba por los orificios inferiores de su cuerpo. El examen médico descubrió la marca de un mordisco en la nalga izquierda.

Una hora y media después, en una casa pequeña sólo a seis manzanas de allí, Debbie Cicarelli se despertó por unos golpes fuertes que, aparentemente, venían de la habitación de al lado, ocupada por Cheryl Thomas. Pocos minutos después oyó sollozos. Levantó a su compañera de cuarto, y las dos escucharon los ruidos. Debbie marcó el número de teléfono de Cheryl. Mientras el teléfono sonaba se oyó un golpe fuerte y ruidos de pisadas corriendo. Poco después, la casa estaba abarrotada de policías que habían llegado a toda prisa desde la residencia Chi Omega.

Cheryl Thomas estaba semiinconsciente, y las sábanas, que estaban manchadas de sangre, fueron retiradas de la cama. Se encontró cerca un palo de madera tirado en el suelo.

Cheryl, como Karen y Kathy, sobrevivieron al asalto brutal, después de haber estado cerca de la muerte.

Los asesinatos de Chi Omega salieron en todos los titulares de prensa del país.

A pesar de ello, nadie sugirió que Bundy pudiera estar en Florida. En Los Oaks, Chris Hagen continuaba manteniéndose aparte. A menudo por las noches parecía estar borracho.

De hecho, ahora vivía del robo de tarjetas de crédito y de artículos del supermercado. También se estaba convirtiendo en un experto en sustraer bolsos a las mujeres. El 5 de febrero de 1978 se apoderó de una furgoneta blanca de un aparcamiento y se dirigió a Jacksonville.

Dos días después, el miércoles 8 de febrero, un hombre vestido con desafino y con una barba de dos días se acercó a Leslie Parmenter, de 14 años, en una calle de Jacksonville y trató de entablar una conversación, pero parecía confuso e inseguro de sí mismo. En ese momento su hermano de 20 años se acercó, con intención de llevarla a casa, y preguntó al extraño qué quería. El hombre masculló algo y se fue hacia su furgoneta blanca.

Danny Parmenter le siguió y anotó el número de matrícula.

A la mañana siguiente, Chris Hagen dejó la habitación en Hollyday Inn sin pagar y estuvo dando vueltas con el coche hasta que se encontró cerca del lago City Junior de la High School.

Unos minutos después de haber comenzado su clase de gimnasia, Kimberly Leach, de 12 años, se dio cuenta de que se había dejado su bolsa de deportes en otra dependencia, y preguntó si podía ir a por ella. Pero no fue hasta las 2 de la tarde cuando alguien se dio cuenta de su ausencia y telefoneó a su madre.

Al atardecer, Chris Hagen estaba de vuelta en Tallahassee. La noche siguiente invitó a una chica a cenar, utilizando una tarjeta de crédito robada, y se comportó impecablemente. Un poco más tarde, esa misma noche, después de que un policía hubiese estado mirando minuciosamente la furgoneta robada, dejó el apartamento por la salida de incendios, y robó un Volkswagen naranja en el que el propietario se había dejado las llaves, y se dirigió al oeste hacia Pensacola.

En la madrugada del miércoles 15 de febrero de 1978, el agente David Lee vio un coche naranja que vagaba errando por un callejón. Comunicó por la radio el número de matrícula y minutos después le dijeron que era robado. El policía puso las luces largas. Por un momento el conductor aceleró, y luego frenó en seco.

Lee ordenó al ocupante que saliera y se echase al suelo.

El sospechoso dio un puntapié al policía y huyó a toda prisa. El agente sacó su pistola y disparó; el hombre cayó sobre la acera. Pero al inclinarse sobre él, el hombre le golpeó en la mandíbula. Pelearon durante unos instantes, y Lee finalmente se las arregló para ponerle las esposas.

Mientras se dirigían hacia la comisaría, el hombre esposado dijo tristemente: «Ojalá me hubieras matado».

En las dependencias policiales, el sospechoso insistió en que su nombre era Kenneth Misner, y apoyaba su historia con diversos carnets y un certificado de nacimiento. Pero el agente pronto se dio cuenta de que los carnets habían sido robados al interesado en Tallahassee.

A primeras horas de la mañana, el detenido, desmoralizado y exhausto, habló ante una grabadora. Su objetivo, explicó, era hacer comprender a los que lo interrogaban cuál era su problema. Todo empezó, dijo, en el momento en que vi a una chica conduciendo una bicicleta, «supe que debía tenerla». Ella escapó, pero ahora su futuro estaba determinado.

Dos meses después, el 7 de abril de 1978, un policía de la autopista escudriñó en un viejo cobertizo cerca del parque Suwannee River State, y vio un pie calzado con un zapato de lona. Era el cuerpo desnudo y en descomposición de Kimberly Leach. Las heridas en la región pélvica sugerían un ataque sexual. La causa de la muerte era «violencia homicida en la región del cuello». Un abogado, fuertemente impresionado, dijo: «Vamos a enviar a ese Bundy a la silla eléctrica».

Pero el momento de debilidad de Bundy había pasado. Estaba de nuevo insistiendo en su total inocencia, y en que su aparente conexión con una cadena de asesinatos sexuales era pura coincidencia.

Parecía un hombre encantador, pero bajo esa superficie latía un impulso sexual irresistible y una fuerte rabia hacia las mujeres.

Bundy es un ejemplo de lo que se conocía en la pasada década como «asesino en serie», una forma de violencia que ha crecido firmemente en años recientes, particularmente en América. Jack el Destripador, en 1888, es probablemente el primer ejemplo moderno, con cinco víctimas en un periodo de diez semanas. El «asesino en serie» es una persona en la que la normal inhibición respecto a quitar vidas humanas ha desaparecido, y el motivo en la mayoría de los casos es el sexo. Para tal persona, asesinar se ha convertido en una mala costumbre.

El día anterior a su ejecución, Bundy habló francamente con Dorothy Lewis, una psiquiatra de Nueva York, y algunos aspectos importantes salieron a la luz. Su abuelo, era un hombre de temperamento violento que algunas veces daba palizas a su paciente y dulce esposa, pero le colmó de afecto durante su infancia y fue el único «padre» verdadero que conoció.

El mismo Bundy tenía un temperamento violento, y pensó desde pequeño que los accesos de cólera estaban justificados. Nunca pudo entender por qué tenía tanta rabia, mucha de la cual estaba dirigida contra su madre, con quién admitió, tener una relación muy superficial. Al ser un adolescente altamente inteligente, se sentía como un extraño en una casa de gente obrera, con un padrastro analfabeto y una madre reprimida.

Otro impulso básico en el caso de Bundy era el anhelo de ser famoso. Pero un fondo de autocompasión, el sentimiento de que «el mundo estaba contra él» le impidió hacer la clase de esfuerzo que le hubiera proporcionado el éxito.

Asesinar mujeres y burlarse de la ley le proporcionaban el sentimiento de haber triunfado. También disfrutaba del desafío de conducir a la muerte a las estudiantes más guapas y elegantes.

La clave definitiva está en la poderosa sexualidad de Bundy. Desde temprana edad era un obseso de la pornografía sádica. Admitió fantasear sobre la necrofilia. La que fue su novia durante largo tiempo, Meg Anders, describió como él acostumbraba a atarla con medias antes de estar con ella.

Tales actos no podían satisfacer su deseo de tener un control total de la compañera. Esto se fue convirtiendo gradualmente en un anhelo de violencia. Más tarde admitió que a menudo estranguló a la víctima durante el acto sexual.

Algunos de los cuerpos, aunque en parte descompuestos, tenían el pelo lavado y el maquillaje cuidado, lo cual quiere decir que las había guardado para actos de necrofilia.

Una de las cosas más difíciles de entender es la habilidad de este hombre para pasar de ser un conversador encantador a un asesino sin sentimientos.

El autor de uno de los libros que se publicaron sobre el caso, Stephen Michaud, le preguntó si conversaba mucho con sus víctimas. «Algo...» contestó. «Como la chica... representaba no un persona sino una imagen, o algo deseable, lo último que esperábamos de él es que quisiese personalizar a esa persona».

La clase de dureza interior y de crueldad requerida para tratar a una joven como a un desperdicio debe haber estado presente en Bundy desde edad muy temprana, posiblemente poco después de su nacimiento.

Científicos que experimentan sobre conductas animales, saben ahora que, si un animal es privado del amor de su madre, en los primeros días de su vida, se hace permanentemente incapaz de formar lazos de afecto. Después del nacimiento de Ted Bundy, durante dos meses permaneció en una clínica sin su madre mientras sus abuelos decidían darle o no en adopción. Este puede ser el periodo que determinó su carrera como asesino.

Quizás la observación más turbadora es la que hizo Bundy a Stephen Michaud: «alguien que fuera verdaderamente astuto, con poco dinero, podría con seguridad evitar su detención indefinidamente. Siempre ha sido mi teoría que por cada persona arrestada y acusada de múltiple homicidio, hay probablemente unas cinco más ahí fuera».

En 1978 dos escritores, Stephen Michaud y Hugh Aynesworth, fueron requeridos por Bundy para escribir un libro que empezaría con la asunción de su inocencia. Pero cuanto más estudiaban el caso, más evidente se volvía que era un asesino.

Encontraron que los principales rasgos de Bundy eran la inmadurez emocional y una aparentemente capacidad infinita para la autodecepción. «Su infantilismo era tan extremo que sus súplicas de inocencia eran de un carácter muy similar a la de un niño pequeño que negara estar haciendo algo malo, incluso siendo evidente todo lo contrario», así fue como Michaud y Aynesworth describieron a Bundy.

Este demostró ser un verdadero maestro de la mentira, de los rodeos para no comprometerse, de la autojustificación y de la falta de memoria. Pero gradualmente alcanzó la decisión de «especular libremente» sobre los motivos y la personalidad del asesino. Se lanzó tan entusiásticamente a una especulación ambigua que habló durante horas ante una grabadora.

Lo que aparece en el libro «El único testigo vivo» (1983) es la historia de un «solitario» que se volvió completamente obsesionado por el sexo (era un ávido lector de pornografía y un cleptómano consumado). Hay muchas descripciones gráficas en el libro de cómo los hechos aislados en la vida de Bundy se convirtieron gradualmente en un deseo abrumador de imponer sus fantasías a las mujeres. La violencia y el voyerismo marcan fuertemente al individuo y lo convierten en un ser rechazado.

Un día, que estaba bebido, siguió a una chica desde un bar y se dio prisa en adelantarla para buscar un grueso trozo de madera con el que atacarla, pero ella entró en una casa antes de llegar al lugar donde él la estaba esperando. En otra ocasión se acercó y esperó detrás de una mujer que estaba metiendo la llave en una puerta y la golpeó con un trozo de madera. Cuando ella gritó, él huyó corriendo y juró no volver a hacerlo nunca más. Pero un frustrado «love affair» con una chica que era «superior socialmente» le amargó y un nuevo elemento de venganza se sumó a sus ansias sexuales.

Un día, después de ver a una chica desnudándose a través de una ventana iluminada, encontró el camino de su habitación y la atacó, ella gritó y él huyó corriendo. Pero la siguiente vez que entró en una habitación, la de Sharon Clarke, la golpeó hasta dejarla inconsciente. Más tarde, en el mismo mes, secuestró a Lynda Healy, la llevó en coche hasta Taylor Mountain, la violó y la agredió hasta matarla.

Bundy admitió más tarde que al principio tenía que luchar con su conciencia para violar y asesinar a sus víctimas pero pronto se autoconvenció de que podía tratarlas como si fueran basura. Estaba convencido de que podría dejar de actuar en cuanto le apeteciera. Lo que parecía claro en «El único testigo» es que se dio cuenta de que esto era imposible. Estaba atrapado por una abrumadora obsesión, parecida a la ansiedad de un drogadicto, lo que le llevaba a salir una y otra vez a buscar víctimas.

Según Bundy, «él no encontraba ningún placer por herir o causar dolor a la persona a la que atacaba... no recibía absolutamente ninguna gratificación. Hizo todo lo posible racionalmente para no torturar a estas mujeres innecesariamente, no físicamente».

Después de los crímenes se sintió trastornado y lleno de remordimientos e igualmente horrorizado por todos los riesgos que había corrido.

Una y otra vez, la necesidad de tener control total sobre sus víctimas se volvió todopoderosa. Explicó que, en el momento en que cometía cada violación, sentía que poseía a la víctima, «como uno podría poseer una maceta, un cuadro, o un Porsche. Así las poseía».

Después de cada agresión sexual sabía que tenía que asesinar para eludir el riesgo de ser capturado y entonces llevaba el cadáver a algún remoto lugar. Cuando se trasladó a Salt Lake City era consciente de que nunca sería capaz de dejar de cometer crímenes.

La silla eléctrica se utilizaba de forma regular en Florida, «el cinturón de la muerte de América». Bundy podía o bien negociar la forma de sobrevivir, o bien jugársela y arriesgarse insistiendo en su inocencia.

Bundy tenía razón en una cosa. Todas las pruebas en su contra eran circunstanciales todas, sin duda, excepto la del mordisco en el pecho de Lisa Levy.

Tres semanas después de que se encontrara el cuerpo de Kimberly Leach, la policía le detuvo y tomó una impresión de sus dientes. Esta prueba le acusaría finalmente del asesinato de Lisa Levy.

Una vez más, Bundy había decidido actuar como su propio abogado defensor, y sus tácticas dilatorias tuvieron éxito al conseguir que el juicio fuera retrasado de octubre de 1978 a junio de 1979. En un momento dado, cambió de opinión, y decidió aceptar el equipo defensor de la Oficina Pública de Abogados. Pero cuando le aclararon que lo que querían era «obtener clemencia», admitiendo declararse culpable por los asesinatos de Lisa Levy, Margaret Bowman y Kimberly Leach a cambio de la garantía de que no sería sentenciado a muerte, Bundy prescindió de ellos.

Fue la tercera equivocación de su carrera criminal. Las dos primeras habían sido las faltas sin importancia que había cometido con el coche y que le habían llevado a dos arrestos. Este tercer error vendría a ser, finalmente, el más grave de los tres.

El juicio comenzó el 25 de junio de 1979, y Bundy se apuntó un triunfo inicial cuando consiguió que éste se trasladara de Tallahassee a Miami, basándose en que el jurado local no sería imparcial. Pero a partir de entonces, se hizo evidente que perdía terreno con rapidez. Las pruebas en contra suya eran irrecusables. Estaba la chica, Nita Neary, que le vio abandonar la residencia femenina de estudiantes, la media encontrada en la habitación de Cheryl Thomas, que era virtualmente idéntica a la encontrada con anterioridad en su coche.

Además de eso, las marcas de mordiscos encontradas en el cuerpo de Lisa Levy, de acuerdo con el testimonio de expertos odontólogos, eran las huellas de sus dientes.

Bundy se apuntó un tanto cuando el juez decretó que las cintas de sus confesiones a la policía de Pensacola eran inadmisibles porque su abogado no estaba presente. Pero mientras el acusado pensaba que lo estaba haciendo bien, nadie en la sala dudaba de que la acusación contra él era aplastante. La abogada de oficio Margaret Good hizo un poderoso discurso en su defensa, subrayando cualquier posible duda.

El 23 de julio de 1979, el jurado sólo deliberó siete horas que fueron suficientes para encontrarlo culpable de una larga lista de acusaciones. Cuando se le preguntó si tenía algo que decir, Bundy hizo otra de sus exhibiciones como hombre inocente ofendido, y contestó con lágrimas en los ojos: «Encuentro absurdo tener que suplicar por algo que no hice».

El juez Edward D. Cowart sentenció a Bundy a morir electrocutado, concluyendo: «No le tengo ninguna animosidad, créame. Pero fue por el mal camino, compañero. Cuídesse».

El primero de varios libros que se publicaron sobre el caso terminaba con estas mismas palabras. Pero sin lugar a dudas la historia de Bundy había terminado. Desde la penitenciaría de Raiford, donde se le situó en el «Pasillo de la Muerte», continuó luchando por su vida. El 7 de enero de 1980, fue juzgado en Orlando por el asesinato de Kimberly Leach.

Se mostraron diapositivas en color del cadáver y las pruebas forenses parecían indicar que la chica había sido violada en la furgoneta, vestida de nuevo, y conducida a la cabaña, azotada y posiblemente sodomizada. El 7 de febrero de 1980, el acusado fue encontrado culpable otra vez. Una vez más, rompió a llorar. Dos días después se casó con una chica llamada Carole Boone, una divorciada con un hijo adolescente. La había conocido algunos años antes y ella se había fijado en él después de que Meg Anders le hubiera abandonado. Ella continuó creyendo en su inocencia.

Bundy casi hizo imposible que su defensa pudiera salvarle la vida, y sin lugar a dudas fue su intervención lo que finalmente le llevó a la silla eléctrica.

Mientras estaba encarcelado en Colorado, decidió ponerse en contacto con el famoso abogado Millard Farmer, el fundador de la «Team Defense», una organización que ayuda a los asesinos sentenciados a muerte a hacer frente a la pena. Bundy y Farmer se lucieron amigos. Cuando se enteró de que había sido arrestado en Florida, Farmer gimió «se ha dejado arrestar en “el cinturón de la muerte de América”. Y Florida es su hebilla». Bundy se enfureció porque a Farmer no se le permitió defenderle en Florida; su fama de actuar teatralmente en los juicios influyó sobre el juez en contra del abogado. Pero fue éste el que negoció un trato con el fiscal: si Bundy se declaraba culpable de tres asesinatos, no habría pena de muerte. El acusado aceptó de mala gana, pero en el último momento cambió de opinión y despidió a todos sus abogados, haciéndose cargo de la labor él mismo, jugándose todo a «doblo o nada». A pesar del brillante discurso final de la defensora pública, Margaret Good, perdió la partida.

El equipo de la acusación en el juicio de Bundy en Miami estaba formado por dos abogados jóvenes y brillantes, Larry Simpson y Dan McKeever. A pesar de que Bundy solo estaba acusado de los ataques de Tallahassee, Simpson se dio cuenta de que el caso era muy complejo, por lo que llevó una pizarra a la sala para poder explicar lo que había pasado haciendo uso de un diagrama. La defensa luchó para excluir tres testimonios: Nita Neary, la testigo que había visto al atacante, la media encontrada en el coche de Ted en Salt Lake City, y la confesión grabada del acusado hecha en Pensacola inmediatamente después de ser arrestado.

El juez permitió testificar a Nita Neary y ella señaló a Bundy como el hombre que había visto. Pero cuando el juez determinó que la media y las cintas de Pensacola eran inadmisibles como pruebas parecía que el presunto asesino, después de todo, podía ganar.

Pero el fiscal tenía todavía una carta que jugar. Llamó a William Gunter, un experto en huellas dactilares, para testificar sobre su búsqueda en el apartamento de Bundy en Tallahassee. Este admitió que «no pudieron encontrar ni una sola huella. La habitación entera había sido limpiada, incluso la bombilla de la lámpara». Por las caras del jurado se podía ver que habían comprendido la cuestión. ¿qué hombre inocente limpia sus huellas dactilares de su habitación? Mientras ganaba su partida para la acusación, Larry Simpson

supo que, a pesar de todos los obstáculos, había convencido al jurado de la culpabilidad de Bundy.

Para Bundy finalmente se agotó el tiempo el 24 de enero de 1989. Su última apelación había sido desestimada y se fijó la fecha de su ejecución. Para salvar su vida intentó negociar un indulto a cambio de las confesiones.

El intento de «negociar con los cadáveres de las víctimas» produjo una violenta hostilidad entre los funcionarios de la ley. Las revelaciones apenas causaron compasión. Contó que Georgann Hawkins se había ofrecido a ayudarle a llevar su cartera cuando él andaba con muletas y que al inclinarse a dejarla en el suelo cogió una barra de hierro y la golpeó hasta dejarla inconsciente, y la metió en el coche.

A las 7 de la mañana del 24 de enero de 1989 fue conducido a la cámara de ejecuciones de la prisión de Starke, en Florida. Detrás de la mampara de plástico, un grupo de invitados formado por 48 personas esperaba para testificar su muerte. La cabeza del condenado ya había sido rapada. Cuando le sujetaban los brazos a la silla eléctrica reconoció al abogado entre los asistentes e hizo un gesto con la cabeza. Le colocaron las correas alrededor del pecho y sobre la boca, y un casco de acero con tornillos atado a la cabeza.

A las siete en punto de la mañana el verdugo accionó la palanca y el cuerpo de Bundy se estremeció violentamente en la silla. Un minuto más tarde se apagó la corriente y se declaró su muerte. Fuera, una multitud con pancartas que decían «*freír a Bundy*», gritó de alegría cuando se anunció su ejecución.

DAVID BERKOWITZ



“El hijo de Sam”

El asesino del revólver calibre 44 que aterrizó a la ciudad de Nueva York. Mataba mujeres a las que elegía al azar «siguiendo las órdenes de una voz de seis mil años, que recibía a través de un perro».

Los asesinatos comenzaron una noche de verano. El 29 de julio de 1976, dos chicas jóvenes, Donna Lauria, de 18 años, y Jody Valente, de 19, estaban despidiéndose en la calle cuando un

hombre joven se les acercó, metió la mano en una bolsa de papel marrón, sacó un revólver y sin mediar palabra comenzó a disparar. Donna solo pudo decir «¿pero qué quiere ese tipo?», y entonces una bala le alcanzó en la parte derecha del cuello. La chica levantó la mano para protegerse la cara, pero otra bala le atravesó el codo. Un tercer proyectil impactó en la cadera de Jody.

El padre de Donna, que salía de casa en esos momentos, escuchó los disparos y salió corriendo. Rápidamente trasladó a su hija y a su amiga al hospital, pero Donna murió en el trayecto.

La primera hipótesis de la policía fue que el ataque estaba en relación con la Mafia, ya que la zona donde vivían los Lauria, el norte del Bronx, es un área predominantemente italiana. Parecía ser un caso de asesinato a sueldo que había salido mal; un caso de equivocación de víctima. La investigación reveló que el arma del crimen era un revólver Charter Arms Bulldog del calibre 44, un arma de tambor de cinco disparos. De cerca puede hacer un gran agujero en una puerta, pero tiene mucho retroceso, y a más de cinco metros resulta un arma muy poco certera.

El segundo ataque se produjo en un lugar tan alejado del primero que nadie pensó que tuvieran conexión alguna. El 23 de octubre, tres meses después del asesinato de Donna Lauria, una pareja de jóvenes salía de un bar en la zona adinerada de Queens. Se montaron en un coche y condujeron hasta algún sitio donde pudieran estar solos. El coche pertenecía a Rosemary Keenan, una estudiante de 18 años y su acompañante era Carl Denaro, un vendedor de discos de 20 años.

Carl tenía pelo largo que le llegaba hasta los hombros y estaba sentado en el asiento del copiloto. Por ello, la persona que se acercó sigilosamente hasta el Volkswagen rojo pensó que era una chica. Esta vez llevaba el revólver del calibre 44 enfundado en el cinturón. Lo sacó y disparó cinco veces a través de la ventanilla. Pero, el retroceso le estropeó la

puntería; sólo una de las balas alcanzó la parte trasera del cráneo de Carl, sin llegar a penetrar en la cabeza. En el hospital le pusieron una placa de metal y en dos meses se recuperó totalmente de la herida.

El siguiente tiroteo también tuvo lugar en Queens. El 27 de noviembre de 1976, alrededor de la medianoche, dos escolares, Joanne Lomino, de 18 años, y su compañera de clase Donna DeMasi, de 16, estaban sentadas en los escalones del portal de la casa de Joanne, en la calle 262.

De pronto, un desconocido se les acercó y dijo: «¿decidme, cómo se llega a...?»; antes de terminar la frase sacó un revólver de la cintura y disparó sobre ellas. Donna sufrió una herida en el cuello, de poca gravedad, pero Joanne fue menos afortunada, ya que la bala que le atravesó la columna le obligaría a pasar el resto de su vida en una silla de ruedas.

Esta vez la policía barajó la posibilidad de que se tratase del mismo hombre que había asesinado a Donna Lauria y herido a Jody Valente. Pero parecía improbable, porque tanto Joanne Lomino como Donna DeMasi dijeron que la persona que les asaltó tenía el pelo largo y rubio. Sin embargo, Jody Valente estaba totalmente segura de que el pistolero del Bronx tenía el pelo negro y rizado.

Dos meses después, el 29 de enero de 1977, una joven pareja fue a ver la película «*Rocky*» a un cine de Queens y al terminar se dirigieron al coche dando un paseo. Eran John Diel, de 30 años y Christine Freund, de 26. Nada más entrar en el automóvil, la ventanilla del asiento derecho voló por los aires y un estruendo ensordecedor inundó el vehículo. Pocos minutos después, la chica fallecía en el hospital de Saint John, víctima de una herida de bala en la cabeza.

Fue entonces cuando los expertos en balística establecieron que la bala que había segado la vida de Christine había sido disparada con un revólver calibre 44 Bulldog. Un arma idéntica en los cuatro tiroteos. Sin embargo, las descripciones de los atacantes diferían tanto entre sí, que aún nadie pensaba en un mismo asesino.

El siguiente ataque ocurrió seis semanas más tarde, el 8 de marzo de 1977. Ese día una estudiante armenia, Virginia Voskerichian, regresaba a su casa en Exeter Street. Eran las siete y media de la tarde cuando, de improviso y en plena calle, un hombre joven la encañonó en la cabeza con una pistola. La muchacha intentó protegerse con los libros, pero la bala los atravesó, penetrando por la zona del labio superior y alcanzando el cerebro. Virginia falleció en el acto.

El lugar de su muerte, Forest Hills, no quedaba lejos de donde había sido tiroteada Christine Freund seis meses antes. El día después del asesinato la policía comprobó que las estriaciones del proyectil eran similares a las de la bala que se disparó sobre la otra víctima.

Aunque las descripciones del criminal no concordaran, lo que sí era seguro es que la misma arma había sido empleada para disparar al menos contra siete personas, y que el «asesino del 44» elegía sus víctimas al azar.

Ante la lógica alarma, la policía decidió crear un grupo especial, el llamado «Grupo Omega», que no consiguió devolver la confianza a la población de Nueva York. Y es que

nueve meses después del primer asesinato, el desconocido criminal continuaba paseándose tranquilamente por las calles y además, ahora, a su deseo de sangre iba a unir un anhelo de publicidad.

Al mismo tiempo que la policía decidía la creación del equipo especial, el hombre que estaban buscando se dedicaba a escribirles una carta. Fue redactada a lo largo de dos días, escrita en letras mayúsculas y «enviada» a la policía de una forma muy especial.

El 16 de abril de 1977, a las tres de la madrugada, otra joven pareja iba a recibir la visita del misterioso pistolero. Habían aparcado el coche al lado de una valla metálica en la zona del Bronx. Valentina Suriani, de 18 años, estaba sentada en las rodillas de su novio, Alexander Esau, de 20 años.

El largo beso de buenas noches fue interrumpido por las balas que destrozaron la ventanilla delantera. Los dos proyectiles penetraron en el cráneo de Valentina matándola en el acto. Las dos balas siguientes alcanzaron a Alexander en la cabeza cuando intentaba inclinarse hacia la puerta. Moriría al cabo de dos horas.

Uno de los primeros policías que llegaron al escenario del crimen observó algo a cierta distancia del coche, en medio de la calle: un sobre blanco. Estaba allí a propósito, en un sitio donde era imposible que hubiera pasado desapercibido, y su destinatario era el capitán de policía Joe Borelli.

La carta decía lo siguiente:

«Estimado Capitán Joseph Borelli:

«Estoy profundamente dolido por llamarme odiador de mujeres. No lo soy. Pero soy un monstruo. Soy el “Hijo de Sam”. Soy un niño pequeño.»

«Cuando el padre Sam se emborracha se vuelve perverso. Golpea a su familia. Algunas veces me ata en la parte trasera de la casa. Otras me encierra en el garaje. Sam adora beber sangre.»

«”Sal fuera y mata”, me ordena padre Sam.»

«Detrás de nuestra casa hay algunos restos. En su mayor parte jóvenes -violadas y atrocemente asesinadas- su sangre vaciada -solo quedan algunos huesos.»

«Papá Sam me mantiene encerrado también en la buhardilla. Yo no puedo salir de allí pero estoy atento a la ventana de la buhardilla y vigilo el mundo desde allí.»

«Me siento como un extraño. Estoy en una longitud de onda diferente de la de los demás, programado para matar.»

«Sin embargo, para pararme deberá matarme. Atención a toda la Policía: ¡disparadme primero, disparar a matar o sino quitaros de mi camino o moriréis!»

«Papá Sam es viejo ahora. Necesita sangre para preservar su juventud. Tiene demasiados ataques de corazón. “Ugh, me grita, hazlos daño, hijito”.»

«Yo echo de menos sobre todo a mi hermosa princesa. Ella está descansando en nuestra casa de mujeres. Pero la veré pronto.»

«Soy el “Monstruo” -Belcebú-.»

«Me encanta cazar. Merodeando por las calles buscando carne hermosa y fresca. Las mujeres de Queens son las más hermosas de todas. Debe ser el agua que beben. Vivo para cazar, mi vida. Sangre para papá.»

«Sr. Borelli, señor, no quiero matar a nadie más. No quiero, pero es necesario, “honrarás a tu padre”.»

«Quiero hacer el amor con el mundo. Quiero a la gente. Pero no tengo sitio en la Tierra. Devolvedme a la época de los bárbaros.»

«A la gente de Queens, os quiero. Y quiero desearos a todos una feliz Pascua. Que el poder bendito de Dios os acompañe en esta vida y la próxima.»

«Y de momento os digo adiós y buenas noches.»

«POLICÍA: Dejádme obsesionaros con estas palabras: ¡Volveré! ¡Volveré! ¡¡Interpretarlo como bang, bang, bang, bang, bang, ugh!! »

«Suyo en el asesinato. Sr. Monstruo»

La carta no aclaró prácticamente nada, salvo que el asesino del 44 estaba loco o pretendía que le creyeran loco. Creía que su padre, Sam, era un vampiro que le ordenaba matar, y decía que tenía la intención de matar a más.

Por el momento, la carta «Borelli» se mantuvo en secreto. El único que consiguió verla fue un periodista llamado Jimmy Breslin, quien publicó algunos párrafos en su columna del Daily News.

Esto quizá explique por qué el asesino envió el 30 de mayo una carta dirigida al periodista Breslin desde un buzón de Englewood, New Jersey. Era un texto contradictorio, tan críptico y aparentemente incoherente como la carta «Borelli».

«Hola desde las rendijas de las aceras de la ciudad de Nueva York y junto a las hormigas que residen en esas grietas y se alimentan de sangre seca de la muerte que ha quedado entre las grietas.»

«Hola desde los arroyos de la ciudad de Nueva York, que están rellenos de mierda de perro, vómitos, vino podrido, orina, y sangre.»

«Hola desde las alcantarillas de la ciudad de Nueva York, las que se tragan estas exquisiteces cuando son arrastradas hasta allí por los camiones de la limpieza.»

«No entiendo porqué no me escuchan un rato cuando me fui a dormir. No, más bien, estoy todavía aquí. Como un espíritu vagando en la noche. Sediento, hambriento, parando a descansar lo menos posible; ansioso de complacer a Sam.»

«Sam está sediento como un chaval. No me deja parar de matar hasta que él consiga llenarse de sangre. Escúcheme Jim, ¿recuerda lo que ocurrió el 29 de julio? Se puede olvidar de mí cuando quiera porque yo no busco publicidad. Sin embargo, no debe olvidar a Donna Lauria y no puede dejar que la gente la olvide. Ella era una chica muy dulce.»

«No sabiendo lo que nos traerá el futuro, diría hasta luego y nos veremos en el próximo trabajo. ¿O debería decir que veréis mi artesanía en el próximo asalto? Recordad a la señorita Lauria. Gracias.»

«En su sangre y desde el arroyo.»

«"La creación de Sam. 44"»

«Aquí hay algunos nombres para ayudaros a seguir adelante. Envíeselos al Inspector para uso del Centro Nacional del Información del Crimen (NCIC). Ellos tienen todo en su computadora, todo. Ellos tienen la posibilidad de descubrir algunos otros crímenes. A lo mejor pudieron crear asociaciones.»

«Duque de la Muerte. Malvado Rey Malvado. Los veintidós Discípulos del Infierno. Y finalmente, John Wheaties, violador y asesino por asfixia de jovencitas.»

«Posdata. Drive on, pensad en positivo, soltad las culatas, golpead con los nudillos los ataúdes, etc.»

El detalle más interesante de la carta «Breslin» era que el asesino había enumerado una extraña lista de nombres, sugiriendo que quizá fueran una ayuda para la investigación policial: «*El Malvado Rey Malvado*», «*Los Veintidós Discípulos del Infierno*», y «*John Wheaties*», a quien se refería como violador y asesino por asfixia de chicas jóvenes.

Desgraciadamente, estas dos cartas sirvieron de poco a la policía; si los desvaríos de la carta constituían una especie de código, nadie poseía la llave para descifrarlo. El único efecto que tuvieron las cartas es que la prensa se inventó un mote para el asesino del 44, el «*hijo de Sam*». Y el nuevo nombre se popularizó rápidamente.

Cuatro semanas después de haber enviado la última carta, el asesino volvió a actuar. El 25 de junio, una escolar de 17 años del Bronx, Judy Plácido, se encontraba en el interior de un coche con su amigo Salvatore Lupo, cuando la ventanilla del vehículo explotó bajo el impacto de las balas. Fueron cinco los disparos y aunque tres de las balas alcanzaron a la pareja, afortunadamente consiguieron salvar la vida.

En el hospital, Salvatore fue tratado de las heridas producidas por la bala en su muñeca y por un trozo de cristal en la pierna. Judy, increíblemente, no había sufrido heridas de gravedad. Ninguno de los dos había podido ver claramente al pistolero.

Un año después del primer crimen, el Hijo de Sam seguía en libertad. Todo la información que el equipo Omega tenía eran vagas descripciones de testigos y una carta del asesino diciendo que volvería a matar... pronto.

La noche del 31 de julio de 1977, el asesino cumplió su promesa. Hacia las dos menos cuarto de la madrugada, Stacy Moskowitz, de 20 años, y Bobby Violante aparcaron su coche en Shore Parkway, justo enfrente de una pista de deportes al aire libre, una zona que era una especie de «rinconcito íntimo» para parejas de amantes. Minutos después, los besos de la pareja fueron interrumpidos por el estrépito de varios disparos. Bobby ni siquiera llegó a oírlos, ya que el impacto de dos balas en su cara le había reventado los oídos. Lo único que notaba eran como su novia, aún en sus brazos, se movía bruscamente, como si tuviera espasmos.

A pocos metros de distancia, Tommy Zaino había sido testigo de toda la escena a través del espejo retrovisor de su automóvil. Había visto al hombre, un sujeto regordete de pelo liso y rubio, y cómo se aproximó al vehículo, sacó un revólver, se agachó, y disparó cuatro veces por la ventanilla bajada. Inmediatamente, Zaino supo lo que estaba pasando. Su novia le preguntó, «¿Qué ha sido eso?» Pero él le gritó: «Baja la cabeza, creo que es el Hijo de Sam...» Momentos después, el pistolero escapaba corriendo del parque. Eran exactamente las 2,35 de la madrugada.

Stacy Moskowitz murió 38 horas más tarde en el hospital, ya que un disparo le había atravesado el cerebro. Bobby Violante sobrevivió, consiguió recuperar el oído, pero las lesiones provocadas por los disparos le dejaron ciego.

Esta vez, ocho personas oyeron los disparos y llamaron a la policía y, por lo menos, los investigadores tenían un testigo y una descripción clara del asesino. Tommy Zaino le había visto muy bien gracias a la luna llena y a la farola que iluminaba la calle.

Pero el detective John Falotico en seguida se dio cuenta de los problemas que presentaba su declaración. Jody Valente, la superviviente del primer ataque, había dicho que el hombre tenía pelo negro y rizado. Donna DeMasi y Joanne Lomino, las dos escolares tiroteadas en el portal, declararon que tenía pelo largo y rubio. Por lo tanto, o los pistoleros eran dos, o se trataba de uno que llevaba una peluca rubia.

De hecho, cuando se produjeron los disparos sobre Stacy y Bobby, había muchos testigos en el parque. Varias personas habían visto un Volkswagen amarillo aparcado a la entrada del campo de deportes. A una muchacha montada en una bicicleta la siguió un coche pequeño y amarillo y hasta llegar a casa la muchacha pedaleó frenéticamente.

Una esteticista y su novio, que estaban sentados a la entrada del parque, habían oído los disparos y visto a un hombre corriendo. Llevaba una cazadora vaquera y lo que les pareció ser una peluca barata de nylon. Se metió en un coche de color claro y desapareció. Ella le comentó a su novio: «Parece como si acabara de atracar un banco.»

Una niñera oyó los disparos y se asomó a la ventana con el tiempo justo para ver cómo se alejaba un automóvil amarillo. Quién lo conducía lo hacía tan rápido y descuidadamente que casi chocó con otro vehículo en el primer cruce; el conductor gritó un taco obsceno por la ventanilla. El otro conductor se sintió tan ofendido que persiguió al Volkswagen a lo largo de varias manzanas antes de perderlo. Dijo que la persona que estaba al volante tenía pelo castaño liso.

Estando así las cosas, la testigo más importante decidió salir de su anonimato. Se trataba de Cacilia Davis, una viuda de 49 años de edad.

La noche del tiroteo sobre Moskowitz la señora Davis volvía de una cena con un amigo. Poco después de las dos de la madrugada se encontraban charlando en su coche en la puerta del apartamento, a dos edificios de distancia del parque, donde permanecieron hablando durante algunos minutos. Por ello se fijó en un coche de color amarillo pálido aparcado al lado de una boca de agua para bomberos. (Esto es un delito en la mayoría de las ciudades norteamericanas.)

Mientras Cacilia miraba, un joven de pelo negro se dirigió al coche amarillo, un Ford Galaxie, y cogió con visible irritación una multa de tráfico del parabrisas, que dos agentes de tráfico habían colocado allí unos minutos antes. Instantes después, el Ford Galaxie abandonó el lugar a toda velocidad

La señora Davis se despidió de su amigo, entró en el apartamento, recogió a su perro y volvió a salir para pasear a su mascota antes de acostarse. En el parque, se fijó en tres coches aparcados, el de Bobby Violante, el de Tommy Zaino y una furgoneta Volkswagen.

Al volver vio a un hombre pelo oscuro vestido con una cazadora vaquera caminando por la calle, aún lejos de los coches. La miró fijamente, con odio, y la puso nerviosa. Aceleró el paso para volver al apartamento. El hombre caminaba con el brazo derecho pegado al costado y completamente recto, como si llevase algo al nivel de la manga. También notó que era muy parecido al que había visto antes en el Ford Galaxie.

Cacilia se asustó tanto que decidió no acudir a la Policía por miedo a las posibles represalias del asesino. Sin embargo, el martes 2 de agosto, dos días después del tiroteo, la testigo comentó lo ocurrido con dos amigos íntimos y éstos le convencieron para que llamara a la Policía.

El detective Joseph Strano visitó a la señora Cacilia Davis y le tomó declaración. Estaba especialmente interesado por el hombre joven que la miró fijamente, y menos en el Ford Galaxie amarillo y su conductor, ya que el tiroteo se había producido después de que ella abandonara el parque, a las dos y treinta y tres minutos de la madrugada y el Galaxie había desaparecido de la zona unos 15 minutos antes de que Cacilia Davis saliera del parque. Además, Tommy Zaino había descrito al criminal como un hombre de pelo liso y rubio, mientras que el conductor del Ford lo tenía corto y oscuro.

Lo que verdaderamente llamó la atención de los investigadores fue el detalle de la multa. Era importante averiguar si la noche del crimen se habían puesto o no multas. Si efectivamente se habían puesto, probaría que la señora Davis estuvo en la zona a la hora en cuestión; y que su descripción del hombre de mirada terrorífica había que tomarla en serio.

El 9 agosto, diez días después del tiroteo, fueron localizadas las multas de aquella noche.

Tres de los cuatro coches sancionados fueron eliminados rápidamente por no ser del tipo Ford Galaxie. El cuarto, número de matrícula 561-XLB, estaba registrado a nombre de

La policía comenzó a indagar por el vecindario y averiguó que Berkowitz había protagonizado numerosos incidentes con varias familias del barrio.

La familia de Sam Carr, que vivía en el 316 de Warburton Avenue, había sido una de ellas. Según contaron a la policía, estaban convencidos que el 27 de abril de ese mismo año, David Berkowitz había penetrado en el patio trasero de su casa e hirió de un disparo a su perro, un labrador negro al que llamaban «Harvey».

Sam Carr también estaba seguro que había sido Berkowitz quien en octubre del año anterior había lanzado un coctel molotov a través de la ventana de su casa. Afortunadamente, los Carr consiguieron apagar el fuego antes de que produjera graves daños. Asimismo, acusaban a Berkowitz de enviarles cartas anónimas, acusándoles de ser practicantes de cultos satánicos.

Sam Carr había denunciado todos estos hechos a la policía de la zona, pero cuando le preguntaron si tenía alguna prueba concreta hubo de admitir que no la tenía. La policía le explicó que sin pruebas no podía hacer nada.

Otro de los vecinos de David también se había quejado de recibir cartas anónimas. Era un agente de policía del condado, Craig Glassman, quien vivía justo debajo del apartamento de Berkowitz. El 6 de agosto de 1977, una semana después de los sucesos «Moskowitz», alguien incendió un montón de basura frente a la puerta de Glassman. Apagó el fuego antes de que causase mayores daños y notificó el incidente a la policía.

También les enseñó dos cartas anónimas que le habían enviado recientemente. El autor parecía pensar que su vecino era un espía que estaba contratado por Sam Carr. Por eso vivía en su bloque de apartamentos. Acusaba a Glassman y a los Carr de formar parte de un grupo satánico destinado a capturarlo. El policía que estudió la carta reconoció inmediatamente la escritura: era la del hombre que había estado investigando, David Berkowitz.

Estaban buscando un hombre con pelo liso y rubio que conducía un coche amarillo y la Policía de Yonkers informó que Berkowitz no encajaba en la descripción. Hasta el mediodía del miércoles 10 de agosto de 1977 los detectives Ed Zigo y John Longo no fueron enviados a Yonkers para comprobar el asunto.

Zigo reconoció el Ford Galaxie de Berkowitz aparcado fuera del edificio y echó un vistazo por la ventanilla. En el asiento de atrás había una bolsa y por la abertura asomaba el cañón de un rifle. En principio no era nada ilegal ya que en Nueva York los rifles no requieren ni tan siquiera licencia de armas, pero a pesar de todo el policía forzó la puerta y comprobó que se trataba de un arma de guerra, un fusil de asalto Commando Mark III.

Seguidamente Zigo miró en la guantera. Allí había un sobre dirigido al inspector Timothy Dowd, el jefe del equipo Omega. Contenía una carta con una amenaza: un tiroteo en la zona de Long Island. Corrió hasta el teléfono más cercano. «Creo que le tenemos», le dijo al sargento James Shea, del equipo Omega.

Seis horas después David Berkowitz, un sujeto de aspecto torpe y pelo oscuro, salió del bloque de apartamentos en Pine Street 35 y subió al Ford Galaxie.

Instantes después una persona dio unos golpecitos en el cristal de la ventanilla del conductor, y el asesino se topó con el cañón de una pistola frente a sus narices. «No

respires», le gritó el inspector. «¡Policía!» Berkowitz, aparentemente tranquilo, le devolvió una sonrisa.

El detective John Falotico abrió la puerta opuesta apuntando con su revólver al detenido y ordenándole que saliera del coche. Este se bajó y apoyó ambas manos sobre el techo del vehículo. «¿Quién eres?», preguntó Falotico.

Berkowitz volvió su cara de niño y miró al detective: «Soy Sam...», respondió.

En el One Police Plaza, se confesó culpable de todos y cada uno de los crímenes del «Hijo de Sam». También admitió ser el autor de las cartas. Explicó que su vecino le había ordenado cometer los asesinatos, su vecino el señor Carr. Las órdenes se las transmitía Harvey, el perro endemoniado de Sam. Cuando salía de caza por las calles le acompañaban voces demoníacas que le decían lo que tenía que hacer. El detenido estuvo tan bien dispuesto y amable que el interrogatorio sólo duró media hora.

De acuerdo con la confesión que hizo Berkowitz el día de su detención, sus primeros intentos de asesinato habrían tenido lugar en la Nochebuena de 1975.

Hacia las 7 de la tarde de ese día condujo hasta Co-op City, una zona que conocía bien, puesto que había vivido allí con su padre adoptivo. Recorrió en coche el Boulevard hasta que vio a una mujer joven de aspecto mexicano. Berkowitz aparcó su coche y la siguió. Le pinchó con un cuchillo en la espalda, pero la mujer, en vez de gritar, se dio la vuelta, le miró y sólo lanzó un gemido mientras intentaba agarrarle por las muñecas. Berkowitz dio media vuelta y echó a correr.

De camino a casa se puso a perseguir a una adolescente de 15 años, Michelle Forman. La alcanzó y comenzó a acuchillarla en la espalda y en la cabeza. La joven lanzó un grito desgarrador y cayó sobre la acera retorciéndose de dolor. De nuevo huyó corriendo. La chica consiguió llegar al vestíbulo de la casa en la que vivía con sus padres; después perdió la consciencia. Una de las puñaladas había alcanzado el pulmón, pero aparte de esto las demás heridas no revestían gravedad. Michelle pasó siete días en el hospital. La otra víctima nunca denunció el ataque y no ha podido ser identificada.

El poco éxito que tuvo con el cuchillo movió a Berkowitz a conseguir una pistola. En Houston, Texas, un amigo, Billy Dan Parker, compró por cuenta suya un revólver Bulldog, calibre 44, por 130 dólares. Sería el arma con la que se iban a cometer los asesinatos del «Hijo de Sam».

Richard David Berkowitz fue un hijo ilegítimo cuya madre decidió darlo en adopción. Su madre Betty Broder, hija de un matrimonio judío, se había casado con un italo-americano llamado Tony Falco, a la edad de 19 años. El marido la abandonó seis años más tarde por otra mujer. En 1947 comenzó un romance con un hombre casado, Joseph Kleinman, que se dedicaba al negocio inmobiliario. Al decirle que estaba embarazada, él contestó que si quería que se siguiesen viendo debía deshacerse del crío.

David nació el 1 de junio de 1953 y fue adoptado inmediatamente por un matrimonio judío, Nathan y Pearl Berkowitz; quienes no podían tener niños.

Su madre adoptiva murió de cáncer cuando sólo tenía 14 años. En 1969, él y su padre se mudaron a la Co-op City del Bronx, una zona supuestamente de clase media.

David tuvo fama de niño de ser un mocoso consentido que se metía con todo el mundo, a pesar de que en la escuela era tímido y sus compañeros le hostigaban. Era grande y fuerte, y un excelente jugador de béisbol, pero prefería jugar con niños más pequeños que él. Uno de sus amigos recuerda que David le propuso una vez unirse a un «club de odiadores de mujeres».

Una de las posibles claves del comportamiento psicótico de Berkowitz fue su frustración amorosa. Siempre tuvo dificultades para interesar a las chicas.

La única chica con la que quedó para salir en toda su vida fue una vecina de Co-op City, Iris Gerhardt. A ella le gustaba su carácter cálido y servicial, y decía de él que «Dave era un chico que haría cualquier cosa por ti». Pero la relación se quedó en lo platónico. Cuando sus amigos empezaron a fumar porros, David se quedó fuera: estaba demasiado inhibido para participar. «Yo quería ayudar a la gente a ser importante», dijo. Como tantos otros asesinos múltiples, estaba poseído por la necesidad de ejercer algún poder sobre el resto de la gente.

En el aspecto sexual, David mantuvo una única relación sexual en su vida. Fue con una prostituta cuando estaba destinado en Corea.

Al volverse a casar su padre en 1971, David se sintió rechazado. Como no se llevaba bien con su nueva madrastra, en verano de ese mismo año decidió alistarse en el ejército y hacerse baptista para extender sus creencias por el mundo.

Berkowitz estuvo destinado tres años en Corea y cuando regresó en 1974, las relaciones con su padre se volvieron insostenibles, fundamentalmente porque David no paraba de criticar el judaísmo y alardeaba continuamente respecto a su nueva fe religiosa. La vida en Co-op City se volvió tan desagradable para él que muy pronto se trasladó a su nuevo apartamento en el 2151 de Barnes Avenue, en el Bronx.

La soledad le impulsó a buscar a sus verdaderos padres. El Registro de Nacimientos indicaba que su verdadero nombre era el de Richard Falco, de Brooklyn. Gracias a una vieja guía telefónica consiguió dar con la dirección de su madre y su hermana mayor. Les escribió una postal y a los pocos días ella le telefoneó.

Fue un reencuentro emocionante. También conoció a su hermana Roslyn, que en aquel momento tenía 37 años, y pronto se convirtió en un huésped bienvenido en la casa que compartía con su marido y sus hijos. David había encontrado una «familia» y parecía ser completamente feliz.

Sin embargo, durante los primeros meses de 1976 las visitas de David se fueron espaciando cada vez más. A su hermana le preocupaban los dolores de cabeza de los que se quejaba David. En abril se trasladó a Pine Street, en Yonkers. Tres meses después, Berkowitz asesinaba a Donna Lauria.

Para la policía parecía que el caso del Hijo de Sam estaba cerrado, puesto que Berkowitz había confesado actuar en solitario. Pero si esto era así, las pruebas contra él se contradecían en muchos puntos.

El testigo del último ataque, Tommy Zaino, describió al asesino como un hombre con pelo liso y rubio. Berkowitz lo tenía corto y oscuro. La señora Cacilia Davis, quien le identificó como el hombre que había visto cerca de su bloque de apartamentos, se cruzó con Berkowitz cuando se alejaba del escenario del crimen minutos antes de que se oyeran los disparos en el parque. Y aún quedaba el hombre de pelo rubio que se metió en el Volkswagen amarillo. Además, aunque Berkowitz hubiese llevado una peluca en alguno de los ataques, era mucho más alto que la descripción hecha por testigos del hombre de pelo rubio.

Esta anomalías llamaron la atención a un joven periodista de investigación, Maury Terry. Este había nacido en Yonkers; por lo tanto, estudió los asesinatos del Hijo de Sam con ávido interés. Por lo que él podía deducir era totalmente imposible que Berkowitz hubiera podido disparar sobre Stacy Moskowitz y Bobby Violante a menos que Zaino y la señora Davis estuviesen equivocados. Terry se entrevistó con los dos, y ambos confirmaron sus declaraciones.

El periodista habló con todos los testigos y todos confirmaron sus primeras declaraciones. Era como si en realidad hubieran existido dos hombres; como si Berkowitz hubiera tenido un cómplice culpable del tiroteo sobre Stacy Moskowitz y Bobby Violante. Claro, que también podían estar equivocados los testigos. Sin embargo, cuanto más indagaba, más se convencía de que Berkowitz no podía haberlo hecho solo.

No cabía ninguna duda de que Berkowitz era el hombre que había matado a Donna Lauria, la primera víctima, ya que la descripción de Jody Valente lo dejaba bien claro. Sin embargo, David no tenía nada que ver con el hippy de pelo rubio o el sujeto de la cazadora de cuero que había sido visto disparando sobre las dos escolares en las escaleras de su casa.

Y aún quedaba otro oscuro enigma. Tras ser detenido, Berkowitz manifestó que nunca había visto a Sam Carr, el hombre cuyo «perro endemoniado» le ordenó que cometiese los asesinatos. Sam Carr, a pesar de que podía ver la casa de Berkowitz desde su piso, le dijo igualmente a la policía que nunca había visto a David Berkowitz. Sin embargo, sin ningún motivo conocido, Berkowitz estaba tan obsesionado con Sam Carr que incluso eligió denominarse a sí mismo el «Hijo de Sam».

De hecho, Sam Carr tenía dos hijos, John y Michael; ambos odiaban a su padre. Cuando el periodista averiguó que el sobrenombre de John Carr era «Wheaties», recordó dónde lo había visto antes: en la carta que el Hijo de Sam envió al periodista Jimmy Breslin. «John Wheaties, violador y asesino por asfixia de chicas jóvenes...»

Evidentemente John era un testigo que podría esclarecer algo más este enmarañado asunto. El deseo de entrevistarle se hizo tanto más urgente desde el momento en que Terry averiguó que el aspecto de John era «hippy» y que tenía pelo liso y rubio.

Fue en este momento en el que Terry supo algo que le hizo estremecerse. Berkowitz parecía sufrir una obsesión con los perros, sobre todo pastores alemanes. En Walden,

Nueva York, a sólo una hora en coche desde Yonkers, se habían encontrado 85 pastores alemanes y dobermans despellejados. Todos durante el año de los crímenes del Hijo de Sam.

El adolescente que le contó a Terry la historia sobre el parque, añadió que era el lugar en el que una secta adoradora del demonio celebraba sus rituales. El lugar era idóneo: bosques tupidos y aislados. Terry ya había estado siguiendo algunas «pistas satánicas» extraídas de las cartas del Hijo de Sam; lo último parecía confirmar que Berkowitz había tomado parte en los rituales sangrientos de algún tipo de culto satánico.

El periodista se obsesionó más que nunca intentando encontrar al huidizo John Wheaties Carr. Finalmente, en octubre del año 1978, conoció su paradero. Pero era demasiado tarde: Carr estaba muerto. Le habían encontrado muerto de un disparo en un pequeño pueblo de North Dakota llamado Minot. El veredicto final fue suicidio; se había disparado un tiro en la boca con un rifle en el dormitorio de una amiga suya. Sin embargo, la policía de Minot parecía más inclinada a considerar que se trataba de un asesinato.

Al lado de su cuerpo se habían escrito torpemente con su propia sangre unas cuantas letras que sugerían lo siguiente: SSNYC. Algo difícil de entender, ya que un hombre que se dispara en la cabeza con un rifle muere inmediatamente. Según la versión de la policía de Minot, lo más probable es que «el asesino o asesinos» le hubieran golpeado violentamente, que John habría caído al suelo y escrito las letras con su sangre, y que los criminales habrían vuelto después de salir a por la escopeta, y le dispararon en la boca. Las letras sugerían inequívocamente un mensaje: «Son of Sam. New York City» (Hijo de Sam. Ciudad de Nueva York).

Cuando Terry supo que en la mano de Carr se habían escrito los números 666 con sangre, ya no tuvo ninguna duda de que se trataba de algún tipo de culto satánico. Los números 666 profetizan la Bestia en la Revelación.

Las pesquisas de la policía de Minot también sacaron a la luz que John Carr mantenía contactos con un grupo ocultista, y que conocía a David Berkowitz. Su amiga y novia declaró que al ver las imágenes del arresto del Hijo de Sam por la televisión, Carr exclamó: «¡Oh, mierda!»

Las investigaciones periodísticas fueron tomadas ahora más en serio. El fiscal de Queens, impresionado por los resultados, reabrió el caso, comprobándose que Berkowitz, el «monstruo loco», no era en absoluto un «solitario». Tenía un grupo de conocidos sorprendentemente grande.

En 1975, un año antes de que empezaran los asesinatos, Berkowitz había ocupado un apartamento en Barnes Avenue, en el Bronx. Una noche, mientras daba un paseo, empezó a charlar con un joven drogadicto que estaba obsesionado con las ciencias ocultas. Era Michael Carr, el hermano de John. Invitó a David a una reunión en el edificio. Entre los invitados también había miembros de una secta satánica -Los Veintidós Discípulos del Infierno- a la que David se refería en su carta a Breslin. Esta era supuestamente la razón por la que Berkowitz se había trasladado a Yonkers a menos de 180 metros de la casa de los Carr.

Michael se convirtió en el centro de la investigación. El problema era encontrarle. Una vez más, los investigadores llegaron demasiado tarde. A primera hora del 4 de octubre de 1979 el coche de Michael Carr se estrelló contra una farola a 120 kilómetros por hora, cuando conducía hacia Manhattan. No había marcas de frenada y esto convenció a su hermana de que se trataba de un asesinato. Daba la impresión de que le habían obligado a salirse de la carretera, o de que habían disparado a una de sus ruedas.

En este momento el más inesperado de los testigos se decidió a contar lo que sabía. Poco después de la muerte de Michael, y de que el fiscal Santucci reabriera el caso, David Berkowitz escribió una carta a un predicador de California:

«En realidad no sé cómo empezar esta carta, pero hubo un tiempo en que fui miembro de una secta secreta. Prometí mantener el secreto o enfrentarme a la muerte, y por ello no puedo dar su nombre... Esta secta se componía de una mezcla de prácticas satánicas que incluían las enseñanzas de Aleister Crowley y Eliphaz Levi. Sus pretensiones eran (y lo son aún hoy) sanguinarias... Esa gente no se detendrá ante nada, incluido el asesinato.»

Como casi todas las cartas que el acusado escribió desde la prisión, ésta parece la de un hombre perfectamente cuerdo.

Pero quizá la más significativa y siniestra observación de las cartas de Berkowitz era la siguiente: *«Llame a la oficina del sheriff de Santa Clara (California)... Por favor, pregunte al sheriff.. qué le ocurrió a Arliss /sic/ Perry».*

La respuesta era que el 13 de octubre de 1974, una chica llamada Arliss Perry había sido horriblemente asesinada en la iglesia de la Universidad de Stanford. Le habían golpeado brutalmente, asfixiado y pinchado con un pico para hielo detrás de la oreja, hasta desangrarla totalmente.

Las investigaciones demostraron que Berkowitz sabía muchos detalles de este poco aireado crimen, detalles que jamás se habían publicado en la prensa.

Las nuevas pruebas indicaban que David Berkowitz sólo había cometido tres de los asesinatos del Hijo de Sam, los de Donna Lauria, Alexander Esau y Valentina Suriani. El criminal vestido con cazadora vaquera que había disparado sobre las dos escolares, era un miembro femenino de la secta. El asesino de Stacy Moskowitz era John Carr, e incluso el crimen había sido filmado con cámara de vídeo para hacer una película «ritual». Por ello el asesino escogió un coche bien iluminado, bajo una farola, y no el de Tommy Zaino, situado en un rincón oscuro.

Donna Lauria fue asesinada porque sabía cosas de la secta, y Christine Freund porque había molestado a uno de sus miembros.

Los investigadores consiguieron averiguar el nombre del líder de la secta satánica de Nueva York, Roy Alexander Radin, un magnate del «show bussiness» que se trasladó a California en 1982. Pero, como siempre en este caso, lo averiguaron demasiado tarde. Roy Radin fue asesinado en California el viernes 13 de mayo de 1983. Su cuerpo fue abandonado en Death Valley (el Valle de la Muerte), -el antiguo coto ritual de Charles Manson- con una Biblia, cuya inscripción estaba borrada, abierta a su lado.

El cartero que repartía las cartas en la zona de Pine Street, en Yonkers (el distrito de Berkowitz), era un hombre joven casado llamado Andrew Dupay. En julio, un mes antes de la detención del Hijo de Sam, empezó a «actuar extrañamente». El 20 de septiembre, cinco semanas después de la detención de Berkowitz, él y su mujer estaban bañando a sus dos hijas. Dupay se excusó, bajó al sótano y se suicidó con una pistola. Algunos días antes un vecino le oyó decir que algo que había visto u oído durante su ronda le había atemorizado.

Uno de los informantes de la policía declaró que Dupay conocía a los Carr y a Berkowitz, y que se había suicidado porque unas personas desconocidas amenazaron de muerte a su familia. Esto quizá explique el desconcertante hecho de que el cartero estuviese bañando a sus hijas cuando decidió suicidarse.

David Berkowitz fue juzgado en mayo de 1978. Puesto que se había considerado culpable de todos los cargos, lo único que quedaba por dirimir era si Berkowitz sabía o no lo que estaba haciendo.

Según los psiquiatras de la defensa era un esquizofrénico paranoide. Sin embargo, para los peritos de la acusación, David era plenamente consciente de sus actos.

El jurado necesitó tan solo cuarenta y siete minutos para considerar a David Berkowitz culpable y responsable de todas las acusaciones. Fue condenado a 365 años.

Menos de un año después de ser sentenciado, en febrero de 1979, Berkowitz dio una conferencia de prensa en la cárcel de Attica, donde fue enviado a cumplir la condena. Dijo que toda su historia sobre Sam Carr y la posesión demoníaca había sido un engaño, y que su comportamiento violento se debía a las desilusiones que sufrió con las mujeres.

El 10 de julio de 1979, David Berkowitz fue víctima de un ataque con una cuchilla de afeitar en el bloque de celdas Attica, reservado a los prisioneros de alta peligrosidad. Otro recluso le hizo un corte en la garganta desde la parte izquierda hasta la nuca. Necesitó 56 puntos. Si el corte hubiera sido algo más profundo le habría matado. Berkowitz se negó a decir quién lo había hecho. Posteriormente, declaró que el atentado había sido inspirado por la secta secreta con la que había estado mezclado para asegurarse de que cumpliría su voto de silencio. Y de momento, David Berkowitz lo ha cumplido.

BRUNO LÜDKE



(Köpenick, Berlín, Imperio Alemán; 3 de abril de 1908 - Viena, Ostmark, Alemania Nazi; 8 de abril de 1944) fue un asesino en serie alemán que, según se cree, habría asesinado a más de 80 personas.¹ A pesar de que es comúnmente considerado como el asesino en serie más mortífero de la Europa continental, algunos criminólogos han puesto en duda la magnitud de su actividad, alegando que muchos de sus confesiones fueron forzadas por la policía para solucionar casos.

Bruno nació el 3 de abril de 1908 en Köpenick un pueblo cerca de Berlín siendo el cuarto hijo de Otto y Emma Lüdke. De pequeño recibió un traumatismo craneal que limitó sus facultades mentales. Ingresó a la escuela pública de Köpenick en 1914, pero para 1919 los profesores de Lüdke se percataron de las dificultades de aprendizaje que Lüdke presentaba, razón por la que fue enviado a una escuela para jóvenes con problemas de aprendizaje. Sin embargo en 1922 el adolescente se retiró de clases para trabajar en la lavandería de su familia.

Tras el fallecimiento de su padre a causa de un cáncer de laringe, en 1937, Bruno se vio obligado a encargarse del trabajo pesado del negocio familiar. Es a partir de 1938 que el joven Lüdke comienza a tener problemas con la policía local, varias personas se quejaron del maltrato de éste hacia el caballo que tiraba la carreta de la lavandería. Al parecer Lüdke azotaba al animal con mucha fuerza. Finalmente, luego de varios estudios médicos realizados por la policía, se demostró que podía manejar su carreta sin problemas a pesar de no saber ubicarse en el espacio tiempo.

El 29 de enero de 1943, unos niños encontraron el cadáver de Frieda Rössener, una viuda de 59 años que había sido estrangulada, violada y posteriormente robada. Pronto la policía local de Köpenick envió un reporte a Berlín y se formó un grupo de tres detectives para encargarse del homicidio. El trío estaba comprendido por el criminólogo Heinz Franz y los investigadores Jachode y Mahnke quienes el mismo día llegaron a la escena del crimen y tras hacer preguntas a los locales descubrieron que un

hombre con retraso mental y ropas de obrero merodeaba por el lugar con frecuencia. Los oficiales de Berlín pronto comprendieron que se trataba de Bruno Lüdke, el gigante del pueblo a quien la gente apodaba *tonto* o *bruto*. El detective Franz arrestó a Bruno cuando se dio cuenta que tenía manchas de sangre en su ropa, al preguntarle sobre esto, el gigante dijo que era de una gallina. El investigador recordó que en la escena del crimen había plumas de dicho animal y pronto arrestó a Bruno el 18 de marzo de 1943.

Después de ser detenido solo Franz interrogó a Lüdke, al poco tiempo se dio cuenta que las respuestas de Lüdke servirían para que el criminólogo pueda continuar con la investigación a su manera. En el interrogatorio declaró:

Ludke: «Yo había agarrado el pollo, lo reconozco. La vieja estaba sentada en el tronco de un árbol y yo me acerqué.»

Franz: «¿Y tú que le dijiste?»

Ludke: «Pues, eso, que si quería... pero ella dijo que no.»

Franz: «¿Y tú qué hiciste?»

Ludke: «La agarré por el cuello.»

En la medida que la investigación progresaba, Franz descubrió que si se acercaba a Lüdke de una manera amable, el gigante le daría toda la información que sus preguntas revelen. Pronto las investigaciones de Franz descubrieron que Lüdke era el responsable de estrangular y violar a 51 mujeres en un periodo que se extendía entre 1928 y 1943. Durante el largo periodo que le interrogaron aparecieron los nombres de algunas víctimas como Käthe Mundt, Bertha Schulz y la familia Umann. Esta nueva información sorprendió a Franz debido a que ninguno de los lugareños señalaba a Bruno como el asesino y no había reportes de algunas de las muertes. De inmediato el criminólogo investigó los casos de estas víctimas.

La verdad de estos crímenes cambió cuando se leyeron los registros policiales de Berlín en los que se descubrió que Heinz Franz ya sabía de los asesinatos de Mundt, Schulz y los Umann. El acusado posiblemente solamente "*confesaba*" lo que el detective quería escuchar y cuando se mencionaba otra víctima Lüdke "*recordaba*" haberla asesinado también, como sucedió en el interrogatorio de la familia Umann, donde Bruno no dijo nada sobre la señora Gutermann quien había sido asesinada dos días antes que Lüdke matase a todos los Umann. Meses más tarde cuando Franz le preguntaba al asesino sobre la señora Gutermann, el gigante "*recordó*" haberla matado, sin embargo no podía dar información correcta de donde lo había hecho. En ocasiones Lüdke afirmaba haber matado en Múnich, Hamburgo y hasta en Berlín, pero cuando era llevado a los estados donde había asesinado, era obvio que el hombre no sabía dónde estaba.

Cuando el informe de los asesinatos cometidos por Lüdke llegó al escritorio de Heinrich Himmler, Comandante en Jefe de las SS, ordenó investigar profundamente el caso porque era imposible que una persona pueda cometer tales atrocidades durante el mandato del Tercer Reich. Además de esto la población alemana despertaría ante un régimen que se preparó para la guerra y no para gobernar.

No le tomó mucho a Himmler darse cuenta que Lüdke estaba respondiendo por crímenes que era posible que no hubiera cometido. Finalmente para apaciguar a la prensa y a las otras agencias policíacas llevaron a Bruno a los lugares de los crímenes.

En una de las reconstrucciones de los hechos y, mientras era trasladado en automóvil por el crimen que había cometido, se adentraron en el bosque de Köpenich cuando, de pronto, el acusado dijo: "*los señores se han pasado de sitio*". El conductor dio marcha atrás, los oficiales le quitaron las esposas a Bruno y le pidieron que indicara el lugar donde habían ocurrido los hechos. Sin dudarle un instante, caminó entre los árboles y señaló un lugar. Después, dijo: "*Aquí la encontré, aquí la golpeé, aquí la estrangulé, aquí la violé*".

Bruno no pudo ser enjuiciado por estrangular y violar a sus víctimas, por la cláusula 51 que decía que una persona con deficiencias mentales no era responsable de sus actos. Sin embargo fue usado como *conejiillo de indias* en varias instituciones mentales y hospitales. Como castigo fue castrado y ejecutado por inyección letal en una prisión policial de Viena el 8 de abril de 1944. El 26 de abril de 1944, colocado el Registro Civil en Viena, se realiza un certificado de defunción para Lüdke, siendo la causa de muerte la siguiente: "*degeneración del músculo cardíaco, agrandamiento del ventrículo derecho, la parálisis del corazón*".

En 1957, se estrenó la película *Nachts, wenn der Teufel kam* (*El diablo vino por noche*). La historia sostiene la imagen de Lüdke como uno de los peores asesinos en serie de Alemania. Los intentos de reabrir el caso por los miembros de la *Kriminalrat* (*División de asuntos internos de Alemania*) no produjo ningún resultado. La verdadera naturaleza de los 51 asesinatos queda sin resolver hasta hoy. Sin embargo en 1995 el comisario neerlandés, Jan Blaauw, se interesó en el caso e investigó los informes originales de la policía. Los encontró incoherentes y poco claros. Asimismo, expresó su incredulidad de que un *casi analfabeto*, que una vez que quedó atrapado por robar una gallina, podría evadir a las autoridades durante casi 20 años. Especialmente si se toma el contexto histórico de la Alemania de esa época, donde gobernaba el Tercer Reich y era imposible que alguien cometiese tales crímenes y más aún si se piensa la distancia entre las ciudades de los crímenes.

DEAN CORLL



.Dean Corll, fue responsable de los asesinatos de al menos 27 niños y jóvenes de Houston, Texas. Para ello Dean Corll tenía una habitación especial de torturas donde violaba, torturaba e incluso castraba a sus víctimas.

Para llevar a cabo sus crímenes fue ayudado por dos de sus amigos, David Owen Brooks y Elmer Wayne Henley quienes le "vendían" a jóvenes incautos que accedían engañados a ir a la casa de Dean, por cada "presa" Corll ofrecía 200 dólares a sus cómplices.

Las fechorías de Corll se dieron a conocer sólo cuando Henley lo traicionó y asesinó en defensa propia, para el resto de sus vecinos

Dean Corll era un hombre modélico al que le encantaba regalar dulces a los niños. Orig

Dean Arnold Corll nació en Fort Wayne, Indiana irónicamente el 24 de diciembre de 1939. Su padre Arnold Edwin Corll no era una figura muy estable, pues castigaba a sus hijos severamente por el más pequeño error. Debido a las constantes peleas con su madre Mary Robinson se divorciaron cuando Dean apenas era un niño, sin embargo se volvieron a casar después de la Segunda Guerra Mundial. Cuando se separaron por última ocasión, Dean y Stanley su hermano menor fueron a vivir con las hermanas mayores de su madre, debido a que Mary tenía que trabajar para mantener a sus hijos. Dean enfermó por una fiebre reumática que le ocasionó un soplo cardíaco y para alejarse de su padre se mudaron a Pasadena, Texas.

Su madre se volvió a casar nuevamente y con su segundo esposo empezaron un negocio de dulces de nuez desde su garaje, Corll ya con 11 años ayudaba en la empresa familiar, él era generoso y regalaba muestras a los chicos del barrio. En los estudios Dean era percibido como un buen estudiante de impecable aspecto y disciplinado, utilizaba parte de su tiempo para ayudar día y noche a su madre, y seguir con sus estudios, pero la condición de su corazón limitó sus aspiraciones atléticas, por esto se dedicó a estudiar música y aprendió a tocar el trombón.

Cuando Dean tenía 19 años, se mudaron nuevamente, en esta ocasión a Houston Heights, lugar donde abrieron una pequeña tienda. Tras el segundo divorcio de su madre, Mary nombró a Dean como vicepresidente de la compañía, él se cambió a un departamento

justo encima de la tienda. El negocio iba por buen camino y ya contaba con algunos empleados, Corll pasaba mucho de su tiempo libre en la compañía de jóvenes menores que él y tenía el habito de regalar dulces a los niños locales, razón por la cual los medios de comunicación le dieron el apodo “el hombre de los dulces”, una vez que sus crímenes se dieron a conocer.

En 1964 Corll se alistó en el servicio militar a pesar de su condición cardíaca, durante su tiempo como soldado se dio cuenta de su homosexualidad, por este motivo fue dado de baja después de haber servido por 10 meses y pronto regresó a la tienda de dulces para ayudar a su madre. Con el tiempo se convirtió en el dueño de la empresa y daba dulces gratis a los niños para que visiten la tienda, a muchos de los locales les parecía extraño que Corll pase mucho tiempo con niños en especial adolescentes, sin embargo nadie relacionó esto cuando las desapariciones de jóvenes comenzaron a producirse.

Después del tercer matrimonio fracasado de su madre en 1968, Mary se mudó a Colorado, se mantenían en contacto por teléfono, pero ella jamás volvió a ver a su hijo de nuevo. La empresa de dulces empezó a fallar y como su padre antes que él, Dean tomó un trabajo de electricista en “Houston Lighting and Power Company”, lugar donde trabajo hasta el día que lo mataron.

Cuando había cumplido los 30 años experimento un severo cambio de personalidad volviéndose híper sensitivo y tétrico, empezó a pasar tiempo con adolescentes y a hacer reuniones donde se drogaban con fundas de papel que contenían pintura o pegamento.

Lo mas extraño de Corll era tal vez la elección de sus amigos, quienes en gran parte eran adolescentes masculinos entre 13 y 20 años, de todos sus conocidos sólo dos eran bien cercanos a Dean, Elmer Wayne Henley de 14 años y David Owen Brooks de 15 años. Los tres pasaban mucho tiempo en la casa de Corll o paseando en su furgoneta blanca, pero en una ocasión Brooks entró al apartamento de Dean para encontrarlo desnudo con dos muchachos atados y desnudos también, tan nervioso se puso el hombre de los dulces liberó a los jóvenes y le regaló el coche a Brooks para comprar su silencio, pronto la demencia de Corll le llevó a ofrecerles a David y a Wayne la cantidad de \$200 por cada muchacho que le llevaran.

La característica que todas las víctimas compartían era que todos eran adolescentes hombres de menos de veinte años, el primero en morir fue Jeffrey Konen de 18 años, quien desapareció el 25 de Septiembre de 1970, mientras hacia autostop. Konen fue dejado en la esquina de la carretera de Westheimer, fue recogido por Corll, quien le ofreció llevarlo a su casa en Braeswood Place, la amable apariencia convenció al joven Jeffrey de subirse al coche. Konen fue la única víctima de esa edad y que no vivía en el barrio de Corll.

El resto de la víctimas eran adolescentes mas jóvenes que vivían en Houston Heights, un barrio pobre, una de ellos fue Homer García de 15 años, quien conoció a Henley cuando estudiaba en la escuela de conducción, fue invitado a una de las fiestas en la casa de Corll.

La policía por su parte recibía muchos reportes de jóvenes desaparecidos o jóvenes fugados de sus casas, aunque los padres negaban que sus hijos escaparan de casa. Las víctimas a menudo estaban solas o en parejas, y eran invitados a las fiestas en el apartamento de Corll, los jóvenes que frecuentaban esos eventos eran amigos de Henley

o Brooks, excepto Malley Winkle y Billy Baulch quienes trabajaron con Dean en la empresa de dulces en los sesenta.

La investigación apuntaba a Corll como sospechoso, pero los comentarios de las personas no eran testimonios positivos para la investigación, puesto que todos los interrogados confirmaban que Dean era un hombre bueno.

Elmer Wayne Henley quien fue complice de Dean al encubrir y llevar a las víctimas a la casa del despiadado asesino, finalmente asesinó a Dean.

Los homicidios de Corll mostraban el mismo modus operandi, los adolescentes eran estrangulados, muertos por disparos y violados. De acuerdo con los reportes policíacos, el orden de las desapariciones sería el siguiente:

- 25 de Septiembre de 1970: **Jeffrey Konen** de 18 años. Enterrado en High Island beach.
- 15 de Diciembre de 1970: **Danny Yates** de 15 años y **James Glass** de 14, desaparecieron en una reunión de su religión, engañados por David Brooks, ambos fueron torturados y estrangulados por Corll.
- 30 de Enero de 1971: **Donald Waldrop** de 17 años y **Jerry Waldrop**, 13, quien de acuerdo con Brooks, el padre de ambos era un constructor que en aquel tiempo trabajo en un apartamento continuo al de Corll cuando este los estranguló.
- 9 de Marzo de 1971: **Randell Lee Harvey** de 15 años desapareció camino a su casa, cerca de una estación de gasolina. Corll le disparó en la cabeza y lo sepultó con el resto, cerca del cobertizo de su bote. Su cuerpo fue identificado el 17 de Octubre del 2008.
- 29 de Mayo de 1971: **David Hilligeist** de 13 años, desapareció yendo a la piscina local, David era uno de los amigos de la infancia de Henley.
- **Malley Winkle** de 16 años, antiguo empleado de la tienda de dulces y novio de la hermana de Randell Lee fue visto por última ocasión subiendo junto con Hilligeist a una furgoneta blanca.
- 17 de Agosto de 1971: **Ruben Watson** de 17 años desapareció yendo al cine, esta fue la última víctima identificada antes que Henley comenzara a participar en los secuestros y asesinatos.
- 24 de Marzo de 1972: **Frank Aguirre** de 18 años, era el novio de Rhonda Williams, cuya presencia en la casa de Corll desató la confrontación final entre Henley y Dean. Frank fue enterrado en High Island beach.
- 21 de Mayo de 1972: **Johnny Dejome** de 16 años y **Billy Baulch** de 17 años, desaparecieron yendo a la tienda, Henley lo estranguló y después le disparó en la cabeza. Billy trabajo con Dean en la tienda de dulces durante los sesenta, fue enterrado en High Island beach.
- 2 de Octubre de 1972: **Wally Jay Simoneaux** de 14 años y **Richard Hembree** de 13, fueron vistos por última vez junto a una furgoneta blanca aparcada en una tienda. Fueron enterrados cerca del cobertizo del bote de Corll.

- 22 de Diciembre de 1972: **Mark Scott** de 18 años fue torturado y asesinado por Corll, Mark era amigo de Henley y Brooks.

- 4 de Junio de 1973: **Billy Ray Lawrence** de 15, este caso fue diferente porque Corll lo mantuvo con vida por cuatro días antes de matarlo y enterrarlo en el lago Sam Rayburn. Billy era amigo de Henley.

- 15 de Junio de 1973: **Ray Blackburn** de 20 años, era de Lousiana, estaba casado y tenía un hijo. Fue la víctima más adulta de Corll.

- 13 de Julio de 1973: **Homer García** de 15 años, conocía a Henley por los cursos de conducción. Le dispararon y enterraron en el lago Sam Rayburn.

- 19 de Julio de 1973: **Tony Baulch** de 15 años, Corll asesinó a su hermano mayor el año anterior, fue enterrado cerca del cobertizo de su bote.

- 25 de Julio de 1973: **Marty Jones** de 18 años y su amigo **Charles Cary Cobble** de 17 fueron vistos por última vez en la compañía de Henley. A Charles le dispararon dos veces en la cabeza.

- 3 de Agosto de 1973: **James Dreymala** de 13 años se convertiría en la última víctima de Corlls, fue engañado para que entre al apartamento de Dean en Pasadena a recolectar tapas de las botellas de sodas para venderlas.

La noche del 8 de Agosto de 1973, Henley llevó a su novia Rhonda y a Tim Kerley a la casa de Corll, quien se molestó en el instante que vio a la chica, después de unas cervezas y un poco de hierba se calmó. En algún momento los tres adolescentes perdieron el conocimiento y se levantaron atados, Henley se despertó cuando estaba siendo esposado por Corll, sabiendo lo que le esperaba logró convencerlo de que lo deje libre y lo ayudaría, Dean aceptó, y tras intentar violar a Tim Kerley, el joven luchó tanto que Dean frustrado salió de la habitación, en ese momento Henley tomó el arma que Corll había dejado, una pistola calibre 22. Cuando el hombre de los dulces regresó intentó atacar a Henley, pero este le disparó seis veces, en la espalda, hombro y cabeza.

El asesino serial había muerto y Henley resignado ante la culpa llamó a la policía, mientras esperaban este le dijo a Tim: “me hubieran dado \$200 por ti”. Cuando los oficiales interrogaron al cómplice, este les contó todo sobre los asesinatos, la policía escéptica no creía la historia hasta que Henley les mencionó algunos nombres de los adolescentes desaparecidos.

Al investigar el apartamento se toparon con una oscura verdad. Dean Carll los había matado a todos en su cámara de tortura. Un cuarto oscuro, diseñado sólo para la tortura y la muerte acompañado por un extraño a olor. Tenía un piso alfombrado cubierto por plástico y una larga tabla con esposas adjuntadas la cual sería el último lugar de reposo de las víctimas, cuerdas y varios juguetes sexuales describieron la naturaleza de los homicidios. También había un extraño cajón de madera con huecos hechos para que el aire entre.

.

Los días que siguieron después de la muerte del hombre de los dulces, Henley llevó a los oficiales al cementerio personal de Corll, cerca del cobertizo de su bote había un terreno donde tras cavar por algunas horas descubrieron varios cuerpos bañados en cal y envueltos en plástico, como un caramelo. Henley no se detuvo allí y tras confesar toda su participación los llevó al resto de “cementorios” que Corll había creado en todo Houston.

La policía descubrió un total de 27 cadáveres, que al ser examinados mostraban señales de haber sido estrangulados y torturados, algunos también habían sido castrados, otros fueron muertos a balazos, y con objetos insertados por el recto, y absolutamente todos habían sido sodomizados.

Cuando la investigación y búsqueda de cadáveres estaba terminando, Henley insistió en que faltaban tres cuerpos más que habían asesinado, estos jamás fueron encontrados. Aunque si descubrieron dos huesos que no eran de las víctimas encontradas cerca del cobertizo del bote de Corll por lo que no se descarta que hubiesen mas víctimas que nunca aparecieron.

Henley fue condenado a seis condenas de 99 años cada uno y David Brooks recibió cadena perpetua.

JOEL RIFKIN



Joel Rifkin, de East Meadow, Nueva York, mató al menos a 17 mujeres, en su mayoría prostitutas en el área de N.Y. Le detuvieron mientras conducía una furgoneta sin matrícula y con un cadáver de 3 días sentado a su lado.

El caso del peor asesino en serie de New York se terminó con una detención de rutina. Los policías divisaron una camioneta que no tenía placas de matrícula. El vehículo no circulaba a gran velocidad, pero solo

por esta falta, los agentes fueron a multar al conductor del vehículo. Eran las 3 de la madrugada del 28 de Junio de 1993.

La detención no fue fácil. El conductor del vehículo hizo caso omiso a las sirenas de la policía y comenzó una huida que finalizó diez minutos después, cuando la furgoneta chocó contra una farola.

Los dos policías que iniciaron la persecución se acercaron a la parte posterior de la camioneta donde descubrieron algo delgado y largo envuelto en plástico atado con una cuerda. Tras desenvolver el “paquete” se dieron cuenta que se trataba del cadáver descompuesto de una mujer.

El conductor, Joel Rifkin, fue detenido y facilitó la identidad de la víctima. Se trataba de Tiffany Bresciani, una prostituta con la que Rifkin reconoció haber mantenido relaciones sexuales y que posteriormente había asesinado. Según su relato, cuando los policías le detuvieron iba camino de desembarazarse del cuerpo, arrojándolo cerca del aeropuerto.

El caso parecía cerrado, pero en dependencias policiales Rifkin comenzó a confesar otros homicidios, hasta un total de 17 asesinatos.

Joel era el hijo de una pareja no mayor de edad, es por esto que fue adoptado por Ben y Jeanne Rifkin a las 3 semanas de edad, la pareja estuvo tan feliz con Joel que volvió a adoptar pero en esta ocasión a una hija 3 años después, Joel compartía el mismo placer por su madre por la fotografía y por la artesanía, un niño inteligente que nunca obtuvo amigos de su edad, en la escuela era producto de las bromas de sus compañeros, Joel era el blanco de muchas bromas crueles, Rifkin se graduó de preparatoria en 1977 pero nunca fue bueno en la escuela, a pesar de que lo intentó los próximos 12 años no podía mantener un trabajo, y mantenía una relación con una chica dulce pero depresiva.

En febrero de 1987 hubo un cambio brutal en la vida de Rifkin: su padre se suicidó para acabar con sus problemas de cáncer. Meses después Rifkin sería detenido por haber recogido a una prostituta, manejo el problema de tal forma que su madre se calmo, Rifkin empezó por ese tiempo a coleccionar libros de asesinos en serie, en algún punto su obsesión se convirtió en una emulación de estos terribles crímenes.

Las primeras dos victimas de Rifkin nunca han sido ni encontradas ni identificadas, el recuerda haber matado a una prostituta en 1989 y otra en 1990, a las cuales desmembró y tiro sus piezas en los canales de Manhattan, pero el trabajo de carnicero le dio asco y no volvería a atacar hasta 1991, en Julio 14 de ese año, Barbara Jacobs sería encontrada estrangulada y descomponiéndose en el rio Hudson, su cuerpo había sido metido en una bolsa de plástico, luego había sido metida a una bolsa de cartón. Otra victima, una prostituta coreana fue encontrada en el East River en septiembre 23, su cuerpo estaba doblado en una caja, lo mismo sucedió con Mary Ellen DeLuca, Lorraine Oviato fue golpeada con un galon hasta la muerte y su cuerpo fue tirado en Coney Island.

El bote de pintura, era una nueva deformación de Rifkin, usado otras 4 veces según cuenta, en Jane Doe, Maryann Holloman y otra victima de la cual Rifkin aseguró no recordar su nombre.

Aun asi Rifkin gustaba de cambiar su método de vez en vez, con Iris Sanchez, estrangulada en abril de 1992, Rifkin la escondió debajo de una colchoneta en un espacio vacío, aun estaba ahí cuando los detectives llegaron. En mayo de 1992, asesinó a Anna Lopez y abandonó su cadáver en el bosque de Brewster. Jenny Soto era una luchadora y le rasgó con las uñas la cara a Joel antes de que él pudiera quebrarle el cuello. Tres meses después asesinaría a Leah Evens y dejaría su cuerpo en Northampton.

Con la confesión de Joel, la policía fue a la casa de Jeanne Rifkin, donde encontraron docenas de tarjetas de identificación, tarjetas de conducir, en el cuarto de Joel. En el garaje encontraron una cadena con sangre humana.

Los vecinos se habían quejado del mal olor que salía de la casa de Joel, provocado evidentemente por los cadáveres que a veces conservaba allí durante días, pero que todos atribuían a los fertilizantes que Joel utilizaba en sus trabajos de jardinero.

Rifkin posteriormente le confesaría a una psiquiatra forense que tenía visiones, que sabía que iba a morir a los 64 años al igual que su padre, y que sabia que cuando mató a su ultima victima, que esa seria la ultima, ya que mato a 17 victimas y el tenia 34 años de edad, el doble de 17.

Además, según manifestó, mataba a las prostitutas para que su padre no se sintiera tan solo en el mas allá, y que en las fechas cercanas al aniversario de su padre sentía sus vibraciones y sabia que debía matar para que su padre no estuviera solo.

A pesar de tener todo en contra se declaró inocente de los asesinatos, pero fue condenado a cadena perpetua.

Joel David Rifkin nació el 20 de enero de 1959, de una pareja de adolescentes, así que fue adoptado cuando tenía 3 meses por el matrimonio Rifkin, Bernard y Jeanne el día de San Valentín. Tres años más tarde, en enero de 1962, la pareja también adopta a una niña.

Joel David Rifkin tenía un carácter muy reservado y siempre fue el centro de las bromas de sus compañeros (le robaban los libros y el bocadillo y le bajaban los pantalones), transformando así su personalidad en taciturna, solitaria y sin amigos, además padecía dislexia, echo que aún lo complicaba más.

Joel y su madre, mantenían una muy buena relación, los dos disfrutaban de la fotografía, la artesanía y la jardinería. En la escuela fue un alumno normal a pesar de tener un coeficiente alto.

En 1977 se graduó e intentó encontrar trabajo pero durante varios años no pudo conservar ningún empleo durante mucho tiempo seguido. La higiene pobre, las ausencias y la ineptitud en general eran las principales causas.

Junto a este ir y venir de diferentes trabajos se le añadía su relación con una muchacha depresiva, lo cual no ayudaba mucho a Joel, quien soñaba con hacerse famoso escribiendo poesía. Alquiló varias veces apartamentos pequeños pero siempre volvía a casa.

En febrero de 1987, su padre decide suicidarse tomando barbitúricos, víctima de un cáncer de próstata y de un enfisema a causa del tabaco. Murió tras 4 días en coma. Fue un golpe muy duro para Joel del cual quedó bastante trastornado.

Meses más tarde empieza a relacionarse con prostitutas y es detenido en agosto del mismo año por confundir a una policía con una prostituta, pero todo se quedó en una multa.

Luego empieza a interesarse por escritos de asesinos en serie y su perturbada mente empieza a empaparse con los actos criminales y es aquí cuando empieza a imitar a sus “heroes”.

En 1989, sobre las 10 de la noche, recoge a Susie, una joven prostituta drogadicta a la que acompaña a comprar droga y luego mantienen una relación sexual bastante mediocre para volver a ir a comprar drogas pero Joel en vez de eso la golpea y la tira al asiento de atrás de su coche, la lleva a su casa y al cogerla ella se defiende y le araña en la cara pero él, más furioso todavía, la estrangula. Lo limpia y ordena todo, la mete en la cama y duermen varias horas.

Al despertar la traslada al sótano y la desmiembra. La cabeza la mete en un tarro de pintura y los trozos en bolsas de basura, por otro lado separa la piel de las yemas de los dedos y le arranca los dientes con unos alicates. Mete todas las bolsas en el coche de su madre y mientras viaja por Manhattan va tirando los trozos de cuerpo.

Un día, en un campo de golf encuentran la lata de pintura con la cabeza de la chica dentro, pero nunca pudieron identificarla aunque Joel cogió un ataque de ansiedad al enterarse de que la chica era positiva de sida. El caso de Susie estuvo sin resolver hasta que Rifkin confesó en 1993.

En 1990, se lleva a su casa a otra prostituta llamada Julia pero se hacía llamar “Madonna” y después de pasar la noche con ella, la asesina, viola su cadáver y la descuartiza. Los trozos de la chica los va metiendo en cajas y cubriéndolos con cemento para más tarde irlos esparciendo por la ciudad.

El 13 de julio de 1991 asesina a Barbara Jacobs, la estrangula, la mete en una bolsa de plástico y luego dobla su cuerpo para que quepa en una caja de cartón. Su cuerpo es encontrado en el río Hudson el 14 de julio del mismo año por unos bomberos que hacían prácticas.

El 1 de septiembre de 1991 mata a Mary Ellen De Luca, otra prostituta drogadicta. Joel, en sus confesiones dijo que este fue uno de los asesinatos más raros, ya que en uno de los momentos que estaba con la chica le preguntó si quería morir y ella dijo que sí, así que la estranguló sin oposición de la víctima. Fue encontrada el 1 de octubre pero no pudo ser identificada hasta que Rifkin confesó en 1993.

El 26 de diciembre de 1991, asesina a Lorraine Orvieto, también prostituta drogadicta y positiva de sida. Fue encontrada el 11 de julio de 1992.

Joel D. Rifkin usaba diferentes herramientas para asesinar, algunas eran estranguladas, como ya hemos visto y otras como, Jane Doe (sin identificar) y Maryann Holloman, recibieron golpes hasta la muerte con un recipiente de pintura. También se deshacía de los cuerpos de formas diferentes, normalmente las descuartizaba y repartía los trozos, mayormente, por los ríos pero a Iris Sánchez, muerta en 1992, la escondió bajo un colchón.

El 25 de mayo de 1992 mata a Anna López y la tira en el bosque de Brewster. Es encontrada al día siguiente.

El 16 de noviembre de 1992 mata a la siguiente, Jenny Soto, quién se defendió arañando a Rifkin en la cara y éste le rompió el cuello. Después de que la chica lo “hiriera” tardaría unas 15 semanas en volver a actuar y lo volvería a hacer con más cuidado.

El 27 de febrero de 1993, unos tres meses más tarde, elige a Leah Evens como próxima víctima. Después de matarla, la lleva a Northampton y la entierra de mala manera. El 9 de mayo del mismo año es encontrada ya que una mano marchitada sale de la tierra.

El 28 de junio de 1993, Joel es detenido por la policía por exceso de velocidad a las 03,36 de la madrugada. Tenía 34 años. Al acercarse, los policías, a la parte posterior de la camioneta de Rifkin, descubren algo envuelto en plástico y atado con cuerdas, era un cuerpo de mujer en estado de descomposición. Era Tiffani Bresciani, otra prostituta de 22 años, que según él habían mantenido sexo y luego la mató. Su intención era arrojar el cadáver cerca del aeropuerto.

El 28 de junio de 1993 a las 08,25 de la mañana Joel está siendo interrogado, confesando 17 asesinatos. Rifkin no mostraba emociones al contar los asesinatos y además no nombraba a las mujeres por nombres o situaciones, sino que eran míseros números para él. No opuso ninguna resistencia a contar como había matado a las chicas y de dónde se encontraban sus cuerpos o parte de ellos.

Con el permiso de su madre registraron la habitación de Joel y allí encontraron docenas de carnets de conducir, una cadena con sangre humana, fotos de varias mujeres sin identificar, ropa femenina maquillaje y joyas. También registraron el garage donde encontraron bragas manchadas de sangre y una sierra mecánica con trozos de carne humana.

Los vecinos dijeron que siempre provenían olores fétidos de la casa de los Rifkin pero creían que era por los fertilizantes que Joel usaba en el jardín. Realmente eran los cuerpos que llevaba primero a casa para luego deshacerse de ellos.

Una vez en la cárcel le contó a su psiquiatra que tenía visiones de que moriría a los 64 años, como su padre, y que cuando mató a la víctima número 17 (Tiffani Bresciani), sabía que sería la última porque él tenía el doble de edad, 34 años.

El elegir prostitutas para asesinarlas, era porque no quería que su padre estuviera sólo, así que las mataba para que le hicieran compañía.

Se declaró inocente pero fue condenado a 203 años de prisión, condena que cumple en una prisión correccional de Nueva York, en Clinton a unas 350 millas de Manhattan, en unas aisladas montañas. Quizá pueda salir bajo palabra en el 2197.

Ya estamos en junio, ese mes a mitad del año en el que se celebra el día del padre. Un buen hijo se estará preguntado: ¿Cuál sería el mejor regalo para su progenitor? Un celular, tal vez ropa, una invitación a cenar. O en el caso de Joel Rifkin: compañía directo al más allá.

Hijo de una pareja menor de edad que al enterarse de su embarazo decide darlo en adopción, debido a que no contaba con una situación económica apta para mantenerlo, ni con la madurez necesaria para criar un hijo. Tres semanas después de que sus padres lo entregaron al sistema comenzó a formar parte de la familia Rifkin. Su ahora madre, la Sra. Jeanne, y su padre Bernard, no podían tener hijos, así que tres años más tarde adoptaron a una niña y la nombraron Jane.

La infancia de Joel fue dura debido a que el colegio, una de las esferas principales para el crecimiento de un niño, fallaba. Sufría problemas de dislexia, de postura (que le provocaban verse jorobado), caminaba lento y era excluido de deportes; lo que resultó en dificultad para adaptarse a sus compañeros, quienes se burlaban y no querían jugar con él. Con el tiempo llegó a formar parte de diversos grupos pero en ninguno era aceptado. Su IQ era de 128, saliendo de los parámetros generales cuya media es de 90 a 110.

En su búsqueda de encajar en un grupo entró al equipo de anuario y momentáneamente fue aceptado, con el tiempo se convirtió una vez más en el centro de burlas y bromas y unos compañeros le robaron su utensilio de trabajo: su cámara. Quedando también fuera de este grupo.

Siendo este último el golpe definitivo que lo llevo al aislamiento total, el factor que lo preparó para lo que vendría. Se encontraba hundido en la ira, el rencor y el desprecio hacia cualquier persona; y ahora contaba con nuevas ideas adquiridas gracias a una película llamada “Frenesí”, en la cual el protagonista era un asesino en serie de prostitutas. Se vio reflejado en los ojos de ese criminal y deseó poder sentir el placer de quitarles la vida a esas mujeres.

Sus padres notaron cierta emoción de parte de Joel por tener un auto por lo que decidieron cumplirle el deseo comprándole un coche para satisfacer sus necesidades y asistir al colegio. Idea que de cierto modo calmó la inquietud de este hombre por asesinar mujeres aunque solo por un tiempo.

La seguridad que este auto le brindó fue tal que pronto lo usó para comprar servicios sexuales en las calles de New York. Actividades que transcurrían de manera normal, sin violencia. Pero ese deseo de asesinar seguía latente.

Pronto Joel descuidó la escuela, faltaba a clases, no entregaba tareas, ni hacía sus actividades, dirigiéndose al fracaso escolar.

Otro golpe se acercaba pero esta vez para toda la familia, el señor Rifkin fue diagnosticado con Cáncer enfermedad que rápidamente lo deterioró y al no existir una cura, Bernard tomo el camino más fácil, decidió suicidarse. Hecho que marcó a Joel Rifkin, pues se había quedado sin una figura paterna, figura que brinda, seguridad, apoyo y disciplina. Factor que detonó las actividades criminales de Joel.

Este sujeto estaba listo, adoptando el papel de aquel protagonista de la película Frenesí, empezó a elaborar planes maquiavélicos sobre como asesinaría a las prostitutas que se encontrara de camino a casa.

Su primer homicidio, fue en 1989, contrató los servicios de “Sussie” una sexo servidora, al terminar el acto carnal Rifkin no pudo controlar sus deseos de matarla, tomó un objeto pesado y la golpeó fuertemente, luego la estranguló hasta dejarla sin vida. Cuando contempló el cadáver, supo lo que tenía que hacer, desmembrarla. Arrancó cada parte de su cuerpo y cada pieza dentaria. Escondió la cabeza en una cubeta de pintura y metió las partes mutiladas en una bolsa para basura. El siguiente paso sería tirar las bolsas en el canal más cercano que encontrara.

Transcurrió un año para su segundo ataque, esta vez la mujer se llamaba Julie Blackbird, el método fue casi el mismo, solo que esta vez la llevó a su casa de Long Island, primero sostuvieron relaciones, después la golpeó con una pata de la mesa, prosiguió con la estrangulación. Una vez más desmembró el cadáver, pero esta ocasión depositó los restos en un cubo con hormigón (un tipo de cal, cemento, arena y agua) posteriormente tiró los cubos en el puente de Brooklyn.

En 1991 la economía de Joel ya no era sólida, ya no había quien lo mantuviera, no terminó la escuela y dado que no era estable en los trabajos, decidió abrir un negocio de jardinería, el cual encajó perfectamente en su vida de asesino, ahora tenía el lugar perfecto para enterrar a sus víctimas.

Sus siguientes víctimas fueron Barbará Jacobs, Mary Ellen DeLuca, Yun lee y otras mas que no se han identificad, todas ellas bajo la misma metodología criminal.

Los pasos de Rifkin para asesinar, eran simples pero mortales.

- Contratar servicios de prostitutas.
- Mantener contacto sexual con las mismas.
- Golpearlas con algún agente contundente.
- Estrangularlas con sus propias manos
- Desmembrar cada parte del cuerpo
- Arrancar las piezas dentarias
- Al final, se deshacía del cadáver, tirándolo en algún canal o bien, enterrándolo en el terreno de su negocio.

En junio de 1993 asesinó a su última víctima, la mujer se llamaba Tiffany Bresciani, siguió los mismos pasos pero esta vez dio un giro, llevó el cadáver a la casa de su madre al llegar tomo una lona y la amarró con una cuerda la dejó sobre una carretilla. Así transcurrieron tres días, fue en la tercera noche cuando decidió ir por el cuerpo, para deshacerse de él a 15 km de la casa de la Sra. Rifkin. era alrededor de las 3:00 am cuando una patrulla le marca el alto, pues le hacían falta las placas al auto, al ver la negativa de Joel por detenerse, comenzaron una persecución y hasta la policía aérea entró en apoyo. Obligaron a Joel a estrellarse contra un faro y lograr su detención.

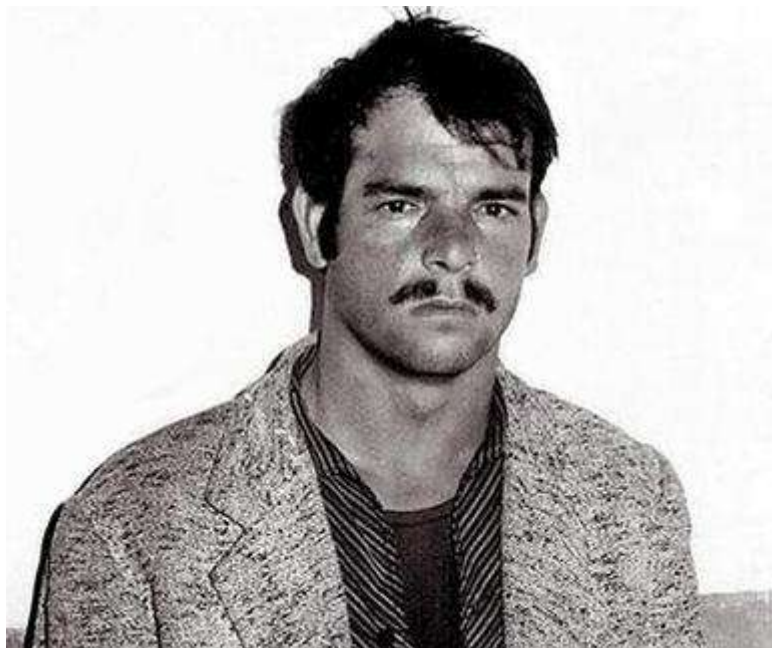
Al inspeccionar el automóvil encontraron el cuerpo de Tiffany ya en proceso de descomposición. Joel se vio obligado a confesar todos sus asesinatos y el lugar donde yacían los cuerpos de aquellas mujeres pues no fue solo Tiffany sino otras 16 prostitutas que corrieron con la mala suerte de prestar sus servicios a Joel Rifkin.

Las autoridades confirmaron su confesión pues al revisar la casa de su madre encontraron varias tarjetas de identificación de mujeres. En el jardín encontraron un panteón clandestino con restos de cuerpos humanos.

Joel Rifkin fue sentenciado a 203 años de prisión. Cuando fue interrogado sobre el móvil del delito, fue honesto al decir que lo hacía por el cariño que le tenía a su padre y la tristeza que sentía al saber que estaba solo en el más allá, así que decidía mandarle prostitutas para que lo acompañaran.

Joel Rifkin relató todo a una psiquiatra forense: constantemente tenía visiones, sobre su propio fallecimiento. “Decía que cuando él tuviera 64 años, la edad en que falleció su padre. Sería la edad a la que él moriría y que Tiffany la victima numero 17, seria la ultima pues el tenia 34 años, el doble de diecisiete.

MANUEL DELGADO VILLEGAS



Un asesino con bigote a «lo Cantinflas». En la Legión aprendió el golpe de la muerte. El asesinato de su novia, en El Puerto de Santa María, fue su último crimen. Confesó tal rosario de muertes que la policía no le creyó. Posee el XYY, el cromosoma de la criminalidad.

Es el asesino más grande de la historia criminal española, el mayor asesino de España en tiempos de

paz: Manuel Delgado Villegas, *el Arropiero*, el célebre Estrangulador del Puerto, que se declaró autor de cuarenta y ocho espeluznantes crímenes.

Está considerado como el asesino «número uno» en los anales de la criminología española que gana en capacidad letal a Jack el Destripador y al Estrangulador de Boston. Su primer abogado defensor, que lo fue de oficio, el letrado catalán Juan Antonio Roqueta Quadras-Bordes, dice de él que si el Arropiero saliera en libertad, «no tardarían en aparecer, a las pocas horas, cuatro o cinco cadáveres». Para el letrado es como un volcán, tan pronto está en calma como entra en erupción y «te abre en canal» porque le niegues un cigarrillo.

Confesó tantos crímenes a la policía que los agentes encargados del caso creyeron que se encontraban ante un fabulador extraordinario por lo que acotaron sus crímenes probables a una lista más verosímil, de tan sólo veintidós, de los cuales llegaron a probarle ocho.

Pero el Arropiero dio tantos detalles y tan precisos de sus delitos, algunos cometidos fuera de nuestro país, que su abogado, y se trata de su abogado defensor, siempre ha creído que este es sin lugar a dudas «el más grande asesino de la historia».

Por sus crímenes no fue nunca legalmente culpado ni juzgado. Al serle detectada una grave enfermedad psiquiátrica, se le declaró falto de responsabilidad penal y la Audiencia Nacional ordenó su internamiento en 1978 en un centro psiquiátrico penitenciario donde ha pasado la mayor parte de su vida.

Estuvo mucho tiempo en Carabanchel, Madrid, y en el momento de escribir este relato de sus crímenes, a sus 53 años, está recluido en el penitenciario de Fontcalent, Alicante. Allí subsiste con altibajos en su esquizofrenia que se completa con un cuadro de delirio megalomaniaco y desorientación tempoespacial así como una fuerte tendencia al autismo, lo que le aísla del mundo que le rodea.

También padece una grave enfermedad pulmonar desarrollada debido al tabaco. Se ha pasado los largos años de reclusión fumando un cigarrillo tras otro, consumiendo varias cajetillas por día, hasta desarrollar un EPOC (Enfermedad Pulmonar Obstructiva Crónica). Es muy probable que el mayor asesino de España sea a su vez asesinado por el tabaco, uno de los mayores asesinos del mundo.

El Arropiero debe su apodo a que su padre vendía «arope», un dulce de higos, industria de vendedores ambulantes, por lo que fue primero el Hijo del Arropiero y luego se quedó con el mote.

Manuel Delgado Villegas nació en Sevilla, el 25 de enero de 1943. Su madre, que contaba veinticuatro años, murió al dar a luz, por lo que él y su única hermana, Joaquina, fueron criados por su abuela. Aunque fue a la escuela, no sabe leer ni escribir.

A los dieciocho años ingresó voluntario en la Legión donde aprendió uno de los golpes mortales -el de la mano abierta en el cuello- con el que dio fin a muchas de sus víctimas, desertando después y emprendiendo un largo vagabundeo por España, Italia y Francia, en el que fue dejando su camino sembrado de cadáveres.

Fue detenido el 18 de enero de 1971, a los veintiocho años, en el Puerto de Santa María, Cádiz, por la muerte de Antonia Rodríguez Relinque con la que mantenía relaciones sentimentales.

El asesinato de su novia fue la última fechoría de «el Arropiero». Durante los interrogatorios dejó atónitos a los policías con el relato de sus crímenes. Se atribuyó desde el asesinato de una hippie francesa hasta el célebre «crimen de la tinaja».

«El Arropiero» presentaba entonces un aspecto muy singular: corpulento y atlético, caracterizaba su rostro con un inconfundible bigote a lo «Cantinflas» en homenaje al que era su personaje más admirado. Salía con Antonia Rodríguez, una mujer subnormal, soltera de treinta y ocho años, mucho mayor que él, a la que hacía objeto de malos tratos.

El día del crimen la llevó en moto a un lugar del campo, solitario, donde mantuvieron relaciones sexuales. Movidó por el impulso irrefrenable que le hizo cometer tantos crímenes, rodeó el cuello de su novia con los leotardos que le había quitado y la estranguló mientras hacían el amor.

Los policías se ganaron la confianza del asesino y lograron que les llevara donde había ocultado el cadáver. Uno de los detalles más espeluznantes que sabrían sobre la marcha fue la necrofilia del criminal, que abusaba sexualmente de los cadáveres de sus víctimas.

El primero de sus asesinatos comprobados lo cometió en Cataluña, el 21 de enero de 1964, en la playa de Llorach, en Garraf. Se acercó a un hombre que dormía apoyado en un muro, que resultó ser el cocinero de cuarenta y nueve años Adolfo Folch Muntaner, y le destrozó el cráneo con una piedra. Luego le robó el dinero, la cartera y el reloj.

Su segunda muerte comprobada se descubrió el 20 de junio de 1967, cuando se encontró el cadáver de una estudiante francesa de veintiún años, Margaret Helene Boudrie, en Can Planas, una masía de Ibiza. Su cuerpo estaba completamente desnudo y tenía un fuerte golpe en un ojo, así como contusiones y arañazos en el cuello. En la espalda había recibido

una puñalada. El Arropiero dijo a los policías que se había ganado su confianza, que le robó una cadena con una medalla que llevaba al cuello, y que abusó de ella una vez muerta.

El tercer asesinato admitido y probado fue el de Venancio Hernández Carrasco, vecino de Chinchón, al que hallaron muerto en las aguas del río Tajuña el 20 de julio de 1968. Había salido al trabajo en un viñado de su propiedad, a orillas del río, cuando se encontró con Delgado Villegas que le pidió algo de comer y al que respondió que si quería comer, que trabajara, que era joven. Esto ofendió a Delgado Villegas y le costó la vida: el Arropiero le atacó con su «golpe legionario»: el revés con el canto de la mano en el cuello, y lo arrojó al río. Hasta la confesión de Villegas todo el mundo creyó que había muerto ahogado por accidente.

El cuarto asesinato fue descubierto en Barcelona, a primeras horas del 5 de abril de 1969, por las limpiadoras de un almacén de muebles de la Avenida del Generalísimo número 437, que hallaron al propietario, Ramón Estrada Saldrich, inconsciente pero aún con vida. Murió en el Hospital Clínico. El Arropiero le había conocido en un bar y se habían hecho amigos. Con cierta frecuencia iban al almacén del fallecido. La noche del crimen, Delgado Villegas le pidió mil pesetas y Estrada se negó a dárselas. El asesino le golpeó en el cuello como solía hacer con sus víctimas y le remató estrangulándolo. Luego le robó las sortijas, el reloj y la cartera.

La quinta víctima comprobada de Delgado Villegas fue una anciana de sesenta y ocho años de edad, Anastasia Borrella Moreno, una mujer menuda y vivaracha que trabajaba en la cocina del bar Iruru de Mataró. El 23 de noviembre de 1969 salió camino de su casa y nunca llegó a ella. Cuatro días más tarde fue encontrado su cadáver por unos niños que jugaban en el túnel de la llamada Riera Sirena bajo la calle, a unos 300 metros de su casa. Estaba cubierta con un plástico, boca arriba, con las ropas subidas. La habían matado a golpes con un ladrillo. Villegas explicó que aquel día del crimen tenía ganas de una mujer. Al encontrarse con la anciana le preguntó si quería tener acceso carnal con él. La mujer reaccionó indignada y amenazándole con avisar a la policía. Por eso la mató y la tiró al torrente seco. Como se veía desde arriba, bajó para esconderla en el túnel. Se sintió excitado y abusó de su víctima. Este acto de necrofilia lo repitió todas las noches siguientes hasta que el cuerpo de Anastasia fue encontrado.

El sexto crimen reconocido por Delgado Villegas lo cometió el 3 de diciembre de 1970 en la persona de un estudiante amigo suyo. Se llamaba Francisco Marín Ramírez, tenía veinticuatro años, era de Córdoba y vivía en la misma calle que Antonia Rodríguez, su novia oligofrénica. Según Delgado Villegas, iba con él en una moto cuando, en medio de la carretera, el muchacho le hizo algunas caricias, cosa que le sacó de quicio. Paró la moto y le dio su célebre golpe en el cuello. El muchacho se quedó sin respiración y le pidió que lo llevara a recuperarse junto al río. Allí, según el criminal, volvió a insinuársele y por eso lo tiró al agua.

A partir de aquí, el Arropiero se culpó de tal cantidad de crímenes que desbanca a muchos considerados en el mundo como los primeros en cuanto a número de víctimas.

En Sant Feliú de Guíxols, dijo haber estrangulado a una extranjera; en Alicante, dio muerte a una mujer a navajazos; en Barcelona, a un homosexual al que estranguló con un cable; en Valencia, a una mujer a la que metió en una cuba.

Manuel Delgado Villegas no tuvo abogado defensor hasta seis años y medio después de haber sido detenido. Entre sus récords está el de la detención preventiva más larga sin protección legal.

Es el primer criminal que tuvo que ser llevado en avión a comprobar por España la veracidad y diversidad de los crímenes que confesaba. En las pruebas médicas se le detectó que era poseedor del cromosoma XYY, conocido universalmente como el cromosoma de la criminalidad. Por su «doble Y» distintivo de virilidad, a los afectados se les ha llamado también «superhombres», lo que no deja de ser un sarcasmo dado que es frecuente observarles alteraciones sexuales de inmadurez y homosexualidad.

El Arropiero, en sus últimos años, es un hombre muy singular, con enormes barbas y pelo largo, como si fuera el «Robinson de los Psiquiátricos». El avance de su enfermedad ha hecho que sea imposible mantener una conversación coherente con él. Fue internado de por vida en un centro penitenciario para enfermos mentales con el fin de proteger a la comunidad. Según los médicos y el que fue su abogado defensor si fuera puesto en libertad todo el mundo estaría en peligro.

Manuel Delgado Villegas (Sevilla, 25 de enero de 1943 – Badalona, 2 de febrero de 1998), conocido como el Arropiero, fue un asesino en serie español. Es considerado el peor asesino de la historia criminal española.

Su padre se dedicaba a vender arropes y él le ayudaba, de ahí recibió su alias: el Arropiero. Su madre fallece al darle a luz en 1943, así que él y su hermana son criados por su abuela. Asiste a la escuela, pero no sabe leer ni escribir.

En 1961 ingresó en la Legión española, donde aprendió un golpe mortal que le ayudó en su carrera criminal. Poco después desertó del ejército y viajó por España, Italia y Francia, dejando tras de sí un rastro de cadáveres. Fue detenido el 18 de enero de 1971 en el Puerto de Santa María.

Tras su detención confesó tantos crímenes que la policía no le tomó en serio al principio: cuarenta y ocho asesinatos. Se le consiguieron probar siete, aunque la policía consideró verosímil que fuese el autor de veintidós asesinatos, que en algunos casos incluyeron necrofilia.

- 21 de enero de 1964: muerte de **Adolfo Folch Muntaner** en la playa de Llorach.
- 20 de junio de 1967: muerte de **Margaret Helene Boudrie** en una masía de Ibiza.
- 20 de julio de 1968: muerte de **Venancio Hernández Carrasco** en el río Tajuña.
- 5 de abril de 1969: muerte de **Ramón Estrada Saldrich** en Barcelona.
- 23 de noviembre de 1969: muerte de **Anastasia Borrella Moreno** en Mataró.
- 3 de diciembre de 1970: muerte de **Francisco Marín Ramírez** en Puerto de Santa María.
- 18 de enero de 1971: muerte de **Antonia Rodríguez Relinque** en el Puerto de Santa María.

La desaparición de Antonia Rodríguez Relinque, disminuida mental, que había sido vista varias veces en compañía de Manuel Delgado Villegas, con quien mantenía una relación sentimental, puso a la policía sobre la pista del mayor asesino de la historia de España.

Sin sospechar nada, la policía lo acompañó a comisaría donde fue interrogado sobre la desaparición de la que se consideraba su pareja. Declaró que la había estrangulado con sus propios leotardos mientras practicaban el acto sexual, y que había matado a 48 personas más.

La detención de el Arropiero permitió esclarecer algunos crímenes que habían quedado sin resolver hasta la fecha, incluyendo otros (Hernández Carrasco) que habían pasado por accidentes. Manuel Delgado Villegas no tuvo abogado defensor hasta seis años y medio tras su detención, teniendo el récord de arresto preventivo sin protección legal. Nunca fue juzgado, ya que se le diagnosticó una enfermedad mental y la Audiencia Nacional ordenó en 1978 su internamiento en un centro especializado.

Cuando viajaba con unos agentes para comprobar sus crímenes, escuchó en la radio que un mexicano había matado más gente que él. El Arropiero contestó textualmente: «Denme 24 horas y les aseguro que un miserable mexicano no va a ser mejor asesino que un español».

Las pruebas médicas que se le practicaron permitieron descubrir que era poseedor de la trisomía sexual XYY (en lugar de la dotación común de un hombre, XY), que, en aquellos tiempos se decía que se caracterizaba por tener un retraso mental que, en algunos casos, induce a ser más agresivo. Estudios médicos actuales rebaten dicha teoría. El Arropiero fue liberado en 1998, falleciendo poco después a causa de una enfermedad pulmonar causada por un exceso de consumo de tabaco.

Manuel Delgado Villegas, *el Arropiero*, de 55 años, considerado el mayor criminal de la historia de España, falleció el pasado 2 de febrero en el Hospital Can Ruti de Badalona, aquejado de una afección pulmonar, según publicó ayer *La Vanguardia*.

El Arropiero, a quien se achacaba haber cometido 22 asesinatos, estuvo preso durante 26 años sin que nunca se le juzgara por ninguno de los crímenes que se le imputaban.

Al ser detenido el 18 de enero de 1971 en El Puerto de Santa María (Cádiz), acusado de haber asesinado a Antonia Rodríguez Relinque, con quien mantenía relaciones amorosas, el Arropiero se confesó autor de numerosos crímenes en los interrogatorios. Tantos, que la Policía llegó a sospechar que se atribuía muchos de ellos por afán de protagonismo. Pero acabaron creyéndole por los detalles que daba de ellos.

Su estancia en la cárcel se prolongó durante años sin que jamás fuera juzgado y, sin embargo, estaba limpio de antecedentes penales, según el certificado oficial expedido por el Registro Central de Penados y Rebeldes.

Varios informes clínicos le calificaron de mentalmente desequilibrado y, en junio de 1978, la Audiencia Nacional archivó su causa provisionalmente y ordenó su internamiento en el Hospital Psiquiátrico Penitenciario de Carabanchel (Madrid), donde fue sometido a régimen carcelario.

La reforma del Código Penal favoreció su liberación. El Arropiero no podía continuar internado en un centro psiquiátrico penitenciario, ya que se limita la reclusión en ellos de los enfermos mentales al tiempo que dura su condena y, en su caso, ésta no existía. Por ello, la Audiencia Nacional ordenó en diciembre de 1996 su excarcelación de Fontcalent

(Alicante) y su traslado al psiquiátrico de Santa Coloma de Gramanet (Barcelona), ya que su familia vive cerca de allí.

De esta misma clínica procedía el Arropiero cuando ingresó en el Hospital de Can Ruti el pasado 23 de enero, días antes de su muerte, según aseguró el director gerente del centro, Isidro Parra. Este afirmó que Delgado había ingresado durante el último año varias veces en este centro por el mismo motivo que le causó la muerte: una afección pulmonar, típica de los fumadores.

El lunes 18 de enero de 1971, en el Puerto de Santa María (Cádiz), se denunció la desaparición de Antonia Rodríguez Relinque, más conocida por Toñi, soltera, de treinta y ocho años, natural y vecina del mismo pueblo, cuyo vecindario conocía su desmesurada afición por los hombres.

Toñi era una infeliz subnormal que solía frecuentar todas las tabernas de la carretera general para hablar con los camioneros y prodigar sus «favores» a todo aquél que los solicitara. Últimamente tenía un novio, del que parecía muy enamorada, desoyendo los consejos de familiares y amigas a quienes «ese hombre les parecía peligroso».

Había salido de su casa muy «endomingada» la tarde anterior diciendo que iba a pasear con él y ya no regresó.

Los funcionarios de la plantilla de aquella comisaría realizaron gestiones para localizar al novio y conocer las particularidades de ella. Supieron que se trataba de un tal Manuel Delgado Villegas, de veintiocho años, natural de Sevilla, que sólo llevaba dos o tres meses en el Puerto, viviendo en casa de su padre, que se dedicaba a la venta de «arropías» (golosinas confeccionadas por él en su propia casa, con arrope), y había decidido quedarse allí y trabajar como vendedor ambulante de tal mercancía; de ahí que se le conociera por el Arropiero.

Aunque se decía que maltrataba constantemente a Toñi, nadie podía creerlo, porque sus clientes, niños y adolescentes eran sus amigos y a todos les parecía inofensivo.

Cuando varios días después le interrogaron en la comisaría, Manolo negó rotundamente conocer el paradero de Antonia, así como el porqué de su desaparición; pero dijo haberla visto el domingo por la noche cuando pasaba en una moto con un desconocido junto a la Plaza de Toros.

Pero incurrió en varias contradicciones, los policías sospecharon «algo raro» en su declaración y decidieron alargar el interrogatorio, medida que les condujo al éxito final.

Debo decir que el comisario jefe del Puerto de Santa María, a quien el Arropiero le resultaba harto sospechoso, mediante una llamada a la Dirección General de Seguridad conoció los pésimos antecedentes que tenía Manuel como delincuente habitual: varias veces había estado detenido por hechos contra la propiedad, en diferentes localidades del litoral mediterráneo, y por haber cruzado la frontera con Francia ilegalmente, sospechándose que deseaba extender allí sus actividades delictivas. También había estado en Roma una temporada.

Con toda esa información se le acosó a preguntas y acabó por derrotarse; confesó que había pasado la tarde del domingo junto a Toñi y se habían adentrado por caminos y vericuetos hasta encontrar un lugar en el que pudieran hacer el amor sin ser vistos, pero tardó en decir el lugar exacto, dando así un gran trabajo a los inspectores puesto que les indicaba diferentes sitios de los alrededores del pueblo y de los que regresaban sin haber encontrado ni rastro de la desaparecida.

Fue preciso que le hablaran y trataran con exquisito tacto, casi con mimo, para que llegara a decir la verdad. Puedo asegurar que no recibió ni un grito, ni un empujón ni un simple cachete; nadie le insultó ni se mostró impaciente o alterado, y por el empleo de esta táctica lograron encontrar el cadáver, cuya garganta estaba ceñida por sus «leotardos», detalle que hizo evidente la causa de su muerte: estrangulamiento.

Espesos matorrales habían ocultado el cuerpo desde el domingo por la noche hasta el jueves; y el frío, retardando la descomposición, evitó el olor que hubiera podido alertar a los vecinos de unas casas cercanas. Él había dicho que Toñi profirió palabras que le «colmaron» la paciencia, pero a la vista del cadáver nada parecía indicar que hubieran reñido o forcejeado.

Hay algo que debo decir: Manolo y Antoñita se complementaban, pues si él se enfurecía, en sus momentos más apasionados, y gustaba de golpear o estrangular a su pareja, a ella le servían de estímulo sexual los malos tratos. Le gustaban los golpes, los pellizcos y presiones, de modo que cuando sintió que las medias le oprimían el cuello, no trató de defenderse, estaba contenta. Parece que sólo dijo: «Me haces daño», pero nada más...

Al darse cuenta de que su novia estaba muerta, el criminal se alejó decidido a «fabricarse» una coartada por si le detenían. A tal efecto se fue al cine y cogió del suelo, a la puerta del mismo, una entrada cortada que guardó en el bolsillo. A las once y media de la noche estaba acostado en casa de su padre.

Dijo Manuel Delgado Villegas que padecía ataques epilépticos; no se pudo saber si era verdad, pero se creyó que sí sabía fingirlos bien, pues en la misma comisaría, cuando empezaron a interrogarle, hizo la comedia. Llamado un doctor, tras un detenido reconocimiento dijo que no podía asegurar que ese ataque fuera auténtico o fingido.

Tras practicarle la autopsia al cadáver de Toñi se supo que su «adorado Manolo» había estado con ella cada noche para hacer el amor con su cuerpo muerto, hasta el día en que fue detenido. Tenía la Policía delante a un necrófilo, a un maníaco sexual capaz de las mayores atrocidades, pero los inspectores se mostraron imperturbables.

No obstante, como quiera que la Policía no se olvida de ningún suceso criminal y el comisario tuvo la sospecha, durante el interrogatorio, de que el detenido podía ser quien matara el 3 de diciembre del año anterior a un joven de veinticuatro años, cuyo cadáver había sido encontrado en el río Guadalete, y el caso estaba sin resolver, decidió tantearle «por si acaso...».

Con la misma medida, con el mismo tacto que le había tratado desde un principio le fue exponiendo todo cuanto sabían sobre lo que había hecho en su vida: sus andanzas por Francia e Italia, sus pequeños delitos contra la propiedad en Barcelona, Valencia, Gerona, Madrid y Sevilla; su alistamiento en la Legión, donde tuvo ocasión de aprender algunos

golpes de karate; de las veces que había sido detenido sin llegar nunca a ingresar en prisión, ya que por sus verdaderos o fingidos ataques epilépticos le habían internado en sanatorios psiquiátricos y soltado en seguida; de la afición que había tenido por cierta droga y de la cura de desintoxicación que surtió efecto; de que desde entonces prefería el alcohol, principalmente ginebra y coñac; de que algunas de sus detenciones fueron por vivir de las mujeres y por sus manías de tipo sexual...

En la mente primitiva de Manolo no cabía la idea de que todo eso pudiera ser conocido por la Policía y se impresionó en gran manera, de modo que cuando le mostraron una fotografía de Francisco Marín Ramírez, el joven que apareció en el río, cambió de expresión y se desconcertó; tal vez pensó que «lo sabían todo» y que era inútil negar que él lo había matado, así que confesó su crimen.

Se daba la circunstancia de que Francisco vivía con sus padres muy cerca de la casa de Antoñita, aunque no tenía trato con ella -según dijo Manolo- y se conocieron cuando él deambulaba vendiendo sus arropías, un día del anterior mes de noviembre; Francisco se había acercado a él como cliente, simpatizaron y quedaron en verse para charlar un rato más tarde. Así lo hicieron y llegaron a intimar bastante, cosa extraña en el joven, que era introvertido, muy tímido y poco dado a hacer amistades.

Teniendo en cuenta que el Arropiero era analfabeto y sólo dibujaba su nombre para firmar, que era hombre de muy pocas luces, mientras que Francisco tenía una inteligencia superior, estudiaba mucho, había inventado una máquina para bobinar, era delineante y electrotécnico, tenía una gran biblioteca y, como dato curioso, se sabía que en el libro *Así hablaba Zaratustra* de Nietzsche había subrayado este párrafo: «Cuando padezcas algún problema moral o físico, dedícate a tu trabajo para poder paliar problemas morales que puedan causarte», resultaba difícil comprender que hubieran llegado a ser tan íntimos amigos... ¡Eran tan distintos!

Francisco padecía aguda miopía y quizá ese defecto fuera la causa de su acusada timidez, de su aislamiento y su «temor» a las mujeres. Precisamente por su retraído carácter había sido muy difícil investigar las circunstancias de su muerte cuando le encontraron en el río, a unos doce kilómetros más arriba.

La autopsia reveló que la muerte se produjo por asfixia, pero no por inmersión, de modo que cuando cayó al agua había fallecido. La incógnita que suponía ese crimen había atormentado durante más de mes y medio a los miembros de la BIC y sólo pudo ser despejada por el Arropiero.

Manolo y Francisco habían llegado a congeniar y a sentir mutuo afecto, más bien enfermizo; el primero, un sujeto típicamente «lombrosiano», sádico y dominante; el segundo, sumiso y cariñoso tal vez en demasía, se mostraba siempre ansioso de amistad y de atención.

El último día de su vida había quedado con Manolo en verse por la noche, pero al comprobar que no acudía fue en su busca y le encontró montado en una motocicleta que había robado y que luego resultaría de valiosa ayuda para la Policía, cuando, atendiendo a la denuncia hecha por el padre de Francisco de la desaparición de su hijo, la encontraron y cerca de ella vieron unas gafas de gruesos cristales con una patilla rota; como no parecía lógico que siendo tan miope el supuesto propietario de esas gafas se marchara de aquel

lugar sin buscarlas afanosamente, los funcionarios dedujeron que allí se había producido una pelea violenta, aunque no podían saber quiénes eran sus protagonistas ni cuál había sido su desenlace.

Fue cuando el padre identificó las gafas y dijo que eran las que llevaba puestas en la fotografía que les había entregado al denunciar la desaparición de Francisco; la Policía tuvo entonces la convicción de que al joven le había ocurrido algo muy grave.

Manuel declaró que cuando iban los dos montados en la moto para dar un paseo, el joven le besó apasionadamente y él se molestó, discutieron y, al detenerse y echar pie a tierra, le asestó un golpe de karate en el cuello que le hizo perder las gafas y le dejó medio *groggy*; luego le cogió por el cuello con la mano extendida (utilizando la curva formada por el índice y el pulgar) y le alzó del suelo.

El muchacho, que respiraba mal, le pidió que le llevara a refrescarse al río; lo hizo atravesando el puente y se sentaron sobre la muralla, apoyando los pies en un banco de piedra que allí había. Poco después Francisco volvió a ponerse cariñoso y él, muy enfadado, le golpeó de nuevo en el cuello y le hizo caer al fango, a la orilla del agua.

-Cayó boca abajo y quedó inmóvil -dijo Manolo-. Yo bajé en su busca, pero como mis pies se hundían en el fango no quise acercarme más y me fui. Al día siguiente volví y me extrañó mucho no encontrarle.

Lo que había pasado era que cuando cayó al fango estaba muy baja la marea; horas después, con la pleamar, las aguas arrastraron el cadáver hasta unos doce kilómetros de distancia y lo dejaron sobre la tierra enfangada de nuevo, en un recodo de la orilla.

La autopsia determinó que murió estrangulado, pero luego se sabría que no había sido así; los golpes de karate habían producido el mismo efecto que un par de manos, que una media o que una horca: la asfixia total.

Ya puesto a confesar, dijo que en diferentes lugares había estado a punto de matar a seis personas, siempre debido a su perversión sexual. Por cierto que una de esas personas le había dado un motivo muy singular: estaba tan gorda que no podía abrazarla.... y decidió matarla.

Presumía el Arropiero de ser muy «hombre», aun confesando sus frecuentes tratos íntimos con homosexuales y degenerados a quienes trataba de matar «porque ofendían su hombría»; aseguraba que no podía resistir que quisieran abusar de él o que lo maltrataran. También le fastidiaban mucho -decía- los detenidos que tenía cerca de su calabozo, «porque hacían mucho ruido y no le dejaban dormir», cuando él siempre había sido un hombre que dormía estupendamente.

Aprovechando que unos inspectores de la comisaría fueron a entregarle cigarrillos, pude asomarme por una ventana enrejada y le vi: Manuel era más bien bajo (y lo sigue siendo), pero de muy fuerte complexión; vestía un pantalón marrón, una chaqueta beige de *sport* y una gorra de visera al tono. Supe que se quejaba de que le estaba creciendo el bigote por el centro, pues él quería llevarlo como antes, igual que el de Cantinflas: un manojito de pelos a cada lado del labio. Estaba convencido de que tenía un gran parecido con el gran actor mexicano.

En aquella comisaría del Puerto de Santa María se vivieron días inquietantes en los que no había límite para el asombro; allí estaba uno de los más peligrosos asesinos conocidos confesando uno tras otro sus crímenes y rogando que se le ayudara a curar «esa enfermedad que le obligaba a matar».

Fueron diecisiete las víctimas que dijo tener en su «haber»; eran demasiadas para poder creerlo y se llegó a pensar que mentía, que presumía de matón como les ocurre a algunos delincuentes que se declaran culpables sólo por conseguir cierta notoriedad-, pero no era así. Podía estar loco, pero no tonto, y dada su memoria prodigiosa aportaba tantos detalles que en pocos meses pudieron constatarse una media docena de sus crímenes.

Dijo haber sido autor de la muerte de Anastasia Borrella Moreno, de sesenta y ocho años, extremeña con domicilio en Barcelona, el 23 de noviembre de 1969, crimen que hasta entonces había sido un misterio.

Se trataba de una mujer que medía 1,40 metros de estatura y pesaba cuarenta kilos. Sólo hacían bulto en su figura el pañuelo negro que cubría su cabeza, el mantón con que se abrigaba y la falda hasta los pies. Al verla, nadie hubiera creído que pudiera atraer sobre sí lascivas miradas, pero así fue para su desgracia.

Ella trabajaba los domingos y festivos ayudando en la cocina de un bar y regresaba a casa de su hija entre las doce y la una de la madrugada, teniendo que atravesar todo el centro de la ciudad. Su familia recordaba que una noche llegó muy sofocada, contando que al ir por las Ramblas le había salido al paso un joven que comenzó a molestarla con «pretensiones indecentes», hasta tal punto que tuvo que refugiarse en el Ayuntamiento y pedir al policía de servicio que la librara de «ese degenerado».

Posiblemente ese individuo era el mismo -el Arropiero- que aquella fría noche de noviembre (meses después) la siguió a prudente distancia hasta la parte alta de la ciudad, donde las calles sólo estaban ocupadas por el viento, y para no ser rechazado de nuevo decidió matarla, golpeándola en la cabeza con un trozo de ladrillo; luego la arrastró hasta el borde de la profunda riera -que allí tenía (o tiene) ocho o diez metros de altura-, y la arrojó al cauce, entonces seco.

Luego descendió, volvió a arrastrar aquel pobre cuerpo inanimado y sangrante al interior del túnel, lo tendió boca arriba y lo poseyó brutalmente.

Cuatro días después, unos chiquillos encontraron el cadáver cubierto con un trozo de plástico. Cuando las autoridades judiciales lo examinaron, vieron que tenía las ropas subidas hasta su escuálido pecho y estaba cubierta de sangre. Había grandes heridas en la cabeza, pecho, piernas y otras partes del cuerpo.

Pensaron que quien había cometido tal aberración sobre un cuerpo agonizante, sobre el húmedo barro, en la total oscuridad del túnel, tenía que ser un loco muy peligroso, capaz de repetirlo cuando le viniera en gana. Lo que no podían saber fue lo que quince meses después confesaría el repugnante asesino: que las tres noches siguientes volvió al túnel para ver a su víctima y «gozar con ella»... Y cuando lo decía se excitaba...

Siguiendo con sus recuerdos, Manuel Delgado Villegas, ganado por la amabilidad y comprensión de los policías -principalmente por uno de ellos, cuyo nombre me reservo

porque él así me lo pidió-, relató de manera detallada lo que hizo con un acaudalado industrial barcelonés que fue hallado muerto en la madrugada del 4 de abril de 1969 y cuyo asesinato seguía sin aclarar.

Era difícil comprender cómo un individuo de su calaña, mal trajeado, sin cultura y con dificultades de pronunciación, podía «ligar» con personas de toda condición social, pero era evidente que lo hacía. En este caso se trataba de un señor de avanzada edad, muy educado y propietario de un gran negocio de muebles, que lo llevó a su despacho sin desconfiar de él. Dos mujeres de la limpieza le encontraron medio muerto, le llevaron al hospital Clínico y falleció sin poder decir lo que había pasado. Se pensó que habría sufrido un ataque cardíaco, pero sorprendió su presencia por la noche en el almacén de muebles y más que sus bolsillos estuvieran vacíos y que hubieran desaparecido todas sus pertenencias personales de valor.

La autopsia reveló que había sido asesinado. En la parte superior del cráneo tenía una gran contusión, como si hubiera sido golpeado a traición con un martillo de esos que tienen una bola gruesa en un extremo y un par de kilos de peso; además el criminal le había estrangulado, apretando el cuello del anciano hasta quebrárselo. Luego se apoderó de la cartera, el reloj y los anillos....

El siniestro Arropiero explicó sin omisiones cómo logró «intimar con el viejo».

Dijo que en Madrid mató a un hombre de unos sesenta años porque le vio en un pueblo cercano «por donde pasa un río», cuando iba en compañía de una niña a la que trató de violar, y sintió tal indignación que cogió una gruesa rama de un árbol, corrió hacia él y le golpeó en la cabeza, vistió a la chiquilla y le dijo que escapara y gritara, mientras él seguía golpeando al hombre hasta verle abierta la cabeza... Tal vez fuera su víctima quien tratase de salvar a la niña de sus garras perdiendo la vida en el empeño, pero eso fue lo que él contó.

Otro «caso» tuvo lugar en Roma, donde mató a su patrona «porque se había encaprichado con él», pero era demasiado gorda y le repugnaba. La estranguló en una playa.

En París tuvo una amiguita que resultó ser de una banda de atracadores que planeaban asaltar un banco, y ella le presentó a sus compinches, pero como no le aceptaron decidió matarles con una de las metralletas que tenían. Eran cuatro y sacó los cadáveres con ayuda de la chica, quien los hizo desaparecer. Más tarde vio cómo ella se tiró a un río y no volvió a salir.

También en París mató a una chica por «chivata»; la estranguló a mano, y en vez de salir del país como se le había ordenado anteriormente por estar indocumentado y considerado como vagabundo, se escondió en casa de otra amiga durante dos meses.

En la Costa Azul mató a una dama de unos cuarenta años que le llevó a su lujoso chalé y le hizo dormir demasiado, a aquella le machacó la cabeza con una piedra. Y a un hombre que al verlo dormir en la playa le invitó a que lo hiciera en su casa, le dio de cenar y luego le demostró un excesivo afecto, decidió estrangularle con un cable eléctrico. Recuerdo que de este crimen dio un detalle valioso para los investigadores de la Interpol: que al tener contacto íntimo con el cariñoso caballero le introdujo un dedo por el recto, dedo que tenía vendado y que al sacarlo se quedó dentro el vendaje... Resultó que -según el

dictamen de la autopsia- se habían encontrado unas gasas y una venda en el recto de la víctima. No cabía duda de que ese crimen no era de «farol». Como de costumbre, también se apoderó en esa casa de dinero y alhajas. Así iba viviendo y viajando.

Cuando confesó que había matado a una joven francesa en Ibiza, en junio de 1967, tanto la Policía como todos los periodistas que seguíamos de cerca el caso pensamos que no era cierto, ya que lo que decía difería en puntos sustanciales de todo cuanto en su día se había admitido, incluso en el sumario instruido para juzgar al presunto asesino, que tras pasar un año en prisión preventiva tuvo que ser absuelto por falta de pruebas.

Parecía evidente que lo que pretendía con esos «cuentos» era alargar en lo posible su estancia en la comisaría del Puerto, donde se le trataba muy bien, así como hacer méritos para ser considerado un demente y librarse de la cárcel; si le internaban en un centro psiquiátrico, podría escaparse como ya había hecho otras veces.

Aquel crimen dio mucho que hablar: la chica, llamada Margaret Helene Boudrie, estudiante, aficionada a la pintura y a los *beatniks* que por entonces proliferaban en Ibiza, apareció muerta, completamente desnuda, con un ojo amoratado y diversas contusiones en la cara, así como contusiones en el resto del cuerpo, arañazos en el cuello y una incisión en la espalda producida por una navaja de hoja muy estrecha. Aquel día cumplía veintiún años.

Se hallaba en una cama que no era la suya, dentro de una casita de campo cuya inquilina había pasado unos días fuera y que, al regresar, se encontró con esa desagradable sorpresa. La propietaria de la casa, que vivía al lado, ya había dado cuenta a la Guardia Civil de que había oído la noche anterior ciertos ruidos y lamentos extraños.

La casa estaba a unos cinco kilómetros de la capital ibicenca y tenía las ventanas y la puerta cerradas. Tras una inspección ocular vieron que los cristales de una claraboya habían sido separados, dejando un hueco por donde pudieron entrar los intrusos valiéndose de la cuerda de un pozo. Se dedujo que la joven estaba acompañada de quien la mató.

La investigación fue muy laboriosa, hasta que un taxista, al ver la fotografía de la víctima, dijo que él la había llevado aquella noche hasta cerca de la casa aquella, en compañía de un muchacho algo mayor que ella, melenudo y mal encarado, que hablaba con acento extranjero, alto y de mirada siniestra. Al día siguiente la Benemérita logró encontrar a un norteamericano cuyo físico coincidía con el descrito por el taxista, que se había cortado el pelo y tenía treinta años. Era casado.

Al ser interrogado, declaró que, en efecto, había pasado unas horas con Margaret, pero negó haberla matado; que la llevó allí porque él conocía la casita y la claraboya, que se habían drogado con LSD y que también sabía que la inquilina estaba ausente. Dijo también que oyó ruido de pasos y que alguien trataba de abrir la puerta, tuvo miedo, se escondió y huyó dejando a la chica dormida. Pero unos cuarenta minutos después se dio cuenta de que había olvidado en aquella alcoba su pasaporte y volvió en su busca, encontrando a su amiga desnuda y ensangrentada, cuando la había dejado vestida. Sintió pánico y salió rápidamente, siendo visto por la dueña de la casa.

Pese a que una serie de indicios y pruebas le señalaban como autor del crimen, él siguió afirmando que era inocente durante el año que tardó en celebrarse el juicio, en el que estuvo a punto de cometerse un error judicial. Por fortuna, aunque fiscal y acusador pedían veinte y treinta años de reclusión mayor respectivamente, quedó absuelto; no había base para condenarle.

Pues bien. Casi cuatro años después se declaró culpable de tal crimen el ya famoso Arropiero, aunque le falló un poco la memoria y confundió Ibiza con Alicante: «La conocí -dijo- en una gran avenida bordeada de palmeras y con el suelo de bonitos colores», pero después reconoció que la había confundido con otra «aventurilla».

Se embrolló un poco, no explicó bien por qué estaba cerca de aquella casita, trató de entrar y lo hizo cuando vio salir al acompañante de la chica, pero sí que se acostó a su lado; ella le recibió bien, pero se apasionó tanto con sus caricias que él se enfadó, como siempre, la desnudó, le pegó y la asfixió con una almohada para que «me dejara tranquilo y poder poseerla varias veces». Después se apoderó de algunas alhajitas, incluso la cadena y la medalla de oro que llevaba al cuello, y unos cuantos billetes de cien francos..., y se marchó tranquilamente.

Cuando varios meses después de ser trasladado a Madrid le llevaron a Ibiza para proceder a la reconstitución del crimen, el comisario general de la BIC pidió que se pusiera en la cama el mismo colchón que había aquella trágica noche, que estaba arrumbado en el desván; él lo vio con manchas de sangre y de semen, recordó el placer de aquella noche y se excitó tanto que los policías no podían salir de su asombro. Ya no era posible dudar de que él era, en efecto, quien había matado a la francesita.

Mes y medio después de ser detenido Manuel Delgado Villegas, *el Arropiero*, abandonó la comisaría del Puerto de Santa María escoltado por dos funcionarios que le trasladaron a Madrid, donde ingresó en el hospital psiquiátrico de la Prisión Provincial de Carabanchel; allí le examinaron atentamente expertos forenses de numerosos países y le consideraron un peligrosísimo psicópata, poseedor del cromosoma XYY, conocido como «cromosoma de Lombroso» o de la criminalidad.

En opinión de cuantos psiquiatras han estudiado su caso, no se le puede poner en libertad, porque «es un criminal nato, un asesino que puede hacer mucho daño siempre, mientras viva».

A mediados de junio de 1971 confesó que era el autor de la muerte de un cocinero de Barcelona, en la playa de Garraf, sólo para robarle, ya que «iba por allí sin rumbo fijo», pidiendo y robando en las casas de campo, y al verle dormido decidió matarle para apoderarse de cuanto llevara encima. Los datos que dio, hablando libremente, no dejan lugar a dudas sobre su culpabilidad, pues hacía referencia a detalles de aquel terreno que ya no existían. Además dijo lo que contenía la cartera de su víctima: entre otras cosas, el documento de identidad y «la fotografía de una señora con gafas con una niña». que resultaron ser la esposa y la hija del infortunado cocinero.

Explicó que se aproximó procurando no hacer ruido y, desde encima del muro de ladrillo, alargó el brazo y le golpeó fuertemente con una piedra. La muerte fue instantánea; no movió ni un dedo, se quedó en la misma postura que tenía antes de la agresión... «Todo

por un poco de dinero, -dijo-, muy poco, y un reloj de níquel por el que apenas saqué unas pesetas.»

Este crimen lo cometió el 21 de enero de 1964, hacía siete años, y ya lo he relatado anteriormente. Se sospechó que, probablemente, algunos de los crímenes sin resolver durante tan largo período de tiempo pudieran ser obra también de este monstruoso individuo, capaz de matar por un impulso repentino sin sentir el menor remordimiento. El más peligroso criminal que se recuerda en el mundo, por lo menos en lo que va de siglo, y del que los españoles no hemos sabido «presumir», a pesar de ser, como es, un caso sin par en la historia de la criminalidad.

Han pasado dieciocho años desde que el Arropiero fue detenido en el Puerto de Santa María, y en ese tiempo, debido a los diferentes sumarios que se instruían sobre sus delitos, ha estado en diversas cárceles; una de ellas fue la Modelo de Barcelona, donde encargó su defensa al letrado don Juan Antonio Roquetas Cuadras-Bordes, por quien he sabido que llegó a declararse autor de cuarenta y ocho asesinatos, de los cuales sólo se llegaron a probar ocho, debido a su extrema complejidad, que hubiera precisado la colaboración policial de diversos países europeos; había pocos testigos y no se presentó ninguna acusación particular.

En definitiva, todas las causas seguidas contra Manuel Delgado Villegas se integraron en un solo sumario -el 24/78- a cargo del Juzgado Central número 2 de la Audiencia Nacional.

No se llegó a celebrar la vista oral, sino que apoyándose en la Ley de Enjuiciamiento Criminal, el 20 de junio de 1978 se emitió un auto de sobreseimiento libre, por el que quedaba archivada la causa y se ordenaba el internamiento de Delgado Villegas en un centro psiquiátrico.

Debido a la gran peligrosidad del personaje, no era aconsejable un sanatorio normal para enfermos mentales, del que hubiera podido fugarse a las pocas horas con muy nefastas consecuencias, porque seguiría matando.

Los ocho psiquiatras que le examinaron exhaustivamente coincidieron en su diagnóstico y, en consecuencia, el Arropiero fue internado en el Hospital Psiquiátrico Penitenciario de Carabanchel (Madrid), donde ha permanecido -que yo sepa- hasta el verano pasado, cuando le trasladaron a un centro similar de Alicante.

Tiene cuarenta y seis años y parece un anciano de barba hirsuta, canosa y cabello enmarañado, que conserva la mirada penetrante de aquellos ojos que yo vi hace tan años, azules y fríos como el acero.

Dice ahora que no quiere estar encerrado, que «no ha matado a nadie»... Lo ha debido olvidar, sin duda, y ya es raro, porque siempre hizo alarde de una memoria prodigiosa. Es inevitable sentir un punto de compasión por el despojo humano que ha de vivir apartado de la sociedad, pero, ¿qué otra cosa se puede hacer con él?... La sola idea de que fuera puesto en libertad resulta aterradora: es una máquina de matar.

A treinta kilómetros de Barcelona, en una de sus más bonitas playas, se cometió en enero de 1964 un asesinato rodeado de misterio, que supuso un gran trabajo para los investigadores de la BIC y de la Guardia Civil.

El hecho tuvo lugar muy cerca de la estación ferroviaria de Garraf, entonces pequeña y pintoresca localidad costera perteneciente al término municipal de Sitges y al partido judicial de Villanueva y Geltrú, en la llamada playa de Llorach, tan visitada por los veraneantes y que en aquellos días de invierno se hallaba tan solitaria como para que en ella se pudiera cometer un crimen a plena luz del día. Fue un suceso que dio mucho que hablar y que pensar en Barcelona.

Unos niños que jugaban en la playa a eso de las cinco y media de la tarde descubrieron el cadáver... Bueno, ellos creían que se trataba de un hombre que se había quedado dormido; tenía sobre el cuerpo y la cabeza una gabardina y estaba sentado sobre la arena, apoyando la espalda en el bajo paredón de piedra que cercaba el merendero Can Quim, cerrado en aquella temporada del año.

Los pequeños sintieron cierta prevención, temiendo que al señor aquel le molestaran sus gritos, sus risas y sus carreras, ya que por experiencia sabían cuán molesto es para los mayores que no se les deje dormir la siesta. Pero aquel lugar les gustaba, era donde iban todas las tardes, y al principio con algo de cuidado y luego ya sin precauciones se entregaron a sus juegos. Sin embargo, como pasara un gran rato y el hombre no se hubiera movido absolutamente nada, se extrañaron de tal manera que fueron al cercano hotel Quim y advirtieron a su propietario sobre la extraña presencia del durmiente en la playa.

El dueño del hotel llegó con ellos al lugar indicado y trató de llamar la atención del desconocido, primero hablándole en voz alta, diciéndole que ya era tarde para dormir en la playa, y luego tocándole con un pie en un zapato. Este ligero contacto provocó cierta inclinación en la cabeza del supuesto «dormilón», haciendo que el hotelero desistiera de su propósito por entender que «allí ocurría algo raro. Sin tocar nada, sin atreverse a levantar ligeramente la gabardina que cubría la cabeza, todos se alejaron para ir a dar cuenta al capitán de la Guardia Civil de Sitges que, casualmente, se encontraba realizando un servicio en Garraf.

Cuando el capitán levantó aquella gabardina pudo comprobar que el hombre estaba muerto, con las ropas empapadas en sangre a causa de las enormes heridas que tenía en la cabeza. Tanto por la posición del cadáver, por la tranquila expresión de su rostro como por la situación de las heridas, resultaba inadmisibles la hipótesis de un accidente fortuito o de un suicidio.

Era evidente que se trataba de un crimen y bastante misterioso, por cierto, ya que la víctima era persona totalmente desconocida y el asesino no había dejado el menor rastro de su presencia. Avisado el juez de paz de Sitges, se procedió al levantamiento del cadáver y se dio cuenta de lo ocurrido al juez de Instrucción de Villanueva y Geltrú.

Al realizarle la autopsia se comprobó que presentaba dos heridas contusas, con fractura de la bóveda craneana y la base del cráneo; hematoma en el párpado superior derecho y hemorragia encefálica, y que las causas de la muerte habían sido las lesiones de fractura bilateral, la hemorragia y la contusión en la masa encefálica. Se estimó que aquellas lesiones se habían reducido por golpe directo con un objeto contundente. Quedaba así

establecida la seguridad de que el hombre encontrado en la playa de Llorach había sido víctima de un crimen.

Empezaron rápidamente las investigaciones, y a poco parecía tan evidente como las causas de la muerte la carencia de motivos que hubiera tenido el criminal. Quedó patente, sin lugar a dudas, que el hombre de la playa había estado leyendo un periódico de la mañana, que se encontró; tenía las gafas puestas, y si este detalle sorprendió al observar el gran hematoma que presentaba en uno de sus párpados, luego se supo que había sido producido por el derrame cerebral interno.

La expresión del rostro de la víctima era serena, sin el menor vestigio de temor, ni de dolor siquiera... Tal vez dormitaba tras un rato de lectura, tal vez ni sintió llegar al asesino... No hubo lucha, indudablemente, ni se podía pensar que la hubiera habido en otro lugar, pues ninguna señal se pudo encontrar de que el cuerpo hubiera sido arrastrado hasta allí para que, al ser encontrado, desorientase a los investigadores.

Debido a tales observaciones, se llegó a la conclusión de que la muerte le había asaltado al desconocido por sorpresa, a traición seguramente, sin que pudiera darse cuenta de su rápido final. Pero se alzó la segunda interrogante: ¿Por qué?...

El motivo hubiera podido ser el robo, mas el botín logrado por el asesino era tan exiguo que costaba trabajo admitir tal hipótesis. Ya desde un principio se pudo saber que en uno de los bolsillos del pantalón que vestía el interfecto había un monedero con trescientas veinticinco pesetas, pero la cartera y los documentos personales no se encontraron. También sorprendió hallar en el otro bolsillo de la chaqueta una quiniela con doce resultados acertados, junto a un billete de ferrocarril, comprado aquella misma mañana en la estación barcelonesa de Sans, y varias llaves. Al lado del cadáver se encontraba una bolsa de tela que contenía arena de la playa..., y nada más. Eso, ¡tan poco en verdad!, era todo lo que se les ofrecía a los investigadores del caso para descifrarlo.

Surgió enseguida una tercera interrogante: ¿Qué hacía aquel señor en la playa?... O mejor, ¿por qué había llegado hasta allí? Según el billete, había tomado el tren a las nueve y diez de la mañana en Barcelona, de manera que llegaría a Garraf a las diez aproximadamente. La estación está muy cerca del lugar en que se le encontró muerto, y era evidente que él mismo había recogido la arena que tenía en la bolsa. A las dos de la tarde -según se supo luego- se le había visto ya sentado y tapado con la gabardina; lo vio un empleado de la RENFE, un guardavías, que a aquella hora se dirigía a su trabajo por la vía existente junto a la playa, a unos cuarenta metros de altura, y a quien «le pareció que estaba durmiendo la siesta».

Tal declaración, unida a la hora en que se había adquirido el billete, aseguraba enteramente que el asesino había actuado -como dije antes- a plena luz, a pleno día, en terreno abierto a muchas miradas que podían descubrirle; no obstante, se arriesgó a matar, a registrar a su víctima y a colocarlo de modo que no llamase mucho la atención, tapándole la cabeza herida con la gabardina.

Cuando yo estuve allí encontré toda clase de facilidades para hacer el reportaje gracias al capitán de la Guardia Civil, que hasta se prestó a acompañarnos -a mí y al fotógrafo- al lugar del crimen, y llegó a colocarse en la misma postura en que se hallaba el muerto y tapándose con su propia gabardina. Nunca he dicho ni diré el nombre de aquel oficial que

tanto me ayudó y que tan acertadamente llevó la investigación, demostrando cuánto puede «revelar» un cadáver cuando se le inspecciona exhaustivamente.

Mientras ocurría todo esto en Garraf, una familia barcelonesa vivía horas de angustia y de inquietud en la calle de Floridablanca, número 108, domicilio de Adolfo Folch Muntaner, de cuarenta y nueve años, cocinero, casado y padre de dos hijos, quien la mañana del 21 de enero había salido temprano de su casa.

Era su día libre, y como sabía que no iba a poder dormir -al igual que otras veces, porque en la habitación contigua a la suya iban a trabajar dos carpinteros en el montaje de un nuevo armario-, decidió realizar el pequeño viaje que desde hacía tiempo había ido demorando por diversos motivos. El objetivo era muy simple: quería recoger arena de la playa de Llorach para complacer a su suegra.

Durante el verano anterior la familia había pasado un día en aquel lugar. Tomaron un buen baño en el mar, dejando sus ropas en el merendero de Can Quim, y observaron que la arena era excelente para limpiar la vajilla y el fogón, por lo que se llevaron cierta cantidad; cuando ésta se terminó, la madre política mostró sus deseos de que se procurase más. Por eso, aprovechando la llegada de los carpinteros resolvió que «hoy o nunca», y tras acompañar a su hijo al colegio, prometiendo volver a las doce para recogerle, se dirigió a la estación, sacó un billete de ida y vuelta y tomó el tren de las nueve y diez.

El niño volvió solo a su casa y transcurrieron un par de horas sin que regresara su padre. A las dos y media la familia ya estaba inquieta, pues no era costumbre que él se retrasara así. La esposa decidió entonces servir la comida a su madre y a sus hijos, mientras ella prefería esperar a que llegara su marido para comer en su compañía. Ya había llamado por teléfono a la oficina de información de la RENFE para enterarse bien del horario de los trenes -que por cierto habían sufrido el acostumbrado cambio después del verano-, de modo que él no habría podido regresar antes de las doce, ya que hubiera tomado el tren a las doce y cuarto, que era su hora de salida.

Todo esto nos lo explicaron cuando les hicimos la obligada visita, así como la inquietud que se fue apoderando de la familia. Adolfo, que desde hacía doce años trabajaba como cocinero jefe en el hotel Recasens de Barcelona, era un hombre de buenas costumbres, puntual siempre, sincero, buen padre y excelente marido, cuya mayor satisfacción consistía en estar junto a los suyos. Esto lo sabían todos cuantos tuvieron la suerte de conocerle y tratarle, de modo que a nadie podía extrañar que, al ver pasar las horas sin que regresara ni avisara de lo que pudiera motivar su retraso, su mujer y su hija de dieciocho años tuvieran la sospecha de que le hubiera ocurrido un grave percance.

Como no podían resistir más sus temores, decidieron acudir a todos los lugares que pueden tener conocimiento de los accidentes ocurridos en el día: patrullas policíacas, hospital Clínico, comisarías... Llamaron a infinidad de sitios, hasta que a la hija se le ocurrió llamar a Garraf... Allí fue donde le informaron que «unos niños habían encontrado a un hombre en la playa».

Por las señas que dieron sobre la apariencia externa del cabeza de familia desaparecido, los informadores aconsejaron que debían desplazarse a Garraf por si «se trataba de la misma persona».

En compañía de un hermano de la angustiada esposa, que desde el primer momento les había prestado ayuda, madre e hija tomaron el camino del pueblo en un taxi, y se quedaron en el vehículo mientras él iba a enterarse de los principales detalles, para evitarles a ellas la primera y terrible impresión, pues intuía que el «hombre de la playa» no era otro que su cuñado. Así era, en efecto, por desgracia: fue identificado sin la menor duda y se evitó piadosamente que le vieran las dos mujeres, a quienes se les dijo que había muerto de un colapso.

Al conocer la identidad del cadáver, la Guardia Civil pudo saber también lo que se había llevado el autor del crimen, que era muy poco: un reloj cromado de marca muy conocida, que tenía desde hacía más de doce años; dos carteras de bolsillo con documentos, fotografías, tarjetas y algunos otros papeles sin valor.

También llevaba aquel día una vieja cartera de mano, en la que solía cargar la ropa de trabajo para el hotel, y que utilizó entonces para meter las dos bolsas destinadas a la arena que había ido a buscar. En resumen: si el criminal quería robar, su botín fue mísero, y en cambio dejó trescientas veinticinco pesetas y algo de calderilla en el monedero, la quiniela con doce aciertos y el anillo de oro que tenía en uno de sus dedos.

Nadie podía explicarse lo ocurrido, nadie lo comprendía. Era aquél un caso oscuro y misterioso por demás, porque Adolfo no tenía enemigos y por su buen carácter podía descartarse que hubiera ofendido a nadie. Todo eran suposiciones y, claro, no se podía despreciar la idea de que se tratara del crimen de un loco, tampoco la de que alguien le confundiera con otra persona y luego, dándose cuenta de su trágico error, tratase de simular un robo.

Como sí se tratara de poner una nueva incógnita en el caso, posteriormente se encontró varada en la playa una bolsa de plástico pequeña, como enredada en unas matas que asomaban en la arena, casi dentro del mar y muy cerca de donde estuvo el cadáver; en su interior había unos trapos manchados de sangre y una piedra en la que se apreciaban restos de piel y cabellos. Todo ello se envió al Instituto de Medicina Legal para su análisis. Se sabría entonces que los restos pertenecían a la víctima y la piedra era el arma empleada por el criminal. Pese a todo cuanto trabajaron la Guardia Civil y la BIC de Barcelona, cuyo jefe era entonces don Arturo Ureta, este caso quedó sin resolver.... hasta febrero de 1971.

No faltó, como ocurre con frecuencia, quien se declaró autor del crimen. Fue un muchacho que se presentó ante la Policía de Murcia asegurando que él había matado al hombre de la playa de Llorach. Le detuvieron y condujeron a Villanueva y Geltrú, pero como no basta con decir «yo he sido el criminal», sino que es preciso demostrarlo, cuando le llevaron al lugar del crimen y le pidieron que explicara cómo lo hizo, se «enredó» en una serie de contradicciones que por sí solas demostraron su inocencia. Lo único que aquel pobre chico quería era un poco de notoriedad; deseaba hacerse famoso, aunque fuera para caer en manos de la Justicia. No le salió bien el plan y sólo consiguió que le sometieran a observación psiquiátrica.

Siete años después fue detenido en el Puerto de Santa María (Cádiz) Manuel Delgado Villegas, de veintiocho años, el Arropiero, que se hizo famoso como «el asesino número 1» por la gran cantidad de crímenes que había cometido. Entre ellos el de Garraf. Confesó haberle matado con una piedra, mientras dormía, para quitarle la cartera y el reloj.

PETER SUTCLIFFE



Peter William Sutcliffe (Bingley, Yorkshire del Oeste, Inglaterra, 2 de junio de 1946) fue un asesino en serie británico, que operó entre finales de los años setenta y principios de los ochenta del siglo XX, esencialmente en el condado de Yorkshire. Su modus operandi incluía mutilaciones abdominales y genitales, y extracción de órganos, lo que le valió el apodo de *El destripador de Yorkshire*.

Asesinó a trece mujeres y agredió gravemente a otras siete; no todas sus víctimas eran prostitutas, pero sí la mayoría.

Peter Sutcliffe creía estar oyendo voces mientras llevaba a cabo su trabajo de enterrador en el cementerio de su natal pueblo de Bingley –población rural a doscientas millas al norte de Londres–.

Una tarde, cuando ejercía su fúnebre labor, oyó o creyó oír la voz por primera vez. Se inquietó y dejó caer de súbito la pala con la cual venía cavando un hoyo para introducir el ataúd que yacía a sus pies.

Nerviosamente, se puso a buscar a su alrededor intentando identificar la procedencia del sonido. El ser que lo llamaba le hablaba en tono suave, gentil, y persuasivo. No le impartía mandatos ni amenazas, sino tan sólo le formulaba sugerencias.

Siguió el eco, y se dirigió hacia la antigua tumba cubierta de maleza de un hombre polaco, fallecido muchos años atrás, y contempló el crucifijo grabado en la lápida.

Pensó que el rumor surgía de esa tumba. Al comienzo sólo era un murmullo, frases sin conexión ni sentido, pero luego, la resonancia se tornó más nítida, y el joven comprendió que la voz ahora le daba órdenes.

El sepulturero regresó a su casa embelesado por aquella experiencia casi religiosa, y definió a esos sonidos como “La voz de Dios”, según contó posteriormente.

Lo extraño fue que la voz, que al principio era amable y reconfortante, al transcurrir los meses, le sugirió que debía volverse violento.

Una prostituta le escamoteó unos dólares sin proporcionarle el correspondiente servicio, y se burló de él en la taberna del pueblo frente a sus amigos. Y el ahora mesiánico Peter no podía perdonar semejante afrenta.

Animado por “La Voz”, concluyó que su misión terrenal consistía en liquidar a todas las prostitutas posibles, porque las consideraba las responsables de la mayoría de las lacras sociales.

Ya antes de su contacto místico, Sutcliffe había lesionado a una vieja meretriz, a la cual atropelló propinándole furiosos embistes en la cabeza con un calcetín dentro del cual había introducido una piedra.

A su vez, había protagonizado reyertas absurdas. Le asestó un puñetazo a un amigo por una broma sin trascendencia que aquél le hiciera –el impacto fue tan violento que se fracturó la muñeca-, y también le pegó con un mazo en el cráneo a un compañero de trabajo, dejándolo inconsciente.

Cronología de sus asesinatos

- **Wilma McCann**, 28 años (30-10-1975).
- **Emily Jackson**, 42 años (20-1-1976).
- **Irene Richardson**, 28 años (5-2-1977).
- **Patricia Atkinson**, 32 años (23-4-1977).
- **Jayne MacDonald**, 16 años (26-6-1977).
- **Jean Jordan**, 20 años (1-10-1977).
- **Ivonne Pearson**, 21 años (21-1-1978).
- **Helen Rytka**, 18 años (31-1-1978).
- **Vera Milward**, 40 años (10-5-1978).
- **Josephine Whitaker**, 19 años (4-4-1979).
- **Barbara Leach**, 20 años (2-9-1979).
- **Margarita Paredes**, 37 años (20-8-1980).
- **Jacqueline Hill**, 20 años (17-11-1980).

Para perpetrar sus homicidios se valía de un arsenal de instrumentos improvisados muy dispar. Acometía tanto con martillos y cuchillos como con sierras metálicas. Su arma letal preferida eran los destornilladores, cuyas puntas aguzaba para blandirlas a manera de puñales. Su encarnizamiento era tan tremendo que en una autopsia los forenses llegaron a contar cincuenta y dos puñaladas infligidas sobre el cadáver de turno.

Aunque de baja estatura era sumamente fornido, y el frenesí que lo imbuía al emprender sus asaltos lo tornaba en extremo peligroso. Merodeaba alrededor de sus presas, y en el momento propicio las golpeaba con un martillo hasta partirlas el cráneo.

Cuando le era posible, derribaba a la mujer agredida pateándola tan fuertemente con sus negras botas de cuero, que las marcas de las suelas quedaban impresas en la piel. Una vez que tenía a la víctima indefensa en el piso, la remataba asestándole golpes en la cabeza y, acto seguido, le infería hondos cortes en el vientre con un cuchillo o mediante un agudo destornillador.

En ciertas ocasiones sustrajo órganos a los cadáveres, crueldad que le valió el nombre de “Destripador”.

Resulta discutible que Sutcliffe fuera un enajenado inimputable, pues es demasiado patente el grado de organización exhibido en sus crímenes, según opinan muchos analistas que estudiaron este asunto. Mostró suma astucia antes y después de consumir los asesinatos.

Sus violentos ataques iban precedidos de un minucioso estudio del terreno, y sabía cómo escapar luego de haber ejecutado cada acometida. Siempre portaba consigo las armas letales, detalle muy significativo que da cuenta de planificada organización a la hora de llevar a término las fechorías.

Tan cauto demostró ser Sutcliffe, que su aprehensión fue debida tal sólo a la buena suerte que tuvieron las fuerzas del orden.

El 2 de enero de 1981, dos policías del sur de Yorkshire detectaron por casualidad un vehículo sospechosamente mal aparcado a la entrada de una carretera privada. Dentro del rodado estaba el asesino, quien se aprestaba para quitar otra vida en la persona de la meretriz sentada a su lado.

El sargento Bob Ring y el agente Robert Hides se apersonaron al conductor entablando una charla de rutina. Al chequear las placas del automóvil descubrieron que las visibles estaban mal adosadas encima de otras legítimas, señal de que podría tratarse de un automóvil robado.

Antes de ser arrestado, Sutcliffe logró deshacerse de las herramientas con las que pensaba ultimar a la mujer, arrojándolas sobre una pila de hojas.

Una vez que fue conducido a la comisaría, otras pruebas lo incriminarían. Allí podía apreciarse el retrato robot del destripador de Yorkshire. Sus asombrados captores no pudieron dejar de advertir el gran parecido entre esa imagen y el rostro del hombre al cual minutos atrás habían detenido por el muy menor delito de hurto.

No versarían sobre el robo de un coche las preguntas que le formularon los investigadores, sino acerca de su responsabilidad en la autoría de alevosos homicidios.

Sutcliffe cayó en gruesas contradicciones y, tras un maratónico interrogatorio que duró dieciséis horas, terminó confesando plenamente su culpa.

Aunque alegó locura, el primer tribunal que lo juzgó lo halló cuerdo y lo sentenció a cadena perpetua, siendo confinado en el presidio de alta seguridad de Parkhurst desde mayo de 1981.

Sólo permaneció encarcelado allí durante un año y cuatro meses. Los psiquiatras que lo examinaron en la cárcel concluyeron en que se lo debía recluir en un hospital para enfermos mentales.

Fue entonces derivado al asilo de Broadmoor, cercano a Londres, donde sigue recluso hasta el presente. El Tribunal Supremo británico rechazó su apelación de solicitud de libertad en el año 2010, confirmando la cadena perpetua impuesta.

Para la integridad física de Sutcliffe, su traslado al hospicio fue muy adecuado, pues en la prisión común su vida corría grave peligro. La más seria de las agresiones –donde estuvo al borde de perder un ojo– la sufrió a manos de dos indignados compañeros de celda, quienes lo apalearon con saña provocándole heridas en su cabeza y su rostro.

Pese a que la opinión generalizada a nivel popular y de prensa apoyó el dictamen pericial de los forenses que declararon a Sutcliffe psicótico inimputable penalmente (razón por la cual terminó siendo derivado a un hospital psiquiátrico), hay autores que dudan que fuera un enajenado total, pues estiman que su conducta era inherente a la de un asesino organizado (psicópata).

Por definición los asesinos organizados son conscientes de sus actos, no son perturbados mentales y, por lo general, se los considera psíquicamente competentes para conocer y comprender sus actos.

Se destaca que este delincuente portaba encima las armas con las cuales ejecutaba sus agresiones, lo cual se conoce en criminología con el nombre de “kit de asesinato”. A su vez, se alega que preparaba con anticipación los ataques y que escogía los lugares más adecuados para escapar luego de sus acometidas.

Otros argumentos que abogan por que podría haber exagerado su perturbación para aliviar su condena, radican en que optaba por atacar a las presas humanas que veía más vulnerables en un momento determinado. Se sabe que hubo mujeres agredidas por esa razón de oportunidad, y no porque encajaran con el perfil de prostitutas que, según proclamó este homicida, eran las únicas personas que deseaba exterminar. Se cita como ejemplo a las víctimas Jayne Mac Donald, empleada de una tienda de ultramarinos, así como Bárbara Leach, estudiante de la Universidad de Bradford.

Intelectuales feministas consideraron que las acciones de Sutcliffe implicaban una expresión de misoginia, extendida en una cultura que estimula una sexualidad masculina basada en la violencia y en la agresión, en este caso contra las mujeres.

Se entendió que la sexualidad del asesino y, en general, la sexualidad masculina, estuvo centralmente implicada en esa serie de asesinatos y que, lejos de ser una desviación de la norma, Peter Sutcliffe representó una exageración de la misma, en tanto la violencia y la agresión son componentes fundamentales de la sexualidad masculina, tal como lo interpreta la sociedad actual.

Otro fenómeno provocado por estos homicidios radicó en que parecen haber fomentado una conducta extraña en parte de la población británica. Se detectó una suerte de “contagio”, dado que una plétora de presuntos “Destripadores” comenzó a acosar a las mujeres en las calles.

Se descubrieron casos de hombres que violaron a sus víctimas, aterrorizándolas con la afirmación de que eran el destripador de Yorkshire. Y otros hombres que se ofrecieron a proteger a las mujeres de la vesania de este asesino resultaron ser acosadores.

Lo intolerable fue que el propio Peter Sutcliffe acompañaba a la secretaria de su jefe desde el trabajo a casa para protegerla del villano, y participó en un grupo de acción ciudadana a fin de ayudar en la captura del Destripador.

Tras el arresto del asesino múltiple, la policía inglesa comprendió que había cometido muchos errores durante las pesquisas, y este reconocimiento dio origen a un proceso de revisión que desembocó en la creación de la National Crime Faculty en 1995, la cual al presente se ha convertido en un punto clave en la investigación de delitos graves en el Reino Unido.

Cuando fue capturado, siete mujeres habían sido salvajemente asaltadas y otras trece brutalmente asesinadas. Toda una comunidad estaba virtualmente en estado de sitio. Durante el reinado del terror, que se prologó a lo largo de seis años, Peter Sutcliffe consiguió eludir su detención. A pesar de que le acosaba la mayor patrulla policial jamás organizada para aprehender a un solo hombre.

Todo empezó con el asesinato de una prostituta de Leeds en 1975. Dos años y cuatro muertes más tarde, la policía de Yorkshire se encontró con una situación crítica. La leyenda de un nuevo “destripador” estaba surgiendo.

Hacía un frío que calaba hasta los huesos, un frío cortante, típico de Yorkshire. En un suburbio del norte de Leeds, el repartidor de leche hacía su ronda habitual en un amanecer de octubre, helado y nebuloso. Mientras buscaba el camino entre la niebla, a través del desierto jardín que hay pasado Harrogate Road, vio un bulto informe amontonado en medio de la hierba invernal. Probablemente sería un Guy Fawkes, la fiesta de la Bonfire Night había sido la semana pasada. Pero algo le hizo acercarse a investigar.

La mujer estaba extendida con la cara hacia arriba, el pelo oscurecido por la sangre y el cuerpo a la vista. La chaqueta y la blusa estaban abiertas y el sujetador desabrochado. Los pantalones habían sido bajados hasta debajo de las rodillas, aunque tenía las medias en su sitio. El pecho y el estómago presentaban 14 puñaladas.

Más tarde, el informe del forense revelaría que había sido atacada por detrás, mediante dos tremendos golpes en la cabeza con un objeto pesado, como un martillo. Uno de los golpes le había dañado el cráneo. Las heridas de navaja le fueron hechas después de muerta.

Wilma McCann, que habitualmente hacía auto-stop después de pasar la noche en la ciudad, había muerto horriblemente a 100 metros de su hogar, una casa municipal en Scott Hall Avenue. Siempre le gustó pasar un buen rato y tomar una copa -el análisis de sangre postmortem evidenció que, la noche de su muerte, había tomado 12 ó 14 copas de licor. Fue el 30 de octubre de 1975.

En aquella noche fatal, Wilma llevaba puesta su ropa favorita, una blusa rosa y chaquetilla de estilo torero azul oscuro. A las 7,30 abandonó la casa, diciéndole a su hija mayor, Sonje, que acostara a los tres niños pequeños y cerrara con llave la puerta de la casa. Sonje cumplió diligentemente las instrucciones, hasta que a la mañana siguiente el temor de los pequeños y la propia ansiedad respecto a lo que le podría haber sucedido a su madre, la impulsaron a la acción. Con los ojos agotados por el cansancio, cogió en brazos a su hermano Richard, de siete años, y fue a buscar ayuda. Fueron localizados temblando de

frío en la parada del autobús local, abrazándose el uno al otro para darse calor y sensación de seguridad.

La primera víctima no tenía más que 28 años. Parecía no haber motivación sexual alguna en el asesinato. El monedero, que llevaba inscrita, por Sonje, la palabra «mumiy», faltaba. En ausencia de otro motivo, la policía consideró el asesinato como una consecuencia del robo. Se investigó, pero no se llegó a ninguna conclusión.

De hecho, era el primero de una serie de asesinatos depravados que iban a sembrar el terror en los corazones de las mujeres que vivían y trabajaban en la zona de Chapeltown, que era el barrio chino de Leeds. Aún lo sigue siendo, pero en nuestros días se ha convertido en un lugar más triste. Por entonces, no había cambiado hacía años y la demanda y la oferta se equilibraban muy bien. No todas las mujeres que trabajaban allí eran prostitutas profesionales.

Algunas eran amas de casa que se ganaban así un dinerillo extra para completar el sueldo; otras eran mujeres aburridas de su vida hogareña, y otras, a su vez, no eran más que “amateurs” que lo hacían para divertirse. Una de estas chicas que lo hacían “para pasar un buen rato” era Emily Jackson, de 42 años, que vivía con su marido y tres niños pequeños en la respetable zona residencial de Churchwell, cinco millas al oeste de Chapeltown.

El día 20 de enero de 1976, Emily y su marido llegaron a Gaiety a primera hora de la tarde. El lugar, situado en RoundHay Road, era un conocido establecimiento por donde se dejaban caer los “irregulares” de Chapeltown y su presumible clientela.

A los pocos minutos de llegar, Emily abandonó a su marido en el salón y se fue a buscar “trabajo”. Menos de una hora después se la vio subiendo a un Land Rover en el aparcamiento -fue la última vez que se la vio con vida-. Llegada la hora de cerrar, el señor Jackson, aún solo, se terminó su copa y volvió a casa en taxi. Quizá supuso que su mujer había encontrado un «amiguito» para pasar la noche.

Todavía estaba oscuro a la mañana siguiente, cuando un obrero del primer turno percibió una forma abultada y oscura en el suelo. Estaba cubierta con un abrigo. Debajo se encontraba el cuerpo de Emily Jackson. Al igual que Wilma McCann, estaba tirada en la tierra, con la ropa quitada y las medias puestas; como a la primera víctima, le habían dado dos fuertes golpes en la cabeza con un gran martillo. El cuello, pecho y estómago estaban llenos de puñaladas. Pero esta vez el asesino había clavado el puñal más de 50 veces en el cuerpo sin vida, ensañándose después en la espalda y perforándola con un destornillador.

Uno de los inspectores más veteranos declaró que la vista del feroz ataque le había horrorizado hasta el punto de dejarle sin habla. Aún más nauseabundo era la huella de una bota tipo “wellington” que el asesino había dejado en el muslo derecho.

El examen post-mortem indicó que había habido actividad sexual, pero antes de que Emily Jackson hubiera sido asaltada, por lo tanto no era seguro que hubiese sido con el asesino. De nuevo parecía no haber motivo. Oficialmente la policía admitió la relación de las dos muertes y que estaban buscando a un doble asesino. En privado, aceptaban que

tenían que vérselas con un asesino muy notable, que hasta el momento no había dejado más que una pista: su número de zapatos era el siete.

Pasó más de un año antes de que el asesino atacase de nuevo. Las muertes de Wilma y Emily sólo eran ya un recuerdo borroso para las alegres chicas de Chapeltown. Como Emily Jackson, Irene Richardson era una “amateur” de media jornada. Hacía la esquina para llegar a fin de mes y vivía una existencia triste y precaria en una pobrísima pensión de la Cowper Street de Chapeltown. En la noche del 5 de febrero de 1977 salió de su habitación a las once y media para ir a bailar un rato.

A la mañana siguiente una persona que hacía footing por Soldier’s Field vio un cuerpo en el suelo tras el polideportivo y se paró para ver de qué se trataba. El parque está a unos minutos en coche desde Chapeltown.

La escena era trágicamente familiar. La víctima estaba boca abajo. Tres terribles golpes de martillo le habían destrozado el cráneo. La camiseta había sido arrancada, pero el abrigo estaba cuidadosamente colocado tapándole las nalgas. Debajo de éste, se apreciaban las botas cuidadosamente colocadas al lado de las piernas.

En contraste con este pulcro orden, su torso y cuello estaban salvajemente apuñalados. El examen del forense estableció que no se había producido relación sexual alguna. Murió media hora después de abandonar su habitación de camino hacia el último baile de su vida. Tenía 28 años.

Ya no se podía negar que un asesino múltiple andaba suelto. Cuando se conocieron los detalles de la muerte de Irene Richardson los periódicos de Yorkshire no tardaron mucho en establecer un paralelismo entre estos asesinatos y aquellos que llenaron innumerables informes policiales años atrás: los de Jack el Destripador, quien se especializó en el asesinato de prostitutas, mutilándolas y sacándoles las entrañas, en las callejas neblinosas del East End londinense.

El desconocido asesino de las tres víctimas tenía un nombre: el destripador de Yorkshire.

Aquello fue demasiado para muchas de las “alegres chicas”, y se mudaron por docenas a otras áreas, Manchester, Londres y Glasgow. Las que no deseaban o no podían desplazarse, cambiaron de zona de operaciones. Allí, en el triángulo Manningham Lane-Oak Lane-Lumb Lane, existe un próspero barrio chino.

Patricia (Tina) Atkinson era una chica de Bradford que vivía justo a la vuelta de la esquina en Oak Lane. Tenía suerte, pues ya no tenía que dedicarse al, cada vez más, peligroso sistema de las citas en coches. De su matrimonio con un asiático había tenido tres críos, pero no sobrevivió el desfase cultural. En 1976 Tina vivía sola y se ocupaba de “distraer a una serie de “amiguitos”. Era atractiva, esbelta y de pelo negro, no le faltaba admiradores.

El recuerdo de los asesinatos de Leeds latía bajo la superficie, en la mente de casi todas las mujeres, pero habían pasado dos meses desde que se encontró el cuerpo de Irene Richardson.

Era un agradable atardecer de abril, Tina se disponía a irse a su pub habitual, el Carlisle, vestida con su cazadora de cuero favorita, de color negro, vaqueros y una camiseta azul,, donde pasaría una divertida tarde tomando copas con los amigos. Estuvo allí charlando y bebiendo hasta la hora de cerrar. Nadie la vio durante todo el día siguiente. Y la gente pensó que estaba durmiendo la mona.

La noche siguiente unos amigos pasaron por su casa y se encontraron la puerta del piso abierta. Al entrar vieron un bulto informe envuelto en las sábanas de la cama. Tina había sido asaltada en el recibidor: cuatro golpes de martillo le habían destrozado la cabeza por detrás. Después de ser lanzada sobre la cama, le habían quitado la ropa. Tenía siete cuchilladas en el estómago y la parte izquierda del cuerpo rajada.

Cualquier duda sobre el asesino o la sospecha de que pudiera tratarse de un imitador fueron eliminadas al descubrirse una huella de bota «wellington» en la sábana de abajo. Talla siete. Era la misma que se encontró en el cuerpo de Emily Jackson.

La Policía casi nunca se ocupa de los apodos que los medios de comunicación dan a los asesinos, pero a finales de abril estaban preocupados porque el Destripador estaba haciéndose muy famoso a costa de la publicidad.

La prostitución no es ilegal ni en Inglaterra ni en Gales, pero ofrecer los servicios a un cliente constituye delito. La policía puede detener a cualquier mujer que considere sospechosa de vagar por las calles. Basta con la palabra de un solo policía para condenarla. Por esta razón muchas prostitutas temen y desconfían de la Policía, y las de Leeds y Bradford no son una excepción. A Rita Ritka le costó tres días reunir el valor necesario para denunciar la desaparición de su hermana, la octava víctima de Sutcliffe.

Hasta 1982 la ley respecto a la prostitución no fue modificada. Es decir, cuando Sutcliffe ya estaba entre rejas. Las penas para los condenados fueron sustituidas por multas.

El English Collective of Prostitutes estima que el 70 por 100 tienen hijos y la mayoría son madres solteras. Se valen de la prostitución para conseguir un dinero extra que necesitan desesperadamente. De las ocho asesinadas por Sutcliffe, siete dejaron huérfanos tras de sí.

Muchas de las víctimas vivían en el barrio chino de Chapeltown, un frondoso suburbio de Leeds con un porcentaje muy alto de prostitutas, y la zona de Lumb Lane de Bradford, un distrito repleto de casas abandonadas y sórdidos sex-shop. Ambas zonas tienen graves problemas por causa de la venta de drogas, otro medio de ganarse la vida.

A pesar de los esfuerzos de la Policía por limpiar estas zonas, sigue floreciendo el negocio del sexo y es muy común ver a sujetos de aspecto mafioso por el lugar.

Peter siempre fue considerado un niño tímido, un joven inescrutable, alguien diferente. Ni siquiera sus inquietantes ojos negros podían hacer sospechar lo diferente que era.

El mayor de los hijos de John y Kathleen Sutcliffe, Peter, incluso antes de hacerse adulto, se preguntaba frecuentemente en broma si John era su verdadero padre. Al fin y al cabo su progenitor era un invertido confeso y conocido, un destacado futbolista local, jugador de cricket y actor, un hombre todo terreno.

A diferencia de los otros Sutcliffe, Peter nunca se acostumbró a la vida diaria en el municipio de Bingley, una austera localidad a seis millas de Bradford, cercana al valle de Aire. Desde el principio fue un chiquillo canijo y enclenque, destinado a permanecer cerca de su madre por muchos años.

De hecho era Kathleen, la madre, tranquila y de sólidas convicciones católicas, quien aseguraba su estabilidad emocional las 24 horas del día, siete días a la semana. Incluso después de empezar a ir al colegio (hizo novillos durante dos semanas enteras porque los otros chicos se metían con él) estaba pegado a las faldas de su madre. La seguía a todas partes en la casa y por la calle. Los hermanos más jóvenes (especialmente Mick, tres años más joven que él) parecían haber heredado del padre su gusto por la vida y por el otro sexo. Pero la capacidad de pasar buena parte del día consumiendo grandes cantidades de cerveza y licores no llamaba la atención de Peter.

Cuando abandonó la escuela, a los 15 años, normalmente el momento en que se inicia la conversión hacia la edad adulta, Peter continuó asombrando a su familia. Seguía siendo meticuloso, muy metódico y molesto. Pasaba horas arreglándose en el baño (a pesar de no mostrar el más mínimo interés por las chicas después de tanto esfuerzo). Su capacidad para aguantar sentado en la taza del water, de tres a cuatro horas, se convirtió en una broma familiar.

Al igual que ocurrió con uno de sus primeros trabajos: enterrador en el cementerio de Bingley. Cuando se permitía hacer alguna broma, siempre decía que «tenía a miles de personas por debajo de él en el sitio donde estaba trabajando». Su aguda y salvaje risa cogía siempre por sorpresa a quienes la oían por primera vez. Nadie se la esperaba proveniente de un hombrecito tan serio.

En su casa, en su trabajo, e incluso en el pub de la localidad, se sentaba muy recto, con la rodillas juntas, moviendo sólo los ojos cuando alguien le hablaba y sin girar apenas la cabeza. Conforme creció se dedicó al culturismo. Hizo un curso de alimentación para culturistas y se pasaba alrededor de una hora por la tarde haciendo ejercicios en su banco de pesas.

A pesar de sus esfuerzos culturistas, era evidente para todos los que le conocían que era «diferente». Sin duda era el más inteligente de la familia y de buena presencia física. Pero ninguna de las amigas de su hermana se sintió atraída por él. La familia describió a su primera novia como introvertida y ensimismada. Era Sonia, la primera chica que había llevado a casa para presentársela a su madre. Se encontró por primera vez con ella en Royal Standard, su «madriguera» habitual.

La chica, de 16 años, era de carácter enigmático, tranquila y con acento centroeuropeo. Su padre se habría enfurecido si hubiese sabido que bebía sin tener la edad con sus amigas de la escuela. Ella poseía la misma introversión y altivez que otros ya habían detectado en él. Y muy pronto consiguió apartarle de sus compañeros de trabajo del «rincón de los enterradores».

Los domingos la pareja se perdía en largas conversaciones en el salón de la casa. Sonia, decía la familia, sólo hablaba con las otras personas si era absolutamente inevitable. Ellos creían que ella los despreciaba, especialmente al padre y a su hermano Mick, los dos

bebedores de la familia, para quiénes la noche del sábado y el mediodía del domingo eran sagrados. Tras un tortuoso noviazgo que duro ocho años, se casaron.

Después de vivir los tres primeros años de matrimonio con los padres de Peter, fueron los primeros Sutcliffe en tres generaciones que se mudaron fuera de Bingley. A un chalet en Heathon, Bradford. La familia mantiene que nunca se sintieron del todo a gusto durante el tiempo de las, cada vez más escasas, visitas que efectuaron a Heathon.

Mick y Sonia, desde luego, no procuraron en ningún momento ocultar su recíproca aversión.

Peter siempre había estado del lado de su madre, compartiendo las innumerables penas que, suponía, le había causado su padre. Pero antes de abandonar la casa paterna, en Bingley, su fe en la pureza católica sufrió un rudo golpe. Su padre descubrió que su mujer se entendía con uno de los vecinos, un policía.

John Sutcliffe arregló las cosas para tener un cara a cara con su mujer delante de los niños, incluyendo a Peter y su futura esposa, en un hotel de Bingley. Kathleen llegó al bar creyendo que se encontraría con su amante y allí se topó con su marido, que la puso en evidencia ante toda la familia señalando el nuevo vestido de noche que se había comprado para esa ocasión. Peter quedó destrozado. Pero habiendo descubierto que Sonia había tenido, antes que él, otro novio, le hizo a su padre un signo con la cabeza. Le comprendía.

Ese mismo año, 1969, realizó un primer asalto conocido. Le sacudió a una prostituta en la cabeza con una piedra metida en un calcetín después de haber discutido con ella por un billete de diez libras. Fue en Bradford. Desde el juicio, John Sutcliffe cree que fue el golpe moral que recibió el chico lo que desató en él al Destripador. «Le dio de lleno. El veneraba a su madre y lo que yo hice creo que fue lo que le volvió así.» Uno de los psicólogos que intervinieron en el caso está de acuerdo con lo manifestado por el padre de Peter. Considera que la experiencia pudo predisponerle para un estado de psicosis aguda.

El peso de Peter al nacer fue de dos kilos y medio. Era un bebé pequeño y débil. En 1949 fue enviado a la escuela Sunday, donde hizo pocos amigos y solía sentarse solo. A la edad de siete años, Peter se seguía escondiendo bajo las faldas de su madre.

El niño inteligente de la familia, Peter, a pesar de todo no aprobó los exámenes. En 1957 fue a parar a Cottingley Manor, un lugar que odiaba porque los demás chicos siempre se metían con él.

John Sutcliffe tenía 24 años y su esposa Kathleen 26 cuando nació Peter. Los dos eran de Bingley y la preciosa novia fue considerada como un buen partido para el impulsivo John. Tuvieron otros cinco hijos después de Peter -Anne, Mick, Maureen, Jane y Carl-. Mick tenía fama de ser el duro del barrio y mostraba muchas similitudes con la actitud que su padre tenía hacia la vida. Carl, como su hermano mayor, era más bien tímido, consciente y asustadizo, características que no encajaban fácilmente en el ambiente duro de una ciudad industrial nortea.

Peter Sutcliffe trabajó como enterrador en el cementerio de Bingley casi tres años. Durante este tiempo desarrolló un sentido macabro del humor, en buena medida para ser capaz de soportar el desagradable trabajo que realizaba. En una ocasión se hizo pasar por

una cadáver, echándose sobre una tumba y cubriéndose con una mortaja, gimiendo lastimosamente cuando aparecieron sus compañeros de trabajo.

Sus colegas siempre le consideraron inescrutable; su barba negra y cuidada le valió el mote de “Jesús”. Solía alardear ante los amigos de que había cogido las joyas y el oro que encontró en algunos cuerpos.

En el juicio, Sutcliffe también declaró haber oído la voz de Dios durante el tiempo que trabajó en el cementerio. Mientras cavaba una tumba oyó la voz desde lo alto de una loma. Siguió el eco hasta llegar ante una lápida en forma de cruz. Entonces la voz le ordenó ir a las calles y matar prostitutas.

Pero, tal y como se demostró posteriormente, no todas las víctimas resultaron ser prostitutas. Fue la falta de puntualidad de Sutcliffe lo que le valió el despido del cementerio. Su jefe, Douglas McTavish, le recuerda: “Era un buen trabajador. Pero tuve que echarle porque nunca llegaba a su hora al trabajo”.

El número de muertos aumentaba, el descontento Público también; pero la policía seguía sin una pista clara. Habiendo llegado al límite, el jefe de policía, Gregory, llamó al inspector más experto, George Oldfield, para mandar la Brigada del Destripador.

El 25 de junio de 1977, sábado, Peter Sutcliffe llevó a su esposa Sonia a la clínica Sherrington, donde hacía el turno de noche. Después se fue a tomar unas copas con sus vecinos y compañeros habituales de pub, Ronnie y Peter Barker. El trío pasó las primeras horas de la noche en tres pubs en los alrededores de Bradford. Terminaron en el Dog in the Pound, donde la máxima atracción era un camarero que atendía la barra disfrazado de mujer. A la hora de cerrar, y ya de camino hacia casa, todavía se pararon a tomar un bocado. Cuando dejó a los hermanos Barker ante la puerta de su casa, la medianoche había pasado hacía un buen rato. Pero Peter volvió a la carretera principal.

Hacia las 2 de la mañana vio a una chica sola entre las luces de Chapelton Road, Leeds. Vio cómo pasaba por delante del pub Hayfield y se dirigía a la izquierda por Reginald Terrace, una de las tres calles principales que dan a la carretera general. Aparcó su Ford Corsair blanco y empezó a seguirla.

El cuerpo de Jayne MacDonald fue encontrado apoyado en una pared a las 9,45 de la mañana, cuando el primer grupo de niños se encaminaba al parque infantil de Reginald Terrace. Había recibido un golpe en la cabeza, después fue arrastrada unos 20 metros y golpeada dos veces más. Entonces fue acuchillada repetidamente en el pecho y una vez en la espalda. La policía supo inmediatamente de quién se trataba, la firma era inconfundible. Pero existía una alarmante diferencia.

Jean MacDonald acababa de cumplir 16 años, trabajaba en el departamento de zapatería de un supermercado cercano y tenía recién terminado su período escolar. La noche de su muerte había estado con unos amigos en Leeds y fue asaltada al volver a casa de sus padres, unos cientos de metros más allá de donde se encontró su cuerpo.

Los MacDonald eran una familia típica del otro tipo de vida que se hacía en Chapeltown. Una familia feliz, que trabajaba duro. Jean MacDonald no era una prostituta, ni una «chica para pasar un rato». Su única relación con el mundo del barrio chino era que vivía allí.

Cuando se hizo patente que el asesino estaba matando a adolescentes que acababan de abandonar el colegio, el efecto sobre la investigación fue fulminante.

En el momento de iniciarse la investigación sobre Jane, la Policía ya disponía, en septiembre, de 700 entrevistas hechas a residentes de 221 calles de la vecindad y de 3.500 declaraciones, muchas de prostitutas.

Aumentaba la presión para que la policía presentase resultados. Dos semanas después el asesino atacó brutalmente a Maureen Long en un erial desierto cerca de su casa en Bradford. Por algún extraño milagro sobrevivió, pero la descripción de su asaltante ayudó poco a la encuesta policial: más de 1,80 de estatura, edad: 36 ó 37 años, pelo: rubio.

En esa época, el ministro del Interior, Merlyn Rees, visitó el llamado «cuartel general del Destripador» en Leeds. Se le informó de que 304 policías trabajaban en el asunto, que habían entrevistado a más 175.000 personas, reunido 12.500 declaraciones y comprobado 10.000 vehículos.

Si la policía hubiera sabido el tipo de hombre que estaban buscando, poco hubiese importado. Había que buscarlo en una casa inmaculadamente cuidada en la zona de clase media de Bradford. Peter y Sonia Sutcliffe se acababan de mudar a Garden Lane, 6, nueva casa en Heaton, en agosto. Por primera vez vivían de forma totalmente independiente.

A los 31 años el señor Sutcliffe pasaba por ser un vecino educado y de buenos modales, y un empleado que trabaja duro y en quien se podía depositar la confianza. Un buen hijo y un marido fiel. Era el tipo de hombre al que le encantaba estar arreglando el coche los fines de semana. Nada en él llamaba especialmente la atención y, desde luego, nadie se hubiera atrevido decir que encajaba con la imagen de un asesino múltiple.

El 1 de octubre, sábado, Jean Bernadette Jordan subía al coche nuevo del asesino, un Ford Corsair rojo, en Moss Side, Manchester. Aceptó 5 libras de adelanto y le guió hasta una zona a tres kilómetros de distancia, cerca del Southern Cemetery, un lugar muy frecuentado por prostitutas. A unos pocos metros del coche, el «Destripador» golpeó el cráneo de la chica con un martillo con todas sus fuerzas, una y otra vez hasta un total de 11 veces. Llevó el cuerpo hasta unos arbustos, pero le sorprendió la llegada de otro coche y prefirió poner tierra por medio.

Al volver a casa aquella noche era perfectamente consciente de que había dejado una huella esencial junto al cuerpo de la víctima. El billete de 5 libras que le había dado estaba recién salido de la Casa de la Moneda, lo cogió de la paga que había recibido sólo dos días antes.

Sutcliffe esperó 8 largos días. El cuerpo no había sido descubierto, y se arriesgó a volver para coger el billete. A pesar de buscar desesperadamente no fue capaz de encontrar el bolso, ni el billete. En una reacción de frustración se cebó en el cuerpo de la víctima con un trozo de espejo roto. Incluso intentó cortarle la cabeza, pensando que eso evitaría que le identificarán a través de los golpes de martillo. Al final se dio por vencido, no sin antes darle varios puntapiés al cuerpo. Seguidamente volvió a casa.

Un día después el dueño de una de las parcelas del terreno, en donde se cometió el crimen, encontró el cadáver desnudo. Llamó a la estación de policía de Chorlton-cum-Hardy; pero

la cabeza estaba irreconocible y no se encontró nada que pudiese identificar a la víctima entre las cosas que la rodeaban.

Su identificación fue posible gracias a una huella dactilar que dejó en una botella de limonada antes de salir de su casa por última vez. Jean Jordan tenía 21 años y había sido advertida en dos ocasiones por practicar la prostitución. Vivía con un hombre que conoció al llegar a Manchester y tenían dos hijos. Cuando la joven no regresó a su domicilio aquel fin de semana, su marido no le dio mayor importancia. El resultado fue que su nombre no apareció en la lista de personas desaparecidas durante más de diez días.

El descubrimiento del billete de 5 libras supuso una dramática aceleración de las pesquisas. Pero tres meses después un aire de consternación se apoderó de nuevo de la investigación. Uno de los 5.000 hombres con quien se había hablado era el asesino. Se comportó cortésmente y estuvo dispuesto a ayudar en lo que fuera necesario. No despertó sospechas. Después de abandonar su casa, los inspectores hicieron un informe de cinco hojas que le eximía de toda culpa.

La casa de Sutcliffe era el tipo de casa con que siempre había soñado Helen Rytka, una despampanante muchacha de 18 años.

En 1978, el 31 de enero, compartía con su hermana Rita un cuartucho miserable cerca de la autopista a su paso por Huddersfield.

Trabajaban en pareja en el deprimido y poco llamativo barrio chino de la zona de la calle Great Northern. Los arcos del puente de la vía férrea de Leeds a Manchester hacían las veces de lupanar; pero Helen y Rita estaban un escalón más arriba en el negocio, se dedicaban a los automóviles.

A causa del Destripador habían ingeniado un sistema por el cual los clientes las recogían por separado, pero al mismo tiempo, a la entrada de unos lavabos públicos. Le daban a cada cliente 20 minutos de tiempo, y volvían a encontrarse después en los servicios. Incluso apuntaban el número de matrícula del coche de la otra antes de irse con el siguiente.

Pero todo salió terriblemente mal aquella noche del martes 31 de enero de 1978. Nevaba. Helen llegó a su punto de cita con cinco minutos de adelanto. Eran las 21 horas. El hombre barbudo del Ford Corsair rojo le ofreció ganarse rápidamente otras 5 libras. Probablemente antes de que volviera Rita. Las hermanas no se volvieron a ver nunca más.

Helen llevó al desconocido a un depósito cercano de madera de construcción, el de Garrard's. Era poco habitual en él, pero Peter Sutcliffe tuvo, esta vez, relaciones sexuales con Helen. Más que nada, porque la presencia de dos hombres en aquel patio le obligó a retrasar su ataque con el martillo. Golpeó a la chica cuando intentaba volver al asiento delantero, desde el trasero, seguramente ansiosa por reunirse con su hermana. Falló el primer golpe y le dio a la puerta del coche. El segundo le acertó en la cabeza; después le golpeó cinco veces más. Los golpes se realizaron a pocos pies de la cabaña del capataz del patio maderero. Las paredes quedaron manchadas de sangre.

El cuerpo de Helen fue llevado a una pila de maderas y escondido; sus ropas, desperdigadas. Los calcetines estaban puestos. Los “pantis” negros los encontró un poco

antes un conductor de camiones y los echó cerca de una puerta de las cabañas. Presentaba horribles mutilaciones, tres cuchilladas en el pecho, y las señales de haber sido apuñalada repetidamente en las mismas heridas. También había señales de arañazos en el cuello.

Rita volvió al lavabo público. Estaba muy preocupada, pero el temor que le tenía a la policía aún era mayor. Hasta el tercer día no denunció la desaparición. Tres días antes de que un perro-policía olfatease el cadáver. La policía se sentía optimista. La última víctima había desaparecido al empezar a caer la noche y de una calle muy concurrida.

Se consiguió localizar a más de 100 peatones y a todos los vehículos menos tres. George Oldfield participó en el show radiofónico de Jimmy Young y sugirió que algún ama de casa, novia o madre, debía tener ya serias sospechas respecto a la identidad del Destripador. Pero no fue así, el asesino era demasiado precavido.

Algunas semanas más tarde, el 26 de marzo de 1978, un paseante se fijó en que de debajo de un sofá vuelto boca abajo asomaba un brazo, en Lumb Lane, parte del barrio chino de Bradford. El olor a podrido de lo que él creyó era un trozo de maniquí le impulsó a ir corriendo a llamar por teléfono.

Yvonne Pearson, de 22 años, era una prostituta profesional en toda regla, que había trabajado con hombres ricos de negocios en la mayoría de las ciudades de Gran Bretaña. A pesar de ser una chica de Leeds, su diario contenía direcciones de clientes de todo el país.

La habían matado dos meses antes, 10 días antes que a Helen Rytka, con un instrumento romo muy pesado. El asesino había modernizado su instrumental. La víctima recibió los golpes en la cabeza y en el pecho. Tenía pelo del relleno del sofá metido en la boca. Incluso daba la impresión de que el asesino había vuelto al lugar del crimen para hacer más visible el cuerpo, tal como se suponía había sido hecho con el cuerpo de Jean Jordan, 4 meses antes, en Manchester, debajo de uno de sus brazos puso una copia del periódico Daily Mirror, con fecha de cuatro semanas después de producirse la muerte.

Yvonne Pearson sabía muy bien los riesgos que entrañaba su profesión, y le había hablado a un vecino sobre la preocupación que le producía el Destripador. La noche de su muerte dejó a sus dos hijas pequeñas, Colette y Lorrain, con una vecina de 16 años. Después se fue al pub Flying Dutchman.

Lo abandonó a las 9,30, y los pocos minutos montaba en el coche de un hombre con barba y ojos negros, penetrantes. Aparcaron en un descampado cerca de la calle Arthington. La mató con el martillo, la arrastró hasta un sofá abandonado y saltó encima de ella hasta romperle las costillas.

Dos meses después de descubrir el cuerpo de Yvonne Pearson, Vera Millward, frágil, enferma y con un aspecto de 15 años más vieja de sus 41 años reales, murió en una parte bien iluminada de los terrenos de la Royal Infirmary, en Manchester. El Destripador le dio tres golpes en la cabeza y después le abrió el estómago de una cuchillada.

De origen español y madre de siete hijos, la víctima llegó a Gran Bretaña después de la guerra trabajando de criada. Posteriormente vivió con un jamaicano, y pronto hubo de recurrir a la prostitución para mantener a su familia.

En la noche del martes, 16 de mayo, su amante pensó que había salido del piso que tenían en la avenida Greenham para comprar cigarrillos y algún calmante para sus dolores crónicos de estómago.

Un jardinero la descubrió a la mañana siguiente, a las 8,10 a.m.; estaba sobre un montón de basura en una esquina del aparcamiento. En un primer momento pensó que se trataba de algún tipo de muñeca. Se encontraba tendida sobre el lado derecho, la cara boca abajo, los brazos doblados al lado de su cuerpo y las piernas estiradas. Los zapatos estaban apoyados cuidadosamente contra una verja al lado del cuerpo. La recubría parcialmente un abrigo verde, y el asesino puso un trozo de periódico tapando su cabeza, horriblemente desfigurada.

La recompensa por alguna información que condujese a la detención del Destripador de Yorkshire era por entonces de 15.000 libras. Nadie del equipo de George Olfield dudaba, a estas alturas, de que el hombre que buscaban vivía en West Yorkshire, probablemente justo delante de sus narices, en Leeds o Bradford.

Al término del año 1978, los inspectores de policía habían estado cuatro veces cara a cara con el Destripador. Y le habían visitado dos veces en relación con la pista de las 5 fibras. Tres meses después del asesinato de Vera Millward volvieron a hacerle una visita debido a que el número de registro de su coche había aparecido repetidamente al hilo de comprobaciones especiales sobre las zonas de Leeds y Bradford.

La policía estaba buscando pisadas que pudieran coincidir con las huellas tomadas, 21 meses antes en la escena del crimen de Irene Richardson. Como siempre, el criminal se comportó de forma acomodaticia y serena. Sin traicionar su condición de asesino. Los inspectores nunca fueron encargados de verificar el grupo sanguíneo (raro) o la talla del pie (demasiado pequeña para un hombre) de Sutcliffe, dos de los factores bien conocidos del asesino.

En 1947 los padres de Sonia Szurma abandonaron Checoslovaquia y llegaron a Bradford, en donde el padre encontró trabajo como revisor de hilados. Sonia, su segunda hija, nació el 10 de agosto de 1950. A la edad de 16 años, justo cuando conoció a Peter, su padre la describía como una chica muy bonita, muy bien hablada. Se casaron ocho más tarde, el 10 de agosto de 1974. Tres años antes había sufrido una crisis nerviosa mientras hacía un curso de profesorado en Greenwich. Por entonces le dijo a un psiquiatra que había escuchado la voz de Dios.

Pensando en aquellos tiempos, Sonia le dijo a su suegro después del arresto de Peter: «El me ayudó a pasar el trance entonces. Ahora le ayudaré yo.» En muchos aspectos era ella el elemento dominante de la pareja. Carl Sutcliffe decía que Sonia se irritaba frecuentemente con él a causa de la televisión. Durante toda su vida en común, Sonia no tuvo la más ligera idea de las actividades criminales de su marido.

Los retratos robot fueron el método clave que permitió localizar al Destripador de Yorkshire. De las veinte mujeres que asaltó sobrevivieron siete. Cada una de ellas intentó ofrecer una detallada descripción de su aspecto. Olive Smelt se encontró con el Destripador en agosto de 1975 y lo describió como un hombre de 30 años, de 1,55 m de estatura, con barba. Pero los detectives no consiguieron establecer una relación directa con el Destripador hasta tres años más tarde.

En 1976 Marcella Claxton dijo que el atacante tenía una barba negra y rizada. Pero su declaración mereció más bien escepticismo, en gran medida porque era parcialmente subnormal. Pero un año más tarde la policía se tomó muy en serio la declaración de Maureen Long. Esta vez se trataba de un hombre de unos 36 años, de 1,80 de estatura, manos grandes y pelo rubio ondulado. El retrato robot realizado gracias a Marilyn Moore en septiembre de 1977 era cercano a la realidad, pero no bastaba. También otras personas se ofrecieron para la identificación. El resultado fueron 77 retratos robot. La Policía insistió en confiar en ellos.

En la escena del crimen de Jean Jordan, el Destripador dejó una prueba crucial. El billete con el que le pagó por adelantado era completamente nuevo. Procedía de una paga que cobró dos días antes. La policía encontró el billete en un bolsillo secreto del bolso de Jean. En cuestión de horas el Banco de Inglaterra comprobó que se trataba de un billete remitido, incluido en un envío, a las sucursales de Shipley y Bingley de la Midland Bank. El número de serie era el AW51 121565.

Los empleados del banco confeccionaron una lista de 5.493 personas que podían haber recibido el billete como parte de sus salarios. Un mes después de la muerte de Jean Jordan, dos policías llamaron de nuevo a la puerta de Sutcliffe. Volvieron seis días más tarde, pero, al igual que la primera vez, la coartada del asesino parecía cierta. En 1980 se volvió sobre esta pista porque las empresas que podían haber incluido el billete en sus nóminas se redujo de 30 a 3. Pero el Destripador volvió a pasar con éxito la prueba.

A la búsqueda de víctimas, el «Destripador» de Yorkshire iba dejando un rastro de terror por el norte de Inglaterra. Después de 9 asaltos en los alrededores de Leeds y Bradford, dejó West Yorkshire y cruzó los Pennines hasta llegar a Manchester. Posteriormente, se movió de ciudad en ciudad sin cometer nunca un crimen dos veces seguidas en el mismo lugar.

Al comienzo del invierno de 1980 la policía no había conseguido progresar nada para capturar al Destripador. Conforme los asesinatos se hacían más y más indiscriminados, el nombre que buscaban quedaba enterrado bajo una montaña de papeles.

Entre junio de 1977 y mayo de 1978, Peter Sutcliffe atacó a siete mujeres. Cinco murieron y dos sufrieron terribles heridas. Pero con la misma rapidez con la que su ansia asesina se había acelerado, de pronto cesó. Durante los siguientes 11 meses el Destripador estuvo, simplemente, fuera de la circulación. Empezaron a propagarse teorías sobre lo que pudiera haberle ocurrido. Una posibilidad era que se hubiese suicidado. Si se hubiera llevado su identidad a la tumba, las similitudes con su homólogo victoriano hubieran sido completas.

En la noche del miércoles 4 de abril de 1979, Sutcliffe condujo desde Bingley hasta Halifax. Justo antes de la medianoche se bajó del coche y se tropezó con Josephine Whitaker, de 19 años. La muchacha estaba paseando por los campos de recreo de Savile Park. Habló brevemente con ella, y cuando salieron del haz de luz de las farolas, la golpeó en la cabeza y la arrastró hacia las sombras.

El cuerpo fue encontrado a la mañana siguiente. Al igual que Jayne MacDonald, había vivido siempre como una chica respetable con su familia, trabajaba de recepcionista en la central de Halifax Building Society. Con este asesinato el Destripador estaba mandando

un mensaje claro a las mujeres: al matarla no la había confundido con una prostituta. Atacaría a cualquier mujer que tuviese agallas para pasear después de anochecer. De un día para otro todas las mujeres de North England perdieron su libertad.

Durante todo este tiempo, el asesino había estado engañando sorprendentemente a su familia y amigos. Iba a buscar a Sonia al trabajo para «protegerla del Destripador», y llegó a decir a sus amigos: «Quien quiera que esté cometiendo esos asesinatos tendrá que responsabilizarse de un buen montón de cosas». En una ocasión, sus compañeros conductores hicieron una apuesta: él debía ser el criminal... Pero Sutcliffe se echó a reír. No dijo nada más.

La furia del asesino duraba ya 4 años. 10 mujeres habían muerto. Sin embargo, la policía no se le había acercado ni un ápice. De hecho se estaba hundiendo en el cenagal de la información contradictoria, las suposiciones y el mito. Algunos detalles espantosos de los asesinatos se publicaron en la prensa, pero esto no paró la ola de rumores.

Este fue el momento elegido por el bromista de Sunderland para hacer su trágica aparición. Murieron tres mujeres más. Y terminó de confundir a la policía. Entre marzo del 78 y junio del 79 tres cartas anónimas y una cinta de cassette llegaron a la mesa de despacho de George Oldfield. Indicaban que el Destripador era un minero.

Peter Sutcliffe dejó que la policía siguiese esta pista falsa durante todo el verano de 1979. En julio le hizo una visita el inspector-jefe Laptew en relación con su coche. Había sido visto en el área de Lumb Lane, de Bradford, en 36 ocasiones.

Laptew se olió algo sospechoso, pero sus observaciones sobre Sutcliffe, debido a que la atención se centraba en la zona noreste, pasaron inadvertidas. El asesino volvió a Bradford un mes más tarde para castigar a su undécima víctima.

Era sábado, 1 de septiembre, y Sutcliffe cruzaba en aquel momento las calles de Little Horton, un área residencial para estudiantes. A la 1 de la madrugada reparó en Barbara Leach, estudiante de segundo año de ciencias sociales, quien se despedía de un grupo de amigos en Great Horton Road.

La atacó en Ash Grove a unos 150 m. del pub Mannville Arms, y después la arrastró al patio trasero de algún vecino del lugar. Aquí la apuñaló ocho veces antes de meter su cuerpo en un cubo de basura y cubrirlo con un viejo pedazo de cartón. El cadáver permaneció sin descubrir hasta bien entrada la tarde del día siguiente.

Dos policías de Scotland Yard fueron enviados a Yorkshire como consejeros. Volvieron a Londres al cabo de un mes sin haber hecho contribución alguna a la investigación. Unos cuantos hombres de la policía de Manchester volvieron a Bradford para reinvestigar la pista del billete de 5 libras. Redujeron el número de sospechosos a 270, pero no consiguieron nada más.

Transcurrieron otras Navidades y otra Pascua, y no se hizo ningún progreso. Después del verano de 1980, el público había olvidado a medias al Destripador. En Garden Lane, el matrimonio Sutcliffe seguía llevando la misma vida discreta. Se relacionaban poco con la gente. Preferían su propia intimidad. El asesino seguía acompañando a sus amigos al pub y haciendo sus viajes de trabajo. Esto complicaba la labor de la policía. Hacía más

difícil su localización en una noche determinada. El viernes, 18 de agosto, viajó a Farsley, en Leeds, y asesinó por duodécima vez.

Marguerite Walls era funcionaria; trabajaba en el departamento de Educación y Ciencia. Había estado trabajando hasta tarde para dejar bien atados algunos cabos sueltos antes de tomarse unas vacaciones de 10 días. Abandonó su oficina a las 10 de la noche. El trecho hasta su casa era de aproximadamente un kilómetro.

Dos días más tarde su cuerpo fue encontrado enterrado bajo unos recortes de césped en terreno boscoso perteneciente al jardín de la casa de un juez. Marguerite había sido apaleada y estrangulada. Pero no mutilada. Este hecho impidió que la policía lo considerase obra del Destripador.

Pero tres meses más tarde se puso de manifiesto el error. Jacqueline Hill, una estudiante de idiomas en la Universidad de Leeds, se bajó del autobús en Otley Road, justo enfrente del puesto de Kentucky Fried Chicken. Podía divisar Lupton Flats, la residencia donde se alojaba.

Pero los dedos aún manchados de grasa de Peter Sutcliffe (había estado comiendo pollo frito en el Kentucky Fried Chicken) hicieron su trabajo.

Arrastró el cuerpo a un erial cercano y se lanzó sobre él frenéticamente. La muerte sorprendió hasta tal punto a Jacqueline que uno de sus ojos permaneció abierto. El asesino se cebó en él repetidamente.

Al cabo de cinco años las mujeres se armaron de valor y salieron a protestar a las calles. El miedo, la frustración y el enojo del público se superponían a la incapacidad de la policía. Cada día se amontonaba más y más información, y nadie sabía qué hacer con ella.

Dos días antes del asesinato de Jacqueline Hill, el Ministerio del Interior había salido de su letargo. Se creó un super equipo. Seis semanas más tarde, este super equipo policial llegó a la misma conclusión que los agentes de Yorkshire: no tenían la más ligera idea de cómo resolver el enigma de los brutales asesinatos.

Peter Sutcliffe utilizó una gran variedad de herramientas del hogar como armas. En el juicio, más de 30 objetos se presentaron como pruebas sobre una larga mesa de madera, limpiamente identificados por etiquetas amarillas. Había desde diversos tipos de martillos hasta una sierra para metales. También constituyeron prueba ocho destornilladores y varios cuchillos de trinchar. Con ellos el asesino cometió sus atrocidades. Un destornillador tipo «Phillips» había sido limado hasta obtener una fina punta para después clavarlo en el ojo de Josephine Whitaker (19 años). También se pudo ver el trozo de cuerda que utilizó para estrangular a algunas de sus víctimas y el cuchillo de zapatero con que las acuchilló.

¿Era un esquizofrénico que creía estar cumpliendo una misión divina?

La cuestión clave durante el juicio fue si estaba enajenado en el momento de cometer sus ataques. ¿Estaba mentalmente enfermo; sufría de “esquizofrenia paranoide”? ¿O era más bien un sádico de mente lúcida, perfectamente al tanto de lo que hacía? En fin, ¿estaba loco o era culpable de asesinato?.

La defensa de Peter Sutcliffe, llevada por James Chadwin, mantuvo que sufría de esquizofrenia paranoica. El diagnóstico se basó en los dictámenes de tres psiquiatras forenses muy conocidos, el Dr. Hugo Milne, de Bradford; el Dr. Malcom McCulloch, de Liverpool, y el Dr. Terene kay, de Leeds; cada uno de ellos se había entrevistado con él.

Consideraron crucial el hecho de que creyera estar cumpliendo una misión divina desde los 20 años. La primera vez que oyó la voz de Dios venía de una tumba en el cementerio de Bingley, donde había trabajado como enterrador. Le dijo que su misión en la vida era limpiar las calles de prostitutas. Dios incluso le había ayudado al evitar que la Policía le capturase. Admitió que había estado planeando realizar la “obra del Señor” en la persona de Olivia Reivers cuando le detuvo la policía.

La acusación de la Corona, representada por el Fiscal General Sir Michael Harvers, adujo que toda la historia del Destripador era una pura mentira, que era “un asesino muy listo y despiadado que estaba inventándose un cuento para escaparse de su condena por asesinato”.

En primer lugar, se contaba con el testimonio de un agente de la prisión de Armley que había oído cómo Sutcliffe le decía a su mujer que pensaba engañar a los doctores sobre su estado mental.

Dijo que si conseguía convencer a la gente de que estaba loco, sólo le meterían 10 años en “la casa para chalados”. Esto lo reforzaba el hecho de que durante el primer interrogatorio policial jamás mencionó nada sobre su misión divina.

A los psiquiatras no se les pasó por la cabeza que este criminal pudiera estar simulando esquizofrenia. Su habilidad en el engaño tuvo la valiosa ayuda de una experiencia personal con la esquizofrenia: en 1972, cuando su mujer sufrió un colapso nervioso mientras estudiaba en Londres. Entonces habló de ser el segundo Cristo, y dijo presentar las señales del tormento de la Cruz en sus manos.

Estos hechos dificultaron la teoría de que el sujeto en cuestión era un verdadero esquizofrénico que sufría profundos delirios. La desconfianza del jurado se reafirmó cuando el Dr. McCulloch admitió haber llegado a su diagnóstico después de hablar sólo media hora con el acusado. También admitió no haber visto las declaraciones de Peter Sutcliffe hasta el día de antes.

La Acusación de la Corona era sabedora de que al menos en seis ataques existían pruebas de asalto sexual.

Y había un punto en que los tres psiquiatras coincidían con la acusación. Si ellos estaban equivocados en cuanto a la esquizofrenia, sólo cabía otra posible explicación más: la de la acusación.

Peter era un sádico, un hombre que simplemente disfrutaba matando mujeres. Era un asesino a sangre fría. Malvado más que loco. Después de que los peritos hubieron hablado, la decisión reposaba en el jurado.

La esquizofrenia paranoica es una enfermedad que afecta a las funciones cerebrales del pensamiento. El que la sufre puede que no sea capaz de pensar con lógica.

Frecuentemente tiene alucinaciones, visiones, voces e incluso la sensación de ser tocado (alucinaciones somáticas). Sutcliffe hablaba de una mano que le agarraba el corazón.

También pueden ser simplemente imaginaciones, creencias falsas salvajemente fantásticas y más allá de todo razonamiento. Las ilusiones son siempre de tipo persecutorio. Además de ello, el paciente puede ser completamente inconsciente de que algo está fallando.

Muchas teorías han intentado explicar la esquizofrenia; sin embargo, existen psicoanalistas que consideran que hay gente biológicamente predispuesta hacia la enfermedad. Puede originarse en la forma de una repentina crisis nerviosa o, con el tiempo, de manera progresiva y suave hasta perder la noción de la vida normal. La esquizofrenia se manifiesta habitualmente en ataques que pueden llegar a durar varias semanas. Después de un primer ataque la enfermedad puede reproducirse.

En más de la mitad de los casos la enfermedad pervive en estado crónico durante varios años. No existe la curación total, pero puede ser tratada mediante drogas que permiten controlar el comportamiento del paciente y reducen los delirios y alucinaciones; se administran junto con un tratamiento de psicoterapia.

Durante toda la investigación la Policía estuvo desesperada, esperando que el Destripador cometiese algún error. El verano de 1978 creyeron que efectivamente lo había cometido. Una cinta magnetofónica llegó a manos de George Oldfield.

Existe un aspecto de la investigación sobre el Destripador que contiene todos los elementos de una tragedia. Los actores fueron George Oldfield, el jefe de Policía Ronald Gregory y el bromista anónimo que al final fue bautizado como el «Destripador Minero». Hizo una execrable broma. La policía estaba tan desesperada por capturar al asesino de verdad y limpiar su reputación, y también por calmar el miedo del público, que se sintieron dispuestos a suspender la objetividad de sus razonamientos con tal de detener a su hombre.

La broma empezó muy modestamente en marzo de 1978. Dos cartas anónimas llegaron a Yorkshire desde el noreste de Inglaterra. Las habían echado al correo en Sunderland, con cinco días de diferencia. Una iba dirigida a George Oldfield y la otra al redactor jefe del periódico Daily Mirror, de Manchester. No se tomaron en consideración porque fueron escritas después de la desaparición de Yvonne Pearson y antes de que su cadáver fuera descubierto, y el anónimo había estimado equivocadamente el número de víctimas. Las cartas desaparecieron en los inescrutables recovecos de un informe archivado.

Exactamente un año más tarde llegó una tercera carta. Fue echada al correo para entrarse dentro de la recogida de las 13,45 horas, en Sunderland, el 23 de marzo de 1979. Grafólogos expertos confirmaron que la misma persona había escrito las tres cartas. La tercera era la más interesante para la policía, pues en ella se decía que Vera Millward, la última víctima, había estado en el hospital. Creyeron que esta información sólo podía provenir de la propia Vera. Esto llevó fatalmente a la conclusión de que el remitente anónimo era el Destripador.

La tercera carta también dejaba claro que la siguiente víctima habría que buscarla en Manningham, Bradford, pero en ningún caso en la zona de Chapeltown. Las cosas

“estaban demasiado calientes por allí” a causa de los “malditos polis”. El extraño lenguaje del escritor anónimo coincidía con la actitud satánica del Destripador. Esto hizo sonar campanas en la mente de los policías. Pero fueron abruptamente silenciadas por la necesidad de encontrar una clave, una clave que desvelase el secreto.

Dos semanas después de la llegada de la tercera carta, Josephine Whitaker fue asesinada en Halifax. Era la segunda mujer no prostituta que moría a manos del Destripador. La presión sobre George Oldfield aumentaba. La única pista creíble que tenía eran las tres cartas de Sunderland.

La policía convocó una rueda de prensa e hizo pública la teoría de Sunderland. Para reforzarla resultó que se habían encontrado rastros de aceite de engrasar en una de las tres cartas. Era el mismo aceite que se encontró en el cuerpo de la última víctima.

Se pidió al público que contribuyese con cualquier tipo de información relevante sobre los días en que fueron echadas al correo las cartas en Sunderland. La respuesta popular fue tremenda, pero ayudó poco a la investigación.

La mañana del 18 de junio de 1978, un sobre de color amarillento aterrizó en la mesa de George Oldfield. La dirección estaba escrita por el hombre de Sunderland y contenía una cinta de cassette barata, negra. Aquí estaba la clave para dar solidez a las hipótesis de Oldfield. Metió la cinta en un aparato reproductor y pulsó el botón. Del altavoz surgió una voz gruesa con acento de minero. El mensaje constaba de 257 palabras. Si era auténtico, constituía una de las más fantásticas pistas en la historia de la Policía.

George Oldfield estaba convencido de la autenticidad de la cinta, pero quería mantenerla en secreto durante un tiempo. Por otro lado, el jefe de Policía Ronald Gregory pensaba que una voz tan especial podía ser fácilmente reconocida por el público.

A los dos días, nadie sabe cómo, se filtró la noticia a la prensa. Se convocó rápidamente una rueda de prensa a la que acudieron todos los cazadores de historias y llenaron a rebosar la pequeña sala de prensa de la Escuela de Entrenamiento Policial de Wakefield. Los medios de comunicación estaban a punto de hundir al Sr. Oldfield. Pero hicieron una última concesión a la objetividad: sólo en una ocasión se publicó que podría ser una elaborada trampa. La carrera y la reputación de Oldfield y de todo su equipo estaban en juego. Parecía considerar que las atrocidades cometidas por el Destripador eran un desafío personal. Estaba desesperadamente determinado a vencer a su oponente.

Se organizó una amplísima campaña publicitaria. El público en general podía llamar por teléfono y escuchar la cinta del «Destripador Minero». A los pocos días de la conferencia de prensa se había recibido ya 50.000 llamadas.

Entre tanto, George Oldfield consultó a peritos en cuestiones lingüísticas de la Universidad de Leeds, Stanley Ellis, uno de los expertos del país en materia de dialectos, y Jack Windsor Lewis, un profesor del Departamento de Lingüística y Fonética. Rápidamente localizaron el acento: era de Wearside, pueblo de Castletown, un pequeño barrio suburbial de Sunderland. La policía de West Yorkshire se trasladó al lugar. Once inspectores, cien agentes. La información en los medios de comunicación alcanzó el nivel de saturación.

En teoría era sólo cuestión de tiempo encontrar al «asesino». La policía se movía en un área limitada (en Castletown no vivían más de 4.000 personas) y con un tamiz muy fino. Pero hombres menos desesperados que Oldfield empezaron a admitir que el «Destripador Minero» sólo era una broma cruel. El bromista sabía que no iba a ser descubierto porque tenía una coartada a prueba de bomba. La policía de Northumbrian nunca estuvo plenamente convencida. Finalmente hizo públicas sus dudas.

Las luces también se encendieron en la mente de los expertos grafólogos. Trataron de comunicar en vano a la policía sus temores. Incluso intentaron que se lanzase una campaña paralela, sin eliminar a sospechosos de otras comarcas. Pero la policía de West Yorkshire insistió en eliminar a los sospechosos que no eran mineros. Oldfield y Gregory planearon otra campaña aún más grandiosa: un millón de libras de presupuesto. Pocos días antes de que fuera lanzada, Ellis y Lewis les escribieron manifestando su desconfianza en el método. Fueron desoídos.

La tenaz insistencia de que el hombre buscado era un minero significó la eliminación de la investigación del sujeto del billete de cinco libras, entrevistado en cuatro ocasiones por la Policía.

La campaña continuó perdiendo el fuelle y la credibilidad en 1980. No se consiguió nada más que sobrecargar con más información inútil a la Policía.

Aparte de las pistas perdidas, de las entrevistas fracasadas y de haber escogido el camino equivocado, otra pequeña ironía del destino se produciría en materia de grupos sanguíneos. Los análisis forenses establecieron que quien quiera que hubiera enviado las cartas tenía el rarísimo grupo sanguíneo de tipo B, compartido escasamente por el seis por ciento de la población.

En ese momento la Policía creía que el asesino era el responsable de la muerte de Joan Harrison en Preston, Lancashire. Se produjo tres semanas después de la de su primera víctima, Wilma McCann. El semen encontrado en el cuerpo de Joan Harrison indicaba que el asesino tenía el grupo sanguíneo tipo B. El grupo de Peter Sutcliffe era el B. Pero ni había estado en Preston ni su acento encajaba con la hipótesis de Sunderland. Ninguna sospecha recayó sobre él.

Jamás se podrá saber si se hubieran podido evitar las muertes de Josephine Whitaker, Barbara Leach, Marguerite Walls y Jacqueline Hill si se hubiera capturado antes a Sutcliffe, de no incurrir la policía en el error de la pista falsa del «Destripador Minero». Hoy sólo hay una persona que sepa quién fue este gracioso. Esa persona es alguien de Sunderland y es tan culpable de las últimas muertes como el propio asesino.

En junio de 1979, un sobre con una cinta magnetofónica llegó a la mesa del despacho de George Oldfield remitido desde Sunderland. Puso la cinta en el aparato reproductor. Apretó el botón. La voz característica de un minero resonó en la habitación:

“Soy Jack. Veo que no tenéis suerte para cogerme... Me parece que tus chicos te están fallando. George, no sois buenos, ¿eh? Os avisé de que volvería a golpear en marzo, siento mucho que no fuera en Bradford. No estoy seguro de cuándo volveré a la acción, pero puede ser en este año en cualquier momento... Quizá en septiembre, en octubre... Si tengo una buena oportunidad, incluso antes. Aún no sé dónde, quizá Manchester. Me

gusta Manchester... Hay un montón de prostitutas pululando por allí. No aprenderán nunca, ¿eh, George? Bueno ha sido muy agradable hablar contigo. Tuyo, Jack el Destripador”.

Al final de la cinta sonó chillonamente la canción de A. Gold “Gracias por estar aquí”. El mensaje para el público era que el Destripador procedía del noreste. Empezó la búsqueda del asesino con acento de tipo minero. Peter Sutcliffe había escapado así de las sospechas de la Policía.

Como jefe de Policía de West Yorkshire tuvo que soportar lo más fiero de la crítica respecto al caso del Destripador. Esto incluyó la injuriosa información de que gozaba de los favores sexuales de una famosa presentadora de televisión, a cambio de darle información de primera mano. Un diluvio de críticas cayó sobre él por la decisión de lanzar una campaña publicitaria para coger al asesino que costaría un millón de libras. La campaña encaminó a todo el mundo, incluyendo a la policía, en la dirección equivocada.

Tuvo muchos obstáculos en su camino, el Ministerio del Interior era reacio a dotar a la policía del complejo sistema de ordenadores que hubiera ayudado mucho a localizar a Sutcliffe. Sólo cuando recibieron el permiso de acceder a los archivos electrónicos pudo cogerse al asesino. Se comprobó que sus placas de matrícula estaban falsificadas.

El comportamiento de la prensa, tras el arresto de Sutcliffe, se convirtió en historia por sí mismo. Los periodistas luchaban por comprar información de quien tuviera relación con el caso del Destripador.

Antes de la época en que los acusados comenzaron a recibir asistencia jurídica estatal, era muy común que las personas acusadas de asesinato o crímenes sensacionales vieses cómo un periódico se ofrecía a correr con los gastos de su defensa. A cambio, el acusado se comprometía a dar la exclusiva de su aventura (en caso de inocencia) al periódico, o a escribir una confesión «del patíbulo» antes de morir ahorcado (caso de ser culpable). Al Dr. Buck Ruxton, condenado por el asesinato de su esposa y su criada en 1936, parece que le fueron pagadas 3.000 libras (unas 50.000 de ahora) por una confesión en exclusiva al News of the World. La suma incluía más de 2.000 libras pagadas a su abogado: Norman Birkett.

Sir Edward Marshall no tuvo tanta suerte cuando le tocó defender 20 años antes a George Joseph Smith, el asesino «del baño». El ministro del Interior le prohibió firmar un contrato alegando razones de «orden público». Esto resultó ser una ironía, ya que, como hizo notar Marshall Hall, en una carta al ministro, si Smith hubiera obtenido la libertad condicional, hubiese podido vender legalmente su relato.

A partir de los años 50 la asistencia jurídica pública se hizo más general, y el periodismo de “libreta de cheques” fue muy criticado. Las quejas comenzaron tras la publicación por el Sunday Pictorial, 1963, de declaraciones sobre el caso del espía de Vassall. Volvieron a repetirse cuando se publicaron las memorias de Christine Keeler en el periódico News of the World. Se presentó una queja oficial ante el Consejo de Prensa. Otros casos en los que se pagó con gran liberalidad fueron los de los hermanos Kray (los gangsters del East End) y la fuga del famoso atracador de trenes Ronald Biggs a Brasil. Se pagaba a los amigos y familiares del acusado, y a los testigos.

La situación llegó al límite cuando el Consejo de Prensa hizo pública una declaración en la que condenaba al periodismo de “libreta de cheques”: “No deberán realizarse pagos de ninguna clase a personas involucradas en crímenes o actos públicos de mala conducta ... » Pero la práctica continuó estando vigente.

Hubo un momento en que más de cien periodistas asediaban la casa de los Sutcliffe, introduciendo por la ranura del correo ofertas de miles de fibras a cambio de declaraciones.

Al mismo tiempo, una de las madres de una víctima, la Sra. Doreen Hill, inició una campaña contra este tipo de periodismo sensacionalista, para evitar que los familiares de los Sutcliffe obtuviesen más libras.

Tras el proceso, el Consejo de Prensa realizó una investigación. Finalmente esta institución hizo pública una declaración condenando este periodismo amarillista y la publicación de historias y fotografías sobre casos criminales, a cambio de dinero.

En enero de 1981 Sutcliffe fue arrestado en Sheffield por posesión de placas de matrícula robadas. Cuatro meses después estaba ante el tribunal nº 1 de Old Bailey acusado del asesinato de trece mujeres.

Era el segundo día de enero de 1981. El sargento Robert (Bob) Ring y el agente Robert Hyde empezaban su turno de noche. Pasaban por Melborne Avenue en Sheffield, un conocido reducto de prostitutas y de clientes, cuando vieron a Olivia Reivers subir a un Rover V8 3.500. Fue una pura casualidad que se decidieran a investigar si se trataba de un caso de prostitución. Decidieron acercarse.

El conductor se identificó como Peter Williams y dijo que el coche era de su propiedad. El pequeño hombre barbudo no quería meterse en líos. Salió del coche, e inmediatamente pidió permiso para alejarse unos pasos, necesitaba ir al servicio. Bob Ring le autorizó con cierta exasperación, y el hombre se metió entre los arbustos que delimitaban la avenida.

Con la ayuda de la oscuridad reinante cogió un martillo y un afilado cuchillo de un hueco disimulado en la guantera de su coche y los escondió en la maleza. Olivia Reivers, entre tanto, mantuvo entretenidos a los agentes increpándoles. No sabía que le acababan de salvar la vida.

Cuando el hombre volvió al coche, la Policía había descubierto que las placas de matrícula eran falsas. Prostituta y cliente fueron llevados a la comisaría de Hammerton Road para continuar el interrogatorio. El nombre completo del sujeto era Peter William Sutcliffe.

En la comisaría, la preocupación principal del sospechoso era que no le contasen nada a su mujer. Aparte de esto, estaba tranquilo y dispuesto a contestar a todo, después de haber ido al servicio y haber escondido un segundo cuchillo en la cisterna de la taza del water. Admitió sin discusión que robó las placas de la matrícula de un depósito de chatarra en Dewsbury West Yorkshire.

Toda la Policía del país tenía órdenes de informar a West Yorkshire si se arrestaba a algún hombre en compañía de una prostituta. Por lo tanto, se encerró al detenido en una celda hasta la mañana siguiente, en que fue trasladado a la comisaría de Dewsbury.

Tampoco entonces protestó una sola vez. Durante el interrogatorio Peter se mostró parlanchín y bien dispuesto. Le contó a los agentes de Dewsbury que era conductor de camiones de larga distancia, y que regularmente viajaba hacia el noreste. De pasada les dijo también que le habían hecho preguntas, el super equipo del Destripador, en relación con el billete de 5 libras. Asimismo declaró que habitualmente iba al barrio chino de Bradford.

La Policía de Dewsbury llamó al cabo de una hora al super equipo en Millgarth, en Leeds. El sargento Des O'Boyle no tardó en descubrir que el nombre de Sutcliffe aparecía repetidamente en los ficheros. Inmediatamente se puso en marcha hacia Dewsbury.

A las seis de la tarde, O'Boyle estaba ya lo suficientemente intrigado como para llamar a su superior el inspector John Boyle, en Leeds. Cuando éste descubrió que el grupo sanguíneo del sujeto era el B se desplazó rápidamente a Dewsbury. Sutcliffe pasó una segunda noche en la celda.

Entre tanto Bob Ring se había enterado que estaban interrogando al hombre que detuvieron en relación con el caso del Destripador.

Ring sintió un escalofrío. Volvió como un rayo a Melbourne Avenue. Después de buscar frenéticamente durante algunos minutos encontró lo que buscaba.

La llamada de Sheffield a Dewsbury sonó como música celestial en los oídos de los inspectores del super equipo. Ring había descubierto un martillo y un cuchillo. Boyle y el sargento se miraron asombrados sin pronunciar palabra. No se lo podían creer.

Durante toda esa noche de frenética actividad Sutcliffe durmió en su celda como un angelito.

El sargento inspector Peter Smith, el más veterano en el caso del Destripador, fue llamado para interrogar, junto con Boyle, al detenido. Entre tanto, en un cuarto vecino se interrogaba a su mujer, Sonia, y un grupo de inspectores registraba el pulcro hogar de los Sutcliffe en Garden Lane, Heaton.

Durante toda la mañana discutieron de un montón de cosas con Sutcliffe, menos del Destripador. Entonces, en las primeras horas de la tarde del domingo, Boyle dejó de hablar de la Bonfire Night y mencionó el cuchillo y martillo encontrados en Sheffield. Sutcliffe, el testigo parlanchín, permaneció callado. Boyle lo intentó por lo suave: «Creo que está usted metido en un lío, un lío muy serio».

Boyle estaba sereno, intentando controlar su creciente nerviosismo. Sutcliffe, finalmente, habló: «Creo que están ustedes sobre la pista del Destripador de Yorkshire».

«¿Bueno, y qué es lo que hay del Destripador de Yorkshire?»

«Pues ... », dijo Sutcliffe, « ... que ése soy yo».

Admitió haber matado a once mujeres, pero negó estar involucrado en la muerte de Joan Harrison y en el asunto de la cinta «del minero».

Boyle no podía dar crédito a sus oídos. La investigación estaba cerrada. Pareció un alivio tan grande para el propio detenido como para la policía. «Cuando pienso en todas ellas me doy cuenta del monstruo que soy», confesó. No deseó que estuviera presente ningún abogado mientras recitaba la larga lista de muertes, ni mencionó una sola vez que la voz de Dios le hubiera encargado una misión divina.

El siguiente día y medio Boyle y Smith le estuvieron tomando declaración. Les llevó 17 horas en total. Al preguntarle por qué había hecho lo que hizo, contestó que empezó a matar prostitutas después de que una de ellas le estafara al darle el cambio de un billete de 10 libras, en 1969. En esa época estaba enfermo de celos y buscó la compañía de una prostituta. Pero fue un fracaso. No sólo no hizo nada con ella, sino que además le engañó deliberadamente en el cambio «Me sentí estafado, humillado, molesto. Sentí odio hacia esa prostituta y hacia todas las de su clase».

Al terminar la maratónica sesión de declaraciones, el detenido firmó e identificó el martillo y el cuchillo como suyos. Se le puso bajo custodia en en Leeds. La detención se hizo pública. Un ambiente de fiesta invadió todos los lugares en que había estado el Destripador de Yorkshire. Los inspectores de policía no podían disimular su satisfacción durante la conferencia de prensa organizada después de la confesión.

Dieciséis semanas más tarde fue juzgado en la sala primera de Old Bailey. Pero hay que decir que si se le llegó a juzgar fue gracias al magistrado Boreham.

Incluso antes de haber sido acusado, la Acusación de la Corona, el abogado de la defensa y el fiscal general Sir Michael Havers, habían llegado a un acuerdo: el acusado estaba mentalmente desequilibrado. Sufría esquizofrenia paranoide. Después de haber estado aterrorizando a las mujeres de North England durante cinco largos años, parecía que el Destripador se iba a librar por las buenas.

Pero el magistrado Boreham no quiso saber nada del asunto. Disimulando precariamente su irritación con los abogados, rechazó su sugerencia, ordenó la reanudación de las sesiones para dentro de cinco días y dejó bien claro que sería el jurado quien dictaminaría, en razón de las pruebas si Peter era un loco o un asesino.

Al reconocerse culpable de homicidio, estaba tranquilo y seguro. No vaciló prácticamente nunca mientras con su voz aguda y fuerte acento de Bradford recitó, con la ayuda de su abogado, todos los crímenes cometidos. Incluso llegó a reírse cuando contó su entrevista con el policía que tenía la foto de las huellas de sus botas. No se dio cuenta que las llevaba puestas.

El equipo encargado de la defensa había intentado persuadirle de que no hiciese ninguna declaración bajo juramento. El se negó. Desde que declaró ante la Policía, mantuvo la tesis de que estaba cumpliendo un encargo divino. Admitió que dos años después de 1969, cuando escuchó por primera vez la voz de Dios, había planeado el asesinato de una prostituta de la zona de Manningham, en Bradford. En su primer intento de «limpiar las calles» fue detenido y acusado de llevar instrumentos, su martillo, para atracar en las casas.

Para el jurado la cosa estaba clara: ¿estaba Sutcliffe mentalmente enfermo tal como pretendía la defensa o era un sádico sexual?

En la tarde del 22 de mayo, el acusado se puso de pie para oír el veredicto. Fue considerado culpable de 13 asesinatos y 7 intentos de asesinato. El magistrado Boreham le sentenció a cadena perpetua con la recomendación expresa de que cumpliera al menos 30 años.

Sutcliffe fue encarcelado en el ala hospitalaria de la prisión especial de seguridad de Parkhurst, en la Isla de Wight. Durante su estancia fue atacado por otro prisionero que le rajó la cara con una taza de café rota. Tres años más tarde, en marzo de 1984, el plan que urdió en Armey se volvió realidad. Se le trasladó a Broadmoor, para ocupar una habitación en Somerset House, Ward One (establecimiento para enfermos mentales, sala 1). Su engaño, si lo fue, le ha ganado la partida. El estado mental del condenado s ha deteriorado hasta tal punto que a veces es totalmente incoherente.

El paso del tiempo ha servido para mitigar el horror de cuando el Destripador estaba en libertad. Pero la pregunta que atormentó a todos los que tuvieron que ver con el caso persiste: ¿Cómo fue capaz de confundir durante tiempo a la Policía?

Un regateo de este tipo tiene lugar cuando el defensor accede a la declaración de culpabilidad por un cargo de menor importancia a cambio de que la acusación no presente otros más serios. La acusación se beneficia porque se asegura que tendrán una sentencia condenatoria contra el acusado. Si se siguiese este juego hasta el final resultaría que habría que liberar en último término al defendido.

En el caso de Sutcliffe, el fiscal general, Sir Michael Havers, estaba dispuesto a no presentar cargos por asesinato si éste se declaraba culpable de homicidio. El asesino estaba representado por James Chadwin.

Si se le condena por asesinato, un acusado habrá de sufrir en todo caso la pena de encarcelamiento de por vida. Si el juez del proceso no hace ninguna recomendación especial sobre el tiempo mínimo que ha de cumplir, un condenado suele estar en la cárcel entre los ocho y diez años. Si Sutcliffe se hubiera declarado culpable de homicidio, también le podían haber condenado a cadena perpetua.

Asimismo, hubiese significado que los familiares de las víctimas se hubieran ahorrado tener que escuchar las horribles descripciones de los asaltos cometidos por él; de igual manera, se hubieran ahorrado mucho tiempo y dinero en el juicio. Pero el magistrado Boreham no accedió a que se negociara la pena y Sutcliffe fue juzgado por asesinato.

Peter Sutcliffe fue agredido por un recluso de la prisión de Parkhurst en enero de 1983. Tuvieron que darle 84 puntos en la cara. En marzo de 1984 se le trasladó a Broadmoor, un hospital penitenciario de máxima seguridad en Berkshire. Allí recibe visitas regulares de su mujer, separada de él, y de un oficial de policía que perteneció al cuerpo de Yorkshire en los años del Destripador.

Sonia Sutcliffe está judicialmente separada de Peter. Su lucha contra la falsa imagen publicada en los medios de comunicación culminó en mayo de 1989 con una demanda por difamación de 600.000 libras contra la revista Private Eye.

Jane Sutcliffe está atormentada constantemente por pesadillas. Durante meses soñó que visitaba a su hermano en prisión para sacarle. “Está esposado a mí y me lo llevo a tomar

café. Le ato al brazo metálico de la cama cuando me voy a dormir, y cuando despierto se viene conmigo de compras”.

El asalto sufrido por Anna Rogulskyj no fue considerado en un primer momento entre los realizados por el Destripador. Fueron necesarios dos años hasta que se admitió. Ha intentado suicidarse en varias ocasiones; las 15.000 libras de indemnización que obtuvo del Tribunal de Injurias Criminales y el tiempo no han conseguido devolverle la tranquilidad perdida.

La Sra. Doreen Hill, la madre de Jacqueline Hill, lecha denodadamente para impedir que se aproveche de un asesinato todo aquel que tenga tal pretensión. Su carta a la Reina produjo una sensación de “aversión”. También cree que la muerte de su hija, justo a punto de casarse, aceleró la muerte de su esposo, gravemente enfermo por aquella época. La Sra. Hill procura evitar leer periódicos y también ver las noticias de la televisión. Su juicio sobre el veredicto: “El simple encarcelamiento es demasiado poco para quien la mató así, de paso, sin darle importancia”.

Ronald Gregory, el jefe de la Policía de West Yorkshire, vendió su relato al Mail On Sunday. Se retiró del cuerpo en 1983.

George Oldfield, jefe de Policía adjunto, murió en 1985.

En 1983 el Consejo de Prensa publicó un informe sobre la conducta de ésta en el caso Sutcliffe. Establecieron que las quejas por practicar un periodismo sensacionalista se dirigieron contra cuatro periódicos especialmente. Durante el juicio, algunos testigos admitieron haber recibido pagos o promesas de pagos de algunos periódicos. Todos defendieron firmemente sus actuaciones, aunque el Consejo concluyó que los conocidos del Destripador fueron sometidos a una presión insostenible por la prensa.

JOHN WAYNE GACY



Una familia de Chicago esperaba la llegada de su hijo para asistir a la fiesta de cumpleaños de la madre. Inquietos por el retraso, avisaron a la policía. Las pesquisas condujeron a una casa, en un tranquilo barrio residencial, bajo la cual se escondía un secreto de muerte.

Elizabeth Piest estaba sentada en un taburete frente al mostrador de caramelos de la farmacia Nisson, en Des Plaines, cerca de Chicago, esperando que llegara su hijo Robert, de quince años. Había ido a recogerle a su trabajo de la tarde, pero éste le había pedido que esperara «mientras hablaba con un contratista para conseguir un empleo de verano». Hacía un frío glacial aquella noche y la nieve se había endurecido en el suelo. Chicago podía ser la ciudad más fría de América a mediados de invierno, y a la señora Piest no le gustaba la idea de que su hijo volviera a casa andando.

Finalmente, pidió a la dependienta que le avisara por teléfono cuando su hijo regresara, y volvió a su casa algo preocupada. Robert sabía que su madre cumplía cuarenta y seis años y que el resto de la familia, su padre, su hermano mayor y su hermana, le estaban esperando para empezar la fiesta. No era su estilo hacerles esperar, y menos todavía sin avisar por teléfono.

Ya en casa, le comentó a Harold, su marido: «Hay algo raro, lo presiento.» A las diez menos cuarto llamó a la farmacia, pero no había rastro de su hijo. Preguntó al dueño si sabía el nombre del contratista con el cual tenía cita su hijo. «John Gacy», le contestó. Pero no había nadie con ese nombre en la guía telefónica.

A las once y media de la noche de aquel 11 de diciembre de 1978, ella y su esposo fueron a la comisaría de Des Plaines para notificar la desaparición de Robert. La familia entera pasó el resto de la noche conduciendo despacio por las calles, buscando en los rincones oscuros por si el muchacho hubiera tenido un accidente y estuviera inconsciente en alguna parte. Fue el peor cumpleaños de Elizabeth Piest.

A las ocho y media de la mañana siguiente, el departamento de policía de Des Plaines empezó la búsqueda de Robert Piest. Una investigación en la compañía telefónica reveló

que el número de teléfono de John Gacy figuraba a nombre de su empresa de construcción, PDM Contractors, y que vivía en el 8213 de West Summerdale Avenue, en Norwood Park. El policía James Pickwell llamó a la Brigada Central de Chicago para preguntar si tenía antecedentes penales.

La respuesta, inquietante, llegó al cabo de unos minutos. Gacy tenía antecedentes de sodomía con adolescentes, y podía llegar a la violencia. En 1968 le condenaron a diez años de cárcel por esposar a un joven y luego abusar de él; lo soltaron a los dieciocho meses por buena conducta; desde entonces, había atraído la atención de la policía en varias ocasiones.

A las nueve y media de aquella mañana el teniente de policía Joseph Kozenczak llamó a la puerta de la casa de John Gacy. El agente tenía un hijo de quince años, y quizá por ello decidió encargarse personalmente del caso. La puerta del número 8213 de West Summerdale Avenue se abrió, dejando ver un hombre de unos treinta y cinco años, moreno, bajo y obeso, con la cara redonda y la barriga colgante de un payaso gordinflón. Cuando los policías le anunciaron su misión, Gacy sonrió amablemente y les invitó a pasar. Le preguntaron si había ofrecido un trabajo de verano a Robert Piest, y contestó que no, que ni siquiera conocía a ese chico.

Sin embargo, había estado en la farmacia Nisson la tarde anterior, sobre las seis, cuando Robert llegaba a trabajar, y lo vieron hablar con él. «¡Oh! Ese chico», dijo Gacy. En efecto, cruzaron unas palabras, pero no le ofreció ningún trabajo, ni tampoco quedaron para verse más tarde.

Kozenczak le preguntó si le importaría ir a la comisaría y el sospechoso respondió con calma que era imposible en ese momento; un tío muy querido acababa de morir y estaba esperando una llamada de su madre. El policía le sugirió que llamara él a su madre y después le acompañara.

La suave amabilidad de John Gacy se transformó súbitamente en ira y le gritó: «¿Es que no tiene respeto por la muerte?»

Después de hacer prometer a Gacy que iría a la comisaría tan pronto recibiera la llamada de su madre, Kozenczak se marchó. La conversación había puesto en marcha cierta alarma en su cabeza. Por supuesto, era posible que Rob Piest se hubiera fugado de su casa, pero parecía improbable. El teniente estaba seguro de que John Wayne Gacy conocía el paradero del chico.

Los desesperados padres de Robert aguardaban el regreso del policía en la comisaría. La madre había hablado ya con el dueño de la tienda, y estaba convencida de que su hijo estaba retenido contra su voluntad en casa de Gacy. Pidió a la policía que registrara la casa inmediatamente y el teniente Kozenczak la calmó, haciéndole ver que no tenían pruebas. Ahora, tras hablar con el sospechoso, solicitaría una orden judicial de registro.

Esperó todo el día, y también hasta la una de la madrugada siguiente, pero el contratista de cara redonda no apareció. Cuando el policía regresó a su despacho al día siguiente, le comunicaron que Gacy se había presentado por fin a las tres y media, cubierto de barro y alegando un accidente de coche.

John Gacy volvió a la comisaría justo antes del mediodía. Parecía tener ganas de hacer confidencias, pidió disculpas por no haber acudido el día anterior, ya que su coche se había quedado bloqueado en la nieve. Una vez más, negó rotundamente saber nada sobre Robert Piest. No parecía tener prisa en marcharse, y charló largo rato sobre su buen negocio de construcción, que facturaba un millón de dólares al año, y de sus influyentes amigos como el alcalde de Chicago y Rosalynn Carter, la esposa del presidente Jimmy Carter. Trabajaba como voluntario para el Partido Demócrata local, y era muy conocido por sus actividades caritativas. Incluso visitó un hospital de la región y se disfrazó de payaso para divertir a los niños enfermos.

Mientras el policía Pickwell mantenía con el sospechoso esta conversación, Kozenczak obtenía una orden de registro. A las tres y media le anunciaron que tenían la orden y le pidieron las llaves de su casa. Mientras las entregaba, algo en su conducta impasible les hizo sospechar que no encontrarían el cuerpo del chico desaparecido en aquella casa.

Era cierto, pero no del todo; sólo cinco minutos bastaron para confirmar las peores sospechas del teniente. El lugar estaba repleto de libros sobre homosexualidad y pederastia (relaciones sexuales entre hombres y chicos, con títulos como, *Adolescentes callados*, *Sexo entre hombres y chicos*, y la *Guía gay americana*, videos pornográficos, un par de grilletes y una larga cuerda de nylon. Y más siniestro todavía, una alfombra con algo que parecía manchas de sangre. Pero no había indicio alguno que indicara que Robert Piest hubiera estado en la casa.

Los policías encontraron lo que podía ser una pista: un resguardo de revelado de fotografías de la farmacia Nisson. Cuando se lo enseñaron a la madre del muchacho, ésta supuso que debía pertenecer a la novia de su hijo, Kim Beyers, y la chica sin dudarlo un momento lo confirmó. Había pedido prestada la chaqueta a Robert unos días antes de la desaparición, y olvidó el resguardo en el bolsillo. Pudo acordarse incluso de dos cifras del número de serie.

Kozenczak tenía ahora la prueba de que Robert Piest había estado en casa de Gacy e intuía que lo más probable es que estuviera muerto. Pero ¿dónde estaba el cuerpo? El contratista había tenido tiempo de esconderlo, sin arriesgarse a hacerlo de día, en las veinticuatro horas que transcurrieron hasta que se presentó en la comisaría de policía.

La noche después de la desaparición del chico había ido a la comisaría de madrugada, una hora extraña para que un sospechoso se decida a declarar, quejándose de que su coche estaba bloqueado en el barro. ¿Había salido para deshacerse del cuerpo? Un helicóptero y perros de la policía rastrearon el bosque al borde del río de Des Plaines, pero no encontraron ni rastro del adolescente. Cabía la posibilidad de que el cuerpo estuviera sumergido en el río...

Mientras tanto, John Gacy empezaba a mostrar signos de tensión, quizá porque los policías encargados de seguirle no se esforzaban mucho en disimular su presencia para ponerle así nervioso. Contó a un amigo contratista, llamado Donald Czarna, que la policía intentaba colgarle una acusación de drogas, y le convenció para que fuera a su casa y ver si seguían allí, pero no había nadie.

Czarna pensó que su amigo, una persona tan buena, era inocente y sufría el hostigamiento de la policía. Este apoyo de su colega animó a Gacy a pasar a la ofensiva y presentó una

reclamación en el Tribunal de Derechos Civiles del distrito de Chicago por 750.000 dólares en concepto de daños y perjuicios, y en la que exigía el cese inmediato del acoso a que se veía sometido.

Pero, una semana después de la desaparición de Robert Piest, se veía claramente que John Gacy se venía abajo; presentaba un aspecto ojeroso y sin afeitado, y llegó a conducir tan imprudentemente que los agentes que le vigilaban tuvieron que pararle y aconsejarle precaución. Un día cogió el coche para dar un largo paseo sin rumbo y, al final del viaje, invitó a los dos oficiales de policía que le seguían a visitar su casa.

Fue un error. Nada más penetrar en casa el oficial Robert Schulz reconoció el olor dulzón y nauseabundo que impregnaba el caluroso ambiente, se trataba sin lugar a dudas de la presencia de un cadáver. Los policías que habían registrado anteriormente el bungalow no lo habían detectado, ya que la calefacción no funcionaba ese día y el ambiente era gélido.

Kozenczak decidió que había llegado la hora de arrestarlo. El olor, que provenía del conducto de la calefacción, sólo podía significar una cosa: había cadáveres debajo de la casa. El 21 de diciembre la policía rodeó el coche de Gacy y le arrestó por tenencia de marihuana, pocos minutos antes le vieron entregar droga al encargado de un garaje.

Lo condujeron a su casa y la policía le anunció que iban a levantar las tablas del parquet, lo que hizo que el detenido se pusiera pálido a la vez que decía que no era necesario. Explicó que, enterrado debajo del garaje estaba el cuerpo de un hombre que había matado en defensa propia, y que el emplazamiento estaba marcado con una cruz en el suelo.

A estas alturas, la policía no iba a perder el tiempo perforando el suelo de cemento. Encontraron una trampilla oculta en el suelo de un armario del salón y al abrirla, apareció ante sus ojos un charco oscuro de agua fétida. Vieron una clavija suelta y un enchufe en la pared, lo conectaron, y una bomba se puso en marcha debajo de ellos.

El agua tardó un cuarto de hora en vaciarse, y cuando desapareció por completo, un técnico de la oficina del sheriff, Daniel Genty, pudo bajar y dar tres pasos en el fango del pasadizo para hundir un pico en el lodo; se sobrecogió por el hedor de putrefacción. El instrumento había puesto al descubierto una porción de sustancia viscosa y jabonosa, que reconoció como el resultado de la carne en descomposición. Unos segundos después levantó el pico el hueso de un brazo humano.

Evidentemente, no se trataba del cuerpo de Robert Piest, que no hubiera podido descomponerse de esta manera en el poco tiempo transcurrido desde su desaparición. Pero si no era el cuerpo del muchacho, ¿de quién era? Genty llamó a Kozenczak: «Ya puede acusarle de asesinato.»

Durante algún tiempo pareció que no se cumplía la premonición de fracaso que el padre de John Gacy había hecho. Pero él sucumbió pronto a la tentación.

John Wayne Gacy nació el 17 de marzo de 1942, sobre las doce y media del mediodía, en el hospital de Edgewater de Chicago, hijo de Marie Elaine Robinson, de treinta y tres años, y de John Stanley Gacy, nieto de unos inmigrantes polacos, ocho años mayor que

su mujer. John no era el favorito de su padre, que prefería a sus hermanas, quizá porque, como él, poseía una personalidad dominante.

Él no era más que el patito feo y gordo, que a menudo caía enfermo. Gacy padre era un bebedor empedernido y solitario, que desaparecía en el sótano para beber a solas cada tarde, y se mostraba muy agresivo. La vida de John Gacy era una lucha sin fin para recobrar su amor propio destruido por el desprecio y las palizas de su padre. Sin embargo, cuando le hacían preguntas sobre sus relaciones familiares, Gacy negaba rotundamente que le odiara.

Es posible que las enfermedades del chico fueran una manera inconsciente de defenderse contra la tiranía continua de su progenitor. Tuvo problemas de corazón a temprana edad; y empezó a sufrir desmayos a los once años. Su padre sospechaba que era una manera de atraer la simpatía y le decía con desprecio que era un «niño de mamá» y que más tarde no sería normal. A los catorce años tuvo un ataque de epilepsia y le tuvieron que poner una camisa de fuerza.

Con dieciocho años, abandonó su casa durante una temporada y se fue a trabajar a Las Vegas. Este período de tiempo sin el apoyo de la familia resultó ser beneficioso, y le decidió a dejar de ser el «fracaso» que su padre pensaba. De vuelta a casa, fue al Northwestern Business College hasta la graduación y, a partir de ese momento, su vida tomó un giro espectacularmente positivo.

Su locuacidad hacía de él un perfecto vendedor, y sus ansias de ser querido lo transformaron en un ser confiado y simpático. A los veintidós años tuvo trato éxito como ayudante del encargado de la compañía Nunn Bush Shoe, que la empresa le trasladó a Springfield, en Illinois, para dirigir una tienda en un conocido almacén de ropa para caballeros.

Liberado de la sombra de su padre, ganó seguridad, encanto y persuasión. Descubrió con agrado que su físico rechoncho y su baja estatura no eran un obstáculo para el éxito en sociedad, y poco después cortejó a una bonita compañera y se casó con ella. Se trataba de Marlynn Myers, hija de un brillante hombre de negocios que había adquirido en franquicia una cadena de Kentucky Fried Chicken en Waterloo, Iowa, y naturalmente eligió a su ambicioso yerno como director. Debió de sentirse como Cenicienta después de que el hada madrina la tocara con su varita mágica. Su infancia miserable estaba lejos, y volvía a nacer como una mariposa saliendo de la crisálida. Como miembro de la Joven Cámara de Comercio, se encontraba en su elemento: popular, entusiasta. Un valor seguro. A este paso iba a convertirse en uno de los hombres más respetados de la ciudad.

Su perdición fue el desmedido afán sexual y la cantidad de jóvenes empleados que se cruzaron en su camino en el negocio del pollo frito. Sin duda, Gacy estaba obsesionado con el sexo y debía pensar que, como hombre de éxito, se merecía una pequeña satisfacción. Si la historia del adolescente Richard Westphal es verdadera (dicen que Gacy le dejó acostarse con su mujer a cambio de una felación), es evidente que Marlynn cerraba los ojos ante las actividades extramatrimoniales de su marido. Poco después, una relación sexual con Donald Vorhees atrajo la atención de la policía y su falta de honradez le llevó a buscar una solución retorcida al problema. Puso a otro joven, Russell Schroeder, en una situación en la que podía chantajearle y luego ordenó que vaporizara Mace (especie de gas) en los ojos de Donald y le pegara hasta que renunciara a testificar en su contra. El

complot fracasó y Gacy fue encarcelado. De un golpe, la reciente confianza en sí mismo desapareció. La premoción de su padre se había cumplido.

Al salir de la cárcel, John Gacy se fue a Chicago convertido en un manipulador cínico cuya infancia traumática volvía a surgir. Si se hubiera quedado en Waterloo, quizá nunca habría cometido asesinatos, ya que su deseo de parecer respetable hubiera podido dominar sus ansias sexuales. Pero en Chicago estaba de nuevo sometido a tentaciones irresistibles: bares gays llenos de chicos que podían comprarse por unos dólares y una estación de autobuses donde llegaban constantemente muchachos de provincias que no tenían dónde dormir. En cuanto a su vida profesional, cayó en la vieja rutina que le aportó éxito una vez, y volvió a casarse. Pero su inclinación por los chicos era más fuerte que nunca.

Desgraciadamente, Gacy estaba convencido de que no era homosexual; de haberlo admitido, hubiera cumplido la otra profecía de su padre: que no sería normal.

Se decía a sí mismo que lo único que quería de sus ligues era sexo fácil. Aunque su odio hacia los invertidos le empujaba a asesinarles.

Llegó a pensar que su negligencia al elegir a su última víctima, Robert Piest, era el deseo inconsciente de ser apresado. Precisó que no estaba bebido y que «Jack el malo», su álter ego, no se había apoderado de él. Como muchos asesinos habituales, se encontraba cansado y harto y dicho estado hizo surgir en él un deseo recóndito de suicidio. La tragedia fue que su propio “suicidio” significó la muerte de un adolescente inocente.

La falta de amor en la infancia dejó a John Gacy mal preparado para la vida adulta. La muerte de su padre, la Navidad antes de que saliera de prisión, puso punto final a la relación problemática que existía entre padre e hijo; ya no había posibilidad de pelea o reconciliación. Gacy nunca consiguió terminar con el odio de su padre hacia él, y sintió amargamente no poder ir al funeral. Visitaba con regularidad la tumba de su progenitor “para hablar con él”, y en una ocasión se le vio llorar desconsoladamente.

La manera de matar y deshacerse de sus víctimas era tan horrible, que John Gacy declaró que una fuerza diabólica le obligaba a actuar.

La llegada de los coches de policía y de las ambulancias delante de la casa del contratista causó un gran revuelo: los vecinos no se lo podían creer. Todos le conocían como un «buen tipo», amable y servicial. Cuando nevaba, se ofrecía para limpiar el canino de entrada de los vecinos con un quitanieves y estaba considerado como un hombre que bebía con moderación, desaprobaba las drogas y odiaba a los homosexuales.

Conocían los recientes problemas con los polis, porque les contó que había entablado acción judicial contra ellos. Era cierto también que, años antes, hubo habladurías en relación con un chico que había empleado y poco tiempo después desapareció. Pero Gacy les contó que se trataba de un fugitivo.

Sin embargo, por lo menos un amigo suyo sabía que era sospechoso de algo más grave que de posesión de marihuana. Poco antes de ser arrestado, llamó a Donald Czarna, al borde de la histeria, y le dijo con voz quebrada: «Se acerca el fin. He matado a treinta personas.» Reclinó la cabeza sobre su hombro y se puso a llorar.

Ahora, a medida que cavaban en el pasadizo hediondo, los investigadores se daban cuenta que John Wayne Gacy era uno de los peores asesinos de la historia americana. Cinco años antes, la policía de Texas había descubierto veintisiete cuerpos de jóvenes, la mayoría de ellos en el casco de un barco alquilado por un homosexual llamado Dean Corll, que había muerto de un disparo a manos de su amante Elmer Wayne Henley. Pero parecía que la cuenta de Gacy sobrepasaba la de Corll. Uno después de otro, aparecían los cuerpos de chicos jóvenes, la mayoría de ellos en estado de descomposición.

Los especialistas tuvieron que trabajar en unas condiciones repugnantes. Tomaron toda clase de precauciones sanitarias, llevaban unos monos desechables y máscaras antigás, pero, aun así, el metano que flotaba en el aire les mareaba y terminaba por ponerlos enfermos. Al terminar, tuvieron que bañarse con desinfectantes.

Mientras tanto, el responsable de todo este horror, John Gacy, estaba en la jefatura central de policía, confesando siete años de violentos asesinatos. Su rostro no tenía expresión, como bajo el efecto de un shock o de drogas, caía a ratos en un estado semicomatoso del cual despertaba con un espasmo y sin saber dónde estaba. Si se trataba de una representación, había que reconocer que era muy convincente.

Según él, John Gacy no había cometido esos crímenes. El culpable era un siniestro álter ego llamado Jack, que odiaba a los homosexuales y los mataba. Pero esa historia no aclaraba por qué había matado a Robert Piest que no era invertido.

El supuesto asesino intentó explicarlo. El chico había ido a su camión mientras estaba haciendo cuentas y le pidió un trabajo de verano. El contratista le sugirió que subiera para hablar de ello y luego, en su casa, trató de insinuarle que podría ganar dinero vendiendo su cuerpo a homosexuales, pero era evidente que Piest no tenía ningún interés por la propuesta.

Entonces Gacy cogió unas esposas que tenía en el bar del salón y empezó a jugar con ellas distraídamente. El chico le preguntó para qué eran y él le explicó que se trataba de unas esposas de broma. «Mira, dijo Jack -ya no se trataba de John, sino de su diabólico álter ego-, te voy a violar y no podrás defenderte.» Pero vio al muchacho tan trastornado que cambió de idea y decidió dejar que se marchara.

Lo llevó al dormitorio para coger la llave de las esposas, pero se sintió sumergido por una especie de niebla que borró sus recuerdos. El teléfono sonó y fue a contestar. Era un amigo que le preguntaba el porqué del retraso a una reunión convenida. (El amigo testificó más adelante que Gacy parecía totalmente normal y controlado.) Después de disculparse, colgó y volvió a la habitación. El chico estaba tendido en la cama, y era evidente que había sido estrangulado con una cuerda a manera de torniquete, bloqueado con el mango de un martillo. Cuando Elizabeth Piest llamó a la tienda Nissan para saber si su hijo de quince años había vuelto, éste estaba ya muerto.

Gacy transportó a su víctima al desván y la dejó allí durante la noche. A la pregunta de la policía de si había dormido con el cuerpo del joven, Gacy negó con indignación, diciendo: «¿Qué hombre en su sano juicio dormiría con un cadáver?» El cuerpo de Robert Piest estaba en el desván a las diez de la mañana del día siguiente, cuando el teniente Kozenczak se presentó para investigar la desaparición.

John Gacy exhaló un suspiro de alivio cuando se marchó el policía. Pero «Jack el malo» le dejaba una vez más con el problema de deshacerse de un cadáver. Ya no quedaba espacio en el pasadizo que había debajo de la casa ni en los demás lugares donde había enterrado otros cuerpos bajo el suelo. No tendría más remedio que tirarlo al río, como había hecho con sus cuatro últimas víctimas.

Fue un día de tensión para los nervios del contratista, quien se preguntaba si la policía iba a volver con una orden de registro. Al anochecer, cuando se disponía a sacar el cuerpo para meterlo en el coche, un antiguo empleado suyo llamó a la puerta para pedirle unas luces para el árbol de Navidad. «Están en el desván», le comentó y subió corriendo antes de que el joven, que conocía la casa, se ofreciera a subir él mismo.

Después de marcharse el visitante, Gacy se dio prisa en envolver el cadáver en una manta y llevarlo al coche. Se dirigió hacia el sur, al puente de Kankakee sobre el río Des Plaines, tiró el cargamento al agua y volvió a gran velocidad al pueblo, donde le esperaba el teniente Kozenczak.

El coche patinó sobre la carretera helada, aterrizando en una espesa capa de barro que cubría la ribera. Un guardia en la autopista vio el coche y preguntó al conductor empapado en sudor si necesitaba una grúa, pero su tacañería habitual le hizo declinar la oferta, con el propósito de mover el solo el coche levantando la rueda de atrás con el gato, y colocando debajo la de repuesto. Al no funcionar, aceptó llamar a una grúa, que llegó veinte minutos más tarde, sacó el vehículo del barro y lo dejó en la carretera.

Gacy, que no quería soltar un duro, pretendió ser un oficial de policía e intentó convencer al mecánico para que cargara la factura del remolque al Departamento de Alumbrado del condado de Cook, pero al ver que éste se negaba rotundamente, abrió su maletín y sacó veinte dólares. Luego, a las tres y media de la madrugada, se dirigió a la comisaría, donde le extrañó que Kozenczak no estuviera esperándole.

El primer día se sacaron dos cuerpos de la casa del asesino; el primero, totalmente cubierto de cemento, y el otro, envuelto en plástico. Al día siguiente, aparecieron tres más, uno de ellos debajo del suelo. Un carnet de conducir a nombre de Frank Landingin indicó que el contratista era también responsable de la muerte de un joven barbudo, cuyo cadáver desnudo se había rescatado del río en noviembre, y que se pudo identificar gracias a las huellas dactilares. Otros carnets de conducir e identidad permitieron conocer la personalidad de otras víctimas. Días más tarde se extrajeron los restos de diez personas, y horas después, de otras seis. Tres de ellas estaban tan cerca y en un estado de descomposición tan similar, que la policía supuso que fueron eliminadas en la misma fecha.

Los asesinatos estaban provocando un escándalo a nivel nacional. La casa estaba rodeada día y noche de periodistas y de cámaras de televisión, y cada noticiario mostraba el aspecto de una vivienda normal, con sus luces de Navidad.

La banalidad de la casa y la apariencia completamente inofensiva de su dueño aumentaron el escándalo y la repulsión de los televidentes al descubrir la espantosa realidad de los actos de Gacy. Los padres con hijos desaparecidos temblaban con la idea de que el suyo pudiera estar sepultado en aquel pasadizo del número 8.213 de West Summerdale Avenue. Los temores de algunos de ellos se confirmaron. Entre otras, se encontraban las

familias de los adolescentes John Butkovich, desaparecido desde agosto de 1975, Gregory Godzik, John Szyz y Rick Johnston. Una semana después de empezar las tareas de rescate, el doctor Robert J. Stein, forense del condado de Cook, tenía ya veintisiete cadáveres en el depósito. El número de víctimas encontradas en casa de John Gacy alcanzaría finalmente el número de veintinueve, más cuatro descubiertas en el río.

Los habitantes de West Summerdale Avenue quedaron absolutamente horrorizados al enterarse de que su «buen vecino» era un asesino múltiple. Los mirones morbosos aparecieron; uno de ellos sugirió que la casa de los crímenes debía ser quemada; otro saltó la barrera de la policía para insultar a los vecinos, diciéndoles que debían conocer sus actividades macabras.

Un periodista observó que la gente del vecindario empezaba a vivir como ermitaños, como si les diera vergüenza residir en la misma calle que el asesino. Sin embargo, el 4 de enero de 1979, trescientas personas caminaron sobre la espesa nieve para asistir a un funeral por las víctimas celebrado en la iglesia católica del barrio. A medida que el tiempo pasaba, los residentes de la zona estaban resentidos al ver que la deshonrosa historia de la casa había hecho caer en picado el valor de las viviendas cercanas. Fue para todos un alivio, a pesar de la resistencia de la madre y las hermanas de Gacy, el decreto del tribunal que ordenaba el derribo de la siniestra casa en marzo de 1979.

Algunos crímenes son tan horribles que desafían la imaginación. ¿Somos capaces de aceptar que en tales casos, la locura no constituye una defensa para el asesino?

En su libro *“Sueños sepultados”*, Tim Cahill cita reflexiones de los vecinos Gacy después del arresto: *“¿Durmió durante seis años en aquella casa con tantas personas enterradas? No es normal. Debía estar loco”*. Es una opinión que muchos de nosotros podemos compartir. Sin embargo, es cierto que si le hubieran declarado “culpable pero demente”, muchas personas habrían pensado que era un grave error judicial.

La cuestión es que cuando un crimen realmente horrible se comete, existe el sentimiento general de que el culpable merece un castigo severo, esté loco o no. Esto se hizo evidente en Inglaterra cuando Peter Sutcliffe, el «Destripador de Yorkshire», fue juzgado. Alegó demencia -oía voces-, pero los psiquiatras de la acusación concluyeron que era un impostor. Sentenciado entonces a cadena perpetua, le trasladaron a Broadmoor, un manicomio para reclusos. Si el veredicto de Sutcliffe hubiera sido «culpable pero loco», la opinión pública hubiera protestado.

Un caso similar tuvo lugar en Filadelfia en 1987. Un hombre llamado Gary Heidnik, preso del deseo obsesivo de ser padre, secuestró a cinco mujeres, la mayoría de ellas prostitutas, y las retuvo prisioneras en el sótano de su casa, violándolas constantemente y sometiéndolas a tortura. Finalmente, una de las chicas consiguió ganar la confianza del secuestrador, y éste le permitió salir para ver a sus padres, ocasión que ella aprovechó para avisar inmediatamente a la policía. Al criminal le licenciaron del ejército por esquizofrenia, y había pasado un largo período en un manicomio. Durante el juicio, en 1988, Heidnik fue declarado culpable y condenado a muerte.

Hace unos siglos se ejecutaba a la mayoría de los criminales, estuvieran locos o no. En 1757, un tal François Damiens hizo un intento poco entusiasta y fallido de asesinar al rey Luis XV de Francia. Era prácticamente idiota, sin embargo, fue ejecutado con una

crueledad increíble, descuartizado por cuatro caballos de tiro encadenados a sus miembros. Menos de medio siglo más tarde, en 1800, James Hadfield intentó disparar al rey George III. En el juicio explicó que había recibido órdenes directas de Dios, y el jurado no tardó en declararle loco. Cuarenta y un años después murió en un manicomio. Hoy en día, está comúnmente admitido que hay que tratar a los criminales dementes con humanidad.

La supuesta enfermedad mental de John Gacy es tema de discusión. No hay duda de que estaba muy confuso. Muchos de los oficiales de policía que le interrogaron estaban convencidos de que la historia de «Jack el malo» -el verdadero asesino- era cierta. De cualquier forma, ¿tenía realmente una doble personalidad, como el caso de «Jekyll y Hyde»?

El joven y prometedor hombre de negocios de Iowa, John Gacy, parecía tenerlo todo: un buen trabajo como director de una cadena de restaurantes, una familia, y el respeto de sus conciudadanos. Casi ninguno de ellos sospechaba que su personalidad tuviese un lado oscuro.

A medida que la luz se hacía sobre el caso Gacy, el Departamento de Policía de Des Plaines tenía dificultades para disimular su confusión. Los antecedentes del asesino eran tan espantosos, que parecía increíble que hubiera podido gozar de libertad hasta el momento de matar a Robert Piest.

En 1968, cuando John Gacy tenía veintiséis años y dirigía un floreciente negocio de pollo frito, le acusaron de intento de violación de un adolescente y de abusos deshonestos contra otro. La ciudad donde vivía, Waterloo, en el Estado de Iowa, se quedó pasmada, así como su mujer. Era un miembro destacado y activo de la Joven Cámara de Comercio, reputado por sus obras sociales y caritativas; el típico hombre que termina siendo alcalde.

Gacy invitó a Edward Lynch, un empleado suyo de dieciséis años, a su casa mientras su mujer estaba dando a luz en el hospital.

Según contó el chico, jugaron al billar y su jefe le propuso que el perdedor hiciera una felación al ganador. El adolescente se negó rotundamente y después de enseñarle unas películas pornográficas, Gacy le atacó súbitamente con un cuchillo de cocina.

Lynch luchó y consiguió liberarse; el asesino se disculpó entonces repetidamente, explicando que estaba «sometido a una gran tensión». El chico aceptó olvidar el incidente y el anfitrión le pasó otra película porno. Hacia el final, salió de la habitación y volvió con una cadena y un candado. Algo avergonzado por reaccionar tan bruscamente a la pelea anterior, y temeroso de perder su trabajo, Edward se dejó esposar las manos en la espalda. Un momento más tarde se dio cuenta de que había sido demasiado confiado: Gacy lo lanzó de bruces contra el suelo y le rodeó el cuello con las manos hasta dejarle inconsciente. Cuando volvió en sí, su jefe le estaba desatando las manos y le preguntaba si se sentía bien. «Te voy a llevar a casa -le dijo-. No tenía intención de hacerte nada ...» Unos días más tarde, despidió a Lynch.

En el segundo caso era evidente que los hechos habían tenido lugar por consentimiento mutuo. El joven Donald Vorhees tenía quince años y era hijo de un compañero de la joven Cámara de Comercio. El chico aceptó volver a casa de Gacy para ver películas pornográficas. Una vez más, su mujer no estaba en casa. Después de la sesión de cine,

Gacy entabló una conversación sobre sexo, y le comentó al adolescente que tenía la reputación de practicar la felación. Luego, según el joven, le obligó a hacerle caricias.

En dos ocasiones posteriores, Vorhees volvió para pedir dinero prestado a Gacy, y cada vez tuvo que satisfacer sus deseos. Poco tiempo después su padre le mencionó que John Gacy era candidato a la presidencia de la Joven Cámara de Comercio, y que él iba a ser el organizador de la campaña. El chico, extrañado, advirtió a su padre que Gacy no era tan honrado ni tan decente como aparentaba. El padre le pidió explicaciones, y al conocer la verdad, fue directamente a la policía para denunciarle.

El contratista fue acusado de amenazas y abuso en la persona de Edward Lynch y de Donald Vorhees y su primera reacción fue negar todos los cargos, y reclamar un detector de mentiras. Le sometieron al aparato dos veces, con el resultado de culpabilidad innegable. Sin embargo, siguió manteniendo que era inocente con tal fuerza que convenció a muchas personas. Explicó que Edward Lynch trataba de vengarse de él por haberle despedido. En cuanto a Vorhees, admitió más adelante haber tenido relaciones con el chico, pero recalcó que con su consentimiento, y que además estaba haciendo experimentos sobre la homosexualidad para ver lo que era. Los que le creían, vieron su fe seriamente puesta a prueba cuando fue acusado de pagar a un adolescente por pegar a Donald Vorhees y de un cargo inconexo de hurto en la despensa de una empresa de madera en el pueblo vecino de Raymond.

El robo lo realizó Gacy con uno de sus jóvenes empleados, Russell Schroeder. El motivo evidente era comprometer al chico para poder chantajearle. Pero el asesino tenía otra rareza: a veces fingía ser agente de policía y conducía un coche provisto de luz auxiliar y radio. Invitó a Schroeder a acompañarle en una de sus «rondas», forzó una puerta para penetrar en el edificio de la empresa de madera y ordenó al joven que rompiera la máquina de bebidas y cogiera el dinero (que no pasaba de tres dólares), después él robó una cuerda extensible y un bote de pintura. Más adelante, cometieron un robo parecido en otra empresa que el falso agente tenía que «vigilar». El adolescente insistió en que era su primer robo y que lo había hecho únicamente porque su jefe se lo ordenó.

El chantaje llegó después: éste mandó pegar a Donald Vorhees y obligarle a renunciar a testificar. De entrada, Schroeder se negó, pero bajo coacción, se dejó «convencer». Al día siguiente, 30 de agosto de 1968, se presentó en el campus universitario y le explicó a Donald que le habían elegido para ser su «hermano mayor» durante algunos días.

Donald Vorhees, halagado de que un chico con dos años más se interesara por él, aceptó encantado acompañar a su «hermano mayor» para recoger bebidas robadas, escondidas en un bosque. Una vez allí, Schroeder le pulverizó un bote de Mace (gas proporcionado por Gacy) en los ojos; el muchacho cayó gritando en un riachuelo. Mientras se esforzaba por salir del agua, el atacante le volvió a cegar y le dio puñetazos, vociferándole que no debía testificar en contra de John Gacy. Vorhees asestó golpes a diestro y siniestro y consiguió alcanzar la nariz de su adversario, que se puso a sangrar. Después logró escapar corriendo a ciegas por el bosque, mientras Schroeder intentaba restañar la hemorragia.

Al día siguiente, el joven fue arrestado y conducido a la comisaría. No quiso implicar a Gacy y contó que le había pegado un hombre llamado Jim. Pero más tarde la versión cambió y declaró la historia del robo y del chantaje para que atacara a Donald Vorhees.

Mientras Gacy estaba en la cárcel, pendiente de juicio, la policía recogió el testimonio de otros dos jóvenes empleados en los que se deducían claramente sus perversiones y sus «especiales» chantajes. El segundo chico contó una historia más siniestra todavía. Pasó la tarde emborrachándose con Gacy, y tuvo que salir a gatas del coche para vomitar. De pronto, su jefe se puso a su lado, empuñando un revólver de seis balas. «Juguemos a la ruleta rusa», le dijo, mientras quitaba cinco balas de la recámara. El joven objetó: «Podría morir.» «Esta es la idea -contestó Gacy-, sabes demasiado.» Apuntó el arma a su cabeza y apretó el gatillo. Un chasquido indicó que la recámara estaba vacía. Cuatro veces más volvió a apretar el gatillo, sin resultado. «Ahora sí ... » Apretó por sexta vez, y de nuevo, sonó un chasquido. John Gacy estalló de risa, y acompañó al chico a su casa.

El contratista cantó también a un grupo de sus empleados que estaba escribiendo un libro sobre sexo, patrocinado por el gobernador de Illinois, y que realizaba “investigaciones científicas» que incluían experiencias homosexuales. Al menos uno de ellos, de quince años, aceptó ir con él a un motel en interés de la ciencia. Con su tacañería habitual, facturaba al chico «una cuota mensual» por pertenecer a su grupo de «investigación» sexual.

John Gacy fue juzgado en noviembre de 1968, y se declaró culpable de sodomía. (En América, este delito incluye también el de sexo oral.) Al principio, parecía que le iban a poner en libertad vigilada, pero el juez Peter van Metre no tomó en cuenta la versión de los psiquiatras, de que el acusado era un heterosexual que estaba probando la homosexualidad y merecía sólo una libertad condicional con fuerte vigilancia. Dando fe a las pruebas que demostraban que Gacy era un hábil manipulador, capaz de cualquier cosa para seducir a jóvenes, y en función de la lista de sus perturbaciones sádicas, el juez le condenó a diez años de prisión. Al día siguiente, Marlynn Gacy, entonces madre de dos hijos, solicitó el divorcio.

En la cárcel para hombres de Anomosa, en Iowa, el acusado desplegó su capacidad de adaptación para parecer decente, trabajador y respetable. Expresó tantas veces su desprecio por los invertidos que sus compañeros de prisión, todos heterosexuales, estaban convencidos que su encarcelamiento se debía a algún desgraciado incidente ligado a la bebida.

Consiguió ser cocinero del penitenciario, y se dedicó a su función con gran entusiasmo. Incomprensiblemente, había un grupo de la joven Cámara de Comercio en la cárcel, y Gacy llegó a ser uno de sus más destacados miembros. Su conducta fue tan buena que le pusieron en libertad condicional a los dieciocho meses y contó a sus amigos de Waterloo, quienes estaban convencidos que Gacy era la víctima de una maquinación política, que pensaba volver a establecerse en la ciudad. Pero a las veinticuatro horas de su liberación emprendía el camino a Chicago.

La joven Cámara de Comercio es un club exclusivo para jóvenes brillantes y hombres de negocios, al mismo tiempo que una especie de entrenamiento para la vida política. El hecho de ser miembro confiere automáticamente un cierto nivel social. Las jóvenes Cámaras, vástagos de las Cámaras de Comercio, florecen en la mayoría de las ciudades americanas y se dedican a nuevas industrias y a los servicios públicos. Se han criticado su falta de modestia, y el largo tiempo que dedican a dar banquetes públicos en los cuales se entregan premios a los miembros por sus logros. Según Gacy, este último punto era la actividad más importante del club. Él se ganó los favores de la organización con sus obras

de caridad y enviando a sus empleados a hacer obras para los demás miembros. Trabajó mucho y fue nombrado vicepresidente en 1967.

En la vida pública Gacy era un político encantador que visitaba a los niños en los hospitales y les divertía disfrazándose de *Pogo el Payaso*. En su vida privada era un sádico cuyo apetito de muerte era insaciable.

Un hombre con la energía, el encanto y la voluntad de Gacy estaba destinado al éxito; por ello, el oficial encargado de vigilarle le autorizó a ir a Chicago. Se mudó a casa de su madre -su padre había muerto durante su estancia en la cárcel- y encontró un trabajo como cocinero. Había muchos empleos de este tipo, y se cambió varias veces para mejorar. Pronto decidió montar su propio negocio de construcción, que llamó PDM Contractors (contratistas de pintura, decoración y mantenimiento).

En uno de los primeros encargos conoció al amigo de un cliente, cuyo apartamento estaba decorando. Era un homosexual que le propuso relaciones y le indicó dónde podía ligar con chicos jóvenes, en la terminal de autobuses Greyhound. Añadió que la esquina de las calles Clark y Broadway era un sitio gay muy conocido, donde había muchachos que se prostituían.

Este consejo fue el origen de los primeros problemas del contratista con la ley en Chicago. En febrero de 1971, un joven homosexual fue a la policía para denunciar que Gacy lo había abordado en la terminal de Greyhound, obligándole con violencia a tener relaciones sexuales.

Pero el joven no se presentó en el Tribunal, y el cargo fue olvidado. Este incidente nunca llegó al conocimiento del Comité de Vigilancia, y fue puesto en libertad en octubre de 1971, ocho meses después.

Para entonces, John Gacy se había mudado a su propia casa, un bungalow de dos dormitorios en West Summerdale Avenue, en Des Plaines. La vivienda sólo tenía un problema: el espacio bajo el suelo tenía tendencia a llenarse de agua proveniente de una corriente subterránea, pero el inquilino lo solucionó instalando una bomba. Se presentó a sus vecinos, los Grexa, que lo encontraron encantador. En Navidad, les invitó a cenar para que conocieran a su madre y a una chica llamada Carole Hoff, divorciada, con dos niñas pequeñas, y los Grexa tuvieron la impresión de que se iniciaba un romance entre ellos.

Diez días después de Navidad, Gacy cometió su primer asesinato. La víctima era un joven sin identificar de unos dieciocho años, que recogió una noche en la terminal de Greyhound y el relato que el acusado hizo de los hechos a la policía le pareció a ésta de lo más improbable. Contó que después de llevar al adolescente a su casa se quedó dormido en la cama. Sobre las cuatro de la madrugada, vio al joven encima de él amenazándole con un cuchillo de carnicero. Lucharon y cayeron al suelo. El cuchillo hirió al chico, causándole la muerte. Entonces, él ocultó el cuerpo bajo el suelo. Explicó que, en vista de sus antecedentes por delitos homosexuales, la policía nunca se hubiera creído que se trataba de un accidente.

Durante la boda con Carole Hoff en la iglesia local, el 1 de junio de 1972, los vecinos que asistieron a la recepción notaron un extraño olor a moho en su casa, como a rata muerta

o filtración de alcantarillas, pero el novio les explicó que provenía del agua que se acumulaba bajo el piso.

El nuevo matrimonio parecía feliz, y un día, la señora Grexa preguntó en broma a Carole cuándo pensaban poner un niño en marcha, a lo cual ésta contestó que primero había que hacer el amor para quedar embarazada. No comentó que su marido no disimulaba su afición por las revistas pornográficas de hombres desnudos, ni que había admitido sin tapujos su preferencia por los chicos.

Mientras tanto, John Gacy se estaba convirtiendo en una especie de celebridad local.

Demasiado mayor para la Joven Cámara de Comercio, contactó con la Organización Demócrata y se ofreció a trabajar para ellos, incluso cediendo a sus propios empleados para limpiar las oficinas. Aceptaron entusiasmados. El contratista se confeccionó un traje de payaso, y «Pogo» fue un personaje familiar que recogía fondos para el Partido Demócrata o divertía a los niños del hospital local.

Sus jóvenes empleados veían otro aspecto de su carácter.

Era muy tacaño con los sueldos y les pagaba sólo las horas de trabajo, sin tener en cuenta los desplazamientos entre obra y obra, y como debían viajar varias veces al día, perdían mucho dinero. Pero uno de los empleados de dieciséis años, Tony Antonucci, tenía otra queja.

Una noche de 1975, Gacy se presentó en su casa con una botella de vino. Le explicó que quería enseñarle un truco con un par de esposas, desafiándole a encontrar el método secreto para abrirlas. Tony Antonucci se cuidó de no introducir completamente una de sus manos en la manilla, y cerró la otra sobre su muñeca. Luego, cogió la llave, se liberó y ató las manos del jefe en la espalda, con las mismas esposas. Este luchó, profirió amenazas y finalmente se calmó y convenció al chico para que se las quitara. No intentó ninguna otra cosa para abusar de su empleado, que conservó el trabajo durante nueve meses.

El hijo de los Grexa, Ron, tenía también motivos para estar furioso con su vecino. Trabajó para él, y rechazó proposiciones sexuales a cambio de dinero. Pero la gota que colmó el vaso fue la avaricia habitual del contratista que se negó a pagarle todas las horas que había empleado en el negocio. Ron Grexa se enfadó tanto que amenazó con quemarle la casa. Este fue inmediatamente a denunciar el hecho a la policía, luego llamó a sus vecinos para disculparse y pedirles que el incidente no estropeará su amistad. Los Grexa aceptaron las disculpas.

Otro joven empleado, John Butkovich, padeció también su tacañería. A finales de julio de 1975, se quejó a su padre, un inmigrante yugoslavo, de que su jefe se negaba a liquidarle las dos últimas semanas de trabajo.

El padre de John, Marko, sugirió a su hijo que informara a las autoridades de que su jefe no declaraba los impuestos de la nómina de sus empleados. Esa misma tarde, Butkovich y dos amigos llamaron a la puerta de Gacy para exigirle el dinero pendiente. Gacy les tranquilizó, argumentando que el muchacho le debía dinero por algunos materiales que había utilizado para decorar el apartamento de su padre.

Finalmente, los jóvenes fumaron marihuana, bebieron cerveza y se marcharon. John Gacy, según su confesión, decidió ir en busca de sexo y a primeras horas de la madrugada, vio a John Butkovich saliendo de su coche. El chico aceptó volver a su casa para aclarar las cosas.

Por la mañana, Gacy se despertó y fue al salón donde encontró al joven tumbado en el suelo, con las manos esposadas en la espalda y una cuerda atada alrededor del cuello. Su alter ego, Jack, había hecho otra vez de las suyas. Por suerte, Carole y las niñas estaban fuera todo el fin de semana y el asesino arrastró el cuerpo hasta el garaje -oculto por los árboles del jardín que deliberadamente no talaba- y lo enterró, cubriendo la improvisada fosa de nuevo con cemento.

Los padres del chico informaron a la policía de la desaparición de su hijo y, en los dos años siguientes llegaron a tener más de un centenar de conversaciones con John Gacy sobre el joven. Finalmente, abandonaron las esperanzas y llegaron a la conclusión de que se había fugado.

Gacy y Carole se divorciaron en marzo de 1976; su esposa tuvo la delicadeza de acusarle de serle infiel con otra mujer. Ahora, estaba solo; nada le impedía llevar sus «ligues» a casa. A veces se oían gritos de madrugada, y los vecinos se preguntaban qué podía motivar las peleas de Gacy con sus jóvenes amantes; ya todo el mundo sabía que era homosexual.

Un mes después de que se fuera Carole, un joven llamado Darrell Samson fue a la casa de West Summerdale Avenue y desapareció. Le vieron por última vez el 6 de abril de 1976. El 14 de mayo, el cuerpo de otro joven, Randall Reffett se reunió con el de Darrell en el pasadizo bajo la casa. Fue un día agitado para el asesino que también abordó a Samuel Stapleton, de catorce años, cuando se dirigía a su casa que distaba una manzana. Los dos cadáveres aparecieron juntos. El 10 de junio, Billy Carroll, que a veces se prostituía para ganar dinero, fue enterrado en el mismo pasadizo.

Dos meses más tarde, Rick Johnston, de dieciocho años, desapareció al volver de un concierto; su cuerpo se encontró en el mismo sitio que los demás. El 11 de diciembre, otro empleado del contratista, Gregory Godzik, de diecisiete años, cometió el error de llamar al domicilio de su jefe cuando regresaba a su casa después de ver a una amiga. Se encontró su coche abandonado. Sus padres, desesperados, contrataron a un detective privado para buscar a su hijo, pero la investigación no progresó. El 20 de enero de 1977, John Szyc, de diecinueve años, también empleado de Gacy, desapareció.

Nueve meses después, surgió una pista sobre la desaparición de Szyc. Un muchacho llamado Mike Rossi fue arrestado por un delito menor cuando conducía el coche de John Szyc. Rossi les remitió al hombre en casa de quien vivía, John Gacy, el cual explicó tranquilamente que había comprado el coche al adolescente porque éste le dijo que necesitaba dinero para irse de la ciudad. La policía una vez más le creyó.

John Gacy empezaba a tener mala reputación entre los jóvenes pervertidos de Chicago. Un tal Jaimie fue a su casa poco tiempo después de su divorcio y se quedó estupefacto cuando le golpeó brutalmente en la cara. Se las arregló para tener las manos libres, pero fue arrojado en la cama y salvajemente violado. Ya que había aceptado satisfacer los deseos del sádico, la fuerza no fue necesaria. Se dio cuenta de que el contratista era uno

de esos hombres que tienen que hacer sufrir para poder gozar. Después de violarle, le dio 100 dólares al chico y lo acompañó a su casa. Había recibido tantos golpes, que no pudo «trabajar», durante un mes.

El 6 de enero de 1978, Gacy fue arrestado y conducido a la comisaría. Otro pobre chico, Robert Donnelly, le denunció. Había aceptado ir a su casa para hacer un número sadomasoquista, pero no se esperaba lo que realmente pasó. Su cliente lo esposó, y se pasó la noche apretándole el cuello hasta hacerle perder el conocimiento, violándole, y metiéndole la cabeza debajo del agua en la bañera hasta provocarle desmayos,. Pero, como Donnelly había aceptado tener ese tipo de relaciones, la policía decidió no seguir adelante con el caso.

Otro joven contó cómo Gacy, haciéndose pasar por un policía, lo había «arrestado» una noche y llevado a su casa. Allí sufrió el mismo tratamiento que Donnelly. Cuando finalmente le dejó marchar, le dijo que no le convenía avisar a la policía; no le creerían. Aunque parezca raro, así fue.

El incidente que estuvo a punto de causar la ruina de John Gacy ocurrió en primavera. El 21 de marzo de 1978, un homosexual de veintiséis años, Jeff Rignall, aceptó subir en el coche de un hombre gordo y divertido a primeras horas de la madrugada. En el camino, éste le ofreció un porro y se lo fumaron mientras charlaban. De pronto, el gordo paró el coche y le puso un trapo húmedo en la cara. Olía a cloroformo.

Rignall se despertó en un sótano, con la cabeza y las manos inmovilizadas en una especie de picota. En la pared, había la foto de un payaso y el suelo estaba cubierto de látigos de cuero. Le habían arrancado toda la ropa. Gacy le violó y durmió con el anestésico repetidas veces. Finalmente, el joven despertó en la nieve de un parque, en lamentable estado físico. Un examen médico reveló que el hígado estaba destrozado de por vida por culpa del cloroformo.

Jeff Rignall estaba furioso y decidió dar con su agresor. Durante un mes montó guardia en las entradas de la autopista, sentado en un coche, esperando ver el vehículo negro y al conductor gordo. A finales de abril, lo reconoció y siguió su vehículo para poder anotar la matrícula, luego acudió a la policía para notificar que había encontrado a su agresor. Identificó a John Gacy en una foto, pero a pesar de ello, los agentes juzgaron que las pruebas eran insuficientes para acusarle. La víctima cogió un abogado y solicitó un mandamiento civil de arresto. Mientras tanto, el contratista estaba en el desfile del Día de la Constitución y estrechaba la mano de Rosalynn Carter, la esposa del presidente. Cuando supo lo de la orden de arresto, presentó rápidamente una reconvencción, diciendo que Jeff Rignall había querido anestesiarle con una droga.

Gacy, una vez más, quedó en libertad. El pasadizo de su casa estaba tan lleno que ya no cabía ningún cadáver. A mediados de junio, un joven llamado Tim O'Rourke fue a verle a propósito de un trabajo. El cuerpo del muchacho se encontró en el río Des Plaines. Ocurrió lo mismo con el de Frank Landingin, abordado el 3 de noviembre de 1978; con el de James Mazzara, que desapareció a finales de noviembre mientras buscaba alojamiento. Pero el éxito volvió al asesino y lo encontró tremendamente descuidado. Cuando abordó a Robert Piest, su última víctima, dejó inconscientemente una estela de pistas detrás de él.

Carole Hoff salía con John Gacy en la escuela secundaria, y era buena amiga de sus dos hermanas. Acababa de pasar por un divorcio y se encontraba emocionalmente herida, cuando volvió a encontrarse con Gacy en 1971. Se comportó como un hermano mayor cariñoso y comprensivo, trató a sus dos hijas con ternura (lo llamaban «papi» incluso antes de que se casaran) y, como comentó Carole más tarde, «le entusiasmó». Sin embargo, admitió que no estaba enamorada de él y que conocía incluso su pasado delictivo y su paso por la cárcel. Cuando Gacy le dijo que era bisexual, ella pensó que se trataba de una broma. Era fuerte, varonil y dominante y daba la sensación de ser un maravilloso marido y padrastro. Lo que no llegó a apreciar fue que tenía una doble personalidad, al estilo de Jeckyll y Hyde; se casó con el doctor Jeckyll, pero el señor Hyde aparecería más adelante.

La reputación de buen ciudadano de John Gacy subió en 1978, cuando le fotografiaron apretando la mano de Rosalynn Carter, la esposa del presidente. La señora Carter le dedicó una foto que puso bien a la vista en su despacho.

El encuentro con ella se produjo el día del Desfile por la Constitución, que tiene lugar el 6 de mayo en Chicago para conmemorar el comienzo del sistema democrático en Polonia. Gacy fue responsable del desfile durante tres años.

Todas las personas que iban acercándose a la primera dama habían sido previamente investigados por los Servicios Secretos; el distintivo que Gacy llevaba en la solapa era prueba de ello. Los nombres, apellidos, dirección, fecha de nacimiento y número de seguridad social de Gacy y de tres de sus ayudantes figuraban entre los que los agentes especiales habían indagado.

Cuando se investiga el pasado de un individuo, la agencia especial consulta al FBI, al Registro Nacional del Crimen, a los agentes locales de los Servicios Secretos y a la policía local. Aunque el antecedente por sodomía de Gacy pasó a disposición de las autoridades de Chicago cuando éste fue puesto en libertad vigilada, y se marchó a Iowa, los Servicios Secretos no tuvieron conocimiento de ello. Soportaron más adelante duras críticas por parte de la prensa por no haber comprobado más a fondo los antecedentes del asesino.

Gacy fue fotografiado estrechando la mano del alcalde de Chicago, Michael Bilandic, y colocó la foto también en su oficina.

Era evidente que Gacy no consideraba que su condena por sodomía constituía un obstáculo a sus ambiciones en la vida pública. Quizá creía que la prueba fotográfica de su nivel social resaltaba su respetabilidad.

Los psiquiatras remontaron los problemas de Gacy a su padre y a la temprana experiencia de la brutalidad y la dominación. Según ellos, fue lo que preparó el camino de su desintegración moral.

Desde temprana edad John Gacy tenía ya problemas psiquiátricos ligados a su padre. John Stanley Gacy era un tirano y un alcohólico, que nunca hubiera admitido que podía estar equivocado. «Si mi padre decía que el sol no se iba a levantar mañana, no se le podía contradecir. Hubiera discutido hasta convencer a cualquiera.»

John Gacy tenía también una personalidad dominante, como se vio a lo largo de su vida, y no se sometió nunca a la tiranía de su padre, al que detestaba por este motivo. Cuando era joven, el padre le pegaba y al hacerse mayor, él propinaba a menudo puñetazos a su progenitor. Todo ello explicaba su obsesión de seguir «el buen camino», de ser querido y admirado por la gente.

Como muchos otros asesinos, por ejemplo Albert Fish y Earle Nelson, Gacy recibió un golpe en la cabeza a los once años, perdió el conocimiento tras ser alcanzado por un columpio. Durante los cinco años siguientes sufrió desmayos. A los dieciséis, le diagnosticaron un coágulo en el cerebro y recibió tratamiento médico para solucionar su malestar y poco a poco se encontró mejor físicamente.

Su madre le había inculcado la idea de que el sexo era algo maravilloso y sagrado. A los dieciocho años estaba tan gordo (pesaba 75 kilos) y era tan feo, que ninguna chica se hubiera fijado en él.

Poco después, los problemas con su padre le decidieron a huir de casa. Se fue a Las Vegas, pero era difícil encontrar trabajo sin el bachillerato. Finalmente, consiguió un empleo de portero en el depósito de cadáveres de Plam y con su obsesión por la limpieza, era un excelente vigilante. La vista de los cuerpos muertos le fascinaba, sobre todo los de los chicos jóvenes. Es probable que Gacy se haya entregado a la necrofilia, llegando a tener contactos sexuales con cadáveres, aunque lo negó años más tarde a los psiquiatras de la cárcel.

Este hombre tiene otro rasgo en común con la mayoría de los asesinos sexuales: era un mentiroso patológico y un ladrón habitual desde temprana edad. Mentía para impresionar a la gente, por ejemplo, inventándose una carrera en la Marina y robaba para sentirse superior.

Quizás el asesino no mentía cuando insistía en que era una especie de Jekyll y Hyde, con un mínimo de cuatro personalidades. Pero esta afirmación no constituía una prueba de que tenía realmente varios «egos», como el paciente del famoso caso «tres caras de Eve». Existía un informe médico que probaba que ésta tenía tres personalidades; ningún testimonio parecido confirmó la explicación de John Gacy.

Los criminales heterosexuales, como Ted Bundy o los «Estranguladores de Hillside», secuestran normalmente a sus víctimas y las violan. En cambio, los homosexuales tienen tendencia a colocarse en situaciones que facilitan la seducción. Como Gacy era un trabajador empedernido, la mejor solución para él era un negocio en el cual emplearía a chicos jóvenes como, por ejemplo, contratista.

Gacy no «amaba» a los hombres, sólo los utilizaba para satisfacer sus deseos sexuales. Podría haber dicho la verdad al afirmar que muchos de sus crímenes eran el resultado de peleas. Era tremendamente agresivo. Su educación le había dejado una imperiosa necesidad de imponer su voluntad a los demás. Cuando alguien discutía con él, estaba seguro de tener razón y no hubiera sentido remordimiento en matar. Pero el asesinato avivaba su ansia de dominación, por lo que el sadismo era la base de sus crímenes. (Los gritos oídos por los vecinos hacen pensar que torturaba a sus víctimas.) A pesar de todo, debe ser cierto que a otro nivel, seguía aparentando ser una persona decente que necesitaba gustar a los demás y ser objeto de la admiración y el respeto. No es

sorprendente que el psiquiatra Lawrence Z. Freedman dijera que Gacy era una de las personalidades más complejas que había conocido jamás.

No se ponía en duda que Gacy fuera culpable de los asesinatos. La cuestión era saber si estaba mentalmente enfermo. La defensa lo creía, pero la acusación no estaba de acuerdo.

Después de extraer los veintinueve cadáveres, sólo quedó el armazón de la casa, que fue declarada insalubre y derribada en primavera. La parcela vacía era la atracción de los turistas morbosos que se quedaban desilusionados al ver sólo una especie de ciénaga amarilla.

A finales de abril, con el descubrimiento del cuerpo de Robert Piest en el río Illinois, en Dresden Dam, terminó el recuento de la víctimas de John Gacy. Los padres del muchacho crearon la Fundación Robert J. Piest para luchar contra el crimen de menores.

En el hospital psiquiátrico de Chicago, Gacy fue sometido a un examen médico. Desde el principio insistió en que era víctima de un diabólico álter ego llamado «Jack el malo», quien cometía realmente los crímenes (aunque después reconoció que eran obra suya). «Jack el malo» se apoderaba de John, en la madrugada o cuando estaba bebido, y le obligaba a salir en busca de víctimas. Era una de las cuatro personalidades que parecía poseer Gacy, pero cambió la historia tantas veces que al final resultaba difícil creer algo de lo que decía. Uno de los psiquiatras amenazó con marcharse si no paraba de mentir.

El asesino pretendía que la mayoría de los crímenes habían sido en defensa propia, incluyendo el primero, el del chico de la terminal de autobuses. Otros tuvieron lugar en el curso de peleas: la que precedió al crimen de Butkovich fue a propósito del salario; la anterior a la muerte de Godzik fue sobre drogas, en el caso de Szyk fue sobre un coche, etc., aunque estas versiones fueron variando continuamente y al final sólo reinaba el caos. Lo que era cierto es que John Wayne Gacy, en su doble vida, había asesinado a veintinueve jóvenes sin sentir el más mínimo remordimiento.

El juicio se abrió el 6 de febrero de 1980, presidido por el juez Louis B. Garippo, con un discurso en el cual, uno de los fiscales, Robert Egan, declaró que el acusado era un hombre demoníaco. El abogado defensor, Robert Motta, trató de demostrar que un hombre que duerme con veintinueve cadáveres en su casa no es más que un loco. Se supo después que Gacy estaba furioso con sus abogados por no haber imaginado y planeado algo para obtener la absolución. El examen psiquiátrico demostró que el inculpado no sentía remordimiento alguno por los crímenes y siempre tenía una buena excusa para justificarlos.

Al segundo día testificaron los padres de las víctimas, algunos perdieron el conocimiento y muchos de ellos lloraron. Gacy les miraba con desprecio e irritación, convencido de que todo era puro teatro. Unos días más tarde, dos adolescentes que habían vivido en casa del asesino y según él fueron sus amantes, se sentaron en el estrado de los testigos. David Cram y Mike Rossi contaron cómo éste les había hecho cavar zanjas en el pasadizo, diciéndoles que eran para unas tuberías. Luego los policías que le interrogaron en comisaría dieron fe de las confesiones. Uno de ellos, Greg Bedoe, relató que el acusado recitaba el salmo 23 a una de sus víctimas mientras la estrangulaba. (Gacy había explicado que el chico era un masoquista, y que le estaba haciendo un «favor».)

La defensa empezó llamando al estrado a Jeff Rignall, que contestó a las preguntas del abogado Sam Amirante y describió la noche de violación y tortura a la que le sometió Gacy y convino que un hombre capaz de hacer tales cosas no podía estar en posesión de todas sus facultades.

El fiscal, Willian Kunkle, subrayó que el testigo estaba escribiendo un libro sobre su encuentro con el acusado y que su presencia en el tribunal no tenía más objeto que promocionarlo.

Indudablemente, los psiquiatras tuvieron el papel más importante del juicio. El doctor Thomas S. Elíseo declaró que la inteligencia de Gacy estaba muy por encima de la media pero que, según las pruebas, se trataba de un paranoico esquizofrénico. Sin embargo, Kunkle disminuyó su credibilidad, preguntándole si creía que el hombre del banquillo había cometido treinta y tres crímenes sin ser consciente de hacer el mal.

El segundo psiquiatra de la defensa, Lawrence Z. Freedman, explicó que Gacy era una de las personalidades más complejas que jamás había conocido, insistió en que era un psicótico. Estuvo de acuerdo con su colega anterior en que la psicosis probablemente empezó en la cárcel de Anamosa, alrededor de las Navidades de 1969, cuando murió su padre, quien siempre le había vaticinado que sería un fracaso, como terminó siendo. Subrayó también la falta completa de sentimientos del acusado al relatar sus crímenes, y avanzó una explicación interesante de los asesinatos. John Gacy odiaba profundamente a los homosexuales; no se consideraba como tal, sino bisexual. Una vez comentó a la policía que sus víctimas «merecían» la muerte. Según el doctor Freedman, el acusado proyectaba su propia homosexualidad sobre sus víctimas en un intento pervertido de protegerse.

Otros dos psiquiatras, los doctores Robert Traisman y Richard G. Rappaport, testificaron también sobre la personalidad del inculpado. Rappaport fue sometido a un duro interrogatorio por parte del fiscal Kunkle, pero siguió manteniendo que el sadismo del acusado era una forma de reacción contra un padre tirano y alcohólico. El testimonio de este psiquiatra encantó a Gacy, que sonreía a los miembros del jurado como si les dijera que escucharan atentamente.

Parecía menos contento cuando Robert Donelly describió la terrible noche que pasó en su casa, soportando alternativamente violación e intentos de estrangulamiento. Le gustó menos todavía el informe del psiquiatra Arthur Hartman que afirmó que, a pesar de ciertos trastornos de la personalidad, Gacy no estaba loco. El doctor Robert A. Reifman lo confirmó al explicar que era un «clásico narcisista», tan preocupado en quererse a sí mismo que las demás personas apenas existen para él. «No puedo creer que existan treinta y tres casos de locura temporal», terminó diciendo. El hecho de que Gacy obligara a Cram y Rossi a cavar tumbas en el pasadizo, indicaba que planeaba los asesinatos. Según él, el acusado fingía la locura; tesis que fue confirmada por otro psiquiatra de la acusación, el doctor James Cavanaugh.

En el alegato final, la acusación repitió que John Gacy era un demonio. La defensa sostuvo de nuevo la teoría de enajenación mental. El 12 de marzo de 1980 el jurado tardó sólo dos horas en decidir que estaba de acuerdo con la acusación: Gacy no estaba loco. Al día siguiente, el juez Garippo le condenó a muerte en medio de los aplausos del tribunal.

Un alegato de «culpable pero no responsable» es muy raro; sólo un 2 por 100 de los juicios gira en torno a la locura.

Los más dramáticos son los de personalidad múltiple. En tal caso, el acusado puede tener uno o más «álgter egos», de los cuales es totalmente inconsciente, ya que son sus otras personalidades las que cometieron los crímenes y no él, por lo que no se le puede considerar realmente culpable.

Uno de los ejemplos más increíbles de doble personalidad es el del secuestrador, violador y ladrón William Stanley Milligan, que tenía por lo menos diez personalidades: «Ragaa», su doble diabólico, «Adelena», una lesbiana, y una niña artista de tres años, entre otras.

PETER KUDZINOWSKI



Peter Kudzinowski (1903 – el 21 de diciembre de 1929) era un asesino múltiple americano de origen polaco que destinó sus delitos en Nueva Jersey.

Kudzinowski trabajó como una mano de la sección del ferrocarril y como un minero. Tenía un hermano Julian que vivió en el Bosque verde, cerca de Scranton, Pensilvania.

Kudzinowski mató a tres niños:

- Ronnie Rosen, cerca de Scranton, en 1924.
- Joseph Storella (1921-1928). Kudzinowski abordó a otros dos niños en la misma posición, pero se escaparon. Kudzinowski encontró a Storella en la Avenida 1 en Ciudad de Nueva York, en aproximadamente 5:30 por la tarde. Tomó a Joseph a una película entonces le tomó por la Autoridad del Puerto tren de Hudson de la Transacción a Journal Square en Jersey City, Nueva Jersey y luego anduvo él a los pantanos en Secaucus. Cuando Joseph trató de escaparse, Kudzinowski le derribó y le golpeó varias veces. Preocupándose que los gritos del muchacho atrajeran coches que pasan, acuchilló su garganta, cubrió el cuerpo del sobretodo del muchacho y le abandonó.
- Julia Mlodzinowski (1923-1928). Vivió de Gilchrist Street en Jersey City y estaba en un picnic escolar en Lago Hopatcong, Nueva Jersey el 19 de agosto de 1928 cuando se asesinó.

Kudzinowski era un sospechoso en la desaparición de Billy Gaffney, que desapareció en 1927; Albert Fish afirmaría más tarde haber asesinado a Gaffney. Ambos asesinos múltiples trabajaron en la misma marca de tiempo y en la misma área geográfica y mataron a niños. También era un sospechoso en el asesinato de Irving Pickelny, que desapareció de Brooklyn en el febrero de 1927.

Kudzinowski se capturó en Detroit, Michigan, admitido, y se trajo a Jersey City para el juicio. Se encontró culpable del asesinato del primer grado el 17 de noviembre de 1928. Se condenó para ejecutarse en la Prisión del estado de Nueva Jersey el 24 de febrero de 1929 y se ejecutó en la silla eléctrica el 21 de diciembre de 1929 en Trenton, Nueva Jersey.

DENNIS RADER



Dennis Lynn Rader (9 de marzo de 1945) es un asesino en serie estadounidense, convicto por los asesinatos de diez personas en el condado de Sedgwick (en Wichita, Kansas) entre 1974 y 1991.

Sus alias más conocidos eran Asesino BTK o Estrangulador BTK, letras correspondientes a Bind, Torture and Kill ('Atar, torturar y matar' en español), describiendo así su modus operandi.

Poco después de los asesinatos, el Asesino BTK escribió algunas cartas enviadas a la policía y a agencias de noticias locales, donde se mofaba de los crímenes y daba detalles precisos de cada asesinato.

En el 2004, luego de muchos años de infructuosa búsqueda, esas cartas impulsaron nuevamente la investigación, llevando así a su arresto en el 2005 y subsecuente condena.

Rader, es el mayor de cuatro hermanos, hijo de William Elvin Rader y de Dorothea Mae Cook. Creció en Wichita y asistió a la Riverview School, para luego graduarse de la Wichita Heights High School. De acuerdo a varios reportes y a sus propias confesiones, de niño solía ser cruel con los animales, un síntoma clásico que muchos psicópatas muestran en su infancia. Desde 1965 hasta 1966 asistió a la Wichita Wesleyan University. Consecuentemente, pasó cuatro años (1966-1970) en la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, viviendo en Texas, Alabama, Okinawa, Corea del Sur, Grecia y Turquía.

Una vez de regreso en Estados Unidos, Rader vivió en Park City, un suburbio ubicado siete millas al norte de Wichita. Allí trabajó en la sección de carnes del supermercado Leekers IGA, junto a su madre, quien tenía empleo como contable.

Rader asistió al Butler County Community College en El Dorado, Kansas, logrando un grado de asociado en Electrónica en 1973. Se enroló en la Universidad Estatal de Wichita (Wichita State University) en ese mismo otoño. Se graduó de allí en 1979 con un título de grado como Funcionario de Justicia. Se casó con Paula Dietz, una germano-americana, el 22 de mayo de 1971, y tuvieron un hijo y una hija.

De 1972 a 1973, Rader trabajó como ensamblador para la Coleman Company y luego trabajó en 1973 por poco tiempo en Cessna. De noviembre de 1974 hasta ser despedido en julio de 1988, Rader trabajó de agente de seguridad privada para la compañía ADT, encargada de colocar alarmas en locales y comercios.

En 1989, previo al Censo Federal de 1990, Rader trabajó de supervisor en el censo llevado a cabo en el área de Wichita.

En 1991, Rader trabajó para otra compañía encargada del control de animales, zonificación, problemas de vivienda, entre otras tareas. Trabajando allí, los vecinos lo catalogaban como alguien excesivamente entusiasta y estricto; además, fue blanco de quejas, especialmente de una vecina que se quejó de que Rader había sacrificado a su perro sin razón alguna. El 2 de marzo de 2005, el ayuntamiento de Park City despidió a Rader por ausentarse del trabajo y no avisar de su ausencia; el problema era que había sido arrestado siete días antes por los asesinatos.

En el Condado de Sedgwick, Rader trabajó tanto en el Departamento de Zonificación como en la Asesoría de Control Animal, donde fue nombrado como miembro en 1996 hasta su renuncia en 1998. Era miembro de una Iglesia Luterana, cercana a su antigua escuela secundaria a donde asistían alrededor de 200 personas. Había asistido allí por 30 años aproximadamente y había sido elegido Presidente de la Congregación. También trabajó como líder en una Organización Scout.

El 27 de julio de 2005, después de la detención de Rader, el Juez de Distrito del Condado de Sedgwick, Eric Yost, no esperó los 60 días que exige la ley en estos casos y le ofreció el inmediato divorcio a la esposa de Rader debido a que su salud mental estaba en riesgo. Rader no protestó por el divorcio y el matrimonio de 33 años fue roto. Paula Rader dijo en su petición de divorcio que su condición tanto física como mental había sido adversamente afectada por el matrimonio.

En el año 2004, el caso del Asesino BTK estaba archivado; casi no había esperanzas de atrapar a este criminal, por lo que se hizo un ‘último y desesperado intento’ por atraparlo, haciendo exámenes con el ADN extraído de las uñas de algunas víctimas. En este intento, la policía tomó muestras de ADN a miles de hombres que se ofrecían sintiéndose estigmatizados incluso por sus familias quienes a veces creían que ellos eran el Asesino BTK, en ese intento de demostrar no ser un asesino, estos hombres ofrecían sus muestras biológicas para limpiar sus nombres.

Dennis Rader no estaba ni siquiera en la lista de sospechosos de la policía. Empezó a enviar pistas para que lo encontraran en una muestra total de arrogancia. En la última pista que envió preguntó si podrían saber de quién se trataba si enviaba un CD. La policía ya contaba con ayuda tecnológica: respondieron a través de un diario que envió el CD y que no podrían saber quién lo remitía. Rader mandó el CD con un único archivo.

Así la policía comprobó rápidamente los metadatos del documento de Microsoft Word. En los metadatos, la policía encontró que el que escribía la carta se hacía llamar ‘Dennis’. También encontraron una conexión a una Iglesia Luterana. Así, la policía buscó en internet “Lutheran Church Wichita Dennis” (textualmente) “Iglesia Luterana Wichita Dennis”. De esta manera, los investigadores encontraron a su sospechoso, Dennis Rader, diácono luterano.

Sin embargo, debían conseguir más evidencias. Los investigadores sabían que el asesino BTK tenía un Jeep Cherokee. Cuando fueron a casa de Rader, un Jeep Cherokee estaba en su garaje, sin embargo, no era evidencia suficiente para detenerlo, por lo que se le pidió a la universidad donde asistía su hija, que prestara una muestra de sangre, que esta

dejó como requisito para ingresar; se determinó que la muestra de ADN era similar con respecto a la hallada en las escenas de los crímenes.

El 25 de febrero de 2005, Dennis Rader fue arrestado. El 27 de junio de ese año se declaró culpable por los “Asesinatos BTK” y el 18 de agosto de 2005 fue sentenciado a 10 cadenas perpetuas consecutivas (una por cada muerte).

Dennis Rader podrá optar a la libertad condicional después de cumplir 175 años en prisión, es decir, en el año 2180, por lo que está asegurado que morirá en prisión.

Rader se salvó de la pena de muerte debido a que el estado de Kansas reinstauró esta pena en 1994, tres años después del último asesinato de BTK.

Víctimas y modus operandi

En 1974, Rader asesina a la familia Otero.

- Joseph Otero, 38 años.
- Julie Otero, esposa de Joseph. 34 años.
- Joseph Otero II, hijo. 9 años.
- Josephine Otero, hija. 11 años.

La familia Otero desayunaba cuando Rader tocó a la puerta. Una vez que abrieron, el Asesino BTK les apuntó con un revólver. El padre de familia, Joseph Otero, creía que era un simple robo aunque no lo era. Rader les ató uno por uno a las sillas, desde el más fuerte (el padre) hasta el (la) más débil (la pequeña hija). Después de atarles, Rader torturó psicológicamente a los padres Otero simulando violar a la hija y al hijo de la pareja, luego de eso, Rader le colocó una bolsa de plástico en la cabeza al señor Otero y la ató a su cuello con una cuerda para que se asfixiara. La segunda víctima fue la madre, con quien se masturbó mientras los niños veían para luego estrangularla ante la mirada de los hijos. En tercer turno fue la niña a quien estranguló con una soga. Cuando era el turno del hijo, Rader notó que el matrimonio seguía con vida por lo que volvió a estrangular a la mujer hasta matarla y puso bolsas de plástico en las cabezas de padre e hijo quienes murieron asfixiados. Cuando se disponía a escapar de la escena de los crímenes notó que la niña seguía viva, por lo que la bajó al sótano donde la terminó de matar, estrangulándola. Luego de eso se masturbó por lo que se encontró semen en un muslo interno de la pequeña.

En ese mismo año 1974, Rader atacó de nuevo.

- Kathryn Bright, de 20 o 21 años en ese momento (su hermano fue herido de bala pero sobrevivió).

Ese 4 de abril de 1974, alrededor de la 1 de la tarde, Kathryn y su hermano Kevin entraron al apartamento de Kathryn cuando fueron sorprendidos por un hombre armado quien obligó a Kevin a atar a su hermana para luego llevarlo a él a otro cuarto. Cuando Rader intentaba pasar una cuerda por el cuello de Kevin, el joven intentó defender a su hermana y a su propia vida atacando a Rader. En una terrible lucha, el joven Kevin logró darle fuertes golpes al Asesino BTK y logró alcanzar el revólver del asesino, pero cuando intentó dispararle al estómago el arma falló. De este modo, Rader lo golpeó y le sustrajo

el arma para dispararle dos veces en la cara, luego de sacarle el seguro (por ese motivo, Kevin no pudo disparar). Pensando que el joven Kevin había muerto, Rader volvió al cuarto donde estaba la joven Kathryn y la apuñaló tres veces en el abdomen para luego escapar. Mientras tanto, Kevin estaba (increíblemente) aún vivo y logró arrastrarse hasta la calle donde un conductor lo llevó al hospital. Cuando la policía asistió al apartamento, Kathryn estaba viva por lo que la trasladaron también al hospital aunque a las 7 p.m fue declarada muerta.

Pasarían 3 años hasta un nuevo asesinato. En marzo de 1977.

- Shirley Vian, 26 años.

Esta joven madre de dos niños y una niña pequeños, fue asesinada en su casa después de que uno de sus hijos abriera la puerta luego de un llamamiento a ésta para que un hombre armado entrara. Después de entrar, Rader encerró a los tres pequeños en el baño, para minutos más tarde atar y asesinar a la joven madre, estrangulándola con una cuerda. Luego de eso, le colocó una bolsa en la cabeza y se masturbó. Los niños afortunadamente sobrevivieron debido a que (según el propio Rader) sonó el teléfono, algo que lo espantó e hizo que escapara.

El 8 de diciembre de ese 1977, Rader volvió a matar.

- Nancy Fox, 25 años.

Poco después de las 9 p.m de esa noche, Rader penetró en el apartamento de la joven, quien no se dio cuenta de que alguien había entrado. Luego de eso, la llevó a la cama donde la amarró y la estranguló con sus propias pantimedias. Su cuerpo fue hallado boca abajo en la cama luego de que a las 8:20 a.m del día siguiente se recibiera una llamada en la central de Policía alertando del asesinato de la joven. Aparentemente, el propio asesino habría sido el que efectuó la llamada. Se encontró semen en la escena del crimen.

Después de ese asesinato, Rader no mataría nuevamente hasta el 27 de abril de 1985.

- Marine Hedge, 53 años.

Entre la 1 a.m y las 7 a.m de ese día, el Asesino BTK atacó a la mujer en su casa y se la llevó. Luego la estranguló con sus propias manos y la abandonó completamente desnuda en un sitio alejado. Su cuerpo no poseía ataduras pero un par de pantimedias fueron encontrados cerca.

El 16 de septiembre de 1986, otra víctima.

- Vicki Wegerle, 28 años.

Esta joven madre de un niño de 2 años fue estrangulada y su cuerpo dejado en el suelo de su habitación. Su esposo, abatido por la muerte de su esposa, contrató un detective privado.

El último asesinato, enero de 1991.

- Dolores Davis, 62 años.

Fue secuestrada de su casa y estrangulada. Su cuerpo fue hallado debajo de un puente.

¿A cuántos tengo que matar antes de ver mi nombre en el periódico o algo de atención a nivel nacional? Después de una cosa como la de Fox, vuelvo a casa y sigo mi vida como los demás. Y así haré hasta que vuelva a entrarme el gusanito. Siento que esto le pase a la sociedad. Ellos son los que más sufren. Me cuesta controlarme. Cuando este monstruo entra en mi cerebro, no sé. Quizás ustedes puedan pararle. Yo no puedo. Él ya ha escogido a su próxima víctima”.

Wichita, Estados Unidos. Una tranquila mañana del 15 de enero 1974, la familia Otero – conformada por Joseph (padre) de 38 años, Julie (madre) de 34, Joseph II (hijo) de 9 años, y Josephine (hija) de 11— desayunaban cuando alguien tocó a su puerta repentinamente. No imaginaban que al abrirla se desataría el horror.

Un hombre armado los apuntó. La situación a simple vista, parecía ser un robo, pero resultaría mucho más que eso. La familia Otero se encontraba frente a un asesino en serie cometiendo el primero de sus muchos crímenes.

El atacante los ató a las sillas uno por uno, comenzando por el más fuerte, el padre. Luego los torturó psicológicamente simulando violar a los hijos de la pareja. Después procedió a matarlos a todos de la manera más cruel y escalofriante.

Le colocó una bolsa de plástico en la cabeza al señor Otero y la ató a su cuello con una cuerda para que se asfixiara. La segunda víctima fue la madre con quien se masturbó mientras los niños veían para luego estrangularla ante la mirada de los pequeños. En tercer turno fue la niña a quien estranguló con una soga. Cuando era el turno del hijo, el asesino notó que el matrimonio seguía con vida por lo que volvió a estrangular a la mujer hasta matarla y puso bolsas de plástico en las cabezas de padre e hijo quienes murieron asfixiados. Cuando se proponía a escapar notó que la niña seguía viva por lo que la subió al segundo piso donde la terminó de matar, estrangulándola.

Dennis Rader nació el 9 de marzo de 1945, el mayor de cuatro hermanos, hijo de William Elvin Rader y de Dorothea Mae Cook. Poco se sabe de su infancia; de acuerdo a varios reportes y a sus propias confesiones, solía ser cruel con los animales, un síntoma clásico que muchos psicópatas muestran en su niñez.

En su juventud, Rader era un chico atlético y bien parecido. Tenía una mirada intensa y bastante popularidad con las chicas. Se le consideraba como una persona normal, aunque muy dominante.

Creció en Wichita y asistió a la Riverview School, para luego graduarse de la Wichita Heights High School. Desde 1965 hasta 1966 asistió a la Wichita Wesleyan University. Consecuentemente, pasó cuatro años (1966-1970) en la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, viviendo en Texas, Alabama, Okinawa, Corea del Sur, Grecia y Turquía.

Una vez de regreso en Estados Unidos, Rader vivió en Park City, un suburbio ubicado siete millas al norte de Wichita. Allí trabajó en la sección de carnes del supermercado Leekers IGA, junto a su madre, quien se desempeñaba como contadora.

Se casó con Paula Dietz, una germano-americana, el 22 de mayo de 1971, y tuvieron un hijo y una hija. De 1972 a 1973, Rader trabajó como ensamblador para la Coleman Company y luego trabajó en 1973 por poco tiempo en Cessna. De noviembre de 1974 hasta ser despedido en julio de 1988, Rader trabajó de agente de seguridad privada para la compañía ADT, encargada de colocar alarmas en locales y comercios.

En 1989, previo al Censo Federal de 1990, Rader trabajó de supervisor en el censo llevado a cabo en el área de Wichita.

En 1991, Rader trabajó para otra compañía encargada del control de animales, zonificación, problemas de vivienda, entre otras tareas. Trabajando allí, los vecinos lo catalogaban como alguien excesivamente entusiasta y estricto; en una oportunidad, fue blanco de quejas, especialmente de una vecina que reclamó que Rader había sacrificado a su perro sin razón alguna.

Era miembro de una Iglesia Luterana, cercana a su antigua escuela secundaria a donde asistían alrededor de 200 personas. Había asistido allí por 30 años aproximadamente y había sido elegido Presidente de la Congregación. También trabajó como líder en una Organización Scout.

El 2 de marzo de 2005, el ayuntamiento de Park City despidió a Rader por ausentarse del trabajo y no avisar de su ausencia; el problema era que había sido arrestado siete días antes por los asesinatos.

Hombre de familia, estable, amigable, productivo para la sociedad, nada en la vida de Dennis Rader podría delatar que se trataba de un asesino en serie.

Rader supo ocultar muy bien su verdadera personalidad. Sus extrañas fantasías comenzaban a transformarse en una obsesión. La idea del “bondage” (amarre erótico) le parecía mucho más estimulante que un coito.

Poco a poco, Rader comenzó a mezclar sus fantasías con la realidad. Fue, entonces, cuando en 1974 decidió llevar a cabo una de sus más elaboradas ideas: asesinar a una familia completa.

Estuvo mucho tiempo planificando el crimen. Se compró ropa especial, un arma para amedrentar, una máscara para ocultar su identidad y parecer más intimidante, sogas, esposas, etc. Más tarde, todos estos útiles pasarían a ser parte de su, cada vez más perfeccionado, “kit para matar”.

Había estado fantaseando sobre lo que le haría a Julie Otero o a su hija Josephine y, finalmente, a las 7:30 horas de la mañana, cortó la línea telefónica y entró en el domicilio familiar por la puerta trasera. Les apuntó con una pistola y, pretendiendo tranquilizarles, dijo que era un fugitivo y que sólo pretendía comer y huir con su coche.

Luego de asesinarles, tuvo lo que él mismo declararía años después: “algunas fantasías sexuales”. Luego recogió sus cosas, se llevó el reloj del padre, una radio y huyó en el coche de la familia, que dejó abandonado en el aparcamiento de un centro comercial.

Ese mismo día la policía de Wichita, Kansas, recibió una llamada del este de la ciudad. El joven Charlie Otero había vuelto a su casa del colegio y se había encontrado a su padre y a su madre muertos en su habitación. Los vecinos llamaron a la policía. Ésta descubrió al padre de Charlie, Joseph, atado con la cuerda de una persiana veneciana, tendido boca abajo en el dormitorio. La madre, Julie, estaba atada de manera similar, acostada en la cama.

Las autopsias revelaron que ninguna de las víctimas había sufrido agresión sexual. La hija, Josephine, estaba vestida únicamente con un jersey y unos calcetines, y los expertos encontraron semen en el sótano y en otras zonas de la casa, lo que indicaba que el asesino se había masturbado durante el curso de los asesinatos o después de éstos. Rader declaró años después que había planeado el crimen, pero que perdió el control de la situación tras entrar en la casa. “Me entró pánico”, dijo el asesino: pensó que el padre no iba a estar en el domicilio. “Yo nunca había estrangulado a nadie antes, yo realmente no sabía cuánta presión había que aplicar, ni por cuánto tiempo”, añadió.

Apenas tres meses después de los primeros asesinatos, mucho antes de que el asesino empezara a comunicarse con la policía, Rader había atacado otra vez. El 5 de abril de 1974, Kathryn Bright y su hermano Kevin llegaron a su casa y en ella encontraron a un hombre armado. Al parecer, había entrado rompiendo el cristal de la puerta trasera. El intruso obligó a Kevin a atar a su hermana a una silla y se lo llevó a él a otra habitación.

Intentó estrangularlo enrollándole una cuerda alrededor del cuello, pero Kevin se defendió. Rader le disparó dos tiros en la espalda, pero Kevin consiguió salir de la casa. Sin embargo, cuando la policía llegó, el asesino había huido. Encontraron a Kathryn, todavía atada a la silla, con tres cuchilladas en el abdomen. Murió poco después.

Se creó un equipo de investigación. Durante varios días, setenta y cinco policías barrieron la ciudad e interrogaron a más de mil personas. A medida que pasaba el tiempo, los agentes fueron apartados del caso y se les asignaron otras tareas. Pero la investigación siguió adelante y, en un momento dado, tres hombres habían confesado ya el asesinato de los Otero.

Por supuesto Rader, que sería conocido como BTK – letras correspondientes a Bind, Torture and Kill (‘Atar, torturar y matar’ en español)– no podía soportar la idea de que otros le quitaran la fama por lo que había hecho él. Aunque la policía no daba crédito a esas tres confesiones, el asesino decidió asegurarse de que sabían que seguía suelto y no era ninguno de los hombres que había confesado.

Rader llamó a la línea telefónica que había abierto un periódico que entonces se llamaba Wichita Eagle-Beacon. Comunicó que obtendrían más información sobre el caso Otero si recuperaban una carta colocada en un libro de texto de ingeniería que estaba en los estantes de la Biblioteca Pública de Wichita. Así se hizo rápidamente.

La carta empezaba con las palabras EL CASO OTERO escritas en mayúsculas. El autor de la carta no sólo se proclamaba autor de los asesinatos sino que incluía una explicación confusa del móvil. Ésta sería la carta que dio al asesino el nombre de “BTK”, debido a sus explicaciones:

“Los tres individuos que tienen detenidos sólo hablan de los crímenes de los Otero para hacerse publicidad. No saben nada de nada. Lo hice yo solo y nadie me ayudó. Tampoco lo he contado... que quede claro.

“PD: Puesto que los criminales sexuales no cambian su *modus operandi* ni pueden hacerlo porque así es su naturaleza, yo no cambiaré el mío. Las palabras clave para mí serán... Átalos, Tortúralos, Mátalos, BTK; ustedes lo verán de nuevo. Estará en la siguiente víctima”.

Tres años más tarde, el 17 de marzo de 1977, BTK regresó. En esta ocasión, entró en casa de Shirley Vian. Dos de sus hijos se quedaron en casa en lugar de ir al colegio. Cerca del mediodía, un hombre llamó a la puerta y se abrió paso a la fuerza. Apuntándoles con un arma, encerró a los niños en el baño. Los niños consiguieron salir pero encontraron a su madre muerta, atada de pies y manos en la cama con una bolsa de plástico en la cabeza.

Al principio, hubo ciertas dudas sobre si BTK había cometido el asesinato de Vian. No había hecho daño a los niños y había robado de la casa dos giros postales. Sin embargo, todas las dudas se desvanecieron cuando el periódico Wichita Eagle-Beacon recibió por correo una pequeña ficha con un poema que empezaba diciendo: “RICITOS DE SHIRLEY, RICITOS DE SHIRLEY, MARCHÍTENSE PERO SEAN MÍOS”.

El aviso del siguiente asesinato lo mandó el mismo BTK. El 9 de diciembre de 1977, llamó desde una cabina telefónica situada a seis manzanas de la comisaría de policía. Dijo al agente que tomaba nota de las llamadas una dirección y añadió: “Nancy Fox. Encontrarán un homicidio”. El hecho de que empleara esta palabra hizo sospechar a los investigadores que se trataba de una persona relacionada con la policía o el Derecho. Los agentes se presentaron en la cabina telefónica desde la que se había efectuado la llamada cuando un hombre rubio de 1.80 metros acababa de irse, según los testigos presenciales.

Encontraron a Nancy Fox en su casa, muerta, parcialmente desnuda. La habían estrangulado con una media de nylon. La policía no relacionó el asesinato con BTK hasta que la cadena local Channel 10 recibió una carta suya: motivado por la indiferencia de los medios, envió la carta a la cadena de televisión local. En este comunicado decía que sus actos estaban motivados por un demonio unido al “Factor X” y se comparaba con Jack el Destripador, el Estrangulador de Hillside y el Hijo de Sam.

“¿A cuántos tengo que matar antes de ver mi nombre en el periódico o algo de atención a nivel nacional? Después de una cosa como la de Fox, vuelvo a casa y sigo mi vida como los demás. Y así haré hasta que vuelva a entrarme el gusanito. Siento que esto le pase a la sociedad. Ellos son los que más sufren. Me cuesta controlarme. Cuando este monstruo entra en mi cerebro, no sé. Quizás ustedes puedan pararle. Yo no puedo. Él ya ha escogido a su próxima víctima”.

Pasó un año y medio y BTK guardó silencio. La investigación se atascó. No había sospechosos, no había nada. Una noche de primavera de 1979, Fran Dreier, de sesenta y tres años, llegó a su casa a las once de la noche y se encontró con que habían entrado ladrones. Llamó a la policía, que trató el caso como un robo normal hasta que Fran Dreier recibió un sobre con las joyas que le habían robado, un dibujo hecho por el intruso y un poema. El poema contaba lo mucho que se había decepcionado al ver que Fran llegaba tarde aquella noche. Tenía intención de matarla. Le dejó una nota en la que decía:

“Alégrate por no haber estado aquí, porque yo estaba”. La policía creía que realmente esperaba a la hija de la propietaria de la casa. Dreier se marchó rápidamente de la ciudad, pero no sin antes avisar a la policía.

Tras un largo intervalo, reapareció. En marzo de 2004, el periódico The Wichita Eagle recibió un sobre con el nombre de “Bill Thomas Killman” como remitente. Contenía una carta de una sola página junto con fotocopias del carné de conducir y de tres fotografías de un cadáver.

El carné pertenecía a una mujer llamada Vicky Wegerle. El 16 de septiembre de 1986, el marido de Wegerle llegó a casa a comer y encontró su cadáver. Tenía las manos y los pies atados y la habían estrangulado. Las tres fotografías fotocopias mostraban el cadáver de la víctima en distintas posturas para cada foto. Dieciocho años después, BTK reivindicaba el asesinato.

La policía se encontraba otra vez en la casilla de salida, intentando atrapar a un asesino en serie al que habían perdido la pista por años. Tenían varias descripciones posibles de BTK, pero desgraciadamente ninguna de ellas había conducido a una detención o a un sospechoso viable.

Según el perfil elaborado por Robert K. Ressler, “El Cazador de Monstruos”, para el FBI, BTK era un estudiante universitario o profesor de Derecho en Kansas y un lector ávido de libros y noticias sobre asesinos en serie. Y en marzo de 2004, el investigador Maurice Godwin desarrolló un perfil geográfico de BTK. Después lo entrevistaron varias emisoras de televisión de la zona de Wichita.

Treinta años después de sus cartas, por fin se cumplió su deseo de publicidad. Desde marzo de 2004 todas las agencias de noticias de Estados Unidos hablaron de él. Fue el tema de conversación y especulación en incontables foros de Internet. Si se introducía en Google «BTK Killer» se obtenían más de 5,000 resultados. El 29 de mayo recibió uno de los mayores honores que cualquier criminal entusiasta de la publicidad puede esperar: su perfil apareció en el programa de televisión Americas Most Wanted.

Siempre atacó a sus víctimas desprevenidas y mantuvo una relación cordial con la prensa. Envío cartas y poemas a la policía y a los medios de comunicación, que después iban seguidos de titulares dramáticos e incontables noticias de última hora en la televisión. Desde el principio, el caso de BTK armó un gran revuelo, pero, al margen de lo teatral, era obvio que un asesino andaba suelto.

El 25 de febrero de 2005 la policía detuvo a Dennis L. Rader, de sesenta años de edad. Rader trabajó durante años en ADT Alarm, empresa situada en N. Washington Street, Wichita. La policía detuvo a Rader treinta y un años después de su primer asesinato.

Él mismo se ocupó de reactivar la investigación de sus crímenes en marzo de 2004 con el envío de la carta al Wichita Eagle en la que afirmaba que había asesinado a Vicky Wegerle en 1986.

Hasta entonces los investigadores creían que Nancy Fox, asesinada en diciembre de 1977, había sido la última víctima de BTK y pensaban que el asesino había dejado de matar por

alguna circunstancia. Poco antes de que se revelara su identidad le habían dado un cargo directivo en la congregación luterana a la que pertenecía.

Estaba casado, tenía dos hijos y era funcionario. Con los años, Dennis había perdido confianza en su fuerza física. Dejó de matar por temor a ya no poder dominar físicamente a sus víctimas. Sin embargo, necesitado de la emoción del crimen, comenzó a vigilar a una mesera del restaurante donde desayunaba.

Las autoridades suponían que BTK estaba muerto; y un investigador llamado Robert Beattie empezó a escribir un libro sobre el criminal. BTK no quería que nadie más escribiese su historia, así que cometió un error fatal: dejó varias cajas de cereales con “recuerdos” de sus víctimas, una de ellas en la tienda de herramientas Home Depot, donde una cámara de vigilancia grabó su camioneta. Después envió a la policía un diskette con archivos de texto. Ellos revisaron la unidad de almacenamiento y detectaron que había sido grabado en un equipo de cómputo perteneciente a la Iglesia Luterana de Cristo de Wichita, de la que BTK era presidente del Consejo Parroquial. Allí obtuvieron su nombre y después le hicieron pruebas de ADN. Dio positivo.

La policía lo presionó. BTK estaba dispuesto a hablar; lo interrogaron durante treinta horas seguidas, pero él estaba feliz: les contó la historia de su vida. En el juicio, éste afirmó que era el asesino en serie llamado BTK y se declaró culpable de diez asesinatos. Rader renunció a su derecho a tener un juicio con jurado que valoraría las circunstancias agravantes o atenuantes de sus crímenes.

El 27 de julio de 2005, después de la detención de Rader, el Juez de Distrito del Condado de Sedgwick, Eric Yost, no esperó los 60 días que exige la ley en estos casos y le ofreció el inmediato divorcio a la esposa de Rader debido a que su salud mental estaba en riesgo. Rader no protestó por el divorcio y el matrimonio de 33 años fue roto. Paula Rader dijo en su petición de divorcio que su condición tanto física como mental había sido adversamente afectada por el matrimonio.

Fue condenado en septiembre de 2005 a diez cadenas perpetuas consecutivas, sin posibilidad de libertad condicional durante más de cuarenta años (aunque hay pena de muerte en Kansas, no se puede aplicar a crímenes cometidos antes de 1994, la fecha de su entrada en vigor). Recurrió la sentencia, pero le fue negada. Estará en prisión hasta que muera.

ARMIN MEIWES



Armin Meiwes (Essen, Alemania, 1 de diciembre de 1961) es el denominado por los medios periodísticos Caníbal de Rotemburgo, debido al asesinato y posterior descuartizamiento y canibalismo de una persona, con la que había contactado por Internet, para satisfacer las fantasías de devorar y ser devorado.

Armin Meiwes tuvo una infancia feliz, rodeado de su familia y los múltiples animales que poseían en su casa en el campo. Su padre y

hermanos se marcharon cuando todavía era muy joven teniendo que quedarse a cargo de una madre muy huraña y controladora. La soledad en que se veía inmerso lo obligó a crearse un amigo imaginario al que consideraba su hermano. Cuando llegó a la adolescencia empezó a tener deseos sexuales hacia su hermano imaginario y otros chicos, con los que deseaba crear un vínculo muy estrecho, considerando el comerse a esa persona como el mayor estado de unión, al encontrarse esta dentro de él. En un momento dado se une al ejército, donde es reconocido y admirado por sus compañeros, dejando la soledad a un lado, junto con sus ideas y deseos sexuales. Trás más de diez años de milicia deja el ejército y se centra en el cuidado de su madre. Al morir esta, se siente liberado (y solo) y empieza a buscar información y contactos por internet relacionados con el canibalismo.

Así comenzaron sus primeros contactos. Primero un cocinero ofreció a dos de sus ayudantes para ser degustados. Armin habría tenido la oportunidad de matarlo y devorarlo. Sin embargo, ante las dudas de la víctima, lo dejó marchar. El banquete sólo tenía sentido si la víctima también estaba de acuerdo en ser devorada.

En el chat conoció a Bernd Jürgen Armando Brandes, un ingeniero de Berlín. Bernd se declaraba bisexual y la violencia y la tortura formaban parte de sus rituales sexuales cotidianos. Se citaron primero durante un fin de semana donde pusieron a prueba sus instintos caníbales. Tras la despedida en la estación, Brandes lo pensó mejor y llamó a Meiwes para que lo recogiese. Quería probar otra vez.

Tras varias horas de conversación, Brandes quiso que el caníbal le amputase el pene. “¡Córtalo de una vez!”, dijo la víctima. Con gran cantidad de alcohol y medicamentos, ya no sentía dolor. Bernd ingirió sus propios genitales. Meiwes cortó el pene en dos trozos y los cocinó para ambos.

En cuanto a los motivos que llevaron a la víctima a ofrecerse, Armin manifestó que no entendía el sentimiento de felicidad que Bernd experimentaba. Meiwes asesinó

posteriormente a su víctima en la mesa de descuartizar y grabó todo en cámara de vídeo. Descuartizó el cuerpo y conservó la carne, consumiéndola los días posteriores.

Los meses siguientes los pasó buscando nuevas víctimas. Esta actitud fue la que condujo a la policía a desenmascararlo. Un estudiante de Innsbruck denunció a Meiwes, que aseguraba en diversos foros haber probado la carne humana. En el recuento de respuestas se registraron varios centenares de víctimas, dispuestas a dejarse devorar por un caníbal. La policía lo arrestó un año después del asesinato.

El aclamado supergrupo sueco de Death metal “Bloodbath”, lanzo para su álbum Nightmares Made Flesh del 2004 la canción Eaten que se traduce como Comido, y que narra explícitamente los deseos de la víctima por ser comida. El cantante Mikael Åkerfeldt en algunos de los pocos conciertos que ha dado la banda, antes de interpretar esta canción con un humor muy negro, suele dar un pequeño relato del caso de Bernd Jürgen y Armin Meiwes. Esta canción fue escrita por Dan Swanö, y se convirtió rápidamente en una de las favoritas de los fans, y es la canción que han utilizado para cerrar la mayoría de las pocas presentaciones que han realizado.

También la banda de género musical Metal industrial, Rammstein, se mostró tan impactada con la noticia que en 2004 decidieron componer el tema Mein Teil, cuya letra relata lo que sintió probablemente la víctima. Curiosamente el caníbal demandó a la banda por este motivo no obstante perdió el caso. Adicionalmente, la distribución de la película Rohtenburg, inspirada en el suceso, pero con los nombres de los personajes cambiados, fue suspendida en Alemania, aunque en el resto del mundo sí fue estrenada. A la postre, la Corte de Karlsruhe autorizó su difusión en Alemania.

El veredicto de los psicólogos y psiquiatras muestra que Meiwes no estaba loco cuando cometió el crimen, pero consideran que la víctima no podía pensar racionalmente.

La fiscalía quiso juzgarlo por asesinato con motivos sexuales e imponerle cadena perpetua. El problema es que la víctima dio su consentimiento al asesino y la defensa usó este argumento para que se considerase como homicidio a petición, una especie de eutanasia ilegal, lo que llevaría a una sentencia de entre 6 meses y 5 años, anulando la consideración de que fue un asesinato.

Según el profesor Arthur Kreuzer del instituto de criminología de la Universidad de Giessen, el caso pudo marcar un hito en la historia judicial. “Es un asesinato convenido por víctima y asesino. No creo que pueda considerarse como el peor caso de asesinato premeditado” matizó el profesor. El abogado de Meiwes citó como una carta favorable que Armin dejó libres a cuatro personas que se habían ofrecido voluntarias para el sacrificio, por las dudas que mostraban. Su víctima dio el pleno consentimiento antes de que Armin lo matase.

El caso de Armin Meiwes conmovió a todo el mundo por su crueldad. Sobre todo por la popularidad que le dieron los medios de comunicación. El fallo judicial se enfrentó a problemas para condenar al acusado por asesinato pero finalmente Meiwes fue condenado a cadena perpetua por cometer un asesinato con motivos sexuales.

BERLÍN.- Armin Meiwes, quien confesó haberse comido en parte a un hombre al que conoció por internet, declaró en la primera sesión del juicio que se le sigue por asesinato

que su interés por el canibalismo se remonta a su pubertad, cuando fantaseaba con comerse a compañeros de colegio.

Meiwes, un técnico informático de 42 años al que la prensa alemana ha bautizado como “el caníbal de Roteburgo”, se mostró tranquilo y lúcido al describir ante la Audiencia Provincial de Kassel el origen de sus fantasías caníbales.

En su declaración, explicó que cuando tenía entre 8 y 12 años fantaseaba con descuartizar y comerse a compañeros de escuela que le gustaban, y mencionó como origen de esas fantasías el deseo frustrado de tener un hermano pequeño.

Durante su pubertad vivió solo con su madre y se sentía abandonado, y para “crear” a ese hermano imaginario desarrolló ese tipo de fantasías, que le excitaban sexualmente, señaló. “Rubio y delgado, ése hubiera sido el tipo”, precisó al describir la clase de chico de sus fantasías.

El acusado agregó que películas de zombis e imágenes de mataderos de animales avivaron sus fantasías caníbales, y manifestó que “la idea la tenía, y así es como terminé haciéndolo”.

La fiscalía considera el proceso como el primero de estas características en la historia penal internacional, pues presenta la particularidad de que el canibalismo no está tipificado específicamente como delito.

A pesar de que expertos judiciales estiman bastante elevado el riesgo de que Meiwes vuelva a cometer un crimen semejante, en caso de que le condene será difícil que se le someta a un internamiento de seguridad, porque no tiene precedentes penales.

Además, un informe psiquiátrico certifica que Meiwes domina plenamente sus facultades mentales, por lo que no podría aplicársele una condena de muchos años como las que cumplen en centros penitenciarios especiales los enfermos psíquicos.

Mientras la acusación plantea un delito de asesinato con motivación sexual y perturbación del descanso de los muertos, la defensa habla de “homicidio por deseo” y apoya su argumentación en el testamento de la víctima, en el que declaró que se sometió voluntariamente al ritual caníbal.

La víctima, un ingeniero de 43 años que residía en Berlín, respondió a un anuncio del acusado en el que éste buscaba a hombres dispuestos a ser devorados, y viajó al domicilio de Meiwes, en la pequeña localidad de Rotemburgo del Fulda.

Las autoridades dieron con la pista del supuesto caníbal gracias a la advertencia de un estudiante de la ciudad austríaca de Innsbruck quien, tras descubrir en internet un anuncio en el que Meiwes buscaba a nuevas víctimas, avisó a la central de la Oficina Federal de lo Criminal (BKA), la policía criminal alemana.

En diciembre del pasado año, la policía registró el domicilio de Meiwes, un caserón del siglo XVIII donde vivía solo, ocupando unas pocas habitaciones tras la muerte de su madre, y encontraron cuatro bolsas de plástico con restos humanos en el congelador y varios huesos y un cráneo humano enterrados en el jardín.

Meiwes se entregó a la policía y confesó haber matado y descuartizado a su víctima, así como haber grabado todo el ritual con una cámara de vídeo que se presentará como prueba en el juicio, que concluirá previsiblemente a finales del próximo mes de enero.

Las autoridades se incautaron en el citado caserón de dieciséis ordenadores personales, 221 discos duros y 307 vídeos de contenido relacionado con prácticas caníbales.

KASSEL (ALEMANIA).- Armin Meiwes, el alemán de 42 años que confesó haber matado a un hombre a quien conoció por Internet y habérselo comido en gran parte, ha rechazado la acusación de asesinato con el argumento de que la víctima accedió al ritual caníbal, pero admitió que su acto fue “amoral y enfermo”.

El ‘caníbal de Rotenburgo’ ha dicho también que estaba buscando a una nueva víctima en Internet cuando la policía lo detuvo. Además, hace dos años Armin Meiwes escribió a un amigo: “Espero encontrar pronto a otra víctima, ya casi no me queda carne”.

Este informático de 42 años ha contado al tribunal que su víctima, un ingeniero berlinés de 43 años, le decepcionó varias veces, sobre todo cuando le mintió sobre su edad y cuando no quiso esforzarse en conocerle mejor.

El ‘caníbal’ ha rechazado las acusaciones de asesinato alegando que Bernd Jürgen Brandes era un cómplice y que había dado su consentimiento a lo que pasó.

“Matarle era una forma de ayudarle, de ayudarle a morir, de ayudarse a suicidarse”, ha declarado en el juicio. “He roto un tabú por el que debo justificarme ante Dios y ante el mundo”, ha añadido.

Armin Meiwes también ha lamentado no haber consultado a un psicólogo sobre sus fantasmas de canibalismo, lo que hubiera hecho que las cosas “no llegaran tan lejos”.

Tras haber matado y comido al primer hombre, tenía ganas de “masacrar a otro ser humano, de despiezarlo. Planeaba comerse los últimos trozos de su primera víctima en compañía de la siguiente”.

El acusado, quien hasta ahora no se ha declarado culpable ni ha expresado arrepentimiento por lo sucedido, volvió a explicar con serenidad y afán de objetividad cómo le cortó el pene a su víctima para comerlo juntos, lo decapitó, troceó, congeló los trozos e ingirió parte de ellos posteriormente. La fiscalía le acusa de asesinato y de perturbar el descanso de los muertos, mientras que la defensa alega homicidio consentido. Al rechazar la acusación de asesinato, Meiwes subrayó que la víctima deseaba morir y ser devorada: “Me regaló su cuerpo”, dijo.

Ante el juez han declarado los agentes policiales que le interrogaron cuando se entregó voluntariamente a las autoridades, después del registro de su propiedad, donde los policías hallaron restos de la víctima en el congelador y enterrados en el jardín.

Una policía explicó que el acusado describió entonces sus fantasías caníbales “un poco a la manera de un hombre-lobo”, con fases en las que quería llevarlas a la práctica que se presentaban cada seis u ocho semanas, con la luna llena.

Otro agente declaró que Meiwes describió su acto con orgullo y sin mostrar arrepentimiento alguno, pues “se alegró de poder contar a alguien su historia”, por lo que dio la impresión de que el relato de su caso le aliviaba.

BERLÍN.- La Audiencia Provincial de Kassel consideró culpable de homicidio a Armin Meiwes, el alemán de 42 años que mató, descuartizó y se comió a un ingeniero que accedió a ello, y lo condenó a ocho años y medio de cárcel.

La Fiscalía pedía cadena perpetua para Meiwes por asesinato con motivación sexual y perturbación del descanso de los muertos, mientras que la defensa reclamaba una condena por homicidio con consentimiento de la víctima.

Los hechos sucedieron en marzo de 2001, cuando la ingeniero viajó desde Berlín a la localidad de Rotemburgo del Fulda para someterse a los deseos del caníbal, que fue detenido en diciembre de 2002 y condenado tras un proceso de dos meses.

“Me alegro de que termine todo”, manifestó Meiwes antes de escuchar la sentencia. Con una sentencia como ésta, la legislación alemana prevé la posibilidad de que el condenado salga de la cárcel a los cinco o seis años si cumple una serie de condiciones, como buen comportamiento.

El homicidio se castiga en Alemania con un mínimo de cinco años de prisión, que pueden convertirse en cadena perpetua en casos especialmente graves, lo que no ha ocurrido con el caníbal.

A diferencia de lo que ocurre en el caso del asesinato, se considera que el crimen no se cometió por motivos especialmente crueles o abyectos.

Los medios informativos tuvieron oportunidad de filmar y fotografiar la sala cuando se presentó el acusado, pero tuvieron que abandonar ésta antes de la lectura de la sentencia.

Los informes forenses y psiquiátricos presentados en el juicio descartaron que el caníbal padezca algún tipo de trastorno, por lo que se le declaró plenamente responsable de sus actos.

FRÁNCFORT (ALEMANIA).- El Tribunal de alta instancia de Fráncfort (Alemania) ha condenado al ciudadano alemán Armin Meiwes, más conocido como ‘el caníbal de Roteburgo’, a cadena perpetua por asesinar, descuartizar y comerse parcialmente a otro hombre, tras un segundo juicio.

La Audiencia Territorial de Fráncfort consideró probado que Meiwes mató por motivos sexuales el 10 de marzo de 2001 al berlinés Bernd Jürgen Brandes, al que conoció a través de un chat en Internet, y que se comió algunas partes de su cuerpo.

La fiscalía alemana había pedido cadena perpetua por asesinato pues consideró que el antropófago supone un peligro para la sociedad. Los expertos que le han examinado han llegado a la conclusión de que sufre una fuerte perturbación mental y que no puede ser curado por medio de terapia.

Además el antropófago alemán no mostró ningún signo de arrepentimiento y después de que ocurrieran los hechos buscó nuevas víctimas con las que satisfacer sus apetitos sexuales.

La defensa, en cambio, sostenía que Meiwes debería haber sido condenado por homicidio y no por asesinato, tal y como pretende la fiscalía.

Se trata del segundo juicio que se celebra contra Meiwes, después de que el Tribunal Federal Supremo (BGH) ordenara repetir el proceso al considerar que algunas pruebas no habían sido convenientemente evaluadas en el proceso anterior.

Meiwes fue condenado en enero de 2004 a ocho años y medio de prisión por homicidio por la Audiencia Provincial de Kassel, tras confesar haber matado a Brandes, de 43 años, quien viajó desde Berlín a la pequeña localidad de Roteburgo para dejarse matar y ser devorado por el caníbal.

El antropófago alemán cortó primero el pene a su víctima y lo pasó por la sartén para comérselo juntos, tal y como le pidió Brandes.

Cuando éste agonizaba lo remató a cuchilladas, luego lo destripó, lo descuartizó y enterró algunos trozos en el jardín, mientras otros los congeló y se los comió en días posteriores.

Meiwes no puede ser juzgado por canibalismo, ya que esta práctica no está tipificada como delito en Alemania.

JOSÉ LUIS CALVA ZEPEDA



José Luis Calva Zepeda (20 de junio de 1969 – 11 de diciembre de 2007) conocido posteriormente como El Poeta Canibal o El caníbal de la Guerrero, mexicano cuyo nombre tomó relieve internacional tras producirse su detención el 8 de octubre de 2007 por parte de las autoridades mexicanas, acusándolo de canibalismo y triple homicidio.

Fue sorprendido por las autoridades en su casa después de una denuncia iniciada por los familiares de su pareja sentimental: Alejandra Galeana Garavito, mujer de 32 años y madre de dos hijos, que previamente había descuartizado en su casa.

Sin embargo, el 16 de octubre negó ante la Fiscalía del Distrito Federal haber practicado el canibalismo pero sí que se

declaró culpable del asesinato, declaraciones que no hicieron mover la postura del fiscal Gustavo Salas que mantiene la línea de la premeditación y la consumación del acto caníbal, puesto que según dice: “en la sartén se encontraron restos de esta carne y un plato con cubiertos y hasta con un limón que nos hace presumir que las consumió” CALLE DEL SOL # 76.

La policía encontró el tronco de Alejandra, que fue reportada como desaparecida el 5 de octubre de 2007 por sus familiares, dentro de un armario, las otras partes cortadas a trozos fueron hallados en el frigorífico, mientras que el antebrazo estaba recién frito en la sartén.

José Luis Calva Zepeda tuvo que prestar declaración en el Hospital de Xoco, puesto que al ser sorprendido por los agentes de la autoridad se tiró por la ventana, sufriendo una conmoción cerebral leve.

Se le vinculó también con el asesinato de otra de sus exnovias a quién encerró en un automóvil desnuda para que no pudiera escapar. Llegando a un basurero la descuartizó. De este caso también se relacionó la muerte de una sexoservidora, que tenía características similares de descuartización a las otras 2 mujeres asesinadas por el. Esto lo declaró un hombre que dijo haber tenido una relación homosexual con “El caníbal”, y quién confesó haberle ayudado en la descuartización de una de sus novias. El hombre también fue condenado a prisión. El 11 de diciembre de 2007 se suicida en su celda del Reclusorio Oriente.

El 18 de octubre de 2007 salió a la luz un expediente de la Fiscalía, donde detalla la vinculación otra ex novia presuntamente maltratada por José Luis Calva Zepeda. Se trata

de Olga Livia, una profesora de inglés de 23 años a quien obligó a ver películas pornográficas de zoofilia y a tener relaciones sexuales sadoomasoquistas.

Calva Zepeda murió el 11 de diciembre de 2007 tras presuntamente suicidarse en una celda de la cárcel usando un cinturón, sin embargo existen dudas sobre si José Luis Calva Zepeda se suicidó, ya que según declaraciones de su hermana, al reconocer el cadáver de “El Caníbal” en el SEMEFO, Calva Zepeda presentaba marcas de tortura y una presunta violación de parte de los internos, quienes supuestamente le metieron un palo por el ano y le destrozaron los genitales. También confesó que el cinturón con el que su hermano había sido encontrado ahorcado, no correspondía al de él. Además dijo que José Luis Calva antes de morir se volvió “loco” y mirándola decía: “Soy el caníbal”.

Antes de morir, José Luis Calva Zepeda escribió su historia plantándola: “Instintos Caníbales”, en dónde agregó como “fin” su suicidio. En el velorio de Calva Zepeda, el hermano de una de las mujeres que asesinó trató de entrar para abrir el ataúd y comprobar que dentro de él se encontrara José Luis Calva, pero las autoridades lo impidieron.

Escribió diez novelas, ocho obras de teatro y más de ochocientos poemas. Al inicio de uno de sus volúmenes una línea indica: “Dedico estas palabras a la creación más grande del universo (que soy yo)”.

La canción “12 días” de la banda de Grunge Sudcaliforniana Útero está inspirada en él.

Calva Zepeda vendía sus poemas en hojas sueltas o en cuadernillos, que ofrecía en las calles y en los cafés de los Colonias Roma y Condesa, en la Ciudad de México, así como en el Tianguis del Chopo.

En una de las paredes de su departamento, tenía una foto de Anthony Hopkins en el papel del famoso asesino en la película El silencio de los corderos.

Antes de morir, José Luis Calva Zepeda escribió su historia plantándola: “Instintos Caníbales” o “12 días”, en dónde agregó como “fin” su suicidio.

11 de diciembre. José Luis Calva Zepeda, el presunto Caníbal se suicida en la celda que ocupaba en el Reclusorio Oriente; revela su novia que los custodios lo golpeaban; señalan autoridades locales que realizan autopsia al cuerpo.

29 de noviembre. Impugna diagnóstico psicológico.

28 de noviembre. Pide que familiares de su última pareja, a quien asesinó, se presenten a declarar.

1 de noviembre. Celebra su detención y afirma que “no podía seguir cometiendo más crímenes.”

31 de octubre. Dan a conocer autobiografía del presunto Caníbal, encontrada en su casa el día de su detención, en ella manifiesta los deseos suicidas que desde la adolescencia tenía; integran analistas de la Procuraduría General de Justicia del DF su perfil criminal y personal.

30 de octubre. Revelan que representó dos monólogos de su autoría en Ecatepec; se queda sin defensor en la segunda audiencia.

24 de octubre. Procuraduría alista la consignación del caníbal.

23 de octubre. Atribuyen a Calva Zepeda robo en cajero automático; es consignado por autoridades del DF.

22 de octubre. Implica cómplice en homicidio de otra mujer.

20 de octubre. Señala forense que los cortes hechos al cuerpo de Alejandra Galeana Garabito no fueron los de un asesino improvisado.

19 de octubre. Arraigarán al caníbal en un centro de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (PGJDF) tiene en la sede del Instituto de Formación Profesional.

17 octubre. Autoridades del estado de México y del Distrito Federal buscan a Juan Pablo Monroy Pérez, quien mantuvo hace tres años una relación homosexual con Calva Zepeda; revelan expertos patrones de conducta en feminicidios.

16 de octubre. Confirma la Procuraduría capitalina que Calva comía carne humana; dan a conocer antecedentes delictivos; aparecen ex parejas que testifican en su contra; confirman que era adicto a la cocaína.

15 de octubre. Comparan a supuesto ‘caníbal’ con el asesino de ‘El silencio de los inocentes’.

13 de octubre. Prevén salida del Hospital del Xoco para ser trasladado al centro de arraigo de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal.

12 de octubre. Consideran especialistas que su caso es un desafío para la medicina, ya que se trata de un sicótico que podría representar un peligro para los presos; dan a conocer posibilidad de que haya usado sierra eléctrica en sus víctimas.

11 de octubre. Presumen autoridades canibalismo de Calva Zepeda; es vinculado a otras dos desapariciones de mujeres.

8 de octubre. El cuerpo de Alejandra fue descubierto desmembrado en el departamento 17 de Mosqueta 198, colonia Guerrero. Es detenido Calva Zepeda, quien intenta huir y avienta del edificio donde vivía, es atropellado y trasladado al Hospital de Xoco debido a las lesiones originadas por el impacto.

5 de octubre. Desaparece Alejandra Galeana Garavito.

El 9 de abril de 2004 se encontró el cuerpo descuartizado de una mujer en Tlatelolco. Eran los restos de “La Jarocho” también conocida como “La Costeña”, una prostituta que había desaparecido unos días antes. Tiempo después, el 30 de abril, se encontró el cuerpo descuartizado de Verónica Consuelo Martínez Casarrubia en las inmediaciones de Chimalhuacan, Estado de México.

Tras encontrar este segundo cadáver, la madre de Verónica Consuelo comentó a la policía que su hija estaba saliendo con José Luis Calva Zepeda, un hombre en el que no confiaba y el que, según aseguraba, había sido el asesino. A pesar de la denuncia, la policía nunca pudo encontrar al presunto asesino.

Unos meses después, el 8 de octubre, la policía recibió un reporte sobre un hedor que salía del departamento 17, del inmueble ubicado en Mosqueta #198, en la Colonia Guerrero. Debido al reporte, los policías se presentaron en el lugar para investigar la causa de la peste. Tocaron la puerta y José Luis Calva Zepeda abrió despreocupado. Sin embargo, en cuanto los oficiales entraron al departamento, el hombre salió corriendo y trató de escapar saltando desde su balcón. A pesar de la altura, José Luis logró pararse y continuar corriendo; sin embargo, unos metros más adelante fue atropellado por un taxista.

Cuando los policías revisaron el departamento se encontraron con una macabra escena. En el refrigerador encontraron una pierna y un brazo, dentro de una caja de cereal hallaron algunos huesos y sobre la mesa de la cocina lograron ver un plato con carne humana, acompañada con unos limones para aderezarla. Por otro lado, en el ropero encontraron un torso desmembrado y un traje con dos pedazos de aluminio que simulaban unos senos. También se encontraron con una cuna con ropa de bebé y un altar con cuchillos, libros de brujería y textos de terror; así como un póster de Hannibal Lecter y varios poemas y textos escritos por el mismo inquilino.

En cuanto se supo la noticia, la prensa bautizó a José Luis Calva Zepeda como el “Caníbal de la Guerrero” y como el “Poeta Caníbal”. José Luis aceptó haber asesinado a Verónica Consuelo y a Alejandra Galeana, la mujer que encontraron descuartizada en su departamento. Pero negó la necrofagia; a pesar de las pruebas, nunca aceptó haberse comido a su novia. Cabe mencionar que nunca se le pudo comprobar el asesinato de “La Jarocha”, ni de otras mujeres que se encontraron en el área limítrofe entre el Estado de México y el Distrito Federal.

Pero... ¿Quién era el Caníbal de la Guerrero? ¿Cómo es que se convirtió en el descuartizador de mujeres?

José Luis Calva Zepeda nació el 20 de octubre de 1969 en la Ciudad de México. Cuando cumplió dos años, su padre murió de manera trágica, quedando únicamente al cuidado de su madre, quien lo maltratba. A los diez años, fue víctima de abuso sexual, lo que lo dejó marcado de por vida.

Desde pequeño, y gracias a los maltratos de su madre, José Luis Calva aprendió a odiar a las mujeres, aunque nunca pudo dejar de sentir alguna especie de atracción hacia ellas. Cuando llegó a edad adulta, se casó y tuvo dos hijas; sin embargo, el matrimonio sólo duró siete años.

Tras el divorcio, el Caníbal de la Guerrero empezó a escribir. A lo largo de su vida escribió más de ochocientos poemas, diez novelas, ocho obras de teatro y varios guiones para cine. Y, a pesar de su compulsión por la escritura, nunca llegó a ser publicado por las casas editoriales, pues todas sus obras reflejaban su extraña visión del mundo. Por lo mismo, se dedicó a vender sus poemas en los cafés de la colonia Roma y Condesa.

Algunas de sus novelas, que se pueden llegar a conseguir son: *Instintos caníbales*, *Prostituyendo mi Alma*, *Réquiem por un Alma Perdida*, *Antigua* y *La Noche Anterior*.

A mediados de los noventa, inició una relación amorosa con Juan Carlos Monroy Pérez. El romance duró varios años, pero terminó gracias a las preferencias de José Luis. En 2004 conoció a Verónica Consuelo, su primera víctima comprobada. Con ella mantuvo una relación amorosa, a pesar de que la madre de la chica pensaba que José Luis era una mala compañía. Los problemas no tardaron en llegar a la relación, por lo que decidieron terminar. Lleno de ira, el Poeta Seductor la asesinó y descuartizó.

Ese mismo año, José Luis Calva Zepeda conoció a Alejandra Galeana, con quien tuvo una relación que duró varias semanas. El Canibal la enamoró con sus versos y poemas, mismos que la mujer tenía pegados en las paredes de su cuarto. El 5 de octubre, Alejandra salió de su casa para no volver. Esa noche, Alejandra fue asesinada por su novio. Tres días después, la policía encontró su cuerpo descuartizado, en una de las escenas más espeluznantes de los anales policiacos.

Fue sentenciado a cincuenta años de cárcel, una pena que él estaba dispuesto a aceptar. Una vez internado en el Reclusorio Oriente, el Canibal empezó a escribir una novela, en la que se narra la historia de un niño abandonado por su madre y rescatado por un bibliotecario, que le da el nombre de Dante; al crecer, el joven se convierte en un asesino que dejaba poemas escritos sobre la piel de las mujeres que mataba. Sin embargo, su novela, “Canibal, el Poeta Seductor“, quedó inconclusa, ya que, el 11 de diciembre, encontraron sin vida a José Luis Calva. Lo hallaron colgado en su celda. A pesar de las pruebas, su familia declaró que no fue un suicidio, pues el Canibal había recibido varias amenazas de muerte dentro del reclusorio, y estaba dispuesto a cumplir su condena.

La procuraduría capitalina investiga los posibles actos de canibalismo que cometió el novelista José Luis Calva Zepeda, luego de que encontraron en un plato sobre la mesa de su domicilio restos de carne humana, con limón, que presuntamente acababa de consumir, antes de ser detenido. También localizaron trozos en un sartén.

Pero no sólo eso, peritos de la Procuraduría capitalina hallaron también huesos humanos en el interior de una caja de cereal.

En su domicilio de la calle Mosqueta número 198, departamento 17, colonia Guerrero, se localizaron documentos de una novela inconclusa, titulada *Instintos caníbales* o *12 días*, donde el tema central es la antropofagia, el sadomasoquismo, la sexualidad y la coprofagia.

También un video “snuff” en el que presuntamente él es uno de los protagonistas centrales y se alude al canibalismo, la sexualidad, la sodomía y la magia negra.

En otro video se muestra la obra teatral *Obra de Miedo*, que aborda temas a manera de “performans”, sobre problemas existenciales, psicológicos y conflictos emocionales que derivan en orgías de sangre y sexo.

Durante la revisión del inmueble, elementos de la procuraduría capitalina descubrieron el cuerpo mutilado de Alejandra Galeana, oculto en el clóset; una pierna y parte de un brazo en el refrigerador, cuyos huesos estaban en una caja de cereal.

Las investigaciones revelan que Calva Zepeda cocinaba en la estufa uno de los brazos de Alejandra y en la tina de baño descuartizaba a sus víctimas.

Asimismo se le relaciona con el asesinato de una sexoservidora conocida como La Jarocha, cuyo cadáver apareció el pasado nueve de abril del presente año en Tlaltelolco.

Hasta el momento las autoridades capitalinas lo relacionan con tres homicidios contra mujeres de características fisiológicas similares, esbeltas, estatura media y morenas claras; aunque no se descarta que el número de posibles víctimas aumente en el transcurso de las investigaciones, ya que se le vincula con un homicidio cometido en el 2004 contra Verónica Consuelo Martínez Casarrubias, en el municipio de Chimalhuacán.

El domicilio estaba iluminado únicamente por cuatro velas de color púrpura, negro, amarillo y rojo colocadas alrededor de un altar en el cuarto principal. En la ofrenda había distintas imágenes de santos católicos, aunque también representaciones de dioses antiguos.

En los primeros estudios psicológicos que se practicaron a José Luis Zepeda Calva determinó que es un psicópata en potencia, con baja tolerancia a la frustración y con gran resentimiento social. Además se dijo admirador del actor Anthony Hopkins, en su interpretación de un psicópata caníbal, en las películas Aníbal y El silencio de los inocentes.

Después de que lo atropelló un automóvil justo en la esquina de Eje 1 Norte y Mosqueta, en la colonia Guerrero, José Luis Calva, ahora conocido como El Caníbal, pidió un celular para que una ambulancia lo ayudara.

No tuvo suerte y perdió el conocimiento casi una hora antes de que llegaran los paramédicos.

Esta versión de José y Pablo, vecinos del lugar, no corresponde con la información de la Secretaría de Seguridad Pública ni de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal.

Las instituciones aseguran que policías entraron la madrugada del lunes a catear el departamento 17 del edificio 198 de la calle Mosqueta para interrogar a José Luis Calva, quien al verse en aprietos decidió huir atravesando la calle Mosqueta, donde fue atropellado.

“No es cierto que viniera la policía por él, yo recojo a mi esposa de su trabajo a las 1:20 y fue cuando lo vi ahí tirado y solicitando ayuda, casi estuvo en el lugar una hora, todavía me pidió mi celular para llamar a una ambulancia, luego ya vino por él la Cruz”, señaló Pablo, testigo del hecho.

José La Güera, limpiaparabrisas de Mosqueta y Eje 1 Norte, explicó que ningún policía se apareció en el departamento de José Luis Calva sino hasta a las 08:00 horas del lunes, es decir, seis horas después de que fuera atropellado.

Crónica esperó ayer durante casi todo el día a que saliera María Luisa, propietaria del edificio 198 de Mosqueta, para que nos diera su testimonio, pero nunca logramos contactarla.

Sin embargo, pudimos hablar con algunos de los inquilinos del inmueble, quienes nos explicaron que en el edificio casi nadie se conoce, ya que todos trabajan por las mañanas y las tardes.

“Somos gente muy callada, casi ninguno de los habitantes de los 20 departamentos se habla con los otros, prácticamente nunca se pone música y rara vez hay fiestas o cosas así en las que podamos convivir. Sólo vi una vez al que ahora le dicen El Caníbal, me cerró la puerta en la nariz”, dijo Brenda, de 17 años, habitante del departamento 1.

Efectivamente, cuando pasamos al edificio sólo pudimos ver a los dos habitantes del departamento 20, casi nadie sale de sus viviendas, cuando tocamos a sus puertas nadie contestó. En el primer piso del edificio hay un pasillo repleto de imágenes religiosas el cual nadie visita. (Josué Huerta)

José Luis Calva Zepeda estaba tirado sobre el Eje 1 Norte a la altura de Guerrero cuando el paramédico de la Cruz Roja, Martín González, le brindó los primeros auxilios.

Calva Zepeda, quien podría estar relacionado con el asesinato de tres mujeres y cometer actos de canibalismo, sangraba copiosamente de la cabeza. Con unas gasas, Martín trataba de contener la hemorragia y en menos de tres minutos el hombre fue subido a la ambulancia.

—¿Qué te pasó?

—Me caí.

—¿De dónde te caíste?

—De ahí. Me caí de ahí.

El rescatista cuenta que policías judiciales solicitaron la presencia de una ambulancia y al llegar, lo primero que hicieron él y sus compañeros, dijo, fue controlar el sangrado y estabilizarlo.

“Nunca supimos qué fue lo que le pasó en realidad, a nosotros nos decía que se había caído pero cuando le preguntamos de dónde, nunca nos dijo, pero un civil con aspecto de indigente, nos gritaba con insistencia que lo habían atropellado”.

Sin embargo, recuerda que una de las principales preocupaciones del herido era recuperar un portafolio donde guardaba todas sus poesías y relatos.

—Oigan, que se le cayó un portafolios en donde trae varios documentos importantes, les grité a los judiciales, pero ellos sólo levantaron las manos y me dijeron: pues quién sabe dónde quedó. Y de nueva cuenta nos preguntó pero le dije que no lo encontramos y hasta le comenté si no lo había dejado con alguno de sus amigos de parranda porque traía aliento alcohólico.

Martín González explicó que José Luis Calva Zepeda, al momento de ser atendido, presentaba una herida en forma de cruz en la cabeza además de un hematoma.

“La verdad no creo que lo hayan atropellado porque no presentaba excoriaciones ni tenía la ropa rasgada como es común en las personas que son arrolladas”, explicó.

El paramédico de la Cruz Roja contó que al interior de la ambulancia, Calva Zepeda recobró el sentido, se incorporó y preguntó a los paramédicos por su zapato debido a que sólo tenía puesto uno.

Martín dijo que de inmediato le comentaron a los judiciales que buscaran el zapato del herido “más tarde, alguien lo aventó al interior de la ambulancia pero él estaba más interesado por recuperar un portafolios, me dijo que en él estaban todas sus poesías y los relatos que había escrito pero no lo encontramos”, narró.

De igual forma, reveló a Crónica que el presunto multihomicida tenía aliento alcohólico aunque no totalmente ebrio, dijo, porque contestaba de forma lúcida a las preguntas que le fueron formuladas.

—“¿Desde cuándo estas bebiendo?, le pregunté, y de inmediato me dijo que desde el viernes. La verdad es que olía muy mal como si tuviera una cruda acumulada. Es más, no tiene mal aspecto hasta se podría decir que es carita”, aseguró.

Son muchos los nombres que se han inscrito en la historia del crimen de la ciudad de México, pero pocos son los que se quedan en la memoria de la sociedad por la forma violenta en que cometieron sus fechorías.

Uno de ellos es el de Juana Barraza Samperio, mejor conocida como “La Mataviejitas”, quien durante más de una década tuvo en jaque a la policía y en su haber se cuentan entre 42 y 48 homicidios contra personas de la tercera edad.

La asesina serial se caracterizó por acabar con sus víctimas mediante los golpes o la estrangulación, para después robarles sus pertenencias

El SÁDICO. Entre los asesinos seriales se encuentra el nombre de Raúl Osiel Marroquín Reyes, de 25 años de edad, mejor conocido como “El Sádico” y quien se caracterizó por asesinar a homosexuales.

En su declaración ministerial no mostró remordimiento alguno por lo hecho; por el contrario aseguró que hizo un bien a la sociedad al elegir víctimas, jóvenes homosexuales. Reconoció su participación en el secuestro de seis personas, de las cuales mató a cuatro y cobró un rescate de 150 mil pesos.

Y cómo olvidar el nombre de Gregorio Cárdenas, asesino serial que en su momento conmovió al país y al extranjero, por la forma en que dio muerte a cuatro mujeres, tres de ellas de la calle y la última su novia. Todos los cuerpos los enterró en el jardín de su casa en las calle en Mar del Norte 20 en Tacuba.

NARCOSATÁNICOS. El Rancho Santa Elena, en la ciudad de Matamoros, Tamaulipas, fue conocido mundialmente porque ahí la banda de los “Narcosatánicos” realizaban los

rituales de Palo Mayombe, un culto Afroamericano y donde se asesinó a decenas de personas.

La organización delitiva, que también se encargaba de introducir marihuana a Estados Unidos era comandada por David Serna Valdéz.

El novelista José Luis Calva Zepeda fue internado de emergencia en el hospital de Xoco, debido a que se agravó su estado de salud durante el traslado de la Cruz Roja de Polanco hacia el Instituto de Formación de Policías de la Procuraduría capitalina, donde quedaría bajo arraigo.

Por tal motivo pasó la noche en dicho hospital, donde permanece custodiado por elementos de la policía judicial y, por consiguiente, no rindió su declaración preparatoria ante el Ministerio Público.

De acuerdo con la Procuraduría capitalina, el denominado Caníbal de la Guerrero comenzó a quejarse de los golpes que presentaba en la cabeza, motivo por el que los paramédicos decidieron llevarlo a Xoco para un chequeo médico, donde finalmente determinaron que era peligroso llevarlo al centro de arraigo.

Alrededor de las 14:00 horas, el novelista fue dado de alta de la Cruz Roja por las lesiones que presentó al saltar del balcón de su casa ubicada en la calle Mosqueta número 198, departamento 17, en la colonia Guerrero donde además, fue atropellado, de acuerdo con los informes de la Procuraduría capitalina.

El hombre fue subido a la ambulancia 1 de la Cruz Roja, custodiado en todo momento por elementos del Grupo Especial de Reacción e Intervención (GERI).

El supuesto poeta y dramaturgo José Luis Calva Zepeda es primer asesino antropófago en la historia del crimen en la ciudad de México, y ahora las autoridades capitalinas buscan relacionarlo con los feminicidios cometidos en el área limítrofe entre el Estado de México y el Distrito Federal, donde han aparecido decenas de mujeres mutiladas, cuyas partes de sus cuerpos, como piernas, brazos y hasta dorsos no han sido localizadas.

El criminólogo e investigador de tiempo completo del Instituto Nacional de Ciencias Penales, (Inacipe), Martín Gabriel Barrón Cruz señaló en entrevista con Crónica que el presunto homicida, Calva Zepeda cuenta con todo el perfil de un psicópata, ya que a través de sus obras literarias, “Instintos Caníbales” y “La Noche Anterior”, en dos de sus poemas, “La espera” hace alusión a una maternidad frustrada, pero no por parte de sus parejas, sino de él mismo.

Confirmó que “Hay dos asesinos en serie, uno en Londres, John Duffy, y en Estados Unidos, Gary Heidnik, los cuales de acuerdo a los estudios psiquiátricos, comenzaron a matar mujeres, y después a devorarlas, porque querían ser madres y no podían, habría que determinar si en éste caso es igual”.

México ocupa actualmente el lugar número 10 con lo que respecta a homicidas seriales, el más famoso de ellos es la denominada, “Mataviejitas”, Juana Barraza Samperio; sin embargo, todos ellos corresponden al perfil del asesino mexicano, pero ahora, el caso de Calva Zepeda se encamina a la historia de los grandes psicópatas norteamericanos y

Europeos, como Albert Fish, Andrei Chikatilo, Ed Gein o el propio Jack, “El Destripador”, de quien nunca se logró conocer su identidad.

Barrón afirmó que por el momento no hay estudios en México que permitan realizar una clasificación de asesinos en serie; deficiencias que comienzan desde la integración de una averiguación previa que permitan llevar a cabo investigaciones a fondo sobre los asesinos en serie.

Dijo que ahora las autoridades deberán reconstruir el perfil criminológico del homicida, su forma de operar, la relación entre las víctimas, sus desempeños en su entorno, así como otros homicidios cometidos, ya que el perfil de una de las presuntas víctimas de Calva no responde a las otras dos mujeres, que eran farmacéuticas, pero la otra era una prostituta, aunque habrá que definir si tienen características particulares, sobre todo fisionómicas.

Detalló que la antropofagia es una práctica común relacionada a los homicidas seriales, que después de haber asesinado a sus víctimas proceden a descuartizarlas y devorarlas, como un sustituto del placer sexual, o de una disfunción o frustración del mismo tipo.

Entre los asesinos caníbales más celebres de la historia contemporánea se tiene el caso de Jack “El Destripador” quien cometió los homicidios en Londres Inglaterra en el año de 1888, aunque la única prueba que se tiene de su afición por la carne humana es una carta que envió a las autoridades, escrita con sangre de su víctima, en la que detallaba la manera de asesinarla, además que también les envió la mitad de uno de los riñones. “Les envió la mitad de los riñones que le saque a una mujer, el otro pedazo lo he frito y comido, estaba muy bueno”, dice la carta. A Jack se le relaciona con el asesinato de por lo menos cinco mujeres, todas ellas dedicadas a la prostitución.

En la exposición “Asesinos Seriales”, que se exhibe en el Centro Cultural Policial, se puede observar algunas recreaciones de Albert Fish, “El Vampiro de Brooklyn”, de 66 años, celebre en la década de los 30, por haber confesado que participó en la sodomización de por lo menos 100 niños, además de haber asesinado a otros 15, por presunto mandato de Dios. Se presume que la mayoría de sus víctimas fueron devorados por él.

El caso más celebre en el que participó en anciano de carácter afable y apariencia ingenua, fue el de la niña de seis años, Grace Budd, a cuyos progenitores envió una carta describiendo la forma en que asesinó a la menor, así como los métodos e ingredientes que utilizó para cocinarla. “Esa es la razón por la que acudí a su casa el tres de junio de 1928 y me llevara a su hija Grace hasta una casa abandonada donde la estrangulé, la corte en pedazos y comí parte de su carne. Ella murió siendo virgen”, reza la carta que envió a los padres de su víctima. De acuerdo con las seis confesiones que hizo en su momento el antropófago ante las autoridades estadounidenses, consumió la carne de la pequeña por diez días, la cual preparó de diferentes formas, entre ellas con tocino ahumado, zanahorias y cebollas.

El canibalismo le producía satisfacción sexual. Andrei R. Chikatilo, “El asesino de Rostov”, éste sujeto conmocionó a la sociedad de la ex Unión Soviética por los más de 52 homicidios con los que se le relacionó. El caníbal destaca por el sadismo con el que ejecutaba a sus víctimas, además de devorarlas después de haberlas privado de la vida, ya que los cuerpos encontrados entre los años 1978 y 1990, presentaban mutilaciones en sus genitales hechos con los dientes. Entre las víctimas del asesino de Rostov se encuentran

mujeres, niños y homosexuales. Chikatilo reconoció en su momento, que ante su impotencia sexual, cometía los homicidios, por lo cual prolongaba la agonía de sus víctimas y sólo mutilaba partes que no ocasionaban la muerte, pues era una placer que no encontraba en el sexo a pesar de ser casado y con hijos.

México contaba con nueve asesinos en serie, pero no con antropófagos, y ha pasado a la historia de las mentes criminales del mundo con Calva Zepeda, quien se ufana de ser poeta, escritor y actor, ahora la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal a través de sus peritos, definirá que encierra la mente siniestra del caníbal, que por lo menos ya cuenta con tres asesinatos en su historial, de los cuales consumió la carne de sus víctimas.

Vecinos de José Luis Calva Zepeda, el denominado “Caníbal de la Guerrero” aseguraron que era tranquilo, callado, elegante y hasta “galán”. El mote se lo ganó porque de su departamento, ubicado en el número 198 de la calle Mosqueta, siempre salía con diferentes mujeres. El conserje de dicho edificio, quien pidió no mencionar su nombre, informó que hace cinco meses Calva Zepeda se mudó al departamento número 17... “Llegó con algunas prendas y artículos para realizar labores de limpieza”, recordó. Y agregó: “nunca se comportó de forma extraña, es más, sabíamos que le gustaba cantar en un karaoke”.

Los colonos informaron que Calva llevaba a su departamento mujeres de diversas edades que contactaba en el cibercafé donde trabajaba, ese que está ubicado en la calle de Guerrero. De igual forma, vecinos recuerdan a Alejandra Galeana como una joven seria, que no socializaba mucho. Alejandra trabajaba en la farmacia de Genéricos Intercambiables que se ubica en la esquina de Guerrero y Orozco y Berra. A decir de sus compañeros, caminaba cuatro cuadas sobre el Eje 1 Poniente y en ocasiones el llamado “Caníbal de la Guerrero” la acompañaba.

Suspiraba con los poemas que le escribió su asesino. Pegada en la computadora, Alejandra Galeana, tenía la fotografía de José Luis Calva Zepeda, el hombre que terminó descuartizándola. También, guardaba en su recámara las cartas y los poemas que su novio le escribió para enamorarla.

Con sólo observarlos, cuenta su madre Soledad Garabito, la joven suspiraba ilusionada. —Ella era muy alegre y yo no diría que era la novia de ese sujeto, porque nos lo presentó como su amigo—contó a esta reportera Soledad. Frente al retrato de la joven, ahí donde fue velada, pues aún se encuentran imágenes religiosas, flores, veladoras y una cruz de cal en el suelo, la madre recordó que Alejandra conoció al llamado “Caníbal de la Guerrero” hace mes y medio en la farmacia dónde “Ale” trabajaba.

A decir de la señora de no más de 55 años, Calva Zepeda acudió a la farmacia de genéricos intercambiables, ubicada en la esquina que forman las calles Guerrero y Orozco y Berra donde su “nena” trabajaba. Ahí se presentó y la invitó a salir. “Un día mi hija lo trajo a la casa pero algo en él me hizo desconfiar, creo que fue mi instinto de madre porque hasta le advertí que no debía confiar en él. Es más, hasta le dije abiertamente que no lo volviera a traer a la casa”, recordó.

—¿Se comportó mal?—se le preguntó. —No, él se portó de manera normal. Trataba de ser gracioso, hizo bromas y hasta trató de agradarnos, quería encajar en la familia. A mi

me cayó muy mal al igual que a mis cuatro hijos. Ese día él nos contó que tuvo hijos con una mujer pero que las cosas no resultaron y ella se quedó con los niños.

—¿Su hija le contó cómo la trataba? — Sólo sé que era muy chantajista con ella, le decía que estaba deprimido por su culpa y que la necesitaba mucho, que se sentía mal pero nunca me volvió a contar nada porque sabía que me caía mal. “Es más, hasta se rompió la relación tan estrecha que mi hija tenía con sus hermanas; a ellas les contaba todo”.

Soledad explicó que desde el viernes 5 de octubre ya no supo nada de su hija. Dejó de contestar las llamadas que recibía a su celular. Situación sospechosa, ya que a diario se comunicaba con sus hijos para saber “qué dulces debía llevarles en la noche”. Como Alejandra no respondió a las llamadas, su mamá le pidió a otras de sus hijas que le hablara por teléfono a José Luis Calva Zepeda.

—Mi hija le preguntó que si Alejandra estaba con él, pero de inmediato le respondió que no la había visto y que si le llegaba a llamar, nos avisaría de inmediato por eso la reportamos como desaparecida— explicó.

Garabito mencionó que José Luis Calva Zepeda no tiene perdón de Dios, sin embargo, más serena comentó que el fallecimiento de su hija sirvió para que otras jovencitas no perdieron la vida manos de ese “desgraciado”.

“Lo único en lo que no puedo dejar de pensar es que mi hija era muy cobarde para enfrentarse al dolor, ya me imagino todo lo que sufrió. A mi nunca me dejaron entrar al departamento donde encontraron sus restos pero sí me imagino lo que le ese sujeto desgraciado le hizo”, comentó. —¿Y si él estuviera muerto? —Ni con la muerte pagaría el crimen que cometió contra mi hija mejor que viva y pague todo lo que le hizo a las muchachas, él no tiene perdón de Dios y no tenía derecho a quitarle la vida ni a mi hija ni a las demás muchachas.

Por último, la mujer agradeció a CAPEA y a las autoridades de la procuraduría capitalina por haber capturado al asesino de hija e hizo un llamado a todas las mamás para que investiguen a los novios de sus hijas.

La procuraduría capitalina ya investiga la posible relación de José Luis Calva Zepeda en el asesinato de al menos cinco mujeres que aparecieron descuartizadas en diversas colonias del DF, en Chimalhuacán y en el Bordo de Xochiaca. La dependencia informó que ya cuenta con un acervo completo de los versos que dirigía a sus parejas sentimentales a quienes siempre escogía de entre 30 y 40 años de edad, divorciadas, con hijos y con baja autoestima.

De igual forma, la dependencia informó que José Luis Calva Zepeda permanece en el Hospital de Xoco donde se le realiza un perfil psicológico y criminológico. Ahí, los médicos reportan su estado de salud como estable, por lo que existe la posibilidad de que hoy sea trasladado a la zona de arraigo del Instituto de Formación Profesional.

Por su parte, Tilemy Santiago Gómez, perito investigador en criminalística del Centro de Formación Policial de la PGJDF, explicó que el llamado “Caníbal de la Guerrero” es la caricatura del ser humano es un estado de profunda depresión. “Es una caricatura de cómo un ser humano puede actuar cuando entra en estado de depresión y tiene problemas

existenciales, psicológicos y conflictos emocionales”, aseguró. Santiago Gómez explicó que el presunto asesino serial muestra rasgos de frustración y falta de poder “porque el hecho de desmembrar cuerpos, representa que quiere manifestar poder y como no lo tiene, lo manifiesta de esta manera”, afirmó.

“Ese hombre tenía novio”... asegura Judith Casarrubia, madre de la mujer que el “Caníbal de la Guerrero” destazó en Chimalhuacán.

Incluso, cuenta que su pareja se llamaba Juan Carlos y que la Procuraduría del Estado de México tiene testimonio de eso.

Y es que, a decir de Judith, a finales del 2004 elementos policiacos de Chimalhuacán detuvieron a Juan Carlos acusado “también” de la desaparición de su hija Verónica Consuelo Martínez Casarrubia.

“Cuando desapareció en septiembre del 2004, las autoridades lo detuvieron. En esa época era la pareja sentimental de Calva”, recordó entre sollozos.

Luego contó que Juan Carlos declaró “que Vero fue quien le quitó a su pareja y que efectivamente José Luis vivía con ella cuando desapareció”.

Por eso advierte que el “Caníbal de la colonia Guerrero” pudo haber matado no sólo a mujeres sino también a hombres debido a que era bisexual.

—¿Su hija le presentó a José Luis?— se le preguntó.

—Sí, yo lo conocí el 14 de febrero (del 2004) en la fiesta de 15 años de una de mis sobrinas.

“Vero llegó con él y me lo presentó como su novio. No me gustó la relación ...”

—¿Sabe cómo lo conoció?

—Al parecer mi hija tenía un pequeño tumor en la cabeza y con frecuencia padecía de algunos dolores. Él se presentó como curandero y le dijo que tenía el remedio para curarla.

Como prueba, Judith guarda desde hace tres años una bolsa que contiene algunas hierbas que el novelista le hacía beber a la joven, que por cierto, “le provocaba vomito y nauseas” .

La mujer, de no más de 60 años, aseguró no haber tenido “gran contacto” con el presunto asesino serial. Dice, que había algo en él que la hacía desconfiar.

“Él trataba de ser agradable y en verdad lo era o eso nos hacía creer, pero tenía una mirada muy evasiva, aunque a las chicas les encantaba porque es muy varonil y como tiene facilidad de palabra... pues las embaucaba fácilmente”.

Casarrubia recuerda que Calva Zepeda golpeó brutalmente a su hija porque presuntamente se puso celoso.

“Sabemos que él bebía mucho, aparte se drogaba. Casi tenía a mi hija secuestrada en una casa ubicada en Ciudad Nezahualcoyotl”.

“Ella logró escaparse y se refugió con su ex esposo aunque en septiembre del 2004 cuando salió de la casa para comprar unas medicinas, jamás la volvimos a ver”, recordó.

Fue hasta mayo del 2005 cuando Judith Casarrubia encontró a su hija en la fosa común de Chimalhuacán, donde apareció desmembrada, “quizá utilizó la sierra eléctrica que tenían en la casa”.

—Antes de que encontráramos el cuerpo de mi hija, casi a diario llamaban por teléfono a la casa y sin hacer ningún ruido colgaban. Llegamos a creer que era ella pero ahora estoy segura de que era José Luis, trataba de enterarse si ya la habíamos encontrado o simplemente gozaba con nuestro dolor.

Judith explicó que Calva obligó a su hija a renunciar a la farmacia y la despojó de su finiquito y de un premio en dinero que Verónica obtuvo por una venta grande que realizó.

José Luis Calva Zepeda, El Caníbal de la Guerrero, se reservó su derecho a declarar por los delitos de homicidio calificado y profanación de cadáveres en contra de Alejandra Galeana Garavito; sin embargo ante el secretario de acuerdos reconoció ser alcohólico y adicto a la cocaína, además que tenía problemas psicológicos.

Tras la rejilla de prácticas, Calva Zepeda dudó cuando el juez 21, Juan Jesús Chavarría Sánchez, le cuestionó si estaba dispuesto a declarar sobre los delitos que se le imputaban, en principio dijo que sí, pero ante las indicaciones de su abogado, Humberto Guerrero Plata, reconsideró su respuesta y se negó a declarar, alegando que no coordinaba sus ideas.

¿Usted quiere declarar en relación a estos hechos?, le cuestionó el juzgador, a lo que Calva Zepeda señaló: “Las cosas no fueron así”, por lo que el juez le preguntó al menos en tres ocasiones que si quería declarar; “Sí pero no coordino bien mis ideas..., no, no quiero declarar”, dijo en tono confundido el implicado.

A pesar de haber subrayado que los hechos no eran como se refirieron en el pliego de consignación, cuando el juez le enseñó la averiguación previa con la declaración que le tomaron en el Hospital de Xoco, el procesado reconoció su firma plasmada en el documento.

Durante el interrogatorio que le practicaron en el Juzgado 21, sobre sus datos generales asintió que consume alcohol, tabaco y drogas, especialmente cocaína, y que sufre de trastornos psicológicos.

Dijo que es casado, aunque no vive con su mujer, de la cual no se ha divorciado, padre de dos hijos, y que sus padres se llaman Elia Zepeda Camarena y Esteban Calva Téllez (finado).

En la comparecencia, que se prolongó más de una hora, el sujeto se llevó en varias ocasiones las manos a la cabeza, o se recargaba sobre la rejilla, mostrando cansancio y malestar, aunque escuchó atento los cargos y hechos de la muerte de Alejandra Galeana.

En su momento, cuando el juez y la fiscalía se encontraban detallando los datos de su consignación, el abogado Guerrero Plata se acercó a la rejilla de prácticas y lo cuestionó sobre sus presuntos actos de canibalismo, a lo que Calva Zepeda respondió que eran especulaciones de los medios.

—¿Sí te la estabas comiendo?, preguntó el defensor, y Calva respondió: —“No, es puro amarillismo”.

Cabe destacar que minutos antes que fuera llevado a la rejilla de prácticas, el que ahora es su abogado, Humberto Guerrero Plata presuntamente se comunicó con Calva Zepeda a través de un “contacto” encargado de tomar las huellas dactilares para la ficha sinaléctica de los presos, para ofrecerle sus servicios de manera gratuita, sólo como un “acto de humanidad”.

Durante dicha plática por teléfono celular, el abogado le ofreció a Calva Zepeda tomar su defensa, en la cual alegarían “una pequeña locura o esquizofrenia”, por su parte, el inculcado le confió que tenía por lo menos 25 años de ser adicto a la cocaína en piedra.

Después que el procesado se reservara su derecho a declarar, Guerrero Plata pidió la duplicidad de término, sin embargo, solicitó ante el juez que la próxima audiencia fuera el lunes 29 de octubre a las 10:00 horas, aunque el juez tiene de plazo hasta el miércoles 31 para dictar el auto de formal prisión o de libertad.

La Procuraduría General de Justicia del Estado de México (PGJEM) lleva a cabo investigaciones en torno a cuatro homicidios presuntamente vinculados con José Luis Calva Zepeda, El Caníbal de la Guerrero, el último de ellos perpetrado en el año 2006 en el municipio de Texcoco.

El procurador mexiquense Abel Villicaña, fue entrevistado luego de participar en la inauguración de la Reunión Regional de Procuradores de Justicia de la Zona Centro, donde informó que el crimen tiene analogías con los homicidios perpetrados por el inculcado en el Distrito Federal.

Precisó que dichas coincidencias son los miembros cercenados, los cortes que se hicieron en el cuerpo, así como los miembros que faltan en los cadáveres de las víctimas.

El pasado 12 de diciembre, se encontró sobre el kilómetro 31 del Circuito Interior Mexiquense, en la colonia Potrero del Rey, en Ecatepec, el antebrazo de una mujer, por estos hechos se inició la averiguación previa EM/III/13490/2006.

Horas más tarde, en el kilómetro 32+500, sobre la carretera México-Lechería, en el municipio de Texcoco hallaron una pierna de mujer, la cual estaba cuidadosamente depilada, las uñas del pie pintadas con esmalte color gris perla, por estos hechos se inició la investigación TEX /II/3289/2006.

El 13 de diciembre del 2006, se encontró en el Circuito Interior, en el tramo Jorobas-Zumpango, el brazo izquierdo de una mujer. Después de las pruebas periciales necesarias se logró establecer que los miembros encontrados pertenecen a un mismo cuerpo, aunque por el momento la víctima no ha sido identificada.

Por estos hechos la Procuraduría mexiquense se presentó en el Hospital de Xoco para tomarle su declaración a Calva Zepeda, quien negó los hechos.

Cabe señalar que Calva Zepeda, está ligado con el homicidio de su ex novia Verónica Martínez, ocurrido en Chimalhuacán, en el año 2004. (Israel Yáñez G.)

A las 06:30 horas de esta mañana fue localizado en el interior de la celda 12 en la Zona 3 de Ingresos del Reclusorio Oriente, el cuerpo de José Luis Calva Zepeda, el “Caníbal de la Guerrero”, quien presuntamente se ahorcó con su cinturón.

Los custodios del penal tomaron en cuenta la ausencia del Caníbal de la Guerrero, quien no acudió al pase de lista, por lo que se trasladaron a la celda a buscarlo y lo encontraron colgado con su cinturón.

Cabe destacar que, el occiso no dejó mensaje póstumo y además se encontraba en el área de ingreso y no en el de población general.

El asunto toma relevancia porque de acuerdo con el perfil psiquiatra, los peritos habían recomendado a las autoridades de Procuración e Impartición de Justicia y de Custodia que José Luis Calva Zepeda no era una persona apta para cumplir su condena en prisión preventiva convencional, por lo cual debería estar en un área especial con cuidados especiales y bajo prescripción médica por los síntomas maniacos depresivos que sufría y por sus tendencias suicidas, ya que a lo largo de su vida había intentado suicidarse por lo menos en dos ocasiones

Las autoridades del Gobierno del Distrito Federal han ordenado a la Procuraduría General de Justicia capitalina que de inicio a las pesquisas correspondientes para determinar cuáles fueron las causas que llevaron a Calva Zepeda a tomar la determinación de acabar con su vida, por lo que se inició la averiguación IIZP/IZP-8-T3/3104-07-12.

Por su parte una de las concubinas, de nombre Dolores Juana Medoza informó en entrevista telefónica, que Calva Zepeda se encontraba bajo un estado de tristeza y ansiedad, ya que tenía que reunir más de 2000 pesos para entregarlos a los custodios y con esto lograr que no dejaran ingresar a otros internos para que lo golpearan. Esta situación lo tenía “cansado” por lo cual, “ya no quería vivir”.

Dicha conversación la sostuvo la mujer el pasado lunes con el hoy occiso, aunque reconoció que no había hablado de suicidio. Con llanto en los ojos y evidentemente alterada, la mujer informó que su hermano envió una carta al subdirector de Jurídico del Reclusorio Oriente, Álvaro Quiñones, por la cual le informó sobre las extorsiones de las que estaba siendo víctima, sin embargo, las autoridades hicieron caso omiso de la misiva.

Precisó que Calva Zepeda ya había entregado un primer pago de mil 400 pesos, pero que en esta ocasión le exigieron 2 mil, de lo contrario no “llegaría” vivo a la audiencia programada para el 12 de diciembre. Al medio día el cuerpo de Calva Zepeda salió del Penal en una camioneta del Servicio Médico Forense para practicarle la necropsia correspondiente.

ANTHONY MORLEY

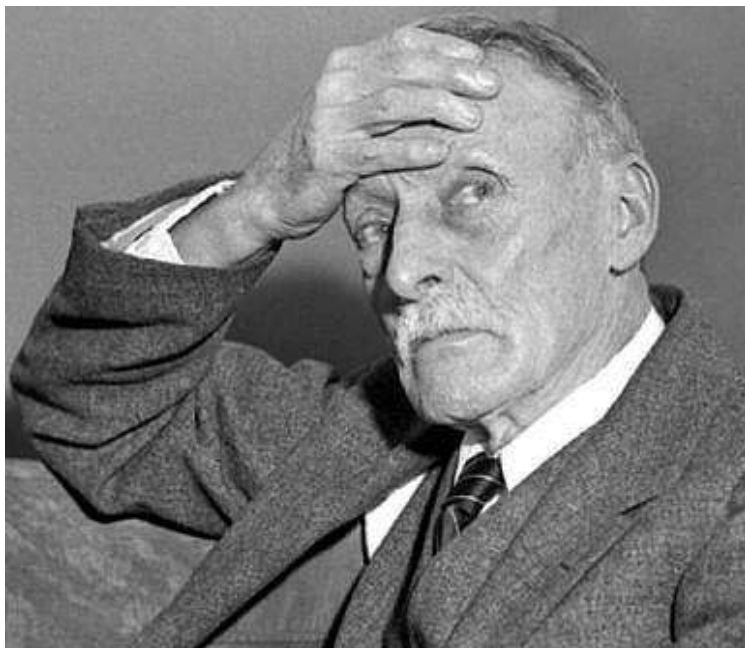


Un chef británico ha comparecido ante un tribunal de la ciudad inglesa de Leeds, acusado de asesinar a su amante homosexual, trocear uno de sus muslos, sazónarlo y freírlo en aceite de oliva.

La víctima se ganaba la vida vendiendo espacio publicitario en una revista gay. Ese acto de canibalismo fue protagonizado por Anthony Morley, de 36 años, un ex Mr. Gay del Reino Unido, según informa el diario The Times. Cuando la policía acudió el pasado abril al domicilio de Morley, encontró en el dormitorio el

cadáver desnudo y ensangrentado de Damian Oldfield, de 33 años. Pero faltaba parte del cuerpo y en la cocina se encontraron trozos de carne humana que evidentemente pertenecían a la víctima, alguno de ellos mordido ya por el supuesto homicida. La víctima, que se ganaba la vida vendiendo espacio publicitario en una revista gay, era homosexual y hacía tiempo que conocía a Morley. Según la acusación, ambos hombres se encontraron en un bar del centro de la ciudad, donde bebieron abundantemente, tras lo cual se dirigieron a casa del chef. Alega que intentó violarle. A la mañana siguiente, Morley, vestido con bata y con la cara y las manos ensangrentadas, se presentó en una tienda próxima a su domicilio y pidió al dependiente que llamase a la policía porque había matado a alguien que había intentado violarle. El defensor de Morley no negó que su cliente hubiese dado muerte a Oldfield e incluso que hubiese cocinado partes del cadáver, pero dijo que el jurado debía tener en cuenta la posible provocación de que había sido objeto aquél y su estado mental.

ALBERT FISH



«Si por lo menos el dolor no fuese tan doloroso...»

Cada día, en algún lugar, una persona llega al último día de su existencia. En el caso de Grace Budd, de diez años de edad, parecía haber poquísimas posibilidades de que el domingo 3 de junio de 1928 fuera su último día sobre la faz de la tierra. Aunque papá y mamá Budd, su hijo Edward, de dieciocho años, y la pequeña Grace distaban mucho de nadar en la abundancia, formaban una familia unida y feliz.

Además, Edward acababa de insertar un anuncio en el periódico solicitando algún empleo; parecía que todo iba a mejorar.

El optimismo de Ed se vio confirmado el 3 de junio. Un hombre de edad avanzada y aspecto respetable que decía llamarse Frank Howard llamó a la puerta del apartamento de los Budd con un ejemplar del periódico en la mano. Howard les explicó que tenía una granja en Farmingdale, Long Island, y que si al joven Edward no le importaba pasar la vida al aire libre en el campo, estaba dispuesto a darle una oportunidad.

Puede que fuera por la gratitud que sintieron o quizá confiaron demasiado en aquel hombre bajito de cabellos grises. Sea cual sea la razón, el caso es que Albert y Delia Budd permitieron que Frank Howard llevara a su hija Grace a la fiesta infantil que la hermana de Howard iba a dar aquella misma tarde. Nunca volvieron a verla con vida.

Naturalmente, no había ninguna fiesta. La pobre Grace fue llevada a Wisteria Cottage, una casa deshabitada de Greenburgh donde Albert Fish -el hombre que se hacía llamar «Howard»- la estranguló.

Pasaron seis años antes de que alguien volviera a tener noticias de Grace Budd. El 11 de noviembre de 1934 el correo matinal de los Budd contenía una carta que, entre otras cosas, decía lo siguiente:

Querida señora Budd:

Hace algunos años mi amigo, el capitán John Davis, zarpó de California con destino a Hong Kong, China, que por aquel entonces estaba sufriendo los efectos del hambre. Las calles se habían vuelto muy peligrosas para los niños menores de doce años, pues existía la costumbre de matarlos, cortarlos en pedazos y vender la carne como alimento. Antes

de partir para Nueva York mi amigo capturó a dos niños -uno tenía seis años y el otro once-, los mató, guisó su carne y se la comió.

Ésa es la razón de que acudiera a su casa el 3 de junio de 1928 y, con el pretexto de acompañarla a una fiesta infantil que iba a dar mi hermana, me llevara a su hija Grace hasta una casa abandonada de Westchester County, Worthington, donde la estrangulé, la corté en pedazos y comí parte de su carne. No me la tiré. Murió siendo virgen.

La carta tuvo un efecto terrible sobre la señora Budd, como es fácil de comprender, y la impulsó a ponerse en contacto con el detective Smith, quien se había encargado de investigar la desaparición de Grace. Una dirección semiborrada en el dorso del sobre permitió que Smith siguiera la pista de Albert Fish, de 66 años de edad, hasta una mísera pensión en la calle Cincuenta y dos de Nueva York, donde fue arrestado el 13 de diciembre. Que tuviera en su poder una colección de recortes de periódico donde se narraban los crímenes de Fritz Haarmann, el ogro de Hannover, acabaría demostrando ser más significativo de lo que parecía a primera vista.

Una vez detenido, Fish firmó seis confesiones referentes al asesinato de Grace Budd. Sus declaraciones no sólo admitían el asesinato. Después de haber estrangulado a la niña le quitó la ropa, le cortó la cabeza con un trinchante y partió su cuerpo en dos con una sierra a la altura del ombligo. Escondió la mayor parte del cadáver en el lugar del crimen y se llevó consigo una cierta cantidad de carne que cocinó de varias formas distintas -«con zanahorias, cebollas y tiras de bacon»-, y que consumió durante el curso de las semanas siguientes.

En el intervalo de tiempo que transcurrió desde su arresto hasta que fue juzgado en el tribunal de White Plains el 12 de marzo de 1935, Albert Fish fue sometido a largos y concienzudos exámenes por el doctor Fredric Wertham, uno de los psiquiatras más eminentes de Norteamérica. El doctor Wertham resumió la personalidad de Fish diciendo que era «uno de los casos de perversión sexual más desarrollados existentes en toda la literatura de la psicología anormal».

Fish le confesó que se sentía obligado a torturar y matar niños, y que solía actuar siguiendo órdenes directas de Dios, cuya voz oía frecuentemente. En cuanto al asesinato de Grace Budd y la posterior canibalización de su carne, Fish afirmó que ese tipo de actos le provocaban un estado de éxtasis sexual muy prolongado. Años después Wertham recordó la estremecedora despreocupación con que Fish describió este proceso: «Era como oír a un ama de casa explicando las recetas de sus platos favoritos. Tenías que recordarte continuamente que estaba hablando de una niña... Acabé convencido de que, fuera cual fuese la definición legal y médica de la cordura, Fish se encontraba más allá de sus límites.»

En el juicio de Fish el doctor Wertham afirmó que «no existe ninguna perversión conocida que no practicara y con frecuencia.» Fish admitió haber cometido actos obscenos con casi un centenar de niños, casi todos habitantes de los ghettos negros de 23 estados desde Nueva York a Montana... y admitió haber asesinado a quince. Sus perversiones no se limitaban a los daños infligidos en otras personas y abarcaban el causarse dolor a sí mismo. Uno de sus sistemas preferidos era clavarle agujas alrededor de los genitales. Una radiografía tomada en la prisión reveló que tenía 29 agujas en el cuerpo; algunas llevaban tanto tiempo allí que ya habían empezado a oxidarse. En algunas ocasiones había

intentado introducirse agujas debajo de las uñas, pero no tardó en tener que renunciar a ello cuando el dolor se hizo insoportable. «Si por lo menos el dolor no fuese tan doloroso ... », se lamentó ante Wertham. Fish también describió las emociones que experimentaba al comer sus propios excrementos, y el obsceno placer que le producía introducirse trozos de algodón empapado en alcohol dentro del recto y prenderles fuego. Estaba claro que Albert Fish se hallaba tan desquiciado como el Sombrero Loco de Alicia, y tampoco cabía duda de que era un chapelier terriblemente peligroso.

Parecía obvio que la defensa de Fish durante el juicio se basaría en alegar locura, y así fue. Pero, pese al testimonio del doctor Wertham y el de los hijos de Fish, quienes contaron haber visto cómo su padre se golpeaba el cuerpo desnudo con tablones claveteados hasta hacer brotar la sangre mientras gritaba «Soy Jesucristo», el jurado opinó que Fish era culpable de «asesinato en primer grado».

Después de su apelación se volvió a discutir si Fish podía ser considerado legalmente loco y el diagnóstico de «psicosis paranoide» presentado por Fredric Wertham fue nuevamente rechazado. Uno de los cuatro psiquiatras llamados para declarar cuerdo a Fish llegó hasta el extremo de emitir la siguiente opinión: «Un hombre podría comer carne humana durante nueve días y, aun así, no padecer psicosis. Los gustos personales son inexplicables.... se trata de algo relacionado con el apetito y la intensidad de su satisfacción, y el individuo puede cometer actos muy repulsivos y, pese a ello, seguir siendo capaz de comprender las cosas y ver lo que le rodea.»

La única esperanza era una apelación directa al gobernador del estado. El doctor Wertham hizo su última y apasionada súplica mientras Albert Fish esperaba en su celda del pasillo de la muerte de Sing Sing: «Este hombre no sólo es incurable e imposible de reformar, sino que no puede ser castigado. Su mente trastornada anhela conocer la silla eléctrica porque la considera como la experiencia definitiva del dolor supremo.»

Nunca sabremos el placer que Albert Fish sacó de su propia ejecución. Lo que sí sabemos es que la gélida mañana del martes 16 de enero de 1936 la perspectiva de ser ejecutado parecía alegrarle bastante: incluso ayudó a ajustar las correas con que le ataron a la silla eléctrica.

Posteriormente un miembro del jurado reveló que la mayoría de ellos habían aceptado el hecho de que el prisionero estaba legalmente loco, pero el catálogo de sus crímenes contra la infancia les impresionó de tal forma que acabaron llegando al convencimiento de que Fish merecía ser ejecutado. El doctor Wertham siguió estudiando el telón de fondo de la inestabilidad mental de Albert Fish, y en 1949 publicó sus descubrimientos en el libro titulado *The Show of Violence*.

1926. Nueva York. El joven Edward Wood, hijo mayor de una humilde familia, publica un anuncio buscando trabajo, preferiblemente en el campo. Al día siguiente, un tal Frank Howard se presenta en el apartamento de los Wood, en el 406, calle 15 Oeste. Afirma poseer una granja en Farmingdale, Long Island. Está casado, tiene seis hijos y necesita ayuda. Paga un buen adelanto al joven Edward y cuando parece que está todo arreglado, se dirige a los padres del muchacho para preguntarles si puede invitar a Grace, su hija pequeña, a la fiesta de cumpleaños de uno de sus hijos. Asegura a los Wood que traerá de vuelta a la niña antes del anochecer y les deja la dirección (falsa) de su hermana, donde

se supone que va a celebrarse la fiesta. Ésa será la última vez que sus padres o nadie, aparte del siniestro Frank Howard, vuelvan a ver con vida a la pequeña Grace Wood.

Casi diez años más tarde, el 11 de noviembre de 1934, la madre de Grace, Delia Wood, recibe una carta que, por decir algo, resulta escalofriante:

«Estimada señora Budd:

»En 1894, un amigo mío servía como marinero de puente en el buque Tacoma con el capitán John Davis. Salieron de San Francisco con destino a Hong Kong. Una vez llegados a puerto, él y dos compañeros bajaron a tierra a emborracharse. A su regreso, el buque había salido ya sin ellos. En esa época, el hambre reinaba en la China. Cualquier clase de carne se vendía entre uno y tres dólares la libra. Los más pobres sufrían tanto que vendían a los carniceros a sus hijos de menos de 12 años para que los despedazaran y revendieran. En cualquier carnicería se podían obtener, así, bistés, costillas y filetes. A la vista del comprador, los cortaban del cuerpo desnudo de una niña o un niño. Las nalgas, que es la parte más tierna, se vendían como ternera y eran el pedazo más caro.

»John se quedó tanto tiempo en Hong Kong que se aficionó a la carne humana. A su regreso a Nueva York, secuestró a dos niños, de 7 y 11 años, que llevó a su casa. Los desnudó, los ató dentro de un armario y quemó sus trajes. Muchas veces, de día y de noche, los apaleaba y torturaba para hacer más tierna su carne. Mató primero al mayor, pues su culo era el más carnoso. Coció y devoró cada parte de su cuerpo excepto la cabeza, los huesos y los intestinos. El niño fue asado en el horno (su culo), cocido, hervido, frito y guisado. El niño menor pasó a su vez por lo mismo. En esa época, yo vivía en el 409 de la calle 100 Este, cerca del lado derecho. John me hablaba tan a menudo de la delicadeza de la carne humana que me decidí a probarla. El domingo 3 de junio de 1928 fui a casa de usted, en el 406 de la calle 15 Oeste. Llevé queso y fresas. Comimos juntos. Grace se sentó sobre mis rodillas para darme un abrazo. Decidí comérmela. Me inventé un cumpleaños y ustedes le dieron permiso para que me acompañara. La llevé a una casa abandonada de Westchester en la que me había fijado. Al llegar, le dije que se quedara fuera. Cogió flores silvestres. En el primer piso, me desvestí completamente para evitar las manchas de sangre. Cuando lo tuve todo listo, me acerqué a la ventana para decirle a Grace que subiera. Me oculté en un armario hasta que llegó. Cuando me vio desnudo se echó a llorar y quiso huir. La alcancé y me amenazó con decírselo todo a su mamá. La desnudé. Se defendió mucho, me mordió y me hizo algunos rasguños. La estrangulé antes de cortarla en pedacitos para llevarme a casa su carne, cocinarla y comérmela. No pueden imaginar cuán tierno y sabroso estaba su culito asado. Tardé nueve días en comérmela por completo. No me la tiré, aunque hubiese podido hacerlo, de haberlo querido. Murió virgen.»

Gracias a esta monstruosa misiva, el detective William King, de la policía de Nueva York, pudo dar los primeros pasos para atrapar a Frank Howard, Cuando lo consiguió, el 13 de diciembre de ese mismo año de 1934, fue para descubrir que el tal Howard se llamaba realmente Albert Fish y era ya un anciano de 64 años de aspecto respetable. Pero tras la fachada de abuelito inofensivo se escondía uno de los más grandes monstruos humanos de todos los tiempos. Un extraño personaje del que se dijo que no existía perversión sexual alguna que no hubiera practicado o probado alguna vez: sadismo, masoquismo,

exhibicionismo, voyeurismo, pedofilia, homosexualidad, coprofagia, fetichismo, canibalismo...

A pesar de que en el momento de su detención residía en Nueva York, junto a sus seis hijos de aspecto desnutrido, era un genuino ejemplar del gótico americano más profundo, cuyas siniestras actividades se habían extendido a todo lo largo y ancho del norte y el este de Estados Unidos. Según él mismo confesó: «desde Nueva York a Montana. Y he tenido niños en cada uno de esos Estados».

Imposible saber con exactitud el número de víctimas. El detective King calcula que, sólo en el estado de Nueva York, aparte de la pequeña Grace, había dado muerte al menos a otras cinco niñas: Florence McDonnell, Barbara Wiles, Sadie Burroughs, Yetta Abramowitz y Helen Sterler. De la muerte de esta última sería acusado un vagabundo de color que, a pesar de insistir en su inocencia hasta el último instante, fue ejecutado por el crimen.

Tras la detención de Albert Fish comienza uno de los juicios más largos, complejos y escalofriantes en la historia del estado de Nueva York. A lo largo de las sesiones, Fish, quien tiene sin duda un cierto talento dramático y literario, va desvelando, en gran medida gracias a sus charlas con el psiquiatra de la defensa, el doctor Fredric Wertham, detalles sobre su vida íntima cada vez más y más terribles y escabrosos. Además de sus constantes violaciones y asesinatos, que comienzan en 1890, ha practicado solo o en compañía los actos más repulsivos y prohibidos que puedan imaginarse.

Ante el expectante público del juicio desfilan perversiones y prácticas eróticas y sexuales que muchos de los miembros del jurado ni siquiera hubieran podido imaginar, y que les deben ser explicadas por los psiquiatras durante sus extensas declaraciones. A pesar de haberse casado al menos cuatro veces, sin formalizar nunca el divorcio de su primera esposa, Fish es un homosexual lleno de extraños complejos represivos a causa de su condición. En 1882, a los doce años (y siempre según sus propias declaraciones. Por lo que conviene recordar que Fish, como la mayoría de los psychokillers, es también un mentiroso patológico al que no hay que creer a pies juntillas), mantiene relaciones con un joven telegrafista, que le inicia en los dudosos placeres de la coprofagia y la lluvia dorada.

Entre los juegos que enseña a su numerosa prole durante sus primeros años se incluyen adivinanzas que han de preguntarle: si falla, deben golpearle con un bastón en la espalda. Siempre falla. Otras veces pretende que sus hijos se introduzcan agujas debajo de las uñas, aunque el dolor es tan excesivo que desiste de ello. Siempre juega desnudo o vestido sólo con unos calzoncillos.

Usando numerosos pseudónimos se dedica a enviar cartas obscenas a extraños y conocidos. Son cartas explícitamente pornográficas en las que da salida a su perversa imaginación, o en las que simplemente cuenta anécdotas de su vida diaria que harían temblar a cualquiera. Sus prácticas masoquistas incluyen golpearse el escroto con manojos de rosas llenos de espinas y hundir agujas de marinero en sus órganos sexuales.

El examen médico que realizan en el detenido el 28 de diciembre de 1934, muestra que tiene unas veintisiete agujas introducidas en el escroto y la base del pene, algunas cerca del colon, del recto o de la vejiga, y varias ya herrumbrosas y en proceso de infección. Maníaco religioso, se castiga con latigazos y golpes hasta ensangrentar su rostro y

espalda, mientras grita frases de la Biblia o delirios místicos sobre Cristo, el sacrificio de Abraham y el Infierno. Durante las noches de luna llena sufre crisis que sólo calma devorando pedazos de carne cruda y ensangrentada. Su vida es un constante entrar y salir de cárceles e instituciones psiquiátricas, a causa de sus cartas obscenas y de pequeños delitos de robo y estafa. Sin embargo, su historial clínico indica irónicamente que «*No está loco ni es peligroso*».

Naturalmente, el argumento de la defensa se centra en la locura. Pero ni siquiera todo el empeño de su abogado James Dempsey, ayudado por el doctor Wertham, consigue librarle de la pena de muerte. El propio Fish se niega a que se le califique de loco. Según dice sólo es «un homosexual que no entiende lo que le pasa». Cuando se le notifica que será ejecutado en la silla eléctrica, su comentario inmediato es: «Qué alegría, morir en la silla eléctrica. Será el último escalofrío. El único que todavía no he experimentado.»

Un miembro del jurado confiesa que está convencido de la enfermedad mental del acusado, pero que aun así la monstruosidad de sus actos merece la muerte. Sentado en la silla el 16 de enero de 1936, en la célebre prisión de Sing Sing, todavía queda una última y macabra anécdota para cerrar la vida y obra de Albert Fish: cuando se le aplica la primera corriente el metal de las numerosas agujas introducidas en su cuerpo provoca un cortocircuito. Sólo morirá con una segunda y más potente descarga. He ahí una utilidad para el piercing que a la mayoría no se nos hubiera ocurrido nunca.

La muerte de Albert Fish termina con uno de los casos más extremos de psicopatía sexual conocidos. Y unos años después, termina también con la era dorada del cómic americano. Sí, lo han leído bien. Pero es que en el juicio contra Fish hubo también otro maníaco obsesivo implicado. El psiquiatra de la defensa, doctor Fredric Wertham.

Antes de trazar un breve retrato de este personaje, conviene advertir que no sólo los asesinos locos han sufrido una mutación en el Nuevo Mundo. También los psiquiatras han mutado. Cuando el psicoanálisis llega a los Estados Unidos se convierte en una pseudoreligión, una cura para todo o casi todo, comparable a la Christian Science o a la Dianética. Hollywood, Nueva York, Chicago... las grandes ciudades se llenan de consultorios psiquiátricos y gabinetes de psicoanálisis de visita obligada para todo el que quiera estar a la última. Tener psiquiatra es lo más chic. El cine se hace eco y durante unas décadas abundan las películas de tema psiquiátrico: *Marnie*, *la ladrona* de Hitchcock, *Freud*, *pasión secreta* de John Huston, *De repente el último verano* de Joseph Mankiewicz, *Niebla en el pasado* de Mervyn Le Roy, *Secreto tras la puerta* de Fritz Lang...

Pero las modalidades de la psiquiatría que más gustan en Norteamérica no son precisamente las de los freudianos ortodoxos. Freud era demasiado complicado. Un judío ateo y acomplexado, que utiliza términos incomprensibles, referencias a otros tipos igualmente complicados (Kant, Schopenhauer...), que duda hasta de la Biblia. Por ello serán algunos de los más díscolos y rebeldes alumnos del maestro quienes triunfen en América.

Alfred Adler basa sus teorías en el complejo de inferioridad como motor de la mayoría (o de todas) las disfunciones del individuo mentalmente enfermo. Socialista, bien pensante y preocupado ante todo por la reinserción del enfermo en la vida laboral, familiar y social «normal», se convierte en uno de los favoritos. Wilhelm Reich, alumno también de Freud,

decide que todos los problemas radican en la represión sexual que practica la sociedad tradicional. El sexo es bueno (como el hombre) y sólo se producen perversiones, desviaciones y enfermedades porque se le reprime. En los años sesenta, buena parte de la ideología de la libertad sexual se basará en las obras de Reich, pero para ese entonces, el psiquiatra se halla completamente inmerso en la mística búsqueda, captura y domesticación del «orgón», la misteriosa partícula sexual cuyo nombre proviene del espasmo de placer que provoca el orgasmo, y que se convertirá en el Grial de los reichianos, cura de todas las enfermedades.

Las teorías de Jung, convenientemente simplificadas, serán también de las favoritas entre los americanos. Jung se sentirá durante toda su vida fascinado por los fenómenos paranormales, desarrollando una visión del mundo que, desde el punto de vista psicológico, le permitirá explicar racionalmente estos fenómenos y todo lo relacionado con la experiencia religiosa. De esta manera, se convertiría también en vaca sagrada del movimiento New Age y de los hippies con tendencias esotéricas. El crecimiento frondoso de estas y otras escuelas de psicoanálisis nuevas en el fértil terreno espiritual y social de los Estados Unidos dará también por resultado que los psiquiatras mismos se conviertan en estrellas de su propio Olimpo. Algo que unido a que se les consulte y presente como especialistas y testigos, tanto de la defensa como de la acusación, en todo juicio importante, significa para muchos de ellos la posibilidad de aumentar su prestigio científico en universidades e instituciones, además de aumentar de paso el número de sus pacientes. Y todos sabemos gracias a Woody Allen que sus minutas no son pequeñas.

El juicio contra Albert Fish acabó por convertir al psiquiatra de la defensa, el doctor Fredric Wertham, en toda una superestrella americana. Nacido como Frederick Ignace Wertheimer en 1895 en Austria, el habitual cambio de nombre al más breve y manejable Fredric Wertham indica ya algo de la influencia mutante que ejerce el adoptar la nacionalidad norteamericana (¿habría tenido más predicamento en USA Freud si se hubiera llamado algo así como Ziggy Freud, en vez del áspero Sigmund?). Wertham pasó por muchas de las mejores instituciones universitarias europeas (Wurtsberger, Erlangen y el Kings College de Londres), fue durante veinte años director psiquiátrico del Departamento de Hospitales de Nueva York y fundador de diversas instituciones psiquiátricas, que prestaban especial atención a los enfermos sin dinero y de clase baja, como la Clínica La Fargue de Harlem. Wertham era también divulgador de la psiquiatría y autor de varios best sellers en los que, con un lenguaje sencillo y al alcance de los lectores de clase media, exponía su particular visión de las enfermedades mentales, especialmente de las desviaciones sexuales y del problema de la violencia. Obras como *The Show Of Violence*, *A Sign for Cain: An Explanation of Human Violence* y, sobre todo, *Dark Legend: A Study in Murder*, que fue adaptada al teatro, fueron verdaderos éxitos que contribuyeron a la popularidad de las ideas de Wertham, decidido partidario de la influencia social y ambiental sobre el comportamiento criminal.

Su defensa de Albert Fish durante el juicio aumentó más, si cabe, su predicamento como especialista en el tema. Fue él quien consiguió sacar a Fish sus confesiones más íntimas, que incluían el canibalismo que durante un tiempo se negó a reconocer, y fueron sus declaraciones a la prensa, incluyendo los más macabros detalles, las que dieron al caso su más infame resonancia. Wertham defendió apasionadamente la locura del acusado y, aunque resultara inútil, siempre se mostró convencido de que el lugar para Albert Fish no era ni el corredor de la muerte ni la cárcel, sino una institución psiquiátrica de alta seguridad, en la que pudiera estudiarse su enfermedad. No cabe duda de que durante el

fenómeno de transferencia que se da siempre entre psicoanalista y paciente, Wertham acabó por desarrollar un cierto aprecio y respeto por Fish, personalidad compleja y rica para cualquier psiquiatra, capaz de tener rasgos de inteligencia superior junto a ingenuidades claramente infantiloides.

Para Wertham estaba fuera de toda cuestión el hecho de que Fish, como todo enfermo violento de carácter sexual, era una víctima de su entorno, de su infancia y de las influencias externas, incluidas sus aficiones literarias. Por regla general, el psicoanálisis freudiano niega que la personalidad esté programada genéticamente. Pero los freudianos ortodoxos no son tampoco optimistas: para ellos el carácter humano se forma durante los primeros cinco años, en los que atraviesa las diversas formas de erotismo infantil descritas por Freud, durante los que se conformarán sus principales líneas de carácter, consciente e inconscientemente. Sin embargo, para muchas escuelas psicoanalíticas nacidas ya en los Estados Unidos el recurso al complejo de Edipo y, sobre todo, la sexualidad infantil y el predominio de la libido propuestos por Freud resultaban demasiado incómodos, pesimistas y restrictivos.

De esta manera se fue dando preponderancia a la influencia ambiental en el niño, el adolescente y el adulto. Fredric Wertham era uno de los partidarios más encarnizados de esta influencia, especialmente la procedente no sólo del entorno familiar y social, sino de los medios de comunicación: el cine, la prensa, la televisión, el cómic... Lo que hoy llamaríamos los media. En el mismo caso de Albert Fish, junto a una detallada biografía del personaje que recogía todas sus tremendas vivencias familiares y personales, Wertham señalaba la influencia maligna que también habían tenido sobre su personalidad sus gustos literarios: «*Uno de los más notorios criminales sexuales de la historia americana -escribiría-, Albert Fish, quien durante años asesinó a unos quince niños y violó o mutiló a cientos otros, coleccionaba literatura sádica y recortes. Eso no le ayudaba, como se suele decir tontamente, a desahogar su agresividad, sino que aumentaba su ímpetu y le proporcionaba ideas.*» En efecto, cuando fue detenido, Fish tenía en su habitación, cosa que Wertham no dejaría de notar, varios recortes de prensa sobre el caso de Fritz Haarmann, el ogro de Hannover, y un volumen de Edgar Allan Poe, con el relato *El pozo y el péndulo* señalado.

La tesis sostenida por Wertham, evidentemente tan simplista o más como aquella que combatía con sus declaraciones, da la sensación de que el hecho de que Albert Fish perdiera a su padre a los cinco años, que tuviera nada menos que once hermanos y se le ingresara en un orfanato en el que la directora del mismo, al parecer, se dedicaba a golpear las nalgas de los niños desnudos, no tiene más relevancia que el de coleccionar recortes sobre asesinos en serie o tener todos los premios de la Sonrisa Vertical en una estantería. El propio Wertham informa de que dos generaciones de la familia Fish habían sufrido serios problemas mentales. Dos de sus tíos mueren internados, uno de ellos víctima de una «psicosis religiosa». Su madre sufre de alucinaciones visuales y auditivas. Es decir, oye voces. De sus hermanos, uno muere de hidrocefalia, otro es alcohólico crónico y una tercera se vuelve loca... Nada de esto sirve -ni servirá nunca, es de temer- para que un psiquiatra partidario del conductismo o de la influencia medioambiental admita la posibilidad de que haya un origen genético en el comportamiento enfermo del asesino en serie, aun cuando sepa que ciertas clases de enfermedad mental son claramente hereditarias.

En 1967 Wertham deja bien clara su posición sobre el tema de la violencia en las películas: «Mis estudios sobre la violencia me han llevado a la conclusión de que la violencia humana no es inevitable; no es un instinto biológico como el sexo o el deseo de bienestar; no es imposible de erradicar de la naturaleza humana o de la sociedad; y puede ser reducido en gran medida e incluso eventualmente abolido. Esto no es una esperanza; es una prognosis.» Vamos a dar al doctor Wertham el beneficio de la duda, y a creer en sus buenas intenciones. Concedámosle -como se le presupone el valor al soldado- que no es consciente del hecho de que sus libros de psicología popular se han convertido en best sellers, entre otras cosas, porque describen perversiones sexuales interminables, casos llenos de detalles escabrosos y crímenes espantosos. Supongamos que su autor cree estar haciendo algo por la sociedad, aportando soluciones prácticas contra las perversiones sexuales, describiéndoselas con todo detalle a sus lectores.

Naturalmente, todo el que haya ojeado libros de divulgación científica, sexual o criminológica en su adolescencia, sabe por qué lo hacía... y sospecha por qué los han comprado sus padres: para ver imágenes prohibidas (miembros sexuales, operaciones médicas, órganos internos, etc.) y leer descripciones de actos no menos prohibidos. Un caso como el de Albert Fish hubiera despertado mucha menos expectación si las declaraciones de Wertham no hubieran contenido cientos de palabras dudosas y sugestivas, además de gráficas descripciones de los crímenes del psicópata. Desafió a muchos autores de novela de horror a que superen las casi pornográficas declaraciones de Fish, recogidas con todo detalle por su psiquiatra durante el juicio. Pero, una vez más, seamos buenos con el doctor Wertham. Porque probablemente fuera un hombre sincero. Y nada más temible que la sinceridad. Sincero era Albert Fish al confesar que era «un homosexual que no entiende lo que le pasa», en lugar de aceptar que era un peligroso demente, cuyos vicios habían costado la vida a quince criaturas inocentes. Murió, como la mayoría de los psychokillers, sin expresar o sentir el más mínimo remordimiento. Ahora veremos cómo su psiquiatra (al que yo diagnosticaría una paranoia, bastante parecida a la que sufren los maníacos de las conspiraciones), un hombre capaz de simpatizar con el diablo, se convirtió en azote de los tebeos. Y cómo, en cierto modo, Albert Fish tuvo la culpa de que terminara la era dorada del cómic americano.

En 1948, Fredric Wertham fue invitado a moderar un simposio sobre la psicopatología de los cómics. Su conclusión como doctor en psiquiatría fue que, después de un estudio de dos años, estaba convencido de que los cómics carecían de sentido moral, glorificaban la violencia y eran sexualmente anormales y agresivos. Literalmente «la lectura de cómics ha sido un factor de influencia distinguible en el caso de todo niño delincuente o perturbado que hayamos estudiado». Uno podría añadir que también era un factor distinguible en todo niño no delincuente ni perturbado que, lógicamente, un doctor no tiene por qué estudiar. Pero no estaba el horno para bollos. Durante meses el peligro que representaban los cómics para la juventud fue explotado al máximo por la prensa general y especializada, citándose constantemente las opiniones de Wertham... cuando no era él mismo el autor del artículo en cuestión. Noticias como *«El sheriff del condado de Los Ángeles tiene bajo custodia a un niño de catorce años que ha envenenado a una mujer de cincuenta. La idea de hacerlo y de usar veneno se la dio, según dice, un cómic»*; *«Unos padres encuentran a su hijo ahorcado en el garaje. A sus pies tenía un cómic cuya portada mostraba a un niño ahorcándose»* o *«Dos niños, de catorce y quince años, fueron atrapados cometiendo un robo. Los cómics que llevaban les habían inspirado el crimen y enseñado cómo hacerlo»*, se hicieron habituales. El lector puede hacer el

experimento de cambiar el término cómic por el de disco de heavy metal, juego de rol o videojuego de Nintendo y sacar sus propias conclusiones.

Por supuesto, no todo el mundo estaba de acuerdo con las tesis de moda. Frederic M. Thrasher, profesor de educación en la Universidad de Nueva York y miembro del Consejo del fiscal del Estado sobre delincuencia juvenil, contestaría a las tesis de Wertham aduciendo que muchos expertos en criminología *«son culpables de una larga serie de erróneos intentos de atribuir el crimen y la delincuencia a algún rasgo humano determinado o alguna condición ambiental. (...) El error de este tipo más reciente es el del psiquiatra Fredric Wertham, quien proclama en efecto que los cómics son un importante factor causante de la delincuencia juvenil. Esta posición extrema, que no se halla sostenida por ninguna investigación válida, no es sólo contraria a buena parte del pensamiento psiquiátrico corriente, sino que además pasa por alto procedimientos de investigación probados que han desacreditado numerosas teorías monísticas anteriores sobre el origen de la delincuencia. El oscuro retrato que da Wertham de la influencia de los cómics es más forense que científico e ilustra el hábito peligroso de proyectar nuestras frustraciones sociales sobre un rasgo específico de nuestra cultura, que se convierte en una suerte de “cabeza de turco” para nuestra incapacidad de controlar toda la gama de la descomposición social»*. No se puede decir mejor. Años después, Wertham diría que «nunca dije, ni pienso, que un niño lea un cómic y entonces salga y golpee a su hermana o cometa un atraco». Sin embargo, eso es lo que la mayoría de la gente sacó en conclusión.

En 1954, el doctor Wertham publicaría un nuevo best-seller: *Seduction of the Innocent*, cuyo título ya lo dice todo. En él, explicaba todas las conclusiones de sus años de investigación sobre «la influencia de los cómics en la juventud actual», arremetía en particular contra los cómics de temática criminal (entre los que incluía a Superman), y más concretamente con los que editaba la E. C. Comics, fundada por el editor William Gaines.

Susurrarle al oído a un buen aficionado al cómic las siglas E. C. supone despertar una verdadera explosión de entusiasmo. Títulos como *Tales from the Crypt*, *The Haunt of Fear*, *The Vault of Horror*, *Weird Fantasy*, *Crime SuspenStories* o *Shock SuspenStories* están entre lo mejor del arte de la historieta de todos los tiempos y fueron también lo mejor del cómic de los años cincuenta. Referirse a ellos significa hablar de artistas como Jack Davis, Graham Ingels, John Craig, Wallace Wood, Reed Crandall, Joe Orlando, Frank Frazetta o Bernard Krigstein, y de guiones, bien originales de Al Feldstein, bien basados en relatos de Ray Bradbury, Robert Bloch y otros maestros del género. Los primeros números de estos comic-books se cotizan hoy día a precio de coleccionista. Wertham los hizo el blanco perfecto de sus teorías: incluyó en su libro portadas de números concretos de estas y otras publicaciones, a las que no sólo descalificaba por su mal gusto y falta de sentido moral, sino en las que encontraba elementos de terrible influencia desde una interpretación psicoanalítico (cuchillos, hachas, sangre, mujeres semidesnudas, pistolas ...). Miles de lectores, fascinados por las ilustraciones del libro de Wertham, se indignaron. Hasta el Congreso se indignó. El pobre William Gaines se enfrentó a todos... y perdió. Alarmados, los responsables de la industria del cómic se reunieron y crearon el Comics Code, tras fundar la Comics Magazine Association of America en 1954.

El Code se convirtió en un severo mecanismo de autocensura que se concedía el privilegio de excluir de la Asociación y, por tanto, prohibir en la práctica, aquellas revistas que no se atuvieran a sus normas. En lugar de luchar por sus derechos a una libre expresión, la mayoría de los magnates del cómic se acobardaron y cedieron hasta extremos vergonzosos. El Code «sugería» que *«ningún cómic puede presentar explícitamente los detalles y métodos por los que se comete un crimen. Las escenas de violencia excesiva deben prohibirse. Las escenas de tortura brutal, un exceso innecesario de cuchillos o pistolas, la agonía física, la sangre y el crimen truculento deben ser eliminados. Ninguna revista de cómic debe utilizar la palabra horror o terror en su título... Las escenas de horror, derramamiento excesivo de sangre y crimen truculento o sangriento, depravación, lujuria, sadismo, masoquismo, no serán permitidas... Escenas que tengan que ver con, o instrumentos asociados a, los muertos vivientes o la tortura no deberán ser usadas»*. Para Gaines fue la ruina, y también en parte para el resto de los comic-books no estrictamente infantiles o de humor. Un montón de artistas fueron a parar a las filas del paro. Entre 1953 y 1958 las ventas de cómics bajaron en más del cincuenta por ciento.

Como veremos, a pesar de la eficaz labor del doctor Wertham y su cruzada contra la historieta, los asesinos en serie siguieron proliferando alegremente. Algunos leían cómics, otros no. William M. Gaines, prematuramente envejecido, apenas si vivió para recibir el sentido homenaje de todos los aficionados al cómic y al género de terror, cuando sus viejos títulos se convirtieron en una nueva y exitosa serie de televisión, *Tales from the Crypt*. Pero siempre se le recordará por su apostura cuando el senador Kefauver le preguntó, mostrándole la portada particularmente truculenta del número 22 de *Crime Suspense Stories*, «¿Cree usted que esto es de buen gusto?» y contestó: «Sí, señoría, lo creo. Para la portada de un cómic de terror.» Lo más temible del caso Wertham es que a nivel verdaderamente oficial nunca fue refrendado por nadie. El Comité del Senado que investigó la influencia de los cómics en la delincuencia no llegó a una conclusión claramente condenatoria. Los editoriales de algunas de las publicaciones en las que escribía el propio Wertham contradecían a veces las opiniones de éste, dando las dos versiones del asunto. Pero el deseo del público por encontrar alguien o algo a lo que achacar todo lo que no funcionaba bien, el miedo de los propios editores (como ocurriría con la comunidad cinematográfica en los negros días del maccarthismo), acabaría por conducir a medidas sensoriales, contrarias a la propia Constitución americana y a la libertad de expresión. Wertham no había conseguido librar a Albert Fish de la silla eléctrica, pero su convencimiento de que los crímenes de éste se debían tanto a su colección de literatura sádica y a Edgar Allan Poe como a sus traumas infantiles, hundieron durante años la industria y el arte del cómic en América.

El lunes día 11 de marzo de 1935, cuando se inicia en Westchester la vista de la causa contra Albert Fish, los espectadores quedan asombrados ante la apariencia apacible de ese anciano al que la prensa llama el Ogro. Rostro demacrado, cabello gris ralo, bigote fino también gris, con lacrimosos ojos azules que rehuyen el contacto con la gente. Su cuerpo, encogido y fatigado, no corresponde a un hombre de 65 años. Es un tipo gris, apagado, banal, que lleva un traje mal cortado color ceniza y una corbata a rayas con el nudo mal hecho alrededor de un cuello descarnado. Todo esto contrasta de manera sobrecogedora con la atrocidad de los crímenes de que le acusa el fiscal en su discurso al comienzo de la vista.

La familia Budd, pobre pero unida, vive en un apartamento de Nueva York. Tiene dos hijos: Grace, de 10 años, y Edward, que está buscando trabajo para el verano, con cuyo

fin publica un anuncio el 27 de mayo de 1926: «*Joven de 18 años desea trabajar en el campo. Ofertas a Edward Budd, 406, calle 15 Oeste.*»

Al día siguiente de la publicación del anuncio, se presenta en el domicilio de los Budd un tal Frank Howard. Posee una granja en Farmingdale, en Long Island, está casado y es padre de seis hijos. Cultiva sobre todo hortalizas y conduce él mismo su tractor. Howard contrata a Edward y le entrega un adelanto sobre su salario. Explica a los padres que su hermana organiza una fiesta para el cumpleaños de uno de sus hijos y pide permiso para invitar a la pequeña Grace. «Adoro a los niños», les dice, «y les devolveré a la chiquilla antes de la noche». Los Budd vacilan pero finalmente aceptan, pues Grace tiene pocas ocasiones de divertirse. Para tranquilizarlos, Frank Howard les da la dirección de su hermana, en un edificio de la Columbus Avenue, cerca de la calle 137. Los Budd ignoran que la Columbus Avenue no va más allá de la calle 110.

Cogidos de la mano, Howard y la niña se dirigen a la estación del metro de la calle 14. De camino, el supuesto granjero se detiene en un quiosco de periódicos para recoger un pesado paquete de color marrón atado con cordel. Da las gracias al quiosquero por habérselo guardado y le desliza en la mano una moneda. En la estación Grand Central, el hombre y la niña toman un tren en dirección a Irvington, en el condado de Westchester. Una vez han llegado, y ya en el andén, Grace vuelve a subir al tren a toda prisa y reaparece unos segundos después: «¡Tu paquete! Te habías olvidado el paquete.»

Van a pie por Mountain Road hacia Greenburgh. Al final de la calle, hay una casa apartada de las demás, cercana al bosque. La llaman Wisteria Cottage. El interior huele a moho y Howard ordena a Grace que vaya a jugar afuera mientras él busca a su hermana.

En el primer piso, desde un cuarto con el papel de las paredes medio despegado, mal amueblado con una mesa y dos sillas cojas, «Frank Howard», asomado a una de las ventanas que dan sobre el bosque, observa cómo Grace coge flores. Se desnuda por completo, deshace el paquete marrón y saca de él lo que en su confesión llamará «los instrumentos del infierno». Una pequeña sierra, una cuchilla y un gran cuchillo de carnicero. Desde la ventana, Howard pide a Grace que suba. Más tarde, contará lo que siguió:

Cerré la puerta del cuarto hasta que ella llegara arriba de la escalera. Entonces, abrí la puerta. Al verme completamente desnudo, trató de huir. Quiso bajar la escalera, pero la alcancé. Me dijo que se lo contaría a su madre. Una vez la hube metido en el cuarto, la tendí en el suelo, encima de un pedazo de tela que había preparado. Luego, la estrangulé con las manos. Puse una rodilla sobre su pecho para matarla más de prisa. Le quité la ropa. Entonces, tomé el cuchillo y le corté el cuello. Mientras tanto, había colocado un bote vacío de pintura debajo de su cabeza. Tenía cabellos largos, que absorbieron la sangre. La que quedaba, cayó en el bote, del que me deshice más tarde. Después, corté el cuerpo en tres pedazos, primero la cabeza y luego el tronco, por encima del ombligo.

En el bosque hay lavabos. Estaban limpios y oculté en ellos el par de zapatos blancos y la cabeza cortada. Me aseguré de que si alguien ocupaba el lavabo no pudiera verlos. El tronco y las piernas los metí detrás de la puerta del cuarto del primer piso antes de cerrarla. Hecho esto, me lavé las manos en el jardín (...) Volví allí cuatro días después. El cuerpo comenzaba ya a oler muy mal. Por la ventana, arrojé los dos pedazos que se encontraban todavía en el piso y bajé al jardín para recogerlos y colocarlos cerca de un muro de piedras,

detrás de la casa. Pero no los oculté, como tampoco oculté la cabeza, que tenía los cabellos tiesos a causa de la sangre seca, y que coloqué en el mismo lugar. El cuerpo estaba prácticamente reconstruido. Entonces, regresé a mi casa.

La descripción del asesinato de Grace Budd tal como aparece en el informe de la policía firmado por Albert Fish omite ciertos detalles macabros que el anciano contaría luego a su psiquiatra, el doctor Fredric Wertham. Tras desmembrar el cadáver, Fish corta una parte del antebrazo y otros pedazos diversos, envolviéndolos en un pañuelo. Saca del bolsillo algodón, que impregna en gasolina contenida en un frasco, de la que se usa para los encendedores. Y, de inmediato, inclinándose hacia adelante, se hunde el algodón en el ano antes de prenderle fuego con una cerilla.

Bajo los efectos del dolor, «Frank Howard» se pone a bailar y a bramar de modo incoherente mientras el olor de carne quemada se mezcla al olor dulzón de la sangre derramada. Y entonces tiene un orgasmo y eyacula.

A la mañana siguiente, de regreso a Nueva York, se dirige a una tienda para comprar un kilo de cebollas, perejil, zanahorias y un kilo y medio de patatas. En su cocina, vacía sobre una mesa el contenido del pañuelo y corta en cuatro partes el pedazo de antebrazo, echándolas a una cazuela con agua en la que coloca las verduras sazonadas con un cubito.

Durante nueve días, devora diversas partes del cuerpo de Grace Budd. A veces, corta nuevos pedazos de carne. Para variar el menú, cuece en el horno, con tocino, tiras de piel arrancadas de las nalgas. Confesará a su psiquiatra que estas comidas le ponen en un estado de orgasmo permanente, hasta el punto de que sueña con ellas por la noche. Revive el momento del crimen, cuando se quemó el ano: «¡El dolor es magnífico! ¡Ojalá no hiciera daño!»

Pese a la tenacidad del detective William King, la investigación no da resultado alguno durante años. Nadie comprende por qué secuestraron a Grace Budd, pues su familia tiene ingresos demasiado modestos para obtener de ella un rescate y, además, no se ha pedido ninguno. De vez en cuando, la prensa remueve el caso debido a la oleada de secuestros que sumerge al país. La indignación de los ciudadanos alcanza su punto culminante con el secuestro del bebé de Charles Lindbergh el 1 de marzo de 1932.

La policía interroga a sospechosos y se pierde en innumerables pistas falsas. El 11 de noviembre de 1934, más de seis años después del secuestro de Grace, el caso reaparece. La madre de la niña, Delia Budd, recibe esta carta:

Estimada señora Budd:

En 1894, un amigo mío servía como marinero de puente en el buque Tacoma con el capitán John Davis. Salieron de San Francisco con destino a Hong Kong. Una vez llegados a puerto, él y dos compañeros bajaron a tierra a emborracharse. A su regreso, el buque había salido ya, sin ellos. En esa época, el hambre reinaba en la China. Cualquier clase de carne se vendía entre uno y tres dólares la libra. Los más pobres sufrían tanto que vendían a los carniceros a sus hijos de menos de 12 años para que los despedazaran y revendieran. En cualquier carnicería se podían obtener, así, bistés, costillitas y filetes. A la vista del comprador, los cortaban del cuerpo desnudo de una

niña o un niño. Las nalgas, que es la parte más tierna, se vendían como ternera y eran el pedazo más caro.

John se quedó tanto tiempo en Hong Kong que se aficionó a la carne humana. A su regreso a Nueva York, secuestró a dos niños, de 7 y 11 años, que llevó a su casa. Los desnudó, los ató dentro de un armario y quemó sus trajes. Muchas veces, de día y de noche, los apaleaba y torturaba para hacer más tierna su carne. Mató primero al mayor, pues su culo era el más carnoso. Coció y devoró cada parte de su cuerpo excepto la cabeza, los huesos y los intestinos. El niño fue asado en el horno (su culo), cocido, hervido, frito y guisado. El niño menor pasó a su vez por lo mismo. En esa época, yo vivía en el 409 de la calle 100 Este, cerca del lado derecho. John me hablaba tan a menudo de la delicadeza de la carne humana que me decidí a probarla.

El domingo 3 de junio de 1928 fui a casa de usted, en el 406 de la calle 15 Oeste. Llevé queso y fresas. Comimos juntos. Grace se sentó sobre mis rodillas para darme un abrazo. Decidí comérmela. Me inventé un cumpleaños y ustedes le dieron permiso para que me acompañara. La llevé a una casa abandonada de Westchester en la que me había fijado. Al llegar, le dije que se quedara fuera. Cogió flores silvestres. En el primer piso, me desvestí completamente para evitar las manchas de sangre. Cuando lo tuve todo listo, me acerqué a la ventana para decirle a Grace que subiera. Me oculté en un armario hasta que llegó. Cuando me vio desnudo se echó a llorar y quiso huir. La alcancé y me amenazó con decírselo todo a su mamá. La desnudé. Se defendió mucho, me mordió y me hizo algunos rasguños. La estrangulé antes de cortarla en pedacitos para llevarme a casa su carne, cocinarla y comérmela. No pueden imaginar cuán tierno y sabroso estaba su culito asado. Tardé nueve días en comérmela por completo. No me la tiré, aunque hubiese podido hacerlo, de haberlo querido. Murió virgen.

Esta carta, o, mejor dicho, su sobre, dio una pista. El membrete estaba tachado burdamente y el detective William King pudo descifrar la dirección de la Asociación Benévola de Chóferes Privados de Nueva York, en el 627 de la Lexington Avenue. Desgraciadamente, ninguno de los miembros de la Asociación conocía a un tal Frank Howard ni a nadie que se pareciera a su descripción física.

El detective William King convoca a todos los miembros de la asociación. Un joven, Sicowski, portero voluntario, reconoce haber sustraído, seis meses antes, algunos sobres y papel membretado para llevárselos a su casa, en el 622 de la Lexington Avenue. En esta dirección, nadie conoce a «Frank Howard». King interroga otra vez al joven: cuando el robo de sobres vivía en un cuarto amueblado del 200 de la calle 52 Este. Sicowski se acuerda de otro detalle: al mudarse, dejó los sobres en un estante. Examinando el registro de los inquilinos, la policía constata que la habitación fue alquilada a un anciano cuya descripción corresponde a la de «Frank Howard», pero que firmó con el nombre de Albert H. Fish. Mas Fish se ha mudado hace poco, el 11 de noviembre, fecha en la cual la señora Delia Budd recibió la carta. Pese a todo, King conserva un destello de esperanza, pues Fish ha dicho a la propietaria del inmueble que esperaba de su hijo un cheque de 25 dólares y que pasaría a recogerlo. Al detective King sólo le queda esperar. Ayudado por varios colegas, monta la vigilancia en una habitación del 200 de la calle 52 Este. El 4 de diciembre, un inspector del servicio de correos les avisa que ha llegado al centro de distribución postal una carta dirigida a Albert Fish.

El 13 de diciembre de 1934, un anciano se presenta a recoger su cheque. William King lo detiene. Al ver al detective, Fish le amenaza con una hoja de afeitar, pero King desdena con un gesto esta arma risible. La detención pone término a más de seis años de investigaciones, pero el policía se contenta con decirle: «Por fin te he cogido. »

Casi inmediatamente, Albert Fish reconoce que es «Frank Howard», autor del asesinato de Grace Budd. Pero su confesión no se limita a esto, pues el caso Budd revela una existencia consagrada al asesinato y a las perversiones más insensatas.

Nacido en 1870, Albert Howard Fish pierde a su padre de una crisis cardíaca sufrida en la estación de Pennsylvania. El niño tiene cinco años. Su madre se pone a trabajar para sostener a sus doce hijos. Albert ingresa en el orfelinato St. John's Refuge, donde pronto se convierte en un niño inestable y nervioso. Se orina en la cama, devora sin cesar y se fuga a menudo. Según informa el doctor Fredric Wertham, en dos generaciones siete miembros de la familia Fish han sufrido perturbaciones mentales. Dos de sus tíos mueren en hospitales psiquiátricos, uno de ellos aquejado de una «psicosis religiosa». La madre de Albert oye voces por la calle y tiene alucinaciones visuales. Uno de sus hermanos menores, considerado «pobre de espíritu», muere de hidrocefalia. Otro hermano es alcohólico y una de sus hermanas se hunde en la demencia. Terminada su escolaridad difícil, Albert no logra ningún empleo cualificado. Todavía adolescente, es mozo de una droguería y aprendiz de pintor de brocha gorda. Este oficio de pintor o decorador le servirá de pretexto para satisfacer sus perversiones con impunidad, pues el «disfraz», agregado a su apariencia tan banal, le hace casi invisible a los ojos de los posibles testigos.

A los cinco años, Albert recibe numerosas nalgadas de la directora del orfelinato, que para darlas hace desnudar a los niños. Esto causa tanto placer a Albert que se las arregla para que lo castiguen lo más frecuentemente posible. Le encanta también asistir a los castigos de los demás. Los otros huérfanos se burlan de él, pues las flagelaciones le provocan siempre una erección. Como la institución es coeducacional, las conversaciones se refieren a menudo al sexo, y Albert se inicia rápidamente en la masturbación y otros juegos sexuales más perversos. Sus camaradas y él tienen un día la idea de prender fuego a la cola de un caballo, que habían embebido antes de gasolina. Este incidente marca mucho al niño, que al salir del orfelinato a la edad de siete años se siente ya atraído por el sadomasoquismo: «Siempre tuve el deseo de infligir dolor a los demás y que los demás me hagan sufrir. Toda mi vida he adorado lo que causa dolor.»

De regreso a casa de su madre, que ha obtenido un empleo del gobierno, Albert Fish sufre una grave caída al trepar a un árbol. Le quedan vértigos, jaquecas y un tenaz tartamudeo. Continúa orinándose en la cama y sus camaradas de clase se mofan de él. Es en esa época cuando cambia de nombre y Hamilton se convierte en Albert para evitar el apodo burlón de Ham and Eggs (jamón con huevos). Uno de sus hermanos mayores, Walter, enrolado en la marina, enseña a Albert dibujos de desnudos de hombres y mujeres y le cuenta sus aventuras con los caníbales. Subyugado, Albert obliga a su hermano mitómano a repetirle constantemente estos relatos, en los que sueña de noche. Sigue en los periódicos la sección de crímenes y recorta los artículos con más detalles. Cuando William King lo detiene por el asesinato de Grace Budd encuentra en su casa una colección de recortes de prensa sobre Fritz Haarmann, el carnicero de Hannover, un asesino en serie caníbal. Descubre también las *Historias extraordinarias* de Edgar Allan Poe, con las páginas del cuento *El pozo y el péndulo* muy gastadas a fuerza de léidas: son el largo relato de un suplicio...

En 1882, Albert conoce a un joven telegrafista que le excita contándole sus aventuras sexuales en los burdeles. Mantienen una relación homosexual. Su amante inicia a Albert en otras prácticas, haciéndole beber su orina o comer sus excrementos. Cuando se instala en Nueva York, en 1890, Albert se convierte en un prostituto varón y pasa los fines de semana frecuentando los baños públicos o las piscinas para mirar a los niños. Es en esta época cuando viola a su primer muchachito, mientras que su primer asesinato data de 1910, en Wilmington, donde mata a un homosexual. En 1898, al acompañar a uno de sus amantes a un museo de cera, le fascina un cuadro médico que muestra la bisección de un pene. Vuelve varias veces y se queda largas horas contemplando ese pene «cortado en dos».

En su informe psiquiátrico, el doctor Wertham da la lista de las perversiones sexuales de Albert Fish: sadismo, masoquismo, flagelación activa y pasiva, autocastración y castración de los demás, exhibicionismo, «voyeurismo», pinchazos, pedofilia, homosexualidad, coprofagia, fetichismo, canibalismo e hiperhedonismo. En 1898, Fish se casa con una muchacha de diecinueve años, que le da seis hijos y lo abandona al cabo de veinte años de matrimonio. No se toma la molestia de divorciarse y vuelve a casarse ilegalmente tres veces. Fish se ocupa siempre de sus hijos, a los que educa solo, aunque a veces pasa por períodos de penuria financiera. En el momento de su detención no tiene empleo y el detective William King se apiada de los hijos de Fish de poca edad, visiblemente desnutridos, y les da un dólar para que vayan a comprarse algo de comida. Fish adora también a sus cinco nietos, pero este amor está marcado, como siempre en él, por un aspecto perverso, como lo atestigua una carta dirigida a la pequeña Mary Nichols:

Mi muy querida y adorada Mary, la muy amada de Papá:

He recibido tu adorable carta. Quise contestarte hace tiempo, pero entre las radios, mi abogado y el médico, he estado muy ocupado. Además, ya sabes que tengo 65 años y que mi vista no es tan buena como antes. ¡De modo que mi pequeña adorada tendrá 18 años el día 28! Me gustaría estar presente, pues sabes muy bien lo que te daría. Esperaría a que estuvieras acostada en tu cama para ir a darte dieciocho nalgadas en tu culo desnudo (...) Mary querida, dentro de unos días recibiré un cheque del gobierno. En cuanto lo tenga, te enviaré 20 dólares. No puedo comprarte un reloj, pero de este modo lo escogerás tú misma. Espero que tu querida madre, a la que adoro y a la que sigo queriendo, vaya bien.

Me cuentas que asistes a grandes partidos. Aquí, en Nueva York, los hay constantemente. En los institutos y en la YMCA tienen grandes piscinas. Si un hombre o un joven quiere echarse en una de ellas ha de desvestirse completamente para nadar desnudo. Una de las más grandes de los Estados Unidos se encuentra en la YMCA de la Octava Avenida y la calle 57 Oeste. A veces, hay más de doscientos hombres y muchachos, todos completamente desnudos. Cualquiera puede ir a verlos por 25 centavos. Y tú sabes muy bien, mi querida adorada, que a la mayoría de las muchachas les gusta mirar a un chico desnudo. Sobre todo, a los chicos mayores. ¿Sabes, querida Mary, lo que hacen las chicas para asistir al espectáculo? Pues muchas de ellas se peinan como hombres, se visten con trajes de sus hermanos y se ponen una gorra. Muy a menudo, un muchacho sale del agua para acercarse a una chica disfrazada de hombre. Está tan cerca que ella puede tocar su cuerpo desnudo. La mayoría de los hombres y los muchachos saben que las chicas los miran, pero no les importa.

Ándate con mucho cuidado cuando salgas, sobre todo si hay nieve. No te olvides de ponerte tus botas de goma. Me enojaré, mi pequeña querida, si no me escribes pronto otra de tus adorables cartas. Si me haces esperar demasiado, iré a verte para darte una buena nalgada, y ya adivinas dónde.

La defensa cita a Mary Nichols como testigo. Durante el juicio, cuenta los juegos a los que su padre adoptivo sometía a sus hermanos y hermanas y a ella misma:

«Yo tenía entonces doce años y nos hacía jugar a adivinar números. Se desvestía completamente, dejándose sólo unos calzoncillos marrones. Luego, se ponía a cuatro patas en el centro de la habitación. Nos daba un bastón y debíamos sentarnos sobre su espalda. Con los dedos, debíamos enseñar una cifra entre uno y diez, y si él no la adivinaba, como ocurría siempre, le golpeábamos con el bastón tantas veces como la cifra que no adivinó. (...) Mamá estaba casi siempre presente en estos juegos. Duraban cosa de una hora, todas las noches (...) A otro juego lo llamábamos El saco de Patatas. Él llevaba también únicamente calzoncillos. Nos hacía encaramarnos hasta sus hombros y luego deslizamos por la espalda arañándole con las uñas. Cuando terminaba el juego, tenía la espalda completamente roja. Una vez quiso que jugáramos a lo mismo pero metiéndonos agujas debajo de las uñas; nos dolía demasiado y lo dejamos. (...) Llegada la noche y terminados los juegos, iba al lavabo a recoger el rollo de papel higiénico. Luego, le prendía fuego en el centro de una habitación. Y esto lo hacía todas las noches.»

Otro miembro de la familia precisó que el viejo durmió varias noches seguidas enrollado en una alfombra del salón. Cuando le preguntaron por qué lo hacía les contestó que el apóstol san Juan se lo había ordenado.

Recorriendo los anuncios por palabras de los periódicos o de las agencias matrimoniales, Fish escribe un número considerable de cartas obscenas empleando diversos seudónimos; los más frecuentes son Frank Howard, Robert Hayden, Thomas A. Sprage y John W. Pell. Se presenta a menudo como productor de películas de Hollywood. Algunas de estas cartas se conservan en los archivos del condado de Westchester. He aquí algunos fragmentos, entre muchos otros:

Me gustaría que pudiera verme en este momento. Estoy sentado en una silla, desnudo. El dolor se sitúa en mi espalda, justo encima de mis posaderas. Cuando usted me desnude podrá admirar una forma perfecta. Querida miel de mi corazón, estoy saboreando ya su deliciosa orina, su deliciosa caca. Tendrá que hacer pipí en un vaso, que beberé delante de usted hasta la última gota. Dígame cuándo querrá pasar a mayores. La tenderé sobre mis rodillas para levantarle las faldas, bajar sus bragas y colocar mi boca contra su grueso y delicioso culo de miel, a fin de tragar su manteca de cacahuete tan pronto como surja, fresca y caliente a la vez. Así es como lo hacen, allí, en Hollywood. (1929)

Mi hijo único, Bobby, quedó inválido a la edad de nueve años a causa de un ataque de parálisis infantil. Es necesario darle latigazos regularmente por su propio bien, con un látigo de cuero de nueve tiras. Pero le aseguro que no hace pipí ni caca en la cama ni se lo hace encima. Le diré cuándo ha de ir al lavabo, ya sea para el número 1, ya para el número 2. Para el número 1 hay que desabrocharle el pantalón y sacar su pequeño mono. Para el culo, basta con desabrochar tres botones en el fondo de su pantalón. Así se gana tiempo y se evita tener que desvestirlo por completo. Es cómodo cuando hay que darle nalgadas (...) El doctor afirma que tres o cuatro nalgadas muy firmes en su culo desnudo

le convienen, pues es bien entrado en carnes en ese lugar. Esto le ayudará mucho. Contésteme que no vacilará en utilizar un bastón o un látigo cuando sea necesario. (1930)

Mi muy querida y deliciosa hijita Grace:

Acabo de recibir tu carta, en la que me llamas querido Robert. Querida miel de mi corazón, me has capturado. Soy tu esclavo y todo cuanto poseo es tuyo. Polla, huevos, culo y todo el dinero que quieras. Si fueras mi deliciosa esposa no tendrías miedo de mí. Oh, hija de mi corazón, cómo te adoraría, y de qué manera. Abrazos-besos-nalgadas, y luego BESARTE allí donde te he dado nalgadas. Tu delicioso-grueso-culo-magnífico (...) ¡Ya no necesitarás papel higiénico para limpiarte tu delicioso culo tan espléndido, pues lo tragaré todo y luego lameré tu delicioso culo hasta que lo haya limpiado con mi lengua!

ROBERT HAYDEN (9 de noviembre de 1934)

Estimada señora:

Soy viudo, con tres hijos varones de 13, 15 y 19 años, que deseo poner a pensión hasta que los dos más jóvenes hayan acabado la escuela. Quiero buena alimentación, camas limpias y que les laven la ropa. Prefiero una viuda que tenga una hija bastante mayor para que la ayude. Henry y John me han causado bastantes problemas por hacer novillos. Su directora, la señorita Bruce, me ha dicho que si hubiesen sido sus propios hijos les habría dado ella misma tres buenas nalgadas a cada uno todos los días durante un mes, con un suplemento para John con el látigo de nueve tiras antes de acostarse. Él es el peor. No tengo tiempo para hacerlo yo mismo y, además, creo que dar latigazos a los niños es un trabajo para mujeres. Deseo una mujer maternal, que pueda y quiera asumir toda la responsabilidad con esos muchachos. Que se haga obedecer y, cuando no quieran bajarse los pantalones, los castigue en consecuencia con una buena nalgada. Que no vacile en dejar marcas sobre su piel y, cuando crea que es necesario, no dude en utilizar el látigo.

Robert es retrasado mental a causa de una caída. Aunque se acerca a los 20 años y es fuerte y robusto resulta más fácil darle latigazos o nalgadas que a Henry, quien da patadas de mulo cuando lo castigan así. Quiero una mujer que pueda dar latigazos a uno o a los tres a la vez, si es necesario. Nuestro propio médico afirma que si a Robert no le dan de latigazos cuando se pone caprichoso podría muy bien perder la cabeza. Por esto también hay que darle nalgadas.

En este momento, Bobby se encuentra en Filadelfia, y una mujer negra, a la que conozco desde hace veinticinco años, se ocupa de él. Tiene una hija de 17 años, y las dos mujeres lo castigan enormemente. Henry y John están en Upper Darby, en Pennsylvania, y dos hermanas, todavía jóvenes, se ocupan de ellos. Dirigen entre las dos una pensión para chicas y chicos de menos de 17 años. Son muy severas y cualquier chico o chica que no obedece recibe una nalgada de castigo delante de toda la clase. John es un muchacho

muy desarrollado para su edad y le avergüenza tener que bajarse los pantalones y recibir una nalgada delante de todas las chicas. Quiero un lugar donde puedan estar juntos. Estoy dispuesto a pagar 35 dólares para los tres y por semana, con un suplemento de 15 dólares cuando yo esté presente. Pero si los toma usted a su cargo, deberá asegurarme que empleará el bastón y el látigo. Deseo una mujer que no se sienta avergonzada cuando desnude a Robert, a Henry o a John. De modo que, si le interesa a usted, indíqueme cómo se llega por carretera a su establecimiento.

A. H. FISH (21 de noviembre de 1934)

Veintisiete agujas en el cuerpo

Como masoquista que es, Fish se inflige diversos castigos. Se restrega en el escroto rosas con sus espinas y luego se come los pétalos de las flores. El más espectacular de estos actos de «picador» consiste en hundir agujas de marinero en diversos lugares de su cuerpo y en particular alrededor de la pelvis y de los órganos genitales. Después de su detención, un examen con rayos X efectuado el 28 de diciembre de 1934 hizo aparecer veintisiete de esas agujas, algunas de las cuales estaban enterradas en su carne desde hacía años. Varias se hallan en zonas muy peligrosas para la salud de Fish, cerca del corazón, del recto o de la vejiga. Uno de sus hijos indicó, durante la vista de la causa, que descubrió agujas ocultas entre las páginas de un volumen de cuentos de Edgar Allan Poe, al comienzo de *Las aventuras de Arturo Gordon Pym*.

En 1922, contando ya 52 años, Albert Fish sufre alucinaciones religiosas. A veces, se pasea gritando: «Soy Cristo», y trata de purgarse de sus pecados automutilándose o practicando sacrificios humanos.

«Feliz quien toma a sus hijitos para romperles el cráneo con piedras», grita. Y explica: «Escuchaba voces que me decían estas cosas y, cuando no las comprendía todas, trataba de interpretarlas con mis lecturas de la Biblia. Bendito sea el hombre que corrige a su hijo a latigazos, pues será recompensado. Tenía esa idea del sacrificio humano, que me venía de Abraham ofreciendo su hijo Isaac. Siempre supe que debería ofrecer uno de mis hijos en sacrificio para purificarme a los ojos de Dios de las abominaciones y los pecados que he cometido. Tenía visiones de cuerpos torturados en cualquier lugar del Infierno.»

La familia Fish adivinaba algunas de las perversiones sexuales del anciano. Su hijo mayor, Albert junior, de 30 años, testificó al respecto durante el proceso. En 1929, al volver al apartamento que compartía con su padre en la calle 74, hizo un extraño descubrimiento debajo del fregadero de la cocina. Su pie dio con una pagaya o remo corto, burdamente tallado, de unos sesenta centímetros de largo, que termina en clavos cuyas puntas sobresalen. Examinando el objeto más de cerca, descubre que está manchado de sangre, y habla de ello con su padre. Éste se niega a contestarle, pero ante la insistencia de su hijo acaba confesando: «Lo empleo en mí mismo. De vez en cuando siento un impulso irresistible y, cada vez, tengo que deshacerme de él torturándome con esta pagaya. »

Los dos hombres no vuelven a tratar nunca más del tema, pero un día de 1934, Albert junior sorprende a su padre en plena acción. Completamente desnudo, el anciano está de pie en el centro de su cuarto, con los porticones de las ventanas cerrados. Con una mano

se masturba y con la otra se golpea la espalda con esa pagaya con clavos. A cada golpe, grita de dolor, con el rostro cubierto de sudor, y la sangre se desliza por sus nalgas.

Otra parte del testimonio de Albert Fish junior causa tal sensación que los periodistas dan al anciano el apodo de Maníaco de la Luna (Moon Maniac). A veces, en noches de luna llena, Albert padre siente un deseo irresistible de comer carne cruda y, según su hijo, entonces «su cara enrojece terriblemente, lo cual es muy extraño, pues no ha salido en todo el día. La expresión de sus ojos da la impresión de que ha visto algo que le causa miedo. Como si alguien lo persiguiera».

Albert Fish fue oficialmente detenido ocho veces, entre 1902 y 1933. La primera vez por una tentativa de estafa. Otra vez, por haber metido la mano en la caja del almacén donde trabajaba. Por dar cheques sin fondos lo condenan algunas veces, pero dejan siempre la sentencia en suspenso. Sus cartas obscenas le valen una sentencia de noventa días de cárcel. Lo internan tres veces en hospitales psiquiátricos, en uno de los cuales entra en 1930, más de dos años después del asesinato de Grace Budd. Lo dejan salir al cabo de un mes, con la indicación en su historial clínico de que: «*No está loco ni es peligroso; personalidad psicopática, de carácter sexual.*» Seis meses después de salir del hospital de Bellevue, la policía lo vuelve a detener por haber enviado cartas obscenas a la directora de una escuela privada. Cuando la policía registra su apartamento descubre ocultas debajo de su colchón, otras cartas, un látigo de nueve tiras, una zanahoria y una salchicha de Frankfurt podrida que desprende un hedor nauseabundo acentuado por el calor de ese día de verano de 1931. Al observar de cerca la salchicha y la zanahoria, uno de los policías constata que están cubiertas de materia fecal. Asqueado, interroga a Fish. «Me las meto en el culo», contesta, burlón, el anciano. Todo esto le vale diez días de hospital psiquiátrico.

Cuando el doctor Wertham le pregunta a cuántos niños atacó. Albert Fish contesta: «Por lo menos, cien.» Como en el caso de Jeffrey Dahmer, el caníbal de Milwaukee, la mayoría de las víctimas de Fish proceden de las capas más pobres de la población, sobre todo de entre los niños negros, pues, según él, las autoridades se preocupan poco por su desaparición. Varias veces paga los servicios de una niña negra a la que da cinco dólares cada vez que le lleva un niño. Según dice, ha estado en veintitrés Estados diferentes, «desde Nueva York a Montana. Y he tenido a niños en cada uno de esos Estados». A veces, debe salir precipitadamente de un lugar, «porque comenzaban a circular rumores sobre la desaparición de niños». Le interrogan, incluso, varias veces, pero nunca sospechan realmente de él debido a su «aspecto tan inofensivo».

Después de su detención y de su confesión sobre el asesinato de Grace Budd, reconoce que ha cometido otros crímenes, pero no da datos sobre su naturaleza ni los nombres de las víctimas. El detective William King sospecha que, sólo en el Estado de Nueva York, ha cometido el asesinato de cinco niñas en Brooklyn y en el Bronx: Florence McDonnell, Barbara Wiles, Sadie Burroughs y Helen Sterler. La quinta, Yetta Abramowitz, de once años de edad, fue violada, estrangulada y apuñalada en el tejado de un inmueble. El presunto asesino de Helen Sterler, un vagabundo negro llamado Lloyd Price, había sido detenido, condenado a muerte y ejecutado pese a sus afirmaciones de inocencia. La policía comienza a creer que Fish fue el verdadero autor de este crimen. El juez que instruye su proceso estima que Fish mató entre dieciséis y cien víctimas, aproximación que aprueba el detective King. El doctor Wertham, por su parte, piensa que el número de

niños asesinados por su paciente debe cifrarse en varios centenares, tal vez hasta cuatrocientos, lo cual le convertiría en el criminal más prolífico de todos los tiempos.

Mientras se prepara su juicio, Fish escribe una carta a su abogado, James Dempsey, en la cual confiesa que el 11 de febrero de 1917 mató a Billy Gaffney, de 4 años de edad:

Hay un basurero público en Astoria, en la avenida Riker, en el cual se arrojan muchas cosas desde hace años. Éste era mi plan. Entonces, hace ya años, vivía yo en el 228 de la calle 81 Este, en el último piso. Supongamos que le confieso que (aquí falta un verbo en la carta) al pequeño Gaffney. Del mismo modo que a la niña B. Esto no cambiaría nada, puesto que ya me acusan de este crimen. Debo reconocer, sin embargo, que el conductor de tranvía que me identificó en compañía de un niño, tiene razón. Puedo decirle que en aquel momento iba en busca de un lugar satisfactorio para llevar a cabo mi trabajo.

Me dirigí, pues, al basurero de la avenida Riker. No lejos del lugar a donde lo llevé se distingue una casa aislada. Había pintado esta casa, por encargo de su propietario, algunos años antes. Es chatarrero. He olvidado su nombre, pero puede preguntárselo a mi hijo Henry, que le compró un coche. El padre de ese hombre vive en la casa. Gene, John y Henry me ayudaron a pintar la vivienda. En aquella época estaban aparcados a lo largo de la carretera unos cuantos viejos automóviles.

Allí llevé al niño y lo desnudé antes de reducirlo a la impotencia, atándolo de pies y manos y amordazándole con un trapo viejo que encontré por allá. Luego quemé sus ropas, arrojé sus zapatos a un contenedor de basura y regresé a mi casa en tranvía hasta la calle 59. Eran las dos de la madrugada e hice a pie el resto del camino.

Al día siguiente, hacia las dos de la tarde, me llevé mis instrumentos y un látigo. Hecho en casa. Con un mango corto. Había cortado en dos uno de mis cinturones y, luego, cada mitad en seis tiras de unos veinte centímetros de largo.

Di latigazos a su culo desnudo hasta que la sangre le resbaló por las piernas. Le corté las orejas y la nariz, ensanché la boca de una oreja a la otra y le saqué los ojos de las órbitas. Para entonces, ya estaba muerto. Hundí el cuchillo en su vientre y acerqué la boca para beber su sangre.

Recogí cuatro sacos viejos y unas piedras. Luego, lo desmembré. Me había llevado unas tenazas que me sirvieron para cortar la nariz, las orejas y algunos pedazos del vientre. A continuación le corté el tronco por encima del ombligo. Después, las piernas, a unos cinco centímetros por debajo de su trasero. Le corté la cabeza, los pies, los brazos, las manos y otra vez las piernas pero por debajo de las rodillas.

Lo puse todo en los sacos, con las piedras, cerrándolos con cuerdas antes de arrojarlos a los estanques que se ven a lo largo del camino que va a North Beach. El agua tiene allí una profundidad de un metro y medio. Se hundieron en seguida.

Volví a casa llevándome la carne. Tenía la parte delantera del cuerpo, con mis pedazos preferidos. Su pajarito, sus riñones y un delicioso culito bien redondo para asarlo en el horno y devorarlo. Preparé un estofado con sus orejas, la nariz, pedazos de la cara y del vientre. Puse cebollas, zanahorias, nabos, apio, sal y pimienta. Estaba bueno.

Luego, corté las nalgas en dos, lo mismo que su pajarito y su escroto, y los lavé. Los puse en el horno y encendí. Sobre cada nalga puse tiras de tocino, así como cuatro cebollas que pelé. Al cabo de un cuarto de hora añadí medio litro de agua para la salsa, antes de meter las cebollas. Con frecuencia vertí la salsa sobre las nalgas con una cuchara de madera para que la carne fuera mejor y más tierna.

Al cabo de unas dos horas, las nalgas estaban bien cocidas, bien asadas. Nunca comí un pavo asado que estuviera ni la mitad de bueno que aquel delicioso culito. Acabé de comérmelo todo en cuatro días. Su pajarito estaba excelente, pero su escroto era demasiado duro, no conseguí mastigarlo y lo arrojé al retrete.

Puede entregar esta carta a mis hijos y, si es necesario, hacerme declarar sobre ella.

Podría contar los detalles como si hablara del tiempo que hace.

El lugar que he descrito es ideal para un acto de esta naturaleza. Si habla de esto con algunos periodistas, dígales que Dios me ha ordenado que me purgue de este pecado y que me entregue a su Misericordia. Llévelos a ese basurero. Se pondrán como locos. ¡Qué noticia sensacional! Gene, John y Henry, que trabajaron conmigo en esa casa, pueden confirmar lo que le digo. ¿O bien cree usted que debería llamar al padre Mallet de Iglesia de Gracia Pentecostal, de White Plains, y confesarme con él? Después, puede usted decirlo todo.

Escríbame para indicarme lo que usted quiere que yo haga. Si eso puede ayudarle a usted, pida por el director de la prisión, Casey, o por el doctor (síntomas de envenenamiento debidos al plomo), Celda 1-B-14, llamada de urgencia, a las siete de la tarde.

Mientras me encontraba en la Comisaría de policía, los días 13-14 de diciembre, todavía no había confesado nada a nadie. Cuando el detective F. W. King salió de la sala de interrogatorios, el sargento Fitzgerald me golpeó duramente en el vientre mientras estaba sentado. Puedo enseñárselo durante el juicio. Me dijo: aunque seas un viejo, si no confiesas te llevo abajo conmigo y probaras la porra. Quisiera que usted le atacase por mí.

Pida al policía King que le dé mi pagaya de tortura. Él la tiene. Demostrará mi estado de ánimo. Una tabla con clavos que sobresalen.

Fish explica en detalle al doctor Wertham cómo se las arregla para atraer a sus pequeñas víctimas a los sótanos de las casas en las que pinta, ofreciéndoles golosinas o calderilla. Las reduce a la impotencia atándolas antes de violarlas y golpearlas. Algunas veces, las tortura varios días seguidos antes de matarlas y desmembrar sus cadáveres. A veces las amordaza, pero prefiere no hacerlo, pues «me gustaba oírles gritar de dolor». Una de las peores atrocidades cometidas por Fish tiene lugar en Saint Louis. Allí conoce a Kedden, un vagabundo de 19 años, guapo pero algo retrasado mental.

Viajaba a bordo de un tren de mercancías procedente del Sur que transportaba plátanos. En su vagón había cinco negros con él, y pasaron todo el tiempo divirtiéndose con toda clase de actividades sexuales, sobre todo la felación y la homosexualidad.

Lo conocí y me lo llevé a casa. Estaba cubierto de mugre. Le afeité todos los pelos del cuerpo, hasta los del pubis. Durante dos o tres semanas, hicimos toda clase de actos sádicos y masoquistas. Me daba latigazos y hacíamos juegos eróticos: el padre y el hijo, el profesor y su discípulo. Se me orinaba encima y yo bebía sus orines o comía sus excrementos, y luego le obligaba a que él también me lo hiciera.

Nuestros juegos se volvieron más sádicos. Le corté varias veces las nalgas para beber su sangre. Un día, lo até a una silla y lo puse en erección antes de empezar a cortarle el pene con unas tijeras, pero cambié de opinión. El muchacho parecía sufrir tanto que no pude soportar su mirada de dolor. Le vendé el miembro herido y, después de dejar diez dólares sobre la cama, huí a otra ciudad.

El 22 de marzo, el jurado, tras cuatro horas de deliberación, dio su veredicto: pese a las evidentes pruebas de su locura, condenó a muerte a Albert Fish. La reacción de Fish estuvo a la altura de su personaje:

Qué alegría, morir en la silla eléctrica. Será el último escalofrío. El único que todavía no he experimentado. (Después, tras un momento de vacilación.) Pero no ha sido un buen veredicto. Ya sabe usted que no estoy realmente bien de la cabeza. Y mis pobres hijos ¿qué harán sin que yo pueda guiarles?

Pese a una última tentativa del doctor Fredric Wertham y del abogado James Dempsey, se confirma como fecha de la ejecución el 16 de enero de 1936 en la prisión de Sing Sing. Fish pide, como última comida, pollo asado, que le sirven sin huesos para evitar que intente suicidarse. En efecto, unos meses antes, Fish se había cortado las muñecas con el hueso de una costilla de res. A las once de la noche, Fish se sienta en la silla eléctrica. Ayuda a los guardias a colocarle los electrodos en las piernas afeitadas. Entrega a uno de sus abogados unos papeles. El abogado se negará a comunicar a la prensa el contenido de los mismos: «Nunca enseñaré a nadie ese texto. Es el más increíble montón de obscenidades que haya leído en mi vida.»

A las once y nueve minutos se conecta la corriente para el condenado a muerte más viejo de Sing Sing. La primera descarga no funciona. Un periodista neoyorkino, que está presente, cuenta que nubes de humo rodean la cabeza de Fish. Al parecer, las veintisiete agujas contenidas en su cuerpo han causado un ligero cortocircuito. La segunda descarga manda a Fish al otro mundo.

Ha muerto uno de los mayores perversos de la historia del crimen. Se lleva con él su secreto: realmente, ¿a cuántas personas había asesinado?

KATHERINE MARY KNIGHT



La ciudad de **Aberdeen, Australia**, cerca de **Sídney**, era frecuentada por ser el lugar de nacimiento de algunos de los animales más emblemáticos de ese país: emús, koalas, canguros y el pastor ganadero australiano. Sin embargo, el 1 de marzo del 2000, **Katherine Knight** se robó la atención, ganándose el mote del monstruo más depravado en la historia homicida de ese país. Ahora los turistas tienen mayor interés por conocer la vivienda que se encuentra en Andrews Street número 84, donde Katherine cometió un crimen atroz y despiadado.

Antes de recibir sentencia definitiva, varios testigos afirmaron que Knight era una persona vengativa y cruel, que lastimaba a cualquiera que se le cruzara en su camino. El **Dr. Milton**, el psicólogo criminal más reconocido de Australia, dijo que Katherine sufría de desorden de personalidad, pero que sin duda había estado perfectamente consciente de sus actos los días 29 de febrero y 1 de marzo del 2000. No obstante, los que no la conocían y la vieron sentada en el banquillo de los acusados por primera vez consideraron que parecía la madre de cualquiera; con mirada tímida y aspecto tranquilo.

La sentencia, sin embargo, fue demoledora. De hecho, fue la más dura otorgada a una mujer en Australia: cadena perpetua y un archivo marcado con la frase: “Nunca deberá ser liberada”.

Lo sorprendente es que la mayoría de sus conocidos dejaron pasar su evidente carácter conflictivo y delictivo, por decir lo menos, y consideraban que ella simplemente era así. Katherine mostró señales muy claras de su personalidad bifurcada desde niña. La familia, lejos de atenuar ese perfil, lo consolidó.

Su infancia en una zona rural fue complicada. La comunidad donde vivía con su familia echó a su madre, **Barbara Roughan**, y la forzó a mudarse a **Moree**, luego de descubrir que mantenía una relación extra marital con **Ken Knight**, un compañero de trabajo de su marido **Jack Roughan**. La relación se convirtió en un verdadero escándalo. La familia se

dividió en dos: los hijos más grandes de la familia permanecieron con el padre y los más pequeños fueron enviados con una tía en Sídney.

En 1959, cuando Katherine tenía cuatro años y su padre biológico se suicidó, la familia volvió a reunirse con un nuevo padre para todos: Ken Knight, un alcoholico que violentaba a Bárbara continuamente para tener relaciones sexuales. Por su parte, ella no oponía resistencia, y tampoco tenía pudor para platicar abiertamente de las acciones a las que las sometía su marido. Afirmaba delante de sus hijos lo mucho que odiaba el sexo y a los hombres. En ese ambiente, Katherine pronto se quejó de acoso por parte de otros integrantes masculinos de la familia, y la madre le dijo que se dejara hacer y que no anduviera quejándose por ahí. La niña creció, víctima de abuso sexual de parte de varios hombres de la familia, a excepción de su padrastro.

No es de extrañar entonces que Katherine tuviera episodios de furia incontenible, detonados por los detalles, en apariencia, más insignificantes. Durante su paso por la escuela **Muswellbrook**, sus compañeros y profesores la recuerdan como una niña a la que le gustaba hacer *bullying* a los más pequeños. Abandonó sus estudios a los 15 años sin haber aprendido a escribir y leer correctamente; salió casi analfabeta. Trabajó como cortadora en una fábrica de ropa y después consiguió lo que ella misma llamó el trabajo de sus sueños. Entró como aprendiz en el rastro local y aprendió tan rápido, que pronto obtuvo su set de carnicero. Solía colgar sus herramientas de trabajo sobre la cabecera de su cama, para tenerlas a mano en caso de necesitarlas, según ella misma dijo.

En 1973 conoció a **David Stanford Kellet**, compañero de trabajo y alcoholico sin remedio. Cuatro años después se casaron a petición de ella. David recordaría años después el consejo de su suegra Bárbara luego de la ceremonia: “Ten cuidado, porque esta mujer puede chingarte, ni se te ocurra ponerle el cuerno porque te va a cargar la chingada. Esta niña siempre tuvo algo suelto en su cabeza”. De hecho, durante su noche de bodas Katherine intentó estrangular a su marido porque no cumplió con sus amplias expectativas sexuales.

El matrimonio no funcionó. David se marchó en mayo de 1976, pocos meses después del nacimiento de su hija **Melissa Ann**. Estaba harto de los desplantes de celos, de que le quemara sus pertenencias si llegaba tarde luego del trabajo y de que lo golpear a la menor oportunidad.

Katherine fue diagnosticada con depresión post parto e internada en el hospital **St. Elmo**, luego de que algunos vecinos la vieron empujar la carriola de su bebé con evidente descuido por las calles. La dejaron salir al poco tiempo, pero tampoco duró mucho su libertad. Un vecino encontró a la bebé en las vías del tren, mientras ella secuestraba a una mujer para que la condujera en busca de su marido, e intentaba golpear al mecánico que arregló el carro de David, en el cual finalmente escapó de ella. Entonces, Katherine fue trasladada al hospital psiquiátrico **Morriset**. Ahí aseguró que David la violentaba física y emocionalmente. Por supuesto la versión de él siempre fue diferente: ella era impredeciblemente violenta. Una mañana despertó para encontrar a Katherine sobre su pecho y con un cuchillo en la mano. Lo movía a través de su garganta sin hacerle daño y al ver su expresión, Katherine se burló de él y le dijo que debía darse cuenta lo fácil que le resultaría matarlo si se atrevía a engañarla.

David regresó con ella en cuanto supo que estaba internada en el psiquiátrico, y no sólo permaneció a su lado durante otros cuatro años, sino que procrearon otra hija, **Natasha Maree**, en 1980. Pero una vez más, después del nacimiento de su segunda hija, David se marchó definitivamente y ella tomó una sobredosis de pastillas para dormir, por lo que de nuevo fue internada en el psiquiátrico.

Para 1986 ya estaba totalmente involucrada con el minero **David Saunders**, con quien tuvo otra hija: **Sarah**. La desahogada situación de su nueva pareja les permitió comprar una casa. Katherine tuvo un hogar que decoró con pieles de animales, trampas, esqueletos, machetes y cuchillos. Hizo de su dulce hogar un gabinete escalofriante de curiosidades, en el que reflejaba su personalidad sangrienta y su gusto por la violencia.

Saunders, como era de esperarse, tampoco aguantó los episodios de violencia y los celos inexplicables de su mujer. En una ocasión, para ejemplificarle a Saunders lo que le ocurriría si lo descubría en una infidelidad, Katherine degolló a un cachorro de escasos meses frente a él. Así que David partió aterrorizado; pero meses después volvió con la intención de ver a su hija y se encontró con que había una orden de restricción en su contra por violencia doméstica. Katherine siempre lograba voltear la situación y culpar a sus parejas. Incapaz de permanecer sin pareja, Katherine se relacionó con el ex alcohólico **John Chillington** en 1990, con quien procreó a su hijo **Eric**. John tampoco corrió con mejor suerte, pues en un arranque de furia, Katherine le rompió los lentes mientras los llevaba puestos y le destrozó la dentadura postiza. Para su fortuna, Katherine lo abandonó a los pocos meses, pues ya mantenía una intensa relación con **John Charles Thomas Price**, quien vivía con dos de sus tres hijos, luego de haberse divorciado.

Pricey, como le decían los amigos, nunca imaginó que acababa de firmar su sentencia de muerte. Era un tipo que le agradaba a todo el mundo y estaba dispuesto a echar una mano siempre que fuera necesario. Divorciado desde 1988, vivía con sus dos hijos adolescentes, mientras la ex mujer se había marchado con la hija más pequeña. Tenía un bungalow de tres recámaras y un buen salario por sus servicios en varias minas.

Pricey ignoró los rumores acerca de los malos tratos que Katherine propinó a sus parejas anteriores. Además, la relación inició de maravilla, pues Katherine se mostró devota y amorosa; cocinaba y cogía estupendamente. En 1995 Pricey la llevó a vivir a su casa. Entonces inició una relación intermitente llena de episodios de violencia, separaciones y reconciliaciones. La última vez que se reconciliaron, algunos amigos de Pricey le retiraron el habla, pero lo peor vino cuando ella quiso casarse y Pricey la rechazó. Katherine, como venganza, lo acusó con su jefe de las minas de robar herramienta, por lo que lo degradaron de puesto, luego de 18 fructíferos años de trabajo. Esto fue intolerable y Pricey la corrió definitivamente de su casa, pidió una orden de restricción y avisó a sus colegas que si al día siguiente no se presentaba a trabajar, seguramente sería porque Katherine lo habría asesinado.

El 29 de febrero Pricey estuvo hasta las once de la noche con sus vecinos. Ya en casa descubrió que no había nadie; los niños se habrían ido a quedar a casas de amigos. Horas antes Katherine había comprado lencería sexy y había video grabado a los niños, mientras los conminaba a que dijeran su última voluntad, como si se tratara de un juego macabro. Además afiló perfectamente las herramientas que usaba en el rastro y las escondió estratégicamente en algunos rincones de la casa. Luego se marchó. Regresó de madrugada y encontró a Pricey dormido. Vio un poco de televisión, se bañó y despertó a su pareja

cariñosamente y luego hicieron el amor. A las seis de la mañana del siguiente día tanto los vecinos como los compañeros de trabajo de Pricey estaban preocupados porque su carro seguía estacionado a una hora en la que él ya se habría marchado a trabajar. Tocarón varias veces el timbre sin obtener respuesta, hasta que vieron manchas de sangre en la puerta y llamaron a la policía. Tuvieron que derribar la puerta, pero nadie imaginó lo que encontrarían dentro.

De acuerdo a los peritos, Pricey despertó cuando su mujer lo apuñaló por primera vez. Adormilado y aterrorizado trató de encender la luz de la habitación; quizá pensaría que se trataba de una pesadilla de la cual podía despertar. Trató de escapar, corrió desesperado por los pasillos de su casa hasta la puerta de entrada, donde Katherine lo alcanzó y lo arrastró de nuevo al interior. Una vez dentro lo apuñaló otras 36 veces. Seguramente los últimos minutos de Pricey debieron ser una combinación de terror abyecto y desesperación.

Una vez muerto, Katherine se dispuso a hacer lo que mejor sabía. Lo desolló metódicamente, le quitó toda la piel frontal: cuero cabelludo, el rostro, las orejas, el cuello; como si se tratara de un delantal de cuerpo entero, hasta los pies. El único orificio que se apreciaba era el de la primera puñalada que le propinó Katherine. (Esta piel desollada fue lo que los policías encontraron al entrar en la casa, colgada en la puerta que separaba el comedor de la sala.) Luego le cortó la cabeza a la altura de los hombros con un cuchillo muy filoso, con un corte preciso y limpio. Según el patólogo Dr. Timothy Lyons, quien practicó la autopsia, el procedimiento le debió llevar más de 40 minutos. Después, Katherine cortó partes del resto del cuerpo de Pricey. Las cocinó y las dispuso en la mesa acompañadas con papas horneadas, calabaza, col, verduras y salsa gravy. Había tarjetas con los nombres de sus hijos, que indicaban dónde les correspondía sentarse. La cabeza fue localizada en una olla con verduras que habría hervido a alta temperatura durante varios minutos.

En una repisa de la sala se encontró una nota escrita con varias faltas de ortografía enfrente de una fotografía de la víctima. Tanto en la nota como en el resto de los objetos, había sangre y pedazos de carne humana. La nota decía: *Time got you back Johathon for rapping (raping) my douter (daughter). You to Beck for Ross —for Little John. Now play with little Johns Dick John Price.* Algo así como: “El tiempo tomó venganza por violar mi ija. Tu por Beck para Ross –para el pequeño John. Ahora juega con el pequeño John Dick John Price. Esta nota que fue desechada en la corte por su insensatez y falta de fundamento.

Luego hallaron a Katherine Knight en la parte trasera de la casa, roncaba ruidosamente y estaba en estado comatoso, luego de haber tragado varias píldoras. De acuerdo al detective **Muscio**, quien investigó el crimen, Pricey trató desesperadamente de salvar su vida. Encontraron marcas de sangre con sus huellas digitales, por los pasillos, los muros, las puertas, los apagadores, la puerta de entrada. Quizá hubiera podido escapar, si no hubiera estado tan aterrorizado, desconcertado, desesperado, horrorizado ante algo tan descomunal como su propia muerte a manos de su mujer. Ella, por su parte, seguramente sacó las armas que escondió horas antes, en los lugares más insospechados, para seguir martirizándolo hasta matarlo.

Katherine Knight cumple su condena en el **Centro Correccional para Mujeres Silverwater**, un dulce hogar donde no podrá jamás colgar sus adornos favoritos.

ROBERT MAUDSLEY



Robert Maudsley es un asesino británico en serie, que mató a cuatro personas. Fue sentenciado a cadena perpetua por un asesinato. Los otros tres los cometió en la cárcel y fue acusado de comerse un parte del cerebro de uno de ellos, cuando estaba ingresado en un hospital psiquiátrico. Este suceso le valió el apodo de «Hannibal el Caníbal» entre la prensa británica.

(Fragmento extraído del artículo «Los peores

asesinos caníbales de la historia», publicado el 31 de mayo de 2012).

Robert John Maudsley nació en junio de 1953, en Toxteth, Liverpool, Inglaterra. Fue un asesino serial, y caníbal, responsable de la muerte de cuatro personas, tres de ellas en la cárcel, en donde fue internado por asesinar al primero. Quizá tenga en récord de asesinatos en una cárcel. Como comió parte del cerebro de uno de ellos, recibió el apodo de «Hannibal the Cannibal».

Maudsley era uno de los cuatro hijos de un camionero. Cuando era un infante, sus hermanos fueron puestos al cuidado de una institución para menores, por negligencia de sus padres. Él mismo pasó varios años de su adolescencia en el orfanato de Nazareth House, una institución católica, administrada por monjas, en Crosby, Liverpool.

Ya desde muy joven se aficionó a las drogas, y se prostituía para poder comprarlas. Fue internado en un psiquiátrico, tras varios intentos de suicidio. Según un reporte médico, oía voces que le ordenaban matar a sus padres. Eso fue originado por las constantes palizas que su padre le daba, al igual que a sus otros hermanos.

En 1973, Maudsley trabajaba de prostituto, cuando fue abordado por John Farrell, un pedófilo. Éste le mostró fotografías de los niños a los que había abusado, y Robert reaccionó furioso, estrangulándolo. Fue internado en el Hospital Broadmoor, como un demente, mientras se celebraba su juicio. En 1977, él y otro paciente, secuestraron a un tercer paciente, (otro pedófilo), a quien encerraron en una celda, le torturaron y asesinaron. Cuando los custodios pudieron entrar en la celda, hallaron muerto al hombre, su cráneo abierto y el [le] faltaban trozos del cerebro. Maudsley comió esa parte de su víctima, ayudado de una cuchara. Tras este nuevo homicidio, le juzgaron por asesinato, fue declarado culpable, y llevado a la prisión de Wakefield, conocida como Monster Mansion.

En 1978, asesinó a otros dos prisioneros, en un solo día. Había prometido conseguir siete trofeos en un día, y comenzó temprano. El primero fue un violador: Salney Darwood. Maudsley le invitó a su celda, y allí le apuñaló, y cortó su garganta, metiendo el cadáver bajo la cama. Seguidamente invitó a otros presos a entrar en la celda, pero todos tuvieron miedo, porque imaginaban lo que pretendía hacer.

Ya que ninguno quería entrar, él fue en busca de uno, a quien persiguió por los pasillos. Puso **[pudo]** arrinconarlo, golpear su cabeza contra el muro, y apuñalarlo hasta matarlo, con un cuchillo que él mismo fabricó. La víctima se llamaba Bill Roberts, de 56 años. Luego de esto, el homicida se entregó a los guardianes de la prisión.

En 1983, fue declarado demasiado peligroso como para permanecer junto a otros, por lo que le confinaron al sótano de la prisión de Wakefield, en donde construyeron dos celdas para él solo. Éstas son muy parecidas a las de la película «El silencio de los corderos (inocentes en otra versión)», con la diferencia que tienen siete años más de antigüedad, lo que hace pensar que la película se basó en esta prisión, además del personaje «comedor de sesos».

La celda tiene 6 metros por 4; mesas y sillas de cartón compacto; la cama es una pieza de cemento; el inodoro y el lavabo están clavados al suelo; vidrios a prueba de balas, y está vigilada constantemente por cámaras y al menos cinco guardias. La forma en que le pasan la comida, y otras cosas, es conocida por la película. Nunca tiene contacto con otros presos, está en la celda 23 horas al día, y sale una al patio, custodiado por media docena de guardias.

Lleva ya 20 años en aislamiento, y en 2008 se dijo que había subido mucho de peso, y tenía problemas cardíacos. Además, ha envejecido mucho, pareciendo varios años mayor de los cincuenta que tiene. Permanecerá en prisión hasta que muera.

ALFERD PACKER



nació (como Alfred G. Packer) en el Condado de Allegheny, Pensilvania, en Estados Unidos, el 21 de enero de 1842. Sirvió en la Guerra Civil Americana, en el bando de la Unión, presumiblemente en un regimiento de Iowa, pero fue expulsado debido a que sufría epilepsia.

Mientras vivió en Colorado fue explorador y guía montañista.

En 1874 realizó una expedición junto a un grupo de 5 exploradores. Pero en el transcurso de la caminata hubo ventisca y las temperaturas bajaron mucho. Días más tarde apareció en la aldea base y ante las

preguntas por sus compañeros de viaje respondía que habían muerto congelados. En una ocasión Packer confesó que había comido a sus compañeros de viaje.

Un explorador encontró en la montaña los restos de los cinco hombres sin piel en el cuerpo. Retrató los cadáveres y presentó las imágenes ante la policía. Los agentes de la ley, al encontrar los restos de los exploradores, ordenaron la captura de Packer, quien, aunque intentó escapar, fue aprisionado.

En el juicio confesó haber comido carne humana y matado a uno de ellos en legítima defensa. El juez no le creyó y fue condenado a muerte. Pero antes de su ejecución, que sería realizada en la horca, realizó una apelación, que terminó por cancelar su ejecución.

Tuvo que volver a ser juzgado. Fue condenado a 40 años de prisión, pero a los quince años de cárcel se vio libre. Seis años más tarde murió.

ISSEI SAGAWA



Renée, una estudiante holandesa de 25 años, no quiso ceder a los propósitos sexuales de un estudiante japonés de 32 años, y éste la mató de un tiro en la cabeza. Luego la violó. Después la cortó a trozos. Y más tarde, comió algunos de esos trozos. Issei quiso de esta forma “guardarla dentro”.

Issei había nacido en Kobe en 1949, de una importante familia de industriales. Había sido un estudiante modelo con notas excelentes. Pronto demostró una gran pasión por

la literatura y se especializó en novela y teatro inglés, con una neta predilección por Shakespeare. En la facultad Gakui de Osaka, presentó una brillante tesis sobre Macbeth.

En 1977 se instaló en París, donde pensaba quedarse hasta 1982, fecha en que entraría con un cargo importante en una de las filiales de la empresa que dirigía su padre. En Censier había seguido tenido muy buenas notas y actualmente preparaba una tesis sobre la influencia de la literatura francesa en la obra del Premio Nobel japonés, Kawabata.

Su vida en París parecía transcurrir sin grandes historias. Su portera dice que era un hombre muy discreto y muy correcto, cosa que parecen confirmar algunos de sus compañeros de estudio que, sin embargo, añaden que era bastante distante, sin sentido del humor y demasiado seguro de su capacidad intelectual. Según algunos, Issei parecía considerarse un puro producto del Japón tradicional. Apenas medía 1,50 y no llegaba a los 40 kilos. Ponía mucho cuidado en el vestir y se dice que lo hacía con un cierto refinamiento.

Issei, empollón por naturaleza, empezó a tragarse libros sobre pueblos antropófagos, desde los cretenses a los aztecas, pasando por los indígenas del Amazonas y los salvajes de Australia. Poco a poco, con argumentos como el de que las tribus primitivas se comían el corazón de sus enemigos para apoderarse de su valentía, empezó a encontrar coartadas que dieran cobertura racional a sus monstruosas fantasías adolescentes. Le encantó leer un día en los periódicos que dictadores africanos como Idi Amin y Bokassa tenían la costumbre de celebrar regularmente festines a base de carne humana debidamente cocinada y aderezada.

En un momento dado, cuando contaba la veintena, Issei decidió intentar satisfacer sus retorcidos deseos con una prostituta japonesa. “Le metía la hoja de un cuchillo en la garganta y fingía que iba a matarla”, contó a la justicia francesa. “Después, para que se

confiara, dejaba que ella hiciera lo mismo conmigo. Pero aquella mujer no me interesaba. Simplemente jugaba con ella a un macabro juego. Fue un primer paso hacia lo inevitable”.

Años después, cuando Issei se trasladó a París tuvo ocasión de conocer en la Universidad a varias jóvenes que le renovaron el deseo de poner en práctica su canibalismo latente.

Cuando una de estas chicas, Renée Hartevelt, empezó a frecuentar su piso para traducirle al francés varias obras de poesía alemana, Sagawa se dijo a sí mismo que ya había encontrado a la víctima idónea. Pero no se dio prisa en matarla.

“Los hechos sucedieron poco a poco, por grados. Una de las primeras veces que Renée vino al apartamento, yo me hice con un revólver y traté de golpearla por la espalda. Ella no se daba cuenta de nada. Estaba ya a unos milímetros de su cuerpo, presto a descargarle un culatazo mortal, cuando de repente se dio la vuelta y me sonrió. No tuve el coraje de seguir adelante con mi propósito”.

Renée tal vez también podía considerarse un puro producto holandés. Alta, bella, deportiva, con un bonito pelo castaño y una mirada clara y directa. Había conseguido la licenciatura en Letras en la Universidad de Leyden y ahora estudiaba literatura comparada en la Universidad parisina. A París había venido como “au-pair” y vivía en una buhardilla del Barrio Latino, cedida a cambio de guardar dos niños durante los fines de semana. Los niños parecían quererla y la familia la apreciaba mucho también.

El jueves, Issei invitó a comer a Renée y preparó para ella unos guisos orientales que sabía que eran de su gusto. “Le divertía mucho comer con bastoncitos”, dice él en sus memorias. Cuando la bella estudiante holandesa hubo tomado los postres, su anfitrión decidió jugarse el todo por el todo.

“Primero intenté besarla, como ya había hecho otras veces. Renée empezó a retroceder. Le hablé de mi adoración por ella y del amor que sentía en mí como un huracán, y ella siguió resistiéndose. Saqué mi carabina del armario para asustarla. Por casualidad el arma se disparó y ella cayó fulminada. La tentación fue para mí demasiado fuerte. No supe resistir. La desnudé y abusé de su cuerpo. Después comencé a cortarla a trozos. En aquel momento pensaba que esa era la mejor manera de esconder su cadáver y de sacarlo de mi casa. Mientras cortaba aquel cuerpo con un cuchillo eléctrico, yo no era Issei, era un médico. No era un médico, era un diablo. Era Mefistófeles en persona. Cortaba y fotografiaba. Como un autómatas, empecé a probar con los labios algunos pequeños trozos que ya había separado del resto. Este impulso era más fuerte que yo. Una vez terminé el descuartizamiento, cogí unas partes y las metí en el frigorífico, y otras las llevé a la cocina y me las freí, aderezándolas con sal y pimienta. Descubrí que tenía un sabor agradable, dulce y delicado, un sabor similar al del atún”.

“Mi gesto fue un acto de amor. De aquella manera conseguí tener a Renée dentro de mí para siempre”.

De esos trozos, Issei separó los labios, los senos, la punta de la nariz, la parte alta de los muslos y ciertas vísceras y lo depositó en un gran plato que colocó en el frigorífico.

Los pedazos del cuerpo descuartizado Issei los envolvió en plástico y con papel de periódico por encima.

En dos maletas marrón oscuro, que fue a comprar aquella misma tarde a unos grandes almacenes, el japonés depositó la cabeza, los brazos y las piernas. En la otra depositó el tronco.

Cuando todo estuvo preparado, al final de la tarde de ese mismo jueves, Issei llamó a un taxi, cargó las maletas y propuso un itinerario sin rumbo fijo al taxista. Una hora después volvía a casa sin haber sabido desembarazarse de las maletas. La misma escena se repitió al día siguiente.

Por fin, el sábado por la noche otro taxista lo recogió en la calle Erlanger, donde vivía Issei, y lo llevó hasta la zona del Bosque de Bolonia. El lago estaba muy cerca. Eran las nueve de la noche. Hacía calor. Issei tal vez no había calculado que el buen tiempo incitaría a mucha gente a dar un paseo por aquellos alrededores. Esa gente que lo miraba avanzar hacia el lago con dos enormes maletas. Issei no pudo llegar. O lo encontró peligroso. El caso es que abandonó las maletas en uno de los rincones del bosque y desapareció rápidamente.

Al principio de cualquier entrevista, Issei pone como condición que no se hagan referencias directas durante la conversación al asesinato de Renée, pero finalmente es él quien saca el tema a relucir de forma casi obsesiva. Quizá porque, al igual que el resto del mundo, él también siente fascinación por lo que le ocurrió aquel trágico 11 de junio de 1981.

Yo entonces tenía 32 años y había conocido a Renée cuando ésta seguía un curso de cultura oriental en la Universidad Internacional de París. Era alta, deportiva, vital y con un hermoso cabello castaño.

La chica despertó desde el primer momento profundos sentimientos amorosos en este japonés que, nacido prematuramente, había arrastrado toda su vida la más variada gama de complejos por su físico poco agraciado. Renée le consideraba un interesante y culto compañero con el que poder hablar sobre cuestiones de la cultura y la sociedad oriental que tanto le interesaban, pero sus sentimientos nada tenían que ver con el amor apasionado que, día a día, iba creciendo en el corazón de Issei.

-Un día de verano en que el calor empezaba a apretar, la invité a mi apartamento con la excusa de que me tradujera al francés unos poemas de escritores alemanes. Ella nunca había estado en mi casa anteriormente, ya que nos citábamos en cafeterías o en el campus universitario. Así que, cuando la vi entre las paredes de mi apartamento, hermosa y exuberante, con sus ropas veraniegas, y su sonrisa cálida, se despertó en mí un deseo de posesión. Por una vez la podía disfrutar a solas, sin compartirla con las miradas de nadie más... (el brillo de sus ojos delata aún el fuego de una frustración amorosa). Cuando pasé el brazo por su hombro ella empezó a incomodarse, pero aun así yo intenté besarla furtivamente. Entonces Renée se levantó irritada y me amenazó con no volver a verme nunca más. Yo intenté ser amable con ella, pero no conseguía sino irritarla mucho más, notaba en su expresión el asco que le producía mi cercanía... Sentí en lo más profundo de mí el desprecio de su mirada y quise vengarme arrancándole lo que más apreciaba ella: su vida. A punto estuve de perderla para siempre, pero cuando ella se dirigía hacia la puerta de salida conseguí frenar su huida con un disparo en la nuca.

Hasta aquí podría tratarse de un simple crimen pasional sin mayor trascendencia, pero es que cuando Issei vio a Renée tendida en el suelo, se exacerbó sus instintos de posesión. Y éstos muy pronto dieron paso a viejas fantasías caníbales que latían ocultas en el joven japonés. Issei cogió varios cuchillos eléctricos y descuartizó el cuerpo de la muchacha. Escogió algunas partes (los senos, la punta de la nariz, los labios) y con la carne humana elaboró alguno de los platos típicos de la gastronomía japonesa que luego se comió.

Y ya en el colmo de las perversiones, Issei tomó varias fotografías del proceso de descuartizamiento y del festín caníbal que preparó. Estas fotografías fueron halladas posteriormente por la policía, junto con los restos humanos que dejó en el congelador. En sus declaraciones a los agentes franceses que le detuvieron, Issei aseguró que se la comió, en unos momentos de sentimiento y pasión tan intensos que le volvieron fuera de sí. “Quería tenerla dentro de mí”, fueron sus palabras.

El resto del cuerpo troceado de Renée fue envuelto en plásticos e introducido en dos maletas que el asesino compró especialmente para la ocasión, Avisó a un taxi y con su macabro cargamento en el portamaletas del vehículo, le dijo al conductor que se dirigiera al Bois de Boulogne, un bosque en las afueras de París.

Allí, cerca de un lago, abandonó las maletas que unos visitantes del parque abrieron movidos por la curiosidad, llevándose el mayor susto de su vida. La declaración del taxista a la policía, tras oír en la radio la noticia del macabro hallazgo, puso a los agentes sobre la pista del asesino, que fue detenido la misma noche que se descubrió el crimen.

Con la carne de Renée, Issei preparó sukiyaki, un plato que requiere carne blanca, paciencia y habilidad, porque el grosor del filete (si se prepara bien) no puede sobrepasar los cinco milímetros, y las verduras que lo acompañan (setas, puerros, zanahoria, coñacu) tienen que macerarse despacio, cada una por su lado en una salsa casi dulce, a la temperatura justa y luego mezclarse también en el momento justo, que los cocineros no aclaran, porque es un secreto de cocina. Así que se aconseja utilizar primero un cuchillo eléctrico para distribuir la pieza en gruesos y regulares rectángulos y congelarlos para facilitar, más tarde, el corte preciso.

Un caso característico empezó en París en 1981 cuando dos chicas llevaron a la policía hasta un punto del Bois de Boulogne en el que habían visto cómo un oriental muy bajito intentaba sumergir dos maletas absurdamente grandes en el Lac Inferieur. Cuando las vio llegar el oriental huyó tan deprisa como se lo permitieron sus minúsculas piernas y abandonó su equipaje.

El contenido de las bolsas de plástico que había dentro de las maletas fue reconstruido e identificado como Renee Hartvelt, una estudiante holandesa de 25 años.

En cuanto la noticia del macabro descubrimiento fue publicada, el mismo taxista que transportó al hombrecillo y sus maletas hasta el parque se presentó en comisaría y guió a la policía al número 10 de la Rue Erlanger, donde los agentes encontraron y arrestaron a Issei Sagawa, un estudiante japonés de 32 años. Los agentes también encontraron una pistola, una alfombra manchada de sangre y una nevera llena de carne humana.

Una vez arrestado, Sagawa, impasible y sin dar ninguna señal de arrepentimiento, contó que había matado de un tiro a su compañera de estudios Renee Hartvelt después de que

ésta se hubiera negado a hacer el amor con él; que la había desnudado y que mantuvo relaciones sexuales con el cadáver. Luego dio comienzo al lento proceso de desmembrar el cuerpo, haciendo pausas ocasionales para fotografiar su obra y mordisquear tiras de carne humana cruda. Sagawa acabó escogiendo algunas costillas que guardó en su nevera para comérselas más tarde, y el resto del cadáver acabó en el Bois de Boulogne.

Issei lo explicó todo con gran lujo de detalles y con una enorme serenidad. Cuando bien entrada la noche terminó el interrogatorio, Issei se acostó sobre uno de los bancos de la comisaría y se quedó profundamente dormido. Antes había declarado: “Desde hacía tiempo tenía ganas de comérmela” y especificó después: “Muy frecuentemente he tenido ganas de comer carne humana, y esto desde hace ya mucho tiempo. En varias ocasiones, cuando hacía el amor me daban unas ganas enormes de comerme a la mujer que estaba conmigo”.

El crimen no fue ninguna acción repentina e incontrolada sino que, según el mismo cuenta en sus memorias, estuvo largamente planeado y calculado en sus menores detalles. “Me atormentaba desde hacía tiempo la idea de hincar los dientes en la suave carne blanca y perfumada de mi amiga. Y me preguntaba: ¿porqué está prohibido comer carne humana? Esta era una obsesión que me atenazaba desde hacía muchos años. A los 9 años, durante una clase escolar dedicada a la antropofagia pregunté a la maestra: ¿por qué está prohibido comer carne humana? La pobre -recuerdo- palideció y no tuvo coraje para responderme. Aquel día aprendí que ciertas preguntas no deben ser formuladas nunca en público y es preferible mantenerlas en secreto”.

En el elegante duplex donde vivía Issei, la policía descubriría al día siguiente una treintena de fotos en color mostrando las diversas fases del descuartizamiento del cuerpo de Renée.

“Issei parece haber estado dividido entre sus extraordinarias facultades intelectuales y un gran complejo de inferioridad debido a su físico enclenque. El mismo habría explicado a la policía que se encontraba feo y que parece que esto le había hecho sufrir bastante. Su caso podría parecer también como una especie de suicidio del hombre que se encuentra demasiado solo y desorientado, dividido entre dos civilizaciones. Issei parecía estar en ruptura de armonía. Nadie le había conocido aventuras sentimentales. Las prostitutas eran, aparentemente, su único equilibrio sexual. Issei era un hombre solo, sexualmente frustrado. Y la frustración sexual engendra a veces el crimen”.

“Mi canibalismo es sexual. Un acto erótico, un tabú, ligado al placer. Soy un soñador traicionado por la realidad. A los cuatro años le pregunté a mi niñera por qué no se podía comer carne humana. Me contestó que me causaría mucha tristeza ver morir así a alguno de mis amiguitos por muy apetitoso que me pareciera. Entonces yo ya pensaba en los muslos de uno de mis compañeros y sentía el deseo imperioso de probarlos. Me preguntaba qué sabor tendría un muslo, mientras amasaba y acariciaba el mío”.

“Tuve un sueño que marcó mi vida. Mis padres y mi hermano me arrojaban a una marmita para cocerme y comerme. Entonces, cada vez que mis padres me regañaban pensaba que lo hacían a propósito, porque cuanto más sufriese, mejor estaría mi carne”.

“El miedo a ser comido es la raíz de mi canibalismo. Mi sueño siempre ha sido desaparecer en el joven cuerpo de una mujer”.

Issei Sagawa se benefició de los típicos manejos sucios que sólo pueden conseguirse con dinero: pasó tres años escasos en un hospital de Francia y acabó siendo devuelto a Japón, donde se le declaró cuerdo y se le dejó en libertad.

Que Francia dejara libre al caníbal de París justo cuando dos grandes multinacionales - Kurita Water Industries de Japón y Elf Aquitaine de Francia- acababan de firmar un acuerdo comercial muy lucrativo llamó la atención de todo el mundo, y no sólo de los cínicos. Casualmente, el padre de Sagawa era el presidente de Kurita Water Industries.

En septiembre de 1985, poco después de haber quedado en libertad, Sagawa afirmó que haber comido la carne de Renee Hartevelt fue «una expresión de amor», la culminación del deseo de comer la carne de una mujer joven que había sentido durante toda su vida. Y, lo que aún resulta más inquietante, Sagawa no podía descartar la posibilidad de que volviera a «enamorarse»...

Pasó dos años en la prisión de La Santé. En 1984 consiguió que un juez reconociera su enajenación y le declarara exento de responsabilidad penal. Un año en un psiquiátrico francés y vuelta a Japón.

Issei ingresó en un centro de salud mental de Tokio en mayo de 1984, fue dado de alta de esa institución 15 meses más tarde, después de que los especialistas diagnosticaran que su estado psíquico era perfectamente normal.

La noticia de su liberación provocó una fuerte protesta en Francia y Holanda.

Ahora

“Que me maten sobre la tumba de Renée”

“No encuentro palabras para pedirles perdón, Yo me arrepiento realmente de lo que hice porque Renée era muy gentil conmigo y yo no tenía razón para hacer una cosa tan horrible como aquella. Estoy completamente confuso y no puedo comprender del todo lo que hice. La amaba y siempre la amaré. Y soy muy infeliz día y noche, como ustedes. “En estos términos se expresaba Issei en una carta que envió a los padres de Renée ocho días después de ser detenido. Esta carta, que fue publicada años más tarde en una revista francesa, acaba solicitando a los padres de su víctima que le maten a él sobre la tumba de Renée.

-¿Realmente está usted arrepentido del crimen que cometió?

-Por supuesto, me arrepiento de haberla matado y, sobre todo, de habérmela comido. Cada vez que alguien me habla del tema me siento avergonzado. A menudo sueño con ella y tengo una pesadilla insistente.- me veo frente a una chica hermosa y en el momento en que le voy a confesar lo mucho que me gusta sale la voz de Renée a través de mi boca, sin que yo pueda hacer nada por acallar sus gritos de auxilio. Es horrible, pero ya me he resignado a vivir con esta pesadilla de por vida.

Y es que Issei no pierde la esperanza de casarse un día, aunque en el fondo piensa en lo utópico de esta empresa.

-Cuando volvía Japón, después de haber estado internado en varios psiquiátricos de Francia, conocí a una chica norteamericana con la que estuve saliendo durante algún tiempo, siempre ocultándole mi macabro pasado. Pero la prensa de mi país tuvo conocimiento de la relación y publicó la noticia, Cuando la chica se enteró, desapareció automáticamente de mi vida.

Como hemos dicho al principio de este reportaje, Issei se encuentra dado de alta del centro psiquiátrico donde ingreso cuando le repatriaron a Japón. En un principio, los psiquiatras franceses dictaminaron que se trataba de un desequilibrado mental, lo que le salvó de una doble acusación de asesinato y antropofagia. Tras pasar unos meses en la prisión francesa de La Santé, Sagawa fue internado en un psiquiátrico parisino y poco tiempo después, en 1984,- repatriado a Japón.

-Llevo nueve años en mi país, sin poder salir de él porque las autoridades me deniegan sistemáticamente el pasaporte.

Sin amigos y con el único soporte de su familia, la vida de Issei transcurre de forma tranquilas hogareña, absorbido por sus pasiones artísticas.

-La verdad es que salgo poco de casa. Me dedico casi todo el tiempo a escribir porque supone para mí una especie de terapia, me ayuda a liberarme de pesados fantasmas (los médicos creen que su mejoría psicológica se debe en gran parte a su afición a expresar por escrito todo lo que pasa por su cabeza y los recuerdos de aquel crimen). También me gusta mucho pintar, sobre todo retratos de mujeres occidentales por las que siempre he sentido debilidad. Que si me gano un dinero con ellos? Qué va... nadie me los compra, no quieren, colgar en sus casas el cuadro de un asesino.

Issei vive solo en un pequeño apartamento de 36 metros cuadrados, muy cerca de su único hermano, que ocupa una vivienda de las mismas características en el mismo edificio. Los miembros de su familia siguen siendo las únicas que han permanecido al lado de este japonés, que dedica todo su tiempo a escribir y pintar. El resto de los mortales rechaza y teme el contacto con este hombre de apenas metro y medio de estatura y constitución enclenque y enfermiza.

-¿Qué tal se lleva con sus vecinos?

-Pues no demasiado bien. Les gusta pintar en mi buzón la palabra “caníbal” y de vez en cuando recibo llamadas telefónicas anónimas insultándome. La verdad es que les comprendo perfectamente porque no es fácil convivir junto a una persona que ha cometido un crimen tan monstruoso como yo. Ni yo mismo me acostumbro a ese horrible pasado que intento borrar de mi mente. Yo, ahora, soy una persona normal y me comporto como tal, pero la gente que te rodea eso no lo sabe.

-¿Es cierto que tampoco encuentra trabajo?

-Sí, nadie me quiere dar un trabajo fijo, porque eso provocaría malestar entre los otros empleados. Sí he podido hacer algunas colaboraciones para revistas, sobre todo de temas cinematográficos, que me apasionan. Durante todo este tiempo también he escrito cinco libros, en el primero de los, cuales explicaba mi crimen. La verdad es que el morbo de la gente convirtió ese libro en un best-seller.

Pero Issei Sagawa no necesita preocuparse demasiado del problema monetario, porque cuenta con el apoyo incondicional de una persona que se lo resuelve: su padre, un acaudalado empresario de plantas depuradoras de agua, ya retirado, que se hace cargo de todos sus gastos.

Yo reconozco que si mi padre no hubiera sido una persona con dinero todavía estaría pudriéndome en la cárcel, porque habría sido deportado y juzgado en Japón, país donde no existe la posibilidad de cumplir condena en instituciones psiquiátricas, como es el caso de Francia.

Issei, el escritor, el lector de Mishima y Sade, el mentor japonés del expresionismo alemán, el hijo de un rico industrial, el modelo de revistas pornográficas, el actor de películas con erótica antropofágica, el caníbal, le escriben a su apartamento de Tokio las lectoras adolescentes de su libro “En mitad de la niebla” (130.000 ejemplares vendidos) y alguna hasta le llama por teléfono para conocerle y para que le invite a cenar y le cuente cómo una vez le gustó tanto una mujer que se la comió.

Ha publicado el relato detallado de su crimen en “En medio de la niebla”. Reeditó su éxito con un relato añadido y el último “Perdónenme por estar vivo”. En la cárcel escribió “La Santé”, recuerdos de su infancia y adolescencia, o el inicio de su afición antropofágica. Prepara ahora “La casa de los extranjeros”, novela de terror inspirada en el carnicero de Rostov. Además ha escrito “París en flor, París en amor”, una guía amorosa para que los visitantes entiendan mejor a las mujeres francesas.

Apareció en las páginas centrales de una revista pornográfica y dirige y protagoniza un cortometraje titulado “Quiero ser comido”.

También fue actor en una película sadomasoquista japonesa.

El País, domingo 22 de julio de 1990

Cuando me despedí hace días de Issei Sagawa, tras charlar dos horas en su domicilio, me vino a la cabeza la escena de la película El hombre elefante, en la que el protagonista, rodeado por la turba amenazadora londinense, grita enloquecido: “Yo también soy un ser humano”. Se lo comenté y creí ver en su mirada un cierto grado de aceptación. Sagawa, un japonés refinado, licenciado en filosofía y literatura, se afana ahora en dar un sentido a su vida, purificándose con sus escritos del horrible crimen que cometió en su apartamento de París el 11 de junio de 1981.

Nadie duda, y menos aún él, que este hombre de 41 años, de estatura pequeña y complexión frágil, mató con un disparo en la espalda a una joven estudiante holandesa de 25 años Renee Hartevelt; descuartizó su cuerpo con un cuchillo eléctrico; engulló parte de la carne, y abandonó los restos metidos en dos maletas en el Bois de Boulogne. “Si tiene algún significado mi vida es el de seguir pensando sincera y profundamente en tí, iluminando tu vida perdida hasta que se acabe la mía”, escribió desde la cárcel de la Santé, de París, en un ensayo que tituló A Renee.

Sagawa vive, como él dice, rechazado por la sociedad, arrepentido por el acto salvaje que cometió y con el deseo de explicar y explicarse las obsesiones sexuales y caníbales que sintió de joven. “Escribir es vivir para mí. Es un autoanálisis, una, liberación, una catársis”, manifiesta. La justicia francesa sobreescribió su caso al determinar el examen médico que tenía perturbadas sus facultades mentales en el momento del crimen, y ordenó en 1983 que fuera internado en un sanatorio psiquiátrico.

Hasta entonces había estado en la cárcel de la Santé, y su experiencia allí, mezclado con reclusos franceses y algunos asiáticos, le sirvió de base para uno de los tres libros que piensa publicar el próximo otoño. Su padre, un acomodado empresario, ya retirado, de una compañía depuradora de agua, logró, en mayo de 1984, traerlo a Japón para ingresarlo en el centro de salud mental de Tokio, del que salió 15 meses más tarde. Actualmente acude cada 15 días, por voluntad propia y sin presión de nadie, según subraya, a la consulta de un psiquiatra: “El diagnóstico es que ahora estoy perfectamente normal. Voy camino de obtener, en cierta forma, la rehabilitación en la sociedad”.

Sagawa accedió a la entrevista bajo ciertas condiciones, entre ellas, la de que no se le formularan preguntas directas sobre el asesinato. Sin embargo, en el curso de la larga y relajada charla en el pequeño salón de su apartamento de una ciudad-dormitorio, cuyo nombre ruega silenciar, situada a unos 20 kilómetros al oeste del centro de Tokio, habló del crimen con una fijación, casi incurable, así como del sentimiento de pérdida que le produce la tragedia de hace ahora nueve años.

Era una calurosa y húmeda tarde de principios de junio, pero él vestía una americana de invierno de espiguilla gris, unos pantalones de lana marrones y una camisa de la que sobresalía un diminuto fular. Es un hombre de rasgos suaves, sin otro aparente defecto físico que el de no medir más allá de un metro cincuenta centímetros, y de tener una complexión débil, originada quizás por un nacimiento prematuro. Aparentaba 10 años menos, algo bastante común, entre la mayoría de los asiáticos.

Reside en una casa pequeña de alquiler, que pagan sus padres, en un edificio no lujoso de apartamentos, en el que vive también su otro hermano, menor que él, empleado en una agencia de publicidad.

En las paredes cuelgan algunos cuadros pintados por él, que no llaman demasiado la atención, a excepción de uno colocado muy arriba sobre el marco de la puerta. Es un retrato casi fotográfico de una atractiva joven de melena rubia. “No, no es ella”, corta en seco el amigo que asiste a la entrevista, como si hubiera adivinado el pensamiento del entrevistador. Corresponde a una norteamericana que hizo amistad con Sagawa mientras vivía en Tokio y con la que se cartea o habla por teléfono: “Ella siempre me dice que no quiere hablar de mi pasado, que sólo cree en mi presente”, cuenta.

Sobre un ordenador de mesa destaca una fotografía ampliada de una panorámica de Toledo. Sagawa no ha estado nunca en España. La foto de Toledo se la ha dado un amigo: “Me da vergüenza decirlo, pero mis finanzas no están muy bien. Me he comprometido con mis padres a pagar el alquiler con los beneficios que saque de la venta de mis tres libros”.

Sus libros, explica después de servimos un té inglés con brandy francés, van a ser publicados por tres diferentes editoriales, aunque el tema de ellos tiene el mismo

denominador común: retornar al trágico pasado, desmenuzarlo como reflexión de futuro. El primero se llama Shinkiro (Espejismo),- el segundo, Santé, por la represión parisina, y el tercero, Canibalism-no-yume (Sueño de caníbal)

“Tratan de mi pasado, mi nacimiento, mi infancia mi adolescencia, mi futuro. El tercero de los libros describe a una persona que convierte en real una obsesión caníbal. Rompe el espejo del canibalismo en su alma, pero en el hospital psiquiátrico recupera el espejo otra vez, como una obsesión. Cuando sale del hospital-prisión, vuelve a romperlo al entrar en contacto con la realidad”.

Meses antes de matar a Renee había iniciado su doctorado en la Sorbona sobre similitudes entre la obra del premio Nobel de Literatura japonés, Yasunari Kawabata, y el surrealismo francés. Durante la conversación se muestra irritado por cómo la prensa francesa, y en particular el Canal 1 de televisión pública, utilizaron una entrevista mantenida con él en su casa de Tokio para organizar luego un debate criticando su estado actual de completa libertad: “Acabaron inventando el contenido. Es cierto que vivo relativamente libre, pero para llegar hasta aquí he tenido que pasar por un proceso que no se explica tan sencillamente”.

Sagawa dice que no trabaja porque nadie quiere darle trabajo fijo. “A veces algunas revistas me piden colaboraciones. Por ejemplo, para una que se llama Brutus escribo un artículo de cine. Hago también traducciones en japonés para una distribuidora de películas de vídeo en francés”.

Tiene una voz más bien débil y se entusiasma cuando habla de cine. Asegura que le fascina, en especial las comedias románticas, y también las películas de fantasía y de terror. “No he visto mucho cine español, pero me parece que es muy dulce y lleno de poesía. Sí, claro, me gusta Buñuel, pero más que él, Víctor Erice. Recuerdo El espíritu de la colmena. Para mí, la mejor película de mi vida es, tal vez, La strada, de Federico Fellini. De los japoneses, me gustaba la primera época de Kurosawa, pero no sus últimos filmes”.

El verano del año pasado, un episodio trágico facilitó en cierta manera que algunos medios de comunicación se volvieran a acordar de él: la detención de Tsutomu Miyazaki, un joven de 27 años que asesinó a cuatro niñas y comió trozos de carne de dos de ellas. El caso no era igual al suyo, pero tenía similitudes por las inclinaciones antropófagas del muchacho. Le pidieron que escribiera comentando el hecho y él lo hizo pese a que su padre le aconsejó no tener contactos con la prensa: “Mis finanzas era muy malas y en ese momento no pensaba buscarme cualquier trabajo físico, lavando platos. Lo hice un día, pero físicamente no podía. Trabajar con los medios de comunicación significaba poder escribir”.

Sagawa escribió durante su internamiento en Francia una novela autobiográfica, Kiri-nonaka (En la niebla), en la que describía sus inclinaciones caníbales. Hoy afirma que no está satisfecho del libro y que lo considera incompleto. “La publicaron sin que yo me diera cuenta, cuando aún no la había acabado. Lo más importante para mí era describir mi estado anímico antes y después del crimen. Era algo que yo quería descubrir. Mi próximo libro, Shinkiro, servirá para completar Kiri-nonaka. El asesinato lo cometí fuera de mi juicio, sin darme cuenta. Por eso quiero ahora explicar mis sentimientos tras el suceso, expresar mi tristeza, la pérdida de algo”

Sagawa afirma que nunca podrá olvidar el asesinato de Renee. “Sí, es mi destino. Es una manera de obtener su perdón. Y añade a continuación el texto que dedicó a la infortunada joven cuando estaba en la cárcel de París: “Tengo el recuerdo de tu tierna sonrisa. Nunca podré perdonar mi conducta, ni tampoco admitirla (...). Pienso que no tengo otro remedio de pedirte perdón que yaciendo debajo de tierra junto a ti. Pero estoy vivo (...). Si es posible, querría dedicar toda mi vida a ti, Renee. Ahora reconozco, por primera vez, que te quiero”.

“Tengo un pensamiento especial para Nagayama y Miyazaki [Norio Nagayama es un reo condenado a muerte, que se ha regenerado en prisión estudiando y escribiendo dos novelas premiadas]” dice Sagawa, a la pregunta de qué opina de los marginados por la sociedad. “Es muy triste condenar a alguien a la pena de muerte. Nadie tiene derecho a quitar la vida a otro. Hay que dar una oportunidad de vida para que el condenado pueda obtener el perdón de su pasado”.

Sagawa cree que si su familia no hubiera tenido dinero, a estas horas todavía seguiría en la cárcel. “Puede que hubiera sido así. Pero mi caso escapó a las leyes penales francesa y japonesa. Aunque suene mal que lo diga yo, si el asesinato lo hubiera cometido en mi país, no se habría sobreesido la causa. En Japón no existe la posibilidad, como en Francia, para tratar a personas como yo, internándolas en un hospital psiquiátrico. En el sanatorio francés estuve 15 meses, lo cual quiere decir que es cierto que obtuve la libertad relativamente pronto por lo excepcional de la situación. Pero incluso si existiera en Japón un sistema de tratamiento especial como en Francia, no me habrían podido internar, porque los psiquiatras juzgaron que yo ya no estaba enfermo”.

Sobre su situación actual, dice que la justicia francesa declaró el caso sobreesido, aunque yo en conciencia no creo ser inocente. Una vez cada dos semanas voy a visitar a un psiquiatra y, según su diagnóstico, estoy ahora perfectamente normal. Lo hago voluntariamente. Como no tengo mucha gente con quien hablar, estimé oportuno acudir a un especialista periódicamente para hablar de mi estado de ánimo. Estoy bien, pero tomo medicación. Tranquilizantes, somníferos...

Sagawa ha pensado en alguna ocasión en marcharse de Japón. “Sí, es una constante dentro de mí. En el avión en el que me trajeron de regreso de París ya estaba pensando en marcharme. Pero el problema es que no me dan el pasaporte. Lo pedí al Ministerio de Asuntos Exteriores, pero fue inútil. Para ellos es muy importante la diplomacia. Se niegan a dar el pasaporte a quienes podrían perjudicar las relaciones de Japón con otros países”.

Pero él acepta la situación. “Sí. Me siento todavía en una cárcel que se llama Japón, pero hasta que muera lucharé por poder irme del país. Tal vez el mejor modo de conseguir el pasaporte sería haciendo que la gente se olvidara de mí. El problema, sin embargo, es que tengo necesidad de escribir sobre mi pasado como una terapia. Soy consciente de que cuando escribo de mi pasado perjudico también a mi familia. Para empezar de nuevo tengo que volver al pasado”.

Sagawa afirma que en el sanatorio psiquiátrico de París tuvo ocasión de leer la obra del poeta alemán del siglo pasado August Henrich Hoffmann *The golden pot* y se identificó con ella: “El amor que tiene el protagonista hacia el hada heroína coincide a veces con el mío hacia Renee. Es una historia de amor triste”.

Sagawa ríe nervioso cuando, al hablar de su pasión por Hoffmann y su interés por otros autores de la literatura, romántica alemana, como Friedrich Hölderlin y Heinrich von Kleist, le pregunto si vivir es un drama: “Tal vez sí, porque vivimos por primera vez y nadie de nosotros ha vivido antes”. La soledad ha despertado en él una cierta curiosidad religiosa: “Una vez al mes viene a casa un viejo cura católicojaponés, con el que charlo un, rato. Tiene 81 años y vivió 20 en Europa. Mi sentido religioso no es aún profundo. No puedo decir todavía que deseo convertirme al catolicismo, pero pienso que es muy difícil creer que no existe Dios”.

Y añade que vive en Japón “como si estuviera encerrado. Cuando vivía en Francia tenía una sensación de libertad que jamás la he sentido aquí”.

Sagawa siente una auténtica adoración por la belleza de la raza caucásica. “Creo que es un complejo de inferioridad que tenemos muchos japoneses con los blancos”. Y justifica por qué se da tanta importancia al físico y no a otras cualidades humanas. “Particularizando en mi caso, le diré que yo fui un bebé prematuro, y cuando nací no era completamente normal. Era una forma perdida, un feto viviente. En este sentido, tengo un sentimiento de pérdida, de no haber nacido normal. Siento adoración hacia algo lejos de mi alcance, hacia una existencia más grande mía, más sana. Esto ha hecho que volcara mi adoración en la raza blanca y, en particular, en la mujer occidental”.

Y a la pregunta de si tiene un sentido de la belleza racista, responde: “No pretendo tener prejuicios raciales, porque si una mujer es guapa lo es independientemente de su raza. Pero mi gusto me mueve hacia la belleza blanca, no sé por qué”.

En ningún momento refleja señales de nerviosismo. Ríe al contestar que no tiene en estos momentos novia, y cuando se le pregunta si ha tenido alguna en estos últimos nueve años, después del crimen, responde: “Bueno, no podría llamarle novia. En los últimos años, cuando regresé a Tokio, conocí a una norteamericana con la que empecé a salir. No le conté mi historia. La prensa lo descubrió y publicó fotos. Cuando ella se enteró, cortó la relación”.

A la pregunta de si se puede matar por amor, responde: “No, jamás. Por amor no se puede matar. Por eso lo que hice ha sido mal interpretado, al decirse que cometí el crimen por amor”. Y justifica por qué cuando fue arrestado por la policía francesa confesó que había matado a Renee Hartevelt en un rapto de locura, movido por un amor apasionado y después de que ella rechazara tener relaciones sexuales. “Sí, contesté así porque en ese momento no quería pensar. Pero fue la policía quien me lo preguntó. Como yo no podía explicar qué me había ocurrido y sabía, además, que nadie podría entenderme, contesté: “Oui, oui”.

Sin embargo, en una de las cartas que escribió desde la cárcel a un director de teatro japonés Jyuro Kara aseguraba que al menos dos veces se le había pasado por la cabeza la idea de matarla. “Es difícil de explicar. Quizás sufría entonces una desviación de mi pasión sexual, de mi deseo sexual, que se convirtió en una obsesión. No era algo que yo sintiera por mí mismo. Era una, voz que desde dentro me decía que tenía que hacerlo porque si no, me arrepentiría. Era una muestra de que yo estaba enfermo. No sé cómo explicarlo. Pienso que tener una obsesión de antropofagia no es en sí una enfermedad. Todos los seres humanos tienen sus obsesiones. Lo grave es cuando uno lleva a la práctica su obsesión particular”.

Sagawa confiesa que había pensado en otras ocasiones cometer actos de antropofagia. “Esta idea la tuve dentro de mi cabeza desde niño. Confieso que es algo vergonzoso. No hablé de ello con nadie, ni con mis padres ni con mi hermano. Tal vez si hubiera tenido oportunidad de hacerlo no hubiera ocurrido la tragedia”. Tal vez era una desviación sexual, una anormalidad sexual”.

Y sobre si piensa que son, en definitiva, las normas sociales las que nos disuaden, por ejemplo, de violar o de comer carne humana, añade: “Sí, hay un cierto control social en todo ello, pero creo que por encima de eso están las normas internas de cada individuo, que rompe esas normas”.

Al hablar del futuro y si cree posible formar una familia, Isse Sagawa muestra por primera vez algo de desconsuelo en su mirada: “No pienso en el futuro. Me da miedo. Hace dos años pensaba en que, tal vez podría casarme y fundar una familia, pero confieso que tengo pocas posibilidades debido a mi historia. Mi hermano, por ejemplo, no ha podido casarse”.

En uno de los varios manuscritos que me entrega, con la petición de que haga referencia en mi artículo, habla de que se siente aislado de la sociedad, y al explicar sus proyectos escribe: “Pienso reflexionar sobre mi enfermedad, la perversión sexual con la que he tenido que enfrentarme. Tengo voluntad de expiar mi crimen, el de una vida perdida para siempre debido a mi enfermedad”.

Cuenta luego en ese pequeño ensayo que hace poco lloró al recibir una carta de ánimo de un director francés, del que pide no citar el nombre, que le escribió después de haber visto por la televisión un reportaje sobre su vida: “Issei, no te conozco bien, y por eso no puedo juzgarte. Pero quiero decirte una cosa de corazón: vive con dignidad. No tengas miedo de fracasar”.

FRANCISCO GARCÍA ESCALERO



Los indigentes desaparecían uno tras otro sin que nadie les echara en falta. Escalero atacaba siempre por la espalda después de haber ingerido una mezcla de pastillas y alcohol. Una «fuerza interior» le impulsaba a matar. Fue detenido tras confesar su último crimen.

«Las voces siguen. Se ríen de mí. Me dicen que quieren sangre», esto era parte del incoherente relato de Francisco García Escalero, de treinta y nueve años, el mayor criminal en serie de la historia de Madrid cuando finalmente se entregó

tras el asesinato de su última víctima, la única que no se dedicaba a la mendicidad, Víctor Criado Martí, de treinta y cuatro años, un enfermo esquizofrénico compañero suyo en el Hospital Psiquiátrico Regional (antiguo Alonso Vega).

Escalero se había escapado del psiquiátrico en pijama, con su compañero. Le llevó a beber y a tomar pastillas. Era el 19 de septiembre de 1993.

De repente sintió por dentro la fuerza interior que le impulsaba a matar y le golpeó a traición con una piedra. Quemó su cadáver con periódicos. Era su víctima número 11, según pudo acreditar el fiscal, pero la número 15, según la propia cuenta del loco asesino.

La mayoría eran indigentes, marginados sociales, mendigos. Tal vez por eso nadie les echaba en falta. Probablemente si las voces interiores no le hubieran impulsado a quitarse la vida, jamás le habrían descubierto.

Llevaba más de cinco años cometiendo asesinatos con toda impunidad. Pero esta vez las voces le empujaron a suicidarse. Por obedecerles se arrojó delante de un coche en la carretera de Colmenar. Tuvo suerte: sólo se fracturó una pierna. Fue ingresado en el hospital Ramón y Cajal. Allí, como había hecho otras veces sin que le prestaran atención o le creyeran, confesó su crimen a las enfermeras que le atendían y suplicó que le detuvieran porque no quería seguir matando. Entonces sí lo escucharon.

A partir de ese momento todo fue tirar del hilo para que aparecieran los restos de los asesinados desperdigados por todo Madrid.

Las muertes se habían sucedido sin que pudieran achacárselas. Algunas de ellas las cometió en la trasera del convento de Santa Gema Galgani, junto a Arturo Soria, donde se refugiaba frecuentemente para dormir. Después arrojaba los cuerpos allí mismo, al

pozo de la Cuesta de los Sagrados Corazones. En sus profundidades se perdieron no menos de tres cadáveres.

Pero los sembraba por toda la ciudad. Sus lugares preferidos, además del mencionado, eran los descampados y los alrededores del cementerio de la Almudena. La relación de Escalero con el cementerio, los muertos y todo lo muerto fue siempre una constante en su vida.

Nació el 24 de mayo de 1954 y pasó su infancia y adolescencia en una infravivienda del número 36 de la calle Marcelino Roa, apenas a 200 metros de la tapia de la Almudena. Sus padres eran agricultores emigrados de Zamora.

En la capital tuvieron que hacerse a otras ocupaciones: el padre se colocó de albañil, y la madre, de limpiadora. La formación del pequeño Escalero fue muy deficiente. Era un niño melancólico, arrebatado por un gusto enfermizo por pasear entre las tumbas, preferiblemente de noche, y solo. Con frecuencia sufría impulsos suicidas y sin saber por qué se ponía delante de los coches para poner punto y final a su triste existencia.

Su extraño comportamiento le costó grandes disgustos con su padre que le propinaba brutales palizas. A los catorce años se marchó de casa y empezó a beber no menos de un litro de vino diario. Lo recuerda como una época en la que «tenía ideas raras». Siempre llevaba un cuchillo. Sus principales aficiones eran explorar casas abandonadas y masturbarse espionando a mujeres y parejas por las ventanas. Para subsistir se dedica a cometer pequeños robos.

La sustracción de una motocicleta provoca su primera detención grave. Es ingresado en un reformatorio del que sale en 1973 convertido en un delincuente. Al poco de poner el pie en la calle ataca y viola a una mujer, en presencia de su novio, precisamente en el cementerio de la Almudena. Es el marco recurrente de todos sus delirios.

Pero aquella fechoría le llevará a la cárcel durante los siguientes once años, definitivos en su existencia. Es un preso más que no destaca por su comportamiento. Se cubre la piel con tatuajes entre los que pone especial énfasis en uno que se hace en el brazo derecho: representa una tumba azul con una leyenda que resume su experiencia de la vida: «Naciste para sufrir.»

Durante el tiempo que pasa encarcelado mientras algunos de sus compañeros combaten su soledad con aves que alegran sus celdas, él se lleva a su «chabolo» los pájaros muertos que encuentra porque con ellos dice encontrarse más a gusto.

Sale de prisión con treinta años cumplidos. El mundo que encuentra no le ofrece ningún punto de apoyo. Intenta convertirse en camionero pero suspende el examen del carnet de conducir. Con su pasado de presidiario, sin formación, ni amigos, le resulta imposible encontrar un empleo. No le queda otro camino que vivir de la mendicidad. Ninguna barrera se interpone ya entre él y la atracción que siente por las pastillas mezcladas con alcohol.

La muerte de su padre, que se produce en marzo de 1985, corta cualquier clase de amarra con el pasado. El continuo consumo de alcohol le vuelve violento. Comienza su imparable

carrera como criminal. El primer asesinato se produce el 11 de noviembre de 1987 cuando le corta la cabeza a María, una indigente. Profana y viola su cuerpo.

Desde ese momento no callarán las voces dentro de su cerebro: «Iba por la calle como si no existiese. Era como si no tuviera cuerpo. Me miraba a los espejos y no me reconocía. Oía voces interiores que me decían que tenía que matar, que tenía que ir a los cementerios.»

Se suceden los crímenes, siempre por la espalda, siempre con fuego y mutilaciones. Los nombres de sus víctimas desfilan como un macabro carrusel: Mario Román González (cráneo machacado, 1987), Juan Cámara Baeza (marzo, 1988, cosido a cuchilladas), Ángel Heredero Vallejo (marzo, 1989, acuchillado), Julio Santiesteban (mayo, 1989)...

«¿Recuerda a Santiesteban?», le pregunta el fiscal. «No lo recuerdo bien.» «Lo mató en un descampado de Hortaleza. Le acuchilló en la carótida y después, mientras agonizaba, le cortó el pene y se lo introdujo en la boca», prosigue el relato del fiscal.

«Estaba bajo el efecto del alcohol y las pastillas. No sabía lo que hacía», se defiende el reo.

«En el invierno de 1990, estaba usted con Juan, ¿lo recuerda?»

«No muy bien.»

«¿Recuerda que le clavó un cuchillo por la espalda y luego con la navaja le sacó las vísceras...»

A uno le cortó la cabeza y a otro le sacó el corazón y le dio un bocado saboreando el trozo sin sentir nada. Recuerda que se encontraba bien con ellos, con todos los que mató, hasta que de pronto la mezcla de pastillas y alcohol le estallaba en la cabeza. Entonces tenía que matarlos.

Se acuerda de ellos y les reconoce cuando se le muestran fotografías. Está loco pero no tiene un pelo de tonto. Sus víctimas forman una lista muy larga: Mariano Torrecilla (apuñalado y mutilado, 1990), Lorenzo Barbas (apuñalado y quemado, 1991)...

«¿Conocía a Ángel Serrano?»

«Sí, y lo maté.»

Era uno de sus compañeros mendigos. Iba con él cuando recogía limosnas en la iglesia de Covadonga, cerca de Manuel Becerra. Estuvieron bebiendo. Escalero tomó pastillas de Rohypnol, un potente hipnótico, con dos litros de vino, hasta que resucitaron las voces en su interior. El impulso ciego se apoderó de sus sentidos. Recogió una piedra del suelo y golpeó a Ángel por detrás, en la cabeza. Una, dos, tres veces. Le estalló el cráneo. Salía mucha sangre. Se cayó al suelo.

Como siempre también, porque Escalero aplicaba la misma técnica, le iba bien, para qué la iba a cambiar, arrimó al cadáver papeles de periódicos viejos y mantas. Le prendió

fuego. Borraba a la vez las huellas y su conciencia. Con frecuencia solía cortar las yemas de los dedos con un cuchillo.

Fue en un lugar conocido, como otras veces, próximo a la iglesia de Santa Gema, en el solar de Arturo Soria, en dirección a la Plaza Castilla, junto al pozo. Cuando lo recuerda se acentúa el estrabismo de su ojo derecho. Los asesinatos los alternaba con macabras orgías de necrofilia y aberración en el cementerio.

De vez en cuando saltaba las tapias de la Almudena bajo el efecto de su mezcla explosiva de pastillas, rompía nichos, sacaba los cuerpos y abusaba de ellos sexualmente.

Sólo una víctima se escapó viva. Por entonces Escalero ya batía su propia marca de beber cinco litros de vino al día. La afortunada fue una mujer, Ernesta, de cuarenta y cinco años, alcohólica crónica. La atacó en la madrugada del 1 de junio de 1993, acompañado de Ángel Serrano a quien también asesinaría (junio 1993).

La sacaron en volandas de un 7 Eleven en las proximidades de la Avenida de América. La llevaron a un solar de la calle Corazón de María donde abusaron de ella, le golpearon la cabeza con piedras y le dieron un navajazo en la cara. La dejaron por muerta. Pero Ernesta pudo recuperarse y presentó denuncia. No obstante hasta la confesión voluntaria de Escalero no podría establecerse quiénes habían sido los autores de la agresión.

Un estremecimiento de horror recorrió la espina dorsal de la sociedad madrileña cuando se supo con certeza que el «Matamendigos» había actuado con toda libertad e impunidad desde 1987 hasta 1993 sin que nadie hubiera reparado en su siniestra actividad.

Los cuerpos desaparecían a un ritmo increíble sin que ni siquiera mucho después pudiera establecerse con certeza cuáles fueron las víctimas del mendigo psicópata. Escalero era un ex presidiario en tratamiento por esquizofrenia y psicopatía, con diversos controles policiales, médicos y judiciales, pero ninguno de ellos detectó lo peligroso que era. Los forenses que le examinaron ofrecieron un dictamen demoledor: «Se trata de un fracaso estrepitoso de la sociedad en general y más en concreto de sus instituciones.»

Juzgado a finales de febrero de 1996, Escalero fue absuelto de sus crímenes por enajenación mental aunque el tribunal mandó que fuera recluido en el psiquiátrico penitenciario de Fontcalent (Alicante).

Francisco García Escalero, un mendigo esquizofrénico y obsesionado con la muerte, se confesó autor de más de una docena de asesinatos a mediados de los noventa.

La mañana del 22 de diciembre de 1993, el abogado Ramón Carrero entró en la enfermería de la cárcel de Carabanchel. Le esperaban un psiquiatra, dos inspectores del Grupo de Homicidios y un transcriptor. Junto a ellos, un vagabundo: su cliente. Un hombre en pijama, con un mar de tatuajes anudado a los brazos y barba rala. Carrero había recibido una llamada del Colegio de Abogados la noche anterior, en su turno de oficio. Sabía que tenía un caso que defender, pero no se imaginaba que su hombre era uno de los mayores asesinos en serie de la historia de España.

Hierático, indolente, el vagabundo miraba fijamente pese al estrabismo de su ojo derecho. Se llamaba Francisco García Escalero y tenía 39 años. Un hombre al que, en el juicio que vendría, los psiquiatras iban a definir como «paradigma de la locura».

La policía quería demostrar que había matado a Víctor Luis Criado, de 34 años, un compañero del hospital Psiquiátrico Provincial. Su cuerpo había aparecido calcinado junto al cementerio de la Almudena. La policía detuvo a Francisco, que había abandonado el centro con Víctor el 19 de septiembre para regresar a las pocas horas solo. Nadie se imaginaba la cadena de horrores que iba a desvelar la confesión de aquel crimen.

Únicamente hablaba cuando le preguntaban. Sin inmutarse, García Escalero confesó que había machacado el cráneo de Víctor. A un policía se le ocurrió preguntar por otro crimen, y él respondió. Siguió haciéndolo durante cuatro horas, describiendo con su voz cavernosa escenas cada vez más escalofrantes. A veces sonreía tímidamente. Ante la perplejidad de la policía, se atribuyó 11 crímenes entre agosto de 1986 y septiembre de 1993. En días posteriores reconoció cuatro homicidios más que no pudieron ser probados. Todas las víctimas eran limosneros cuya desaparición estaba enterrada en el cajón de casos sin resolver.

Mataba siguiendo un patrón. Con el dinero que mendigaba junto a las víctimas compraba alcohol. Bebía, perdía el control y las apuñalaba o lapidaba. Luego quemaba los cadáveres con colchones viejos y cartones. En ocasiones les rebanaba los pulpejos de los dedos para dificultar su identificación. Tres de los muertos aparecieron en un pozo de la Cuesta del Sagrado Corazón. Escalero los arrastraba hasta allí y los dejaba desplomarse en un vacío tan profundo que tenía que esperar varios segundos antes de oírlos tocar fondo.

Para la prensa, Escalero se convirtió en el Mendigo Psicópata o el Matamendigos. Su cuadro clínico era espeluznante: esquizofrenia alcohólica, manía depresiva, necrofilia... Todo agudizado por una vida de vagabundeo y drogas.

El psiquiatra forense Juan José Carrasco, uno de los responsables del informe pericial que se utilizó en el juicio, recuerda cómo el mendigo le explicó que la sinrazón criminal la podía desatar una discusión por un cartón de vino o un puesto en la puerta de la iglesia. «Eran luchas de supervivencia, de una brutalidad primitiva».

Actuaba siempre narcotizado: cinco litros de vino diarios más un puñado de medicamentos psicotrópicos despertaban la voz que le controlaba desde su cabeza. La «fuerza interior» se apoderaba entonces de él, embriagadora, irresistible. Investido de una energía descomunal, abría como piñones las cabezas de sus víctimas. En seis años dejó tras de sí un reguero de decapitados y mutilados, troncos huecos, sin entrañas ni corazón.

En parte de los ataques le acompañó su cómplice, Ángel Serrano, *el Rubio*. Fueron siete años de asociación criminal, pero Escalero no era un sentimental: acabó convirtiendo en papilla la cabeza de El Rubio la noche del 29 de julio de 1993.

La sexualidad atormentada del Matamendigos está detrás de muchas de sus agresiones. Era demasiado tímido y sólo lograba saciar sus apetitos con el cuerpo de los muertos, que le fascinaban. La policía lo había devuelto varias veces al Psiquiátrico Provincial tras descubrirlo profanando tumbas. En una ocasión lo encontraron frente a tres cuerpos

desenterrados. Los había colocado contra un muro y se masturbaba frente a ellos; cuando le interrogaron aseguró que no había llegado más lejos porque la fetidez de la carne en descomposición era insoportable.

Sólo una persona sobrevivió a sus ataques: Ernesta de la Oca, una limosnera a la que Escalero y el Rubio acorralaron en un 7Eleven de la avenida de América, la arrastraron a la calle ante la mirada indiferente del guardia de seguridad y violaron en un descampado. La golpearon hasta que creyeron que estaba muerta. La mujer compareció en el juicio con el rostro cosido a navajazos y pedradas. «No me dejaban. Me tocaban como en un juego de imaginación. Les movía como una potencia». «Si quieres matarla, mátala», recuerda Ernesta que le dijo Escalero a el Rubio con displicencia mientras fumaba un cigarrillo y contemplaba la tortura. Después de declarar, Ernesta volvió a desvanecerse en su oscura noche de cartones de vino barato.

La casa de Escalero, un antiguo chamizo que hoy corresponde al número 36 de la calle de Marcelino Roa Vázquez, está a unos 200 metros del cementerio de la Almudena. Su madre, Gregoria, murió el año pasado. Los vecinos recuerdan a la familia como un grupo extraño. El único miembro que sigue vivo, el hermano de Francisco, pasa una vez al mes por la zapatería de la calle para pagar la comunidad. Los problemas entre Francisco y los vecinos eran constantes. Creía que le perseguían, que le espiaban miles de orejas pegadas a su puerta. En un raptó de locura tiró a una vecina por las escaleras.

Fue un paso más en un camino hacia el vacío que arrancaba de las lápidas entre las que Escalero consumió su infancia. Nació en 1954 en Madrid. Su padre, un albañil curtido en la miseria del campo de Zamora, le golpeaba con frecuencia. No entendía el culto a la muerte de su hijo, sus paseos de madrugada por el camposanto, los cortes que se infligía o su afición a arrojarle ante los coches.

A los 14 años comenzó a desaparecer intermitentemente. Merodeaba con un cuchillo por casas abandonadas, espiando a parejas y masturbándose. Siempre volvía al cementerio. Allí, en 1973, participó en la violación de una mujer. En castigo pasó 11 años en prisión, durante los que no se le detectó ningún síntoma de locura. Quizá porque no se metía en problemas; prefería encerrarse a jugar con sus mejores amigos, «los pájaros muertos que guardaba en la celda», recuerda el doctor Carrasco que le reveló un día.

Cuando recobró la libertad se encontró en un mundo hostil. Apenas sabía leer, no trabajaba. Empezó a mendigar por las avenidas de Madrid, narcotizado hasta que la «fuerza interior» le poseía y le insuflaba una vida de una intensidad demoniaca.

En una sofocante tarde de verano, el forense Juan José Carrasco pelea contra el aire acondicionado de su consulta. «El problema de Escalero es que no estaba ingresado ni recibía tratamiento», explica. «Permanecía en el espacio de la marginación. Falló él, pero también el resto de la sociedad. La red sociosanitaria no supo prever ni evitar las consecuencias de su locura». Después de cada crimen, el asesino regresaba al Psiquiátrico Provincial y forzaba su ingreso entre hipidos: «He matado a alguien». Nadie le tomó en serio.

A lo largo del juicio, en la Sección Primera de la Audiencia Nacional, Escalero mejoró físicamente. Acudía con la calva repeinada y las mejillas arreboladas. Permanecía

siempre cabizbajo, escuchando. La tranquilidad con que subió al estrado el día de su declaración cortó la respiración de la sala.

-¿Recuerda usted a Julio Santiesteban, al que mató en un descampado de Hortaleza?

-Por el nombre no lo recuerdo bien.

-¿Recuerda que le acuchilló y que después le cortó el pene y se lo introdujo en la boca?

-No recuerdo. Estaba bajo el efecto del alcohol y de las pastillas. No sabía lo que hacía.

A su lado se sentaba su nuevo abogado. Atraído por la sangre y la luz de los flashes, se había incorporado al espectáculo un letrado con vocación de tiburón: Emilio Rodríguez Menéndez, poco ortodoxo conductor de casos como el de La dulce Neus o El Dioni.

Ramón Carrero, el viejo abogado de oficio, aún no ha olvidado el día en que descubrió que la defensa de García Escalero ya no dependía de él. «Antes de que las diligencias llegaran al juzgado, Rodríguez Menéndez se cruzó y se llevó el caso de mi vida», explica con su voz rota por el tabaco. Se detiene y da una calada al pitillo apoyado en la puerta de la Consejería de Asuntos Sociales de la Comunidad de Madrid, donde trabaja como consultor. «Es una de esas experiencias que te agrían el carácter», sonríe y se echa el pelo hacia atrás con un golpe de mano.

«La defensa no tenía ninguna dificultad: el informe pericial era avasallador», explica el forense Carrasco. Reconocida la autoría y la inimputabilidad de Escalero por enfermedad mental, el juicio se centró en determinar si le confinarían a un hospital penitenciario o a una residencia civil, como solicitaba Rodríguez Menéndez.

El abogado no consiguió seducir al tribunal, pese a su intento de presentar a su cliente como un niño grande un poco bruto. «Le voy a decir al juez que voy a ser bueno y que nunca más beberé vino, para no hacer cosas tan malas como las que he hecho. Y que tomaré la medicación que el médico me diga», solía musitarle Escalero al abogado, según contó éste a los periodistas.

El tribunal entendió que Escalero, autor de 11 asesinatos, una agresión sexual y un rapto, era un hombre peligroso cuyo «riesgo de fuga sería incuestionable» en un centro abierto. Después, Rodríguez Menéndez perdió varios juicios más; el último, el suyo: en 2005 fue condenado a seis años por un delito contra la Hacienda pública, y a dos más por difundir un vídeo erótico de un famoso periodista.

Escalero terminó en el psiquiátrico penitenciario de Fontcalent (Alicante). Instituciones Penitenciarias no permite hablar con él. Sólo el tribunal tiene noticias suyas: cada seis meses recibe un informe sobre su evolución. Carrasco tuerce el gesto. Sabe que sus posibilidades de rehabilitación son remotas. No podrá permanecer en Fontcalent más de los 30 años equivalentes a la pena máxima. Después pasará a otro centro, más tarde, a otro.

«Los albergues están llenos de personas como él», afirma el psiquiatra. «Antes estaban en los manicomios, que se cerraron por caros e impopulares. Los dementes han pasado a la mendicidad, muchos recalán en la cárcel, sin tratamiento». Un problema que merece

atención, aunque no todos sigan el itinerario del limosnero de Madrid. Su caso es especial. El psiquiatra recuerda la última vez que se vieron, cuando preparaba su informe. Escalero le miró con su ojo estrábico: «Las voces siguen... Se ríen de mí... Me dicen que quieren sangre».

Francisco García Escalero, de 42 años, la biografía criminal más dantesca de la crónica negra madrileña de este siglo, pasará los próximos años de su vida en el psiquiátrico penitenciario de Fontcalent (Alicante).

La Audiencia de Madrid, en una sentencia que hizo pública ayer, le declara autor de 11 asesinatos, una agresión sexual y un rapto, pero le absuelve de todo ello porque le considera un «enajenado mental».

García Escalero, según el fallo, no podrá salir de Fontcalent hasta que sane, y siempre bajo la autorización del tribunal.

La Sección 1ª de la Audiencia madrileña, que preside José Manuel Maza, ha ordenado a la dirección de Fontcalent que impongan un tratamiento sanitario adecuado a su mal y que, cada seis meses, le informe de su estado. Tras su entrega / detención en 1993 (él mismo pidió ser encerrado para no seguir matando), García Escalero estuvo preso, como preventivo, en Fontcalent. Los forenses que le exploraron durante el juicio advirtieron al tribunal que el tratamiento al que había estado sometido debía modificarse por incorrecto. Así lo hará saber el tribunal a la dirección de Fontcalent.

El tribunal razona la absolución: «Los trastornos que padece [esquizofrenia, manía depresiva y diversas psicopatologías, paradigma de locura, alcoholismo crónico, trastorno de la inclinación sexual, necrofilia...] son de suficiente entidad como para anular sus capacidades intelectivas y volitivas».

García Escalero, conocido como el mendigo asesino, confesó en el juicio que mató a sus víctimas guiado por una irresistible «fuerza interior» que despertaba en él un instinto asesino. La mayoría de sus víctimas eran, como él, mendigos.

Ese irrefrenable impulso asesino, indica el tribunal en la sentencia, se apoderaba de él en cuanto bebía alcohol y tomaba tóxicos. La sentencia detalla la sevicia de las once atrocidades que cometió García Escalero entre agosto de 1986 y septiembre de 1993. Para la mayoría de sus asesinatos eligió como escenario el cementerio madrileño de La Almudena (también sufre necrofilia). Llevaba allí a sus víctimas, bebían hasta la saciedad y luego, a traición, le acuchillaba o golpeaba en la cabeza. Después quemaba los cadáveres.

Aunque le declara insolvente, el tribunal establece en la sentencia que indemnice con 20 millones de pesetas a Agustín Criado Maroñas y María Martín Sierra, familiares de su última víctima. También deberá indemnizar con 10 millones a Félix Serrano Blanco, hermano de otro asesinado.

A los familiares de las otras víctimas, el tribunal les niega las indemnizaciones, porque «no mantenían relación de afectividad» ni se preocuparon de ellas cuando vivían. Eran mendigos, sin techo. Asegura la Audiencia que, salvo en los casos antes citados, la muerte del familiar no supuso «ningún menoscabo patrimonial». El hermano de uno de los

mendigos asesinados admitió, al ser informado del crimen, que llevaba 20 años sin saber nada de él.

José Emilio Rodríguez Menéndez, abogado de García Escalero, anunció ayer que no recurrirá la sentencia. «Cada seis meses va a ser sometido a una revisión y cabe la posibilidad de modificar su actual situación», explicó el letrado. En el juicio, Rodríguez Menéndez pidió al tribunal que enviase a García Escalero a un hospital psiquiátrico civil. «Creo que la sentencia», indicó, «se ajusta a derecho; y me consta que, aparte de Fontcalent, ningún otro centro ha querido hacerse cargo de él».

El tribunal entiende que García Escalero es una persona muy peligrosa, cuyo «riesgo de fuga sería incuestionable» en un centro abierto. Los magistrados consideran, pues, que Fontcalent es un lugar adecuado y proporcionado a su peligrosidad, ya que se trata «de un centro especial» en el que «prevalece el carácter asistencial» al punitivo.

El tribunal lamenta, no obstante, la falta de hospitales psiquiátricos cerrados en la red pública, fruto de una corriente «antimanicomios». Tras la extinción de los antiguos manicomios provinciales, algunos jueces de la Audiencia se han quejado de la falta de hospitales psiquiátricos cerrados que reúnan condiciones de seguridad y medios adecuados para tratar a este tipo de enfermos. «Los establecimientos psiquiátricos son centros destinados al cumplimiento de las medidas de seguridad privativas de libertad aplicadas por los tribunales», explica al respecto este tribunal.

García Escalero, el mendigo psicópata, volverá, pues, a Fontcalent, donde ya estuvo tras su entrega / detención en 1993.

Francisco García Escalero, el mendigo de 39 años que se ha confesado autor de 15 crímenes, no era responsable de sus actos al matar. Así lo determina el informe forense, que sostiene que Escalero sufría un cuadro de esquizofrenia, alcoholismo crónico y trastorno de la inclinación sexual en el que se mezclaban el homicidio y la agresión con objeto cortante, los intentos de suicidio, las lesiones autoinfligidas, así como la exclusión y el rechazo social.

Los especialistas resumen la historia de este asesino en un doble fracaso: el de Escalero y el de las instituciones que fueron incapaces de «descubrir y prevenir» la sangre que dejó a su paso.

El informe es fruto del trabajo de dos médicos forenses desde enero hasta abril de 1994. A lo largo del estudio se describe la oscura y atávica personalidad del mayor asesino en serie que ha pisado Madrid. Degollaba, emasculaba y descuartizaba. También profanaba tumbas y violaba muertos.

Sus víctimas vivían de la mendicidad. A los 17 años, pasa de ser un chorizo de barrio a violador. En prisión, pisará los primeros pabellones psiquiátricos. No saldrá a la calle hasta 1987. Entonces es cuando empezará a matar.

Francisco García Escalero, detenido en octubre pasado, permanece ingresado en el hospital penitenciario de Carabanchel. Las siguientes frases, recogidas durante las entrevistas, resumen parcialmente este recorrido.

«No era como los demás, hacía cosas que no estaban bien. No me gustaba estar con la gente, me gustaba ir a sitios solitarios y se me pasaba la idea de matarme... De pequeño también me ponía delante de los coches... A los 12 años me atropelló uno».

«Ya tenía ideas raras, paseaba por las noches con un cuchillo. Me gustaba entrar en casas abandonadas y no sé por qué. Miraba por las ventanas de los pisos para ver a las mujeres y a las parejas de novios. Me masturbaba».

«Cogía los pájaros y animales muertos que me encontraba y me los llevaba a la celda, me sentía más a gusto».

«Me veía raro, me veía mal, me ponía nervioso de pasear por los pasillos, de estar con gente».

«Iba por la calle como si no existiese, no chocaba con la gente, era como si no tuviera cuerpo».

«Me miraba a los espejos, como si no fuera yo, no me reconocía. Llegué a pensar que podría ser un espíritu, otra persona que se había metido en mí (...)».

«Oía voces interiores, me llamaban, que hiciese cosas, cosas raras, que tenía que matar, que tenía que ir a los cementerios».

«Lo maté. Estuvimos bebiendo en un parque al lado del cementerio y tomando pastillas, me las pedía el cuerpo para poder hablar mejor. Luego le dije dónde íbamos a dormir y en el cementerio sentí las fuerzas, me daban impulsos, cogí una piedra y le di en la cabeza y luego le quemé con periódicos y luego me fui a dormir al coche y al día siguiente al hospital. Ahora me siento con la mente en blanco, como si estuviera muerto».

Sus respuestas son cortas, monosilábicas. La voz no se altera ni cuando narra los hechos más violentos. Los médicos le describen como un hombre hosco, introvertido, solitario. «No sonrío apenas, no sabe contar chistes». Si se le pregunta por la trascendencia de sus actos, recuerdan los facultativos, responde: «No me lo he planteado».

Una vida sexual sin relación afectiva -a las prostitutas les obliga a decir cosas cariñosas a terceros- la práctica de la zoofilia y la necrofilia, así como el alcoholismo crónico -bebía un mínimo de cuatro litros de vino al día- marcan un recorrido al que desde 1980 azotan las alucinaciones y delirios, especialmente de persecución, posesión y desdoblamiento. «Se relaciona mejor con objetos que con personas, por eso la conducta fetichista, el voyeurismo, la actividad sexual onanista...».

A esta maraña se suman los impulsos violentos, que «surgen sin apenas elaboración, que no generan sentimientos de piedad, culpa o arrepentimiento». «Es como si el motivo fuera solamente el matar», indican los médicos. Esa furia la describe Escalero como una fuerza que le sube de repente a la cabeza. Pasa inmediatamente a la acción. Los facultativos describen esto como «actos cortocircuito».

Los ejecutará en la calle. No en balde, para este antiguo presidiario, alcohólico y esquizofrénico, vivir fuera de las rejas se torna difícil. Es la marginación. Temeroso de los vecinos -cree que le escuchan y siguen a todas partes- se convierte en un vagabundo.

Duerme en la calle o en coches. Surge en él una gran individualidad, «desconfianza del otro, violencia y agresividad». La dirige, sobre todo, hacia quienes tiene que disputar un poco de comida, un puesto de limosnero.

Se trata de una agresividad muy primitiva, cruel, sin conmiseración: «Algunos datos de sus conductas violentas, como la utilización del pene, las consideramos, más que sexuales, como expresión del dominio animal, de la necesidad instintiva de dominar al otro mediante la muerte y además exponer los atributos de la presa».

Estas conductas violentas, para los psiquiatras, derivan de «patologías muy graves con intensidad suficiente para incidir en la libertad y voluntad del procesado». Es más, los facultativos recuerdan que cuando ocurren los homicidios su psicosis llevaba varios años desarrollándose y que los móviles no respondían a interés alguno. De hecho, es su gratuidad la que le mantiene impune tantos años -desde 1987 hasta finales de 1993-.

A ello añaden los médicos los continuos ingresos de Francisco García Escalero en el hospital Psiquiátrico Provincial, sus declaraciones hostiles, de asesinato -«voy a matar al primero que pase por delante»-, en fin, la agudización de su «proceso psicótico esquizofrénico» bajo una actividad delirante y alucinatoria. «Sólo se puede pensar que el trastorno le impedía actuar en libertad. Que sus actos eran patológicos, una manifestación más de su enfermedad».

Desde este horizonte, los forenses establecen un pronóstico clínico negativo. Le consideran una persona peligrosa, con riesgo de criminalidad, mientras la psicosis se mantenga. También, aunque dan el visto bueno a su capacidad de testificar, ven imposible que tenga un futuro en sociedad. «Va a precisar de tutela institucional, con la consideración de indefinida».

TSUTOMU MIYAZAKI



Tsutomu Miyazaki (21 de agosto de 1962 – 17 de junio de 2008), también conocido como El Asesino de la Niña Pequeña, Drácula y El Asesino Otaku, fue un asesino en serie japonés. Entre agosto de 1988 y junio de 1989, Miyazaki secuestró y asesinó a cuatro niñas de entre cuatro y siete años de edad.

Sus crímenes involucraron comportamientos patológicos como abuso sexual, antropofagia, necrofilia, canibalismo y preservación de partes de cadáveres como trofeo.

Miyazaki nació un 21 de agosto de 1962 en el Distrito de Nishitam, en Tokio. Su nacimiento prematuro le dejó con una deformidad en ambas manos, las cuales tenía fundidas con las muñecas, haciéndole necesario mover todo un antebrazo para poder rotar una mano. A la edad de 5 años, comenzó a sufrir *bullying* por parte de sus compañeros, quienes se burlaban de sus manos, por lo cual se aisló desde la Escuela Elemental de Itsukaichi.

Según compañeros y profesores de Miyazaki, era un chico tranquilo, solitario e incapaz de hacer amigos. Solía escribir ensayos en donde expresaba sus deseos de llevar una vida normal. Sin embargo, siempre terminaba por echar la culpa a sus manos el no poder llevar tal vida. Finalmente, se refugió en las historietas y en el manga, al que leía casi compulsivamente hasta altas horas de la noche.

Miyazaki era un joven inteligente y llegó a alcanzar la calificación más alta entre los niños que dieron el examen de ingreso a la Escuela Secundaria Meidai Nakano. Por tres años, dedicó dos horas diarias al estudio. Sin embargo, posteriormente, sus calificaciones comenzaron a caer y su interés en el estudio decayó, por lo que en vez de dedicarse a estudiar se avocó a dibujar cómics.

Debido a su alto conocimiento del idioma inglés, planeaba ingresar a la Universidad de Meiji, pero tras dar su ingreso, quedó entre los últimos puestos de postulantes, por lo que desistió de la Universidad y comenzó a estudiar fotografía para luego graduarse, en 1983, como técnico en fotografía. Esto le garantizó el ingreso a una imprenta de un conocido de su padre.

A mediados de la década de 1980, Miyazaki se mudó a la casa de sus padres y compartió una habitación con su hermana mayor, cerca de la imprenta de su padre. La familia de Miyazaki era muy influyente en Itsukaichi, y su padre era dueño de un periódico de distribución local.

Sin embargo, el estatus de su familia no influyó mucho en Miyazaki quien parecía precipitarse dentro de sus problemas y fantasías, que ya habitaban en él. Poco después, Miyazaki recibió de regalo un coche. Al ser arrestado, dijo que sus padres reemplazaban el amor por cosas materiales y que ellos «no hubieran escuchado sus problemas, lo habrían ignorado». También confesó que en esa época comenzó a contemplar la idea del suicidio.

En cuanto a sus relaciones familiares, sus dos hermanas menores lo rechazaban, mientras que su abuelo Shokichi era el único que parecía poner interés en él. Al mismo tiempo, su sexualidad comenzaba a florecer. Evitaba el contacto con mujeres de su edad porque se sentía «sexualmente inferior». De acuerdo a un compañero de secundaria, Miyazaki padecía de un complejo de pene pequeño que le impedía entablar una relación con una mujer adulta.

Sin embargo, su apetito sexual era elevado, a tal punto, que aprovechaba los partidos de tenis de la Universidad para fotografiar las entrepiernas de las jugadoras para utilizar luego dichas fotografías con fines meramente onanistas. En 1984, cansado de consumir pornografía para adultos, comenzó a consumir pornografía infantil.

En mayo de 1988, un hecho trascendental ocurriría en la vida de Miyazaki. Su abuelo, la única persona con quien él sentía afinidad, falleció. Luego de ser cremado, Miyazaki consumió parte de las cenizas en un impulso por «retener una parte de él» consigo.

La muerte de su abuelo también lo alejó de su familia. En un incidente, una de sus hermanas menores lo atrapó espiándola en la ducha por lo que le gritó para que se fuera. Miyazaki, en cambio, montó en cólera y la atacó, tomándola del cabello y golpeándole la cabeza contra la pared del baño. También agredió a su madre, quien cuando se enteró del incidente le reclamó que pasara más tiempo trabajando que con sus vídeos.

En la tarde del 22 de agosto de 1988, Mary Konno, de cuatro años de edad desapareció luego de salir a jugar con una amiga. Tras no encontrarla, su padre la reportó como desaparecida a la Policía de Saitama. Mary Konno había sido engañada por Miyazaki, quién le ofreció un paseo en su Nissan Langley negro.

Miyazaki condujo hacia el oeste de Tokio y detuvo el coche debajo de un puente, en un sendero boscoso. Allí, Miyazaki se sentó junto a la niña por media hora antes de asesinarla. Tras cometer el crimen, desnudó el cuerpo y abuso sexualmente de él. Luego, tomó las ropas de la niña y regresó a su coche.

El 3 de octubre de 1988, Miyazaki conducía con su coche por una carretera de la Prefectura de Saitama cuando se topó con Masami Yoshizawa, de 7 años de edad. Luego de convencer a la niña para dar un paseo, Miyazaki condujo a la misma zona boscosa donde había asesinado a Mary Konno. Allí, y en un arrebato asesino, atacó por detrás a la niña y la asesinó. Nuevamente, abusó sexualmente del cuerpo, tomó las ropas y se escapó en su coche.

La Policía lanzó una búsqueda masiva para encontrarla al tiempo que por altavoces alertaba a los padres de mantener controlados a sus hijos. Sin embargo, la búsqueda fue infructuosa, y ni el cuerpo de Mary Konno ni el de Masami Yoshizawa fueron encontrados.

El 12 de diciembre de 1988, Miyazaki asesinó nuevamente; esta vez a una niña de cuatro años de edad de Kawagoe. La niña era Erika Namba, quien regresaba de la casa de un amigo cuando Miyazaki la secuestró, obligándola a subir al coche. Éste condujo hasta un aparcamiento en Naguri. Allí, colocó a la niña en el asiento posterior del vehículo y la obligó a desnudarse, tras lo que le tomó fotografías. Tras casi ser visto por un auto que pasó por al lado de su coche, Miyazaki asesinó a la niña. Luego, ató al cadáver de pies y manos, lo envolvió en una sábana y lo colocó en el baúl del coche. Se deshizo de las ropas en un bosque cercano y colocó el cuerpo de la niña en una zona boscosa cerca del aparcamiento.

Al día siguiente, el cuerpo de la niña fue encontrado y quinientos policías exploraron el bosque en busca de más pruebas. También, la policía supo que tanto la familia de Mary Konno como de Erika Namba habían estado recibiendo llamadas extrañas en el teléfono así como cartas que hacían alusión al asesinato de las niñas.

El 6 de febrero de 1989, el padre de Mary Konno encontró una caja en la puerta de su casa con restos cremados de la niña así como prendas de ropa junto a un escrito que decía: «Mary. Huesos. Cremación. Investigar. Probar». Días después, el 11 de febrero, la policía recibió una carta de tres páginas en las que un tal «Yoko Imada» confesaba el crimen de Mary Konno. También se burlaba de la Policía y de las esperanzas que tenían los padres de la pequeña de encontrarla con vida. Miyazaki seguiría perturbando a los padres de Konno por mucho más tiempo.

En el verano de 1989, Miyazaki volvió a cometer un delito, esta vez convenció a una niña de bajarse las bragas para poder fotografiarla, pero cuando estaba en el proceso de tomar las fotografías, unos vecinos fueron alertados y persiguieron a Miyazaki, quien logró escapar.

Sin embargo, su apetito sexual lo obligaría a volver el día 6 de junio de 1989 en un parque de Ariake cerca de la bahía de Tokio. Allí encontró a Ayako Nomoto de cinco años de edad, a quien convenció de dejarse tomar fotografías. Luego la convenció de subirse a su coche. Condujo unos ochocientos metros y aparcó el coche, donde asesinó a la niña. Luego envolvió el cuerpo en una sábana y lo colocó en el maletero del coche.

Miyazaki llevó el cuerpo a su apartamento, donde luego de comprar una cámara nueva, fotografió al cuerpo de la niña en diferentes posiciones. También tomó filmaciones del mismo mientras se masturbaba. Miyazaki pasaría los próximos dos días con el cuerpo practicando necrofilia y filmando, así como tomando fotografías.

Cuando el olor se hizo insoportable, Miyazaki decapitó el cuerpo, le cortó las manos y el torso. Abandonó el torso en un cementerio y la cabeza en una pradera mientras que conservó las manos, bebiendo la sangre y comiendo parte de una de ellas. Temiendo que la policía encontrara los restos, dos semanas después del crimen, Miyazaki volvió a recoger los restos, los cuáles llevó a su habitación, donde los escondió hasta que decidió quemar todo rastro. Desde las ropas hasta el mismo cadáver.

La policía, sin embargo, encontró el torso en el cementerio y lanzó una cacería humana por el asesino. Miyazaki se vio frustrado, pero su compulsión lo llevaría a intentar nuevamente y finalmente a su detención.

El 23 de julio de 1989, Miyazaki conducía por Hachioji cuando vio a dos hermanas jugando. Detuvo el coche y les ofreció tomarles unas fotografías. La hermana mayor corrió asustada y fue en busca de su padre. Mientras tanto, Miyazaki desnudaba y fotografiaba a la niña más pequeña. Cuando el padre de las niñas llegó al lugar, Miyazaki intentaba insertar un lente de contacto dentro de la vagina de la pequeña. El hombre logró alcanzar a Miyazaki y lo tiró al suelo, pero éste logró escapar, aunque sin el coche. Al regresar más tarde para recuperarlo, agentes de policía lo esperaban. Miyazaki fue detenido bajo el cargo de «obligar a una menor a cometer actos indecentes».

Diecisiete días luego de su arresto en 1989, Miyazaki confesó el asesinato de Ayako Nomoto, cuyo cráneo fue hallado al día siguiente. También confesó el asesinato de Erika Namba y de Mary Konno. Posteriormente, el 6 de septiembre de 1989, los restos de Masami Yoshizawa fueron encontrados en una zona boscosa de Itsukaichi.

Luego del arresto, la policía allanó su apartamento, donde encontraron más de 6.000 cintas de vídeo, entre los que se encontraban aquellos en los que Miyazaki filmaba a sus víctimas. Pero la gran mayoría de los vídeos eran de anime violento y del género gore como la serie *Guinea Pig*.

Debido a su gusto por el Manga y el Anime y también ocasionado por la cobertura de los medios de comunicación referentes al tema, Miyazaki recibió el apodo de El asesino Otaku, lo cual causó un pánico moral entre la población estigmatizando a los fanáticos del manga y del anime con ello y a la cultura Otaku la cual ya estaba bastante estigmatizada entre la sociedad japonesa.

Debido a ello, en el libro de Eiji Otsuka, el cual habla acerca de los crímenes de Miyazaki, Otsuka alega que el material de pornografía infantil encontrado en la casa de Miyazaki obedecía a que el asesino conseguía dicho material por medio de un colega fotógrafo por medio de una red ilegal para poder así alimentar su perversión.

Después del encarcelamiento de su hijo, el padre de Miyazaki, quien se rehusó a pagar la defensa legal, se suicidó arrojándose al torrente de un río en 1994. Tiempo después, el propio Miyazaki envió una carta a un periódico local donde decía que con el suicidio de su padre se sentía «como nuevo».

Durante la década de 1990, Miyazaki permaneció encarcelado mientras que la Prefectura de Saitama encargó su evaluación a una batería de psiquiatras, llegando a la conclusión en 1997 por un equipo de psiquiatras de la Universidad de Tokio de que Miyazaki sufría un desorden de personalidad múltiple y una esquizofrenia extrema, aunque se mantenía enterado de la gravedad y consecuencia de sus crímenes, y por tanto responsable por ellos.

Miyazaki fue sentenciado a pena de muerte en la horca poco después de su captura, transcurriendo más de quince años antes de la aplicación de la pena. Durante su encarcelamiento, intentó reducir su condena a cadena perpetua, siendo todos los intentos infructuosos. También luchó porque se le aplicase la inyección letal en vez de la horca, a la cual Miyazaki le temía profundamente. Transcurrió sus años en prisión leyendo cómics, manga y mirando anime en el pequeño televisor de su celda. El 17 de enero de 2006, la Suprema Corte de Justicia mantuvo la sentencia original.

El 17 de junio de 2008, Miyazaki fue ejecutado. Se dice que su ejecución fue en respuesta a la masacre de Akihabara.

Japón es uno de los países con los más bajos índices de violencia a nivel mundial. Los asesinos en serie o los crímenes violentos son algo muy raro en su sociedad y, sin embargo, no son menos atroces que los que se pueden observar en los Estados Unidos.

Muchas son las críticas que ha recibido la industria japonesa (principalmente la relacionada con la producción de Anime, Manga, videojuegos y películas), debido a su elevado contenido sexual y violento, siendo objeto de debates y censura en algunos países más conservadores, sobre todo porque este material va a parar a las manos de niños y adolescentes de todo el mundo.

Es así como algunos psicólogos y psiquiatras han embestido, con fuerza, en contra de este tipo de influencias, catalogándolas de dañinas y perjudiciales para la mente de los más jóvenes. Sin embargo no todos los especialistas están de acuerdo con esta hipótesis. Muchos creen que este tipo de material, si bien puede resultar crudo o hasta grotesco, no es un elemento que necesariamente inocule una personalidad criminal o peligrosa.

El debate persiste, y muchos se han pronunciado al respecto ¿Es, realmente, un elemento criminógeno este tipo de material? De ser así, y si pensamos que es cierto ¿Por qué esta misma influencia parece ser más fuerte en algunas culturas?

Uno de los casos más populares de Japón, y el cual hace directa mención a lo anteriormente expuesto, es el de Tsutomu Miyazaki, conocido también como «El Asesino Otaku». Probablemente, Miyazaki sea recordado como uno de los más repulsivos asesinos de Japón; pero otro factor que lo hizo mediáticamente conocido fueron sus gustos por el Manga, el Anime y otras películas niponas de gran contenido sexual y violento, a las cuales se las indicó como directa influencia de su retorcido comportamiento.

Tsutomu Miyazaki nació el 21 de agosto de 1962, en el Distrito de Nishitama, Japón. El parto fue complejo, debido a que Tsutomu era un bebé prematuro, llegando a pesar a penas 2,2 kilogramos. Pero los problemas no quedaron allí, pues el pequeño nació con una deformidad en las muñecas que lo marcaría de por vida. Incapaz de doblar las manos hacia arriba, Tsutomu comenzó a notar que era diferente en sus primeros años de escuela, cuando sus compañeros de curso empezaron a burlarse de sus «manos divertidas».

A partir de ese momento, el chico comenzó a ocultar sus manos, pues le avergonzaban. Sus profesores lo calificaban de brillante; pero tímido e introvertido, incapaz de hacer amistades. También recalcan que cada vez que no podía hacer un trabajo o realizar una tarea, se frustraba enormemente y culpaba a su discapacidad. Esta actitud la mantendría durante toda su vida.

Ya de adolescente, y sin amigos, se refugió en el mundo de los cómics. Podía leerlos durante horas, y él mismo intentó dibujar Manga, algo que le resultaba muy complejo por su condición. Era normal para Tsutomu quedarse hasta altas horas de la noche leyendo Manga o jugando [a] videojuegos, y su pieza estaba repleta de revistas y películas de Anime; pero eso no sería todo. Con los años, comenzó a evitar entrar al baño o los camerinos del colegio, pues algunos compañeros comenzaron a notar que el pene de Tsutomu era muy delgado y pequeño, llegándolo a comparar con un mondadientes.

Así, solo y humillado, el joven desarrolló un tremendo complejo de inferioridad. Jamás pudo compartir sus fantasías, gustos o inquietudes con amigos, por lo que se volvió un sujeto completamente antisocial, encontrando en las películas pornográficas su orientación sexual. El problema es que se aburrió al poco tiempo y comenzó a buscar material cada vez más fuerte y bizarro.

La serie de películas *Guinea Pig* es famosa dentro del género gore. La primera de estas cintas (*Guinea Pig: The Devil's Experiment*, 1985) era tan cruda como polémica, pues en ella se retrataba (de forma muy realista) un video *snuff*, en el cual unos hombres secuestran y torturan a una chica de forma espantosa.

Causó tanta controversia, que el mismo FBI estuvo investigando sobre si dicha grabación era real o una simple película de bajo presupuesto. Más tarde aparecerían varias secuelas siguiendo la misma idea, todas dirigidas a un público morboso o que buscara impresionarse. Tsutomu logró adquirir varias de estas cintas, con las cuales empezó a experimentar sombrías fantasías sexuales.

Las altísimas calificaciones de Tsutomu en la escuela comenzaron a bajar estrepitosamente. Ya no le motivaba estudiar, pues su interés estaba centrado en las historietas y películas pornográficas violentas. Todos sus compañeros lo recordaron, años después, como un sujeto brillante; pero alienado e incapaz de superar su deformidad.

Una vez que salió del colegio, planeó estudiar Inglés en una Universidad; sin embargo había bajado tanto sus calificaciones, que no pudo ingresar. Años atrás, solía terminar sus semestres con la máxima calificación en todos los ramos; pero luego de desmotivarse, quedó rondando los últimos lugares. Finalmente, decidió estudiar fotografía y, posteriormente, entró a trabajar a una imprenta. Al mismo tiempo, comienza a recolectar pornografía infantil.

Aunque la familia Miyazaki tenía un buen pasar e, incluso, influencia política en el estado, Tsutomu se sentía muy solo. Sus padres era sumamente trabajólicos y trataban de llenar los vacíos familiares con obsequios materiales o dinero. El mismo Tsutomu reconocería, años más tarde, que jamás planteó decirle a sus padres sobre el evidente problema que sufría, pues de seguro no le habrían prestado atención.

Se había convertido en un pedófilo, y su comportamiento se volvería cada vez más errático, pues además poseía un apetito sexual casi inagotable. Ignorado por sus padres y odiado por sus hermanas menores (que lo encontraban repugnante), Tsutomu contempló la idea de quitarse la vida.

Si bien es cierto que Tsutomu era un joven alienado y solitario, había un solo ser humano con el cual conversaba y compartía, y ese era su abuelo. Al parecer, el anciano se sentía atraído por su silencioso nieto y siempre le tendió la mano. Pero este falleció en 1988, provocando un hondo dolor en Tsutomu, quien, con su muerte, vio cómo perdía su último (y único) vínculo con la vida real.

Una vez que se cremó el cuerpo de [del] anciano, Tsutomu consumió parte de sus cenizas, basado en la antigua idea de que el canibalismo implica retener algo de la persona que se ingiere, para sí mismo. Comenzó a mostrarse violento con la familia, y a observar y seguir niñas pequeñas. Tres meses más tarde, cometería su primer asesinato.

El 22 de agosto de 1988, la pequeña Mary Konno de 4 años de edad, desapareció del bloque de departamentos Iruma, en Saitama. Había salido a jugar con una amiga; pero nunca más regresó a casa. Los padres llamaron a la policía, y ésta buscó infructuosamente a la niña. La misma policía dio la alarma para que otros padres estuvieran atentos al cuidado de sus hijos más pequeños.

Tsutomu había estado espiando a Mary durante esa tarde. La invitó a subir a su auto y la niña aceptó sin sospechar del joven. Luego de llevarla a las inmediaciones de un bosque, y alertado porque Mary empezó a sollozar, la estranguló para luego abusar de su cadáver y abandonarlo entre los árboles, no sin antes huir con sus ropas. Lejos de sentir remordimientos, Miyazaki había sentido gran placer. Pensaba repetir su hazaña; pero esta vez lo planearía mucho mejor.

El 3 de octubre de 1988, otra niña de 7 años llamada Misami Yoshizawa caía en las garras de Miyazaki. Siguiendo el mismo *modus operandi*, Tsutomu engañó a la niña para que se subiera en su coche, la llevó al mismo bosque en donde había asesinado a Mary Konno (cadáver que aun no era encontrado por la policía), y la estranguló. Nuevamente huyó con las ropas de la niña, no sin antes abusar de ella.

Si bien no habían pistas ni rastros de que se hubiese cometido asesinato alguno, la policía de Saitama siguió alertando a la población (incluso por altavoces) sobre un supuesto secuestrador y asesino de niñas, lo que despertó pánico en la ciudad. Por su parte, Tsutomu, de 26 años, seguía planificando su próximo asesinato.

A pesar de que las autoridades seguían buscando a las dos niñas desaparecidas, no lograban dar con su paradero. Esto pareció alentar a Miyazaki a cometer un tercer crimen. Esta vez, su víctima sería la pequeña Erika Namba, de 4 años.

La secuestró el 12 de diciembre de ese mismo año, cerca de un estacionamiento, obligándola a subir a su automóvil para luego huir del lugar. Luego de tomarle fotografías desnuda dentro de su vehículo, procedió a estrangularla y envolverla en una sábana, para luego abandonar el cuerpo cerca de un estacionamiento, a más de 50 km. de su casa. Sin embargo, esta vez la policía logró encontrar el cadáver de la niña, y confirmaron sus sospechas iniciales: estaban tras la pista de un asesino en serie.

Las indagaciones comenzaron a dar frutos. Los padres que habían perdido a sus hijas declararon a los investigadores que, tras las desapariciones, comenzaron a recibir llamadas anónimas. En ellas, al otro lado de la línea, alguien respiraba y no decía palabra, para luego cortar la comunicación sin más. También recibieron espantosas cartas, en donde alguien describía los últimos minutos de vida de sus hijas, y las terribles vejaciones a las que fueron sometidas.

Era obvio que se trataba del mismo sujeto, así que pidieron a las familias que estuvieran atentas a cualquier intento de contacto o situación anormal que se pudiera presentar. Era muy probable que no fuera el único intento de contacto por parte del asesino, y que en ello encontrara algún tipo de placer sádico. Pero lo que ocurriría después, nadie podía imaginarlo.

El 6 de febrero de 1989, los padres de Mary recibieron una caja con restos humanos calcinados. Eran partes del cuerpo de su hija, Mary. El macabro envío incluía diez dientes

de leche, la ropa interior de la niña, sandalias y una nota que decía: «Mary, huesos, cremación, investigar, probar».

La policía realizó varias investigaciones; pero quizá debido a lo mediático del caso se llegó a pensar que los restos no pertenecían a la pequeña... quizá era una elaborada broma de mal gusto.

Estas especulaciones enfurecieron al asesino, el cual en un acto de arrogancia y megalomanía, decidió enviar una confesión escrita en donde confesó su autoría en el asesinato, incluyendo una fotografía que le había tomado al cadáver. «Puse la caja de cartón con los restos de Mary delante de su casa. Hice todo. Desde el inicio del incidente Mary hasta el final. Vi la conferencia de prensa de la Policía, donde dijeron que los restos no eran Mary. Ante las cámaras, su madre dijo que el informe le dio nuevas esperanzas de que Mary aún podría estar viva. Supe entonces que tenía que escribir esta confesión para que la madre de Mary no siguiera esperando en vano. Lo repito: los restos son de Mary.»

La misiva venía firmada por un tal «Yoko Imada». Ante la nueva evidencia y, por sobre todo, la fotografía del cadáver de Mary, la policía sacó miles de copias de la carta y la repartió por la población, con la esperanza de que alguien reconociera la letra del supuesto asesino.

La familia Konno, por su parte, perdió toda esperanza de encontrar con vida a su hija y decidió dar sepultura a los pocos restos que el cruel asesino les había devuelto... pero el mismo día del funeral, al regresar a casa, se hallaron con una nueva carta. Esta vez, quien firmaba, se hacía llamar «Yuko Imada» En la misiva, el asesino relataba el proceso de descomposición del cuerpo de Mary, como si se tratara de un estudio forense.

Evidentemente, Tsutomu estaba disfrutando de su rol como asesino serial, jugando con los sentimientos de la familia de su víctima y con la policía. Pero también decidió proceder con un poco más de cautela, en vista de la gran conmoción que habían causado sus asesinatos. No planeaba detenerse... sólo quería actuar a sus anchas sin ser molestado. Para ello, se vio obligado a bajar el ritmo de su frenesí asesino.

Mientras la policía seguía con su ardua investigación, sin llegar a ninguna conclusión, Tsutomu dedicó su tiempo libre a salir a recorrer parques infantiles y tratar de engañar a niñas inocentes para que se dejaran tomar fotografías. Mientras lo hacía, aprovechaba de subirles el vestido y tomar capturas de sus partes íntimas.

El 6 de junio de 1989, mientras intentaba fotografiar a una niña de cinco años, Yamako Nomoto, consiguió que esta subiera a su coche y la raptó. Luego, cuando la niña le hizo un comentario sobre la deformación de sus manos, Miyazaki perdió el control. La estranguló y le propinó una tremenda golpiza, hasta matarla. Envolvió el cuerpo en una sábana y la metió en el maletero del auto. Esta vez, sin embargo, no abandonó el cadáver; sino que se lo llevó a casa. Las fantasías del asesino habían mutado, y ya no se conformaba con asesinar.

Luego de fotografiar el cuerpo desnudo de su nueva víctima, se grabó masturbándose a su lado. A los pocos días, el cadáver comenzó a descomponerse, por lo que Tsutomu procedió a descuartizarlo. El torso lo abandonó en el baño público de un cementerio

cercano, quemó la ropa de la niña, y otros restos los esparció por el bosque; a excepción de sus manos, una de las cuales devoró parcialmente. También bebió sangre del cuerpo, no sin antes abusar sexualmente de él. Tsutomu estaba consumando sus más oscuras fantasías, ligadas al vampirismo, el canibalismo, la pedofilia y la necrofilia.

La policía tenía como prioridad nacional solucionar el caso lo antes posible. La desaparición de la última víctima de Miyazaki, Yamako Nomoto, era la gota que había rebalsado el vaso. La sociedad japonesa no está acostumbrada a este tipo de criminales, por lo que la presión se volvió insostenible. Cualquier sujeto que se acercara de forma sospechosa a alguna menor, pasaba a ser el posible asesino e interrogado.

Miles de folletos informativos referentes al caso de las niñas asesinadas estaban circulando en la ciudad. El hallazgo de un torso de niña en los baños de un cementerio de Saitama volvió a encender la alerta. La policía sospechó de inmediato que se trataba de los restos de Yamako, lo que fue certificado por los exámenes forenses. Aunque no parecía ser el *modus operandi* del asesino que buscaban, nunca dudaron que se trataba del mismo sujeto.

En los dos primeros asesinatos, el esquivo homicida se había mostrado cuidadoso y no dejaba rastros. A partir del tercero, empezó a contactarse con los familiares de sus víctimas e incluso mandó cartas y partes de los restos para atribuirse los crímenes. Ahora, abandonaba el torso mutilado de su última víctima en un baño público (para que fuese encontrado rápidamente), en un claro acto movido por el afán de protagonismo. Era obvio que seguiría matando... y que cada vez disfrutaba más de su rol como asesino serial.

El 23 de julio de 1989, la suerte de Tsutomu se acabó. Mientras viajaba en su automóvil, vio a dos niñas pequeñas jugando en un parque. Se acercó a ellas y les propuso tomar algunas fotografías. Una de las menores huyó y Tsutomu se conformó con acosar a una de las menores. Mientras la desnudaba e intentaba introducirle un lente de contacto por la vagina, el padre de las niñas llegó al lugar, alertado por la chica que había escapado. Sorprendido ante la presencia del hombre, Tsutomu salió corriendo, dejando su coche estacionado cerca.

Varias horas después, mientras volvía por su automóvil, fue nuevamente sorprendido, esta vez, por las fuerzas policiales. Los cargos era graves y se convirtió en el sospechoso número uno de los cuatro asesinatos de las niñas de Saitama. Tardaría casi dos semanas en declararse culpable.

Durante la investigación, se allanó el departamento de Miyazaki y se encontró una enorme colección de películas violentas de anime y gore, entre las que destacaban las polémicas *Guinea Pig*. Todos aquellos que no sabían de su existencia comenzaron a cuestionarse la influencia de este tipo de cintas en los jóvenes. Lo mismo pasó con los anime de carácter violento.

Más de 5.000 películas y cientos de Mangas se apilaban en el pequeño departamento de Miyazaki, evidenciando que el mundo del asesino serial que tenía en vilo a todos los padres de Japón, giraba en torno a un perverso mundo de fantasías. También se encontró gran cantidad de material relacionado con pornografía infantil y las grabaciones de Miyazaki abusando del cuerpo de su última víctima, lo que terminó de incriminarlo.

Las siguientes apariciones públicas de Tsutomu serían escasas. Algunas mientras se le trasladaba desde las escenas del crimen... otras, mientras reconstruía algunos de los asesinatos. Uno de los peores asesinos de la historia del Japón lucía inofensivo y vergonzoso, casi siempre cubriéndose el rostro y la cabeza con mantas o su propia camisa. El monstruo que destruyó la vida de varias familias, y acabó con la de cuatro niñas inocentes, simplemente no lucía como tal. De mirada tímida y nerviosa, Tsutomu miraba de reojo las cámaras que buscaban captar la imagen del asesino más buscado del Japón, quien más parecía un joven inadaptado e infantil.

El mediático caso del «Asesino Otaku» terminó por sugestionar a la población japonesa, la cual tildó de «raros» y hasta «peligrosos» a aquellos que leían Manga o veían películas de Anime, debido a que Tsutomu era un adicto a ellas. Lo cierto es que el problema de Miyazaki era mucho más profundo.

Luego de que se encontraron los restos de las cuatro víctimas, gracias a las declaraciones del asesino, comenzó el juicio.

El padre del acusado se negó a financiar la defensa y, como resulta relativamente común en Japón, ante el desprecio y la deshonra de lo que había hecho su hijo, terminó suicidándose.

Tsutomu Miyazaki fue evaluado por varios psicólogos y psiquiatras en búsqueda de sus verdaderas motivaciones. Si bien era un tipo relativamente inteligente, se mostraba como alguien tremendamente frustrado, incapaz de socializar, superar la deformidad de sus manos y pervertido.

También se le detectó esquizofrenia y personalidad múltiple; pero, aun así, la respuesta de los especialistas fue concluyente: Miyazaki era capaz de enfrentar un juicio y era consciente de sus actos. Podía ser condenado a la pena capital sin apelación... y así fue. Tsutomu fue considerado culpable y enviado al pasillo de la muerte.

Durante años, Miyazaki trató de apelar y solicitar presidio perpetuo. Le tenía pavor a morir, pero ~~por~~ sobre todo a la forma, pues se le había condenado a morir en la horca. Tras varias intervenciones legales, incluso pidió ser ajusticiado por medio de una inyección letal; pero la Corte Suprema denegó su petición en el 2006.

Durante toda su estancia en la cárcel, Miyazaki siguió perdido en su mundo de fantasías, leyendo Manga y viendo Anime a diario, pero esta vez bajo el estricto control de las autoridades carcelarias. Fue ejecutado en la horca el 17 de junio del 2008, junto a otros dos condenados a muerte.

DORANGEL VARGAS GOMEZ



Dorángel Vargas Gómez o Dorancel Vargas Gómez, nacido en Caño Zancudo, estado Mérida, Venezuela el 14 de mayo de 1957)" también llamado el "Comegente", es un asesino en serie y caníbal venezolano. Vargas era un vagabundo que solía cazar a sus víctimas en el parque 12 de Febrero, en las márgenes del río Torbes de la ciudad de San Cristóbal, en el estado de Táchira, a 750 kilómetros de Caracas. Vargas se ha

convertido oficialmente en el primer asesino en serie de la historia de Venezuela, asesinando al menos a diez personas (aunque se sospecha que la cifra podría haber llegado hasta los 40).

Dorancel Vargas Gómez nació en 1957 en el seno de una familia dedicada a la agricultura y con pocos recursos, por lo que llegó sólo a tercer grado de primaria. Entre sus antecedentes figuran tres arrestos, antes del último, dos de ellos por delitos menores: robo de gallinas y de ganado y el tercero, en 1995, cuando fue internado en el Instituto de Rehabilitación Siquiátrica de Peribeca por la muerte y posterior ingesta del cuerpo de Cruz Baltazar Moreno.

El asesino logró escaparse de ese centro y llevar una vida aparentemente normal en la indigencia sin que nadie se molestara otra a vez a seguir su pista. Se cree que cometió los crímenes entre noviembre de 1998 y enero de 1999, momento en el que las familias notificaron a la policía la desaparición de los fallecidos. Dorangel cazaba a sus víctimas con un tubo en forma de lanza, los descuartizaba, guardaba las partes que se comía para cocinarlas y enterraba los pies, las manos y las cabezas. Sus objetivos primordiales eran desprevenidos deportistas, obreros que trabajaban en la orilla del río y niños.

Ya que no tenía nevera para guardar la carne, mataba una media de dos personas por semana. El 12 de febrero de 1999 unos miembros de Defensa Civil encontraron los restos de dos jóvenes y alertaron a las fuerzas de seguridad sobre su hallazgo. Ahondando sobre la zona, encontraron los restos de seis cuerpos más. Una vez descartada la hipótesis de que pudiera tratarse de un área de liberación de cadáveres de alguna banda de narcotraficantes o de alguna secta satánica, se recurrió a las denuncias de personas desaparecidas.

Se sospechó en seguida de Vargas, que vivía en la zona próxima en una especie de rancho y que, en inspecciones de la policía, se halló en su casa varios recipientes que contenían

carne humana y vísceras preparadas para el consumo, además de tres cabezas humanas y varios pies y manos.

Una vez fue capturado, confesó haber matado y comido al menos a 10 hombres en un periodo de dos años desde su arresto en 1999. En los atestos policiales, Vargas confesó que los hombres delgados sabían mejor que las mujeres y que los sabores más agradables se conseguían en la zona del vientre.

“No me arrepiento de lo que he hecho, porque me gusta la carne y no soy el único, en diciembre compartí al vecino Manuel “pana” que era muy buena persona, y yo me dije, si es tán buen vecino tiene que estar bien sabroso. Total que hice unas empanadillas con él y las compartí con los conocidos que en todo momento alabaron la sabrosura del relleno. Quizá ahora piensen mal de mi, pero yo lo hice con la mejor buena voluntad del mundo, como recomienda la iglesia yo compartí mi pan, bueno en este caso al bueno de Manuel, pero al caso le hace lo mismo con otros tan necesitados como yo y ahora me veo prisionero. Yo por necesidad me veo metido en esta vaina, por todo cuanto robaron en esta nación que nos han llevado al hambre a miles de venezolanos, pero no me arrepiento, por que a pesar de todo, lo único que no me daba apetito eran las cabezas. Con las manos y los pies cuando más me apuraba el hambre yo me hacia una sopita con ellas y no desaprovechaba nada”.

DENNIS NILSEN



El jueves 3 de febrero de 1983 los ocupantes de los pisos del número 23 de Cranley Gardens, en el tranquilo suburbio de Muswell Hills, norte de Londres, descubrieron que sus lavabos no funcionaban correctamente.

La avería ya había logrado derrotar al fontanero local con anterioridad, y la tarde del martes siguiente éste recibió ayuda en la persona de Mike Cattran, de la firma Dino-Rod's.

El primer trabajo de Cattran fue inspeccionar la fosa séptica que había junto a la casa. Ese tipo de inspecciones nunca resultaban agradables, pero aun así, cuando hubo quitado la tapa Cattran tuvo que admitir que en toda su vida profesional jamás había oído una pestilencia tan increíble. El fontanero dirigió el haz luminoso de su linterna hacia el fondo del agujero, tres metros y medio más abajo, y se llevó la desagradable sorpresa de ver una capa de un líquido blanquecino de apariencia viscosa salpicado por manchitas de algo horriblemente parecido a la sangre. El hombre de Dino-Rod's bajó al agujero, en contra de lo que le aconsejaban todos sus instintos, y cuando llegó al fondo descubrió trozos de carne putrefacto, algunos de ellos con cabellos aún adheridos a la piel.

La policía realizó una inspección completa de la fosa al día siguiente y encontró más fragmentos de carne y huesos, que fueron extraídos de ella e identificados rápidamente como humanos por los patólogos. Estaba claro que el inspector jefe de detectives Peter Jay tenía un asesinato que resolver.

Entre los residentes del número 23 estaba Dennis Nilsen -«Des», como prefería que le llamaran-, de 37 años, que ocupaba el ático. Cuando Nilsen volvió a casa de su trabajo en el Centro de Empleo de la calle Denmark la tarde del miércoles 8 de febrero, fue recibido por un trío de detectives. Nilsen expresó cierta sorpresa ante el hecho de que la policía se interesara por algo tan mundano como unos desagües atascados, y cuando se le habló de 108 restos que se habían encontrado en la fosa séptica exclamó: «Dios santo, qué horror.»

Y en ese instante el inspector Jay se dejó guiar por una corazonada y replicó con estas palabras: «No me haga perder el tiempo. ¿Dónde está el resto del cadáver?»

Para gran sorpresa del detective, Nilsen respondió sin perder la calma: «Dentro de dos bolsas de plástico en el arnario. Venga, se lo enseñaré.»

Cuando iban de camino a la comisaría, el detective inspector McCusker se volvió hacia Nilsen en el asiento trasero del coche y, como sin darle importancia, le preguntó si estaban hablando de un cadáver o de dos. Dennis Nilsen alzó los ojos.

-Quince o dieciséis desde 1978: tres en Cranley Gardens y unos trece en mi dirección anterior de la Avenida Melrose, Cricklewood.

Y así empezó la extraordinaria historia del asesino múltiple más prolífico de Gran Bretaña.

Nunca hubo ninguna duda de que Dennis Nilsen era culpable -dictó 30 horas de confesión increíblemente detallada a lo largo de once días-, pero seguía existiendo la cuestión de cuán culpable era o, mejor dicho, de lo responsable que se le podía llegar a considerar.

Al principio, y después de haber consultado con el abogado Ronald Moss, Nilsen decidió declararse culpable. Aparte de ahorrarle mucho tiempo al tribunal y una gran cantidad de dinero a los contribuyentes, declararse culpable habría sido un acto de misericordia hacia las familias de las víctimas y al mundo en general, librándoles de tener que escuchar los peores excesos de Nilsen en la sala del tribunal.

Pero cuando el caso llegó al Tribunal Número Uno del Old Bailey el 24 de octubre de 1983, Dennis Nilsen había abandonado a su primer representante legal para sustituirlo por el señor Ralph Haeems, el pintoresco campeón de los desheredados, quien le aconsejó que cambiara su alegación inicial por la de «responsabilidad disminuida» debida a un trastorno mental.

El señor Ivan Lawrence abrió su defensa de Nilsen declarando que no tenía intención de probar que su cliente estaba loco, sino que en el momento de cada crimen sufría una anomalía mental tan grande que era incapaz de formarse el propósito definido de asesinar.

El doctor James MacKeith del Hospital Real de Belén prestó testimonio afirmando que Nilsen tenía graves dificultades para expresar sus emociones y exhibía síntomas de conducta inadaptada. El doctor afirmó que dicha combinación era «letal». El señor Alan Green, acusador de la Corona, se opuso con gran firmeza a esa conclusión; Green recordó al tribunal la forma cuidadosamente calculada en que Nilsen había matado a sus víctimas y dispuesto de sus cuerpos, así como la astucia con que había intentado convencer de su locura contando mentiras de lo más obvio. En otras palabras, según él Nilsen era «un actor condenadamente bueno». Al final el doctor MacKeith no quiso describir la responsabilidad del acusado con la palabra «disminuida», dado que se trataba de una definición legal y no médica.

El segundo psiquiatra llamado como testigo por la defensa, el doctor Patrick Gallwey, intentó que el tribunal aceptara lo que llamó «Yo falso del tipo encontrado en el desorden de personalidad narcisista pseudonormal», pero no tuvo mucho éxito. El concepto resultaba tan incómodo de utilizar como el nombre, y abreviarlo a «Síndrome del yo falso» no aclaró mucho las cosas.

Cuando la defensa hubo terminado de exponer su caso, la Corona, tal y como es costumbre en las alegaciones de «responsabilidad disminuida», obtuvo permiso para

hacer subir al estrado de los testigos a su propio psiquiatra «refutador» para que contradijera el testimonio experto prestado por Gallwey y MacKeith. El doctor Paul Bowden empezó declarándose incapaz de encontrar ninguna anormalidad mental tal y como era descrita en el Acta de Homicidios (El Acta de Homicidios de 1957 dice: «Una persona que mata o toma parte en el asesinato de otra no será acusada de asesinato si sufría una anormalidad mental (tanto si es resultado de un desarrollo detenido o retrasado como si es fruto de cualquier causa inherente o inducida por enfermedad o lesión) capaz de alterar sustancialmente su responsabilidad mental por las omisiones y actos cometidos en el asesinato o en su participación»), y siguió diciendo que, en su opinión, Dennis Nilsen sencillamente quería matar personas, lo cual era lamentable, desde luego, pero no tenía ninguna excusa en el aspecto psicológico: «Según mi experiencia, la inmensa mayoría de asesinos consideran a sus víctimas como objetos, pues de lo contrario les sería imposible matarlas.»

En cuanto al magistrado, el señor Croom-Johnson, su resumen de las evidencias médicas dejó bien claro que para él Nilsen no estaba loco, sino que era un asesino de la peor especie: «Existen personas malvadas que cometen actos malvados. El asesinato es uno de ellos». El juez también añadió que «el tener defectos morales no excusa a Nilsen. Una naturaleza desagradable no debe identificarse con un desarrollo mental detenido o retrasado.»

Así pues, y aunque el testimonio de los psiquiatras mantuvo ocupado al tribunal durante casi toda una semana, el debate terminó de una forma tan confusa y carente de una resolución clara como había empezado. La tarea de decidir si el acusado estaba cuerdo o no acabó recayendo sobre los miembros del jurado. Después de 24 horas de deliberación el jurado decidió que Dennis Nilsen estaba cuerdo y era culpable de seis asesinatos y dos intentos de asesinato: la decisión fue tomada por mayoría de 10 votos afirmativos contra 2 negativos.

Nilsen fue sentenciado a cadena perpetua, y el juez Croom-Johnson recomendó que su estancia en la cárcel no fuese inferior a 25 años. Nilsen acepta esta sentencia y la verdad es que no espera ser liberado. En 1984 fue transferido de Wormwood Scrubs a la prisión de Wakefield, Yorkshire, donde sigue en el día de hoy.

Desde que las noticias sobre el caso Nilsen ocuparon las primeras páginas de la prensa mundial en febrero de 1983 se han escrito millones de palabras sobre Dennis Nilsen. Las que muestran más profundidad y comprensión se encuentran en la excelente y varias veces galardonada *Killing for Company* de Brian Masters (Cape, Londres, 1985).

Masters entró en contacto con Nilsen cuando éste se hallaba en la prisión de Brixton y le pidió su cooperación para escribir un estudio sobre el caso. Nilsen accedió, y entre los dos acabó desarrollándose lo que Masters describió como «una confianza que nos permitió hablar sobre su pasado y sus crímenes con la más completa franqueza imaginable.»

Nilsen resultó ser no sólo un hombre inteligente y sensible que sabía expresarse con gran claridad, sino que también demostró ser capaz de examinarse a sí mismo de una forma muy intensa. Durante su estancia en prisión ha producido la asombrosa cifra de 50 volúmenes de su diario, en los que se observa a sí mismo y a sus crímenes recordando y describiendo detalles con una aterradora claridad. Leerlo nos impulsa a aceptar la opinión

del doctor Bowen y de Alan Green: la meticulosidad con que cometió los crímenes y dispuso de los cuerpos hace bastante difícil sostener una alegación de responsabilidad disminuida:

Llené un cuenco con agua, cogí un cuchillo de cocina, unos cuantos pañuelos de papel y varias bolsas de plástico. Tuve que tomarme un par de copas antes de poder empezar a ocuparme del cadáver. Le quité la chaqueta y la ropa interior. Separé la cabeza del cuerpo con el cuchillo. Apenas brotó sangre. Puse la cabeza en el fregadero de la cocina, la lavé y la metí en una bolsa de la compra. Después le corté las manos y los pies. Los lavé en el fregadero y los sequé...

El asesino múltiple más infame de Inglaterra era un tímido y retraído funcionario del Estado que vivía una vida tranquila en un barrio del norte de Londres. ¿Qué hizo que este hombre, desesperadamente solo, cometiera crímenes tan espantosos que harán que probablemente nunca vuelva a ser libre?

Una tarde de invierno de 1983, un descubrimiento casual en los desagües de una casa del norte de Londres puso fin a cinco años de asesinatos. ¿Quiénes habían sido asesinados y cómo? A estas preguntas sólo podía responder el asesino.

Los desagües de Cranley Gardens número 23 habían estado obstruidos durante cinco días cuando Dynorod mandó a un miembro de su equipo, Michael Cattran, a investigar. Llegó a la casa en Musweh Hill, un barrio del norte de Londres, a las 6.15 de la tarde, el martes 8 de febrero de 1983.

Jim Allcock, uno de los inquilinos de la casa, le dejó entrar Cattran se dio cuenta rápidamente de que el problema estaba fuera de la casa, por eso él y Allcock se dirigieron hacia la alcantarilla y levantaron la cubierta del pozo de inspección que conducía a la misma. Había una bajada de aproximadamente 364 metros con travesaños de hierro. Allcock encendió una linterna mientras Cattran descendía.

En el fondo encontró un grueso «puré» pegajoso hecho de aproximadamente cuarenta trozos de una sustancia blanco-grisácea. El olor era nauseabundo. Al seguir avanzando, caía más de la cañería que salía de la casa. Cattran dijo a los inquilinos que los desagües tendrían que ser examinados de nuevo a la luz del día. Cuando llamó a su jefe le dijo que pensaba que la sustancia podría ser carne humana.

A las 9.15 de la mañana siguiente Cattran volvió a la casa con su jefe y fueron directamente al pozo de inspección. Para su asombro, el «puré» había desaparecido totalmente. Sabía que por mucha cantidad de agua de lluvia que hubiera caído no podría haberlo desalojado y también notó que la llave de la cubierta del pozo apuntaba en una dirección diferente.

Cattran metió la mano en una cañería y sacó algunos pedazos de carne y cuatro pequeños huesos. Fiona Bridges, otra inquilina, les dijo que ella y Jim Allcock habían oído pisadas durante la noche y sospecharon que el hombre del piso del ático había estado en el pozo. Decidieron llamar a la policía.

El detective jefe, inspector Peter Jay, llegó a las 11 de la mañana. Inmediatamente llevó lo que parecían restos humanos al depósito de cadáveres de Hornsey para conocer su

opinión, y luego al hospital de Charing Cross para ser examinados por David Bowen, catedrático de medicina forense en la Universidad de Londres y especialista en patología. Bowen confirmó que la carne era tejido humano, probablemente del cuello, y que los huesos eran de la mano de un hombre.

Peter Jay pronto descubrió que el ocupante del piso del ático era Dennis Andrew Nilsen, un director ejecutivo de la Oficina de Empleo de Kentish Town. Vivía solo en el piso con una perra mestiza llamada Bleep y raramente hablaba con los otros inquilinos.

Nilsen salió a trabajar a las 8.30 esa mañana, después de sacar a Bleep de paseo. Jay volvió a la casa con el detective inspector McCusker y el detective policía Butler, y esperaron a que Nilsen volviese a casa.

A las 5,40 de la tarde, Dennis Nilsen regresó a casa. Peter Jay se presentó a sí mismo diciendo que había venido por el asunto de los desagües. Nilsen contestó que era extraño que la policía se interesara en desagües y le preguntó si los otros dos hombres eran inspectores de Sanidad. Jay dijo que eran inspectores de policía.

Los cuatro hombres subieron al piso de Nilsen y entraron en la habitación del fondo, donde Jay reveló que los desagües contenían restos humanos. “¡Cielo Santo!” -exclamó Nilsen- “¡qué horror!”. El inspector jefe le dijo que dejase de lamentarse y le preguntó: “¿Dónde está el resto del cuerpo?”

Hubo una pequeña pausa antes de que Nilsen contestase: «en dos bolsas de plástico en el armario de la otra habitación. Se lo mostraré.» En la habitación Nilsen le señaló el armario ofreciéndole sus llaves. El olor abrumador era confirmación suficiente. Jay declinó abrir el armario justo en ese momento, pero preguntó si había algo más. «Es una larga historia» -replicó. «Se remonta a mucho tiempo atrás. Les diré todo. Quiero desahogarme, no aquí, sino en la comisaría.»

Peter Jay le leyó sus derechos y le arrestó como sospechoso de asesinato. Quiénes habían sido asesinados, nadie lo sabía con exactitud.

Jay y McCusker llevaron a Nilsen en coche a la comisaría de Homsey. McCusker se sentó cerca de él en la parte de atrás del coche. Los dos policías tenían una sospecha que les preocupaba. McCusker fue el primero en preguntar: «¿Estamos hablando de un cuerpo o de dos?».

«Quince o dieciséis» -dijo Nilsen-, «desde 1978».

En la habitación de la comisaría de Hornsey, Jay estuvo brusco. «Vamos a aclarar esto», dijo, «¿nos está diciendo que desde 1978 usted ha matado a dieciséis personas?».

«Sí», contestó el detenido. «Tres en Cranley Gardens y unos trece en mi anterior dirección, Melrose Avenue, 195, Cricklewood». No mostraba ninguna emoción mientras hablaba.

Aquella tarde el detective superintendente Chambers acompañó a Peter Jay y al profesor Bowen al piso de Nilsen, donde abrieron el armario y sacaron dos grandes bolsas de

plástico. Las llevaron al depósito de cadáveres de Homsey donde Bowen las abrió y realizó un examen de su contenido.

En una de las bolsas encontró cuatro más pequeñas. La primera contenía el lado izquierdo del pecho de un hombre, incluyendo el brazo. La segunda el lado derecho del pecho y un brazo. La tercera un torso sin brazos, piernas y cabeza. Y la cuarta una mezcla de desechos humanos. Las bolsas habían estado, evidentemente, cerradas por algún tiempo, y el hedor que desprendían apenas era soportable.

En la segunda bolsa negra, Bowen descubrió dos cabezas y otro torso, con los brazos unidos a él, pero sin las manos. Una cabeza tenía la carne consumida, la otra retenía bastante de la carne y algo de pelo detrás, aunque el de delante y los labios habían desaparecido. Había sido recientemente sometida a «un calor húmedo». De hecho, aunque la policía no lo sabía aún, Nilsen había cortado la cabeza del cuerpo sólo cuatro días antes y la había puesto a hervir en una cazuela sobre un hornillo de la cocina.

La cabeza había pertenecido a Stephen Sinclair, un joven drogadicto y proscrito social que Nilsen había conocido el 26 de enero de 1983, y había matado esa misma tarde. Identificó a su víctima en los primeros momentos de una conversación con la policía que iba a durar un total de 30 horas a lo largo de los siguientes días. Les dijo que el piso contenía los restos de tres hombres. Al segundo lo llamaba John «el Guardia», y al tercero no le dio nombre.

Nilsen sugirió a la policía que mirase dentro del armario en la esquina de su habitación principal y debajo de un cajón en el baño. El baño contenía las piernas y la pelvis de Sinclair. En el armario había otro torso, un cráneo, huesos y bolas de naftalina y ambientadores. Con todos estos restos humanos era posible para la Policía comenzar la siniestra tarea de ensamblar los pedazos de Stephen Sinclair en el depósito de cadáveres.

El once de febrero, Nilsen fue con Jay y Chambers al 195 de Melrose Avenue. Señaló un área del jardín donde podrían encontrar restos humanos. Había vivido en el bajo desde 1966 a 1981 y durante los últimos tres años, dijo, que allí había matado a unos doce o trece hombres.

Los cadáveres habían sido cortados en pedazos y quemados en grandes hogueras. Un equipo especial de investigadores de la Policía acordonó el jardín y comenzó la laboriosa tarea de buscar en la tierra pistas de personas que habían desaparecido aparentemente sin dejar rastro.

Encontraron gran cantidad de cenizas humanas y bastantes fragmentos de huesos como para permitir a los científicos forenses declarar que al menos ocho personas, probablemente más, yacían en la parte más superficial del suelo en un jardín de Londres. La policía dependía enteramente del amable deseo de Nilsen de cooperar si querían acusarle antes de que pasaran las cuarenta y ocho horas establecidas legalmente.

Sinclair fue identificado por las huellas dactilares -ya que sus huellas habían sido tomadas por la policía con anterioridad por delitos menores. Fue por este asesinato por el que Nilsen fue acusado inicialmente a las 5,40 de la tarde del once de febrero, habiendo aceptado la representación de un abogado.

Ronald Moss accedió a tener a Nilsen como cliente. El defendido apareció ante los magistrados en Highgate a la mañana siguiente y fue obligado a llevar vigilancia policial durante tres días.

En el transcurso del interrogatorio el acusado indicó que no podía identificar a la mayoría de sus víctimas. Todos ellos eran puntales de sus fantasías más que personas, y no estaba interesado ni en quiénes eran, tú de dónde venían.

Sólo hubo una historia en particular que hizo a Moss y a los oficiales de policía sentirse francamente mal. Nilsen había estrangulado a un hombre joven tres veces pero aun así su cuerpo frágil se aferraba a la vida. Entonces le intentó ahogar en el cuarto de baño, lo sumergió en la bañera llena hasta rebosar y lo mantuvo debajo del agua. El hombre hizo un esfuerzo por levantarse y suplicó clemencia, pero Nilsen le empujó de nuevo. Después le llevó de vuelta a la habitación y encendió un cigarrillo. Bleep, su perro, empezó a lamer las piernas del hombre joven y el asesino se dio cuenta de que un fino hilo de vida todavía le protegía.

Este hombre podría haber sido “despachado” en segundos, pero en cambio Nilsen le frotó las piernas para reactivar su circulación. Le cubrió con sábanas y efectivamente le devolvió la vida por un día y medio más.

La policía dudaba de que pudiera haber algo de verdad en tal historia, pero siguieron la pista, y ésta les condujo a un hombre llamado Carl Stottor. Sin revelar la causa, la Policía le hizo recordar un incidente de hacía dos años, cuando había encontrado a Dennis Nilsen en un pub de Camden Town. Stottor contó una historia que corroboraba enteramente lo que ellos habían oído del propio detenido.

El relato despiadado de Nilsen dio pruebas suficientes a la policía para identificar a diversas víctimas. Fue entonces acusado de seis cargos de asesinato y de tres asesinatos frustrados y llevado a juicio. Roland Moss, su abogado, le hizo una pregunta según era conducido a la prisión de Brixton: “¿Por qué?”.

La pregunta le desarmó. “Estoy esperando a que tú me lo digas”. Esta clase de respuesta era típica de Nilsen. En ciertos momentos, a lo largo de la investigación, y en el juicio subsiguiente, apareció turbado por sus propios actos a lo largo de los años.

El detective jefe superintendente Chambers y el detective jefe inspector Jay debían decidir el tipo de interrogatorio que usarían con Nilsen. El era virtualmente su única fuente de información y era crucial para ellos hacerle hablar sobre sus crímenes y conseguir que identificara las víctimas.

La elección estaba entre un método de ataque firme o bien en una aproximación relajada y benévola. La larga carrera militar de Nilsen podría hacerle respetar la autoridad, pero pensaron que podría resistirse ante la coacción. Decidieron ser más familiares. Y de tal forma el interrogatorio comenzó entre bromas, cigarrillos y tazas de café. Continuó durante treinta horas repartidas en once días.

A lo largo del interrogatorio, Nilsen se mostró muy hábil desviándose de las preguntas diseñadas para demostrar la premeditación.

De todas formas, cooperó plenamente, y a decir verdad, no pareció en ningún momento que le desagradara.

Nilsen creció en la fría y salvaje costa del noroeste de Escocia. Después de la muerte de su abuelo al que adoraba, Nilsen se hizo un solitario, viviendo en un mundo en el que la fantasía y la realidad se mezclaban.

Un día frío de otoño, en la pequeña ciudad costera de Fraserburgh en el noroeste de Escocia, Betty Whyte dio a luz a su segundo hijo, Dennis Andrew Nilsen. Era el 23 de noviembre de 1945. El padre, Olaf Magnus Nilsen, era un soldado noruego que llegó a Escocia después de la invasión alemana de su país en 1940. Conoció a Betty Whyte, una chica guapa del lugar, a la salida de un café, y se casó con ella en 1942.

El matrimonio no fue un éxito y los Nilsen nunca fundaron juntos un hogar. Betty continuó viviendo con sus padres, Andrew y Lily Whyte, en cuya modesta casa crecieron sus tres hijos. Dennis apenas veía a su padre, que raramente iba a visitarles. Unos pocos años después el matrimonio terminó en divorcio.

Dennis creció con su madre, su hermano mayor y su hermana pequeña, pero la influencia más fuerte era la de sus severos, estrictos y cariñosos abuelos. Eran pescadores descendientes de varias generaciones de marineros. Estas familias de los pueblos pescadores de Aberdeenshire eran fatalistas en cuanto a su visión del mundo; la mayoría había perdido a algún miembro de la familia en el mar.

Las familias estaban también profundamente emparentadas. Después de siglos de matrimonios entre los miembros de la misma comunidad, había frecuentes casos de inestabilidad mental. Algunos de los antepasados de Dennis Nilsen, por el lado de su madre, sufrieron problemas mentales y hubo casos de suicidio.

Dennis Nilsen también heredó el orgulloso radicalismo de estas gentes, su franca discutidora naturaleza y su testaruda independencia. Sus dos abuelos eran piadosos. Su abuela no cocinaba el día del Señor, por lo que todas las cenas de los domingos tenían que ser preparadas el día anterior. No aprobaba la radio ni ninguna otra diversión. El abuelo Andrew nunca bebía alcohol y nunca fue al cine: consideraba estas cosas como tentaciones diabólicas para desviar las almas del buen camino.

Dennis Nilsen pasó su infancia en una atmósfera de fundamentalismo religioso. Era retraído, hosco e intratable. Se encerró en un intenso mundo privado en el que nadie podía penetrar, excepto su abuelo.

Andrew Whyte era el héroe de Nilsen. Le contaba al niño cuentos sobre las olas del mar, le levantaba sobre sus hombros a dar largos paseos por la playa y volvían a casa cuando se dormía en sus brazos. Cuando el abuelo regresaba del mar toda la familia sabía que volvía a casa para estar con Dennis.

Andrew tuvo un ataque al corazón en el mar en 1951. Trajeron su cuerpo en un tren a Fraserburgh y de allí a la casa de la familia, donde le pusieron en un ataúd sobre la mesa del comedor. A Dennis no le advirtieron que su abuelo estaba muerto. Le dijeron que «entrarse y viera al abuelo», y a los dieciséis años tuvo la primera visión de un cadáver.

Desde ese momento, las imágenes de muerte y amor se fusionaron en su mente. Quería estar con su abuelo. Quería estar muerto.

El chico se retiró aún más al secreto mundo de su imaginación. Tenía pocos amigos y no se consideraba digno de tener los que tenía. Al llegar a la pubertad se dio cuenta de que le atraían los chicos, y pensó que esto aún lo marcaba más como un ser diferente.

Dejó la escuela a los 15 años y fue directamente al ejército, donde se alistó en el cuerpo de abastecimientos. Aprendió a utilizar un cuchillo de trincar y a descuartizar reses. La vida en el ejército le llevó al Oriente Medio y Europa, siempre en abastecimientos, y se convirtió en un compañero divertido y distinto, aunque nunca en un amigo íntimo. Había un soldado a quien él admiraba en particular. Nilsen le persuadió para que posara para fotografías en el campo tumbado como si hubiera caído en una batalla.

Nilsen dejó el ejército después de 11 años, por oposición al tratamiento que el gobierno británico daba a los irlandeses y se unió a la policía. Cumplió bien sus deberes como oficial de policía y al parecer, eso le gustaba, pero su vida privada se iba desintegrando gradualmente en locas fantasías. Su obsesión con la idea de la muerte asumió manifestaciones extrañas. Pretendía ser él mismo un cadáver, tumbado frente a un espejo, e intentaba simular la muerte poniéndose azul en los labios y haciendo que los ojos parecieran inyectados en sangre, y cubría su piel blanca con polvos de talco.

Mientras se trató de fantasías privadas, estuvo a salvo, pero las presiones internas para hacer real la experiencia de la muerte, crecían.

Después de dos años en la policía, Nilsen entró en la Administración Pública, donde entrevistaba a los aspirantes a los puestos de trabajo en la oficina de empleo de Charing Cross Road, en el West End de Londres. Se reconoció mucho su trabajo, pues siempre estaba del lado del empleado y consideraba la posición del patrón como inherentemente explotadora. Pronto destacó como secretario del sindicato de los funcionarios. Hizo piquetes frecuentemente y estaba muy decepcionado por la aparente apatía de sus colegas.

Por las tardes iba sólo a pubs del Soho y Camden Town para encontrar un hombre con quien conversar. Estaba solo y ansiaba compañía. Quería público para sus ideas políticas, cada vez más radicales, y alguien, con quien compartir una copa.

Nilsen no prosperó fácilmente, pues era discutiendo y no se comprometía pero finalmente se le hizo director ejecutivo y se mudó a Kentish Town. Sus colegas no se adherían a sus principios sindicalistas tan apasionados. Era un trabajador metódico y con frecuencia los días libres volvía a la oficina con su perro. Según sus compañeros, podía tener mal genio y ser hiriente y sarcástico, pero a menudo era dócil, generoso y amable. Todo el mundo estaba de acuerdo, sin embargo, en que era reservado y excéntrico.

Nilsen deseaba la seguridad de una compañía duradera. Una tarde, en 1975, conoció a un hombre joven, David Gallichan, a la salida de un pub, y al día siguiente decidieron instalarse juntos. Ambos se mudaron al piso con jardín de Melrose Avenue n.º 195, y con un perro y un gato formaron algo parecido a un grupo familiar que duró dos años.

Durante sus años en el colegio, Nilsen no tuvo relaciones de ninguna clase. En la escuela Strichen se mantenía apartado de los demás. Desarrolló una obsesión por un chico de la

clase de su hermana que era hijo de un pastor local. No se atrevía a acercársele y sólo le miraba en el recreo y trataba de estar cerca de él. No habló con él nunca. Túvo otra obsesión por un chico, Pierre Duval, que no era sino un dibujo del libro que Nilsen utilizaba para las lecciones de francés. Era el comienzo de una enfermedad que le llevaría a la cárcel.

A los 21 años, Nilsen estuvo muy cerca de una muerte violenta, pero las cosas cambiaron en el último momento. Había sido destinado a Aden, donde el ejército británico estaba implicado en una guerra defensiva contra terroristas árabes. Los riesgos para los soldados que dejaban el cuartel durante la noche podían ser muy grandes.

Una noche Nilsen regresaba a la base bebido, en la parte trasera de un taxi local. Se durmió y se despertó encerrado, desnudo, en el maletero del coche. Decidió hacerse el muerto y esperó hasta que el conductor empezó a maltratarlo y sacarlo del maletero, entonces le golpeó tres veces en la cabeza con un gato.

Aunque el árabe podía no haber muerto, el incidente tuvo un efecto duradero para Nilsen. «A la mañana siguiente estaba lleno de horror por lo que me había pasado. Después tenía pesadillas de haber sido raptado, torturado y mutilado.»

Nilsen se alistó en el Ejército a los 15 años y pasó los tres primeros años, de 1961 a 1964, en Aldershot, como soldado entrenador. Luego describiría estos años como los más felices de su vida. Pasados los exámenes, se unió al cuerpo de abastecimientos y fue destinado a Osnabruck en Alemania, donde empezó a beber.

Después de un corto período en Noruega fue destinado a Aden, en Oriente Medio, donde los ingleses estaban metidos en una guerra antiterrorista. Hacia 1969 le enviaron a Berlín con los Highlanders, allí tenía la misión del abastecimiento para la comida de los oficiales.

Doce meses después se encontró responsable de la cocina para los mandos de la Guardia Real de la Reina en Balmoral, Escocia. En 1971, se unió a los 242 Signals en las islas Shetland.

Después de más de once años de servicio en el Ejército, Nilsen decidió irse. Estaba desencantado con el papel jugado por el Ejército en el Norte de Irlanda después de las muertes del «Domingo Sangriento» en 1972 y finalizó su carrera militar con 27 años habiendo alcanzado el rango de cabo y una condecoración.

En 1972 Nilsen se incorporó a la Escuela metropolitana de adiestramiento de Policía de Londres. Después de realizar un curso intensivo de 16 semanas fue destinado a la comisaría de Willesden Green con el rango de Guardia Policía Q287.

Desarrolló sus funciones sin incidentes, hizo algunos arrestos y se acostumbró a dar testimonio en juicios. Pero su corazón no estaba en el trabajo. El cuerpo de Policía carecía de la camaradería que había encontrado en el Ejército y a menudo se sentía solo y aislado. Era también infeliz por el modo agresivo con que algunos de sus colegas trataban a los sospechosos, pues los aspectos autoritarios del trabajo no iban bien con sus ideas izquierdistas.

Parte de su adiestramiento incluía una visita al depósito de cadáveres, donde los guardias recientemente graduados se iniciaban en el horrible hábito de ver muertos. Los cadáveres parcialmente disecados fascinaron a Nilsen.

Apenas un año después dejó la Policía, cosa que sorprendió a sus colegas que le veían como un buen trabajador que disfrutaba con el oficio. Durante una ronda había encendido su linterna sobre un coche aparcado y descubierto a dos hombres “comportándose indecentemente”. No pudo arrestarlos y decidió dimitir.

Después de pasar una solitaria Navidad, Nilsen salió la víspera de Año Nuevo en busca de compañía. El chico irlandés que conoció en el pub iba a quedarse con Nilsen fuera cual fuera el precio.

Dennis Nilsen se despertó el día de Año Nuevo de 1979 y encontró al adolescente irlandés que había conocido la noche anterior durmiendo.

Se habían conocido en un pub y luego volvieron a Melrose Avenue donde había visto llegar el Año Nuevo juntos, bebiendo hasta quedar inconscientes. Nilsen tenía miedo de que cuando el chico se despertara le dejase, y él quería que se quedase. Las ropas del chico estaban en el suelo con la corbata del propio Nilsen. Vio la corbata y supo lo que tenía que hacer.

Montándose a horcajadas sobre el chico, en la cama, puso la corbata alrededor de su cuello y apretó fuertemente. Inmediatamente el chico despertó y comenzaron a luchar rodando por el suelo. Nilsen apretaba con fuerza. Después de aproximadamente un minuto, el cuerpo del chico estaba débil pero aun respiraba intermitentemente. Nilsen fue a la cocina y llenó un cubo con agua. Metió la cabeza del chico en el cubo hasta que se ahogó.

Nilsen llenó la bañera y llevó el cuerpo al baño para limpiarlo. Pasó largo tiempo secándolo para asegurarse de que quedara sin manchas, y vistió el cuerpo con calzoncillos limpios y calcetines. Durante un tiempo se acostó en la cama agarrado al cadáver, luego lo colocó en el suelo y se puso a dormir.

Al día siguiente quería ocultar el cuerpo bajo las baldosas del suelo, pero el rigor mortis había comenzado y estaba rígido. Lo cogió otra vez y decidió esperar a que los miembros estuviesen más flojos después de que el rigor mortis hubiera pasado. Sacó el perro a pasear y se fue a trabajar.

Cuando el cadáver pudo ser ya manejado, Nilsen lo limpió otra vez. Esperaba ser arrestado en cualquier momento y se quedó sorprendido al ver que nadie llamaba a su puerta. No parecía que nadie echase de menos a la persona cuya vida había arrebatado.

La experiencia, aunque satisfizo las ahora necesidades dominantes de su fantasía, también lo asustó y estaba determinado a que no volviese a ocurrir. Decidió dejar de beber. Después de una semana viviendo con el cadáver, Nilsen lo ocultó bajo el suelo. El cuerpo permaneció allí casi ocho meses.

Pasó casi un año antes del segundo crimen, y la víctima iba a ser la única cuya desaparición tuvo eco en la prensa. Kenneth Ockendon era un turista canadiense de

vacaciones en Inglaterra para visitar a la familia. Se alojaba en un hotel barato cerca de la estación de King's Cross.

El 3 de diciembre de 1979 conoció a Nilsen en un pub del Soho y empezaron a charlar pagando cada uno una ronda de cerveza. Como Nilsen había dejado el trabajo esa tarde, fueron a dar una vuelta por Londres y sacaron fotos. Ockendon aceptó ir al piso de Nilsen a comer algo. Pararon en una taberna, compartieron la cuenta, y volvieron a Melrose Avenue donde se sentaron frente al televisor. Comieron jamón, huevos y patatas, y bebieron ron, whisky y cerveza.

Al ir pasando la tarde, Nilsen se iba dando cuenta de que Ockendon se iría y volvería a Canadá pronto. Sus sentimientos de una inminente deserción eran similares a los que había tenido cuando había matado al chico irlandés. Sabía que iba a matar a Ken Ockendon para conservarlo.

Era de noche, tarde, y habían bebido los dos grandes cantidades de ron. Ockendon estaba oyendo música por los auriculares. Nilsen no recuerda haber puesto el cable de los auriculares alrededor del cuello de Ockendon, pero sí recuerda haberle arrastrado y haber forcejeado en el suelo porque él también quería oír la música.

El perro Bleep estaba ladrando frenéticamente en la cocina. Nilsen desenredó los auriculares del cuello de su amigo, se los puso y escuchó discos mientras se servía otra bebida.

Después cargó el cadáver sobre sus hombros y lo llevó al cuarto de baño para lavarlo y secarlo. Luego lo colocó a su lado en la cama y se puso a dormir.

Al despertarse a la mañana siguiente guardó el cuerpo en un armario y se fue a trabajar. Cuando llegó al piso esa tarde, cogió el cadáver otra vez y lo sentó en una silla de la cocina mientras lo vestía con calcetines limpios, calzoncillos y camiseta. Hizo algunas fotos con una cámara Polaroid poniendo el cuerpo en varias posiciones, y luego lo puso junto a él en la cama mientras se echaba para ver la televisión.

En las dos semanas siguientes, Nilsen se sentaba regularmente frente al televisor con el cuerpo de Ockendon en una butaca próxima a él. Luego le quitaba la ropa, lo envolvía en cortinas y lo ocultaba bajo las baldosas durante la noche.

La desaparición del turista canadiense fue objeto de las noticias durante varios días.

Nilsen pensó que debería haber varias personas que podían haberles visto juntos en el pub, en Trafalgar Square, o en la taberna. Esperó a que llamasen a la puerta, le interrogasen, y probablemente le arrestasen. Pero nada sucedió.

Después de esto, la incidencia de los crímenes de Nilsen se hizo más frecuente. Durante los siguientes veinte meses en que fue inquilino del bajo de Melrose Avenue número 195, otros diez hombres murieron, a veces dos en el mismo mes. El asesinato se había convertido en un hábito, un placer ya no atemperado por inhibición o frenado por el miedo a ser descubierto. Parecía que la gente podía atravesar la puerta principal de Nilsen y no volver a salir jamás sin que nadie lo notara. Cuerpos acumulados en el bajo mientras los vecinos vivían, sin sospechar nada, en los pisos de arriba.

Hubo más conocidos casuales que fueron al piso de Nilsen y no fueron atacados, que gente que murió allí. Era imposible predecir qué podía poner en movimiento un impulso asesino, aunque el encuentro que conducía a uno, casi siempre, ocurría en un pub, y especialmente en uno frecuentado por jóvenes homosexuales solteros, solitarios y sin hogar.

Nilsen empezaba a entablar conversación con alguno, le invitaba a beber, ofrecía consejo y buena compañía. Tenía una larga experiencia de vida en Londres y algunos de los hombres que él conocía vagabundeaban sin objeto alguno en una ciudad extraña. Iban gustosamente al piso de Nilsen a tomar algo.

El modo de matarles siempre era el estrangulamiento, ordinariamente con una corbata. Se llevaba a cabo cuando la víctima estaba bebida y somnolienta o cuando ya estaba dormida. A veces lo completaba ahogándoles.

Martyn Duffey era el típico joven sin rumbo que puede ser fácilmente atrapado por un hombre como Dennis Nilsen. Venía de Merseyside; había estado en tratamiento y en una escuela para desadaptados. Se había escapado frecuentemente de casa y había hecho auto-stop hasta Londres, sólo para descubrir que no tenía a dónde ir. Los asistentes sociales lo rescataron y pagaron su billete de regreso.

Duffey había tratado de establecerse haciendo un curso de hostelería, pero después de haber sido interrogado por la policía por no haber pagado un ticket de tren, volvió a rebelarse. Dejó su casa otra vez anunciando su intención de vivir en New Brighton, Merseyside.

Después de aparecer en Londres otra vez, Duffey dormía en las estaciones. Conoció a Dennis Nilsen poco antes de su diecisiete cumpleaños: su compartida experiencia en cocina probablemente les dio algo de que hablar. Duffey se fue con Nilsen, bebió dos latas de cerveza y se arrastró hasta la cama.

En la oscuridad, Nilsen se sentó a horcajadas sobre Duffey y lo estranguló. Quedó inconsciente pero aún vivo. Nilsen lo llevó a la cocina, llenó el fregadero con agua y sumergió la cabeza del chico unos cuatro minutos. Luego lo arrastró hasta el cuarto de baño, lavó el cadáver y lo volvió a llevar al dormitorio. Nilsen declaró tras su detención que lo guardó también en el armario, pero que dos días después lo encontró hinchado y lo ocultó bajo las baldosas.

Billy Sutherland tenía 27 años cuando conoció a Nilsen en un pub cerca de Picadilly Circus. Procedía de Edimburgo, llevaba varios tatuajes y había estado en la cárcel y en reformatorios. Tenía una novia y un hijo en Escocia, pero en Londres vivía al día.

A pesar de todo, Sutherland siempre mantuvo el contacto con su madre, y fue ella la que alertó a la policía y al Ejército de Salvación cuando este contacto cesó de forma fulminante.

Sutherland fue una de las pocas víctimas cuya desaparición fue denunciada, pero la larga lista de más de cuarenta personas desaparecidas hicieron que ésta, una desaparición más, nunca condujera a Dennis Nilsen. Tal vez hubiera podido escapar de su destino de haber tenido un lugar para vivir, ya que fue un huésped no invitado en casa de Nilsen.

Los dos hombres pasaron la tarde de bar en bar, y acabaron cerca de Trafalgar Square. Entonces Nilsen, cansado de andar, dijo que se iba a casa. Se dirigió a la estación de metro de Leicester Square y compró un billete. Al darse la vuelta, vio a Sutherland detrás de él. Sutherland le dijo que no tenía dónde ir, por lo que Nilsen compró otro billete y le llevó a la Avenida Melrose.

Sutherland murió porque era un estorbo. Nilsen no tenía recuerdo especial de haberle matado, sólo recordaba el estrangulamiento frente a frente y que a la mañana siguiente había un cadáver. La muerte de Malcolm Barlow fue aún más casual. Tenía 24 años y estaba completamente solo. Sus padres habían muerto, no tenía amigos y había pasado buena parte de su vida bajo cuidados o en hospitales para enfermos mentales.

Barlow padecía de epilepsia y era en todos los sentidos un joven difícil y desagradecido. Recorrió todo el país viviendo en hostales o con cualquiera que le recogiera por la calle.

El 17 de septiembre de 1981, estaba tirado en la acera de la Avenida Melrose, la espalda contra la pared del jardín, cuando Nilsen salía de su casa, pocos metros más allá, camino del trabajo. Al pasar por donde se hallaba el hombre le preguntó si se encontraba bien. Barlow contestó que eran las pastillas que estaba tomando y que le fallaban las piernas. Nilsen le aconsejó que fuera a un hospital y ayudándole le llevó al piso y le hizo una taza de café. Dejándole allí con el perro, Nilsen se acercó a una cabina y llamó a una ambulancia. Llegó en diez minutos y se llevó a Barlow al hospital Park Royal.

Barlow salió del hospital al día siguiente y firmó en la Oficina Local (DHSS Office). A continuación volvió a la Avenida Melrose y esperó en las escaleras de la casa a que Nilsen volviera del trabajo. Cuando Nilsen le vio, se sorprendió: «Suponía que estabas en el hospital», dijo. Cuando Barlow le contestó que ya se encontraba bien, Nilsen le invitó a pasar.

Nilsen preparó una comida para Barlow y se sentó con él a ver la televisión. Nilsen se sirvió una copa. Barlow pidió a su vez otra, pero Nilsen le dijo que no debería mezclar alcohol con pastillas. Barlow insistió en que un par de copitas no le harían ningún daño, así que Nilsen cedió. «Es cosa tuya», dijo. Barlow tomó dos de ron con coca-cola y se durmió profundamente en el sofá.

Aproximadamente después de una hora, Nilsen trató de reanimarle, dándole cachetes, pero estaba demasiado atontado para moverse. Nilsen pensó que tendría que llamar a una ambulancia otra vez, pero no le importaba gran cosa. Estranguló a Barlow porque le estorbaba, y después siguió bebiendo hasta que Regó la hora de acostarse.

A la mañana siguiente, no estando de humor para levantar las baldosas donde ya yacían seis cadáveres, puso el cuerpo debajo del fregadero de la cocina y salió a trabajar a la Oficina de Empleo. Barlow fue la última persona que murió en la Avenida de Melrose. «Siento que se las arreglara para encontrarme otra vez», escribió su asesino.

Otras muchas víctimas que precedieron a Malcolm Barlow nunca fueron identificadas. Había un hippie melenudo, un hombre joven demacrado, y un cabeza rapada con las palabras «Cortar aquí» tatuadas alrededor de su cuello.

La muerte de otra de las víctimas sin nombre en 1981 es recordada por Nilsen con escrupuloso detalle: «Estaba retorciéndole el cuello y recuerdo que quería ver más claramente su aspecto. No sentía ninguna resistencia... Me senté en la silla y puse su cuerpo caliente, flácido y desnudo entre mis brazos. Su cabeza, brazos y piernas colgaban flácidamente y parecía estar dormido. Al levantarme a la mañana siguiente le dejé sentado en el armario y me fui a trabajar.»

«No volví a pensar en el asunto hasta que volví a casa esa tarde. Me puse los vaqueros, comí y encendí la televisión. Abrí el armario y levanté el cuerpo. Le lavé, le vestí y le senté frente al televisor. Le hablé de la jornada con comentarios irónicos acerca de los programas de la televisión. Recuerdo haberme asustado por tener un control absoluto sobre ese cuerpo tan bello ... »

«Estaba fascinado por el misterio de la muerte. Le susurraba porque creía que él todavía estaba realmente allí... Pensaba que él nunca habría sido tan querido antes en su vida.... Después de una semana le metí debajo de las baldosas.»

Los pubs de Londres resultaron ser el terreno de caza más eficaz para Nilsen. El Salisbury, en el West End, es donde Nilsen conoció a dos de sus víctimas, un mexicano o filipino no identificado y John Howlett, también Andrew Ho, quien sobrevivió al intento de estrangularle. En el Golden Lion del Soho, Nilsen conoció a otra víctima no identificada, un hombre escocés y a Paul Nobbs, que a duras penas evitó ser estrangulado mientras dormía. El Cricklewood Arms era un local habitual para él y fue aquí donde conoció al joven irlandés que fue su primera víctima. En High Holborn conoció a Ockendon, en el Princess Louise. En Candem Town, Nilsen conoció a Carl Stottor, en el Black Cap.

Cuando Dennis Nilsen se trasladó a un piso de la Avenida Melrose junto a David Gallichan en 1975, estaba alborozado. Por fin había encontrado a alguien con quien compartir su vida. A Gallichan le apodó «Twinkle». Mientras Dennis iba a la oficina, David se encargaba de decorar el piso. Pero la convivencia entre ambos era frágil y Gallichan se trasladó en el verano de 1977. Nilsen entonces se convenció de que no era fácil vivir con él y cada vez más sus pensamientos estaban dominados por un sentimiento de soledad y desesperación.

El único compañero de Nilsen era una perra mestiza blanca y negra con un ojo malo, llamada Bleep. No prestaba atención a los cuerpos muertos del piso y se retiraba al jardín cuando Nilsen mutilaba alguno. Pero podía notar cuándo había todavía algo de vida en su cuerpo. Fue ella quien salvó a Carl Stottor lamiéndole y alertando a Nilsen, quien posteriormente lo revivió.

Al ser arrestado Nilsen, Bleep fue llevada a la comisaría de Hornsey, donde el detenido la podía oír gimotear desde su celda. “Me avergüenzo de que sus últimos días sean tan dolorosos”, escribió. “Ella siempre me ha perdonado todo”. Bleep murió bajo anestesia una semana después.

Antes de que se trasladara de su casa en la avenida Melrose en septiembre de 1981, Nilsen mató a un total de doce hombres. Ocho de ellos nunca fueron identificados, y se ha perdido cualquier rastro sobre su pasado.

Kenneth Ockendon era un turista canadiense que, a diferencia de las otras víctimas que Nilsen conoció en los pubs londinenses del West End, debía volver a su casa al día siguiente. Fue la única víctima cuya ausencia fue advertida.

Martyn Duffey era del condado de Mersey. Con un agitado historial psiquiátrico. Había llegado a Londres haciendo auto-stop cuando tenía quince años. Un año más tarde conoció a Nilsen.

William Sutherland, un asiduo bebedor procedente de Edimburgo, ostentaba el récord de delitos menores. Conoció a Nilsen en un pub cercano a Piccadilly Circus y le siguió a su casa.

Malcolm Barlow era un huérfano que había pasado la mayor parte de su vida bajo tratamiento o en hospitales especiales. Fue descubierto por Nilsen tirado en la acera de la avenida Melrose.

En la tarde del 9 de febrero de 1983, los detectives Chambers y Jay fueron a Cranley Gardens acompañados por el profesor Bowen, especialista en patología. Las fotografías de la policía muestran el piso tal y como lo encontraron, con todas sus horripilantes pruebas.

La puerta principal del número 23 de Crarley Gardens se abrió para mostrar dos tramos de escaleras. En lo alto del segundo tramo la policía encontró una puerta en el ático que comunicaba con el piso de Nilsen. La cocina, que consistía en una cocinilla y un fregadero, estaba absolutamente llena de grasa, y también de grasa humana. Detrás de la cocina estaba el baño.

Dos cadáveres habían sido descuartizados en el baño, y las extremidades inferiores de Stephen Sinclair fueron halladas rígidas debajo. A la derecha, sobre la calle, estaba la sala de estar, con dos sillones, una alfombra raída, un aparador en una esquina y un ropero. El aparador tenía vísceras y cráneos cubiertos con periódicos y una vieja cortina. En el ropero se encontraban dos bolsas negras con más vísceras y órganos internos. La habitación del fondo es el dormitorio de Nilsen.

Cuando Nilsen abandonó su piso y se trasladó a Muswell Hill, creyó que comenzaba una nueva vida, sin muertes. Pero si todos los rastros de sus pasados asesinatos habían quedado atrás, no ocurría lo mismo con la necesidad de matar.

Compartir el piso con varios cadáveres no importaba a Nilsen. Sólo se convirtió en un problema cuando no hubo espacio libre para un nuevo cadáver. Su primera víctima fue incinerada en una hoguera en el jardín de Melrose Avenue, después de haber estado bajo el suelo siete meses y medio.

A finales de 1980 había acumulado otros seis cadáveres. Algunos yacían bajo las baldosas y otros habían sido troceados y metidos en maletas que había guardado en el cobertizo del jardín. Nilsen levantó las baldosas, dejó los cadáveres en el suelo de la cocina y después de un par de bebidas fuertes empezó la tarea de descuartizar los cadáveres y colocar los trozos en bolsas.

Los órganos internos fueron los más fáciles de hacer desaparecer. Nilsen los esparció por la tierra entre dos cercados a un lado del jardín y en menos de dos días habían desaparecido, comidos por las moscas, las ratas y los pájaros.

A principios de diciembre de 1980, Nilsen encendió una hoguera enorme y fue echando trozos de los cadáveres, envueltos en pedazos de alfombra. Un viejo neumático de un coche fue colocado en lo alto para disimular el olor de la carne humana quemada. El fuego ardió durante todo el día y Nilsen siguió alimentándolo de vez en cuando. Los niños del lugar se reunieron alrededor para ver la cremación.

Nilsen tuvo que encender una hoguera más en Melrose Avenue antes de irse a su nuevo apartamento y comenzar una nueva vida, en el número 23 de Cranley Gardens a finales de 1981. Pensó que el traslado era un buen augurio para el futuro, al estar el piso en el ático de la casa no podría fácilmente seguir asesinando a gente si no había baldosas donde colocarlos ni jardín donde quemarlos.

Poco después del traslado Nilsen rescató a un hombre joven que estaba a punto de ser detenido por la policía en el West End de Londres. Se lo llevó a casa, le alimentó, le dio una cama donde dormir esa noche, y le despidió por la mañana. Dijo que se había sentido «alborozado» de que nada hubiera ido mal, e incluso mantuvo varios encuentros antes de reanudar su anterior carrera criminal.

El primero en morir en Crarvey Gardens fue John Howlett. Nilsen se refería a él como John el guardia, un hombre con quien se había encontrado una vez antes y que se le acercó en un pub para recordarle aquel encuentro. Nilsen le estranguló con una correa, pero Howlett opuso tal resistencia que el asesinato duró mucho y tuvo que rematarlo ahogándole.

Nilsen se fue a la cama completamente exhausto y admitió que había pensado que Howlett «podría haberlo conseguido». «Después durante una semana tuve las huellas de sus dedos en mi cuello».

Graham Allen murió cuando comía una tortilla preparada por Nilsen, que no recordaba haberlo asesinado, pero admitió que debió hacerlo. Stephen Sinclair fue la última víctima, cuyo cadáver Nilsen estuvo descuartizando la semana antes de su arresto, aunque probablemente la carne humana que obstruyó los canales de desagüe de la casa era la de Graham Allen.

Sinclair era otro vagabundo: un punky, un drogadicto, un suicida en potencia y un pobre criminal. Vagaba por las calles de Londres buscando la oportunidad de encontrar lo suficiente para sobrevivir otro día. Nilsen le conoció la tarde del 26 de enero de 1983.

Dennis Nilsen sintió pena por Sinclair, así que le compró una hamburguesa en MacDonald y se lo llevó a su casa. El informe que escribió sobre la muerte de Sinclair es el más vívido y desconcertante de todos.

Sinclair se desplomó en una silla, completamente debilitado por el alcohol y las drogas. Nilsen fue a por un trozo de cuerda a la cocina, pero no era lo suficientemente larga, así que buscó la última corbata que le quedaba y la ató a la cuerda. Le dijo a Bleep que se

fuera a la otra habitación. «Mirando atrás, creo que ella sabía lo que iba a suceder», escribió. «Incluso se había resignado a ello».

«Yo estaba tranquilo. Yo nunca he pensado en la moralidad. Esto era algo que tenía que hacer.. consideraba todo ese potenciaj, toda esa belleza y todo ese dolor que es su vida. Tengo que matarle. Terminará pronto... No me sentí mal. No me sentía perverso. Me acerqué a él. Quité la corbata. Levanté una de sus muñecas y la dejé caer. Su brazo flácido volvió a caer sobre su regazo. Abrí uno de sus ojos y no había ningún reflejo. Estaba profundamente inconsciente. Cogí la atadura y la coloqué alrededor de su cuello. Me arrodillé a un lado de la silla y me puse frente a la pared. Cogí los dos lados sueltos de la atadura y tiré con fuerza. El dejó de respirar. Sus manos lentamente alcanzaron el cuello mientras yo seguía apretando. Sus piernas se estiraron violentamente. Le tuve así durante un par de minutos. Se quedó flácido. Dejé de apretar y quité la cuerda y la corbata. Había dejado de respirar. Le hablé. “Stephen, eso no dolió nada. Ahora nada puede hacerte daño”. Deslicé mis dedos a través de su decolorado pelo rubio. Su cara parecía tener paz. Estaba muerto.»

Dos semanas más tarde, la policía logró encontrar el cuerpo desmembrado de Stephen Sinclair en el apartamento que habitaba Dennis Nilsen.

Tres hombres murieron en Cranley Gardens. Todos fueron identificados: John Howlett, a quien sus padres habían echado de casa a los trece años, era conocido como “John el guardia” y había conocido a Nilsen anteriormente.

Graham Allen, de Glasgow, era conocido como “el hombre de la tortilla”.

Stephen Sinclair, la última víctima de Nilsen, era un punk y drogadicto habitual de Perth, Escocia.

Desde 1974 hasta su arresto en 1983, Nilsen trabajó para el Ministerio de Trabajo como funcionario. Primero fue destinado a la Oficina de Empleo en Denmark Street, cerca de Leicester Square. Su tarea consistía en buscar trabajo a obreros no cualificados en hostelería y abastecimientos.

El activismo sindicalista de Nilsen le ayudó a promocionarse, pero nunca llegó a ser un líder. Finalmente, su experiencia hizo inevitable su promoción, y en 1982 fue destinado a la Oficina de Empleo de Kentish Town, como director ejecutivo con las responsabilidades de un supervisor. Su afición por el trabajo, incluso después de muchas horas, asombraba a sus colegas que estaban agradecidos por su comportamiento generoso y apreciaban su sentido del humor. No sabían, claro está, que por aquel tiempo ya había eliminado a trece hombres.

El día de su arresto volvió al trabajo llevando la bufanda azul y blanca que había pertenecido a Stephen Sinclair, su última víctima. Al marcharse dijo a sus compañeros que a la mañana siguiente estaría muerto o en prisión. Pensaron que estaba bromeando.

La mayoría de las víctimas de Nilsen provenían de un submundo londinense de gente joven sin hogar, cuya pobreza les hacía vulnerables a las proposiciones amistosas de Nilsen.

Los jóvenes sin hogar de Londres están atrapados en un círculo vicioso del cual es difícil escapar. Los patronos no emplearán nuevos trabajadores a menos que prueben tener una dirección en Londres, y sin ingresos una persona joven no se puede permitir pagar la renta que piden por adelantado los caseros. Sin una dirección no pueden conseguir trabajo y sin trabajo no pueden vivir en ningún lado.

La identidad de todas las víctimas de Nilsen nunca se sabrá. Pertenecían a una población cambiante de hombres jóvenes que se encontraban en Londres sin lugar donde vivir. Algunos simplemente buscaban el refugio de una casa para quedarse cuando aceptaban la hospitalidad de Nilsen. Otros, totalmente desesperados, ofrecían sexo a cambio de la seguridad de una cama.

Los asesinatos coincidieron con un alarmante incremento del número de jóvenes londinenses sin hogar. La tradicional población de vagabundos y mendigos estaba siendo rápidamente eclipsada por una nueva subclase de vagabundos adolescentes.

Su número aumentó durante los años 80 y hacia 1988 había 50.000 adolescentes en Londres que no tenían hogar. La gran mayoría de los jóvenes sin hogar no tienen la alternativa de regresar a sus casas aunque lo deseen. El 40 por 100 de estos jóvenes han pasado su infancia en centros asistenciales. A la edad de 16 ó 18 años ya no son aceptados y tienen que hacerse su propia vida. Otro 40 por 100 ha sido arrojado de su propia casa y no tiene dónde ir. Muy a menudo se convierten en el blanco fácil de los depredadores.

Londres es una de las capitales más caras del mundo. El coste de los alojamientos es prohibitivo para la gente sin empleo. Al principio de los años ochenta los caseros cobraban 35 libras a la semana por una cama en un dormitorio de mala calidad, atestado, sucio y carente de medidas contra incendios.

Los albergues públicos cobraban 25 libras a la semana por una estrecha cama en un dormitorio que llegaba a albergar hasta 70.

Las autoridades locales ofrecen poco consuelo en cuanto a alojamiento.

Incluso encontrar empleo a veces no es suficiente. El salario medio para trabajadores no cualificados puede ser mínimo y los estafadores de empleos ocasionales ofrecerán a la gente desesperada trabajos como lavar cacharros y platos por una miseria. A menudo la suma no será suficiente como para permitir a los jóvenes alojarse en Londres.

Varios albergues de caridad proporcionan también refugio a los que no tienen hogar. Pero mientras que el número de éstos ha crecido, el número de camas de los albergues disponibles ha disminuido. Hay 13.500 en total, tratando de abastecer a todos los que no tienen hogar en Londres, tanto jóvenes como viejos.

Quienes no tienen suerte forman el grupo visible más doloroso de jóvenes sin hogar de Londres. Duermen en cualquier sitio que puedan: en bancos de los parques, estaciones, en las puertas de las tiendas y bajo puentes de ferrocarril.

Marginados por la sociedad, muchos jóvenes dan la espalda a la autoridad y a los valores de la convivencia.

Las vidas de estos jóvenes comienzan a girar en torno a las drogas y la prostitución. Este es el Londres que Nilsen explotó.

Es fácil para la gente sin hogar desaparecer en Londres. Una vez que han perdido el contacto con sus padres y parientes, su paradero es difícil de fijar. Si no establecen alguna conexión una organización estatal o caritativa, sus nombres no se encuentran en ninguna parte, y a todos los efectos dejan de existir.

Un hombre joven que se inscribe para conseguir un subsidio en el Ministerio de Seguridad Social, por ejemplo, permanecerá en sus listas en tanto en cuanto continúe pidiéndolo. Una vez que deja de hacerlo, el Ministerio no inicia investigaciones para descubrir que le ha pasado.

Puede estar también en la lista de un médico local, pero si se muda de un distrito a otro, no estará mucho tiempo en ella.

Uno de los efectos más crueles de la ausencia de un hogar ha sido el crecimiento del comercio de los chicos de alquiler. La necesidad de dinero significa que muchos son corruptibles, están preparados para aceptar ofertas de sexo por parte de hombres mayores.

Algunos son atraídos a este mundo por adultos que primero les ofrecen amistad y luego les introducen en el mundo de la droga y de la prostitución homosexual. Un ejemplo típico de esto fue revelado en un juicio que duró trece semanas en Old Bailey y que finalizó en febrero de 1989. Cuatro hombres, incluyendo un abogado, fueron acusados de ofrecer chicos hasta de 10 años para una red de prostitución.

Otros jóvenes actúan por su cuenta como chicos de alquiler. Saben los riesgos que corren. Existe siempre la posibilidad de la violencia por parte de los «clientes», pero, incluso si son atacados, son extremadamente reacios a ir a la policía.

El segundo riesgo es, a la larga, mucho más espantoso: la predisposición casi cierta a coger el virus del SIDA.

La sala guardaba silencio mientras el fiscal informaba al jurado de los quince asesinatos. Algunos de ellos, incrédulos, se cubrían las caras con las manos. Era el comienzo de dos semanas largas y horripilantes.

Nilsen fue detenido y enviado a la prisión de Brixton en el sur de Londres. Él era un preso de categoría A, de máxima seguridad, lo cual quería decir que tenía que pasar casi 24 horas al día confinado en su celda con sólo media hora para ejercicios vigilados.

Se quejó de su situación. Según su punto de vista había cooperado con la policía y debería, pues, gozar de mejor trato.

Se le castigó durante 56 días por asaltar a los funcionarios de la prisión porque no habían vaciado su cubo de agua sucia. A veces caía en una gran depresión, pero su amistad con otro recluso, David Martin, elevó su moral y le ayudó a pasar los días y los meses que esperaba en prisión preventiva.

El juicio de Dennis Andrew Nilsen al que se acusaba de seis delitos de asesinato y dos de asesinato en grado de tentativa comenzó en el Tribunal número 1 de Old Bailey el 24 de octubre de 1983, ante el magistrado Señor Croom-Johnson. No se discutía que Nilsen había asesinado. Lo que se iba a cuestionar en el juicio era el estado mental de Nilsen durante los asesinatos.

Allan Green, el fiscal, sostuvo que Nilsen había asesinado con plena conciencia y deliberación y era, por tanto, culpable de asesinato. Ivan Lawrence, la defensa, dijo que Nilsen sufría de tal anormalidad mental que se podía reducir sustancialmente la responsabilidad de sus actos, por lo tanto, debería acusársele sólo de homicidio sin premeditación.

El fiscal y la defensa estaban de acuerdo en que Nilsen sufría alguna anormalidad mental. Pero mientras la defensa afirmaba que era importante y que interfería en su responsabilidad, el fiscal mantenía que no era lo suficientemente importante como para interferir de este modo. Al final, el jurado tenía que decidir qué peso dar a la palabra «importante» tal y como lo requería la Ley inglesa de homicidio de 1957

Originariamente, Nilsen había intentado ahorrarles todo esto confesándose culpable. El juicio podría así haber terminado en un día. Las pruebas de la policía que iban a horrorizar a los miembros del jurado no hubieran sido oídas nunca, y a los parientes de las víctimas de Nilsen se les hubiera ahorrado el conocimiento detallado de cómo sus hijos y hermanos habían muerto.

Cuando Nilsen cambió de abogado se le aconsejó que cambiara también su alegato. Después de considerar las pruebas, su abogado, Ralph Haeems, pensó que era un caso de «responsabilidad disminuida» debido a un desorden mental. Esto significaba que todas las pruebas sobre el estado mental de Nilsen debían ser oídas.

El señor Allan Green alivió al jurado prometiéndole que no se le enseñarían fotografías tomadas en el piso de Cranley Gardens después del arresto de Nilsen y en el depósito de cadáveres de Homsey. Green también dijo de antemano que no mantendría que los asesinatos tuvieran motivación homosexual. Era una coincidencia que algunas víctimas hubieran conocido a su asesino en pubs frecuentados por homosexuales. El señor Green dio mucha importancia a la confesión de Nilsen, llevando al jurado a través de quince asesinatos y deteniéndose en la muerte de John el guardia, que calificó de «espeluznante». También se aseguró de que el jurado sintiera horror ante la idea de los basureros sacando miembros de personas entre la basura de la casa.

Tres testigos que Nilsen había intentado asesinar fueron llamados a declarar. Eran Douglas Stewart, que había informado del ataque de Nilsen a la policía, Paul Nobbs y Carl Stottor. El testimonio de Stewart pasó con rapidez, pero cuando Paul Nobbs subió al estado la atmósfera cambió dramáticamente.

Aquí estaba un estudiante joven de Universidad, nervioso pero preciso, que explicó cómo había sido rescatado por Nilsen de los requerimientos no deseados de otro hombre, cómo habían ido a la librería Foyle's juntos y luego a Cranley Gardens.

Durante el interrogatorio Nobbs reveló que fue él quien se acercó a Nilsen y no al revés, por lo tanto Nilsen no podía ser descrito como un «cazador».

Nilsen era Genuinamente un compañero amistoso y servicial. No le obligó a beber, no le impidió llamar dos veces por teléfono a su madre para decirle donde estaba. No le acosó sexualmente y no se mostró violento. Nobbs durmió en Cranley Gardens y se despertó a las dos de la mañana con un agudo dolor de cabeza. Se acostó de nuevo y se volvió a levantar a las seis de la mañana. Entonces se miró en el espejo. Sus ojos estaban completamente inyectados en sangre, no veía el blanco de sus ojos. Había una señal roja alrededor de su cuello, y se sintió dolorido y mareado. Nilsen le dijo que se le veía fatal y que debería ir al médico. Se despidieron como amigos.

Más tarde, le dijeron a Paul Nobbs en el hospital que había sido estrangulado. Tuvo que aceptar que su atacante había sido Nilsen, pero no avisó a la policía. Temía que no le creyeran y que la policía se mostrase indiferente ante lo que ellos verían como una disputa entre homosexuales. Prestando testimonio con voz tranquila Nobbs dejó claro que él no había dicho ni hecho nada para provocar un ataque, y que el comportamiento de Nilsen a la mañana siguiente no dio muestras de que algo desagradable hubiera ocurrido. Estuvo de acuerdo en el interrogatorio en que el ataque debió tener lugar antes de las dos de la mañana, y que además había estado durmiendo sin ningún problema durante otras cuatro horas, cuando pudo haber sido fácilmente asesinado sin piedad.

La defensa utilizó el testimonio de Nobbs para ilustrar cómo Nilsen podía comportarse perfectamente de una manera normal durante un minuto y estar dominado por impulsos asesinos un minuto más tarde. En otras palabras, Nilsen era un enfermo.

El siguiente testigo, Carl Stottor, contó una historia increíble con voz apagada, que apunta a la misma conclusión: Nilsen era impredecible.

Stottor explicó cómo se había sentido mal y con ganas de suicidarse con motivo de una ruptura sentimental cuando conoció a Nilsen en un pub en Camden Town. Nilsen le había reconfortado, intentó animarle y le dijo que no debía pensar en el suicidio a su edad. «Parecía una persona muy agradable, muy amable hablando conmigo cuando yo estaba tan deprimido», declaró Carl Stottor.

Se fueron a la casa de Cranley Gardens. Cuando se le preguntó lo que recordaba de los incidentes de esa noche, contó su espeluznante historia: «Me levanté porque sentía algo alrededor del cuello. Me dolía la cabeza terriblemente y no podía respirar bien, y me pregunté qué sería eso.»

«Sentí su mano tirando de la cremallera del saco de dormir por detrás de mi cuello. Estaba diciendo con una voz susurrante: “estate quieto, estate quieto”. Pensé que quizás estaba tratando de ayudarme a salir del saco de dormir porque pensaba que me había quedado atrapado por culpa de la cremallera de la que me había prevenido. Entonces me desmayé.»

Stottor se interrumpió luchando por controlar la emoción que el dolor del recuerdo en ese sitio público le había provocado. El tribunal estaba tan silencioso que se podía oír el vuelo de una mosca. El juez dejó que descansara y continuó. «La presión aumentaba. Me dolía muchísimo la cabeza y no podía respirar. Recuerdo vagamente oír correr el agua. Después fui arrastrado y sentí mucho frío. Noté que estaba en el agua y que él estaba intentando ahogarme. Seguí hundiéndome en el agua. La tercera vez que recobré la consciencia le dije: «¡Ya no más, por favor, ya no más!, pero volvió a sumergirme otra vez. Creí que me moría. Creí que me estaba asesinando y que yo me moría. Pensé “te estás ahogando. Esto

es lo que se siente al morir”. Poco a poco me fui relajando y me desmayé. No podía luchar más».

Carl Stottor se desmayó y volvió en sí. Se quedó asombrado al sentir que el perro le lamía la cara mientras él estaba tumbado en el sofá, y Nilsen le frotaba las piernas para hacerle entrar en calor. Tenía una fea señal alrededor del cuello y rotos los vasos sanguíneos de su cara. Nilsen le acompañó a la estación del metro y le deseó suerte.

Este testimonio mostró de nuevo que Nilsen se comportaba de forma normal antes y después del ataque y que había «salvado» a Carl Stottor, a quien fácilmente podía haber asesinado al estar tan exhausto después del intento de estrangularle. El abogado defensor se basaba, en el mejor de los casos, en la incapacidad mental de Nilsen, y en el peor, en una cierta posesión diabólica y falta de control de sus propios actos. «¿Estaba el acusado tranquilo y creía después de lo ocurrido que él no había hecho nada que hubiera podido dañarle?». «Sí», contestó Stottor. “Qué raro es eso», musitó el Fiscal al sentarse.

El detective jefe inspector Jay prestó testimonio sobre el comportamiento de Nilsen durante la confesión y dijo que había sido tranquilo y con afán de cooperación. Estuvo de acuerdo en que era bastante extraño, en un hombre acusado de tales crímenes atroces, el estar tan deseoso de dar información a la policía.

También admitió que hubo momentos de humor, que la policía consideró como un respiro necesario ante el catálogo de horrores que se les había venido encima. Por ejemplo, cuando un guardia le dijo que tirara el cigarrillo por el water, Nilson contestó: “la última vez que hice eso me arrestaron».

El detective jefe superintendente Chambers pasó toda una tarde y la mañana siguiente leyendo en voz alta la transcripción de la confesión del acusado en la comisaría de Hornsey. La terrible descripción de las decapitaciones, los descuartizamientos y los cadáveres quemados, con una voz inalterada, como ajena a lo que allí se iba relatando, estremeció a toda la sala.

Una mujer del jurado pareció que se iba a desmayar, otra hundía repetidamente la cabeza entre las manos. Una tercera lloraba, a lágrima viva, mientras miraba al acusado en el banquillo, con verdadero odio. Era para Nilsen el momento de la más cruda desnudez y, sin embargo, se pasó el tiempo corrigiendo la copia de su transcripción para asegurarse de que no hubiera ningún error.

Tan pronto como Nilisen fue acusado de asesinato, se le aconsejó que aceptase un abogado para representarle. Ronald Moss, que ya se había ocupado antes de casos de asesinato, aunque nunca a esa escala, aceptó la tarea.

En los meses previos al juicio, Moss, un hombre alegre de unos 40 años, estuvo bajo una creciente presión por el comportamiento irregular del detenido.

En abril, Nilsen declaró que quería rechazar la ayuda legal y defenderse él mismo. El magistrado se quedó tan asombrado que le preguntó tres veces si entendía las implicaciones de lo que estaba haciendo.

Poco después, Nilsen volvió a solicitar ayuda legal y Moss se reunió con él. Lo mismo ocurrió dos veces más. Nilsen decía que no había perdido su fe en Moss, de hecho le tenía gran consideración, pero se quejaba de su incapacidad para aliviar la situación.

Finalmente, cinco semanas antes del juicio, cuando Moss ya había redactado el escrito para la defensa, Nilsen lo destituyó y eligió a un nuevo y reconocido abogado, Ralph Haeems, para el juicio.

Haeems, un abogado de color antiestablishment, tenía muchos años de experiencia en la defensa de criminales notorios. Nilsen lo eligió por consejo de su compañero de prisión, David Martin (quien se suicidó en Parkhurst en 1984).

La atención que la prensa prestó al caso de Dennis Nilsen no tenía precedentes. Había matado a más gente que cualquier otro asesino en toda la historia criminal británica y además había desempeñado un cargo de confianza pública. Y, sobre todo, no parecía un «monstruo».

No eran sólo los medios de comunicación británicos los que se tomaban un especial interés en esta historia que acababa de desatarse. Durante el interrogatorio en la Comisaría, una televisión japonesa de gran audiencia se situó en la casa de enfrente y desplegó un sofisticado equipo de escucha en las paredes, con el fin de conseguir las primeras revelaciones de Nilsen a la policía.

Durante el juicio de Nilsen, un periodista se entusiasmó tanto que corrió hacia el testigo mientras descendía del estrado con el brío de conseguir una exclusiva. El juez le amenazó con multarle. El periódico The London Standard, ansioso por no perderse la noticia, dedicó la primera página al veredicto y al entorno de Nilsen incluso antes de que el jurado hubiera tomado una decisión. Tuvieron que cancelar todas las ediciones que ya habían enviado a los distribuidores.

Dennis Nilsen asesinó a sus víctimas estrangulándolas, a veces también ahogándolas. Sus armas eran lo primero que le venía a las manos. Generalmente corbatas. Durante el proceso, Nilsen dijo que había empezado con quince corbatas. Cuando fue detenido sólo tenía una.

Kenneth Ockendon fue estrangulado con el cable de los auriculares mientras escuchaba música. Después de quitar el cable del cuello de Ockendon, Nilsen se los puso. Los auriculares estaban en la lista de objetos presentados al jurado durante el juicio de Nilsen. También estaba la última arma asesina de Nilsen: la corbata atada a un trozo de cuerda con la que estranguló a Stephen Sinclair.

Los dos cuchillos de cocina que usó para descuartizar a las víctimas, junto con una larga tabla de madera de las que se usan en las cocinas, también fueron presentados. Pero lo que más horrorizó al jurado, fue la cazuela donde Nilsen había cocido a fuego lento las cabezas de sus últimas víctimas.

A donde Nilsen fuera, la soledad le acompañaba, hasta que en su desesperación se alió con la muerte.

Si la ley cambia alguna vez sus criterios ante el estado mental de un asesino, el caso Nilsen puede muy bien ser recordado como un punto de inflexión. El eminente psiquiatra Dr. Anthony Storr, entre otros muchos expertos, cree que la gente de su profesión no debería ser llamada para declarar como perito ya sea del lado de la acusación o del de la defensa. Propone que el tribunal simplemente debe encontrar al acusado culpable o no culpable: luego si el veredicto es “culpable”, los psiquiatras podrán ser consultados como asesores independientes para aconsejar al tribunal sobre qué hacer con el acusado.

En el caso de Dennis Nilsen, nunca hubo ninguna duda sobre su culpabilidad. Había confesado casi inmediatamente cuando se enfrentó con la policía, había hablado libremente e incluso había hecho retratos de sus víctimas. ¿Pero estaba loco? Los prolongados debates sobre “desorden mental” o “anormalidad mental”, durante el proceso, habían demostrado poca cosa.

Si demostraron algo, fue que el sistema legal está mal equipado para definir el estado mental de un asesino cuando el sistema depende de las tácticas de confrontación entre la defensa y la acusación. Es bastante fácil para cualquier abogado competente hacer de un perito experto un verdadero tonto. El Dr. Bowden, el perito llamado por la acusación, no salió mejor parado que los doctores Mackeith y Gallwey llamados por la defensa.

Parece razonable creer que cualquier persona capaz de cometer los crímenes que cometió Nilsen está obviamente enfermo. Sin embargo, este punto de vista no ayuda a comprender a fondo lo que ocurría en su mente antes, durante y después de los asesinatos. Para intentar entender esto, es necesario volver a la infancia de Nilsen, y en particular al crítico incidente de la muerte de su adorado abuelo.

A la edad de seis años, la única relación afectiva de Nilsen era la que le unía a su abuelo. En un momento de maduración en su desarrollo mental, el joven Dennis tuvo que enfrentarse con el cadáver de su amado abuelo. Cuesta poco imaginar que el amor y la muerte quedaron intrínsecamente ligados en la mente de Nilsen desde ese momento.

Es común entre la gente joven con tendencias homosexuales el creer que ellos son “los únicos así”. En la pequeña y unida comunidad de la que procedía, hubiera sido prácticamente imposible para Nilsen manifestar sus preocupaciones. En el Ejército, donde la homosexualidad es un delito, le hubiera sido todavía más difícil expresar su verdadera personalidad. Durante su estancia en la Administración, su actividad sindicalista le apartó de sus compañeros de trabajo.

La influencia del alcohol también ha de ser tenida en cuenta. El clásico refugio de los solitarios y poco sociables, el alcohol, no sólo desató la lengua de Nilsen: también le volvió lo suficientemente descontrolado como para matar, una vez que su estructura mental había hecho del asesinato una probabilidad.

El amor se había fundido con la muerte en la mente de Nilsen. Era incapaz de hacer amistades. Bebía demasiado. ¿Es esto suficiente para hacer de un hombre un asesino? Nilsen creía que la relación perfecta solo era posible en la muerte. El único modelo que tuvo de una relación perfecta fue la breve y lejana adoración por su abuelo, y eso había terminado traumáticamente para Nilsen con la muerte. Cuando ya había abandonado incluso el intento de relacionarse con la gente de una manera normal, la muerte se había igualado con el amor, no sólo en su mente sino también en la realidad.

Dennis Nilsen no asesinó por los motivos convencionales de un asesino: dinero, sexo, ambición. Casi literalmente Nilsen había asesinado por necesidad de compañía.

En caso de asesinato, el atenuante de incapacidad mental debe estar basado en la demostración por parte del defensor de claras señales de enfermedad mental definida. La esquizofrenia en un ejemplo de ello y como tal debe estar apoyada por un informe que en su caso ofrezca un pronóstico. Las alucinaciones (oír la voz de Dios), manías persecutorias o desengaños entran en esta categoría.

En el caso de Nilsen una defensa así resultaba imposible, por lo que sus abogados intentaron reducir la pena por una de homicidio sin premeditación, basándose en la disminución de su responsabilidad.

Los abogados de Nilsen querían dirigir esta defensa un diagnóstico de desorden en la personalidad para convencer al jurado, lo cual dependería casi totalmente de lo que el paciente dijera al psiquiatra.

Esta defensa falló, principalmente, porque Nilsen parecía totalmente capaz de comportarse racionalmente cuando invitaba a sus jóvenes amigos a su casa. Estaba claro que tenía un desorden mental, pero nadie pudo probar que éste apareciera en el momento del asesinato.

Los psiquiatras de la defensa se enfrentaban a una difícil tarea al tratar de introducir este punto, y fueron ridiculizados por el abogado de la acusación.

Cuando nuestro asesor en grafología analizó la escritura de Nilsen se revelaron los siguientes rasgos de su personalidad:

A Variación en la presión de la escritura: irritabilidad y arrebatos temperamentales.

B M y n anchas y poco pronunciadas: mentiroso.

C Rizos muy finos en la zona superior: el individuo objeto de estudio sufre ansiedad y carece de estabilidad emocional.

D Gruesas y marcadas t: naturaleza testaruda y temperamento vicioso en tensión.

E K con forma de bucle: excentricidad y desconfianza.

F L mayúscula con una curva comprimida: inhibición y falta de seguridad en sí mismo.

Esta caligrafía muestra que la persona objeto del estudio tiene una mente retorcida y calculadora que prefiere centrarse en pequeñas áreas a fijarse en el todo. Encuentra dificultad en organizar y objetivar sus pensamientos. Y es confundido fácilmente. Hay también evidencia de una falta absoluta de tolerancia y paciencia, lo que le conduce a actuar impulsivamente. Una imaginación muy desarrollada le causa inquietud interior y confusión emocional.

El sujeto padece de un profundo temor a ser abandonado. Necesita el contacto humano con tal fiereza que sería capaz de llegar al límite para conseguirlo.

Su fuerza física está reprimida ocasionándole un incremento de tensión. Esta energía contenida, junto con la falta de autocontrol conduce a reacciones violentas. Ataques de furia, inestabilidad y nerviosismo resultan evidentes. Se trata de una persona hipersensible a las críticas.

¿Estaba loco o cuerdo? Incluso los psiquiatras en el estrado tuvieron dificultades para explicar las acciones de este hombre. La deliberación duró doce horas antes de que el jurado fuera capaz de pronunciar el veredicto.

El ambiente durante el juicio cambió dramáticamente cuando los psiquiatras fueron llamados a declarar por la defensa para emitir su opinión sobre la cordura o locura de Nilsen. No era la primera vez que el antagonismo y la mutua desconfianza entre abogados y psiquiatras hacía alarde de presencia en un tribunal.

Ivan Lawrence, adjunto a la defensa, había recordado al jurado que no debían dejarse llevar por sentimientos repulsivos, sino que debían considerar seriamente la cuestión que se les planteaba: si Dennis Nilsen era tan anormal mentalmente que era incapaz de formarse una intención premeditada de asesinato, y no podía ser responsable de sus actos.

El doctor MacKeith dijo que Nilsen tenía dificultades para experimentar otra emoción que no fuera la ira y cierta tendencia a atribuir a los otros sentimientos sin comprobar si eran ciertos o no. Nilsen, dijo, mostraba muchos signos de conducta inadaptada, y esa combinación en un hombre era fatal. No trataba a las personas como personas, sino como elementos de su fantasía. Lo que él llamó «despersonalización».

Su oponente, Mr. Green, no fue tan amable. Le dijo a MacKeith que debería hablar con mayor claridad y demostró ante la satisfacción de muchos de los presentes que Nilsen era, contrariamente a lo que MacKeith había dado a entender, astuto, lleno de recursos e inteligente. Mencionó en particular los asesinatos de John el guardia y de Malcolm Barlow. En el último caso, Nilsen había estado meditando durante 20 minutos antes de decidir matar a Barlow, un epiléptico inconsciente que se puso en su camino. MacKeith estuvo de acuerdo en que en este caso no había prueba de «despersonalización».

«Y además», dijo Green,» ¿«dijo usted que su responsabilidad se hallaba disminuida en este momento? Oh, vamos, doctor. Afronte mi pregunta».

La tensión en el tribunal aumentó. Cuando se trata de definir un caso, médicos y abogados tienden a hablar lenguajes diferentes y a definir experiencias en distintos términos. Esto invariablemente conduce a confusión y frustración en ambos bandos. Ocurrió lo mismo con el siguiente testigo, el doctor Gallwey, que describió el estado de Nilsen como «desorden límite». El juez no dudó en reflejar la perplejidad del jurado cuando expresó su impaciencia con esta jerga profesional.

El doctor Gallwey intentó explicarlo sugiriendo que Nilsen combinaba síntomas paranoicos y esquizoides, lo que le hacía imposible tratar a las personas como individuos. Para él eran objetos, y sembraban de confusión su mundo privado. También era de crucial importancia reconocer que Nilsen no tenía sentimientos normales.

«No puedo ver cómo puede ser culpable de maldad premeditada si es enteramente incapaz de sentir, cuando los sentimientos son una parte integrante de las intenciones y

motivaciones de la persona,» dijo. El magistrado Mr. Croom-Johnson le respondió que estaba traspasando la interpretación de la ley, interpretación que debiera dejarse a otros.

La cuestión esencial, que volvía una y otra vez, bajo el examen realizado por Green, era un punto clave: «El sabía exactamente lo que estaba haciendo». Green lo decía con convicción.

«Dejando a un lado lo emocional, sí,» replicó Gallwey, «pero su condición emocional es vital».

«Usted no discute que él fuera intelectualmente consciente de lo que estaba ocurriendo».

«No».

«El sabía lo que hacía».

«No estoy de acuerdo con eso. La distinción entre la conciencia intelectual y emocional no es una cuestión trivial. Si sus emociones estaban trastornadas, entonces se comportaría como una máquina».

«¿Conocía él la naturaleza y la calidad de sus actos?».

«No. El sólo conocía la naturaleza de sus actos, no su calidad.»

Terminada la defensa, se permitió a la acusación que presentase un perito de «refutación» es decir, un tercer psiquiatra que ofreciera un diagnóstico diferente del de los dos psiquiatras presentados por la defensa. El Dr. Bowden no pudo encontrar prueba de anormalidad tal y como la definía la Ley de 1957 Sugirió, de hecho, que Nilsen simplemente quería matar gente, y dijo que le compadecía, pero que no podía excusarle en términos psiquiátricos.

Curiosamente, fue el único de los tres doctores en decir que él pensaba que Nilsen había mostrado remordimientos, y que una vez delante de él se puso a llorar. Pero en cuanto al asunto central de su responsabilidad, el Dr. Bowden fue inamovible: «en mi experiencia -dijo- la gran mayoría de la gente que asesina tiene que considerar a sus víctimas como objetos, de otra manera no pueden asesinarlos.»

El brutal y claro sentido común del Dr. Bowden tocó la fibra sensible del jurado. Por otra parte, su obstinado rechazo durante el interrogatorio a admitir que hubiera algo raro en Dennis Nilsen les sorprendió por hacer caso omiso de lo que se pensaba que era obvio. Le correspondía al juez desenredar estas conflictivas versiones.

La acusación había insistido en que el acusado sabía exactamente lo que estaba haciendo; la defensa había dicho que él era capaz de saber lo que estaba haciendo. Croom-Johnson tardó cuatro horas en llegar a sus conclusiones.

Guió al jurado a través de los intrincados caminos de la ley y también introdujo algunos cuestionables conceptos propios. «Hay gente pervertida que hace cosas malas», dijo. «Cometer asesinato es una de ellas». Después añadió: «Una mente puede ser perversa sin

tener que ser anormal». El concepto de maldad tiene un lugar en la filosofía moral y ha sido debatido por los pensadores durante siglos.

Los médicos nunca tratan el tema del mal pues queda fuera de su alcance. Los abogados tienen cuidado de no usar la palabra con demasiada facilidad. Pero en el caso de Nilsen el juez determinó que ayudaría al jurado a tomar una decisión si usaba términos no jurídicos.

Sobre el asunto de la personalidad de Nilsen, el juez fue también muy claro. «No debe haber excusas para Nilsen si tiene defectos morales» dijo. «Una naturaleza perversa no implica necesariamente un desarrollo retardado de la mente».

El juez daba a entender al jurado que, en su opinión, Nilsen era un perverso y no un loco. El jurado debía, pues, hallarlo culpable de asesinato.

El jurado se retiró a última hora de la mañana del jueves 3 de noviembre de 1983. Al contrario que Croom-Johnson, magistrado, fueron incapaces de llegar a una decisión ese día y pasaron la noche en un hotel.

El viernes, todavía no se ponían de acuerdo sobre el estado mental de Nilsen cuando cometió los asesinatos; por eso el magistrado Croom-Johnson dijo que permitiría una decisión por mayoría.

A las 4.25 de la tarde del 4 de noviembre, después de un juicio que duró más de dos semanas, el jurado pronunció veredicto de culpabilidad en los seis casos de asesinato, por diez votos a dos, y culpable de un intento de asesinato por diez votos a dos. En el segundo caso de intento de asesinato, el del joven Paul Nobbs, pronunciaron un veredicto unánime de culpabilidad.

El juez condenó a Dennis Andrew Nilsen a cadena perpetua con la recomendación de que eso significaría no menos de 25 años. Se llevaron a Nilsen del banquillo con la certeza de que sería muy improbable que fuese alguna vez encarcelado.

El artículo segundo de la Ley de Homicidios de 1957 asegura una eximente por asesinato, incluso si se prueba que el acusado mató efectivamente a la víctima. El acusado puede no ser declarado culpable si «sufriese de tal anormalidad mental que se deteriorase sustancialmente la responsabilidad mental de sus actos».

Corresponde a la defensa más que al juez plantear ese sustancial deterioro de la responsabilidad y probarla. La responsabilidad del acusado no tiene que ser totalmente disminuida, pero debe haber algo más que ligeros problemas mentales. Cuanto más irresponsable parezca el detenido más probabilidades hay de que sea exculpado.

Los médicos tendrán que ser llamados a declarar para dar un testimonio experto, y muy a menudo el testimonio de un doctor se opondrá al de otro. En este caso es tarea del jurado considerar los testimonios y decidir si la capacidad mental del acusado estaba lo suficientemente deteriorada o no. Si están de acuerdo en que sí lo estaba, el veredicto será culpable de homicidio más que de asesinato, y el juez generalmente mandará al acusado a un establecimiento psiquiátrico antes que a prisión.

El autor del best-seller *Killing for company* (Asesinando por compañía) describe su relación con Dennis Nilsen.

«Cuando Dennis Nilsen fue arrestado en febrero de 1983, le escribí a la prisión de Brixton sugiriéndole que yo podría escribir un estudio sobre su caso, pero que no lo haría sin su consentimiento. Contestó con una advertencia. Si yo iba a inmiscuirme en los detalles del caso, dijo, lo encontraría extremadamente angustioso. Que tal hombre pudiese entender el significado de «angustia» me intrigó, pues quería decir que poseía una dimensión moral. Le visitaba dos veces a la semana en Brixton mientras estuvo bajo custodia, y se creó una cierta confianza que nos permitió discutir su pasado y los delitos con completa franqueza. De vez en cuando tenía que mirar las fotos de la policía para recordarme a mí mismo lo que este hombre inteligente y divertido había hecho.

Nilsen escribió un diario de la prisión de 50 cuadernos, único en la historia de la psicología criminal por su sinceridad y asombrosa voluntad de examinar los crímenes desde dentro. Dijo a su abogado que me diera esos diarios y me asignó el copyright. Estuve con él en el juicio y le vi inmediatamente después de su condena. Fue entonces cuando me dijo que tenía que confesarlo todo y admitir que disfrutaba matando.

Le repliqué que eso era obvio, pero que quería saber por qué disfrutaba. “Tendrás que averiguarlo tú”, dijo.»

La multitud amenazaba con sus puños el coche de la policía cuando pasaba llevando a Nilsen de Old Bailey hacia Wormwood Scrubs. Después de unas pocas semanas allí, fue trasladado a la prisión de Park Hurst en la isla de Wight. Allí se hizo amigo de otro preso, David Martin, el famoso pistolero. En el verano de 1984 Nilsen fue trasladado otra vez, esta vez a Wakefield, donde permanece hasta hoy. Trabaja en un torno, haciendo componentes de acero. Aunque nunca ha buscado protección especial, tiene una celda para él solo, que comparte con su periquito, Hamish.

Nilsen puede mezclarse libremente con otros reclusos durante las comidas y durante las horas de actividades. Cuando está en su celda pasa el tiempo oyendo la radio y leyendo. Le gustan sobretodo los libros sobre la historia de Escocia. Generalmente saca dos o tres libros por semana de la bien equipada biblioteca de la prisión. También acude a las conferencias ocasionales que dan los profesores visitantes.

Todavía, como sindicalista que fue, está alerta sobre los abusos de las reglas de la prisión por parte de los guardianes, y se ha hecho impopular entre los sucesivos directores. También presenta quejas regularmente al Ministerio del Interior. Los otros reclusos no le tienen miedo, pues está en un ala donde todos han sido acusados de graves delitos.

Cuando fue encarcelado, el juez recomendó que Nilsen debería estar en la cárcel no menos de 25 años. Es, pues, poco probable que vuelva a ver el mundo exterior antes de los primeros años del siglo XXI. Nilsen no espera ser excarcelado y acepta este castigo.

Nilsen apareció en el tribunal de Knightbridge Crown en junio de 1984. Dijo que había recibido un navajazo de cuatro pulgadas en la mejilla por parte de un compañero de prisión en Wormwood Scrubs.

EDMUND KEMPER



Cuando uno se encuentra frente a Ed Kemper, lo califica en seguida de impresionante: tiene 44 años, mide más de dos metros y pesa alrededor de 160 kilos. Su cociente intelectual pasa de 140.

Con motivo de la filmación de un documental, *Serial Killers: Investigación de una desviación*, tuve ocasión de hablar con Ed Kemper durante varias horas en compañía de Olivier Raffet, el realizador de nuestra película. Con

ocho condenas por asesinato en primer grado, Kemper escapó de la pena de muerte porque acababa de ser abolida en el estado de California (donde más tarde fue restablecida). Purga su condena en Vacaville, no lejos de San Francisco, la prisión más poblada del mundo occidental, con cerca de diez mil huéspedes.

Ed Kemper pertenece a la categoría de los asesinos en serie organizados. Todas las citas de Kemper proceden de esta entrevista efectuada en noviembre de 1991. Interrogarlo no fue tarea fácil. Unos días antes, John Douglas, jefe del departamento de análisis criminal del FBI, me había relatado la siguiente anécdota: a finales de los años setenta, su colega Robert Ressler visitó a Kemper, por tercera vez, en la prisión de alta seguridad. Al cabo de cuatro horas, Ressler aprieta el timbre para llamar al guardia. Llama tres veces en un cuarto de hora. Sin respuesta. Kemper advierte a su entrevistador que no sirve de nada ponerse nervioso, pues es la hora del relevo y de la comida de los condenados a muerte. Con un toque de intimidación en la voz, Kemper agrega, haciendo una mueca, que nadie contestará a la llamada antes de otro cuarto de hora por lo menos: «Y si de repente me vuelvo majareta, vaya problema que tendrías, ¿verdad? Podría desenroscarte la cabeza y ponerla encima de la mesa para darle la bienvenida al guardia ... »

Nada tranquilo, Ressler le contesta que esto volvería aún más difícil su estancia en la cárcel. Kemper le responde que tratar así a un agente del FBI provocaría, al contrario, un enorme respeto entre los demás prisioneros: «No te imagines que he venido aquí sin medios de defensa», dice el agente del FBI. «Sabes tan bien como yo que está prohibido a los visitantes llevar armas», responde Kemper mofándose.

Conocedor de las técnicas de negociación en los casos de rehenes, Ressler trata de ganar tiempo. Habla de artes marciales y de autodefensa. Finalmente, el guardia aparece y Ressler lanza un suspiro de alivio. Al salir de la sala de entrevistas, Kemper le dirige un

guiño y, poniéndole el brazo sobre el hombro, sonríe: «Y sabes que solo bromeaba, ¿no?»»

Desde este incidente, los agentes del FBI no tienen derecho a interrogar a solas a los asesinos en serie.

Criado por una madre terrible, que no vacila en encerrarlo en el sótano de su casa, Edmund Kemper se vuelve muy tímido y se aísla más y más. Sueña con vengarse, imagina juegos mórbidos en los cuáles tienen un papel esencial la muerte y la mutilación. Consciente de su insuficiencia, admira a su padre ausente y al actor John Wayne. Por lo demás, es curiosa la fascinación que ejerce el Duke sobre otros muchos asesinos en serie, como John Wayne Gacy o Herbert Mullin, aunque éste odiaba ferozmente al actor. Kemper explica:

«John Wayne se parecía mucho a mi padre, a la vez físicamente y en su modo de obrar. Mi padre era forzado y hablaba alto y fuerte. Como John Wayne, tenía los pies pequeños. Cuando estuve por primera vez en Los Angeles fui a poner mis pies en las huellas de los de John Wayne, inmortalizadas delante del Teatro Chino. Me enorgulleció ver que mis pies eran mayores que los suyos.»

A Ed Kemper le hace falta el padre, pues no se entiende en absoluto con su madre Clarnell. Le enfurece que ésta vuelva a casarse, aunque sus sucesivos padrastros lo trataron generalmente con mucha afabilidad. Pero Ed les reprocha que hayan tomado el lugar de su padre natural:

«Era un niño inquieto y nunca me acostumbré a la idea de la separación de mis padres. Detestaba pensar que nuestra familia se rompiera. Quería a mis padres por igual. Discutían mucho y mi madre solía llevar la mejor parte, rebajaba constantemente a mi padre, le repetía sin cesar que era un desgraciado sin futuro. Finalmente, mi padre se hartó y se marchó. Yo, por la noche, a menudo lloraba oyéndoles insultarse a gritos. Se divorciaron. Mi madre bebía mucho y cada vez más. Yo tenía dos hermanas. Mi madre me trataba como si yo fuese una tercera hija, me taladraba los oídos diciéndome que mi padre era un mal bicho. Hubiera debido identificarme con él, pero no lo lograba. Mi hermana mayor, que tenía cinco años más que yo, me pegaba a menudo, y mi hermana menor mentía y muchas veces me castigaban en su lugar. Tenía la impresión de que el mundo entero estaba contra mí, que había agarrado el mango por el extremo equivocado. Se me iban acumulando las frustraciones y el deseo de venganza.»

Al llegar a los ocho años, Kemper jugaba desempeñando el papel de víctima de una ejecución mientras sus hermanas hacían el papel de verdugos:

«Vivíamos en Montana, en una casa con un sótano inmenso, casi parecía un calabozo medieval. Tengo ocho años y mi imaginación funciona a todo tren. Hay un enorme horno de calefacción central, con radiadores y tuberías que hacen mucho ruido. Este horno me cautiva, tengo la impresión de que en él vive el Diablo. Esos ruidos inquietan a un crío de mi edad. El diablo comparte mi dormitorio y habita en ese horno. A veces, me despierto y miro, fascinado, el horno, que resplandece de modo extraño. De noche, mi madre y mis hermanas suben al primer piso, donde tienen sus dormitorios, pero yo duermo en el sótano. ¿Por qué voy al infierno cuando ellas suben al cielo... ? Con mi hermana menor inventamos juegos morbosos. Jugábamos a la silla eléctrica o a la cámara de gas. Era la

época en que Caryl Chessman había sido condenado a muerte. Como no tengo muchos juguetes, eso rompe la monotonía ambiente. Me dejo atar con una cuerda a un sillón, finjo retorcerme de dolor cuando mi hermana hace como que pone el contacto...»

Ed Kemper cuenta este juego de la cámara de gas como si se tratara de algo normal para un niño de su edad, un medio de «romper la monotonía ambiente». Ni su madre ni sus profesores toman en serio estas fantasías morbosas. La mayoría de los asesinos en serie dan desde la infancia signos de su comportamiento anómalo, pero ningún padre piensa que su hijo es Jack el Destripador. Cuando se habla con asesinos en serie, confiesan que desde la infancia querían matar y que los mataran. No es una fantasía que surja bruscamente en la adolescencia a causa del alcohol o de las drogas. Piensan en ello ya a los siete u ocho años, como en el caso de Kemper. Fascinado por un truco de magia, sus fantasías toman un carácter más macabro:

«Un día, en unos almacenes, asisto a un juego de magia, el de la falsa guillotina. Se pone una patata debajo de la cuchilla mientras alguien mete la cabeza en una abertura preparada a tal efecto. La cuchilla cae y sólo la patata queda cortada en dos. El mago pide un voluntario y una hermosa muchacha rubia se presenta, empujada por su novio. Todos ríen. Yo, en ese instante, me descontrolo, pierdo el contacto con la realidad. No hubiera debido sucederme. ¿Cómo imaginar que se pueda cortar la cabeza a alguien en unos almacenes? Estaba fascinado, esa idea de la decapitación era tan excitante para mí que me acosó durante semanas. Mucho antes de mi primer crimen ya sabía que iba a matar, que todo acabaría así. Las fantasías son demasiado fuertes, demasiado violentas. Sé que no seré capaz de contrarrestarlas. Vuelven a la carga sin cesar y son demasiado elaboradas... A veces se habla de la cara oscura de tal o cual persona. Todos piensan en cosas que guardan enterradas en lo más profundo, porque son demasiado crueles, demasiado horribles para expresarlas: “Me gustaría volarle la cabeza o matar a ese tipo”. Todos lo pensamos, un día u otro. Yo pensaba en ello constantemente. Tenía constantemente pensamientos negativos. En un momento dado, a medida que se crece, se logra superar esta fase morbosa. Yo, no. Un adulto puede guiar a un niño, enseñándole otro camino. Mi madre estaba, al contrario, para humillarme y pegarme. Me enseñaba hasta qué punto los varones eran insignificantes. En cierto modo, precedió en varios años a los movimientos feministas. Ya sé que no es justo hablar así de una muerta que no puede defenderse. Su padre había sido alguien insignificante y ella tuvo que ocuparse de todo desde la infancia. Mamá se ocupaba de todo. No sabía cómo actuar de otra manera.»

Constantemente en conflicto con su madre, Kemper no se entiende mejor con su hermana:

«Tengo celos de mi hermana. Tiene muchos amigos y yo ninguno. Mi madre le muestra afecto y respeto, le presta atención. A mi me riñen cada dos por tres. Como regla general, tiene todo lo que yo no poseo. Un día me dan una pistola de pistones que traigo de Nueva York. Mi hermana detesta esa pistola porque no tiene una. Y además está furiosa porque no ha ido a Nueva York. Unos días después de mi regreso, con el pretexto de una disputa toma mi juguete y lo arroja contra mis pies. No solamente la pistola se rompe, sino que tengo una herida en un dedo del pie. Para vengarme, me voy a su cuarto y con unas tijeras decapito su muñeca Barbie y luego le corto las manos; después le devuelvo su muñeca mutilada.»

Kemper trata de racionalizar su fantasía de mutilación de la muñeca: se venga de su hermana porque rompió su pistola. Esto expresa una característica importante del asesino

en serie, o sea, su deseo de aparecer normal. Cuando habla de las mutilaciones de sus víctimas, Kemper indica que les corta la cabeza y las manos para hacer imposible su identificación, lo cual, a primera vista, puede parecer normal para un asesino que trata de escapar de la policía. Sin embargo, este acto queda anulado por los métodos modernos de investigación, que permiten identificar una víctima por su dentadura y sus huellas dactilares. La separación de los miembros y del tronco no altera nada, pero satisface una fantasía que Kemper tiene desde su infancia. Finge matarse en ceremonias rituales antes de mutilar a una muñeca simbólica. La etapa siguiente exige que mate a un ser vivo para poseerlo, palabra clave en la carrera de asesino de Ed Kemper. Unos meses más tarde, el gato de la familia se convierte en su primera víctima. Entierra vivo al animal, y le corta la cabeza, la cual lleva orgulloso a casa, donde la exhibe en su cuarto como un trofeo. Pese a su corta edad, fantasea sobre el amor y el sexo. Y sus sueños eróticos se acompañan inevitablemente de violencia:

«Llegada la noche, salgo subrepticamente de casa para pasearme por las calles, al azar. Me encanta espiar a las muchachas y seguir las desde lejos. Me imagino que las amo y que me aman, aunque sepa que esto nunca será posible. ¿Qué fantasías tengo? Pues poseer las cabezas cortadas de esas chicas. Los hombres no me gustan.»

Casi nunca habla. Es incapaz de expresar de modo normal cualquier sentimiento de afecto. Kemper presenta los signos premonitores de una perfecta necrofilia. Un día, su hermana le hace una broma sobre su maestra, por la que se siente atraído. Le pregunta por qué no la besa y el joven Ed contesta: «Tendría que matarla antes de besarla.» Está a punto de realizar semejante fantasía, pues una noche se dirige a casa de su maestra llevando la bayoneta de su padrastro. Imagina que la mata, la decapita, se lleva a casa su cabeza y la besa y le hace el amor. Sus compañeros de clase se sienten inquietos en su presencia, pues Kemper no les habla y se contenta con mirarlos fijamente.

Este ostracismo se acentúa cuando Kemper cumple los trece años, pues se sospecha que mató a un perro del vecindario. Otro gato, que prefiere la compañía de su hermana mayor, es la segunda víctima de sus experimentos. Esta vez mata al animal a machetazos y la madre de Kemper descubre los pedazos de la bestia ocultos en el armario del muchacho. Le había cortado el cráneo para exponer el cerebro y luego lo apuñaló innumerables veces. En la operación quedó rociado de sangre.

Durante un tiempo, Ed quiere vengarse de sus condiscípulos. Uno de sus padrastros, que lo trata con mucha afabilidad y lo lleva de caza y pesca, no está tampoco protegido contra las fantasías asesinas de Kemper. Un día, el adolescente se coloca detrás de él con una barra de hierro en la mano. Lo matará y le robará el coche, en el cual se irá a California del Sur para reunirse con su padre natural. Renuncia a este proyecto, pero lo sustituye por la fuga:

«A los 14 años, me marché de casa. Y ¿por qué? Pues para reunirme con mi padre. Quiero alejarme de mi madre. Sueño y fantaseo constantemente con el asesinato. Sólo pienso en eso. No consigo pensar en nada más. Mi madre mide un metro ochenta y pesa más de más de noventa y cinco kilos, pero no es obesa. Es una mujer que me aterroriza. Posee unas cuerdas vocales inimaginables. Vence siempre a los hombres en los juegos de muñeca. Siempre domina a sus maridos. Lo mismo que con mi padre. Un día, él se hartó. No diré que todo fuera culpa de ella. Pero mi madre me pegaba a menudo, cuando le parecía que yo no hacía lo que era debido. Un día me pegó en la boca con su cinturón, que se rompió.

Me dijo que me callase, no fueran los vecinos a creer que me pegaba. ¡Imagínese! Encima... A sus ojos soy una mierda. No me opongo a ella de frente. Trato de resistir sin dar la cara. Cuando no me da mi dinero para la semana, me lo tomo de todos modos. Pero no lo robo, cojo cinco cents por ahí, cinco por allá; una vez, veinticinco. Espero a que regrese borracha por la noche, porque no contará su calderilla. Pero ella se da cuenta y se complace en contar delante de mí su dinero. Así jugamos al gato y al ratón durante casi un año. Después de haber ido a visitar a mi padre, decido no volver a tocar el portamonedas de mi madre, lo cual le da miedo. Suele decir: «Ahora cenaremos y después te daré una buena tunda.» ¡Imagínese! Trataba de humillarme por todos los medios.»

Edmund Kemper parte a California, para vivir un tiempo con su padre:

«Me entusiasma marcharme de Montana y volver a California, donde nací. Montana es el estado natal de «Ella», pero no el mío. Hace frío en invierno y calor en verano. La gente es simpática, pero no es mi gente. Me quedé un mes con mi padre y mi hermanastro. Nos trató muy bien, como si fuéramos hombrecitos. Él también venía de una familia muy matriarcal. La clase de familia cuyo hijo va en busca de una imagen maternal y acaba casándose con ella. Pero yo tenía abuelas dominantes en ambos lados de la familia. Con mi padre, las relaciones eran excelentes, con él hubiese podido tener una infancia feliz. Esos treinta días que pasamos juntos me abrieron los ojos. En aquella época, me sentía paranoico. En cuanto entraba en una habitación, cesaban las conversaciones y todos me miraban, porque era, con mucho, el tipo más alto que habían visto jamás. Los bajitos y los de mediana estatura me envidiaban porque hubiesen querido que la gente se fijara en ellos. Creían que era formidable. Yo, no. Almaceno muchas frustraciones y odios. No sé cómo canalizarlos o cómo deshacerme de ellos. Me imagino a menudo que soy el último hombre en la Tierra. ¿Qué pasaría si estuviera solo con todos esos buques, esos autos y aviones sin nadie con quien compartirlos? ¿No sería terrible? Esta idea me obsesiona y elaboro toda una novelería con este concepto. La gente está todavía presente, pero inanimada. No puede afectarme ni hacerme daño. Cuando llegué a la pubertad, una amiga de la clase me deseó, no sexualmente, sino físicamente, emocionalmente, y yo no sabía qué hacer. No estaba preparado. Ella estaba más adelantada que yo, bella y agresiva. Me asusté y ella me dejó de lado. Ella deseaba una relación física, quería besarme, pero tuve miedo.»

«Tengo constantemente la impresión de ser un extraño, de hallarme al margen. Tengo tendencias suicidas. Juego con la muerte. Uno de mis pasatiempos favoritos consiste en tenderme en medio de la carretera, como si acabaran de derribarme, y esperar a que pase un coche. Deseo que un conductor esté lo bastante borracho como para pasarme por encima, pero todos frenan y se detienen antes de llegar a mí. Se ponen furiosos cuando me levanto para salir corriendo. Es un juego. Ahora me río de esto, pero indica mi estado de ánimo en aquella época, y hasta qué punto tenía poco respeto por mi propia vida.»

Las relaciones entre Kemper y su madre continúan empeorando. Cree que su hijo está chiflado y lo manda a casa de sus abuelos paternos, que viven en un rancho de California. Es allí, el 24 de agosto de 1963, a los 16 años de edad, donde mata a sus abuelos con un rifle del 22. Luego, apuñala a Maude Kemper con un cuchillo de cocina. Desconcertado, telefona a su madre para informarla. Cuando la policía le interroga sobre sus motivos, contesta: «Sólo quería saber lo que sentiría matando a mi abuela.» Lamenta no haber tenido el valor de desnudarla. Sus declaraciones incoherentes determinan que se le interne en el hospital de alta seguridad de Atascadero:

«Paso la Navidad en compañía de mi padre, que acaba de casarse, pero esta vez las cosas van muy mal con mi madrastra y mi hermanastro. Tratábamos de atraer la atención de mi padre y su amor. Pero ahora tiene una nueva familia. Busco desesperadamente un hombre adulto para que me guíe. Mi padre no puede soportar esta tensión y me envía a casa de mis abuelos para deshacerse de mí. Me consideran un fracasado, de modo que trasladan al engorroso a la montaña. Bueno, no me lo dijeron así, pero como si lo hubiesen dicho. Me quedo varios meses, y todo marcha bien al principio, sobre todo porque estoy lejos de Montana. Pero, al cabo del tiempo, el barniz se resquebraja, pues mi abuela quiere criarme con dureza, como a sus tres hijos. Espera librarme de la influencia negativa de mi madre, pero de hecho la sustituye por la suya. Y yo soy completamente incapaz de comprender relaciones psicológicas tan complejas. No me da un respiro. Cuando me ausento, en el rancho, grita mi nombre cada hora para saber qué hago. Me habla siempre de la tranquilidad del campo, de la paz y del amor a los animales. La finca tiene unas cuatro hectáreas, y me atosiga constantemente gritando: «No te lleves la carabina y no hagas daño a nuestros amiguitos.» ¿Y saben lo que hice? Pues que tiré contra todo cuanto se movía. Los pájaros tenían la costumbre de sobrevolar la finca. Al cabo de algunas semanas de esta matanza, debieron darse cuenta, pues eludían el rancho. Me río, ahora, pero entonces no era nada divertido. Tiraba contra todo lo que se movía. Ganaba 25 cents por cada conejo o roedor que mataba. Destruía seres vivos para saber si podía hacerlo. Los psicólogos adoran estos trucos: un chico mata pájaros y se convertirá en un maníaco. Todo esto hierva dentro de mí. Las pasiones, las tensiones, las frustraciones. Fantaseaba sobre la muerte de mi abuela. Pensaba ya en cortarle la cabeza, pero el crimen fue espontáneo, como una explosión. No lo premedité.»

En 1969, contra el parecer de los psiquiatras, confían a Edmund Kemper al cuidado de su madre:

«El 30 de junio de 1969 al mediodía salgo de Atascadero. Me esposan para tomar una avioneta hacia el condado de Madera, donde me juzgará un tribunal de menores. Me encarcelan con el número 5100, un número de código que significa que estaba enfermo al cometer mis crímenes pero que soy legalmente responsable de ellos. Represento un peligro para mí mismo y para la sociedad. Debo seguir un tratamiento. Durante mi estancia en Atascadero mi código pasa del 5100 al 5567, es decir, me convierto en mentalmente peligroso e irresponsable de mis actos. En este caso, basta con mejorar para que te dejen regresar a tu casa. Creo que soy el único asesino que salió de esa institución sin antecedentes penales. En realidad, los psiquiatras no querían liberarme, estaban a punto de trasladarme al Hospital Estatal de Agnew, del cual no me habrían dejado salir hasta muchos años después y para someterme siempre a estrecha vigilancia. No se olvide que no tenía todavía 21 años, sin ninguna experiencia amorosa o sexual, y que nunca había trabajado. En resumen, que me llevan ante el comité que debe decidir si me dan la libertad bajo palabra. Pido que me confíen a un centro de rehabilitación, lejos de mi madre. No lo consigo. Me envían a casa de mi madre en libertad condicional por dieciocho meses. Hubiese debido mandarlos a paseo. Mi madre, alcohólica, resulta ser así, oficialmente, mi amiga y mi consejera. Me digo que las cosas serán distintas ahora que me he convertido en duro, que habrá cambiado y se sentirá orgullosa de mí. Mientras estaba encerrado, estudié.»

«En Atascadero, me había encontrado, yo, menor, en un hospital psiquiátrico para criminales muy duros. En 1964, allí la edad media de los presos era de 36 años. Según la ley, yo hubiese debido estar en el Hospital Estatal de Napa, una institución de mínima

seguridad, pero el juez estaba tan escandalizado por mis crímenes que declaró que no quería «enviar a este joven a Disneyland». Por eso me llevaron a Atascadero, con gente que, de promedio, tenía veinte años más que yo. Créame, crecí muy deprisa. Hasta salvé la vida de un chico al que un adulto quería estrangular.»

«De los 16 a los 21 años estoy en la prisión. Es la época de los hippies y del final de la guerra del Vietnam. Cuando quedo en libertad se supone que me mezclaré con la vida de los adultos, que me integraré en la sociedad. Los adolescentes han cambiado completamente mientras yo estaba encarcelado. Todo acabó mal. ¿Por qué? Mi madre trabaja en la universidad pero se niega a que yo conozca a muchachas estudiantes porque soy un botarate como mi padre y no merezco conocerlas. Me dice que son demasiado para mí. Yo destruyo iconos, hago daño.»

«A causa de mi madre, no llego a determinarme como hombre. Mi vida sexual es inexistente y sólo puede llegar a ser aberrante. Nunca fui a un espectáculo de mirones, tenía miedo. Me masturbo enormemente mientras vivo mis fantasías. Pero, de todos modos, tuve tres breves relaciones y dos veces pillé blenorragias. No empleaba condones. Ahora, sería un hombre con la muerte en suspenso, a causa del sida.»

Clarnell Kemper se ha instalado en Santa Cruz, en cuya universidad trabaja. A comienzos de los años setenta, su hijo da la impresión de integrarse en la sociedad. Después de algunos empleos menores, como en una gasolinera, lo contratan en el departamento de Puentes y Carreteras del Estado de California. De noche, recorre las autovías y perfecciona su técnica para establecer contacto con autoestopistas, que transporta a docenas. Kemper sabe ahora tranquilizar a sus posibles víctimas, que no sospechan que las somete a un cuestionario escrupuloso, pues no las elige al azar. Confiesa al psiquiatra Donald Lunde que preparó con cuidado una lista de las características físicas y morales de sus futuras víctimas. No deben ser «puercas hippies», sino jovencitas de buena familia. Entre las preguntas de su lista figuran la ocupación del padre, el lugar de residencia, si va a la universidad, etc. Es absolutamente necesario que su víctima corresponda a la imagen que Kemper tiene de las estudiantes que su madre le prohíbe frecuentar.

Después del asesinato de Aiko Koo, tiene dudas sobre la respetabilidad de su víctima, hasta el punto de que pasa en coche por delante de su domicilio para comprobar la clase de casa donde habitaba. En dos años, Kemper estima que tomó en autoestop de trescientas a cuatrocientas muchachas. Como otros asesinos en serie, Kemper planea minuciosamente sus fechorías, escoge su tipo de víctimas y hasta prepara su coche: la puerta del lado del pasajero puede bloquearse gracias a un sistema que él mismo elabora y que se acciona con una palanca situada debajo de su asiento.

«Sabía cómo encontrar a mis víctimas, pero no quería tener nada que ver con las sucias hippies que se veían en todas partes en aquella época. Habría sido demasiado sencillo. Hubiera podido matar fácilmente a un montón, pero éste no era mi objetivo. Quería herir a la sociedad donde le hiciera más daño, quitándole lo que tenía de más precioso, los futuros miembros de la élite, las hijas de los ricos, con sus aires superiores de zorras altivas.»

Otras noches, frecuenta un bar local donde conoce a policías, algunos de los cuales llevarán la investigación de sus crímenes futuros. Mientras los comete, Edmund Kemper

sale incluso con la hija de un jefe de la brigada criminal de Santa Cruz, que lo invita varias veces a cenar considerándolo un buen partido para su hija.

«¿Qué habría pasado si hubiese aceptado su invitación? Hubiera ido a su casa, me habría sentado a su mesa, y en mi mente me imaginaba sacando mi revólver y abatiéndolos uno tras otro. Habría colocado sus cabezas, después de cortarlas, en platos, y me habría marchado tranquilamente no sin haberme lavado. Al día siguiente, el poli no acude a su trabajo. Sus colegas se inquietan. No hay noticias de él. Van a su casa y descubren la matanza. Se quedan patitiosos. En fin de cuentas, es él quien dirige las investigaciones. Éste es el estado de ánimo en que me encuentro permanentemente en esa época. ¿Y por qué no pasó nada? Él mismo me hizo la pregunta después de mi detención. Le contesté que porque me había tratado con consideración, lo mismo que su hija.»

El 7 de mayo de 1972, Kemper recoge a dos autoestopistas de 18 años, Mary Ann Pesce y Anita Luchessa. Después de dar muchos rodeos, las lleva a un callejón sin salida y las apuñala.

«Algo me atrae hacia Mary Ann, algo que me obsesiona. No quiero decir que sienta compasión por ella cuando hablo de ella. De hecho, representa precisamente lo que me impulsa a cometer esos crímenes... Es altiva, algo desdenosa. Veo a una joven, ni bonita ni fea. Una californiana. Y se muestra distante conmigo... Mary Ann era experta en autoestopismo. No quería subir al coche cuando me detuve, pero yo había perfeccionado una técnica infalible. Miro siempre mi reloj, con el aire de alguien que se dice: «¿Tengo tiempo de detenerme?» Es increíble lo bien que esto funciona. Mary Ann sube con su compañera. Mientras rodamos, la observo por el retrovisor. Me mira a los ojos. Llevo gafas de sol que no son completamente opacas. Nuestras miradas se cruzan y en vez de preguntarme por qué la miro y de decirme que sería mejor que me detuviera para dejarlas apear, continúa examinándome. Eso es parte del juego, de ese intercambio que surge cuando un hombre y una mujer se miden. Era parte de mis fantasías eso de recoger a autoestopistas para matarlas, pero hasta entonces siempre había ido aplazando la realización. Maldigo mi debilidad. Me digo que debo decidirme a actuar. Es algo así como la ruleta rusa, excepto que no arriesgo mi vida. Flirteo constantemente con el peligro, es excitante. Sé que si saco mi arma tendré que matarlas. No puedo dejarlas escapar. Demasiado peligroso. Mary Ann Pesce me hace caer en el crimen a causa de su refinamiento, de la distancia que establece entre nosotros. No puedo soportarlo. Hace cinco años que no he follado. Estaba demasiado impaciente.»

«Cuando actúo, es un choque terrible. Multiplico las tonterías. Quiero estrangularla y no lo consigo. Se agita y empieza a gritar. Me siento frustrado. Tomo mi cuchillo y la apuñalo. No se muere. En las películas se supone que la gente muere en seguida. En la vida, las cosas no son así. Cuando se apuñala a alguien, brota sangre, la tensión sanguínea disminuye. Continuó apuñalándola en la espalda. Se vuelve y mi mano roza uno de sus pechos. Apunto el puñal a su estómago, tengo miedo de darle en el pecho. Me siento turbado. Quiero reducirla al silencio. Acaba con la garganta cortada de una oreja a otra. Y créame que sé lo que esto quiere decir. Pierde el conocimiento y muere probablemente unos segundos después. Salgo del coche, con las manos cubiertas de sangre y repitiéndome: «Ya está, ya lo he hecho, ya está, ya lo he hecho.» Ahora debo matar a la otra. Me quedo un momento sentado, con el revólver en la cintura. Habría podido permanecer dentro del coche si me hubiese motivado el sexo. No está todavía completamente muerta, su cuerpo se halla aún caliente. Me habría bastado con darle la

vuelta para follarla. Estoy todavía conmocionado y tropiezo al salir del auto. Por poco me caigo al suelo.»

«Mientras mataba a Mary Ann, sé que su compañera oyó los gritos. En un momento dado le cubrí la boca y la nariz con mis manos, pero seguía gimoteando. Esto me saca de quicio, no lo soporto. Es algo que no se olvida. Los pulmones de Mary Ann están tan llenos de agujeros que las palabras y los sonidos salen como burbujas que gorgotean. Tengo la impresión de que me va a estallar el cerebro. Es como una pesadilla psicótica. Y le corté la garganta. Al salir del auto, dejé el cuchillo en el interior. Abro el maletero y la otra muchacha me ve con las manos ensangrentadas. Murmuro una vaga excusa para tratar de explicárselo. Siento que, desea con todas sus fuerzas creermelo, pues es su única esperanza de sobrevivir. Le ordeno que salga del maletero. Ni siquiera se da cuenta de que tengo el cuchillo en la mano. Y empiezo a apuñalarla. Se defiende con uñas y dientes, gritando. La agarro por el brazo y le doy dos cuchilladas en los flancos. Espero que caiga, pero continúa gritando y de la boca le sale sangre que me rocía la cara. Le grito que se calle y lo hace. Dice varias veces: “No, no.” Le cubro la boca con una mano. Me muerde los dedos. Le hundo los dedos en la boca y en este momento pierde el conocimiento. Se está muriendo. Sus brazos se agitan en todos los sentidos. Es insensato, pero recupera el conocimiento y me pregunta: «Por qué?» Yo también quiero saber por qué y me acerco a ella. Unos segundos después, se convulsiona, sus brazos baten el aire, hay sangre en todas partes y ella continúa hablando. Repite alternativamente “No, no, no” y “¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?” Es una locura. No siento nada, ya no formo parte de la raza humana. Unos instantes después, muere.»

Kemper lleva a su casa los dos cadáveres y los fotografía con una cámara Polaroid. Los disecciona, sin dejar de gozar con algunas partes de los cuerpos:

«Regreso a mi apartamento con los dos cuerpos en el coche. El maletero está lleno de sangre, pues una de las víctimas está cubierta de puñaladas. El otro quedó en el asiento trasero. El propietario del edificio está en casa, con dos amigos. Discuten y me imagino su sorpresa si les hubiese arrojado a los pies los dos cuerpos. La idea de hacerlo hasta me excita... Después de cortar las cabezas, me las llevo a mi dormitorio. Las coloco en un sillón y me quedo un largo rato contemplándolas antes de ponerlas sobre mi cama, donde juego con ellas. Una de las cabezas rueda al suelo, sobre la alfombra, y hace bastante ruido. Mi vecino de abajo me detesta, pues hago mucho ruido hasta muy entrada la noche. Toma una escoba y golpea el techo. Le contesto gritando: “Compañero, lo siento mucho, he dejado caer mi cabeza. Lo siento...”»

«Vivas, las mujeres sé muestran distantes conmigo. No comparten nada. Trato de establecer una relación pero no la hay... Cuando las mato, sé que me pertenecen. Es la única manera que tengo de poseerlas. Las quiero para mí solo. Que hagan una sola persona conmigo. La fantasía de las cabezas cortadas es como un trofeo. Es la cabeza lo que hace a la persona. Una vez cortada la cabeza, el cuerpo ya no es nada. Bueno, esto no es del todo exacto. Con las mujeres, quedan todavía muchas cosas interesantes, incluso si falta la cabeza, pero la personalidad ha desaparecido.»

Al día siguiente, Kemper entierra los cadáveres en las montañas de Santa Cruz y arroja las cabezas a un barranco:

«Algunas veces he vuelto al lugar donde enterré a Mary Ann... La quiero cerca de mí... Porque la amo y la deseo.»

Como ya no le bastan las fotos de Mary Ann y de Anita, el 14 de septiembre Kemper toma a bordo de su coche a la joven Aiko Koo. Tiene 15 años. Kemper cuenta:

«Por un momento, pienso abandonar mis crímenes satisfaciéndome con las fotos, pero su efecto dura alrededor de dos semanas. Para mí, la víctima tiene también su papel, el de la californiana a la que se promete todo y que puede permitírsele todo. Una sonrisa deslumbradora en los labios. El hecho de que suba a mi coche es más bien trágico, pues es como si llevara un cartel a la espalda indicándome que debo matarla. Esas chicas son bastante mayorcitas para saber lo que hacen y, sobre todo, lo que no hay que hacer, como es el autoestop. Siempre me asombró que siguieran haciendo autoestop aún después del descubrimiento de los primeros cadáveres. Me desafían por el hecho de otorgarse el derecho de hacer lo que les venga en gana. Esto me demuestra que la sociedad está tan chiflada como me lo parece. Es algo que me molesta: se sienten seguras en una sociedad en la que yo no lo estoy.»

«He leído que en el Oeste americano se curtía la piel de los ahorcados para hacer con ella botas o que se utilizaba su cráneo como tintero. Corté el cabello de una de mis víctimas para hacer una trenza. Al cabo de dos o tres semanas la tiré porque me provocaba demasiada tensión. Me recordaba demasiado la realidad. Fantaseaba mucho pero con la trenza era como un trip malo. Conocí a asesinos que conservaban pedazos de cadáver en jarras con una solución de formol. Tuve miedo, porque sabía que poco a poco llegaría a esto. Debía detenerme si no quería llegar a ser un nuevo Ed Gein. Pruebo los límites de mi universo. Demuestro que puedo llegar a hacerlo en el seno de mi comunidad. Todos me consideraban una buena persona.»

Kemper estrangula a Aiko Koo antes de violar su cadáver y de llevárselo a su casa.

«Trato primero de asfixiarla apretándole la nariz, pero se debate con violencia. Creo haberlo logrado, pero ella recobra el conocimiento y se da cuenta de lo que pasa. La domina el pánico. Finalmente, la estrangulo con su bufanda... Después de matarla, estoy agitado, tengo calor y mucha sed. Me detengo en un bar para tomarme unas cervezas con el cadáver todavía en el maletero de mi automóvil. Al llevar el cadáver a mi casa estuve a punto de que unos vecinos me sorprendieran. Desmembrarlo fue un trabajo meticuloso con cuchillo y hacha. Me tomó unas cuatro horas de trabajo. Cortar los miembros, deshacerme de la sangre y lavar completamente la bañera y el cuarto de baño.»

A la mañana siguiente, Edmund Kemper visita a sus dos psiquiatras, que lo consideran curado, cuando la cabeza cortada de Aiko se encuentra en el maletero de su coche. Ed consigue que su historial penal siga virgen gracias a la recomendación de los dos psiquiatras. El informe de esos especialistas concluye que *«no veo ninguna razón psiquiátrica para considerarlo peligroso. De hecho, el único peligro que representa reside en su modo de conducir su moto o un coche»*.

«La mato un jueves por la noche. A la mañana siguiente comunico a mi patrón que estoy enfermo. Desmiembro el cuerpo de la chica. El viernes por la noche me deshago del cadáver pero conservo la cabeza y las manos, fácilmente identificables. El sábado por la mañana salgo de mi casa llevándomelas. Busco un lugar para enterrarlas. No es fácil

deshacerse de esas cosas. Estuve varias veces a punto de que me sorprendieran mientras enterraba los cuerpos y si se descubre un cadáver los testigos pueden acordarse de un auto color crema parado no lejos de allí. El sábado por la mañana visito a mi psiquiatra en Fresno y por la tarde visito al otro. El sábado por la noche voy con mi novia y su familia a Turlock y el domingo por la noche regreso a mi casa.»

Transcurren cuatro meses antes de que «el asesino de estudiantes» vuelva a matar. El 9 de enero de 1973 la estudiante Cindy Schall se ve obligada, ante la amenaza de un revólver, a meterse en el maletero del auto de Kemper, donde la mata en seguida. De regreso a casa de su madre, Kemper coloca el cadáver en su cama y lo viola. Una vez satisfechos sus deseos necrofilicos, desmiembra el cuerpo en la bañera. Arroja los restos al mar y entierra la cabeza al pie de la ventana del cuarto de su madre.

«Cuando la policía me detiene descubre un sable en mi casa y no duda de que es el arma con que corté las cabezas. Lo envían al FBI para someterlo a análisis, pero la respuesta es que no hay restos de sangre en la hoja del sable. Se comprende su malhumor cuando se sabe que esta clase de análisis cuesta decenas de miles de dólares. Les había dicho que ese sable sólo sirvió para golpear un árbol, pero no me creyeron. Y el hombre que lo utilizó fue justamente el jefe de policía, el padre de mi novia, al que había enseñado el sable. Lo había afilado a menudo, lubricando la hoja. Es verdad que había pensado utilizarlo para cortar cabezas. Formaba parte de mis fantasías. Otro experto se equivoca igualmente y afirma que una sierra eléctrica sirvió para cortar las cabezas: a causa de las marcas en los huesos. No. Empleé un simple cuchillo de bolsillo con una hoja de apenas diez centímetros. Primero debo hundir la hoja en la carne y luego darle vuelta para desbloquear la vértebra. Se dijo que siempre corté las cabezas entre la segunda y la tercera vértebras cervicales. ¿Ha tratado alguna vez de cortar entre dos vértebras? Es casi imposible. Los polis eran imbéciles.»

Desde finales de diciembre se fueron descubriendo cuerpos. Gracias a su costumbre de ir al bar donde van también policías, Ed Kemper se entera de cómo marcha la investigación. Y reincide. El 5 de febrero de 1973 les toca a Rosalind Thorpe y a Alice Lin caer bajo los golpes del gigantón de Santa Cruz:

«Thorpe tiene una frente muy ancha y trato de imaginar cómo debe de ser su cerebro dentro de su cráneo. Quiero que mi bate dé justo en medio del cerebro. Un segundo antes todavía se mueve y un segundo después está muerta. Un ruido y luego el silencio, un silencio absoluto... Lin, sentada en el asiento trasero, se cubre la cara con las manos. Me vuelvo y disparo dos veces seguidas a través de sus manos. Fallo. La tercera vez es la buena, en plena sien... Pasamos por delante de la garita de la policía del campus y oigo a Lin que se está muriendo en el asiento trasero. Una vez fuera de la ciudad, voy muy despacio antes de volverle la cabeza y de dispararle a bocajarro.»

Kemper amontona los dos cadáveres en el maletero y regresa a casa de su madre, donde cena tranquilamente. Luego, baja a decapitar los cuerpos, pero no está satisfecho y regresa a buscar el tronco de Alice Lin, al que viola en el suelo de la cocina. Más tarde, en el maletero, le corta las manos:

«Ya sé que es peligroso hacer subir al coche a una estudiante en el mismo campus. Coger a dos multiplica, pues, el peligro, pero sabía que podría hacerlo. Una vez, en pleno día, tomé a tres en la University Avenue de Berkeley y por poco las mato. Hubiera podido

hacerlo sin problemas gracias al ruido que hay en la autopista, que habría cubierto el sonido de los disparos. Debo detenerme, pues pierdo todo control de mí mismo. Bebo cada vez más. Los polis me conocen como un gran bebedor y tal vez por eso no sospecharon de mí. En público casi siempre estoy ebrio de vino o cerveza, o bajo la influencia de diversos barbitúricos, pero estoy sobrio cuando cometo los crímenes. ¿Por qué? Cuando estoy borracho no consigo actuar. Por eso bebo constantemente, porque quiero detener esta locura. Pero es difícil estar siempre borracho. He llegado a tragar entre veinticinco y treinta litros de vino a la semana, dos veces más que mi madre.»

«Alrededor de un mes y medio después de matar a las últimas estudiantes, me impuse una prueba. Recojo a dos muchachas, que me hacen pensar en mis víctimas precedentes, y nos dirigimos por la autopista A-13 en dirección a la 580. Me piden que las lleve hacia Palomares Drive, donde ya maté. La universidad se encuentra al otro lado y no me creen cuando les aseguro con energía que debemos cambiar de dirección. “Pero si queremos ir por allá...”, dicen. Incluso si no llegamos a Palomares Drive, por allí hay ese camino sin salida que... Y morirán si mis impulsos me dominan. Si seguimos en esa dirección la prueba irá demasiado lejos. Ya hemos ido demasiado lejos. Tengo la misma impresión que con las dos primeras. Siento miedo de tener que matarlas. Intento deshacerme de mis impulsos, algo así como quien intenta dejar de fumar o de beber. Seguimos discutiendo. Si se ponen a gritar estoy jodido, pues alguien telefoneará a la policía. ¡Y yo que les estoy diciendo lo que hay que hacer para salvar sus vidas!»

«Desgraciadamente, no sirve de nada y se asustan. Les digo que no se inquieten y que esperen al próximo cruce. “Si me equivoco, tomaremos el otro camino. Confíen en mí”. Y me digo: “Mierda”. El revólver está debajo de mi asiento. Llegamos a la autopista y un cartel anuncia la salida para Mills College. Ellas continúan con miedo. No he seguido sus indicaciones, su camino, y esto las aterroriza. Dejo a las dos muchachas a la entrada de la universidad y estoy dispuesto a apostar que se lo pensarán dos veces antes de volver al autoestop. Estoy casi seguro de que aún hoy ignoran hasta qué punto estuvieron cerca de la muerte. Ese día comprendí que no podría detenerme. No consigo ya controlarme. Sé que voy a matar otra vez. Es ineluctable.»

Kemper bebe enormemente y se pelea sin cesar con su madre. Pierde todo el control y traza proyectos insensatos:

«Quería encararme con las autoridades de Santa Cruz. Demostrarles que iba en serio, que se trataba realmente de un monstruo. Deseaba destruir a todos mis vecinos, una docena de familias. Mi ataque habría sido lento, metódico, sistemático. Sabía que podía hacerlo.»

Finalmente, en la madrugada de un sábado santo mata a martillazos a su madre dormida antes de decapitarla y de violar su cadáver.

«La semana que precede al asesinato de mi madre me monto en la cabeza todo un cine. Mi madre morirá. La mataré. Luego, me dirigiré a la policía con la esperanza de que me maten en medio de la calle. Y se encontrarán metidos en la mierda, les tocará explicarlo todo, puesto que yo ya no estaré allí para hacerlo. Durante toda la semana esta idea me invade más y más. El viernes santo sólo trabajo por la mañana y regreso a Santa Cruz por la tarde. Bebo durante toda la velada. Cuando mi madre regresa, estoy dormido. Los acontecimientos tienen lugar como los había previsto. Me despierto después de su llegada. Las últimas palabras, la última disputa. Voy a su cuarto para discutir. No busco excusas

para explicar mi gesto. Quiero simplemente decir que en el fondo de mí mismo deseaba pronunciar la palabra apropiada, o que ella dijese algo que detuviera de golpe toda esa locura. Tenía esta pequeña e ingenua esperanza. Pero nada... Está leyendo, deja su libro para decirme: “Vaya por Dios, ¿te quedarás de pie toda la noche para hablarme?” Era una de sus frases favoritas cuando iba a hablarle a su cuarto. La mayor parte de las veces yo contestaba que no y me marchaba. Ella sabía entonces que me había herido, que a la mañana siguiente todo volvería a ser normal. Esa noche yo había decidido que no hablaríamos. Regreso a mi cuarto para tenderme un rato. Dos o tres horas sin poder dormirme. Deben de ser las cuatro o las cinco de la madrugada. Voy a su cuarto con el martillo en la mano y le hundo la sien, le corto la garganta, le levanto el mentón y le rajo la laringe antes de arrojarla a la basura. Desde que era niño nunca dejó de gritarme y de regañarme. Siempre consideré a mi madre como alguien muy impresionante, un ser casi indestructible. Tuvo una enorme influencia en mi vida. Me sorprende mucho darme cuenta de hasta qué punto es vulnerable, tan humana como mis demás víctimas.... Esto me sobrecoge un buen rato, y todavía me conmueve aunque su desaparición me alivie.»

La cabeza de la madre, sobre la repisa de la chimenea, sirve de blanco a las flechitas que Kemper lanza mientras la insulta. Al día siguiente encuentra un amigo que le debe diez dólares desde hace bastante tiempo. Kemper se dispone a matarlo, pero el hombre le paga la deuda y eso le salva la vida.

Presa siempre de un frenesí asesino, Kemper telefonea a Sally Hallett, una amiga de su madre, y la invita a una cena sorpresa. Tan pronto como se sienta, la golpea, la estrangula y la decapita:

«Apenas llega, se deja caer en un sillón y dice que está muerta de cansancio. En fin de cuentas, le tomé la palabra.»

Kemper coloca el cuerpo sobre su cama antes de irse a dormir al cuarto de su madre. Al despertarse, el domingo de Pascua, se marcha de su casa en coche y deja esta nota:

Sábado, 5.15 de la mañana. No es necesario que ella sufra a causa del horrible «carnicero sangriento». Fue breve -ella dormía-, yo quise que fuese así. Muchachos, no es un trabajo incompleto y descuidado. Simplemente, falta de tiempo. ¡¡¡Tengo cosas que hacer!!!

Al cabo de 48 horas de camino, Kemper se sorprende de que no lo hayan detenido por los asesinatos, aunque lo han hecho, pero para imponerle una multa por exceso de velocidad. Se atiborra de pastillas de No-Doz para no dormirse y sigue su ruta hacia el Estado de Colorado.

«Temía que el menor incidente me hiciera perder por completo la cabeza. Nunca había sentido una impresión así. Tuve miedo.»

Telefonea a sus amigos policías de Santa Cruz para entregarse, pero, chiste inútil, nadie le cree. Le cuelgan varias veces el teléfono. Consigue convencer por fin a uno de los policías y lo detienen. En su confesión, muy detallada, Ed Kemper reconoce su canibalismo:

«Devoré una parte de mi tercera víctima. Le corté pedazos de carne, que puse en el congelador. Veinticuatro horas después de disecarla, hice un guisado con la carne, macarrones, cebolla y queso, como una carroña. Un buitre o un oso. ¿Conoce la sangre negra? Es sangre no oxigenada, se la ve por un instante antes de que entre en contacto con el aire. Luego, se vuelve roja. Cuando está en el cuerpo, la sangre es negra como el alquitrán. Comí un pedazo de pierna que había remojado en sangre negra durante casi un día entero. ¿Por qué lo hice? Como había cazado animales en Montana, sólo continuaba una experiencia de canibalismo. Cuando eran ustedes niños, estoy seguro de que se hicieron esta pregunta: ¿Qué hacer en una isla desierta con otras tres personas y sin nada que comer? ¿Si uno de ustedes está enfermo? Todo eso viene de los relatos de la segunda guerra mundial. Había oído hablar de eso a antiguos marinos. Además, en cierto modo vuelvo a poseer a mi víctima, al comérmela... Hacia el final, estaba cada vez más enfermo, sediento de sangre, y sin embargo, esos chorros de sangre me cabrean. No me gusta verlos. Lo que deseo ardientemente, en cambio, es asistir a la muerte, y saborear el triunfo que asocio con ella, mi propio triunfo sobre la muerte de los demás. Es como una droga, que me empuja a querer cada vez más. Quiero triunfar de mi víctima. Vencer a la muerte. Ellas están muertas y yo estoy vivo. Es una victoria personal.»

En la época en que Ed Kemper prepara su cruzada de asesinatos, Santa Cruz vive bajo una oleada de asesinatos sin precedentes que le vale el título de Capital del Asesinato de los Estados Unidos, de Murdertown, Ciudad del Asesinato. El 19 de octubre de 1970, John Frazier, un asesino psicótico aficionado al ocultismo, asesina a los cinco miembros de la familia del doctor Otah dejando el siguiente mensaje en el parabrisas de su Rolls Royce:

Halloween 1970. Hoy comienza la Tercera Guerra Mundial declarada por el pueblo del Universo Libre. A partir de hoy, quien contamine el medio ambiente o lo destruya, sufrirá la pena de muerte infligida por los miembros del Universo Libre. Yo y mis camaradas lucharemos hasta la muerte contra quien se oponga a la vida natural en este planeta. El materialismo debe morir o la humanidad desaparecerá.

REY DE BASTOS – REY DE COPAS – REY DE ESPADAS

Paralelamente a los crímenes de Kemper, actúa en Santa Cruz y sus alrededores otro asesino en serie, Herbert Mullin. Como Kemper, tiene una madre superposesiva que lo ha educado en los principios más estrictos de la religión católica. Físicamente, Mullin es casi lo opuesto de Kemper: bajito, frágil, enfermizo. Su camino se cruza con el del gigantón cuando son vecinos de celda.

En su infancia Mullin no manifiesta ningún signo inquietante. Tiene éxito en sus estudios y, a la vez, se dedica al deporte. En 1964, a los 17 años de edad, lo eligen «el mejor atleta» de su escuela secundaria. En junio de 1965, la muerte en accidente de su mejor amigo transforma, ensombreciéndola, la personalidad de Mullin. Convierte su dormitorio en una capilla en memoria de su amigo difunto y confía a su novia que teme ser homosexual.

A finales de 1969, su interés por las religiones orientales le aparta de la realidad, hasta el punto de que sus padres lo mandan al hospital. Su negativa a colaborar con ellos obliga a los psiquiatras a darle de alta al cabo de unas semanas. Mullin toma sin cesar LSD, oye voces cuyas órdenes sigue ciegamente, se afeita la cabeza o se quema el pene con un cigarrillo encendido. De vuelta al hospital, escribe cartas delirantes a desconocidos, cuyo

nombre encuentra en el directorio de teléfonos, y firma sus diatribas «*Herb Mullin, un sacrificio humano*». En septiembre de 1972, sus voces le ordenan que mate.

El 13 de octubre de 1972, Mullin asesina a Lawrence White, un viejo sin domicilio fijo. Le destroza el cráneo a golpes de bate de béisbol. El 24 de octubre le toca el turno de caer apuñalada a la joven estudiante Mary Guilfoyle. Como Ed Kemper, la eviscera antes de arrojar los restos cerca de una carretera abandonada, donde no los encontrarán hasta febrero del año siguiente. El 2 de noviembre de 1972, se confiesa con el padre Tomei, al que apuñala en la iglesia de Saint Mary. El mes siguiente se compra una pistola y se pone en busca de Jim Gianera, un «camello», al que cree responsable de un complot destinado a destruirle el cerebro. Gianera se ha mudado y Kathy Francis, la nueva inquilina, le da su nueva dirección, a la que se dirige Mullin. Mata a la pareja Gianera y luego regresa para asesinar a Kathy Francis y sus dos hijos menores.

Cuando se pasea, el 6 de febrero de 1973, por las colinas de los alrededores de Santa Cruz, Mullin oye la voz que le ordena matar. Abate a tiros a cuatro jóvenes excursionistas acampados. El 13 de febrero, en el centro de Santa Cruz, Mullin detiene su coche junto a la acera y asesina a Fred Pérez, que cuidaba de su jardín. Unos testigos logran anotar el número de la placa del automóvil de Mullin y minutos más tarde una patrulla lo detiene. Ante el tribunal, reconoce sus crímenes y afirma que «los asesinatos eran necesarios para evitar unos terremotos que habrían destruido California».

Cuando dos asesinos en serie del calibre de Ed Kemper y Herbert Mullin se encuentran, ¿qué se cuentan? Lo sabemos gracias a este relato de Kemper:

«Mullin fue mi vecino de celda durante varios años. Hasta le conseguí un empleo en la cocina de la prisión donde yo trabajaba. Uno de los guardias me pidió que lo hiciera con el fin de proteger a Herbie. Siempre lo llamé así. Es como yo, que nunca me presenté como Edmund Emil Kemper III antes de que las autoridades lo hicieran por mí. A Herbie los demás presos lo detestaban, pues les cabreaba sin cesar. A menudo le rompían la cara. Un día me lo encuentro en las duchas y me doy cuenta de que se ha guardado la barra de jabón, aunque ya se ha lavado. “Perdone, señor Mullin, ¿tiene usted jabón? Ya no queda por aquí.” “No.” Ese individuo corto de talla me detesta, pienso, siempre le intimidan los que son más altos que él. Es así como nos conocimos. Me dije: “Pequeñajo, no pierdes nada con esperar.” Y luego descubro que adora los cacahuets de la marca Planters. Compro una veintena de paquetes, le doy algunos y debe de decirse: “Vaya, ese tipo me ofrece cacahuets y no he hecho nada por él. Ni siquiera lo conozco.” Se acerca a mi celda, le tiendo el paquete y veo esa manita, una mano de mono, vacilar entre los barrotes. La retira, sin duda porque cree que voy a arrancarle el brazo. Coloco el paquete encima de uno de los barrotes horizontales y me retiro al fondo de la celda. Coge el paquete y continuó dándole otros. Herbie se queda horas enteras en su celda, escribiendo. Pero fastidia a los demás presos, sobre todo los sábados por la noche, cuando miran en la tele los programas de rock. Entonces, Herbie se levanta y lee los discursos que ha escrito durante el día. Son interminables, quiere demostrar con ellos que la tele es muy mala y los grita a todo pulmón. Lo hace mientras dura el programa. Los otros le arrojan a la cara lo que encuentran a mano, para que se calle, pues están furiosos. A veces canta con una horrible voz de falsete. Hasta los guardias se ponen nerviosos. Uno estuvo a punto de descargarle un chorro de la bomba de gases lacrimógenos una vez que Herbie y yo estábamos encadenados juntos. Le pregunto: “Herbie, ¿por qué haces esto?” Y me

contesta que tiene derecho a hacer lo que le parezca. En ese momento decido cambiar su comportamiento.»

«Cuando se porta bien, le doy cacahuetes, y cuando se porta mal me las arreglo para lanzarle un cubo de agua a la cabeza, dejándole completamente mojado en su celda. Cuando no lo consigo, pido la ayuda de los demás presos, que gritan de alegría cada vez que mojo a Herbie. Tarda unas tres semanas en mejorar su conducta. Pide permiso para cantar y no lo hace en las horas de la tele, pero ya no le divierte y se detiene en general al cabo de dos o tres minutos. Había encontrado un medio de hacerlo cambiar. Los guardianes están fascinados por mis resultados. Herbie coopera, ahora. Le he explicado por qué no le aprecian. Una vez estuvimos juntos en el calabozo y continué mis experimentos. Estaba perpetuamente angustiado y sufría. Le hice una serie de preguntas por el estilo de “¿Cuando empleas tu arma tiras a toda velocidad?” Se quedó muy sorprendido. “¿Cómo lo sabes?” “Porque yo hacía lo mismo.” Le fascina constatar que leo sus menores pensamientos, cosas que nunca confesó a los polis. Veo a un semejante, a un tipo que hace las mismas cosas que yo hacía de niño. Había pasado mucho tiempo en los hospitales psiquiátricos, se sentía rechazado por la raza humana. Teníamos muchos puntos en común. Le hablo de lo que ocurre cuando se mata a alguien. “Ya sé, cae muerto”, dice Herbie. “No, Herbie, escupe sangre, trata de hablar y alguno todavía se mueve cuando le has disparado; y vuelves a empezar.” “¿Cómo lo sabes, si no estabas allí?” “Lo sé porque yo hice lo mismo. Y sobre todo, Herbie, no me hables más de tus bobadas de los terremotos o de que Dios te ordena esto o aquello. Todo eso es un cuento chino y lo sabes muy bien.” “Tienes razón, Ed, pero nunca se lo dije a nadie.” Así eran mis relaciones con Herbie Mullin.»

Después de su condena en 1973, Ed Kemper enseña informática y participa activamente en un programa de transcripción en Braille de obras literarias para los ciegos, lo que le vale varias recompensas de la administración. Esos trofeos, muy distintos de los que coleccionaba antes, se exponen en el vestíbulo de recepción de visitantes de la prisión de Vacaville. Desde hace años, Kemper puede legalmente obtener la libertad bajo palabra, pero es casi imposible que se la concedan. Además, se muestra muy lúcido sobre este punto y prefiere quedarse en la cárcel.

El doctor Donald T. Lunde, que trabaja en la Universidad de Stanford, es el psiquiatra que mejor ha conocido a Kemper. Tras la detención de éste, le encargaron muchas veces que lo examinara. Después de ver el vídeo de mi entrevista con Kemper en la prisión de Vacaville (vídeo que realizó Olivier Raffet), el doctor Lunde, que no había visto a su paciente desde hacía casi veinte años, aceptó decimos lo que pensaba de él:

-Kemper es muy inteligente. Su cociente intelectual lo coloca en una categoría en la que solamente está del 1 al 2 por ciento de la población. Hay que ser muy inteligente para cometer una serie de asesinatos como los suyos sin que lo capturen. Recuerden que él mismo se entregó a la policía. Para Kemper y los asesinos en serie en general es muy importante, con referencia a su ego, sobrepasar en listeza a la policía. Algunos se burlan de la autoridad en cartas, como Jack el Destripador, el Hijo de Sam o esas extrañas misivas codificadas del Zodíaco que contienen pedazos ensangrentados de vestidos. Kenneth Bianchi, uno de los estranguladores de las colinas, siguió cursos para policías en la universidad y trabajó a las órdenes de un *sheriff*. Esos asesinos se sienten fascinados por la policía. Cuando Kemper telefoneó para denunciarse, el policía que tomó la llamada se echó a reír. «¿Big Ed, Big Ed Kemper?... ¿El mismo con el que bebemos en el Jury

Room? ¡Vamos, hombre!» El sargento le cuelga varias veces el teléfono, convencido de que es una broma. De igual modo, cuando sale con la hija del jefe de policía y la devuelve sana y salva a casa de su padre, lo que le importa es demostrar que él es el más listo. Cuando me contaba esto, Kemper se echaba a reír cada vez. Estas características se encuentran en la mayoría de los asesinos en serie, pero todavía no tenemos bastante información sobre ellos. Pasaron por experiencias similares con la madre en su infancia, una mezcla de agresión y de conductas extrañas, muy alejado todo de una infancia normal. Madres que pueden pegarles y cinco minutos más tarde acostarse con ellos. Sexo y agresión. Es la edad en que el niño debe aprender a separar el sexo de la agresión, pero esos individuos aprenden precisamente lo contrario.

Cuando Kemper declara que quería hacer daño a su madre, pone el dedo en la llaga. Kemper asesina a mujeres a las que asocia con su madre. Como ésta trabaja en la universidad, escoge a estudiantes. Finalmente, el sábado santo mata a su madre al amanecer, le corta la cabeza y la pone en la repisa de la chimenea. Pasa el día gritándole insultos: «Le grité cosas que quise decirle toda mi vida y, por primera vez, sin que me interrumpiera.» Asesinada su madre, ya no siente la necesidad de volver a matar. Kemper, por las imágenes del vídeo tomadas en la cárcel, parece más bien relajado y como en su casa. Su misión consistía en destruir a su madre, pero no actuó de manera consciente.

-¿Por qué Kemper diseca sus primeras víctimas y luego ya no lo hace?

-Siente curiosidad -dice el doctor Lunde-, pero luego pierde esta curiosidad. Existe igualmente otra razón, mucho más desagradable. Conserva en su nevera pedazos de carne. Posee un montón de fotos Polaroid que muestran los cadáveres mutilados de sus primeras víctimas. Ese mismo Kemper que habla con voz mesurada y parece tan sensato, me describía recetas caníbales. «Preparaba un excelente guiso con esos pedazos de carne y macarrones.» Me indicaba las proporciones de queso y cebolla, me describía el gusto de ese plato. Sentía un verdadero placer comiéndose a sus víctimas y mirando las fotos. Al cabo de tres o cuatro semanas, los impulsos asesinos volvían a hacerse demasiado poderosos y tenía que matar de nuevo... Cuando no se captura a un asesino en serie, este intervalo entre cada crimen se acorta a lo largo de los años. Algo así como una droga...

-Kemper le cuenta, sin ocultar nada, los detalles más atroces de sus crímenes, pero se muestra reticente respecto a su madre. Confiesa su canibalismo pero niega haber utilizado la cabeza de su madre como blanco de un juego de flechitas. Se esfuerza en parecer sensato, pero explica que cortó la laringe de su madre y que le costó decapitarla.

-Su madre -puntualiza el doctor Lunde- tenía una personalidad muy fuerte, lo humillaba constantemente. Poseía una voz tonante y le regañaba muy a menudo. Kemper se quejó de esto durante años. Se tomó la molestia de cortar ese órgano de la voz para tritularlo y echarlo a la basura. El símbolo es evidente, incluso para un psiquiatra primerizo. Los asesinos en serie tratan de racionalizar su conducta después de cometer sus crímenes. A Kemper siempre le costó confesar la necrofilia. Acepta que se le considere como asesino, hasta como asesino caníbal, pero no que se le tenga por un perverso sexual.

-Durante nuestra entrevista, doctor, se contradijo dos veces al evocar la elección, deliberada o no, de un tipo dado de víctimas. ¿Cómo explicarlo?

-Kemper escoge sus víctimas con minucia. He visto una lista, escrita por él, de las características que debían reunir necesariamente sus futuras víctimas. A las muchachas que tomaba en su coche en autoestop las asediaba a preguntas. El oficio de su padre, su residencia, la descripción de su casa, la universidad en que estaban matriculadas, si su madre le repetía que las hijas de buena familia, educadas, bellas, inteligentes, se negarían siempre a salir con un pobre sujeto como él. Era justamente este tipo de mujeres el que Kemper buscaba. Cuando las autoestopistas no encajaban en esos criterios estaban a salvo. Según él, Kemper recogió entre tres y cuatrocientas autoestopistas.

»Por lo demás, prepara cuidadosamente sus asesinatos, como hacen casi todos los asesinos en serie que no son psicóticos. Había arreglado su coche de manera que podía bloquear la puerta del lado del pasajero accionando un mecanismo colocado debajo de su asiento. Una vez entraba en el coche, la muchacha había caído en una trampa. Lo prueban las huellas de raspaduras y de uñas descubiertas en la puerta de la derecha. Ted Bundy, Kenneth Bianchi y Angelo Buono habían instalado sistemas similares en sus automóviles.

-¿Cree que Kemper es hoy todavía peligroso?

-Allí donde está, no. Lo que le interesa es matar a mujeres. En la prisión de Vacaville sólo hay presos varones. Los impulsos asesinos que motivaban a Kemper iban dirigidos contra su madre. Ésta está muerta y no creo que fuera peligroso, ahora, ni siquiera si se topase con mujeres.

Con sus dos metros de estatura y ciento treinta kilos de peso, Ed Kemper ansiaba convertirse en un héroe tan varonil como su ídolo John Wayne. Pero era un inadaptado social, tarado emocionalmente por una madre dominante. A los quince años saltó la tapa de los sesos a sus abuelos e, inexplicablemente, causó una impresión tan favorable a los psiquiatras, que cinco años después quedó en libertad. Pero los demonios continuaban rugiendo en su interior y planeó una venganza espantosa contra la sociedad que le había rechazado.

Aquel muchacho, encerrado en una granja aislada en compañía de unos parientes a los que aborrecía, llegó a abrigar extraños pensamientos. Según su familia, el joven Ed no era un chico normal... Una irresistible explosión de cólera, unos pocos disparos certeros de un rifle del veintidós y todo acabó para el abuelo y la abuela Kemper.

Ya a los quince años, Ed Kemper era distinto. Medía 1,90 y era proclive a ciertos melancólicos mutismos y a ausencias, y los chicos de su edad procuraban evitarlo.

Su madre lo consideraba «un auténtico misterio» y, en realidad, no lo quería tener a su lado. Su padre le había dicho que el niño no podía vivir en Los Angeles con él y con su nueva esposa. Se lo habían peloteado de acá para allá y Ed terminó viviendo con sus abuelos en el fin del mundo, una casa de campo al pie de las montañas de Sierra Nevada, en California.

La abuela era más estricta y le imponía aún más castigos que su propio padre. Le molestaba el modo de mirar de su nieto y siempre estaba amenazándole con llamar al padre para contárselo. También se quejaba con frecuencia de lo caro que le resultaba alimentarlo y alojarlo.

La abuela de Ed manejaba a su marido y el chico le consideraba un tipo gris, insignificante, posiblemente algo senil, aunque abuelo y nieto se llevaban bastante bien.

El 27 de agosto de 1964, a última hora de una calurosa mañana de verano, Ed Kemper y su abuela estaban sentados a la mesa de la cocina. Ella trabajaba; su marido había ido a comprar.

Súbitamente Ed se levantó y sacó el rifle del calibre veintidós -regalo del abuelo- del armero situado junto a la puerta de la cocina, y comentó que salía a matar unos pocos conejos. Su abuela, sin levantar la vista de la labor, le advirtió que no tirara a los pájaros.

Kemper se detuvo en el porche. De repente, preso de una cólera irresistible, se dio media vuelta y, encarándose el rifle, apuntó a la cabeza de su abuela desde la ventana de la cocina y disparó.

Según explicó luego, era como si hubiera perdido el control de su cuerpo. Su mente se mantenía alerta pero indiferente, de modo que aunque percibía cada detalle, se sentía incapaz de detenerse.

La señora Kemper cayó hacia adelante. Ed le disparó en la espalda dos veces más y luego, echando mano a un cuchillo, la apuñaló una y otra vez hasta que desahogó toda su rabia. Después le enrolló una toalla a la cabeza para empapar la sangre y arrastró el cuerpo hasta el dormitorio de los ancianos.

Entonces oyó detenerse en el exterior el viejo coche del abuelo. Ya no podía volverse atrás. Volvió a encararse el rifle y, mientras el anciano sacaba del asiento delantero una caja de víveres, lo mató de un solo disparo en la cabeza. Encerró el cadáver en el garaje y trató de limpiar con una manguera la sangre que empapaba la tierra del patio, pero fue en vano. No había posibilidad de ocultarla.

Indeciso, telefoneó a su madre diciendo: «La abuela ha muerto. El abuelo, también.» Al principio trató de achacarlo a un accidente. Su madre, sospechando inmediatamente que Ed tenía algo que ver con aquellas muertes, se sintió sobresaltada, aunque no realmente sorprendida. Ya había advertido a su ex marido que podía ocurrir algo parecido.

Ordenó a Ed que llamara al *sheriff* de la localidad, quien se dirigió a la granja para detenerle. El muchacho confesó libremente ambos crímenes, pero cuando le interrogaron sobre los motivos sólo pudo decir: «Me preguntaba lo que sentiría al matar a mi abuela.» Insistió en que había asesinado a su abuelo solamente para ahorrarle la visión del cuerpo de su esposa.

Un tribunal psiquiátrico interrogó al chico en el Juvenile Hall y lo diagnosticó como un esquizofrénico paranoide. Aunque no todos estuvieron de acuerdo con el diagnóstico, el California Youth Authority decidió enviarle al Hospital del Estado, en Atascadero, especializado en agresores sexuales y en criminales dementes. Ed Kemper ingresó en la institución el 16 de diciembre de 1964.

Víctima de la ruptura del matrimonio de sus padres, Ed Kemper quedó a merced de su abuela, la cual lo encerraba en el sótano por las noches para endurecerle. Refugiándose

en sus fantasías de venganza, el adolescente comenzó matando animales y terminó por disparar contra sus abuelos.

Ed Kemper (Edmund Emil Kemper III) nació, un 18 de diciembre de 1948, en Burbank, California. Fue el segundo hijo y el único varón del electricista E. E. Kemper hijo y de su esposa Clarnell. La pareja tenía ya una hija de seis años, Susana. En 1951 la familia se completó con el nacimiento de una segunda hija, Allyn.

Los padres de Kemper eran fornidos: ella medía más de 1,80 y su marido dos metros. Tenían voces sonoras, sobre todo cuando discutían, y discutían con mucha frecuencia.

Clarnell se sentía decepcionada porque su marido no tenía estudios y creía que no ganaba bastante dinero. Pensaba que era demasiado duro con las niñas y muy poco exigente con el pequeño Ed.

La pareja se separó. Entre 1953 y 1955, E. E. Kemper estuvo en el Pacífico trabajando en centros de experimentación de la bomba atómica, después volvieron a reunirse y se pelearon de nuevo.

Por último, E. E. Kemper, que, a pesar de su tamaño y su hoja de servicios era un hombre fundamentalmente débil y bastante pasivo, no pudo soportar la tensión. En 1957 abandonó a su mujer y a sus hijos volviendo con ellos solamente en algunas ocasiones. Clarnell Kemper se trasladó con los niños a Helena, en Montana, donde consiguió trabajo en un banco.

El joven Kemper -llamado Guy en el círculo familiar- veneraba a su padre, quien le obsequiaba con relatos de sus hazañas guerreras en una Unidad de Servicios Especiales en Europa. Lo consideraba el típico héroe americano al estilo de John Wayne y se sentía profundamente afectado por la separación. Reprochaba a su madre el que se los hubiera llevado a vivir lejos de él.

Clarnell Kemper, que en aquella época bebía en exceso, pensaba que Ed era un blando. El hijo de un pariente había resultado homosexual y ella decidió que su chico necesitaba endurecerse.

Con este objeto le obligaba a dormir en el sótano de la casa. Todas las noches lo encerraba con llave y arrastraba la mesa de la cocina hasta cubrir la trampilla, y todas las noches, en aquella absoluta oscuridad, el muchacho alimentaba sus sueños de venganza.

Aquel rito se prolongó durante ocho meses hasta que llegó a oídos de su padre, quien le puso fin. El joven Ed creció profundamente trastornado, siendo un niño aprendió a tirar en un campamento de verano y a los trece años mató a tiros al perrito de uno de sus compañeros de clase, incidente que le hizo aún más impopular. Todos los chicos le rehuían, al tiempo que se burlaban de él. Ed los evitaba con un pavor insoportable a la violencia física.

No era la primera vez que mataba a un animal. A los nueve años enterró viva la gata de la familia en el patio trasero, poco después sacó el cuerpo, le arrancó la cabeza, la ensartó en un palo y la colocó en la cabecera de la cama para dirigirle sus oraciones.

Posteriormente, a los trece años, mató a su propia gata siamesa porque al parecer prefería la compañía de su hermana. Hirviendo de cólera se abalanzó sobre el animal, le rebanó la tapa del cráneo con un machete -siempre tenía armas en la casa, herencia de su padre- y luego lo apuñaló. Enterró parte del cuerpo en el jardín y ocultó el resto en el armario de su cuarto.

En el otoño de 1963, Ed se fue a vivir con su padre, que se había casado de nuevo con una ahijada de casi su misma edad. El chico entró en una escuela de Los Angeles, pero no encajó. Todos sus compañeros de clase lo evitaban y su madrastra le temía. Una semana después lo mandaron de nuevo a Montana.

Mientras tanto, su madre había descubierto los restos del gato en el interior del armario, aunque él negó saber nada de la cuestión.

Seguía sintiéndose muy desgraciado, siempre refugiado en sus fantasías. En noviembre, antes de cumplir los quince años, robó el coche de su madre y se dirigió a la cercana ciudad de Butte. Desde allí tomó un autobús y volvió al sur para ver a su padre, que consintió en quedarse con él.

El breve idilio terminó en la Navidad de 1963, cuando su padre lo llevó a la granja de los abuelos en North Fork, donde lo dejó al acabar las vacaciones.

Empezó a estudiar en la escuela de la cercana localidad de Tollhouse y la historia se repitió. No hizo amistades y sus calificaciones escolares fueron mediocres a pesar de su inteligencia, ya que las pruebas daban un coeficiente de 130.

Al terminar el curso, Kemper pasó unos días con su madre antes de volver, el 12 de agosto de 1964, a North Fork. Dos semanas después agarró el rifle y asesinó a sus abuelos.

Clarnell Kemper se divorció en septiembre de 1961. Poco después se casaba de nuevo con un fontanero de 45 años llamado Norman Turnquist, el cual comenzó haciéndose amigo de Ed, con quien iba de pesca, su principal diversión.

El muchacho correspondía a este amable trato, pero, aún así, recordaba que en una ocasión estuvo dudando en romperle la crisma con una barra de hierro mientras el otro pescaba. Tenía medio preparado un plan para robar el coche de su padrastro y dirigirse con él a Los Angeles, a casa de su padre.

Turnquist y Clarnell se divorciaron en 1963, a los 18 meses de la boda.

Ya en el hospital psiquiátrico, Ed Kemper daba rienda suelta a sus violentas fantasías sexuales... y hacía creer a los doctores que respondía a la terapia. Pero al mismo tiempo que adquiría conocimientos psicológicos, aprendía, del trato con violadores, que para no caer en manos de la justicia había que eliminar a la víctima.

La ciudad de Atascadero iba a ser el hogar de Ed Kemper durante los cinco años siguientes, cinco años en los que adquirió una gran experiencia. Rápidamente se convirtió en un recluso de confianza y a las órdenes del director de Investigaciones, el doctor Frank Vanasek, empezó a hacer los test psicológicos de otros presos. Estaba orgulloso de su trabajo y cumplía bien.

Al mismo tiempo, adquirió el dominio de los conceptos y terminología psicológicos, llegó a adivinar lo que los doctores querían que dijera, y lo dijo.

Su aprendizaje abarcó también otros aspectos. Al tratar con violadores comenzó a dar rienda suelta a sus fantasías sexuales. Observó que a muchos violadores los detenían a raíz de la identificación de las víctimas y decidió que el mejor modo de salir triunfante de una campaña de agresiones sexuales era asegurarse de que ninguna quedaba con vida.

Naturalmente, ocultaba tales ideas a los doctores, ante los que sólo presentaba su mejor faceta. A pesar de todo, ellos lo consideraban «inmaduro e inestable», con una «considerable carga de creciente hostilidad». Sin embargo, aunque apuntaron «que la posibilidad de estallido es sin duda evidente», el paciente se esmeró en mostrar una imagen dinámica e inteligente hasta conseguir, por fin, que recomendaran su puesta en libertad.

En 1969 quedó encomendado al California Youth Authority como mediopensionista y estuvo allí tres meses asistiendo al colegio con excelentes resultados.

Los médicos de Atascadero habían aconsejado que Ed Kemper se mantuviera lejos de su madre, a la que creían, según sus reconocimientos, la causa de todos los problemas. Por una u otra razón, esta advertencia fue olvidada o desoída por la junta de libertad vigilada, y a finales de año volvieron a confiárselo.

La Youth Authority no logró ponerse en contacto con el padre del joven, que se había quitado de en medio definitivamente, mudándose de casa y eliminando su número telefónico de la guía.

Mientras Ed estaba en Atascadero, su madre se había casado y divorciado por tercera vez. Después de la ruptura se volvió a California, a la ciudad costera de Santa Cruz, donde consiguió trabajo en el campus de la Universidad de California y una vivienda en una ciudad cercana.

A Kemper le resultó más difícil que nunca adaptarse al mundo exterior. Había crecido hasta convertirse en un verdadero gigante de más de dos metros de estatura y, aunque superaba los 125 kilos, los tenía bien distribuidos en su enorme esqueleto y se movía con una curiosa gracia y agilidad.

Se mostró indiferente a la revolución social de los años sesenta. Los hippies, a los que consideraba de clase baja, le disgustaban. Llevaba corto el cabello castaño y lucía un pequeño bigote cuidado, se vestía convencionalmente y miraba al mundo a través de un par de gafas con montura metálica.

Tampoco encajó en su casa. Desde que llegó comenzaron las discusiones: «Nunca he peleado verbalmente de un modo tan cruel -comentó sobre una riña-. Si hubiera sido un hombre, me habría liado a puñetazos, pero era mi madre.»

Se refugiaba en los bares de la vecindad, especialmente en el Jury Room -situado exactamente frente al juzgado local-, centro de reunión de policías fuera de servicio. Allí se encontraba con camaradas conservadores, de sus mismos criterios, que le conocían como Ed el Grande y no escudriñaban en su pasado.

El tema de las discusiones con su madre era siempre el de su futuro. Ella era tan ambiciosa con respecto a él como lo había sido con su marido, y le acuciaba para que terminara los estudios y obtuviera una plaza en la Universidad. Aunque Kemper era muy capaz de graduarse, se negaba a tal compromiso.

En vez de ello se unió a la policía. Se veía sin dificultad en el papel de un rudo pero amable servidor de la ley como su ídolo del cine americano John Wayne, pero fue rechazado a causa de su excesiva estatura. Defraudado, buscó un trabajo más vulgar.

Lo encontró en el Departamento de Autopistas de California como guardavías y avisaba a los conductores de las obras en la carretera.

Ganó el dinero suficiente como para comprarse una moto, aunque tuvo que dejarlo tras dos accidentes que le ocasionaron heridas en la cabeza y la fractura del brazo izquierdo. La compañía aseguradora le proporcionó un coche de segunda mano, un Ford Galaxia amarillo y negro. Empezó a coleccionar navajas y pidió prestadas una o dos pistolas, arsenal que escondió en el maletero del automóvil. Su nuevo trabajo le permitió separarse de su madre y alquiló una habitación en el piso de un amigo en Alameda, un suburbio de la ciudad de San Francisco.

Entre 1970 y 1971, Kemper empleó gran parte del tiempo libre en recorrer las autopistas y carreteras de California. Desde su salida de Atascadero se sentía fascinado por el número de chicas autoestopistas y ahora se creía en la obligación de parar el coche y recogerlas.

Acostumbraba a charlar con ellas, hasta que se ganaba su confianza. Era consciente de que su tamaño y su aspecto «relamido» alejaba a muchas de ellas del coche, de modo que trataba de mostrarse inofensivo y amable.

Entretanto, continuaba imaginando asesinatos, al tiempo que proyectaba sosegadamente una campaña detallada contra el mundo. Convenció a su madre para que le consiguiera un pase de la Universidad de California que le daba acceso a todos los campus del Estado y en la primavera de 1972 estaba preparado para dar el primer golpe.

El 7 de mayo, domingo, Ed Kemper recorría las carreteras de San Francisco que llevaban a las autopistas en busca de la chica apropiada. Se había vestido adecuadamente para la ocasión: un camisa de cuadros marrón claro, pantalones vaqueros de color negro y chaqueta de ante.

Mary Ann Pesce y Anita Luchessa tenían ambas dieciocho años; eran compañeras de cuarto y estudiantes de primer curso en el Fresno College State. Iban a la Universidad de Stanford, a una hora de coche, para visitar a una amiga. A las cuatro de la tarde se abrió la puerta del Ford Galaxia amarillo y negro, y las jóvenes subieron al asiento trasero.

Aprovechándose de sus bien ensayadas actitudes, Kemper se dio cuenta de que ninguna de ellas conocía la zona. En vez de dirigirse hacia Stanford, cambió de dirección y tomó hacia el este por una carretera comarcal. Cuando súbitamente se desvió hacia un camino secundario, las muchachas comprendieron que estaban en problemas y una de ellas le preguntó: «¿Qué es lo que quiere?»

En respuesta, Ed Kemper sacó de debajo del asiento una pistola Browning, de nueve milímetros, que le había prestado uno de sus compañeros de trabajo, la alzó para que pudieran verla y contestó: «Ya sabéis lo que quiero.»

Mientras Anita permanecía acobardada en el asiento trasero, Mary Ann intentaba razonar con el conductor, manteniéndose serena y comprensiva, tratando de que él la considerase como una persona y no como una víctima. Kemper sintió cierta simpatía por la chica, pero, con la experiencia adquirida durante su estancia en Atascadero, comprendió lo que estaba haciendo ella y venció la tentación de abandonar su plan.

Por fin, aparcó en un lugar solitario. Dijo a las chicas que iba a encerrar a una en el maletero del coche y a la otra en el asiento trasero, y que volvería con ambas a su apartamento.

Ató a Mary Ann al cinturón de seguridad y metió a la dócil Anita en el maletero sin que la joven opusiera resistencia. No tenía intención de llevarlas a ningún sitio.

Volvió al coche y le ató a Mary Ann las manos a la espalda. Al hacerlo le rozó el pecho con el dorso de la mano y se excusó. Luego le cubrió la cabeza con una bolsa de plástico e intentó estrangularla con el cinturón de una bata que llevaba preparado con tal objeto.

Mary Ann luchó por su vida. Agujereó la bolsa de un mordisco y moviendo la cabeza logró quitarse el cinturón del cuello y llevarlo hasta la boca. Kemper, frustrado, cogió una navaja y la apuñaló un par de veces en la espalda.

La víctima gimió. Ed la mandó callar, pero ella no hizo caso, siguió quejándose mientras la apuñalaba de nuevo. Se debatió, retorciéndose en el asiento hasta sacarse la bolsa y entonces Ed le volvió a clavar la navaja.

Ella se resistía a morir y trataba de seguir hablando. En medio de la desesperación, Kemper la agarró por la barbilla y le cortó el cuello. Por fin, todo quedó en silencio.

El asesino se dirigió al maletero. Se figuraba que la otra chica habría oído la pelea y sabía que debía matarla rápidamente.

Al abrir el maletero, se vio las manos cubiertas de sangre. Explicó que le había roto la nariz a Mary Ann porque le había insultado y necesitaba ayuda. Cuando Anita salía del maletero, Kemper le clavó la navaja más grande que llevaba, pero no consiguió atravesar las gruesas ropas de la joven.

Anita chillaba y se defendía mientras él la hería frenéticamente una y otra vez, llegando incluso a cortarse en sus propias manos. Una parte de su mente permanecía distante, captando hasta el menor detalle, como el de unas voces lejanas que flotaban en el aire.

Por fin la resistencia de la joven terminó y cayó otra vez en el maletero. Él le sacó la navaja y cerró el maletero. Se detuvo solamente para echar el cuerpo de Mary Ann al suelo del coche, lo cubrió con un abrigo y arrancó.

Serían, más o menos, las seis de la tarde cuando, cerca del lugar de los asesinatos, Ed Kemper se cruzó con una pareja que contemplaba una casa en venta y comprendió que

eran los dueños de las voces que oyera anteriormente. Estaba seguro de que tenían que haber escuchado los gritos, de manera que siguió su camino adoptando la expresión más indiferente de que fue capaz.

Todavía condujo un rato antes de volver al apartamento de Alameda. Su compañero de piso había salido. Kemper envolvió los cuerpos en una manta, los metió en la casa, los desvistió y comenzó a trocearlos después de decapitarlos. Mientras trabajaba, hacía fotografías con una máquina Polaroid.

Investigó los bolsos de las víctimas guardándose el escaso dinero que llevaban entre las dos, ocho dólares y veintiocho centavos, y hurgando en sus papeles personales cogió los datos de los carnets de identidad y luego se deshizo de todo.

Cuando terminó, volvió a meter los cadáveres en el coche y los enterró en un paraje agreste al otro lado de Santa Cruz.

Al principio, Kemper guardó las cabezas en su cuarto, en parte por el valor simbólico de trofeos que tenían y en parte para evitar la identificación (sabía que las chicas podían ser reconocidas por sus informes dentales). Algún tiempo después subió a la montaña y tiro las cabezas de sus víctimas a un barranco.

Ahora que se había librado de los cuerpos se sentía seguro. Sabía que mientras las chicas figurasen en las listas de desaparecidos no habría investigación.

Ciertamente la policía no había iniciado la búsqueda. Aunque los padres de ambas habían denunciado su desaparición, la policía solía tomarse poco interés en estos casos, ya que era frecuente que muchas jóvenes californianas dejaran sus casas por un chico o para disfrutar de los dudosos placeres de San Francisco. En su opinión, las muchachas no eran más que un par de fugitivas.

El Hospital del Estado, en el que Kemper ingresó en 1964, era famoso por sus métodos avanzados en el tratamiento de maníacos sexuales y criminales dementes, para ello se ponía un énfasis especial en el tratamiento más que en el castigo. Aunque era una institución de máxima seguridad, los reclusos gozaban de bastante libertad en su interior. Algunos disfrutaban de salidas supervisadas al mundo exterior: Kemper, por ejemplo, durante el tiempo que estuvo confinado en el centro, asistió a conferencias en la joven Cámara de Comercio.

En el verano de 1971 Kemper hizo un considerable esfuerzo por reanudar el contacto con su padre Edmund Emil Kemper II. Encontró la dirección en el Anuario de la Unión de Electricistas de Los Angeles y le telefoneó para concertar una entrevista.

Su padre no consintió que fuera a su casa -aún recordaba el efecto desconcertante que había provocado en su esposa y en su hijastra de 7 años el extraño comportamiento de su hijo- y se citaron en un restaurante.

Ed recordaba aquella comida como un encuentro cordial, en el que ambos se divirtieron enormemente, bebieron y charlaron. “Solucionamos todos los problemas sobre la muerte de los abuelos y él me perdonó y todo eso”. Luego el muchacho pagó la cuenta de la comida porque su padre “nunca tenía suelto”. Fue su último encuentro.

En los años sesenta la adormecida ciudad de Santa Cruz era un paraíso de los jubilados y centro turístico para la gente de San Francisco y Oakland. En aquella época la universidad de California abrió una serie de nuevos campus en las afueras de la ciudad, en una zona montañosa sobre la bahía de Monterrey.

El atractivo de las bellas playas, aguas tibias, elegantes edificios del siglo XIX y los maravillosos alrededores campestres eran igual de tentadores para los viajeros de San Francisco que para los hippies, y la ciudad creció rápidamente, aunque el cambio no la mejoró. Como consecuencia de la gran afluencia de jóvenes, la Universidad de Santa Cruz se convirtió en una zona especialmente atractiva para los traficantes de droga. Además, en aquellos años se instalaron allí gran número de grupos de satanistas procedentes de San Francisco.

En su recorrido por las carreteras de California, Kemper buscaba a las víctimas con astuta y fría deliberación.

Ed Kemper cometió todos los asesinatos en su estado natal de California. Como muchos americanos, era un apasionado de los automóviles; esto, unido a su trabajo en el Departamento de Autopistas de California, le dio un profundo conocimiento de la complicada red viaria del Estado.

Preparaba los crímenes con exquisito cuidado y antes de sentirse lo bastante seguro para matar a una chica, pasaba mucho tiempo recogiendo autoestopistas.

Salía con su coche casi todas las noches y se hacía cientos de kilómetros recorriendo las carreteras.

Aunque su ruta se centraba principalmente en la zona de Santa Cruz a Berkeley, a veces subía hasta el norte, cerca de la frontera con Oregón -a unos 450 kilómetros- o hacia Santa Bárbara, en dirección sur, aproximadamente a unos 320 kilómetros.

Siempre guardaba en el coche las navajas y por lo menos un revólver, además de numerosas mantas y bolsas de basura de plástico fuerte, que le servían para envolver los cuerpos de las víctimas.

Durante los años 1970-71, Ed Kemper afirmó haber subido a su coche a unas ciento cincuenta autoestopistas. Las llevaba donde querían sin molestarlas o discutir con ellas. De ese modo conocía las horas y los lugares más oportunos para recoger chicas sin llamar la atención sobre sí mismo y aprendía a hablar sin levantar sospechas o provocar miedo.

Aunque su gran tamaño resultaba en principio algo intimidatorio, Ed Kemper intentaba mostrarse convincente, como un amable gigante.

En 1969, el asesino conducía un descapotable de dos puertas. Después de comprarlo le instaló una enorme y aparatosa antena de radio, pero rápidamente comprendió que resultaba demasiado llamativo y la retiró de inmediato.

Gracias a la tarjeta de aparcamiento de la Universidad de California que le proporcionó su madre podía circular libremente por los campus de Santa Cruz y aumentaba las posibilidades de encontrar estudiantes que confiaran en él.

Las presas de Kemper eran especialmente estudiantes, muy numerosas en la zona. A comienzos de los setenta, cuando se produjeron los crímenes, sólo en la Universidad de California había matriculados más de cien mil alumnos. El campus principal era el de Berkeley, pero había ocho más en todo el Estado -Davis, Irvine, Los Angeles, Riverside, San Diego, San Francisco, Santa Barbara y Santa Cruz-. El asesino subió al coche a tres de sus víctimas -Cynthia Schall, Rosalind Thorpe y Alice Lui- en el campus de Santa Cruz o sus cercanías y a Aiko Koo en los alrededores de la Universidad de Berkeley.

Durante unos meses quedaron adormecidos los instintos asesinos de Ed Kemper, pero pronto el ansia de matar le invadió de nuevo. Sus siguientes víctimas fueron una coreana de quince años, estudiante de danza, y una alumna, de diecinueve, de la escuela superior.

Transcurrieron cuatro meses sin que Ed Kemper saliera en busca de nuevas víctimas. Cuando sentía surgir en él sus sádicos instintos, se conformaba con recordar, momento tras momento, los asesinatos de Mary Ann Pesce y Anita Luchessa, y con contemplar las fotografías de sus cuerpos desmembrados.

Kemper no se preocupó excesivamente cuando unos paseantes encontraron la cabeza de Mary Ann, que fue identificada gracias a la dentadura. Hacía tiempo que todas las posibles pistas se habían enfriado.

Por otra parte, se había roto el brazo izquierdo en un accidente de moto y le habían puesto una escayola, y como consecuencia del percance estuvo mucho tiempo de baja; tiempo que empleó en intentar hacer desaparecer sus antecedentes juveniles. Confesar el doble asesinato y los cinco años en el hospital psiquiátrico no favorecía sus perspectivas laborales y tenía prohibido adquirir un arma de fuego.

Sin embargo, a final del verano, volvió a la caza. Al atardecer del 14 de septiembre circulaba por la University Avenue de Berkeley buscando estudiantes cuando localizó a una menuda jovencita oriental haciendo autoestop junto a la parada del autobús.

La joven se llamaba Aiko Koo e iba camino de su clase de baile en San Francisco. Tenía quince años justos, aunque parecía mayor a media luz. Kemper la confundió con una estudiante.

Aiko no era una autoestopista habitual, pero había esperado en vano el autobús y temía llegar tarde a clase. No lo pensó dos veces y se metió en el coche.

Empleando el mismo método que tan «buen resultado» le había dado con Mary Ann Pesce y Anita Luchessa, el conductor dio un rodeo por las autopistas para desorientar a la pasajera y luego bajó hacia el sur por una carretera de la costa.

Cuando comprendió que no la llevaba a su destino, Aiko comenzó a gritar y a suplicar. Kemper sacó otro revólver prestado, un Magnum 357, y se lo colocó en las costillas con la mano derecha mientras conducía con la izquierda. Le aseguró que no quería hacerle daño, que estaba planeando suicidarse y que solamente quería hablar con alguien.

Se dirigió hacia las montañas y aparcó el coche. De algún modo, la convenció de que tenía que atarla y amordazarla. Ella no se resistió hasta que Ed se dejó caer sobre ella con todo su peso y le tapó con la mano la boca y la nariz.

La menuda joven se defendió con fuerza, pero no era enemigo para el gigante y enseguida desfalleció. Él aflojó su abrazo y Aiko comenzó a luchar de nuevo. Esta vez Kemper no la dejó hasta que estuvo seguro de que había perdido el conocimiento. Entonces la arrastró fuera del coche y la violó. Después la estranguló con la bufanda de la chica. Envolvió el cadáver en una manta y lo introdujo en el maletero.

Cuando salió a la carretera paró en un bar para beberse una cerveza. Luego pasó por casa de su madre sólo para comprobar si salía airoso de la visita, disfrutando de la profunda sensación que le deparaba su secreto: «Durante hora y media hablé con mi madre de cosas intrascendentes, exclusivamente para pasar el tiempo, diciéndole por qué estaba más abajo de la bahía: una mentira, una invención, comprobando con ella si se revelaba en mi rostro, en mi comportamiento o en mi modo de hablar algo de lo que estaba haciendo; y no fue así. Ella no se mostró alarmada en absoluto ni me hizo preguntas inoportunas.»

Cuando salió de la casa no pudo resistir la tentación de mirar en el maletero «sabiendo ya que estaba muerta, palpándole el cuerpo para saber qué partes estaban aún calientes, más bien por curiosidad». Según confesó posteriormente, se sentía como el pescador que obtiene el premio.

Alrededor de las once de la noche entraba en el piso de Alameda con el botín. Colocó el cuerpo de Aiko encima de la cama y estudió sus pocas pertenencias personales, intentando adivinar algo de la vida a la que había dado fin. Más tarde, despiezó el cadáver y repartió los pedazos por las montañas de Santa Cruz.

Dos días después, con la cabeza de la víctima aún en el maletero, viajó hacia Fresno para ver a una pareja de psiquiatras forenses, los cuáles después de la entrevista declararon que había hecho muchos progresos y que iban a recomendar que se eliminaran de su historial los antecedentes juveniles.

En noviembre un fallo del tribunal confirmó ese aserto y las autoridades hicieron borrón y cuenta nueva. Ahora Ed Kemper podía entrar en un comercio, rellenar un impreso, esperar cinco días y comprar un arma como cualquier otro ciudadano.

El problema era el dinero; estaba todavía parado -el brazo roto tardaba un siglo en curarse- y no podía pagar el alquiler del piso de Alameda. Le molestaba ser un gorrón para su amigo.

Derrotado, volvió a casa de su madre en el 609 A Ord Drive en Aptos y las discusiones recomenzaron casi inmediatamente. Procuraba pasar mucho tiempo dando vueltas por Santa Cruz y bebiendo en el Jury Room.

Sentía resurgir el ansia de matar y en enero de 1973 se hizo con una Rutgers automática del 22 con un cañón de quince centímetros. Había esperado tanto tiempo el momento de poder comprar su propia arma que apenas podía contenerse. A la caída de la tarde salió a la caza de chicas por el campus de la Universidad de California en Santa Cruz. Rompía así una de sus normas más importantes, ya que estaba decidido a cometer los crímenes fuera de la zona cercana a su hogar.

Era una noche lluviosa y las posibilidades de obtener una víctima femenina eran muchas: «Yo iba dando vueltas, serían las cinco aproximadamente. Recorrí varias veces el campus

y hubiera podido recoger a tres chicas distintas, dos de ellas al mismo tiempo, pero las deseché porque había bastante gente alrededor que las vería meterse en el coche. Pero las demás circunstancias eran perfectas... llovía de tal forma que la gente se subía en lo primero que se presentaba.»

Dispuesto a renunciar, bajaba por la avenida de la Mission, en Santa Cruz, cuando divisó a una mujer baja y rubia que hacía autoestop. Cynthia Schall, Cindy para su familia y amigos, salía de su trabajo de canguro en dirección al Cabrillo Community College de Santa Cruz, donde cursaba sus estudios.

En cuanto la chica subió al coche le mostró el arma. Para tranquilizarla se la metió debajo de la pierna y le contó el mismo cuento que a Aiko Koo: quería suicidarse y necesitaba hablar con alguien. «Estaba haciendo una comedia... Le dije que no me gustaban las armas y todo eso.»

Rodaron durante dos o tres horas, aproximadamente, y luego se dirigieron hacia el este por la carretera de Watsonville, girando hacia las montañas en la pequeña ciudad de Freedom.

En cuanto llegaron a una carretera desierta el asesino se detuvo. Le dijo que la iba a llevar a casa de su madre para seguir charlando y que tenía que meterla en el maletero del coche. Le dio una débil excusa: no quería que los vecinos de su madre le vieran en compañía de una chica. Después de mucha insistencia, la pasajera aceptó y, a regañadientes, se metió apoyándose en una manta que él dobló en forma de almohada.

En cuanto la vio acurrucada en el hueco, sacó la pistola. Cindy vio el gesto con el rabillo del ojo y se volvió hacia Ed, quien sin mediar palabra apretó el gatillo. Un solo disparo y murió instantáneamente. Ed estaba desconcertado por la rapidez del hecho. «En los demás casos siempre había habido, ya saben, alguna reflexión. Entonces nada, absolutamente nada... Un segundo antes estaba viva y al siguiente ya no existía, y entre ambos no hubo absolutamente nada. Un ruido y el silencio, un silencio completo.»

Kemper volvió a su casa. Sabía que su madre iba a salir aquella noche. Le dolía el brazo y sólo consiguió meter el cuerpo de la chica (pesaba casi ochenta kilos) en la vivienda antes del regreso de su progenitora. La escayola del brazo tenía salpicaduras de sangre y se las tapó con crema blanca de zapatos. Ocultó el cadáver en un armario del piso y aguardó hasta la mañana siguiente.

Una vez que su madre se fue a trabajar, Ed sacó el cuerpo de la chica y abusó sexualmente de él; después lo metió en el cuarto de baño para trocearlo. Limpió cuidadosamente todos los pedazos, los introdujo en bolsas de plástico para destruirlos posteriormente y guardó la cabeza en el armario de su dormitorio.

Conservó para su uso la enorme camisa de cuadros de Cindy y como «recuerdo» el anillo hecho a mano que llevaba la joven. Antes de marchar hacia el sur se deshizo del resto de las pertenencias de la joven. Atravesó Monterrey y arrojó las bolsas desde el coche en un punto en que la carretera bordea un acantilado de nueve metros.

Al día siguiente un perspicaz patrullero de carreteras vio en la cuneta un brazo saliendo de una bolsa de plástico y al asomarse al acantilado descubrió otros restos humanos

desparramados por la pendiente, como una mano y fragmentos de dos piernas. Una semana después el mar devolvió una caja torácica. Habían aparecido restos suficientes como para identificarlos como los de Cindy Schall.

Tan pronto como se enteró del descubrimiento de la policía quemó la cabeza de la víctima en el jardín trasero, lejos de la ventana de su madre.

El autoestop forma parte del tipo de vida americano casi desde los tiempos del automóvil, aunque el modo de hacerlo se ha transformado. Entre los años 30 y 40 los autoestopistas eran generalmente hombres en busca de trabajo u obreros que salían de él y volvían así a sus casas. Sin embargo, a finales de los sesenta el autoestop se convirtió en un aspecto más de la contracultura. Por otra parte, para muchos estudiantes de escuelas rurales era más una necesidad que una aventura, ya que apenas existía transporte público entre el campus y la ciudad, llegando a ser incluso un problema en las zonas urbanas. Con objeto de crear un ambiente escolar, muchas instituciones educativas, como la Universidad de California, en Santa Cruz, ponían obstáculos a que los estudiantes utilizaran sus propios coches.

Después de docenas de violaciones y asesinatos de mujeres a lo largo de todo el país, se realizó una campaña para disuadir a las jóvenes de que subieran a coches con desconocidos. Afortunadamente para los planes de Kemper, continuaron haciéndolo, ya que muchas chicas preferían ir de dos en dos, en la creencia de que era más seguro; una estrategia que resultó trágicamente equivocada para Mary Ann Pesce y Anita Luchessa.

Cindy Schall fue la segunda estudiante femenina de Cabrillo College desaparecida en tres meses. Mary Guilfoyle, de veintitrés años, quería ser profesora de inglés; el 24 de octubre de 1972 subió a un coche desconocido cerca de la estación de ferrocarril.

A finales de enero de 1973 apareció su esqueleto en las montañas, coincidiendo con la identificación de los restos de Cindy Schall, en un lugar muy próximo a una tumba superficial donde posteriormente se encontró parte del cadáver de Aiko Koo. Mary había muerto salvajemente apuñalada.

El asesino de Mary Guilfoyle resultó ser Herbert Mullin, que había organizado su propia campaña de asesinatos casi al mismo tiempo que Ed Kemper, y como éste, también vivía en Santa Cruz.

Durante los años setenta había problemas en Santa Cruz. El cierre de los hospitales psiquiátricos lanzó a los pacientes a un mundo que no los admitía. Uno de ellos cometió varios asesinatos creyendo evitar así un terremoto.

En los años setenta el fiscal del distrito de Santa Cruz Peter Chang se refería a su jurisdicción como «la capital mundial del crimen». En 1970, John Linley Frazier, un esquizofrénico, fanático religioso, asesinó a cinco personas en un arrebato de locura y Ed Kemper, en 1973, confesó haber matado a otras cinco.

El tercer criminal múltiple de Santa Cruz, Herbert Mullin declaró que mataba para salvar vidas, ya que estaba convencido de que «sacrificando» a desconocidos evitaría la destrucción de California a causa de una catástrofe. Había nacido un 18 de julio de 1947,

en el aniversario del devastador terremoto de San Francisco y nada en su infancia preveía su comportamiento posterior.

Sus padres, Martin, héroe de la guerra y luego vendedor de muebles, y Jean, vivían, cerca de la ciudad San Francisco, donde transcurrió la infancia de Herbert, un niño normal según todas las apariencias. Más tarde declaró que sus padres, especialmente su padre, le maltrataban. Estaba convencido de que enviaban amenazas telepáticas a los otros niños para que no jugaran con él.

En 1963, los Mullin se trasladaron a Santa Cruz, donde el joven encontró trabajo en la oficina de Correos. Destacó en la escuela como estudiante y como deportista, y fue elegido como «el llamado a triunfar» en la graduación de su clase. Pero su felicidad se vio enturbiada, por otra parte, cuando su mejor amigo murió en un accidente de moto y, al poco tiempo, otro amigo, Jim Gianera, le introdujo en el mundo de la droga.

Mullin estudió un curso de dos años en ingeniería de caminos en el Cabrillo College y en 1967 asistió a otro sobre religiones orientales en San José, donde estuvo tres meses, durante los cuales consumía LSD con regularidad.

Comenzó a actuar de modo extraño y a padecer trastornos temperamentales.

En 1969 sufrió el primer episodio psicótico e ingresó en un hospital psiquiátrico, donde le diagnosticaron una paranoia esquizofrénica. Herbert salió al cabo de seis semanas negándose a tomar una medicación preventiva, y desde entonces, fue a la deriva de un trabajo a otro.

Habló de ciertas voces que le decían lo que debía hacer y lo enviaron a otro hospital. A lo largo de los dos años siguientes entró y salió de varias instituciones sin que mejoraran sus condiciones; en realidad, empeoraban.

En 1972 volvió a vivir con sus padres en Santa Cruz. Intentaron encontrarle un hospital, pero la administración del estado estaba tratando afanosamente de cerrarlos todos por falta de medios.

En aquella época Herbert se obsesionó por la teoría de prevenir los terremotos con sacrificios humanos. Oía voces que le ordenaban salir y matar a alguien. Creía reconocer la voz de su padre.

El 13 de octubre, cuando iba conduciendo por las montañas de Santa Cruz, vio a un anciano a un lado de la carretera y lo mató a golpes de bate de béisbol.

La siguiente víctima de Mullin fue una estudiante que hacía autoestop, Mary Guilfoyle, a la que apuñaló. Después, el 2 de noviembre, mató a puñaladas en el confesionario de una iglesia al sacerdote católico Henri Tomei.

En aquella época Mullin estaba convencido de que aquellas personas se le ofrecían como víctimas telepáticamente. El 16 de diciembre compró una pistola mintiendo al rellenar los datos del formulario.

El 25 de enero de 1973 fue a buscar a Jim Gianera. Este se había mudado de casa, pero la nueva inquilina le dio sus señas. Se dirigió inmediatamente hasta la casa de su amigo y lo mató a tiros, así como a su mujer. Volvió luego a la antigua dirección y asesinó a la joven señora que le había proporcionado la de Gianera y a sus dos hijos pequeños.

A comienzos de febrero Herbert Mullin estaba de excursión por el parque del Estado de Santa Cruz y se encontró con cuatro adolescentes, a los que mató sin darles tiempo a reaccionar. Era un tirador experto que, de muchacho, había ganado varios premios de la Asociación Nacional de Tiro.

Menos de una semana después asesinó a su última víctima, un anciano de setenta y dos años que estaba trabajando en su jardín cuando Mullin pasó por allí, pero esta vez lo vieron y quedó detenido inmediatamente.

Herbert Mullin intentó responsabilizar a su padre de todos los crímenes; se consideraba exclusivamente un instrumento dirigido por el destino: «Una roca no toma una decisión mientras está cayendo, cae y eso es todo.»

La única defensa posible en el juicio era la locura. Los defensores y los fiscales coincidieron en calificar al asesino como un caso típico de esquizofrenia paranoide, pero este diagnóstico no se incluía en la definición legal de locura. Como consecuencia, fue sentenciado a cadena perpetua.

El 19 de octubre de 1970 el oftalmólogo Victor Ohta, su esposa, sus dos hijos y su secretaria aparecieron muertos a tiros en la piscina de su casa frente a Santa Cruz. Una nota reivindicaba los asesinatos en nombre de un grupo antimaterialista llamado el Pueblo del Universo Libre.

Cuatro días después fue detenido John Linley Frazier, un mecánico que vivía en un establo al pie de la colina, donde estaba situada la lujosa vivienda del médico.

Frazier, un esquizofrénico declarado, sintió que tenía que cumplir una misión religiosa - creía que la revelación iba dirigida específicamente a él-, la de salvar al mundo del materialismo y la polución. La muerte de la familia Ohta era el primer paso en su cruzada. Fue sentenciado a cadena perpetua por los cinco asesinatos.

A comienzos de los setenta el gobernador del Estado, Ronald Reagan, cerró concienzudamente los hospitales psiquiátricos uno tras otro y se extendió por California una plaga de asesinatos perpetrados por dementes.

Esto se hizo para disminuir los gastos y para aprovechar las promesas federales de fundar centros de salud en la comunidad. Sin embargo, las promesas no se cumplieron y los enfermos mentales acabaron en “guettos psiquiátricos” de bajo coste en las ciudades californianas.

A pesar de todo, Reagan insistió en la política de cortas miras, hasta que el caso de Herbert Mullin desató las críticas de los ciudadanos y en 1974 la legislatura del Estado publicó un decreto prohibiendo el cierre de más hospitales.

El hecho de subir a dos chicas al coche, matarlas a tiros y mutilarlas no calmó las ansias criminales de Kemper. Rondaban en su mente unas fantasías de asesinatos en serie que le indujeron a matar a gente más cercana... su madre.

El 5 de febrero, menos de un mes después de la muerte de Cindy Shall, Ed volvió a discutir con su madre y salió de casa descompuesto diciendo que se iba al cine. Lleno de ira, desechó su plan habitual -que consistía más en el disfrute anticipado del acontecimiento que en el proceso logístico- y se puso en camino hacia el campus de la Universidad de California.

Ya era de noche y había muchísima gente tratando de conseguir un medio de transporte. Cuando Rosalind Thorpe salía de una clase nocturna, se encontró con Kemper, que pasaba por allí. Él paró y ella subió al asiento del acompañante. Comenzó a charlar amistosamente, confundiendo al conductor con un estudiante tras ver en el coche la tarjeta de aparcamiento de la Universidad de California.

Cruzaron el campus lentamente mientras Kemper estudiaba a su pasajera como una víctima potencial. «Las circunstancias eran perfectas. No había nadie alrededor, el guarda no me vio entrar, todo se desarrollaba normalmente y ella no sentía la menor sospecha.»

Entonces vio a una frágil muchacha china haciendo autoestop, se detuvo y Alice Liu, de veintiún años, subió al asiento trasero del coche. Al pasar frente a la caseta del guarda miró hacia él para comprobar que no había visto a las chicas en el interior del coche.

La carretera se deslizaba con amplias curvas desde el campus, en la cumbre de las colinas, hasta bajar a la ciudad. Kemper disminuyó la velocidad, aparentemente para contemplar la vista de las luces con el océano al fondo. Estaban solos en la carretera. Bajó la mano derecha -todavía llevaba escayolada la izquierda- y sacó de debajo del muslo el revólver del 22.

La alzó lentamente, en el momento en que Rosalind, medio vuelta hacia él, tenía la boca abierta para decir algo. La mató de un tiro en la sien.

Cuando cayó, Ed se volvió hacia Alice Liu, que estaba acurrucada en el rincón del asiento trasero y, espantada, intentaba hacerse lo más pequeña posible.

El asesino falló los dos primeros disparos porque ella se revolvía tratando de evitar las balas, pero el tercero le acertó en la sien y la joven dejó de moverse. Ed disparó otra vez para asegurarse de que estaba muerta.

Mientras circulaba lentamente colina abajo echó un abrigo sobre Alice que, aunque inconsciente, gemía suavemente; luego intentó empujar hacia abajo el cuerpo de Rosalind con objeto de que no apareciera por encima del salpicadero. No era capaz de moverla, de modo que la cubrió con una manta y aceleró la velocidad del coche.

Salió de la ciudad. Se sentía ligeramente mareado, Alice seguía quejándose y borboteando en el asiento trasero. En cuanto se vio seguro, se volvió y le disparó de nuevo a la cabeza.

Se hizo el silencio por unos momentos, pero enseguida continuó el ruido, entonces aparcó en una zona sin salida y metió los dos cuerpos en el maletero del coche antes de dar la vuelta.

Se detuvo en una gasolinera y entró en los lavabos para limpiar la sangre de la escayola y la de la ropa. Siempre usaba la misma cuando salía a «cazar»... prendas de color oscuro que disimulaban las manchas de sangre.

Al volver aparcó el coche en la puerta de la casa de su madre y le dijo que se había quedado dormido en el cine, la dejó viendo la televisión y salió de nuevo con el pretexto de comprar cigarrillos.

Antes de ir a la tienda abrió el maletero del coche y con un cuchillo de caza decapitó ambos cadáveres. Aunque no era muy tarde, entre diez y once de la noche, no le vio nadie.

A la mañana siguiente llevó las cabezas a la casa, las lavó y extrajo las balas. Luego abusó sexualmente del cuerpo de Alice antes de lavarlo y lo volvió a meter en el maletero, donde les cortó las manos como «última ocurrencia».

En esta ocasión no troceó los cadáveres, porque aquella tarea ya no le producía placer. Sólo quería eliminar las pruebas. Fue hacia el norte en dirección a San Francisco, con la esperanza de que si los cuerpos aparecían allí, la policía atribuiría el crimen a un asesino de la zona. Estuvo un rato de visita en casa de un amigo y luego, a primera hora de la mañana, condujo el coche hacia Eden Canyon para tirar los cadáveres.

Después recorrió la costa en dirección a la ciudad de Pacífica y arrojó las cabezas y las manos por un precipicio llamado el acantilado del Diablo, donde quince días después las encontraron unos obreros. También apareció el cadáver de Mary Guilfoyle y el asesino comprendió que debía dejar de matar estudiantes. Toda la zona estaba vigilada y él había sido cada vez más imprudente.

A pesar de las preocupaciones, Ed Kemper había abandonado su plan inicial sobre las pruebas al conservar los bolsos de Alice y de Rosalind. A lo largo de varias semanas rebuscó entre las fotos de familia, las cartas y la documentación de las chicas, con objeto de saber más sobre ellas.

A mediados de abril hizo un paquete con los papeles y los recuerdos de Cindy Schall, y el arma con la que había asesinado a las tres, y lo arrojó al océano.

Tenía los nervios rotos y se le hizo una úlcera. Sabía que había llegado a la cumbre de su carrera criminal y para demostrar al mundo que era un hombre con el que había que contar, quiso hacer «una demostración para las autoridades».

Durante unos días barajó la idea de acabar con todos sus vecinos, deslizándose de casa en casa al amparo de la oscuridad, matando silenciosamente, pero abandonó la idea por considerar que era impracticable. Además, tenía que pensar en su madre.

Era consciente de que le iban a detener pronto, según declaró más tarde, luego «la única posibilidad que veía era asumirlo e ir a la cárcel dejando a mi madre cargar con el peso.... como ocurrió la última vez con mis abuelos, o quitarle la vida».

El 20 de abril, Viernes Santo, fue a ver a su amigo del piso de Alameda y pasó unas horas en su antiguo trabajo. Sin embargo, estaba de muy mal humor cuando volvió a Aptos.

Su madre estaba aún en su trabajo. La telefoneó para decirle que ya estaba en casa y ella le advirtió que aquella noche iba a salir directamente desde la Universidad y que volvería tarde.

Ed se pasó la tarde bebiendo cerveza delante de la pantalla de la televisión y cuando se fue a la cama, alrededor de las doce de la noche, su madre no había vuelto todavía ni tampoco a las dos de la mañana, hora en que se levantó para saber si ya estaba en casa.

Clarnell volvió a las cuatro de la mañana y en cuanto se metió en la cama, entró su hijo. Le dijo que solamente quería comprobar si había regresado. Ella le preguntó si quería que hablaran y al contestarle que no, se dio media vuelta y le dijo: «mañana hablaremos» Ed Kemper se volvió a su cuarto contento porque no habían discutido, ya que no quería separarse de ella después de un disgusto.

Se mantuvo despierto una hora aproximadamente, hasta estar seguro de que su madre estaba dormida, y entonces volvió a la habitación llevando la navaja de bolsillo y un martillo.

Su madre dormía sobre el lado izquierdo. Ed, en pie a su lado, la contempló durante un par de minutos y luego le dio un feroz martillazo en la sien.

No se movió, quedó allí tendida. Le manaba sangre de la herida, pero seguía respirando. Ed la puso boca arriba y le anudó un pañuelo al cuello. «Lo que es bueno para mis víctimas es bueno para mi madre», pensó, mientras velozmente le seccionaba la cabeza con destreza, y luego arrastró el cuerpo hasta el armario.

Era de día cuando terminó de limpiar de sangre las paredes y la alfombra. Se sentía enfermo y mareado, y para colmo en esta ocasión el crimen no había calmado sus instintos asesinos. Tenía que salir de casa. Metió los revólveres y las navajas en el coche y arrancó.

Recorría la ciudad cuando se encontró con un amigote borracho, Robert McFadzen, que le debía diez dólares. Era una razón más que suficiente para Kemper y en el estado mental en que se encontraba decidió matarlo. La víctima le pidió perdón y le devolvió el dinero. Edmund Kemper inmediatamente compró cinco dólares de cerveza para ambos.

De vuelta a casa, Ed empezó a preocuparse por la explicación que daría sobre la ausencia de su madre después del fin de semana de Pascua. Pensó en decir que se había marchado con alguien y llegó a la conclusión que la débil historia resultaría más convincente si una amiga desaparecía también. Comenzó a hojear la agenda de la muerta.

Llamó a Sally Hallett, una compañera de trabajo y amiga de Clarnell, pero no respondía. Kemper, nervioso, daba vueltas por la casa cuando, a las 5,30 de la tarde, llamó a la puerta la propia señora Hallett preguntando por su madre.

Ed Kemper le contó que iba a celebrar su vuelta al trabajo después de su prolongado paro y que para ello preparaba una cena sorpresa para su madre. Sally Hallett accedió a volver a las 7,30 de la noche.

En esas dos horas el asesino dispuso la casa para recibir a su invitada. Cerró puertas y ventanas, se metió unas esposas en el bolsillo y dejó varias armas por la habitación al alcance de la mano.

La señora Hallett llegó sobre las ocho de la tarde, el anfitrión le dijo que su madre se retrasaría y la acompañó al salón. Según Kemper, se dirigió inmediatamente hacia el sofá mientras comentaba: «Sentémonos. Estoy muerta.»

Kemper lo interpretó como una señal para entrar en acción. Se situó frente a ella, la golpeó en el pecho y en el estómago, y, asiéndola con todas sus fuerzas, la levantó del suelo.

Pendía de él, tirándole del brazo inútilmente; después quedó inmóvil. Kemper le había roto la tráquea impidiéndole la respiración.

La tendió en el suelo, le envolvió la cabeza con bolsas de papel y le apretó el cuello con una cuerda y un pañuelo hasta estar seguro de su muerte.

La acostó en su propia cama y después de taparla se fue al Jury Room a tomarse un trago. Estuvo sentado un rato aparentemente tranquilo, aunque algo distraído, saboreando una cerveza y escuchando abiertamente hablar a los policías con otras personas sobre sus crímenes.

Al volver a la casa cortó la cabeza de la señora Hallett y luego se quedó profundamente dormido en la cama de su madre. Sabía que estaba perdido. Cuando mataba a personas desconocidas en carreteras desiertas se sentía relativamente seguro, pero ahora no encontraba salida. Lo único que podía hacer era escapar.

Lo primero que hizo por la mañana fue meter el cuerpo de la víctima en el armario de su cuarto y guardar las armas en el coche de la muerta. No tenía pensado ningún plan, pero no deseaba la idea de culminar su obra con una orgía de violencia.

A las diez de la mañana estaba dispuesto. Se dirigió hacia el este, por las Sierras. Cuando llegó a Reno trasladó las armas a un coche alquilado y dejó el de la señora Hallett en un taller con el pretexto de que tenía una avería de electricidad.

Siguió conduciendo siempre hacia el este, sobre las Montañas Rocosas. Rodaba sin parar alimentándose de bebidas gaseosas y de pastillas No-Doz con cafeína. Iba oyendo las noticias de la radio y temía, por un lado, que le persiguieran, pero a la vez se sentía defraudado, por otro, al comprobar que no se hablaba de él.

Continuó así hasta el lunes 23 de abril. Antes de la medianoche se detuvo en una cabina de Pueblo, Colorado, a 2.400 kilómetros de Santa Cruz. Marcó el número de teléfono de esta ciudad e inmediatamente reconoció la voz de su interlocutor, Andy Crain, uno de los policías uniformados que frecuentaba el Jury Room.

Ed Kemper pidió que le pusieran en comunicación con Charles Scherer, encargado de la investigación criminal. Le dijeron que éste no entraba de servicio hasta las nueve de la mañana, pero el asesino insistió en que le avisaran. Crain, creyendo que hablaba con un excéntrico desocupado, bromeó con él durante unos minutos, hasta que el interlocutor se

identificó, dirigiéndose a él como Andy, quien, aún escéptico, accedió a ponerle en contacto con Charles Scherer.

Cuando volvió a llamar a la una, le contestó otro policía, el cual le dijo que Charles Scherer no estaba y colgó bruscamente.

Kemper se sentó en el coche tratando de dormir. Excitado por la cafeína y la falta de sueño, sentía crecer en su interior el ansia de sacar las armas y disparar hasta que lo mataran de un tiro.

El único problema era afrontar su propia muerte. Le aterraba la violencia; una de las razones que le llevó a llamar desde una cabina era que si se producía un enfrentamiento con los policías, éstos dispararían primero y preguntarían después.

A las cinco de la mañana llamó de nuevo. Ahora había otro agente a la escucha. La comunicación era defectuosa y Kemper tuvo que vociferar un par de veces «asesinato de una estudiante», hasta que lo tomaron en serio. Les confesó quién era la matrícula de su coche y que había matado a unas ocho personas.

El policía, el agente Conner, dijo que enviaría a alguien a buscarle. «Y yo me cago en usted -replicó Kemper en el colmo del histerismo-. Llevo en el maletero doscientos cartuchos y varias pistolas, y no quiero ni acercarme a ellos.»

Conner intentaba entretenerle en el teléfono, pero Kemper le dio la dirección de la casa de su madre y le aconsejó que mandara al sargento Mike Aluffi para registrarla. Este había estado allí pocas semanas antes haciendo unas preguntas rutinarias sobre uno de los impresos que Ed Kemper había rellenado al solicitar el permiso de armas.

Siguieron hablando un rato, durante el cual Conner se convenció de que su interlocutor decía la verdad y de que estaba al borde de una nueva explosión de violencia. Ed no podía comprender el retraso de la policía de Colorado. Por fin llegaron: Kemper interrumpió su explicación sobre los lugares donde había ocultado los cuerpos y exclamó: «Ya están aquí. ¡Vaya! Me están clavando un revólver.»

Una parte de las fantasías de Kemper consistía en plantear cierto número de reglas que le aseguraban la libertad. Pero algunas no las acató.

Para perfeccionar su técnica de subir autoestopistas en su coche, se aprendió las horas y los lugares donde difícilmente podía ser visto. Decidió no retroceder nunca ni realizar maniobras que llamaran la atención sobre él. Por el mismo motivo trataba de ser lo más discreto posible que le permitía su tamaño.

El número de autoestopistas aumentaba en los fines de semana y la gente les prestaba menos atención. Cuando buscaba una víctima, tomaba nota de factores tales como la fluidez del tráfico o la presencia de la policía.

Un aspecto importante de su estrategia era el de actuar solamente lejos de la inmediata vecindad de Santa Cruz.

Ed Kemper experimentaba un placer sádico al cometer los crímenes. Disfrutaba jugando al ratón y al gato con las víctimas y se otorgaba una satisfacción adicional volviendo a los lugares donde las había asesinado u ocultado.

A pesar de su larga y detallada confesión, los motivos de Kemper para asesinar continúan siendo muy confusos... Él mismo proporcionó varias explicaciones incoherentes, y a veces contradictorias, sobre su comportamiento.

Se divertía discutiendo con la Policía y otros investigadores, tal y como había hecho previamente con los psiquiatras. Sin embargo, cuando se le preguntaba en profundidad sobre su hogar o sobre cosas de las que no deseaba hablar o ni siquiera pensar, cambiaba de tema y empezaba a describir detalladamente los crímenes y las disecciones, complaciéndose con morboso ingenio.

En muchos aspectos, Ed Kemper era la personificación del clásico criminal sádico. Este sadismo se manifestaba no sólo en los asesinatos en sí, sino en el placer que sentía asustando a sus víctimas. Cuando Mary Ann Pesce no demostró ningún terror, él se sintió inquieto.

Obtenía un placer extra recorriendo de nuevo los escenarios de los crímenes, los lugares donde había enterrado a las víctimas o pasando en su coche junto a las casas de las jóvenes muertas para saborear el dolor de las apenadas familias.

Su excelente memoria le permitía volver a representar mentalmente los asesinatos una y otra vez, extrayendo de ello hasta la última gota de placer. En este sentido, Kemper se parecía al criminal alemán Peter Kürten, que cuando fue detenido recordó cada detalle de la habitación en la que había matado por primera vez diecisiete años antes.

Surgió la tendencia de atribuir los instintos sádicos del asesino a la experiencia de verse encerrado por su madre en el sótano. De nuevo aparece la semejanza con Kürten, quien, en su adolescencia, planeó sus planes de venganza contra el mundo mientras estaba recluido. Sin embargo, Edmund Kemper unía el sexo y la muerte aún antes de que su madre comenzara a tratarle de un modo tan cruel. Cuando le confesó a su hermana Susan que estaba loco perdido por su profesora de escuela primaria, ella le preguntó bromeando por qué no la besaba y se quedó atónita al escuchar su respuesta: “No puedo. Tendría que matarla primero”. Su otra hermana, Allyn, recordó durante el juicio que le había mutilado dos muñecas, cortándoles la cabeza y las manos.

Según Kemper, la culpa no era suya. Acusó a su hermana mayor de torturarlo y querer matarlo cuando era pequeño, y afirmó que le había “convencido” para sus juegos sexuales cuando sólo contaba ocho años. Sobre este punto sólo se cuenta con su palabra y posiblemente se aprovechó de las experiencias de otros pacientes oídas en el hospital psiquiátrico de Atascadero para parecer más convincente y digno de compasión.

Los asesinos sádicos son más difíciles de descubrir que los locos, ya que toman mayores precauciones. Ed Kemper estaba orgulloso de su destreza y sus planteamientos; de un modo tortuoso parecía esperar de la policía -especialmente del teniente Scherer, al que consideraba una figura paternal-, si no su aprobación, por lo menos una reticente admiración por la minuciosidad de su trabajo.

A veces disimulaba las razones de sus actos como parte de un plan maestro, como, por ejemplo, cuando aseguró que cortaba las cabezas de sus víctimas con objeto de impedir la identificación. En otras ocasiones confesó que la decapitación era un ingrediente del placer. Recordaba el momento en que cortó la cabeza de Anita Luchessa: “En aquel momento sentí un placer sexual... Era una especie de exaltación, una cosa de tipo triunfante, como el cazador que consigue la cabeza de un ciervo o un alce”.

Así presentó los crímenes en el juicio; deseaba aparecer como un loco más que como un malvado. Insistió en que mató a las chicas como había matado a su gata, para hacerlas suyas. “Cuando estaban vivas, las sabía distantes, sin ninguna comunicación conmigo, y yo intentaba establecer una relación.” En la búsqueda de las víctimas había una completa excitación sexual. Él hablaba de “retorcimientos” cuando las buscaba y de “pequeñas sensaciones” que le recorrían el cuerpo al acercarse a la presa.

Ed Kemper sentía desde la adolescencia una descontrolada sexualidad. Sin embargo, su experiencia real era mínima. Acostumbraba a contar que en una ocasión había tenido relación con una mujer que le rechazó cuando intentó verla de nuevo, pero otras veces aseguraba que no había tenido experiencia alguna.

Incongruentemente, Kemper combinaba su desviación sexual con una moralidad gazmoña y hasta remilgada. Cuando en la confesión se refería a sus víctimas, lo hacía siempre llamándolas por su apellido: señorita Koo, señorita Pesce y así sucesivamente.

También aparecía esta veta puritana en su creencia de que las chicas autoestopistas se lo estaban buscando al exhibir su cuerpo en las carreteras. Los confusos sentimientos de Ed Kemper hacia las mujeres reflejaban, en cierto modo, la relación con su madre. A pesar de describirla como una “perra dominante”, la veía con una mezcla de amor y de odio. Se negó a hablar de lo que hizo durante el fin de semana de Pascua que pasó solo en casa con el cadáver de su madre, aunque, según ciertos rumores, colocó su cabeza encima de la chimenea para jugar a los dardos con ella.

La mayoría de los psiquiatras estuvo de acuerdo en que las muertes de las seis chicas y, por supuesto la de la abuela, se debieron a que Ed estaba preparando el terreno para asesinar a su madre, que le había encerrado y que, según él, era culpable de la ausencia de su padre. Sin embargo, su muerte no le produjo sensación de catarsis o sentimientos de satisfacción personal... simplemente le causó una profunda depresión.

En los asesinatos había un aspecto sociológico tanto como psicológico. Kemper trataba siempre de elegir víctimas de clase media acaudalada: “Yo intentaba herir a la sociedad donde más le doliera y eso era buscando futuros miembros de la sociedad burguesa: de clase alta o de clase media alta”. Los odiaba porque se sentía inferior. “Se pavoneaban por delante de mis narices porque podían hacer todas las malditas cosas que les viniera en gana”.

Edmund Kemper era desgraciado en un mundo que le parecía lleno de cosas terribles... de gente con mejor apariencia, mejores sentimientos y mejor comportamiento que los suyos. Parece ser que la mayoría del tiempo se sentía asustado, solo e inútil.

También era desgraciado por su propio cuerpo, que le hacía sentirse diferente y creaba en la gente el afán por conocer sus proezas físicas. Era, como su padre, un hombre

esencialmente tímido, que no soportaba la vida con seres humanos vibrantes. Una de sus fantasías infantiles era la de poder convertir en muñecos a las personas, y al crecer, puso todo el empeño en hacer de su sueño una realidad.

La confesión grabada de Edmund Kemper, una larga y desapasionada descripción de los espantosos asesinatos, se reprodujo en el juicio unos meses después y revolvió el estómago de los agentes de policía e hizo que perdieran el conocimiento algunos familiares de las víctimas.

El día en que se entregó Kemper, a última hora, un grupo se desplazó en avión desde Santa Cruz a Colorado. Estaba formado por el sargento Aluffi, que había estado en la casa de Aptos y descubrió los cadáveres, el teniente Scherer y Peter Chang, fiscal del distrito.

Encontraron al detenido deseoso de hablar. Renunció a sus derechos legales y comenzó a grabar su confesión. No había en ella vacilaciones, reticencias o incoherencias. Una vez en Santa Cruz, la repitió aún más extensamente.

Alardeaba de su memoria y sus dotes de observación. Era su triunfo definitivo y se complacía en él, disfrutando de la sensación de hacer palidecer a policías curtidos.

Habló sobre las seis jóvenes que había matado y sobre algunas más que, aunque subieron al coche, las dejó sanas y salvas en sus destinos, porque notaba que algo no iba bien, no estaba de humor, no tuvo oportunidad de sacar el arma o simplemente se sintió conmovido por algo.

Explicó a la policía dónde podía encontrar los cadáveres y acompañó a los agentes cuando volvieron a California. En estas expediciones les seguía una manada de periodistas, pero a veces el acusado insistía en que se marcharan antes de indicar los lugares exactos a los detectives.

Según la policía, colaboró en todo lo que pudo y aceptó someterse al detector de mentiras, aunque no se hacía ilusiones sobre lo que estaba ocurriendo e insistía en que “todo este proceso no es más que el procedimiento de decidir el método que va a emplear la sociedad para deshacerse de mí. Y yo, por supuesto, si fuera la sociedad, no confiaría en mí”.

Parecía incapaz de guardar silencio y explicaba todo sin interrupción: “Había una cuenta a mi favor -comentó- y tenía que hacer balance... Emocionalmente no la podía mantener más tiempo.»

Los amigos de Kemper en el Jury Room no podían creer la noticia. Lo habían visto siempre como a un gigante amable y sociable, un hombre cordial, contrario a todo tipo de violencia o estallido de cólera.

Los psiquiatras que lo habían atendido en el hospital de Atascadero se reunieron para tratar de comprender lo sucedido y aparte de insistir en el hecho de que habían aconsejado mantenerle alejado de su madre, sus conclusiones fueron poco definitivas.

La psiquiatría en general se vio atacada. Herbert Mullin, otro asesino en serie que actuaba en Santa Cruz al mismo tiempo que Ed Kemper, obtuvo el alta, como él, en un hospital psiquiátrico. Esto creó una grieta en la confianza pública y los especialistas tuvieron que

confesar que toda decisión de liberar un enfermo mental con un historial de violencia entrañaba un gran riesgo.

En Santa Cruz Kemper pasó a ocupar una celda junto a la de Mullin, al que detestaba porque, afirmó, «había matado sin tener unas buenas razones para ello». Aborrecía, además, las canciones que entonaba con gran disgusto de los otros prisioneros y le tiraba agua para hacerle callar. Después recordó que, «cuando era un buen chico, le daba cacahuetes. Le gustaban... Eso se llama tratamiento de modificación del comportamiento».

James Jackson, defensor público del Condado de Santa Cruz, fue el encargado de la defensa de Kemper. Era una ardua empresa, ya que su cliente lo había confesado todo y el letrado no pudo encontrar ningún psiquiatra o psicólogo que testificara a su favor.

Jackson y un joven detective privado, Harold Cartwright, interrogaron a Kemper en su celda durante horas, tratando de encontrar alguna prueba de locura. Ambos tenían la impresión de que el acusado reservaba algo, pero nunca descubrieron de qué se trataba.

Por otra parte, cuando en octubre se inició el juicio presidido por Harry F. Brauer, Ed Kemper se declaró «no culpable por motivos de locura».

La primera actuación de la defensa consistió en reproducir las cintas con las confesiones del inculpado.

Las familias y los amigos de las víctimas le oyeron describir disecciones, decapitaciones, planes de asesinato, compra de armas, apuñalamientos, disparos y enterramientos. La defensa solicitó ausentarse de la sala mientras se escuchaban las cintas, pero su petición fue denegada. Luego testificaron los forenses que habían encontrado grandes charcos de sangre seca en el interior del Ford Galaxia y los testigos de la policía que describieron el arresto del acusado.

El 29 de octubre, Edmund Kemper se presentó con una muñeca vendada. Por segunda vez desde la detención, había intentado suicidarse cortándose las venas con una pluma que le dejó un periodista e impidiendo después todo tipo de ayuda hasta que pudieron dominarlo.

La mayor parte de las tres semanas que duró el juicio se dedicaron a los testigos médicos. El doctor Joel Fort describió al acusado como un «maníaco sexual», pero llegó a la conclusión de que estaba mentalmente sano, aunque era un psicópata. Otros especialistas citados por la acusación estuvieron completamente de acuerdo con su dictamen.

Fort insinuaba que el diagnóstico de esquizofrenia paranoide hecho cuando Kemper tenía quince años era erróneo. Después del juicio los psiquiatras que examinaron a Kemper y vieron su historial insistieron que el diagnóstico primitivo era correcto.

El mejor testigo de la defensa fue la hermana del acusado, Allyn, quien primero recordó algunos extraños sucesos de la infancia de ambos y luego declaró que sospechaba de Ed desde el momento en que oyó que Cindy Schall apareció decapitada, al igual que su madre, que llegó incluso a interrogarle sobre los crímenes.

Kemper ocupó el banquillo de los testigos el 1 de noviembre. Apareció emocionado, lloroso a veces y en un estado de nervios que nunca mostró en sus declaraciones ante la Policía.

Cuando le preguntaron porqué había confesado, afirmó: «Quiero ayuda. Si voy a una penitenciaria, me encerrarán en un cuarto pequeño, donde no podré hacer daño a nadie y quedaré libre de todas mis fantasías».

Vacilante, Kemper trató de describir su mundo imaginario; empezó con las visiones de paz y bienestar de su primera infancia, y continuó con las fantasías de adolescente pervertido en el hospital psiquiátrico de Atascadero y sus espeluznantes sueños de matanza total.

En sus conclusiones, el abogado defensor, James Jackson, presentó a su cliente como un campo de batalla entre el bien y el mal, donde una parte de su carácter «lucha por estar con nosotros y la otra se escabulle a su propio mundo de fantasía, donde se siente feliz».

A pesar de la elocuencia de la defensa, el jurado permaneció reunido durante cinco horas antes de declarar al acusado culpable de ocho acusaciones de asesinato en primer grado. Puesto que la pena de muerte en aquellos años estaba prohibida en el Estado de California -fue puesta en vigor de nuevo a comienzos del año 1974-, el juez Brauer condenó a Ed Kemper a cadena perpetua, con la firme recomendación de que nunca obtuviera la libertad. No hubo apelación.

El fiscal del distrito Peter Chang era de pequeña estatura, pero de grandes ambiciones políticas. Su ayudante, Christopher Cotle, se había encargado de la acusación contra Mullin, y Chang vio en el juicio de Kemper una excelente ocasión de favorecer su imagen pública. James Jackson, un orador brillante y persuasivo, se encargó de la defensa de John Frazier, de Herbert Mullin y, por último, de Ed Kemper.

Los discursos de Jackson y su comportamiento en el juicio demostraron su visceral desprecio por la psiquiatría. Esto se hizo patente en las discusiones con el doctor Joel Fort, un testigo médico citado por el tribunal.

Desde la condena, el 8 de noviembre de 1973, Ed Kemper está cumpliendo las ocho sentencias a cadena perpetua en el California Medical Facility de Vacaville.

En la época de dicha condena la ley californiana permitía la libertad condicional a los sentenciados a cadena perpetua una vez transcurridos seis años en prisión. Ed Kemper comenzó a solicitarla en 1978, pero la comisión se la denegó y lo ha seguido haciendo cada vez que la ha presentado. En 1988 rechazó también un informe psiquiátrico del doctor Jack Fleming, en el que lo describía como “apto para quedar en libertad”.

En 1977, Kemper solicitó una autorización para que le operasen en una zona del cerebro, ya que deseaba “reconducir los circuitos eléctricos del cerebro”, pero su petición fue denegada. El doctor Hunter Brown, de Santa Mónica, California, se había ofrecido a realizar gratuitamente la operación. En 1981, Edmund Kemper recibió públicamente un premio por sus trabajos de reproducción de libros para ciegos con un equipo de quince reclusos a sus órdenes.

JERRY BRUDOS



La policía del Estado de Oregón estaba desconcertada por una serie de desapariciones de mujeres jóvenes. Dos cuerpos emergieron en el río, y a partir de ese momento, los detectives estuvieron seguros de que un asesino múltiple andaba al acecho y que volvería a matar.

El 10 de mayo de 1969, la policía de Portland, Oregón, supo a ciencia cierta que un asesino múltiple andaba suelto. Un pescador divisó desde el puente Bundy algo que flotaba sobre el río Long Tom y que parecía un paquete. Bajó a la orilla para verlo más de cerca. Pero no era un paquete, sino un cadáver hinchado que aún llevaba puesto un abrigo. La oficina del sheriff del condado de Benton envió a dos agentes a investigar. Se trataba del cuerpo de una chica lastrado con una pesada caja de cambios. La pieza de metal pesaba tanto como el propio cadáver.

El forense, William Brady, calculó que el cuerpo llevaba en el agua unas dos semanas. La causa de la muerte había sido la estrangulación con una especie de ligadura, pero era imposible determinar si la víctima fue violada por el tiempo que llevaba en el río. Y presentaba dos extrañas «heridas» que el doctor no supo explicar: A unos pocos centímetros debajo de cada axila el cuerpo mostraba lo que parecía ser el pinchazo de una aguja gruesa, y alrededor del puntito la piel estaba chamuscada.

La identificación de la chica resultó fácil. Se trataba de Linda Salee, de veintidós años, desaparecida hacía justo dos semanas, el 23 de abril. Nadie la había vuelto a ver desde que salió de su trabajo. Aquel día por la tarde tenía una cita con un amigo suyo, un socorrista, en la piscina donde éste trabajaba. Linda dejó aparcado su Volkswagen rojo, modelo «escarabajo», en un aparcamiento subterráneo cercano. Allí lo encontró la policía, intacto.

Los buceadores de la policía se pasaron los dos días siguientes buscando pistas en el río. En la mañana del lunes, 12 de mayo, uno de los hombres-rana halló un segundo cuerpo a 20 metros del lugar donde fue recuperado el cadáver de Linda. Esta vez también estaba lastrado con una pesada pieza de automóvil: la cabeza de un cilindro. El forense estableció que llevaba sumergido unos dos meses; por lo tanto, no podía ser más que la desdichada Karen Sprinker, de diecinueve años, estudiante de la Oregon State University de Corvallis, la cual desapareció sin dejar rastro el 27 de marzo. Se avisó inmediatamente a sus padres para que confirmaran la identificación.

Karen debía haberse reunido con su madre para comer en unos grandes almacenes de Salen, Oregón, seis semanas antes, pero nunca llegó a la cita. Su coche fue localizado en un aparcamiento, cerrado y en perfectas condiciones. De nuevo hay que reseñar algunas características curiosas. El cadáver estaba vestido, presentaba en el pecho cortes de importancia, lo cual mostraba lo espantoso que fue el asalto a la joven. La víctima había muerto estrangulada con una ligadura, lo mismo que Linda Salee.

Linda y Karen eran dos de una docena de chicas que habían desaparecido en Oregón durante los últimos dos años. Antes del hallazgo del río Long Tom, sólo un cadáver fue recuperado. Se trataba del cuerpo de Stephanie Vilcko, de dieciséis años, desaparecida de su casa en julio de 1968. Sus restos fueron encontrados en la orilla de un riachuelo. Sin embargo, otras dos desapariciones mostraban un terrorífico parecido con las de Linda y Karen. Linda Slawson, una vendedora de enciclopedias de diecinueve años, que desde el 26 de enero de 1968 jamás regresó a su domicilio en Portland, y Jan Whitney, de veintitrés, que se “evaporó” el 26 de noviembre de 1968 entre Eugene, Oregón, y McMinnville al sur de Portland. La policía encontró su coche averiado aparcado en el arcén de la autopista.

El oficial encargado de la investigación fue el detective Jim Stovall. Aunque tenían los cuerpos, seguían sin pistas sobre la identidad del asesino. El único indicio consistía en que ambos cadáveres fueron atados con cable eléctrico; por lo tanto, podría tratarse de un electricista. Otro dato: de las piezas de motor con que fueron lastrados los cuerpos podía inferirse, asimismo, la profesión de mecánico.

Stovall decidió empezar por buscar en el campus universitario de Corvallis, donde una de las muchachas había accedido y Karen cursaba sus estudios. El detective y un ayudante, Gene Daugherty, se instalaron en una habitación del campus e interrogaron a todas las chicas de la Universidad. Lo único que sacaron en claro es que un hombre extraño había adquirido la costumbre de llamar a la residencia de estudiantes, preguntaba por una chica, facilitando sólo un nombre propio. Si alguna le contestaba, se pasaba un buen rato charlando con ella y le contaba que era un veterano del Vietnam y un «psíquico». Al final siempre intentaba concertar una cita, y si la interlocutora se negaba, solía enfadarse. El interés de Stovall aumentó cuando se supo que una de las muchachas había accedido a quedar con el “veterano”.

Pero el aspecto del misterioso sujeto desilusionó a la chica. Era un tipo gordo, bien entrado en los treinta, con la cara redonda, pecosa y unos ojos pequeños, achinados, con una expresión poco agradable que desprendían una mirada pícara e inquietante.

No obstante, la pareja se sentó en el salón y hablaron durante un buen rato. La joven seguía teniendo la sensación de que aquel tipo era un poco «raro». Esta sensación se confirmó cuando él le puso una mano en el hombro y dijo: «Procura estar triste.» «¿Por qué?», preguntó ella. «Piensa en los dos cuerpos de las chicas que acaban de encontrar en el río», respondió él. Al despedirse, el «veterano» le pidió que le acompañara a dar un paseo en coche. La chica rechazó el ofrecimiento y entonces el hombre hizo este curioso comentario: «¿Cómo sabes que no te voy a llevar al río para estrangularte?»

La muchacha añadió que el sujeto de la cara pecosa le había dicho que la volvería a llamar. Stovall y Daugherty le rogaron que si lo hacía quedara con él en el mismo sitio e inmediatamente les avisara. La estudiante no estaba muy convencida, pero asintió cuando

los detectives le aseguraron que llegarían antes que el «veterano». Lo que tenía que hacer era darle alguna excusa para que ellos pudieran presentarse a tiempo.

Al cabo de una semana, el domingo 25 de mayo, la policía de Corvallis recibió la llamada que con tanta impaciencia estaban esperando. El «veterano del Vietnam» acababa de llamar a la chica y ella le había dicho que iba a lavarse el pelo, que la fuera a ver dentro de una hora.

El tipo regordete y pecoso entró en la sala de la residencia de estudiantes de Callaghan Hall. Dos hombres de civil se le acercaron y le mostraron sus insignias, cosa que no pareció sorprenderle. Se identificó como Jerry Brudos. Vivía en Salem habitualmente, pero ahora estaba en Corvallis porque trabajaba en las proximidades como electricista.

Brudos no había cometido ningún delito y no podían arrestarle, ni siquiera someterle a interrogatorio, así que los oficiales se limitaron a acompañarlo al exterior del edificio y tomaron el número de matrícula de su camioneta.

En la comisaría comprobaron que no había mentido al facilitar sus datos y que, efectivamente, trabajaba de electricista en Corvallis. Pero al echar un vistazo a su historial, Stovall se dio cuenta de que era el tipo de hombre que andaban buscando: Jerome Henry Brudos; treinta años; con una amplia trayectoria de violencia contra las mujeres. Sus desviaciones sexuales le habían mantenido internado durante buena parte de su juventud en un hospital para desequilibrados mentales. Y aún había más: el sospechoso vivía, en la época de la desaparición de Linda Slawson, la vendedora de enciclopedias, en el mismo distrito de Portland.

Los detectives que se ocupaban del caso de los “cuerpos en el río” no tenían ni idea de quién era el asesino, qué aspecto tenía, cómo se llamaba o dónde vivía. Sin embargo, consiguieron componer un perfil psicológico del criminal que buscaban mediante una combinación de experiencia profesional y finas intuiciones. El teniente Jim Stovall lo plasmó en un escrito con increíble “ojo clínico”:

- 1.- Edad entre los veinte y treinta años: Todas las víctimas son jóvenes.
- 2.- Electricista: El cable de cobre empleado para atar los cuerpos da una vuelta y está partido; después se encuentra anudado con un doble nudo siguiendo las costumbres de un electricista.
- 3.- De inteligencia media, por lo menos. Los nudos encontraron requieren una cierta habilidad manual.
- 4.- Probablemente tenga un pasado familiar atormentado (padres separados), una madre con carácter fuerte y un padre débil: la profanación y mutilación de los cuerpos femeninos es indicio de un latente odio hacia su madre.
- 5.- Seguramente cuenta con un largo historial de comportamiento antisocial.
- 6.- No practica deportes que impliquen el contacto físico: las mujeres están estranguladas, pero no las ha pegado.

7.- Sin trabajo regular asalariado: las horas de desaparición de las chicas, durante el día, son poco habituales.

El detective Jim Stovall, encargado del caso Brudos, era un excelente tirador, un magnífico esquiador, fotógrafo, piloto y un brillante profesional, que había resuelto numerosos sucesos enrevesados gracias a su meticulosidad durante las investigaciones. También esclareció algunos casos considerados como “irresolubles”, como el del hombre que apareció muerto en el interior de su casa cerrada sin que el arma del crimen fuera hallada jamás. El detective Stovall abordó el misterio como tenía por costumbre: tomó cientos de fotografías de la escena del crimen, después estudió todas y cada una de las realizadas en el interior de la casa, y decidió ampliar la foto de una puerta-biombo de rejilla. Este proceso lo repitió tres veces hasta que notó una irregularidad en la red de hilo metálico. El agujerito se debía a la trayectoria de una bala. Un ojo normal no podía detectar esta deformación minúscula, porque la rejilla metálica había recobrado la forma primitiva después de sufrir el impacto. Alguien había asesinado a la víctima desde el exterior de la casa. Jim Stovall resolvió el enigma gracias a una astuta combinación de lógica y “sexto sentido”.

La madre de Jerry Brudos le había tratado siempre con dureza y él empleó la misma táctica con su hija Megan, dándole un manotazo siempre que la niña intentaba sentarse en sus rodillas. Las relaciones con su mujer eran las de un hombre que nunca había llegado a adaptarse a la realidad. Mientras ella se mostrase dócil, él la profesaba adoración. Brudos gobernaba su casa al igual que lo había hecho su madre, con mano de hierro. La más ligera desviación de sus reglas la consideraba una traición personal que liberaba la violencia latente bajo su costra de aparente bondad. Su matrimonio estaba a punto de romperse mucho antes de la detención, y su mujer pasaba largos períodos fuera del hogar.

Durante mucho tiempo a los culpables de cometer delitos sexuales graves se les dejaba abandonados en una celda. Pero desde hace años se han empezado a comprender este tipo de desórdenes mentales.

Por suerte, el llamado «maníaco sexual» sigue siendo una rareza. Muchos criminales violentos son sencillamente unos oportunistas. Si se presenta la ocasión, tratarán de abusar sexualmente de la víctima, pero no dedican toda su vida y su energía a obtener un determinado placer sexual. Sin embargo, las personas que sufren desórdenes psicosexuales pueden llegar a ser dominadas totalmente por este irrefrenable «deseo».

El Estrangulador de Boston -Albert de Salvo- era uno de esos enfermos que llegó a la criminalidad para satisfacer sus impulsos. Otro asesino sexual americano, Richard Turner, fue encarcelado en 1976 por violar a dos adolescentes. Un vigilante de la cárcel llegó a convencerse de que era un buen chico, de que era inocente, e insistió en que el sheriff le dejase libre unas horas para «que tuviera un descanso». Al amanecer del día siguiente, «el buen chico» había asesinado al empleado de la penitenciaría, a su mujer, a sus dos hijas y a su hijo recién nacido. Además, le dio tiempo a violar a tres mujeres, y antes de que le volvieran a capturar se suicidó. La violentísima obsesión de Turner era tan poderosa que superaba cualquier otro impulso vital, incluso el de la supervivencia.

Las razones que explican este comportamiento irracional son en parte de tipo biológico. La inclinación sexual masculina está controlada por una hormona llamada testosterona. De ella depende el desarrollo de los órganos genitales y el estímulo que provoca la

formación del semen. Los hombres y las mujeres que tienen un alto índice de esta hormona maduran sexualmente mucho antes que la media. Si se hubiera realizado un detallado estudio de Richard Turner, es casi seguro que se hubiera descubierto que se desarrolló sexualmente siendo aún un niño.

Pero también interviene el factor psicológico. Se sabe que tanto Glatman como Brudos alcanzaron la pubertad prematuramente, y que pasaron años dando rienda suelta a sus fantasías sexuales mediante una continuada masturbación. Esta “costumbre” no hizo más que incrementar el deseo por “lo prohibido”. Asimismo, ambos pertenecían a la clase de seres humanos que Freud denominó «fetichistas». En estos sujetos, la fuerte imaginación erótica se polariza en la vestimenta del objeto deseado y prohibido, sobre todo en los zapatos y la ropa íntima. Normalmente tales deseos se identifican con relaciones familiares, madre o hermana. Muchos maníacos sexuales empiezan como fetichistas robando ropa de señora de los expositores de un almacén o coleccionando “revistas de chicas”. Más tarde, utilizan a mujeres vivas como “oscuros objetos de deseo”, abusando de ellas sin contemplaciones.

Lo que acabamos de explicar es aplicable al 99 por 100 de los maníacos sexuales; de manera que cabe la posibilidad de tratar esta enfermedad con drogas que debiliten ese ímpetu, por ejemplo los bromuros. Si se administran en forma de tabletas para dormir, tienden a sedar la actividad del sistema nervioso y reducen el impulso sexual. No obstante, existen drogas más modernas y eficaces.

En algunos países -por ejemplo, en Alemania- los delincuentes sexuales ven reducida su pena si acceden a mutilarse sexualmente.

Los defensores de los derechos humanos y la mayoría de la profesión médica se oponen, comprensiblemente, a la aplicación de medidas tan radicales. Recurrir a la cirugía o suministrar drogas es invadir la esfera de las libertades del individuo, y privarle de uno de los componentes de su personalidad.

Releer los casos de Judy Dull o Karen Sprinker nos lleva inequívocamente a la conclusión de que los criminales sufrían algún tipo de demencia que ha de ser tratada como una patología mas. El Estrangulador de Boston era consciente de que estaba «enfermo», y suplicó que le pusieran en tratamiento médico tras ser arrestado, e incluso llegó a fugarse en protesta por la falta de dicho tratamiento. No le valió para nada, aun así no se le facilitó.

En 1940, el médico de cabecera de la familia Glatman le dijo a sus padres que no se preocuparan, que esas chiquilladas -el intento de estrangulación- pasarían con el tiempo. Cincuenta años después sabemos que estas actitudes no son más que vanas ilusiones. Los síntomas de un desorden psicosexual son reconocibles al poco de manifestarse, en el caso de Richard Turner, nada mas ser encarcelado por la doble violación.

La policía arrestó a Jerry Brudos por importunar a jovencitas. Por fin, tenían un sospechoso para el asesinato de Karen Springer. Al visitar su casa, descubrieron más indicios.

Lo primero que había que hacer era investigar a fondo a Brudos. El detective Jim Stovall le visitó en su casa de la calle Center, en Salem, y estuvo hablando con él en el garaje. Otro detective, Jerry Frazier, también se dio una vuelta por allí, y se fijó en unos trozos

de cuerda que estaban tirados encima de una mesa y en el gancho que había en el techo. Una de las cuerdas estaba anudada, y el nudo era idéntico al empleado para lastrar y atar las víctimas del río.

Stovall se convenció de que era su hombre, ya que todo encajaba. Trabajaba de electricista y mecánico de coches. Había desempeñado su oficio en Lebanon, Oregón, muy cerca del sitio donde fue encontrado el vehículo de Jan Whitney y vivió cerca del lugar donde desapareció Karen, en Salem.

Y aún había otra prueba más que acusaba a Brudos. El 22 de abril, una chica de quince años que corría al colegio bordeando las vías del tren, fue acosada por un tipejo gordo y pecosito que la amenazó con una pistola. Consiguió zafarse, y más tarde identificó a Jerry Brudos en una fotografía que le mostraron los detectives.

No obstante, esta identificación era lo único que tenían contra el sospechoso; de ahí que el detective Stovall fuera reacio a detenerle y acusarle de asesinato. A los cinco días de la entrevista en Corvallis, el policía decidió que no podía correr el riesgo de dejar en libertad a un posible maníaco. Mientras se encontraba de camino hacia la casa de Brudos, recibió un aviso por radio: el sospechoso y su familia habían abandonado el pueblo e iban en dirección a Portland. A las pocas horas, un coche patrulla detuvo la camioneta del presunto asesino. Él no se encontraba sentado al volante, muy al contrario, estaba en la parte trasera, escondido bajo una sábana.

En la comisaría de Salem le hicieron vestirse con un mono antes de meterlo en la celda, y bajo el pantalón y la camisa llevaba puesta ropa interior de mujer.

Jim Stovall interrogó a Jerry Brudos durante cuatro días seguidos y no consiguió sacarle una sola palabra. El detective no le preguntó a bocajarro si había matado a las muchachas; se limitó a plantearle cuestiones más generales con la esperanza de ir obteniendo información para cuadrar el rompecabezas. Al quinto día, de pronto, Brudos empezó a hablar del gran interés que tenía por los zapatos de señora y la ropa íntima femenina. Contó cómo una vez había seguido a una chica atractiva hasta su casa... porque llevaba unos zapatos preciosos. Se metió en su dormitorio por una ventana y salió corriendo con los zapatos bajo el brazo. Poco después describió cómo había robado el sujetador negro que se encontró en el cadáver de Karen.

Casi había admitido un asesinato. A lo pocos minutos, le estaba contando al detective Stovall el primer crimen, en enero de 1968. La víctima resultó ser una joven vendedora de libros. Caía la tarde y una muchacha delgada y bonita, con unos preciosos zapatos de tacón alto, se dirigió a Brudos, que se encontraba en el patio de su casa, para preguntarle si estaba interesado en comprar una enciclopedia. La muchacha se llamaba Linda Lawson. La invitó a entrar en el garaje. Su mujer tenía una visita... La chica se sentó en un taburete y empezó a explicarle todo lo referente a la enciclopedia. Él se puso detrás de ella y la dejó inconsciente de un golpe seco con una estaca de madera. Después se arrodilló a su lado y la estranguló. Su madre estaba en el piso de arriba junto con sus dos hijos; les dijo que se fueran a cenar a una hamburguesería y regresó al garaje.

La siguiente hora se la pasó vistiéndola y desvistiendo el cuerpo sin vida de la muchacha; como si estuviera jugando con una muñeca gigante. Aquella misma noche, mientras su familia dormía, metió el cadáver en la furgoneta y condujo hasta el río Willamette. Lo

tiró al agua desde el puente, lastrado con una cabeza de cilindro, pero se guardó una parte de la víctima -un pie- en el congelador del garaje: lo quería para probar los zapatos.

En el mismo mes de noviembre se topó con su segunda víctima. Al volver a casa, se paró en la autovía, al lado de un coche averiado. La conductora era Jan Whitney acompañada de dos hippies que había recogido en autoestop. Brudos explicó que era mecánico, pero que desgraciadamente no llevaba las herramientas consigo, podían pasar por su casa y recogerlas. Los tres subieron a la camioneta y continuaron hasta Salem, donde los hippies se bajaron.

Ya en su garaje, Jerry dejó a la chica esperando mientras comprobaba que su mujer y sus hijos no estaban en casa. Habían salido a visitar a unos amigos. Entonces se subió a la furgoneta por la parte trasera. La confiada muchacha no le oyó. Cogió una correa de cuero y la estranguló. Las siguientes horas las pasó vistiéndola y desvistiendo el cuerpo y haciéndole fotografías. Cuando terminó, colgó a la víctima por las muñecas del gancho del techo.

Esta vez, sin embargo, no se deshizo del cuerpo enseguida; lo estaba pasando bien con su nuevo juguete. Durante dos días continuó jugando a las muñecas al volver del trabajo. El garaje permanecía cuidadosamente cerrado para que nadie pudiera entrar.

Unos pocos días más tarde, sus devaneos necrofilicos casi le llevan a la ruina. El 28 de noviembre de 1968 llevó a su familia a Portland para la fiesta del Día de Acción de Gracias. El cadáver quedó suspendido del gancho en el garaje y al volver comprobó con verdadero pavor que una de las esquinas del garaje estaba derruida. Un coche se había salido de la calzada chocando con la pared, y la policía estaba allí, investigando el accidente. Sin embargo, no pudieron entrar en el garaje. Uno de los agentes intentó echar un vistazo al interior por el hueco de la pared, pero la penumbra le impidió ver el cuerpo. Brudos no perdió el tiempo. Escondió a Jan Whitney en la caseta de la bomba de agua antes de llamar a los policías para que revisaran el garaje. Esa misma noche el cadáver cayó al agua del río Willamette lastrado con una pieza de hierro colado.

Se había librado por los pelos. Jerry esperó algún tiempo antes de dar su próximo «golpe». El sábado, 27 de marzo de 1969, la tentación pudo con él de camino a los almacenes Meier & Frank de Salem.

Al principio le atrajo una chica vestida con minifalda y zapatos de tacón alto. Aparcó y se metió en la tienda detrás de ella, pero la perdió de vista. Al regresar a su camioneta, vio a otra muchacha, preciosa, a punto de subir a su coche. La cogió por el hombro y amenazándole con la pistola, le dijo: «Ven conmigo y te prometo que no te haré daño.» Karen Sprinker estaba demasiado asustada para gritar. Le rogó que no disparara y le precedió hasta la furgoneta. Jerry llevó a Karen a su casa. Su mujer y sus hijos habían salido y nadie le interrumpiría en un buen rato. A punta de pistola obligó a la chica a entrar en el garaje. Ella le aseguró que haría todo lo que deseara.

El maniaco la mandó quitarse la ropa y después de violarla le sacó unas cuantas fotografías, por supuesto, con zapatos de tacón alto.

Finalmente, la maniató por la espalda y le colocó una cuerda alrededor del cuello. Empezó a cerrar el nudo. Le preguntó a Karen si estaba demasiado fuerte y ella contestó que sí.

Entonces Brudos la levantó del suelo, la colgó del gancho y observó cómo se asfixiaba. «Pataleó un poco y murió.» Acto seguido, Jerry violó el cadáver. Se deshizo del cuerpo sin vida tirándolo al río Long Toro, lastrado con una cabeza de cilindro.

Una de las víctimas de Jerry Brudos, Sharon Wood, se defendió y hoy puede contar la dramática experiencia. Dos días antes del rapto de Linda Salee -el 12 de abril de 1969- se metió en el aparcamiento subterráneo de la Universidad de Portland y se fijó en que alguien la seguía. Un hombre regordete de mirada aviesa la amenazó con un revólver y le ordenó que le siguiera. Ella respondió un rotundo «¡No!», y se soltó. El sujeto la agarró con el antebrazo por el cuello, pero Sharon le propinó un tremendo mordisco en el pulgar. Estaba tan aterrorizada que sus mandíbulas se quedaron paralizadas y no podía abrir la boca. Brudos la lanzó al suelo y empezó a golpearle la cabeza contra el cemento hasta que la víctima casi perdió el conocimiento. En ese momento apareció un coche y Jerry salió corriendo.

La policía tomó declaración a la joven, pero nadie notificó el hecho al detective Stovall. Si se hubiera hecho, es muy probable que la descripción de Sharon Wood hubiera significado la detención del asaltante y salvado la vida de Linda Salee.

Darcie, la esposa de Brudos nunca entendió del todo la afición de su marido por hacerle fotografías “extrañas”. En una ocasión le pidió que se pusiera una media en la cara y sus rasgos se distorsionaron de forma grotesca. En otras tomas aparecía de pie con zapatos de tacón alto. Darcie le dijo que en la tienda de fotografías, los encargados del revelado verían de qué se trataba, pero Jerry respondió que solo se preocupaban de echar un vistazo a la primera y a la última fotografía, y que él se aseguraba de que éstas fueran escenas campestres totalmente inocentes.

Las violentas obsesiones de Jerry Brudos sobrepasaban con mucho los sueños infantiles de un chiquillo.

La peculiar «manía» de Brudos se manifestó por primera vez cuando tenía dieciséis años. Robó la ropa íntima de una vecina y después le dijo a ésta que trabajaba para la policía como agente secreto y que le podía ayudar a recuperar lo sustraído. Con este pretexto, Brudos la “atrajo” hasta su dormitorio una noche que su familia estaba cenando fuera. De pronto, un sujeto enmascarado saltó sobre la muchacha y la amenazó con un cuchillo. El desconocido la obligó a desvestirse, y luego se dedicó a hacerle fotos. Cuando el enmascarado desapareció, Jerry entró corriendo en la habitación y se justificó diciendo que un tipo le había encerrado en el cobertizo. La chica sabía que estaba mintiendo, pero no podía hacer nada más que callarse y procurar salir de allí.

Un año más tarde, en abril de 1956, Brudos invitó a una muchacha de diecisiete años a dar un paseo en su coche. En una autopista del desierto, la sacó de malas maneras del vehículo, le dio una paliza y le ordenó desvestirse. Una pareja que pasaba por allí oyó los gritos de la chica, se acercó y sorprendió al maníaco. Este no objetó nada y acompañó a los tres hasta la casa de la pareja desde donde avisaron a la policía. Contó que a su acompañante la había atacado «un tipejo raro», pero los agentes no se lo tragaron y le condujeron a la comisaría. Entonces la vecina se decidió a hablar y explicó la historia del hombre enmascarado.

Los psiquiatras que examinaron a Brudos llegaron a la conclusión de que no estaba mentalmente desequilibrado ni tenía tendencias violentas -a pesar de la paliza que había propinado a la muchacha en el desierto-. Sin embargo, en casa del joven maníaco, la policía encontró una caja bastante grande llena de ropa interior de mujer y zapatos. Fue enviado al Hospital Estatal de Oregón para observación médica y a los nueve meses le dieron de alta. Le tocó cumplir el servicio militar, pero quedó rebajado del servicio de armas a causa de extrañas alucinaciones que sufría con frecuencia.

En Salem atacó a una chica y le robó los zapatos. Lo volvió a repetir en Portland. Parecía que nada iba a impedir que se convirtiera en un violador empedernido... Pero conoció a una muchacha dulce, de diecisiete años, llamada Darcie, que deseaba salir cuanto antes de la casa de sus padres y accedió a casarse con Jerry. Megan, su primera hija, nació a los ocho meses.

La vida matrimonial le iba a Brudos como anillo al dedo, y vivieron contentos y felices unos cuantos años. En 1967, mientras su esposa estaba esperando el segundo hijo en el hospital, él siguió a una «preciosidad» que llevaba unos llamativos zapatos hasta su casa. Por la noche descerrajó la puerta del dormitorio, la dejó inconsciente de un golpe y la violó. Al abandonar el apartamento, llevaba consigo los zapatos. A partir de ese momento se transformó en una bomba de relojería que sólo esperaba el momento oportuno para explotar.

Jerry tenía un hermano mayor llamado Larry al cual su madre quería más que a él. Eileen Brudos tenía la esperanza de concebir una niña y, al llegar el pequeño Jerry, se sintió bastante desilusionada. Más tarde, el criminal se quejaría de que su madre no le había dado ningún afecto. La describía con palabras como «terca, egoísta, egocéntrica». No obstante, cuando él se casó, su madre cuidaba a sus hijos. A los quince o dieciséis años, Larry empezó a coleccionar pósters de chicas en ropa interior y los guardaba escondidos en una caja. Jerry encontró la caja, y mientras estaba mirando los carteles su madre le sorprendió. El pequeño intentó «echarle la culpa» a su hermano; a fin de cuentas, en opinión de su madre, él no era capaz de hacer nada a derechas. El resultado de esta relación fue un duradero rencor hacia su madre.

Harvey Glatman y Jerry Brudos tuvieron dos personalidades totalmente opuestas. Glatman pasaba por ser un “niño de mamá”, con su cara de conejito y sus orejas de soplillo. Brudos odiaba a su madre tanto como ella le odiaba a él, y se transformó en una especie de monstruo autocompasivo y gimoteador.

Sin embargo, los dos hombres compartían una cosa: el fetichismo. En ese estado enfermizo del ánimo, la satisfacción sexual se obtiene de objetos inanimados. El origen del comportamiento fetichista aún no está claro del todo. Ni siquiera el psicólogo que acuñó el término, Alfred Binet, conocía todos los pormenores de esta obsesión. Algunas veces se presenta en criaturas tan jóvenes que es difícil imaginarse cómo puede haberse “desarrollado”.

En el caso de Jerry se manifestó por primera vez cuando contaba cinco años y encontró en un vertedero un par de zapatos de cuero femeninos. Se los llevó a casa y se los probó. Su madre, al verlo, se enfadó con él. “Devuélvelos inmediatamente al vertedero”, le ordenó. Pero el pequeño Jerry los escondió para ponérselos a escondidas. Cuando su

madre le descubrió, se llevó una paliza monumental y los zapatos terminaron en la hoguera.

En la escuela primaria quedó fascinado con los zapatos de tacón alto que su profesora guardaba siempre en un cajón para tenerlos de repuesto. Un día los robó y los escondió en el patio del colegio, pero los descubrieron y se los devolvieron a la maestra. Más tarde confesó el “delito” y la profesora le preguntó por qué lo había hecho. El chico no supo qué contestar; salió corriendo del aula... La verdad es que ni él mismo lo sabía.

Lo mismo se puede decir de Glatman. Un chiquillo de doce años no está capacitado para explicar el motivo que le incitó a rodear su cuello con una cuerda y tensar el nudo hasta casi estrangularse.

La naturaleza les había jugado a ambos una mala pasada. Les dotó de un impulso sexual descomunal y de un carácter tímido, vergonzoso y apocado. No obstante, desconocemos los detalles sobre la vida sexual de Glatman durante su infancia.

El interés de Jerry Brudos por la ropa interior de señora se desarrolló mucho antes de llegar a la adolescencia. La familia se trasladó a Oregón y el muchacho solía jugar en la casa de unos vecinos. Él y uno de los hijos del vecino se metían sin ser vistos en la habitación de la hermana para jugar con su ropa a escondidas. Más tarde empezó a soñar con raptar a las chicas para tenerlas como esclavas suyas. Su biógrafa, Ann Rule, destaca que nunca tuvo el más mínimo interés por la ropa ni los zapatos de su madre, si bien es verdad que pocas veces llevó zapatos de tacón,

Muchos muchachos adolescentes tienen en la pubertad un desarrollo de la sexualidad muy marcado que, en poco tiempo, conduce a la madurez, y Brudos y Glatman se diferenciaban de los demás en que su fijación era enfermiza y mucho más profunda, estaban suficientemente desesperados como para intentar transformar sus fantasías en realidades tangibles. Jerry obligó a una vecina a dejarse fotografiar desnuda; Harvey intentó obligar a una chica a desvestirse amenazándole con una pistola de juguete, pero le cogieron y prefirió irse a Nueva York para convertirse en el «Bandido fantasma». Probablemente, el tener a una mujer asustada contra la pared apuntándole con una pistola le gustaba más que nada. En Los Angeles, tras salir de la prisión, se procuró un trabajo que le permitía entrar en la casa de la gente. De esta forma conseguía llegar hasta los dormitorios de las propietarias, para reparar sus televisores. Como estaba acostumbrado a llevar a la práctica sus fantasías, no tardó mucho en convertirse en un violador y en un asesino.

Jerry Brudos también fue detenido tras intentar violar a una mujer en el Hospital Estatal de Oregón. El personal del centro le recordaba como alguien que simplemente necesitaba “madurar”. Cuando consiguió convencer a una tímida y amable muchachita de 17 años de que se casara con él, todo parecía indicar que finalmente había “crecido”, que sus fantasías y extraños sueños permanecerían encerrados en su mente.

La nauseabunda confesión de Jerry Brudos se prolongó durante horas y el criminal no omitió ningún detalle, por repugnante que fuera. Los policías le escuchaban en silencio, procurando no dejar traslucir sus emociones. Al final del espantoso relato, no cabía la menor duda: acabarla su vida tras los barrotes de una celda. Oregón se había librado de la «bestia llorona».

El miércoles 23 de abril de 1969, unas cuatro semanas después de la muerte de Karen Sprinker, una jovencita delgada y atlética, llamada Linda Salee, estaba haciendo compras en Portland, a unos 80 kilómetros de Salem. Buscaba un bonito regalo de cumpleaños para su novio. Al volver a su coche cargada de paquetes, Brudos se le acercó, la cogió por el brazo y le mostró una placa de policía. La detenía por hurto en los grandes almacenes. Ella le creyó en un principio, pero protestó alegando que tenía todos los recibos que demostraban que había pagado las compras. Jerry le confesó entonces que «le estaba tomando el pelo» y la condujo al garaje de su casa.

Linda se comportó con extraordinaria docilidad, al igual que Karen. El maníaco aparcó el coche dentro del garaje, cerró los portones y le dijo a la chica que le siguiera a la casa. Abrió la puerta y cruzó el patio hasta la entrada de la vivienda. En este momento, la mujer de Brudos salió al porche, éste se volvió y le mandó a la muchacha que se estuviera quieta. Si hubiera gritado o hubiera corrido hacia la verja del jardín, habría salvado la vida. Pero Darcie Brudos no la vio, ya que estaba demasiado oscuro. Su marido agarró a Linda, la metió de nuevo en el garaje y la ató. Después, con la más absoluta tranquilidad, se fue a cenar a la casa. Al poco rato regresó y vio que la chica había conseguido liberarse. Sin embargo, Linda no llamó a la policía desde el teléfono del garaje. Más tarde, el asesino declararía con aire satisfecho: «Simplemente estaba allí, esperándome, creo...»

Al ver a su raptor, la chica se debatió. Pero era demasiado tarde para luchar. Para el criminal gordinflón no supuso ningún problema dominar aquel «gatito salvaje». Jerry le colocó una tira de cuero alrededor del cuello, la anudó y tiró. Linda preguntó: «¿Pero por qué me hace esto?» Acto seguido, se desvaneció. En el momento de morir, Brudos se divertía violándola.

La bestiecilla se merecía un «castigo» por ser tan molesta. De manera que la suspendió por el cuello del gancho del techo y decidió hacer un experimento con el cuerpo sin vida. La pinchó en los costados, entre costilla y costilla, con dos agujas hipodérmicas -los dos pinchazos que tanto extrañaron al forense- y enganchó unos cables eléctricos. Al conectar la corriente, esperaba que la muchacha «bailase». «Pero en vez de eso, sólo se quemó».

Jerry Brudos «se la guardó» durante otro día. Y la violó una vez más. La segunda noche metió el cadáver en su camioneta y lo tiró al río Long Toro, lastrado con la caja de cambios de un coche.

Brudos realizó la confesión con una especie de precisión pedante, como si fuera necesario explicar con detalle cómo desmontar una caja de cambios. Parece ser que nunca se le pasó por la cabeza que el detective Stovall pudiera estar asqueado u horripilado al escucharle. De hecho, el policía procuró controlarse para no reaccionar violentamente; por encima de todo, no quería interrumpir la «riada» de datos que estaba aportando el asesino.

Jerry fue acusado de la muerte de Kare Sprinker. Al día siguiente, orden de registro en mano, los detectives pusieron patas arriba la casa vacía del criminal, ya que la mujer y los niños se habían ido a vivir con unos familiares. En el desván fue localizada la colección de zapatos y ropa de señora por docenas. Sobre una repisa del cuarto de estar había una réplica de un seno de mujer, por lo menos parecía una imitación hasta que los agentes lo estudiaron más de cerca. Porque era real; estaba conservado dentro de un molde de plástico transparente. En el sótano hallaron la caja de herramientas donde el maníaco guardaba las fotografías de las chicas, algunas colgando del gancho del techo y otras

posando en ropa interior. La policía averiguó más tarde que Brudos había telefoneado a su mujer desde la prisión ordenándole que destruyera el contenido de la caja de herramientas; por una vez en la vida, Darcie decidió desobedecerle.

Bajo el banco de trabajo del asesino apareció una fotografía que le incriminaba más allá de toda duda. Al fotografiar a una de sus víctimas, su propia imagen se había reflejado en un espejo, y sin darse cuenta se había plasmado en la foto.

Jerry Brudos se declaró culpable de cuatro acusaciones de asesinato, y no hizo falta celebrar el juicio. Fue condenado a cadena perpetua. Un vecino, no obstante, declaró que había visto cómo Darcie ayudaba a su marido a meter una de las víctimas en la casa. La esposa del criminal fue acusada de complicidad en el asesinato de Karen Sprinker, pero el jurado la consideró inocente. Cuando se resolvió su caso, Jerry ya había empezado a cumplir sentencia.

El primer año de Brudos en prisión fue una época difícil y peligrosa. Los otros reclusos odian a los criminales sexuales y normalmente se les mantiene aislados por su propia seguridad. A Jerry no le separaron, simplemente fue ignorado. Nadie hablaba con él ni se sentaban con él a comer. Otro preso consiguió atacarle y le propinó un golpe fuerte en la cabeza con un cubo. Acabó en el hospital de la penitenciaría.

El cuerpo de Jan Whitney (la segunda víctima de Brudos) apareció en la orilla del río Willamette en el verano de 1970. Se le pudo identificar gracias a la dentadura.

La vida de Jerry Brudos en la cárcel mejoró con el paso de los años. Resultó que tenía una especie de talento innato para la electrónica, y pasó a ocuparse del sistema informático de la penitenciaría. Las autoridades de la cárcel le permitieron, hasta un cierto límite, continuar con su afición: coleccionar zapatos y ropa interior de mujer. En la celda tenía verdaderas montañas de catálogos y muestrarios llenos de fotografías de chicas.

JOHN REGINALD CHRISTIE



Psicópata y asesino sexual responsable de la muerte de seis mujeres, asesinadas en su domicilio del número 10 de Rillington Place, London W1 (hoy Rustyn Close), junto a S. Marks Road.

El 24 de marzo de 1953, cuando un jamaicano, inquilino de la citada calle, tanteaba las paredes de la cocina del piso bajo, ocupado anteriormente por Christie, notó que una de ellas sonaba a hueco. Levantando una esquina del papel que cubría la pared,

descubrió que escondía un armario, abierto por uno de los costados. Miró a través de la abertura con la ayuda de una linterna, descubriendo el cadáver desnudo de una mujer.

Al momento avisó a la policía, que halló otros tres cuerpos dentro del armario. El primero estaba completamente desnudo (excepto el sostén y el liguero); los otros dos habían sido envueltos en sábanas y atados con cable eléctrico. Seguramente a causa de las condiciones atmosféricas, que habían provocado una gran deshidratación, los cadáveres despedían muy poco olor. (Los relatos más sensacionalistas afirman que fue el olor de los cuerpos en descomposición lo que indujo al jamaicano a examinar las paredes de la cocina.) Bajo el suelo del salón, que parecía haber sido levantado recientemente, apareció un cuarto cadáver, envuelto también en una sábana.

Christie había dejado el piso el día 20 de marzo subarrendándolo a Mr. y Mrs. Reilly, que le habían pagado 7 libras y 13 chelines por adelantado. El dueño del inmueble, un jamaicano llamado Charles Brown, les había echado poco después, alegando que Christie no tenía ningún derecho a subarrendar la vivienda cuando, además, le debía todavía algunas semanas de alquiler.

Al excavar el jardín de la casa se hallaron los esqueletos de otros dos cuerpos. Alguien había utilizado un fémur humano para apuntalar la cerca. Se recordó entonces que en 1949 habían sido descubiertos en la misma casa otros dos cadáveres (los de Mrs. Evans y su hija Geraldine). Ambas habían muerto estranguladas. Timothy Evans, marido y padre de las víctimas, había sido ahorcado convicto del doble asesinato; era un retrasado mental y fue, quizá, castigado por un crimen que no había cometido él, sino su vecino del piso bajo.

El agente de policía Ledger reconoció a Christie el 31 de marzo en un muelle cerca del Putney Bridge, conduciéndole al puesto de policía más cercano.

En la semana siguiente al descubrimiento de los cuerpos había cundido la alarma por toda la ciudad; los periódicos publicaron fotografías a toda plana del jardín del 10 de Rillington Place y lanzaron toda clase de especulaciones sobre la identidad del asesino y sobre si éste cometería algún crimen más antes de ser capturado por la policía (Alexie Surkov, secretario de la Liga de Escritores Soviéticos, que se encontraba en Inglaterra en aquella ocasión, comentó más tarde, con cierta ironía, este frenesí periodístico.)

Christie se confesó autor de la muerte de las cuatro mujeres cuyos cadáveres habían sido hallados en su casa. Declaró que, debido a la hostilidad que la mostraban los inquilinos, todos de color, que habitaban en los demás pisos de la casa, su esposa vivía en una enorme tensión nerviosa.

La noche del 14 de diciembre de 1952 sufrió un ataque con terribles convulsiones; Christie «no pudo soportar» verla en este estado y la estranguló con una media. En cuanto a las muertes de sus otras tres víctimas: Rita Nelson, de 25 años; Kathleen Maloney, de 26, y Hectorina MacLennan, también de 26 -, todas prostitutas, aseguró haberlas estrangulado bajo las mismas circunstancias, es decir, en el transcurso de una discusión. Más tarde confesó también haber asesinado a las dos mujeres cuyos esqueletos se hallaron en el jardín. Una de ellas era una muchacha austríaca, Ruth Fuerst, que Christie aseguró haber estrangulado mientras mantenía con ella trato sexual, y la otra Muriel Eady, empleada de la fábrica «Ultra Radio» de Park Royal, donde Christie había trabajado a fines de 1944.

Durante el registro de la casa se encontró asimismo una lata de tabaco conteniendo cuatro tipos diferentes de vello del pubis. Los crímenes presentaban algunos aspectos curiosos. En la sangre de las tres mujeres halladas en el armario se encontraron restos de monóxido de carbono. Sus vaginas contenían semen; tenían entre las piernas un trozo de tela blanca en forma de pañal cuyo fin nunca pudo ser explicado.

Durante el proceso, Christie admitió que el método que utilizaba para cometer sus crímenes consistía en invitar a las mujeres a su casa y hacerlas beber hasta emborracharlas. Entonces las persuadía para que se sentaran en una tumbona con dosel y abría la llave del gas. Cuando las mujeres quedaban inconscientes, las estrangulaba, violándolas después.

El asunto era inexplicable pues, siendo todas las víctimas prostitutas, no parecía muy necesario tener que dejarlas inconscientes para tener con ellas trato sexual. El doctor Francis Camps, que había examinado los cuerpos, sugirió que Christie había alcanzado un grado tal de impotencia sexual que necesitaba que la mujer a quien iba a poseer estuviera completamente inconsciente (una muchacha que había conocido a Christie años antes en Halifax le había apodado «Christie-no-puedo-hacerlo»).

Una de las mujeres, Rita Nelson, estaba embarazada de seis meses cuando murió.

Christie fue juzgado solamente por el asesinato de su mujer; el proceso comenzó el lunes 22 de junio de 1953. Presidía el tribunal el juez Mr. Finnmore y llevó la acusación el fiscal Sir Lionel Heald. Mr. Dereck Curtis Bennet se encargó de la defensa.

Durante el juicio salió a la luz la vida de Christie. Al ser arrestado tenía 55 años. Había nacido en Boothstown, Yorkshire, en abril de 1898. Su padre, Ernest Christie, que

trabajaba en una fábrica de alfombras, era un hombre de gran dureza que educó a sus hijos con austeridad victoriana sin mostrar el menor rasgo de afecto.

Reginald fue un niño débil, miope e introvertido. Sufrió varias enfermedades de poca importancia (posiblemente para compensar la poca atención que le dedicaban). Tuvo algunos encuentros con la policía por pequeños delitos; cada uno le valió una terrible paliza de su padre.

A los quince años salió de la escuela y se colocó como empleado en la oficina de policía de Halifax. Sus continuos hurtos provocaron su despido. Trabajó entonces con su padre en la fábrica de alfombras, hasta que le echaron también por robo. Desde ese momento Ernest Christie no quiso saber nada más de su hijo.

Reginald se convirtió en un hipocondríaco crónico que disfrutaba estando enfermo y hablando de sus pasadas dolencias. (Comenzó su primera confesión aludiendo a su mala salud.) En 1915 sufrió una neumonía. Cuando sanó fue enviado al frente, donde a consecuencia de una explosión y del gas mostaza quedó ciego durante cinco meses, perdiendo el habla por tres años medio; esto último no fue más que efecto de su histerismo. Recuperó la voz en un momento de excitación emocional.

Christie aseguró que uno de los acontecimientos decisivos en su vida fue el contemplar, cuando tenía ocho años, el cadáver de su abuelo. En 1920 conoció a su mujer, Ethel, con la que se casó aquel mismo año. No tuvieron hijos. Declaró que durante dos años no tuvo relaciones sexuales con su esposa, lo cual, sí es cierto, afirma la teoría de que Christie era un impotente sexual y que sufría, en sus relaciones con las mujeres, un profundo complejo de inferioridad. En 1923 discutió con su esposa y se separaron; con tal motivo Christie volvió a perder la voz por espacio de tres meses.

No tenemos muchos datos sobre la vida de Christie durante los años transcurridos entre las dos guerras, excepto que fue atropellado por un automóvil que se dio a la fuga, sufriendo lesiones en la cabeza, rodillas y clavícula (Reginald Christie parece haber sido una de esas personas a quienes la mala suerte persigue continuamente). Trabajó después como empleado de Correos, pero fue acusado de sustraer dinero de las cartas y condenado a siete meses de prisión.

Al quedar en libertad se colocó en la oficina de una firma de transportes, donde permaneció cinco años.

Duncan Webb, un narrador de la historia del criminal, afirma que Christie pretendía ser un hombre de fortuna cuando contrajo matrimonio y que se hizo miembro de la Sociedad Conservadora de Halifax. Al separarse de su mujer en 1923 (después de cumplir una nueva sentencia) se trasladó a Londres, alojándose primero en una casa de Brixton y más tarde en Battersea. Golpeó a una mujer en la cabeza con un palo de «cricket» y volvió a ser encarcelado. Su esposa le visitó en la prisión y se reunió de nuevo con él al quedar en libertad.

En 1939 Christie se alistó, al comenzar la guerra, en un cuerpo de reserva de la policía, donde disfrutó demostrando su autoridad y arrestando a todos los que podía por los más pequeños motivos. Su mujer iba a menudo a visitar a su familia de Sheffield; durante una de sus ausencias, Christie llevó a su casa a Ruth Fuerst y la estranguló.

Aunque en su segunda declaración había confesado haberla matado durante el acto sexual, es casi un hecho cierto que la persuadió de alguna forma para que inhalase gas, quizá convenciéndola de que curaría su catarro aspirando fuertemente de un frasco de «Bálsamo de los Frailes» después de taparse la cabeza con una toalla. Entonces Christie abriría la llave del gas.

Acaso en el primer momento intentase solamente dejar a la muchacha inconsciente para violarla y decidiera matarla más tarde para ocultar el asalto. Confesó también que había escondido el cuerpo de Ruth Fuerst bajo el suelo del salón para que no pudiera ser descubierto por su mujer, que volvió a los pocos días con un hermano. En un momento en que éstos habían salido, sacó el cadáver de su escondite y lo trasladó al lavadero enterrándolo en el jardín durante la noche.

En el transcurso de la vista, Christie declaró que no estaba seguro de si Ruth Fuerst había sido su primera víctima o no. A no ser que tuviera otro lugar para ocultar los cuerpos de sus víctimas, esta pérdida repentina de memoria fue una invención para hacer creer al jurado que no estaba en posesión de todas sus facultades mentales.

En diciembre de 1943, Christie fue licenciado del cuerpo de reserva y consiguió un empleo en la oficina de «Ultra Radio»; allí conoció a Muriel Eady, que le hizo frecuentes visitas. En una de estas ocasiones, precisamente cuando Mrs. Christie estaba pasando unas vacaciones en Sheffield, Muriel se quejó de catarro y poco después su cadáver hacía compañía al de Ruth Fuerst en el jardín.

Nunca pudo averiguarse quién fue el verdadero autor de los asesinatos de Mrs. Evans y su hija, pero parece muy probable que fuesen obra de Christie.

En su tercera confesión, hecha en la prisión de Brixton, declaró que en agosto de 1949 Timothy Evans y su esposa habían discutido a propósito de una mujer. Según sus palabras, Christie encontró un día a Mrs. Evans en el suelo junto a la estufa del gas apagada y abierta, intentando suicidarse; la consoló como pudo y le preparó una taza de té.

Al día siguiente, la mujer acudió a visitarle y le pidió que la ayudase a acabar con su vida, ofreciéndose a cambio a tener con él tratos sexuales. Christie la estranguló con una media y (como había ocurrido en los otros casos) la violó después. Ludovic Kennedy afirma que Christie se ofreció a llevar a cabo una operación ilegal de aborto en Mrs. Evans que, al tiempo de su muerte, estaba embarazada. Se aterrorizó cuando Christie intentó persuadirla para que aspirase el gas y, entonces, la estranguló. Kennedy cree que el criminal dijo a Evans que su esposa había muerto durante la operación y le instó a guardar silencio sobre el asunto.

Cuando Timothy Evans volvió a su casa aquella noche, Reginald Christie le dijo que su mujer se había suicidado, pero que, sin duda, todos pensarían que había sido asesinada por su marido. No se sabe con certeza lo que ocurrió entonces. Es posible que Evans matara a Geraldine, cuyo cadáver fue hallado más tarde junto al de su madre en el lavadero. El caso es que vendió todos los muebles y se dio a la fuga. A los pocos días se presentó en el puesto de policía de Merthyr Tydfil declarando que había asesinado a su esposa.

En un momento dado aseguró que era Christie el verdadero autor del crimen, pero al enterarse de que la policía había descubierto también el cuerpo de su hija, retiró la acusación. Evans era un retrasado mental. Es imposible saber lo que ocurrió en su mente hasta el momento de su ejecución y si asesinó o no a su hija Geraldine. Desde luego es sorprendente que no delatara a Christie cuando le comunicaron que su esposa había muerto estrangulada, pero quizá, si había sido el responsable de la muerte de su hija, pensó que no valía la pena implicar también en el asunto a su vecino.

En diciembre de 1952 tuvo lugar la muerte de Mrs. Christie. El motivo de este asesinato no está muy claro; quizá quisiera cometer sus crímenes con mayor libertad, pero fuese o no ésta su intención, el hecho es que unas pocas semanas después de morir su esposa, Christie cometía un nuevo asesinato. Rita Nelson fue vista con vida por última vez el 2 de enero de 1953; su cadáver fue el segundo de los que aparecieron en el armario. Christie declaró que le había pedido dinero en la calle; él la había llevado a su casa y allí mantuvieron una discusión, pero parece mucho más probable que la muchacha aceptase la invitación de acompañarle a su domicilio y que allí la matara como al resto de sus víctimas.

Su siguiente crimen fue la muerte de Kathleen Maloney, vista por última vez el 12 de enero de 1953; como en el caso de Rita Nelson, Christie aseguró que habían tenido una disputa, pero parece igualmente improbable.

Por aquel tiempo no tenía dinero y tuvo que vender sus muebles y el anillo de boda de su esposa por la suma de 11 libras. Escribió también al banco de Mrs. Christie en Sheffield y, falsificando su firma, pidió que le enviaran el dinero de su cuenta. (Había enviado también una postal poco antes de Navidad diciendo que su esposa sufría de reumatismo en las manos y no podía escribir.)

En febrero, Christie conoció a un joven matrimonio; el marido estaba sin trabajo y no tenían dinero ni alojamiento. Reginald los recogió en su casa durante algunos días. Poco después, la esposa, Hectorina McLennan, volvió sola a visitarle. Fue asesinada alrededor del 3 de marzo. Christie aseguró que después de matarla había perdido la memoria; abandonó su domicilio de Rillington Place el 20 de marzo y vagabundeo por Londres, durmiendo varias noches en Rowton House. Cuando fue arrestado, estaba sucio, sin afeitar y sin dinero.

El abogado defensor procuró demostrar su deficiencia mental, pero el jurado, ante diversos testimonios médicos que afirmaban la cordura del criminal, pronunció un veredicto de culpabilidad. Christie fue ejecutado el 15 de julio de 1953.

El caso presenta algunos aspectos curiosos. Christie era, desde luego, un hipocondríaco histérico (declaró, por ejemplo, que su fibrositis le impidió tener trato sexual con Mrs. Evans). Aparte de los crímenes, su vida sexual consistía, casi exclusivamente, en la masturbación; el hecho de que se hallasen restos de semen en las costuras de sus zapatos y en sus ropas, hizo suponer que se masturbaba de pie sobre los cadáveres de sus víctimas.

En los dos años y medio anteriores a la muerte de su esposa no había tenido con ella relaciones sexuales. No ha podido encontrarse una explicación satisfactoria para el vello conservado en la lata de tabaco. Christie aseguró que pertenecía a las mujeres halladas en el armario, pero al comprobarse si esto era cierto, resultó que no correspondían; solamente

uno de los tipos podría haber provenido de Mrs. Evans, pero de ser así, tenía que haber sido cortado seis meses antes de la muerte de ésta, lo cual parece poco probable. Quizá dos de los cuatro tipos podrían corresponder a los cuerpos encontrados en el jardín, pero aun así quedarían otros dos sin identificar.

Finalmente, Christie no causó una impresión favorable a ninguna de las personas relacionadas con el caso; mentía constantemente, se lamentaba sin descanso de su mala salud y debilidad, y aunque quería mostrarse ansioso de ayudar a resolver los problemas que presentaba su caso, contestó a todas las preguntas con vaguedad.

Es un hecho probado que desde el momento de la muerte de su mujer cometía sus crímenes llevado de un impulso irrefrenable y que si hubiera podido hacerlo, habría seguido matando hasta el día de su muerte; era el único medio para satisfacer sus necesidades sexuales. Una mujer que conoció a Christie en un café cerca de su casa declaró que había sido invitada por éste dos veces a que le hiciera una visita en su domicilio, donde le curaría su catarro; afortunadamente, las circunstancias impidieron que lo hiciera.

El Christie que cometió los tres últimos crímenes era un hombre agotado, sin fuerzas para resistirse a la justicia; seguramente sabía que antes o después los familiares de su esposa investigarían sobre su desaparición. Este fatalismo le condujo a una especie de «crepúsculo» mental, un dejarse llevar por los hechos, del que sólo emergía de vez en vez el impulso irremediable de matar para satisfacer su apetito sexual.

El hecho de que los cuerpos de sus víctimas (excepto el primero) no llevaran más ropa que un trozo de tela blanca entre las piernas, ha hecho pensar en la posibilidad de que en su anormalidad sexual interviniera también alguna especie de fetichismo. Tampoco se ha podido explicar satisfactoriamente la relación entre el impacto que proporcionó a Christie el espectáculo del cadáver de su abuelo y su morbosa actitud hacia el sexo y la muerte.

Reclamaciones ante un procurador

-¿Su nombre, por favor?

-Christie... señor Christie.

Su voz era un susurro.

-¿Y su dirección?

-Plaza Rillington... Plaza Rillington, 10.

Estaban fatigadísimos aquella noche en Poor Man' Lawyer, en Kensington Norte, y los interrogatorios debían ser breves. Pero el agotado procurador sobrecargado de funciones públicas, trataba a aquel desconocido con toda la cortesía que hubiera podido demostrarle a un cliente rico en su bufete.

-Bien, señor Christie, ¿qué podemos hacer por usted?

El señor Christie, de la plaza Rillington, se inclinó hacia adelante. Su cabeza calva y sus gafas brillaban bajo la cruda luz de la bombilla eléctrica.

-Se trata de mi apartamento, señor. Yo no puedo disfrutarlo con toda tranquilidad. No. La señora Christie y yo no podemos disfrutarlo con toda tranquilidad.

Evidentemente, se había aprendido de memoria esta frase y se sentía orgulloso de ello. El procurador reprimió una sonrisa.

-Será mejor que me dé todos los detalles. ¿Qué clase de alojamiento tiene usted?

-Dos habitaciones y cocina. En la planta baja de la casa.

-¿Independiente?

-No. El vestíbulo y la escalera son comunes a todos los inquilinos. Compartimos también los lavabos.

-¿Cuánto de alquiler?

-Doce chelines y nueve peniques por semana, sin amueblar.

-¿Desde cuándo la ocupa usted, señor Christie?

-Oh una docena de años. En realidad, veamos: si, eso es desde 1938.

El procurador arqueó las cejas y frunció el ceño. -Doce años. No creo que haya estado usted allí demasiado mal

-Al principio, no -dijo el señor Christie con manifiesto alivio al poder llegar a los hechos-. Éramos muy felices cuando todos los inquilinos eran lo que habían de ser. Pero ahí está la desgracia: ahora la casa está llena de negros.

-¿Desde cuándo?

-Desde la llegada del nuevo propietario. Fíjese: él es negro también.

-¿Un negro?

-Jamaicano, de las Antillas -explicó el señor Christie-. No habita en la casa, pero la tiene llena de negros. Esto rompe los nervios de la señora Christie, se lo puedo asegurar.

El procurador sacudió la cabeza sin comprometerse. Esta clase de problemas, incluso en aquella época, no era nuevo.

¿Son ustedes ahora los únicos blancos?

-Algunos de los negros tienen allí sus queridas, que son blancas.

Al decir esto el señor Christie no pudo reprimir un gesto de disgusto.

-Pero ¿qué hacen ellos? Dejando aparte su color, pueda que no se les puede reprochar, ¿qué hacen que pueda incomodarles?

-Son alborotadores, sucios, groseros, dice la señora Christie, y la mayor parte de ellos andan por el jardín.

-¿Qué jardín? -Preguntó el procurador sorprendido.

Por lo visto, las casas de alquiler que cuestan doce chelines y nueve peniques por semana tienen pocas veces este lujo.

-Se le llama jardín. Está en la parte trasera. De todos modos, más vale esto que nada... Alquilé la planta baja, luego el jardín me pertenece...

-Esto depende si... -indicó el procurador.

-Se me prometió. Cuando yo alquilé el apartamento me prometieron el disfrute exclusivo del jardín.

Por unos instantes la voz más bien baja del señor Christie adquirió cierto tono de sonoridad.

-¿Le gusta la jardinería? -preguntó el procurador.

-Exactamente, no -respondió el otro recuperando su voz normal-. Tengo muy mala salud, ya lo ve. Y la señora Christie también. Lo que me preocupa es nuestra tranquilidad.

El procurador disimuló un suspiro.

-Deme el nombre del propietario -dijo-. Me ocuparé del asunto.

-Bien -aprobó el señor Christie-. Quiero tener el jardín para mí solo.

La personalidad del señor Christie otorgaba cierta autoridad a la exigencia. Era suave, bien educado, reservado y discreto. Su cabeza en forma de huevo sugería aficiones intelectuales y su voz casi siempre en sordina preanunciaba un ser inofensivo y más bien incoloro. Hubiera podido pasar por un modesto funcionario o un rutinario profesor sin ambiciones, -decidido sólo a no descender más bajo. Su comportamiento era el de un ciudadano respetuoso con las leyes, que exige una independencia para sí y que también respeta la de los demás. Ciertamente, al ver al señor Christie y conocer la plaza Rillington cualquiera podía pensar que aquel cuchitril no era el lugar que le correspondía.

Las reacciones de sus vecinos se adivinan fácilmente. Lo trataban con una mezcla de ironía y de respeto. A sus espaldas le apodaban el Caballero Johnnie, pero cuando se dirigían a él le llamaban señor Christie, sin mencionar su nombre de pila. En su fuero interno, admiraban su desprecio hacia las tabernas, pero cuando acudían a beber entre camaradas se reían de lo ridículo de sus pretensiones. Ahora bien, el ridículo y el respeto originan alejamiento y reserva. El señor Christie era un ser distanciado y se encerraba cada vez más en su concha.

En aquella su postura retraída, desempeñaba papel principal su delicada salud, sobre la que había insistido. Aunque ninguna compañía de seguros le hubiera concedido demasiada importancia, sin embargo, una multitud de pequeñas dolencias habían envenenado su edad madura. Alguna de ellas pudo ser originada por el estallido de un obús durante la primera guerra mundial y exacerbada por un accidente de automóvil. En todo caso, el competente médico que cuidaba al señor Christie desde 1934, declaró más tarde que su estado de salud era verdaderamente malo. Padecía jaquecas, y le dolía la espalda, sufría de vértigos y de reuma. No podía trabajar ni dormir. Le era difícil fijar sus ideas y había perdido la memoria.

A todos estos síntomas, quizá psicosomáticos, se añadían dos enfermedades de origen físico: una fibrosis o inflamación de los músculos, y una enteritis o afección intestinal. A juzgar por lo que él pensaba de sí mismo, era un incurable, y desde el punto de vista del médico, era un neurótico. Ambas hipótesis no son del todo incompatibles.

Al parecer, existían, pues, poderosas razones psicológicas y clínicas, para que el señor Christie deseara estar tranquilo y se rebelara contra aquella intrusión de la horda de negros jamaicanos.

Pero había, además, otra razón mucho más poderosa, desconocida aún por los demás, por la cual el señor Christie deseaba el jardín para él solo.

La plaza Rillington, callejón sin salida que da a St. Mark's Road, no es más que una de esas callejuelas sórdidas que desfiguran a Notting Hill y, sin embargo, aun en esa barriada, resulta especialmente antipática y mugrienta. En parte, a causa de los recuerdos que evoca, pero en especial por la suciedad intrínseca de sus casas. Aunque Christie no hubiera existido, esta miseria concebida por los arquitectos, ejecutada por los contratistas de obras y explotada por los propietarios, seguiría siendo una monstruosidad. En cualquier época, el visitante quedaba visiblemente afectado.

Descendiendo por la calleja, el número diez es la última casa a la izquierda. Si el visitante padece claustrofobia sufriría en aquel lugar una crisis inevitable, no sólo a causa de la estrecha zanja que la separa de los inmuebles de enfrente y de la delgada pared que la une a sus vecinas, ni del alto muro con que termina bruscamente el callejón, sino, sobre todo, debido a su extrema pequeñez, pues parecen casas construidas para enanos y no para personas normales.

Esta impresión se acentúa todavía más cuando se penetra en el número diez. Aún me estoy preguntando cómo los corpulentos policías, obligados por su deber, pudieron entrar allí. Yo no soy nada voluminoso, pero tanto en el vestíbulo como en la escalera tenía la impresión de que iba a quedar atrapado.

La sensación de ahogo aumenta en los aposentos, tanto en el apartamento del señor Christie, en la planta baja, como en los dos pisos de encima, ocupados por inquilinos blancos, antes de la invasión de las gentes de color. En el primero, habitaba el anciano Kitchener, que pasaba la mayor parte del tiempo en el hospital. En el segundo, dos jóvenes casados, llamados Evans, y su hija. Vivían juntos en aposentos gemelos, y tan pequeños, que no cabía en ellos nadie más.

En cuanto al jardín que el señor Christie reclamaba con tanta, insistencia, cualquier individuo un poco ágil lo hubiera franqueado de un solo salto.

¿Cómo había ido a parar allí el señor Christie y por qué había permanecido?

De hecho, aunque no procediera de tan buena familia, ni hubiera sido educado tan refinadamente como pretendía hacer creer a todos, lo cierto es que el señor Christie había descendido en la escala social.

Había nacido en 1898 en el Yorkshire, y era hijo de un diseñador de tapices en buena situación. Tenía otro hijo y varias hijas y residían en una casa espaciosa en las landas que, comparada con el n.º 10 de la plaza Rillington, parecía un verdadero palacio. El señor Christie, a quien su familia llamaba Reg, mostró en seguida una inteligencia bastante superior a la media normal. Favorecido por una beca, ingresó en un excelente colegio de enseñanza media, donde sus profesores le reconocieron condiciones para alcanzar un brillante futuro. Pero estas promesas no se limitaban sólo a los estudios, pues sus virtudes morales se desarrollaban a la par que las intelectuales: acudía a la iglesia, cantaba en los coros, se alistó en los Boys Scouts y se anticipó de este modo a Norman Thorne y a Haigh.

Si el señor Christie hubiera vivido en los tiempos del Estado-Providencia, su vida hubiera sido sin duda del todo diferente. Quizá no hubiera cometido los crímenes, aunque ésta sea una ilusión que no comparten los realistas. Algunos, y yo no opino como ellos, podrán atribuir sus primeros delitos a su medio ambiente, pero estos delitos de escasa importancia no lo hubieran mancillado en el recuerdo de los demás, y no guardan relación alguna con sus actos posteriores. Se puede atiborrar un cerebro de ciencia y se pueden llenar de dinero unos bolsillos, y quedar, sin embargo, las malas inclinaciones del alma. Podemos imaginar al señor Christie veinte años atrás, colmado de honores por las universidades y por el gobierno, pero desenmascarado y encarcelado al fin, aceptar el inapelable veredicto de un jurado y balancearse ahorcado en el extremo de una cuerda.

Pero todo ello ocurría mucho antes del Estado-Providencia y el señor Christie, como muchos otros que valían bastante más que él, tuvo que ganarse la vida. El joven Dickens entró a trabajar en una fábrica de betún para el calzado. El joven Christie entró a prestar servicios en una sala de proyección cinematográfica. Si Christie no se distinguió como Dickens y ni siquiera justificó las humildes esperanzas que había inspirado, por lo menos conservó el mismo empleo durante cuatro años, hasta que en 1917 fue llamado a filas.

Como soldado, actuó mejor que muchos y tan bien como la mayoría. Nada de medallas, ni ascensos, ni citaciones honoríficas, pero sufrió, perseveró y demostró ser un buen compañero, cumpliendo a conciencia su tarea. No salió incólume de la guerra. Afectado por los gases, quedó ciego durante algún tiempo y estaba afónico cuando al terminar la contienda se reintegró a la vida civil.

Ya era persona adulta y a partir de entonces los acontecimientos se iban a precipitar. Muy pronto, tras su breve permanencia en la sala de cine, obtuvo mejor colocación entre los mercaderes de lana. Tras un noviazgo normal, no tardó en casarse con una honrada jovencita. Pero muy pronto también, por extraño que pueda parecer, cometió sus primeros delitos.

¿Por qué? Se ha planteado este enigma y no ha podido resolverse. Pero poco importa. Si Leopoldo y Loch habían sustraído carteras de los bolsillos, si Jack el Destripador había desvalijado a un tabernero, y si Ian Brady había falsificado una firma, ¿acaso todo esto explica algo acerca de las fechorías que cometieron después?

No explica nada. Cuando se trata de asesinos y, sobre todo, de asesinos en serie, los robos, las falsificaciones o las estafas, no tienen relación alguna con los auténticos crímenes. En el caso del señor Christie sólo queda por anotar su sucesión cronológica, señal evidente de su degeneración social.

-¿Tiene algo más que declarar? -preguntó el juez al agente de policía.

-Sí, honorable señor.

-Continúe.

-En 1921, en Halifax, tres meses de cárcel, por haber robado cheques postales. En 1923, en Halifax, detenido por simulación y puesto bajo vigilancia por golpes y heridas. En 1924, en Axbridge, nueve meses de cárcel con trabajos forzados, por robo. En 1929, en South Western Police Court, seis meses de cárcel con trabajos forzados, también por golpes y heridas.

-¿Tiene usted algo que alegar, Christie?

No. El señor Christie nada tenía que alegar.

-Muy bien. Por la acusación presente, es decir, un robo de automóvil, pasará tres meses en la cárcel.

Ello ocurría en 1933. A partir de aquel momento, el señor Christie parece emprender un camino recto. Pero durante todo este tiempo, su matrimonio había experimentado las consecuencias naturales derivadas de estos graves fallos de conducta. Así puede deducirse del catálogo de sus condenas, pues cuando en 1923, el señor Christie se dirigió al sur, su esposa no le acompañó. Era una taquígrafa muy competente, podía ganarse bien la vida y sin duda no había querido seguirle al ver que andaba por caminos tortuosos. Durante diez años vivieron separados, y al fin, una visita de ella a la cárcel acabó en reconciliación y se instalaron, de nuevo juntos, en el número 10 de la plaza Rillington.

La segunda guerra mundial le resultó más favorable a Christie que la primera. En tiempos de paz, los patronos pedían informes antes de emplear a alguien en las empresas, pero en tiempo de guerra se abstenían de ello. Estaban apurados y faltaba la mano de obra. Así, en 1939, el señor Christie fue admitido como ciudadano jurado en funciones de agente de policía.

El hecho de ser agente de policía le venía de primera al señor Christie. No sólo mejoró su presupuesto económico y aumentó su prestigio, sino que incluso pudo solucionar de manera más fácil su vida sexual.

Sólo los más rígidos puritanos podían condenarle porque mantuvo relaciones con varias mujeres durante su prolongada separación con su esposa. Dejando aparte el verdadero

amor, que no estaba a su alcance y que nunca disfrutó de él, el señor Christie sólo podía mantener relación con mujeres de vida equívoca.

En nuestros días, pocas veces constituye esto un problema difícil, incluso para quienes no quieren recurrir a las profesionales, pues son muchas las mujeres solitarias que buscan un compañero. Las prostitutas quedan todavía para complacer a los numerosos hombres que prefieren entregar dinero antes que arriesgarse a perder su libertad, o aquellos cuyas exigencias eróticas asustarían a quienes no se las paga.

El señor Christie acudía a los servicios de las prostitutas cuando disponía del dinero suficiente. Quizá no le interesaban las demás. Siguió recurriendo todavía a esta clase de mujeres después de la reconciliación con su esposa, pero con menor frecuencia que antes debido a la falta de dinero.

Un salario normalizado y las insignias oficiales de su cargo lo cambiaron todo. Desde entonces se hallaban a su alcance las profesionales y otras mujeres fáciles todas a la vez. Podía pagarles a las primeras y entrar en relación con las segundas. Ahora bien: lo que hizo con las unas y las otras jamás se sabrá. Se ignora también el momento exacto en que comenzó la práctica de su especial perversión. La fecha más verosímil parece la de agosto de 1943.

Se llamaba Ruth Fuerst. Austríaca, había huido a Inglaterra en 1930, a la edad de diecisiete años, cuando cursaba estudios de enfermera. Al estallar la guerra, fue trasladada al servicio de municionamiento. Era alta y morena. No llamaba la atención por bella, aunque algunos la encontraron seductora. No tenía parientes en Inglaterra y en aquellos años de pesadilla, la desaparición de una mujer podía fácilmente ser atribuida a los bombardeos alemanes.

El señor Christie, si hemos de creer en su propio relato -y no disponemos de otro-, se encontró con ella en un bar, donde él entró tratando de buscar y capturar un ladrón. Ruth no estaba en venta, pero se dejó persuadir con cierta facilidad. Al fin y al cabo era joven y estaba sola. Refugiada, vivía en medio de los bombardeos, en ese terror constante que, cosa curiosa, estimula con frecuencia los deseos.

El señor Christie le hizo algunas proposiciones y Ruth no las desdeñó. Como se hallaba ausente la señora Christie, pudo llevarla a su casa de la plaza Rillington. El señor Christie la estranguló y la poseyó después, o viceversa, la poseyó antes y la estranguló más tarde. Quizá ambas cosas a la vez, simultáneamente. Cualquiera que fuese el orden de los acontecimientos, la enterró luego en el jardín, aquel lúgubre y reducido rectángulo que él no quería compartir con nadie.

Sólo puede afirmarse que Ruth Fuerst fue la primera víctima conocida, entre las demás víctimas del señor Christie. Si hubo algunas antes que ésta, no podían ya hablar y el asesino tampoco se refirió a ellas. Su abogado le interrogó a tal respecto durante el proceso: ¿Era la primera persona a quien había dado muerte?

-Supongo -respondió el señor Christie-. Supongo. No lo sé.

Pero la cadena de víctimas seguiría.

En diciembre de 1943, tras cuatro años de servicio, el señor Christie fue «relevado» de sus funciones de agente de policía. No fue expulsado, y esto hubiera sido difícil dado su expediente oficial -dos menciones honoríficas- y la razón real que lo motivó. No se trataba de delito ni de incompetencia, e incluso podía creerse que ni siquiera había motivo para ser despedido. Fuera de las horas de servicio, mantenía relaciones íntimas con una joven empleada en el cuerpo de policía, cuyo marido cumplía el servicio militar en el extranjero. Más tarde, el marido solicitó el divorcio citando el nombre de Christie, quien, por reprehensible que fuera su conducta, apareció por esta vez como un ser relativamente humano. Pero ello nos aparta de nuestro tema. Baste decir que el señor Christie abandonó la policía sin deshonor y que, acto seguido, encontró fácilmente trabajo.

Posteriormente, en 1946, se empleó en la caja de ahorros de una oficina de Correos. En 1952, fue contratado por Puentes y Caminos. Gracias a sus funciones y a sus ocupaciones sucesivas, conservó su prestigio entre las mujeres.

Durante su primer empleo, después de su salida del cuerpo de policía, cuando trabajaba en una empresa de radio, en Acton, sedujo a Muriel Eady, que en nada se parecía a Ruth Fuerst. Nada de soledad ni destierro; sólo, quizás, el mismo peligro común de los bombardeos aéreos. Pero también Muriel Eady buscaba consuelos. De unos treinta años de edad, tenía un amigo, a quien el señor Christie conoció y presentó a su mujer. ¿Por qué Muriel Eady hizo caso de las insinuaciones de Christie? Resulta difícil explicarlo, pero a las mujeres les gusta muy a menudo jugar con fuego. Sea como sea, ella acudió sola a la plaza Rillington. Años más tarde, el señor Christie declararía:

«Se quejaba de que padecía bronquitis y le dije que yo era capaz de aliviarla. La cité en mi casa en ausencia de mi esposa. Acudió. Preparé una inhalación con varios ingredientes, en especial benjuí, y para respirar aquel brebaje se cubrió la cabeza con un chal. El líquido se hallaba en un recipiente con una tapadera de metal: en ésta había practicado orificios en uno de ellos introduje el tubo de caucho del gas y en otro había hundido un tubo de modo que el vapor no oliera a gas. Ella comenzó a inhalar y se desvaneció, tal como yo deseaba. Cuando hubo perdido el conocimiento, tengo un vago recuerdo de haber pasado un brazo en torno a su cuello y haber apretado.»

El señor Christie añadió que podía equivocarse: quizás empleó el gas con Fuerst, pero no creía que hubiera utilizado con ambas el mismo procedimiento. Lo único cierto es que las había asesinado.

-La poseí y luego la enterré en el jardín.

Ocurre muy pocas veces que un hombre experimente la necesidad de asesinar a su pareja en el transcurso del coito. Entonces, ¿por qué Christie asesinó a Fuerst y a Eady, sin hablar de otros casos, de esta manera?

Si en la actualidad hay quien conoce o tiene alguna idea de esta perversión, se lo debe a Christie y su proceso, que puso al descubierto sus apetitos depravados. Antes de él, muy pocos habían oído en Inglaterra hablar de la necrofilia e incluso ni imaginaban que existiera. Se trata de la búsqueda del placer mediante una falsa cópula con una moribunda o una muerta. Después, el tipo del necrófilo se ha hecho en Inglaterra casi tan familiar como el del sodomita.

Por suerte, los sodomitas son más numerosos que los necrófilos. Sin querer difundir, ni mucho menos la sodomía, cabe afirmar que ésta es preferible a la necrofilia, porque si la sodomía es sinónimo de corrupción, la necrofilia casi siempre es sinónimo de asesinato. Sólo una vez, que yo sepa de ello -y tengo el informe de un célebre escritor- esta última consecuencia de la necrofilia ha podido evitarse. Un prefecto de policía francés, con el realismo típico de su país, prefirió abrir el depósito de cadáveres a intervalos regulares a los necrófilos que figuraban en su fichero. Acusado de complicidad con los profanadores de muertos, se contentó con encogerse de hombros. Decía que valía más profanar a las muertas que asesinar a las vivas.

Este prefecto de policía debía de ser muy malicioso para poder tener semejante lista de monstruosidades. O bien los necrófilos son más numerosos en Francia, o bien los necrófilos franceses se van más de la lengua. En Inglaterra, puede uno pasarse toda la vida estudiando casos criminales sin encontrar necrófilos. «Por lo que a mí respecta es el único caso que conozco», confesó el médico principal de la prisión de Brixton, donde Christie estaba encarcelado. No fue sólo al ciudadano medio o al hombre de la calle a quien Christie dejó estupefacto.

Exceptuando quizás a los lectores de Krafft-Ebing, las aberraciones sexuales secundarias del señor Christie fueron todavía más disparatadas, aunque no tan macabras. Por ejemplo, coleccionaba pelos del pubis femenino. En su domicilio fueron descubiertas cuatro muestras, claramente separadas y ordenadas en una antigua caja de tabaco. Los expertos opinaron que una de estas muestras procedía de su propia esposa, y así lo confesó Christie, quien también dijo que las otras tres pertenecían a sus últimas víctimas conocidas. Aun creyéndolo, el origen exacto de estos extraños trofeos importa muy poco. Basta con que fueran deseados y obtenidos. Será muy romántico conservar un mechón de pelo cortado de la cabellera de una mujer amada, pero se necesita ser muy depravado para guardar los trofeos que Christie coleccionaba.

Al compararlo con sus demás anomalías, otro rasgo pintoresco de Christie que parece insignificante, se reprodujo con frecuencia y por esto llama la atención. A menudo, los fetichistas enloquecen por los zapatos de lujo y los impermeables de materia plástica. Christie sentía predilección por los paños higiénicos de las mujeres, y así tapó a dos de sus víctimas con sendos chalecos y la tercera con una tela sin forma determinada. Estas prendas íntimas femeninas tal vez le inspiraban sueños diabólicos y las sustituía por lo que tenía más a mano. No vale la pena buscar la solución a esos problemas de menor cuantía, cuando queda sin resolver el problema principal.

Acto sexual y muerte: tal es el síndrome esencial. ¿Cuántas mujeres sucumbieron? No se sabe y el señor Christie presumía de no saberlo tampoco.

-Usted confiesa haber matado a siete mujeres -dijo su abogado-. ¿Fueron más?

-No me acuerdo.

Fuerst y Eady han sido ya mencionadas. Pero antes de identificar a quienes las siguieron a la tumba y antes de analizar las tendencias necrofílicas del señor Christie, es preciso examinar dos cuestiones secundarias.

La primera es el asesinato cometido por Evans, que estranguló a su mujer y a su hija, creo que a ambas; ocupaban el piso superior del número 10 de la plaza Rillington. Su proceso y subsiguiente ejecución, el 9 de marzo de 1950, apenas atraieron la atención en aquella época. Evans era un tipo malvado en todos los aspectos. «Tengo vergüenza de decir que es mi hijo», escribía su madre. Anteriormente ya había golpeado a su esposa y su caso era similar a muchos otros. Pero cuando los asesinatos mucho más sensacionalistas del señor Christie se conocieron en marzo y abril de 1959, los adversarios de la pena capital asieron la ocasión por los pelos y en lo sucesivo, Evans fue el banderín señero de su propaganda.

Su tesis se basaba en que Evans fue víctima de un error judicial, dieron forma concreta a su teoría hipotética y, sin pérdida de tiempo, explotaron sus ventajas. «Tomemos una decisión -declaró Sidney Silverman en el transcurso de un debate en la Cámara de los Comunes, en julio de 1953-. Nosotros no podemos garantizar que no se producirán nuevos errores; al menos, borraremos de nuestras leyes esta cláusula que hace irrevocable nuestro error.» Geoffroy Bing afirmó durante el mismo debate: «Si es posible ahorcar a un inocente, esto sólo es una razón suficiente para suprimir la pena de muerte». Y así, la inocencia de Evans se convirtió en el argumento válido de mucha gente. Pero la suposición de que Evans era inocente y que había sido víctima de un error judicial ¿en qué se fundaba? Nadie hubiera podido exponerlo con mayor claridad que Michael Stewart, quien, en el curso del mismo debate dijo: «Sería verdaderamente extraordinaria la coincidencia de dos asesinos, empleando los mismos métodos y en la misma casa». Cualquiera que sea la precisión que se le quiera añadir, esta frase contiene lo esencial. Si el señor Christie, del n.º 10 de la plaza Rillington, había cometido asesinatos, el señor Evans, del n.º 10 de la plaza Rillington, no podía ser culpable. Está en contra de la ley de probabilidades. Según esto en aquella casa, el señor Christie había establecido un monopolio, y todos los crímenes debían ser atribuidos a él.

La afirmación hubiera adquirido algo más de peso si Christie hubiera sido el único en hacer declaraciones. Pero Evans también había hecho dos confesiones espontáneas y voluntarias, en circunstancias que impedían sospechar de que se hubiera ejercido presión alguna contra él. Al revés que Christie, había confesado antes de que se descubrieran los cuerpos: antes que nadie sospechara ni lo denunciara. Entró con toda tranquilidad en una comisaría de policía cerca de la casa de su tía en el País de Gales, donde se hallaba ya quince días y a un agente le dijo que quería darse preso y añadió: «He asesinado a mi mujer».

Con sólo cuatro horas de diferencia, Evans formuló dos declaraciones.

La primera: su esposa esperaba y temía el nacimiento de otro hijo; un desconocido en un café le había proporcionado una «droga», se la había dejado a su mujer y, a su regreso, la encontró muerta; entonces, a media noche y cuando no había nadie, arrojó su cuerpo por la abertura de un albañal cerca de la puerta de acceso.

La segunda: el señor Christie, en contra de la voluntad de Evans, pero según los deseos de la mujer de Evans, había intentado hacerla abortar, en ausencia de Evans, y la esposa de éste resultó muerta. Christie se había desocupado del cuerpo arrojándolo por un vertedero, y había confiado la niña a una joven pareja a la que no citaba.

Desde luego, ambas declaraciones eran contradictorias, pero entre ellas tuvo efecto un acontecimiento importante. La policía de Londres examinó aquel albañal y demostró la

falsedad de la primera declaración. Evans lo sabía antes de formular la segunda: es decir, antes de acusar a Christie.

Dos días más tarde, la policía descubrió los dos cuerpos, la mujer y la niña, en un lavadero inutilizado del n.º 10 de la plaza Rillington. En opinión del patólogo, doctor Donald Teare, no se había llevado a cabo intento alguno de aborto. Cuando se enteró, Evans hizo otras dos declaraciones, la primera de ellas, y más breve, conforme a la última de las que formulara con anterioridad.

«Ella acumulaba deudas que yo no podía soportar. La estrangulé con una cuerda y la bajé al apartamento del viejo Kitchener que se hallaba entonces en el hospital. Esperé que los Christie estuvieran acostados y la llevé al lavadero pasada medianoche. Dos noches más tarde, estrangulé a mi hijita con mi corbata y la bajé al lavadero cuando los Christie se habían ido a dormir.» No indicó el motivo por el que había asesinado a la criatura, pero, siendo Evans quien era y estando ya muerta su mujer, buscar una razón hubiera resultado superfluo.

En la cárcel, donde fue visitado por los médicos, Evans no desmintió esta declaración; al contrario, la confirmó, sin que nadie le obligara. No protestó jamás, alegando inocencia y acusando a Christie, e incluso su declaración formulada en el País de Gales hubiera podido no llevarla a cabo. En cambio, a los quince días de su detención y antes de la audiencia preliminar en el tribunal, dijo al abogado que le representaba: «No soy yo quien les dio muerte; fue Christie».

En lo sucesivo, éste fue el argumento de Evans. Pero tampoco negó haber hecho la declaración que lo desmentía. Se comprobó cuando fue contrainterrogado y el fiscal leyó de nuevo sus declaraciones:

-¿Dijo usted que era el autor de estos crímenes?

-Sí.

-¿Por qué?

-Bueno, estaba asustado y no sabía lo que decía.

Evans añadió que temía que le maltrataran, que quería proteger al señor Christie y que, al enterarse de la muerte de su hija, todo le era ya indiferente. Tales explicaciones no convencieron a nadie, y no podía ser motivo de asombro.

Se llevaron a cabo tres investigaciones, dos de ellas a petición de los adversarios de la pena de muerte, para demostrar la culpabilidad o la inocencia de Evans.

La primera, a la que hicimos ya alusión, fue su proceso en enero de 1950. Se le acusaba de haber matado a su hijita. El juez, aprobado después por el Tribunal de apelación, solicitó también pruebas sobre la muerte de la esposa. Se citó al señor Christie como testigo por la parte fiscal y el defensor le acusó directamente, pero Evans fue condenado por sus propias confesiones. El jurado tardó tres cuartos de hora en reconocer su culpabilidad.

La segunda investigación fue dirigida por una comisión designada en julio de 1953 por el propio ministro del Interior, que era entonces Davis Maxwell Fyfe. Prosiguió sus sesiones después de la condena de Christie, pero con anterioridad a su ejecución, de modo que pudo ser interrogado por propio consentimiento. Un abogado del ministerio fiscal, Scott Henderson, fallecido posteriormente, que presidía esta comisión, llegó a una conclusión firme y sin titubeos: «Habiendo considerado todos los expedientes relativos a la muerte de la señora Evans y de Geraldina Evans (la niña), estoy seguro de que no puede haber la menor duda sobre la culpabilidad de Evans».

La tercera investigación, efectuada muchos años más tarde (1965-1966), fue dirigida por el juez Brabin, por orden de otro ministro del Interior, Sir Frank Soskice. El juez Brabin no ocultó las dificultades con que se había tropezado. «La experiencia demuestra que no se necesita mucho tiempo para que se borren los recuerdos humanos.» Y con mucha paciencia pasó por el tamiz las pruebas y consultó a los expertos. Se le pedían simples probabilidades y no un juicio categórico, y logró ciertas conclusiones al redactar su informe: «He llegado a la conclusión de que resulta más que probable que Evans no ha asesinado a Geraldine; pero también he llegado a la conclusión de que es más que probable que asesinó a su esposa».

De modo que ni una sola de estas investigaciones absolvió a Evans de la acusación de asesinato. Pero los adversarios de la pena de muerte actuaron siempre como si lo hubieran declarado inocente. En efecto, un nuevo ministro del Interior, Roy Jenkins, con una lógica demasiado oscura para ser comprendida por espíritus sencillos, dispuso la publicación del informe Brabin solicitando gracia póstuma para Evans.

Christie negó siempre haber asesinado a la niña, lo cual, sea dicho con los respetos debidos al juez Brabin, sería un asesinato que no concuerda en nada con sus perversas tendencias. Un mes después de ser detenido, Christie declaró a su procurador que él había asesinado a la señora Evans y repitió esta afirmación durante su proceso. Pero su sistema de defensa era tal que parecía que saldría ganando, añadiendo nuevas mujeres a su lista. No quedé, pues, impresionado como parece que quedó el juez Brabin, ante un cambio de actitud tan radical.

Pero tanto si uno aprueba el veredicto del jurado, la opinión de Brabin o la de Scott Henderson, hay algo que queda muy claro: Christie tenía muchos crímenes sobre la conciencia, y el hecho de que Evans fuera ahorcado no es uno de ellos.

Sin embargo, la segunda cuestión secundaria reviste un carácter muy diferente. El 14 de diciembre de 1952, Christie asesinó a su esposa.

Baja y gruesa, de abultado pecho y cabellos grises. Ethel Christie aparentaba bien sus cincuenta y cinco años e incluso más. Era una mujer a quien los demás instintivamente juzgaban «distinguida» y supo conservar su distinción incluso en la plaza Rillington. Agradable, aunque reservada; educada, pero distante, no se mezcló jamás en los comadreos, distracción preferida de las amas de casa de cierta edad, a falta de otras distracciones. No puede uno imaginarse a Ethel con bigudíes en la cabeza y con zapatillas, de pie en el umbral de la puerta, con el periódico y la botella de leche en las manos, charlando con las vecinas, criticando a quien regresó borracho a media noche o a la que permaneció tanto tiempo en un vestíbulo oscuro a solas con un hombre. Ethel era

muchísimo más refinada, y, a primera vista, algunos juzgaban que hacía una buena pareja con su marido.

Los seres más parecidos no siempre se atraen y su vida en común no es siempre feliz. Pero, después de su reconciliación, hacía ya veinte años, los Christie habían vivido juntos en una serena amistad. Sus propios vecinos de la plaza Rillington jamás habían oído ni siquiera la más mínima discusión. «Los Christie parecían ser felices ¿verdad?» -«Sí, muy felices.» Esta apreciación procede de una mujer que, durante varios años, había vivido en la casa vecina, separada sólo de los Christie por un tabique delgado como una hoja de papel.

Por ironías del destino y protegido escrupulosamente por la ley inglesa, que no permite juzgar dos asesinatos al mismo tiempo, Christie fue por fin condenado y ahorcado sólo por el asesinato de la señora Christie. Mencionó otros crímenes, como lo habían hecho Heath y Haigh en el transcurso de sus procesos para demostrar que estaban locos. Sin embargo, su caso era diferente del de estos célebres criminales. Éstos dejaron constancia de asesinatos de la misma naturaleza que el crimen que los conducía ante los tribunales. Pero en lo referente a Christie, el de su esposa constituía una excepción a la regla porque su muerte nada tenía que ver con la necrofilia. Ni siquiera era un crimen sexual.

Con todo, en otros aspectos, aparecen en él los métodos propios de Christie. Este asesinato fue premeditado, calculado y disimulado cuidadosamente. Meses más tarde, cuando se le obligó a explicar por qué la había asesinado con sus propias manos, Christie tenía ya las respuestas preparadas. Se trataba de un acto de eutanasia. «Me hallaba sentado (en la cama) y veía que ella sufría convulsiones, su rostro aparecía azulado y se ahogaba. Hice cuanto pude para ayudarla a respirar, pero era imposible. Era demasiado tarde para pedir socorro, y no podía soportar verla sufrir así. Por esto, cogí una media que pasé alrededor de su cuello, y puse fin a sus sufrimientos.»

Hablaba como lo haría de un animal doméstico al que se da muerte. Resulta más revelador que las frases más crueles y crudas.

Pero ¿cómo había llegado la señora Christie a un estado tan desesperado que su amante marido se vio obligado a poner fin a sus sufrimientos? También el señor Christie tenía preparada la respuesta. Se había percatado de la desaparición de veintitrés pastillas de barbitúricos, y cabe señalar su precisión en el número. Había sacado sus conclusiones: «Las personas de color en aquella casa eran tan escandalosas y groseras, que supongo que ella se hallaba ya al borde de su resistencia física...»

Sin embargo, el director del laboratorio de Scotland Yard, al examinar el cuerpo de la señora Christie, no encontró huella alguna de barbitúricos: «Los hubiera encontrado si ella los hubiera tomado poco antes de su muerte». Y cuando el 10 de diciembre la señora Christie escribió a su hermana de Sheffield sin aludir para nada a sus deseos de suicidarse, el señor Christie se apoderó de la carta, no la echó al buzón y la fechó de nuevo en el día 15 agregando de su puño y letra: «*Ethel no tiene sobres. Echaré esta carta al correo cuando me dirija a mi trabajo*». Pero Christie no tenía trabajo alguno el 15 de diciembre, y le faltaba ya algo más que sobres a su esposa: le faltaba la vida.

El señor Christie era minucioso, y no olvidaba nada. Aquella misma hermana esperaba una felicitación de Navidad que le dirigiría Ethel: ¿Quién no la espera? Y recibiría

una: *«Ethel me ha encargado que escriba esta carta en vez de ella. El reuma en los dedos la hace sufrir mucho... Pero no te inquietes porque, por lo demás, está muy bien. Ya prepararé yo mismo la comida de Navidad ...»* ¿Que la vecina podría asombrarse de la ausencia de la señora Christie? Muy bien, pues se la tranquilizaría: «Por cierto, estoy preocupado. Ethel se marchó, primero. Pero me ha enviado un telegrama y me encarga recuerdos para usted». Y mientras tanto, vendía el reloj y la sortija de su esposa, dirigía una carta al Banco para retirar algunas libras esterlinas que ella poseía y regaba la casa con líquido desinfectante.

Desde luego, Christie no había asesinado a su mujer por razones de dinero ni por motivos sexuales. ¿Por qué la mató, entonces?

Es más fácil plantear preguntas que responderlas. ¿Presentía o sabía él que su esposa había adivinado al menos una parte de sus actividades? ¿Se percataba bien de que ella no tardaría en dejar de trabajar y que permanecería todo el día en casa, impidiéndole así llevarse sus «conquistas» a su propio hogar? Nada sé de esto y adopto con gratitud la opinión del gran escritor F. Tenyson Jesse quien, en la introducción de su libro sobre el asunto Evans-Christie publicado por Hodge en su colección Combinación de los célebres procesos ingleses, ha escrito: *«Fue quizás una serie de motivos lo que empujó a Christie a asesinar a su mujer: en parte, porque ella ya empezaba a sospechar demasiado, y en parte también porque él deseaba verse libre en su casa.»*

El asesinato en sí mismo no ofrecía gran dificultad y así suele ocurrir siempre entre marido y mujer. Los verdaderos problemas surgen después. ¿La familia, el estado civil, la sepultura? El señor Christie los solucionaba todos de golpe. La enterró bajo el pavimento de su saloncito. Más tarde, dijo: «No quería estar separado de ella. Por esta razón la deposité allí. Ella estaba todavía en la casa».

No habló con tanta ternura, ni tuvo necesidad tampoco, de las desgraciadas que la siguieron en aquel cementerio improvisado.

Aunque la señora Christie permaneciera todavía en aquel apartamento, lo cierto es que ya no molestaría más a su marido. En cuanto a éste, aunque no se hallaba por entero sin trabajo, la verdad es que había abandonado su colocación, lo que era muy significativo, ocho días antes de la muerte de su esposa. Tenía delante, sin duda, un doble objetivo, tener despejado el lugar y a la vez el tiempo libre para poder satisfacer su obsesión.

En efecto, puede dársele este calificativo. Era una época revuelta aquella en que la necrofilia constituía para Christie una diversión intermitente. Luego, sea porque había tenido que reprimir esta horrible perversión durante tanto tiempo, o porque sentía que sus energías empezaban a disminuir, aquel asesino consagró sus últimos años a apurar las pocas fuerzas que le quedaban.

Durante este último período escogió su caza mayor entre las mujeres de baja estofa y de más bajo precio que frecuentaban las más sórdidas callejuelas. Diversas razones, juntas o por separado, lo movían quizás a ello. Sin trabajo y sin el prestigio de sus insignias de policía, no podía encontrar mujeres como Muriel Eady o Ruth Fuerst. Sin dinero y viviendo con muchas dificultades a base de trucos, no podía pagarse el lujo de mayores conquistas. Aunque quizá también había descendido ya a tal grado de complicación

sexual que no podía gozar de una muerta si no estaba ya, todavía viva, podrida hasta la médula de los huesos.

No hay ningún servicio de información clandestina que funcione tan bien como el de las callejeras, aunque ya no resulta tan rápido y eficaz desde que las prostitutas se han convertido en modelos de alta o baja costura o esperan al cliente en sus propias casas. Cuando un tipo dudoso aparece en el mercado, se lanzan de inmediato señales de alarma, y se proporcionan datos sobre sus señas personales, su carácter y sus terrenos de caza, muy especialmente si ofrecen características peligrosas o temibles. La primera a quien escogen, podrá padecer en sus manos, a título de exploradora o pionera involuntario, pero rara vez habrá una segunda y aún menos una tercera, sin saber al menos lo que ellas arriesgan. Si sus compañeras de trabajo han considerado brutal a un individuo, la que se tiene por buena mujer de negocios se abstiene, si está advertida.

Sin embargo, este servicio de información no pudo transmitir las exigentes costumbres del señor Christie, puesto que, al revés de los flagelantes y otros perversos, él imponía silencio a las mujeres con quienes mantenía relaciones. Y así, durante las quince semanas que siguieron a su viudez, por lo menos tres mujeres, por muy experimentadas y cínicas que fueran, perdieron la vida en la casa de Christie, en la plaza Rillington. Si hubo algunas más, debieron ser enterradas en otra parte.

No lo creo; pero, nunca se sabe...

Como sus aventuras tenían como único desenlace la desaparición de las mujeres, sólo podemos saber de ellas lo que nos dijo el señor Christie. Al juzgar la veracidad de sus relatos, no debemos perder de vista un detalle. Christie concedía gran importancia a los convencionalismos. Sin moral ni religión alguna, sentía preocupación por las reglas sociales y no tomaba como guías la Biblia o la ley, sino los convencionalismos y las apariencias. En su opinión, era más vergonzoso ir en busca de una prostituta que darle muerte después de servirse de ella.

Si no se olvida este rasgo de su carácter y se tiene en cuenta su ideología, pueden seguirse los acontecimientos casi a pies juntillas. Christie dijo la verdad, aunque en pequeñas dosis.

En su primera declaración a la policía, el 31 de marzo de 1953, después de afirmar que las tres chicas habían entrado en su casa sin que él hubiera recurrido a sus servicios profesionales, añadió que cada una de ellas, por motivos insignificantes, había provocado una pendencia. En sí mismo, esta actitud no causa ninguna sorpresa. Ellas intentaban venderse y necesitaban discutir el precio. Las discusiones son frecuentes en el transcurso de esta clase de negociaciones e incluso degeneran en violencia. Pero la dificultad está en creer que tuvieran efecto tres riñas en tan poco tiempo y que las tres dieran como resultado la muerte de una mujer; como asimismo que no se encontrara en sus cuerpos ningún síntoma de lucha. Además, todas habían sido gaseadas, y por añadidura, los exámenes científicos demostraban que el asesino había gozado sexualmente con cada una, antes o después de morir.

Por escrúpulos de justicia, debemos señalar que en esta primera declaración Christie no entablaba ninguna relación directa entre las discusiones y los asesinatos. Pretendía demostrar que se le había hecho un vacío en su cerebro, rompiendo la concatenación de

las ideas: «Sé que si hay algo, se halla en el fondo de mi espíritu»; «tengo la impresión de algo, pero no lo veo muy claro». Hubo riñas, efectivamente, pero Christie no podía decir cómo ni por qué causa.

En una declaración siguiente, el 8 de junio de 1953, describía cómo: «Gaseé a las tres mujeres haciéndolas sentar en el sillón de la cocina, entre la mesa y la puerta. En la pared cerca de la ventana, hay un tubo que servía antes para una espita de gas, El tubo había sido taponado, pero yo quité el tapón, adapté una goma al tubo y la dejé colgando hasta el pavimento. No había grifo, pero le puse un tapón al tubo de goma para impedir que el gas se escapara. Cuando ellas estaban sentadas en el sillón, con la goma detrás, quitaba el tapón para dejar paso al gas. Y cuando empezaban a perder el conocimiento, las estrangulaba».

De manera que las gaseaba y las estrangulaba: pero todavía no había dicho por qué razón. No lo confesó hasta el momento del proceso y aun con medias palabras. Estaba seguro de que en dos ocasiones, y quizá también la tercera vez, después de estrangular a la víctima, la poseía.

La primera de las tres prostitutas callejeras que fue asesinada se llamaba Kathleen Maloney, de veintiséis años, bastante marchita ya, «muy repelente», según declaraciones del señor Christie. Su oficio le reportaba muy pocos beneficios económicos, a pesar de sus largos paseos al aire libre yendo y viniendo por las aceras de la sórdida barriada de Ladbroke Grover. Bebía mucho y la autopsia reveló que estaba borracha cuando encontró a Christie una tarde de enero de 1953. Éste es el relato de los hechos.

-Una tarde entré en una pescadería de Ladbroke Grover para comprar pescado para mis animalitos, un gato y un perro. Al volver, cuando llegaba a la encrucijada de Lancaster Road, una mujer borracha se apartó de la pared cerca de una taberna y se me ofreció por una libra esterlina. Le respondí que no me interesaba, que no tenía dinero, y continué mi camino. Entonces me pidió treinta chelines. Me alejé, pues era yo demasiado conocido en el barrio y ella parecía dispuesta a hacerme una escena. Me impidió el paso, se puso ante mí y me amenazó con que si no le daba treinta chelines empezaría a gritar y afirmaría que yo había intentado violentarla. Cuando abrí la puerta de mi casa, ella se introdujo por la fuerza en el interior. Quiso que la poseyera y comenzó a desnudarse. Traté de impedirselo, pero ella cogió una cacerola y me golpeó; entonces, me vi obligado a rechazarla.

Christie no podía recordar la fecha exacta, pero importa muy poco, como tampoco interesa la fecha en que alguien denunció a la policía que Kathleen Maloney había desaparecido. Casi se pregunta uno con un poco de misericordia cómo fue posible que alguien se acordara de ella. Porque esas chicas de la calle se marchan sin dejar señas ni dirección alguna, vagabundean de ciudad en ciudad y de país en país, e incluso de continente en continente y si no se remueve cielo y tierra para encontrarlas, es difícil dar con ellas.

Si se la buscó, fue porque se la consideró ya perdida. Un derroche inútil de tiempo y esfuerzos, porque no se hallaba en Glasgow, en Génova, Bombay ni en parte alguna. Kathleen Maloney no salió jamás del n.º 10 de la plaza Rillington. El señor Christie había encerrado su cuerpo desnudo en el armario de la cocina que él denominaba alcoba.

Tenía ya perfeccionada su técnica y ya no debía hacer más que buscar en torno suyo. Tampoco Christie pudo recordar la fecha exacta en que envió a la segunda muchacha al otro mundo. Según él, poco tiempo después; tan poco, que cabe preguntarse a cuál de las dos asesinó primero.

Una mueca irónica se dibuja en nuestro rostro cuando oímos afirmar al señor Christie, más ponderado que nunca, que no cortejó tampoco a Rita Nelson. En cualquier caso, el oficio a que ella se dedicaba lo conocían todos. No tan fea como Kathleen Maloney, e incluso tal vez atractiva para tipos poco refinados, hacía gala de su profesión como de un radiante uniforme. Insolente y ordinaria, abreviaba escenas preliminares e iba en seguida al grano. Mezcla de sexualidad sincera y sintética, era una buscona de cuarteles y muelles, personificación de las chicas de Buttonwood y de Tiger Bay. Se hubiera adivinado, de no haberlo sabido, que en Belfast, su ciudad natal, se había acostado con una multitud de americanos. Después de trasladar su campo de operación a Londres, se entregó con más frenesí, si cabe, a su oficio. Al fin y al cabo, Rita Nelson no tenía más que veinticinco años.

Christie declaró que la había encontrado en un café. Los cafés y «snack-bar» eran sus habituales lugares de cita. Se había sentado Rita junto con otra mujer a una mesa en que él ocupaba una silla libre: «Ella me pidió un cigarrillo o una cerilla y me dijo que su compañera y ella buscaban alojamiento. Les sugerí que había sitio en mi casa, puesto que tenía intención de marcharme y decidieron venir a visitar el apartamento».

Por la tarde, llegó Rita Nelson sin su amiga y Christie le hizo los honores de propietario, lo que no duró mucho tiempo. Se mostró encantada de la instalación. «Insinuó que le gustaría quedarse conmigo hasta el momento en que me marchara. Yo rehusé... Creo que se desnudó y protesté. Pero entonces montó en cólera y afirmó que si la echaba llamaría a unos mocetones de la Puerta de Notting Hill, quienes vendrían a ajustarme las cuentas.»

Todo esto parece auténtico, pues Rita Nelson contaba con numerosos amigos. Pero esta vez los muchachos no acudieron en su auxilio.

El señor Christie depositó el cadáver sobre el de Kathleen Maloney.

Transcurrió un intervalo algo más largo entre la segunda y la tercera víctima, sin que sepamos el motivo: hastío, baja forma o, simplemente, falta de ocasiones. En cualquier caso, hasta el mes de marzo, probablemente el día 6, Christie no añadió otra mujer a su lista, Hectorina MacLennan.

Como la continua repetición llega a empalagar y aburrir incluso en el orden de los ritos más extravagantes vamos a abreviar el relato de este postrer episodio. Se encontró con «Ena» y un tipo con quien ella vivía, ante un café, y los alojó durante tres noches en el n.º 10 de la plaza Rillington. Estos detalles los confirmó aquel mismo individuo, que actuó de testigo en el proceso de Christie. La primera noche se acostaron en la cocina, pero durante las dos noches siguientes, el hombre durmió en el aposento del fondo. A la cuarta noche, Hectorina quedó sola y, en el momento oportuno, fue a hacer compañía a Rita Nelson y a Kathleen Maloney.

En aquellos momentos, el n.º 10 de la plaza Rillington era un cementerio en miniatura: Fuerst y Eady en el jardín; Ethel Christie bajo el pavimento; Maloney, Nelson y Hectorina Mac Lennan en el armario.

Un teatro hubiera colocado el cartelito: *«Lleno. Agotadas las localidades»*.

El 21 de marzo, el señor Christie, con una maleta casi vacía -contenía apenas sus chismes de afeitar- salió por última vez del número 10 de la plaza Rillington. Más tarde declaró que tenía intención de volver allí, pero, si así era, trazaba un proyecto a largo plazo, porque aquel mismo día había transferido su inquilinato, o al menos lo había intentado. Mediante contrato redactado y firmado por él, adoptaba como realquilada a una tal señora Reilly que leía con atención los anuncios de alquileres de pisos, expuestos en los escaparates. Además, había aceptado del marido de la señora Reilly siete libras y trece chelines de lo que extendió recibo, que especificaba claramente el subarriendo de doce semanas de alquiler pagado por adelantado. Con tanta molestia por su parte para que todo estuviera en regla, el señor Christie confirmaba claramente, muy a pesar suyo, que no tenía intención alguna de un próximo regreso, y cualquiera podía creer lo mismo.

En efecto, sus proyectos no han quedado muy claros para nosotros y es posible que tampoco lo fueran para él mismo. Una cosa era evidente: quería marcharse y deseaba probablemente reemprender sus actuaciones en otra parte. El n.º 10 de la plaza Rillington ya no era un refugio practicable ni seguro. No había ya sitio para ocultar más cadáveres, pues el armario, su último reducto, tenía menos de dos metros y medio de altura, y estaba expuesto a romperse de un momento a otro. ¿Cuánto tiempo guardaría su secreto aquel armario? Si Christie lograba desaparecer y hacerse olvidar, podría escapar al pasado y no tendría que temer el futuro.

Si el 21 de marzo no llegó más que hasta King's Cross, instalándose en Rowton House, fue tal vez por falta de dinero. El subsidio por paro forzoso sólo le proporcionaba dos libras y catorce chelines por semana. Algún otro dinero, que le reportó la venta de algunos muebles, por ejemplo, lo había gastado hacía tiempo. El dinero del subarriendo fue una pequeña ganga y convenía hacerlo durar. El señor Christie amaba todavía la vida... y la muerte.

Los Reilly se instalaron en la casa apenas se marchó Christie. Deseosos de poseer un hogar, como tantos londinenses honrados, experimentaron una alegría inmensa al tomar posesión del n.º 10 de la plaza Rillington, pese al hedor nauseabundo que allí reinaba. Sin duda, les hubiera molestado cada vez más, si hubieran permanecido en la casa. Pero apenas habían deshecho sus maletas y descansado un poco, cuando el propietario jamaicano, que efectuaba su ronda semanal, les anunció que tenía prohibido el subarriendo y los expulsó de allí. Los Reilly se quedaron amargamente decepcionados, pero más tarde debieron sentirse muy satisfechos...

El propietario, como muchos otros emigrantes, se proponía convertir su casa en refugio para sus compatriotas. A tenor de sus planes, había decidido que todos sus inquilinos pudieran utilizar la cocina de la planta baja. Desalojados ya Christie y los Reilly, permitió a un ocupante del piso superior que se sirviera de ella en seguida.

El 24 de marzo este privilegiado penetró en la cocina y buscó un sitio para colocar su aparato de radio. Mientras lo buscaba, abrió por casualidad el armario...

Acudió una multitud de policías, apareció un montón de cadáveres y la noticia se propagó como un reguero de pólvora por toda Gran Bretaña. La plaza de Rillington se hizo más célebre que la plaza Trafalgar. El señor Christie, a quien la policía tenía «deseos de encontrar», acaparó todos los temas de conversación. Por esto, una vez que su rostro apareció en los periódicos y en la televisión, todos los ojos lo andaban buscando.

Con el tiempo a su favor, Christie había tomado la delantera. Aunque había pagado la estancia en Rowton House hasta el día 27, sólo se quedó a dormir allí hasta el 24. Alquiló un baúl, por dos chelines, donde depositó efectos personales, y, al parecer, se hallaba en la más extrema miseria. Hubiera sido más comprensible antes del macabro descubrimiento, pero Christie abandonó Rowton House con anterioridad. Quizá le advirtió su propio presentimiento; cabe también que, siendo persona tan difícil y delicada, no pudiera soportar a los demás habitantes de Rowton House. «Gentes muy especiales»: así les consideraba.

Más sorprendente aún que su inesperada marcha fue el tiempo que estuvo todavía en libertad.

Anduvo vagando por Londres en donde todo el mundo podía verle, pero llevaba un sombrero caído sobre las cejas, que disimulaba el rasgo más notable de su rostro. Como si se quisiera encontrar la catedral de San Pablo en el caso de que le quitaran la cúpula.

Hasta que el 31 de marzo, un policía llamado Thomas Ledger, que hacía su ronda cerca del puente de Putney hacia las nueve de la mañana, divisó una silueta fatigada apoyada en la baranda.

-¿Qué hace usted?, ¿Busca trabajo?

-Sí. Pero todavía no han llegado mis papeles.

-¿Su nombre y su dirección, por favor?

-John Waddington, 35 Westbourne Grove.

-¿Lleva algo para demostrar su identidad?

-No. Absolutamente nada.

El «agente» Ledger era un policía muy eficiente. Lo observó bien y quedó casi convencido del todo.

-Por favor ¿quiere quitarse el sombrero? -le pidió.

Y John Waddington, del n.º 35 de Westbourne Grove, se lo quitó.

Cuando un acusado alega en su defensa la locura, y Christie no podía hacer otra cosa, el proceso entra en una fase rutinaria. Son necesarios testimonios médicos, algunas veces reclamados sólo por la defensa, como en el caso de Haigh, y con más frecuencia por ambas partes, como en el proceso de Heath. Es precisa la opinión de un especialista o de varios expertos cerca del estado mental del acusado en el momento de su crimen, o de sus

crímenes. Los abogados acepan o refutan sus opiniones. El juez intenta adoptar una posición equitativa y el jurado procura conseguir una decisión leal y justa.

Durante todo este tiempo, el acusado permanece presente como espectador.

No obstante, Christie fue la excepción en esta regla general, como también era un caso excepcional respecto a los demás. Durante su proceso, los expertos se hallaban allí, a la vez en favor y en contra suya. Con todo, él mismo compareció en la barandilla y fue su principal testigo.

Quizá fue por consejo de su defensor, Dereck Curtis-Bennett, abogado e hijo de un abogado célebre. caso no hubiera podido reivindicar un primer puesto entre los maestros inmortales del foro, pero en su especialidad de criminalista poseía méritos considerables; era elocuente, valeroso y un táctico perspicaz. Buen psicólogo, como debe serlo un abogado, sabía que en aquellas circunstancias sin precedentes, su principal esperanza no estribaba en oponer unos expertos contra otros; de tres de ellos, él tuvo dos en contra, y entre los citados por el ministerio fiscal al doctor Desmond Curran. Su esperanza primordial se basaba en la repugnancia del ciudadano de tipo medio a aceptar que un ser sano de espíritu pudiera cometer las atrocidades de Christie. El fiscal, Sir Lionel Heald había señalado ya en su discurso de apertura esta trampa y la tentación de concluir diciendo: «¡Bah, seguramente está loco, para haber obrado de este modo!» No es de esta forma como debe plantearse el asunto, advirtió el abogado fiscal.

Tenía razón. Pero las responsabilidades asumidas por Curtis-Bennett eran muy diferentes y tenía derecho a perseverar en sus argumentaciones. Desarrollaba el tema de tal manera que no podía refutársela: «En esa casa cuatro cuerpos humanos se iban poniendo cada día más insoportables: ¿no son éstos los actos de un loco?» «¿Un hombre que conserva una colección de pelos de pubis? ¡Loco?»; «Si nos dijerais que saliéramos todos de esta sala del tribunal, si escucharais las explicaciones de Christie, una vez al corriente de todos los hechos, sin médico alguno, no hay más que un veredicto posible: este hombre, al margen de todas las normas M’Naghten, está loco de atar. A despecho de todas las reglas del mundo entero, está loco sin esperanzas de curación».

La insistencia tenía su valor y más con la energía que le imprimía Curtis-Bennett. Pero para poder sostener tal defensa hasta el máximo posible, el abogado necesita de su cliente. No para exhibirlo como un idiota, sino para mostrar a un hombre que, después de cometer tales actos y haberlos confesado, permanecía tranquilo y en calma, impasible y sereno, es decir, un hombre que había perdido la razón por entero.

Según las normas de conducta, y en el tribunal éstas cuentan mucho, Christie se comportó muy bien en el banquillo y se mostró consecuente consigo mismo. Evidentemente, satisfizo a sus abogados que le habían catequizado probablemente antes del proceso. Y con toda evidencia les dio la razón a los médicos que le habían examinado -resumo palabras del juez Finnemore-, por su actitud, su manera de hablar y de responder, pues se mostró semejante de todo punto a lo que había sido durante sus anteriores entrevistas con ellos.

¿Su actitud? Cortés y educada. ¿Su modo de hablar? Discreto. ¿Su manera de responder? A menudo después de una prolongada pausa; pero que no sugería cálculo, sino más bien un esfuerzo sincero para acordarse de cuanto había olvidado: «Creo recordar», «No estoy

del todo seguro», «No estoy seguro». Estas frases salpican el relato de sus asesinatos necrófilos, aunque jamás negó haberlos cometido. Con respecto a su mujer, fue más prolijo en detalles.

-¿Está usted seguro que es esto lo que ocurrió?

-Sí, estoy seguro.

Pero incluso entonces conservó su extraño aire de ausente desapego. Curtis-Bennett hacía observar al comenzar su defensa: «Cuando expone su testimonio, podéis tener la impresión, al describir sus crímenes, que está hablando de otra persona y no de él mismo». Curtis-Bennett agregó esta restricción: «Desde luego, no se dirige a mí, sino a ustedes». Y el experimentado defensor hablaba con una confianza justificada por la actitud de Christie.

Con todo y a fin de cuentas ¿en qué se resumía la defensa? Demostraba que los hábitos sexuales de Christie probaban la locura por sí mismos. Pero, como declaró el ministerio fiscal, «la perversidad sexual no constituye necesariamente un síntoma de demencia», tesis que confirmó el juez al exponer las conclusiones: «Hay gentes a quienes les gusta herir, hacer daño e incluso infligir la muerte a su pareja en el transcurso del acto sexual; pero, en sí, todo esto no implica la locura».

Era la pura verdad. El jurado resistió todas las intenciones, tanto externas como internas, y rehusó admitir que Christie estaba loco.

Lo mismo que Heath y que Haigh, tampoco Christie recurrió a la apelación. En cualquier caso, era inteligente como Haigh y, como ambos estuvo bien aconsejado. Una apelación no hubiera tenido otro resultado que retrasar unas semanas la ejecución de Christie.

Todos los hombres, desde el más grande al más pequeño, alimentamos una ambición en la vida: conquistar el mundo, hacer fortuna, triunfar en un arte o en un deporte, seducir a las mujeres. De una forma u otra, ser el primero.

La ambición de Christie, como la de tantos otros, estaba dictada por la naturaleza y limitada por las circunstancias. Intentaba demostrar que era más refinado, más culto y más cumplido caballero que la mayoría de quienes lo rodeaban, y lo consiguió hasta que abrieron el armario. No era difícil en el n.º 10 de la plaza Rillington.

Tal es la tragedia del «señor Christie», porque también la tragedia puede albergarse en la vida de un necrófilo. El Caballero Johnnie de Notting Hill. «Soy muy conocido en el barrio.» Después, el monstruo ha sido más y mejor conocido en todo el mundo.

En 1949 una madre y su hija fueron horriblemente estranguladas en el número 10 de Rillington Place. Por este crimen Timothy Evans fue ahorcado. Pero tres años después se hallaron otros seis cadáveres en la casa y se descubrió, con gran sorpresa, que la justicia inglesa se había equivocado.

Inglaterra miraba hacia el futuro en la primavera de 1953, con una nueva reina en el trono y los recuerdos desvanecidos de la guerra. Pero, en una tranquila calle de Londres, el pasado estaba a punto de salir a la luz con toda su crudeza.

La destartalada cocina del bajo por fin iba a limpiarse. Beresford Brown, que vivía en una habitación en el último piso, estaba encantado. Toda la casa se había deteriorado desde la guerra. El número 10 de Rillington Place estaba situado en lo que hoy es uno de los distritos más ricos del norte de Kensington. En marzo de 1953 el callejón de hileras de casas, con puertas de piedra derrumbadas, se había convertido en una de las calles más abandonadas de Ladbroke Grove.

Brown había visto todo tipo de inquilinos instalándose y dejando la casa. Muchos de ellos habían sido vagabundos, apenas preocupados por las condiciones de vida. En el distrito todo el mundo conocía el horrible crimen de 1949, cuando el joven galés Timothy Evans mató a su esposa y a su hija. Lo habían ahorcado.

El último elemento de enlace con esos días había desaparecido. John Christie, el hombre pequeño y tranquilo que había vivido en el bajo, se había marchado. Primero se había ido su mujer y luego él. Hubo un tiempo en que a menudo volvía con mujeres desaliñadas por pocas horas o días. Pero actualmente eso no ocurría.

Beresford Brown estaba alegre. El día antes, el casero había llamado para cerciorarse de que Christie había alquilado su piso ilegalmente a dos subinquilinos, una pareja llamada Reilly. Habían pagado a Christie siete libras y trece chelines, tres meses de alquiler, por adelantado.

El arrendatario dijo inmediatamente a la pareja que se fuera por la mañana y había dado permiso a Brown para utilizar la cocina del bajo. Tenía la oportunidad de emplearla como casa y no el deprimente tugurio, lleno de basura, que Christie había dejado tras de sí.

Nadie sabía, ni a nadie le importaba, a dónde había ido Christie. Se había marchado la misma mañana en que el señor y la señora Reilly llegaron, pidiéndoles prestada una de sus maletas para empaquetar algunas cosas de mujer, así como algunos marcos y fotografías.

Les comentó que había sido trasladado a Birmingham y que su mujer había partido antes que él.

Brown se dedicó a la tarea. Durante los siguientes días sacó pilas de ropa, basura e inmundicia y lo tiró al basurero del jardín trasero, junto al lavadero. Las paredes de la cocina estaban desconchadas, con pintura vieja y no ofrecían ninguna comodidad. Finalmente acabó con la basura y se dispuso a comenzar las reparaciones.

Encontró un sitio donde poner su transistor y después agujereó lo que él pensaba que era una auténtica pared. Sonó a hueco. Agujereó otra vez y arrancó un pedazo del deteriorado papel. Allí no había ninguna pared, sino una puerta de madera encubierta que tapaba un hueco.

Brown encendió su linterna al entrar. Al principio no podía creer lo que veía. Tirando la linterna al suelo, corrió hacia el segundo piso a buscar a otro inquilino, Ivan Williams. Cautelosamente bajaron las escaleras y encendieron la linterna de nuevo.

Sentado sobre un montón de basura había un cadáver de mujer medio vestido. Llevaba un jersey blanco de algodón cogido con un imperdible. Brown llamó corriendo a la Policía.

Los detectives descubrieron inmediatamente que el número 10 de Rillington Place ocultaba no uno, sino varios cadáveres. La primera mujer encontrada en el hueco estaba enganchada a una sábana que envolvía un segundo cuerpo. Detrás de ellos había un tercero en una manta de lana, atado por los tobillos con un plástico. Las tres mujeres habían sido estranguladas.

En las primeras horas del día siguiente, 25 de marzo, un cuarto cadáver de mujer se encontró bajo unos escombros de la sala principal. Se trataba de Ethel Christie. La Policía hizo un alto durante la noche. Varios agentes fueron situados en la puerta de la casa y un guardia permaneció allí durante varias semanas.

En la prensa, los detectives anunciaron el más brutal asesinato hasta entonces conocido en Londres. Había un “testigo crucial” y que creían podía ayudarles en sus investigaciones. Su nombre era John Reginald Halliday Christie. Se puso en circulación la descripción del arrendatario: esbelto, pequeño y de mediana edad. La opinión pública fue requerida para informar de cualquier pista sobre su paradero. La cara de Christie apareció en todos y cada uno de los periódicos nacionales.

Los trabajos de excavación llevados a cabo en el pequeño jardín de Rillington Place descubrieron dos cadáveres más de mujer. Los exámenes médicos determinaron que llevaban sepultadas diez años aproximadamente. Un conocido especialista en patología, el doctor Francis Camps, dictaminó que ambas habían sido estranguladas. El cráneo de una de las mujeres había desaparecido.

La búsqueda continuó. Se colocaron largas barras en la chimenea. Una antigua caldera de cobre se cambió de lugar. Médicos y detectives iban y venían, mientras los curiosos se agolpaban a la entrada del callejón.

De Christie no había ni rastro. La Policía todavía no le había seguido la pista, pero la prensa sabía dónde encontrar a sus antiguos compañeros. Durante la guerra había sido un guardia especial de la Reserva en la comisaría de Harrow Road, al oeste de Londres. Uno de sus colegas lo recordaba bien.

«Trabajé con él en investigaciones criminales de todo tipo», contó a los periodistas, «siempre estaba aislado, reticente y nunca se mezclaba con los chicos. Pero conocía su trabajo. Christie llevó a ladrones, chantajistas, timadores y violadores al banquillo».

El día que abandonó Rillington Place, Christie había hecho una reserva para siete días en Rowton House. Pero pronto se trasladó, merodeando y a menudo perdido, a otras zonas de Londres. En ocasiones se encontraba en el East Ham o Barking, a kilómetros de distancia de casa. Entonces volvía a la zona norte de Kensington.

Pasó la mayoría de estos días en cafés. En uno de ellos, en Pentonville Road, al norte de Londres, conoció a una mujer llamada Margaret Wilson y se ofreció a practicarle un aborto cuando ella le confesó que estaba embarazada. Muchas mujeres le encontraban

repugnante a primera vista, pero unas pocas infortunadas se quedaban fuertemente impresionadas por su aire autoritario.

Con frecuencia se jactaba de este poder sobre las mujeres. «Difícilmente podía ir a un sitio sin que las mujeres se me acercaran por docenas», diría después. En otra ocasión, Christie comentó: «No era yo quien las engatusaba. Las mujeres se sentían atraídas hacia mí. »

Hubo muchas «visiones» de Christie. Se le vio durmiendo en un vagón, había tomado un coche con destino al norte, había ido al extranjero. Se recibieron docenas de llamadas.

Una mujer que vivía en Rillington Place, Florence Newman, informó de que había visto a Christie merodeando por el callejón. El periódico «Daily Sketch» publicó un dibujo de lo que se suponía que llevaba: un sombrero marrón claro, un abrigo con doble peto y hombreras, un cinturón con una hebilla de piel negra, corbata azul, camisa de rayas rosas y zapatos marrones. Cuando Christie fue arrestado finalmente en Putney no llevaba nada de eso.

El 29 de marzo de 1953, a las once y veinte de la noche, el reportero criminalista Norman Rae, del «News of the World», recibió una llamada. «¿Reconoce mi voz?, preguntó el comunicante anónimo.

Rae sí le reconoció. Habría reconocido esa voz chirriante y grave en cualquier parte. Como los policías, los periodistas expertos en criminología tienen buena memoria. Rae había conocido a Christie con anterioridad, en 1950, durante el juicio de Timothy Evans.

«No puedo soportarlo más», continuó la voz. «Me están intentando cazar como a un perro y estoy cansado. Tengo frío, estoy mojado y no tengo ropa para cambiarme.»

Christie le propuso que, a cambio de una comida, un cigarro y un sitio resguardado donde descansar, le contaría al «News of the World» su versión de los hechos. El periodista le advirtió que después la Policía sería avisada. Contestó que lo entendía y quedaron en encontrarse a la una y media, esa noche, a la salida de Wood Green Town Hall, al norte de Londres.

Rae y su chófer aparcaron fuera del Town Hall, alejados de la luz de las calles, abrieron la puerta del coche y esperaron. Los arbustos se agitaron. Entonces, por casualidad, dos policías que hacían su ronda se aproximaron ignorantes de la cita. Christie, creyendo que había sido traicionado, huyó.

Dos días después, el 31 de marzo, el policía Thomas Ledger vio a un hombre tirado en el terraplén del puente de Putney. «¿Qué está haciendo?», preguntó el policía. «¿Busca trabajo?» El pequeño hombre de mediana edad dijo que estaba esperando su cartilla de desempleo.

«¿Puede decirme quién es usted?», continuó el policía.

«John Waddington, 35 Westbourne Grove», fue la respuesta.

El joven policía alertado estudió detenidamente la cara del individuo y le pidió que se quitara el sombrero. Los claros rasgos confirmaron la sospecha de Ledger. La búsqueda de Christie había terminado.

Dentro del coche de la Policía se le pidió que vaciara sus bolsillos. Encontraron un recorte de periódico sobre el juicio de Timothy Evans en 1950.

El señor y la señora Christie se trasladaron al número 10 de Rillington Place en 1938, cuando John acababa de cumplir 40 años. Era una de esas casa apiñadas de estilo victoriano, construida en tres bloques de cinco pisos. La calle era un callejón sin salida y el número 10 estaba situado arriba, frente al muro alto del final, a la sombra de la chimenea de una vieja fundición. Alrededor de 1953 la casa ofrecía un exterior tan feo y deprimente que daba una impresión abrumadora de abandono y desolación, empeorada además por las sucias cortinas que colgaban de las ventanas del piso bajo de John R. Christie. A finales del año 1953 el edificio salió a la venta por un importe de 1.500 libras esterlinas. Y en un intento de borrar la memoria del pasado, el callejón fue rebautizado como Ruston Close y más tarde reconstruido como Bartle Road.

Rillington Place se encontraba en la zona de Notting Hill, al oeste de Londres. Estaba más ruinoso que el resto de la zona. La línea del «metro» pasaba a lo largo de la calle hasta el final, donde se encontraba la fundición llamada Rickard Transport. La madre de Timothy Evans, la señora Probert, que nunca dejó de mantener que su hijo era inocente, vivía junto a la esquina, en St. Mark's Road. Otra de las casas señaladas en el mapa era donde Ruth Fuerst alquiló una habitación amueblada, en Oxford Gardens. En 1943, Ruth se convirtió en la primera víctima de Christie. Los bares de los hoteles Elgin y Kensington Park también eran frecuentemente visitados por Evans.

Christie fue arrestado al sur del río, en Putney.

John Reginald Halliday Christie nació el 8 de abril de 1898 en Black Boy House, Halifax.

Su padre, Ernest, trabajaba como diseñador de Crossley Carpets en Dean Clough Mills. Era miembro fundador del partido conservador de Halifax, y persona destacada en la Liga Primrose, organización que promovía la pureza entre las clases trabajadoras. Era también el primer Superintendente de la Brigada de Ambulancias de St. John, de Halifax.

La madre de Christie, Mary Hannah, era conocida como la «bonita Halliday» antes de su matrimonio, y le encantaba el teatro de aficionados.

Christie, uno de los siete hijos, gozaba del cariño de su madre, pero temía a su disciplinado padre.

«*Casi teníamos que preguntar si podíamos hablarle*», escribió un día en la prisión de Pentonville.

Pero el chico compartía el mal carácter y la mezquindad de su padre, y encontró pocos niños con quien jugar.

Christie cantaba en el coro del colegio y se hizo monitor scout.

Era el primero de la clase de aritmética y tenía gran habilidad con las manos, reparaba relojes y hacía sus propios juguetes. Cuando empezó a trabajar emuló a su padre ayudando en la sala de primeros auxilios y leyendo libros de medicina.

“Siempre estuvo seguro de dominar cualquier cosa que emprendía”, dijo después. “Pero una vez que le dominaba, mi interés se acababa”.

Tres sucesos en su juventud tuvieron una influencia formativa sobre Christie. Cuando tenía ocho años su abuelo materno murió y Christie vio el cadáver. Más tarde, describió la sensación estremecedora que sintió, fascinación y placer a la vez.

Un segundo suceso era el constante dominio que sus hermanas tenían sobre él. Ellas siempre estaban mangoneándole. Una vez su hermana mayor, casada, le invitó a su casa en Halifax, y mientras ella se estaba atando los zapatos, el joven John le vio la pierna hasta la rodilla. Aunque le dijeron que no tenía por qué avergonzarse, se puso tremendamente colorado.

El tercero llegó siendo adolescente, después de dejar el colegio. Christie trabajaba en el Gem Cinema, en Halifax. Un día, él y algunos amigos bajaban por una calle conocida como el «Monkey Run». Se encontraron a unas chicas con las que todos, menos él, corrieron aventuras. Pero él resultó ser impotente. La noticia se extendió y empezaron a llamarle «Reggie no puede». Nunca olvidó la humillación que experimentó.

Los desastres continuaron. A los diecisiete años le pillaron robando cuando trabajaba como oficinista en la Policía local. Fue despedido y su padre le echó de casa.

Christie fue, entre tanto, vagabundo, oficinista, zapatero, oficinista otra vez y parado. Algunas veces dormía en un solar que tenía su padre y a donde su madre le llevaba comida.

A los dieciocho se le llamó a filas en la Primera Guerra Mundial y fue enviado a Francia. Dos años después, en junio de 1918, fue gaseado. Christie hizo hincapié en este hecho en el juicio de Evans, pero la gravedad del mismo nunca se ha sabido exactamente. Durante un corto período de tiempo, sin embargo, recibió una pensión por incapacidad.

El 20 de mayo de 1920, se casó con la plácida, pasiva y desafortunada Ethel Waddington. Un año después, trabajando como cartero, fue sorprendido robando dinero del correo. Christie estuvo en prisión nueve meses.

Al salir de la cárcel tuvo problemas de nuevo, pero se le trató con indulgencia. Los magistrados no le confinaron por ser ex oficial militar, y sólo le pusieron bajo libertad condicional por violencia.

En 1924, Christie volvió a la cárcel durante otros nueve meses, ésta vez en Uxbridge Petty Sessions, por hurto.

La información sobre los años siguientes varía. Había sido abandonado por su mujer y continuaba vagabundeando. En 1929, compareció otra vez ante un Tribunal por atacar a una prostituta con la que vivía. Los magistrados lo denominaron «un ataque asesino» y le condenaron a seis meses de trabajos forzados.

En 1933, después de otra temporada en prisión por robar el coche de un sacerdote católico que le ayudaba, Christie escribió a Ethel pidiéndole que volviera. Ella lo hizo y se quedó con él hasta su muerte.

Timothy Evans nació en Merthyr Vale el 20 de noviembre de 1924, en el seno de una familia católica. Tenía una hermana mayor, Eileen. Sus padres se separaron antes de que Timothy naciera.

El padre de Evans se fue un día de casa y nunca se supo de él, ni se le volvió a ver. La Sra. Evans obtuvo un certificado que constataba la presunta muerte de su marido. En 1929 se volvió a casar con el Sr. Henry Probert.

Timothy Evans era atrasado educacionalmente, sufría de un impedimento al hablar y en los primeros años no podía ni pronunciar su propio nombre. Su escolarización fue tardía por una herida en un pie, que le llevó a pasar durante diez años largas temporadas hospitalizado.

En la depresión de los años treinta, la familia se trasladó a Londres. Evans comenzó el colegio en Notting Hill.

El 20 de septiembre de 1947, se casó con una chica del lugar, Beryl Thorley.

Cuando Timothy Evans fue ahorcado en 1950 parecía un caso bien claro. Pero con el arresto de Christie las cosas tomaron un cariz distinto. ¿Podían dos estranguladores haber vivido en la misma casa al mismo tiempo?

Timothy y Beryl Evans se mudaron al último piso del número 10 de Rillington Place en la Semana Santa de 1948. Evans tenía 24 años, había visto el cartel de «*Se alquila*» fuera del edificio y como la pareja vivía con su madre y su padrastro, y ella estaba embarazada, necesitaban rápidamente encontrar casa.

En octubre nació el bebé, una niña llamada Geraldine. Por primera vez en su vida matrimonial los Evans parecían establecerse.

En el piso de abajo residía Charles Kitchener, un ferroviario de toda la vida, que había vivido en el número 10 desde los años 20. Vivía apartado, con la vista cada vez peor, lo que le hacía estar cada vez más tiempo en el hospital. El bajo estaba ocupado por los Christie. Timothy y Beryl se llevaban bien con ellos. A Ethel Christie le gustaba mucho el bebé, aunque podía haber notado que su marido encontraba a Beryl muy atractiva.

Más tarde, tuvieron la oportunidad de trasladarse a otro piso en otro sitio, pero la señora Evans era feliz en Rillington Place y quería quedarse. Ethel Christie había prometido cuidar a Geraldine cuando ella estuviese en su trabajo de media jornada.

En el verano de 1949, Beryl se quedó embarazada otra vez. Estaba consternada, pues no deseaba tan pronto tener otro hijo, por lo que decidió abortar. Su marido estaba en contra, pero ella era inflexible, era aún una mujer joven, sólo tenía 19 años, y no tenía interés en estar atada a su casa.

Haciendo averiguaciones, descubrió que había un abortista clandestino unos pocos kilómetros más allá, en la calle Edgware, que haría el trabajo por una libra y comunicó a varias personas sus intenciones. Una de ellas fue Christie.

Christie convenció a Beryl de que él podría hacerle el aborto en la misma casa. Luego habló con Evans y le dio a entender sus planes. «No sabía que supieses nada de medicina», replicó Evans.

«Desde luego que sí», le dijo Christie, y furtivamente le enseñó lo que él llamaba «uno de mis libros de medicina».

No era más que un manual de primeros auxilios de la Brigada de ambulancias de St John, pero Christie sabía que Evans era casi un analfabeto y los dibujos le iban a impresionar.

Evans hacía todo lo que podía por su familia, y trabajaba durante todo el día, a menudo se marchaba de casa a las seis y media de la mañana y no regresaba hasta primeras horas de la noche. El señor Kitchener, el vecino del piso de abajo, estaba en el hospital operándose de la vista. La mayor parte del día, Beryl y los Christie estaban solos en el número 10 de Rillington Place.

Es imposible determinar exactamente cuándo tuvo lugar la operación. Había obreros en el número 10 trabajando en esa época, haciendo reparaciones en el yeso mojado del cuarto de baño y en los servicios.

Quizás el 8 de noviembre de 1949 o el día antes, Evans volvió a casa y se encontró con Christie que le esperaba. La operación no había sido un éxito, le dijo, y Beryl había muerto.

Si él hubiera ido a la Policía habría sido posible acusar a Christie de asesinato, de homicidio, pues el aborto era ilegal. Astutamente, éste le persuadió para que le ayudara a llevar el cuerpo de Beryl al piso del ausente señor Kitchener. Haciendo esto, Evans se convertía en cómplice de asesinato.

Desolado el padre, quería llevar a la niña, Geraldine, a su madre, la señora Probert. Christie le disuadió prometiéndole que él y su mujer encontrarían a alguien que se ocupara de ella. Cuando volvió del trabajo el 10 de noviembre, Christie de nuevo estaba esperándole, esta vez para decirle que una pareja de East Acton se había llevado a la niña para cuidarla.

También se ofreció a ayudar a Evans de otro modo; le ayudaría a poner el cuerpo de Beryl bajo el desagüe.

En los días que siguieron, todavía ayudado por el vecino, Evans vendió los muebles de la casa por la gran suma de 40 libras, aunque parte de los plazos tenían aún que ser pagados. Evans se compró un abrigo de camello de 19 libras con las ganancias.

Después de deshacerse de la ropa de cama manchada de sangre donde Beryl había muerto, pensó irse a Bristol, pero cambió de opinión y se fue al sur de Gales con sus tíos.

Evans no encontró la paz en Gales. Se torturaba mentalmente. Después de una breve estancia en Londres, contó a su familia que Beryl se había separado de él. También recibió cartas de su madre reclamándole el pago de sus deudas. Evans decidió finalmente que sólo podía hacer una cosa. Se dirigió a la comisaría de Merthyr Vale y le contó al oficial detective que se había deshecho de su mujer.

Los intentos de mostrarse astuto delataron su ingenuidad. Pensó que podría aclararse sin implicar a Christie. Contó a la policía que se había hecho con una botella que contenía algo que haría abortar a su mujer. La botella, dijo, se la dio un hombre que había encontrado casualmente en un café, entre Colchester e Ipswich. Su mujer la había hallado justo antes de que él se fuera a trabajar. A su regreso la encontró muerta, aunque no le había dicho que bebiera el contenido de la botella. Abrió un desagüe, en la salida de la puerta delantera, puso el cuerpo de su mujer, y quedó con alguien para que cuidara a la niña.

La Policía de Merthyr Vale se puso en contacto con Notting Hill para que enviaran oficiales a registrar el pozo de inspección del número 10 de Rillington Place. Se necesitaron tres hombres para levantar la tapa. El desagüe estaba vacío. De vuelta, en Merthyr, Evans fue informado de esto, pero insistió en que él solo había levantado la tapa y empujado dentro a Beryl.

Su declaración fracasó al ser recusada por un detective. Hizo una segunda, y esta vez implicó a Christie como el practicante del aborto.

Se llevó a cabo otra investigación en Rillington Place. No fue demasiado meticulosa. El hueso del muslo de una de las víctimas de Christie, Muriel Eady, estaba clavado en la valla del jardín, y nadie se dio cuenta. La búsqueda fue un fracaso con respecto al objetivo de desenterrar algún cuerpo, pero la Policía encontró una cartera robada. Era suficiente para conseguir el arresto de Evans.

Christie fue llamado a la comisaría y ofreció una representación magistral, basándose en el sentimiento de hermandad que existía entre antiguos compañeros del cuerpo. Dio toda clase de detalles sobre las discusiones de los Evans y de las quejas de Beryl acerca de los malos tratos que recibía.

Otra investigación, más determinante, se realizó en Rillington Place. Esta vez la Policía encontró lo que buscaba. El cadáver de Beryl Evans fue encontrado envuelto en un mantel verde detrás de un tronco. El cuerpo de Geraldine se encontró detrás de la puerta, con una corbata alrededor del cuello.

Un patólogo, el Dr. Donald Teare, dijo que ambas víctimas habían sido estranguladas. El ojo derecho y el labio superior de Beryl estaban hinchados, y había señales de contusiones en su vagina. El médico pensó en limpiarlas, pero «otros pensaron que no era necesario».

Para la policía era ahora un «simple asunto doméstico». Evans fue llevado a Londres el viernes 2 de diciembre de 1949. El grupo llegó a la estación Paddington a las 9.30 de la noche.

Menos de media hora después, Evans hizo una primera breve declaración, en la comisaría de Notting Hill, diciendo que había estrangulado a Beryl con una cuerda y que la había puesto en el lavadero, después de que los Christie se fueran a la cama.

Dos días después, él había estrangulado al bebé y lo había puesto también allí.

El detenido hizo otra declaración más larga. Llevó 75 minutos escribirla y leérsela. Esta repetía las primeras confesiones que había hecho, pero con más detalles, diciendo que su mujer le iba sumiendo cada vez en deudas más profundas.

Evans fue acusado de asesinar a su mujer e hija. La Corona decidió proceder sólo en cuanto al asesinato de la niña. No habría misericordia para tal crimen.

El juicio de Timothy Evans por asesinato comenzó en el Tribunal número uno de Old Bailey, el 11 de enero de 1950, ante el juez Lewis.

La Corona estaba representada por el señor Christmas Humphreys, consejero del rey. La defensa de Evans la llevaba Malcom Morris, un hombre guapo, de más de 1,80 de estatura, con una bonita voz que ya con anterioridad había utilizado con gran efecto sobre el jurado.

Humphreys presentó el caso al jurado poniendo énfasis en las confesiones. También estaba el testimonio de los Christie. En el estrado de los testigos, John Christie se ganó la compasión diciendo al juez que tenía dificultad al hablar porque había sido gaseado durante la Primera Guerra Mundial. Su servicio como guardia especial confirmó la impresión de ser un ciudadano prudente cumplidor de sus deberes.

A Morris le hubiera gustado basar la defensa en la segunda confesión, pero se había establecido que Beryl murió estrangulada y no a causa de un aborto. Sugirió que Christie sabía algo más sobre las muertes de la Sra. Evans y su hija. Christie dijo: «es mentira».

Christie negó haber tomado parte en el aborto o tener libros de medicina, y dijo que había estado en la cama con gastroenteritis el día de la muerte de Beryl. Sus enfermedades hicieron que se ganase de nuevo la compasión del jurado.

El acusado dio un pobre testimonio. Verdadera o falsa, su propia versión de los hechos le hacía aparecer carente de sentimientos decentes o respeto a la ley.

El juez habló en contra de Evans y el jurado sólo estuvo deliberando cuarenta minutos. El veredicto fue «culpable», y la sentencia, muerte en la horca.

Al final, el infeliz Evans mantenía que el vecino había matado a las dos.

A los abogados, consejo, familia, oficiales de prisión y sacerdotes, repetía la misma historia. Después de que la apelación fuese rechazada, el 20 de febrero, esperó pacientemente la suspensión de la pena por la Secretaría de Interior.

Había cierta inquietud pública sobre el veredicto. Se hizo una petición de clemencia con mil ochocientas firmas, que fue presentada en el Ministerio del Interior.

Pero no se concedió la suspensión de pena. Timothy Evans fue recibido de nuevo en la Iglesia Católica y, a las ocho de la mañana del 9 de marzo de 1950, fue ahorcado.

Cuando Timothy Evans se dirigió a la comisaría de Merthyr Vale, el 30 de noviembre de 1949, y contó que se había deshecho de su esposa, la ley que regulaba entonces las confesiones era mucho menos rígida que la vigente hoy en día.

Hasta que la ley «de pruebas policiales y criminales» entró en vigor en 1984, los interrogatorios policiales se regían según las «normas de los juzgados». Estas no eran más que unas cuantas reglas sueltas con el fin de defender a los sospechosos de presiones injustas en los interrogatorios. Pero con su aplicación no aseguraron automáticamente el derecho de Evans de hablar con un abogado en la comisaría, lo cual sí se hubiese podido hacer sin problemas bajo la nueva ley, que también prohibió a la Policía retener al sospechoso más de 36 horas antes de enviarle a juicio o 72 antes de acusarle.

Evans fue retenido durante tres días y medio sin poder ver a un abogado antes de ser acusado.

En 1949, cuando Timothy Evans descubrió que su mujer quería abortar, no existían ninguno de los servicios gratuitos de información que existen hoy. El Servicio Nacional de Sanidad se estableció en junio de 1948, especializándose en recetas gratuitas, cuidados dentales y óptica. No se ocupaba de asuntos como el aborto, que, por otro lado, entonces era un delito, enfermedades mentales o analfabetismo.

Frente a la determinación de Beryl, Evans no tenía a quién recurrir. Se encontraba preocupado por los principios morales de su familia y por las habilidades de Christie como charlatán, y no podía hacer frente a ninguna de las dos cosas.

En abril de 1948 en la Cámara de los Comunes se debatió el tema de la pena de muerte. Uno de los argumentos en contra fue que, en caso de que se descubriera un fallo de la justicia, un hombre ahorcado nunca podría ser devuelto a la vida. El miembro del Parlamento Sir David Maxwell Fyfe, conocido abogado que más tarde se convertiría en secretario de Estado, dijo que “no había posibilidades reales de un fallo de la justicia..., un jurado podría equivocarse, el Juzgado de Apelación Criminal podría equivocarse, también la Cámara de los Lores y el secretario de Interior: todos podrían volverse locos y equivocarse. Pero no es una posibilidad que deba ser tomada en cuenta seriamente”.

Dos años después Timothy Evans fue colgado. Dieciséis años más tarde le fue concedido el perdón.

El piso que Christie llamó su casa durante 15 años era tan mísero como el propio Christie. Tiempo después de la demolición, el nombre y el número serán recordados en los anales del crimen ingleses.

El número 10 de Rillington Place era una escenario idóneo para los asesinatos. No sólo era una casa pequeña, sino también muy destartada.

El lavadero que ocultaba los cuerpos de Beryl y Geraldine Evans medía poco más de metro y medio, y el jardín, en el que Christie cultivó judías, medía menos de veinte metros cuadrados.

Los inquilinos de la casa podían esperar poco en el terreno de lo privado. Las escaleras eran demasiado estrechas para que dos personas pasaran al mismo tiempo, y los inquilinos del primer y segundo piso tenían que subirla y bajarla cada vez que iban al único lavadero de la casa, en el jardín trasero.

Apretados dentro de sus diminutas casas, la gente de Rillington Place se reunía en la calle a descansar y cotillear. Los extraños habrían sido ciertamente objeto de comentario. Pero el anonimato de Christie y su apariencia de respetabilidad le protegían de los ojos curiosos de los vecinos.

Christie, sin embargo, no era ajeno a meter las narices en los asuntos de los otros. Hizo un agujero en el techo de la cocina para poder ver a todos los visitantes de la casa.

La Policía tuvo que hacer dos visitas a Rillington Place para encontrar los cadáveres de Beryl Evans y Geraldine en el lavadero. El cadáver de la mujer fue doblado en dos, envuelto en una sucia manta, escondido debajo del fregadero. El cadáver fue hallado completamente vestido, pero con una corbata alrededor de cuello.

El forense determinó en su informe que Christie había abusado de sus víctimas antes de matarlas.

Antes de que los esqueletos de Ruth Fuerst y Muriel Eady fueran descubiertos, Christie confesó que el asesinato de su esposa, Maloney, Nelson y MacLennan habían sido “desgraciados accidentes”. Pero con los hallazgos del jardín se dio perfecta cuenta de que el juego estaba descubierto. Confesó a su abogado que también había asesinado a Beryl Evans, y siempre negó haber matado a Geraldine.

El cadáver de Ethel Christie fue encontrado bajo las tablas del suelo de la habitación principal. Christie declaró que la había matado por piedad. La señora Christie estaba claramente incómoda allí, sufría de insomnio las semanas antes de su muerte y su médico la prescribía sedantes y pastillas para dormir. En este estado mental, posiblemente Christie asesinó a Ethel para impedir que revelara lo que ella sabía o sospechaba.

Una vez que fue detenido, Christie no tuvo ningún escrúpulo en describir los asesinatos con todo detalle. En prisión, en entrevistas y en el tribunal, reveló cómo había atraído las víctimas hasta su casa.

Tres años después de que Evans fuera ahorcado, Christie fue arrestado y declarado culpable de asesinato. La noticia tuvo gran impacto: dos asesinos habían vivido en la misma casa.

Christie fue enviado a la prisión de Brixton y dentro no ocultó su violencia contra las mujeres. Abogados, compañeros de prisión y finalmente la prensa, fueron «invitados» a un riguroso y detallado relato de sus asesinatos. Comparó a su primera víctima, la austriaca Ruth Fuerst, con el primer cuadro de un pintor: «Es lo mismo que ocurre conmigo cuando intento recordar este primer asesinato», dijo al periódico «The Sunday Pictorial». «Era emocionante porque me había embarcado en la carrera que había elegido, la del asesinato. Pero era sólo el principio».

Si la apariencia de Christie siempre había sido anónima y desaliñada, él todavía se veía como un seductor de mujeres. Rechazó la comparación con Boris Karloff, un actor conocido por películas de terror. «Me parezco más a Charles Boyer», decía, refiriéndose a uno de los actores de cine más románticos del momento.

Pero a través de su petulancia, se notaba un evidente miedo por las mujeres. Las mujeres coquetas, en particular, parecen haber sido su principal problema. «Las mujeres que te dicen “vamos, venga”, de cerca, no parecerían tan descaradas si estuvieran indefensas y muertas». También se enorgullecía de ocultar sus violentas intenciones a las futuras víctimas que llevaba a Rillington Place, hasta que, tal como lo dijo, «era demasiado tarde».

En prisión, Christie se dio cuenta, astutamente, de que la principal baza durante el juicio sería su propia personalidad. Siempre había sido extremadamente contradictorio.

Por las tardes, iba a pasear con su mujer apoyada en su brazo, quitándose el sombrero cuando se encontraban con conocidos. Y un día la asesinó.

Cuando él y Ethel visitaron a la familia de ella, en Leeds, hablaba de su “gran casa en Londres” con sirvientes. Pero nunca ganó más de ocho libras a la semana, el salario de un joven oficinista.

En 1939, justo antes de que estallara la guerra, Christie había sido contratado como Policía Especial: a todos los efectos parecía haberse reformado. Pero su mísera mente enferma pronto volvió a mostrarse. Él y otro policía eran conocidos como “la rata y la comadreja”. Los vecinos empezaron a temer sus pasos, y era de sobra conocido que había estado con la alta y morena Ruth Fuerst. La chica austríaca empleada en una fábrica de municiones era pobre y empezó a ganar más mediante la prostitución. Pronto tuvo un hijo de un soldado americano.

Conoció a Christie cuando él estaba siguiendo la pista de un hombre buscado por robo. Ruth le pidió prestados diez chelines y el policía, viendo su oportunidad, la invitó al número 10 de Rillington Place por primera vez. Una tarde calurosa de agosto 1943, mientras la Sra. Christie estaba ausente en Sheffield, Ruth volvió a llamar.

«Yo me sentía un poco tímido y acobardado por estar con ella en esta ocasión, pero me animó». Tardó más en decir: «Cuando el “affair” terminó, la estrangulé».

El acusado continuó describiendo lo que él llamó la belleza de la apariencia de la mujer muerta, y la paz que sintió. Igualmente grotesco fue el cauteloso y nocturno entierro que hizo de Ruth Fuerst cuando su mujer regresó a casa inesperadamente.

Christie dejó la Policía a fines de 1943, y encontró trabajo en los Ultra Radio Works, en el West londinense. Allí trabó amistad con Muriel Eady. Supo que padecía un catarro y le dijo que él conocía un remedio. Muriel visitó Rillington Place una tarde de octubre de 1944 y, después de la taza de té de la que disfrutaban todas las víctimas, le mostró un inhalador. Era un tarro cuadrado con una tapadera metálica que contenía agua perfumada. Había dos agujeros en la parte superior y un tubo en uno de ellos, conectado a un conducto de gas.

Confiando en que el perfume disimularía el olor a gas, Christie la persuadió para que inhalara. Luego, mientras iba quedándose inconsciente, abusó de ella y la estranguló.

«Mi segundo asesinato fue realmente un asesinato muy inteligente», escribía, «mucho, mucho más inteligente que el primero. Lo planeé cuidadosamente.»

De repente, por lo menos hasta lo que se sabía, los crímenes cesaron. Aparentemente pasaron 10 años antes de que Christie volviera a asesinar.

El 14 de diciembre de 1952, se despertó, según su propia versión, por unas repentinas convulsiones que estaba sufriendo Ethel. Por entonces su mujer estaba vieja y artrítica. Declaró que él no podía hacer nada para devolverle la respiración y que decidió dar fin a su desgracia de la manera menos dolorosa. Ethel Christie murió por estrangulación. *«Durante dos días dejé el cadáver de mi esposa en la cama y luego quité las tablas del suelo del cuarto principal y la enterré»*. Dijo también que este acto de piedad le causó mucho dolor. *«Desde el primer día la eché de menos. El tranquilo amor que ella y yo teníamos ocurre sólo una vez en la vida.»*

Toda apariencia de normalidad que Christie parecía mantener desapareció con la muerte de su mujer. Vendió la mayor parte de los muebles y vivió en el piso con el perro y el gato, a los que adoraba.

Entre diciembre de 1952 y marzo de 1953, espió, atrajo y asesinó a tres mujeres más. Kathleen Maloney fue asesinada mientras la fotografiaba. Después, su cadáver fue envuelto y metido en un hueco de la cocina. Rita Nelson acababa de saber que estaba embarazada, cuando desapareció el 12 de enero. Hectorina MacLennan fue su última víctima. Le conoció en un café y él la ofreció alojamiento. Fue algo sorprendente cuando ella volvió para recoger a su novio Alexander Baker. Ellos estuvieron en Rillington Place durante tres noches. El 6 de marzo, Christie los siguió hasta la oficina de cambio. Mientras Baker entraba para fichar, él la convenció para volver al piso. Ella se lo dijo a su novio, y más tarde fue a buscarla.

Christie le había dado una bebida y puso a funcionar el conducto de gas. Ella lo vio, se enfureció y entonces empezaron a forcejear. Él la estranguló, abuso de ella, y luego colocó su cadáver en una silla, enganchado por un tirante a las piernas de Maloney para mantener su cuerpo en una posición erguida.

El orgullo que sentía por su «habilidad artística» era evidente. Le entusiasmaba demostrar que un «toque» decente y respetable estaba presente en sus acciones. *«Las di una salida misericordiosa»*, dijo.

Las numerosas confesiones que realizó, sin embargo, no querían decir que él intentara declararse culpable de asesinato. Era todavía un hombre despiadado y calculador que esperaba evitar la horca demostrando que su manía homicida era, de alguna manera, excusable. Claramente, ningún jurado aceptaría esto si se creía que había matado a un niño.

La acusación estaba igualmente preocupada en no implicar a Christie en la muerte de Geraldine. Esto significaría que habían mandado a la horca a un hombre inocente.

Ethel Christie fue vista viva por última vez entregando ropa en la lavandería el 12 de diciembre de 1952. Dos días después fue asesinada y la ropa nunca fue recogida. Durante algunas semanas su marido mantuvo la apariencia de que aún estaba viva. Poco después de Navidad escribió una carta a la hermana de Ethel, en Sheffield, diciendo que ella no podía escribir por el reumatismo en los dedos. Arriba del todo garrapateó: *“No te preocupes, ella está bien. Yo prepararé la cena de Navidad. Reg”*. En otra carta que Ethel había escrito con anterioridad, pero no enviado, cambió la fecha de 10 de diciembre por 15 de diciembre.

A lo largo de su vida Christie prestó una meticulosa atención a los detalles. Cuando estaba en el Ejército, durante la Primera Guerra Mundial, uno de los instructores le pidió que dejara su cuaderno de ejercicios como ejemplo de cuidado y pulcritud para otros reclutas. Más tarde, en la cárcel, los compañeros de prisión enseguida conocieron su obsesión por la limpieza. Uno de los reclusos le ofreció un cigarrillo de droga y Christie le respondió: «No gracias, lo has tenido en tu boca. No es por ofenderte, claro está, pero no debes juzgarme por lo que aparento en estos momentos, chico. Esta no es mi propia ropa.» En otra ocasión le dijo a un compañero de prisión: «Siempre he intentado tener la ropa interior sin una mancha.»

Durante años el número diez de Rillington Place fue un lugar de culto para peregrinos y buscadores de recuerdos. Horas después de la ejecución de Christie, un joven y excitado galés y su esposa aparecieron allí diciendo: «Estábamos deseando ver este lugar en nuestra luna de miel.» En noviembre de 1975 cincuenta personas visitaron la casa de los crímenes después de pagar cinco chelines por cabeza. Por entonces se había rebautizado como Ruston Close. Finalmente, el callejón fue reconstruido como Bartle Road, pero sin el número 10. Entre las casas número 9 y 11 sólo existe en la actualidad un pequeño jardín.

A pesar de la aparente respetabilidad de Christie, pasaba mucho tiempo en cafés y pubs de mala nota. La gente con la que se mezclaba eran vagabundos, como lo eran la mayoría de sus víctimas. Ruth Fuerst, Kathleen Maloney y Rita Nelson eran prostitutas, una profesión que a menudo implica ir de un lugar a otro sin previo aviso. Cuando desaparecieron no hubo nadie interesado en investigar sus paraderos. La desaparición de Hectorina MacLennan, sin embargo, fue notificada por su novio, Alexander Baker,, como algo inusual en ella.

Christie disipó toda sospecha de que él hubiera podido estar involucrado al ayudar a Baker en su estéril búsqueda por las calles de Notting Hill, justo horas después de que la hubiera asesinado, y continuó fingiendo preocupación al visitar al afligido novio en su trabajo, un local de cambio de moneda, durante las siguientes noches. Las averiguaciones sobre la víctima resultarían infructuosas, tal y como él sabía.

Ruth Fuerst

Austríaca, 17 años. Durante un tiempo fue prostituta. Estrangulada en agosto de 1943 y enterrada en el jardín.

Muriel Eady

Empleada en una fábrica, 31 años. “Gaseada” y estrangulada en octubre de 1943. Enterrada en el jardín.

Beryl Thorley

Tenía 18 años cuando se casó con Evans. Se decía que era una chica dulce y guapa, aunque un poco ingenua. Su madre ya había muerto y su padre vivía en Brighton. Asesinada el 8-XI-48.

Geraldine Evans

Nació en 1948, un año después de la boda de sus padres. Era una niña feliz y todos la adoraban, especialmente sus abuelos. Murió a los 14 meses el 10-XI-49.

Ethel Christie

Se casó con Christie en 1920, 55 años. Estrangulada en la cama en diciembre de 1952. Enterrada debajo de las tablas del suelo en la sala de estar.

Kathleen Maloney

Una prostituta de Southampton, de 26 años. Conoció a Christie en un pub de Londres; “gaseada” y estrangulada en enero de 1953. Escondida en el hueco de la cocina.

Rita Nelson

Prostituta de Belfast, de 25 años. Conoció a Christie en un café. “Gaseada” y estrangulada en enero de 1953. Escondida en el hueco de la cocina.

Hectorina MacLennan

Escocesa, de 26 años. Conoció a Christie mientras buscaba alojamiento. “Gaseada” y estrangulada el 6 de marzo de 1953. Escondida en el hueco de la cocina.

Había dos John Christie. Uno era el cívico y respetable marido. El otro, para ciertas infortunadas, era el sujeto violento con trágicos sentimientos de insatisfacción sexual.

En el juicio, la sólida defensa se basaba en una eximente enfermedad mental. Su abogado incluso se atrevió a declarar que cuando Christie mató a sus víctimas estaba “loco de atar”.

Sin embargo, no había forma de ocultar el hecho de que era plenamente consciente en sus intenciones de tener relaciones sexuales con mujeres inconscientes, dado que había construido un aparato para asfixiar a Ruth Fuerst y a Muriel Eady.

Tampoco podía esperarse que le ayudara mucho el argumento que se había presentado sobre sus ataques de histeria. En psiquiatría, el término histeria es utilizado para referirse a una condición mental que lleva a recordar cosas desagradables, de forma selectiva e inconsciente.

Esto podría haber sido cierto en el caso de Christie, pero no suficiente para explicar lo que pasaba por su cabeza cuando planeaba y ejecutaba sus asesinatos. Y aunque las preferencias sexuales del acusado eran, sin lugar a dudas, “peculiares”, esta desviación no es, por sí sola, una prueba de incapacidad mental.

Pero, ¿por qué razón un hombre tranquilo y respetable llegaría a tales extremos para satisfacer sus deseos?

La forma en que Christie se excitaba al comprobar que las mujeres le encontraban atractivo, ilustra su deseo de ser reconocido como un hombre viril. Incluso durante el juicio, cuando luchaba por salvar su vida, hizo hincapié en que muchas de sus víctimas le habían seducido antes de matarlas.

El Dr. Francis Camps, el experto patólogo que actuó en el juicio de Christie, creía que la única clave probada se encontraba en las fallidas experiencias sexuales del acusado en su adolescencia. Esto explicaba el deseo de dejar sin sentido a sus víctimas antes de abusar de ellas.

Pero muchos hombres sufrieron ataques a su ego en su adolescencia, sin convertirse, más adelante, en asesinos. Para obtener una información adicional y formarnos una idea de su psique, debemos prestar atención a la turbia relación con su padre, que era extremadamente autoritario, y que mandaba en su casa de modo tiránico. En tales circunstancias, la adolescencia de Christie se vio severamente deformada. Por ello, no es sorprendente que en muchas ocasiones se uniera a diversas organizaciones donde le daban un uniforme, de scout, soldado, policía y cartero, que podían definirle a los ojos del mundo.

De aquí surgió el deseo de ser reconocido como un respetable miembro de la sociedad. Christie se vestía elegantemente, le enorgullecía ser visto del brazo de su mujer y constantemente intentaba dar la impresión de tener amplios conocimientos sobre todo tipo de cosas.

Su pasado, con una serie de condenas por crímenes de diversa consideración, no concordaba con su imagen pública. Además poseía una vena violenta. La personalidad no desarrollada, mezclada con su comportamiento agresivo, se combinaban para formar un tortuoso asesino con dudosos deseos sexuales.

Pero su indiscutible habilidad para manipular personas crédulas ponía pocos obstáculos en su camino. Aún queda un misterio prolongado en Rillington Place: ¿cómo Timothy Evans se rindió a la voluntad de Christie, una vez que Beryl Evans había muerto?

Aunque Evans era tonto e incapaz de leer o escribir, no era deficiente mental como se ha dicho a menudo. Por eso, ¿por qué cuando regresó a casa el 8 de noviembre de 1949 y encontró a su mujer muerta sobre la cama, no llamó a la Policía?

Estaba casi seguro, en estado de shock y sin nadie a quien recurrir. El vecino era la única persona que podía “ayudarlo”. Quizá Christie confiando en que Evans en ese momento era fácil de sugestionar, argüía con la fuerza de un ex policía, que lo que involucrara a la ley sólo traería sospechas sobre la cabeza de Timothy.

Está además el tema de la responsabilidad moral. Siendo católico, Evans creería que su mujer murió por haber deseado abortar ilícitamente.

Por ello, aunque no directamente implicado, podría haber creído que era responsable en parte. Christie probablemente le convenció de su culpabilidad y así encontró fácil testificar, de modo que le enviaran a la muerte.

Cuando Christie entró en Old Bailey, ya había confesado siete crímenes. ¿Podría ahora la defensa conseguir que no se le declarara culpable de asesinato?

El juicio de Christie comenzó en el tribunal número 1 de Old Bailey, el 22 de junio de 1953. En el mismo tribunal, tres años antes, había prestado declaración como testigo y había negado haber asesinado a Beryl Evans. Ahora, iba a desandar lo andado y a admitir que sí la había asesinado.

Como Timothy Evans, Christie iba a intentar ser acusado de un solo cargo. Pero por entonces, todo el país sabía que un asesino de mujeres iba a estar en la vista luchando por su vida. El asesino hasta el momento había confesado hasta siete crímenes: dos en 1943, Beryl Evans en 1949, su mujer Ethel en 1952 y las otras tres mujeres a principios de 1953.

Su abogado, Derek Curtis-Bennet, abogado del rey, estaba preocupado porque el tribunal oyera todos estos casos y «otros que la acusación podría sacar a la luz». Había sido una tarea tremenda para la Policía el desenterrar todo el catálogo de sucesos ocurridos en Rillington Place. A las seis de la mañana del 18 de mayo, el cadáver de Beryl Evans había sido exhumado en el cementerio de Kensington Borough en Gunnersbury, para ser examinado por tres patólogos, Keith Simpson, Francis Camps y Donald Teare. El cadáver de Geraldine, por cuyo asesinato su padre había sido ahorcado, yacía con el de su madre.

Tuvieron que hacer grandes esfuerzos para identificar los huesos de las víctimas. En el caso de Ruth Fuerst, la primera víctima conocida, su cráneo había sido reconstruido con 110 pedazos.

Christie escribió a un viejo conocido desde la prisión, diciéndole que estaba «confuso» y aturdido por su situación, que echaba de menos los dulces, cigarrillos y el «sabor de una manzana», pero también hablaba de la consideración de los guardias de la prisión.

Al final de sus confesiones formales, había escrito: *«Quiero decir que estoy profundamente agradecido a la Policía que me tiene a su cargo, por el amable trato del que he sido objeto en la comisaría de Putney.»* El acusado tuvo cuidado en sus confesiones escritas de dar explicaciones para cada crimen. Las prostitutas le habían seducido y las cosas se le habían ido de las manos. A su mujer había que librarla de su dolor, y Eady y Beryl Evans habían sido asesinadas por piedad.

La sala del juicio de Old Bailey estaba atestada. Gente distinguida de toda condición estaba presente. Christie, vestido con un traje de rayas azul, fue acusado de asesinar a su mujer y se declaró inocente.

El abogado de Christie, Curtis-Bennett, dijo al jurado que basaría la defensa en la enajenación mental según las leyes de M’Naghten. Estas se remiten a 1843, y en ellas no estaba permitido que los acusados declarasen a su favor, y establecía que un hombre no

es culpable ante la ley si en el momento de actuar no era conocedor de estar haciendo algo punible.

«No tengan duda, doctores o no doctores, que cuando cometió cada uno de estos asesinatos, incluyendo el de su esposa, estaba loco ante los ojos de la ley», dijo Curtis-Bennett.

Christie se dirigió al estrado de los testigos aparentemente al borde del llanto, y tardó medio minuto en mascullar el juramento. Constantemente se restregaba las manos, se tiraba de la oreja, se estiraba el cuello de la camisa, y se tocaba la calva al contestar a las preguntas. Pudo recordar algunos asesinatos, y otros no.

Preguntado por su abogado si había cometido algún asesinato entre 1943 y 1949, Christie respondió: «No lo sé.»

«¿Quiere decir que puede haberlo hecho?» «Puedo haberlo hecho. No sé si lo hice o no», contestó, pero se mostró más seguro cuando se le preguntó por el año 1949.

«¿Mató usted a la pequeña Geraldine Evans?»

«No», contestó el acusado.

El magistrado, señor Finnemore, le presionó recordándole su testimonio en el proceso de Evans. Christie se mostró evasivo.

«Usted no mentía acerca del bebé, pero ¿por qué mintió en lo relativo a la señora Evans?»

«Bueno, me habrían acusado de matar a las dos.»

El testimonio de los médicos estaba dividido. El doctor Jack Hobson, eminente psiquiatra del hospital Middlesex, le visitó unas diez veces en la prisión, y prestó testimonio sobre su supuesto horror por los prostíbulos.

El especialista declaró que, según las leyes de M’Naghten, Christie no era responsable. «Los trucos de la memoria apartan al individuo de las acciones pervertidas para mantener su propia autoestima y evitar incriminarse a si mismo.»

Los peritos médicos por parte de la Corona rechazaron esto. En particular, el doctor Desmond Curran, del hospital de St. George, expresó la opinión de que el acusado era «anormal y orgulloso», pero que no sufría de ningún tipo de histeria.

Al cuarto día del juicio, el juez comenzó a recapitular. El jurado se retiró a las 4.05 de la tarde y regresó 82 minutos más tarde.

«¿Encuentran al prisionero culpable o no culpable?», se preguntó al jurado.

«Lo encontramos culpable.»

El magistrado Finnemore firmó la pena de muerte. Christie no dijo nada.

Una de las cosas más extrañas encontradas en el número diez de Rillington Place fue una lata de tabaco que contenía cuatro mechones de vello. Uno podría haber sido de Ethel Christie, aunque no era seguro. Los otros tres no se correspondían con las tres mujeres encontradas en el armario. Es posible que dos de ellos fueran tomados de cuerpos enterrados en el jardín. Pero esto deja aún uno sin explicación. En el juicio Christie dijo que no sabía de quiénes eran, pero que podía haber asesinado a otras personas.

No se sabe si Christie tenía relación sexual con sus víctimas antes, después o mientras las asesinaba. Ha habido también muchas especulaciones sobre si era necrófilo o no.

La ejecución de Christie levantó una tremenda polémica. ¿Era inocente Evans al morir en la horca? En tal caso, ¿quién tendría el valor de admitirlo?

Una gran parte de responsabilidad, en el perdón póstumo concedido a Timothy Evans, puede atribuirse a los esfuerzos de varios periodistas y escritores. Poco después de la ejecución de Christie, se publicó el libro de Michael Eddowes: *«El hombre sobre tu conciencia.»*

La campaña fue emprendida por Harold Evans, por entonces editor de «Northern Echo» y más tarde también editor de «The Sunday Times». Pero, con mucho, la contribución más significativa a la campaña fue la de Ludovic Kennedy con el libro *«El número 10 de Rillington Place»*, un elocuente y persuasivo argumento sobre Evans: Un hombre inocente había sido colgado.

Pero de ningún modo ha sido éste el primer caso en el que un presunto homicida es exculpado de asesinato gracias a la atención de los medios de comunicación. En 1938, Oscar Slater fue excarcelado después de cumplir una condena en prisión de 19 años, sobre todo, gracias a las protestas de mucha gente.

Pero los intentos de demostrar la inocencia de hombres y mujeres convictos de asesinato son, sin embargo, muchas veces sólo una pérdida de tiempo y resultan infructuosos. Uno de los periodistas más famosos de Inglaterra en favor de esta campaña es Paul Foot, del «Daily Mirror». Su libro *«Asesinato en la granja»*, sobre el caso del colegial de 14 años Carl Bridgewater, le llevó seis años de investigación y redacción.

Aunque Foot descubrió pruebas concluyentes de que hombres inocentes podían haber sido acusados, tres de ellos permanecían en prisión y el cuarto, Pat Molloy, murió en 1981 en la cárcel de Gartree.

Los periodistas tienen la oportunidad de proponer teorías a veces poco sólidas, particularmente si el asesinato tiene un ángulo político.

Intentar descubrir la verdad detrás de actos tan horribles como el asesinato es una acción digna de elogio. Pero mientras que los periódicos, la televisión y los libros pueden jugar un papel esencial en la corrección de errores de la justicia, no se puede olvidar que las campañas de los medios de comunicación pueden causar sufrimiento.

Los familiares de las víctimas se encuentran reviviendo los mismos sucesos espantosos una y otra vez, al tiempo que los periodistas averiguan nuevos ángulos en un caso que se

suponía cerrado. Incluso con la protección de las leyes contra la calumnia, un inocente puede ser acusado de crímenes que nunca ha cometido.

El perdón a título póstumo que se le concedió a Timothy Evans en 1966 se produjo en una de las épocas más liberales de la historia moderna inglesa. Entre 1964 y 1970, bajo el Gobierno laborista, fueron aprobadas una serie de reformas liberalizadoras. En 1965 la pena capital fue abolida temporalmente (y suprimida permanentemente durante cinco años más). En 1967 la homosexualidad, de común acuerdo, entre adultos mayores de 21 años, así como ciertas formas de aborto fueron legalizadas. Dos años más tarde las leyes sobre el divorcio se hicieron más tolerantes. Roy Jenkins, el secretario de Estado que concedió el perdón a Evans, era un conocido reformista. Su petición de perdón llegó a Buckingham Palace poco después de haber leído el informe. La reina se lo concedió de inmediato.

El informe de 1966, que condujo al perdón de Evans, no mencionaba que fuera inocente. La investigación, que duró catorce meses presidida por el juez del Tribunal Supremo Brabin, concluía que Evans probablemente había asesinado a su mujer, pero que posiblemente era inocente de la muerte de su hija pequeña, Geraldine. En otras palabras, el informe Brabin decía que Evans había sido ahorcado por el asesinato equivocado. Sin embargo, establecía que con las pruebas disponibles ningún jurado hubiera exculpado a Evans de uno u otro de los asesinatos.

John Reginald Halliday Christie iba a ser ahorcado. Rápidamente se abrió una investigación para averiguar si Timothy Evans había sido víctima de un error de la justicia.

Faltaban sólo tres semanas para la ejecución de Christie. Con el juicio finalizado, se pedía a voces una investigación de mucho mayor alcance. ¿Podían dos estranguladores haber operado independientemente sin que ninguno lo supiera, en una casa tan pequeña?

Christie fue sentenciado el 25 de junio de 1953. Al día siguiente, la oposición laborista del Parlamento presionó a un Gobierno reticente para que revisara todo el asunto de Rillington Place. El 6 de julio, el secretario de Interior, sir David Maxwell Fyfe, designó al magistrado de Portsmouth, John Scott Henderson, para que investigara si «había algún fundamento para pensar que pudo haberse dado un error en la justicia».

Scott Henderson tuvo que moverse rápidamente. Su informe tenía que estar completo antes de la ejecución. La tarea era inmensa. Antes de su designación, le habían requerido para que estudiase todos los documentos relevantes en el caso de Evans. A éstos ahora se añadían los documentos del caso Christie. Scott Henderson tuvo también que entrevistarse con el abogado de Evans y Christie, y con otros numerosos oficiales del caso.

Scott Henderson visitó en la prisión durante algo más de una hora al asesino. El permiso lo había obtenido un oficial de policía que ayudaba en la investigación. Este había advertido a Christie de que sería interrogado sobre la pequeña Evans, añadiendo que no había pruebas de que él la hubiera matado. El informe, presentado el 13 de julio, dejó perplejos a los dos bandos del debate. Concluía con una aplastante afirmación: Evans había asesinado a su hija y también a su mujer.

En otras palabras, Christie dijo la verdad en el juicio de Evans, pero mintió en el suyo, y en que había habido dos estranguladores en el 10 de Rillington Place.

El acusado, en su celda, disfrutó de una posición que nunca antes le había sido concedida. Pero dos días antes de su ejecución un viejo conocido declaró que estaba deshecho.

«Ya no me importa lo que pueda pasar. No tengo nada por lo que vivir», le había dicho. Su abogado declaró que no habría recurso formal contra la sentencia.

Christie escribió a otro amigo diciéndole que se encontraba bien y estaba disfrutando de la comida. «*Realmente debería felicitar al cocinero*», escribió. «*Todo está francamente bueno y en mucha cantidad. Incluso estoy engordando*». Posiblemente sufría en su celda el síndrome del «peso». Muchos prisioneros que aguardan el juicio de Dios engordan antes de la ejecución.

Vendió su historia al «Sunday Pictorial». Las descripciones escalofrantes de sus crímenes no aportaron nada que ayudara a desvelar el misterio. Poca gente, aparte de los abolicionistas, se lamentaron de su pronta ejecución. Los acontecimientos de 1949, y los asesinatos de Beryl y Geraldine Evans, necesitaban una explicación más amplia.

Al Dr. Hobson, el psiquiatra que testificó a su favor durante el juicio, se le prohibió verle de nuevo, lo que le causó un enfado considerable, ya que creía que la memoria en decadencia de Christie aún podía ser revivida, y tratándole con cuidado descubrir el lugar exacto donde se encontraba la pequeña Geraldine.

La familia de Evans y sus partidarios no quedaron satisfechos. Había pruebas médicas de un intento de abuso sexual a Beryl después de su muerte. Estas no se habían establecido en el juicio, pero si eran ciertas era inconcebible que Evans hubiera matado a su mujer.

Los abogados consideraron demasiado horrible presentar estas pruebas de necrofilia ante el jurado. En 1949, la ciencia no era aún capaz de llevar a cabo estudios concluyentes sobre semen.

También existían pruebas evidentes de los obreros que renovaron el apartamento de Christie. Los partidarios de Evans reclamaron que éstas podían probar que las fechas de los asesinatos eran incorrectas, y que los cuerpos no podían haber estado en el lavadero cuando dijo que estaban allí. Pero los obreros nunca fueron llamados a testificar.

La sospecha también recaía sobre Christie, ante la declaración hecha en el juicio de Evans de que los problemas de la espalda le impedían levantar pesos. No se había quejado de ello hasta después de la muerte de Beryl. ¿No podría ser que el dolor lo hubiera causado el cargar con el cuerpo?

Había alrededor de 200 personas en la prisión de Pentonville a las 9 de la mañana del 15 de julio de 1953. Los numerosos espectadores habían venido desde Escocia, Gales, Irlanda, e incluso de Australia y Estados Unidos.

Un camionero declaró que había hecho el camino de una tirada para llegar justo a tiempo. A pesar de esto, las autoridades habían contado con mucha más gente y con posibles problemas. No hubo incidentes del tipo de los ocurridos en la prisión de Wandsworth,

cuando al comienzo del año, un adolescente retrasado mental, Derek Bentley, fue colgado por haber asesinado a un oficial de policía.

Una docena de oficiales hacía guardia con las armas al hombro, mientras que los refuerzos estaban situados en las puertas. Dentro, el verdugo, Albert Pierrepoint, estaba con Christie ya preparado.

A las 9.10, un guardia apareció en la puerta, con una nota con ribetes negros que colgó en la pared. Era el anuncio de que John Reginald Halliday Christie había sido ejecutado.

La muchedumbre se congregó en el Museo de Madame Tussaud el verano de 1953 para ver la figura de cera de Christie. Se le exhibía empapelando el escondite donde fue encontrado el cadáver de Hectorina MacLennan. Los datos personales del asesino remitidos al escultor de la figura de cera fueron los siguientes:

Color de pelo: un poco más oscuro que el del señor Bemard Tussaud.

Altura: 1,60 m.

Talla del sombrero: seis.

Cintura: 56 cm.

Pecho: 59 cm.

Color de las cejas: castaño.

Número de zapatos: siete y medio.

Color de ojos: azul pálido grisáceo.

Nombre y dirección del sastre: Reg Fair, Portobello Road, W1 1.

Traje: tela azul y gris con espiga.

Camisa: Bonart. Gris pálida, casi lila, con finas rayas rojas.

Zapatos: puntera redondeada, viejos y en mal estado.

Corbata: una imitación barata de las elegantes corbatas de rayas.

La más sensacional y reciente equivocación de la justicia concierne a los “cuatro de Guildford”. Fueron condenados a cadena perpetua en octubre de 1975 por poner bombas en dos edificios públicos en octubre de 1974, en los cuales murieron cinco personas.

Los cuatro (Gerald Conlon, Patrick Armstrong, Paul Hill y Carole Richardson) fueron condenados basándose en las confesiones que gratuitamente habían hecho a los detectives que investigaban los asaltos a los pubs de Guildford, “The Horse” y “Groom and Seven Stars”.

Después de una larga campaña a favor de la puesta en libertad, llevada a cabo por el miembro laborista del parlamento Chris Mullin, el magistrado, lord Lane, anuló las sentencias en octubre de 1989, alegando que nueve pruebas habían demostrado que la Policía “debía haber mentido” en el juicio. Tres policías de Surrey fueron retirados de sus funciones y quedaron pendientes de investigación criminal.

Evans y Christie estaban muertos y sus nombres ligados a una serie de grotescas perversiones. Cuando pasaron los años de postguerra las actitudes ante el caso cambiaron.

A lo largo de los años 50, al mismo tiempo que crecía el movimiento para abolir la pena capital, el destino de Evans preocupaba a más y más gente. Los parlamentarios laboristas

nunca dejaron el asunto en paz: Michael Foot y Tony Benn, entre otros, hablaron elocuentemente sobre el asunto en la Cámara de los Comunes.

El primer libro en examinar intensamente el caso fue el Michel Eddowes, *“El hombre sobre tu conciencia”* (1955), en el que efectivamente echaba por tierra el caso Evans. Periódicos y revistas hicieron presión a favor de una investigación más extensa.

En 1961 la película *“Rillington Place, 10”*, de Ludovic Kennedy, también echó por tierra el caso Evans. El director creía que Christie era un necrófilo; cualquiera podría darse cuenta de que era irremediablemente un enfermo mental, tal y como su abogado había argüido en 1953.

En 1961 el secretario de Interior, R. A. Butler, rechazó una nueva investigación, pero admitió que él había considerado realmente conceder el perdón a Evans.

En 1965, con el Partido Laborista en el Gobierno, la pena capital fue abolida por un periodo experimental de cinco años. En el mismo año se ordenó finalmente una nueva investigación. Los hombres que se ocuparon del caso tuvieron más tiempo para reflexionar sobre los descubrimientos que el que había tenido Scott Henderson. Él tuvo que acelerar el trabajo para redactar el informe antes de la ejecución en 1953.

El 18 de octubre de 1966 Evans fue perdonado póstumamente. Sus restos fueron exhumados de Pentonville y trasladados a una nueva tumba en el cementerio de St. Patrick, en Leytonstone, Essex.

Frases de Christie

“El principio ético del “no matarás” me fascinaba... Siempre supe que algún día lo desafiaría”

“Mi primer asesinato fue emocionante, porque había emprendido la carrera que yo mismo había elegido, la carrera del crimen”.

“Para mi un cadáver tiene una belleza y una dignidad que ningún cuerpo con vida podría tener nunca. Hay una calma en la muerte que me tranquiliza”.

“Tomar una taza de té es tan importante en mi carrera criminal como lo es el whisky para otros asesinos”.

“Cuando asesiné a mi esposa me deshice del obstáculo que durante diez años me había mantenido a raya aparentemente. Después de que ella se hubo ido tenía el camino libre para cumplir mi destino”.

“Durante años he sabido que tenía que matar a diez mujeres y con eso mi trabajo habría terminado”.

ED GEIN



“Masacre en Texas”

Ninguna parte de su adiestramiento había preparado al ayudante del *sheriff* para lo que estaba viendo ahora. La experiencia le decía que mantener el orden en el pueblecito de Plainfield, en pleno corazón de las tierras ganaderas de Wisconsin, resultaba muy fácil siempre que mantuvieras la cabeza gacha y te llevaras bien con tus vecinos, y eso era lo que estaba intentando hacer ese día, el 16 de noviembre de 1957.

Los parientes de Bemice Worden, la viuda de cincuenta y ocho años propietaria del almacén de ultramarinos local, habían informado al *sheriff* de su desaparición, y la desaparición de Bemice era una de las mayores emociones que había conocido toda la historia de Plainfield. El ayudante debía llevar a cabo su trabajo de la forma más efectiva posible y, al mismo tiempo, debía intentar que la respetable superficie de la vida pueblerina no se viera turbada por un número excesivo de ondulaciones. El hijo de la señora Worden le había dado una pista. Había visto cómo la camioneta de Ed Gein se detenía dos veces ante el almacén de la viuda el día en que desapareció, y ésa era la razón de que el ayudante del *sheriff* hubiera acudido a la granja Gein.

Ed había trabajado la granja con su hermano y su madre, una mujer muy dominante que había ejercido un control absoluto sobre las vidas de sus hijos. Su hermano Henry murió en 1944, y su madre murió al año siguiente. Perder la autoritaria «guía» de su madre hizo que Gein acabara encerrándose en sí mismo: se convirtió en un recluso y dejó que la granja fuese de mal en peor. En resumen, y por usar las mismas palabras que sus vecinos, Ed se había vuelto «un poco raro». Los habitantes de Plainfield no tardarían en descubrir hasta dónde llegaba esa rareza.

Era la segunda visita del ayudante a la granja Gein aquel gélido día de noviembre. Unas horas antes se presentó allí, vio que Ed no estaba en casa y se marchó. Cuando volvió a llamar a la puerta de la granja siguió sin obtener respuesta y, con la curiosidad instintiva que distingue a quienes han optado por su profesión, el ayudante del *sheriff* decidió echar un vistazo dentro del cobertizo. Allí empezó el horror.

El cuerpo sin cabeza colgaba de las vigas del cobertizo suspendido por los tobillos. Bernice Worden ya no era una persona desaparecida.

Después de la muerte de la señora Gein, Ed empezó a desenterrar cadáveres de cementerios aislados, cadáveres que se llevaba a casa para examinarlos y usarlos en actos

de necrofilia y, según sus propias declaraciones, para consumir su carne. Como legado de su canibalismo, Gein tenía una colección de órganos humanos tan numerosa que la nevera parecía un matadero. Posteriormente, los pasajes de su confesión voluntaria en los que hablaba extáticamente del placer sexual que obtenía envolviendo su cuerpo desnudo con la piel de sus víctimas, causarían una auténtica sensación.

Los patólogos estimaron que los restos pertenecían a quince cadáveres distintos.

Y entre todos aquellos horribles recuerdos del crimen, la necrofilia y la antropofagia destacaba la «habitación de mamá», conservada devotamente como un altar en medio de la carnicería. La puerta había permanecido cerrada con llave desde el día de su muerte. Un hecho que no escapó a la atención de los psicólogos era el de que las dos mujeres a las que Gein había asesinado -la señora Worden y Mary Hogan- tenían un fuerte parecido con la señora Gein.

Las autoridades consideraron que Edward Gein no estaba en condiciones de ser sometido a juicio, lo que no sorprenderá a nadie, y Gein acabó internado en el Hospital Central del Estado de Waupun, donde trabajó como albañil, carpintero y celador del hospital. En 1978 fue trasladado al Instituto de Salud Mental Mendota, donde murió el 26 de junio de 1984 a los 77 años de edad, después de haber sido siempre un prisionero modelo.

Se dice que Robert Bloch basó su estremecedora novela *Psicosis* en la historia de Ed Gein, aunque cualquier persona que conozca la novela y el caso real quizá tenga dificultades para identificar al travestido esquizofrénico Norman Bates con el granjero perverso de Plainfield. En 1960 Alfred Hitchcock transformó la novela de Bloch en una obra maestra del cine gótico. El crítico del New York Times que comentó la película quizá estuviera pensando en los agentes de policía que registraron la granja Gein, pues su advertencia era: «Más vale que tengan un estómago resistente y vayan preparados para recibir un par de sorpresas muy desagradables.»

Cuando su madre y hermano murieron, Gein quedó completamente solo. Pero, además, no sabía absolutamente nada sobre el sexo o las mujeres. La señora Gein, fanática religiosa, puritana y posesiva, no había preparado a su hijo superviviente para la vida sexual ni, por otro lado, para ningún tipo de vida social normal. En soledad, el granjero desarrolló un interés enfermizo por la anatomía humana y especialmente femenina. Añoraba a su familia y su curiosidad por el sexo, por los cuerpos humanos y por el enigma de la vida y la muerte, se unieron para decidirle a darse varios paseos por el cementerio local. De allí sacaba la materia prima para sus obras de arte, además de órganos internos y partes de los cadáveres que quizá llegaba a devorar.

Aunque como asesino en serie, no fue, ni mucho menos, de los más prolíficos, Ed Gein se convirtió pronto en un personaje popular porque, un poco como en el caso de Albert Fish, lo que más llamaba la morbosa atención del público eran los detalles macabros, perversos y de matiz claramente sexual. El canibalismo, el fetichismo, los orgasmos que Gein alcanzaba cubriendo su cuerpo con la piel curtida de los muertos, el que tuviera la habitación de su madre perfectamente conservada y sin tocar, cerrada con llave desde el día de la muerte de ésta. Se rumoreó incluso que había robado el cuerpo de la señora Gein para tenerla siempre con él, pero no parece que fuera cierto. El respeto maternal que le

imponía era superior a sus necesidades necrófilas. Por otro lado -lamento decepcionar a muchos fans-, Ed Gein no era un psicópata, sino un psicótico que sufría alucinaciones y crisis de demencia que no podía evitar. Uno de esos escasos psicóticos que asesinan en serie en lugar de hacerlo de golpe y porrazo. En cualquier caso, el jurado no tuvo dudas al respecto. Edward Gein fue internado primero en el Hospital Central del Estado, en Waupun, y trasladado después, en 1978, al Instituto de Salud Mental de Mendota. Unos años antes, en 1974, un intento de que fuera puesto en libertad fue rechazado por las autoridades. Murió en 1984, en el departamento geriátrico del Instituto de Mendota, tras haber sido un prisionero modelo durante toda su vida. Había destacado, especialmente, como albañil y carpintero experto. Pero sus materiales en el hospital eran muy distintos a los que usaba en la vieja granja de Wisconsin.

Muy poco después del juicio y detención del granjero asesino en 1957, Robert Bloch, un popular escritor de cuentos de horror y humor negro fascinado por personajes como Jack el Destripador, publicaba su novela *Psycho*, en 1959. Aunque su asesino era un joven travestido que vivía en un motel de carretera, las similitudes con el caso Gein eran claras y voluntarias: la madre posesiva, que el psicópata guarda disecada en el sótano; la afición del asesino a disecar animales; sus alucinaciones esquizofrénicas durante las que se convierte en su propia madre equivalentes a las voces que oía a veces el auténtico Gein y, sobre todo, la naturaleza sexual de sus crímenes, dejaban poco lugar a dudas. El propio Bloch admitió siempre haberse inspirado en el caso para su novela y, cuando un año después, en 1960, Alfred Hitchcock la convirtió en el primer gran éxito del cine de terror que contaba con un psychokiller como protagonista, haciendo de Norman Bates el primer nombre con peso específico en la galería de asesinos en serie cinematográficos, se había alcanzado ya el inevitable punto de fusión y confusión entre arte y realidad, entre crimen y cultura pop. Ed Gein, gracias a *Psicosis* y a los talentos de Bloch y Alfred Hitchcock, se convirtió en Norman Bates, y su reinado de terror pasó de la triste realidad de un granjero loco de Wisconsin, al brillo siempre glamouroso, hasta en el horror, de Hollywood y sus estrellas. Por otro lado, Ed Gein no dejaría nunca ya de ser fuente de inspiración para el cine de terror: *La matanza de Texas*, *Deranged*, *Three on a Meathook*, incluso *El silencio de los corderos*, son todos films que han tomado uno u otro aspecto macabro de la historia de Ed Gein para sus ficciones cinematográficas.

En 1958, un hombre aparentemente inofensivo, asesino de dos mujeres y profanador de tumbas, fue recluido en el manicomio del Estado de Wisconsin.

Sus espeluznantes crímenes conmocionaron América, y proporcionaron a Hitchcock las bases para su ya clásica película de terror, *Psicosis*.

En 1954, la conocida propietaria del bar de una pequeña ciudad desapareció sin dejar rastro. Un extraño individuo del lugar dijo que él sabía donde estaba.

La región central de Wisconsin, camino del Oeste americano, es tan plana y monótona que incluso la guía oficial del Estado dice de ella que es «anodina». Tal y como dicen los lugareños, es «el gran corazón muerto» del Estado, donde granjas aisladas y pueblos pequeños se diseminan a lo largo de desiertas extensiones de tierra. En los años cincuenta la única forma que tenían los granjeros de ganarse la vida era bien cultivando centeno en terrenos arenosos y pedregosos, o bien con unas pocas cabezas de ganado. Cazar y beber cerveza les hacía olvidar el sacrificio de la lucha diaria.

En 1954, en la ciudad de Plainfield, un conjunto de tiendas y casas de madera, había un bar donde las gentes se reunían a beber llamado «La taberna de Hogan». La propietaria de este antro, Mary Hogan, una mujer de mediana edad, metida en carnes y divorciada dos veces, resultaba un personaje con un pasado más que dudoso.

Algunos decían que estaba relacionada con la Mafia; otros, que había sido una conocida Madame en Chicago y que con el dinero que ganó de esa forma había comprado el negocio. Fuese cierto o no, Mary Hogan producía gran impacto entre los granjeros del lugar, gente muy religiosa y conservadora. Mientras que los hombres se sentían atraídos por el ambiente del local, entre las mujeres existía un rechazo total.

En la tarde del 8 de diciembre de 1954, un frío día de invierno, un granjero del lugar llamado Seymour Lester entró en la taberna a echar un trago. Aunque estaba abierta e iluminada, no había nadie. Empezó a sospechar algo raro al ver que, a pesar de sus llamadas, nadie salía a atenderle. Fue entonces cuando vio una gran mancha de sangre en la puerta que daba a la habitación trasera. Sospechando que algo raro ocurría, salió corriendo a pedir ayuda. El *sheriff* Harold S. Thompson llegó al instante acompañado de sus ayudantes.

Comprobaron que el lugar estaba vacío y encontraron el coche de Mary Hogan aparcado detrás de la casa, en su sitio habitual. Había un gran reguero de sangre que, ya seca, cubría las tablas de madera del suelo. Parecía que algo había sido arrastrado por ahí. Junto a esto había un cartucho del calibre 32.

Siguiendo el rastro de sangre a través de la puerta trasera llegaron a la zona del aparcamiento de los clientes, donde el *sheriff* vio unas huellas recientes de un camión que reconoció como las de una furgoneta de reparto. Era evidente: alguien, seguramente Mary Hogan, había sido asesinada y el cuerpo había sido arrastrado hasta un coche que esperaba fuera.

No había ninguna señal de lucha, y no parecía haber ningún motivo para tal crimen. La caja registradora estaba llena y no faltaba nada. Thompson pidió ayuda al laboratorio de investigación criminal del Estado que estaba en Madison, a treinta y siete kilómetros. Pero los exámenes forenses tan sólo confirmaron las conclusiones a las que el *sheriff* había llegado sobre la forma en que se había cometido el asesinato y no arrojaron ninguna luz sobre el caso. Tampoco lo hicieron las investigaciones que realizaron en Chicago y en las granjas de Pine-Grove y sus alrededores. Mary Hogan había desaparecido.

Las noticias sobre este misterio se propagaron con rapidez y a medida que pasaban las semanas sin que las autoridades encontraran nada nuevo, la pregunta: «¿Qué le pasó a Mary Hogan?», surgía en todas las conversaciones. Aproximadamente un mes después de la desaparición, una conversación de este tipo tenía lugar entre un respetable propietario de un aserradero en Plainfield, Elmo Ueek, y un hombre pequeño y tímido, «un manitas» que había sido avisado para reparar unas vallas. Su nombre era Edward Gein.

Gein residía desde los siete años en una granja que estaba a tres kilómetros de Plainfield. Rodeado de bosques, campos y pantanos, Gein vivía solo en una casa de madera de dos pisos con forma de L. Se trataba de una persona tímida y retraída. Tras la muerte de su

madre en 1945, recibió un subsidio del Gobierno de los Estados Unidos a cambio de dejar la tierra en barbecho. A medida que la tierra se volvía improductiva, Gein empezó a hacer toda clase de trabajos a los vecinos de Plainfield para ganarse así la vida.

Fue su habilidad en este tipo de trabajos lo que hizo que este hombre pequeño, de complexión débil, y mediana edad, un soltero de pelo rubio y ojos azules, empezase a ser conocido entre las gentes del lugar.

Estas le reconocían como un hombre cumplidor, trabajador y fiable, pero pensaban que era un poco excéntrico.

A pesar de que le conocía desde hacía muchos años, Ueeck no se llevaba muy bien con Gein. Encontraba extremadamente difícil hablar con él. A veces éste escondía la mirada con nerviosismo y comenzaba a reír sin razón como un desequilibrado y en otras ocasiones salía con algún comentario tan extraño e inoportuno que dejaba a la otra persona sin habla.

En esta ocasión, sin embargo, Ueeck no pudo resistir la tentación de provocar a Gein con el asunto de Mary Hogan. A Eddie le ponía enfermo que se hicieran bromas sobre las mujeres, pero el propietario del aserradero le había visto varias veces en la taberna de Hogan sentado solo al fondo del bar, con una jarra de cerveza. Y él y sus amigos se habían dado cuenta de que lo único que hacía era sentarse y quedarse mirando a la propietaria absorto de sus pensamientos y suponían que estaba enamorado, lo cual daba lugar a ciertas bromas.

Ueeck empezó por sugerir que si Gein le hubiera hablado a Mary Hogan de sus intenciones con más claridad, probablemente ella en ese mismo momento estaría en su granja cocinando la cena y esperando a que volviera en vez de haber desaparecido presumiblemente asesinada. Más tarde recordó que «Eddie había puesto los ojos en blanco y había movido la nariz como un perro olfateando su presa», mientras se balanceaba y echaba una de sus conocidas sonrisas.

«No ha desaparecido», dijo Gein después de unos segundos. «Ahora mismo está en la granja.»

Ueeck se encogió de hombros ante lo que parecía ser otro de sus inusuales y bastante patéticos golpes de humor. Y a pesar de que Gein lo repitió varias veces a distintos residentes de Plainfield en las semanas que siguieron, ni uno de ellos le tomó en serio. Era, después de todo, el tipo de comentario que se esperaba de él.

Antes del caso Gein hubo ciertas desapariciones inexplicables en Plainfield y sus alrededores.

En mayo de 1947, Georgia Weclder, de ocho años, desapareció en Jefferson después de que un vecino la llevara en coche a su casa. Nunca más se la volvió a ver.

En noviembre de 1962, un granjero llamado Victor “Bunk” Travis desapareció junto con su amigo Ray Burgess de Milwaukee, cuando iban a la caza del ciervo. No se les volvió a ver.

Un año después, Evelyn Hartley, de quince años, desapareció cuando cuidaba los niños de un vecino. La policía encontró señales de pelea y manchas de sangre fuera de la casa. Después de una intensa búsqueda se encontraron algunas ropas manchadas de sangre cerca de una autopista. Sin embargo, nunca encontraron el cuerpo.

Cuando se produjo la desaparición de Mary Hogan, empezaron a circular rumores entre los niños de Plainfield en el sentido de que la granja de Gein estaba “encantada”. Esos rumores los originó su propio primo, Bob Hill, que decía que en una visita a la granja le había enseñado tres cabezas reducidas. Gein le dijo que se las enviaba un amigo que luchó en Filipinas durante la Segunda Guerra Mundial.

Pronto los niños se obsesionaron con las historias de “la casa encantada” de Eddie. Sus padres consideraron estos rumores como “cosas de niños”, el producto de una macabra imaginación infantil.

La infancia de Gein es la historia de un espíritu inocente reprimido por las exageraciones de una madre que no le quería. A pesar de ello, dependía tanto de ella que cuando murió, el chico fue incapaz de aceptarlo y cerró su habitación convirtiéndola en un santuario. Atrapado por el fantasma de una mecedora, fue siempre incapaz de mantener una relación sana con una mujer.

Augusta Gein dio a luz a su segundo hijo el 27 de agosto de 1906. Había deseado que fuera una niña, la austera educación luterana que había recibido y su matrimonio con un borracho, George Gein, desarrollaron en ella un profundo aborrecimiento hacia los hombres. En 1902 había nacido Henry, el primer fruto de esta unión sin amor. Augusta se prometió a sí misma que su hijo Edward Theodore no sería nunca como esos hombres lascivos y ateos que veía a su alrededor. Desde el primer momento, la vida de Eddie estuvo totalmente dominada por su madre.

Ella llevaba sola el negocio familiar, una frutería en La Crosse, Wisconsin. Su marido se pasaba el día dejándose todo el dinero en los bares del lugar. Ella era partidaria de imponer una disciplina muy dura. Castigaba a sus hijos y era incapaz de ofrecerles el consuelo o el amor de una madre.

En 1913, los Gein comenzaron una nueva vida como granjeros. Después de pasar un año en una granja de vacas a unos veinticuatro kilómetros de La Crosse, finalmente la familia se instaló en un pequeño rancho aislado a las afueras de la ciudad de Plainfield.

En los primeros dieciséis años de su vida, el único contacto de Gein con la realidad fue el colegio. Pero tan pronto como Eddie encontraba un amigo, su madre se oponía a esta nueva amistad. Todo el mundo suponía ante sus ojos una amenaza para la pureza moral de su hijo. Continuamente citaba las Escrituras recordándole que los hombres eran todos unos pecadores.

Gein dejó de tener contacto con otros niños. Más adelante los que le conocieron le recordaban como un hombre tímido y débil.

También sentía aversión por la sangre y las matanzas, cosas habituales en una comunidad rural donde la caza y la ganadería eran la forma habitual de ganarse la vida. Sin embargo, devoraba los cómics de terror y los libros sobre violencia. Era el único tema que le

motivaba a hablar. Aunque a menudo la conversación llegaba a su fin en cuanto hacía uno de sus macabros comentarios.

El padre de Gein murió en 1940. A mediados de los cuarenta el negocio de la familia empezó a ir mal y Eddie y Henry tuvieron que buscar otro trabajo para llevar más dinero a casa. Gein admiraba a su hermano, pero su relación empezó a hacerse más tensa cuando éste le sugirió que esa dependencia respecto a su madre podía ser perjudicial.

En la primavera de 1944, Henry murió en extrañas circunstancias. Él y Eddie habían estado intentando apagar un fuego cerca de su granja cuando se separaron. Sin embargo, Eddie supo conducir a un grupo de hombres exactamente al lugar donde su hermano yacía muerto. Aunque tenía un golpe en la cabeza, se certificó muerte por asfixia.

Poco después de este doloroso suceso, Augusta Gein sufrió un ataque al corazón. Durante doce meses Eddie la cuidó con amor intentando que se restableciese, pero pocas semanas después, en diciembre de 1945, murió.

Con treinta y nueve años, Gein estaba solo en un mundo que apenas comprendía. En cinco años, se refugió en otro, un mundo en el que la frialdad, la violencia y la represión que había sufrido en su infancia se retorcían de forma atroz en su mente.

El padre de Ed Gein, George, se quedó huérfano en 1879 cuando sólo tenía cinco años. Fue educado por sus severos y devotos abuelos en una granja cerca de La Crosse. Cuando cumplió veinte años se marchó a la ciudad, donde cambiaba constantemente de trabajo. Empezó a beber y en 1899 se casó.

No era una pareja afortunada. Augusta Gein, que procedía de una estricta familia de inmigrantes alemanes, era una mujer austera y fanáticamente religiosa. Pronto empezó a despreciar a su débil y borracho marido. George reaccionó encerrándose en sí mismo, aunque, a veces, cuando ella le pinchaba, se emborrachaba y le pegaba mientras Eddie y su hermano Henry le miraban sin poder hacer nada.

Después de sufrir estos ataques, Augusta se ponía de rodillas y rezaba. Sus oraciones fueron escuchadas. En 1940 George murió, inválido, a la edad de sesenta y seis años.

Tres años después de la desaparición de Mary Hogan, el día en que comenzaba la caza anual del ciervo en Wisconsin, Ed Gein iba de cacería por su cuenta. Su presa no era un ciervo. La víctima era una ciudadana de Plainfield.

Al igual que Mary Hogan, Bernice Worden era una mujer de negocios muy competente, regordeta y de constitución fuerte, de unos cincuenta años. A diferencia de la propietaria del bar, era una devota metodista que disfrutaba de una reputación intachable entre los ciudadanos de Plainfield.

Bernice se había encargado, como única propietaria, de la ferretería de Worden tras la muerte de su marido en 1931. En los años siguientes, ayudada por su hijo Frank, lo convirtió en un negocio próspero, al que todos los granjeros de la zona acudían a comprar los recambios necesarios para la maquinaria agrícola. En 1956, fue propuesta por el periódico local para el premio de Plainfield al «ciudadano de la semana», como ciudadana

modélica y pequeña empresaria. Bernice Worden en las extrañas ocasiones en las que no estaba trabajando pasaba el tiempo con sus nietos, a los que adoraba.

La mañana del sábado 16 de noviembre de 1957, como todos los días, abrió la tienda. Era el primer día de la temporada de caza del ciervo en Wisconsin, y la mayoría de los hombres de Plainfield, incluyendo a su hijo Frank, habían salido ya hacia los bosques de los alrededores. El resto de la ciudad estaba desierto y la mayoría de las tiendas cerradas, pero Bernice Worden había decidido abrir la suya pensando que podría llegar gente a comprar provisiones.

Poco después de las ocho y media de la mañana, Ed Gein hizo su aparición en la ferretería llevando una jarra de vidrio vacía. Como todos los ciudadanos de Plainfield, Bernice le tenía por un bobalicon, pero últimamente la había estado molestando, preguntándole sobre los más insignificantes detalles y sin comprar nada. La noche anterior había estado en la tienda para preguntarle el precio de un anticongelante. Luego se quedó ahí parado durante algunos segundos sonriendo estúpidamente antes de desaparecer en la oscuridad.

Pocas semanas antes, Bernice se había quedado muy sorprendida cuando Gein llegó a la tienda y la invitó a ir con él a patinar sobre hielo. Se lo propuso medio en serio medio en broma, dando la sensación de estar muy nervioso. Ella simplemente rechazó la invitación. Sin embargo, se había quedado algo preocupada; le contó el incidente a su hijo y añadió que desde entonces había visto a Gein observándola desde su furgoneta o desde el otro lado de la calle.

Lo que ocurrió con Worden el 16 de noviembre sólo se puede reconstruir con los confusos recuerdos de Gein. Además de Bernice y Gein no había ni un alma a la vista. Parece ser que la señora Worden le llenó la jarra, volvió al mostrador y le hizo la factura. El hombre pagó y se marchó, volviendo poco tiempo después.

Cogió un rifle de caza que estaba expuesto en una esquina y le contó a la señora Worden que estaba pensando cambiar su vieja arma del calibre 22 por una más moderna que pudiera disparar diversos tipos de bala. Ella le dijo que la que tenía en sus manos era una buena compra y continuó con su trabajo.

Cuando se dio la vuelta, Gein sacó una bala de su bolsillo y cargó el rifle mientras simulaba examinarlo. Unos segundos después apuntó y disparó.

Entre las 8,45 y las 9,30 de esa misma mañana, Bemard Muschinski, el encargado de la gasolinera situada un poco más abajo en la acera de enfrente del almacén, vio que el camión de reparto de la señora Worden salía del garaje de detrás del edificio dirigiéndose calle abajo, pero no le dio importancia. Pocas horas después, al pasar por delante de la tienda, le extrañó ver las luces encendidas. La puerta delantera estaba cerrada y dio por hecho que la propietaria había olvidado apagarlas.

El siguiente en ver a Gein fue el dueño del aserradero, Elmo Ueeck. Había cazado un ciervo en las tierras de éste y se disponía a salir apresuradamente de la propiedad con la pieza atada a la parte delantera del coche. Ueeck se sobresaltó al ver el automóvil de Gein que ruidosamente se dirigía hacia él; estaba seguro de que incluso Eddie protestaría por esta caza furtiva en sus tierras. Pero cuando se cruzaron le saludó amistosamente. Posteriormente, Ueeck recordó que Gein conducía más aprisa que de costumbre.

Más tarde, al mediodía, el dueño del aserradero sintió remordimientos y volvió a la granja de Gein para darle una explicación y pedir disculpas. Le encontró quitando las cadenas de las ruedas de su coche, algo que le extrañó, ya que todavía había nieve en la carretera. El propietario de la granja estuvo amable y no le dio ninguna importancia al asunto del ciervo.

Por la tarde, éste recibió otra visita, sus vecinos Bob Hill, un amigo de la juventud, y su hermana Darlene fueron a preguntarle si podía acercarlos al pueblo para comprar una nueva batería para el coche. Gein salió a recibirles; tenía las manos manchadas de sangre y les dijo que había estado despedazando un ciervo. Esto le extrañó a Bob Hill, ya que a su amigo siempre le había desagradado este tipo de cosas y más de una vez comentó que se mareaba al ver sangre. Pero Gein dijo que estaría encantado de poder ayudarles y después de volver a la casa para lavarse, cogió el coche y les llevó a la ciudad.

Cuando Gein y sus vecinos volvieron a la frutería de los Hill, estaba oscureciendo y la madre de Bob, Irene, le invitó a cenar. Él aceptó de buena gana sin sospechar que sería la última comida que tomaría antes de ser arrestado.

Poco antes, al atardecer, Frank, el hijo de Bernice Worden se pasó por la gasolinera de Plainfield, cercana al negocio familiar, después de un fallido día de caza. Quedó muy sorprendido cuando el encargado le dijo que, por la mañana temprano, había visto salir el camión de reparto. Frank esperaba aun encontrar a su madre detrás del mostrador y a punto de cerrar. Los dos hombres comprobaron lo que Muschinski había visto esa mañana, que la puerta estaba cerrada, pero las luces continuaban encendidas, y Worden, que había olvidado su llave, tuvo que volver a su casa para coger una.

Entre otras cosas, Frank Worden era el ayudante del *sheriff* y, al igual que su madre, una persona tranquila y fiable. Pero cuando abrió la puerta de la tienda y entró, apenas pudo controlarse. La caja registradora que había sido arrancada del mostrador había desaparecido y al fondo de la tienda había un gran charco de sangre.

Frank llamó al *sheriff* del condado, Art Schley, en Wautoma, a siete kilómetros de allí, y continuó buscando a su madre. Cuando un cuarto de hora más tarde llegaron el *sheriff* y uno de sus ayudantes, ya tenía una idea de lo que había pasado.

«Ha sido él», les dijo Worden confidencialmente.

«¿Quién?», preguntaron.

«Ed Gein», contestó.

Frank Worden no perdió el tiempo mientras esperaba a Schley y su ayudante. Reprodujo mentalmente la conversación que tuvo con su madre sobre Gein, cómo la había estado mirando, su invitación para salir con él y más recientemente, la noche anterior, cuando entró en la tienda para preguntarle el precio de un anticongelante. También recordó que éste le había preguntado si pensaba ir de caza al día siguiente. ¿Podría ser que el asesino se hubiera estado asegurando de que no había moros en la costa?

Le ratificó su sospecha el libro de contabilidad que encontró junto al charco de sangre, en el que estaba apuntada una venta de anticongelante fechada el 17 de noviembre. El

comprador había sido Ed Gein. El *sheriff* Schley avisó por radio para que le detuvieran y le interrogaran.

Gein, mientras tanto, estaba acabando de cenar con los Hill cuando un vecino irrumpió en la casa con las noticias de la desaparición de Bernice Worden. El único comentario de Eddie fue: «Debe tratarse de alguien con mucha sangre fría.»

Irene Hill recordó más tarde que había bromeado con él diciendo: «¿Cómo te las arreglas para estar siempre por medio cuando alguien desaparece?» Gein simplemente se encogió de hombros y se rió.

Bob le sugirió que debían ir a la ciudad para ver qué pasaba. Gein aceptó de buena gana y los dos hombres salieron al patio cubierto de nieve para coger el coche. En ese momento, el oficial de policía Dan Chase y su ayudante Poke Spees llegaban a la casa de los Hill para detener a Gein.

Los dos agentes habían ido pocos minutos antes a la casa del presunto homicida y la encontraron vacía. Sabían que Bob era uno de los pocos amigos de Ed y pensaron que lo más lógico era buscarle en la tienda de los Hill. El oficial Chase cruzó el patio sonriente y golpeó en la ventanilla del coche de Gein cuando ya se iban.

Le ordenó que bajara del automóvil y le escoltó hasta el coche patrulla para ser interrogado. El policía le preguntó dónde había estado todo el día y qué había hecho. El detenido se lo contó y Chase le pidió que lo repitiera de nuevo, lo que evidenció grandes incoherencias entre las dos versiones. El oficial se mostró extrañado.

«Alguien me ha incriminado» -dijo Gein.

«¿Respecto a qué?» -preguntó Chase.

«Bueno, sobre la señora Worden» -contestó.

«Qué pasa con la señora Worden.»

«Está muerta, ¿no?» -respondió Ed.

«¿Muerta? -exclamó el policía- ¿Cómo sabes que está muerta?»

«Lo oí -dijo Gein-. Me lo dijeron ahí dentro.»

Tan pronto como el *sheriff* Schley oyó por radio que el principal sospechoso había sido arrestado, se dirigió a la granja de Gein con el capitán Lloyd Schoephoerster de la oficina del *sheriff* del condado vecino de Green Lake.

La puerta trasera de la cocina cedió con facilidad. Encendiendo sus linternas, los dos hombres pasaron dentro. Art Schley sintió que algo le rozaba en el hombro, y volviéndose instintivamente a ver qué era lanzó un grito de horror.

Ahí, delante de sus ojos, colgando del techo, se hallaba el cuerpo decapitado de una mujer, con un profundo agujero en donde se suponía debía estar el estómago. El *sheriff* pensó

inmediatamente que el cuerpo había sido atado y después despellejado como si se hubiera tratado de un animal.

Las lecturas favoritas de Gein eran las historias que se recreaban en el sexo y la violencia sadomasoquista. En su caso hay claros indicios de los efectos perniciosos derivados de tales lecturas.

Cuando la policía irrumpió en la granja, entre todo aquel horror que les salía al encuentro, también encontraron un montón de revistas pornográficas y libros de terror. Era evidente que todo eso había cobrado vida en el dantesco salón de la casa de Gein. Si esa clase de «literatura» no había sido, directamente al menos, la culpable de dar rienda suelta a sus perversiones, con ellas ahora la policía tenía pruebas suficientes sobre qué clase de fantasías albergaba su mente enferma.

Para empezar, encontraron cajas llenas de cómics con títulos como «*Historias de las criptas*», o «*El Panteón del terror*» y algunos otros sobre «verdaderas» historias de detectives con ilustraciones de los asesinatos a todo color. Hallaron también revistas pornográficas, incluyendo la *War criminals*, que contenía ilustraciones de una mujer, bastante ligera de ropa, que azotaba con un látigo a un hombre al que había hecho su prisionero.

En las estanterías se encontraban libros que daban cuenta de las atrocidades cometidas por los nazis; entre ellos estaba el de Irma Grese, una joven oficial de las SS que disfrutaba con el trabajo de conducir a las cámaras de gas a mujeres y niños víctimas de los campos de concentración alemanes. También había libros de aventuras sobre tribus de caníbales y técnicas para reducir cabezas humanas, así como sobre las proezas cometidas por Burke y Hare, dos profanadores de tumbas en el Edimburgo del Siglo XIX.

Sin embargo, el hallazgo más relevante no se encontraba entre todos estos libros y revistas. Sobre las estanterías también había gruesos volúmenes de anatomía. Dentro de uno de estos tomos encontraron un recorte de periódico que detallaba la historia de una persona que se había sometido a una operación de cambio de sexo en los Estados Unidos.

Gein estaba influenciado por estas lecturas, pero no podía imaginar que, después de su condena, su caso iba a servir de inspiración a varios escritores y directores de cine, como la película de Hitchcock *Psicosis* basada en la novela de Robert Bloch. Otras cintas han tratado este tema mucho más explícitamente.

En 1977, la película dirigida por Tobe Hooper, *La matanza de Texas*, provocó la protesta generalizada del público, por las perversiones sexuales y la violencia que se mostraban en la pantalla grande. Esta fue el preámbulo de la llegada de las películas de terror, una serie de filmes que ofrecían violencia gratuita, y en las que el guión y los personajes quedaban al margen, en aras de la sed de sangre de unos asesinos sin piedad.

Sed de sangre, *Los Carniceros*, *La Masacre de Meatcleaver*, y *El Asesino* eran películas que se suponía estaban basadas en la historia del «carnicero de Plainfield». Desde finales de los años setenta se han rodado muchas cintas de este estilo, la mayoría de las cuales pueden verse en vídeo y están al alcance de todos los públicos.

Robert Bloch, autor de la novela «*Psicosis*» sobre la cual Alfred Hitchcock basó la película del mismo nombre, residía, en la época del caso Gein, en la ciudad de Weyauwega, a menos de quince kilómetros al este de Plainfield. Cuando empezaron a llegar noticias sobre los horrendos hallazgos de la granja, Bloch se dio cuenta de que había una historia verdadera mucho más horrible y repugnante que cualquier obra de ficción con la que se hubiera encontrado. La idea de que un hombre pudiera llegar a cometer tales atrocidades por la influencia de una madre hace tiempo muerta, alertó su imaginación y empezó el libro.

Pero lo que más le intrigaba era el hecho de que «un asesino macabro con impulsos perversos pudiera surgir abiertamente en una pequeña comunidad rural, donde todo el mundo se enorgullecía de saber lo que hacían los demás». Después de Ed Gein y de «*Psicosis*», el medio-oeste americano nunca volvió a ser lo mismo.

Para la policía encargada de la investigación del caso, la granja de Gein era una mezcla de pocilga, carnicería y catacumba; algo así como la guarida de alguien al que difícilmente se podía calificar de ser humano.

Los dos policías necesitaron varios minutos para recuperarse del shock y del horror que acababan de presenciar. Finalmente, Schoephoerster consiguió acercarse al coche y pedir ayuda por radio. A continuación, dándose ánimos mutuamente, los dos hombres decidieron entrar de nuevo en la casa.

El cadáver colgaba de un gancho por el tobillo, y con un alambre le habían sujetado el otro pie a una polea. Habían rajado el cuerpo desde el pecho hasta la base del abdomen, y las tripas brillaban como si las hubieran lavado y limpiado. Estaba decapitado.

Schley sólo había visto una cosa igual en un matadero. Quien quiera que fuera, el *sheriff* no tenía duda de que se trataba de Berrúce Worden; había sido asesinada y su cadáver dispuesto como si se tratara de una pieza de carne.

Además, seguía siendo difícil de creer que un ser humano pudiera vivir en tales condiciones. Por todas partes se veían montañas de basura y desperdicios entre sucios muebles y utensilios de cocina, junto con ropas harapientas. Cajas de cartón, latas vacías y herramientas oxidadas cubrían el suelo; parecía la guarida de un animal, llena de inmundicia y excrementos.

Con la débil luz de sus linternas, Schley y Schoephoerster descubrieron una serie de revistas de detectives y cómics de terror apiladas en cajas y tiradas por el suelo; un fregadero lleno de arena; chicle pegado en las tazas; una dentadura postiza sobre el mantel. El causante de este terrorífico espectáculo se hacía evidente que era una persona enferma.

Poco tiempo después, la granja quedó rodeada por coches de la policía. Para empezar, rastrearon la casa con la ayuda de linternas y lámparas de petróleo y luego trajeron un generador. Una vez que la casa quedó suficientemente iluminada se puso de manifiesto todo el horror que allí se escondía. Había varios cráneos esparcidos por la cocina, algunos intactos, otros cortados por la mitad y empleados como cuencos. Dos de ellos se utilizaban para equilibrar las patas de la mugrienta cama en la que dormía Gein. Una inspección más detenida reveló que una de las sillas de la cocina estaba hecha con trozos de piel humana.

Había también otras cosas horripilantes, pantallas de lámpara, papeleras, un tambor, un brazalete, la funda de un cuchillo afilado, todas ellas «adornadas» con restos humanos.

Pero todavía quedaban cosas peores. Encontraron cajas que contenían restos humanos, cada uno de los cuales, pertenecientes a diferentes cuerpos sin identificar, estaban separados con la habilidad y precisión de un cirujano. También contenían una especie de chaleco hecho con la piel de la parte superior del cuerpo de una mujer, con un cordón que caía por la espalda, y varios pares de «polainas» hechas también con piel humana.

Pero, para los policías que tuvieron que hacer este trabajo de rastreo, lo más horroroso de todo fue descubrir una colección de máscaras mortuorias, se trataba de verdaderas «cabezas reducidas» del tipo que describen las historias más crudas sobre el canibalismo tribal. Había nueve máscaras, cada una con el rostro y el cuero cabelludo de la víctima en cuestión y mantenían el pelo intacto.

Cuatro de estas máscaras estaban colgadas en la pared que rodeaba la cama de Gein, como testigos mudos de sus excentricidades y fantasías nocturnas. Encontraron las otras máscaras metidas en bolsas, en viejas cajas de cartón y en sacos esparcidos allí y en la cocina. A algunas de ellas se les había aplicado aceite para mantener la piel suave, e incluso una mostraba restos de lápiz de labios. Otra, que aunque reducida pudo ser identificada por uno de los policías allí presentes, era la de Mary Hogan, la propietaria del bar que había desaparecido tres años antes.

Ante todos estos atroces descubrimientos, los agentes, expertos forenses y detectives que se encontraban presentes, quedaron mudos. La palidez de sus rostros reflejaba todo el horror del que estaban siendo testigos. Muchos de ellos eran expertos policías con una larga carrera en el servicio; policías que habían presenciado todo tipo de crímenes horribles, pero que, sin embargo, no estaban preparados para afrontar lo que tenían delante: una casa llena de cadáveres, huesos y otros restos humanos. Incluso en el aire helado de una noche de noviembre en Wisconsin, el hedor era absolutamente insoportable. Encontraron el corazón de Bernice Worden dentro de una bolsa de plástico frente a la estufa de la cocina, y sus entrañas, todavía calientes, envueltas en un viejo traje. Pero la policía siguió buscando firmemente, determinada a encontrar las pruebas que aún le faltaban: la cabeza del cadáver que colgaba del gancho.

Detrás de la cocina y del cuartucho en el que dormía Gein se hallaba la planta baja de la casa. La puerta estaba bien tapada, pero lograron quitar los tablones necesarios para poder entrar en la habitación principal.

A la luz de las linternas vieron una habitación perfectamente ordenada y normal, en la que lo único que destacaba era la enorme cantidad de polvo que cubría los muebles y los adornos situados sobre la chimenea. Era un auténtico mausoleo, una tumba que Gein había cerrado y abandonado dejándola tal y como estaba el día en que murió su madre, hacía doce años.

De vuelta a la cocina, el patólogo que estaba intentando identificar los restos de los cadáveres, vio de repente cómo de una vieja bolsa de comida que se hallaba entre la basura en una esquina de la habitación, salía vapor. Cogió la bolsa y al vaciarla encontró lo que todo el mundo había estado buscando.

La cabeza de Bernice Worden estaba cubierta de suciedad; tenía sangre coagulada alrededor de las fosas nasales, pero por lo demás estaba intacta. La expresión de su cara reflejaba tranquilidad, pero los dos policías se quedaron estupefactos al ver que de las dos orejas colgaban dos ganchos unidos entre sí por una cuerda. Era evidente que Gein había intentado colgar en la pared la cabeza de la mujer, junto a los otros trofeos cadavéricos de su habitación.

El rastreo de la granja terminó al anochecer. Descolgaron el cadáver de Bernice Worden y lo pusieron junto con los otros restos humanos encontrados que depositaron en bolsas de plástico. Enviaron las bolsas a la Funeraria de Plainfield a fin de que se realizara el debido examen postmortem. Ninguno de los allí presentes sabía a cuántas personas pertenecían las cabezas y los restos humanos encontrados en ese espantoso lugar, pero estaba claro que, además de Mary Hogan y Bernice Worden había habido muchas más víctimas.

El trabajo de la policía no había acabado: aún existía un interrogante pendiente cuando abandonaron la granja esa noche: ¿A quiénes pertenecían los demás cadáveres?

Uno de los primeros y más inquietantes recuerdos de Gein sobre su infancia era cuando miraba fijamente a través de la puerta del matadero de la tienda de sus padres en La Crosse. Miraba hipnotizado cómo su padre sostenía un cerdo atado mientras su madre, con gran habilidad, le abría la tripa de un navajazo y le sacaba las entrañas con un largo y afilado cuchillo.

Muchas veces, a lo largo de su vida, Gein diría que esta matanza le producía náuseas y que ver sangre le hacía sentirse como si se fuera a desmayar. Incluso cuando la policía le interrogó años después, pudo recordar el incidente de La Crosse con todo lujo de detalles. Veía que su madre llevaba «un delantal largo de cuero salpicado de sangre y barro».

Igual que muchos otros crímenes y catástrofes, el caso Gein dio lugar a algún que otro chiste macabro. Se les conocía en Wisconsin como “geiners” (por ejemplo: ¿por qué Eddie ponía tan fuerte la calefacción en su casa? Para que a los muebles no se les pusiera la carne de gallina).

Aunque los habitantes de Plainfield encontraban tales chistes profundamente ofensivos y deprimentes, un psiquiatra llamado George Arndt llegó a la conclusión de que ese humor negro desempeñaba una función necesaria. En un informe científico titulado “*Reacciones comunitarias ante un acontecimiento aterrador*”, decía que los “geiners” y los chistes similares eran modos que tenía la sociedad de enfrentarse con lo inconcebible, y por esta razón debían ser tolerados.

Gein se confesó culpable de una larga serie de crímenes diabólicos. Además de asesinar había desenterrado cadáveres que utilizaba con fines inimaginables. Bajo la nieve, en el cementerio de Plainfield, la policía pudo constatar que las tumbas habían sido profanadas.

Mientras que todas estas investigaciones tenían lugar en su granja, Edward Gein esperaba tranquilamente en la prisión del Estado de Wautoma custodiado por los dos policías que le habían arrestado, Chase y Spees. A las 2,30 de la madrugada del sábado 17 de noviembre, el *sheriff* Shley regresó del horrible escenario del crimen.

Sin la presencia de un abogado, Gein fue interrogado casi ininterrumpidamente durante las doce horas siguientes. Pero permaneció en silencio. Mientras tanto, el informe de la autopsia inicial realizada a Bernice Worden confirmaba que ésta había muerto como resultado de un disparo de bala del calibre 22.

A la mañana siguiente, lunes 18 de noviembre, Gein rompió su silencio. Declaró que había matado a la señora Worden y después de cargar el cadáver en una furgoneta, lo había llevado a un bosque cercano. Dejó allí la furgoneta, volvió a la ciudad a por su coche y luego había regresado al bosque, donde metió el cadáver en el automóvil y se dirigió a la granja. Allí la ató y la descuartizó.

Todos estos detalles se incluyeron en la declaración del fiscal del distrito, Earl Kileen, y ésta a su vez remitida a la prensa a la mañana siguiente. El fiscal añadió, además, que algunos de los restos humanos encontrados probablemente pertenecían a gente joven, y que, por las mutilaciones que presentaba el cuerpo de la señora Worden, «parecía que se hubiera practicado canibalismo».

En seguida los reporteros acumularon todo tipo de detalles espeluznantes sobre el caso y los mandaron a los periódicos. Las noticias llegaron hasta Chicago. Mientras tanto, el propio Kileen fue a interrogar a Gein, con escaso éxito, ya que declaró que no podía recordar nada sobre el asesinato de Bernice Worden porque en ese momento estaba «aturdido». Más adelante, respondió que pensaba que todo había sido un accidente. «Entonces -le preguntó Kileen- ¿Por qué robaste la caja registradora?» El detenido contestó que quería desmontarla y examinar su mecanismo «para ver cómo funcionaba».

El fiscal quiso saber más detalles sobre lo acaecido con el cadáver. Gein comenzó a describir cómo había atado el cadáver, desangrado en una pila y después enterrado la sangre en un agujero en el suelo.

Cuando Kileen le preguntó si alguna vez había desollado un ciervo, Ed contestó: «Supongo que en ese momento pensaba en eso.»

Luego se le pidió que hiciera una lista completa de todos los cráneos, trozos de piel y otros restos humanos encontrados en su granja. Sin embargo, el acusado, respondió: «Que yo sepa sólo he matado a Bernice Worden». Y, ante el asombro de todos los detectives, comentó que los otros cadáveres los había sacado del cementerio.

Explicó que en los últimos años sentía de vez en cuando la necesidad de profanar tumbas. En muchos casos había conocido a las víctimas en vida y se enteraba de sus muertes leyendo los periódicos. Así que, la misma noche del entierro, se dirigía al cementerio, sacaba el cadáver y rellenaba otra vez la tumba con lo que él llamaba «su pastel de manzana».

Gein confesó que en muchas de estas expediciones nocturnas sentía pánico al acercarse a una tumba, y se volvía a casa. No podía recordar cuántos cadáveres había desenterrado, y una vez más se excusó diciendo que «estaba aturdido». Cuando se le preguntó si alguna vez mantenía algún tipo de relación sexual con los cadáveres robados, algo que estaba en la mente de todos, lo negó con la cabeza y gritó: «¡No, no!» Antes de añadir que «olían muy mal». También negó categóricamente las acusaciones de canibalismo.

El lunes por la tarde, Ed Gein compareció en el juzgado bajo la acusación de robo a mano armada de la caja registradora de la tienda de Worden. La oficina del fiscal del distrito quería posponer los cargos por asesinato hasta que las pruebas forenses finalizaran y el prisionero fuera sometido a un detector de mentiras. Después lo condujeron hasta su granja, donde enseñó a la policía y a un grupo de periodistas que los acompañaban el lugar en donde estaba enterrada la sangre de Bernice Worden.

Esa misma tarde, detectives de La Crosse, su ciudad natal, también le interrogaron sobre la desaparición de una niña de quince años, Evelyn Hartley, ocurrida cuatro años atrás. Los resultados fueron poco concluyentes. Gein también fue interrogado por *sheriffs* del condado vecino de Portage acerca de Mary Hogan. Ellos ya sabían que se había encontrado su cabeza en la granja. Durante el interrogatorio el acusado se mostró confundido, otras veces callaba, pero finalmente negó conocerla, aunque admitió haber ido a su bar una o dos veces.

Al día siguiente, se le permitió finalmente a la prensa, que para entonces había hecho de la ciudad su lugar de residencia, entrar en la granja de Gein y ver así por sus propios ojos la miseria en la que vivía «el carnicero de Plainfield».

Aunque ahora conocían la verdad, la imaginación se disparó y toda una serie de historias espeluznantes hizo su aparición en las portadas de los periódicos de todo el país. Algunos sugerían que había, por lo menos, cincuenta cadáveres enterrados en los alrededores de la granja de Gein. Otros decían que proporcionaba carne humana a sus confiados vecinos; y la mayoría relacionó su nombre con todas las desapariciones ocurridas en el Estado de Wisconsin durante los últimos diez años.

Mientras tanto, condujeron al propio Gein al Laboratorio Central del Estado, en Madison, a fin de someterle al detector de mentiras. Durante las nueve horas que duró el interrogatorio, confesó haber llevado puestas las «ropas» que se confeccionaba con piel humana. Confesó también que creía que había matado a Mary Hogan, pero dijo que estaba muy «confundido» y que no podía precisar más detalles. Por lo que respecta a la muerte de Bernice Worden, siguió manteniendo durante el resto de su vida que fue un accidente.

El interrogatorio continuó después con las profanaciones de las tumbas. Si la tierra estaba lo suficientemente blanda, la apartaba con las manos y luego levantaba la tapa del ataúd con una palanca a fin de descubrir el cadáver. Algunas veces sólo les quitaba la cabeza, aserrándoles el cuello y partiéndoles la columna vertebral. En otras ocasiones les arrancaba otras partes del cuerpo. alguna vez se llevaba el cadáver entero; entonces volvía a colocar el ataúd en su lugar y rellenaba la tumba.

Durante todo el interrogatorio, Gein se mostró tranquilo y dispuesto a cooperar. Describió sus acciones sin aparente remordimiento, y sólo se puso nervioso cuando se le volvió a interrogar sobre las muertes de Mary Hogan y Bernice Worden. Joe Wilimovsky, el hombre encargado de poner en marcha el detector de mentiras, estaba seguro de que todo lo que estaba escuchando era cierto. También él se quedó asombrado por la tranquilidad con que el acusado describía detalladamente la manipulación de los cadáveres.

Finalmente, el fiscal del distrito, Kileen, hizo una declaración en la que decía que Gein sería acusado, «en uno o dos días», de los asesinatos en primer grado de Hogan y Worden, pero que su oficina estaba satisfecha con el hecho de que Edward Gein no hubiera tenido

nada que ver con otras desapariciones. Luego informó a los periodistas, para su disgusto, de que el fiscal general del Estado había ordenado que la prensa se mantuviera totalmente al margen del caso.

A partir de ese momento los acontecimientos se precipitaron. El jueves 21 de noviembre se permitió de nuevo a la prensa informar sobre el caso, y los periodistas pudieron interrogar a Gein en su celda. Al día siguiente, en la audiencia preliminar, el abogado defensor alegó enajenación mental y el juez envió a Gein al hospital Central del Estado para enfermos mentales, en Waupun, a fin de que se le sometiera a pruebas psicológicas. Ahora el caso se centraba en las profanaciones de tumbas.

Kileen declaró en la audiencia que el acusado le había dado a la policía una lista de las víctimas cuyas tumbas había profanado. Con el permiso de los familiares, las autoridades esperaban poder proceder en la semana siguiente a la exhumación de las tumbas. Una de las personas que figuraban en la lista era una tal Eleanor Adams, que había muerto seis años antes, en 1951.

Pat Danna, el sepulturero del cementerio de Plainfield, insistió en que era imposible que un hombre sólo pudiera hacer lo que Gein había confesado, y que estaba seguro de que ninguna de las tumbas que estaban a su cargo había sido profanada. Entonces cundió la sospecha de que Gein, en sus excursiones nocturnas, había contado con la ayuda de alguien.

El sábado se extendió el rumor de que éste había sido conducido por segunda vez a la granja, para indicar a la policía el lugar en que se hallaban los restos incinerados de Mary Hogan. Excavando en el sitio señalado, encontraron los restos pertenecientes a más de un cadáver, que mandaron a analizar.

El lunes siguiente, la opinión pública exigió que se explicara la procedencia de esos restos humanos, y Kileen ordenó que se abriera la tumba de Eleanor Adams.

Aquel día el cementerio estaba cubierto de hielo, y Danna y su ayudante tuvieron que excavar durante más de una hora. Al ir quitando la arena del féretro se dieron cuenta de que la tapa estaba partida por la mitad. Quitaron las tablas rotas y abrieron el ataúd. Estaba vacío, y junto a la mortaja encontraron una palanca de acero de 30 cm.

Luego, los allí reunidos se dirigieron a otra de las tumbas que figuraba en la lista de Gein. Sólo habían excavado unos pocos metros cuando el sepulturero y su ayudante descubrieron lo que indudablemente eran restos humanos. Abrieron finalmente el ataúd y a nadie le sorprendió encontrarlo vacío. La historia del «Carnicero» se confirmaba. En el caso de la señora Adams había robado el cadáver; en la segunda tumba, aparentemente, sólo se había llevado lo que quería, dejando el resto medio enterrado.

En ese momento, nadie podía imaginar cuántas tumbas fueron profanadas.

El *sheriff* Art Schley, el hombre que descubrió los espeluznantes secretos de Gein en la granja de Plainfield, sufría de un creciente estrés a medida que el caso se desarrollaba.

La noche en que se halló el cuerpo de Bernice Worden no pudo evitar pegar a Gein en la cárcel del condado. Y cuando regresó a la granja con el detenido, se puso furioso porque

tuvo que anular la búsqueda de más pruebas dada la enorme cantidad de reporteros que los seguían y acosaban.

Los problemas entre el *sheriff* y la prensa llegaron a un punto decisivo cuando Schley trató de limitar el número de periodistas que podían entrevistar al infame «carnicero de Plainfield».

Sólo la intervención del abogado de Gein, William Belter, impidió que éste y los enfurecidos reporteros llegaran a las manos.

Cuando el caso terminó, Schley volvió a ser un simple *sheriff* de condado. En marzo de 1968, un mes después de haber testificado en el juicio de Gein, murió de un ataque al corazón a la edad de cuarenta y tres años.

Después del arresto de Gein, una solterona de Plainfield, de cincuenta años de edad, llamada Adeline Watkins se convirtió en una celebridad de la noche a la mañana por haber dicho que era la novia del asesino. El titular del Milwaukee Journal decía así: «*Quiero a ese hombre dulce y amable, aún le quiero, dice la novia del asesino confeso.*» La señorita Watkins, decía el reportaje, recibió una proposición de matrimonio por parte de Gein «el último día que pasaron juntos» en febrero de 1955, pero ella le rechazó. En cuanto apareció la historia, la mujer se retractó por completo. Negó incluso haber dicho alguna vez, refiriéndose a Gein, que fuera «dulce».

En 1960, dos años después de que la historia de Ed Gein horrorizara al mundo, el maestro del suspense, Alfred Hitchcock, realizó una de sus mejores películas. “*Psicosis*” cuenta la historia de una mujer que es apuñalada hasta morir mientras tomaba una ducha en un solitario motel. Los principales sospechosos son los propietarios del motel, Norman Bates y su anciana e inválida madre.

Al ir aumentando el clímax de la película se va haciendo claro que Bates y su madre son una sola persona y que él asume su voz, lleva sus ropas y, lo más macabro de todo, continúa cuidando su descompuesto cadáver.

Norman Bates no era el producto de la oscura imaginación de Hitchcock, tampoco del autor Robert Bloch, sobre cuya novela estaba basada la película. Su inspiración fue Edward Gein. Ambos, Gein y Bates, vivían solos en una remota comunidad americana, ambos tenían una apariencia amable y ambos alimentaban una obsesión profundamente arraigada con su madre muerta, que les conducía al asesinato salvaje.

Pocos, si acaso algunos, se dieron cuenta de la conexión entre los dos, porque las hazañas de Gein superaban con creces a las de Bates.

El recuerdo de su madre marcó a Gein para toda su vida. Claramente tenía dos personalidades: una adoraba a su madre y la otra la odiaba profundamente.

El caso de Edward Gein es, desde un punto de vista médico, uno de los más complejos en la historia de la criminología. Voyerismo, fetichismo, travestismo y necrofilia, todos ellos integraban su personalidad.

Sin embargo, a medida que se iba conociendo la verdadera historia se hizo evidente que estas perversiones eran meras manifestaciones de una psicosis profunda, un trastorno mental que tenía sus raíces en la relación anormal que mantenía con su madre.

Cuando los psiquiatras empezaron a considerar las posibles razones de su comportamiento patológico, todos coincidían en que probablemente se hallaban ante un caso de «complejo de Edipo». Suponían que Gein estaba enamorado de su madre y que a raíz de su muerte se obsesionó con la idea de buscar a alguien que la sustituyera.

Fue esto lo que le llevó en un primer momento a mutilar cadáveres con la esperanza de obtener con ello algún tipo de satisfacción.

Los psiquiatras resaltaron el extraordinario parecido entre su madre y las dos mujeres asesinadas (ambas eran mujeres de mediana edad, robustas, trabajadoras y de fuerte personalidad), lo que le condujo a asesinarlas en un último intento de poseerlas.

Sin embargo, los informes psiquiátricos finales señalaban que la teoría del complejo de Edipo no bastaba para explicar su comportamiento, sobre todo a la luz de los más recientes descubrimientos médicos.

Los periódicos publicaron que Edward Gein era un esquizofrénico, un hombre cuya mente se había deteriorado por la confusión creada por sus personalidades en conflicto. La investigación médica sugiere que la esquizofrenia comienza a desarrollarse en la infancia, cuando, ante una situación terrible e insoportable, el niño se crea una nueva o nuevas personalidades con las que poder hacer frente a tal situación. Esto es lo que ocurrió en el caso de Gein, un niño tímido y retraído sometido a la rígida disciplina impuesta por el fanatismo religioso de una madre que no le quería.

De niño, buscaba el amor de su madre, que le era negado una y otra vez. Su madre despreciaba a los hombres y sobre todo a su marido, y él pensaba que si Augusta Gein odiaba a los hombres, entonces también le odiaba a él. Hiciera lo que hiciera, nunca conseguiría agradaarla, nunca podría ganarse su amor.

Fue así como en su mente se desarrolló una nueva personalidad que explicaba este lamentable estado de cosas. Había dos Edward; el «Edward dos» nunca sería amado, ni por su madre ni por ninguna otra mujer, porque no era digno de ello. Tan sólo podía adorar a la única persona que toleraba esta indignidad: su madre.

Pero, ¿qué pasaba con el otro Edward, el chico normal y sano cuyo único crimen era buscar un amor que no existía? Ese amor empezó a desvanecerse en el subconsciente de Gein alimentando el odio que sentía hacia la persona que se lo había negado. El «Edward uno» odiaba a su madre.

A medida que transcurrían los años y el chico se iba aislando del mundo, esa adoración ciega y el sentimiento de inadecuación que componían la personalidad del «Edward dos» iban cobrando fuerza con cada reprimenda que recibía de ella. Pero al mismo tiempo, la frustración que sentía su otro yo continuaba hirviendo en su cabeza. Quería amar a las mujeres, sin embargo, no podía evitar identificarlas con su madre, lo cual le impedía mantener una relación normal con ellas.

Tras la muerte de Augusta Gein, su hijo se fue hundiendo en la locura. Sin su madre, razonaba el «Edward dos», ¿Quién quedaba que pudiera quererle? Al mismo tiempo, el «Edward uno» comenzó a tomar fuerza en su subconsciente, sintiendo que había llegado su hora.

Sin otra salida posible para expresar sus deseos de amor, encontró consuelo en el cementerio. En este momento se hallaba fuertemente dominado por su segunda personalidad, así que era «natural» que quisiera buscar a las mujeres que le recordaban a su madre, la única a la que él podía amar. El sexo bien entendido estaba fuera de toda cuestión, así que Gein recurrió al fetichismo y la necrofilia como alternativas a sus necesidades sexuales.

Desgraciadamente, cuando conoció a Mary Hogan y a Bernice Worden, le volvió a inundar el odio provocado por su primera personalidad. Cuanto más se acercaba a ellas, más colérico se volvía. «Estas mujeres son el demonio», se decía a sí mismo, porque una parte de él quería amarlas, pero la otra no podía.

Tal vez no se conozca nunca toda la verdad. Pero sí es cierto que, cuando Edward Gein asesinó a Mary Hogan y a Bernice Worden, verdaderamente a quien estaba asesinando era a su madre.

Tras los terribles acontecimientos ocurridos en Plainfield, Gein fue enviado a un hospital para enfermos mentales. Cuando se celebró el juicio, diez años más tarde, Gein fue confinado de por vida en un manicomio, en beneficio suyo y de la sociedad.

El miércoles 27 de noviembre los vecinos de Gein condujeron a la policía hasta un vertedero de su propiedad, a pocos pasos de la granja. Habían visto a Gein por allí muchas veces, pero siempre pensaron que se dedicaba a enterrar basura.

Al excavar allí descubrieron un esqueleto, con un diente de oro, y cuyo cráneo, pensaron, era demasiado grande para ser el de una mujer. Se especuló entonces con la posibilidad de que el cadáver fuera el de Ray Burgess, un granjero del lugar que, algunos años antes, en 1952, había desaparecido, junto con un amigo suyo, cuando ambos iban de caza.

Después de los descubrimientos llevados a cabo durante las dos últimas semanas, la gente de Plainfield estaba convencida de que el monstruo que vivió entre ellos durante tanto tiempo era capaz de cualquier cosa. Sin embargo, los exámenes forenses revelaron que era de una mujer.

Mientras tanto, el acusado era sometido a exhaustivos exámenes psicológicos en el hospital Central del Estado y por segunda vez al detector de mentiras. Se confirmó que Gein sólo había asesinado a Bernice Worden y a Mary Hogan; y que el resto de los cadáveres mutilados que se encontraron procedían del cementerio. Finalmente, admitió haber robado nueve cadáveres, todos ellos de mujeres de mediana edad.

Una vez más, describió con calma lo que había hecho con estos cadáveres. A menudo se paseaba por la granja vestido con las ropas hechas con piel humana. Esto hizo enmudecer a los que le interrogaban. Sin embargo, no comprendía qué tenía de malo mutilar cuerpos sin vida, y parecía estar muy orgulloso de los conocimientos anatómicos adquiridos con estas actividades.

Entre las pruebas psicológicas que se le aplicaron, estaba el estudio de coeficiente intelectual de Wechsler, que reveló que, en muchos aspectos, era «bastante inteligente», incluso por encima de la media, pero que tenía grandes dificultades para expresarse y comunicarse en otros términos más simples. Junto con esto los psicólogos del Hospital establecieron que Gein padecía un trastorno emocional que le llevaba a comportarse en algunas ocasiones de manera irracional, pasando luego por periodos de más calma durante los que sentía remordimientos.

Descubrieron también que su desarrollo sexual y emocional se había producido muy tardíamente por culpa de la represión ejercida por su madre, y que se creó un mundo de extrañas fantasías, en el que sus sentimientos con respecto a las mujeres se confundían con el dolor que sentía por la muerte de su madre y el temor a transgredir su propio y peculiar código moral. Según Gein, Bernice Worden y Mary Hogan «no eran buenas mujeres». No llegó a decir que merecieran la muerte, pero sí que estaban destinadas a morir de forma violenta y que él no era más que el instrumento para realizarlo.

Con respecto a los cadáveres mutilados, Gein confesó que en una ocasión creyó que podría devolver la vida a su madre mediante el cuerpo de otra mujer; y se sintió muy defraudado cuando su plan fracasó.

También comentó que en los años posteriores a la muerte de su madre había sufrido alucinaciones; hablaba de «extraños olores» que seguía percibiendo incluso en el hospital Central del Estado. Cuando le preguntaron qué tipo de olor era aquél, contestó: «Huele a carne humana.»

El 18 de diciembre, los médicos que le habían examinado se reunieron para revisar el caso, bajo la dirección del Dr. Edward F. Schubert, director del hospital. Concluyeron que Gein estaba loco y que por consiguiente no estaba en condiciones de asistir a un juicio. Decidieron que permaneciera en el hospital hasta Navidades y se enviaron los informes de los psicólogos a la oficina del fiscal general.

Gein compareció ante el juez Bunde la mañana del 6 de enero de 1958 y sentado en el banquillo de los acusados escuchó impasible, comiendo chicle, el testimonio de tres expertos psicólogos entre los que se encontraba Schubert. Después de escucharlos, el juez no dudó en aceptar las recomendaciones de los expertos, y Edward Gein fue internado en el manicomio del Estado por tiempo indefinido.

La decisión levantó una oleada de protestas entre los habitantes de Plainfield, enfurecidos por el hecho de que el hombre que había convertido su ciudad en una pesadilla no iba a ser juzgado. En un intento de aplacar su furia, el fiscal general, Walter Honeck, escribió una carta en la que decía que el internamiento de Gein no excluía automáticamente la posibilidad de un juicio en el futuro y que se le examinaría con regularidad a fin de comprobar si se producía una mejoría en su estado.

En marzo, cuando parecía que las aguas volvían a su cauce, de nuevo se encresparon los ánimos cuando se anunció que todas las propiedades de Gein iban a ser vendidas en pública subasta y que los posibles compradores podrían visitar la granja previo pago de cincuenta centavos, pago necesario para evitar posibles mirones. En vez de pensar que esto les beneficiaría, los habitantes de Plainfield interpretaron que esta subasta, que

tendría lugar el 30 de marzo, Domingo de Ramos, suponía una afrenta a sus convicciones religiosas.

Finalmente, la subasta nunca tuvo lugar. La noche del 20 de marzo, un pueblo entero vio cómo la granja de Gein ardía en llamas, lo que muchos vecinos interpretaron como la manifestación de la justicia divina. Entre los allí reunidos estaba Frank, el hijo de Bernice Worden. Nunca se supo qué o quién provocó el incendio y el único comentario de Gein al respecto fue: «Pues vale.»

Pero la historia del «carnicero» aún no había terminado. En mayo de 1960 unos perros que husmeaban por lo que antes había sido la siniestra granja de Gein, descubrieron un montón de huesos humanos: una pelvis y huesos de manos y piernas. Así pues, tras examinar todos los restos encontrados, la cuenta total de las víctimas de Gein ascendía a quince cadáveres, incluyendo los dos de las víctimas asesinadas, Bernice Worden y Mary Hogan.

En su nuevo «hogar», Gein mejoró y fue un prisionero modelo. Se llevaba bien con sus guardianes y, a diferencia de los otros internos, nunca necesitó sedantes. También demostró tener gran habilidad en los trabajos de artesanía de la prisión, y con el pequeño salario que tenía se compró una radio de onda corta, convirtiéndose en una especie de «radioaficionado».

En enero de 1968, el juez del distrito, Robert Gollmar, recibió una carta de las autoridades del hospital en la que decían que, en su opinión, Gein estaba ahora capacitado para asistir al juicio. A pesar de que Gollmar pensó que dicho juicio sería una pérdida de tiempo y dinero, sentía que era su deber responder a las garantías que el fiscal general, Honeck, había dado a los habitantes de Plainfield. Por tanto, autorizó los procedimientos necesarios para seguir adelante.

Después de un juicio que duró una larga semana, Gein fue encontrado culpable de asesinato, pero se adujo su locura y se le volvió a internar.

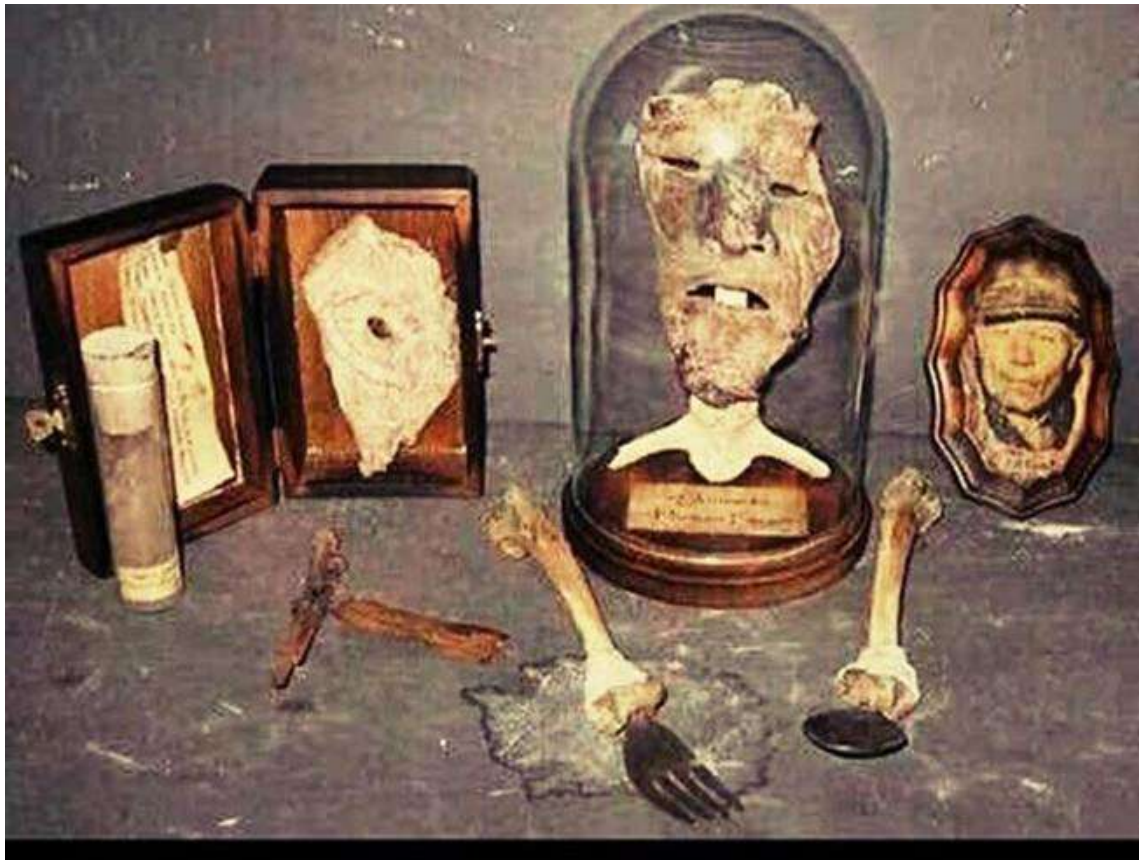
En una subasta de las propiedades de Gein, un misterioso postor pagó la exorbitante suma de setecientos sesenta dólares por su ruinoso coche Ford de 1949. La explicación de esta extraña compra se reveló dos meses más tarde en Seymour, Wisconsin. Los visitantes de la feria anual del condado se encontraron con un cartel que decía: «*Vea el coche que transportaba los muertos. Está aquí. El coche de los crímenes de Gein.*»

Aquellos lo suficientemente curiosos para pagar veinticinco centavos veían el coche de Gein, ahora limpio, con una falsa mancha de sangre en el asiento de atrás. Este rasgo de ingenio de un tal Bunny Gibbons, esta atracción itinerante, fue pronto prohibida por las autoridades.

En 1979, un año después de que Gein fuese trasladado desde el hoy desaparecido hospital Central del Estado al Instituto Mendota, se produjo un crimen atroz en Milwaukee. Una mujer de 86 años, Helen Lows, fue hallada muerta en su habitación. La habían golpeado hasta matarla y posteriormente le arrancaron los ojos y el cuero cabelludo.

Pocas semanas después, un hombre llamado Pervis Smith fue arrestado por el crimen. En 1974 fue admitido como paciente en el hospital Central del Estado, en Madison.

Smith dijo a la policía que mientras estuvo allí hablaba a menudo sobre asesinatos, mutilaciones y mascarillas mortuorias con su mejor amigo, «el pequeño Eddie Gein».



Evidencia encontrada.

PETER KÜRTE



En los años veinte Düsseldorf era una ciudad con miedo. En una horrible y larga lista de asesinatos, hombres, mujeres y niños habían sido víctimas de un sádico asesino, de un hombre que había aprendido a torturar desde la infancia.

En 1929, la ciudad alemana de Düsseldorf era el terreno de caza de un loco suicida que aparentemente elegía sus víctimas al azar, sin considerar el sexo o la

edad.

El horror alcanzó su punto culminante el 24 de agosto de ese año, cuando dos niños, Gertrude Hamacher, de cinco años, y Luise Lenzen, de catorce, fueron encontrados en una parcela cerca de su casa. Los dos habían sido estrangulados y tenían seccionado el cuello. No fueron violados, y el único motivo posible del asesinato parecía ser un simple anhelo de sangre. Comenzaron a circular rumores sobre los vampiros.

El hombre responsable de esta estela de muerte y horror vivía en un pequeño apartamento, en el 71 de Mettmanner Strasse, y obtenía un profundo placer de la contemplación de sus diabólicas acciones.

Peter Kürten era un hombre educado, apuesto y de buenos modales, incluso quisquilloso en lo referente a sus trajes y apariencia física. Él y su mujer vivían tranquilamente, siempre manteniendo un estilo de vida de respetable mediocridad.

Nació en 1883, en Köln Mulheim, en una familia pobre. Su padre, un moldeador de oficio, era un borracho violento. Abusó física y sexualmente de su mujer y de sus 13 hijos, y pasó varios años en prisión por estos delitos.

La familia se trasladó a Düsseldorf en 1895. De acuerdo con los testimonios que dio a los psiquiatras, por entonces Peter ya era un asesino. Ahogó a dos de sus compañeros de juegos cuando jugaban en una balsa en el Rhin, a la edad de nueve años.

El chico se fue de casa y sobrevivió robando. Desde edad temprana tenía un gran apetito sexual y dio rienda suelta a su bestialismo con varios animales. Se dio cuenta que apuñalándoles aumentaba su placer. Se había iniciado en estas prácticas por el perrero local, que vivía en la misma casa que los Kürten. Fue él el que enseñó a Peter a torturar a los animales que atrapaba.

Con 14 años, se colocó de aprendiz como moldeador. Odiaba el trabajo y esa vida, y muy pronto empezó a robar dinero de su jefe. Huyó a Koblenz, donde vivió con una prostituta. Fue arrestado por robo y llevado a prisión. Liberado en 1899, estranguló a una mujer cuando estaban haciendo el amor en el bosque, y la abandonó moribunda. Como nunca se encontró el cuerpo, se presume que sobrevivió y que se recuperó posteriormente.

En 1900, regresó a prisión por cuatro años. Era un prisionero conflictivo que continuamente se negaba a trabajar y se burlaba de las normas de la cárcel para que le dejaran incomunicado. Allí pasaba el tiempo y se dejaba llevar por sus fantasías sádicas, obteniendo satisfacción sexual al imaginar actos de violenta venganza contra la sociedad.

Liberado en 1904, Kürten continuó su carrera criminal, añadiendo el incendio premeditado al robo. Prendió fuego a heniles y graneros, emocionándose con las llamas y con la idea de que un vagabundo pudiera estar durmiendo en el heno. Se le llamó a filas, pero la reglamentación estricta de la vida militar no era de su agrado.

Puesto en libertad en 1913, Peter sobrevivió desvalijando casas. El 25 de mayo, mientras estaba robando en un bar en Colonia, atacó y estranguló a Christine Klein, de trece años, a la que había descubierto durmiendo en la cama.

Dos veces, en 1913, Kürten atacó a extraños en la calle, hiriéndoles con un hacha y obteniendo placer de la contemplación de la sangre. Sin embargo, antes de que pudiera asesinar otra vez, fue arrestado por robo y pasó los años de la Primera Guerra Mundial en la cárcel.

Después de ser puesto en libertad en 1921, fue a la casa de su hermana en Altenburg, donde conoció a su futura esposa. Presumió de ser un prisionero de guerra, recién liberado por los rusos, y la cortejó con una mezcla de palabras cariñosas y francas amenazas de violencia.

La que iba a ser su mujer, con anterioridad había sido una prostituta y permaneció en prisión cuatro años por disparar a un hombre que la abandonó después de prometerle matrimonio. Ella creía que cualquiera que fuera su destino era su deber soportarlo, a fin de redimir su pasado pecaminoso.

Aceptó la propuesta de matrimonio de Kürten, y posteriormente también aceptó su infidelidad y su afición al delito, aparentemente sin quejarse. Por su parte, él nunca la trató mal. Posteriormente, dijo que sólo le había sido posible en su matrimonio realizar el acto conyugal imaginando que era un encuentro violento con otra persona.

Los recién casados vivieron en Altenburg hasta 1925. Kürten hizo un esfuerzo para reformarse. Trabajó como modelador, se hizo sindicalista y activista político. Pero alguna que otra vez buscaba mujeres con las que tenía brutales encuentros sexuales. Cuando, en alguna ocasión, llegaba demasiado lejos, su mujer intervenía para evitar que fuera acusado por estos ataques.

Altenburg era una ciudad demasiado pequeña para sus deseos, y se marcharon a Düsseldorf en 1925. Desde ese año hasta 1928 llevó a cabo cuatro o cinco ataques contra mujeres, estrangulándolas hasta dejarlas inconscientes. Volvió otra vez a los heniles, esta vez incendiando dos casas y varias dependencias.

Luego comenzó su reinado de terror. En la noche del 3 de febrero de 1929, se precipitó sobre una mujer que caminaba hacia su casa y le clavó 24 veces unas tijeras. Ella sobrevivió.

Diez noches mas tarde, apuñaló a un obrero de 45 años, Rudolf Scheer, 20 veces, y le dejó muriéndose en la carretera. El 9 de marzo atacó y estranguló a una niña de ocho años, Rose Ohliger. Luego se ensañó con el cadáver de la niña clavándole un cuchillo.

Más tarde, Kürten cambió su táctica de ataque, dejando medio muertas a cuatro mujeres, antes de volver a sus hábitos en agosto. Asesinó a dos niños, también a una niña llamada Maria Hahn, y la enterró en un prado del Rhin. Un día después, volvió y la desenterró. Intentó crucificarla en un árbol para que la encontrara cualquiera que pasara por allí, pero el cadáver pesaba demasiado para levantarlo. Así que lo arrastró a un nuevo lugar y lo volvió a enterrar.

A finales de septiembre cogió un martillo para utilizarlo como arma, asesinando a dos mujeres e hiriendo a otras dos en distintos ataques.

La última víctima de Kürten fue una niña de cinco años, Gertrude Albermann, que desapareció el 7 de noviembre. Escribió a los periódicos informándoles de dónde podían encontrar el cadáver, y también les proporcionó un tosco mapa que mostraba el lugar de la sepultura de Maria Hahn. Entre los miles de personas que se congregaron en el lugar, estaba él, que obtuvo placer sexual contemplando el terror de la escandalizada multitud.

Aunque no iba a haber más asesinatos, Peter continuó los ataques, medio ahogando o apaleando a más de diez mujeres en los primeros cinco meses de 1930.

A pesar de la presión pública, la frecuencia de los ataques, y las descripciones de Kürten dadas por los supervivientes, la policía no estaba cerca de resolver el caso. Interrogaron a nueve mil personas y se siguieron más de dos mil pistas, pero ninguna condujo a nada. Se habían dado cientos de miles de nombres a la policía, incluyendo el de Kürten. Una mujer a la que él atacó le denunció, pero los detectives consideraron que les estaba haciendo perder el tiempo y la multaron por ello.

El reinado del terror de Kürten finalizó en mayo de 1930. Otra mujer a la que también había atacado pero que no denunció el hecho a la policía, le reconoció, y él a ella en las escaleras de su casa.

Creando que se le encarcelaría por violación, no por asesinato, Peter se lo confesó a su mujer, que no sospechaba nada, de modo que pudiera ayudarle y recolectar dinero para la fianza. Ella no se lo podía creer, pero el detallado relato de sus crímenes (tenía una clara memoria de cada incidente, muchas veces revividos en su mente) finalmente la convenció. Kürten planeó un último asesinato antes de su arresto, pero, sin su conocimiento, su esposa se fue derecha a la Policía.

El 24 de mayo Kürten se encontró con su mujer fuera de la iglesia de Rochus. Un agente armado le estaba esperando cuando él llegó y “el monstruo de Düsseldorf” quedó bajo custodia. Hizo una confesión completa que incluía muchos crímenes de los que la policía no tenía noticia.

Durante el tiempo que pasó en prisión, Kürten recibió una gran cantidad de cartas. Muchas de ellas, lo que no resulta sorprendente, hablaban de los castigos que los remitentes querían infligirle. Pero, sin embargo, un número igual eran cartas de amor y peticiones de autógrafos. El asesino pasó gran parte del tiempo que estuvo bajo custodia hablando con psicólogos acerca de sus acciones y de los motivos, proporcionando una oportunidad sin precedentes para estudiar la mente de un sádico asesino.

El juicio empezó en el Tribunal de lo Criminal, en Düsseldorf, el 13 de abril de 1931, y duró diez días. La defensa se basaba en la locura, y los testimonios de los numerosos expertos en psiquiatría ocuparon la mayor parte del juicio.

El jurado se retiró a deliberar noventa minutos y volvió con nueve veredictos de culpabilidad. Kürten fue sentenciado a muerte. Su abogado, el doctor Wehner, apeló la sentencia, pero fue desestimada el 30 de junio. Se fijó la ejecución para el 2 de julio, a las seis de la mañana.

Al que menos le importaba todo esto era al propio reo. Sabiendo que, aunque sólo fuera por un momento, podría experimentar el placer de sentir su sangre saliendo a borbotones de su cuerpo cuando le cortaran la cabeza, no le importaba morir.

Peter Kürten aceptó su destino con ecuanimidad. Su última comida consistió en Wiener Schnitzel, patatas fritas y vino blanco. Fue a la guillotina harto y contento.

“No tengo remordimientos. En cuanto a si mis acciones me avergüenzan, le diré que recordando todos los detalles, no lo encuentro desagradable. La verdad es que disfruté”. (Peter Kürten al profesor Berg).

Kürten no era el único asesino que aterrorizó Alemania en el período de entreguerras. Fritz Haarmann fue ejecutado en Hannover en 1925 después de confesar el asesinato de 50 jóvenes, 28 de los cuales fueron identificados en su juicio. Nacido en 1879, Haarmann estuvo varias veces en prisión por abusar de menores, por hurto y por robo. Cuando fue puesto en libertad en 1918, trabajó en el mercado negro vendiendo carne de contrabando y actuando como soplón de la policía.

Él y otro homosexual, Hans Grans, acogían refugiados y jóvenes que llegaban a la habitación de Haarmann. Allí los asesinaba, según parece, mordiéndoles en el cuello y luego con su amigo desmembraba los cuerpos vendiendo algunas partes como carne y vertiendo al río Leine lo que no era comestible.

Aunque Haarmann fue uno de los sospechosos durante algún tiempo, su papel como soplón de la policía, detective «a su manera» y comerciante de carne actuó como tapadera de sus actividades hasta 1924. Entonces fue arrestado acusado de abusos deshonestos y en su piso se descubrieron varias prendas de los chicos desaparecidos. El cómplice de Haarmann, Grans, fue condenado a doce años de prisión.

El liberalismo de la Alemania de Weimar se hundió. A pesar de que la pena de muerte se mantuvo en los estatutos, se utilizó en muy raras ocasiones. Incluso la ejecución de Peter Kürten levantó una oleada de protesta. Iba a ser la primera ejecución desde que un hombre llamado Böttcher fuera guillotinado tres años antes por un doble asesinato en Berlín. La

Liga Humanitaria Alemana protestó y muchas cartas llegaron a la prisión apoyando a Kürten.

Neville Heath y Peter Kürten procedían de diferentes ambientes, aunque los dos obtenían placer infligiendo dolor.

Peter Kürten era un psicópata narcisista que sentía que la satisfacción de sus deseos pasaba por encima de cualquier otra consideración. Nunca expresó ningún remordimiento por sus crímenes, admitiendo que “recordar todos los detalles no resulta del todo desagradable. Disfruté mucho”.

Revivía sus crímenes mentalmente y sorprendió a la policía y a los psiquiatras por su extraordinaria memoria. Describió con todo detalle el dormitorio de Chistine Klein diecisiete años después de haberla asesinado.

Kürten se veía así mismo como un ángel vengador, dispuesto a librar al mundo de la injusticia. Dijo que entre sus fantasías estaba el ser festejado en las calles de Düsseldorf como el hombre que libraba a la ciudad del asesinato. La mayor parte del tiempo, sin embargo, era sincero sobre la motivación sexual de sus ataques. El profesor Karl Berg, que le interrogó en prisión, le describió como “el rey de los pervertidos sexuales”.

Por el lado paterno de la familia había una historia de alcoholismo y de debilidad mental, y una atmósfera de sexo y violencia que estuvo siempre presente en su hogar.

Kürten sentía que el vicio de su padre era bastante responsable de sus propios crímenes.

Los largos años en prisión alimentaron su resentimiento. La gratificación sexual, la dominación y la imposición de dolor se fusionaron de tal forma en su mente que no podía alcanzar ninguna gratificación sin la fantasía de la violencia. Podía llegar al clímax ante la visión de la sangre o simplemente contemplando la angustia física o emocional de otra persona.

El profesor Karl Berg, médico y psicólogo, se ganó la confianza de Kürten durante el tiempo que estuvo en la cárcel. El asesino le habló con franqueza sobre sus actos y motivos.

Berg llegó a la conclusión de que a pesar de que bajo las leyes alemanas, Kürten era un hombre cuerdo, en realidad era un psicópata narcisista interesado sólo en su propia gratificación.

El libro de Berg sobre el caso. «*Der Sadíst*», sigue siendo uno de los textos más importantes sobre psicología criminal.

El caso Kürten inspiró el clásico de Fritz Lang “*M*”, cinta totalmente Alemana y protagonizada por Peter Lorre. La película describía sobre todo la tregua que el submundo de la ciudad había pactado con la policía en un intento de encontrar al asesino.

Una noche fría y oscura de principios de febrero de 1929, Apollonia Kühn, una mujer de cincuenta años, caminaba de prisa hacia su casa por un camino solitario del distrito de Flingen, en Düsseldorf, Alemania, cuando de pronto se dio cuenta de que alguien caminaba a su lado.

Antes de que pudiera contestar las “buenas noches” que le había deseado una agradable voz masculina, el extraño ya la había sujetado bruscamente por las solapas de su abrigo y la había punzado con unas tijeras. Nadie oyó los gritos de ayuda que daba mientras el atacante hundía ferozmente las tijeras en ella, veinticuatro veces, antes de dejarla tirada al lado del camino. Al ser dada la punzada final, una de las hojas de las tijeras se quedó incrustada en su espalda. Afortunadamente para frau Kühn, otro desconocido pasó por el camino y la encontró antes de que muriera. En el hospital al que fue llevada, los médicos ganaron la batalla por salvarle la vida.

Unos días más tarde, el 9 de febrero, algunos trabajadores de un sitio en construcción cerca de la iglesia de san Vicente, en Flingen, encontraron el cuerpo mutilado de una niña de nueve años, Rosa Ohliger, que también había sufrido múltiples heridas de tijeras. Rosa había desaparecido de su casa hacía tres días. Aunque no había sido violada, sí había habido ciertos intentos de agresión sexual. El cuerpo estaba parcialmente quemado.

El 12 de febrero del mismo año un mecánico de edad madura llamado Rudolf Scheer fue encontrado muerto en una zanja en el suburbio de Gerresheim, en Düsseldorf. Había sido punzado veinte veces – nuevamente parecía que habían sido utilizadas unas tijeras – cuando regresaba más bien tambaleante a casa después de una tarde de borrachera con amigos.

El reino del terror de Düsseldorf había comenzado.

En base a que el arma y el patrón de ataque habían sido similares en los tres casos, se supuso que un solo hombre era el responsable de los tres crímenes. Ahora bien, ¿qué tipo de criatura podría escoger como víctima en tres ocasiones distintas a un hombre, a una mujer de edad madura y a una inocente niña? La policía de Düsseldorf se vio obligada a creer que estaba tras un maniático homicida dispuesto a matar indiscriminadamente en el momento en que se presentara una oportunidad. Ninguna persona de la ciudad o de los alrededores, independientemente de la edad o del sexo, podía considerarse segura. El miedo comenzó a aumentar cuando se hizo obvio que no había ninguna pista para la identificación del asesino.

La perturbación creció y la crítica a la policía se intensificó cuando el 2 de abril, dos meses después del ataque a frau Kühn, una chica de dieciséis años, Erna Penning, fue perseguida por un hombre que tiró un lazo sobre su cabeza. Por fortuna la chica era fuerte y luchó con tanta fiereza y gritó tan fuerte que su atacante huyó. La noche siguiente, el asaltante, en busca de otra víctima, lanzó por detrás a una joven mujer casada de apellido Flake que pasaba por un camino solitario y la tiró por un espacio áspero hasta un terreno donde habría sido asesinada de no haber sido por un hombre y una mujer que oyeron sus gritos y corrieron a investigar.

El atacante soltó a la mujer tan pronto como vio a la pareja que se acercaba. Estos únicamente pudieron decir a la policía que el atacante parecía ser un hombre joven debido a la rapidez con que se alejó.

La pista era muy leve, pero era mejor que nada. La policía, sin grandes esperanzas, entrevistó a Johann Staussberg, un epiléptico retrasado mental del área de Düsseldorf que se alejaba corriendo cada vez que alguien se le aproximaba en la calle. Cuando se le preguntó a este joven si sabía algo de los ataques o de los asesinatos respondió alegremente que sí. Se declaró responsable de todos los crímenes. Se jactó de ser el “monstruo de Düsseldorf”, nombre con que los periódicos habían bautizado al maniático que había aterrorizado la ciudad. Para hacer más completa la escena también confesó ser el autor de algunos incendios premeditados de graneros y almiares que habían desconcertado a la policía en enero de 1929, un poco antes de que comenzaran los ataques asesinos.

Es de dudarse que la policía haya creído la totalidad de la historia de Staussberg pero no estaban para correr riesgos. Fue internado, debido a su inhabilitación absoluta para hacer frente a un juicio, en un hospital psiquiátrico y mantenido bajo fuerte custodia.

Los encabezados de primera plana de los periódicos fueron “*El monstruo confesó*”; y la gente de Düsseldorf, tranquila, creyendo que el atacante asesino estaba tras de las rejas, comenzó a disfrutar nuevamente de sus vidas normales.

Por un tiempo pareció que el presentimiento de la policía había sido acertado y que el sencillo Staussberg, quien además de sus otras incapacidades tenía un labio leporino y el paladar hundido, era de hecho el “Monstruo”. Entonces, después de cuatro meses de ausencia de miedo, los habitantes de toda el área llegaron a un estado cercano a la histeria debido a una serie de asesinatos y de intentos de asesinatos.

A finales de agosto de 1929 una joven mujer casada fue apuñalada por la espalda cuando caminaba a su casa de regreso de una feria, en Lierenfeld, un suburbio de Düsseldorf. No fue herida seriamente, de manera que pudo darse la vuelta de inmediato en un intento por identificar a su asaltante. Todo lo que pudo ver fue una figura que se perdía rápidamente en la oscuridad.

Menos de doce horas más tarde hubo dos incidentes más de apuñalamientos. Una víctima fue una joven, Anna Goldhausen, atacada por la espalda mientras caminaba por una calle tranquila del mismo suburbio. La otra fue un hombre, Gustav Kornblum, apuñalado por la espalda mientras estaba sentado tranquilamente en un parque de Lierenfeld. Aunque ambas víctimas sobrevivieron, ninguna pudo dar una descripción de su asaltante.

La ola de terror aumentó más todavía cuando el 28 de agosto fueron encontrados en un lote cerca de Düsseldorf los cuerpos de dos niñas, Gertrud Hamacher, de seis años, y Louise Lenzen, de catorce, vistas por última vez dos días antes en una feria en Slehe. Habían sido estranguladas y sus cuellos habían sido cortados. No habían sido agredidas sexualmente.

El 27 de agosto, antes de que se descubrieran los asesinatos de las niñas, Gertrude Schulte, una joven sirvienta que caminaba a lo largo del margen de un río camino a una feria en Neuss, fue abordada por un hombre que la convenció que diera un paseo con él. Cuando llegaron a un bosque el hombre trató de tener relaciones sexuales con ella, pero Gertrude le dijo que antes que consentir moriría.

– Bien, ¡muere entonces! – dijo él calmadamente y le dio catorce puñaladas con un pequeño cuchillo.

La chica sobrevivió al ataque y pudo dar cierta descripción del hombre que no fue de mucha ayuda debido a que únicamente pudo decir que tenía ojos “encendidos” y que al verlo había pensado que estaba viendo la cara de un demonio.

Fraulein Schulte pasó casi seis meses en el Hospital Düsseldorf. Cuando se recobró aceptó un empleo como mecanógrafa en una oficina de la policía que se le había ofrecido con objeto de que estuviera siempre disponible cuando sospechosos fueran alineados para ser identificados. Esta resultó ser una buena medida por parte de la policía porque después de decir “no” ante la vista de algunas docenas de hombres que fueron hechos desfilar frente a ella durante tres meses, finalmente hizo una identificación positiva que ayudó a procesar al “Monstruo”.

Sin embargo, antes de esta confrontación hubo tres asesinatos más y una serie de ataques sadistas a mujeres y jovencitas en el área de Düsseldorf.

A principios de septiembre hubo dos casos de intentos de estrangulamiento. En ambos casos el atacante se acercó a las jóvenes víctimas por detrás y las dejó inconscientes sin que éstas tuvieran oportunidad de ver a su asaltante. Hubo una tercera chica que se pensó se había fracturado el cráneo al caer de la bicicleta, hasta que se encontró que las heridas en la cabeza coincidían mucho más con lo que sería golpes de martillo.

A finales de septiembre, una sirvienta doméstica de treinta y dos años, Aida Reuter, no regresó de su paseo dominical de la tarde. Su cuerpo fue encontrado al día siguiente en un prado junto al Rin, en las afueras de la ciudad. Tenía trece marcas distintas de golpes de martillo en la cabeza. Sus pantalones no aparecieron. Había sido violada.

En menos de diez días otra sirvienta, Elisabeth Dorrier, de veintidós años, fue golpeada con un martillo hasta producirle la muerte mientras caminaba a lo largo de la ribera del río Dussel, en Grafenberg. En este caso no hubo signos de violación sexual.

El 25 de octubre, frau Elisabeth Meurer, de treinta y cuatro años, caminaba sola por las inmediaciones de la ciudad cuando se le acercó un hombre joven.

-¿Me permite acompañarla en su camino de regreso, señorita? – le preguntó.

Ella vio la cara del hombre a la luz de los faros de un automóvil y pensó que era un “hombre joven bien parecido”. A pesar de la publicidad dada a las actividades del “Monstruo”, frau Meurer no tuvo miedo porque el extraño era muy agradable y se expresaba muy bien. Cuando el hombre señaló que se encontraban cerca del sitio en el que Rudolph Scheer había sido asesinado, ella pensó que simplemente se estaba refiriendo a la noticia más comentada del momento.

-¿No tiene usted miedo de ser atacada? – le preguntó el acompañante.

Frau Meurer le aseguró que no tenía miedo, pero comenzó a tener sus dudas cuando el hombre continuó hablando.

– No hay ningún policía aquí – dijo -. Ellos están bebiendo cerveza en una hostería alejada.

La mujer aceleró el paso mientras decía que su esposo iba a encontrarla y que sin duda estaba por aparecer. Sintió cierto alivio cuando el hombre se retrasó. No recordó nada más hasta que recobró la conciencia horas después en un hospital. Había sido golpeada en la cabeza con un martillo.

Unas horas más tarde, otra mujer, una camarera de apellido Wanders, fue encontrada inconsciente en un parque en el centro de Düsseldorf. También había recibido varios golpes de martillo.

La siguiente víctima fue otra niña, Gertrud Albermann, de cinco años, sobre quien se había dado parte como perdida el 7 de noviembre de 1929. A la mañana siguiente, un periódico de Düsseldorf recibió una nota que afirmaba que el cuerpo de la niña sería encontrado “cerca del muro de Haniel”. Estaba, de hecho, entre ortigas y cascajo junto a un muro de una obra de ingeniería de Haniel y Luig, en Düsseldorf. La niña había sido estrangulada y apuñalada treinta y seis veces después de muerta.

Junto a este mensaje a los periódicos iba un boceto de mapa que hacía referencia al “asesinato cerca de Pappendell” (un estado a menos de dos kilómetros de la ciudad) y que tenía el propósito de mostrar el lugar en el que había sido enterrada otra víctima. Aunque no se daba ningún nombre, la policía recordó que el 11 de agosto se había informado de la desaparición de una sirvienta doméstica, María Hahn, y que un poco después un campesino había encontrado un sombrero de mujer, una bolsa de mano y un manojo de llaves cerca de Pappendell. Una primera búsqueda no reveló nada y este hecho fue debidamente informado a los periódicos. Al día siguiente la comandancia de policía recibió una tarjeta que llevaba un mensaje críptico: “*Continúen cavando*”. La policía regresó a Pappendell y ahí, después de cinco días, fue encontrado el cuerpo de María enterrado bajo casi dos metros de tierra dura. Estaba completamente desnuda, había sido apuñalada veinte veces y había sido víctima de ataques sexuales tanto vaginal como anal.

No es extraño que la policía y los periódicos reciban cartas anónimas durante la investigación de un asesinato. Desde el comienzo de los ataques a principios de 1929 se habían recibido más de 200 comunicados. Su volumen aumentó después del descubrimiento del cuerpo de María Hahn y aunque nunca se probó que hubieran sido escritos por el “Monstruo”, aumentaron la alarma de los ya aterrorizados ciudadanos.

“*Beban la sangre de la siguiente víctima*”, decía un mensaje; “*¡Sangre, sangre, necesito sangre!*”, decía otro. El autor de una carta recibida por un periódico escribió en relación a las mujeres víctimas: “*Todas eran chicas honestas. Yo sólo libré sus pobres almas de la pobreza*”. En otro comunicado, depositado en el correo a principios de diciembre, se leía: “*Busquen más. Ven, dulce muerte. ¡Sangre, sangre, sangre! ¡Qué alegres los muertos! Recójalos. ¡Regocijo de muerte!*”. Más adelante el corresponsal anónimo anunció que transferiría sus actividades a Berlín y que su primera víctima en esa ciudad sería el jefe de la Policía.

No pasó mucho tiempo para que todo crimen o asalto cometido en cualquier parte de Alemania fuera atribuido al “Monstruo”. En Ratibor, una ciudad industrial de la parte norte de Silesia, un muchacho de quince años fue encontrado muerto con una herida de

cuchillo bajo el corazón; un sastre fue acuchillado a muerte de igual manera; un comerciante atacado con un cuchillo y un viejo trabajador agrícola asesinado a salvajes golpes de martillo en el cráneo. Conforme la tensión disminuía en Düsseldorf, aumentaba en Ratibor, hasta que se descubrió que el muchacho se había suicidado y que se habían cometido tres arrestos separados en relación con los otros tres crímenes.

En Eschweiler, una ciudad situada a alrededor de 65 kilómetros de Düsseldorf, una joven costurera fue atacada y herida gravemente con un martillo; una chica de diecinueve años fue encontrada inconsciente, atada y amordazada y una mujer de edad avanzada informó haber sido abordada por un desconocido que había tratado de apuñalarla. Nuevamente se culpó al “Monstruo” y nuevamente los tres incidentes fueron rápidamente aclarados a satisfacción de la policía local. Lo mismo sucedió en Dortmund, donde se encontró el cuerpo de una mujer degollado con un cuchillo de cocina. Al igual que los anteriores, se probó que este asesinato no tenía relación con los ataques de Düsseldorf.

Conforme transcurrían los meses sin que el “Monstruo” fuera identificado, el pánico se extendió más allá de las fronteras de Alemania a Holanda, Bélgica y Polonia. En abril de 1930, una enfermera de hospital fue apuñalada a muerte y su compañera atacada cerca de Bennekom, en Holanda. La población se llenó de terror hasta que un hombre que acababa de ser puesto en libertad después de cumplir una sentencia por violación fue arrestado por los delitos. Una tía de Gertrud Albermann, la última víctima infantil en Düsseldorf, recibió una carta sin firma que describía, en repugnantes detalles, la manera como había sido asesinada la niña. Debido a que la carta llevaba un matasellos de “Dortmund Aachen-Express”, y como Aachen es una ciudad fronteriza entre Alemania y Bélgica, la policía de Düsseldorf temió que su presa hubiera escapado a través de la frontera. No pasó mucho tiempo para que todo ataque en Bélgica fuera atribuido al “Monstruo”.

Polonia entró en un estado de miedo cuando se sugirió la posibilidad de que siete asesinatos no resueltos, todos de mujeres entre los cinco y veinte años, cometidos en Warsaw en 1926, pudieran ser obra del “Monstruo” de Düsseldorf. De ser esto así, ¿regresaría a Polonia en busca de nuevas víctimas? Los rumores de que estaba en Polonia, listo para atacar nuevamente, fueron intensificados por las noticias de que grupos de la policía polaca registraban los bosques a lo largo de la frontera.

Mientras tanto en Düsseldorf la policía hacía frente a algo que se aproximaba a la histeria colectiva. El público había mandado ya más de trece mil cartas y la policía había seguido 2.650 pistas. 9.000 personas habían sido interrogadas, muchas de ellas hombres que habían sido acusados de ser el “Monstruo”. Acciones inocentes de ciudadanos ordinarios, obedientes de la ley, eran con frecuencia malinterpretadas. Una tarde de noviembre de 1929, no mucho después de la muerte de la pequeña Gertrud Albermann, algunos estudiantes vieron a un hombre que caminaba con un niño hacia la zona en la que Gertrud había sido asesinada. Los muchachos comunicaron la noticia a algunos trabajadores y éstos informaron a la policía. El hombre fue llevado a la comandancia para ser interrogado. Pronto quedó en claro que se trataba de padre e hijo camino a casa. Sin embargo, la multitud reunida frente a la comandancia de la policía se rehusó a creer tal cosa. El pobre hombre tuvo que ser sacado por una puerta de atrás mientras cientos de personas llenaban el camino del frente gritando insultos a la policía y amenazando con linchar al hombre que creían era el “Monstruo”.

Apareció entonces la historia de una mujer de voz profunda que se creía era un hombre disfrazado que había sido vista dando dulces a niños, incluyendo a Gertrud Albermann, un día antes de que ésta desapareciera. Tan pronto como fue publicada esta noticia, una mujer llamó a la policía para explicar que ella era quien había dado los dulces, por la inocente razón de que le encantaban los niños y quería que ellos la quisieran. Estuvo de acuerdo en someterse a un examen físico para probar que realmente era una mujer.

Edward Soermus, el violinista de fama internacional, fue el centro de otro incidente que mostró el grado que había alcanzado en toda la nación el pánico irracional. En una noche muy fría de diciembre conducía cerca de Colonia cuando se detuvo a un lado del camino y después de caminar rápidamente unos metros en cierta dirección agitó los brazos vigorosamente para mejorar su circulación. Una mujer que lo vio dio por hecho que estaba a punto de ser atacada y corrió rápidamente a la policía. El señor Soermus se vio así obligado a ir a la comandancia y demostrar su identidad.

Aunque la opinión popular sostenía que el responsable de todos los asesinatos y ataques en Düsseldorf era un solo hombre, la policía creyó por un tiempo que se trataba de dos o tres asesinos. Los crímenes no seguían un patrón único. Si bien la mayoría de las víctimas eran mujeres, no había ninguna relación que las vinculara. Eran de todas las edades y provenían de distintas clases sociales, a diferencia de, por ejemplo, las víctimas de Jack el Destripador – el asesino nunca atrapado que aterrorizó a Londres en 1888 – que eran todas prostitutas. Había también cuatro niños y un hombre. En algunos casos había habido violaciones o intentos de violaciones y en otros no. El arma, también, había variado. Se habían usado tijeras, un punzón, un martillo y una cuerda y por lo menos en un caso la víctima había muerto estrangulada con las manos.

La policía se preguntaba si era posible que un hombre fuera responsable de tal variedad de crímenes.

En los últimos meses de 1929 y principios de 1930 un cierto número de hombres fueron arrestados en relación con los ataques de Düsseldorf. En Berlín se detuvo a un jornalero que había trabajado en Pappendell y que había sido visto en compañía de María Hahn un poco antes de que desapareciera. Sin embargo, después de ser interrogarlo detenidamente durante unas horas, la policía determinó que no tenía ninguna relación con aquel asesinato o con ninguno de los otros atropellos.

En Checoslovaquia se pensó que un chófer detenido por cargos menores tenía mucho parecido con la descripción dada del asesino de Düsseldorf. Su letra parecía coincidir con los escritos de las notas mandadas por el “Monstruo” a los periódicos. Fue puesto en libertad cuando se descubrió que había estado en prisión en Praga durante el periodo de los primeros cinco asesinatos.

Un bailarín fue arrestado en su casa por detectives en base a un anónimo. Ahí se encontraron una serie de dibujos macabros, uno de los cuales mostraba a la dolorida madre de Gertrud Albermann viendo el cuerpo mutilado de su niña y otro que mostraba al bailarín apuñalando a la chica. Se comprobó que en este caso tampoco había relación con los crímenes.

Se sospechó de dos homosexuales al encontrarse en su casa ropa femenina que se pensó podía haber pertenecido a algunas de las víctimas. Los dos hombres fueron obligados a confesar que con frecuencia se ponían atuendos femeninos.

Un ayudante de carnicero checo que había sido acusado de uno de los crímenes de Ratibon fue interrogado detenidamente sobre los asesinatos de Düsseldorf después de que un vendedor de billetes de la estación de trenes de Ratibor dijo que lo había visto regresar en varias ocasiones de Düsseldorf. Los puntos de contactos entre ambos casos eran realmente pocos. El carnicero no tenía parecido con la descripción dada del “Monstruo” y hablaba tan poco alemán que no podía haber conversado, como lo había hecho el asesino, con varias de sus víctimas alemanas.

La búsqueda continuó. Se arrestaba y se ponía en libertad a los sospechosos. Toda pista, por pequeña que fuera, era seguida. Ningún indicio, independientemente de que fuera tan oscuro, era ignorado. Sin embargo, a principios de 1930, la policía seguía tan lejos de solucionar los crímenes como lo había estado doce meses antes.

Extrañamente, fue un antiguo hombre de Scotland Yard quien hizo la predicción más acertada sobre la manera en que probablemente sería resuelto el misterio.

El ex inspector en jefe, Gough, hizo sus propias investigaciones sobre el caso para un periódico británico. Al señalar que la policía de Düsseldorf no tenía bases sólidas en las cuales sustentar sus investigaciones, comentó:

“Yo he dicho con frecuencia que los detectives más exitosos en tales casos son el inspector Suerte y el sargento Azar. No veo cómo es posible pensar en alguna esperanza de aclarar el misterio en el futuro inmediato a menos que ocurra algo que por el momento es impredecible.”

El inspector Gough resultó estar en lo cierto. Finalmente fue la casualidad y un golpe de suerte imprevisto lo que permitió que los colegas de este detective en Düsseldorf pudieran encontrar al hombre que buscaban.

El 14 de mayo de 1930 una chica llamada María Budlich llegó a Düsseldorf. Había dejado su casa en Colonia para empezar un nuevo empleo como sirvienta. Cuando vio que su nuevo patrón no estaba esperándola en la estación del ferrocarril tal como había sido convenido, María, que había leído sobre las actividades del “Monstruo”, se puso nerviosa. Su temor aumentó cuando un extraño, que le pareció de apariencia más bien siniestra, trató con insistencia de persuadirla para que le permitiera ser su guía. La intervención de un hombre bien vestido, de voz suave, que terció al oír sus protestas hizo que ella se tranquilizara.

– Hace usted bien en tener cuidado – le dijo este hombre de apariencia muy agradable y respetable.

Ella aceptó con gusto el ofrecimiento que se le hacía de ir a la casa del desconocido, en Mettmanner Strasse 71, a tomar un refrigerio. En la casa el hombre se comportó con absoluta propiedad. Ella tomó un vaso de leche y un sandwich de jamón antes de que salieran nuevamente para encontrar – pensaba ella – la casa de su nuevo patrón.

María comenzó a tener ciertas dudas cuando en lugar de tornar los caminos iluminados, el hombre la llevó al bosque de Grafenberger bajo el supuesto de que la casa que ella buscaba estaba cerca de ahí. Tan pronto como estuvieron fuera de vista el hombre la tomó por el cuello e intentó tener de pie una relación sexual con ella. María le suplicó que desistiera y el hombre la soltó.

-¿Recuerdas dónde vivo? – le preguntó.

– No – respondió María -. No tengo la menor idea.

Estas palabras casi seguramente le salvaron la vida. El hombre la empujó hacia un lado y corrió.

María, una chica un tanto sencilla, no pensó que debía informar a la policía del incidente. En lugar de esto, escribió a una amiga y le relató el suceso en tono un tanto de broma. La carta, sin embargo, nunca llegó a su destino porque María cometió un error al poner la dirección. Terminó en la oficina de correspondencia donde fue abierta por un empleado que inmediatamente la entregó a la policía.

María fue localizada con rapidez y llevada por detectives a Mettmanner Strasse. Como no podía recordar el número de la casa los llevó a una que parecía igual. Cuando la propietaria les mostró los cuartos que ocupaba un inquilino, María reconoció de inmediato el mobiliario del lugar en el que había tomado su leche y su sandwich.

El inquilino era un obrero de cuarenta y siete años, Peter Kürten, que no parecía candidato probable para el título de “Monstruo”. Era considerado como un hombre tranquilo, de buenos modales, que daba la impresión de tener menos años y que, a pesar de su trabajo poco importante, ponía mucho cuidado en su aspecto. Aparentemente era amable con su esposa, una mujer desaliñada y delgada de cincuenta años, que parecía mayor. La propietaria los consideraba como los inquilinos ideales. Demasiado retraído como para ser popular entre sus compañeros, era considerado por sus jefes como un trabajador extremadamente bueno con una inteligencia muy superior de la que requería el trabajo.

¿Podría ser este hombre quien había estado aterrorizando a la ciudad?

La policía, que seguía creyendo que se trataba de más de un asesino, pensó que era improbable y que lo más que podría hacerse en su contra era acusarlo de intento de violación a María Budlich.

Fue detenido por este cargo y al igual que a todos aquellos que habían cometido aun el delito más leve durante el año en que el “Monstruo” había estado en actividad, se le preguntó si sabía algo de cualquiera de los asesinatos o de los otros ataques.

– Sí – respondió -. Yo soy el hombre que ustedes buscan.

Confesó entonces no sólo los crímenes que se conocían sino también una serie de ataques durante 1929 y 1930 sobre los que la policía no tenía conocimiento hasta ese momento. Como no era de ninguna manera la primera “confesión” que oía la policía – siempre hay cantidad de gente desequilibrada que gustan de ser objeto de la atención general confesando crímenes que no han conocido -, su larga declaración fue vista con cautela.

Sin embargo, pronto quedó en claro por los detalles que estaba dando que por lo menos era responsable de algunos de los ataques.

Gertrude Schulte, la chica que había recibido un empleo en las oficinas de la policía una vez que se había recuperado del ataque sufrido reconoció al hombre. Fue llamada de la oficina en la que se encontraba y confrontada con Kürten.

-¡Oh, sí. Oh, Dios mío! ¡Este es el hombre! – gritó y cayó sin sentido ahí mismo en la oficina de interrogaciones.

Kürten también fue identificado sin lugar a dudas por frau Meurer, la otra víctima que había visto y hablado con su atacante.

Mientras estaba preso en espera de ser sometido a juicio, Kürten confesó muchos otros crímenes. Contó a los detectives que a los nueve años había empujado a un niño de una balsa a la orilla del Rin y que otro niño había saltado al agua para ayudar a su compañero pero que él los había mantenido bajo la balsa hasta que se ahogaron. En noviembre de 1899, a los dieciséis años, había estrangulado a una chica mientras tenían relaciones sexuales en el bosque de Grafenberger. En mayo de 1913 entró en una hostería con la idea de cometer un robo, pero encontró a una chica de 13 años, Christine Klein, dormida en uno de los cuartos. La estranguló, le cortó el cuello con una navaja de bolsillo y entonces la atacó sexualmente. Se le cayó un pañuelo con sus iniciales y esto trajo como resultado que el tío de la chica, Peter Klein, fuera arrestado y acusado del asesinato. Fue puesto en libertad por falta de evidencias y más tarde murió en la Primera Guerra Mundial. Mucha gente seguía creyendo que él había sido el culpable del crimen. Kürten también dijo que en agosto de 1929 estranguló a una chica a quien conocía sólo por “Anni” y que lanzó su cuerpo al río. En marzo de 1930 atacó a una chica llamada Irma y la lanzó a una barranca cerca del bosque de Grafenberger. Entre 1925 y 1929 había intentado estrangular a cuatro mujeres.

Kürten también admitió haber cometido fraudes y robos y alrededor de veinte incendios premeditados. Había prendido fuego a graneros y almiares y a dos casas.

Algunos de los incidentes fueron verificados, otros no. Los registros de la policía mostraron, sin embargo, que Kürten había pasado algunos años en prisión por fraude, robo, por el intento de disparo con rifle a una chica, por asaltar a sirvientas y por haber disparado un arma de fuego en un restaurante cuando un camarero intentó detenerlo en el momento en que pretendía iniciar una relación sexual con una mujer.

El examen del conjunto de evidencias era tan complejo que pasó casi un año a partir de la fecha de su arresto antes de que Peter Kürten hiciera frente a su juicio en Düsseldorf, en abril de 1931. Fue acusado de nueve asesinatos: el de Christine Klein en 1913 y los otros ocho en Düsseldorf o cerca de Düsseldorf entre febrero y noviembre de 1929. También se le hicieron otros siete cargos por intento de asesinato.

Este hombre singular – que antes de aparecer en la corte pidió ser rasurado, manicurado, que se le diera un masaje y que su mejor traje, uno de color azul, fuera cuidadosamente planchado – se mantuvo aparentemente inmovible a lo largo de la declaración de casi doscientos testigos.

Mantuvo la mirada al frente cuando su padre, un viejo de setenta y un años que para caminar tenía que apoyarse excesivamente en un bastón, describió a su hijo como “un muchacho malo, echado a perder por la madre”. No hubo ningún asomo de emoción cuando oyó que uno de sus hermanos y una de sus hermanas, llamados a declarar, se habían rehusado a testificar.

Cuando se leyó en la corte el testimonio de su mujer, quien se había divorciado de él un poco después de su arresto y quien no había asistido al juicio, su rostro mostró algo cercano al interés.

Frau Kürten dijo que durante los siete años que habían vivido juntos nunca había sospechado que su esposo llevara una doble vida. Iba con frecuencia a la iglesia, estaba muy interesado en su sindicato y prefería trabajar como obrero que recibir la ayuda gubernamental a los desempleados. Adoraba a los niños y le gustaba retozar y jugar con los pequeños del vecindario. Sin embargo, ella había sospechado que él estaba “enredado” con otra mujer. En una ocasión en que ella le preguntó sobre este punto, él la golpeó. Se disculpó y prometió entonces nunca más golpearla y cumplió su promesa.

En una ocasión Kürten había bromeado con ella sobre los asesinatos de Düsseldorf.

– La descripción del criminal – había dicho –, corresponde exactamente a la mía, con la excepción de que se dice que el asesino tiene alrededor de treinta años mientras que yo tengo cuarenta y seis.

Frau Kürten también dijo que su esposo tenía algo de dandy. Era un hombre más bien vanidoso que acostumbraba maquillarse con cosméticos antes de salir por las tardes. Cuando ella le dijo que la policía había llegado a su departamento a investigar, él la llevó a dar un paseo a lo largo de la orilla del río. Le dijo ahí que él lo había “hecho todo”. Ella se quedó estupefacta.

–¿También mataste a los niños? – le preguntó.

– Sí, sentí que tenía que hacerlo – respondió él.

Después le pidió que mantuviera su secreto a menos que quisiera correr con la misma suerte que sus víctimas. Fueron entonces a un café, pero ella estaba demasiado impresionada como para comer algo. Su esposo se encargó de los platos de ambos.

La mayor sensación del juicio de nueve días fue la historia que hizo el acusado sobre su vida y sus crímenes, en detalles tan repugnantes que el público fue excluido parte de los dos días que pasó en el banquillo de los testimonios.

En base a esta evidencia y a información adicional dada al profesor Karl Berg, un destacado psiquiatra alemán que llegó a conocer bien a Peter Kürten -a quien consideraba extraordinariamente veraz – durante el tiempo que éste pasó en la prisión, es posible estructurar esta historia increíble de sexo y sadismo.

Peter fue el tercero de una familia de trece hijos y durante una época vivieron en un solo cuarto, de manera que difícilmente causa sorpresa pensar que el niño adquiriera una conciencia sexual a una edad muy temprana. El padre era un hombre violento, jactancioso

y alcohólico que pasó un tiempo en la cárcel por la violación de una de sus hijas. Peter también intentó cometer incesto con esta chica e hizo que otra de sus hermanas participara en juegos sexuales con él. No era extraño que el padre, después de pasar la tarde en las cervecerías, obligara a su esposa a tener una relación sexual frente a toda la familia.

En el mismo edificio vivía un hombre que acostumbraba reunir animales extraviados para golpearlos. Este hombre enseñó al pequeño Peter la forma de masturbar a los perros. Con frecuencia el niño lo observaba torturar a los pobres animales. Poco después de cumplir los doce años, Peter importunaba a niñas de escuela para que tuvieran relaciones sexuales con él. En los primeros años de la adolescencia cometió bestialidades con animales de granja. Un desarrollo posterior de esta perversión fue apuñalar a la bestia en el momento de la relación sexual.

Para Kürten, el sexo estaba íntimamente relacionado al sufrimiento de los animales, particularmente si había un derrame de sangre. Contó al profesor Berg que había tenido un orgasmo ante la vista de un caballo herido en un accidente en la calle y que por el mismo motivo había degollado y bebido la sangre de un cisne que dormía.

Se fue de su casa a los ocho años y vivió agitadamente durante algún tiempo. Regresó y volvió a irse a los catorce. En esa época se mantuvo mediante robos; fue mandado a la cárcel por primera vez a los quince años, donde cumplió una condena de dos años por robo. Durante este periodo y otros en los que estuvo preso acostumbraba soñar con matar “para vengarse de la sociedad”, y se dio cuenta de que estas visiones de violencia lo excitaban sexualmente.

Más adelante, al descubrir que la vista al fuego podía tener el mismo efecto, provocó incendios intencionales. Escogió principalmente graneros y almiarés porque imaginaba que en sus llamas ardían vagabundos hasta morir, una fantasía que incrementaba su excitación.

En relación a los asesinatos confesados dijo a la corte que aún después de muertos seguían fascinándole los cuerpos de sus víctimas y que con frecuencia había regresado varias veces para observarlos. La vista de la sangre le producía una gran satisfacción sexual. Cuando fue descubierto el cuerpo de Aida Reuter se las arregló para pasar el cordón de la policía haciéndose pasar por fotógrafo de prensa con el propósito de ver el cuerpo una vez más antes de que fuera retirado.

Dijo que la razón por la que había asesinado a las dos niñas, Gertrude Hamacher y Louise Lenzen, en la feria, había sido porque la exhibición de los fuegos artificiales lo había excitado sexualmente.

– Le pedí a la niña mayor que me comprara unos cigarros – dijo -. Cuando ya se había ido maté a la más pequeña y luego a la otra cuando regresó con los cigarros; después me fui a mi casa y cené muy bien.

Cuando pasó a relatar el asesinato de María Hahn, Kürten dijo que por un tiempo pensó que no podría matar a “esta despreocupada chica durante una noche estrellada”, pero que finalmente se decidió a hacerlo.

– Después de matarla – continuó -, todo quedó en silencio. Canté y pensé que mi canción era hermosa. La noche estaba muy linda.

Dijo que después de haber enterrado a su víctima pensó en desenterrar su cuerpo y crucificarlo en un árbol, pero encontró que la chica era demasiado pesada como para poder levantarla. Durante los tres meses en los que el cuerpo permaneció oculto, regresó con frecuencia a su tumba y se masturbó sobre ella.

En una súplica final de clemencia, llena de pasión, este hombre monstruoso culpó de sus crímenes a la influencia de su vida temprana y a sus experiencias en la prisión.

– ¡Con qué ansias calladas veía frecuentemente durante mi juventud otras familias y deseaba que así fuera la mía – dijo – más feliz. Yo conozco tales días solo de oídas. Nunca los he vivido.

Cualquier sentimiento de simpatía que esta manifestación pudiera haber producido se acabó cuando continuó hablando.

– Quisiera decir – agregó – que muchas de mis víctimas hicieron las cosas muy fáciles para mí, no meramente con su disposición de entrar a bosques oscuros conmigo de noche sino también por su presteza en cuanto a satisfacer mis deseos en otros aspectos. Sin duda alguna, muchas pensaron que yo me convertiría en su esposo. La caza de maridos se ha convertido hoy en día en algo general y esto no puede tener buenos resultados. La persecución de hombres que llevan a cabo las mujeres ha asumido muchas formas...

Kürten entendió la elevación de la mano del juez, que tenía la intención de callarlo, de manera que cambió de táctica.

– Lo siento por mis víctimas – continuó -. Lo siento por sus familiares. Pido que me perdonen y estoy dispuesto a aceptar todas las consecuencias de mis actos. La pena de muerte sólo puede ser ejecutada una vez, pero créanme, he sufrido ya esa pena una docena de veces en mente y alma.

En conversaciones con el profesor Berg, el asesino de tanta gente confesó tener una gran admiración por Jack el Destripador.

Dijo que los relatos de los crímenes del Destripador lo habían fascinado.

– De haber tenido los medios – dijo al psiquiatra -, habría matado masas de gente. El impulso sexual siempre fue algo fuerte en mí, particularmente hacia los últimos años. Pero fue incrementado por los mismos hechos. Es por esto que tenía que salir una y otra vez en busca de otra víctima.

Aparentemente, su esposa era la única persona por quien él tenía sentimientos normales de afecto, pero le dijo al profesor Berg que tenía que imaginar violencia sadista para poder disfrutar de la relación sexual con ella.

El alegato de la defensa en cuanto a la demencia del acusado no fue apoyado por los muchos especialistas que examinaron a Kürten. Uno de ellos, el profesor Soili, dijo que ni el cerebro ni el cuerpo de Kürten mostraban signos de defectos orgánicos. Tenía una

imaginación muy despierta y había podido cometer tantos crímenes sin ser identificados debido a su considerable inteligencia.

El doctor Reahert, director de una institución mental, describió al asesino como “un hombre capaz de permanecer perfectamente tranquilo en situaciones difíciles; un egoísta cruel y un sujeto neurótico que deseaba jugar un papel”.

El 23 de abril de 1931, Peter Kürten fue sentenciado a muerte nueve veces. Después que el veredicto había sido pronunciado el abogado defensor dijo:

– La sentencia no me sorprende ni tampoco sorprende a Kürten. Hemos tenido una conversación prolongada al respecto y he llegado a la conclusión de que Kürten desea aceptar la sentencia. Esta declaración no es el resultado de una decisión impulsiva sino de una reflexión seria.

Aun así, durante algún tiempo hubo considerables dudas en cuanto a si la sentencia de muerte habría de cumplirse o no. En ese momento había un proyecto de ley en el Reichstag que recomendaba la abolición de la pena de muerte. La última ejecución en Alemania se había llevado a cabo en enero de 1928. La opinión pública, sin embargo, era tan fuerte que se decidió que Kürten muriera.

Fue guillotinado muy temprano la mañana del 3 de julio de 1931.

Disfrutó tanto su última cena de salchicha Schnitzel, papas y vino blanco que pidió que le sirvieran un segundo plato.

Los psiquiatras londinenses que estudiaron el patrón de los asesinatos relacionaron a Ian Brady, el asesino de moros, con Kürten. Ambos hombres siempre habían tenido un enorme apetito de matar.

Al examinar el caso en el contexto de los avances hechos en la investigación psiquiátrica no deja de sorprender el hecho de que Kürten pudiera tener con su esposa una vida sexual razonablemente normal.

Una de las facetas psiquiátricas más interesantes de Kürten es la “externalización” de su pánico. Los especialistas lo ven hoy como un psicópata perverso que sentía un pánico interno que eliminaba de su mente creando pánico entre la gente de Düsseldorf y del distrito.

No hay asesino más peligroso que el del tipo de Kürten, aquel que experimenta una sensación de triunfo con los asesinatos, que goza con la humillación de sus víctimas, que es estimulado sexualmente ante la vista de sangre y que se siente gratificado con los actos de mutilación.

Afortunadamente, los seres con una urgencia incontrolable de matar sin ninguna necesidad de seleccionar a sus víctimas aparecen muy pocas veces.

La habitación estaba en el primer piso, y la farola de gas que enviaba su luz desde la calle a través de la ventana recortaba en la oscuridad la silueta de los sólidos muebles. En el vestíbulo se oyó un leve crujido. El hombre se había incorporado y se restregaba

ligeramente las manos en la sábana de la cama. Escondió el cuchillo y se dirigió a la puerta, quedándose unos instantes de pie y acechando.

Abajo, en la fonda, no se oía nada, y sólo de la cocina llegaba el ruido de los cacharros que lavaban. Sin hacer ruido, bajó la escalera y salió afuera. Eran las once de la noche.

Los dueños de la fonda, gente activa, estaban todavía trabajando. El propietario hacía el recuento de caja en la cocina y su mujer terminaba de recoger en una alacena los platos y los vasos.

Aquel domingo, el 25 de mayo de 1913, era la festividad del Corpus en Colonia-Mühlheim, y la fonda había estado más concurrida que de costumbre. El olor del vino y de la cerveza derramados por el suelo y del tabaco barato, llegaba a la cocina. La señora Klein levantó la tapa del depósito de agua y llenó unos cubos.

-Estoy listo -le dijo Peter Klein.

-Ve tú delante -le contestó ella-; yo voy en seguida.

Ella le oyó adelante del pasillo y cuando cerró la puerta. Diez minutos después la señora Klein se quitó el empapado delantal, apagó la luz de la cocina y subió al piso. Como hacía cada noche, fue a darle un beso a su pequeña, la cual dormía en la habitación que daba frente a la escalera.

Cristina tenía nueve años y dormía con tranquilo sueño; no se movía en toda la noche y a la mañana siguiente aún seguía en la misma postura de cuando se durmió. La madre no podía irse a dormir sin verla y contemplarla unos momentos. La niña era muy hermosa, de labios sonrosados, cabello claro y grandes y dulces ojos.

Sonriendo tiernamente, la señora Klein abrió la puerta de la habitación de su hija, a la que llegaba débilmente la luz de la farola de la calle. Cogió el edredón que había puesto sobre la cama de su hija hacía un par de horas, sorprendiéndola que estuviese en el suelo, y se acercó sigilosamente a la cama, la cual quedaba al lado izquierdo de la ventana.

Su chillido fue horrible. Peter Klein acudió rápidamente para ver qué ocurría; su mujer chillaba aterrada. En seguida llegaron vecinos despertados por los gritos de la señora Klein.

Cristina estaba muerta. Estaba tendida de través en la cama, llena de sangre y con las piernas separadas. La habían estrangulado, pues bastaba con ver cómo le salía la lengua, y había sido bárbaramente violada. Tenía dos cortes en la garganta y su cabeza colgaba por el borde de la cama.

Se inició la búsqueda del criminal. La policía creía que sólo había podido cometer el crimen una persona allegada a la familia y que tuviera libre acceso a la casa. El asesino debía de conocer bien las costumbres del matrimonio Klein y la habitación de Cristina. Un extraño no habría conseguido pasar inadvertido y desaparecer con tanta facilidad. Había un importante indicio: el criminal no sólo se secó las manos ensangrentadas en la sábana de la cama, sino que se le había caído un pañuelo, lleno de sangre. El pañuelo

tenía un filete azul a un centímetro de sus cuatro bordes y en un ángulo había bordadas dos mayúsculas: P. y K.

El padre de la víctima se llamaba Peter Klein, pero como no era lógico sospechar de él, se pensó en Otto Klein, el hermano menor de Peter.

Otto Klein era matarife, una profesión que aparecía como un grave indicio. Entre él y su cuñada no eran muy cordiales las relaciones, hasta el punto de que hacía poco había amenazado a su hermano con un escarmiento del que no se olvidaría.

Muchas personas dijeron que habían visto, alrededor de la hora del crimen, a un hombre que salía de la casa y que llevaba un traje de color de pimienta. Otto Klein tenía un traje de ese color.

La policía estaba muy satisfecha del éxito de sus averiguaciones, y el carnicero, desesperado, gritaba a voces su inocencia, defendiéndose iracundo de las acusaciones con que lo acorralaban. Había, decía él, la posibilidad de que el asesino fuese un desconocido. No obstante, Otto Klein fue detenido y llevado a los tribunales.

Sus jueces procedieron con rectitud. In dubio pro reo. No pudo demostrarse su culpabilidad por falta de pruebas convincentes y se le puso en libertad.

Había salvado la vida, a pesar de que en aquel tiempo aún existía la pena de muerte en Alemania, y eso fue todo. Pero en la vecindad se le señalaba con el dedo. «Ahí va el criminal», decían al verle.

Otto se evadió de aquel suplicio cuando estalló la guerra de 1914. Se incorporó al ejército y cayó en 1916 en el frente ruso. Nadie derramó una lágrima por él.

Mucho más tarde -si Cristina hubiese vivido habría sido entonces una bella mujer de veinticinco años- se empezó a remover el caso.

En Düsseldorf, el 10 de febrero de 1929, se encontró el cadáver de Rosa Ohlinger, que tenía nueve años. La bestial crueldad con que se cometió ese crimen recordaba el caso de Mühlheim, el cual seguía siendo un misterio, pero a pesar de los dieciséis años transcurridos entre uno y otro crimen se consideró que podían deberse a una misma mano.

Posiblemente existía una relación entre el asesinato de la niña Ohlinger y otros anteriores. Exactamente una semana antes, el día 2 de febrero, se quiso matar a la señora Apollonia Kühn, a quien clavaron dieciocho puñaladas, llevándola rápidamente al hospital. Esos delitos sólo fueron el principio de una sucesión de crímenes que parecía no tener fin.

El 12 de febrero asesinaron a un tal Rudolf Scheer, con quien también se ensañaron apuñalándolo, y desde entonces un crimen siguió a otro crimen. El asesino no demostraba que obedeciese a ningún plan, o sólo a una inconmensurable sed de sangre, matando a niños, mujeres y hombres. El pánico se apoderó de Düsseldorf, y la policía ya no se dio un minuto de reposo hasta dar con la guarida del criminal. Sin embargo, no era fácil encontrar entre 500.000 habitantes al asesino, aparte los errores en que incurrió la misma policía, entorpeciendo sus esfuerzos.

La persecución duró quince meses, siguiendo las huellas más insignificantes e interrogando a todo ciudadano que pudiera aportar un detalle que orientase. Personas a las que atacó el mismo criminal informaban que tendría unos veinticinco o treinta años. Las señas que daban no coincidían. Para unos, su pelo era rubio, y para otros, oscuro; porte de obrero según éstos, de la buena sociedad, según aquéllos. Todos los días se añadían nuevos datos, facilitados por testigos, entre los cuales hubo algunos que señalaron a un tal Peter Kürten, cuyos delitos de tiempo atrás certificaban su brutalidad y el que tuviese una ficha muy expresiva en el registro penal.

La policía recurrió incluso a la colaboración de médiums y de astrólogos, a quienes pagaba con esplendidez para llegar al esclarecimiento de los vandálicos hechos.

Mientras, el criminal seguía libre y añadiendo más crímenes a sus sangrientos delitos.

El 24 de mayo fue, por fin, detenido, si bien por casualidad y no por habilidad de la policía. Los periódicos dieron al mundo entero y en grandes titulares su nombre: Peter Kürten, el mismo individuo que en una ya lejana noche de un mes de mayo se dejó el pañuelo en la cama de Cristina Klein.

Entre las fechas del 2 de febrero de 1929 y el día de su detención en el año 1930, Peter Kürten sació su sádico instinto agrediendo a veinticinco personas, matando a unas, malhiriendo a otras.

- **Apollonia Kühn:** intento de asesinato.
- **Rudolf Scheer:** asesinato.
- **Rosa Ohlinger,** 8 años: asesinato.
- **María Wassmann:** intento de estrangulamiento.
- **María Hahn:** asesinato.
- **Anne Goldhausen:** intento de asesinato.
- **Olga Mantel:** intento de asesinato.
- **Heinrich Kornblum:** intento de asesinato.
- **Gertrud Hamacher,** 5 años: asesinato.
- **Luise Lenzen,** 13 años: asesinato.
- **Gertrud Schulte:** intento de asesinato.
- **Karoline Heertraas:** intento de asesinato.
- **Sofie Rück:** intento de asesinato.
- **María Radusch:** intento de estrangulamiento.
- **Ida Reuter:** asesinato.
- **Elisabeth Dórrier:** asesinato.
- **Hubertine Meurer:** intento de asesinato.
- **Klara Wanders:** intento de asesinato.
- **Gertrud Albermann,** 5 años: asesinato.
- **Hildegard Eid:** intento de estrangulamiento.
- **Marianne del Santo:** intento de asesinato.
- **Irma Becker:** intento de asesinato.
- **Gertrud Ulrich:** amenazas.
- **Charlotte Ulrich:** intento de asesinato.
- **María Butlies:** intento de estrangulamiento.

Cuando lo detuvieron, Peter Kürten tenía 47 años, estaba casado y su aspecto era de un empleado medio, al que nadie hubiera supuesto un criminal ni un sádico. Su rostro, su espesa barba, la viveza de sus ojos azules y el rubio cabello cayéndole sobre la frente, inspiraban confianza. Iba siempre cuidadosamente vestido y llevaba corbatas de moda, si bien el traje de inferior calidad le brillaba un poco de tanto sufrir la plancha.

A Kürten le preocupaba su aspecto externo. Cuando iba de paseo llevaba siempre un paño para poder limpiarse los zapatos cuando los tenía llenos de polvo. Sus amistades femeninas le suponían diez años menos de los que tenía, y por sus maneras igual se le podía creer un mecánico, que un ferroviario o un empleado de correos, pero era un simple obrero. Su cuidado lenguaje lo había adquirido en la biblioteca de la cárcel donde pasó unos años, leyendo todo lo que tenía a mano, sin orden alguno, y sin asimilar sus lecturas, pero se enfrascó con obras de Gustavo Freytag y de Sienkiewicz, con Lombroso, con Tolstoy...

Su atildado porte y sus buenos modales consiguieron que nunca recelase ninguna de sus víctimas. Se dejaban acompañar, paseando a veces por las afueras, entre los pinos, en algún pintoresco prado... Cualquiera mujer se habría estremecido viéndose frente al delincuente sexual que sembró el terror en Düsseldorf, pero nadie podía temer a ese hombre distinguido y amable. Sólo esto explica que pudiese actuar tanto tiempo y cometer tantos atropellos.

El caso Peter Kürten no sólo es interesante desde el punto de vista criminal, pues nunca un asesino fue tan locuaz ni tan expresivo como él. Su extraordinaria vanidad se estudió a través de un derroche de recuerdos. Su poderosa memoria retuvo con una fidelidad asombrosa los detalles más pequeños de sus delitos. Durante los largos días del interrogatorio, Kürten fue más que convicto. No obstante, afirmaba que no había cometido muchos de los hechos que se le imputaban.

Él estableció tres puntos en su declaración. El primer punto se remite al papel que su mujer jugó en su detención, de lo cual nuestra narración trata más adelante. El segundo punto fue el de atribuirse tres muertes que no cometió, y el tercero declarar que el verdadero motivo de sus delitos fue el de «venganza contra la humanidad» por todo lo que sufrió en presidio.

Durante el arresto provisional y más tarde, cuando esperaba la ejecución de la sentencia, tuvo durante meses largos diálogos con el médico forense, el doctor Berg, confiándole sin reserva alguna que había asesinado por delirio sexual, que había matado a adultos y a niños, incluso a un cisne que encontró dormido, sólo para beberse su sangre.

El doctor Berg tuvo a Kürten en observación durante más de un año, y aun redactó un libro apoyándose en las revelaciones de Kürten, las cuales constituían un inapreciable material clínico además de ser un documento extraordinario sobre el curriculum vitae de un auténtico monstruo humano.

Peter Kürten nació en Mühlheim el 26 de mayo de 1883. Pasó su infancia en la misma ciudad, en la que años más tarde, precisamente la noche anterior a su trigésimo aniversario, asesinó a Cristina Klein. Era el tercero de once hermanos. Su padre trabajaba de peón de albañil, buen trabajador pero desenfrenado bebedor, gastándose el escaso jornal y haciendo desgraciados a su mujer y a sus hijos, quienes vivían hacinados en una

misma habitación, y todo se hacía ante los ojos de todos, sin idea del decoro. El padre de Kürten no sólo fue un beodo, sino también un erotómano. Acechaba a sus hijas adolescentes, y acabó en la cárcel por intento de violación de su hija mayor.

Peter Kürten huyó de su casa a los ocho años, y vivió durante tres semanas del pillaje, hasta que la policía le echó el guante. Lo que iba dando de sí como ejemplar humano era lógico, dado el ambiente en que había vivido, pero no podía suponerse que su camino hacia el patíbulo fuera tan directo. El punto decisivo que lo encaminó a ese final llegó cuando él, apenas cumplidos los nueve años, trabó amistad con un perrero.

«Usted quiere saber -le dijo Kürten al doctor Karl Berg, a quien nada le ocultaba-, cuándo descubrí mi inclinación a la crueldad. Viene de mucho tiempo atrás. Cuando vivíamos en Colonia, en nuestra misma casa vivía también un perrero, pues en aquel tiempo había varios en cada ciudad. A los perros los cazaban y los mataban. La grasa se vendía, y se empleaba principalmente para aplicar las telas de arañas sobre las heridas. Ese lacero atormentaba a los perros pinchándolos con una aguja saquera, o les cortaba el rabo, pues decía que cortándoselo se aseguraba la salud del animal. Yo veía esto con frecuencia y deseaba hacerlo. El lacero me enseñó también lo que había que hacer para lograr la mayor fidelidad de los perros. Los masturbaba, y así era seguro que siempre serían fieles.

»Tiempo después, cuando yo tenía trece años, pensaba a menudo en aquel lacero. Mi pasatiempo entonces era sacar las crías de los nidos y cazar ardillas y martas, y las vendía en el mercadillo. Tengo una cicatriz en un dedo por mordérmelo una ardilla, y tuve que estrujarle el cuello para que me soltara, pero me salió bastante sangre y entonces me di cuenta de que cada vez que veía sangre yo sentía una agradable sensación.

»En aquel tiempo, mucha gente mataba a los cerdos en su propia casa, y eso era un espectáculo que me gustaba mucho verlo. También, cuando aún iba a la escuela, los incendios me encantaban, y los gritos y las peleas de la gente me entusiasmaban. A los trece años tenía ya un instintivo conocimiento de los asuntos sexuales, y quería probarme. Lo intenté con una compañera de colegio, pero ella se resistió. Entonces se me ocurrió probar con animales.

»En aquel tiempo la gente tenía en los corrales ovejas y cabras. Usted me entiende, ¿verdad? Un día pinché a una oveja con un cuchillo, pues ver salir sangre me producía siempre un especial placer. Durante dos o tres años seguí con ese vicio.»

Desde muy joven, Kürten tropezó varias veces con la ley. Después de que su familia se trasladó a Düsseldorf, en el año 1894, entró de aprendiz en la Düsseldorfer-Fabrik, donde también trabajaba su padre. Los aprendices sufrían una disciplina muy dura, y las palizas estaban a la orden del día. A esa edad y con la crueldad de un aprendizaje sin estímulo alguno, todos soñaban con aventuras y en la libertad. Y Kürten consiguió transformar sus sueños en realidad muy pronto. No tenía dieciséis años cuando robó cien marcos de la fábrica y huyó a Coblenza, donde se compró ropa y se hizo amigo de una muchacha de la calle, con la que hizo un viaje por el Rhin. Kürten siguió con ella hasta que se le acabó el dinero.

«A pesar de que era muy cariñosa -dijo más tarde-, no le puse ningún afecto.»

Por el robo de los cien marcos lo castigaron con dos meses de cárcel.

Su siguiente amiga, Frau M., jugó un importante papel en su vida, repitiendo las aberraciones con que empezó el lacero. Frau M., que vivía en una buhardilla en Düsseldorf, se llevó a Kürten a su casa. Esa mujer tenía una hija de dieciséis años, por lo que él podía pasar también por hijo suyo. Frau M. era una mujer degradada, hasta el extremo de exigirle a Kürten que la pegase.

Mientras tanto, algunos inquilinos de la casa protestaron contra la vida en común de tan desigual pareja, y ella no tuvo más remedio que decirle que se fuera. Kürten marchó de la casa a regañadientes, y un día Frau M. lo sorprendió entrando por la ventana de la buhardilla que daba al tejado; entonces él la amenazó con matarla si ella no volvía con él y se quedó con la llave de la casa.

Frau M. no tenía nada contra Kürten, incluso vivía a gusto con él, pero ante sus amenazas cogió miedo y avisó a la policía. Kürten volvió de nuevo a la cárcel, esta vez por allanamiento de morada. Pero tan pronto recobró la libertad, repitió sus amenazas, pues él no podía olvidar fácilmente lo que un día había tenido: una casa, una compañera viciosa, un nido caliente...

Su violento carácter debía de ser la consecuencia de lo que había visto en su propia casa, y Kürten desde entonces fue de mal en peor. Robó una y otra vez, hasta que volvió a la cárcel, ahora por dos años.

En su celda pensaba a menudo en Frau M. y luchaba contra su soledad imaginando sádicos cuadros. Pensaba también en su compañera de colegio Elizabeth Breuner, prometiéndose volver a verla, y como Elizabeth era una muchacha decente, llegó a decirse que tendría que matarla.

Al volver a la calle, se dedicó a buscar a su ex condiscípula, pero cuando la encontró ella no quiso tener relaciones con él. La persiguió tan tenazmente, que los padres de la muchacha le prohibieron terminantemente que pusiera los pies en su casa y en los alrededores. A la noche siguiente, Kürten se fue a la casa de la muchacha, y desde el jardín vio como Elizabeth se desnudaba en su habitación. Cogió una piedra y la arrojó contra los cristales de la ventana, y cuando la gente de la casa salió para ver qué pasaba, sacó una pistola y empezó a disparar hacia donde le parecía ver a alguien, pero por fortuna no alcanzó a nadie. Huyó y se escondió en el valle de Grafenberger, pero lo cogieron. Resultado: otro año de cárcel.

Cumplida la nueva condena, volvió otra vez a Frau M., la cual, a pesar de lo que había ocurrido, lo aceptó. Pero el interés que antes sintió por ella lo borró el interés que sintió ahora por la hija. Esas relaciones, sin embargo, ya no le satisfacían casi, pues había descubierto una variante que despertaba su sexualidad. Se convirtió en incendiario, y empezó a encender montones de heno y de grano. El crepitar de las llamas en la oscuridad de la noche y la violencia de las sirenas de los bomberos eran para Kürten un feliz acontecimiento. El rostro aterrado de la gente, el miedo que paralizaba a las mujeres y hacía temblar a los niños era su mayor placer.

Cuando había cometido uno de sus crímenes, se mezclaba siempre entre los curiosos, gozando con su terror. Cuando el fuego no era tan grande como él quería, tenía pocos espectadores, entonces buscaba sitios más a propósito, hasta que lograba una hoguera que estremeciese.

«Yo echaba al fuego brazadas de heno -dijo Kürten-, para que las llamas fuesen mayores, pero una vez fue pequeña la alarma, y la policía obligó a los curiosos a desparramarse. Entonces me fui a Hohenzollern-Siedlung y fue una gran idea, pues casi ardió todo Siedlung. Mi satisfacción fue completa.»

Por aquel entonces Kürten tenía veintiún años, pero hacía tiempo que había rebasado la mayoría de edad en lo que se refiere a su experiencia de delincuente: era ladrón, incendiario y asesino. Su carrera estaba definida. A medida que puso años, mejoró considerablemente su técnica. En el año 1904 su futuro ya no ofrecía ninguna duda.

Su formación criminal se interrumpió durante un período de siete años, cuando tuvo que cumplir el servicio militar. Estuvo en el Regimiento de Infantería 98, en Metz, pero cuando vio la ocasión propicia desertó y volvió al lado de Frau M., en Düsseldorf.

El día de San Silvestre de 1904 fue arrestado, y a los siete meses de arresto provisional, el 13 de septiembre de 1905, fue juzgado por un consejo de guerra en Metz, condenándolo, por desertión y por numerosos robos, a siete años de trabajos forzados.

Siete largos años, durante los cuales Kürten intentó suicidarse, sufriendo una grave depresión nerviosa; siete años, que fueron los suficientes para poder pensar. Siempre aparecía correctamente vestido y limpio, lo que en aquellas circunstancias no dejaba de tener su mérito. Desde el primer día hasta el último no dejó que descansara su diabólica fantasía. Fueron siete largos años que habrían desmoralizado a cualquiera, pero no a Peter Kürten.

En el otoño del 1912 se abrieron las puertas de la cárcel para Kürten, pero no por mucho tiempo. Un año después se vio nuevamente entre gruesos muros, pero a pesar de lo poco que le duró la libertad agregó un nuevo capítulo a su vida.

Empezó con su habitual táctica de invadir hogares que no eran el suyo. Casi siempre buscaba casas en las que hubiera en la planta baja alguna taberna o comercio de vinos, con lo que, según su experiencia, le era más fácil el botín. En uno de esos intentos de robo, se metió en la vivienda de una taberna llamada Ecke Münster, y en una de las habitaciones encontró a dos muchachas durmiendo. La mayor tenía dieciséis años. Se le echó encima, y mientras con una mano le tapaba la boca, con la otra trataba de estrangularla. La muchacha no pudo chillar, pero se defendió, y en el mismo momento sonó el despertador, despertando a la hermana, la cual, al ver a un hombre en la habitación, se puso a gritar desesperadamente. Peter Kürten huyó y ella sólo pudo ver una sombra que saltaba por la ventana.

A la semana siguiente se fue a Colonia-Mühlheim porque la ciudad estaba de fiesta. A través de la oscuridad llegaba la estridente música del carrusel y el estampido de los disparos en el tiro al blanco.

«¿Quién no ha subido a ... ? ¿Quién quiere otra vez ... ?»

La rueda de la noria giraba, y Kürten no tomaba parte en la diversión. Estaba nervioso, buscando dónde poder robar. Anduvo algún tiempo por las calles y llegó a una taberna donde vio mucha animación. Después de varias tentativas consiguió subir, sin que le viese

nadie, al primer piso, y abrió algunas puertas, pero no encontró lo que deseaba, y entonces se fijó en la habitación que había frente a la escalera.

«Yo quería registrar los cajones de la cómoda -declaró Kürten-, pero en una cama grande que había cerca de la ventana dormía una niña.»

Kürten había tenido contactos sexuales con animales, amenazado y maltratado a las mujeres y, aunque sólo con el pensamiento, había atravesado la última frontera. Ahora se le ponía delante una víctima destinada al sacrificio. Fue su primer asesinato.

«La niña dormía teniendo la cabeza hacia la ventana; me acerqué a ella y le apreté la garganta, y al despertarse se defendió arañándose. Ya no me contuve. Le abrí la garganta de un tajo, y vi cómo manaba la sangre, llenándose las manos, goteando ... »

A las once de la noche salió de la casa y se dirigió a la estación ferroviaria. Se lavó las manos en una fuente y limpió la navaja. Poco después de las once y media estaba sentado en el tren que lo llevaba a Düsseldorf.

Un extraño entró en una casa, mató y desapareció. El destino había unido al asesino y la víctima. Fue el crimen perfecto.

Al día siguiente volvió Kürten a Mühlheim y entró en una casa de huéspedes que había frente a la casa del crimen. Vio a unos hombres que bebían cerveza y hablaban horrorizados del crimen; escuchó trémulo de emoción. Más tarde visitó la tumba de Cristina Klein; le bastaba remover el césped que la cubría para que se le despertasen los instintos.

Estos hechos ocurrieron el día 25 de mayo del año 1913. En la primavera del mismo año, Kürten conoció a una muchacha de servicio que se llamaba Margarita Schäfer. Se hicieron amigos y la tarde del domingo siguiente la llevó a un baile de Gerresheim.

«Durante el camino -confesaría Kürten-, dos veces traté de ahogarla. Al ver que me miraba aterrada, le dije: “Así es el amor, pero no tengas miedo, que no te mataré.” Fue en un banco donde la poseí.» La brevedad de su relato hace suponer que Margarita Schäfer no le despertó mayores sensaciones, y él las quería fuertes.

Años después, en 1931, cuando el proceso contra Kürten, Margarita explicó su aventura con él. «Estuvimos toda la noche paseando por el bosque. Él no me quería dejar volver a casa y me había quitado el monedero en el que tenía la llave. Me quiso besar y me pegó, y después me tumbó en un banco y yo me resistí; me rasgó el vestido y me eché a llorar. Entonces fue más amable. Yo tenía un aspecto deplorable, y no podía de ninguna manera coger el tranvía para volver a casa en aquel estado. Nos sentamos en un banco, y Kürten puso el abrigo sobre los dos y nos dormimos. Al llegar la mañana, quiso que siguiésemos juntos, y al decirle que me quería ir, me arrancó los pendientes, me besó y otra vez quiso ahogarme, incluso me arrancó un mechón de pelo. Tenía el aspecto de un demonio. Traté de calmarlo, pero no lo conseguía. Después empezó a pasar gente y a mirarnos, por lo que nos fuimos en seguida. Kürten me hizo prometer que no le contaría a nadie nada de lo sucedido. Nos fuimos a un café y mientras él encargaba el desayuno, me fui al lavabo,

pero al salir vi que él no me veía, y entonces huí. No hice ninguna denuncia, y ya no volví a verle.»

Durante el mismo verano, en una de sus salidas, Kürten consiguió apoderarse de un hacha pequeña, y la llevaba con el mango metido en el interior del pantalón. En Gerresheim Park atacó a un hombre que estaba sentado en un banco, dándole en la cabeza. El hombre huyó, y Kürten prendió fuego a unas cuantas ramas que había amontonadas.

En el mes de junio, y en Gerresheim, un sábado por la tarde merodeaba alrededor de una fábrica de cristal cuando vio a una muchacha que se dirigía al edificio. La siguió, y al entrar en un oscuro corredor le asestó un duro golpe en la cabeza, y la muchacha cayó al suelo sin sentido. La misma noche Kürten provocó tres incendios.

«En julio me metí en una casa de la Münsterstrasse, en la que ya había estado otra vez, intentando robar. Una muchacha de dieciséis años dormía en su cama, y en el mismo momento en que le iba a pegar un hachazo entró un hombre en la habitación. Tiré el hacha sobre la cama y huí.»

Ante el tribunal, el padre de esta muchacha confirmó su declaración, agregando que salió corriendo tras él, pero con la oscuridad de la noche lo perdió en seguida. Al volver a casa encontró el hacha en la cama de su hija.

Sobre sus criminales arranques, Kürten da una explicación, según él, convincente, asegurando que la culpa era de aquellos siete largos años que pasó en la cárcel.

«Otros penados pensaban en mujeres desnudas, lo que a mí no me bastaba. Durante mi reclusión, cometía faltas adrede para que me encerraran, y solo en la oscuridad, poder dejar libre el pensamiento. Y mi mayor placer era imaginar las escenas más morbosas. Si me ensimismaba pensando en herir o matar, mi satisfacción era inmensa. Si no hubiese visto que había la posibilidad de fugarme, me habría ahorcado. Después de haberme acostumbrado a estos desvíos de mi fantasía, no es de extrañar que al recobrar la libertad procurase llevar mis pensamientos a la realidad.»

En el año 1921, después de otros siete años de cárcel en Brieg, condenado por robo, Kürten se convirtió en un hombre completamente normal, a raíz de conocer a una mujer diligente y dócil, y a la cual él nombró hasta en sus últimos momentos. Una mujer que se sacrificó por él, que se lo perdonó todo y que siempre trató de conseguir su bienestar. Y esa misma mujer fue la que al final lo entregó a la policía.

Augusta Kürten tenía tres años más que su marido y había nacido en Silesia. Hija de un sastre acomodado, creció en un ambiente de paz y seguridad. Cuando Kürten fue detenido, la curiosidad pública se lanzó sobre esta mujer, de cuya vida no pudo saberse mucho.

Cuando tenía dieciséis años, Augusta se fue a Berlín y entró de sirvienta en una casa de la clase media, pero se dejó llevar de malas compañías, y por ser menor de edad, la policía la devolvió a su casa. Entonces fue obrera de una fábrica.

Nos preguntamos por qué razón esa adolescente, nacida en el seno de una familia de algunas posibilidades, fue enviada a Berlín para ganarse su pan. ¿Por qué llegó a

extraviarse? ¿Por falta de inteligencia o por irreflexión? ¿Por inclinación? Por mezclarse en riñas y escándalos, la devolvieron a su casa. Ella pertenecía a una familia honrada. ¿Se la perdonó o se la repudió? ¿Hemos de pensar en los acontecimientos berlineses como en una seria advertencia?

A los veintitrés años conoció a un jardinero, quien le prometió casarse con ella. Sus relaciones duraron ocho años, hasta que él la abandonó, rompiendo su palabra. Ciega de celos y de ira, Augusta esperó la ocasión y lo mató. Fue condenada a cinco años de reclusión y puesta en libertad en 1915. En ese mismo año Otto Klein caía en el frente ruso, y al verdadero asesino de Cristina lo encerraban en la cárcel de Brieg, condenado por sus numerosos robos y otros actos delictivos.

El mundo seguía su marcha. El canal de Panamá fue abierto, Friedrich Löffler descubrió el bacilo de la difteria, Italia guerreaba junto con los aliados y perdía batallas... Augusta marchó entonces a Leipzig, donde tenía un hermano, y se empleó de sastresa. Cinco años después, en Altenburg, se puso al frente de una bombonería, donde conoció a una hermana de Kürten, y en mayo de 1921 le conoció a él. Kürten había salido de la cárcel hacía dos semanas y estaba muy flaco, muy débil. En aquel tiempo había escasez de víveres debido a la guerra, y en la cárcel era donde más se sufría el hambre, que fue lo peor para Kürten, pues la buena mesa era una de sus debilidades, de tal suerte que incluso antes de su ejecución comió con tanto apetito que aún pidió que le sirviesen otra ración.

Cuando se fue con su hermana a Altenburg, dijo que había estado prisionero en Rusia, y como su aspecto era lastimoso y tenía, además de afición, una gran habilidad para mentir, su hermana creyó todo lo que decía, lo mismo que le creyó siempre Augusta, a pesar de que al principio ella no sintió el menor interés por él, sino todo lo contrario. Su presencia la desagradaba y lo veía superficial, aparte de que había observado que todas las mujeres le gustaban.

Pero a Kürten sí le interesó ella, y se le declaró con un lenguaje casi desconocido: «Si no me quieres, te mataré.»

Augusta sabía por propia experiencia hasta dónde podía llegar la amenaza, y cedió, más que por comprensión, por miedo. Y poco a poco empezó a quererle, a pesar de que sabía que era un vulgar perseguidor de mujeres. Y Kürten, que nunca sintió nada por nadie, también quiso a esa mujer, decente, bondadosa y enérgica, consiguiendo hacer de él un hombre nuevo hasta parecer que su vida anterior hubiese sido irreprochable. Durante tres años y medio trabajó en la misma fábrica, y cada viernes le entregaba a Augusta el sobre de la paga completo, y aún llegó a ser el presidente del consejo obrero.

Todo, pues, estaba aparentemente en orden. Kürten era decente e inofensivo, y había encontrado un sitio respetable en una sociedad respetable, y todo habría seguido en orden si a él no le hubiera atraído tanto la ciudad, terminando por volver a Düsseldorf.

Desde sus tiempos escolares, Kürten había correteado por las calles de Düsseldorf, y conocía muy bien cada esquina, cada rincón, las puertas y las farolas. Las praderas del Rhin y el bosque de Grafenberger eran sus sitios preferidos, y los bancos de los arrabales fueron muchas veces su hogar. Hoy el nombre de Peter Kürten está ligado para siempre al de la ciudad, una fama que él no habría sospechado nunca.

Encontró trabajo en seguida, y lo hacía con seriedad, y diligencia, y los domingos salía a pasear con Augusta, cuidadosamente vestido, con calzado bien lustrado y el cabello reluciente de brillantina. Cuando se miraba al espejo, veía a un hombre que no parecía que tuviese cuarenta años.

Kürten estaba convencido de que no se le podía confundir con el hombre-masa. El afán de destacarse empezaba a atormentarle y le irritaba no verse en primer término, y el sitio que ocupaba como trabajador le parecía que estaba muy por debajo de sus merecimientos.

Corrigió en su documentación la fecha de su nacimiento, quitándose diez años y puso que su oficio era el de mecánico.

Augusta sabía que él la engañaba, aparte de que él mismo se lo confesó un día, y cuando él perdió su empleo, vivieron exclusivamente de lo que ganaba ella. Los últimos doscientos marcos que Augusta tenía ahorrados se evaporaron entonces. Él seguía con sus devaneos amorosos y tuvo varias amigas: María Kiefer, Anni Ist, María Wack. Se presentaba a ellas como mecánico o ferroviario y con otro nombre; también les decía que era soltero, y su porte, sus atenciones y el trato con que las distinguía hacían el resto para que ninguna le rehuyese. Pero sus amabilidades no duraban. Cuando la intimidad ya era un hecho las insultaba y les pegaba, y más de una vez quiso ahogarlas. Algunas, entonces, desaparecían, y otras, por el contrario, soportaban sus malos tratos.

También tuvo amores con dos muchachas de servicio llamadas Thiede y Mech, sin que la una supiese de la otra, y él jugaba con el amor de cada una, las cuales no sólo le entregaron su cariño, sino que le llevaban lo que más le gustaba comer, «requisitos que me venían muy bien», diría él más tarde. Cuando Thiede se enteró de que Peter era un hombre casado, cortó por lo sano y lo denunció a la policía, y Mech, al descubrir de qué manera la había engañado, también lo denunció, pero añadiendo que la había violado. Cuando la policía investigó, vio las correcciones que él había hecho en sus documentos, y le condenó a cinco meses de reclusión.

El odio que Kürten sentía contra la sociedad aumentó con esta nueva detención, pues no comprendía que la policía hubiese podido creer a dos «rameras» en vez de creerle a él.

Augusta estaba tan asqueada de su conducta, que quería divorciarse, y se lo escribió, pero él le suplicó que no lo hiciese y la amenazó con suicidarse. Augusta le creyó capaz de hacerlo, y ya no volvió a pensar en el divorcio.

«Quise siempre expiar mis pecados de joven -dijo Augusta más tarde-, y creí que el seguir viviendo con Peter podía redimirme. Y sabía que él sin mí era un hombre perdido.»

Durante su estancia en la penitenciaría de Ulmerhöh, Kürten trabó amistad con un preso al que le hizo muchas confidencias. Algunas eran gratas de oír, como la bondad de su mujer, y otras repulsivas, como las que se referían a su sadismo y a las vejaciones a que sometía a las mujeres que se le entregaban. Esto fue un gran placer para él. El amigo le echó en cara su degradación, y Kürten replicó que a esa degradación debía sus momentos más felices. Y le confesó que entre su relajada sensualidad y su pasión por provocar incendios, a veces se imaginaba como si fuera el doble de «Jack el destripador», sobre el cual había leído mucho. La excitación mental y física en que vivía le impulsaba a desear vehementemente vengarse de una sociedad que le mantenía encerrado entre cuatro muros.

Aquel febrero del año 1929 era extremadamente crudo. El termómetro marcaba diecisiete grados bajo cero, y al atardecer las calles estaban desiertas.

El 2 de febrero, Apollonia Kühn, una mujer de cincuenta y cinco años, fue inesperadamente atacada cuando se dirigía a su hogar, en una solitaria y mal alumbrada calle. Cuando la recogieron le contaron dieciocho puñaladas. El autor del crimen no dejó rastro.

El día 10 de febrero encontraron el cadáver de una niña de ocho años detrás de una valla, junto a la iglesia de san Vicente. Era la colegiala Rosa Ohlinger. Tenía una puñalada en la sien de un centímetro de profundidad y trece heridas por todo el cuerpo, una de las cuales le llegaba al corazón. El cadáver había sido rociado con petróleo y encendido, sin huella alguna que guiase a la policía para la captura del asesino.

El 12 de febrero, martes de carnaval, en los periódicos de la mañana que se publicaban en Düsseldorf aparecía en un recuadro una esquela mortuoria.

A nuestra querida hijita, hermana, sobrina y prima,

ROSA OHLINGER,

asesinada a la edad de 9 años. Ese hecho revela cuánta es la tristeza de la familia Josef Ohlinger y sus allegados.

El entierro tendrá lugar el próximo jueves, 14 de febrero, a las once de la mañana, en la capilla del cementerio Stoffeler, adonde se invita particularmente.

Posiblemente el inválido Rudolf Scheer, de cincuenta y cuatro años de edad, vio también la esquela sin imaginar que aquella misma noche él sería la víctima del terrible asesino.

Su ensangrentado cadáver, al que encontraron a la mañana siguiente en la zanja de una calle, tenía una puñalada de once centímetros en la sien derecha y doce en el occipucio, tres detrás de la oreja derecha y cuatro en la espalda. El asesino no dejó ninguna huella.

La policía determinó que el arma homicida era un cuchillo en forma de estilete. Todo indicaba que las heridas de la señora Apollonia Kühn y las que habían causado la muerte de Rosa Ohlinger y la de Rudolf Scheer habían sido hechas con la misma arma. Se dedujo que el autor de tan bárbaros asesinatos forzosamente tenía que ser un demente, lo cual se convertía en un terrible peligro para el público. Se trató de localizar a un peligroso loco que se llamaba Emil Schwitzer, quien ya en el año 1925 había agredido a varias personas, especialmente niños. Últimamente estuvo recluido en el manicomio de Grafenberg, pero en el año 1928 se escapó. La policía dio con él, pero no se encontró ninguna prueba acusatoria y los que le vieron de cerca aquellos días testificaron a su favor. Lo devolvieron al manicomio.

Ante la alarma que se apoderó de la ciudad de Düsseldorf, el jefe de policía dirigió una llamada de socorro a la policía de Berlín, desde donde enviaron refuerzos a cuyo frente iba el comisario de la brigada de asuntos criminales, doctor Wätcher. Semanas después tuvieron que volverse a Berlín sin haber encontrado ninguna pista.

En abril, la policía creyó que había atrapado al verdadero criminal en el muchacho de dieciséis años Johann Stausberg. Ese joven era un anormal, el cual se atribuyó delitos imaginarios, afirmando que había estrangulado con una cuerda a dos mujeres y que las había arrastrado, y convino en que él era el autor de los crímenes de febrero.

«*¡El estrangulador detenido!, ¡Los sucesos de febrero aclarados!*», publicaban con grandes titulares los periódicos locales.

Stausberg había acometido a dos mujeres con una soga, pero de ahí no pasó. Respecto a los crímenes de febrero, había oído lo suficiente sobre ellos para comprender muchas de sus particularidades. Cuando su exposición de los hechos de que se acusaba era insuficiente, la policía, como era habitual en esos casos, ayudaba al sospechoso a «cantar» como debía. El fuego ejercía también en este demente una gran fascinación. Por eso podía describir con los mejores detalles cómo había rociado de petróleo el cadáver de Rosa Ohlinger.

-¡Las llamas me llegaban a las rodillas!

-¿Y el cuchillo?

-Perdido -silabeó Stausberg.

En virtud del párrafo 51 del Código Penal, el idiota no fue enjuiciado, sino recluido en el manicomio. Pero la policía de Düsseldorf saboreaba su triunfo, recreándose en los laureles. Sólo necesitó tres meses para detener al asesino.

Más tarde Kürten confesó:

«Cuando atacué a Kühn, yo había pasado un día de mucho nerviosismo. Cuando mi mujer se fue a la Graf Adolfstrasse, donde trabajaba de asistenta en una tienda, yo cogí unas tijeras y salí a la calle en busca de alguna víctima. Mi tensión era tan fuerte que lo mismo habría atacado a un animal. Fui de un lado para otro de los alrededores del Hellweg. Serían las nueve cuando vi que una mujer se acercaba por una calle pobremente alumbrada. Me eché encima suyo y le grité “¡Alto!”, y le dije: “¡Sin gritar!”»

Kürten sacó las tijeras y le clavó una hoja en el cuerpo con una rapidez extraordinaria, y en la cabeza y en el brazo con que se protegía. La señora Kühn se desplomó gritando socorro, y entonces él la apuñaló en el pecho varias veces. Después huyó.

La señora Kühn había perdido el conocimiento, y cuando lo recobró se arrastró unos cien metros para llegar a su casa. Su esposo llamó inmediatamente a un médico, el cual la hizo llevar al hospital. Más tarde la señora Kühn se quejaba de fuertes dolores en la cabeza, y al hacerle un reconocimiento se descubrió que la punta de la tijera se había roto, localizándose en la bóveda craneana.

Kürten vio al limpiar las tijeras que una de las cuchillas no tenía punta, y fue al afilador para que las vaciara, comprándole al mismo tiempo un puñal.

La mujer de Kürten no se extrañó de que las tijeras estuvieran en el afilador, pues ya casi no cortaban y varias veces había pensado en que tenían que afilarse, y para el uso casero

tenía otras mayores, llamadas Tijeras del Kaiser porque en las dos hojas había grabada la cara del emperador.

La tarde del día nueve de febrero Kürten salió de su casa con ese terrible instrumento. Durante algunas horas anduvo y desanduvo sin éxito alguno, pero hacia las diez de la noche, vio en las proximidades de la iglesia de san Vicente a una pequeña que lloraba porque había confundido una calle y se había perdido. Kürten le preguntó dónde vivía, y ella le dijo el nombre de la calle, y él le prometió que la dejaría en la puerta de su casa. La cogió de la mano y cruzaron la plaza donde está la iglesia. La pequeña le contó que había ido a ver a una amiguita, y le seguía hablando confiadamente sin pensar que aquel hombre la llevaba a una muerte segura. Poco más allá de la iglesia, había una piscina pública separada de las calles por el muro que la rodeaba; estaba tan oscuro que no se veía a nadie, nada.

«Allí la cogí por el cuello -le dijo Kürten al doctor Berg, a quien ya no le callaba nada-, y traté de ahogarla, pero al ver cómo forcejeaba, le clavé las tijeras en la sien y en el pecho. Pero era demasiado poco para lo que yo pretendía.» Kürten dejó a la criatura muerta en una esquina de la tapia y se fue a su casa, no muy lejos de la piscina. Hacía ya rato que su mujer se había ido al trabajo.

«Repasé la ropa que llevaba puesta, por si la sangre de la niña me hubiese salpicado, pero no tenía ni una gota encima. Lavé las tijeras y luego me fui a un cine, pues mi buena Augusta me había dejado una entrada.»

Durante la misma hora del crimen, el pastelero Josef Ohlinger buscaba desesperadamente a su hija, y llamó a muchas puertas preguntando si la habían visto, sin explicarse por qué no había regresado al hogar.

Cuando hacia las once Kürten volvió del cine, llenó de petróleo una botella de cerveza y fue de nuevo al sitio donde dejó a la pequeña con la intención de quemar el cadáver y darle un desahogo distinto a la morbosidad que le consumía; también quería horrorizar más aún a la ciudad. Pero el miedo de que pasase alguien por allí le detuvo, dejando la botella al lado del cadáver, y se fue directo a su casa, acostándose en seguida.

El pastelero Ohlinger, rendido de tanto buscar, se fue a la policía, donde explicó la desaparición de su hija.

Hacia medianoche, cuando Augusta volvió de su trabajo, Kürten dormía como un tronco, como siempre, sin que él la oyese al entrar en la habitación para coger la lámpara de petróleo y las cerillas. Tampoco la luz le despertó. La mujer de Kürten, con sus cuarenta y ocho años, era una desdichada que sólo había trabajado y sufrido. Únicamente le quedaban arrugas y aquel gesto de fatiga con que lo miraba todo. Se sabía vieja y agotada, y sabía que Kürten ya sólo veía en ella su vejez prematura, su carne marchita. Al acostarse, oyó, claras y lentas, las doce campanadas del reloj de la iglesia cercana. A las seis de la mañana se levantó Kürten y se vistió silenciosamente, yendo al lavabo, en un rincón de la buhardilla. No clareaba aún el día cuando salió a la calle. El frío le quemaba la piel mientras iba hacia la iglesia de san Vicente. El pequeño cadáver seguía allí, tal como lo había dejado. Lo roció de petróleo, y sólo cuando vio altas las llamas regresó a su casa, sintiéndose como si hubiese colmado todas sus apetencias. Augusta seguía durmiendo, sin que se hubiese dado cuenta de que había salido.

Hacia las nueve llegaron a aquel lado de la iglesia dos trabajadores que debían reparar la piscina, y vieron cerca de la tapia un bulto que parecía vestido, yendo hasta él para saber de qué se trataba. Rosa Ohlinger estaba boca arriba, con el cuerpo casi quemado y el abrigo medio carbonizado; las piernas, el cabello y las mejillas ya no tenían color, y la boca, totalmente abierta, parecía que aún lanzase su último grito de terror.

El martes de carnaval, entre la una y las dos de la madrugada, se tambaleaba Rudolf Scheer por el Hellweg, acompañado de otro hombre, quien, sin mediar palabra entre los dos, le pegó una bofetada que lo tumbó. Unas tijeras cayeron al suelo, y mientras el agredido trataba de levantarse, el agresor se lo impidió echándose encima. Scheer estaba bebido y era un bravucón que iba siempre armado, y a pesar de los brazos que lo amarraban, se sacó un cuchillo, pero antes de que pudiera abrirlo, su enemigo ya lo había acuchillado, en la sien, en el occipucio y en la nuca.

Kürten le dijo al doctor Berg: «La sangre salía a borbotones de la herida de la nuca; yo la oía caer. Tendido sobre Scheer, traté de beberme un sorbo de su sangre. Pero no pude, pues estaba demasiado excitado. Seguidamente arrastré el cuerpo hasta una zanja de la calle y allí lo dejé. Cuando me iba hacia casa pensé que quizás había dejado las huellas de mis dedos en sus botas ensangrentadas. Retrocedí para limpiar las posibles huellas. Todo había ocurrido en poco tiempo. A la mañana siguiente volví a la zanja, donde ya estaba la policía. Había mucha gente, estremecida, y preguntándose unos a otros qué había sucedido ... »

Kürten volvía siempre al sitio donde había asesinado. El recuerdo de cómo lo había cometido y el terror de la gente se convertían en su mayor placer.

Cuando llegó a unos pasos del cordón policíaco, quiso informarse con un policía.

-¿Quién es la víctima?

-¿Cómo sabe usted que hay una víctima? -le preguntó el policía, observándolo con recelo.

-Me lo han dicho por teléfono -contestó Kürten, sin vacilar, demostrando cierto interés y fingiendo inocencia.

Una de las habilidades de Kürten era tener siempre, sin dudar nunca, una rápida respuesta, lo que causaba buena impresión, sobre todo en las mujeres.

«No sé qué era lo que impulsaba mis actos -dijo Kürten en su confesión-. El instinto me gobernaba. No puedo explicar el porqué de mi violencia, de ese demonio que ha habido en mí, el cual al llegar la noche se apoderaba de mis sentidos. Cuando no podía salir porque mi mujer se quedaba en casa, me enfurecía interiormente, consumido por la impaciencia. Yo tenía que salir. Aunque sólo fuese al bosque, donde ya no me sentiría como si estuviese enjaulado y recordaría mis crímenes.»

Mientras Kürten, casi cada noche, salía a la caza de una nueva víctima, Düsseldorf vivía en una intranquilidad que se había adueñado de todas las clases sociales.

En el mes de agosto, a pesar de que Johann Stausberg carecía de libertad para dar un paso, en el espacio de pocos días se cometieron otros cinco delitos sangrientos. Kürten no daba

reposo a sus ansias de sangre y buscaba continuamente nuevas víctimas. El método era ahora distinto, pues ya no se valía de las tijeras, sino del estrangulamiento. Siempre escogía el mismo ambiente y las mismas oportunidades, singularmente los domingos y en fiestas callejeras. Hablaba con cualquier muchacha y le ofrecía dulces y pasteles; al anochecer la acompañaba a su casa buscando el camino más solitario. Entonces las atacaba por sorpresa y las ahogaba. Algunas de sus víctimas lograban zafarse defendiéndose desesperadamente, y podían huir.

En julio conoció a una criada que se llamaba María Witthaupt. La encontró cuando ella sacaba a pasear al perro de la casa donde servía.

«Nos vimos varias veces, y a ella, como a mí, le gustaban nuestras conversaciones. Un domingo la fui a buscar para que diésemos un paseo y le propuse la campiña Golzheimer. Las Tijeras del Kaiser las llevaba en el bolsillo. De repente vi que mi mujer nos seguía. La Witthaupt no tenía ni idea de que yo estuviera casado. Augusta vino hasta nosotros y dijo: “¡Muy bonito, ya veo que te has buscado una nueva esposa!” Yo tenía en la mano una rosa que había cogido en el jardín de la casa donde trabajaba María, y con la rosa le arreé un golpe a mi mujer en la cara. Y les volví la espalda a las dos, sin decir una palabra.»

Poco después se hizo amigo de otra muchacha llamada Wassman. La llevó a la feria de Heerdt, y luego, solos y en la oscuridad, trató de ahogarla; los gritos de ella hicieron que de una tienda de campaña que había cerca saliesen algunos individuos, para saber qué ocurría. Kürten huyó metiéndose en el bosque.

De todo esto, la policía no sabía nada, y el mismo asesinato de María Hahn no se descubrió hasta el mes de noviembre.

María Hahn tenía veinte años y era una bonita y esbelta muchacha. Los que la conocían declararon que era muy afectuosa y de carácter alegre, y algunos dijeron que tenía varios amigos, y salía con ellos si la invitaban, sin sospechar a lo que se exponía. La familia dueña de la casa donde estaba colocada era muy buena, apellidada Roloff. María solía ir a la Hansaplatz, y allí fue donde conoció a un joven muy agradable y bien vestido, quien le pidió que pasearan juntos aquella tarde. Al separarse convinieron en que volverían a verse el domingo siguiente.

Para ese día, 11 de agosto, María Hahn no sólo se había citado con el nuevo amigo, sino que también se había comprometido con otros tres. Dudando por cuál decidirse, terminó por preferir al nuevo. Según le contó a una amiga, era el más simpático y, sobre todo, el que le pareció que tenía más dinero.

El nuevo amigo acudió puntualmente a la cita, con un magnífico y bien planchado traje. María Hahn ignoraba que en el bolsillo interior de su chaqueta escondía unas tijeras. La pareja cogió un tranvía que iba a la estación; luego fueron en tren a la estación de Neandertal, y desde allí fueron paseando hasta Erkrath; en un bar tomaron un refresco y después se sentaron en el jardín del restaurante. Era un día de cielo despejado, y en el jardín había mucha gente. Por casualidad, estaba también allí un amigo de María, el cual vio, quizá con cierto despecho, que el desconocido pedía vino y se mostraba muy afectuoso y atento con la joven. Él tenía cogida la mano de ella, y después le ofreció un

paquetito de bombones de chocolate. Hacia las siete se los veía hablar muy animados. María Hahn podía estar contenta de su elección: el nuevo amigo no era tacaño.

En Erkrath entraron en otro bar. Comieron embutido de hígado con ensalada de patata y se bebieron una botella de cerveza. Luego emprendieron el regreso a Herresheim, para ir después a Pappendelle. Aquellos alrededores eran bastante solitarios, divididos por un arroyo que se perdía en un valle.

«Las relaciones íntimas se iniciaron allí -dijo Kürten durante un debate que se celebró a puerta cerrada-, pero no me satisfizo. Sentía fluir en mí el nerviosismo, la necesidad de matar. No obstante, me dije que no lo haría. Me dolía terminar con una criatura tan llena de vida. Pero no lo pude remediar, y se desmandó la bestia que hay en mí. Conseguí lo que me había propuesto.»

Llevó a la muchacha a un extremo del valle, lindante con un pequeño bosque. Había decidido matarla.

«Le apreté la garganta, hasta dejarla sin conocimiento, pero se recobró. Entonces le clavé una hoja de las tijeras en el cuello; perdía mucha sangre, pero aún veía y razonaba. Con débil voz me rogó que no la matase. Bebí sangre suya y repetí los golpes, ensanchando las heridas. Probablemente le había atravesado el corazón. Su agonía creo que duró cerca de una hora. Cuando vi que estaba muerta, la arrastré hasta una acequia y le puse ramas encima, cubriéndola totalmente. El sombrero de ella, el monedero y un llavero con cuatro o cinco llaves los arrojé a un campo de avena. Después emprendí el camino de vuelta a mi casa, cantando...»

La señora Kürten estaba todavía despierta cuando su marido regresó, quien le dijo que había ido a una fiesta. A la mañana siguiente, al ver ella en su camisa y en la chaqueta salpicaduras de sangre, le preguntó qué le había pasado, y él inmediatamente improvisó una historia sobre una hemorragia nasal que había sufrido. Pero en el pantalón había también manchas sospechosas, y Augusta le gritó acusándole de que seguramente había andado con alguna muchacha.

La discusión fue tan acalorada, que Käthe Wimmer, una vecina del piso de abajo que en aquel momento llegaba al pasillo, aguzó el oído para saber qué le ocurría a la pobre señora Kürten, que tanto sufría con aquel repugnante individuo. La señorita Wimmer era la única persona del 71 de la Mettmanner Strasse a quien Peter no había podido engañar, mientras los demás vecinos le tenían por un hombre normal y correcto. Mientras estaba en su trabajo, Kürten pensaba en su crimen de la noche anterior, y decidió enterrar a María allí mismo, abriendo un hoyo, al que podría ir las veces que quisiese, para entregarse a los recuerdos y dejar que vagase su morbosa imaginación.

María, se dijo Kürten, debía tener una tumba, pues además de los motivos por los que la había planeado, si se descubría su cadáver demasiado pronto, Augusta podría relacionar su asesinato con las ropas que le vio manchadas de sangre, y había que preverlo todo.

Cuando Kürten volvió aquella tarde a su casa, le dijo a Augusta que a la noche volvería al trabajo, pues tenía, que sustituir a un compañero que estaba enfermo del turno que seguía al suyo.

Entre el bosque y el valle, Kürten excavó hasta conseguir un hoyo de más de un metro de profundidad; luego fue a buscar el cadáver de María Hahn, cubierto por las ramas, y se lo llevó a hombros. Le sorprendió notar que el cuerpo no estaba rígido, sino flexible. A Kürten, entonces, según sus propias palabras, le invadió una gran ternura, y limpió la cara de la muerta, llena de sangre seca. Luego la metió en el hoyo, viendo que tenía las ropas desgarradas, enseñando los muslos y el pecho. Recordó cómo la había matado y se estremeció. El instinto seguía atormentándole bestialmente.

«Apisoné la tierra con la azada, asegurándome de que nadie sospechase que era una tumba. Como otra vez me había manchado de sangre la camisa, la lavé en el riachuelo y me la puse estando aún mojada, y la azada la escondí en el bosque; el barro de los zapatos lo quité frotándolos con hierba. Cuando terminé estaba casi amaneciendo.»

Hacia las siete, Kürten llegaba a su casa. Augusta estaba despierta y le preguntó por qué se le habían ensuciado y humedecido tanto los zapatos en la fábrica. Sin contestarle se acostó. Atrás quedaban dos noches de una agitación insoportable. Durmió una hora y volvió al trabajo.

A la semana siguiente fue otra vez a Pappendelle, sacó la azada de donde la había escondido y plantó en la tumba unas matas para que no se viese un trozo de tierra pelada. Cuando volvió, semanas después, vio secas las matas que había plantado, y entonces buscó una piedra para que tapase aquel espacio donde nada arraigaba.

Los señores Roloff, en cuya casa servía María, se acostumbraron a la idea de que no volvería. Quizá se había ido a Bremen, donde vivían sus padres, aunque era muy extraño que hubiera dejado sus ropas y sus cosas en la casa. Pero los Roloff dejaron de preocuparse por ella ante un comportamiento tan grosero. No obstante, no podían evitar que de cuando en cuando se preguntasen si no había un misterio en su desaparición, y terminaron por informar a la policía, la cual no le dio importancia a la denuncia. «Está a la orden del día en toda gran ciudad la desaparición de muchachas que obedecen a su propio capricho. Suelen irse con sus amantes, y mientras dura el amor o el dinero no vuelve a saberse de ellas, pero al final reaparecen.»

Sin embargo, un policía tomó los datos personales de María y anotó el día en que los dueños de la casa la vieron por última vez.

-Es de esperar -dijo él- que esa muchacha aparecerá pronto.

En cierto modo, tenía razón.

Con el crimen de María Hahn, Kürten había franqueado la última barrera, y no hubo nada que lo detuviese. La pasividad de los meses anteriores llegó bruscamente a su fin, y llegó el mes de agosto, mes de muchas fiestas, fiestas que serían sombrías por la sangre y el horror que traerían consigo.

La policía, mientras, no lograba explicarse cómo, una vez detenido el criminal Johann Stausberg, un crimen seguía a otro crimen.

20 de agosto: Alrededor de medianoche dos muchachas regresaban de la fiesta mayor de Lierenfeld: Ana Goldhausen, de dieciocho años, y Margarita Patten. Se despidieron al

llegar a una casa de la Gumberstrasse, donde vivía Margarita. Ana Goldhausen continuó su camino, y apenas había andado unos cien pasos surgió de la oscuridad un hombre que le cerró el paso y se le echó encima, clavándole una cuchillada en el costado izquierdo. Sangrando mucho y entre fuertes dolores, la muchacha llamaba a su madre, y se arrastró hasta casa de su amiga, donde la recogieron. Estaba gravemente herida, pues la puñalada le había atravesado el diafragma, llegándole al hígado y perforándole el estómago.

20 de agosto: Poco después de este ataque, la señora Olga Mantel se vio sorprendida por un desconocido que quiso conversar con ella.

-¿Puedo acompañarla?

Ella no contestó al intruso, y para esquivarle, cruzó la calle, pasando a la otra acera, pero observó que él la seguía, y tuvo miedo, y echó a correr. Segundos después sintió un fuerte golpe en la espalda, se cayó al suelo y sintió otro golpe.

«Gritaba como una condenada -dijo Kürten-, y me fui rápidamente de allí.»

Los inquilinos de la casa frente a la cual había sido atacada la mujer se despertaron al oír sus desesperados gritos. Uno de los vecinos era enfermero y le hizo la primera cura, y en seguida la llevó a un médico. La internaron en el hospital.

La señora Mantel describió a su agresor como un hombre de unos treinta a treinta y cinco años, de baja estatura y traje marrón oscuro. Ella sólo lo vio correr y desaparecer en la oscuridad.

20 de agosto: Apenas habían transcurrido diez minutos de cuando se consumó esa nueva agresión cuando sufría otra el comerciante Heinrich Kornblum.

«Yo venía de una reunión de mi peña deportiva y para llegar antes a mi casa, me metí por un atajo que atraviesa el campo. De repente vi a mi lado un hombre como si hubiese brotado de la tierra. “¡Espera, pollo!”, me gritó, queriendo sin duda intimidarme. En vez de esperarle eché a correr, y cuando me volví creyendo que lo había dejado atrás, me quedé helado al verlo detrás de mí. Intenté saltar la verja de un jardín, y aún no había levantado un pie que ya el individuo me amarraba por el hombro y me pegaba un golpe en la espalda, casi en la columna vertebral, pero pude saltar al otro lado del jardín, y el tipo entonces desapareció. Con dificultad, pues sentía un dolor muy fuerte, llegué a los primeros puestos de una verbena y entré en una barraca de tiro al blanco, donde caí desvanecido. Antes de que me llevasen al hospital, oí que decían que aquella misma noche habían asaltado a dos mujeres. El hombre que me atacó tendría unos veintidós o veinticinco años, era ancho de hombros y tenía la cara de un perro dogo y los pómulos en extremo salientes. Llevaba un traje de color marrón.»

Kornblum estuvo en el hospital unas tres semanas, y cuando los médicos le dieron de alta ya no se quejaba de nada. La señora Mantel tenía una lesión de gravedad en un pulmón, y Ana Goldhausen estuvo durante meses entre la vida y la muerte.

Kürten había empleado para estos ataques el puñal que compró cuando hizo afilar las tijeras. El primer ataque, el que casi le costó la vida a Ana, no proporcionó a Kürten ninguna satisfacción sexual, que era la obsesión suya cuando decidía un ataque. La

segunda vez, asustado por los gritos de la señora Mantel, tampoco pudo lograrla, buscando en seguida una tercera víctima, sin importarle que fuese niña, mujer u hombre. Y fue al apuñalar a Kornblum cuando sació su deseo.

Para saborear hasta donde le fuese posible sus ataques, volvió a la feria, y anduvo de un lado a otro gozando con la animación que había, y terminó mezclándose con los grupos que sólo hablaban de lo mismo, de aquel desalmado que tanta sangre estaba vertiendo. Y allí estaba Kürten, gozando más cuanto mayores eran el miedo y la ira con que hablaban de él, sobre él. Sabía que cuando toda aquella gente durmiese, su sueño sería una terrible pesadilla, y todo, todo se le debería a él, únicamente a él. Al volver a su casa, Kürten estaba más contento que nunca.

Noche del 24 de agosto: En Flehe se celebraba una fiesta con desfiles de antorchas y fuegos artificiales. Kürten estaba allí, viendo y escuchando. Se acercó a una mujer, pero ella lo rechazó. Por encima de las cabezas de la gente veía cómo se descoyuntaban los muñecos de los tiovivos. De todas partes llegaban disparos y músicas verbeneras.

Kürten estuvo un buen rato dando vueltas alrededor del carrusel, donde todo era iluminación y alegría. Le ponía de mal humor el que la gente se divirtiese tanto... Entonces invitó a dos muchachas para que subieran con él a las montañas rusas, pero también le volvieron la espalda. Hacía mucho calor y él estaba que ardía de ira y de despecho. Volvió a la carga al ver a una joven que iba sola, y la muchacha quiso seguir yendo sola.

Durante más de una hora estuvo rodando, mortalmente aburrido. Los fuegos artificiales empezaron y los cohetes reventaban y estallaban despidiendo en el aire una lluvia de chispas de color violeta, y estrellas rosadas, blancas y rojas. Luego una rueda de fuego empezó a girar y a centellear, con todos los colores del arco iris.

Kürten seguía acechando, tras la caza que no acababa de localizar. Se fue del parque de atracciones y se agregó a la muchedumbre que se divertía y gritaba siguiendo el desfile de las antorchas. Pero él seguía fijo en sus trece, mirando a un lado y a otro. Su excitación era ya tan aguda como el puñal que apretaba en el bolsillo.

«Vi a dos niñas que doblaban la esquina de un callejón que salía a las afueras, y las seguí. Antes de que llegasen a donde había luz, me acerqué, y a la mayor le di veinte pfennigs pidiéndole si quería irme a comprar un paquete de cigarrillos. Cuando ya no la veíamos, cogí a la otra y en un abrir y cerrar de ojos le apreté el cuello con una cuerda y cerré el nudo...»

La niña Gertrudi Hamacher tenía cinco años, y perdió en el acto el conocimiento. Se la llevó por el otro extremo del callejón, y salió a un huerto, donde abusó vilmente de la criatura, degollándola después. Inmediatamente volvió al callejón, donde ya debía esperar la otra niña, Luisa Lensen, de trece años, quien al ver a Kürten corrió hacia él. Kürten se metió los cigarrillos en el bolsillo y en el acto repitió con Luisa Lensen la misma hazaña de la cuerda. Ella se defendió pataleando, pero él pudo más y la arrastró hasta donde había dejado a la otra criatura. Kürten creyó que Luisa estaba sin sentido y la dejó en el suelo, pero cuando sacó el puñal ella empezó a volver en sí, quizá debido al dolor, y gritó «¡Mamá! ¡Mamá!». Sus gritos se perdían en la extensión del huerto, y Kürten la arrastró

más adentro del sembrado y de un zarpazo la tiró de bruces al suelo. Esto fue el fin. De las cuatro puñaladas que le clavó en la espalda, una atravesó el pulmón y otra la aorta.

Serían las diez cuando Kürten subió a un tranvía y volvió a su casa. A la misma hora, Johann Hamacher, el padre de la pequeña Gertrudi, preguntó a sus vecinos si habían visto a su pequeña y a su ahijada Luisa Lensen, pues fueron a la feria y todavía no habían regresado. Hamacher vivía a unos doscientos metros del huerto aquel, el cual era propiedad de la familia Frendenberg, que también vivía muy cerca. Los Frendenberg no las habían visto, pero otros vecinos dijeron que habían visto a las pequeñas en la feria, montando en el tiovivo, y una mujer dijo que hacia las diez oyó que alguien chillaba, y agregó que quizás era una criatura, pues el chillido fue muy agudo.

Seguidamente toda la vecindad se dedicó a buscar, gritando el nombre de las dos criaturas, por calles y callejones y plazuelas. Se registró todo, y allá donde se movía algo, allá corría la gente, y aquí era un gato que huía y allá era el viejo tronco de un árbol lo que les engañaba. Pero ni rastro de las niñas. ¿Se habrían perdido, o quizá dormido en el parque de atracciones? Las casetas y las barracas estaban ya cerradas y apagadas las luces.

Eran ya las cuatro y media de la mañana cuando los extenuados hombres renunciaron a seguir buscando, y Johann Hamacher fue a dar parte a la policía. Los dos ensangrentados cadáveres los encontró a las seis de la mañana la señora Frendenberg, al ir a misa, pues, como hacía siempre, había seguido el camino que atravesaba el huerto. Inmediatamente se avisó a la policía, y todo el pueblo acudió al lugar del crimen, donde se descubrió la huella del pie de un hombre, del cual sacaron el molde en yeso.

Entre la gente que se desahogaba en lamentos y amenazas, estaba Kürten, diciendo lo mismo que los otros, y más que los otros.

-Es como si en medio de un día tan brillante y hermoso como hoy hubiese caído un rayo... ¿No les parece?

Observaba la indignación de la gente contra el asesino y las ineficaces medidas que tomaba la policía. Se organizaron grupos policíacos para que registrasen todos los alrededores, y todas las viviendas de los suburbios; detuvieron a muchos vagabundos. Pero, como se reconoció más tarde, todos los esfuerzos fueron inútiles. Sólo se tenía un indicio, la huella de aquel pie.

Hacia la una, Kürten se fue a comer, pues en cuanto a puntualidad era un modelo. Y una hora después salía otra vez a vagabundear por las calles.

El día era espléndido, y después de recoger el puñal, el cual nunca llevaba a su casa, se fue a Oberkassel, con la intención de encontrar a una mujer que le gustó desde el primer momento que la vio, tiempo atrás. Fue inútil lo que anduvo, pero el puñal que aquella semana había agredido a cinco personas entraría nuevamente en acción.

La misma noche ingresó, en el hospital María Theresien, Gertra Schulte, una muchacha de veintiséis años que trabajaba de ayudante de cocinera. El médico de guardia, el doctor Frischen, dijo que estaba casi exangüe y que sufría un fuerte shock. El certificado del médico forense fue éste:

«Un corte de diez centímetros de largo en la bóveda craneal, con tendencia a rasgarse hacia delante; profundos cortes en la oreja y, en el lado derecho del cuello, una herida de seis centímetros; tres heridas más, también por arma blanca, en la nuca; un profundo corte en el hombro izquierdo y, en la parte interior del brazo, una herida también de cuchillo; en la cavidad axilar, dos puñaladas; la pierna izquierda estaba entumecida, y en la segunda vértebra hay la punta de un cuchillo o de un puñal de cincuenta y cuatro milímetros de largo.»

Los médicos no creían que esa mujer viviese, pero Gertra Schulte se salvó como de milagro.

Kürten había hablado con ella en la Burgplatz de Oberkassel presentándose como un empleado de correos que se llamaba Baumgart. Un empleado del Estado siempre producía una inmejorable impresión. Llevó a la joven a la feria de Neuss y le compró coco, pan alpestre, como le llaman al pan de los Alpes, y melocotones.

Se pararon delante de una barraca de feria, donde unos carteles muy chillones invitaban a pasar dentro y anunciaban la presentación de artistas ligeramente vestidas. Al leer lo de «ligeramente vestidas», Kürten se indignó mucho, exclamando:

-Mire usted a estas mujeres. ¡Cómo se presentan! «Esta cualidad moral me inspiró confianza», diría más tarde la muchacha.

Por la tarde, cuando regresaban a Düsseldorf, persuadió a la muchacha para que se apeasen del tren una parada antes y hacer el último trecho a pie. Eran las nueve y media, y el camino se fue alargando tanto que a ella empezaron a dolerle los pies, y se quitó los zapatos. Una hora después estaban junto a la orilla del Rhin, desde donde se divisaban nítidas las luces de la ciudad. Kürten le hizo creer a la agotada Gertra que no conocía aquel paraje, ni el puente de Oberkassel sobre el Rhin. Había un camino que iba a Damm a través de un tupido matorral, y a medida que seguían adelante a ella le entró miedo, pues el camino no terminaba nunca. Él la tranquilizó, diciéndole que ya no podía faltar mucho para llegar.

Gertra Schulte se fue tranquilizando, y luego se sentó para ponerse los zapatos. En el mismo momento Kürten se lanzó sobre ella tirándole fuertemente del suéter. Gertra se defendió bravamente, pues era joven y fuerte.

-Aquí puedes luchar todo lo que quieras; nadie te va a oír.

-¡No, por favor! ¡Antes preferiría morir! -gritó ella con el mayor desespero.

-Precisamente tienes que morir -le replicó él al mismo tiempo que le clavaba la primera puñalada.

Gertra Schulte pidió socorro con gritos que estremecían, hasta que perdió el conocimiento. Kürten siguió ensañándose, sin herirla mortalmente, y cuando ella volvió en sí y trató de levantarse y huir, él se le echó encima, y al apuñalarla otra vez, la punta del puñal se rompió, quedando incrustada en la columna vertebral. Gertra aún anduvo unos pasos hasta que se desplomó, pero Kürten no la siguió, pues acababa de oír voces y

ruido de pasos. No se había dado cuenta de que no lejos de ellos acampaban unos jóvenes excursionistas, los cuales oyeron los gritos de la muchacha.

Kürten arrojó en el acto el puñal entre la maleza y agachado se alejó de allí, cogiendo poco después el camino de su casa. También tiró lejos el bolso de Gertra, quedándose sólo el reloj de pulsera que la joven llevaba.

Entre las vigas del techo de su casa había escondido Kürten el reloj de María Hahn, y ahora enriquecería el escondite con un nuevo souvenir.

Se sentó en el banco de la Lueg-Platz y esperó ansioso el paso de la ambulancia, pues estaba seguro de que habrían recogido a Gertra. Seguramente que los que fueron a socorrerla habrían avisado a la policía. Por otra parte, estaba tranquilo, ya que estaba seguro de que Gertra Schulte no vería la luz del día siguiente.

Pero Kürten se equivocó, pues no sólo consiguió restablecerse, sino que, antes de que amaneciese, su última víctima pudo dar la descripción de su persona. Rubio, de cara redonda y unos veinticinco años de edad; traje de un gris claro y agradable de trato y correcto. Al fin la policía tenía un testigo en quien apoyarse, pues ella había estado con el asesino durante unas horas y sus declaraciones eran valiosas.

Ciertamente, Kürten siempre había parecido más joven de lo que era, debido al esmero con que cuidaba su ropa, a su afeitado diario y al cosmético que empleaba para el cabello antes de empezar sus «excursiones». Aquel domingo llevaba un traje gris, como siempre, impecable. Verdaderamente sorprendía que un hombre de cuarenta y seis años cumplidos representase muchos menos, hasta atribuirle algunas de las mujeres que le conocieron sólo veinticinco.

A la mañana siguiente, Kürten compró en seguida todos los periódicos. Cada uno informaba sobre el misterioso asesino que merodeaba por las calles de Düsseldorf y sus monstruosos hechos. La lectura de unos diarios que se referían a él le causó una especie de voluptuosa sensación. La prensa de aquel lunes publicaba artículos que llenaban algunos una página. Describían con mucho detalle el asesinato de la pequeña Flehe y el intento contra Gertra Schulte, y recordaban los tres ataques de Lierenfeld. Kürten no cabía en sí de gozo: la policía estaba atareadísima por culpa suya. Materialmente se había quedado sin aliento en las últimas veinticuatro horas.

El jefe de policía de Düsseldorf hizo circular la siguiente nota a fin de tranquilizar a la atemorizada población: *«Han sido movilizados todos los policías disponibles. Esperamos tener éxito.»*

Pero no llegó el éxito esperado, y no por culpa de la voluntariosa policía, sino por las deficiencias de las averiguaciones. Aquella sangrienta semana de agosto demostró que el supuesto culpable, Johann Stausberg, recluido todavía en un manicomio, era inocente de los crímenes del mes de febrero.

La ciudad vivía en medio de un constante terror, pues el sádico asesino de Rosa Ohlinger, de Rudolf Scheer y de las dos niñas de Flehe, era idéntico al criminal que intentó matar a frau Kühn, a Heinrich Kornblum y a Gertra Schulte, además de las otras ya sabidas víctimas suyas.

Mientras la policía activamente, pero sin resultado alguno, vigilaba en los sitios más oscuros, se sucedían los criminales ataques.

A Carolina Heerstraas la abordó cerca de la estación un agradable caballero. Primero la invitó a tomar un vaso de cerveza y luego dieron un corto paseo por los alrededores de la estación; era ya cerca de la una de la madrugada y había muy poca luz en las calles por donde iban. Cuando menos lo esperaba la muchacha, él se le echó bruscamente encima e intentó ahogarla. Ella trató de defenderse y consiguió desprenderse de él y huir, pero Kürten la alcanzó y ahora le atenazó la garganta hasta que vio que no se movía; después la arrastró hasta el río, del que estaban muy cerca. Kürten declaró más tarde que su intención no fue matarla, pues el instinto sexual que le empujaba se había saciado cuando la alcanzó al huir ella.

«Yo estaba seguro de que en aquella parte el río era poco profundo, siguió diciendo, por eso la empujé. Mi único deseo era verme libre de aquella ramera.»

Sofía Rück iba en bicicleta por la Rosstrasse a última hora de la tarde. De pronto, de un lado de la calle, saltó sobre ella un hombre, cogiéndola tan bestialmente del cuello que cayó al suelo, y le golpeó la cabeza con un objeto pesado. Ella quiso gritar pero se desvaneció al segundo golpe.

María Radusch, hacia medianoche, iba por la Dreherstrasse, cerca del Hellwegs, donde en febrero último habían caído la señora Kühn y Rudolf Scheer, y de pronto la atacó un desconocido con la intención de estrangularla. Kürten dijo posteriormente, refiriéndose a este ataque:

«Ella gritó pidiendo socorro, y muchos que la oyeron corrieron hacia mí, pero no pudieron alcanzarme. Era la primera vez que se me perseguía.»

La policía estaba desconcertada. Evidentemente, se trataba del mismo individuo, aunque siguiera diversos métodos para realizar sus fechorías. Según un viejo aforismo policíaco, «el ladrón y el asesino reincidentes siguen siempre los mismos métodos».

Quizá si se hubiese prestado al caso mayor atención, se habría llegado a conclusiones muy interesantes. Por ejemplo: revisando los ficheros de la policía, e investigando todos los antecedentes de algunos de los presos ahora en libertad, se habría visto que un tal Peter Kürten, condenado por varios delitos, había atacado a algunas mujeres intentando estrangularlas. Y, comparando unos hechos con otros y el procedimiento que se seguía, seguramente que se habría llegado al resultado que pedía la ciudad. Pero la policía tenía casi la convicción de que aquellos delitos se debían a dos individuos que actuaban independientemente el uno del otro. El que estrangulaba y el que apuñalaba.

Y no tardó mucho tiempo en añadirse un tercer criminal a los dos sádicos que suponía la policía. El procedimiento era otro. Ahora apareció el «hombre del martillo».

La buhardilla donde vivía el matrimonio Kürten estaba en la misma planta donde había un desván, y entre una de las vigas y el techo, Kürten tenía escondidos el reloj de María Hahn y el de Gertra Schulte. En la noche del 9 de septiembre agregó a la colección una nueva alhaja: un anillo de oro de mujer.

La mañana del lunes, un empleado de la luz se alarmó al ver manchas de sangre en un sendero cercano al Rhin. Las siguió y vio que un trecho adelante y luego en otro no eran manchas, sino charcos, a pesar de que se hubiese casi secado la sangre. Fue avanzando hasta llegar a la orilla del río, y allí hizo el macabro descubrimiento: sobre la hierba pisoteada había el cadáver de una mujer. Tenía el vientre desnudo casi y la cabeza machacada, al parecer a martillazos, deduciendo, además, por las señales del cuello, que la habían estrangulado.

Detuvieron a varios individuos, la mayoría vagabundos. Uno de ellos, por carecer de hogar, fue el que despertó más sospechas, pues confirmó que la noche del crimen había dormido cerca del río. No obstante, días después lo dejaban en libertad al llegar a la conclusión de que era inocente.

Se pidió la ayuda de la policía de investigación criminal de Berlín, y el comisario Gennat se personó inmediatamente en la ciudad de Düsseldorf. La policía se dirigió a la opinión pública, pues quizás haciendo un llamamiento al pueblo se consiguiera su ayuda.

¿QUIÉN CONOCE EL CADÁVER?

Aproximadamente cuarenta años de edad, un metro cincuenta y cinco centímetros de estatura, delgada, cabellos y ojos castaños, dientes desiguales.

Ropa: abrigo azul oscuro, falda plisada también azul, blusa de seda del mismo color que la falda. Ropa interior: faja color rosa, camisa blanca con encajes y combinación de un tono lila claro. Medias grises, zapatos de color marrón de piel de becerro, en los que hay grabada esta marca: S. Hirsch. Barmen, con la cifra 3615. Asimismo se encontraron junto al cadáver un sombrero de paja con cinta azul y unos guantes amarillos de imitación piel.

El primer indicio lo proporcionó un zapatero remendón al declarar que hacía poco había puesto medias suelas a los zapatos de piel de becerro. Dijo que la dueña de los zapatos se llamaba Ida Reuter, y que le parecía que trabajaba de sirvienta en una casa de Barmen. No tardó mucho en llegar a la comisaría el informe de la desaparición de la muchacha, dado por la familia de Barmen que la tuvo a su servicio durante catorce meses.

El jefe de la familia declaró que Ida Reuter tendría poco más de treinta años y que era trabajadora y muy de confianza. Quizás era un poco coqueta, pues se gastaba el dinero que ganaba en ropas costosas y cosas superfluas. Su orgullo mayor era su bonito vestuario. Desde luego, ella compraba siempre las prendas más caras. El día del crimen llevaba un bonito jersey, más propio de una mujer de otra clase social. Sin embargo, el jersey no se incluyó en la de descripción de la policía, pues nadie lo vio cuando la recogieron. Kürten se había lavado las ensangrentadas manos en el Rhin y se las secó con el jersey de ella, tirándolo luego al agua.

Se supo que Ida cruzó algunas cartas con un amigo que trabajaba en los talleres ferroviarios, y se le detuvo inmediatamente, pero después de muchas averiguaciones se le puso en libertad, pues su coartada no ofrecía la menor duda.

El comisario Gennat, enviado por la Dirección General de Berlín, descubrió que Ida Reuter llevaba una doble vida. Mientras durante la semana hacía con diligencia su trabajo,

los domingos iba a ciertas zonas de la ciudad, frecuentando establecimientos de mala nota. Tenía muchos amigos, y se supo de un tal Rudi, de un tal Paul y de un tal Wilty. En seguida se trató de localizarlos, lo mismo que a un holandés, del que tuvieron noticias por unas cartas que encontraron en la cómoda que había en la habitación de Ida. Ese holandés iba a menudo a Düsseldorf, y casi siempre se veía con ella.

¿Fue asesinada Ida Reuter a causa de los celos de alguno de sus amigos o la asesinó un hombre al que casualmente había conocido? ¿Se trataba, acaso, del crimen de un loco sádico o fue víctima de una vulgar riña entre gente del hampa?

La gente no paraba de hacer preguntas a las que la policía no podía contestar. Pero el 11 de octubre, en una localidad cercana, en Flingern, fue descubierto un segundo cadáver que aclaró en parte el misterio del primero. Para ese nuevo crimen, el procedimiento fue el mismo que se siguió con el anterior, a golpes de martillo. La víctima se llamaba Elizabeth Dörrier y era conocida en los bajos fondos como prostituta.

Elizabeth Dörrier, antes de caer en la abyecta vida de los lupanares, fue criada de servicio, pero el empedrado de las calles de Düsseldorf lo encontró muy duro, y no fue ella la única muchacha pueblerina que siguió aquel camino poco después de llegar a la ciudad.

Una vida que al principio le pareció cómoda y con ciertos lujos, la fue arrastrando cada vez más abajo, hasta que a la vez que su dignidad lo fue perdiendo todo, acabando en un lastimoso guiñapo al que sólo le quedaba la mísera ropa que llevaba encima. En verano solía dormir en las laderas del Rhin, y cuando llegaban los primeros fríos, recurría a los bancos públicos o pedía a alguna conocida de su mismo ramo que la recogiese, a lo que se resistían la mayoría de sus antiguas amigas.

El día en que se encontró con su asesino, estaba más desamparada que nunca y viviendo en la calle, sin un pfennig en el bolsillo ni nada que perder.

Aquella tarde de un viernes, 11 de octubre de 1929, Kürten decidió abandonar momentáneamente su habitual distrito de la estación, por creerlo poco provechoso, y escogió un barrio más concurrido, yéndose hacia la Graf-Adolf Strasse.

Eran las nueve de la noche y las sesiones de los cines estaban terminando. Kürten pensó que sería fácil encontrar entre la gente que paseaba una nueva víctima. Recorrió varias calles, hasta que vio el perfil de una esbelta muchacha parada en el vestíbulo de un cine. Se la veía decaída, apoyándose con abandono entre una y otra vitrina comercial; llevaba un raído abrigo gris y zapatos viejos; en la cabeza, un sombrero de paja azul impropio del otoño.

Estaría esperando a algún amigo, pensó Kürten. Él era un buen observador y fácilmente acertaba, pero esta vez se equivocó; la Dörrier esperaba que se le presentase un plan. A Kürten, extraño en un hombre de sus aberraciones, le repugnaban las mujeres que comerciaban con su cuerpo; si él hubiese sabido de qué clase de mujer se trataba, quizá la habría rechazado, pero el ansia de matar era en él irresistible.

La Dörrier, acostumbrada al trato con los hombres, se comportó con habilidad cuando él la abordó. Antes de aceptar la invitación de Kürten vaciló unos momentos, como dudando si debía o no acompañarle para que tomasen un vaso de cerveza. Luego, cuando roto ya

el hielo del principio estaban sentados en un cafetucho, ella le confió su desgraciada vida y su desesperada situación. Sin empleo, sin un techo propio, sin nadie en quien confiarse... Verdaderamente la vida era muy difícil. Incluso aquella noche no tenía donde dormir.

Kürten no dudó en aconsejarle que fuese con él a su casa, aunque, naturalmente, no era la de la calle Mettmanner Strasse la casa en que pensaba. Una habitación imaginaria, sin otro techo que las estrellas ni otra cama que la dura y húmeda tierra.

Hicieron un largo trayecto en el tranvía, hasta llegar casi extramuros de la ciudad, allá donde se habían levantado algunas fábricas y las pequeñas y apiñadas viviendas humildes daban al ambiente un tinte sombrío y gris. Una mísera zona donde nada era agradable. Pero eso le daba igual a la Dörrier, pues sólo le quedaban dos miserables marcos, y seguramente que aquella noche, de no ser por el desconocido, habría tenido que dormir en la calle.

Kürten la llevó al parque del Este, y al llegar a espaldas de la Sulzbacher Strasse, se metieron en un sendero bordeado de matas. Para tener más libres los brazos y poder sujetar con más rapidez, Kürten se puso a la derecha de ella, tentando continuamente el martillo cuyo mango llevaba metido en el pantalón. Poco habrían andado cuando bruscamente, en seco, le pegó el primer martillazo, justo en medio de la frente, cayendo la Dörrier sin decir ni ay. Entonces Kürten la cogió de la muñeca y la arrastró hasta más allá del prado, donde había un soto muy espeso. Y allí, protegido por la soledad y la noche, le pecó otros martillazos en la cabeza. La Dörrier apenas se movía, y sólo de vez en cuando emitía un débil gemido. Después ya no la oyó más.

Kürten se levantó creyéndola muerta. Cogió el viejo abrigo, el sombrero y el monedero de la Dörrier para tirarlos en otro sitio, y se fue a su casa.

Elizabeth Dörrier quedó abandonada en el soto de Torfbruch. La hierba estaba húmeda de sangre, pero ella respiraba todavía... A la mañana siguiente la encontraron en estado comatoso y la llevaron al hospital. Tardó treinta y seis horas en morir, sin haber recobrado el conocimiento.

Como en el caso de Ida Reuter, el indicio principal para descubrir la identidad de la Dörrier fueron sus gastados zapatos de charol negro, pues tres semanas antes la desdichada los había comprado a una gitana por un marco.

La policía comenzó a investigar la vida de Elizabeth Dörrier, pero también, como en el caso de la Reuter, no se hallaba luz alguna que ayudase a descubrir al autor de tan misteriosos y aterradores hechos. Se registraron los lugares que frecuentaba la víctima y se interrogó a mucha gente. Todo en vano. Hasta que dos días después del asesinato de Elizabeth Dörrier se recibió en la comisaría de policía de Düsseldorf una carta anónima, encabezada con un extraño dibujo que representaba un sitio entre la maleza de algún bosque. Lo habían hecho con lápiz azul, y debajo escribieron esto en mayúsculas:

CRIMEN

En Pappendelle, en el lugar señalado con una cruz, en el cual no hay vegetación, está enterrado un cadáver, aproximadamente a un metro y medio de profundidad.

La policía no concedió crédito a esta carta, pues estaba demasiado ocupada con los casos Reuter y Dörrier. Aparte de esto, no se había recibido en los dos últimos días ninguna denuncia de desaparición en aquella comisaría. No obstante, y como medida preventiva, se cursó la orden a los puestos de policía de Pappendelle de que se procediese a un minucioso registro de aquellos alrededores, pero la policía local buscó, sin hallar absolutamente nada; y con esto terminó el asunto.

Poco tiempo después la policía tomó declaración a cierto individuo que se presentó en la comisaría espontáneamente. Era el compañero de celda que Kürten tuvo en la prisión de Ulmerhöh, y dio un informe detallado de las confidencias que le hizo Kürten durante su reclusión.

La policía interrogó hábilmente a los vecinos de la Mettmanner Strasse sobre la vida y la conducta de Kürten, y todos dieron los mejores informes, aunque no se interrogó a la señorita Wimmer, asegurando que era un hombre muy correcto y de buenas costumbres, y pendiente siempre de su esposa, a la que acompañaba todos los días a su trabajo.

La policía fue entonces al hospital, donde aún seguía grave Gertra Schulte, y le enseñó una fotografía algo antigua de Peter Kürten, y Gertra, viendo un rostro distinto del que ella recordaba, sin pensar que cuando Kürten se hizo el retrato se teñía el cabello y llevaba una barba muy corta, contestó con voz débil:

-No; no fue ése.

Lo mismo que toda la ciudad, Frau Kürten vivía aterrorizada ante los crímenes del asesino, y esto, el que hasta su mujer temblase sólo de pensar en él, colmaba el orgullo y la felicidad que experimentaba después de cada crimen, y lo que más le envaneció fue ver que la recompensa fijada para su captura era de siete mil marcos. El anuncio fue para él el resorte que le impulsaría a dar otros pasos que le destacarían del vulgo, lo cual era una de sus obsesiones: que se le viera, que se le conociese, y para conseguirlo le bastaba con lanzar a los cuatro vientos la noticia de que él sabía por dónde andaba el criminal de Düsseldorf. La gente le adoraría. Y ya no dudó, viendo, antes ya de dar el primer paso, manifestaciones en honor suyo de miles de ciudadanos dándole las gracias por haberlos salvado del asesino. Efectivamente, no tardó en imaginar mucha gente estacionada frente a su casa, deseando verle; aquella casa de la Mettmanner Strasse, donde en una viga del desván tenía escondidas varias prendas que él consideraba sus trofeos.

El alcalde y el comisario de policía hablaron largamente con él, y le dieron las gracias en nombre de la atemorizada población.

Todo eso, ese juego al que se entró, no fue obstáculo para que Kürten siguiese asesinando. Poco después tuvo un día de trabajo pesado, y al regresar a su casa caminaba sin casi darse cuenta de su cansancio. Siempre que le asaltaba el afán irrefrenable de matar, se sentía ágil como si acabase de levantarse de la cama, y ya no había nada que lo contuviese, y cuanto más sangre vertía, más sangre necesitaba.

A la larga lista de sus atentados, el veinticinco de octubre agregó otros dos. Atacó con el martillo a la señora Hubertine Meurer, de treinta y cuatro años, a quien encontró en el Hellweg y a la que acompañó diciéndole: «¿No tiene usted miedo con esta oscuridad? Aquí se han cometido delitos...» Y atacó a la ramera Klara Wanders, la cual se le acercó

antes de que atentase contra la señora Meurer. Las dos mujeres quedaron gravemente heridas, pero no murieron.

Refiriéndose a su ataque contra la prostituta, dijo Kürten:

«Con ésa se me rompió el mango del martillo; tenía la cabeza más dura que la piedra.»

Seguramente que fue por eso por lo que volvió a las Tijeras del Kaiser, pues también era más fácil esconderlas y más seguro el golpe.

Es en un día frío del mes de noviembre cuando la niña de cinco años Gertrudi Albermann encuentra a la muerte en su camino.

Según declararon muchos testigos, la pequeña iba con un desconocido, pero nadie le dio importancia, pues vieron que estaba contenta y llevaba la dirección de su casa. Parece que los últimos que la vieron fueron unos trabajadores que volvían a su casa por la Hans-Sachs-Strasse.

-Mira a aquel hombre -dijo uno de ellos- que acompaña a aquella niña. No sé, pero a lo mejor es el asesino de Düsseldorf.

En aquel momento la pequeña Gertrudi sonreía ingenuamente a su acompañante.

-Estás loco -le respondió un compañero-; seguramente que es su padre.

Y siguieron andando. Pero el que insinuó su recelo no se quedó muy tranquilo; miró atrás y ya no vio a nadie en la calle aquella. Los nubarrones oscurecían el cielo por encima de los tejados y poco después empezó a llover.

Detrás de las fábricas de Haniel y Lueg, apagadas las luces desde hacía ya rato, sucedió el crimen. Después Kürten arrastró el pequeño cadáver hasta un muro de la fábrica, cuyo suelo estaba lleno de ortigas, y lo abandonó al frío y la oscuridad de la noche.

Al día siguiente, embriagado todavía por el gorgoteo de la sangre de la tarde anterior, Kürten hizo un diseño del lugar donde había dejado el cadáver de María Hahn, pero con más detalles que la última vez.

Al pie del dibujo hizo la descripción siguiente:

CRIMEN EN PAPPENDELLE

En el lugar señalado con una cruz está el cadáver.

Luego, a manera de postdata, agregó:

El cadáver de la desgraciada Gertrudi Albermann está al lado del muro Haniel.

La policía recibió el anónimo, dirigido a la redacción del periódico Die Freiheit (La libertad), y lo pasó en seguida al departamento de lo criminal.

La indicación de Kürten respecto a Gertrudi Albermann no era necesaria, pues el pequeño cadáver se encontró en las primeras horas de la mañana.

La criatura había sido asesinada con ensañamiento, presentando señales de estrangulamiento. En la sien izquierda tenía profundas heridas de puñal, y en el abdomen y en el pecho. En total, el cadáver presentaba treinta y cuatro heridas de arma punzante; nueve habían atravesado el corazón, dos la aorta, cinco el hígado y cuatro el estómago; tenía también tres en el brazo, tres en el riñón izquierdo y una en el derecho. Tenía las piernas abiertas y llenas de sangre. Todo demostraba que había sufrido la más monstruosa de las violaciones.

La autopsia la hizo en el Instituto Patológico el profesor Karl Berg.

Era la fiesta de san Martín, y los niños de Düsseldorf van ese día en procesión por las calles de la ciudad, con lamparitas encendidas y entonando alegre canciones:

« ... Déjanos ser felices, alegres y sanos ... »

El papel blanco en el que se había diseñado el lugar de Pappendelle donde estaba el cadáver de la mujer, lo sometieron a vapor de yodo a fin de descubrir las posibles huellas digitales que tuviera, pero sin resultado alguno, pues el anónimo había llegado a la policía a través de diferentes manos.

La policía ordenó un minucioso registro de los alrededores de Pappendelle, llamando a seis de sus mejores hombres. El capataz de una finca vecina proporcionó una valiosa pista. Había encontrado a finales de agosto, en un campo de avena cercano, un sombrero y un bolso de mujer, entregándolos a los agentes.

Seguidamente, y ya con una base, prosiguieron las investigaciones. Las fotografías del sombrero, del bolso y del manojito de llaves que llevaba la muerta se publicaron en todos los periódicos de la localidad. A las pocas horas se presentó en la comisaría de policía el señor Roloff, quien dijo que aquellas llaves eran de su casa, agregando que las tenía su sirvienta María Hahn, de quien no sabía nada desde el día 11 de agosto, lo que en su momento había denunciado a la policía.

En los diversos anónimos que recibió la policía desde el mes de octubre, se señalaba la existencia de una piedra que marcaba con exactitud donde estaba enterrada la víctima. Cuando se iniciaron los registros en Pappendelle, no se encontró esa piedra, pero después de las declaraciones del señor Roloff, se reanudó la búsqueda en los espesos bosques, y entonces la encontraron, y con la piedra el sitio del anunciado enterramiento.

Al correr la noticia del encuentro, hubo una avalancha de curiosos. En aquella hora de la mañana, sobre la calle caía el sol de otoño, y los rayos solares teñían de amarillo la campiña, destacando la verde mancha de los bosques. Mientras, los trabajadores removían la tierra.

Hacia las dos de la tarde la fosa tenía ya más de un metro. Uno de los obreros, un tal Hermann Reske, notó un penetrante hedor, y a los pocos azadonazos tropezaron con algo blando. A las cuatro y media se levantó el cadáver. El cuerpo se hallaba relativamente bien conservado, y sólo la cara empezaba a descomponerse. La tierra de debajo de su

cabeza era negruzca por haberse secado la sangre, y el vestido, de seda de color fresa, estaba roto y podrido, y el cadáver medio desnudo.

María Hahn, desaparecida en el mes de agosto, fue desenterrada en el mes de noviembre. Su asesinato se unió a la lista de delitos inexplicables y terribles que tenían en vilo a la ciudad de Düsseldorf. ¿Quién era el asesino de esa pobre infeliz? ¿Sería el mismo que había matado a la pequeña Albermann, a Elizabeth Dörrier, a Ida Reuter, a Luisa Lenzen, a Gertrudi Hamacher, a Rudolf Schecr, a Rosa Ohlinger?

Todavía Augusta Kürten no presentía nada. Ella, igual que los demás, se estremecía de terror al leer los informes del periódico. «*¡Observa en tu ambiente! ¡El criminal se encuentra entre nosotros! Ayuda tú con tus informes o tus sospechas a la policía.*»

Augusta Kürten no trató de indagar ni de proporcionar informe alguno a la policía. Ella no concebía que alguien fuera capaz de cometer crímenes tan horribles, a pesar de que se cometían. Seguía yendo sin el menor miedo a su trabajo todas las noches, tenía limpia su buhardilla y a punto siempre la comida para su marido.

Aquel invierno él estaba empleado en unos talleres, donde el trabajo era muy duro y poco pagado. En el jardín de una residencia vecina a su casa, en el mes de diciembre, encontraron a uno de los cisnes del estanque con el cuello cortado. Nadie, y mucho menos la mujer de Kürten, pensó que se hubiese matado al cisne para beber su sangre. El año 1929 llegó a su fin y Kürten tenía todavía cinco meses de libertad por delante.

La evolución de Kürten y el cuadro de sus costumbres indicaban los habituales caminos seguidos por los criminales sádicos. Según elementales principios psicológicos, se desprende que fue la sombría infancia de Kürten la principal causa de su posterior degradación. Recibió más palos que pan, vio cómo el padre pegaba a su madre, y la abyecta promiscuidad de la familia ejerció en él la misma fascinación que las sangrientas prácticas del lacero que él empezó a ver desde los nueve años. La primera excitación la sintió cuando, para librarse de la mordedura de una ardilla, apretó el cuello del animal. Estas imborrables experiencias hicieron de él un ser de mente retorcida, en la que se asociaba el recuerdo hostil hacia su brutal padre. Estos complejos de origen psicológico le llevaron a una evidente inferioridad orgánica. Sin casi contacto con el mundo que le rodeaba, en lucha continua contra la sociedad a la que odiaba, vivió en absoluta soledad, concentrado consigo mismo. Era huraño por naturaleza y se encontró casi siempre en inferioridad de condiciones frente a los demás.

Su inteligencia, no obstante, superaba el promedio normal, y supo utilizarla para encubrir sus defectos cuando le convenía. Sabía presentarse como un ser inofensivo ante los demás, y es indudable que fue un excelente actor. Su personalidad queda bien definida como caso típico de delincuencia sexual; pero no podemos incluirlo en la serie, pues entre esos mismos anormales, él resulta una gran anormalidad.

Mientras que muchos anormales de ese tipo siguen casi siempre un inevitable curso patológico, ajustándose a un único modus operandi, Kürten, contrariamente a todas las reglas científicas, obtenía su satisfacción sexual de modos diversos. Prendía fuego, maltrataba animales... Tan pronto atacaba a hombres como a mujeres, según las víctimas que se le pusieran delante. Sus métodos recorrieron todas las escalas, desde el más sencillo ultraje hasta el asesinato con estupro.

En estos ataques, las relaciones sexuales juegan un papel secundario. La mayoría de las veces se abstenía de todo acto sexual. Pero a veces se movía impelido por el instinto, y entonces ahogaba a sus víctimas, las golpeaba bárbaramente o les asestaba una puñalada tras otra.

Del número de martillazos o de la cantidad de puñaladas que presentase la víctima, se desprendía cuánto tiempo necesitaba Kürten para llegar al orgasmo. El aliciente más fuerte y que jamás rehusó, que le ayudaba a conseguir la satisfacción del instinto, fue la sangre. La muerte de las víctimas no representaba nada para él; la verdadera coronación para su necesidad era la sensación viscosa y caliente que se deslizaba por sus manos.

A fines del año 1929 se dieron más de doce casos en Düsseldorf de mujeres que habían podido escaparse del terrible asesino. La idea de que ellas volvieran a encontrarle y reconocerle, no inquietaba en absoluto a Kürten; él se tenía por invulnerable. Nadie le había descubierto hasta entonces, y nadie sospechaba de él.

Kürten anduvo el último trecho de su camino con una ciega seguridad en sí mismo. El que la lista de sus víctimas se cerrase con el nombre de Gertra Albermann no quiso decir que se hubiera apaciguado su instinto brutal. Su agresividad no había disminuido, pero se encontraba en una fase en que, para llegar a la meta de sus deseos, se administraba estimulantes.

A esta circunstancia se debía el que las mujeres a las que él atacó a principios del año 1930 no perdieran la vida. Algunos de los nombres de estas mujeres nos son conocidos. Hildegard Eid, de veinticuatro años, muchacha de servicio; Marianne Del Santo, planchadora de oficio; Irmgard Becker, de veintitrés años; Gertrud Han, de treinta años, muchacha de servicio; Charlotte Ulrich, ladrona de oficio y buscada por la policía; María Butlies, Butlich a veces, una rubia platino sin un gramo de seso en la cabeza.

El cierre del primer acto del drama comenzó con Hildegard Eid. Kürten, como tenía por costumbre, había hecho amistad con ella en la calle. La invitó a pasear, yendo al prado Grafenberg. Allí la asaltó violentamente e intentó ahogarla, pero satisfizo su deseo casi en seguida, y por eso no la agredió más y volvió a ser un amigo simpático y agradable.

La acompañó a su casa y acordaron una nueva cita para el domingo siguiente. En la próxima salida fueron a un baile donde estuvieron toda la tarde, y luego Kürten la invitó a que le acompañase a su habitación de la Mettmanner Strasse.

El instinto de destrucción del delincuente actúa contra sí mismo, por lo que él, inconscientemente, llevaba su enemigo consigo.

Era evidente que el mayor peligro para él era romper su anonimato, pero la inteligencia le empezó a fallar. Así tuvo que caer en el error de llevar a su casa a Hildegard Eid, olvidando que Augusta era una mujer rabiosamente celosa. La infidelidad de Kürten fue siempre motivo de violentas disputas, por las que ella había llorado amargamente. Esta vez fue distinto: cuando Augusta llegó y vio la escena en su propia habitación, no dijo nada ni armó escándalo alguno. La propia Hildegard Eid declaró más tarde que Augusta se quedó quieta, y sin levantar la voz le rogó que se levantara y se vistiese, esperando que terminase, y cuando se hubo puesto los zapatos, Augusta le preguntó:

-¿Dónde vive usted? La llevaré a su casa.

Cuando regresó, no dijo palabra alguna sobre el suceso, y siguió callada y con los ojos secos; su marido la había engañado varias veces, pero en su propia cama y ante sus propios ojos, nunca.

Él no había sido jamás demasiado exigente en su vida matrimonial; por eso cuando él se reconcilió con ella y volvió a dormir en la misma cama, Augusta no tuvo la suficiente fuerza para negarse. Pero el desengaño le llegaría repentinamente. No hace falta ninguna complicada hipótesis psicológica para comprender su silencio y su perplejidad ante la postura de su marido. Aquel domingo representó para Augusta el momento crítico de su vida conyugal. Todo lo sucedido antes de ese domingo, en la primera época de su matrimonio, la presenta a ella como una mujer enamorada de su marido y dispuesta a los sacrificios que fuesen, pero después de lo que pasó el día 2 de marzo, entra en escena una nueva Augusta, más egoísta y menos dispuesta a seguirse sacrificando; el amor había llegado a su fin.

Considerado bajo ese aspecto, el comportamiento posterior de Augusta no es de ningún modo un enigma, sino lógico y comprensible.

Con paso despreocupado, Kürten emprendió el camino hacia su propia destrucción. Después de Hildegard Eid aparece la planchadora Marianne Del Santo, iniciando su amistad con ella en la estación central, e invitándola también a pasar la noche en su casa, diciéndole que era muy bonita y que vivía en el valle de Grafenberg.

Cuando ya iban adentro del valle, Kürten se le echó encima con la intención de ahogarla, pero ella se defendió y consiguió zafarse y huir, inútilmente porque Kürten la alcanzó en seguida.

«Era muy ágil y muy fuerte -informó más tarde esa mujer-. Me tiró al suelo y se echó sobre mí, y yo lo rechacé con todas mis fuerzas, y conseguí huir gracias a la oscuridad. Corrí hasta perder el aliento, y temblando de miedo me escondí en el bosque, donde pasé toda la noche. Así que se hizo de día, volví a huir.»

También a Irina Becker, de veintitrés años, la conoció Kürten en la estación. Llevaba las tijeras consigo. La invitó a tomar una cerveza, y luego la llevó al valle de Grafenberg. Allí la tiró contra un banco y le rasgó la blusa. Al defenderse ella, él la cogió de la garganta, y la joven, al no poder gritar, se revolvió clavándole el paraguas en el vientre. La bravura de ella, y los mismos golpes con que le replicaba, consiguieron que Kürten, satisfecho el instinto, no tuviese necesidad de las tijeras y de derramar sangre.

La siguiente fue Gertra Han. Kürten trabó relación con ella en la Königsallee. Salieron un viernes, y además día 13, pero a pesar del presagio la aventura les salió bien a los dos. Gertra Han fue a la jefatura de policía e hizo las siguientes declaraciones:

«El hombre se me presentó como un tal Franz Becker que trabajaba como obrero en la construcción. Lo encontré muy agradable. Me invitó a tomar un café y fuimos a pasear por un parque. Eran entre las diez y las once de la noche, pero aún pasaba mucha gente. De repente empezó a ponerse pesado. Trató de levantarme la falda y yo le solté un bofetón, y él me replicó con un fuerte puñetazo en la boca. “¿Así me agradeces el haberte

invitado?”, me dijo. Yo tenía los labios hinchados y me salía sangre de la boca y de la nariz. De pronto, me estrechó entre sus brazos y me lamió la sangre de la cara. Quiso que siguiese con él, pero yo me fui corriendo. Cuando ya estaba lejos, me gritó: “Puedes felicitarte porque no estamos solos en el parque.”»

El día primero de mayo a medianoche descargó una gran tormenta sobre la ciudad. Charlotte Ulrich, una ladrona de oficio buscada por la policía, se dirigía a la estación para coger el tren que iba a Duisburg. Kürten la invitó a cerveza, y aceptó para guarecerse de la lluvia, pero se negó a ir con él a su casa. Entonces Kürten le aconsejó que buscara un alojamiento para aquella noche, pues la muchacha había perdido el tren. Y se ofreció para acompañarla, llevándola en dirección al valle de Grafenberg, pero inesperadamente la tiró contra un banco. Charlotte Ulrich se defendió enérgicamente, y vio que él se desabrochaba el abrigo y buscaba febrilmente en uno de sus bolsillos. En el acto recibió un golpe en la cabeza y notó que le caía sangre por la cara. Se llevó las manos a la cabeza y sintió otro golpe en la sien derecha.... cayendo desvanecida. Cuando volvió en sí, vio que estaba sola. Tenía las manos hinchadas y le salía mucha sangre de la cabeza. Con su ropa interior se hizo una venda para la frente, y tambaleándose anduvo unos pasos, viendo entre el arbolado una luz no muy lejos.

Llegó a la parada del tranvía y pidió auxilio al primer hombre que vio, que le aconsejó que fuera a la policía, pero esto no interesaba a Charlotte Ulrich, y entonces el desconocido la llevó a casa de unos amigos, con quienes se quedó durante unos catorce días. No llamaron a ningún médico, pero le curaron las heridas de la cabeza.

Más tarde, cuando la policía la detuvo, vieron que tenía en la cabeza roturas interiores a causa de los martillazos con que la derribó Kürten.

El mismo día en que Charlotte Ulrich abandonaba la casa de sus protectores, estaba en la estación de Düsseldorf una rubia de ojos ligeramente oblicuos que sonreía a un hombre. El drama se aproximaba a su fin. Un drama que parecía un fantástico juego de torpezas. Todos los actores, empezando por el propio Kürten, se comportaban como marionetas manejadas por una mano inexperta.

La estación de Düsseldorf era un lugar muy apropiado para que campase la chusma. Por allí pululaban criminales, holgazanes, profesionales del delito, eventuales prostitutas... Y allí se hicieron amigas una muchacha de servicio que estaba sin empleo y una tal señora Brückner, quien le prometió a la criada alojamiento para aquella noche, pero la señora en cuestión, a las ocho de la noche, hora que habían convenido, no aparecía. María Butlies, que así se llamaba la sirvienta, dudaba de si ir a la dirección que tenía en el bolsillo o seguir esperando. En aquel momento sus ojos volvieron a tropezar con aquel desconocido, quien hacía unos momentos le sonrió, y él se le acercó, empezando la conversación.

El hombre era muy amable y le ofreció encontrarle una habitación para aquella noche.

-La llevaré a casa de mi hermana -le dijo-, y allí podrá pasar la noche.

Por el camino siguieron charlando y atravesaron el parque municipal, donde él intentó besarla, pero en el mismo momento la pareja fue interrumpida por un hombre de buen porte que se encaró con él en tono áspero.

-Soy policía. Les vengo observando desde la estación, y creo que usted molesta a esta muchacha.

El individuo que había ofrecido alojamiento a la Butlies murmuró unas palabras acerca de su inofensivo paseo y se despidió.

El policía le dijo a la perpleja muchacha:

-Tengo que advertirla. ¿No sabe usted que en esta ciudad hay un criminal que se dedica a perseguir muchachas? Vaya con cuidado, jovencita.

La Butlies seguía perpleja, y el policía se ofreció para acompañarla. Retrocedieron y atravesaron otra vez la ciudad. Pasaron por delante de la estación y María no tenía ni idea de dónde se encontraba, pero la última calle que acababan de dejar era la Mettmanner. Allí, en el tercer piso de una casa con amplias ventanas, vivía su protector, junto al desván. Lo apropiado para un agente de la policía.

María Butlies era, desde luego, tonta, pero inofensiva. Y en cuanto a hombres ya no tenía nada que aprender. Se comió los bocadillos de embutido que le preparó él mientras escuchaba sus requiebros, y esperaba que de un momento a otro quisiera cobrarse.

Las cosas se desarrollaron como María había sospechado, pues apenas se comía el último bocado, el hipócrita protector varió de proceder. Ella se dejó besar y acariciar, pero cuando él se puso más exigente, ella le preguntó si no sabía de algún alojamiento para ella. Asombrada, vio que él no trataba de seguir con su besuqueo, sino que en seguida le ofreció llevarla a un hogar para huérfanas llamado Betania que había en el valle de Grafenberg.

Se había hecho muy tarde, pues eran más de las once cuando subieron al tranvía, y el policía, lo que él siempre deseó ser, fue otra vez la amabilidad en persona. No paró de hablar durante el trayecto, pero la Butlies estaba tan agotada que ni siquiera le oía. Intencionadamente, él le preguntó si se acordaba de la dirección de su casa, y ella respondió que la había olvidado.

La circunstancia de que en el mismo tranvía iba un conocido de Kürten, quien recordaría después haberlo visto con la Butlies, hizo que dudase si abandonar a su presa; no obstante, la llevó hasta el valle de Grafenberg, y al llenar al Monte de los Lobos no pudo resistir más y se echó contra ella. La muchacha se defendió con todas sus fuerzas, y él intentó ahogarla hasta casi hacerle perder el conocimiento.

«Finalmente la cogí por la nuca, obligándola a levantar la cara -declaró Kürten, refiriéndose a la Butlies-; la besé y le pregunté si sería más obediente. Y lo fue, sin negarse a lo que quise, pero la lucha sostenida con ella me irritó, y la acompañé hasta la parada del tranvía y volví a la ciudad por otro camino.»

El 17 de mayo la Butlies escribió a la señora Brückner, la conocida de la estación, diciéndole que todavía seguía sin encontrar un dormitorio. También le explicaba sus «aventuras», las cuales «estuvieron a punto de costarle la vida».

La letra de la Butlies era irregular y torcida, como la de un niño, aunque el sobre estaba muy bien escrito. El cartero, distraído y sin fijarse bien en la dirección, dio la carta a una tal señora Brüggemann, que también vivía en la Bilkerallee, como la señora Brückner.

Si la carta dirigida por la Butlies a su conocida de la estación hubiese llegado a su destino, no era probable que hubiese llegado a la policía, pero la señora Brüggemann la llevó inmediatamente al primer puesto de policía.

Lo que María Butlies escribió se cotejó con las declaraciones de otras mujeres atacadas, y el sitio donde se perpetraron los ataques y el método que se seguía indicaban que se trataba del mismo criminal.

La policía buscó activamente a esa María Butlies, que tantos informes podía dar. Cuando se consiguió dar con ella, la interrogaron durante horas, y ella no se cansó de hablar, halagada ante la importancia que daban a su persona.

-Por un bocadillo quería que me acostase con él... Al principio se portó correctamente, y espantó al hombre que me acompañaba, y me hizo coger miedo con lo del criminal de Düsseldorf..., ¡y luego intentó matarme!

-¿La obligó a actos sexuales?

-Oh, eso no valió la pena -contestó ella, experta en ese campo-; para mí fue como si nada.

Sus informes fueron extensos y detallados, pero lo único que no sabía con exactitud era la vivienda de su agresor.

-Creo que está cerca de la estación, pero no estoy muy segura; yo no conocía mucho la ciudad, y era muy oscuro. Quién piensa en esos momentos en fijarse en la dirección...

Dos policías acompañaron a María Butlies a la calle que ella vagamente recordaba y se pasearon durante algunas horas arriba y abajo, pero sin resultado.

Días después se acordó la muchacha de que había leído aquella tarde la placa de la calle, que decía Mettmanner Strasse. Acto seguido se dedicó a buscar esa calle. ¿Fue en esta casa o en aquella? A cada momento se encogía de hombros, desconcertada. Finalmente, se acercó a la casa número 71, aunque no estaba muy segura, pero subió al primer piso, en el que vivía la señorita Wimmer. Y mientras las dos hablaban en el primer piso, se abrió la puerta de la vivienda del tercero y salió Kürten con un cubo, yendo a buscar agua al lavabo, y metiéndose en seguida otra vez dentro.

-¿Es ése el hombre que usted busca? -preguntó la señorita Wimmer, algo alterada.

-No lo sé -dijo María Butlies-; no estoy muy segura, y creo que no lo es.

La señorita Wimmer fue de otra opinión. Escribió en un papel el nombre de Peter Kürten y le dijo a la muchacha que era un hombre capaz de todo.

La Butlies dio el papel a la policía, y ahora estaba segura de que la casa de la Mettmanner Strasse era la que buscaban, pero en cuanto a Kürten, ya no lo estaba tanto, pues ella no lo había reconocido.

En una de sus confesiones, dijo Kürten:

«El miércoles veintiuno de mayo vi desde la baranda de la escalera a una mujer acompañada de un policía. Creí que era la Butlies, pues es fácil de reconocer: rubia, ojos vivos y piernas bien hechas. Observé que miraba mucho, y luego salió de la casa con el policía. Al poco rato la volví a ver, hablando con la señorita Wimmer en el pasillo. Ella me miró, y tuve la seguridad de que me había reconocido.»

Kürten llevaba algunas semanas sin trabajo, y se metió en el bolsillo la libreta de ahorros de su mujer y se fue a sacar ciento cuarenta marcos, paseando después todo el día; por la tarde fue a buscar a Augusta donde trabajaba.

«Le dije a mi mujer que yo tenía que abandonar rápidamente la casa. Le expliqué la historia de la Butlies, pero a medias. Le dije que posiblemente ella quisiera fastidiarme debido al despecho y quizá me denunciase a la policía, lo que podría ser peligroso por mis antecedentes penales. Después de decirle eso, insistí en abandonar la casa.»

Augusta le dejó marchar. Kürten vagó durante toda la noche de un lado a otro de la ciudad. Estaba inquieto. Muy de mañana volvió a su casa y recogió un par de prendas de vestir y dejó preparada la maleta. Aquella noche durmió en su casa, y el día siguiente no salió a la calle, pero se había tranquilizado.

La policía le dio tiempo. La justicia de Düsseldorf no tenía sólo una venda en los ojos, sino también pies de plomo.

En la mañana del veintitrés de mayo se presentaron en la casa de la Mettmanner Strasse los agentes de la brigada de lo criminal Fütterer y Struck. Llamaron insistentemente en la puerta de los Kürten, pero nadie contestó. Fueron al café donde Augusta trabajaba en la limpieza y volvieron a la casa con ella.

Los policías explicaron a Augusta el accidente con María Butlies, y registraron el armario y la cómoda donde Kürten tenía guardadas sus cosas, pero no encontraron ni rastro de ropa suya. Sonsacaron a Augusta para que les dijese dónde estaba él en aquellos momentos, y ella les dijo que seguramente en el Ministerio de Trabajo, donde debía ir aquella mañana.

La policía dejó para el presunto asesino Peter Kürten una orden de comparecencia en la Jefatura Central de Policía.

Kürten estaba en la acera de frente a su casa cuando los policías salieron a la calle. Esperó unos segundos hasta que los vio desaparecer. Subió en seguida, y vio la citación de la policía y Augusta le dijo que los agentes habían salido para el Ministerio de Trabajo, donde ella les informó que había ido. Augusta le conminó para que abandonase inmediatamente la casa.

-Lo más seguro es que vuelvan. No quiero que te encuentren aquí.

Pero ella aceptó esperarle en el parque a las dos y media.

-La policía me aseguró que tú atacaste a esa mujer.

Kürten calló.

-Te has metido en alguna dificultad, ¿verdad? -preguntó Augusta.

Kürten se fue hacia la puerta y sin volverse casi gritó:

-¡Sí; yo lo he hecho todo!

Se encontraron, como habían convenido, a las doce y media en el parque. La conversación que tuvieron duró horas, yendo de un extremo a otro del parque, sin pensar más que en sí mismos, ajenos a todo lo que los rodeaba. Luego llegaron a la orilla del Rhin, y anduvieron kilómetros y kilómetros, hasta que atardeció. Finalmente regresaron a la ciudad donde estaban ya encendidas las farolas.

Augusta estaba anonadada, y no encontraba ninguna palabra de compasión. Su amor había muerto en pocas horas. Cuando se aproximaban a su casa, el reloj de la torre de la iglesia de san Vicente señalaba las once de la noche. Era ya demasiado tarde para todo...

Cuando por la mañana se había encontrado con su marido, ella sólo sabía lo del ataque a María Butlies. Luego, paso a paso, él fue explicándole a su manera todo lo demás. Le habló solamente del caso Schulte, pues él sabía que ella no murió. Le dijo patéticamente que aquel hecho significaba para él una larga condena, una separación para muchos años, quizá para siempre.

Pero Augusta estaba ya cansada de todo, y su respuesta dejó perplejo al hombre.

-¿Y qué será de mí? -dijo, volviéndose irritadamente hacia su marido.

Todo su cuerpo temblaba de indignación. Hablaba atropelladamente de sus años perdidos, de que ya tenía cincuenta; de su vida futura, ahora que ya se sentía acabada y deshecha.

«No pude tranquilizarla, dijo Kürten más tarde. Ella se enfurecía cada vez más. Sólo hablaba del miserable cuadro que se le presentaba, todo pobreza y soledad.»

Su desesperación no era, considerada desde un plano completamente objetivo, propia de una mujer cariñosa, ni, por lo menos, compasiva. Antes de que Augusta perdiese la serenidad, él estaba convencido de tenerla todavía en sus manos, y trataba de tranquilizarla, de consolarla. Al mediodía entraron en una fonda, y Augusta no comió nada. Luego reemprendieron su abrumador camino. En pocas horas, Kürten se había convertido en un hombre acabado, con los ojos enrojecidos.

-¿Has encontrado ya alojamiento?

-Sí, he alquilado una habitación y he dado un nombre falso.

-Todo es inútil -dijo Augusta, con tono cansado-; lo mejor sería suicidarse. Acaba de una vez contigo. Yo también me mataré. ¿Qué puedo esperar ya de esta vida..?

Ella siguió hablando de su triste futuro.

-La policía volverá, ¿y qué pasará? Te buscarán, te hallarán y te meterán en la cárcel.

De pronto se detuvo, y encarándose con él, le preguntó: -¿Qué has querido decir esta mañana cuando has dicho «Yo lo he hecho todo»?

Kürten llegaba al final de sus fuerzas.

-Júrame que no me traicionarás -dijo, cogiéndole un brazo.

Ella levantó con cansancio la mano y juró.

-¡Si rompes tu palabra, haré, contigo lo que hice con las otras!

-¿Con las otras? -preguntó Augusta perpleja.

-¡Soy el asesino de Düsseldorf!

Allí, en la orilla del Rhin, en el cañaveral donde atacó a la Schulte y mató a la Dörrier, le hizo su gran confesión. Describió a Augusta detalladamente cómo y dónde llevó a cabo los hechos. Augusta supo de tijeras, de martillo y de puñal. Estaba aterrorizada, y gritó:

-¡No, no puede ser!

Kürten citó todos los nombres, empezando por el de Cristina Klein. Ya no podía callar; necesitaba hablar y gritarlo a los cuatro vientos. Le reveló los delitos del mes de febrero, los del verano anterior: Ohlinger, Scheer, Hahn, Leuzen, Hamacher, Schulte, Reuter, Dörrier, la pequeña Albermann...

-¿Tú has hecho eso?

-Sí.

-¿También los inocentes niños?

-Sí.

-¿Por qué lo hiciste?

-No lo sé; es algo que puede más que yo.

Su confesión duró horas. Se acercaba la noche, y Augusta quería irse a casa.

Desesperadamente buscaba él la ayuda de Augusta.

-Por favor..., no te vayas, quédate, Augusta; hoy he llorado por primera vez en mi vida. ¡No me dejes solo, te lo suplico; escúchame...!

La salvaje crónica prosiguió. Incendios, ataques, estrangulamientos, apuñalamientos o martillazos. Le dijo también que hacía catorce días que había vuelto a la tumba de la Hahn, que de joven había echado a dos compañeros de la escuela al agua sólo para ver cómo se ahogaban.

Augusta dijo más tarde:

«Era como si tuviera que hablar aunque no quisiese. Jamás le había visto en aquel estado. Parecía un demente.»

Después de todo lo que le confesó a su mujer, no pareció que estuviese más calmado. Era ya de noche y emprendieron el camino de su casa.

En las declaraciones de Kürten aparece lo siguiente:

«Mi mujer volvió a insistir en que me suicidase; sólo así recobraría ella la tranquilidad, me dijo con el mayor desespero. Entonces se me ocurrió una idea. Le dije que sólo tenía que ir a la policía a denunciarme para que la recompensa que ofrecían por mi captura fuese para ella. Serían quince mil marcos.»

Pero no era probable, pues la recompensa la cobraría seguramente María Butlies.

El estado de ánimo de Augusta en aquellos momentos era alarmante, por los celos que aún sufría, por su miedo al futuro... Es difícil penetrar en los sentimientos de una mujer en aquellas condiciones. Ella pensaba que lo mismo si huía que si lo detenían, lo había perdido para siempre. Su destino era la soledad que le esperaba.

Al despedirse, él le dijo:

-Si quieres verme por última vez, ve mañana a las tres a la Rochuskirche.

Kürten nunca se había confiado a nadie; la primera confidencia de su vida fue para Augusta.

Quince meses después de incontables errores y negligencias de la policía, hasta dejar que pasara el plazo de la citación para que se presentase Kürten, se empezaron a tomar enérgicas medidas, haciendo lo que ya se debió hacer desde el principio. Se confrontaron las declaraciones de los testigos y se tomaron en consideración los antecedentes penales de Kürten, quien de los cuarenta y siete años de su vida, había pasado la mitad entre rejas, y la mayoría de sus condenas se debieron a la perpetración de actos bestiales. Se llevaron toda la ropa que Kürten tenía todavía en su casa, para revisarla en el laboratorio. A Augusta la detuvo la policía, conduciéndola a la comisaría, y después de declarar se la tuvo en prisión preventiva.

Al día siguiente, 24 de mayo de 1930, había en los alrededores de la Rochuskirche unos veinte agentes de policía, repartidos entre las torres de la iglesia y las casas vecinas. Augusta había dicho:

-Me acercaré a él y le daré la mano.

Su indicación era innecesaria, pues la policía tenía ya muchos retratos de Kürten.

Era domingo y las calles estaban muy animadas. Cuando el reloj señalaba las tres en punto, Kürten pasó mezclado con los transeúntes, y Augusta se le acercó con la mano tendida. Uno de los que vieron la escena dijo lo siguiente:

«De todas partes salieron policías y rodearon a la pareja cuando estaba frente a la Rochuskirche. Uno de los policías que tenía a mi lado dijo: “Ya tenemos al asesino de Düsseldorf.” En seguida empezó a agolparse la gente.»

Kürten estaba sitiado, y el comisario Fritz Reibel se le acercó encañonándole con el revólver.

-No llevo armas -dijo Kürten con voz tranquila.

No ofreció resistencia alguna y se lo llevaron a la comisaría, donde se le tomó declaración inmediatamente. Kürten lo confesó todo. No obstante, la policía actuaba con mucho tacto, pues la población estaba muy alterada por sus continuas equivocaciones, por lo que todo el mundo desconfiaba. Una hora después de la detención se revisaban uno a uno los sitios donde atacó Kürten, y se le obligó a reconstruir las escenas. Desde los primeros momentos se fueron acumulando las pruebas de su culpabilidad, viendo que no se trataba de un fanático, como en el caso Stausberg. Kürten precisó particularidades que solamente el auténtico asesino podía conocer. Sorprendía que fuese tan explícito, tan comunicativo. Dijo sin que le costase declararlo que su meta principal era la de cometer crímenes y más crímenes y tan terribles como le fuese posible.

«El mundo se quedará asombrado cuando sepa todo lo que yo he sido capaz de hacer.»

Cuando la policía y él terminaron las macabras reconstrucciones, lo condujeron otra vez a la Jefatura de Policía. Allí le esperaban María Butlies y Gertra Schulte, y él palideció al verlas. Luego empezó el interrogatorio.

El sumario duró meses, pero Kürten no perdió la serenidad en ningún momento. Muchos médicos lo tuvieron en observación, estudiando su estado psíquico. Ni una vez se resistió a contestar, lo mismo a los médicos que a la policía y que a los jueces.

El juez instructor, doctor Hartel, deseaba presentar al fiscal un completo informe sobre el caso, y cuando la policía y los testigos no pudieron aportar más detalles, fue Kürten quien reveló lo que nadie hubiera descubierto, como el escondite donde guardaba los relojes de pulsera y el anillo de sus víctimas, a pesar de los innumerables registros hechos en la casa de la Mettmanner Strasse, y también dijo el sitio, cerca del pabellón de deportes Fortuna, donde escondió otros martillos para futuros ataques. Después de estas declaraciones, el sumario ya no ofrecía dificultades.

Sin embargo, hubo algunos extremos que Kürten rechazaba. Para él, la culpa de su derrumbamiento psíquico se debía exclusivamente a su mujer. Ella le había traicionado. Otro de los extremos a los que se agarraba tenazmente era su seguridad de que sus

crímenes obedecieron a su deseo de vengarse de la sociedad, a la que tanto odiaba. La sociedad, según él, siempre lo había tratado como a un paria.

Más tarde, ya ante el tribunal y refiriéndose a su hundimiento moral y psíquico, dijo: «Llega un momento en que el delincuente no puede seguir más.» Después hizo otra confesión: «El verdadero motivo que me impulsaba fue mi relajamiento sexual.»

Estas declaraciones se ajustaban a la verdad, pues el instinto sádico de Kürten, era irrefrenable. Los legajos de actas crecían, pero el curso del sumario no ofrecía dificultades, hasta la mañana del día 27 de junio de 1930, en que Kürten repentinamente se retractó en sus confesiones, sosteniendo que sólo provocó los incendios y cometido aquellos atropellos en que hirió levemente a sus víctimas, pero de ningún modo los crímenes con ensañamiento que se le atribuían.

¿Intentaba Kürten un último esfuerzo para salvar la cabeza? Sin embargo, muchas veces había afirmado que prefería la pena de muerte a la cadena perpetua, pues la libertad le llegaría cuando ya sería muy viejo.

Pero en el mes de agosto volvió a declarar, rectificando sus últimas confesiones y declarándose culpable de todos los delitos que se le imputaban. Y el sumario volvió a adelantar sin mayores tropiezos

Kürten, en su celda, se dedicaba a escribir sus impresiones; se le veía tranquilo y no se quejaba nunca. Sin embargo, sus carceleros lo miraban con desprecio.

El doctor Alex Wehner, eminente abogado, se encargó de su defensa.

Kürten preguntaba siempre por su mujer, queriendo saber cómo se la había tratado y si había percibido la recompensa prometida. Al llegar las Navidades envió felicitaciones a sus jueces y al presidente del Ministerio de Justicia. Se mantenía en forma. Se debía esperar, pues, un proceso en el que ya de antemano se sabía la sentencia, por lo que no producía un gran impacto en la opinión pública. Pero la práctica demostró lo contrario; lo inevitable resulta más dramático precisamente porque no se ignora la sentencia inexorable.

Un proceso por crímenes monstruosos, en el que el acusado no tiene posibilidad alguna de salvación, ejerce sobre la masa la misma fascinación que una corrida de toros, en la que el animal puede defenderse, pero debe dejar la vida en el ruedo.

Düsseldorf no poseía una sala de audiencias que fuese lo suficientemente grande para la enorme expectación que despertó el proceso de Kürten. Por esa razón, se habilitó el pabellón de gimnasia de la residencia Schupo, y para estructurar dignamente el marco donde se vería el juicio, se reedificó el atrio y parte de la sala, llamando albañiles, carpinteros y pintores. Derribaron algunas paredes y todo olía a pintura fresca. La tribuna de los jueces era de madera de roble. Todo en honor de Kürten, aquel desdichado que había nacido en un cuchitril y que, lo mismo que sus diez hermanos, nunca pasó de una vida de privaciones. Para su patológica vanidad, aquello debió halagarle como si le concediesen una extraordinaria personalidad. Tribuna de roble, paredes nuevas, decoración nueva... Sus hermanos, sus padres, sus condiscípulos y sus compañeros de

trabajo seguían siendo desconocidos, sujetos ignorados, pero él era observado por el mundo entero, elevado a la más trágica fama.

Al proceso acudieron más de noventa corresponsales extranjeros, y en la tarde anterior al juicio se concentraron centenares de personas dispuestas a pasar la noche en la calle, para poder tener sitio en la sala. Durante las primeras horas de la mañana era ya tal el gentío, que la policía tuvo que intervenir para evitar aglomeraciones y desórdenes.

En el juicio, que comenzó el 13 de abril de 1931, el tribunal estuvo formado por los siguientes letrados: el presidente del Tribunal Supremo, Rose; dos consejeros del juzgado de primera instancia y seis miembros del jurado. Las acusaciones las llevaron el fiscal doctor Eich y el consejero fiscal Jansen. El defensor fue el doctor Alex Wehner.

Entre el público no solamente había muchos abogados y eminentes psiquiatras, sino también numerosas mujeres, deseando ver al temido asesino de cerca y sin ningún peligro.

Kürten apareció, como siempre, impecable, con un traje oscuro y el cabello cortado al rape.

La acusación comenzó. Cuarenta incendios, nueve casos de muerte y varios de asesinato frustrado eran el trágico balance presentado ante el tribunal.

El doble crimen cometido por Kürten a los nueve años, asesinando a dos muchachos a quienes ahogó, no entró en la acusación por considerarse que a esa edad se está exento de responsabilidad criminal.

A la pregunta que le hizo el tribunal respecto a si se consideraba culpable de los hechos que se le imputaban, respondió con voz humilde:

-Sí.

Cuando se le preguntó sobre su juventud, Kürten vaciló. Trató un par de veces de comenzar por el principio, pero hablaba incoherentemente.

«Nací en Colonia-Mühlheim. Mi padre era un borracho empedernido, un hombre violento. Sus palizas eran tremendas. Mi infancia fue un continuo martirio ... »

El proceso iba por buen camino.

Al día siguiente sólo se autorizó la presencia de los médicos y los abogados, pues la vida sexual del acusado sería tema de debate. Sólo se admitieron dos docenas de periodistas.

El tercer día empezó el desfile de testigos, desde el comisario que detuvo a Kürten hasta la infeliz María Butlies, cuyas necedades y locuacidad aburrieron al tribunal, por lo que se la interrumpió a menudo y se abrevió lo posible su declaración.

Las mujeres que habían escapado con vida de las manos de Kürten desfilaron una tras otra. El público aguardaba en vano ver a la mujer de Kürten. Augusta atravesaba una terrible crisis nerviosa y hubo que internarla en un hospital. Había solicitado el divorcio,

y se le acababa de conceder. Dado su delicado estado de salud, se evitó el molestarla, por lo cual no se la citó a declarar.

Los jueces deliberaban. Kürten, sentado en el banquillo de los acusados, permanecía con los ojos bajos, mirando al suelo.

Se presentaron pruebas. Los dos relojes de pulsera, el anillo, ropas manchadas de sangre, armas homicidas, cabezas destrozadas, cuerpos apuñalados... Los grafólogos demostraron que los anónimos enviados a la policía los escribió Kürten.

Cuatro médicos, los doctores Karl Berg, Sioli, Hübner y Raether, entregaron al tribunal cuatro largos estudios sobre la mentalidad del procesado. Los cuatro coincidían en numerosos puntos.

«La pasión de Kürten se manifestó desde muy joven, con todos los síntomas del sádico. Sus hechos fueron perpetrados en cierto modo como una venganza contra el género humano, pero con plena facultad de los sentidos. Queda demostrado que él padecía una cierta anormalidad psíquica, la cual se manifestó en su extremadamente activa fantasía, con abierta tendencia a la crueldad.»

A pesar de todo, estas consideraciones no anulaban su responsabilidad, y no se le pudo aplicar el párrafo 51, dedicado a estos casos.

El degradado sexual puede, lo mismo que un hombre normal, reprimir sus instintos o sus impulsos.

Cuando las declaraciones de los testigos llegaron a su fin, el presidente del tribunal le preguntó si estaba arrepentido de sus crímenes.

Kürten: «Puedo asegurar que he sido víctima del bajo ambiente en que nací. Mi infancia fue muy triste, y me asusta pensar en el terrible estado moral en que entonces me encontraba.»

Presidente: «Su respuesta no se atiene a mi pregunta. Quisiera saber si usted, después de cometer sus crímenes, sintió alguna clase de arrepentimiento.»

Kürten: «Realmente, no.»

El fiscal, doctor Eich, comenzó su discurso con estas palabras: «Sin duda alcanzó la meta que se había propuesto, la de ser el rey de los criminales sexuales.» Y terminó con estas otras: «Si un criminal se ha ganado la pena de muerte, sin duda es éste.»

Se pidió la pena de muerte por asesinato, violación, impúdicos actos e intentos de asesinato.

El doctor Wehner, su defensor, vio desde el primer momento la inutilidad de sus esfuerzos. No tenía ninguna probabilidad de vencer, pero elaboró su defensa con el mayor ahínco. Entre muchas otras cosas, sostuvo que si se creía en las confesiones del acusado, también se le debía creer cuando hablaba de su estado anímico, pues obró, en la mayoría de los casos, sin propósito determinado y bajo una irrefrenable excitación.

«La culpabilidad humana no hay que medirla por lo terrible de los hechos. Lo que judicialmente es tenido como culpable, visto desde el lado humano, es simplemente suerte o destino.»

Le llegó el turno a Kürten. Cuando él habló, el silencio de la abarrotada sala fue absoluto.

«No intento disculpar mis hechos, y estoy dispuesto a sufrir las consecuencias, pero creo tener derecho, a que se me crea. Mis declaraciones las he hecho voluntariamente y no he ocultado nada; y aseguro que mis víctimas no se me resistieron; es más, me seguían voluntariamente, incluso cuando yo insistía en ir por sitios oscuros. Suele ser siempre así, pues la mujer va a la caza del hombre...»

Presidente, interrumpiéndolo: «Limítese usted en sus comentarios.»

Kürten: «Bien; entonces sólo me resta decir que estoy dispuesto a expiar mis culpas. No tengo miedo a la muerte, pero sí a los terribles tormentos de esperarla, a esos instantes que preceden a su llegada. Les ruego que no tarden en cumplir la sentencia, pues así mi muerte será menos cruel. ¡Señor juez, le ruego que sea usted benevolente!»

El jurado se retiró a deliberar, y una hora después dictó la sentencia al tribunal.

Wehner: «La sentencia no es en modo alguno sorprendente ni para mí ni para el acusado. Ya antes hemos hablado él y yo sobre esto muy detalladamente. Kürten quiere aceptar el fallo, sabe que es el producto de una madura reflexión.»

Presidente: «¿Acepta usted la sentencia, acusado?»

«Sí.»

Cuando Kürten fue llevado fuera de la sala, el público se levantó para verlo desaparecer.

Un actor había acabado su actuación.

Tras la conclusión de este proceso, volvió a entablarse la lucha que en Alemania hacía ya tiempo se había entablado entre los partidarios y los detractores de la pena de muerte.

El caso Kürten representaba para ambos partidos un ejemplo apropiado para su teoría. Kürten renunció a todo derecho de apelación contra la sentencia y si conservaba alguna esperanza, la disimuló. Exteriormente se mostró distanciado, como si no se tratara de su propia vida. Al profesor Berg, en quien confiaba ciegamente, le dijo:

«No se conseguirá nada con mi ejecución, pues la sangre que yo he derramado no se puede limpiar con mi sangre. Esto no es más que un acto de venganza de la sociedad humana.»

Después dijo:

“Si me dejaran hoy en libertad, no puedo garantizar que no volviera a repetir lo que hice.”

La última pregunta que le hizo al profesor Berg fue si él vería que manaba la sangre de su cuerpo cuando le cortasen la cabeza. Esto sería «el placer de los placeres».

En la misma semana, mientras Kürten esperaba en la prisión de Düsseldorf-Derendorf la decisión del Ministerio de Estado, un periódico publicaba esta breve noticia:

«Según una información oficial, la señora Augusta Kürten debe recibir como recompensa la cantidad de nueve mil marcos.»

Como es costumbre, no se le comunicó al preso el día de su ejecución y se hicieron los preparativos para el cumplimiento de la sentencia.

La prisión de Düsseldorf no tenía ningún patio que se pudiera habilitar para la guillotina, y el miércoles día uno de julio, a las tres de la tarde, Kürten fue trasladado a la prisión de Klingelputz, de Colonia. Él no sospechaba que era su último viaje. A última hora de la tarde llegó a la prisión el fiscal doctor Eich, quien le dijo a Kürten que eran inútiles las peticiones de indulto: sería ejecutado a la mañana siguiente.

Durante un largo rato Kürten estuvo perplejo. Luego pidió que llamasen al cura de la prisión y al padre franciscano Albrecht, de Düsseldorf, y pidió que le dejaran oír misa. Deseaba escribir algunas cartas. Aquella noche comió filete a la vienesa. Al fin llegó la noche, que encontró larguísima y que en realidad fue muy corta.

Los dos sacerdotes y su abogado siguieron a su lado, pareciendo que su presencia lo tranquilizase. Escribió varias cartas. ¿Arrepentimiento? ¿Corrección? Cartas a los familiares de sus víctimas: María Hahn, Elizabeth Dörrier, Gertra Albermann, Rosa Ohlinger, Cristina Klein, Ida Reuter, Rudolf Scheer, Luisa Linsen y Gertrudi Hamacher. También escribió a Anni Goldhausen y a Gertra Schulte. En cada carta sólo unas palabras, un par de frases. Cortas líneas, copiándose, y pidiendo perdón por sus crímenes. *«No sabía exactamente lo que hacía, pero mi muerte me ayudará a expiar mis delitos.»*

Finalmente, escribió la última carta:

Colonia, 2 de julio de 1931

Mi querida Augusta:

En estos momentos estarás en Leipzig (El abogado defensor y el juez instructor le buscaron un empleo en Leipzig. En aquella ciudad vivía el hermano de Augusta). Sí, así es.... querida; yo mismo me he cavado mi fosa. Ahora son las tres de la madrugada; a las seis aproximadamente acabaré de expirar. ¡Querida Augusta...! Ha sido todo terriblemente pesado, sobre todo las últimas horas. He de agradecer al padre Albrecht, al abogado Wehner y a otros señores de aquí, de Colonia, que me hayan hecho mis últimos momentos menos pesados, más soportables. Me han consolado mucho.

Querida Augusta, esta noche he escrito también a los familiares de las víctimas, rogándoles su perdón. Querida, a ti también te pido que me perdones todo el daño que te he hecho. Que Dios no te abandone nunca. Les ruego también a tus familiares que me perdonen y les envío un último saludo.

¡Augusta querida, reza por mí! En el cielo nos veremos de nuevo.

Kürten estuvo despierto toda la noche. A las cinco oyó misa, confesó y comulgó. Media hora más y todo habría terminado. Se le preguntó si deseaba alguna otra cosa. ¿Qué podía pedir él...? ¿La vida? La pregunta era obligada por la ley, como un rito, y la respuesta también fue la de ritual. Kürten murmuró: «No.»

Le ataron las manos a la espalda y lo llevaron al patio.

La guillotina regía en Alemania desde los tiempos de la Revolución francesa. El verdugo de Magdeburg estaba dispuesto.

Kürten parecía emplear sus últimas fuerzas, pero no se desplomó.

En el patio había un grupo de hombres vestidos de negro.

Kürten subió los peldaños del patíbulo.

Asistieron a la ejecución varios miembros de la audiencia, el fiscal doctor Eich, un consejero ministerial de Berlín, el presidente del jurado y, como la ley ordenaba, doce ciudadanos sin antecedentes penales, de la ciudad de Colonia.

ENRIQUETA MARTÍ



Enriqueta Martí i Ripollés (San Felíu de Llobregat, 1868 – Barcelona, 12 de mayo de 1913) fue una asesina en serie española, secuestradora y proxeneta de niños. Conocida popularmente como la vampira del carrer de Ponent o la vampira de Barcelona.

De muy joven, Enriqueta se traslada desde su ciudad natal (Sant Feliu de Llobregat) a Barcelona, donde trabajará como niñera, pero pronto comienza a ejercer la prostitución, tanto en burdeles como en lugares dedicados a esta actividad, como eran el Puerto de Barcelona o el Portal de Santa Madrona.

En 1895 se casa con un artista, un pintor llamado Joan Pujaló, pero el matrimonio fracasó por, según Pujaló, la afición de Enriqueta por los hombres, su carácter extraño, falso, impredecible y sus continuas visitas a casas de mala vida. A pesar de estar casada, no dejó de frecuentar los ambientes de prostitución ni el mundo de la gente de mal vivir. La pareja se reconcilió y se separó unas seis veces. En el momento de la detención de Enriqueta en 1912, el matrimonio llevaba más de cinco años viviendo separados y no tuvieron hijos.

Enriqueta llevaba una doble vida. Durante el día mendigaba y pedía en casas de caridad, conventos y parroquias, vistiendo harapos y llevando en ocasiones niños de la mano que los hacía pasar por sus hijos. Posteriormente, los prostituía o los asesinaba. Sin embargo, no tenía ninguna necesidad de mendigar, ya que su doble trabajo como proxeneta y prostituta le daban suficiente dinero para vivir sin problemas.

De noche se vestía con ropas lujosas, sombreros y pelucas, y se hacía ver en el Teatre del Liceu, el Casino de la Arrabassada y otros lugares donde acudía la clase acomodada de Barcelona. Es probable que en estos lugares ofreciera sus servicios como proxeneta especializada en criaturas.

En 1909 fue detenida en su piso de la calle Minerva de Barcelona acusada de regentar un burdel donde se ofrecían servicios sexuales de niños entre 3 y 14 años. Junto a ella, fue detenido un joven de una familia de alta posición social. Gracias a sus contactos con altas personalidades barcelonesas que contrataban sus servicios como proxeneta infantil, Enriqueta nunca tuvo un juicio por el asunto del burdel y el proceso se perdió en el olvido judicial y burocrático.

Al mismo tiempo que hacía de proxeneta de niños, también ejercía la profesión de curandera. Los productos que utilizaba para fabricar sus remedios estaban compuestos por restos humanos de las criaturas que mataba, que llegaban incluso a ser desde niños de pecho hasta criaturas de 9 años. De esos niños lo aprovechaba casi todo, la grasa, la sangre, los cabellos, los huesos (que normalmente transformaba en polvo); por esta razón no tenía problemas para deshacerse de los cuerpos de sus víctimas.

Enriqueta ofrecía sus ungüentos, pomadas, filtros, cataplasmas y pociones, especialmente para curar la tuberculosis, tan temida en aquella época, y todo tipo de enfermedades que no tenían cura en la medicina tradicional. Gente de clase alta pagaba grandes sumas de dinero por estos remedios.

Secuestró a un número indeterminado de criaturas. En el momento de su última detención se encontraron en su piso del barrio del Raval, en el número 29, entresuelo primera del carrer de Ponent (hoy Joaquín Costa), y en diferentes pisos de Barcelona donde había vivido, los huesos de un total de doce niños. Los forenses tuvieron mucho trabajo ya que quedaban pocos restos para examinar.

Enriqueta es posiblemente la asesina en serie más mortífera que ha habido en España. Si se llega a saber cuantas criaturas llegó a secuestrar y matar, la cifra probablemente se dispararía. Lo que está claro es que llevaba muchos años actuando en Barcelona, porque entre la población se rumoreaba desde hacía tiempo que alguien se llevaba bebés. Muchos niños desaparecieron sin dejar rastro y había un temor fundado entre los barceloneses.

El 10 de febrero de 1912 secuestró a su última víctima: Teresita Guitart Congost. Durante dos semanas todo el mundo la buscó y, en esta ocasión, hubo una gran indignación popular, ya que se demostraba que el temor de la población era fundado y que las autoridades habían sido extremadamente pasivas con este tema.

Sería una vecina, Claudia Elías, la que pondría a la policía tras la pista de Teresita. El 17 de febrero vio a una niña con el cabello rapado mirando desde un ventanal del patio interior de su escalera. El piso era el entresuelo del número 29 de la Calle de Ponent. La señora Elías nunca había visto a esa niña. La pequeña jugaba con otra criatura y Claudia le preguntó a Enriqueta si esa niña era suya, y ella le cerró la ventana sin decir una palabra.

Claudia Elías, extrañada, comentó el hecho al colchonero de la misma calle, con quien tenía amistad, y le hizo saber que creía que esa pequeña era Teresita Guitart Congost y que le había hecho sospechar la extraña vida que llevaba su vecina. El colchonero se lo hizo saber a un agente municipal, José Asens, y éste, a su vez, se lo comunicó a su jefe, el brigada Ribot.

El 27 de febrero, con la excusa de una denuncia por tenencia de gallinas en el piso, el brigada Ribot y dos agentes más fueron a buscar a Enriqueta, que se encontraba en el patio de la calle de Ferlandina. Haciéndole saber la denuncia, llevaron a la asesina hasta su piso. Ella se mostró sorprendida, pero no opuso resistencia, probablemente para no levantar sospechas. Cuando entraron los policías, encontraron dos niñas en el piso. Una de ellas era Teresita Guitard Congost y la otra una niña llamada Angelita.

Teresita fue devuelta a sus padres después de haber declarado. Explicó cómo en un momento en el que se alejó de su madre, Enriqueta se la llevó de la mano prometiéndole

caramelos, pero al comprobar que se la llevaba demasiado lejos de su casa, Teresita quiso volver y Enriqueta la cubrió con un trapo negro, la cogió por la fuerza y se la llevó a su piso. Nada más llegar a casa, Enriqueta le cortó los cabellos y le cambió el nombre por el de Felicidad, diciéndole que no tenía padres, que ella era su madrastra y que así debía llamarla cuando saliesen a la calle.

La mal alimentaba con patatas y pan duro; no le pegaba, pero sí la pellizcaba, y le había prohibido salir a las ventanas y balcones. Declaró también que las solía dejar solas y que un día se aventuraron a mirar en las habitaciones en las que Enriqueta les tenía prohibido entrar. En esta aventura encontraron un saco con ropa de niña llena de sangre y un cuchillo para deshuesar también lleno de sangre. Teresita nunca salió del piso durante el tiempo que estuvo secuestrada.

La declaración de Angelita fue más terrorífica. Antes de la llegada de Teresita a casa había otro niño, de cinco años, llamado Pepito. Angelita declaró haber visto cómo Enriqueta, a la que ella llamaba mamá, lo había matado en la mesa de la cocina. Enriqueta no se dio cuenta de que la niña la había visto y Angelita corrió a esconderse en la cama y se hizo la dormida.

La identidad de Angelita fue más difícil de concretar por las vaguedades de las primeras declaraciones de Enriqueta. La pequeña no sabía qué apellidos tenía y afirmaba Enriqueta que le habían explicado que su padre se llamaba Joan. La secuestradora sostenía que era su hija y de Joan Pujaló.

El marido de Enriqueta se personó ante el juez por voluntad propia para saber sobre la detención de su esposa y declaró que hacía años que no vivía con ella, que no había tenido hijos y que no sabía de dónde había salido la pequeña Angelita.

Al final Enriqueta declaró que la había cogido cuando era una recién nacida de su cuñada, a la que le hizo creer que la niña había muerto al nacer. Enriqueta Martí Ripollés fue detenida e ingresada en la prisión «Reina Amalia», institución demolida en 1936.

En una segunda inspección del piso, se encontró el saco del que hablaban las niñas, con ropa de niños llena de sangre y el cuchillo. También encontraron otro saco con ropa sucia que en el fondo tenía huesos humanos de pequeñas dimensiones, al menos una treintena. Los huesos tenían marcas de haber estado expuestos al fuego.

Encontraron también un salón suntuosamente decorado con un armario con bonitos vestidos de niño y niña. Este salón contrastaba con el resto del piso, que era de una gran austeridad y pobreza, y donde olía mal.

En otra habitación cerrada con llave encontraron el horror que escondía Enriqueta Martí. En ella, había unas cincuenta jarras, botes y palanganas con restos humanos en conservación: grasa hecha manteca, sangre coagulada, cabellos de criatura, esqueletos de manos, polvo de hueso, etc. También botes con las pociones, pomadas y ungüentos ya preparados para su venta.

Siguiendo la inspección, se registraron dos pisos más donde había vivido Enriqueta: un piso en la calle Tallers, un tercero en la calle Picalqués, y una casita en la calle Jocs Florals, en Sants. En todos ellos se encontraron restos humanos en falsas paredes y en los

techos. En el jardín de la casa de la Calle dels Jocs Florals encontraron una calavera de un niño de tres años y una serie de huesos que correspondían a niños de 3, 6 y 8 años.

Algunos restos aún tenían prendas de ropa, como un calcetín zurcido, que daba a entender que Enriqueta tenía por costumbre secuestrar niños de familias muy pobres y con escasos medios de buscar a su hijo desaparecido. Se encontró otra vivienda en San Felíu de Llobregat, propiedad de la familia de Enriqueta, donde también se hallaron restos de criaturas en jarrones y botes, y libros de remedios. La casa pertenecía a la familia Martí y era conocida en la población por el sobrenombre de «Lindo», pero estaba cerrada por la mala administración del padre de Enriqueta, según el testimonio del marido, Joan Pujaló.

En el piso de Ponent también se encontraron cosas curiosas: un libro muy antiguo con tapas de pergamino, un libro de notas donde había escritas recetas y pociones con una caligrafía muy elegante, un paquete de cartas y notas escritas en lenguaje cifrado y una lista con nombres de familias y personalidades muy importantes de Barcelona.

Esta lista fue muy polémica ya que entre la población se creyó que era la lista de clientes ricos de Enriqueta. La gente creía que no pagarían por sus crímenes de pederastia o de compra de restos humanos para curar su salud por el hecho de ser gente rica. La policía intentó que la lista no trascendiera. Pero corrió el rumor de que en ella había médicos, políticos, empresarios y banqueros.

Las autoridades, que tenían la Semana Trágica muy presente, y con el temor de que hubiese un motín popular, calmaron los ánimos de la gente, haciendo que el ABC publicase un artículo donde se explicaba que en la famosa lista solo había nombres de personas a quien Enriqueta mendigaba y que estas familias y personalidades habían sido estafadas por las mentiras y ruegos de la asesina.

Enriqueta fue encarcelada en la prisión «Reina Amàlia» en espera de juicio. Intentó suicidarse cortándose las venas con un cuchillo de madera, cosa que hizo estallar la indignación popular, porque la gente quería que Enriqueta llegase a juicio y fuese ajusticiada en el garrote vil.

Las autoridades de la prisión hicieron saber mediante la prensa que se habían tomado medidas para que Enriqueta no se quedara nunca sola, haciendo que tres de las reclusas con más carisma de la prisión compartieran celda con ella. Tenían instrucciones de destaparle las sábanas en caso de que se tapara para evitar que se abriese las venas con los dientes.

Pero Enriqueta nunca llegó a juicio por sus crímenes. Un año y tres meses después de su detención, y pasada la indignación popular, llegó su muerte. Sus compañeras de prisión la mataron linchándola en uno de los patios del penal. El proceso de Enriqueta se encontraba en fase de instrucción en esos momentos. El asesinato de la mujer no dio oportunidad de que en un juicio se supiese toda la verdad y todos los secretos que escondía. La secuestradora y asesina murió la madrugada del 12 de mayo de 1913, oficialmente de una larga enfermedad (cáncer de útero).

Hay algunos escépticos que creen que esa fue la auténtica causa de su muerte, así como consideran falso casi todo lo contado de este macabro caso, nada más que el producto de

elucubraciones de periodistas y escritores ávidos de ventas, pero la realidad fue que murió como resultado de una brutal paliza. Fue enterrada con toda discreción en la fosa común del Cementerio del Sudoeste, situado en la montaña de Montjuïc de Barcelona.

Se le interrogó sobre la presencia de la Teresita Guitart en su casa y ella dio como explicación que la había encontrado perdida y famélica el día antes en la ronda de Sant Pau. Claudia Elías desmintió esto, porque la había visto en su casa muchos días antes de la detención.

Enriqueta cambió su primer apellido, Martí, por Marina. Con este apellido se hacía conocer y alquilaba los pisos, de los que casi siempre la echaban por no pagar el alquiler. Durante las declaraciones a la policía confesó su auténtico apellido, hecho que fue corroborado por el testimonio de su marido Joan Pujaló.

También fue interrogada por la presencia de huesos y otros restos humanos así como las cremas, pociones, cataplasmas, pomadas y botellas con sangre preparadas para vender que poseía en el piso, y también por el cuchillo de desguazar.

Enriqueta primero argumentó que hacía estudios de anatomía humana, pero le hicieron saber que los huesos, según los forenses, habían sido sometidos a altas temperaturas, es decir, habían sido quemados o cocidos y, presionada por los interrogatorios, acabó confesando que era curandera y que utilizaba a los niños como materia prima para fabricar sus remedios. Decía ser una experta y saber confeccionar los mejores remedios, y que sus preparados eran muy bien pagados por la gente adinerada y de buena posición social.

En un momento de debilidad fue cuando sugirió que investigaran las viviendas de las calles Tallers, Picalqués, Jocs Florals y su casa de San Felú de Llobregat. En ese momento, ya se sabía condenada y quería beneficiarse de sus servicios como proxeneta de pedófilos. A pesar de ese momento de debilidad y de ira por la suerte que le esperaba, Enriqueta no delató ni un solo nombre de sus clientes.

En lo referente a Pepito, se le preguntó por su paradero y ella dijo que ya no estaba con ella, que se lo había llevado al campo porque se había puesto enfermo. Repetía la excusa que le había dado a la vecina, la señora Claudia Elías, cuando ésta le preguntó por el niño, extrañada de no verlo ni escucharlo. Pepito había llegado a sus manos, según ella, porque una familia le había confiado al niño para que se hiciera cargo de él. Sabían de la existencia del pequeño tanto por el testimonio de Angelita como el de la vecina Claudia Elías, que lo había visto en alguna ocasión.

El testimonio de su asesinato, explicado por Angelita, más las pruebas de la ropa encontrada en un saco, el cuchillo y algunos restos de grasa fresca, sangre y huesos, hicieron añicos la excusa de la asesina. Esos restos eran de Pepito. Tampoco pudo justificar cuál era la familia que le había confiado al niño, quedando claro así que el pequeño era otra criatura secuestrada.

Una inmigrante aragonesa de Alcañiz la reconoció como secuestradora de su hijo de meses, unos seis años antes, en 1906. Enriqueta, con una extraordinaria amabilidad para con la mujer exhausta y famélica por un viaje muy largo desde su tierra, consiguió que le dejara la criatura. Con una excusa ingeniosa se alejó de la madre para después

desaparecer. La madre nunca recuperó a su hijo ni tampoco llegó a saber qué hizo con él. Es probable que lo utilizase para fabricar sus remedios.

Intentó hacer pasar a Angelita por hija suya y de Joan Pujaló. Incluso enseñó a la niña a decir que su padre se llamaba Joan, pero la niña desconocía completamente cuáles eran sus apellidos y no había visto nunca a su supuesto padre. Pujaló negó que la niña fuese suya, declaró que nunca la había visto y que Enriqueta ya le había mentido en el pasado con un falso embarazo y un falso parto. Un examen médico corroboró que Enriqueta no había parido nunca.

El testimonio final de Enriqueta fue que Angelina era realmente la hija que había robado a su cuñada Maria Pujaló, a quien había asistido en el parto, haciéndole creer que la criatura había muerto al nacer para quedarse con ella.

- *Los diarios de Enriqueta Martí* de Pierrot

Novela que se centra en unos supuestos diarios que Enriqueta Martí escribió antes de comenzar su carrera de asesina. Ilustrado por el propio autor.

- *El misterio de la calle Poniente* de Fernando Gómez

En febrero de 1912 la desaparición de una niña de tres años conmocionó todos los rincones de Barcelona. La investigación y los descubrimientos posteriores mostraron a la opinión pública una serie de macabros asesinatos que estremecieron una ciudad que paseaba la resaca revolucionaria de la Semana Trágica. Parece ficción, pero no lo es. por las páginas de éste libro deambula una suerte de personajes que ayudan a conformar la historia. Individuos de carne y huesos, muchos de ellos incapaces de ser los protagonistas de su propia historia. vistos por separado sólo tienen el valor de lo anecdótico, pero en su conjunto convergen para perfilar fielmente el auténtico rostro de una despiadada criminal, Enriqueta Martí. Enriqueta Martí, mendiga de día y marquesa de noche, conoce el poder desde el lado más oscuro. La sangre fresca es su preciada mercancía, los niños sus proveedores y una burguesía enferma sus clientes.

- *La mala dona* de Marc Pastor

Al inspector Moisés Corvo, bebedor y pistolero, le gusta la calle y la escucha. Y en la calle comienza a hablarse a voz baja de niños que desaparecen, hijos de prostitutas que callan por miedo. Corvo decide preguntar, incrustarse en esa Barcelona de 1912 que tan bien conoce. Por deber y por afición, que las tiene: las taberna, los prostíbulos. Pregunta a quien debe y a quien no, en el Chalet del Moro y el casino de la Arrabassada, hasta que los superiores le ordenan que abandone. Pero, a Corvo y a su inseparable Juan Malsano no los frena cualquiera, y menos ahora que comienzan a vislumbrar a una mala mujer, fría y calculadora, que sabe cuidarse muy bien, por lo que se ve. Pero no tanto. Ni los clientes para los que busca menores y chantajea podrán callar sus crímenes: mucho más crueles y depravados de los que Corvo era capaz de imaginar.

- *El cielo bajo los pies* de Elsa Plaza

El caso que conmocionó la Barcelona de 1912. Enriqueta Martí, llamada por la maledicencia popular «la vampira del Raval» y «la mala mujer», fue asediada por todo

tipo de rumores desde el mismo momento en que la policía la detuvo, acusada de hacer desaparecer niños con los más aberrantes propósitos, desde convertirlos en objetos de placer de las clases más pudientes, hasta hacer ungüentos destinados a proporcionar la inmortalidad.

Sin embargo, cuando una joven e indómita periodista pone todo su empeño en discernir qué se oculta tras estos aparatosos casos de desapariciones infantiles y explotación infantil, no tarda en surgir antes sus ojos toda una trama que se bifurca por los escenarios más inesperados: de los arrabales parisinos a los lujosos pisos de la alta burguesía catalana, de los café concierto y los prostíbulos de los barrios más turbios a los casinos y salas de fiesta de postín.

Enriqueta Martí en el teatro

- *La vampira del carrer ponent o Els misteris de Barcelona* de Josep Arias Velasco.
- *La vampira del Raval*. Obra de teatro musical inspirada en el personaje de Enriqueta Martí, protagonizada por Pep Cruz, Mingo Ràfols, Roger Pera, Roser Batalla, Mercè Martínez, Lluís Parera, Jordi Coromina, Valentina Raposo y Óscar Muñoz. Música de Albert Guinovart y dirección de Jaume Villanueva. Se estrenó en diciembre 2011 en el Teatre del Raval.

Enriqueta Martí en el cine

- En la película Española *Diamond Flash* de 2011 dirigida por Carlos Vermut, el personaje de Enriqueta está inspirado en Enriqueta Martí. En la película, Enriqueta controla una organización que se dedica al secuestro de niños.

Enriqueta Martí sembró de horror la Barcelona de 1912. Secuestraba, prostituía y asesinaba a niños para extraerles la sangre, las grasas y el tuétano de los huesos y elaborar pócimas que sus clientes consideraban mágicas. El relato de las dos niñas que liberó la policía fue recogido por la prensa de la época con buena dosis de morbo.

Tras el delicado nombre de Enriqueta Martí se esconde una de las personalidades criminales más feroces de la historia negra de España. Secuestradora, prostituta, alcahueta, falsificadora, corruptora de menores, pederasta, bruja y asesina son algunas de las actividades que ejerció durante su vida esa mujer a la que el pueblo de Barcelona bautizó como «la Vampira del Carrer Ponent».

Y todo empezó de una forma bien simple, con un desmentido oficial que trataba de negar la realidad, algo que ha venido sucediendo siempre a lo largo de la historia. El gobernador civil, nada menos que Portela Valladares, trataba de convencer a todos de que era «completamente falso el rumor que se está extendiendo por Barcelona acerca de la desaparición durante los últimos meses de niños y niñas de corta edad que según las habladoras populacheras habrían sido secuestrados...».

Pero el rumor, ese runrún que se extendía por calles y plazas, mercados y patios de vecinos, era completamente cierto. Eran muchos los niños que a diario desaparecían en las grandes ciudades durante aquellos años y los padres, para amedrentar a sus hijos, para hacerlos más precavidos, les contaban tétricos relatos sobre «el hombre del saco».

Por aquellos días de febrero de 1912, apenas tres años después de la Semana Trágica, la mayor parte de ciudadanos de Barcelona andaban preocupados por la desaparición de una niña de cinco años llamada Teresita Guitart sobre cuyos detalles y circunstancias se estaba extendiendo ampliamente la prensa.

Había ocurrido a la caída de la tarde del 10 de febrero en la calle de San Vicente. Ya era casi de noche cuando Ana, la madre de Teresita, se había detenido a la puerta de su domicilio a charlar con una vecina y le soltó la mano a la pequeña en la creencia de que subiría sola hasta el piso. Pero no fue así. Cuando el marido vio llegar a su esposa sin Teresita, preguntó extrañado: «¿Y la nena?». La buena mujer lanzó un grito y bajó corriendo a la calle, pero ya era demasiado tarde, no había rastro de la niña.

Lo que había ocurrido era que Teresita, en lugar de subir a su casa, se alejó un poco, curioseando, y de repente sintió que una mano cogía la suya y que una mujer extraña le decía con acento mimoso: «Ven, bonita, ven, que tengo dulces para ti». La pequeña, ilusionada, se dejó llevar un trecho, pero, al ver que se alejaba demasiado de donde estaba su madre, soltó su manita y trató de regresar. Demasiado tarde. La desconocida desplegó un trapo negro con el que cubrió por completo a la niña, la agarró en brazos para ahogar sus sollozos y protestas, y se perdió con su presa en las sombras de la noche.

Y Barcelona vivió más de dos semanas con el corazón en un puño pensando en la suerte que habría podido correr la infeliz Teresita Guitart. Todos los esfuerzos policiales resultaron, como casi siempre, nulos. Sería una vecina fisgona, una chafardera, la que descubriría el paradero de la niña desaparecida.

Se llamaba Claudina Elías, y un buen día se fijó en la carita de una niña que la miraba a través de los sucios cristales de un ventanuco y le pareció que su expresión era implorante. Era la casa de la vecina del entresuelo, en la que vivía con un niño y una niña, pero el deplorable rostro de aquella criatura de cabeza rapada no le resultaba familiar. «Mira que si se tratara de la desaparecida Teresita». Se lo comentó al colchonero que tenía la tienda en la misma calle de Poniente (hoy Joaquín Costa) y éste se lo hizo saber al municipal José Asens, quien se lo comunicó a su jefe, el brigada Ribot.

Y fue éste el que a primera hora de la mañana del 27 de febrero de 1912 llamó a la puerta del entresuelo 1ª del número 29 de la calle de Poniente. Le abrió una mujer que acababa de despertarse.

-Buenos días. Vengo a inspeccionar su domicilio, pues hemos tenido una denuncia de que tiene usted gallinas.

-¿Gallinas? ¿A quién se le ocurre? Eso es mentira.

-Si me permite....

Y el brigada Ribot penetró en el piso descubriendo al fondo del pasillo a dos niñas de corta edad. La dueña de la casa reaccionó y le dijo que sin una orden del juez no podía pasar. Pero era tarde. Ribot se acercó a la pequeña, que tenía la cabeza rapada.

-¿Cómo te llamas, guapa?

-Felicidad.

-¿No te llamas Teresita?

La niña vaciló y acabó diciendo: «Aquí me llaman Felicidad». Ribot preguntó a la mujer quién era aquella niña y ella respondió que no lo sabía, que se la había encontrado en la Ronda de San Pablo el día anterior y le había dicho que estaba perdida y que tenía hambre y ella se la había llevado a casa. «La otra es mi hija y se llama Angelita», añadió. No había ningún rastro del niño que la vecina decía haber visto en repetidas ocasiones.

Una vez en la Jefatura de Policía, que entonces estaba en la calle de Sepúlveda y cuyo máximo responsable era José Millán Astray, la secuestradora fue identificada como Enriqueta Martí Ripollés, de 43 años y con antecedentes... por corrupción de menores.

Había sido detenida en 1909 en su domicilio de la calle de Minerva, donde descubrieron que tenía un prostíbulo de menores de ambos sexos y de edades que iban desde los cinco hasta los 16 años. Con ella había sido detenido un cliente joven que resultó ser hijo de familia distinguida. Enriqueta fue procesada, pero la causa se perdió en los archivos gracias a las influencias ejercidas por una persona muy conocida y muy poderosa de la ciudad.

La vida de Enriqueta Martí estuvo siempre muy relacionada con la prostitución. Ella misma comenzó a ejercerla antes de cumplir 20 años, el día en que se dio cuenta de que siendo criada no se llegaba a ninguna parte. Fornicó en los lupanares de más baja estofa de la zona vieja y marinera de la Puerta de Santa Madrona hasta que un día decidió probar fortuna casándose con un pintor incomprometido y fracasado, Juan Pujaló, un pobre tipo que se alimentaba de alpiste, como los pájaros, porque lo había aprendido en un manual de naturismo. Diez años duró la relación, aunque hasta seis veces se separaron en este periodo. La última y definitiva había sido cinco años antes.

Por eso la policía pudo descubrir que Angelita no era hija de Enriqueta porque así lo declaró el infeliz de Pujaló, que explicó que el fracaso de su matrimonio se debía a que «Enriqueta es muy aficionada a los hombres y acostumbra a frecuentar ciertas casas que a mí no me gustan». Posteriormente, los médicos comprobaron que efectivamente Enriqueta nunca había dado a luz.

¿Quién era, pues, Angelita y dónde estaba el niño que vivía con ella en la calle de Poniente? Enriqueta no fue nada explícita en sus declaraciones y siguió manteniendo que la niña era suya aunque semanas después reconocería que se la había quitado nada más nacer a una cuñada a la que hizo creer que lo había perdido en el parto. En cuanto al niño, explicó que se llamaba Pepito, que tenía cinco años y que se lo habían dejado para que lo cuidara. «Pero como se puso malito lo llevé fuera de Barcelona para que se cure».

Poco a poco, a base de testigos que se presentaban espontáneamente a declarar, pudo irse trazando la personalidad de la secuestradora. A pesar de que no tenía problemas económicos, solía mendigar y acudía, vestida como una pordiosera y acompañada casi siempre de un niño o una niña, a centros de acogida, conventos, parroquias y asilos pidiendo limosna y comida.

Ésta era su ocupación por las mañanas, pero a media tarde salía de su casa elegantemente vestida con sedas y terciopelos y tocada la cabeza con pelucas y sombreros. ¿Qué lugares frecuentaba? ¿A quién visitaba?

Las declaraciones de las dos niñas, fundamentalmente la de Angelita, vinieron a demostrar que Enriqueta Martí era mucho más que una alcahueta secuestradora y corruptora de niños. Teresita contó al juez que aquella mujer, nada más llegar al piso, le dijo: «¿Verdad que sientes picor en la cabeza? Anda, hija mía, déjate cortar el pelito y te pondrás buena».

La niña se dejó hacer mientras la mujer le decía que a partir de ahora se iba a llamar Felicidad y que ya no tenía padres y que ella era su madre y que tenía que llamarla «mamá» cuando salieran a la calle. Pero nunca salió a la calle ni le estaba permitido asomarse al balcón o a las ventanas. Le daba mal de comer -patatas y pan duro-; no le pegaba, pero solía darle fuertes pellizcos.

Su única distracción era jugar con Angelita, porque ella no llegó nunca a ver a Pepito en la casa. A veces se quedaban las dos solas y era cuando tenían más miedo y todos los ruidos las asustaban. Pero un día Angelita le dijo: «Vamos a ver qué tiene mamá en los sitios donde no nos deja entrar». Y entrelazando sus manitas penetraron casi a oscuras en las habitaciones prohibidas. Teresita tropezó con algo que resultó ser un saco. Lo abrieron y, al descubrir su contenido, lanzaron un grito de horror: había un cuchillo grande y unas ropas de niño manchadas de sangre.

La declaración de Angelita fue aún más sobrecogedora. Ella sí conoció a Pepito, un niño rubio de su misma edad con el que solía jugar hasta que un día... «Mamá no se dio cuenta de que yo la vi cómo cogía a Pepito, lo ponía sobre la mesa del comedor y lo mataba con un cuchillo. Yo me fui a mi cama y me hice la dormida».

Tanto impresionaron al pueblo de Barcelona las declaraciones de las dos pequeñas que se abrieron suscripciones populares para abrirles una libreta de la Caja de Ahorros y hasta fueron presentadas en público. En el teatro Tívoli, por ejemplo, se celebró una función en su honor y en los carteles se decía: «Teresita y Angelita asistirán a la representación desde un palco».

Pero lo más tremendo todavía estaba por llegar. Fue a raíz del registro que se produjo en el entresuelo de la calle de Poniente. Los del juzgado se quedaron atónitos cuando entre aquellas habitaciones sórdidas y malolientes descubrieron un suntuoso salón amueblado con gusto exquisito. El mobiliario, las lámparas, el cortinaje, las butacas y los sofás debían de haber costado una fortuna.

En un armario colgaban dos trajecitos de niño y otros dos de niña; había medias de seda y zapatitos a juego con los trajes. Y también fueron encontrados las pelucas rizadas y los finos trajes de confección que Enriqueta vestía en sus misteriosas salidas.

Un paquete de cartas llamó la atención de los funcionarios. La mayoría estaban escritas en lenguaje cifrado, y abundaban en ellas las contraseñas y las firmas con iniciales. Apareció también una lista, una relación de nombres, que daría mucho que hablar a la opinión pública.

En la cocina encontraron el saco del que habían hablado las dos niñas y, efectivamente, contenía un trajecito de niño y un cuchillo ensangrentados. En otra habitación descubrieron un saco de lona, aparentemente lleno de ropa sucia y vieja, pero en cuyo fondo había huesos de reducido tamaño que posteriormente se confirmaría que eran de criaturas infantiles.

Hasta 30 se contaron entre costillas, clavículas, rótulas.... Todos ellos presentaban la particularidad de que tenían señales de haber sido expuestos al fuego, lo que, según los médicos, excluía que pudieran servir para estudios anatómicos y hacía suponer que más bien los pobres niños habían sido sacrificados para extraer grasa de sus cuerpecitos. Esta afirmación era en respuesta a la explicación que días más tarde daría Enriqueta justificando que tenía recogidos aquellos huesos para estudios de anatomía.

Tras un armario descubrieron la cabellera rubia de una niña de unos tres años, y la macabra expedición concluyó en una habitación cuya cerradura tuvieron que forzar y en la que aparecieron medio centenar de frascos, rellenos, unos, de sangre coagulada; otros, de grasas, y el resto, con sustancias que fueron enviadas a un laboratorio para su análisis.

Junto a las pócimas había un libro antiquísimo con tapas de pergamino que contenía fórmulas extrañas y misteriosas. Y también un cuaderno grande lleno de recetas de curandero para toda clase de enfermedades, escritas a mano, en catalán y con letra refinada.

A partir de aquel descubrimiento no se hablaba de otra cosa en la ciudad más que de Enriqueta Martí, y los principales periódicos nacionales, que por entonces se componían de unas 16 páginas, le dedicaban a diario un par de ellas para contar, como si fuera un folletín, las novedades del caso bajo titulares como: «Los misterios de Barcelona».

Entre los testimonios de personas que trataron a Enriqueta o sufrieron sus actividades se contaban historias tan dramáticas como la de una mujer de Alcañiz que acababa de llegar a Barcelona a buscar trabajo con un bebé en brazos. La buena mujer se sintió desfallecer y se sentó en el umbral de una casa. Una desconocida, de tono amable, se le acercó; era Enriqueta.

-¡Qué nena tan bonita!, ¿quiere que le dé un rato el pecho?

-A mi hija nadie le da el pecho más que yo -respondió la baturra.

-Pues a mí me gustaría dárselo. Me parece que lo que usted tiene es hambre. Vamos a esa lechería, que le pago un vaso de leche. ¡Pobre mujer! Traiga, que ya le llevaré yo a la niña.

Y la mujer, que estaba desfallecida de hambre, siguió a la desconocida y entró con ella en la lechería. Enriqueta pidió un vaso de leche y exclamó de repente:

-Pero le sentará mejor con pan. Espere, que ahora mismo lo traigo.

Salió con el bebé en brazos y nunca regresó. Seis años tuvieron que pasar hasta que la desgraciada mujer de Alcañiz volviera a ver frente a ella, para identificarla, a la que le había robado a su hijo y sabe Dios lo que habría hecho con él.

Ante las abrumadoras pruebas, Enriqueta acabó reconociendo que era curandera y que vendía filtros y ungüentos. «Confecciono remedios utilizando determinadas partes del cuerpo humano». Y, de forma repentina, vociferó: «¡Que registren el piso! ¡Que piquen bien las paredes y encontrarán algo! Como sé que me subirán al patíbulo, quiero que conmigo suban los demás culpables».

No tan sólo el piso de la calle de Poniente fue registrado a fondo, sino también los otros domicilios que Enriqueta había tenido durante los diez últimos años. Y el resultado fue aterrador: en un piso de la calle de Picalqués fue descubierto un falso tabique que ocultaba un hueco en el que aparecieron más huesos, entre ellos varios de manos de niño. Dice la crónica que «con los huesos fue encontrado un calcetín de niño que debió de pertenecer a un hijo de familia muy humilde, porque está zurcido y añadido desde su mitad con hilo de otro color».

En un piso de la calle de Tallers, en un escondrijo, hallaron huesos y dos cabelleras rubias de niñas de corta edad. En una torre de Sant Feliu de Llobregat aparecieron libros de recetas y nuevos frascos con sustancias desconocidas. Y finalmente, en el patio de una casa de la calle de los Jocs Florals de Sants descubrieron el cráneo de un niño de unos tres años, que todavía presentaba adheridos a la piel algunos cabellos y una serie de huesos que los forenses reconocieron como pertenecientes a tres niños de tres, seis y ocho años.

Diez fueron las criaturas identificadas como víctimas de Enriqueta que se incluyeron en el sumario. Los periódicos escribieron frases como: «Esos huesos hablan de crímenes bárbaros, y esos emplastos y esas curas, de supercherías medievales». Y Millán Astray, jefe superior de policía, definió a la Martí como «una neurótica que se creía curandera, un caso de bruja antigua que hubiera sido quemada en Zocodover».

No cabe duda de que la Martí utilizaba a los niños que secuestraba en una explotación doble: como objetos de placer para sus degenerados clientes y como materia prima para elaborar sus potingues. Llegó a especularse, y así lo recogen el escritor Núñez de Prado y el abogado leonés Jesús Callejo, que el origen de las actividades como hechicera de Enriqueta podría estar en que «en una de esas orgías pederásticas, uno de los niños perdió la vida y a partir de aquel momento decidió extraerles la sangre y no desperdiciar ni siquiera el tuétano y los huesos de sus víctimas».

En aquella época, la tuberculosis hacía estragos, y estaba muy extendida la creencia de que el mejor remedio para detenerla era beber sangre humana y aplicarse sobre el pecho cataplasmas de grasas infantiles. Tan sólo dos años antes, un suceso había alarmado a España entera: el crimen de Gádor, en el que un curandero, Francisco Leona, había sacrificado a un niño de siete años, Bernardo González, para que el rico propietario Francisco Ortega curara la tisis que padecía bebiendo la sangre de la criatura y aplicándose sus «mantecas» sobre el pecho.

A nadie escapaba que tras los aberrantes crímenes de Enriqueta Martí tenía que haber personas con suficientes recursos económicos para satisfacer sus perversas necesidades. Y es en ese punto donde aparece la famosa lista de nombres hallada en el tugurio de la calle de Poniente, una lista de la que todo el mundo hablaba pero nadie conocía, una relación de nombres y domicilios en la que, se rumoreaba, figuraban médicos, abogados, comerciantes, algún escritor, políticos y otras personalidades.

La indignación y la furia comenzaron a apoderarse del pueblo de Barcelona, y la prensa más conservadora corrió a calmar los ánimos para evitar males mayores. Así, *Abc* llegó a decir que «los nombres y domicilios contenidos en esta lista son de gentes conocidas por su amor a la caridad, gentes que fueron víctimas de las socaliñas (que significa ‘engaños’) de la hechicera, que las conocía por haber acudido a sus casas a pedir limosna».

Pero cuando saltó la noticia de que Enriqueta había intentado cortarse las venas con una cuchara de madera en su celda de la prisión de Reina Amalia, la irritación popular se convirtió en cólera y las autoridades temieron que si fallecía estallara un motín, pues los hechos de la Semana Trágica de 1909 estaban cercanos.

Para evitar el suicidio de Enriqueta se tomaron todo tipo de precauciones. «La cama de la Martí está colocada frente por frente a las de sus tres compañeras de reclusión para que éstas no la pierdan de vista, cualquiera que sea la posición que aquélla adopte para dormir, y tienen orden de destaparle la cara si ven que se cubre la cabeza con las ropas de la cama para evitar que con sus dientes se seccione una vena de la muñeca».

Sin embargo, el interés por el tema comenzó a decaer al no producirse nuevos descubrimientos macabros y entrar toda la investigación en una fase rutinaria y farragosa. El periodista Luis Antón del Olmet concluía así la larga y espléndida serie de reportajes que dedicó al caso: «Estamos ante una de las criminales más tremendas y crueles de las que se tienen noticia. Movida por un fanatismo vesánico, ha ido matando niños durante diez años para sacarles las grasas y fabricar ungüentos. Es un caso inaudito, monstruoso, del que se hablará muchos años con estupor. Enriqueta Martí ha de tener leyenda, pero ¿será cosa de seguir glosando indefinidamente este suceso?».

Y para rematar la pérdida de interés por el tema, a mediados de abril, un transatlántico se hundió tras chocar con un iceberg. Se llamaba Titanic y las noticias sobre aquel desastre apartaron definitivamente de las rotativas a la Vampira del Carrer Ponent.

Meses después se supo que Enriqueta Martí había fallecido en el patio de la cárcel linchada por sus compañeras presas. Se especuló que antes de ser golpeada ya estaba muerta, envenenada por encargo de alguien interesado en su desaparición. Nada se pudo probar. Lo único cierto es que nunca llegó a celebrarse el juicio, que aquellas personas que figuraban en la lista, «tan amantes de la caridad», se acostaron aquel día más tranquilas y que Enriqueta Martí Ripollés se convirtió en leyenda.

Un nuevo ensayo desmonta la leyenda de la asesina en serie de la Barcelona de 1912 -A final del siglo XIX Barcelona era una ciudad con un 50% de analfabetos y 12.000 prostitutas- «La muerte de un hijo de diez meses, por desnutrición, la perturbó totalmente».

La primera vez que el escritor Jordi Corominas leyó una reseña sobre la tremebunda historia de Enriqueta Martí i Ripollés, nacida en 1868 -bautizada después «la vampira del Raval»- también creyó en su leyenda negra. ¿Por qué tendría que dudar del relato oficial?

Así quedó registrada en su memoria: «Nacida en Sant Feliu de Llobregat, fue a Barcelona y amó el pluriempleo. Sirvienta, probable prostituta, curandera, proxeneta, secuestradora, mendiga, lavandera, modista, madre sin hijos, progenitora huérfana, amiga de los ricos,

princesa de los pobres, vampira por mitología y asesina en serie por caprichos de la propaganda». ¿Quién da más? se preguntaba el escritor.

Teóricamente -sobre el papel y en connivencia con el relato de las autoridades- Enriqueta Martí habría sido un verdadero monstruo. Todo habría empezado por el secuestro en 1912 -eso sí fue cierto- de una niña de cinco años, Tereseta Guitart.

Diecisiete días después la criatura aparecería con el pelo rapado y vestida con andrajos en su piso de la calle Poniente donde -contaban las crónicas- se encontrarían espeluznantes hallazgos: huesos, restos de sangre, extraños utensilios...

Se suponía que Enriqueta secuestraba niños y utilizaba sus flujos corporales para elaborar ungüentos que vendía a burgueses -a la salida del Liceu- o aristócratas -más arriba de Diagonal- con la promesa de «la eterna juventud». ¿Se les ocurre algo más espeluznante?

«Yo elaboraba artículos de crónica negra -explica Jordi Corominas a *La Vanguardia*- intentando buscar alguna rendija por la que comprender la vida de asesinos y víctimas». Hizo lo mismo en Radio Barcelona. Barajando información sobre crímenes locales siempre chocaba con el nombre de Enriqueta Martí. «Un día, habiendo aceptado ya la versión mentirosa, decidí meterme de lleno, bucear, en la hemeroteca. Precisamente, la de *La Vanguardia*». Y entendió por qué muchos cronistas miraban solamente la información escabrosa que se publicó los primeros días prescindiendo de realizar un posterior seguimiento riguroso.

«Enriqueta no era una asesina sino más bien paradigma de una Barcelona pobre y desesperada que era la que no acostumbraba a salir en los medios». A Corominas le fascina, de Enriqueta, que no deja de ser una víctima de una ciudad donde no se aplica ningún tipo de piedad, no se contextualiza, y donde la miseria era el factor común «por mucho que nos hayamos quedado con la narración del Modernismo oficial o con el esplendor de la burguesía de entonces».

La curiosidad de Jordi Corominas i Julián, sin embargo, iba más allá. Tras el impacto inicial, cotejó artículos como el publicado por Pedro Costa en *El País*. Empezó a investigar y, tras muchas horas de trabajo, llegó a la conclusión de que la historia de la Vampira del Raval no había sido más que el producto de una maquinaria periodística a favor del morbo y la truculencia. Repasó notas y archivos, releyó crónicas de la época en *La Vanguardia* y *ABC* y confirmó que «muchos de quienes volvieron a explicar el caso se limitaron a leer las reseñas de esos primeros días pero dejaron de investigar los últimos rastros del relato...». Porque la historia de Enriqueta no es como parece.

La lectura de *Barcelona 1912. El caso Enriqueta Martí* (Sílex) es doblemente interesante por cuando desmonta toda la maquinaria de la leyenda. Para Corominas, Barcelona, que no contaba hasta entonces con un gran asesino en serie local, la figura de Enriqueta «era una gran oportunidad para encajar en el parque temático barcelonés, una suerte de Jack el Destripador ambientado en la época de la Rosa de Foc».

El morbo y el sarcasmo estaban servidos. Incluso *L'Esquella de la Torratxa* publicó, como portada, el 8 de marzo de 1912, un dibujo cómico donde aparecía una monstruosa Enriqueta con un par de niños bajo el brazo y otros tantos a su paso, y una leyenda: «El plat del dia».

Rumores y falsedades que el ensayo se encarga de desmontar. No es el primero. Hace pocos meses la historiadora Elsa Plaza publicó otro con conclusiones parecidas a las de Corominas y un enfoque sociológico y de género. Enriqueta Martí, lejos de ser una asesina, sería una mísera mujer marcada por un hecho que le destrozó la vida: la muerte de un hijo, con apenas diez meses, a causa de la malnutrición. «Perturbada por esa situación -concluye Corominas- secuestró a Tereseta». Tal vez para buscarle una compañía a Angeleta, la otra niña que ella cuidaba, en el piso que compartía con el abuelo. «Pero la suya no era una mente analítica ni criminal. Hoy hubiera recibido atención psiquiátrica».

La leyenda de «la mala dona» ha generado varias novelas, obras de teatro, incluso un musical. El trabajo de Corominas rectifica y dignifica, en algo, su figura. La Barcelona de fin de siglo XIX -una ciudad con el 50% de analfabetismo y 12.000 prostitutas- era lugar idóneo para el relato siniestro. Pero aquella pobre desgraciada sobre la que se cebaron las crónicas de la época -y posteriores- ni siquiera murió, como se dijo, apalizada por sus compañeras reclusas -aunque falleció en prisión- sino víctima de un cáncer de útero.

«Su historia real no deja de ser dickensiana -continúa Corominas- y este es el contraste más salvaje con la versión oscura que hemos heredado. En realidad, lo único que tenemos es un ser anónimo, a quien siempre andan desahuciando, enfrentado a unas condiciones materiales de máxima miseria que la llevan a una serie de hechos alucinantes que tampoco podrían haberse sucedido con tanto impacto sin un elemento esencial: las apariencias».

Para el autor de este ensayo desenmascarador, Enriqueta fue sólo el chivo expiatorio periodístico que ocultaba las vergüenzas de Barcelona. No olvidemos que su cuñada le da a cuidar su criatura -Angeleta- porque la ha tenido viuda y teme el qué dirán.

El autor del ensayo descarta una por una las hipótesis. ¿Se demostró que existieran los famosos «ungüentos» milagrosos? No. ¿Restos de sangre en alguna toalla? Enriqueta sufría un cáncer de útero que le provocaba hemorragias vaginales ¿De qué eran los huesos que encontraron? Unos, probablemente extraídos de algún cementerio, y utilizados como amuletos mágicos, otros de animales usados para cocinar, gallinas y huesos de cerdo. Su día a día no era más que la suma de una vida desgraciada y una existencia misérrima que alguien quiso manipular, años después, como reclamo turístico.

El caso, tan sensacional como misterioso, queda registrado también en *La vampira de la calle Poniente*, donde Ginger Ape Books publicó sueltos y reseñas remitidas por las agencias de noticias en la prensa madrileña y crónicas del novelista Luis Antón del Olmet, uno de los forjadores de la leyenda, corresponsal especial del ABC que acabó por creerse aquella aquella feria de detalles macabros. Y, con él, todos sus seguidores.

Enriqueta Martí murió a los 45 años en la prisión Reina Amalia. Su historia acaparó la atención de toda España y esta fue la reseña inicial, el disparo de salida de una leyenda que hoy se está desmontando: «Barcelona 27, 2 tarde (Urgente). Un guardia municipal ha encontrado esta mañana a la niña desaparecida. Estaba secuestrada por una mujer de cuarenta años, llamada Enriqueta Martí, en una casa de la calle de Poniente. Cuando el público ha conocido la noticia, se ha agolpado frente al domicilio de la Enriqueta, y para evitar un asalto, han tenido que acudir las fuerzas del orden público. Ampliaré detalles».

Han pasado cien años, pero en algunos aspectos las cosas no han cambiado tanto en el Raval, que entonces era ‘el Chino’. De la gente hacinada en viviendas de ayer, a los pisos patera de hoy. La convivencia siempre fue difícil en este barrio de aluvión donde todo se mezcla y crecen leyendas como la de Enriqueta Martí. La sociedad miserable de 1912 tomó a esta mujer como chivo expiatorio de una serie de desapariciones y asesinatos de niños que eran esclavizados en fábricas o prostituidos.

Durante el Carnaval de 1912, el rostro de Teresita Guitart estaba grabado en la memoria de los barceloneses. Hacía días que la foto de la niña desaparecida se publicaba en periódicos obreros y anarquistas que abrían y cerraban según órdenes del gobernador civil, José Millán-Astray.

El hombre del saco se ensañaba en Barcelona, y Teresita era para muchos pobres la gota que colmó el vaso de esas desapariciones de niños. Teresita tenía 5 años, era hija de dos inmigrantes de Figueres y, como muchos obreros y niños que se esfumaban misteriosamente, era vecina del Distrito V.

En ese barrio maldito, las obreras mendigaban porque las dos pesetas que ganaban en la fábrica no les alcanzaban para alimentar a la prole, aunque los despojos provinieran de las inmundicias que se vendían en la calle del Arc del Teatre.

Mujeres con rostros desnutridos deambulaban con un pañuelo en la cabeza buscando comida en conventos o casas de socorro. Malvivían en pisos minúsculos junto a otras familias que habían llegado a Barcelona buscando el esplendor de la que se conocía como La Perla del Mediterráneo, y se topaban con La Ciudad de la Muerte. La esperanza de vida era de 41 años y el 17% de los recién nacidos morían antes de cumplir un año.

Era esa una Barcelona miserable y enferma, en la que muchos pobres ocultaban el nacimiento de sus hijos varones porque sabían que si sobrevivían al tifus, la tuberculosis o la podredumbre del barrio acabarían en las filas del Ejército de su majestad de turno y morirían en Marruecos.

En esa Barcelona que había dejado la Setmana Tràgica había censadas 587.000 personas; en 1860 eran 190.000. En 40 años, la población casi se había triplicado. Los obreros y las gentes de mal vivir, según la moral burguesa, se amontonaban en el Distrito V. De las 6.401 casas que había en Barcelona, 2.103 estaban en este barrio.

Medio siglo de especulación había convertido el entramado de calles estrechas en una colmena sucia. Algunos hombres dormían en las azoteas, junto a los palomares o a los pellejos de los conejos. En su estudio sobre los barrios de la ciudad, el desaparecido periodista Josep Maria Huertas explica: «Era común que 40 o 50 personas vivieran en una casa».

En las fotografías de la época se ven músicos ambulantes, traperos, obreros con gorra y batas rayadas, niños hambrientos, cojos, lisiados (algunas crónicas denunciaban que no eran pocos los que habían aprendido a fingir enfermedades) que pedían limosna.

En 1912, a la población censada en el barrio se sumaba la gente de paso, la cercanía del puerto dio lugar a negocios como las Casas de Dormir, más conocidos como Hoteles del Hampa, en las que un catre costaba un real, y los que iban perdiendo la casa a medida que

la Via Laietana se abría paso: se derrumbaron 2.199 viviendas sin que se diera solución a los que las habitaban. Entonces, hasta las tabernas malolientes se convirtieron en grandes dormitorios donde los bultos se confundían.

Escribe Paco Villar en *Historia y Leyendas del Barrio Chino* (La Campana) que el barrio «donde la miseria no se podía esconder» era el epicentro de todo tipo de violencia. Según la publicación *Lo Missatger del Sagrat Cor de Jesús*, había de 8.000 a 10.000 trinxeraires, golfillos que asaltaban a todo incauto que apareciera por el barrio. Por Carretas o Nou de la Rambla circulaba la morfina, había peleas a cuchillo, alcohol y cupletistas de 15 años que enseñaban pecho, cadera y lo que hiciera falta para ganarse el pan. A veces, morían asesinadas. En ese ambiente, la vida de una mujer, una niña o un niño no valía nada.

El distrito era imán de mujeres que ocupaban habitaciones sin luz ni ventilación. Esas jóvenes acababan en algún burdel de los cientos que había entre el puerto y la novísima plaza de Catalunya. Esas jóvenes aparecían inscritas en la Sección de Higiene Especial del Gobierno Civil y estaban obligadas a portar una cartilla que ponía que estaban sanas y que tenían más de 23 años, la mayoría de edad para una mujer. Muchas tenían 15, 16 o 17. Nunca más podrían dejar de ser putas y, por supuesto, nadie revisaba si los clientes tenían enfermedades venéreas.

En aquel Distrito V de 1912, las grandes fábricas habían desaparecido, sustituidas por carpinterías, imprentas, talleres. Aún hoy, muchos de esos comercios tienen en la fachada la fecha en que abrieron sus puertas: 1898, 1900, 1909, 1912, y lo utilizan como reclamo turístico.

El 27 de febrero de 1912, el comisario Ribot rescataba a Teresita Guitart en casa de Enriqueta Martí, en la calle de Ponent, 29 (hoy Joaquín Costa). Los periódicos de la época la describen como una mujer misteriosa que vivía sola. Estaba separada de un pintor lerrouxista y naturista, tenía un amante rico y no se le conocía oficio ni beneficio. Se lee en las crónicas que la mujer había retenido a la criatura y la había rapado. Fue Claudina Elías, una vecina, la que la denunció porque sospechaba que «había algo raro en esa mujer».

En casa de Enriqueta había otra niña: Angelita. Cuando la detuvieron, Enriqueta sostuvo siempre que a Teresita la había encontrado perdida por el barrio y que Angelita era hija de su cuñada, nacida fuera del matrimonio. Nunca la escucharon. Desde todos los rincones de España llegaron madres y padres pobres con la esperanza de que Angelita fuera su hija robada años o meses antes. La prensa hizo campañas para pagar los viajes. Ningún matrimonio pudo demostrar que Angelita era su hija.

El día que arrestaron a Enriqueta Martí, la policía sacó ropas ensangrentadas y huesos de su piso.

Empezó la caza de brujas y una leyenda que ha sobrevivido un siglo: Enriqueta Martí es, desde entonces, La Vampira del Raval. De ella se ha escrito que chupaba la sangre de los niños para elaborar pócimas milagrosas que luego vendía a los burgueses para que se curaran de sífilis o hemofilia. Se dijo también que comerciaba con vírgenes que servían, de nuevo a burgueses, para curar enfermedades venéreas. Ella será la mala mujer, la vampira, la bruja.

El juicio se alargó hasta ocho meses y el caso se cerró cuando Enriqueta murió de cáncer de útero en la cárcel de mujeres, según acredita el acta de fallecimiento.

La historiadora Elsa Plaza ha dedicado siete años al caso de Enriqueta Martí y ha escrito un excelente libro, *El cielo bajo los pies* (Edhasa), con el que aporta luz a la figura de esta mujer. En su casa del barrio de Horta, Plaza explica que desde 1912 hasta ahora se ha utilizado la figura de Enriqueta para que Barcelona tuviera una asesina en serie. «A Enriqueta nunca se la acusó formalmente de asesinato ni tampoco se encontró ningún cadáver de niño en su casa».

Ella salía a mendigar con hijos de otras mujeres (algunas eran prostitutas y otras no) porque había una red de mujeres que se ayudaban. Se demostró que Angelita era su sobrina. La historia de Enriqueta siempre ha sido contada por hombres. ¡Nadie pensó que la sangre que encontraron podía ser suya!».

En la mayoría de periódicos de la época se juzgó a Enriqueta desde ese 27 de febrero como la mujer que había robado, y asesinado, a unos 40 niños del Distrito V. Cuando se comprobó que los huesos hallados en una de las casas que habitó (en la calle de Picalquers) eran de animal, los periodistas casi arman un motín contra el médico que hizo dicho anuncio. Enriqueta era carnaza para una prensa amarilla naciente, el chivo expiatorio ideal al que cargar la desaparición de niños.

Esta cronista escribe este artículo y tiene grabada en su memoria la cara de Teresita Guitart. Desapareció en la esquina de la calle de Ponent (Joaquín Costa) con Ferlandina. Hoy en día, lo que se ve desde ahí es la culminación del proceso de cambio que empezó el Raval en los años 80: peluquerías fashion, una heladería italiana, badulakes, un bar inglés, döners kebabs, una tienda de muebles antiguos, un corrillo de borrachos y grupos de skaters y turistas sin rumbo.

En 1987, el entonces responsable del distrito, Joan Clos, inició un plan de rehabilitación e higienización de Ciutat Vella. Entraron las piquetas, el Chino murió y renació el Raval, lo que no significa que se eliminaran las desigualdades sociales. En 15 años cambió de fisonomía. Se dotó al Raval de espacios culturales como el Macba, el CCCB y el Cidob. En el 2001, se abrió la Rambla del Raval. También se ubicó ahí la Facultat de Geografia e Història de la UB y el capital privado lo escogió como la sede para la facultad de Comunicación de la Universitat Ramon Llull.

Estos cambios urbanísticos fueron acompañados por la llegada de nuevos vecinos con más poder adquisitivo -jóvenes españoles o europeos muy formados que salen del barrio cuando tienen hijos y que no suelen aparecer en los censos- y turistas de paso. Además, también se instaló en el barrio una nueva inmigración trabajadora de Asia y África que se sumó a los murcianos o andaluces que llegaron en los 50.

El barrio se debate ahora entre esa identidad cosmopolita -a veces, meramente plástica- que las administraciones planearon y el exceso de humanidad -muchas veces, pobre- que lo habita, y que ocupa pisos tan poco higiénicos como en 1912.

Sergi Martínez, profesor de Geografía de la Universitat de Barcelona, explica que ese plan «no tuvo en cuenta la entrada de la inmigración extracomunitaria». Según el Ayuntamiento, en el 2010 había 48.767 personas censadas en el Raval: casi el 50%

españoles (25.047), seguidos de italianos (1.270), paquistanís (1.003), franceses (751) y marroquíes (406).

Hay ahora un Raval Nord y un Raval Sud. En el Nord, la operación maquillaje ha hecho que la miseria sea más de puertas adentro: hay camas calientes en la calle del Tigre, pisos patera en la calle d'En Roig, niños no escolarizados cuyos tíos los obligan a trabajar porque para eso los trajeron de Bangladés. Se ven ancianos que buscan comida en las papeleras frente a galerías de arte, coctelerías, tiendas de ropa, hoteles. Hay personas sin techo que comparten asfalto -los bancos han desaparecido a favor del urbanismo antipersona- con yonquis, traficantes de hachís y ladrones.

En el Raval Sud ha habido casos de presunta corrupción administrativa, asesinatos, operan redes de prostitución y el desalojo de vecinos no ha sido siempre pacífico. Ni el moderno Hotel Barceló Raval ni la Filmoteca o el conservatorio han cambiado la fisonomía de Robador, Sant Pau o Sant Ramon. Es más, en el siglo XXI, las chicas que ejercen la prostitución, muchas de origen africano o de países del Este, lo tienen más difícil que hace un siglo: ni siquiera tienen meublés donde trabajar, así que se exponen a los peligros y al acoso de la calle.

Ahora el Raval son los bajos fondos de Barcelona. En 1912, el Distrito V eran los bajos fondos de Europa. Poco antes de la detención de Enriqueta Martí, la policía había clausurado un burdel en la calle d'En Botella donde prostituían a menores. Violar a un niño o a una niña costaba 50 pesetas. Un obrero cobraba 4 pesetas al día. Se detuvo a la dueña, pero no se persiguió a los clientes.

La ciudad era un laboratorio del obrerismo, circulaban anarquistas, espiritistas como Gertrudis López de Avellaneda, feministas, higienistas, humanistas y esperantistas. Las sedes de estas asociaciones estaban en las fronteras del Distrito V. El barrio empezaba a conocerse como el Chino. Llegaban hombres de toda Europa buscando juego, cabareteras, lupanares. Desde Barcelona, se exportaban postales picantes o películas porno a Europa y América.

Igual que ahora hay dos Ravales, en 1912 también había dos distritos quintos. Aquel donde se asomaba la burguesía y el de la trágica miseria que era el día a día de los pobres. En 1912, la Barcelona burguesa y bohemía bajaba a la Rambla en tranvía eléctrico y hacía excursiones para husmear en la miseria tras hacer compras en los flamantes almacenes El Siglo. Por las noches, se divertían en los teatros y las salas de baile como El Edén Concert (Nou de la Rambla), la sede del libertinaje de esa Barcelona pecaminosa.

Enriqueta supo circular durante años entre ricos y pobres, y eso la convirtió en sospechosa de unos y otros. Sabía buscar en el zoco de vendedores en el cruce de las calles del Arc del Teatre y Migdia, donde se vendían paquetes de cigarrillos hechos con colillas y pedía comida en todas las instituciones benéficas de la ciudad. Se la veía bien vestida en el lujoso Gran Casino de l'Arrabassada.

Durante el juicio confesó que era alcahueta -llevó a una chica de 17 años a prostituirse a un burdel de Sabadell-, prostituta y ladrona de joyas. «Era alcahueta y practicaba abortos, pero no mataba a niños ni hacía pociones con su sangre ni pegamento con sus huesos. Se dijo que en uno de sus pisos había una habitación pintada de negro. En Barcelona se

hacían fotos pornográficas. ¿Quién sabe si esa habitación no era para eso?», dice Elsa Plaza.

La historiadora afirma que hay un detalle que cambia radicalmente la manera como Enriqueta ha pasado por la historia. El penalista y defensor de militantes anarcosindicalistas Eduardo Barriobero se ofreció para defender a esta mujer que, según periódicos y autoridades, era la reencarnación de una bruja.

En su ordenador, Plaza guarda una entrevista que el periodista de *El Herald de Madrid* Adelardo Fernández Arias, El Duende de la Colegiata, le hizo en prisión. El reputado periodista trata a Martí de «amiga» y se retrata junto a ella y al abogado Barriobero. ¿Por qué tan prestigioso abogado quería defender a La Vampira? En la entrevista, Enriqueta agradece al director de la prisión que la haya «ayudado tanto».

Elsa Plaza explica que todo el juicio fue un montaje: «Se quería tapar la miseria y la explotación. La punta de todo fue el descubrimiento de un prostíbulo infantil en la calle de Botella. Es cierto que desaparecían niños. Algunos eran enviados a Francia, donde los explotaban en las fábricas de cristal de las afueras de París», explica.

Los niños robados (o vendidos por los padres para aliviar la penuria económica) eran útiles: mendicidad, adopciones ilegales, pederastia o explotación en fábricas, donde la dureza del trabajo los lisiaba.

Podemos sospechar que algunas niñas fueran víctimas de la trata internacional para la prostitución. Aquí no hay muchos trabajos sobre el tema, pero sí los hay en Latinoamérica. Las europeas eran enviadas a Nueva York, Buenos Aires y Río de Janeiro. En 1903, ya se creó la junta contra la trata de blancas presidida por la infanta Isabel», explica Plaza.

En los diarios del 13 de mayo de 1913 se leía que Enriqueta Martí murió de madrugada, que la asistieron dos reclusas y que las mismas internas pidieron poder velar el cuerpo. Pese a que al fin esa información era precisa, un siglo después se escucha decir a guías turísticos, en lo que se conoce como el Raval modernista, que «la vampira fue asesinada por otras reclusas» o que se «suicidó mordiéndose las venas». Se paran frente al número 29 y algún vecino pide a los guías que cuenten la verdad.

El miércoles, a las 11.15 de la mañana, frente al número 29 de la calle de Joaquín Costa, el mismo edificio en el que vivía Enriqueta en 1912, había una mujer con un pañuelo en la cabeza y faldones largos pidiendo limosna. Esta cronista casi da un grito al verla. Era una vecina del barrio, una rumana, que saludaba a los vecinos y pedía caridad a los turistas que buscaban la ruta modernista. Por un segundo, esta cronista regresó a 1912 hasta que vio el sello de Starbucks en el vaso de plástico que le servía para guardar los pocos céntimos que recogía. Paco Villar escribe que en el Distrito V de principios de siglo XX «la miseria no estaba oculta a la mirada de nadie». En el Raval del principios del siglo XXI la miseria se invisibiliza, pero ahí sigue.

JOHN GEORGE HAIGH



El Hotel Onslow Court, situado en el elegante barrio londinense de Queen's Gate, es uno de esos hoteles que parecen más una residencia particular. Con un discreto confort y un buen servicio, ofrecen un lugar estable de residencia a miembros de la burguesía inglesa que no quieren cargar con las preocupaciones que supone una casa propia. Antiguos oficiales, funcionarios, jubilados y algunas viudas componen básicamente su clientela.

Olivia Durand-Deacon – el «número 115», para el portero – figuraba entre las personas más adaptadas a la atmósfera del Hotel Onslow Court. Esta elegante viuda de 69 años, conservaba todavía en la edad madura abundantes encantos que ella creía poder resaltar por derecho propio. Llevaba sus cabellos peinados con gusto y su rostro exquisitamente maquillado. Sentía debilidad por los trajes claros y llevaba las joyas sin ostentación: pendientes, collar de perlas, reloj de pulsera recamado de diamantes. Tenía gusto para elegir sus sombreros, y su guardarropa contenía un abrigo de astracán, símbolo de su categoría social.

La señora Durand-Deacon no era millonaria, pero podía permitirse vivir de las rentas. Además, nunca perdía ocasión de sugerir ideas respecto a pequeñas operaciones comerciales en las que podía participar; empresas ingeniosas, destinadas a incrementar sus recursos y a ocupar a la vez sus momentos de ocio.

John George Haigh -para el portero, el «número 404»- residía también como en su propio ambiente en el hotel Onslow Court. Tenía 39 años, era soltero, de fácil conversación, agradable y persuasivo. Vestía con desmedida corrección, y hablaba y se comportaba de igual manera. Llevaba un bigote muy bien recortado, sus negros cabellos aparecían siempre bien peinados, tenía ademanes corteses y desplegaba una agradable sonrisa. Sin embargo, era evidente que, pese a tan notorias ventajas, se adivinaba en él algo indefinible que no le permitía situarse en el lugar que le correspondía.

En el salón del restaurante ambos personajes ocupaban mesas vecinas. Intercambiaban saludos y alguna vez habían tenido un conato de charla. Haigh, que se hacía llamar agente comercial, estaba en contacto con hombres de negocios y en alguna ocasión podía convertirse para ella en un intermediario útil.

El 14 de febrero de 1949, la señora Durand-Deacon había invitado a almorzar a su amiga Guendalina Birin. Ambas mujeres acostumbraban a almorzar juntas, y, aunque de ordinario permanecían absortas en su conversación, esta vez la señora Durand-Deacon miraba con frecuencia una cajita que había colocado cerca de ella al alcance de su mano. La había llevado allí para enseñársela a Haigh.

Cuando instantes después éste se sentó a la mesa vecina, la señora Durand-Deacon se disculpó con su invitada y se dirigió hacia él.

-Señor Haigh ¿tendría la amabilidad de echar una mirada a esto?

Le tendió la cajita. Haigh la abrió y contempló su contenido.

-Es algo nuevo ¿verdad? -dijo él.

-Las mujeres se entusiasmarán -exclamó la señora Durand-Deacon. Son uñas artificiales.

-Tal vez.

-Estoy segura de ello. Todo lo que me hace falta es un fabricante -explicaba ella apelando a su encanto-. Usted conoce tanta gente... Piénselo, señor Haigh, piénselo bien, se lo ruego.

Haigh reflexionó, mucho más aún de lo que la señora Durand-Deacon podía sospechar.

-Tengo un amigo en Crawley -dijo al fin-. He de verle mañana por la mañana. Si puedo despertar su interés en este negocio, al menos para lanzarlo, podría conseguir una cita e iríamos juntos a verle.

-Me parece bien. Muchas gracias, señor Haigh.

La cita tendría lugar el viernes, 18 de febrero. Ese día Haigh condujo a la señora Durand-Deacon a Crawley. Fueron allí con el fin de discutir la fabricación de las uñas artificiales.

-¿Sabe usted cómo se encuentra la señora Durand-Deacon? ¿Está enferma? ¿Sabe dónde está?

La señora Lane, que residía en el hotel Onslow Court desde hacía nueve años, se disponía a almorzar. Levantó el rostro en actitud casi irritada. No sentía la menor simpatía hacia Haigh y la inexplicable ausencia de la señora Durand-Deacon le despertaba enorme inquietud.

-¿Si lo sé? -replicó- ¿Y usted? Ella me dijo que usted tenía que acompañarla a una fábrica.

Haigh detuvo el golpe con su habitual maestría y serenidad.

-Sí, pero yo no estaba preparado -explicó-. No había almorzado todavía y ella quería recorrer los almacenes del Ejército y de la Marina. Me pidió que fuera a buscarla. La esperé una hora y no vino.

Nadie hubiera experimentado la menor inquietud si la señora Durand-Deacon no hubiera sido de costumbres tan metódicas. Rara vez pasaba una noche fuera del hotel y jamás sin advertirlo al personal. Sin embargo, había salido temprano la víspera, después del mediodía, y desde entonces no había dado señales de vida. No es pues de extrañar que, a medida que transcurrían las horas del sábado, aumentara la ansiedad de la señora Lane.

El domingo, a la hora del desayuno, Haigh se acercó de nuevo a su mesa.

-¿Tiene usted noticias?

-No -respondió la señora Lane en tono seco. No he tenido noticias. Esta misma tarde iré a la comisaría para pedir que inicien de inmediato sus investigaciones.

Haigh bajó pensativo la cabeza y se alejó. Después de almorzar, la señora Lane se dirigió al salón Tud y Haigh se acercó de nuevo a ella.

-Creo -le dijo- que sería mejor que fuéramos juntos a la comisaría.

-Así me parece a mí.

-Voy a acompañarla hasta allí -le propuso Haigh.

Esa misma tarde, la señora Lane y John George Haigh denunciaron la desaparición de la señora Durand-Deacon en la comisaría de Kensington. Durante los días siguientes, lunes y jueves, Haigh prestó dos largas declaraciones ante la policía, que pueden resumirse en pocas frases: aquel viernes por la tarde, al no presentarse la señora a la cita concertada ante los almacenes del Ejército y de la Marina, él se había dirigido a Crawley solo, para resolver allí «algunos negocios», y había regresado por la noche a Londres, siempre solo.

Haigh se mostró ante la policía con un aplomo y seguridad absolutas, pero había algo en él que hizo sospechar a los investigadores. Fue la primera persona investigada y los hombres de Scotland Yard pronto supieron de la existencia de un almacén que era utilizado algunas veces por el sospechoso.

El sábado, 26 de febrero de 1949, tres hombres llegaron a un almacén de una calle trasera en Crawley, Sussex. El almacén, una casucha de ladrillo de dos pisos, estaba rodeada por una valla de madera de un metro ochenta de altura, cerrada con un cerrojo.

Uno de los hombres, Mr Edward Jones, era el director gerente de una pequeña empresa de ingeniería, Hurstlea Products, propietaria del almacén ubicado en Giles Yard, Leopold Road. Los otros dos eran el sargento detective Pat Heslin, y el sargento Appleton, policía local.

Jones ya le había hablado a Heslin del almacén. Su empresa lo empleaba para guardar acero y materiales sobrantes; también lo utilizaba un asociado al negocio de Londres para hacer sus propios experimentos y trabajos. Este hombre no era un empleado de la empresa, pero le proporcionaba a Jones pedidos, trabajos manufacturados, y de vez en cuando, sugería nuevas ideas.

Según la impresión personal de Jones, en el almacén se realizaba algún tipo de «trabajo de transformación». Pero no podía precisar exactamente cuál. Hacía algunos días que el socio le había pedido las llaves y aún no se las había devuelto.

Heslin cogió una barra de hierro y forzó la entrada. A primera vista, el interior del cobertizo no tenía nada de particular. Botes de pintura, trozos de madera y metal, algunas botellas viejas y algunos trapos, todo desperdigado sobre dos bancos junto a otras herramientas e instrumentos.

Metódicamente, Heslin anotó el resto de los objetos. Todo parecía cuadrar con el uso para el que se destinaba, aunque fuera una curiosa mezcla, un delantal de caucho, muy manchado por productos químicos, un par de botas altas, una bomba de mano, una máscara de gas, unos guantes de goma, un impermeable, y grandes bombonas envueltas en paja dentro de unos marcos de metal. Eran contenedores industriales para ácidos peligrosos. También encontraron varios bidones de aceite de 45 galones, todos en diferentes estados de corrosión. Pero observando más de cerca uno de los bancos, Heslin encontró una pequeña sombrerera y una cartera de cuero de buena calidad. Un sucio almacén era un lugar cuando menos extraño para dejar estas importantes posesiones personales.

La cartera contenía varios papeles y documentos, incluyendo tres cartillas de racionamiento y cupones para ropa. Pero el contenido de la sombrerera era aún más inexplicable. Contenía pasaportes, carnets de conducir, diarios, un libro de cheques, y un certificado de matrimonio, ninguno de los cuales estaba a nombre del colega de Jones. Y lo más sorprendente de todo: en el fondo de la caja el policía encontró un revólver Webley calibre 38, con ocho cartuchos, que había sido disparado recientemente.

Y el recibo de una tintorería por un abrigo de astracán.

Pero aun había más. En el fondo de una cuba de ciento sesenta litros de capacidad, hundidos en un charco de grasa coagulada aparecieron un bolso de plástico rojo y un sujetador de cabello. Asimismo había ciertas manchas que parecían de sangre en la pared y en el delantal de caucho.

El 28 de febrero, un día después de la vista al almacén y gracias a los papeles que allí se hallaron, las joyas de Mrs Durand-Deacon fueron localizadas en la tienda de un vendedor de Horsham, Sussex. La descripción de Haigh coincidía con la que dio el joyero. Después, el recibo de tintorería encontrado en el fondo de la sombrerera, llevó a los detectives hasta el abrigo de piel de Mrs Durand-Deacon.

A las 4.15 de la tarde del mismo día el inspector Albert Webb estaba esperando a la entrada del Hotel Onslow Court. En ese momento llegó el Alvis de Haigh. Cuando el inspector le pidió que le acompañara a la comisaría para ser interrogado, éste ni siquiera se inmutó.

«Por supuesto, contestó afablemente, estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para resultar útil, ya lo sabe.» El detenido adoptó un aire de indiferencia en la comisaría. Llegó tan rápidamente que nadie estaba preparado para interrogarle. Se le condujo al despacho de un inspector detective. Allí esperó sentado, fumando, y dando alguna que otra cabezada. A las 6 de la tarde le llevaron una taza de té.

A las 7.30 entró en el despacho, el inspector de división Sheley Symes junto con el superintendente Barratt y el inspector Webb.

Symes, un detective experimentado y astuto, empezó haciendo referencia a cuestiones de menor importancia. Haigh mintió descaradamente al respecto. Symes le dijo que habían encontrado el revólver, las joyas, y el abrigo.

«Ah...», contestó Haigh, imperturbable. Le dio unas caladas a su cigarrillo. «Veo que sabe usted de lo que está hablando. Admito que el abrigo pertenecía a Mrs Durand-Deacon y que yo le vendí algunas joyas.»

Symes le presionó: «¿Cómo llegaron a sus manos y dónde está la señora Durand-Deacon?»

Los tres detectives estaban sentados mientras Haigh fumaba y pensaba. El cuello de la camisa y los puños eran de un blanco inmaculado, la corbata estaba exactamente en su sitio, y el brillo de los zapatos no presentaba la más mínima mácula. La compostura que Haigh aparentaba era increíble. Incluso, breves momentos antes de que le descubrieran, su mente estaba intentando encontrar alguna solución para escapar.

Finalmente, cuando estuvo listo, habló. «Es una historia muy larga, dijo. Se trata de chantaje, y tendré que implicar a muchos otros.»

En ese momento sonó el teléfono. Symes y Barrat salieron de la habitación.

Al quedarse sólo con el inspector Albert Webb, Haigh se relajó aún más. Charló con él como si fuera un amigo. «Dígame.... francamente, ¿qué probabilidades tiene una persona de que le suelten de Broadmoor?» (Broadmoor era el hospital penitenciario para delincuentes).

El inspector Webb se limitó a contestarle que no le estaba permitido hablar con él de esos asuntos.

-Si le dijera la verdad, no me creería -continuó Haigh-. Resulta todo tan increíble.

-No está usted obligado a decir nada -replicó el inspector Webb.

Haigh rechazó de plano esta segunda advertencia.

-Lo comprendo perfectamente. Voy a confesarle la verdad. La señora Durand-Deacon no existe. Ha desaparecido por completo y no se encontrarán jamás sus restos.

-¿Y qué le ha ocurrido? -preguntó el inspector Webb.

-La he disuelto en ácido sulfúrico. Lo único que podrían encontrar es un poco de líquido viscoso en Leopold Road. Todo lo demás ha desaparecido. ¿Cómo podrán demostrar ustedes que se ha cometido un crimen si no hay ningún cadáver?

Inmediatamente, el inspector Webb acudió a buscar a sus superiores para contarles la conversación mantenida con el detenido. Minutos después, el inspector Symes leyó sus derechos a Haigh y le tomó declaración durante casi tres horas.

Y esta fue la confesión del asesino del baño de ácido:

COMISARÍA DE POLICÍA DE CHELSEA
DIVISIÓN «B»

28 de febrero de 1949

DECLARACIÓN de JOHN GEORGE HAIGH, edad 39 años, Ingeniero Independiente con residencia en el ONSLOW COURT HOTEL, QUEENS GATE, SW7, quien dice lo siguiente:

Se me ha explicado que no estoy obligado a decir nada salvo que así lo desee, pero que cualquier cosa que diga será consignada por escrito y puede usarse como prueba.

(Firmado) J. G. Haigh.

Ya les he contado algunas cosas sobre la desaparición de la señora Durand-Deacon. El asunto me ha tenido muy preocupado y he estado intentando ganar tiempo con la esperanza de que no lograrían averiguar nada más al respecto. Sin embargo, la verdad es que salimos del hotel juntos y fuimos a Crawley juntos en mi coche. La señora Durand-Deacon quería ir a Crawley conmigo porque estaba muy interesada en el negocio de las uñas postizas. La llevé al almacén de Leopold Road y le disparé en la nuca mientras estaba examinando un papel especial para hacer uñas postizas. Después fui al coche, cogí un vaso e hice una incisión, creo que con un cortaplumas, en un lado de la garganta y llené el vaso de sangre, que después bebí. A continuación le quité el abrigo de lana persa que llevaba puesto y las joyas -anillos, collar, pendientes y crucifijo con cadenilla-, y la metí en un depósito de doscientos litros de capacidad. Después llené el depósito con ácido sulfúrico que saqué de varios garrafrones mediante una bomba manual y me marché para dejar que se produjera la reacción. Debería haber dicho que después de meterla en el depósito fui al «Ancient Priors» para tomarme una taza de té y que volví luego para bombear el ácido. En cuanto hube terminado llevé las joyas y el revólver al coche y dejé el abrigo sobre el banco. Fui al «George» para cenar y recuerdo que llegué allí un poco tarde, sobre «la novena». Después volví a la ciudad y llegué al hotel alrededor de las diez y media. Guardé el revólver dentro de la sombrerera.

A la mañana siguiente desayuné y, como ya he contado, comenté la desaparición de la señora Durand-Deacon con la camarera y la señora Lane. Acabé volviendo a Crawley por Putney e hice una parada en el trayecto para vender su reloj a un joyero de High Street por diez libras. Le quité el reloj al mismo tiempo que le quitaba las joyas. Una vez en Crawley fui hasta el almacén para ver qué tal iba la reacción. No se había completado de forma satisfactoria, por lo que cogí el abrigo, lo puse en el asiento trasero del coche y fui a Horsham. Pasé por la joyería Bull para que valorasen las joyas, pero el señor Bull no estaba. Volví a la ciudad y antes de llegar dejé el abrigo en «Cottage Cleaners», en Reigate. El lunes volví a Crawley y vi que la reacción ya casi se había completado, pero quedaba un trozo de hueso y grasa flotando en el líquido. Saqué el líquido del depósito con un cubo y lo esparcí por el suelo delante del almacén. Después bombeé más ácido

en el depósito para descomponer aquel resto de hueso y grasa, esperando que al día siguiente ya habría desaparecido. A continuación volví a Horsham e hice valorar las joyas explicando que deseaba empeñarlas y quería hacerme una idea de cuánto podía conseguir por ellas. La valoración ascendió a 130 libras. Volví a la fábrica de West Street y, finalmente, regresé a la ciudad.

Volví a Horsham el martes y vendí las joyas por las 100 libras que se me ofrecieron. Desgraciadamente los joyeros no disponían de esa suma y sólo pudieron darme 60 libras. Volví al día siguiente para cobrar las 40 que faltaban. El martes fui a Crawley, vi que la descomposición ya era completa y vacié el depósito. Quiero añadir que el lunes descubrí que lo único que el ácido no había atacado era el bolso de plástico, y que lo tiré en el mismo lugar que el líquido. El martes vacié el depósito y lo dejé en el patio.

Le debía cincuenta libras al señor Jones, quien ya he dicho que es codirector de Hurstlea Products, y el martes le pagué 36 libras del dinero que había obtenido vendiendo las joyas. El revólver que la policía encontró en el almacén de Crawley es el que usé para matar a la señora Durand-Deacon, y lo llevé hasta allí dentro de la sombrerera el sábado por la mañana. Antes de echar el bolso al depósito cogí todo el dinero que había dentro -unos treinta chelines- y la estilográfica de la señora Durand-Deacon. Me los quedé y arrojé el resto de objetos que contenía al depósito junto con el bolso. La estilográfica está en mi habitación. También llevaba consigo un manojo de llaves sujeto al bolsillo interior de su abrigo mediante una cadenita y un imperdible de gran tamaño. Eché las cadenitas del crucifijo y el manojo de llaves al seto del camino que baja hasta Bracken Cottage cuando fui allí el miércoles para alojarme en casa de unos amigos. Enterré el crucifijo y cada llave por separado en el suelo...

Haigh terminó su declaración a primera hora de la madrugada del 1 de marzo y fue detenido. Pero por terrible que parezca, el asesinato de la señora Durand-Deacon sólo era una parte de la historia. En realidad era una parte muy pequeña de ella, pues John George Haigh se atribuyó cinco víctimas más. «Los protagonistas de otra historia», por usar sus mismas palabras...

Las Cartillas de Racionamiento, el cupón de ropas y otros documentos a nombre de McSwan y Henderson [que la policía encontró en su habitación del Onslow Court Hotel] pertenecen a otra historia, que narraré muy brevemente diciendo que en 1944 acabé con William Donald McSwan de una forma muy similar a la que usé con la señora Durand-Deacon en el sótano del 79 de Gloucester Road, S.W.7, y también acabé con Donald McSwan y Amy McSwan en 1946 en la misma dirección. En 1948 el doctor Archibald Henderson y su esposa Roasalie Henderson murieron de forma similar en Leopold Road, Crawley.

Volviendo a los McSwan, William Donald, el hijo, cuya dirección en aquella época no recuerdo, se encontró conmigo en el local Goat de Kensington High Street, y desde allí fuimos al 79 de Gloucester Road. Cuando llegamos al sótano que había alquilado le golpeé en la cabeza con una cachiporra, llené un vaso con sangre de su garganta como en el otro caso y me la bebí. Unos cinco minutos después estaba muerto. Le metí en un depósito de ciento ochenta litros y disolví su cuerpo con ácido tal y como hice con el de la señora Durand-Deacon, echando el líquido resultante por un desagüe del sótano. Antes de echarle al depósito le quité el reloj y los objetos personales, Documento de Identidad incluido.

Conocía a los McSwan, padres e hijo, desde hacía cierto tiempo, y cuando vi a sus padres les expliqué que su hijo se había marchado para no tener que alistarse. Posteriormente escribí toda una serie de cartas falsas suyas dirigidas a sus padres, que eché al correo creo que en Glasgow y Edimburgo, explicando cómo quería que dispusieran de sus pertenencias. Al año siguiente llevé por separado al mismo sótano al padre, Donald, y a la madre, Amy, eliminándoles de la misma forma que había eliminado al hijo. Los expedientes de los McSwan se encuentran en mi hotel y darán detalles sobre las pertenencias de las que dispuse después de su muerte. Posteriormente he conseguido Cartillas de Racionamiento mediante el sistema habitual usando sus Documentos de Identidad.

Conocí a los Henderson cuando respondí al anuncio que habían puesto para vender su propiedad del 22 de Ladbroke Square. No la compré. La vendieron y se trasladaron al 16 de Dawes Road, Fulham. Lo que cuento ocurrió desde noviembre de 1947 hasta febrero de 1948. En febrero de 1948 los Henderson se alojaron en Kingsgate Castle, Kent. Les hice una visita y fui con ellos a Brighton, donde se alojaron en el Hotel Metropole. Llevé al doctor Henderson a Crawley y le maté en el almacén de Leopold Road disparándole en la cabeza con su propio revólver, del que me había apoderado en Dawes Road. Le metí en un depósito de ácido, como en los otros casos. Esto ocurrió por la mañana. Volví a Brighton y llevé allí a la señora Henderson con el pretexto de que su esposo estaba enfermo. Le pegué un tiro en el almacén, la metí en otro depósito y eché ácido dentro. En cada uno de los cuatro últimos casos bebí mi vaso de sangre. En el caso del doctor Henderson le quité su pitillera de oro y su reloj de oro con cadenilla, y a su esposa le quité el anillo de boda y el anillo de diamantes y lo vendí todo en la joyería Bull de Horsham por unas 300 libras. Pagué su factura en el Hotel Metropole, recogí su equipaje y su setter rojo y llevé el equipaje a Dawes Road. Tuve al perro conmigo durante una temporada en el Onslow Court Hotel y más tarde en Gatwick Hall, hasta que lo envié a las «Perreras Rurales del Profesor Sorsby» porque estaba casi ciego. Escribí cartas falsas para tranquilizar a los parientes de los Henderson y las envié a Arnold Burlin, el hermano de la señora Henderson, que vive en Manchester. Su dirección está anotada en la agenda de mi habitación. Me convertí en propietario del 16 de Dawes Road falsificando un documento de transferencia legal y lo vendí a su propietario actual, J.B Clarke. Las propiedades de los McSwan fueron adquiridas y vendidas de manera similar, y todos los detalles se encuentran en el expediente del hotel.

He leído esta declaración y todo cuanto se dice en ella es verdad.

(Firmado) John George Haigh.

En el transcurso de sus prolongadas entrevistas con los inspectores Webb y Symes, Haigh había vagamente reivindicado muchos otros asesinatos ignorados hasta entonces, de los que no quiso dejar constancia en su declaración oficial. Pero, cuatro días después de su detención, el 4 de marzo, Haigh solicitó entrevistarse con el detective Webb.

Le dijo que consideraba «oportuno» informarle sobre otros tres asesinatos que había cometido. Haigh añadió a su ya larga lista, tres víctimas más. Una mujer de unos treinta y cinco años, «delgada y morena», con quien se cruzó casualmente en una calle de Hammersmith, y asesinada «a su debido tiempo». Un hombre «todavía joven», «aproximadamente de mi estatura y anchura de espaldas», que encontró en el cabaret «La Cabra» y atrajo con engaños a la Avenida Gloucester en donde «pasó lo mismo» (1945).

Una muchacha, «Mary», atrapada en Eastbourne en el paseo marítimo y metida luego en un baño de ácido en Crawley (1948).

Estos tres últimos asesinatos, según el relato de Haigh, fueron ejecutados por los mismos métodos que los otros seis de los que su autor se reconocía culpable. En cada uno de ellos había «degustado» la sangre de su víctima. Sin embargo, cada uno de los seis primeros asesinatos había proporcionado a Haigh una ganancia pecuniaria, obtenida, según su propia confesión, mediante falsedades y astucias. En cambio, ninguno de los tres últimos le había reportado el menor dinero ni habían sido cometidos por afán de lucro. La mujer delgada «no tenía nada en su bolso, por así decir». El hombre todavía joven «no tenía casi dinero o nada absolutamente». Esta ausencia absoluta de móviles interesados, que Haigh exponía con tanta claridad y cuidada insistencia, no dejaba sino un solo motivo en pie: «mi vaso de sangre».

Los policías que practicaron las investigaciones para verificar las declaraciones de Haigh y que habían reconocido la exactitud de numerosos hechos expuestos en la del 28 de febrero, no pudieron hallar prueba alguna que confirmara las confesiones del 4 de marzo.

Algunos suponen que Haigh tal vez intentaba sólo desahogar su conciencia y que las declaraciones del 28 de febrero y del 4 de marzo constituyen un reflejo espontáneo de esta intención. Otros prefieren defender la opinión de que quería proporcionar con habilidad una tesis a su abogado y preparar el camino a su psiquiatra.

Sin embargo, en estos momentos, las autoridades se concentraban en el crimen de Mrs Durand-Deacon. El suyo fue el único asesinato del que se acusó a Haigh. La policía quería una condena clara e inapelable. La opinión pública estaba demasiado excitada a causa del asesinato de una señora mayor para que cupiese la posibilidad de otorgar el perdón al asesino.

Lógicamente, la policía volvió a concentrar su atención en el almacén de Crawley y su pequeño patio. El 1 de marzo, el nuevo equipo de investigación, al mando del inspector jefe de detectives de Scotland Yard, Guy Mahon, con la ayuda del Dr Keith Simpson, de la Universidad de Londres y patólogo del Ministerio del Interior, comenzó haciendo análisis de sangre rutinarios para comprobar que el grupo de Mrs Durand-Deacon y el de la sangre encontrada en el cobertizo eran el mismo. Después se ocupó del patio recubierto de maleza alrededor del almacén.

Siguiendo los trazos de zig-zag que Haigh dejó en el suelo al arrastrar el bidón, consiguió localizar el lugar en donde decía haber vaciado la pasta ácida. El doctor Simpson ordenó la recogida de los primeros diez centímetros de la tierra del patio en una zona de unos veinte metros cuadrados. Ciento cincuenta kilos de aquella sustancia «un residuo aceitoso semicalcinado de un color amarillento mezclado con tierra y guijarros» fueron trasladados al Laboratorio de la Policía Metropolitana del Nuevo Scotland Yard y pacientemente examinados.

El concienzudo examen del suelo efectuado por el Dr. Simpson en el propio almacén y la muestra de éste trasladada al laboratorio sirvieron para identificar el «cuerpo» de la señora Durand-Deacon «más allá de toda duda razonable»: tres cálculos biliares -Simpson apenas llevaba unos minutos en el patio cuando sus perspicaces ojos dieron con la primera de las pistas que servirían para identificar a la última víctima de John Haigh.

«La superficie del patio situado ante el almacén era bastante desigual, y había muchos guijarros de pequeño tamaño. Apenas llegué allí -supongo que debí dejar bastante impresionados a quienes me observaban-, cogí un guijarro y lo examiné con una lupa. Tenía el tamaño aproximado de una cereza y era muy parecido a los otros guijarros, pero tenía facetas pulidas. “Creo que es un cálculo biliar”, dije.» Y eso era: los cálculos biliares -es decir, la arenilla de la bilis sedimentada hasta formar un gránulo-, están recubiertos de una sustancia grasienta que resiste la corrosión del ácido. Simpson siempre se mostró bastante dolido cada vez que alguien sugería que su descubrimiento había sido «fruto de la suerte» y posteriormente afirmó haberle dicho al jefe de inspectores Mahon que «esperaba encontrarlo. Las mujeres de la edad y costumbres de la señora Durand-Deacon -sesenta y nueve años y más bien obesa- son muy propensas a sufrir de cálculos biliares.»

El segundo hallazgo fue igualmente importante para conseguir una identificación positiva: «Vi varios fragmentos de hueso erosionado incrustados en una sustancia grasienta semicalcinada. Los rayos X demostraron que el mayor de esos fragmentos había formado parte de un pie izquierdo.»

Algún tiempo después el superintendente Cuthbert del Laboratorio de la Policía Metropolitana hizo un molde de dicho pie a partir del hueso, y descubrió que encajaba perfectamente en uno de los zapatos izquierdos de la muerta.

Fragmentos de hueso erosionado -Dieciocho en total, de los que Simpson logró identificar once como pertenecientes a la anatomía humana después de haberlos examinado concienzudamente con el microscopio y los rayos X. Más aún, el surco visible en esa parte del hueso pélvico llamado «cinturón de la cadera» demostró que eran huesos de mujer, y había rastros de artritis ósea presentes en varias articulaciones.

Grasa corporal -El efecto del ácido sulfúrico sobre el tejido corporal es tan potente que una vez derretido del cuerpo de la señora Durand-Deacon sólo quedaron nueve kilos de una sustancia grasienta de color amarillo.

Dentadura postiza -El peor de todos los errores cometidos por Haigh fue haber calculado mal el tiempo que necesitaría el ácido para disolver la resina acrílica con que se fabrican las dentaduras postizas. Scotland Yard actuó con la rapidez típica de todas sus cacerías de criminales y localizó a la señorita Helen Mayo, dentista. La señorita Mayo identificó la dentadura postiza como la misma que había fabricado para su paciente, la señora Durand-Deacon.

Bolso y contenido -El bolso de plástico de la señora Durand-Deacon estaba tan intacto como sus escasos objetos personales: un cuaderno de anotaciones, un diario, parte del estuche de un pintalabios, un lápiz, un bolígrafo metálico de viaje y un estuchito de polvos faciales.

El proceso de Haigh se inició en julio, en Lewes. Por cualquier parte que se mirara, se trataba de una ocasión memorable: presidía el principal juez en materia criminal; se sentaba en el banquillo de los acusados el mayor criminal de Inglaterra; Sir Hartley Shawcross y Sir David Maxwell Fyfe, los dos miembros más eminentes del foro inglés, representaban respectivamente la acusación y la defensa.

Haigh sólo fue juzgado por el asesinato de la señora Durand-Deacon. Sir Hartley Shawcross, a la sazón procurador general y decano de los magistrados, se abstuvo por completo de aludir siquiera a los otros crímenes. Ni una sola palabra pronunció sobre los McSwan y los Henderson, y ni una palabra tampoco sobre la mujer delgada, el hombre «todavía joven» y Mary. Con toda intención, se echó sobre ellos el más absoluto silencio cuando la acusación aludía a las declaraciones de Haigh.

No se planteó discusión alguna sobre los hechos en sí mismos. Ni el asesinato ni el método con que fueron ejecutados. De los treinta y tres testigos de la acusación, Sir David sólo interrogó a cuatro y jamás para señalar su desacuerdo o lanzar un desafío. Todas sus preguntas, tendían a hacer patente el desequilibrio mental de Haigh. ¿Loco o normal? Tal era el único problema. ¿Debía Haigh asumir la responsabilidad de sus actos según las pruebas prescritas por las Normas M’Naghten?

Las Normas M’Naghten, -dictadas después que Daniel M’Naghten asesinara de un disparo al secretario del primer ministro británico en 1843-, determinan que cualquier acusado que invoque en su defensa la locura tiene obligación de demostrar que no sabía lo que hacía, o que ignoraba que lo que estaba haciendo ocasionaba un mal.

¿Sabía Haigh lo que hacía cuando asesinó a la señora Durand-Deacon en Giles Yard? Y si no ignoraba lo que hacía ¿sabía que obraba mal?

Para apelar a la locura, era preciso presentar perturbaciones mentales o algunas anomalías, atestiguadas por otras personas, en especial, por los expertos.

Las perturbaciones mentales que alegaba Haigh no eran evidentes. Aparentemente, el acusado daba la imagen de una persona completamente normal, de un hombre cualquiera que viaja en un autobús, por ejemplo. Se pedía al jurado si podía decidirse en favor de la locura, no en razón de fenómenos visibles y manifiestos, sino por lo que Haigh hubiera podido pensar, sentir y maquinarse en lo más profundo de su espíritu y en lo recóndito de su soledad. En este caso, el mejor y más seguro testimonio tenía que ser el del propio Haigh.

Pero Haigh no podía comparecer como testigo. De haber sido llamado, hubiera podido, mejor que nadie, facilitar una descripción, directa y de primera mano, de sus pensamientos, de sus sentimientos más íntimos, en los cuales su abogado estaba obligado a confiar. Si hubiera prestado testimonio, habría proporcionado al tribunal la mejor posibilidad de estudiar su estado mental. Pero entonces estaba sometido a interrogatorio.

Sin esta posibilidad, Haigh quedaba solo en el banquillo de los acusados. El único testigo de descargo fue un psiquiatra de Harley Street, el doctor Henry Yellowlees. Los títulos y experiencia del cualificado testigo, entonces como ahora, infundían respeto. Era miembro del Colegio Real de Médicos de Londres, donde había obtenido diploma de Medicina Psicológica, miembro de la Facultad de Medicina de Edimburgo y miembro del Colegio Real de Medicina y Cirugía de Glasgow. Había sido médico consultor, experto y consejero honorario, especialista en enfermedades mentales, conferenciante de medicina psicológica en el Hospital de Santo Tomás. Durante la segunda guerra mundial en calidad de coronel del servicio médico del ejército, ocupaba el cargo de psiquiatra consultor en las fuerzas expedicionarias inglesas en Francia. Cuando el juez le calificó de sabio y

competente, eminente y de gran categoría, no le otorgaba al doctor Yellowlees ningún título que no tuviera por propios méritos.

El doctor Yellowlees había visto a Haigh tres veces en la cárcel en el transcurso de las tres semanas anteriores al proceso. En suma, estuvieron juntos dos horas y diez minutos y durante este tiempo, al parecer, Haigh trazó un cuadro psicopatológico de su vida. El doctor Yellowlees lo refleja así, mezclado entre las conclusiones que dedujo cuando lo creyó necesario.

El relato se remontaba a su más tierna infancia: «Fui educado en una atmósfera de fanatismo religioso -había dicho Haigh-; mis padres pertenecían a la secta de los Hermanos de Plymouth, y la venganza de Dios se desencadenaba sobre mi cabeza por cualquier pecadillo. Mi madre pronosticaba el porvenir basándose en los sueños, y yo leía de continuo libros sobre este tema. Era un muchacho solitario: sin amigos, sin compañeros, en la escuela siempre me quedaba marginado. Llegado a la adolescencia, ingresé, al principio como cantor y luego como organista, en la catedral de Wakefield que, por pertenecer a la High Church, celebraba los oficios divinos de forma completamente distinta a mi costumbre. Por esta época, con frecuencia tenía sueños en que veía la cabeza o el cuerpo entero de Cristo manando sangre de sus heridas».

Por este detalle, el doctor Yellowlees deducía que Haigh padecía en su adolescencia «tendencias paranoicas».

No se trata de ninguna enfermedad del espíritu -explicaba el célebre médico-, pero puede ser el síntoma precursor de una aberración mental. Esto despertó la atención del psiquiatra, que buscó otros síntomas que fueron descubiertos. Según declaró Haigh durante sus conversaciones en la cárcel, estos sueños constituían para él revelaciones místicas, pero para el doctor Yellowlees significaban sólo síntomas de la enfermedad psíquica que producía.

Haigh dijo que la primera revelación se le hizo cuando contaba unos dieciséis o diecisiete años. «Guiado por el Espíritu Santo» interpretó una frase del Antiguo Testamento que le ordenaba beberse su propia orina. Haigh afirmó al doctor Yellowlees que había obedecido dicha orden y que luego no había cesado de practicar este rito.

La segunda «revelación», según los datos proporcionados por Haigh, tuvo lugar mucho más tarde, en 1944 o en 1945. Se trataba de otro sueño periódico en el cual veía un bosque, compuesto no de cruces como él creía, sino de árboles, como debía percibir, y que desprendía no lluvia y rocío, como creía, sino sangre. En seguida, uno de los árboles se transformó en un hombre que invitó a Haigh a beber la sangre recogida en una taza; pero antes de que Haigh hubiera podido humedecer sus labios, aquel hombre retrocedía y el sueño se esfumaba. Estos sueños -decía Haigh- lo confirmaban en su certeza de ser guiado por el Espíritu Santo; mientras se le representaban provocaban en él una sensación de inquietud y de angustia y a menudo, aunque no siempre, tenían un crimen como colofón.

La tercera «revelación» -siempre según Haigh- englobaba todos los crímenes. Al ejecutarlos, actuaba como instrumento de un poder exterior. Los conducía a la vida eterna: ésta era la definición más precisa que podía ofrecer. Bebía la sangre de sus víctimas: el doctor Yellowlees estaba «casi seguro» de que, por lo menos, humedecía sus labios. «Yo tenía un destino que cumplir» había afirmado Haigh.

A tenor de estos datos, el doctor Yellowlees llegaba a la conclusión de que Haigh era un perfecto paranoico al llegar la edad adulta.

Sir David Maxwell Syle lo había ya explicado al jurado, con estas palabras: «La paranoia acarrea una alteración completa y permanente de la personalidad, trastorna la inteligencia, el carácter y la conducta. Hablando en general, se produce cuando el enfermo concentra en sí mismo todo su interés y todas sus energías, y se aleja del mundo real que le rodea. Así llega al culto de sí mismo y este culto se expresa, de ordinario, por la convicción mística de ser guiado por un espíritu superior que tiene más peso y autoridad que todas las leyes humanas y las normas sociales. Lo grave, y al propio tiempo el signo distintivo de esta enfermedad, es que el paciente sabe que debe vivir su vida íntima e imaginaria simultáneamente con la vida real del mundo; el paranoico es, pues, clarividente, astuto y perspicaz, cuando no obra impulsado por su imaginación. En esos momentos, adopta las precauciones necesarias para evitarse complicaciones».

Se trataba de una hábil definición que, aún siendo indiscutible desde un punto de vista general, se adaptaba punto por punto a los hechos particulares.

En vano Maxwell Fyle, con toda la elocuencia y toda la energía de que disponía, alegó que Haigh, creyendo obedecer a un «guía divino» había perdido el sentido del bien y del mal. El abogado defensor no sólo pedía al jurado que resolviera un problema que el doctor Yellowlees se había negado a decidir, sino que le pedía que rebatiera las conclusiones del psiquiatra.

No debe sorprender que los miembros del jurado prefirieran aceptar la concisa definición que el fiscal había dado de Haigh: «No un desequilibrado, sino un asesino». Tampoco cabe asombrarse de que bastaran diecisiete minutos para que emitieran su veredicto: culpable sin reservas ni circunstancias atenuantes. No debe extrañar que el condenado no apelara siquiera, cosa rara después de una sentencia de muerte. Ni tampoco puede sorprender que una nueva investigación médica, prescrita por un acta del Parlamento, llegara a la conclusión de que Haigh fingía la locura, que no era irresponsable ante la ley, «ni tampoco un loco en cuanto se refiere a la ciencia médica». Ciertamente, tampoco debe causar asombro que el ministro del Interior no se creyera autorizado a interceder junto a Su Majestad para solicitar la revisión del proceso.

John George Haigh acudió a su cita con el verdugo Pierrepoint a las nueve de la mañana del lunes 10 de agosto de 1949. Henry Pierrepoint honró a Haigh con una rara distinción: la «correa especial». Tiempo después Pierrepoint recordaría aquella ejecución con cierto orgullo:

«Cuando llegó el momento de ejecutar a Haigh llevé conmigo una correa especial para atarle las muñecas. Es una correa hecha con una piel de ternero muy suave y flexible cuyo diseño es idéntico al de las correas que me proporciona el Home Office (El equivalente británico de nuestro Ministerio del Interior) como parte del equipo de ejecución y que uso normalmente, pero es propiedad particular mía. Sólo la he utilizado una docena de veces. Siempre que la uso hago una anotación con tinta roja en mi diario particular. Es la única indicación de que me he tomado un interés especial en esa ejecución.»

Una vez extirpados los dientes del vampiro, los restos mortales de John Haigh fueron trasladados al cementerio más exclusivo de Gran Bretaña: el retazo de tierra cubierta de

maleza que hay tras los muros de la prisión de Wandsworth. El cuerpo de Haigh fue enterrado a dos metros y medio de profundidad bajo los hierbajos de «Potter's Field» en un ataúd especial con agujeros lleno de agua para acelerar la putrefacción de la carne.

-Sea franco conmigo. ¿Qué probabilidades tiene una persona de ser liberada de Broadmoor?

Estamos en una comisaría de policía durante la investigación de un asesinato, una de las historias más horribles de muertes múltiples en todos los anales del crimen británico; unos asesinatos cuyo horror estremecería al mundo; asesinatos cuyo único motivo fue la más abyecta codicia...

-Si le dijera la verdad no la creería. Es tan fantástica que resulta increíble. La señora Durand-Deacon ya no existe. Ha desaparecido por completo, y jamás podrá encontrarse ningún rastro de ella. La he destruido con ácido. Lo único que podrían encontrar es un poquito de líquido viscoso en Leopold Road. Todo lo demás ha desaparecido. ¿Cómo pueden probar que la he asesinado si no hay cadáver?

John George Haigh y el agente de policía que está sentado al otro lado de la mesa, el inspector Albert Webb, ya se conocen, y ésta no es la primera ocasión en que Haigh visita la comisaría de Chelsea.

Una semana antes, el domingo 20 de febrero de 1949, poco después del mediodía, un hombrecillo muy atildado con un bigote estilo Hitler un tanto hirsuto, acompañado por una mujer de edad más que madura elegantemente vestida abordó al agente de servicio en la comisaría de Lucan Road.

El señor Haigh y su acompañante, la señora Constance Lane, le expresaron su creciente preocupación: una conocida suya, también residente del cercano Onslow Court Hotel, parecía haberse esfumado. Se trataba de la señora Durand-Deacon, Olive Henrietta Helen Olivia Roberts Durand-Deacon, de sesenta y nueve años de edad, rica y, en la pintoresca terminología de la época, «bien conservada para su edad».

La señora Durand-Deacon había sido vista por última vez la mañana del 18 de febrero cuando acudía a una cita con el señor Haigh. El señor Haigh iba a llevarla hasta su fábrica de Crawley, Sussex, para examinar las posibilidades de montar un negocio de manufactura de uñas postizas que se le había ocurrido hacía poco. Haigh se apresuró a corregir la nada bienvenida revelación hecha por la señora Lane afirmando que la señora Durand-Deacon no se había presentado a la cita.

Al día siguiente unos detectives visitaron a Haigh en el Onslow Court Hotel para averiguar algo más sobre la desaparición de su compañera de residencia, y John Haigh, dispuesto a contarles «todo lo que supiera al respecto», les endilgó una larga y más bien nebulosa parrafada cuya esencia era que no tenía la más mínima idea sobre cuál podía ser el paradero de la señora Durand-Deacon.

Tres días después Haigh volvió a ser interrogado en su hotel, con la diferencia bastante singular de que en esta ocasión estuvo presente una agente de policía. Podemos creer en lo que la condescendencia masculina llama «intuición de las mujeres» o podemos limitarnos a admitir que la sargento de policía Alexandra Lambourne, era «una guindilla

condenadamente buena», por usar otra expresión de la época, pero el caso es que tuvo la impresión de que allí había gato encerrado.

Quizá se tratara de un gato muy elegante y con mucha labia, pero la sargento Lambourne había captado su presencia. Su informe sobre el interrogatorio de aquel día concluía con estas palabras: «Dejando aparte el hecho de que Haigh y sus modales relamidos no me caen nada bien, tengo la sensación de que no es “trigo limpio” y puede que detrás de todo esto haya un caso digno de ser investigado.»

Y, desde luego, lo había. Al día siguiente el Departamento de Historiales de Scotland Yard pudo decir muchas más cosas sobre John Haigh de las que él había estado dispuesto a contar de viva voz, y una de las más interesantes era que había estado tres veces entre rejas, cada una por obtención fraudulenta de dinero.

A esas alturas los agentes de la policía de West Sussex ya habían sido informados sobre la «conexión Crawley» y habían interrogado al señor Edward Jones, gerente de Hurstlea Products Limited, la empresa de la que Haigh afirmaba ser director.

Naturalmente, la afirmación era falsa -como casi toda la fachada de John Haigh-, pero sí tenía una conexión interesante con Hurstlea. Haigh usaba el almacén que la empresa poseía en Leopold Road para lo que llamaba «su trabajo experimental». Jones sacó la impresión de que Haigh estaba haciendo un «trabajo de conversión». No podía haberse acercado más a la verdad.

El almacén resultó ser un sólido edificio de dos pisos de ladrillo situado en Giles Yard, junto a Leopold Road, rodeado por una verja bastante alta. El 26 de febrero la clase de «trabajo experimental» en que estaba metido Haigh empezó a quedar clara. Esa mañana de sábado el detective sargento Pat Heslin entró en la «fábrica» de Haigh acompañado por el señor Jones.

Una vez dentro Heslin vio varias bombonas en cuyas etiquetas se leía «Ácido sulfúrico», una bomba manual, una máscara de gas, guantes de goma y un delantal de goma manchado de sangre. El detective también halló una sombrerera de cuero dentro de la que había un revólver Webley del calibre 38 disparado recientemente y el recibo de una tintorería de Reigate. La prenda a limpiar era un abrigo de lana persa negra.

Siete y media de la tarde del lunes 28 de febrero de 1949: el inspector Albert Webb y el superintendente Barratt acaban de llevar a Haigh a la comisaría de policía donde se había presentado hacía tan sólo una semana antes para informar de la desaparición de su víctima. Haigh está a punto de confesar su crimen. El cuarto ocupante de la sala de interrogatorios, el inspector Shelley Hymes, acaba de conocer a Haigh.

A juzgar por sus palabras estaba claro que los agentes conocían la existencia del abrigo. De hecho, esa pequeña concesión al lujo que en tiempos había prestado su elegancia al robusto cuerpo de la señora Durand-Deacon ya no estaba en manos de la tintorería Reigate Cottage Cleaners. Las joyas de la dama tampoco se hallaban en manos de los señores Bull de Horsham, donde Haigh las había dejado para que fuesen valoradas.

Haigh estaba sentado con expresión imperturbable fumando un cigarrillo.

-Ya veo que saben de qué están hablando. Admito que el abrigo pertenecía a la señora Durand-Deacon, y también admito que vendí sus joyas.

-¿Cómo llegaron a sus manos y dónde está la señora Durand-Deacon?

Hubo un silencio. Tres pares de ojos se clavaron en John Haigh.

-Es una historia bastante larga. Se trata de un chantaje, y tendré que implicar a muchas otras personas.

Nunca sabremos qué ridícula historia habría contado Haigh si se le hubiera dado ocasión de hacerlo, pues en aquel momento algún asunto urgente hizo que Symes y Barratt tuvieran que abandonar la sala de interrogatorios. El interrogatorio quedó suspendido por el momento.

-Sea franco conmigo. ¿Qué probabilidades tiene una persona de ser liberada de Broadmoor?

Haigh se ha quedado a solas con Albert Webb. El criminal está acorralado y busca desesperadamente una línea de defensa que le permita escapar a la acusación de asesinato, una que no le obligue a cargar con las terribles consecuencias del crimen que está claro ha cometido.

-No me está permitido hablar de esos asuntos con usted.

-Si le dijera la verdad no la creería. Es tan fantástica que resulta increíble.

-No está obligado a decirme nada... -empezó a explicarle Webb.

-Sí, ya lo sé -le interrumpió Haigh con cierta impaciencia-. Voy a contárselo. La señora Durand-Deacon ya no existe. Ha desaparecido por completo y jamás podrá encontrarse ningún rastro de ella. La he destruido con ácido. Lo único que podrían encontrar es un poquito de líquido viscoso en Leopold Road. Todo lo demás ha desaparecido. ¿Cómo pueden probar que la he asesinado si no hay cadáver?

Estaba claro que había llegado el momento de que el inspector Webb llamara a sus superiores para hablarles de Haigh y el baño de ácido.

El inspector Symes le leyó sus derechos a Haigh y después empezó a tomarle declaración, labor que requirió dos horas y media con un breve intervalo para el té y unos bocadillos de queso.

COMISARÍA DE POLICÍA DE CHELSEA DIVISIÓN «B»

28 de febrero de 1949

DECLARACIÓN de JOHN GEORGE HAIGH, edad 39 años, Ingeniero Independiente con residencia en el ONSLOW COURT HOTEL, QUEENS GATE, SW7, quien dice lo siguiente:

Se me ha explicado que no estoy obligado a decir nada salvo que así lo desee, pero que cualquier cosa que diga será consignada por escrito y puede usarse como prueba.

(Firmado) J. G. Haigh.

Ya les he contado algunas cosas sobre la desaparición de la señora Durand-Deacon. El asunto me ha tenido muy preocupado y he estado intentando ganar tiempo con la esperanza de que no lograrían averiguar nada más al respecto. Sin embargo, la verdad es que salimos del hotel juntos y fuimos a Crawley juntos en mi coche. La señora Durand-Deacon quería ir a Crawley conmigo porque estaba muy interesada en el negocio de las uñas postizas. La llevé al almacén de Leopold Road y le disparé en la nuca mientras estaba examinando un papel especial para hacer uñas postizas. Después fui al coche, cogí un vaso e hice una incisión, creo que con un cortaplumas, en un lado de la garganta y llené el vaso de sangre, que después bebí. A continuación le quité el abrigo de lana persa que llevaba puesto y las joyas -anillos, collar, pendientes y crucifijo con cadenilla-, y la metí en un depósito de doscientos litros de capacidad. Después llené el depósito con ácido sulfúrico que saqué de varios garrafrones mediante una bomba manual y me marché para dejar que se produjera la reacción. Debería haber dicho que después de meterla en el depósito fui al «Ancient Priors» para tomarme una taza de té y que volví luego para bombear el ácido. En cuanto hube terminado llevé las joyas y el revólver al coche y dejé el abrigo sobre el banco. Fui al «George» para cenar y recuerdo que llegué allí un poco tarde, sobre «la novena». Después volví a la ciudad y llegué al hotel alrededor de las diez y media. Guardé el revólver dentro de la sombrerera.

A la mañana siguiente desayuné y, como ya he contado, comenté la desaparición de la señora Durand-Deacon con la camarera y la señora Lane. Acabé volviendo a Crawley por Putney e hice una parada en el trayecto para vender su reloj a un joyero de High Street por diez libras. Le quité el reloj al mismo tiempo que le quitaba las joyas. Una vez en Crawley fui hasta el almacén para ver qué tal iba la reacción. No se había completado de forma satisfactoria, por lo que cogí el abrigo, lo puse en el asiento trasero del coche y fui a Horsham. Pasé por la joyería Bull para que valorasen las joyas, pero el señor Bull no estaba. Volví a la ciudad y antes de llegar dejé el abrigo en «Cottage Cleaners», en Reigate. El lunes volví a Crawley y vi que la reacción ya casi se había completado, pero quedaba un trozo de hueso y grasa flotando en el líquido. Saqué el líquido del depósito con un cubo y lo esparcí por el suelo delante del almacén. Después bombeé más ácido en el depósito para descomponer aquel resto de hueso y grasa, esperando que al día siguiente ya habría desaparecido. A continuación volví a Horsham e hice valorar las joyas explicando que deseaba empeñarlas y quería hacerme una idea de cuánto podía conseguir por ellas. La valoración ascendió a 130 libras. Volví a la fábrica de West Street y, finalmente, regresé a la ciudad.

Volví a Horsham el martes y vendí las joyas por las 100 libras que se me ofrecieron. Desgraciadamente los joyeros no disponían de esa suma y sólo pudieron darme 60 libras. Volví al día siguiente para cobrar las 40 que faltaban. El martes fui a Crawley, vi que la descomposición ya era completa y vacié el depósito. Quiero añadir que el lunes descubrí que lo único que el ácido no había atacado era el bolso de plástico, y que lo tiré en el mismo lugar que el líquido. El martes vacié el depósito y lo dejé en el patio.

Le debía cincuenta libras al señor Jones, quien ya he dicho que es codirector de Hurstlea Products, y el martes le pagué 36 libras del dinero que había obtenido vendiendo las

joyas. El revólver que la policía encontró en el almacén de Crawley es el que usé para matar a la señora Durand-Deacon, y lo llevé hasta allí dentro de la sombrerera el sábado por la mañana. Antes de echar el bolso al depósito cogí todo el dinero que había dentro -unos treinta chelines- y la estilográfica de la señora Durand-Deacon. Me los quedé y arrojé el resto de objetos que contenía al depósito junto con el bolso. La estilográfica está en mi habitación. También llevaba consigo un manojo de llaves sujeto al bolsillo interior de su abrigo mediante una cadenita y un imperdible de gran tamaño. Eché las cadenitas del crucifijo y el manojo de llaves al seto del camino que baja hasta Bracken Cottage cuando fui allí el miércoles para alojarme en casa de unos amigos. Enterré el crucifijo y cada llave por separado en el suelo...

Haigh terminó su declaración a primera hora de la madrugada del 1 de marzo y fue detenido. Pero por terrible que parezca, el asesinato de la señora Durand-Deacon sólo era una parte de la historia. En realidad era una parte muy pequeña de ella, pues John George Haigh se atribuyó cinco víctimas más. «Los protagonistas de otra historia», por usar sus mismas palabras...

Naturalmente, la policía volvió a concentrar su atención en el almacén de Crawley y su pequeño patio. El nuevo equipo de investigación estaba al mando de Guy Mahon, inspector jefe de detectives de Scotland Yard, y contaba con la ayuda del doctor Keith Simpson de la Universidad de Londres, patólogo del Home Office.

Esa fría mañana del 1 de marzo Simpson empezó ocupándose del almacén, y especialmente de las manchitas de sangre que había sobre la zona de pared encalada encima del banco. Las manchitas encajaban con la declaración de Haigh, quien afirmó que la señora Durand-Deacon había estado examinando una muestra de celofán rojo cuando le disparó. Pero esa clase de hechos deben ser probados.... aunque haya una confesión. Debe demostrarse que la sangre es humana, y hay que analizarla para compararla con el grupo sanguíneo de la víctima.

Después el doctor Simpson pasó a ocuparse del patio repleto de maleza que había ante la «fábrica del crimen» de Haigh, y fue siguiendo los surcos en zigzag dejados por el asesino cuando llevó el pesado depósito hasta allí para vaciarlo, y acabó llegando al punto en que Haigh afirmaba haber esparcido el «líquido», los últimos restos mortales de la difunta Olive Durand-Deacon.

Pero al impetuoso Haigh se le habían pasado por alto dos factores muy importantes: la experiencia y tenacidad del doctor Keith Simpson, y el hecho de que algunas sustancias tardan más en ceder a la corrosión del ácido que otras. ¿Cómo podía saber que los cálculos biliares no se disuelven en ácido o, si a eso vamos, que su víctima sufría de dicha enfermedad? ¿Cómo podía saber que la resina acrílica con que había sido fabricada la dentadura postiza de la señora Durand-Deacon habría requerido dos semanas de inmersión en el ácido antes de sucumbir al ataque corrosivo del vitriolo? El bolso de plástico rojo de la víctima y los pocos objetos que contenía apenas habían sido dañados por su contacto con el ácido. Olive Durand-Deacon quizá hubiera desaparecido, ¡pero aún quedaban bastantes rastros de ella!

El doctor Simpson ordenó la recogida de los primeros diez centímetros de la tierra del patio en una zona de unos veinte metros cuadrados. Ciento cincuenta kilos de aquella sustancia -«un residuo aceitoso semicalcinado de un color amarillento mezclado con

tierra y guijarros» fueron trasladados al Laboratorio de la Policía Metropolitana del Nuevo Scotland Yard y pacientemente examinados.

El concienzudo examen del suelo efectuado por Simpson en Giles Yard y la muestra de éste trasladada al laboratorio sirvieron para identificar el «cuerpo» de la señora Durand-Deacon «más allá de toda duda razonable»:

Tres cálculos biliares -Simpson apenas llevaba unos minutos en el patio cuando sus perspicaces ojos dieron con la primera de las pistas que servirían para identificar a la última víctima de John Haigh. «La superficie del patio situado ante el almacén era bastante desigual, y había muchos guijarros de pequeño tamaño. Apenas llegué allí -supongo que debí dejar bastante impresionados a quienes me observaban-, cogí un guijarro y lo examiné con una lupa. Tenía el tamaño aproximado de una cereza y era muy parecido a los otros guijarros, pero tenía facetas pulidas. “Creo que es un cálculo biliar”, dije.» Y eso era: los cálculos biliares -es decir, la arenilla de la bilis sedimentada hasta formar un gránulo-, están recubiertos de una sustancia grasienta que resiste la corrosión del ácido. Simpson siempre se mostró bastante dolido cada vez que alguien sugería que su descubrimiento había sido «fruto de la suerte» y posteriormente afirmó haberle dicho al jefe de inspectores Mahon que «esperaba encontrarlo. Las mujeres de la edad y costumbres de la señora Durand-Deacon -sesenta y nueve años y más bien obesa- son muy propensas a sufrir de cálculos biliares.»

Huesos del pie izquierdo – El segundo hallazgo fue igualmente importante para conseguir una identificación positiva: «Vi varios fragmentos de hueso erosionado incrustados en una sustancia grasienta semicalcinada. Los rayos X demostraron que el mayor de esos fragmentos había formado parte de un pie izquierdo.»

Algún tiempo después el superintendente Cuthbert del Laboratorio de la Policía Metropolitana hizo un molde de dicho pie a partir del hueso, y descubrió que encajaba perfectamente en uno de los zapatos izquierdos de la muerta.

Fragmentos de hueso erosionado – Dieciocho en total, de los que Simpson logró identificar once como pertenecientes a la anatomía humana después de haberlos examinado concienzudamente con el microscopio y los rayos X. Más aún, el surco visible en esa parte del hueso pélvico llamado «cinturón de la cadera» demostró que eran huesos de mujer, y había rastros de artritis ósea presentes en varias articulaciones.

Grasa corporal – El efecto del ácido sulfúrico sobre el tejido corporal es tan potente que una vez derretido del cuerpo de la señora Durand-Deacon sólo quedaron nueve kilos de una sustancia grasienta de color amarillo.

Dentadura postiza – El peor de todos los errores cometidos por Haigh fue haber calculado mal el tiempo que necesitaría el ácido para disolver la resina acrílica con que se fabrican las dentaduras postizas. Scotland Yard actuó con la rapidez típica de todas sus cacerías de criminales y localizó a la señorita Helen Mayo, dentista. La señorita Mayo identificó la dentadura postiza como la misma que había fabricado para su paciente, la señora Durand-Deacon.

Bolso y contenido – El bolso de plástico de la señora Durand-Deacon estaba tan intacto como sus escasos objetos personales: un cuaderno de anotaciones, un diario, parte del

estuche de un pintalabios, un lápiz, un bolígrafo metálico de viaje y un estuchito de polvos faciales.

Comparado con el espectacular curso de las investigaciones, el juicio de Haigh fue más bien anticlimático. La mañana del lunes 18 de julio de 1949 el prisionero pudo ver por primera vez el rostro del juez Humphreys al otro extremo de la histórica sala del Tribunal de Lewes, Sussex.

Haigh ocupó su puesto -el juicio parecía importarle tan poco que una vez sentado empezó a distraerse con el crucigrama de un periódico-, y el Fiscal General Sir Hartle Shawcross, KC, MP (El «King's Council», o Consejo del Reino, es un cuerpo de abogados de categoría superior capacitados para tomar parte en los procesos de mayor importancia. «Member of the Parliament», Miembro del Parlamento), el más veterano de todos los fiscales de Su Majestad, abrió el caso de la Corona contra John George Haigh, durante el curso del cual llamaría al estrado nada menos que a 33 testigos.

Sir David Maxwell Fyfe, KC, MP -a cuya indudable habilidad e integridad profesionales se encomendó la tarea de sacarle el mejor partido posible a los débiles argumentos en que se basaba la defensa de Haigh- se dio cuenta de lo inútil que sería intentar oponerse al formidable muro de pruebas y testimonios presentados por la acusación, y sólo interrogó a tres testigos durante breves períodos de tiempo.

Haigh no subió al estrado para prestar testimonio y se limitó a confiar en el testimonio médico del doctor Henry Yellowlees, del Departamento de Enfermedades Mentales del St. Thomas's Hospital, Londres. El doctor Yellowlees intentó convencer al jurado de que Haigh siempre había sufrido tendencias paranoicas y de que éstas se habían agravado hasta convertirse en locura. El doctor sacó a relucir la educación religiosa y el tipo de hogar en el que Haigh había crecido, afirmando que eran los responsables de haber sembrado en su cerebro la semilla de aquellos demonios de la locura cuyo resultado final fue el asesinato múltiple..., y cosas aún peores.

El doctor Yellowlees proporcionó un toque de extrañeza y locura a tan augusta ocasión narrándole a una sala del tribunal sumida en el más atento silencio la pesadilla recurrente que atormentaba a Haigh:

«[Veía ante él] todo un bosque de crucifijos que iban convirtiéndose gradualmente en árboles cuyas ramas parecían gotear rocío o lluvia. Poco después veía que era sangre. Un árbol se convertía poco a poco en un hombre y recogía la sangre en un cuenco. A medida que esto ocurría podía ver cómo el árbol iba perdiendo el color y se sentía desfallecer. Después el hombre del sueño se le aproximaba, le ofrecía el cuenco lleno de sangre y le invitaba a beber. Al principio Haigh era incapaz de moverse y el hombre empezaba a alejarse. Haigh no lograba llegar hasta él, y el sueño finalizaba en ese momento.»

Sir David Maxwell Fyfe: En la declaración que hemos oído Haigh ha contado que, por usar su expresión, siempre «abría» a la víctima y bebía un poco de su sangre. ¿Cree usted que dicha afirmación es cierta o no?

Dr. Yellowlees: Estoy prácticamente seguro de que la probaba; no sé si la bebía o no. Desde un punto de vista médico no creo que sea importante, por la razón de que esta obsesión con la sangre es un motivo que aparece desde la infancia en todas sus fantasías

y es el núcleo de la estructura paranoica que creo ha ido construyendo, y a un paranoico no le importa demasiado si lo que le impulsa a actuar es real o mera fantasía.

Cuando le llegó el turno de interrogar al testigo, Sir Hartley Shawcross se enfrentó a la tarea de dejar bien claro el punto crucial que determinaría si podía considerarse que Haigh poseía el único patrón de locura aceptable para un tribunal inglés. Cuando cometió el crimen, ¿sabía lo que estaba haciendo o no? Y, si lo sabía, ¿se daba cuenta de que obraba mal o no era consciente de ello?

Sir Hartley Shawcross: Le pido que considere los hechos y le diga al jurado si hay alguna duda en cuanto a que Haigh debía saber que, según la ley inglesa, se estaba preparando para cometer y que subsiguientemente cometió un acto moralmente erróneo.

Dr. Yellowlees: Respondería diciendo que sí, siempre que cambiara esos términos por los de «legalmente punible».

Sir Hartley Shawcross: ¿Legalmente punible y, por lo tanto, prohibido por las leyes de este país?

Dr. Yellowlees: Sí, creo que lo sabía.

-¿Piensa que no será castigado? -le preguntó el juez.

Dr. Yellowlees: Dice que se encuentra en la misma posición que Jesucristo ante Poncio Pilatos. Según él, «sólo diré una cosa y es que no tenéis poder sobre mí a menos que os sea concedido desde las alturas.»

Juez Humphreys: No entiendo a qué puede referirse con eso.

El jurado se retiró para dar su veredicto cuando habían transcurrido poco más de 24 horas desde que empezó a oír los testimonios. La decisión no debió ser difícil de alcanzar, pues en sólo diecisiete minutos -apenas tiempo suficiente para elegir un portavoz y fumar un cigarrillo el jurado dictaminó que John Haigh era culpable de haber asesinado a la señora Olive Durand-Deacon. El jurado opinó que Haigh no estaba loco y que no era un simple criminal sino un ser absoluta y totalmente maligno.

El Birrete Negro -que ha sido el símbolo más impresionante del terrible poder de la ley desde los tiempos de los Tudor- fue colocado sobre la cabeza del juez Humphreys y, como si surgiera de algún abismo insondable, su voz pronunció la temida sentencia de muerte.

No sabemos cuáles fueron las emociones internas de Haigh al oír dicha sentencia, pero mantuvo su fachada de imperturbabilidad y, a juzgar por su expresión, parecía tan tranquilo como si acabara de perder un par de libras en las carreras de caballos y no estuviera dispuesto a dejarse afectar por algo tan nimio.

Se cuenta que cuando fue conducido a la sala de espera que se encontraba debajo del tribunal el capellán del juez envió a un ujier para que le preguntara si deseaba recibir algún tipo de consuelo espiritual. Haigh recibió al mensajero con los pies apoyados en una mesa mientras fumaba tranquilamente un cigarrillo y tomaba sorbos de una taza de té.

-El padre me ha enviado para que le pregunte si desea que baje a verle.

-Amigo mío, no creo que eso sirva de mucho a estas alturas, ¿verdad?

John George Haigh acudió a su cita con el verdugo Pierrepont a las nueve de la mañana del lunes 10 de agosto de 1949. Para Henry Pierrepont aquel, también era un día especial y, en una de las pocas excentricidades permitidas a un verdugo, honró a Haigh con una rara distinción reservada a la élite de su clientela: la «correa especial». Tiempo después Pierrepont recordaría aquella ejecución con cierto orgullo:

«Cuando llegó el momento de ejecutar a Haigh llevé conmigo una correa especial para atarle las muñecas. Es una correa hecha con una piel de ternero muy suave y flexible cuyo diseño es idéntico al de las correas que me proporciona el Home Office (El equivalente británico de nuestro Ministerio del Interior) como parte del equipo de ejecución y que uso normalmente, pero es propiedad particular mía. Sólo la he utilizado una docena de veces. Siempre que la uso hago una anotación con tinta roja en mi diario particular. Es la única indicación de que me he tomado un interés especial en esa ejecución.»

Una vez extirpados los dientes del vampiro, los restos mortales de John Haigh fueron trasladados al cementerio más exclusivo del país: el retazo de tierra cubierta de maleza que hay tras los muros de la prisión de Wandsworth. El cuerpo de Haigh fue enterrado a dos metros y medio de profundidad bajo los hierbajos de «Potter's Field» en un ataúd especial con agujeros lleno de agua para acelerar la putrefacción de la carne. El método no es tan rápido como el ácido sulfúrico, pero asegura los mismos resultados.

Durante el período de tiempo que pasó en Dartmoor como huésped de Su Majestad el Rey Jorge VI, Haigh decidió labrarse un futuro en la subcultura de quienes carecen del más mínimo escrúpulo.

«Dedicaos a las mujeres», aconsejaba pomposamente a sus compañeros de prisión. «Buscad alguna vieja ricachona a la que le gusten los halagos. Si queréis ganar mucho dinero, ahí está vuestro mercado.»

John Haigh era tan arrogante y se consideraba tan listo que creía no haber dejado ningún cabo suelto. De hecho, repetía tan a menudo su convicción de que nadie podía ser encontrado culpable de asesinato si no había cuerpo que se le acabó dando el apodo de «El viejo Corpus Delicti».

Si hubiera confiado un poco menos en sí mismo, y si hubiera «hecho sus deberes», Haigh quizá podría haber evitado chocar con la justicia y salvar su vida durante el proceso. John George compartía un error muy común, el de que en la frase corpus delicti, «corpus» significa, literalmente, «cuerpo».

En realidad este concepto legal describe el «cuerpo» no de una víctima sino del crimen en sí, la esencia del crimen que debe ser demostrada para poder presentar una acusación contra alguien. Basta con demostrar que una persona ha sido asesinada y que la muerte se produjo a causa de un acto de violencia prohibido por la ley.

Si Haigh hubiese prestado más atención a los detalles de su plan maestro, quizá se habría enterado de que sólo dieciocho meses antes de que fuera arrestado y acusado de asesinar

a la señora Durand-Deacon un camarero de navío llamado James Camb había cometido su mismo error. En octubre de 1947 Camb violó y asesinó a la actriz Gay Gibson en el barco donde trabajaba, y aunque Camb echó a su infortunada víctima por un ojo de buey y el cuerpo jamás fue encontrado, las pruebas reunidas por el departamento forense demostraron no sólo el hecho y la causa de la muerte, sino que lograron señalar convincentemente con su dedo a James Camb, quien fue juzgado, encontrado culpable y sentenciado a muerte en marzo de 1948.

Posteriormente ha habido varios casos en que se llegó al procesamiento sin que se descubriera el cuerpo; por ejemplo, el de los hermanos Arthur y Nizamodeen Hosein, que acabaron en prisión por haber secuestrado y asesinado a la señorita Muriel McKay. Y, en una fecha tan reciente como 1987, Kingsley Rotardier, homosexual, modelo y compositor de 46 años de edad, fue juzgado en Old Bailey bajo la acusación de haber asesinado a David Hamilton, su amante. La policía afirmaba que el cuerpo de Hamilton, que nunca fue encontrado, había sido cortado en pedacitos e incinerado.

La «otra historia»

Pero, ¿qué hay de esos «otros protagonistas» y esa «otra historia» a la que tan enigmáticamente se refirió Haigh mientras estaba bajo custodia policial? Allí es donde se encuentra el auténtico horror de sus crímenes; aquel hombrecillo elegante de modales afables no había empezado su carrera delictiva con el asesinato de la señora Durand-Deacon.

El 28 de febrero de 1949, poco después de haber confesado que asesinó a la señora Durand-Deacon, Haigh hizo una segunda declaración extraordinaria y confesó haber cometido nada menos que cinco asesinatos y haber eliminado los cuerpos mediante el baño de ácido:

Las Cartillas de Racionamiento, el cupón de ropas y otros documentos a nombre de McSwan y Henderson [que la policía encontró en su habitación del Onslow Court Hotel] pertenecen a otra historia, que narraré muy brevemente diciendo que en 1944 acabé con William Donald McSwan de una forma muy similar a la que usé con la señora Durand-Deacon en el sótano del 79 de Gloucester Road, S.W.7, y también acabé con Donald McSwan y Amy McSwan en 1946 en la misma dirección.

En 1948 el doctor Archibald Henderson y su esposa Roasalie Henderson murieron de forma similar en Leopold Road, Crawley.

Volviendo a los McSwan, William Donald, el hijo, cuya dirección en aquella época no recuerdo, se encontró conmigo en el local Goat de Kensington High Street, y desde allí fuimos al 79 de Gloucester Road. Cuando llegamos al sótano que había alquilado le golpeé en la cabeza con una cachiporra, llené un vaso con sangre de su garganta como en el otro caso y me la bebí. Unos cinco minutos después estaba muerto. Le metí en un depósito de ciento ochenta litros y disolví su cuerpo con ácido tal y como hice con el de la señora Durand-Deacon, echando el líquido resultante por un desagüe del sótano. Antes de echarle al depósito le quité el reloj y los objetos personales, Documento de Identidad incluido.

Conocía a los McSwan, padres e hijo, desde hacía cierto tiempo, y cuando vi a sus padres les expliqué que su hijo se había marchado para no tener que alistarse. Posteriormente escribí toda una serie de cartas falsas suyas dirigidas a sus padres, que eché al correo creo que en Glasgow y Edimburgo, explicando cómo quería que dispusieran de sus pertenencias.

Al año siguiente llevé por separado al mismo sótano al padre, Donald, y a la madre, Amy, eliminándoles de la misma forma que había eliminado al hijo. Los expedientes de los McSwan se encuentran en mi hotel y darán detalles sobre las pertenencias de las que dispuse después de su muerte. Posteriormente he conseguido Cartillas de Racionamiento mediante el sistema habitual usando sus Documentos de Identidad.

Conocí a los Henderson cuando respondí al anuncio que habían puesto para vender su propiedad del 22 de Ladbroke Square. No la compré. La vendieron y se trasladaron al 16 de Dawes Road, Fulham. Lo que cuento ocurrió desde noviembre de 1947 hasta febrero de 1948. En febrero de 1948 los Henderson se alojaron en Kingsgate Castle, Kent. Les hice una visita y fui con ellos a Brighton, donde se alojaron en el Hotel Metropole. Llevé al doctor Henderson a Crawley y le maté en el almacén de Leopold Road disparándole en la cabeza con su propio revólver, del que me había apoderado en Dawes Road. Le metí en un depósito de ácido, como en los otros casos. Esto ocurrió por la mañana. Volví a Brighton y llevé allí a la señora Henderson con el pretexto de que su esposo estaba enfermo. Le pegué un tiro en el almacén, la metí en otro depósito y eché ácido dentro.

En cada uno de los cuatro últimos casos bebí mi vaso de sangre. En el caso del doctor Henderson le quité su pitillera de oro y su reloj de oro con cadenilla, y a su esposa le quité el anillo de boda y el anillo de diamantes y lo vendí todo en la joyería Bull de Horsham por unas 300 libras. Pagué su factura en el Hotel Metropole, recogí su equipaje y su setter rojo y llevé el equipaje a Dawes Road. Tuve al perro conmigo durante una temporada en el Onslow Court Hotel y más tarde en Gatwick Hall, hasta que lo envié a las «Perreras Rurales del Profesor Sorsby» porque estaba casi ciego. Escribí cartas falsas para tranquilizar a los parientes de los Henderson y las envié a Arnold Burlin, el hermano de la señora Henderson, que vive en Manchester. Su dirección está anotada en la agenda de mi habitación. Me convertí en propietario del 16 de Dawes Road falsificando un documento de transferencia legal y lo vendí a su propietario actual, J.B Clarke. Las propiedades de los McSwan fueron adquiridas y vendidas de manera similar, y todos los detalles se encuentran en el expediente del hotel.

He leído esta declaración y todo cuanto se dice en ella es verdad.

(Firmado) John George Haigh.

WAYNE CLIFFORD BODEN



Wayne Clifford Boden nació en el año 1948 en Dundas, una pequeña localidad de Ontario cercana a Hamilton, en el área metropolitana de Gran Toronto (Canadá). Tuvo una infancia normal (al menos no ha trascendido nada que permita pensar lo contrario) y cursó estudios en el instituto de Glendale de Hamilton hasta el año 1966.

Resultó ser un joven bastante atractivo al que le encantaba practicar el sexo duro, que trabajaba como modelo.

El 3 de Octubre de 1969 apareció el cadáver de la joven Shirley Audette, quien vivía en el edificio aldaño al de Wayne. El novio de la joven le había comentado en varias ocasiones que aquel hombre

la ponía nerviosa. A pesar de encontrarse vestido el cadáver, había signos de violación e incluso presentaba mordeduras en los pechos, algo que resultaría fundamental para la resolución del caso.

El día 23 de Noviembre Marielle Archambault, una empleada de una joyería salió de su trabajo a la hora de cierre con un joven que había conocido poco antes a quien presentó como “Bill” a sus compañeros. Al día siguiente no apareció en el trabajo. Preocupados por su ausencia sin avisar (era al parecer sumamente extraño que no avisase) y porque no respondía al teléfono, decidieron su jefe y una compañera ir hasta su casa a ver si se encontraba bien. Al llegar allí descubrieron su cadáver en un sillón del salón; estaba parcialmente vestido. Le faltaban tanto las medias como el sujetador y tenía mordiscos en los pechos. La policía encontró una fotografía arrugada en el apartamento en la que salía con un hombre a quien los compañeros de Marielle identificaron como Bill, el hombre que había ido a buscarla el día anterior. Inmediatamente copiaron la fotografía y la distribuyeron a las patrullas para ver si lograban verlo. Sin embargo, era un error; el hombre que salía con ella era su padre, quien había fallecido unos meses antes. El 16 de Enero de 1970 el novio de la joven Jean Way, de 24 años, fue a buscarla a su apartamento.

Como no respondía al timbre, decidió regresar más tarde. Tres horas después se dirigió hasta allí nuevamente y vio la puerta abierta. Al entrar descubrió el cadáver de su novia desnudo encima de la cama, con mordiscos en los senos. En esta ocasión nuevamente se encontraron rastros de otra persona bajo las uñas de Jean, lo que indicaba indefectiblemente que esta vez sí se había producido una lucha entre la mujer y su agresor y que brindaba una buena oportunidad para la reciente técnica de identificación a través del ADN, novedad de aquellas en la investigación forense. En la ciudad de Calgary, a 4000 kilómetros de Hamilton, la joven profesora de secundaria

de 33 años Elizabeth Anne Porteous no apareció en su trabajo el día 18 de Mayo de 1971. Sorprendido porque no hubiese avisado de que se iba a ausentar, el director del centro intentó ponerse en contacto con ella llamándola repetidamente. Alarmado por las continuas llamadas, el portero del edificio donde vivía la joven decidió abrir el apartamento con su llave para ver si ocurría algo extraño. Una vez que entró se encontró con el cadáver de Elizabeth; había sido violada y posteriormente estrangulada y sus pechos presentaban mordiscos. En el registro de la casa tan sólo encontraron un gemelo de marca parcialmente roto. Durante la posterior investigación descubrieron que había sido vista en un Mercedes azul en compañía de un hombre el día anterior a su muerte. Además, el vehículo llevaba una pegatina de un toro en su luna trasera, lo que lo hizo fácilmente identificable a pesar de no conocer el número de matrícula. Una vez que supieron quién era el propietario decidieron ponerse en contacto con él para interrogarle. El hombre, apresado tan sólo una hora y media después de haber identificado el vehículo, quien era conocido por los amigos de la víctima como “Bill”, resultó ser Wayne Boden. En comisaría admitió conocer a Elizabeth, y de hecho también reconoció el trozo de gemelo como suyo.

Sin embargo, dijo que Elizabeth quedaba viva y en buen estado cuando él se fue de su casa. Como la fotografía que se había emitido por error en el caso de Marielle estaba aún en posesión de los policías, solicitaron que les enviaran una copia. Cuando la recibieron se sorprendieron del enorme parecido entre el hombre que había sido confundido con “Bill” y posteriormente con Wayne. Su atención se centró entonces en las marcas de los senos de la joven. Aquellos mordiscos eran un nexo en común con los asesinatos ocurridos en la otra esquina de Canadá, una especie de “marca distintiva”. Con ayuda de un dentista local, Gordon Swann, investigaron la posibilidad de comparar las huellas dentales de Wayne Boden con las aparecidas en el cadáver; el resultado fue que eran las mismas con un 90% de seguridad. Al no haber demasiada literatura sobre el tema, las autoridades se pusieron en contacto con el FBI, quienes les remitieron a un odontólogo británico que tenía experiencia en identificación de huellas dentales. Al enviarle las marcas del cadáver y de Wayne dijo que con total seguridad ambas huellas habían sido dejadas por el mismo individuo. Entonces le remitieron las huellas dejadas en los tres anteriores cadáveres, y el resultado era el mismo: Wayne Boden había dejado las marcas en los cuatro cadáveres. Este hecho fue el que le sirvió a la prensa para bautizarlo como “el vampiro violador”.

Fue juzgado y declarado culpable de los asesinatos, siendo condenado el día 16 de Febrero de 1972 a cumplir una cadena perpetua por cada asesinato. Wayne Clifford Boden falleció a consecuencia de un cáncer de piel el día 27 de Marzo de 2006 en el Hospital Regional de Kingston, donde se hallaba internado desde los dos meses previos.

NICOLAS CLAUX



Fue en los cementerios góticos donde Nicolas Claux construyó su reino de necrofilia y depravación. Amante de las escenografías y los aromas mórbidos, este viscérofilo representa un caso extraño de hombre lobo que actuaba incluso a la luz del día

El 15 de noviembre de 1994, elementos de la brigada criminal parisina arrestaron, afuera del cabaret mundialmente famoso Moulin Rouge, a Nicolas Claux, de 22 años, sospechoso de estar involucrado al menos en uno de los asesinatos de homosexuales ocurridos en París, siete de los cuales habían

sucedido un mes antes. El investigador Gilbert Thiel, responsable de la detención, era un veterano de mil batallas, pero no estaba preparado para enfrentar una red de asesinato, canibalismo y sadismo. La historia siguiente incluye algunas declaraciones –ya editadas– del señor Claux, que posiblemente funcionen para asomarse a las profundidades mentales de un asesino.

“Después de mi arresto –dice Claux– fui llevado al Departamento de Crimen parisino para los interrogatorios. Sin que yo lo supiera, los detectives estaban registrando mi departamento en la calle 9 de Coustou. Encontraron una pistola calibre .22 bajo mi almohada, la cual fue enviada de inmediato a las pruebas de balística. Aunque probablemente no los sorprendió el hallazgo de la pistola, creo que no estaban preparados para las escenas que estaban por atestiguar. Por todo mi departamento había regados, como morralla, fragmentos de huesos y dientes humanos; vértebras y huesos de piernas colgaban del techo como adornos mórbidos. (...) Además, como parte de mis gustos y de la decoración, los investigadores también descubrieron varias bolsas de sangre –que yo había robado– dentro del refrigerador”.

Los oficiales estaban satisfechos con los resultados obtenidos, pero aún no comprendían el simbolismo de los huesos dispersos por el departamento, así como de las bolsas de sangre.

“Con algunos titubeos de mi parte –continúa Claux–, les informé que había profanado varias tumbas góticas y mutilado los restos momificados. Cuando preguntaron por qué conservaba bolsas de sangre en mi refrigerador, simplemente respondí que la bebía de manera regular. Por haber trabajado durante diez meses como asistente en el depósito de cadáveres utilicé mi posición para materializar mi fantasía de toda la vida y para comenzar a practicar actos de canibalismo. Después de las autopsias, cuando me quedaba solo con los cadáveres, cortaba tiras de carne, las llevaba a casa, las cocinaba y me las comía”.

Nicolas Claux nació el 22 de marzo de 1972 en Camerún, África. Su padre era un ciudadano francés que prestaba sus servicios en un banco y que continuamente era enviado por largos periodos, con su familia, a países extranjeros.

“Mi infancia fue básicamente normal, excepto porque tuve pocos amigos. Fui un niño solitario, no tuve hermanos ni hermanas con quienes jugar, por lo que pasaba muchas horas en mi habitación. Mis padres eran muy cariñosos y me dieron todo lo que les pedí, aunque nunca sentí una verdadera unión con ellos. Nunca me cargaron o me besaron y me dejaban solo la mayoría del tiempo. Fue en esa época cuando desarrollé un interés por la muerte y lo oculto. Dedicaba varias horas a leer libros de vampiros y hombres lobo. La foto de una estatua del demonio sumerio Pazuzu me atraía especialmente. Para mí, simbolizaba algo extremadamente antiguo y poderoso. Pocos años después vi esa misma escultura en la película *El exorcista* y mi interés por lo oculto se incrementó”

Cuando Claux tenía diez años su abuelo falleció a causa de una embolia cerebral. Este suceso aumentó la obsesión de Nicolas por la muerte física. Desde entonces creció su fascinación por los ritos mortuorios y por la atmósfera de las morgues. A los 16 años se mudó junto con su familia a París, ciudad que le ofreció un paisaje maravilloso en lo que a cementerios corresponde.

“No transcurrió mucho tiempo antes de que conociera cada uno de los cementerios de París como la palma de mi mano. Entre 1990 y 1993 pasé la mayor parte de mi tiempo libre en los panteones. Los más impresionantes son los de Pere-Lachaise, Montmartre y Passy. Lo que más me agradaba de ellos eran sus mausoleos”

Con las herramientas necesarias, Claux violó la paz de los mausoleos parisinos. Según ha declarado, dentro de ellos se sentía “como un emperador reinando en el infierno”. En ocasiones entraba a un mausoleo durante el día y esperaba ahí a que la noche llegara, cuando las puertas de los cementerios se cierran, para así continuar sus actividades sin temor a ser descubierto.

Pronto, la contemplación de los cementerios y la soledad de los mausoleos no fueron suficientes para satisfacer los deseos de Claux. “Un día –Claux recuerda– me desperté con una urgencia siniestra por desenterrar un cadáver y mutilarlo. Reuní un cincel, un par de martillos, velas negras y guantes quirúrgicos y tomé el Metro que me transportó hasta la estación Trocadero. Passy es un pequeño cementerio gótico con una gran cantidad de mausoleos, la mayoría de ellos contruidos en el siglo XIX. Apenas era mediodía. Las puertas del cementerio estaban abiertas de par en par. Los guardias estaban disfrutando su hora de almuerzo. Nadie podía imaginar que a esa hora alguien tuviera deseos de profanar tumbas”.

Originalmente el objetivo de Claux era el mausoleo de una familia de inmigrantes rusos que llegó a París huyendo de la revolución de 1917. Finalmente el profanador eligió un mausoleo aledaño para cristalizar sus fantasías. Encontró el cadáver descompuesto de una anciana, al que apuñaló en el vientre en 50 ocasiones.

Después de violar su primera tumba, Claux repitió el patrón hasta el momento de su arresto.

Tras servir varios años como asistente de un depósito de cadáveres, que entre otras cosas servía para abastecer su despensa personal, el 4 de octubre de 1994 Claux finalmente cruzó la delgada línea que separa a los hombres de los demonios. Pasó casi todo el día buscando una víctima, cualquier víctima, sin importar sexo, raza o religión. Estaba buscando a la muerte, nada más, nada menos. Cuando oscurecía decidió probar suerte en

Minitel (una de las primeras versiones de Internet.) Respondió el mensaje un hombre llamado Thierry Bissannier. Decidieron reunirse en el departamento de Thierry; éste deseaba una noche de relaciones sexuales, pero Claux tenía otros planes.

“Llevé la pistola conmigo –explica Claux–; al llegar a la dirección acordada toqué en la puerta. Abrió la puerta, entré y, mientras el tipo cerraba, tomé el arma. Cuando volteó tenía el cañón de la pistola apuntándole en un ojo. Después de unos instantes de duda jalé el gatillo. Lo observé durante unos minutos y después fui a la cocina, donde encontré unas galletas. Regresé a la sala y me senté a comer mientras veía al hombre al que acababa de disparar. Vi que aún se movía, le volví a disparar, esta vez en la nuca. Cuando terminé, borré mis huellas dactilares y salí de la escena, llevándome un talonario de cheques, una tarjeta de crédito y sus identificaciones personales”

El cuerpo de Bissonnier permaneció en el piso de su departamento por tres días antes de que sus padres lo descubrieran. Uno de los primeros investigadores en arribar a la escena del crimen fue Gilbert Thiel. La víctima era uno más de los homosexuales asesinados cada año en París y tan sólo en aquel mes de octubre habían muerto otros siete en circunstancias similares. De acuerdo con la agencia France-Presse, los asesinatos de homosexuales representan un tercio del total de homicidios en París. Las víctimas generalmente comparten perfil y hábitos similares, incluyendo un punto de vista liberal en lo que corresponde a la sexualidad, a los que incorporan los riesgos como parte del placer. A principios de los años 90, la mayoría de los encuentros homosexuales comenzaba con un mensaje en Minitel.

La utilización de la tarjeta de crédito de Bissonnier proporcionó las primeras pistas para la aprehensión ulterior de Claux. En los dos años siguientes, una corte ordenó la creación de un equipo de psiquiatras y psicólogos para examinar al presunto asesino. Docenas de estudios revelaron un desorden de personalidad psicótica en Claux. El juicio contra Nicolas Claux comenzó el 9 de mayo de 1997. Fue hallado culpable de un asesinato premeditado, robo armado y profanación de tumbas. Lo sentenciaron a 12 años de prisión, aunque fue liberado el 22 de marzo de 2002 y actualmente divide su tiempo entre la pintura, la elaboración de tatuajes e Internet, donde despliega su arte.

“Hay un paralelo entre el arte y la muerte. Ambos son cuestión de estética y ambos proporcionan sentimientos divinos. El arte es creación y el asesinato aniquilación. La creación y la destrucción provienen de las mismas manos”, concluye este singular artista del crimen.

Dibujos Realizados por Claux





NIKOLAI OGOLobyAK



Cuatro adolescentes fueron terriblemente asesinados por satanistas, apuñalados 666 veces cada uno y luego ingeridos por sus verdugos, informó el diario inglés The Sun. Una pandilla de adoradores del demonio obligó a emborracharse a sus víctimas antes de matarlas a puñaladas, para luego prenderles fuego en una hoguera y comerse sus restos. Sus genitales también fueron mutilados.

Los policías horrorizados descubrieron las partes de los cuerpos enterradas bajo una cruz invertida, un símbolo frecuentemente utilizado en la magia negra. Todas las víctimas sufrieron 666 heridas de arma blanca, el número asociado a la Bestia, o al Anticristo.

Se trata de cuatro amigos: tres chicas y un chico, de 16 ó 17 años, todos góticos. Fueron llevados uno a uno a una casa de campo ubicada en Yaroslavi, un área rural a trescientos

kilómetros de Moscú, donde tomaron hasta emborracharse, acaso ignorantes de su inminente final.

Luego de que la Policía arrestara a ocho sospechosos, uno de ellos se quebró y contó cómo fue el ritual. Aclaró que habían cavado la tumba de antemano. "Satan me ayudará a esquivar mis responsabilidades", dijo otro de ellos. "Ya le he dedicado muchos sacrificios a él". Y un tercero dijo que había empezado a descreer de Dios cuando notó que sus rezos no le traían el dinero que pedía, y al orarle a Satanás y recibir más recompensa, se convirtió a su fe negra.

Anya Gorokhova, Olga Pukhova, Varya Kuzmina y Andrei Sorokin, las víctimas, habían desaparecido en junio. La Policía logró develar el denominador común que las unía cuando analizó sus llamadas telefónicas y descubrió que todos hablaban con Nikolai Ogolobyak, quien resultaría ser el líder de la escuadra. Los vecinos de Yaroslavi contaron que Ogolobyak era bien conocido en la ciudad, y su abuela agregó que cuando era un niño cantaba en el coro de la iglesia local. El resto de la pandilla fue descrito por sus

profesores como adolescentes de baja inteligencia: Ksenia Kuznetsova, Alexander Voronov y Anton Makovkin.

El padre de Andrei, una de las víctimas, admitió que su hijo tenía amigos góticos y satanistas. "Pero no me daba miedo. Pensaba Bueno, lo voy a dejar pasar el tiempo allá en el cementerio, a fin de cuentas no hay muchos riesgos...". Pero Rusia siempre estuvo relacionada con espectaculares crímenes en cultos satánicos, y ahora se agrega un nuevo eslabón en esa cadena.

Los restos de los cuerpos de cuatro adolescentes de 16 y 17 años, quienes habían desaparecido en junio pasado, fueron encontrados en una fosa común en Rusia. La policía local detuvo a ocho sospechosos, miembros de una secta satánica, quienes se jactaron de sus crímenes, explicaba el pasado 17 de septiembre el medio digital Terra Argentina. Ocho presuntos miembros de la denominada "Banda de los Devil" quedaron detenidos en Moscú, acusados de apuñalar 666 veces, prender fuego en una hoguera, y devorar la carne de cuatro adolescentes, todos ellos pertenecientes a la tribu urbana de los góticos.

La policía local encontró partes de los cuerpos de las víctimas -tres mujeres y un muchacho de entre 16 y 17 años- depositados en una fosa común, como un culto satánico. Los jóvenes fueron identificados como Anya Gorokhova, Olga Pukhova, Varya Kuzmina y Andrei Sorokin. Todas las víctimas fueron obligadas a ingresar a una casa de campo, ubicada en Yaroslavl, una zona rural ubicada a unos 480 kilómetros de Moscú, donde los emborracharon para, más tarde, acuchillarlos a cada uno unas 666 veces, un número comúnmente asociado con la figura de la Bestia o el Anticristo, como publicó el diario The Sun.

Como restos de cabello de los jóvenes fueron hallados en las brasas de una hoguera, los investigadores consideran que fueron, primero "cocinados" antes de ser "devorados". Luego de arrestar a los miembros de la secta mencionada, uno de ellos se jactó de cómo, momentos antes, habían profanado la tumba de una joven recientemente enterrada para comer su corazón. Según el diario, otro de los sospechosos dijo que no esperaba ser castigado al decir: "Satán me ayudará a evitar todo tipo de responsabilidades. He realizado todo tipo de sacrificios para él". Los investigadores rastrearon a la secta luego de descubrir que todas las víctimas se habían puesto en contacto con el líder de los Devil, Nikolai Ogolobyak.

El medio Territorio Digital añade que el macabro hallazgo en Yaroslavl horrorizó a Rusia y volvió a tejer sospechas sobre la inocencia en sus métodos de las prácticas de los ritos góticos, dark, y también las escisiones satanistas. Los cuerpos putrefactos y quemados tenían 666 puñaladas cada uno y fueron degollados. Pero el horror no terminó: los investigadores aseguran que los asesinos se comieron pedazos de los cuerpos que faltan.

El "Clan del diablo" conformaba una banda de fieles adoradores de Satanás, que degüellan a sus víctimas, ofrecen su crimen a su ídolo, y asan la carne para devorarse la sabiduría que éste le daría en el sanguinario ritual. Los policías que encontraron los cuerpos quedaron horrorizados ante el panorama: los restos tirados en una zanja junto a una cruz de madera boca abajo, otro de los símbolos del satanismo, además de las heridas de cuchillo, 666 en cada joven, aludiendo al número asociado con la Bestia, o Anticristo. Sus genitales también fueron cortados en el repugnante ritual en una zona rural de Rusia.

La policía rusa comenzó a rastrear la banda después de descubrir que todas las víctimas hicieron llamadas telefónicas a uno de los presuntos líderes de la secta, Nikolai Ogolobyak, extraño personaje que se formó religiosamente en la iglesia ortodoxa, incluso hasta cantado en el coro de niño. El padre de Andrei Sorokin dijo: “Mi hijo me comentó que tenía amigos góticos entre sus amigos, que incluso pasaban mucho tiempo visitando cementerios, pero nunca pensé que se podría dañar a alguien allí”. Rusia es una de los países que más fue testigo directo de horribles asesinatos, violaciones y profanaciones, vinculados a cultos satánicos.

DANIEL Y MANUELA RUDA



"No fue un asesinato, fue una ejecución.. Satán nos lo ordeno, debíamos obedecer, teníamos que matar.. No podríamos ir al infierno a menos que lo hiciéramos. Y añadió con frialdad: Queríamos asegurarnos de que la víctima sufriera"

Este escalofriante testimonio fue presentado por Manuela Ruda, una joven alemana de 23 años, durante el juicio en el que ella y su marido de 26 años eran juzgados por el brutal asesinato de su amigo Frank Hackert de 33 años.

A medida que avanzaba su

declaración, Manuela iba desgranando todos los detalles de la cruel inmolación.

Los hechos se remontan al 6 de julio de 2001, aquel día los Ruda atrajeron al joven Hackert, antiguo compañero de trabajo de Daniel, hasta su apartamento, en la pequeña localidad de Witten, al oeste de Alemania. Una vez allí y sin previo aviso, Daniel golpeó con un martillo a su víctima, mientras Manuela se ensañaba con él, asestándole 66 puñaladas.

Cuando Hackert murió, le grabaron en el pecho un pentagrama invertido: el símbolo del Diablo.

Después recogieron su sangre en un recipiente y la bebieron.

Para completar su orgía sacrificial, los asesinos hicieron el amor dentro de un ataúd que Manuela utilizaba para dormir durante el día.

Tres días después de cometer el crimen, la policía entraba en el apartamento, descubriendo el cadáver descuartizado de Hackert, su sangre esparcida por las paredes y un cartel que decía: CUANDO SATANÁS VIVE.

La madre de Manuela había recibido una carta de su hija en la que decía: "No soy de este mundo. Debo liberar mi alma de la carne mortal".

Temiendo que su hija hubiera hecho algo terrible, decidió avisar a la fuerza de seguridad.

La escena era horrorosa..

Además del cuerpo sin vida de Hackert, los agentes pudieron contemplar la peculiar decoración de la vivienda: imitaciones de cráneos humanos, cuchillos y machetes colgados en las paredes y una colección de objetos de culto satánico.

Y algo más: una macabra lista en la cual figuraba 15 posibles víctimas con la notación: "Alegraros, vosotros sois los siguientes"

Se inicio una búsqueda por todo el país que concluyó tres días después, cuando la pareja fue detenida en la ciudad de Jena.

Durante el juicio, celebrado a comienzos de 2002, los acusados reconocieron haber asesinado a su amigo, aunque negaron cualquier responsabilidad, ya que, según declaró Manuela, sólo habían seguido ordenes de Satán: "No fue un asesinato, sino una ejecución. Satán nos lo ordenó. Debíamos obedecer, Teníamos que matar. No podríamos ir al infierno a menos que lo hiciéramos". Y añadió friamente: "Queríamos asegurarnos de que la víctima sufriera".

A lo largo del juicio surgieron numerosos datos que apoyaban el carácter ritual del crimen.

Los asesinos se habían casado el 6 de junio (el 6 del sexto mes), y llevaron a cabo su sacrificio el 6 de julio, asestando además 66 puñaladas a su víctima. Estas fechas configuran una conocida cifra: 666, el número de la bestia en el Apocalipsis de San Juan.

Daniel y Manuela aparecieron durante el juicio con una estética siniestra: ropas negras, botas militares, uñas largas como garras, cruces invertidas y peinados llamativos.

La propia joven explicó que se había iniciado en el satanismo en el ambiente metalero de R.U.

Allí frecuento locales de este tipo, e incluso llego a realizar prácticas de vampirismo. Ante la atenta mirada de los presentes, Manuela Ruda reconoció haber bebido sangre de voluntarios que había conocido por Internet, mordían todas las partes del cuerpo que no sea la yugular, porque estaba estrictamente prohibido. Entonces Manuela entregó su alma a Satanás, quien había ordenado el "sacrificio" en lo que describió como un aura de luz y energía.

Además junto a un grupo de personas con gustos similares, había frecuentado cementerios.

Incluso relato como se había echo enterrar en una sepultura "para saber que se sentía".

Los psiquiatras forenses de Norbert Leygraf evaluaron y dijeron que estaban gravemente perturbados y podría volver a matar.

Y recomendaron que se mantuviesen en una institución segura.

El juez Arnjo Kersting-Tombroke resolvió que antes de ingresar en una prisión convencional ambos deberían recibir tratamiento psiquiátrico. El diagnostico de los médicos libraron a los esposos de una condena mucho mayor, ya

que según dictaminaron, “su responsabilidad estaba notablemente disminuida”, los definieron como “individuos profundamente perturbados”.

Manuela se había hecho implantar colmillos de origen canino en sustitución de los suyos naturales.

Daniel Ruda, conoció a Manuela cuando el mismo había insertado en el diario un anuncio en el que buscaba “princesa de la oscuridad que odie a toda la humanidad”. Cuando Manuela lo leyó, supo que aquellas líneas estaban destinadas a ella (Según sus palabras)

Desde la edad de 12 años Manuela decía que había sentido lo que describió como una "sed de sangre, el sabor salado metálico" y recientemente había estado buscando un alma gemela..

Durante el juicio, Manuela Ruda declaró cómo habían logrado matar a su amigo: “Estábamos sentados en el sofá y de pronto Daniel se puso de pie. Golpeó con el Martillo a Frank. Mi cuchillo brillaba y escuché una voz que decía: “Apuñálale en el corazón”. Entonces se lo clavé. Vi una luz a su alrededor. Era su alma, que había salido del cuerpo. En ese momento recitamos una letanía satánica“.

Daniel explicó que él había estado actuando como una herramienta para Satanás en el momento del ataque.

"Si ejecutas a alguien con un coche, no procesan a los coches ", dijo a la corte.

Daniel Ruda dijo también al tribunal: "Yo estaba en un estado de euforia" Luego comentó lo decepcionado que estaba después de la matanza al ver que no se convirtió en un vampiro.

Durante el juicio, Manuela mostraba una gran repulsa hacia la luz del sol e hizo alarde de su introducción al satanismo.

Manuela dijo que al matar a Frank vio la luz en el parpadeo de sus ojos, además de disfrutar al ver como estos se iban apagando, Ella lo tomó como una señal de que el "alma estaba en camino hacia el infierno".

A lo largo del juicio, la pareja jugó con los medios de comunicación, mostrando una sonrisa a los periodistas, rodando sus ojos y haciendo símbolos ofensivos con la mano.

Durante el alegato final el juez declaró lo siguiente:

“Actuaron motivados por la ira, la ira de sus mentes atrofiadas contra lo sano. No se trata de mística o magia, sino de un crimen deplorable.

Los acusados se han agarrado al satanismo para huir de sí mismos. No han tenido una vida feliz. ¿A quién le gustaría estar en su piel?”

Manuela Ruda fue sentenciada a pasar trece años en prisión, mientras que su esposo pasaría quince. La familia Hackert no está en absoluto conforme con la condena que ha recaído sobre los

asesinos de su hijo. Y es que el veredicto del tribunal fue bastante más leve de lo que se esperaba. No obstante, la Ley alemana permite mantener en prisión a una persona aun después de haber cumplido su condena, cuando razones de seguridad así lo aconsejan. Dada la peligrosidad y profundo estado de perturbación de Manuela y Daniel, es posible pues que jamás salgan de la cárcel.

Los abogados defensores declararon que tanto Manuela como Daniel no eran los monstruos que los medios intentaban crear, sino simplemente personas enfermas que buscaron llamar la atención y obtener fama por un costo demasiado alto.

En ningún momento mostraron algún signo de arrepentimiento y el último gesto de Manuela a la corte fue un signo satánico hecho con las manos, mientras que los padres afligidos de Frank Hackert miraban..

RICHARD CHASE



Richard Chase manifiesta desde muy joven los signos de una conducta psicótica peligrosa. Le fascina el fuego, se muestra cruel con los animales. Nace en 1950, en una familia acomodada, pero con el padre alcohólico, que se pelea constantemente con la madre. Ésta imagina que su marido intenta envenenarla.

A los 21 años, Chase se va de su casa y comparte un piso con compañeros de estudios. Constantemente drogado, no se lava nunca y

se cree víctima de un complot, hasta el punto de que clava con tablas la puerta de su habitación. Para entrar y salir de ella, pasa por un agujero que ha abierto en el fondo de su armario de pared. Pronto regresa a casa de su padre o a la de su madre, pues se han divorciado.

Chase alterna los períodos de apatía con los de agresividad. La policía lo interroga muchas veces por la calle. Se afeita la cabeza para «vigilar mejor un cráneo que cambia de forma y cuyos huesos agujerean la piel», y va al hospital, pues «alguien le ha robado la arteria pulmonar e interrumpido su circulación sanguínea». Después de oírle afirmar esto, internan brevemente a Chase en un hospital psiquiátrico, y en seguida es confiado a la tutela de sus padres pese a la opinión de los médicos, que lo consideran peligroso. Recibe una pensión por invalidez y la ayuda financiera de su padre, lo que le permite alquilar un apartamento en el centro de Sacramento. Deja de tomar los medicamentos ordenados por los médicos y su conducta se deteriora.

En 1976 cree ser la reencarnación de uno de los miembros de la banda de Jesse James, un famoso bandido del Oeste, y duerme colocando naranjas alrededor de su cabeza «para que las vitaminas C se filtren hasta su cerebro». En esa época, cree que para sobrevivir necesita sangre fresca. Compra conejos, cuya sangre bebe y de los que se traga crudas las vísceras. A veces mezcla esos dos elementos poniéndolos en la licuadora. Con ocasión de una de sus visitas en 1976, su padre lo encuentra muy mal y lo lleva al hospital. Los médicos se percatan de que se inyectó en las venas sangre de conejo. Lo internan de nuevo, ahora con un diagnóstico sin apelación: «paranoico esquizofrénico (...) considerado muy peligroso». Una vez más, sus padres lo hacen salir del hospital y le alquilan un apartamento.

En 1977, Richard Chase está convencido de que sus órganos se desplazan en el interior de su cuerpo, que su corazón disminuye de tamaño a causa de la falta de sangre, que su estómago está pudriéndose. Mata a numerosos perros y gatos, cuya sangre y vísceras

mezcla con Coca-Cola para beberla en forma de cóctel. En mayo de 1977 mata al gato de su madre y, delante de ésta, se cubre la cara con la sangre del animal. Chase se marcha luego al Estado de Nevada, donde un *sheriff* lo detiene porque se pasea desnudo con el cuerpo pintado con la sangre de una vaca que acaba de mutilar. A comienzos de diciembre compra una pistola semiautomática del calibre 22, que se añade a la escopeta de caza que ya posee. Su apartamento es de una suciedad repugnante y decide que sólo saldrá de noche. Durante los últimos días del mes de diciembre, se entrena con la pistola y compra numerosas cajas de municiones. El 29 de diciembre, al caer la noche, sube a su coche y dispara dos veces contra un desconocido, que muere a consecuencia de ello.

Sus padres lo ven al mes siguiente sin imaginar que acaba de matar por primera vez. Fascinado por las informaciones sobre Kenneth Bianchi y Angelo Buono, los estranguladores de las colinas, Chase recorta los artículos que se refieren a ellos y se prepara para una nueva expedición mortífera. El 23 de enero de 1978, cerca de su domicilio, entra a robar en una casa, cuyo propietario le sorprende y al que grita al escapar corriendo: «Estaba buscando un atajo.» El botín es escaso: 16 dólares, un estetoscopio y un catalejo. Pero tuvo tiempo de orinar en un cajón y de defecar en la cama de uno de los hijos de la casa. Dos horas más tarde ve a una joven de 22 años, Theresa Wallin, embarazada de tres meses, que está sacando una bolsa de basura delante de su jardín. Le dispara tres veces a quemarropa y entra en la casa. Mientras su víctima agoniza, Chase le abre el vientre y le arranca los intestinos, que extiende por el suelo. Le apuñala el hígado, le corta un pulmón y el diafragma, le arranca los riñones y los coloca encima de una cama. Frenético, apuñala el cuerpo todavía numerosas veces y se pinta la cara con sangre. Luego va a la cocina, donde toma un bote de yogur para mejor beber la sangre de su víctima. Satisfecho, agrega un toque final al crimen defecando en la boca del cadáver. Chase se lava superficialmente y abandona la casa de los Wallin sin que nadie lo haya visto.

Esta vez no espera un mes, pues sólo cuatro días transcurren antes de que penetre en el domicilio de Evelyn Miroth. Chase dispara a la cabeza de esta joven de 27 años antes de ejecutar a Daniel Meredith, el amigo de Evelyn, y a su hijo Jason, de 6 años de edad. Al oír el llanto de un niño, se acerca a una cuna y mata de un tiro en la cabeza al sobrino de Evelyn, David Ferreira, de 22 meses. Se lleva el cuerpo de la mujer a un dormitorio y lo desnuda antes de quitarse su propia ropa y de ponerse guantes de caucho. Terminada su macabra carnicería, sodomiza a la víctima, le arranca un ojo y bebe su sangre. Mientras vacía el cráneo del pequeño David en la bañera del cuarto de baño, llaman a la puerta. Chase apenas si tiene tiempo de vestirse y de llevarse el coche de Meredith, que aparca cerca de su propia casa. Se ha llevado el cadáver del bebé. De nuevo, nadie se ha fijado en su presencia, ni siquiera cuando regresa para recobrar su propio automóvil.

De vuelta a su casa, Chase decapita el cuerpo de David, bebe la sangre y devora el cerebro crudo. El mismo día, a comienzos de la tarde, la policía descubre la matanza. Al día siguiente se organiza una caza de gran envergadura por toda la ciudad. Se registra sistemáticamente el barrio donde vive Chase. A las 5 de la tarde, un detective llama a la puerta del apartamento de Chase, pero éste no abre. Una hora más tarde, siguiendo el consejo de un vecino, tres policías se apostan delante de la puerta de Chase. No hay respuesta, de nuevo, pero como han oído ruido en el interior deciden continuar la vigilancia. Unos minutos después, Chase sale de su domicilio con una caja de cartón bajo el brazo. Los policías le interceptan el paso y, al tratar de huir, Chase les arroja a la cara la caja, cuyo contenido se desparrama por el rellano: trapos y la ropa ensangrentada del bebé, así como pedazos de cerebro. Detienen a Chase y registran su apartamento. En

cuanto los policías entran, les asalta un espantoso hedor de putrefacción. Los muros y los muebles están cubiertos de manchas de sangre, el suelo del dormitorio está sembrado de materia fecal, y descubren huesos humanos en el salón y la cocina. Encima de la cama, un plato contiene restos de cerebro, rodeados de sangre fresca. La nevera está llena de recipientes de plástico dentro de los cuales se adivinan órganos humanos o animales.

Durante los interrogatorios, Chase acaba confesando sus crímenes sin abandonar una actitud incoherente. Para explicar su primer asesinato aduce que «en el barrio viven bandas de nazis y de drogados. Todo el mundo se lo dirá. Al pasar delante de la casa de los Wallin, oí amenazas... A veces oigo voces por teléfono... Ignoro qué voces... Suena el teléfono y alguien me dice cosas extrañas... que mi madre me envenena poco a poco y que voy a morir». Cuando le preguntan por qué devora cadáveres de animales y de seres humanos, Chase expone una teoría: «Los nazis comieron muchas personas... Cuando pasé por delante de la casa de Theresa Wallin tenía hambre y me estaba muriendo. Mi sangre está envenenada y un ácido me corroe el hígado. Era absolutamente necesario que bebiera sangre fresca».

El vampiro de Sacramento fue condenado a la pena de muerte. Llevaba menos de un año en la famosa prisión de San Quintín cuando se suicidó con una sobredosis de medicamentos el 26 de diciembre de 1980.

Richard Chase, cuyo extraño caso es poco conocido a pesar de lo horripilante de sus crímenes, constituye un ejemplo típico de asesino psicótico paranoide. La mayoría de los psicóticos no son peligrosos, pero en Richard Chase había desde su infancia temibles signos premonitores. Sus padres, sus maestros, las autoridades judiciales, médicas y psiquiátricas habrían debido actuar en consecuencia. Como lo señaló el doctor Ronald Markman en la conclusión de su informe durante el juicio:

«Desgraciadamente, nuestras instituciones sólo actúan en casos de urgencia, después de la catástrofe. La prevención no es nuestro punto fuerte, sobre todo cuando está en conflicto con los derechos civiles de las personas. Richard Chase fue siempre bien tratado por nuestras instituciones médicas y judiciales. ¿Podemos decir lo mismo de las víctimas?»

(Quiero dar las gracias al doctor Ronald Markman, autor de *Alone with the Devil (A solas con el Diablo)*, por haberme proporcionado los distintos informes referentes a Richard Chase cuando lo entrevisté en Los Angeles en noviembre de 1991).

SEUNG-HUI CHO



Seung-Hui Cho (Seúl, Corea del Sur, 18 de enero de 1984 – Blacksburg, Virginia, Estados Unidos, 16 de abril de 2007) fue un estudiante surcoreano identificado por las autoridades como el autor de la masacre de Virginia Tech.

Seung-Hui Cho nació en Corea del Sur. Su familia vivía en Seúl, en un apartamento de alquiler. Seung-Hui Cho tuvo un diagnóstico de autismo a la edad de 8 años, según informó su familia. Lim Bong, el casero de la familia en Corea, manifestó que «No sabía lo que él [el padre de Cho] hacía para ganarse la vida. Pero ellos tenían una vida pobre», dijo Lim al periódico. «Hasta que emigraron, dijo que habían ido a Estados Unidos porque era difícil vivir aquí [en Corea del Sur] y que es mejor vivir en un

lugar en el que nadie les conozca».

Cho emigró a los Estados Unidos a los ocho años con sus padres y su hermana mayor.

Su familia vive en el Condado de Fairfax, al norte de Virginia, una zona opulenta que está cerca de Washington DC.

Según la universidad Virginia Tech, Seung-Hui era un estudiante de literatura inglesa en su último año. Él era un estudiante surcoreano y residente extranjero en los Estados Unidos, y tenía su dirección en Centreville, Virginia.

Retrospectivamente especialistas aseguran que pudo haber sido un chico objeto de maltrato o incluso abuso sexual, haber padecido psicopatía, esquizofrenia paranoide, trastorno bipolar y otros desórdenes, pero posiblemente fue la depresión lo que precipitó su asesinato en masa. Es muy improbable su conducta en individuos del espectro del autismo (ningún caso conocido de asesinos de masas dentro del espectro).

Se ha descrito como una persona solitaria que apenas hablaba o lo hacía con frases cortas. Demostraba muchos signos de violencia y comportamientos aberrantes, tales como

prender fuego en su habitación a causa de quemar objetos en la papelería, fuego que se extendió a una camiseta pero quedó en un susto. Sus profesores de escritura y compañeros de clase han dicho que sus trabajos escritos llevaban un tono violento.

Sus compañeros de habitación y otros estudiantes han dicho que a veces insistió en que se le llamase “Question mark” (en español: signo de interrogación). Una estudiante dijo que el primer día de una clase de literatura, se hizo circular una lista de estudiantes; en lugar de su nombre y apellido, Cho sólo puso el símbolo «?».

Sus compañeros de habitación también dijeron que una noche tras tomar unas cervezas, confesó tener «una novia inventada que vivía en el espacio». Una vez tras haber sido rechazado por una mujer que le gustaba, según sus compañeros de habitación, pensó en suicidarse. Según su ex compañero, el estudiante coreano era «solitario, obsesivo con la violencia y tenía serios problemas personales» y, aunque trataron de socializar con él no lo lograron: «parecía que no quería ser amigo de nadie».

Ian MacFarlane cursó junto con Cho un ramo de dramaturgia: «Cuando escuché por primera vez sobre el tiroteo en Virginia Tech ayer, mi primer pensamiento fue sobre el bienestar de mis amigos, y el segundo fue “apuesto que fue Cho”».

Como en otros casos de estudiantes que protagonizaron asesinatos masivos había estado en tratamiento psiquiátrico.

Según ABC, Cho dejó “una nota inquietante” antes de la matanza de dos personas en un cuarto del edificio de dormitorios, para volver luego a su propio cuarto a rearmarse y entrar en un aula al otro lado de campus para seguir su ataque. Se confirmó la identidad de Cho por las huellas digitales sobre las armas usadas en el ataque, huellas que fueron comparadas con sus documentos de inmigración.

Los motivos de la masacre principalmente fueron, el trastorno psicológico de Cho (psicopatía con desorden alucinatorio de tipo persecutorio) causado por su dura infancia y su realidad alternativa, realidad en la que se siente poderoso y es esto lo que se observa en los 27 vídeos enviados a la NBC y en el manifiesto, poder que viene razonado mediante causas y motivos retorcidos que no cobran sentido en ningún lugar más que en la mente del propio Cho.

Poco después de la masacre se creía que era el novio de su primera víctima, Emily Hilscher, y que los problemas en su supuesta relación había sido el motivo. Sin embargo, hasta ahora se cree que estaba obsesionado con ella, que él la estaba persiguiendo, y que ella lo rechazó.

Las palabras “Ismail Ax” fueron encontradas escritas en su brazo con tinta ocre.

Inmediatamente después de los primeros dos asesinatos y antes de unos 30 más, Cho mandó por correo un vídeo a NBC News junto con un manifiesto escrito de unas 1800 palabras. El domicilio para respuesta se leía “A. Ishmael”. Este vídeo no llegó a NBC News hasta tres días después de la masacre, porque el paquete tenía el código postal equivocado.

En el manifiesto podía leerse alusiones a famosos acosadores sexuales de menores y sobre todo denotaba un gran odio a las clases altas de la sociedad y gente popular.

Su cita textualmente del manifiesto: «¿Saben qué se siente al ser humillado y apaleado en una cruz? ¿Y dejado desangrar hasta la muerte para diversión de ustedes? Nunca han sentido ni una simple onza de dolor en su vida [...]» Con ello se refiere a la gente que según Cho creía eran esnobs y adinerados. En las fotos enviadas a la NBC se puede observar a Cho en posturas (se cree) crísticas/mesiánicas. En el manifiesto se autodenomina un precursor en pro de los débiles.

La masacre de Virginia Tech fue un asesinato masivo que ocurrió el 16 de abril de 2007 en el Instituto Politécnico y Universidad Estatal de Virginia (conocido como Virginia Tech), en Blacksburg, Virginia, Estados Unidos. En el incidente murieron 33 personas, incluyendo al único autor que inició el tiroteo, y 29 personas resultaron heridas. Es el peor ataque a una universidad en la historia de Estados Unidos.

El autor de la masacre fue identificado por las autoridades como Seung-Hui Cho (23), un estudiante surcoreano de literatura inglesa, criado en Virginia y residente en la universidad.

El primer disparo ocurrió hacia las 7:15h (EDT) en los dormitorios de la residencia estudiantil West Ambler Johnston Hall, donde habitan más de 800 alumnos novatos. Allí murieron dos personas.

Dos horas después, Cho disparó en uno de los salones de clases del Norris Hall, edificio de la carrera de ingeniería, ubicado a unos 600 m del complejo de habitaciones, provocando 30 muertos y 29 heridos.

Los investigadores aún tratan de esclarecer dónde se mantuvo oculto el atacante durante ese lapso y cómo recorrió esa distancia. Por eso, inicialmente las hipótesis indicaban la posibilidad de que fuesen dos los autores del ataque.

El pistolero usó dos armas: una pistola Glock 19 de 9mm, y una Walther P22 calibre .22.

Para escapar del atacante, algunos estudiantes optaron por tirarse desde las ventanas de los edificios.

Debido a la situación, la universidad canceló todas las clases e instó a sus alumnos a permanecer en sus habitaciones y no asomarse a las ventanas.

La universidad precisó que en los días 2 y 13 de abril hubo alertas de bombas. El día previo a la masacre se había ofrecido una recompensa de 5.000 dólares a quien facilitara el arresto del o los responsables de aquellas alertas. Aún no se establece si esto tiene relación con Seung-Hui Cho.

Tras el enorme operativo desplegado por la policía, el agresor se suicidó. Charles Steger, presidente de la Universidad Politécnica de Virginia, el 17 de abril de 2007 dio a conocer la identidad del asesino, y lo identificó como un estudiante que vivía en el campus de la universidad. También informó que era asiático, sin dar a conocer su nacionalidad. Sin

embargo, el mismo día un portavoz de la policía lo identificó como Seung-Hui Cho, un surcoreano de 23 años que estaba cursando su último año.

El diario Los Angeles Times informó que el estudiante surcoreano planificó el ataque durante dos semanas, ya que –según reveló– Seung-Hui Cho compró en ese lapso dos pistolas semiautomáticas. Según el agente del FBI Brad Garrett, “este crimen no ha sido espontáneo. Seguramente ha estado pensando en como ejecutarlo durante muchos meses antes de la masacre”.

Durante las dos horas entre un tiroteo y otro, el asesino envió una encomienda postal a NBC Noticias en su sede central en Nueva York. Redactó mal la dirección a la que iba dirigida, lo que provocó el retraso de su entrega, permitiendo que no fuera descubierto inmediatamente para así tener tiempo para cometer la masacre. En la encomienda iba un manifiesto, fotos y vídeos expresando su odio y resentimiento hacia la sociedad en general. Dentro de lo mostrado por NBC, dijo: “No tenía que hacer esto. Pude haberme ido. Pude haber desaparecido. Pero no, no escaparé más. No es propio de mí. Por mis niños, por mis hermanos y hermanas que vosotros jodisteis, lo hice por ellos... Cuando llegó el momento, lo hice. Tuve que hacerlo.”

Entre el material había un DVD con 27 archivos de video que suman alrededor de 10 minutos. En ellos aparece Seung-Hui Cho hablando directamente a la cámara, diciendo frases como las siguientes: ”Habéis tenido 100 billones de oportunidades y formas para evitar (lo de) hoy. Pero habéis decidido derramar mi sangre”.

También iban 43 fotografías, en varias de las cuales se ve a Seung-Hui apuntando con un arma a la cámara y a sí mismo.

Cronología – Lunes 16 de abril

- **5:00 a.m.:** En la Suite 2121 de Harper Hall, Joseph E. “Joe” Aust, uno de los cinco compañeros de cuarto de Cho, se da cuenta de que Cho está despierto y en su ordenador.
- **Alrededor de las 5:30 a.m.:** Karan Grewal, uno de los otros compañeros de Cho, ve a Cho, vestido con pantalones cortos y una camiseta, cepillarse los dientes y aplicando crema para el acné después de que Grewal estuviera “toda la noche” estudiando en la Suite 2121. Grewal no volvió a ver a Cho a partir de ese momento.
- **Entre las 5:30 a.m. y 6:00 a.m.:** Aust ve a Cho regresar del baño, ya vestido, y ve cómo se va.
- **Antes de las 7:00 a.m.:** Cho es visto esperando afuera de la entrada a West Ambler Johnston Hall.
- **Antes de las 7:15 a.m.:** Emily Hilscher es dejada en su dormitorio por su novio, Karl D. Thornhill.
- **7:15 a.m.:** Una llamada de emergencia al 9-1-1 para el campus de Virginia Tech a la policía informa de un tiroteo en el West Ambler Johnston Hall, dejando a Ryan Christopher Clark, el asesor residente, muerto y Emily Hilscher fatalmente herida en la habitación 4040, que albergaba Hilscher.
- **Entre 7:15 a.m. y 9:01 a.m.:** Cho regresó a su dormitorio para recargar y deja una “nota preocupante”.
- **7:30 a.m.:** Los investigadores de VT PD y PD Blacksburg llegan.

- **Entre 7:30 a.m. a 8:00 a.m.:** Heather Haugh, la amiga de Emily Hilscher y compañera de cuarto, acude a reunirse con ella para ir a clase de química juntas. Cuando los detectives le preguntan acerca de Hilscher les explica que Hilscher normalmente pasa fines de semana con su novio, Karl Thornhill, en su casa fuera de la escuela. Explica también que el lunes por la mañana Thornhill habría dejado a Hilscher en la puerta de la residencia y habría vuelto a la Universidad de Radford, donde era estudiante. Heather describe a Thornhill era un ávido usuario de pistola, lo cual llevó a la policía a buscarlo como una “persona de interés”.
- **8:00 a.m.:** Las clases en Virginia Tech comienzan.
- **Alrededor de 8:00 a.m.:** West Ambler Johnston es cerrada y, en el tercer piso, se notifica a los estudiantes asistentes residentes del cierre. Aimee Kanode, un estudiante de primer año, dijo que la policía reabrió el centro poco antes de los ataques del Norris Hall.
- **8:25 a.m.:** El equipo de liderazgo de Virginia Tech se reúne para desarrollar un plan para notificar a los estudiantes del homicidio. Mientras tanto, la policía detiene a Thornhill, en un vehículo fuera de la escuela y con intención de interrogarlo.
- **8:52 a.m.:** La oficina de presidente de la Universidad Charles Steger está bloqueada.
- **9:00 a.m.:** El equipo de liderazgo de Virginia Tech ha sido informado sobre lo último en la investigación en curso acerca del homicidio del dormitorio.
- **9:01 a.m.:** Cho envía por correo una postal al Servicio de paquetería de E.U.A. urgente de Blacksburg PO a la sede de la NBC en Nueva York, que contiene fotos de él sosteniendo armas, una diatriba de 1.800 palabras y un clip de vídeo en alusión a la matanza que estaba a punto de cometer.
- **9:05 a.m.:** La Clase Intermedia de Francés de Jocelyne Couture-Nowak en Norris 211 comienza.
- **Alrededor de 9:05 a.m. y 9:15 a.m.:** Cho es visto en Norris Hall, un edificio de Ingeniería. Usando las cadenas que había comprado en Home Depot, Cho encadenada las puertas de entrada del edificio desde el interior con el fin de impedir que nadie se escape.
- **9:26 a.m.:** Se envían correos electrónicos al personal de la escuela, la facultad, y los estudiantes donde se les informa de un “tiroteo” en el dormitorio West AJ.
- **Alrededor de 9:30 a.m.:** Una estudiante entra al Norris 211 y alerta a los ocupantes de un tiroteo ocurrido en el West Ambler Johnston.
- **9:42 a.m.:** Los estudiantes en el edificio de ingeniería, Norris Hall, realizan una llamada de emergencia al 9-1-1 para alertar a la policía de que se habían producido más tiros.
- **9:45 a.m.:** La policía llega tres minutos más tarde y encuentra las tres entradas encadenadas.
- **Entre 9:40 a.m. y 9:51 a.m.:** Usando la Walther P22 calibre .22 y 9 milímetros pistola Glock 19 con 17 cargadores de munición, Cho dispara a 53 personas, matando a 30 de ellos. La masacre de Cho duró aproximadamente nueve minutos. Un estudiante en la habitación 205 cuenta el tiempo que queda en la clase poco antes del inicio de los disparos.
- **Alrededor de las 9:40 a.m.:** Los estudiantes en Norris 205, mientras asistían a cuestiones de Haiyan Cheng en la clase de computación científica, escuchan los disparos de Cho. Los estudiantes, incluyendo a Zach Petkewicz, hacen una barricada en la puerta e impiden la entrada de Cho.

- **9:50 a.m.:** Después de llegar a Norris Hall, la policía dedica 5 minutos para armar el equipo adecuado, limpiar la zona y luego romper las cadenas de las puertas, para lo que emplearon una escopeta. Los investigadores creen que el disparo de escopeta alertó al pistolero a la llegada de la policía. La policía escuchó disparos al entrar en el edificio. Siguió los sonidos hasta el segundo piso.
- **9:50 a.m.:** Un segundo correo electrónico anunciando: “Un pistolero está suelto en el campus. No salgan de los edificios hasta nuevo aviso. Manténganse alejados de todas las ventanas”, fue enviado a todas las direcciones de correo electrónico de Virginia Tech. Se transmitió un mensaje similar a través de los altavoces del campus.
- **9:51 a.m.:** Cuando la policía llegó a la segunda planta, los disparos se detuvieron. El tiroteo de Cho en el Norris Hall duró 9 minutos. Los policías descubrieron que después de disparar a los ocupantes de la habitación 211 Norris, el pistolero se disparó fatalmente en la sien.
- **10:17 a.m.:** Un tercer correo electrónico fue enviado para notificar la cancelación de clases y aconsejar a la gente que se quedase donde estuvieran.
- **10:52 a.m.:** Un cuarto e-mail fue enviado para advertir de “un tiroteo múltiple con múltiples víctimas en Norris Hall”, diciendo que el tirador ha sido detenido y que la policía está buscando a un segundo posible tirador. Las entradas a los edificios del campus permanecieron cerradas.
- **12:00 p.m.:** En una conferencia de prensa, las autoridades dijeron que pudo haber provocado más de 21 muertos y veintiocho heridos.
- **12:42:** El Presidente de la Universidad Charles Steger anunció que la policía estaba liberando a gente de edificios y otros centros del campus.
- **1:06 p.m.:** El número de muertos se eleva a 22.
- **1:43 p.m.:** Las estaciones de noticias confirman que hubo dos tiroteos separados en un periodo de 2 horas.
- **4:30 p.m.:** Una declaración de la universidad confirmó que se habían producido al menos 31 muertes en Norris Hall, incluyendo al tirador.
- **5:31 p.m.:** Diversos noticiarios informan de que Cho se disparó en la cara.
- **7:30 p.m.:** Una conferencia de prensa confirmó el número de armas utilizadas, y una posible identificación del sospechoso que no se haría pública en ese momento.
- **8:22 p.m.:** Los servicios informativos confirman que Cho llevaba un chaleco a prueba de balas.
- **9:06 p.m.:** La policía llamó a la puerta de la Suite 2121, alertando a Grewal y le informaba de que Cho mató a la gente en los pasillos de Norris y West Ambler Johnston.

Víctimas fatales

Sin incluir al tirador, hubo 61 personas que recibieron disparos: 32 fallecieron y 29 fueron heridas.

Primer tiroteo: West Ambler Johnston Hall

Ambas víctimas eran estudiantes:

- **Emily J. Hilscher**, 19 años, estudiante de primer año procedente de Woodville, del condado de Rappahannock, Virginia.

- **Ryan Clark**, 22 años, estudiante de Martínez, Georgia (localidad de los suburbios de Augusta), cursando Biología, Inglés y Psicología. Fue ejecutado en los dormitorios cuando corrió a investigar qué sucedía, topándose con el asesino.

Segundo tiroteo: Edificio de Ingeniería Norris Hall

Estudiantes

- **Ross Abdallah Alameddine**, 20 años, estudiante de segundo año procedente de Saugus, Massachusetts.
- **Brian Bluhm**, 25 años, estudiante graduado en Ingeniería Civil.
- **Austin Cloyd**, 18 años, alumna de estudios internacionales y de francés.
- **Matthew Gwaltney**, 24 años, licenciado en ingeniería civil y medioambiental. Natural de Virginia.
- **Caitlin Hammaren**, 19 años, alumna de segundo año en Estudios Internacionales y Francés.
- **Jeremy Herbstritt**, 27 años, licenciado en bioquímica, biología molecular e ingeniería civil. Nació en Pensilvania.
- **Rachael Hill**, 18 años, estudiante de primer año de biología.
- **Matthew La Porte**, 20 años, estudiante de primer año de Dumont, Nueva Jersey en Estudios Universitarios.
- **Jarrett Lane**, 22 años, estudiante del último curso de Ingeniería Civil, procedente de Narrows, Virginia.
- **Henry Lee**, 20 años, estudiante de primer año en Ingeniería Informática, procedente de Roanoke, Virginia.
- **Partahi Lumbantoruan**, 34 años, estudiante de un doctorado en ingeniería civil. Procedente de Indonesia.
- **Lauren McCain**, 20 años, alumna de primer año de estudios internacionales. Nacida en Hampton, Virginia.
- **Juan Ortiz**, 26 años, estudiante graduado en Ingeniería Civil, de Puerto Rico.
- **Minal Panchal**, 26 años, alumna de primer año de una maestría en diseño de edificios. Nacida en Bombay, India.
- **Daniel Pérez Cueva**, 21 años, estudiante de Relaciones Internacionales, de Perú.
- **Erin Peterson**, 18 años, alumna de primer año.
- **Michael Pohle**, 23 años, estudiante de quinto año de biología. Nacido en Flemington, Nueva Jersey.
- **Julia Pryde**, 23 años, ingeniera del Departamento de Sistemas Biológicos de la Universidad. Nacida en Middletown, Nueva Jersey.
- **Mary Karen Read**, 19 años, estudiante de primer año de Annandale, Virginia.
- **Reema Samaha**, 18 años, estudiante de primer año de Centreville, Virginia.
- **Waleed Shaalan**, 32 años, nacido en Egipto.
- **Leslie Sherman**, 20 años, alumna de segundo año en Historia y Estudios Internacionales, de Springfield, Virginia.
- **Maxine Turner**, 22 años, estudiante del último curso en Ingeniería química, de Vienna, Virginia.
- **Daniel O'Neil**, 22 años, estudiante de Lincoln, Rhode Island.
- **Nicole White**, 20 años, alumna de estudios internacionales y de alemán. Procedente de Smithfield, Virginia.

Profesores

- **Christopher Jamie Bishop**, 35 años, Instructor, Lengua Extranjera y Literatura (Alemán). Hijo del autor Michael Bishop, y ex alumno de la Universidad de Georgia.
- **Jocelyne Couture Nowak**, 49 años, Profesora, Lengua Extranjera. Instructora de Francés de Montréal, Quebec, Canadá.
- **Kevin Granata**, 45 años, Profesor, Ciencias de la Ingeniería y Mecánica.
- **Liviu Librescu**, 76 años, Profesor, Ciencias de la Ingeniería y Mecánica, y sobreviviente del Holocausto. Muerto al bloquear la puerta del aula para que el asesino no entrara y sus alumnos pudiesen escapar por las ventanas.
- **Gobichettipalayam Vasudevan “G. V.” Loganathan**, 53 años, Profesor, Ingeniería Ambiental y Civil, procedente de Tamil Nadu, India.

Virginia Tech canceló las clases por el resto de la semana y cerró el edificio Norris Hall por lo que queda del semestre en curso. También se pidió a los visitantes ajenos a la institución que se abstengan de acercarse al campus. La escuela ofreció apoyo terapéutico y asistencia para estudiantes y profesores, y organizó una asamblea general el martes 17 de abril. Adicionalmente, la Cruz Roja envió varias docenas de profesionales para lidiar con situaciones traumáticas a Blacksburg, para ayudar a aquellos estudiantes de Virginia Tech a recuperarse de la tragedia que se vivió en su universidad.

El presidente de la Universidad Politécnica de Virginia, Charles Steger, dijo en la primera conferencia de prensa que las autoridades inicialmente creyeron que los disparos en el edificio West Ambler Johnston era el resultado de una disputa doméstica, y que el tirador había abandonado el campus.

Algunos estudiantes coreanos en Estados Unidos expresaron su preocupación por las posibles represalias en contra de ellos, dada la nacionalidad del tirador.

Algunos estudiantes del Politécnico de Virginia se siguen preguntando por qué la escuela no se evacuó después del primer tiroteo. Luego de conocer acerca del incidente, los estudiantes se comunicaron con sus familiares y conocidos sobre su estado de salud, usando teléfonos móviles o sitios web masivos como Facebook y MySpace.

En junio de 2008 se aprobó un acuerdo entre las autoridades del Estado de Virginia y los familiares de 24 de las víctimas, quienes recibirán 11 millones de dólares de indemnización.

El 15 de julio de 2007, Ediciones El Andén publicó “La Masacre de Virginia Tech: Anatomía de una mente torturada”, un libro de no ficción escrito por el periodista español Juan Gómez-Jurado concebido a la manera de gran reportaje.

Gómez-Jurado se encontraba en Estados Unidos el 16 de abril de 2007 y viajó a Blacksburg aquella misma tarde. Recopiló sus experiencias, así como un relato novelado de lo sucedido basado en el relato de los supervivientes, en un texto que iba a publicarse inicialmente en un diario español.

Al rechazar el diario dicho texto por ser excesivamente largo incluso para una publicación seriada, Gómez-Jurado decidió publicarlo en forma de libro “para que las voces, el sufrimiento de las víctimas, no se limitase a una lista y a un número”. El libro incluye una teoría novedosa acerca de la selección de Emily Hilscher como la primera víctima,

apoyada por Michael Jarolla, ex profiler del FBI, pero muy criticada por la policía del campus de Virginia por “demasiado provocadora”.

Los medios estadounidenses se han lanzado a la especulación poco después de conocer la identidad del autor de la mayor masacre de EE.UU en un centro educativo.

Lo que queda claro es que Seung-Hui Cho tenía 23 años y era un estudiante surcoreano de literatura inglesa en la universidad de Virginia Tech, escenario el lunes de la masacre.

Estudiantes latinoamericanos han revelado a medios de prensa de sus países detalles desconocidos de la matanza en la Universidad Politécnica de Virginia, como el hecho de que el asesino preguntase a algunas de sus víctimas antes de disparar si sabían dónde estaba su novia.

“Les puso en línea y les preguntaba: ¿usted sabe dónde está mi novia? Luego les disparaba”, contó a Radio W Sebastián Hoyos, un colombiano que se dirigía a clase cuando comenzó en el centro conocido como Virginia Tech la peor matanza registrada hasta ahora en una universidad de EE.UU.

Entre los 32 fallecidos se encontraban dos latinoamericanos, un peruano y un puertorriqueño.

“Era un solitario y estamos teniendo dificultades para encontrar información sobre él”, ha asegurado Larry Hincker, portavoz del centro educativo.

Sin embargo el Chicago Tribune asegura que el estudiante de 23 años ya había protagonizado algunos incidentes: “Cho había mostrado recientemente signos de violencia, un comportamiento aberrante, según las fuentes de la investigación, incluyendo prender fuego a un dormitorio y un supuesto acoso a mujeres.”

Ese mismo periódico recoge el testimonio de una profesora que asegura que el asesino era una persona “agitada”, mientras un vecino, Abdul Shash, lo describe como una “persona muy tranquila, introvertida”, al que le gustaba jugar al baloncesto.

“Hacíamos bromas en clase sobre su trabajo, porque era muy novelesco, muy surrealista, teníamos que reírnos”, declaraba a College Media, Stephanie Derry, una compañera de Cho en las clases de escritura.

Ante estas bromas, estas risas, Seung-Hui Cho guardaba silencio, y nunca quería comentar en público su trabajo: “No recuerdo haberle oído una sola palabra en todo el trimestre”, añadía Derry.

Fuentes policiales citadas por esta misma publicación no descartaron que Seung-Hui Cho estuviera tomando algún tipo de medicación para la depresión.

Del entorno familiar poco ha trascendido; se asegura que Seung-Hui Cho llegó en el año 92 a Detroit, y que poco después se trasladó a Centreville, Virginia, un barrio residencial de Washington, donde su familia regenta una lavandería.

Su hermana, según fuentes de la investigación citada por medios estadounidenses, está estudiando en la prestigiosa universidad de Princeton.

Una nota encontrada en la habitación de Cho centra parte de las investigaciones; en ella arremetía contra “los niños ricos”, “el libertinaje” y “los falsos charlatanes” del campus. En ella también se podía leer : “Me habéis provocado a hacer esto.” Según informaciones de la cadena ABC, Cho Seung – Hui compró el primer arma – una Glock de 9mm – a principios del mes de marzo en una armería próxima al campus que estaba de rebajas.

El dueño de la armería, en declaraciones a ABC , ha asegurado que le cobró 571 dólares por el arma de 9 mm y una caja con 50 municiones.

“Fue tan cordial como se puede ser, y no había nada inusual en sus maneras que indicaran cualquier cosa mala”, declaraba John Markel, dueño de la armería.

Tan solo hace una semana compró la segunda arma, esta vez de 22 mm; la razón es que en el estado de Virginia no se puede comprar más de un armas al mes.

Al menos una de esas armas fue usada tanto en el tiroteo que puso fin a la vida de dos personas en la residencia de estudiantes, como en el tiroteo en el que mató a una trentena de sus compañeros en cuatro aulas de la universidad.

Con una de esas armas, Seung-Hui Cho se pegó un tiro en la cabeza; testigos presenciales aseguran que en uno de sus brazos llevaba la siguiente inscripción en tinta roja: “Ismail Ax”.

RICHARD FARLEY



Silicon Valley, California, 1988. Richard Farley está enamorado de una colega llamada Laura Black, pero ella lo rechaza siempre. Después de cuatro años de persecución, ella logra una orden restrictiva. Su rechazo enfurece al hombre. Desquiciado, Farley va al trabajo y mata a siete personas.

Dr. Michael Stone: «A primera vista puede parecer un crimen pasional, pero si profundizamos en el caso de Farley, es evidente que fue muy deliberado. Este no fue un asesinato múltiple impulsivo. Este fue un plan realizado con un afán mortal.»

1984. Farley y Black trabajan en una fábrica de armamento. Él es técnico informático y ella ingeniero. Farley la admira a distancia y trata de conquistarla. Ella rechaza sus avances, pero él insiste. Va al mismo gimnasio, la espía en su casa y la imagina como su pareja. La corteja con tiernos gestos, le propone que vivan juntos, hasta le ofrece comprar una casa. Durante cuatro años le envía doscientas cartas.

Dr. Michael Stone: «Los acosadores tienden a ser muy narcisistas, egocéntricos. No solo están detrás de sus víctimas, también les interesa redimir su razón de existir, pero hay algo más maligno y conspirativo en Farley: tenía una fuerte ansia de dominio y poder. Esto era evidente desde su infancia.»

Farley creció en una familia de seis hijos. Fue un niño introvertido, una faceta propia de los acosadores. Controlaba a sus hermanos menores, quizás imitando a su padre abusivo. Una vez adulto satisfizo su necesidad de dominar espionando a la gente. Reunía información para la Armada.

El trabajo implicaba espionaje y después aplicó algunas tácticas con Laura Black. Mientras más lo ignora ella, más intruso se torna Farley. Se introduce en su oficina, hace copia de las llaves de su casa y deja en su lugar el juego original. Su acoso va en aumento.

Asustada, Laura Black lo denuncia a sus jefes y Farley es despedido. Pero él sigue tras ella. Laura obtiene una orden de restricción por acoso. Imposibilitado de acercarse, Farley se descontrola.

16 de febrero de 1988. Farley va a la oficina con siete pistolas y un rifle. Mata a siete personas y hiere a cuatro, incluida Laura Black. Ella sobrevive. Farley termina por rendirse.

Dr. Michael Stone: «Lo que lo hace más bestial que muchos acosadores es que no solo mató a varias personas, sino que sacrificó a esa gente inocente ante los ojos de Laura Black. Sabía que esto causaría mucho dolor y sufrimiento a la mujer. Por la gravedad de sus crímenes clasifico a Richard Farley en el nivel catorce de mi escala. Este lugar está reservado a egocéntricos calculadores. Aquellos asesinos que interpretan un rechazo como un serio golpe a su ego y luego atacan en un intento de salvar su orgullo.»

CAMPO ELÍAS DELGADO



Campo Elías Delgado Morales (Durania, 14 de mayo de 1934 – Bogotá, 4 de diciembre de 1986) fue un colombiano, veterano de la guerra de Vietnam adscrito al Ejército de los Estados Unidos. El 4 de diciembre de 1986 se convirtió en asesino itinerante cuando asesinó a varias personas e hirió a 15 más en el edificio donde vivía y en el restaurante Pozzetto, de Bogotá. Este crimen se conoce como la Masacre de Pozzetto.

Como Delgado poseía solamente un revólver y un cuchillo, y muchos muertos fueron acribillados con balas de ametralladora Uzi se cree que la responsable de varios de los asesinatos fue la

policía.

Delgado Morales nació hijo de padre y madre venezolanos, el 14 de mayo de 1934, en el municipio colombiano de Durania a las 7:30 de la noche, en su casa de habitación.

De eso dio fe su padre Elías Delgado ante la Notaría de Durania, tres días después, y sirvieron como testigos Jaime Ariza y Jesús María Gamboa, según reza en el descolorido folio 11, considerado como única prueba física del enigmático personaje:

«En el municipio de Durania, departamento Norte de Santander, República de Colombia, a diez y siete de mayo de mil novecientos treinta y cuatro, se presentó el señor Elías Delgado, varón mayor de edad, de nacionalidad venezolana, domiciliado en este municipio y declaró: que el día 14 de los corrientes a las 7:30 de la noche, en la casa de habitación del declarante situado en esta población, nació un niño quien se ha dado el nombre de Campo Elías, hijo legítimo del declarante y de Rita Elisa Morales N. también venezolana y vecina de este municipio. Abuelos paternos Mercedes Delgado y maternos Luis María Morales y Elisa Nieto. Fueron testigos los señores Jaime Ariza y Jesús María Gamboa. En fe de la cual se firma la presente acta.»

En 1939, cuando tenía 5 años, viajó con sus padres a Chinácota y de allí, a Bucaramanga. Después de estudiar en el Provincial de Pamplona rompe relaciones con su madre y parte rumbo a Argentina donde contrae matrimonio y tiene un hijo. Cuando se entera del

suicidio de su padre en un parque de Bucaramanga decide enrolarse con las fuerzas militares, hasta 1972 cuando concluye guerra de Vietnam.

En 1970, fue reclutado durante la guerra de Vietnam, en donde estuvo presente en dos oportunidades, sirviendo en la segunda como voluntario, y fue ingeniero electrónico, parte de la Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos y boina verde con algunas distinciones.

Algunos de sus conocidos informaron que después de su experiencia en la guerra, se convirtió en una persona antisocial y amargada. Durante un tiempo vivió en las calles de Nueva York. Después de pelear contra un ladrón regresó a Bogotá.

Tras su regreso, Delgado sobrevivía dando clases privadas de inglés y estaba estudiando en la Universidad Javeriana. Era incapaz de desarrollar relaciones o amistades con otras personas y culpaba a su madre; con los años el resentimiento contra su madre creció, hasta culminar con su asesinato y la masacre posterior.

Don Elías, su padre, era un reconocido e influyente comerciante. Pero esa tranquilidad la interrumpió la idea loca de tumbear el único árbol Samán del parque de Durania, cuya semilla había sido traída de Táriba, Venezuela, a finales del siglo XIX.

«Don Elías, primero, pagó \$5 a unos muchachos para que pelaran el Samán. Dos días después, el 15 de agosto de 1939, aprovechando la oscuridad de la noche lo mandó a cortar. Elías argumentó, en ese entonces, que el Samán producía mucha basura con sus hojas y por eso lo iba a mandar a cortar. Esa acción provocó un movimiento popular que hace que se vaya de Durania».

Esa acción hizo levantar al pueblo en su contra y entonces decidió irse, apenado, a Chinácota. Fueron tres viajes de trasteo. De ahí se mudó para Bucaramanga. La verdadera historia por la que decidió cortar el Samán fue porque allí era donde se escondía su madre Rita Elisa, con un ingeniero que vivía en San Cristóbal, antes de contraer matrimonio con Elías Delgado. Él lo supo, pero le recomendaron que se casara. De ahí nació la obsesión, más tarde, de mandar a cortar el Samán.

La tragedia continuó cuando se casó y descubrió que no era virgen. Las citas de amor se repitieron en el Samán, aprovechando la sombra de la noche. Eso fue marcando, muy seguramente, a Campo Elías. Y su padre se suicidó después, en Bucaramanga. Por este hecho Campo Elías culpó a su madre del suicidio de su padre y se lo recriminó en la cara hasta el día en que la asesinó.

La masacre ocurrió al anochecer del 4 de diciembre de 1986. Los asesinatos comenzaron horas antes en el apartamento de una de sus estudiantes de inglés, en donde mató a su alumna y a la madre. Delgado regresó al edificio donde residía con su madre y en su apartamento llenó un maletín con municiones y cargó su arma. Luego, asesinó a su madre de un disparo en la cabeza después de una discusión, envolviendo su cadáver en periódicos, rociándolo con gasolina y prendiéndole fuego.

Salió del apartamento y corrió por el edificio gritando «¡Fuego! ¡Fuego!», llamando a los otros residentes para que abrieran y le dejaran llamar a los bomberos. Así asesinó a seis personas más, uno de ellos con el cuchillo que llevaba en el maletín. Luego se dirigió al restaurante Pozzetto, llevando con un revólver calibre 32 largo, cinco cajas de municiones

en un maletín y un cuchillo de caza, que desechó durante su recorrido por las instalaciones del restaurante.

Delgado llegó al restaurante hacia las 7:30 de la noche, hora local y pidió la cena. Una hora después, comenzó a dispararle a los otros comensales. Una mujer logró llamar a la policía, que llegó diez minutos más tarde, cuando Delgado ya había asesinado a una decena de personas.

Su método era arrinconar a las víctimas, dispararles a quemarropa en la cabeza y continuar con la siguiente persona. Quince personas más resultaron heridas. Varios policías ingresaron atropelladamente al establecimiento y comenzaron a disparar sin ningún objetivo determinado con sus ametralladoras Uzi. Una niña de seis años murió en medio del tiroteo. Delgado en ese momento, estaba forcejeando con dos hombres, y recibió 6 disparos de bala, 4 de ellos en la cabeza. Según el estudio forense, la trayectoria de las balas reveló que Delgado se suicidó y que no fue abatido por la policía.

En el año 2002, el escritor colombiano Mario Mendoza publicó *Satanás*, una novela testimonio que analizó el caso de Delgado. Mendoza conoció a Delgado en la Universidad Javeriana de Bogotá, cuando era estudiante de literatura, y sostuvieron una amistad a partir de la literatura, la cual compartían. Conversó con él tan solo horas antes de la masacre. Ese año la novela recibió el premio Biblioteca Breve.

En 2006, el productor de cine colombiano Rodrigo Guerrero y el director Andi Baiz realizaron la adaptación al cine de esta novela enmarcando el caso en un contexto de soledad urbana en el mundo moderno, para dar luces sobre las motivaciones y ansiedades de Campo Elías Delgado, a quien en la película se llama Eliseo, pero evitando conclusiones explícitas al respecto.

Lloviera o hiciera sol, andaba siempre en mangas de camisa. Era veterano de la guerra del Vietnam. Deliraba por los buenos postres. Cuando tenía catorce años, su padre se suicidó tras anunciar que «iba a visitar a los muertos».

Traducía del francés poemas y cuentos infantiles. Solía despertar a las cuatro de la madrugada a su profesor de computadoras para plantearle problemas de programación. Vivía solo con su madre de setenta y dos años, a la cual llamaba «esa señora», y a veces la golpeaba por peleas de dinero. Le gustaban los espaguetis acompañados con Colombiana.

Dictaba clases de inglés, usando como libro de texto la novela de Stevenson *Dr. Jekyll and Mr. Hyde*. Le daba miedo salir solo de noche en una ciudad tan peligrosa como Bogotá. Era lector asiduo de la revista *Playboy*. Tenía la obsesión de «optimizar la guerra» mediante el uso de computadoras.

Le gustaba jugar al póker, apostando fuerte. Ni bebía ni fumaba. Se jactaba de ser buen tirador de pistola. Era un fanático del aseo personal, hasta el punto de que después de bañarse no se secaba con una toalla sino con tres rollos de papel higiénico. Jamás daba la mano, por no contaminarse. Odiaba a los iraníes.

Era culto, inteligente, reservado, discreto. Su última recomendación a su mejor amiga, doña Clemencia de Castro, fue «que no castigara a sus hijos». No votaba en las elecciones. Usaba el pelo casi al ras, y los zapatos bien embetunados.

Un jueves por la tarde asesinó a tiros a su madre y a continuación a veintiocho personas más, hiriendo a otras catorce. Con esos datos se trata de hacer un retrato del personaje, Campo Elías Delgado, santandereano de 52 años muerto por la Policía a las 8:45 de la noche del jueves 4 de diciembre en el restaurante Pozzetto de Bogotá, rodeado de los cadáveres de sus víctimas. Su hermana, que según un amigo «lo odiaba», no acudió a la morgue a reclamar su cadáver.

De todo lo señalado, el dato más llamativo es el de la guerra del Vietnam. No es la primera vez que los antiguos combatientes de esa guerra terrible se salen de sus cabales y protagonizan grandes matanzas gratuitas, súbitamente acometidos por lo que los siquiátras llaman «psicosis de guerra».

Pero ese «síndrome del veterano» no se inventó con el Vietnam. Se ha presentado siempre, después de todas las guerras, empezando por la muy famosa guerra de Troya – y en general ha encontrado una salida «natural», por llamarla así, en una nueva guerra. Así, los mercenarios que hoy combaten al lado de la «contra» nicaraguense son por lo general viejos soldados del Vietnam.

Si el caso de Campo Elías Delgado llama la atención es porque no son muchos los colombianos que fueron a ese país a combatir en las filas del Ejército norteamericano, pero de casi cualquier psicópata asesino de los que a diario matan en las calles o los campos de Colombia se puede decir que es, él también, veterano de una guerra.

De la Violencia, por ejemplo, que el propio Campo Elías debió conocer de cerca en su Santander natal hace treinta y cinco años. O de la guerra de guerrillas cuya existencia, según los que lo conocieron, tanto lo molestaba. Las guerras, más que provocar el «síndrome homicida», lo sacan a la luz. Y en Colombia eso no es nuevo.

Los fundamentos mismos de la nacionalidad, están ahí, en esos conquistadores veteranos de las guerras contra los moros y de las guerras imperiales de España en Europa que llegaron a América con el síndrome del veterano corriéndoles por las venas, y protagonizaron algunos de los genocidios más brutales que registre la historia.

Un siquiátra y escritor venezolano, Francisco Herrera Luque, señala en su libro «Los viajeros de Indias» que la altísima tasa de homicidios que se registra en los países latinoamericanos, especialmente Colombia, México y Venezuela, debe achacarse a las consecuencias genéticas de ese síndrome, y cita para ilustrarlo no solamente docenas de casos de conquistadores asaltados por la manía homicida, sino el hecho diciente de que para encerrar a los más peligrosos hubiera sido necesario fundar en los pequeños poblados que eran las ciudades americanas de entonces asilos de locos como los que sólo existían en las más populosas ciudades de Europa.

Porque, en efecto, su peligrosidad no iba dirigida solamente contra los indios conquistados, lo cual formaba parte indisoluble de la conquista misma, sino contra sus propios compañeros. Anota sobre ellos el cronista de Indias Cieza de León: «Nunca se

vio que grupo tan pequeño de hombres, y todos de una misma nación, se dedicaran a matarse los unos a los otros de modo semejante».

Por eso el llamativo «síndrome del veterano» no basta para explicar la demencial acción de Campo Elías Delgado, el aventajado técnico de computadoras, el ordenado estudiante de la Alianza Francesa, el solterón que hablaba a veces vagamente de dos mujeres que había tenido, el hombre sobrio y pulcro y de zapatos bien embetunados que vivía con su madre en un apartamento de la calle 52 y le prohibía a la señora que utilizara «su» baño.

Según los siquiatras consultados por SEMANA -los doctores Luz Helena Sánchez y Luis Carlos Restrepo- lo único que hay que achacarle a la guerra del Vietnam en la tragedia son sus aspectos que pudieran llamarse anecdóticos: la buena puntería de Campo Elías Delgado y la espectacularidad apocalíptica de la matanza. Pero el problema, apuntan ellos, no está en que el hombre hubiera matado a tiros a veintiocho personas y herido a catorce más; sino en que había empezado por asesinar a su mamá.

«No se trata, por lo que de él sabemos, de una personalidad sicopática -dice el doctor Restrepo. Un sicópata se revela desde muy pronto, con actos antisociales y rechazo a las normas. Y Delgado, por el contrario, era un hombre meticuloso y ordenado y con una personalidad rígida. Es más bien un caso de disociación de la personalidad. Un trastorno de la personalidad con un cuadro disociativo agudo. Y él mismo debía ser consciente de su problema, dado el interés que ponía en el libro del Doctor Jekyll y Mister Hyde: al regalárselo a su amiga, en realidad su ‘madre sustituta’, doña Clemencia de Castro, lo que estaba haciendo era pedir auxilio, señalar su propia peligrosidad».

«Tenía una relación infantil con la madre -señala la doctora Sánchez- a quien le pegaba y le pedía dinero y en quien posiblemente encarnaba, de manera simbólica, toda la parte mala suya y del mundo; y en cambio su vida exterior, fuera de la casa, era la de un adulto responsable: un estudiante serio, etcétera. Era una madre sobreprotectora -y toda sobreprotección es una forma de agresión. Y cuando por fin la mata – que es probablemente lo que soñó toda su vida: matar a la mamá, para liberarse- entra en un fenómeno apocalíptico de destrucción del mundo, que es lo que produce los demás asesinatos. No podemos saberlo, puesto que tanto él como la mamá están muertos: pero debió existir un detonante que rompiera su equilibrio, ese equilibrio que él había conseguido mantener a la fuerza durante cincuenta y dos años».

«Su participación en la guerra del Vietnam -dice el doctor Restrepo- puede venir precisamente de ahí: es muy frecuente que una personalidad disociada busque las situaciones de riesgo, las situaciones límite, como es la guerra, para integrarse en ellas».

Dentro de ese cuadro de personalidad disociada encajan los diferentes testimonios de quienes lo conocieron.

Su obsesión por la limpieza: «Cuando llegaba a la academia -cuenta Jaime Paz, su profesor de computadoras- empezaba a limpiar con su pañuelo su pantalla, su teclado y su silla, y cuando terminaba iba de inmediato a lavarse las manos».

Su relación de dependencia infantil y de odio por su madre: vivía con ella, porque no podía separarse de ella, pero la trataba mal con la queja de su tacañería y de que le lavaba mal la ropa: su vecina cuenta que en más de una ocasión lo vio dándole patadas.

Y ella decía: «¿Qué puedo hacer; si es mi hijo?». Y eso le da al asesinato su aspecto ritual: después de matarla Campo Elías envolvió en periódicos el cadáver de su madre para incinerarla, «para purificar por el fuego su parte sucia, que era ella».

«En el libro está la clave -dice el doctor Luis Carlos Restrepo. ‘Jekyll y Hyde’ trata de la lucha de un hombre por controlar su propia parte de mal. Por erradicar su parte mala y hacer que sólo quede su parte buena. Proyecta su parte mala en la mamá. La erradica -matándola- y entonces se derrumba: porque la parte mala y la buena son una sola».

«Esas personalidades disociadas son muy frecuentes en nuestra sociedad -señala Luz Helena Sánchez-: por eso hay en Colombia tanta gente que se mete a la guerra».

Campo Elías Delgado, en efecto, se había metido a la guerra. Alistándose como voluntario en el Ejército norteamericano -en 1965- y yendo a combatir al Vietnam no sólo una, sino dos veces: en el 69-70 y luego en el 71-72, siendo ascendido a sargento de primera clase y recibiendo distinciones por su valor en combate.

De regreso a Colombia, en 1978, seguía pensando en la guerra. No ya en la práctica -según sus compañeros de la Alianza Francesa y de la academia de computadoras despreciaba por igual a la guerrilla y al Ejército colombiano, por «ineptos»- sino simbólicamente: jugando a la guerra en la pantalla de su computadora. «No pensaba en otra cosa -dice Jaime Paz. Se la pasaba elaborando programas de estrategia militar en su computadora para ‘irnos a la guerra’, como él decía».

Y sin embargo, sentía temor a salir de noche solo en Bogotá, a causa del peligro. «Siempre preguntaba a los compañeros que tenían carro que quién iba hacia el norte para que lo acercara», dice Saúl Serrato, compañero suyo en los cursos de la Alianza Francesa.

No bastaría, sin embargo, con dibujar el perfil del asesino, con sus temores de adulto y sus traumas infantiles, ni con colgarle a su cadáver la etiqueta de una clasificación psiquiátrica. Habría que hacer también el perfil de la sociedad amedrentada en la cual pudo realizar su apocalipsis personal.

Ante el asombro que provoca la pasividad demostrada por los comensales del restaurante Pozzetto, que se fueron dejando matar uno por uno sin más reacción que la de arrojar al piso, Luz Helena Sánchez comenta: «Ese cuadro de pasividad refleja la intimidación colectiva que se vive en Colombia, donde la gente está inmovilizada internamente ante la amenaza. Es una metáfora de este país: frente al asesino que disparaba su revólver con toda calma, todo el mundo se metió debajo de las mesas».

Campo Elías Delgado Moreno nació el 24 de junio de 1934 en Chinácota, Colombia. Su padre se suicidó cuando él tenía seis años. Cuando era niño, un vecino tenía un loro en su casa. A él no le gustaba ese animal. Se ingenió la manera de meterle, poco a poco, alfileres para matarlo. Llegó un día en que el loro no podía caminar. Lo revisaron y estaba lleno de alfileres; el loro murió poco después, entre atroces dolores.

Campo Elías estudió medicina y luego se enlistó para la guerra de Vietnam en 1970, en donde estuvo presente en dos oportunidades, la segunda de voluntario. Fue Boina Verde y parte del cuerpo de las Fuerzas Especiales del Ejército de los Estados Unidos. Viajó en misiones especiales a Nicaragua, El Salvador, Guatemala, Honduras, Panamá y España.

Luego de retirarse se refugió en las calles de Nueva York. Allí intentaron atracarlo, por lo que decidió regresar a Bogotá, en donde recibía mensualmente su pensión en dólares, aunque dejó de llegar inexplicablemente a su apartado aéreo y, curiosamente, tampoco la siguió reclamando.

Campo Elías era un hombre de estatura mediana. A sus 52 años, tenía un paso firme y rápido. Su madre era una persona de presencia pulcra y sencilla. Tras su experiencia en la guerra, Campo Elías se volvió antisocial y amargado. Era incapaz de desarrollar relaciones o amistades con otras personas y culpaba a su madre por esto. Con los años el resentimiento contra su madre creció.

Su sueño era ser reconocido como un gran escritor. Pero sobrevivía dando clases privadas de inglés y cursaba estudios superiores en la Universidad Javeriana de Bogotá. Uno de los rasgos sobresalientes de su personalidad era un desmedido afán por el orden y la pulcritud.

En el Centro de Estudios Profesionales, donde meses antes de la masacre aprendió programación y manejo de computadores, lo recuerdan por su puntualidad a toda prueba y su obsesión limpieza, que lo llevaba, casi ritualmente, a retocar con su pañuelo todas las mañanas la pantalla y el teclado del computador y a lavar con sumo cuidado sus manos después de terminada la práctica.

Desarrollaba además la puntualidad de manera obsesiva y la rectitud sin tacha en el manejo del dinero. Nunca se atrasaba en sus pagos y cumplía siempre con los términos en los negocios que realizaba.

En su vida social era un caballero sin tacha. Serio, metódico y reputado como inteligente, terminó sin problemas sus estudios secundarios, diciéndose de él que era un alumno ejemplar, de buenas costumbres y destacado como uno de los mejores del establecimiento.

Era un fanático del aseo personal. Después de ducharse, no se secaba el cuerpo con toalla sino con papel higiénico, para que la operación fuera más aséptica, rehusando además compartir el baño con su madre, única persona con la que convivía, y quien se veía por tal motivo obligada a utilizar el baño de servicio. A veces golpeaba a su madre a causa de los ataques de ira que sufría.

No bebía ni fumaba, andaba siempre pulcramente vestido aunque en mangas de camisa y sus zapatos permanecían bien lustrados y relucientes. Cuando alguno de sus compañeros le preguntó, en una ocasión, por qué salía a la calle tan desabrigado, sin importarle el frío bogotano, Campo Elías se limitó a responderle: «Porque tengo el corazón caliente».

Campo Elías Delgado era celoso con su vida íntima. Durante año y medio que mantuvo amistad con Jaime Paz, su profesor de computación, jamás habló de su vida personal ni se interesó tampoco por la de éste. La comunicación se limitó casi siempre a tareas funcionales que tenían que ver con su oficio en común. Lo llamaba, por lo general de madrugada, para consultarle problemas atinentes a programas que intentaba construir y cuando lograba superar el obstáculo, llegaba a primera hora al centro de estudios a compartir con el profesor su éxito. Nunca, sin embargo, una palabra sobre su madre; nunca relatos sobre su pasado.

Alrededor del departamento donde convivía con su madre había tendido una espesa cortina de humo. A nadie daba el teléfono ni la dirección exacta. Cuando se refería a su madre la llamaba «esa señora», dando la imagen de una anciana brutal y controladora que seguía sus pasos y quería conocer hasta el menor detalle de sus relaciones amistosas.

Campo Elías estaba enamorado de una de sus estudiantes de inglés, una jovencita de quince años llamada Claudia Rincón Becerra, hija de una mujer llamada Nora Becerra de Rincón. A Claudia le obsequió un ejemplar del libro *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*, la novela de Robert Louis Stevenson. Claudia leyó el volumen y se enamoró de la trama. Campo Elías siempre le decía que en una misma persona convivían dos personalidades muy diferentes. Incluso, estaba escribiendo un ensayo sobre esta obra.

El miércoles 3 de diciembre, Campo Elías se encontró con un amigo de la Facultad de Literatura: el escritor colombiano Mario Mendoza. En una entrevista concedida tiempo después, Mendoza recordaría:

«A finales de 1986, yo era un estudiante de Letras que estaba terminando su tesis de grado en una Universidad de Bogotá. Un profesor me envió a un sujeto que pasaba ya de los cuarenta años de edad y que estaba interesado en el tema de los dobles, es decir, en aquellos famosos personajes literarios (William Wilson, Henry Jekyll) cuya personalidad se quiebra y se fragmenta hasta el punto de obligarlos a vivir dos vidas contrapuestas en dos individuos diferentes. El hombre en cuestión se llamaba Campo Elías Delgado y estaba matriculado en la Facultad de Educación.»

«Simpatizamos rápidamente y compartimos el material bibliográfico que yo había recogido para mi monografía. Campo Elías era un lector voraz, agudo, y me di cuenta enseguida de que era un solitario amargado, cuyo único aliciente en la vida era el silencioso placer de la lectura. El último día en que nos vimos nos tomamos un café y discutimos sobre Egaeus, aquel personaje de Poe que termina arrancándole los dientes a su amada en un lóbrego cementerio nocturno...»

Después de eso, Campo Elías fue a las oficinas del Banco de Bogotá para cerrar la cuenta de número 4352354 que tenía allí; su saldo era de \$49.896.93. El cajero intentó redondear la cifra, pero Campo Elías no estaba de acuerdo. Se quejó y exigió hasta que recibió los centavos completos, para quedar sin deberle al banco y sin que el banco le debiera nada a él; era un problema, pues las monedas de centavo ya estaban fuera de circulación. Esa misma tarde, Campo Elías adquirió aproximadamente quinientos proyectiles para un revolver calibre .32 largo.

Sus problemas personales, el rechazo que había sentido por parte de las mujeres, su distanciamiento con la madre y el resentimiento social, explotarían en una incontrolable ola de violencia. Esa noche, tras regresar al departamento donde vivía con su madre, Rita Elisa Morales de Delgado, inició una discusión con ella. Luego empezó a golpearla, tomó un cuchillo y le dio varias puñaladas, hasta que la mató.

Al otro día, el jueves 4 de diciembre, igual que otros asesinos en masa, se dio un duchazo y se vistió con ropa limpia. Guardó en su maletín el revólver y las municiones, y se fue a buscar a un amigo con el que jugaba ajedrez, pero no lo encontró.

Fue luego a visitar a Nora Becerra de Rincón y a su hija Claudia. Sin que esta última se diera cuenta, Campo Elías amordazó y amarró a la mujer, intentando abusar sexualmente de ella. Después tomó un cuchillo y la asesinó en la sala de la casa, dándole cuatro puñaladas.

Luego se dirigió a la recámara; Claudia estaba estudiando. Campo Elías la abordó, hablaron de nuevo sobre Jekyll y Hyde, y después la obligó a tenderse sobre la cama; la amarró de pies y manos y la amordazó. Se puso sobre ella, la besó en la boca en repetidas ocasiones y después comenzó a apuñalarla; le dio veintidós puñaladas antes de que la chica muriera.

Tomó el ejemplar del libro de Stevenson y se lo llevó consigo. Claudia tenía un hermano de once años llamado Julio Eduardo, quien no estaba cuando los asesinatos ocurrieron. Fue el primero que se dio cuenta de lo que había pasado con su mamá y con su hermana cuando entro a la mañana siguiente al departamento.

A las 16:00 horas regresó a casa; envolvió el cadáver de su madre en papel periódico y la roció con gasolina, prendiéndole fuego. Con el pretexto de llamar a los bomberos, hizo que le abrieran la puerta dos vecinas, que respondían a los nombres de Inés Gordi Galat y Nelsy Patricia Cortez, y vivían en el departamento 301; también las mató de un disparo en la cabeza. Fue entonces al departamento 302, donde vivía Gloria Isabel Agudelo León, mujer de cincuenta años con quien Campo Elías siempre tuvo problemas. Ella salió a averiguar lo que sucedía y esto le costó la vida.

Después de esto bajo al apartamento 101, donde Matilde Rocío González y Mercedes Gamboa le abrieron la puerta. Las chicas estaban estudiando, pero lo dejaron entrar para que llamara a los bomberos. También les disparó en la cabeza. En ese mismo lugar, Campo Elías hirió a otra estudiante, quien murió después, cuando era atendida en el hospital San José.

Salió luego del edificio por última vez y se quedó diez minutos observando un cartel que hablaba sobre una obra de Federico García Lorca: Bodas de Sangre. Mientras estaba allí, se cruzó con él Blanca Agudelo de González, una vecina.

Otra vecina, Berta Gómez, vivía con las estudiantes asesinadas y logró salvarse porque saltó hacia el patio interior de apartamento al escuchar las detonaciones, saliendo rápidamente del edificio. Una vez afuera, detuvo a una patrulla de policía. Los agentes, al darse cuenta de que el cuarto piso se estaba incendiando, le dijeron que esa labor era para los bomberos y que ellos se encargarían de llamarlos pero, para variar, ninguna de las autoridades que tuvieron la oportunidad de reaccionar a tiempo lo hicieron.

Después de esto, Campo Elías se dirigió al departamento 201 de otro edificio. Clemencia de Castro le abrió la puerta; después de que le preguntara sobre su marido, Jesús Fernández Gómez, ella lo invitó a entrar. Durante su visita, Clemencia y él estuvieron hablando. Lo notó nervioso, no se sentaba, se mantenía caminando de un lado para otro y repetía frases que ya había dicho.

Clemencia le ofreció una Coca Cola, la bebida favorita de Campo Elías. Hablaron del hijo de Clemencia, Andrés, a quien le había ido mal en el colegio. Campo Elías le pidió reiteradamente que no lo fuera a regañar, porque el chico se tenía que «arreglar». Luego

él mismo habló brevemente con Andrés y le dio unos consejos; Clemencia noto que Campo Elías estaba armado, pues declaró que «se le notaba el bulto debajo del saco».

Le dijo a la mujer que se iba para un viaje, y que de la única familia que pensaba despedirse era de ellos; afirmó que se iría a China y que no volvería jamás. Hacia las 18:45 horas, se despidió lamentando que Jesús no hubiera estado en la visita. Les dijo que los quería mucho. Clemencia le preguntó si les iba a escribir y Campo Elías sólo le dijo que no se preocupara, porque iba a recibir noticias suyas muy pronto.

A las 19:15 horas, Campo Elías Delgado llegó a su lugar favorito: el restaurante italiano Pozzetto, en la carrera séptima con 61, el sector bogotano de Chapinero. Saludó a los meseros que lo conocían por ser un cliente habitual y después ordenó media botella de vino tinto, así como un plato de spaghetti a la bolognesa. Varias veces se levantó al baño.

A las 20:00 horas terminó de cenar y pidió un destornillador (vodka con jugo de naranja). Luego ordenó otro y se lo bebió al tiempo que leía una revista estadounidense. Dentro del primer piso del restaurante, donde él se encontraba, había treinta y cinco personas cenando. Para las 20:15 horas, ordenó un tercer cocktail; poco después se sentó en la barra. Le entregó la revista y un poema al barman y pidió un cuarto vodka.

A las 21:00 horas, pidió la cuenta; le dejó una generosa propina al mesero y se fue al sanitario con su maletín. Regresó poco después con la pistola en la mano y el ejemplar de El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde en el bolsillo. Seis disparos iniciaron la masacre. Campo Elías se acercaba a las mesas, apuntaba a las personas, les gritaba que se trataba de un asalto, las obligaba a ponerse boca abajo y les disparaba en la nuca. La niña Johana Cubillos Garzón presenció cómo el asesino mataba a su hermana; después se acercó a ella, pero no la mató.

Campo Elías disparó más de trescientas balas. Mató allí a cinco mujeres y a nueve hombres, e hirió gravemente a quince personas más; seis de ellos morirían más tarde. Siendo un ex Boina Verde, su puntería era excelente. Ejecutó a las personas de un certero tiro en la cabeza, igual que lo hizo horas antes con su madre, su alumna y los vecinos del edificio.

Cuando hubo disparado contra todas las personas que había en su rango de visión, y según versiones de testigos, Campo Elías pronunció sus últimas palabras: «Mi nombre es Legión». Según testimonios, apuntó el arma contra su cabeza y disparó.

Una niña llamada Johana Cubillos Garzón, estaba allí esa noche negra: no solo vio morir a su hermana de once años, sino que aseguró a la revista Semana que vio cómo Campo Elías se suicidaba. «Yo vi todo, yo era la única que lo estaba viendo. El loco pedía que le dieran dinero en efectivo y que dejáramos los billetes sobre las mesas, al tiempo que daba vueltas en el salón disparando y matando. De pronto se paró junto a mí, me miró y pensé que me iba a matar, pero no lo hizo. Pensé que dispararía pero no lo hizo, no sé por qué no me mató, pero a mi hermana ya la había asesinado. Yo miraba cómo mataba a la gente y no podía hacer nada. Hasta que llegó la policía y rompió un vidrio, entonces vi cómo el loco se disparó y cayó».

Pero investigaciones posteriores demuestran que Campo Elías recibió varios disparos, dos en el pecho y cuatro en la cabeza, lo cual haría imposible que se hubiera quitado la vida.

Los testigos pudieron observar cómo llegaban las primeras patrullas de policía, escucharon más disparos y presenciaron la forma en que los agentes de la policía destruían ventanales para entrar al lugar. El dueño del restaurante, Bruno, salió de este gritando que no le destruyeran el negocio. La policía entró y los agentes comenzaron a disparar. Un joven salió diciendo: «¡Mataron a nuestra madrecita!».

Los heridos fueron trasladados a los hospitales San José, San Ignacio, San Pedro y al Hospital Militar. La policía se dio gusto disparándole al cadáver de Campo Elías, para luego decir que habían sido ellos quienes lo habían matado.

Al otro día de la matanza, el diario El Tiempo publicó:

«En una acción infernal, sin antecedentes en el país, un psicópata colombiano ex combatiente de la guerra de Vietnam asesinó anoche a veintidós personas en Bogotá. El desquiciado sujeto -cuyo padre se suicidó hace 38 años bajo un palo de mango, en Bucaramanga- mató a su propia madre, incendió su residencia, recorrió los demás apartamentos, eliminó a cuatro universitarias, luego se dirigió al restaurante Pozzetto, donde comió y bebió sin prisa, y dio muerte a otras catorce personas».

El cadáver de Campo Elías fue reclamado por un sacerdote de la Comunidad del Perpetuo Socorro llamado Luis Alberto Pachón Arias, para darle sepultura. Pero luego resultó que el cura no lo era, según la Curia. El restaurante Pozzetto reabrió nueve días después con gran éxito y aumentó el número de clientes que acudían a ese lugar. En 2002, el escritor colombiano Mario Mendoza publicó *Satanás*, una novela basada en este caso, la cual alcanzó gran éxito de ventas y varios premios internacionales de literatura.

Mendoza recordaba a Campo Elías Delgado en la Universidad Javeriana de Bogotá, cuando era estudiante, y sostuvieron una amistad a partir de la literatura, la cual compartían. Conversó con él tan sólo horas antes de la masacre. Posteriormente, esta novela fue llevada al cine por el director Andrés Baiz. Mendoza afirmó en una entrevista:

«Al día siguiente (de vernos), Campo Elías apareció en todos los medios de comunicación como el autor de una serie de asesinatos que sobrepasaba las veinte víctimas. Los noticieros de televisión informaban que el criminal había matado primero a una alumna suya y a otra mujer que la acompañaba, luego a su propia madre y a unos vecinos, y finalmente había entrado en una pizzería y había disparado indiscriminadamente sobre la mayoría de la clientela reunida allí para cenar. Los periodistas afirmaban que Campo Elías había sido héroe de la guerra de Vietnam y que desde entonces se encontraba trastornado y con graves problemas psicológicos.»

«El psiquiatra colombiano Luis Carlos Restrepo fue el único que se fijó en un hecho curioso: el asesino había entrado en el restaurante con un libro en el bolsillo: El extraño caso del doctor Jekyll y mister Hyde, de Robert Louis Stevenson. Restrepo escribiría más tarde en una revista una frase que quedó grabada en mi memoria para siempre: ‘la clave de los crímenes está en ese libro’».

Un investigador en criminalística acaba de publicar un libro en el que reúne las últimas conclusiones de la masacre.

Ni Campo Elías se suicidó, ni mató a la mamá el mismo día de la masacre de Pozzetto, ni intentó violar a la niña a la que le daba clases de inglés. Al menos esas son algunas de las conclusiones a las que llegó Edwin Orlando Olaya Molina, un técnico auxiliar de justicia especializado en criminalística que se dio a la tarea de reconstruir paso a paso los hechos de la tragedia que enlutó al país hace 20 años y que por cuenta del estreno de la película *Satanás*, basada en la novela de Mario Mendoza, ha sido revivida incluso por sus protagonistas.

Interesado desde sus años de estudio en los perfiles de criminales en serie, llegó a la figura de Campo Elías Delgado, un ex combatiente de Vietnam que en diciembre de 1987 había segado la vida de 28 personas, la mayoría de ellas en un prestigioso restaurante de Bogotá, donde comían plácidamente. El caso le llamó la atención no solo por el amplio despliegue que le dieron los medios de comunicación, sino porque encontró algunas ligerezas que bien valían la pena ser aclaradas, entre ellas la de que Campo Elías era un asesino en serie.

En principio éste fue un caso más de los que tomó en cuenta para su monografía de grado, pero más tarde, mientras dictaba conferencias sobre el tema, se dio cuenta de que eran demasiadas las preguntas que sobre Campo Elías que merecían ser respondidas.

El resultado fue *Pozzetto*, tras las huellas de Campo Elías Delgado, un libro que reconstruye paso a paso lo que pudo haber sucedido durante los últimos cinco días en la vida de este criminal, tristemente célebre por la manera macabra y fría con la que llevó a cabo sus actos.

En su momento, tanto periodistas como investigadores judiciales ataron cabos similares:

En la mañana del 5 de diciembre, el asesino visitó a su estudiante de inglés en el barrio la Alhambra y la mató a ella y a la mamá. Luego regresó a su casa y liquidó a su propia madre; le prendió fuego al apartamento y mientras bajaba del edificio hacia la calle, masacró a seis personas más (todas mujeres). Ya en la acera, se dirigió hacia el barrio Sears (hoy Galerías) para despedirse de una familia, a la que le dijo que se iba de viaje, y finalmente, al anochecer, comió en el restaurante Pozzetto, en Chapinero, antes de acribillar a 19 comensales y terminar muerto tras el fuego cruzado con la Policía.

Sin embargo, las versiones no fueron del todo concluyentes. Había testigos que decían que el ex combatiente de Vietnam había entrado disparando; otros, que había habido ráfagas de ametralladora y otros más, que Campo Elías se había suicidado. El propio Mario Mendoza, quien siempre dijo que se había basado en la masacre de Pozzetto y en la figura de Campo Elías para escribir *Satanás*, escribió como epílogo de la novela, que el matador se había pegado un tiro en la sien.

Veinte años después, y con la pericia de ser un investigador especializado en criminalística, Edwin Olaya reconstruyó los hechos y llegó a sus propias conclusiones, las cuales pueden ser las últimas sobre el sonado caso y dan claridad sobre lo que ocurrió y quién era en realidad Campo Elías Delgado:

1. Campo Elías no se suicidó. Aunque algunos testimonios de testigos dieron para pensar que el asesino se autoaniquiló al verse acorralado por la Policía, y a pesar de que la investigación del juez 38 de instrucción criminal no concluye de qué manera murió el criminal, Olaya está seguro en afirmar que, de acuerdo con la trayectoria de las balas que ingresaron en su cráneo (cuatro en total), y de las manchas de sangre que salpicaron la pared, era prácticamente imposible que Campo Elías se hubiera podido disparar en la sien. «De hecho, ya tenía dos balazos en el pecho que lo tenían tendido en el suelo -dice Olaya-. Él no pudo darse muerte a sí mismo».

2. Campo Elías no mató a su mamá el jueves 5, sino la noche anterior. Aunque el incendio en el apartamento de los Delgado, en la carrera 7 con calle 52, fue el que alarmó a los vecinos, muchos de los cuales resultaron muertos a manos del perturbado mental, Olaya estableció con base en testimonios de familiares del criminal y de vecinos del sector, que doña Rita, la madre de Campo Elías, fue muerta en la noche del miércoles 4 de diciembre, después de un fuerte altercado con su hijo, que acostumbraba a golpearla. Un examen final del cuerpo de doña Rita también confirmó que no recibió ningún impacto de bala y que murió de un fuerte hematoma en la cabeza y de cuatro puñaladas.

3. Campo Elías no intentó violar a la estudiante de inglés. La película Satanás sugiere que, de pronto, el asesino se había sentido traicionado por su pequeña discípula de 15 años. Es un dato que nunca se sabrá. Lo que sí se pudo concluir, de acuerdo con las evidencias de la franela y la ropa interior rasgada, es que Campo Elías sí había intentado (quizás infructuosamente) abusar sexualmente de la mamá de la estudiante.

4. Campo Elías no era un psicópata. A pesar de que en múltiples oportunidades se habla del asesino de Pozzeto como un psicópata, la verdad, según las investigaciones hechas por Olaya sobre la personalidad del criminal, es que lo que sufrió fue un episodio psicótico. «Un psicópata -como lo es claramente Carlos Alberto Garavito- es un individuo que actúa sistemáticamente, sin culpa, sólo para satisfacer sus deseos personales y sin ningún remordimiento con la sociedad – explica-. Campo Elías, en cambio, era una bomba de relojería, un hombre perturbado mentalmente y que, no tuvo otro medio de expresión que el asesinato. Era una bomba a punto de estallar, solo que ni él mismo sabía cuál era el momento. En este sentido es posible decir que la masacre era un grito desesperado en busca de ayuda».

Olaya sostiene que no entiende cómo un caso de estos terminó tan rápidamente archivado. «Quizás porque el asesino terminó muerto, las autoridades decidieron que no había por qué seguir insistiendo en el caso, pero en aras de conocer más este tipo de personalidades, lo mejor habría sido reconstruir los hechos, apelando a cuanto testimonio apareciera. Pero no fue así» -concluye-.

Entre tanto, una duda queda flotando en el ambiente. Si Campo Elías disparó 39 balas en el restaurante para matar a sus 19 víctimas y luego enfrentarse con la policía, ¿por qué solo aparecieron 18 vainillas? Quizás este interrogante nunca sea respondido.

Un hombre canoso y con el pelo muy corto, 1,74 de estatura, ni muy grueso ni muy delgado, vestido de gris claro, con la camisa abierta y un maletín negro de ejecutivo en la mano derecha, salió a las 5:30 pasadas del edificio de la carrera 7 N° 52-27. El tránsito por la carrera séptima era intenso, como cualquier otro día de la semana a esa misma hora.

No había ningún motivo especial para detenerse a mirar a este hombre. Ni siquiera por el hecho de que antes de emprender su camino, hubiera parado unos instantes frente al muro de un solar vecino, sobre el cual estaban colocados varios carteles anunciando el último montaje del Teatro El local: Bodas de sangre.

Minutos después, el hombre dobló la esquina de la 53 y se dirigió hacia el occidente, siempre caminando.

A esa hora la jornada de la mayoría de los bogotanos estaba terminando. Para Campo Elías Delgado, 52 años, apenas se trataba del intermedio. Era difícil adivinar que este hombre de paso firme y rápido y de presencia pulcra y sencilla, acabara de matar esa misma tarde a su madre y a otras ocho personas.

Todo había comenzado el día anterior. A eso del mediodía, Delgado se acercó a la oficina del Banco de Bogotá donde tenía su cuenta de ahorros número 4352354, y le informó al empleado de la ventanilla respectiva que venía a saldar la cuenta.

Los depósitos ascendían a 49.896,93 pesos. Para redondear la cifra el cajero le entregó en efectivo 49.896.50, pero Delgado exigió de inmediato que le fueran entregados los 43 centavos restantes. Este fue el detalle que permitió que para ese cajero, Delgado se hubiera convertido en el único hombre distinto de los cientos que había atendido ese mismo día.

En algún momento esa tarde, o en la mañana del día siguiente, Campo Elías Delgado habría comprado cerca de 500 proyectiles para un revólver calibre 32 largo. Era claro que tenía en mente algo grande y grave. Y el primer capítulo de la historia que habría de protagonizar ese jueves, y que irónicamente sería el último en descubrirse, comenzó a eso de las 2 de la tarde en el apartamento 304 de un edificio de la calle 118 No. 40-11.

Según el portero Juan Villamizar, allí llegó Delgado a visitar a Nora Becerra de Rincón, propietaria del apartamento en el que vivía con su madre y buena amiga de ésta. La señora Becerra estaba acompañada de su hija Claudia, de 15 años.

Otro hijo de la familia, Julio Eduardo, de 11 años, el jueves a las 9 de la noche regresó a su casa pero no logró entrar porque nadie le abrió la puerta. Tuvo que dormir esa noche en la portería y muy temprano en la mañana se levantó para entrar al apartamento, utilizando las llaves de seguridad del edificio. Lo primero que vio fue a su madre recostada sobre el sillón de la sala amordazada y maniatada, con cuatro puñaladas en el cuerpo. Luego, en una de las habitaciones, encontró a su hermana Claudia sobre la cama, atada de pies y manos y también amordazada. Tenía 22 cuchilladas en su cuerpo.

Nadie podrá saber nunca cómo fueron los últimos momentos de la vida de estas dos mujeres que ingenuamente le habían abierto la puerta, a las 2 de la tarde, a Campo Elías Delgado. Tampoco se sabrá muy bien qué hizo éste después. Lo que está claro es que alrededor de las 4 de la tarde llegó al apartamento en que vivía con su madre, a quien le correspondería el siguiente turno de esta secuencia sangrienta.

Se sabe que a doña Rita de Delgado le tocó el primer tiro después de una discusión airada. Y que después de muerta, Campo Elías la envolvió en papel periódico, la roció con gasolina y le prendió fuego. Mientras las llamas invadían la estancia, dejó tranquilamente

el apartamento, bajó las escaleras, y con el pretexto de llamar a los bomberos, timbró en el apartamento 301. Las estudiantes Inés Gordi Galat y Nelsy Patricia Cortés le abrieron la puerta, sin saber que su destino inmediato sería un tiro en la cabeza.

Después se dirigió al apartamento 302, cuya puerta ya había sido abierta por la profesora Gloria Isabel Agudelo León, de 50 años, quien salía en ese momento para averiguar dónde se habían producido los disparos. Delgado la mató, era la sexta víctima.

Luego bajó al primer piso, y en el apartamento 101 tocó el timbre. Matilde Rocío González, de 23 años, y Mercedes Gamboa, de 20, quienes se encontraban estudiando para un examen final que debían presentar el viernes en la universidad, corrieron la misma suerte que las anteriores. Salvo que, al parecer, Delgado les dio un poco más de tiempo. Todo indica que, con la excusa del incendio del apartamento del cuarto piso, también les pidió prestado el teléfono. Matilde alcanzó a descolgar la bocina, pero antes de marcar el número la mató. En ese apartamento, Delgado también hirió de muerte a otra estudiante, María Claudia Bermúdez Durán, quien falleció horas después en el Hospital San José.

Caía la tarde cuando Campo Elías Delgado dejó por última vez su edificio, al tiempo que la señora Blanca Agudelo de González, familiar de la profesora del 302, llegaba. «Era extraño cómo ese señor se quedó sorprendido unos minutos mirando el cartel de la obra de García Lorca, ‘Bodas de sangre’. Se acercó al borde del andén y creo que se quedó allí como 10 minutos, completamente quieto», dijo doña Blanca a los periodistas que la entrevistaron esa misma noche. Luego Delgado le dio la espalda al afiche y se perdió por la calle 58.

La señora Berta Gómez, quien vivía con las estudiantes en el apartamento 101 y había logrado salvar su vida saltando hacia el patio interior, salió velozmente del edificio y detuvo una patrulla de la Policía, a la que pidió ayuda. Los agentes, según doña Berta, al ver que el cuarto piso se estaba incendiando, le respondieron que este era más bien un caso para los bomberos, y que ellos se encargarían de llamarlos. Es muy posible que si esta patrulla hubiera atendido inmediatamente el caso, Delgado habría podido ser capturado y evitarse el resto de la tragedia.

Pero ni la patrulla paró ni los dos policías militares que ocupaban la caseta de vigilancia de la Dirección de Sanidad del Ejército en la acera de enfrente, reaccionaron. Y a Delgado se le permitió seguir su camino.

Quince minutos después, Campo Elías Delgado timbró en el número 201 del citófono del edificio de la carrera 28A N° 51-31. «¿Quién es?», preguntó una voz de mujer. «Campo Elías», respondió el visitante. Doña Clemencia de Castro bajó entonces las escaleras y le abrió la puerta del edificio al amigo que llevaba un año sin ver. Inicialmente, Delgado preguntó por don Jesús, el esposo de doña Clemencia. Ella le dijo que no estaba y lo invitó a seguir al apartamento.

Entre Delgado y la familia Castro existía una amistad de más de cinco años. Se habían conocido a través de otra familia, vecina también del sector de Sears, en una noche en que todos se habían puesto cita para jugar póker, una de las mayores pasiones de Delgado.

Con el paso del tiempo, Delgado, que era hombre de pocos amigos, se encariñó con la familia Castro, a tal punto que se convirtió en un visitante frecuente de esa casa. Como

hablaba muy buen inglés, hace dos años les ofreció enseñarles el idioma utilizando como libro de texto la obra *Dr. Jekyll and Mr. Hyde* de Robert L. Stevenson.

Como cosa rara, esa noche Delgado llegó con vestido entero, contrariando su costumbre de ir siempre en mangas de camisa aun en las noches más frías. Era evidente que estaba tan excesivamente peluqueado como lo estaba el ex combatiente de Vietnam que Robert de Niro interpreta en *Taxi Driver* antes de desatar su orgía de sangre. Hablaba casi compulsivamente.

Repetía varias veces una misma frase y a pesar de la insistencia de doña Clemencia no quiso sentarse. Caminaba de un lado a otro de la pequeña sala-comedor, adornada con cuadros sobre las paredes grises y varias macetas con helechos de plástico. A cada paso sus zapatos golpeaban fuertemente el piso de madera.

«A él le gustaba mucho la Coca-Cola y por eso le ofrecí una», recuerda doña Clemencia, quien a la mañana siguiente habría de dar a Caracol las primeras pistas sobre la personalidad de Delgado. «Mientras se la tomaba —relató a SEMANA— hablamos de mis hijos. Al menor (Andrés, de 12 años) le fue mal este año en el colegio. Y Campo Elías me insistió mucho en que no lo regañara porque él iba a enderezarse».

El interés de Delgado por el hijo menor de los Castro era usual, permanentemente le demostraba un cariño especial. Le regalaba chokolatinas y hablaba mucho con él. Esa misma noche, Delgado tuvo oportunidad de conversar un rato con el niño, a quien dio algunos consejos y le acarició la cabeza.

Doña Clemencia recuerda que mientras esto sucedía, observó que Delgado tenía el saco cerrado. «Se le notaba un bulto sobre el costado izquierdo. Yo pensé para mis adentros: ¿será la pistola? porque él generalmente andaba armado desde cuando una vez en Nueva York un asaltante le dio un balazo en el tórax».

Delgado y doña Clemencia continuaron conversando, él siempre de pie y ella sentada. En realidad, era casi un monólogo del visitante. «Normalmente él no era tan hablador pero el jueves en la noche, yo casi no pude interrumpirlo. Insistió mucho en que nos quería. Habló de un viaje y me aseguró que la única familia de la que se iba a despedir era de la nuestra. Dijo que había comprado un tiquete sin regreso. Y señaló con sus manos que se iba a ir de un extremo a otro extremo; a la antípoda. Habló de irse a Estados Unidos pero luego cambió de idea y comenzó a hablar de la China».

Hacia las 6 y 45, Delgado se despidió de doña Clemencia lamentando que su esposo no hubiera estado. Mientras bajaban las escaleras, él insistió: «Los quiero mucho». Doña Clemencia le preguntó si les iba a escribir. A lo cual le respondió: «No se preocupen que noticias más van a recibir pronto, muy pronto». Tres horas después, José Fernández Gómez se las daría.

Y las noticias eran grandes y graves. A las 7:15, Campo Elías Delgado llegó a su restaurante favorito, la Pizzería Pozzetto, en la carrera 7a. con calle 62. Saludó a los meseros que lo conocían, se sentó en una mesa y pidió media botella de vino y unos espaguetis bolognesa. Colocó a su lado el maletín negro que había llevado en las últimas horas.

Fue como siempre muy amable y el único detalle extraño que notaron los meseros fue que en varias ocasiones se paró al baño. Pasadas las 8 de la noche terminó la comida y pidió un primer ‘destornillador’ (vodka con jugo de naranja). Pidió luego un segundo trago y, como el primero, lo bebió sin apuros, mientras leía detenidamente una revista norteamericana.

Terminado el segundo trago, Delgado pidió la cuenta, la canceló, y le dijo al mesero Ecce Homo Rosas, que le iba a componer un poema.

Ni el mesero ni ninguna de las 35 personas que se encontraban en el primer piso del restaurante, tuvieron oportunidad de enterarse de que afuera, no muy lejos de allí, decenas de agentes de Policía estaban buscando a Delgado, quien dentro de la pizzería parecía en ese momento tan inofensivo como el resto de los clientes.

Pero no sólo los policías estaban enterados de lo que Delgado había hecho en el edificio donde vivía. Decenas de periodistas andaban ya tras la noticia y algunas emisoras de radio habían dado el flash de que un psicópata andaba suelto por las calles de Bogotá.

La noticia interrumpió las entrevistas de camerino de los enviados especiales a Santiago de Chile sobre el primer regalo de Navidad que millones de colombianos habían recibido esa noche: el emocionante triunfo de la Selección Nacional juvenil de fútbol sobre el poderoso equipo del Brasil. Todo esto explicaba la inusual soledad de las calles bogotanas a hora tan temprana en día de semana.

Hacia los 8:15, Delgado ya había pedido un tercer vodka. Simultáneamente, a ocho cuadras del restaurante, dos máquinas del cuerpo de bomberos terminaban de apagar el incendio de su apartamento y las autoridades llevaban a cabo el levantamiento de los primeros cadáveres.

Poco después, Delgado pidió la cuenta de ese último vodka y se sentó en la barra, después de entregarle la revista y el poema a Ecce Homo. Pidió un cuarto vodka, el maletín negro siempre al lado.

Unos minutos antes de las 7, Carlos Fernández y su esposa Patricia, que viven en el apartamento 401 de un edificio ubicado en frente de la pizzería, oyeron a Pilar Castaño, en el Noticiero de las Siete, anunciar que un hombre había matado e incinerado a su madre y asesinado a dos personas más, en un edificio de la carrera séptima con calle 52. Vieron entonces las primeras imágenes del incendio del cuarto piso del edificio que habitaba Delgado. Pero la noticia no había acabado de suceder.

Hacia las 9:15 los Fernández escucharon un primer disparo y luego cinco más, uno detrás de otro. «No escuché ningún grito —relata Fernández a SEMANA—, sólo pensé en esconderme con mi niña de dos semanas, lejos de la ventana. Es lo mismo que hago siempre que hay tiros por aquí cerca. Esperé tres o cuatro minutos, tal vez más, había un gran silencio y Patricia se acercó a la ventana. Yo la seguí y alcancé a ver cómo llegaban los primeros policías. Como tenía mi cámara a la mano, tomé algunas fotos, mientras los policías rodeaban el lugar. Creo que escuché algunos tiros más adentro de la pizzería. Los agentes se acercaron a las ventanas, rompieron los vidrios y rasgaron las cortinas, mientras disparaban para cubrirse unos a otros. Recuerdo que vi a don Bruno, el dueño del restaurante, cuando salió por la puerta gritando: ‘No me destrocen más esto, que ya

me ha costado como un millón de pesos’. En esos momentos, se produjo un nutrido tiroteo y me parece que de adentro se oyeron más disparos. Desde el costado izquierdo, donde venden las pastas, un policía rasgó la cortina y vi cómo vaciaba el cargador de su arma hacia un blanco muy definido. Era la primera vez que uno de los agentes disparaba repetidamente hacia un lugar específico, pues los demás habían estado disparando un poco a la loca. Hubo algunos tiros más y los agentes comenzaron a entrar gateando. Don Bruno intentó seguirlos, y rápidamente lo sacaron, mientras le gritaban. Vi entonces a un muchacho que corría de un lado a otro gritando: ‘¡Mataron a nuestra madrecita! ¡Mataron a nuestra madrecita!’. Luego vi cómo se acercaba a uno de los carros parqueados frente al restaurante y le daba golpes en el techo».

Lejos estaban los Fernández de imaginar las sangrientas escenas y los minutos de espanto que se habían vivido en el interior del restaurante; una masacre sin precedentes en los últimos 20 años de historia. Después vino la confusión, el caos.

Patrullas de Policía tenían aislado el sector y procuraban poner orden, para que los médicos legistas pudieran adelantar las diligencias de levantamiento de los cadáveres y los heridos fueran conducidos a los centros hospitalarios.

Comenzaron entonces las distintas versiones de los hechos. Aquí y allá, los medios de comunicación entrevistaban gente y recogían testimonios a veces contradictorios. Sin embargo, apareció lo que podría considerarse un testigo de excepción: el cardiólogo Pedro José Sarmiento, a quien el azar de tres disparos fallidos le había salvado la vida.

Sarmiento se hallaba comiendo con un colega suyo, el médico boliviano Andrés Montaña Figueroa. La orden que les habían tomado no alcanzó a llegar a la cocina. De espaldas al resto de la gente que se hallaba en el restaurante, oyó un totazo que pensó que era una bomba. Cuando escuchó varias detonaciones más, seguidas, supo que se trataba de disparos.

No alcanzó a voltearse, cuando oyó una voz que gritaba: «Esto es un asalto. ¡Todo el mundo al suelo! Entréguenme el efectivo, no quiero joyas. El efectivo. ¡Bótense al suelo!». Era lo mismo que escuchaba, pero dándole la cara a Delgado, Myriam Ortiz de Parrado, de 45 años, madre de cuatro hijos. Ella no puede olvidar que decía: «Nadie me debe ver la cara. Ustedes no me han visto nunca».

Los comensales obedecieron las órdenes y comenzaron a sacar sus pertenencias. Sarmiento, quien se había tirado al suelo y yacía boca arriba, pensó que no habría problema, que una vez que la gente entregara su dinero los atracadores se irían.

Sin embargo, esto estaba lejos de ser así. La posición de Sarmiento le permitió ver la forma como procedió Delgado: «Ese tipo le pedía plata a la gente y cuando se agachaba a recogerla le disparaba y la mataba. El tipo llegó al lado de Montaña. No sé si le dio o no dinero. Entonces oí disparos, Montaña quedó ahí. Cuando se me acercó fui a darle seis mil pesos que llevaba. Me eché un poco hacia atrás y él me disparó. Pensé que era mi fin y él siguió a matar a los otros. Me toqué el ojo derecho por donde me había disparado. Lo sentí, empecé a marearme».

Era la segunda vez que se salvaba. Segundos antes, dos balas habían pasado rozándolo apenas. Pero Delgado siguió cobrando sus víctimas, hasta cuando un policía destrozó uno de los ventanales de la fachada y disparó. Era el fin. Delgado cayó entonces.

Es aquí donde surge la duda de si Delgado se suicidó, o si fue la Policía quien le dio de baja.

Una niña, Johana Cubillos Garzón, estaba allí esa noche negra: no sólo vio morir a su hermanita de 11 años sino que asegura que vio cómo Delgado se suicidaba. «Yo vi todo, yo era la única que lo estaba viendo. El loco pedía que le dieran dinero en efectivo y que dejáramos los billetes sobre las mesas al tiempo que daba vueltas en el salón disparando y matando. De pronto se paró junto a mí, me miró y pensé que me iba a matar, pero no lo hizo, pensé que dispararía pero no lo hizo, no se por qué no me mató, pero a mi hermana ya la había asesinado. Yo miraba cómo mataba a la gente y no podía hacer nada. Hasta que llegó la Policía y rompió un vidrio, entonces vi cómo el loco se disparó y cayó».

Eran cerca de las 9:30 de la noche. En medio de sillas y mesas en desorden, vasos y platos rotos, yacían sin vida los cuerpos de cinco mujeres y nueve hombres. Quince personas más se quejaban de sus heridas. Cuando las autoridades hicieron su entrada pensaron, por el número de muertos «que nos íbamos a encontrar con pozos de sangre. Pero no fue así. Descubrimos que la mayor parte de las víctimas había muerto de dos disparos en la cabeza».

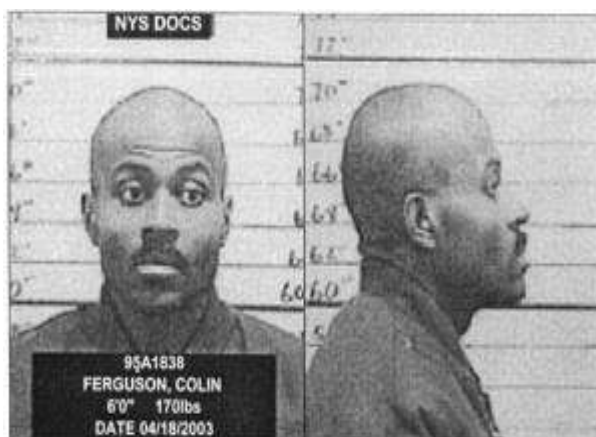
Para la Policía esto revelaba la certera puntería de un hombre entrenado. Delgado, dicen algunos de quienes lo conocieron, se preciaba de ser el mejor frente a un polígono.

Sobre las escenas de horror comenzaron las diligencias para identificar a las víctimas, diligencias que sólo terminarían a las 2 de la mañana. Los heridos fueron trasladados a los hospitales de San José, San Ignacio, San Pedro y Militar, y horas más tarde seis de ellos morirían. Se elevaba a 20 la cifra de los muertos en el restaurante y a 28 el total de la trágica jornada.

Dos mujeres de apellido Infante, las únicas habitantes de la casa que sobre la séptima limita con el restaurante, sintieron personalmente cómo se ramificaba y extendía como mancha de aceite la tragedia. Un frasco de calmantes, litros de agua aromática y un teléfono que siempre pusieron a disposición de los familiares de las víctimas, fueron los servicios que hasta el final de la noche prestaron, aún temblando, estas dos samaritanas.

Como en cualquier sitio público, aquella noche en Pozzetto se habían mezclado personas de diferentes profesiones, orígenes y edades. Con la mención de los nombres de las víctimas que la radio transmitía en directo desde el sitio, el país se fue enterando de quiénes habían encontrado esa noche su cita con la muerte.

COLIN FERGUSON



Colin Ferguson nació el 14 de Enero de 1958 en Kingston (capital de Jamaica) en una familia bastante pudiente. Su padre era un empresario farmacéutico considerado uno de los hombres más influyentes de Jamaica por la revista TIME. Vivía junto a sus hermanos en una mansión, siempre al cuidado de una niñera.

Era un alumno brillante, que además era aficionado al deporte, miembro de los equipos de cricket y fútbol.

En el año 1978 su padre, Von Herman Ferguson, murió en un accidente de tráfico. A su funeral asistió lo más selecto de la alta sociedad jamaicana, así como políticos y militares de alto grado. Pocos meses más tarde, su madre falleció de un cáncer incurable. Con estas dos muertes tan seguidas, se acabaron los ingresos familiares, y tanto él como sus hermanos no tardaron mucho en llegar a la ruina. En el año 1982, el joven Colin fue hasta Estados Unidos con visado de turista, pero se quedó allí. Intentó buscar trabajo, pero no tenía suerte en esa labor; tan sólo encontraba puestos de recadero o de basurero, algo que a él debido a su formación le parecía humillante.

Conoció a Audrey Warren, una joven de ascendencia jamaicana como él, con quien acabaría casándose en Mayo de 1986, lo que le granjeó automáticamente la ciudadanía estadounidense. Se fueron a vivir juntos a Long Island (Nueva York), a una casa donde era frecuente que fuese la policía debido a las disputas que ambos mantenían, especialmente a altas horas de la noche. Dos años más tarde, en Mayo de 1988, Audrey consiguió el divorcio, propinando un duro golpe a su ya ex-marido. El rechazo social que Colin decía sentir (era una persona bastante racista y con graves prejuicios hacia los blancos) se multiplicó tras esto.

El 18 de Agosto de 1989 estaba en la oficina del grupo de seguridad ADEMCO, donde había conseguido trabajo poco antes, cuando se subió a un taburete para alcanzar unos papeles en una estantería; resbaló y cayó al suelo, produciéndose lesiones en la cabeza, en el cuello y en la espalda, lo que implicó que dejase de trabajar. Intentó entonces completar su formación académica, pero finalmente se dedicó a malvivir y a emborracharse a diario. Sus conocidos coincidían en que era una persona que vestía elegantemente, pero que tenía una conducta muy cerrada en sí mismo, y que rara vez hablaba con nadie, ni siquiera para saludar.

En 1992 lo detuvieron por un altercado en el metro cuando una mujer le pidió que le dejase un poco de sitio para poder sentarse. Inmediatamente, él estalló presa de la furia gritándole toda una sarta de insultos, así como dándole empujones. Mientras esperaba juicio, envió cartas al ayuntamiento diciendo que su detención era totalmente infundada, así como de carácter racista (basándose en que la mujer del metro era de raza blanca, y que los policías que le detuvieron también). Esta reclamación fue desestimada. En el año 1993 recibió una indemnización de 26.500 dólares por el accidente laboral de 1989, pero como le pareció poco insistió en que sus dolores persistían y que se debería revisar la compensación puesto que no le llegaba para los gastos médicos. Contactó con unos abogados que le dijeron que era mejor dejarlo, que no iba a recibir nada más y que sería mala idea gastar el dinero en juicios. Colin comenzó entonces a amenazarlos con cartas y llamadas intempestivas para que le hiciesen caso, llegando a mencionar en un par de ocasiones una masacre que había tenido lugar poco antes en California. Sin embargo, esto sólo le sirvió para que lo incluyesen en una lista de personas potencialmente peligrosas.

En 1993 se trasladó a California a intentar buscar nuevas oportunidades, pero seguía teniendo escasa suerte y su carácter irascible no le ayudaba. Poco después de un mes volvería a Nueva York, a instalarse en el motel en que había vivido tiempo antes. El propietario del establecimiento notó que era aún más huraño todavía a su regreso, y tenía mayor obsesión si cabe por el racismo.

El 7 de Diciembre de 1993, Colin compró un billete de tren con destino a Long Island en la estación de Pennsylvania. llevaba con él una pistola y varios cargadores llenos de balas. Cuando el convoy se acercó a la estación de Merillon, se levantó de su asiento y, con aparente calma, empezó a disparar indiscriminadamente contra los pasajeros que iban en su vagón (unas ochenta personas). En tres minutos de disparos, mató en el acto a 6 personas e hirió a otras 19. Fue interceptado por tres pasajeros que lo mantuvieron en el suelo hasta la llegada de la policía.

El 16 de Enero de 1994 comenzó el juicio contra Colin, y el día 19, tras tres días de presentación de pruebas, se leyó la acusación que lo culpaba de seis cargos de asesinato con premeditación, 19 de intento de homicidio, 34 de asalto deliberado y con los agravantes de racismo e intento de generar pánico social. Se generó un gran revuelo mediático en torno al caso, que incluso llegó a provocar una advertencia de parte del juez a los abogados de ambas partes: o dejaban de hablar con la prensa, o tendría que tomar medidas como decretar el secreto sumarial y expulsarlos del juicio. Finalmente, Colin fue condenado el 17 de Febrero de 1995 a cadena perpetua con un cumplimiento mínimo de 315 años y 8 meses, para asegurarse de que jamás saliese a la calle. Cuando apenas llevaba una semana en la cárcel, Colin comenzó a denunciar que sufría acoso y agresiones por parte del resto de internos. El juez desestimó sus protestas teniendo en cuenta su carácter agresivo y su obsesión racial.

El 23 de Marzo de 1996, al regresar desde las duchas a su celda fue atacado por un grupo de reclusos que le propinó una brutal paliza. Ferguson denunció el ataque, dando los nombres de los reclusos implicados así como el de varios funcionarios que dijo que tenían conocimiento de lo que iba a suceder.

Actualmente, se encuentra cumpliendo pena en la Prisión de Attica, en Nueva York.

KIPLAND KINKEL



Kipland Kinkel más bien llamado Kip Kinkel - EL ASESINO DEL INSTITUTO. El 20 de mayo de 1998, hace ahora cinco años, Kip Kinkel, el hijo adolescente de una respetada familia de clase media de Springfield, Oregón, asesinó a sus padres y luego disparó contra sus compañeros de instituto, matando a dos e hiriendo gravemente a veinticinco.

Fue criado bajo la autoridad de unos padres represivos. Era frecuente la aparición de dibujos siniestros en sus tareas de clase. En su adolescencia mostró afición por las armas de fuego, afición consentida por sus padres. En 1998 fue detenido por llevar haber guardado una pistola

dentro de su taquilla. La policía lo dejó bajo la custodia de su padre, quien al llegar a casa reprendía duramente a Kip.

Poco después, mientras su padre se encontraba en la cocina, Kip tomó un rifle, apuntó a su nuca y disparó. Al poco tiempo recibió la llamada de un amigo, con quien conversó durante más de una hora con aparente tranquilidad. Mientras su madre subía las escaleras de la casa Kip le dijo "te quiero mamá" y disparó. Fueron encontrados 6 disparos en el cuerpo de ésta.

Kip cargó su pistola, y dejó escrita una nota en su casa: "Acabo de asesinar a mis padres. Soy un hijo terrible. Ojalá mi madre hubiera abortado. Mi cabeza no funciona bien, oigo voces dentro de ella." Aquella noche Kip la pasó sólo en su casa y a la mañana siguiente se puso una gabardina, para esconder su rifle.

Condujo sólo el coche de sus padres y en 20 minutos llegó al instituto. Poco después de las 10, llegó a su colegio. El vestíbulo estaba casi vacío, por lo que llegó a la cafetería. Disparó 48 veces en menos de un minuto. Alcanzó a 24 estudiantes.

El rifle de Kip se quedó sin munición, sacó su pistola y pudo hacer todavía un disparo mientras un grupo de muchachos intentaba reducirle. Grita a los muchachos que lo maten.

En sus declaraciones a la policía se muestra muy dolido por la muerte de sus padres, a quienes quería mucho. Repite continuamente que quiere morir.

En Septiembre de 1999 se declara culpable de 4 asesinatos y 26 intentos de homicidio. Con su edad de 15 años, es condenado a cadena perpetua.

Si el tópico asegura que detrás de este tipo de actos hay familias desestructuradas, hogares inhóspitos, abandono físico o emocional, la investigación llevada a cabo para este documental sorprende al descubrir un entorno familiar cálido, unos padres atentos, una comunidad confortable. Nada en el expediente escolar de Kip hacía pensar en que se tratara de un chico con predisposición a la violencia.

“El asesino del Instituto” cuenta con los vídeos domésticos de la familia Kinkel y los escritos dejados por Kip, lo que permite explorar en profundidad los hechos de su vida cotidiana, en un intento de comprender qué acontecimientos hubieran podido conducir a este muchacho a este acto impredecible de violencia.

De su análisis se van extrayendo pequeñas señales que permiten intuir qué acontecimientos fueron marcando el mundo interior de Kip y creando las perturbaciones emocionales que le llevaron a cometer esos asesinatos. Kip dejó escrito: “Soy el diablo. Deseo matar y provocar dolor gratuito. Me odio por haberme convertido en esto”.

THEODORE KACZYNSKI



Theodore Kaczynski no era un tipo normal. Había nacido en 1942 en Chicago, en el seno de una familia de emigrantes polacos, y pronto fue sometido a un test de inteligencia que determinó que su coeficiente intelectual era de 167. Kaczynski era, académicamente, un genio.

Pero no es sólo por ello por lo que su figura sigue despertando interés. Ingresó en la Universidad de Harvard con apenas dieciséis años, demostrando una extraordinaria habilidad para el dominio de las matemáticas. Tras graduarse, se doctoró en la

Universidad de Michigan. En su tesis, titulada «Boundary Functions» conseguía resolver un teorema complejo que sus propios profesores habían intentado solucionar, sin éxito, durante años. Ante la asombrosa tesis de Ted, uno de los profesores de su tribunal llegó a afirmar: «Es posible que únicamente unas diez o doce personas en todo el país la entiendan o la aprecien».

Mientras su progreso académico parecía imparable, su personalidad iba tomando forma como el hierro candente al enfriarse. Ted era un chico solitario, expuesto a la crueldad de los que en la universidad lo superaban en edad. Además de ello, hay que tener en cuenta el que fue, sin duda, el episodio más traumático durante su estancia en Harvard: su participación en una investigación llevada a cabo por el Dr. Henry Murray y subvencionada por la CIA, la famosa y controvertida Operación MK Ultra. Sometieron a una veintena de chicos a un experimento encubierto en el que se suponía que cada uno debía hacer un análisis de su propia visión del mundo y de su personalidad para luego debatir en grupo sus ideas con sus compañeros. Pero, en realidad, obligaban a los chicos a soportar, en solitario, un severo ataque psicológico monitorizando sus reacciones y respuestas emocionales. La participación en este proyecto éticamente indefendible promovido por la CIA para el estudio de formas de control mental fueron determinantes en la formación de Kaczynski, y en su aversión a cualquier intento de control psicológico.

Se mudó a Berkeley en 1967, donde trabajó como profesor en la Universidad, y dimitió sin causa aparente dos años más tarde. Para la opinión pública, a principios de los '70, poco quedaba de aquel alumno brillante.

Ted se trasladó en 1971 a una cabaña sin luz ni agua corriente en algún perdido paraje de Lincoln, Montana, tratando de ser autosuficiente. Es durante este tiempo cuando afloran los verdaderos sentimientos que, años después, le llevarían a fabricar una serie de paquetes bomba artesanales que enviaría a objetivos predeterminados, causando tres muertos y más de veinte heridos a los largo de casi dos décadas de actividad, en las que

plantó cara a las investigaciones policiales, convirtiéndose en uno de los terroristas más perseguidos de Estados Unidos.

Su motivo era tan insólito como cautivador para cualquier analista. Desprendía un odio manifiesto hacia el desarrollo tecnológico y sus consecuencias sociales. Un rechazo que plasmaría durante años en sus escritos. Su forma de pensar pronto se asoció a una corriente antitecnológica y anarcoprimitivista, en rechazo del proceso de civilización llevado a cabo por el ser humano, y a lo que posteriormente vendría a la llamarse neoludismo, evocando al movimiento Luddita de comienzos del siglo XIX, que se oponía de forma violenta al desarrollo industrial que estaba teniendo lugar entonces en Inglaterra. Los rudimentarios explosivos que comenzó a enviar a partir de 1978 iban dirigidos, al comienzo, a universidades y aeropuertos. La policía decidió entonces denominar al culpable como «Unabomber». Más adelante, sus objetivos serían también profesores, científicos, empresarios o responsables de industrias madereras.

A partir de 1993, tras seis años de inactividad, los sucesos se precipitaron. Los EEUU, aun conmocionados por el incidente de los Davidianos en Waco, se exponían a los nuevos atentados del Unabomber que sumarían dos nuevas víctimas mortales. Fue en 1995 cuando Kaczynski ofreció un acercamiento a las autoridades, enviando al *New York Times* y al *Washington Post* un manifiesto en el que exponía su pensamiento bajo el pseudónimo de «Freedom Club», prometiendo el cese de los ataques si ambos lo publicaban. El manifiesto, que pasó a llamarse entonces «Manifiesto Unabomber», se puso en conocimiento de la policía, que decidió sacarlo a la luz con la esperanza de que alguien pudiese ofrecer alguna pista acerca de su autor. El texto, que enlazamos más abajo, lleva por título «La sociedad industrial y su futuro».

Una vez hecho público, la opinión mediática consideró que aquello solo podía ser obra de un genio. Aunque poco duraría aquella percepción, cuando dos años más tarde, Kaczynski fuera detenido gracias a la colaboración de su propio hermano con la policía, que descubrió la gran similitud entre las ideas de Ted y las expresadas en el manifiesto.

El aspecto de hombre primitivo que presentaba el Unabomber en el momento de su detención y el de su cabaña, donde los investigadores encontraron documentos y material para fabricar explosivos, pronto hicieron creer a los medios que Ted era, simplemente, un loco, y no un genio con un cerebro privilegiado. Pero nada más lejos de la realidad. Su texto era, y es, un certero análisis de la sociedad actual. En él hace un pormenorizado estudio del proceso de alienación y del acceso al poder al que se ha visto sometido el ser humano. Analiza diferentes perspectivas ideológicas, centrándose en el izquierdismo moderno, y prevé un colapso social y ecológico con dos únicas salidas: un giro radical que acabe con el sistema actual recuperando el equilibrio con el planeta o un proceso sin retorno de extinción de la raza humana. Así comienza:

«La Revolución Industrial y sus consecuencias han sido un desastre para la raza humana. Ha aumentado enormemente la expectativa de vida de aquellos de nosotros que vivimos en países avanzados, pero ha desestabilizado la sociedad, ha hecho la vida imposible, ha sometido a los seres humanos a indignidades, ha conducido a extender el sufrimiento psicológico (en el tercer mundo también el sufrimiento físico) y ha infligido un daño severo en el mundo natural. El continuo desarrollo de la tecnología empeorará la situación. Ciertamente someterá a los seres humanos a grandes indignidades e infligirá gran daño en el mundo natural, probablemente conducirá a un gran colapso social y al

sufrimiento psicológico, y puede que conduzca al incremento del sufrimiento físico incluso en países avanzados.»

Seguramente, el caso Unabomber y su manifiesto pueda parecer un despropósito, una americanada, la historia de perturbado que consiguió erigirse como digno rival del FBI durante diecisiete años. Pero conviene, si es que se tiene algún interés por analizar la situación global del planeta y del hombre que lo habita, no dejar de lado algunas evidencias. El desastre ecológico al que se refiere Kaczynski se viene produciendo desde el mismo comienzo de la Revolución Industrial y es cada vez más marcado a lo largo de los últimos decenios. Y todavía más temprano es el sometimiento del hombre por el hombre que ha conducido a una situación actual insostenible para millones de personas. La gran evidencia del manifiesto, contrastable con la realidad, es que el capitalismo occidental es un callejón sin salida.

Theodore Kaczynski, el antiguo profesor de matemáticas de Harvard que vivía apartado de la sociedad en una cabaña de Montana y que es el principal sospechoso de ser el terrorista Unabomber, permanece detenido y sometido a vigilancia especial por si tomara la decisión de suicidarse.

Kaczynski comparecerá ante un gran jurado el próximo día 17. Mientras tanto, el FBI compara las dos máquinas de escribir, encontradas en su cabaña con los textos mecanografiados del manifiesto que Unabomber envió a varios medios de comunicación en 1995 y con las cartas que escribió en la última etapa de sus actividades.

El FBI, que está prácticamente seguro de que ha detenido al hombre que buscaba, analiza diversas pruebas antes de que los fiscales acusen formalmente a Theodore Kaczynski de ser Unabomber, el responsable del envío de 16 cartas y paquetes explosivos entre 1978 y 1995 que mataron a tres personas e hirieron a 23.

Una de las pruebas básicas es la de las máquinas de escribir. Aunque el FBI no ha querido lanzar las campanas a vuelo, todo parece indicar que al menos una de ellas coincide con los escritos. Otro procedimiento que los laboratorios de la policía van a llevar a cabo es el contraste entre las pruebas genéticas que se harán a Kaczynski y los restos de la saliva empleada para pegar los sellos de las cartas bomba.

En la cabaña, la policía ha encontrado además diez carpetas con esquemas, dibujos y textos sobre la fabricación de explosivos y su envío por correo. También había materiales químicos, instrumentos de soldadura, tubos y otros objetos. Los componentes químicos, según una primera impresión de los expertos, son similares a los utilizados en los paquetes de Unabomber. Los análisis podrían durar varias semanas.

Kaczynski está acusado de poseer armas y explosivos sin permiso. Todo lo encontrado en la cabaña de Kaczynski se está trasladando a una base de Virginia para ser analizado.

Seis días después de la detención de Theodore Kaczynski en Montana (EE UU) por posesión de material para fabricar bombas, ayer empezó a cobrar fuerza la hipótesis de que este individuo y el terrorista conocido como Unabomber son la misma persona. El abogado de su familia, Anthony Bisceglie, dijo en una conferencia de prensa que el hermano de Kaczynski había contratado a un investigador el año pasado al comprobar que los manifiestos antitecnológicos de Unabomber mostraban grandes similitudes con

otros escritos de su hermano. El diario *The New York Times* informó ayer del primer nexo entre los ataques de Unabomber y los desplazamientos de Kaczynski.

El FBI, la policía federal de EE UU, detuvo la semana pasada a Kaczynski después de una ardua investigación que tuvo un momento clave en septiembre del año pasado, cuando Unabomber forzó a varios periódicos nacionales a publicar un manifiesto.

El abogado de su familia, dijo ayer que cuando el hermano de Kaczynski leyó ese texto, llamó a un investigador privado y éste a su vez se puso en contacto con el FBI para que lo comparara con cinco páginas de cartas personales de Theodore. Varias expresiones y giros gramaticales parecían indicar que había «una posibilidad significativa» de que su autor fuera la misma persona.

Bisceglie aseguró que los familiares habían sufrido un «gran dolor» mientras dudaban si transmitir o no sus temores a las autoridades, pero finalmente lo hicieron para evitar más muertes. Dijo también que éstos no sabían que el FBI había ofrecido una recompensa de un millón de dólares.

«No estoy loco y no quiero que mi defensa intente presentarme como un loco». Theodore Kaczynski, el ermitaño norteamericano acusado de ser el terrorista Unabomber, ha repetido esa declaración decenas de veces en los últimos días. El hombre acusado de enviar 16 cartas y paquetes bomba a otros tantos destinos de Estados Unidos, provocando tres muertos y 28 heridos, ha mostrado lo lejos que puede llegar por defender su derecho a convertirse en su propio abogado: un intento de suicidio y la suspensión en dos ocasiones del comienzo de su juicio en Sacramento (California).

¿Llegará a celebrarse la vista contra Kaczynski? La pregunta era de rigor ayer después de que, el jueves, Unabomber intentara primero acabar con su vida en su celda, utilizando como una precaria horca las tiras rasgadas de sus calzoncillos, y consiguiera luego que el juez suspendiera por segunda vez en la semana la sesión de apertura del juicio.

Unabomber, que sólo sufrió leves rasguños en el cuello a raíz del frustrado intento de acabar con su vida, fue colocado el mismo jueves en una nueva celda, vigilada 24 horas al día por un circuito cerrado de televisión. El juez Garland Burrell estudiaba ayer con el fiscal y los abogados la última demanda del acusado: defenderse a sí mismo.

El acusado, que se considera un libertario, un aislado combatiente en la lucha contra los males de «la deshumanizada civilización posindustrial», ya consiguió el lunes retrasar el comienzo del juicio. Quería recusar a los letrados Quin Denvir y Judy Clarke, al comprender que intentan evitarle una condena a muerte al presentarle como un caso de esquizofrenia paranoide. Propuso el nombre de Tony Serra, un abogado de San Francisco célebre por defender a grupos radicales.

Serra, le dijo Unabomber al juez Burrell, podría presentar este caso como lo que es: una manipulación del Gobierno de Washington contra un francotirador idealista. El abogado de San Francisco, añadió, estaba dispuesto a asumir la defensa sin cobrar un centavo. Pero el juez consideró que ya era muy tarde para que el acusado cambiara de equipo legal y le condenó a mantener a Denvir y Clarke. El magistrado autorizó además a la defensa a presentar testigos que hablen sobre la vida de Kaczynski y pongan en duda su equilibrio mental.

La madre y el hermano de Unabomber son dos de esos testigos. El acusado se puso furioso al saberlo. David Kaczynski es la persona que dio al FBI la pista de que el terrorista buscado desde hacía 17 años en EE UU podía ser su hermano Theodor, un profesor de Matemáticas formado en Harvard que un buen día decidió abandonar su puesto en la universidad californiana de Berkeley y retirarse a una cabaña de las montañas de Montana. Durante casi cinco lustros llevó allí una vida primitiva, al margen del progreso, la que él proponía para el renacer de la nación norteamericana.

El jueves, tras su frustrado intento de suicidio, Kaczynski volvió a interrumpir el comienzo del juicio. Esta vez, recurrió a la Constitución de EE UU y exigió su derecho a defenderse a sí mismo. El juez le dijo que para ello debe someterse a un examen psiquiátrico que determine si está en condiciones de hacerlo: si entiende el alcance y el porqué de las acusaciones.

Kaczynski, nacido hace 57 años en Chicago, hijo de un salchichero polaco, se había negado en redondo a ser examinado por cualquier psiquiatra de la defensa o la acusación. Pero el jueves, a fin de poder defenderse a sí mismo, aceptó ante el juez comparecer ante un experto. «La tragedia de mi cliente», dijo ayer la abogada Clarke, «es que toda su vida ha estado obsesionado por la idea de que le tomen por loco».

«Ted Kaczynski», escribe esta semana David Jackson en la revista norteamericana *Time*, «tiene un gran problema: está demasiado loco para darse cuenta de lo loco que está, pero no está lo suficientemente loco para ser declarado legalmente un enfermo mental».

Theodore Kaczynski, el ex profesor de matemáticas que se convirtió en un ermitaño y un activo terrorista contra el progreso, tendrá que pasar el resto de su vida en prisión, según dictaminó ayer un juez de la capital californiana, Sacramento. La sentencia consistió en cuatro condenas a cadena perpetua más 30 años de prisión adicionales por la muerte de tres personas y las graves lesiones causadas a otras dos.

Kaczynski, de 55 años, reconoció el pasado enero ser Unabomber, el terrorista que desde una cabaña en las montañas envió entre 1978 y 1995 un total de 16 cartas y paquete bomba a otras tantas personalidades norteamericanas del mundo científico y empresarial. Kaczynski confesó para evitarse una condena a muerte, tras una serie de episodios rocambolescos en los que, para apoyar su reclamación de defenderse a sí mismo, intentó incluso suicidarse en prisión, utilizando como soga sus calzoncillos desgarrados en tiras.

Unabomber, que será enviado a una cárcel federal de máxima seguridad, publicó en septiembre de 1995 un manifiesto en *The Washington Post* y *The New York Times*. El entonces desconocido terrorista justificó sus atentados en nombre de la preservación de la humanidad y la naturaleza frente a las agresiones de la ciencia y la tecnología. En abril de 1996 fue detenido, después de que su hermano facilitara su pista a los agentes del FBI que le buscaban desde hacía más de tres lustros.

Kaczynski hizo ayer una declaración antes de que el juez de Sacramento le leyera su sentencia. Dijo haber estado «mal defendido» durante su juicio y acusó al Gobierno de EE UU de haber llevado a cabo una campaña para desprestigiarle. «Al desacreditarme personalmente, han intentado desacreditar mis ideas políticas», dijo.

Una docena de víctimas o familiares de víctimas del terrorista asistieron a la lectura de la sentencia. Susan Mosser, la viuda de un publicista de New Jersey fallecido en un atentado de Unabomber, contó cómo su hija había visto morir desangrado a su padre tras explotarle un paquete bomba cargado de tornillos y hojas de afeitar.

Kaczynski intentó suicidarse ayer en una celda de los juzgados de Sacramento (California) para protestar por el intento de sus abogados de presentarle como un perturbado mental. El terrorista ermitaño empleó sus calzoncillos, que desgarró en tiras con las que confeccionó una especie de cuerda. El intento de ahorcamiento se saldó con unos rasguños en el cuello.

Entre 1978 y 1995, Theodore Kaczynski se dedicó a librar una violenta cruzada contra la civilización industrial a través de paquetes-bomba que costaron la vida a tres personas y causaron mutiladoras heridas a casi treinta. Después de que se publicaran en la Prensa sus anarquistas disquisiciones, el FBI pudo identificar y detener al leta terrorista anti-tecnología. Pero la saga de este enloquecido matemático de Harvard prosigue pese a su condena a cadena perpetua.

El llamado «Unabomber», internado en una cárcel de alta seguridad en Colorado, ha entablado una comentada querella para recuperar más de 40.000 páginas de sus escritos confiscados tras su detención en abril de 1996 en una remota cabaña de Montana. Las autoridades federales, con el correspondiente visto bueno judicial, quieren subastar por Internet todo este material, editado para eliminar referencias personales, con el fin de compensar a las víctimas acumuladas en este trágico caso.

La estrategia legal utilizada por Theodore Kaczynski, que antes de dedicarse al terrorismo llegó a formar del claustro de la Universidad de Berkeley, es presentar esta venta como un injusto caso de censura, en violación de la primera enmienda constitucional que garantiza la libertad de expresión. El preso 04475-046 insiste en que su «opera omnia» debe ser preservada para eventualmente ser donada a alguna biblioteca y garantizar el acceso público a todos sus papeles en su estado original.

El hermano del «Unabomber», cuya cooperación resultó decisiva para el FBI, se ha sumado a esta polémica. De acuerdo a la ambivalente posición expresada por David Kaczynski al *New York Times*, aunque es partidario de hacer todo lo posible para mitigar el dolor causado y pagar los 15 millones de dólares en concepto de restitución, tampoco quiere que correspondencia personal termine en manos de coleccionistas.

Susan Mosser, cuyo esposo Thomas fue asesinado hace doce años por el «Unabomber», ha destacado lo dolorosamente irónico que resulta este nueve pulso legal para evitar el pago de compensaciones. Preguntándose si Theodore Kaczynski se preocupó en algún momento por el básico derecho a la vida de sus víctimas.

Con esta litigación, que puede prolongarse varios años, las víctimas del «Unabomber» seguirán sin ver un centavo. Ni tan si quiera los siete mil dólares del subastado terreno que Kaczynski tenía en Montana. Ni tampoco beneficiarse de la biblioteca personal de este prolijo asesino, compuesta por 250 libros que abarcan desde tratados académicos hasta una copia de *Los hermanos Karamazov*.

Durante 18 años burló la persecución del FBI y colocó 16 bombas, llegando a ser considerado el terrorista más peligroso de la época. PhD en Matemáticas, este genio asesino (IQ de 167) aterrorizó a USA inspirado en su deseo de «una completa y permanente destrucción de la sociedad industrial moderna en cada parte del mundo».

Nació en Chicago el día 22 de mayo de 1942 y tenía un hermano menor que fue el que finalmente le denunció. Su madre, Wanda, enviudó en 1990 cuando su marido, Richard, se enteró de que tenía cáncer terminal y se suicidó.

Theodore Kaczynski fue profesor de Matemáticas en la Universidad de California hasta que en 1970 decidió romper con la civilización, desde ese momento empezó su «cruzada» contra el progreso. Vivió completamente sólo en una cabaña en las montañas de Montana y desde 1978 hasta 1995 fue el hombre más buscado de América, su cabeza llegó a valer 1 millón de dólares y se le consideró el terrorista más peligroso del mundo.

Desde el año 1978 hasta 1995 colocó 16 bombas, resultando muertas 3 personas e hiriendo a otras 28. En estos momentos Theodore Kaczynski se encuentra cumpliendo una cuádruple cadena perpetua en Colorado.

Theodore Kaczynski luchaba y lucha por el regreso a la «vida salvaje» a través de «una completa y permanente destrucción de la sociedad industrial moderna en cada parte del mundo», argumentaba que el progreso nos destruiría a todos y pretendía con sus atentados dar toques de atención a las principales personalidades y empresas.

Un equipo de especialistas del FBI interrogó a 10.000 sospechosos y se gastaron 50 millones de dólares en un intento sin éxito de detenerle. El FBI tuvo que admitir que era muy inteligente y un experto en manipulación de explosivos...

El primer dispositivo que colocó, una caja de cigarros que contenía cabezas de cerillas y detonadores, fue encontrada en el parking de la Universidad de Illinois (Chicago) el 25 de mayo de 1978. Esta bomba iba dirigida a un profesor del Instituto Politécnico de la Universidad, pero se reenvió a la Universidad de Northwestern, donde explotó hiriendo a un vigilante de seguridad del campus que abrió el paquete por considerarlo sospechoso.

El segundo dispositivo explotó en la Universidad de Northwestern casi un año después, el 9 de mayo de 1979, hiriendo levemente a un estudiante.

Pero fue la explosión de la tercera bomba colocada en la panza de un Boeing 727, durante un vuelo comercial entre Chicago y Washington realizado el 15 de noviembre de 1979, lo que llevó al FBI a involucrarse en el caso. La bomba la activó con un barómetro casero que había sido modificado para funcionar como un altímetro. Cuando el avión alcanzó los 35,000 pies, el dispositivo completó un circuito eléctrico que encendió una masa de pólvora. La bomba casera comenzó a arrojar humo en el compartimento. Los pasajeros jadeaban para poder respirar cuando el humo alcanzó la cabina principal. Las máscaras de oxígeno salieron a cumplir su cometido y la tripulación comenzó a prepararse para una aterrizaje forsozo en Dulles International Airport, de Virginia. Los pasajeros y la tripulación fueron evacuados por la puerta de emergencia y doce de ellos fueron enviados al hospital para ser tratados por inhalación de humo. Cuando la fuente de la explosión fue examinada, descubrieron una bomba casera -otra vez en una caja de madera- que había sido enviada por correo aéreo desde Chicago. Claramente, el bombardero no podía saber

el vuelo que llevaría su paquete, así que las autoridades concluyeron que no era un ataque específico sobre American Airlines.

Esta tercera acción supuso que se conocieran las dos primeras, colocando a los federales en una larga e infructuosa búsqueda del «luddita letal» de América. Esta nueva situación no detuvo a Theodore Kaczynski que envió a Percy Wood, presidente de United Airlines, un libro bomba que le hirió el 10 junio de 1980. El ataque a Wood llevó al FBI a denominarlo con el nombre policial de «Unabomber» («Un» proviene de University y [«a»] de United Airlines, objetivos iniciales de sus ataques).

La quinta bomba fue colocada en una clase de la Universidad de Empresariales de Utah, el 8 de noviembre de 1981. Nadie salió herido. Dos meses después el 5 de mayo de 1982 una bomba hirió a un académico de la Universidad de Vanderbilt en Nashville.

El 2 de julio de 1982 «Unabomber» coloca una bomba en la Universidad de California. Durante la semana de vacaciones se encontró el paquete bomba en el suelo de la cafetería del Departamento de Ingeniería del Campus de Berkeley. Un profesor de Electrónica resultó seriamente herido ya que su cara y manos se vieron muy afectadas cuando desenvolvió el paquete al confundirlo con un «instrumento de medición».

Tres años después ataca directamente a la Boeing Corporation dejando un paquete bomba en la sala de ordenadores, el 15 de mayo de 1985, que le hizo perder un dedo de la mano derecha al estudiante de Matemáticas que lo abrió.

En menos de un mes, el 13 de junio de 1985, fue atacada por segunda vez la Boeing Corporation al recibir una bomba la oficina de Washington que fue interceptada antes de causar daños. Menos afortunado fue el ayudante de un profesor de la Universidad de Michigan, al abrir el paquete que iba dirigido al profesor el 15 de noviembre de 1985.

La siguiente bomba estaba disimulada bajo una tabla de madera y la colocó en un parking de California, al lado de un almacén de ordenadores, el 11 de diciembre de 1985. El encargado del almacén encontró la bomba y al cogerla la dobló resultando muerto. Esta es la primera acción en la que resulta muerta una persona.

El siguiente ataque fue otra vez en un almacén de ordenadores el 20 de febrero de 1987 en Salt Lake City. De nuevo resultó herido el encargado de la tienda. Una cajera aseguró haber visto a un hombre con un pasamontañas cerca del lugar, es la primera vez que el FBI está tan cerca de identificarlo. La valoración que hizo el FBI de los motivos que llevaban a «Unabomber» a colocar bombas hizo que se le viera como un «chiflado solitario» que actuaba guiado por cuestiones personales.

Después de que pasasen bastantes años sin obtener resultados, el grupo especial de operaciones del FBI dedicado a este caso fue temporalmente disuelto.

Pasaron cinco años hasta que «Unabomber» colocó dos nuevas bombas, una el 22 de junio de 1993 en la Universidad de California, la cual hirió a un genetista, y la otra colocada dos días después en la Universidad de Yale, causando ésta heridas graves al conocido programador David Gelernter.

En esta época «Unabomber» envió un comunicado al *New York Times* explicando que el autor de las bombas era el Freedom Club (Club de la Libertad), anarquistas anti-tecnología.

Rápidamente se reconstituyó el grupo especial de operaciones del FBI dedicado a este caso pero no pudieron hacer nada por salvarle la vida a Thomas Mosser, directivo de Burson-Marsteller, la agencia de publicidad que intentó recuperar la buena imagen de la compañía Exxon después de la catástrofe medioambiental del Exxon Valdez. La bomba fue colocada en la puerta de la casa del directivo el 10 de diciembre de 1994, que al abrirla reventó su cabeza.

El 24 de abril de 1995, una pesada caja llegó a la sede de la Sociedad Forestal de California, creyendo que podía ser una bomba y cuando la secretaria del presidente de la corporación no pudo abrirla, se la dio a su jefe a pesar de que iba dirigida al «antecesor» de éste, William Dennison. El presidente de la Sociedad Forestal de California murió debido a la explosión.

Esta fue la última acción de «Unabomber». Dos días después, el 26 de abril de 1995, el Freedom Club envió una carta al *New York Times*. Creyendo que era otra bomba el personal del periódico entregó la carta sin abrir al FBI. La carta en realidad contenía un manifiesto.

«Unabomber» prometió que no llevaría a cabo más acciones si el manifiesto del Freedom Club «La sociedad industrial y su futuro» (aquí todos sus textos en inglés) era publicado. «Unabomber» declaró: «creemos que ha llegado el momento de publicar las ideas antitecnología». El *New York Times* accedió a publicar el manifiesto.

La detención de Ted Kaczynski se debió más a una cuestión de suerte que a la labor del FBI. Su hermano David Kaczynski fue quien le delató, recibiendo la recompensa de un millón de dólares que se ofrecía, la mitad la entregó a los familiares de las víctimas. David siempre había intentado seguir el ejemplo de su hermano hasta el punto de construirse una cabaña y abandonar la sociedad civilizada. Pero al pasar cierto tiempo abandonó esta idea y regresó a su vida anterior.

Durante el juicio Theodore Kaczynski rechazó a sus abogados por querer basar su defensa en una aparente enfermedad mental, y propuso que Tony Serra, un abogado célebre por defender a grupos radicales, llevase su caso. Tony Serra aceptó el caso sin cobrar pero el juez rechazó el cambio por considerar que era ya demasiado tarde.

Finalmente fue condenado a una cuádruple cadena perpetua a cumplir en una prisión de máxima seguridad, acabando con una cadena de atentados que duraron 18 años y le convirtieron en el criminal más perseguido de América del Norte.

Según se sabe, Theodore continúa resentido con su hermano David pues no le ha respondido ninguna de sus cartas y hasta afirmó, en una reciente entrevista, que el haberlo delatado fue una forma de venganza: «creo que su sentido de culpa está sobrepasado por su satisfacción al haberse finalmente vengado de su hermano mayor», fueron sus palabras puntuales. Por otra parte, se sabe que Theodore continúa escribiendo en la prisión, al punto de que en 2010 Feral House publicó *Esclavitud Tecnológica*, donde se recopilan los ensayos de Theodore más una versión corregida de su famoso manifiesto.

NOTA: Artículo escrito sobre un texto original de *Palabras de Guerra*

Los criminólogos James Fox y Jack Levin desarrollaron una tipología de los motivos que conducen, tanto a los asesinos en serie como a los asesinos en masa, a cometer sus atrocidades. Una de las motivaciones que recogen es la del terror, propósito que abocaría a Kaczynsky a tener aterrorizada desde mayo de 1978 hasta abril de 1995 a la población estadounidense.

Theodore Kaczynski nació un 22 de mayo de 1942 en Chicago, Illinois. Desde una muy pronta edad demostró excelentes capacidades académicas. Kaczynski recibió un graduado por la Universidad de Harvard y un doctorado en matemáticas por la Universidad de Michigan. Theodore realizó una magnífica tesis doctoral titulada «Boundary Functions» (funciones límite), con la que fue capaz, en menos de un año, de hallar la solución a problemas matemáticos que uno de sus profesores en Michigan fue incapaz de resolver jamás.

Kaczynski logró el puesto de profesor ayudante doctor de matemáticas en la Universidad de California, Berkeley en otoño de 1967. Aunque en este puesto no duró mucho; Kaczynski dimitió sin motivo aparente en 1969, a la edad de 26 años. El jefe del departamento de matemáticas, J. W. Addison, dijo de aquel hecho que era «repentino e inesperado», mientras que el segundo jefe de departamento, Calvin Moore, dijo que dada la impresionante tesis y conjunto de publicaciones de Kaczynski, «podría haber llegado a ser un miembro importante de la facultad».

En verano de 1969, Kaczynski se mudó a la pequeña residencia de sus padres en Lombard, Illinois. Dos años después, se trasladó a una remota cabaña construida por él mismo en medio de Lincoln, Montana, donde vivió una vida sencilla con muy poco dinero, sin electricidad ni agua corriente, y encontrando alimento mediante la caza y la recolección. Kaczynski realizó trabajos ocasionales y recibió apoyo económico por parte de su familia para adquirir el terreno en el que vivía.

Theodore Kaczynski, no es un asesino en serie al uso. Las teorías criminológicas vistas hasta este momento en este blog (El asesino ¿Nace o se hace?) no son del todo aplicables en el caso de Theodore **[Theodore]**, ya que fue criado en una familia normal de clase media en el Chicago suburbano. Un estudiante destacado y arropado por su familia.

El primer envío bomba de Theodore se produjo en mayo de 1978. El destinatario fue Buckley Crist, profesor de la Universidad de Northwestern. Su explosión, afortunadamente, sólo le causó daños en una mano a un vigilante de seguridad.

Desde el año 1978 hasta 1995, Kaczynski, colocaría en total 16 bombas. El trágico balance: tres personas muertas y 23 heridas en nueve estados diferentes.

Aquella truculenta actividad valdría a Theodore Kaczynski el apodo de UNABOMBER, ya que sus primeros envíos iban dirigidos a universidades (University) y líneas aéreas (Airlaine)

Las víctimas predilectas de Theodore eran profesores de universidad y científicos aparejados a las nuevas tecnologías. Una realidad que filtraba un claro significado de acuerdo a su paranoia de luchar por el regreso a la «vida salvaje a través de una completa

y permanente destrucción de la sociedad industrial moderna en cada parte del mundo», tal y como sostendría en sus escritos. Defendía que el progreso «nos destruiría a todos» y pretendía con sus atentados dar toques de atención a las principales personalidades y empresas que favorecían el desarrollo de las máquinas y no se preocupaban por el bienestar del ser humano.

Esa necesidad de generar pánico y terror de Unabomber, que en su peculiaridad dejaría de enviar bombas durante el periodo en el que su país permaneció en guerra, gesto de responsabilidad según él, ocultaría una realidad más próxima al sustrato psicológico, aquella que habla de una serie de actividades con las que aliviaba su frustración un hombre que se sentía excluido socialmente. Theodore logró a través de las bombas lo que no había logrado como matemático, una repercusión mediática sin igual.

En 1980, el agente en jefe John Douglas, trabajando con los agentes de la Unidad de análisis del comportamiento del FBI, emitió un perfil psicológico del terrorista aún sin identificar en el que se le describía como un hombre con una inteligencia superior a la media y con estudios. Más tarde se transformó el perfil para redefinir al terrorista en cuestión como un neoludita (ideología de carácter radical, opuesta al desarrollo de la revolución digital, a la inteligencia artificial y a todo avance científico que se apoye en la informática) con estudios superiores en ciencias. Sin embargo, ambos perfiles acabaron siendo descartados en 1993 en favor de una teoría alternativa desarrollada por analistas del FBI, que se concentraba en las pruebas físicas recogidas de los restos de explosivos. En este análisis de su personalidad, se declaraba que el sospechoso era un simple mecánico de aviones

Tal era su repercusión mediática como criminal importante, que en 1993, cuando se cometió el primer atentado terrorista sobre las torres gemelas, Unabomber inmediatamente reaccionó para que no le quitasen dicho estatus, por lo que envió dos bombas, después de haber estado inactivo durante seis años. En su carta alertaba: «Pueden que hayan cogido a esos aficionados, pero yo todavía estoy aquí, después de todos esos años».

Un equipo de especialistas del FBI interrogaron a 10.000 sospechosos y gastaron 50 millones de dólares en un intento sin éxito alguno. El FBI tuvo que admitir que era muy inteligente y un experto en manipulación de explosivos.

Theodore Kaczynski forzaría al periódico *Washington Post* y al *New York Times*, a publicar su manifiesto, donde exponía sus ideas a cambio de no redoblar sus letales envíos. Dicho escrito se titulaba «La sociedad industrial y su futuro».

Una vez mas y en referencia a la entrada de este blog (Asesino en Serie: ¿Un paso por delante del investigador?), Unabomber no sería detenido fruto de la investigación del FBI.

El manifiesto de Unabomber sería clave para su detención. Su hermano David, aunque no podía creerlo, reconoció la manera de escribir de Theodore y lo denunció al FBI. Al no tener ninguna otra línea de investigación convincente pidieron a David la ubicación de la cabaña donde residía su hermano. Durante el registro hallaron evidencias de que Theodore Kaczynsky era Unabomber. Fue detenido y David recibiría por aquello la recompensa de un millón de dólares que se ofrecía por su captura. David donó gran parte de esa cantidad a las familias de las víctimas

En el año 1998, Unabomber fue examinado por Sally Johnson, una psiquiatra forense que concluyó: «Kaczynski tiene dos creencias muy fuertes, una afirma que la sociedad es mala y debe revelarse contra ella y el otro posee una ira intensa por las injusticias familiares. Cuando ambas creencias convergen, dan lugar a Unabomber.» Su diagnóstico consensuado fue: esquizofrenia paranoide (enfermedad mental que no conlleva alteración anatómica, y cuya principal característica es que trunca la personalidad del individuo).

Kaczynski está actualmente cumpliendo condena en AZX Florence, una prisión de máxima seguridad en Colorado. En una entrevista en prisión el 18 de octubre de 1999 con el columnista de Time, Stephen J. Dubner, Kaczynski declaró que no estaba loco y dijo de su hermano David, «creo que su sentido de culpa está sobrepasado por su satisfacción al haberse finalmente vengado de su hermano mayor».

Unabomber encarna ese asesino de masas que mata motivado por el terror que genera. Una tipología motivacional poco habitual en Europa. Si bien existen casos. Sin ir más lejos, en septiembre de 2011 en Madrid fue detenido un imitador de Unabomber. Dicho individuo llegó a colocar hasta treinta artefactos provocando daños en edificios oficiales, iglesias, sedes de partidos políticos y vehículos. En algunos casos, poniendo en riesgo la vida de personas.

Theodore John Kaczynski [ka'tʃɪnskɪj] (Chicago, Illinois, Estados Unidos, 22 de mayo de 1942), también conocido con el sobrenombre de Unabomber, es un filósofo, matemático y neoludita estadounidense conocido por enviar cartas bomba motivado por su análisis de la sociedad moderna tecnológica plasmado en varios de sus escritos sobre todo en *La sociedad industrial y su futuro*, firmado bajo el seudónimo de Freedom Club.

Nació en Chicago, en el estado de Illinois, y desde una muy pronta edad demostró excelentes capacidades académicas. Kaczynski se graduó en la Universidad de Harvard y obtuvo un doctorado (PhD) en matemáticas por la Universidad de Míchigan. Se convirtió en assistant professor (equivalente a profesor ayudante doctor) en la Universidad de California, Berkeley, a la edad de 25 años, pero dimitió dos años más tarde. En 1971 se mudó a una cabaña sin luz ni agua corriente en las remotas tierras de Lincoln, Montana, donde empezó a aprender técnicas de supervivencia y a intentar ser autosuficiente. De 1978 a 1995, Kaczynski envió 16 bombas a objetivos incluyendo universidades y aerolíneas, acabando con la vida de 3 personas e hiriendo a otras 23.

Kaczynski envió una carta al diario *The New York Times* el 24 de abril de 1995 y prometió «cesar el terrorismo» si el *The New York Times* o el *The Washington Post* publicaban su manifiesto.

El Unabomber fue el objetivo de una de las investigaciones más costosas de la historia del FBI. Antes de conocer la identidad de Kaczynski, el FBI usaba el sobrenombre de «Unabom», que proviene de «University and Airline Bomber» (Terrorista de Universidades y Aerolíneas), para referirse al caso, lo que dio lugar más tarde a que los medios de comunicación se refirieran a él como el Unabomber. A pesar de los esfuerzos del FBI, la investigación no dio el resultado que se esperaba. Fue en realidad el hermano de Kaczynski el que reconoció el estilo de escritura e ideas expresadas en el manifiesto y se lo hizo saber al FBI. Para evitar la pena de muerte, Kaczynski consiguió realizar un trato con la fiscalía, por el que se declaraba culpable y era condenado a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional.

Kaczynski nace el 22 de mayo de 1942 en Chicago, Illinois, formando parte una familia de la segunda generación de polaco-estadounidenses. Sus padres se llamaban Theodore Richard Kaczynski y Wanda Dombek. Kaczynski fue al Colegio de Educación Elemental Sherman en Chicago desde primer a cuarto grado. Después se cambió al Colegio Evergreen Park Central para cursar desde quinto a octavo grado. Como consecuencia de los resultados de un test de inteligencia llevado a cabo en quinto grado, que demostraban que tenía un cociente intelectual de 167,3 se le permitió saltarse sexto y asistir directamente a séptimo. Según Kaczynski este acontecimiento marcó su vida para siempre. Señala no encajar en la clase de los mayores y ser sujeto de violencia verbal, bromas pesadas y provocaciones por parte de estos. De niño, Kaczynski tenía miedo de la gente y los edificios, y jugaba con otros niños sin interactuar con ellos (Juego en paralelo).

Realizó sus estudios de bachillerato en el Evergreen Park Community High School. Kaczynski hizo un gran trabajo académico, pero encontraba las matemáticas de segundo año demasiado fáciles. Debido a esto fue pasado a una clase de matemáticas más avanzadas. Kaczynski dominó a la perfección rápidamente sus estudios, y de ese modo se saltó séptimo grado. Con la ayuda de una escuela de verano de inglés, completó sus estudios de bachillerato dos años antes de lo habitual. Le animaron a solicitar plaza para estudiar en la Universidad Harvard, y más tarde fue admitido para comenzar sus estudios superiores en el otoño de 1958 a la pronta edad de 16 años. Durante sus estancia en Harvard, Kaczynski recibió clases del afamado profesor de lógica Willard Quine, convirtiéndose en el primero de la clase de Quine con una nota final de 98.9%. También participó varios años en estudios de personalidad llevados a cabo por el Doctor Henry Murray.

A los estudiantes que participaban en el proyecto subvencionado por la CIA que llevaba a cabo el Doctor Murray, el llamado MK Ultra, se les decía que debían discutir sobre filosofía con sus compañeros en el estudio, pero en realidad, estaban siendo sometidos a una prueba de estrés, que consistía en un ataque psicológico prolongado y estresante por parte de un mandado anónimo. Durante la prueba, los estudiantes eran amarrados a una silla y conectados a electrodos que monitorizaban sus respuestas psicológicas, mientras se les mantenía en una sala con focos y un espejo de doble vista. Todo era tanto filmado como grabado en audio, y más tarde se les hacía revivir a los estudiantes el sentimiento de ira impotente volviendo a reproducir sus palabras. De acuerdo con Chase, las grabaciones de Kaczynski sugieren que era emocionalmente estable cuando comenzó el estudio. Los abogados de Kaczynski atribuyen parte de su inestabilidad emocional y aversión al control mental a su participación en este estudio.

Kaczynski se graduó en la Universidad Harvard en 1962 y acto seguido se matriculó en la Universidad de Míchigan para realizar un máster y un doctorado en matemáticas. La especialidad de Kaczynski era una rama del análisis complejo llamada teoría de funciones geométricas. Su tesis doctoral se titulaba «Boundary Functions» (funciones límite), y con ésta resolvía en menos de un año un problema matemático que uno de sus profesores en Michigan no fue capaz de resolver, George Piranian, quien más tarde realizó unos comentarios sobre Kaczynski en los que decía que, «No es suficiente decir que era listo.» Maxwell Reade, un profesor de matemáticas retirado miembro del comité de disertación de Kaczynski, también dijo de su tesis que, «Es posible que únicamente unas 10 o 12 personas en todo el país la entendieran o la apreciaran.»

En 1967, Kaczynski ganó el premio de \$100 Sumner B. Myers de la Universidad de Michigan, que reconocía su tesis como el mejor trabajo académico en matemáticas del año en esa universidad. Durante su etapa de estudiante graduado en Michigan, ocupó un cargo en el claustro de la National Science Foundation e impartió clases a estudiantes no licenciados durante tres años. Publicó dos artículos en relación a su disertación en revistas matemáticas, y cuatro más después de dejar Michigan.

Kaczynski logró el puesto de assistant profesor (equivalente al de profesor ayudante doctor) de matemáticas en la Universidad de California, Berkeley en otoño de 1967. Aunque este puesto no duró mucho; Kaczynski dimitió sin motivo aparente en 1969, a la edad de 26 años. El jefe del departamento de matemáticas, J. W. Addison, dijo del hecho que era «repentino e inesperado», mientras que el vicejefe de departamento, Calvin Moore, dijo que dada la impresionante tesis y conjunto de publicaciones de Kaczynski, «podría haber llegado a día de hoy a ser un miembro senior de la facultad.»

En verano de 1969, Kaczynski se mudó a la pequeña residencia de sus padres en Lombard, Illinois. Dos años después, se mudó a una remota cabaña construida por él mismo en medio de Lincoln, Montana, donde vivió una vida sencilla con muy poco dinero, sin electricidad ni agua corriente, y encontrando alimento mediante la caza y la recolección. Kaczynski realizó trabajos ocasionales y recibió apoyo económico por parte de su familia, con el que compró el terreno y, sin el conocimiento de ésta, comenzó su campaña de bombas. En 1978, trabajó durante un corto tiempo con su padre y su hermano en una fábrica de gomaespuma.

Atentados con bombas

- **Primeros atentados**

La primera carta bomba fue enviada a finales de mayo de 1978 al profesor de ingeniería de materiales, Buckley Crist, en la Universidad de Northwestern. El paquete fue encontrado en un aparcamiento de la Universidad de Illinois en Chicago, con el remite a nombre de Crist. El paquete fue reenviado a Crist. Sin embargo, cuando Crist recibió el paquete, se percató de que la letra de la dirección no era suya. Bajo sospechas, llamó a Terru Marker, policía del campus, quien abrió el paquete, el cual explotó inmediatamente. A pesar de que sólo fue levemente herido, su mano izquierda sufrió daños que hicieron necesaria la asistencia médica en el Hospital Evanston.

La bomba estaba hecha de metal que podría provenir de un taller casero. El principal componente era un conducto de metal, con forma de tubo o cañón, de 25 mm de diámetro 230 mm de largo. La bomba contenía pólvora sin humo, y la caja y bujías que sellaban el extremo del cañón estaban tallados a mano en madera. En comparación, la mayoría de bombas tubo usan normalmente extremos de metal ensartados, que pueden encontrarse en la mayoría de ferreterías. Los extremos de madera no son lo suficientemente resistentes para permitir una gran cantidad de presión en el tubo, por lo que la explosión que provocó esta primera bomba no causó graves daños. El primitivo accionador que usó la bomba era un clavo, tensado por gomas diseñadas para prender seis cabezas de cerillas en cuanto se abriese la caja. En el momento en que se prendiesen las cerillas se produciría la ignición de la pólvora. Sin embargo, cuando el accionador prendió las cerillas, sólo tres comenzaron a arder. Una técnica más eficiente usada más tarde por Kaczynski sería

emplear baterías y un pequeño filamento caliente para provocar la ignición de los explosivos más rápida y eficientemente.

Al atentado inicial de 1978 le siguieron otros con cartas bomba dirigidas a agentes de aerolíneas, y en 1979 colocó una bomba en el equipaje del vuelo American Airlines Flight 444, un Boeing 727 que volaba de Chicago a Washington D.C. La bomba comenzó a humear, forzando al piloto a realizar un aterrizaje de emergencia. Muchos de los pasajeros fueron tratados por inhalación de humo. Un fallo en el mecanismo del temporizador provocó que la bomba no explotara. Las autoridades dijeron que tenía suficiente potencia como para «devastar el avión».

Dado que atentar contra un avión es un delito federal en los Estados Unidos, el FBI se hizo cargo del incidente e inventó el nombre UNABOM (University and Airline Bomber). También se llamó al sospechoso Junkyard Bomber debido al material usado para fabricar las bombas, que era ordinario y poco profesional (junkyard significa «chatarrería»).

En 1980, el agente en jefe John Douglas, trabajando con los agentes de la Unidad de análisis del comportamiento del FBI, emitió un perfil psicológico del terrorista aún sin identificar en el cual se le describía como un hombre con inteligencia superior a la media y con estudios. Más tarde se cambió el perfil para redefinir al terrorista en cuestión como un neoludita con estudios superiores en ciencias. Sin embargo este perfil psicológico fue descartado en 1993 en favor de una teoría alternativa desarrollada por analistas del FBI, que se concentraba en las pruebas físicas recogidas de los restos de explosivos. En este perfil se declaraba que el sospechoso era un simple mecánico de aviones. Se estableció una línea directa en el número 1-800-701-BOMB para recibir cualquier llamada relacionada con la investigación y una recompensa de un millón de dólares para aquel que pudiera dar información que llevara al arresto del Unabomber.

En 1995, Unabomber había enviado al periódico *The New York Times* una carta en la que hacía públicas sus quejas hacia las nuevas tecnologías y había pedido la publicación de un artículo largo a cambio de no enviar más bombas. Estuvieron dudando unos meses sobre su publicación, ya que no creían en su promesa de parar sus envíos, aunque dedujeron que hicieran lo que hicieran las bombas proseguirían y que, al hacer público un documento escrito por él, alguien podría identificarle.

Recibieron miles de llamadas de personas que creían conocer a Unabomber y tenían miles de sospechosos. El hermano de Kaczynski lo reconoció en este documento, entre otras cosas, por una frase clave «No puedes comerte la tarta y seguir teniéndola», la cual era típica de su hermano, aunque no podía creer que fuera un asesino. Investigó el documento y las cartas enviadas y alertó a las policías, pero entre tantos sospechosos uno que no poseía siquiera agua corriente tenía más difícil la fabricación de una bomba.

Cuando investigaron a este sospechoso se percataron de que había una probabilidad de que fuera él, por lo que pidieron a su hermano que señalara en un mapa el lugar donde se encontraba su cabaña, lo detuvieron y al comprobar las pertenencias que había en la cabaña dedujeron que los actos habían sido premeditados. También encontraron su diario y un cuaderno de notas en el cual se describía la fabricación de sus bombas.

Aquel artículo largo que Unabomber ofreció a *The New York Times* fue finalmente publicado el 19 de septiembre de 1995 tanto por *The New York Times* como por *The*

Washington Post. Llevaba por título *La sociedad industrial y su futuro*, aunque es conocido popularmente como *El manifiesto de Unabomber*. Este escrito llama a una revolución mundial contra las consecuencias de la sociedad moderna, denominada en el manifiesto «sistema tecno-industrial». Argumenta que la «Revolución Industrial y sus consecuencias han supuesto un desastre para la humanidad», en parte porque el sistema tecnoindustrial «tiene que obligar a la gente a comportarse de un modo que está cada vez más alejado de los patrones naturales de la conducta humana».

Esto provoca, según el manifiesto, trastornos psicológicos ejemplificados por el izquierdismo. Con este término, Unabomber hace referencia a las personas «sobresocializadas» que reprimen sus inclinaciones naturales y se avergüenzan cuando su forma de comportarse o hablar son contrarios a las expectativas de la sociedad. Esto les lleva a rebelarse contra la sociedad, paradójicamente. Un izquierdista «toma un principio moral establecido, lo adopta como propio y, entonces, acusa a la sociedad convencional de violar dicho principio», poniendo el manifiesto de ejemplos de esos principios morales a la igualdad, la ayuda a los pobres, la paz o el rechazo del maltrato a los animales.

La sociedad industrial y su futuro postula la existencia de una necesidad humana (probablemente de origen biológico) de experimentar lo que llamaremos el «proceso de poder» que consta de cuatro elementos: meta, esfuerzo, consecución de la meta y autonomía. Sugiere además que en sociedades primitivas este proceso se experimentaba mejor que en la sociedad tecnoindustrial en la cual las metas vitales son sustituidas paulatinamente por metas artificiales que no satisfacen el proceso de poder. Por otra parte, Unabomber argumenta que la libertad se ve cada vez más amenazada y limitada por el desarrollo de la sociedad tecnoindustrial y por ello defiende la necesidad de una revolución contra ella.

Una vez en la penitenciaría de máxima seguridad de Colorado, Ted Kaczynski ha desarrollado una enorme actividad epistolar, gran parte de la cual gira en torno a las ideas de su manifiesto. La mayoría de su correspondencia con más de 400 personas está depositada en la Universidad de Michigan (The Labadie Collection), donde también están guardados nuevos escritos de Kaczynski. Estos escritos han dado lugar a diferentes compilaciones publicadas en varios idiomas, como *Textos de Ted Kaczynski*, *Colpisci dove più nuoce: scritti di T. J. Kaczynski*, *L'effondrement du système technologique*, *The road to revolution: the complete & authorized Unabomber*, o *Technological slavery: the collected writings of Theodore J. Kaczynski, a.k.a. «The Unabomber»*.

ANNA MARIE HAHN



Anna Marie Hahn (Baviera, 7 de julio de 1906 — Penitenciaría Estadual de Ohio, 7 de diciembre de 1938) fue una asesina serial teuto-americana. Fue la primera mujer ejecutada en la silla eléctrica en el estado de Ohio.

Biografía

Fue la más joven de doce hijos, y aún adolescente, tuvo un caso con un médico de Viena, aunque se alegó que no fueron

encontrados registros de un médico vienés, con el nombre que la joven dio.

Al nacer ese hijo, se lo llamó Oskar (también escrito «Oscar»). La familia, escandalizada, mandó a la jovencita para América en 1929, mientras que el hijo permanecía en Baviera con los abuelos. Al radicarse la jovencita con sus parientes Max y Anna Doeschel en Cincinnati, Ohio, la recién llegada conoció al también inmigrante alemán Philip Hahn, con quien se casó en 1930. Anna Marie y su esposo brevemente retornaron entonces a Alemania para buscar a Oscar y, en seguida, el trío definió su vida como el de una familia bien constituida.

Hahn supuestamente comenzó a envenenar y robar a hombres y mujeres entrados en años de la comunidad alemana de Cincinnati, para así poder desarrollar el vicio del juego. Ernst Kohler, quien murió el 6 de mayo de 1933, muy probablemente fue su primera víctima. Anna Marie Hahn había hecho amistad con el hombre poco antes de su muerte, quien por testamento le dejó su casa.

Su próxima supuesta víctima, Albert Parker, de 72 años, también murió poco después que la mujer comenzó a cuidar de él. Antes de morir, Parker firmó una IOU (del inglés «I owe you», un contrato informal de deuda usado en los países anglófonos) por valor de \$ 1000 dólares, suma que supuestamente había recibido en calidad de préstamo, pero después de la muerte del hombre, el documento debe haber sido descartado, o simplemente «desapareció».

Jacob Wagner, con 78 años de edad, murió el 3 de junio de 1937, dejando en dinero \$ 17.000 a su «querida sobrina» Anna Marie Hahn. Después, la mujer comenzó a cuidar a un señor de 67 años llamado George Gsellman, también de Cincinnati, y por su servicio antes del fallecimiento el 6 de julio de 1937, la mujer recibió \$ 15,000 dólares.

Georg Obendoerfer fue el último en morir, el 1 de agosto de 1937, después de viajar hasta Colorado Springs, en Colorado, junto a Anna Marie Hahn y su hijo. La policía dijo que Obendoerfer, un zapatero, «murió rápidamente en agonía, aunque cuando fue preguntada, Mrs. Hahn aseguró que no conocía al hombre». Pero su hijo testimonió durante un interrogatorio, que el hombre, su madre, y él mismo, viajaban conjuntamente para Colorado desde Cincinnati, y que durante el viaje, Obendoerfer comenzó a sentirse enfermo.

La autopsia reveló altos niveles de arsénico en el cuerpo de Obendoerfer, lo que aumentó las sospechas de la policía. Las exhumaciones posteriores de los cuerpos de sus antiguos clientes mostraron que todos ellos habían sido envenenados.

Anna Marie Hahn fue condenada después de un juicio sensacionalista de cuatro semanas, en noviembre de 1937, y fue condenada en Ohio a morir en la silla eléctrica, siendo así la primera mujer ejecutada en ese estado, lo que ocurrió el 7 de diciembre de 1938. Fue enterrada en el 'Mount Calvary Cemetery', en Columbus.

Los crímenes de Anna Marie Hahn son ejemplarmente góticos, pues tuvieron como escenario el barrio alemán de la ciudad de Cincinnati, al que llegó en 1929 con su familia. Allí se convirtió pronto en una especie de enfermera o asistente de los ancianos caballeros germanos que se ponían bajo sus cuidados.

Según dijo ella misma se convirtió en un verdadero «Ángel de la misericordia» para aquellos señores de cierta edad que ya no podían valerse por sí mismos, a los que prodigaba un trato maternal y que tenían la costumbre de hacerla regalos o dejarle siempre algo en sus testamentos.

Herr Emst Köhler, fallecido en 1933, legó a Anna su inmensa mansión. Algunos no tuvieron ni siquiera tiempo para eso: Herr Jacob Wagner falleció un día después de tomar a la mujer a su servicio. La misma semana fallecía otro paciente de Anna Marie Hahn, Herr Georg Opendorfer, de setenta años de edad.

La gran vida que se daba la «buena mujer» empezó a llamar la atención de sus vecinos. Las riquezas rápidamente obtenidas gracias a su «trabajo» levantaron envidias y corrieron rumores sobre cómo los fallecidos habían sufrido, durante sus últimos días sobre la tierra, los mismos extraños síntomas: vómitos, dolores de estómago...

La policía decidió exhumar los cuerpos de Wagner y Opendorfer. Tras una minuciosa autopsia los dos resultaron tener restos en su organismo de un poderoso purgante y de arsénico, entre otros venenos. Durante el registro de la casa de Anna Marie Hahn se encontraron varios recipientes que contenían arsénico y otras sustancias tóxicas.

La acusada se defendió alegando que sólo pretendía ayudar, misericordiosamente, a que sus agotados y doloridos pacientes tuvieran un mejor tránsito al otro mundo. Pero su marido declaró que, en los últimos tiempos, su esposa le había insistido varias veces para que se hiciera un buen seguro de vida y que, habiéndose él negado, no había tardado en comenzar a sufrir leves ardores y dolores de estómago. Anna Marie Hahn fue electrocutada el 7 de diciembre de 1938. Tuvo el dudoso honor de ser la primera mujer ejecutada en el estado de Ohio, y el de ser sin duda el personaje inspirador de la célebre obra *Arsénico por compasión*, que Frank Capra llevara al cine en 1944.

FRANCISCA BALLESTEROS



Francisca Ballesteros (1969, Valencia) apodada como “La envenenadora de Melilla” es una mujer española condenada por el envenenamiento y muerte de su esposo e hijos con carbimida, zolpidem y otros sedantes.

El caso de Francisca Ballesteros, apodada La envenenadora de Melilla fue descubierto por un conocido del barrio en dónde residía cuando éste se acercó a su casa y allí pudo ver el estado

agonizante en el que se encontraban sus dos hijos.

Ante las incesantes excusas de Francisca para evitar que los menores recibieran asistencia médica, decidió denunciar la situación, esto dio origen a la investigación de la policía.

Francisca era descrita como mujer introvertida y devota esposa.

El 4 de junio de 1990, fallece Florinda, su primogénita, con 6 meses de edad. Este asesinato no es descubierto hasta su declaración tras la detención en 2004.

El 6 de octubre de 2003, Antonio, marido de Francisca, ingresaba en la UVI del hospital Comarcal de Melilla y el 12 de enero de 2004 fallecía por un fallo multiorgánico por intoxicación.

El 4 de junio del 2004, Sandra de 15 años, la hija mayor de Francisca ingresó en el hospital con grave insuficiencia respiratoria, shock con cianosis en las extremidades e infestación por hongos en el tracto digestivo. Sandra ingresó a las 13:00 y se firmaba su fallecimiento a las 13:30 por insuficiencia hepática y fallo multiorgánico masivo.

El 5 de junio de 2004, Antonio de 12 años el hijo menor de Francisca ingresaba en hospital con los mismos síntomas que su hermana Sandra pero de menor gravedad. En sus analíticas se encontraron restos de inductores del sueño y de diversas benzodiacepinas.

Francisca Ballesteros fue detenida el 6 de junio de 2004 y confesó ese mismo día haber envenenado a sus hijos suministrando diariamente carbimida, zolpidem y otros sedantes para que no lloraran y mantenerlos tranquilos.

Francisca declaró también en este momento el asesinato de su primera hija en 1990.

Ante la similitud de síntomas entre los dos hermanos se ordenó una autopsia de Sandra y la exhumación del cadáver de su marido Antonio, en el cual se encontraron restos de cianamida, sustancia que compone un medicamento denominado Colme.

El 21 de septiembre de 2005 comenzó el juicio. Durante el transcurso de éste, Francisca declaró que su intención era dañarles el corazón para que no sufrieran tanto. Igualmente declaró que tanto su marido Antonio como sus dos hijos eran un “estorbo” para poder empezar una nueva vida con un nuevo “amor” que había conocido por Internet en donde se la conocía con el nick de “Fogosa”.

En el juicio se desveló que Francisca había conocido, al menos, a tres hombres, llegando a prometerse en matrimonio a uno de ellos, a los que les contaba que era viuda y que sus dos hijos y su marido habían fallecido en un accidente de tráfico.

En las testificaciones de los peritos, éstos declararon que Francisca estaba en “plenas facultades mentales”.

El 9 de Julio de 2004, ingresó en prisión preventiva.

El 26 de septiembre de 2005 el tribunal consideraba probados y fallaba:

Un delito de asesinato con alevosía, ensañamiento y el agravante de parentesco contra su hija Sandra por el que se condenaba a Francisca de 25 años de prisión.

Un delito de asesinato en grado de tentativa con ensañamiento y alevosía y parentesco contra su hijo Antonio por el que se la condenaba a 19 años de prisión e inhabilitación para la patria potestad del menor

Un delito de asesinato con alevosía contra su marido Antonio por el que se la condenaba a 20 años de prisión.

Un delito de asesinato con alevosía contra su primogénita.

Se le obligaba a pagar una indemnización a su hijo Antonio por la muerte de su hermana de 180.000 euros, 200.000 euros por la muerte de su padre, y 11.390 euros por los daños y lesiones causados sobre su persona, que requirieron un período de 8 meses de recuperación.

Durante el juicio se consideró la idea de exhumar los cadáveres de su padre y sus hermanos, fallecidos también en extrañas condiciones. Pero se desechó la idea ante la imposibilidad de encontrar restos de los venenos transcurridos tantos años.

En los registros policiales, en el domicilio de Francisca, se encontraron en las habitaciones de los niños botellas de agua con carbimida, un medicamento utilizado contra el alcoholismo.

En ningún momento durante el proceso de juicio ni de las diversas declaraciones Francisca declaró ningún tipo de sentimiento de arrepentimiento o culpabilidad por ninguno de los asesinatos.

Paqui es un recuerdo del pasado. Una de esas asesinas tradicionales que envenena en solitario sin enredar a amantes ni a matones a sueldo en sus crímenes. Una asesina en serie autosuficiente cuya historia es similar a la de cualquier otra colega de siglos pasados, salvo por la circunstancia de que conoció a su amante por internet. La Envenenadora de Melilla era como casi todas sus colegas una ama de casa, y madre abnegada, que cuidaba de su aparentemente enferma familia al tiempo que los exterminaba.

Francisca Ballesteros, Paqui, ha sido condenada en septiembre a 84 años de cárcel por envenenar a su marido y a dos de sus hijos y por intentarlo con el tercero. La Audiencia Provincial de Málaga en Melilla la declaró culpable de un delito de asesinato con alevosía y ensañamiento, por la muerte de su hija Sandra, dos delitos de asesinato con alevosía, por la muerte de su marido y su hija Florinda, y un delito de asesinato en grado de tentativa, por su hijo Antonio.

La Envenenadora de Melilla declaró que le estuvo dando Colme (un medicamento indicado para dejar el alcohol compuesto de cianamida cálcica) a su marido, Antonio González, hasta que falleció, porque bebía y la maltrataba física y, sobre todo, psicológicamente. También dijo que suministró la misma medicina a sus hijos Antonio y Sandra para que no sufrieran por la desaparición de su padre. En cuanto a la muerte de su hija Florinda, que falleció en 1990 cuando tenía seis meses, no dio ninguna explicación.

Los investigadores sólo habían encontrado rastros del medicamento en el cadáver de Sandra porque se elimina totalmente del organismo a las 6 o 12 horas. También encontraron Colme en una botella de agua que la niña tenía en la mesilla de noche de su habitación cuando fue trasladada al hospital.

Ballesteros es una valenciana de 36 años que vivía en Melilla con su marido y sus dos hijos.

En el verano de 2003 conoció a varios hombres a través de internet, y en noviembre de ese mismo año su marido y sus hijos ingresaron en el hospital por una intoxicación que la envenenadora achacó a unas fumigaciones. Ese mismo mes viajó a Tenerife para conocer a uno de los ciberamantes y dos meses después, en enero de 2004, falleció su marido Antonio, un funcionario que por entonces tenía 42 años y con el que llevaba 17 años casada. Se atribuyó su muerte a un infarto de miocardio.

Pero las desgracias no dejaron de sucederse en la familia y el 4 de junio de 2004 falleció su hija Sandra, de 15 años, al poco de ingresar en el hospital con síntomas de intoxicación y poco después ingresaba también en el hospital con los mismos síntomas su hermano Antonio, de 12 años, que fue el único que se salvó.

Algunos familiares de Paqui deben estar de su parte porque asistieron al juicio e incluso se enfrentaron con los parientes del marido, así que tal vez no hay más muertes sospechosas en la familia y a lo mejor Paqui no ha matado a ningún otro pariente sanguíneo.

El amante tinerfeño de la envenenadora, Cesáreo A.P., declaró en el juicio que pensaba casarse con Paqui y que desconocía que ésta estuviera casada y tuviera dos hijos. La mujer se hacía llamar “fogosa” en el chat de internet en el que se conocieron en agosto de 2003. Cuatro meses después Paqui viajó a la isla para encontrarse con él.

El apodo debía ser afortunado y tras un primer encuentro en un hotel de Tenerife el hombre le pidió que se casara con él, según su declaración. La envenenadora accedió, pero le dijo que primero debería volver a Melilla para vender una propiedad. La mujer le había contado a Cesáreo que su marido y su hija habían fallecido en un accidente de tráfico. El hombre sólo sospechó de la sinceridad de Fogosa cuando durante una conversación telefónica pudo oír como alguien la llamaba “mamá”.

El amante de la parricida de Melilla, Cesáreo A. P., declaró este jueves, en el juicio que se sigue contra Francisca Ballesteros por el envenenamiento de su marido y sus tres hijos, que tenían planes de contraer matrimonio con la acusada tras conocerse por Internet y encontrarse en Tenerife en un viaje que hizo esta mujer en diciembre de 2003, un mes antes de la muerte de su esposo.

Cesáreo A. P. testificó desde su lugar de residencia, en San Cristóbal de la Laguna (Tenerife) a través de videoconferencia, que conocía a la acusada desde agosto de 2003, cuando empezó a ‘chatear’ con ella. Francisca, que usaba el ‘nick’ (apodo) de Fogosa’, le aseguró que era viuda y que su marido y su hija habían muerto en un accidente de tráfico.

Cuatro meses más tarde, ambos se encontraron en Tenerife y mantuvieron relaciones en un hotel. Fue allí donde el canario le pidió matrimonio y ella aceptó con previsión de instalarse en un futuro en la isla aunque no concretaron ninguna fecha porque ‘ella dijo que primero tenía que vender su casa de Melilla’. Sin embargo, el amante terminó por cortar la relación porque ‘fue dándome largas’ sin motivo aparente, coincidiendo en el tiempo con la muerte de su marido y cinco meses más tarde la de su hija Sandra, de 15 años.

El testigo dijo que nunca llegó a pensar que Francisca Ballesteros estuviera casada y tuviera dos hijos. La única anécdota de la que pudo sospechar fue una conversación telefónica que mantuvo con ella en la que escuchó de fondo la palabra ‘mamá’. Ella contestó que estaba cuidando al hijo de unos amigos y que le tenía tanto cariño que le trataba como si fuera su madre.

La segunda vista del caso que se sigue contra esta mujer concluyó con los testimonios de los peritos que aseguraron que Ballesteros ‘era consciente de lo que hacía’ cuando echaba medicamentos a la comida y bebida de su familia. Según el autor del informe psiquiátrico que se realizó tres meses después de su detención, la acusada no padecía trastornos psicóticos ni de personalidad, tenía pleno uso de sus facultades mentales y autonomía para dirigir su voluntad.

A preguntas del fiscal el autor del informe explicó que la acusada le confesó que había matado a su marido mediante la administración prolongada del medicamento Colme porque era ‘un maltratador físico y sobre todo psicológico’. Durante las entrevistas con el psiquiatra, Francisca también dijo que administró el fármaco a sus hijos por una ‘motivación compasiva’ ya que ‘se querían ir con su padre fallecido’.

Los médicos forenses que realizaron las autopsias afirmaron que sólo hallaron restos de Colme en muestras orgánicas del cadáver de Sandra, ya que esa sustancia se elimina en un intervalo de entre 6 y 12 horas. Los forenses confirmaron que también encontraron en el cuerpo de Sandra, de su padre y de su hermano Antonio restos de Zolpidem y ‘Bromazepan’, unos sedantes que causan debilitamiento y que, según el fiscal, fueron suministrados ‘para anular su capacidad de pedir ayuda’.

En la primera vista del juicio, en la que testificó la acusada, ésta reconoció haber envenenado a su marido porque la maltrataba y afirmó que medicó a sus hijos para evitar que sufrieran porque también padecían este maltrato.

El Fiscal solicita 79 años de cárcel para Francisca Ballesteros por cometer cuatro asesinatos por envenenamiento, tres consumados (su hija Florinda, de cinco meses de edad, en 1990; su marido Antonio González, de 42 años, fallecido en enero de 2004, y su hija Sandra de 15 años fallecida en junio de 2004) y uno en grado de tentativa contra su hijo Antonio, que tenía 12 años cuando su madre fue detenida el 7 de junio de 2004, y es el único superviviente de la familia.

Esther. Sólo se le escapó un hijo vivo, según su propia confesión. Su marido era alcohólico, le pegaba y le había dicho que se iba a marchar de casa, y por eso Francisca Ballesteros (Paqui) decidió cargárselo a él y a sus dos hijos, todo ello según su versión que no parece muy coherente. Los vecinos dicen que el marido era un funcionario normal y no tienen conocimiento del supuesto alcoholismo ni de los supuestos malos tratos. Paqui dice que planeaba suicidarse después de llevar a cabo sus planes, pero el caso es que toda la familia sufría intoxicaciones constantes menos ella.

Francisca Ballesteros es una valenciana de 35 años, que llevaba 17 años casada con Antonio, un melillense de 42. Tuvieron tres hijos: Sandra, Florinda y Antonio. La segunda murió a los seis meses de nacer.

En los últimos tiempos la supuesta envenenadora había conocido a varios hombres por Internet, llegando a intimar especialmente con tres, según los investigadores. Parece ser que en noviembre de 2003 se fue a Tenerife a visitar a uno de los internautas, al que le contó que era viuda y no tenía hijos (tal vez adelantándose a los acontecimientos).

Ese mismo mes su marido y sus dos hijos ingresaron en el hospital por una intoxicación (de momento se desconoce si fue antes o después de su visita al tinerfeño). La presunta envenenadora decía que habían enfermado por culpa de unas fumigaciones. Los tres se recuperaron, pero no por mucho tiempo.

El marido falleció el 12 de enero de 2004 (se suponía que de infarto de miocardio), Sandra murió el 4 de junio, días después de ingresar en el hospital con síntomas de intoxicación, y su hijo Antonio ingresó en el hospital poco después de la muerte de su hermana (con la misma sintomatología). La autopsia de Sandra reveló que había sido envenenada y, tres días después de su muerte, detuvieron a la madre.

En un primer momento, Paqui confesó haber administrado “Colme” (un medicamento indicado para dejar el alcohol compuesto de cianamida cálcica) a su marido y a sus dos hijos, con el fin de acabar con sus vidas, y negó cualquier tipo de participación en la muerte de su segunda hija. En este punto, todo parecía indicar que la presunta asesina

quería librarse de los familiares para irse con el amigo de Tenerife. Pero la cosa cambió cuando, tras unos días en prisión, Paqui acabó confesando que había matado también a su segunda hija en 1990. A partir de este punto habría que investigar las muertes de todas las personas relacionadas con la supuesta envenenadora en los últimos 15 ó 20 años.

Síndrome de Münchausen por proyección

Los vecinos no salen de su asombro al recordar a Paqui siempre cuidando y preocupándose por su familia. Durante los dos últimos años los niños faltaban con mucha frecuencia a clase a causa de constantes enfermedades. Su madre llamaba al colegio y decía casi siempre que tenían gastroenteritis. Esta circunstancia, unida al hecho de que el supuesto asesinato de la segunda hija se produjo mucho antes de que conociera al internauta, podría descartar la existencia de un único móvil sentimental y plantea la hipótesis de que la acusada sufra el Síndrome de Münchausen por proyección.

Se trata de una variante de la hipocondría, pero en el caso del Münchausen por proyección la persona que lo padece necesita que sean otros los que se sientan enfermos y no él mismo. Es una perturbación básicamente femenina.

Las representantes típicas de la enfermedad son madres envenenadoras o abuelas que asfixian a los nietos, que aparentemente dan la impresión de estar siempre intentando complacer a los demás. Hacen ver que sufren mucho con la enfermedad de sus familiares y no se separan de su lado, al tiempo que les están suministrando pequeñas cantidades de veneno. Tienen una especie de enganche al sufrimiento y a ser las protagonistas del mayor número de desgracias.

JUAN DÍAZ DE GARAYO



Juan Díaz de Garayo Ruiz de Argandoña, más conocido como El Sacamantecas (San Millán, Álava, 9 de julio de 1821 – Vitoria, 11 de mayo de 1881), fue un asesino en serie que nació y vivió en Álava, España, en el siglo XIX.

Entre los años 1870 y 1879 asesinó y violó a seis mujeres, cuatro de ellas eran prostitutas, de edades comprendidas entre los 13 y los 55 años, e incluso a alguna de ellas

les produjo grandes mutilaciones. Se le imputaron también varios intentos más que no pudo consumar.

Estuvo casado cuatro veces y enviudó tres, aunque al parecer no mató a ninguna de sus mujeres.

Fue apresado en 1880 y condenado a muerte, murió por garrote vil al año siguiente en la prisión del Polvorín Viejo de Vitoria.

Se hizo famoso por sus crímenes en toda España y se usaba su nombre para asustar a los niños.

En la Edad Media y ya avanzado el siglo XIX y comienzos del XX, se hizo tremendamente popular el apodo de sacamantecas a toda aquella persona relacionada con el llamado hombre del saco. Éste era un calificativo que se usaba para asustar a los niños e impedirles que hicieran sus tropelías. Se decía que a los niños se les sacaba los untos (grasa corporal) para fabricar una especie de ungüento que a la postre serviría para sanar y/o curar la tuberculosis. Uno de los más famosos conocidos como sacamantecas fue Manuel Blanco Romasanta, a quien se le atribuyeron varios asesinatos de niños y adultos en Galicia.

En la novela *La familia de Errotabo*, Pío Baroja afirma erróneamente que Gregorio Mayoral Sendino estrena su carrera como verdugo con la ejecución de Díaz de Garayo, si bien el verdugo burgalés no comenzó a actuar hasta más de una década después.

En la novela *Cuerda de presos*, Tomás Salvador narra el traslado del «Sacamantecas» desde León, donde fue capturado, hasta Vitoria, donde estaba reclamado para ser juzgado. La conducción del preso por una pareja de guardias civiles se efectuó a pie hasta Pancorbo

(Burgos) y desde allí continuaron viaje en tren. La novela obtuvo el premio nacional de literatura. Pedro Lazaga la llevó al cine, con el mismo título, en 1956.

Una personalidad bárbara. El hombre que enviudaba fácilmente. A un deseo insaciable de sexo unió la necrofilia. Una casualidad le descubrió cuando había sembrado el terror. Los intervalos entre sus asesinatos hace pensar que muchos de ellos no fueron descubiertos.

Marzo de 1870. La primavera florece. La vegetación muestra mil colores. El campo está hermoso y florido. Atravesando un bosquecillo, camina una mujer. Es una prostituta de esas que viven en chamizos y andan de pueblo en pueblo y de aldea en aldea. No es joven, pero a pesar de su edad y de sus ropas que están gastadas, conserva cierto atractivo. Debíó de ser muy guapa y bien formada. Ni siquiera la vida de privaciones que arrastra le han quitado todo su gancho.

De repente un hombre fornido la aborda. Se nota que el hombre está nervioso, se diría que atenazado por urgencias y temblores. Primero con suavidad, trata de llevar a la mujer hacia lo más profundo del bosque. Luego, ya con firmeza, la empuja hacia donde quiere. Rechaza enérgicamente lo que la mujer le dice. Le ha dado su precio, pero él no quiere pagar.

Hay entre los dos una corta discusión. No consiguen ponerse de acuerdo. El hombre está obcecado y se pone violento. Tal vez ella con el olfato de tantos años de ejercer como «chamicera» peripatética debiera haber detectado el peligro. Por una vez tendría que haber puesto su seguridad por encima de las pocas monedas que vale su cuerpo. Pero ya es tarde.

Sin que la mujer pueda preverlo, el hombre que es de buen talle, fuerte y ancho de hombros, le echa las manos al cuello en una tenaza mortal. Aprieta sin aflojar, mientras la mujer trata de zafarse, cada vez con menos fuerza. Su cara se hincha y sus piernas patean en el aire hasta que se escucha un chasquido casi imperceptible. La mujer queda colgada de las manos del hombre como una muñeca rota.

Entonces el criminal la deposita en el suelo con algo parecido a la ternura, como si quisiera prodigarle los cuidados que en vida le negó. Por un momento la deja tendida sobre la tierra mientras la observa. Y en seguida, preso de un repentino furor procede a quitarle violentamente las ropas dejándola desnuda.

Con un rasgo brutal de animalidad la viola, y envuelto en la efervescencia de su acción, la desgarrar el vientre con un cuchillo de monte. Cuando reacciona de la bestialidad de su crimen la sangre se agolpa en su cabeza. Una vez que ha descargado sus instintos, se horroriza de lo que ha hecho. Piensa que es cosa de los demonios que se han apoderado de su mente mientras escapa a toda prisa.

Pasa mucho tiempo antes de que el hombre sienta de nuevo la llamada de Satán. Pero al año siguiente, otra vez en primavera, siente de nuevo el impulso irrefrenable.

Ha tardado doce meses en despertar la sensación abominable que le empuja a romper y desgarrar, a pasar por encima de los cuerpos, a arrebatar la vida con tal de apaciguar el volcán que le nace en las entrañas.

Sale a los alrededores de la gran ciudad y en un paraje solitario encuentra a otra prostituta. Más vieja y menos atractiva que la primera, pero ya eso no le importa. Con ella repite casi exactamente lo que hizo con la primera.

La única variante es que la segunda víctima sufre con mayor saña si cabe las crueles consecuencias del desaforado sadismo de su asesino y violador.

Pasa el tiempo, casi un año y medio sin que los crímenes se resuelvan ni se detenga al asesino. Tanto tiempo entre uno y otro asesinato conocidos, comparado con la frecuencia mucho más cercana de los que vienen a continuación, hace sospechar que entre ellos hubo otros que nunca se conocieron.

En agosto de 1872, los crímenes tercero y cuarto se producen de forma casi seguida, en parecidas circunstancias a los anteriores. La tercera víctima no es ya una mujer de vida airada, sino una adolescente, una chiquilla de trece años. El asesino se la encuentra en un camino y en unos segundos decide matarla y abusar de ella. Primero la amenaza para obligarla a seguirle y cuando consigue estar suficientemente lejos del camino, la estrangula, le arrebatla la ropa a zarpazos y abusa de ella, causándole después horribles heridas.

El cuarto crimen lo comete en la persona de otra prostituta, pero esta joven, no como las otras. La mata y viola como hace en todos sus raptos, pero en este deja una huella de su creciente sadismo al propinarle numerosas heridas con una aguja que ella llevaba en el pelo para sostener su peinado. Le clava esa aguja en el pecho con saña, repetidas veces.

La investigación policial logrará establecer en la reconstrucción de los pasos del asesino varios intentos de asesinato que no llegó a consumar. Uno fue en agosto de 1873 cuando pretendió aprovecharse de una prostituta, y otro, en 1874, cuando quiso abusar de una vieja mendiga.

Desde esos ataques hasta la siguiente agresión conocida pasan otros cuatro años. Al parecer en ese tiempo el asesino enviudó por tercera vez y se volvió a casar por cuarta. No deja de extrañar lo fácilmente que murieron sus mujeres aunque no consta que las asesinara como a sus otras víctimas. Es muy posible que los medios de investigación de la época no permitieran establecer la auténtica razón de la muerte de sus esposas.

En noviembre de 1878 se sabe que atentó contra una anciana que consiguió escapar con vida. El episodio se repite en agosto de 1879: otra mujer mayor se escapa de sus garras.

Pero en septiembre se produce el quinto asesinato. Tiene como víctima a una campesina joven, alta, fuerte, que cuando es agredida por el criminal, se defiende con desesperación. Por fin el hombre acaba por atravesarle el pecho de una certera puñalada y, luego, una vez muerta, celebra en ella su sádico ritual de sexo y sangre. El cadáver queda cosido a puñaladas y con el vientre abierto.

El criminal huye de la escena del crimen como si finalmente se hubiera espantado de sus propios actos. Lo que hace es casi la prueba de que Satanás existe. O eso cree él. Los demonios, que no le dejan tranquilo, tan sólo dos días más tarde le hacen cometer un sexto asesinato.

Se trata de otra campesina a la que estrangula, abusa de ella y mutila después de muerta, desgarrándole el vientre que es como la marca de sus asesinatos. El sadismo de sus crímenes ha ido en aumento desde el primero al sexto. El miedo se difunde de boca en boca por toda la piel de toro. ¿Es humana esta fiera desatada?

El criminal resulta ser, según crónicas de la época, un «monstruo rarísimo en quien la rara anomalía de la crueldad lasciva se asocia con la no menos rara del amor a los cadáveres». El criminal, también según las crónicas, era un «macho brutal, marcado con profundos estigmas atávicos y atípicos. La frente hacía recordar, tal como la describen los que la vieron, el cráneo de Neanderthal. Las mandíbulas eran enormes. El rostro presentaba grandes asimetrías». Ofrece una imagen similar a las descritas como propias del criminal nato en el libro de Lombroso *L'Uomo delinquente*.

Así fueron los crímenes del campesino Díaz de Garayo, apodado «el Sacamantecas», que vivió en Álava en la segunda mitad del siglo XIX. Hombre muy primitivo, tenía la apariencia de un enorme mono. Vivía como un labrador sobrio, austero, que se dedicaba a su trabajo olvidado del mundo en las tierras de labor.

Casó cuatro veces y enviudó tres. Al quedarse viudo se mostraba irritable, perezoso en sus obligaciones, violento y rijoso. Habría podido ser siempre feliz y vivir tranquilo si hubiera tenido satisfechos sus instintos como dicen que pasó durante su primer matrimonio que les proporcionó trece años de apaciguamiento.

Aquella primera hembra fue completa y suficiente para tener al hombre aplacado y al monstruo dormido. Hasta donde se sabe, su vida criminal coincide con la edad madura, los cincuenta años. Fue cuando se volcó su herencia genética: había nacido de una madre gravemente neurótica y alcohólica y de un padre igualmente alcohólico.

Al contraer nupcias por tercera vez con una hembra fría y distante que no le da lo que necesita, Díaz de Garayo que tenía tan mala herencia orgánica, degeneró hasta la monstruosidad. Sus crímenes son contabilizados como seis, pero se teme que fueran muchos más.

Durante el tiempo que actuó obligó a encerrarse a todas las mujeres en cien lenguas a la redonda del campo alavés en el que cometía sus fechorías y aunque no se tiene constancia de que fuera nunca un errabundo viajero que cometiera crímenes en otras regiones, el relato de sus atrocidades por medio del boca a boca sembró el miedo en todo el país.

La búsqueda del asesino se hizo agobiante por parte de las autoridades. Al final tanta dedicación tuvo su fruto aunque este fue redondeado por la casualidad.

Cuenta Constancio Bernaldo de Quirós en su libro *Figuras delincuentes* que al entrar a servir Díaz de Garayo temporalmente a un labrador, una niña pequeña le señaló sin haberlo visto nunca y le dijo: «¡Qué cara! ¡Parece “el Sacamantecas”!» Eso hizo que la vecindad acosara a Díaz de Garayo y que la autoridad acabara por detenerle e interrogarle. Con gran sorpresa, los policías descubrieron que al poco de someterle a las preguntas de rigor se derrumbaba y confesaba sus feroces asesinatos.

Garayo fue juzgado como el diabólico «Sacamantecas», que dicho sea de paso, el diccionario define como criminal que despanzurra a sus víctimas. El juicio se celebró

muy poco después de la detención. Los médicos forenses, que fueron en total diez, estuvieron de acuerdo en que no se trataba de un loco, sino de un hombre capaz de decidir y de actuar con libre albedrío. Es decir, que Díaz de Garayo era un perverso consciente, plenamente responsable de sus actos.

Todo el proceso se abrevió en lo posible y fue acelerado ante el interés por quitarse de encima la amenaza de tan peligroso asesino. Garayo fue condenado a muerte y ejecutado en el garrote vil.

Este jueves se cumplen 145 años del primero de los seis crueles asesinatos conocidos del Sacamantecas, el Jack el Destripador alavés. Quizá debería mencionarse al inglés como el «Sacamantecas londinense», porque el alavés causó el terror con anterioridad, unos 18 años antes, aunque ambos cometieron espantosos y terribles homicidios en el último cuarto del siglo XIX.

El asesino en serie más sanguinario de la Llanada, nacido en Eguilaz (San Millán) en 1821, ha sido llevado a los periódicos y también a la literatura en numerosas ocasiones. Pío Baroja lo menciona en la novela *La familia de Errotabo* y Tomás Salvador, en *Cuerda de presos*, narra el traslado del Sacamantecas para ser juzgado en Vitoria. La novela obtuvo el premio nacional de literatura y fue llevada al cine, en 1956.

Aunque el criminal inglés ha sido mucho más mediático, el vitoriano no le fue a la zaga en crueldad. Cometió seis horribles crímenes en menos de una década, desde 1870 a 1879. Fue apresado en septiembre de ese mismo año, tras sus dos últimos y salvajes asesinatos, y ajusticiado en 1881, en la prisión del Polvorín Viejo de Vitoria. Estas son sus principales fechorías.

Uno de los primeros en recoger los asesinatos del Zurrumbón, como también era conocido el aldeano de San Millán, fue el cronista vitoriano Ricardo Becerro de Bengoa, quien el mismo año de su ejecución (1881), a garrote vil, en el Polvorín publicó un folleto titulado «El Sacamantecas, su retrato y sus crímenes, narración escrita con arreglo a todos los datos auténticos», en el que narra con todo tipo de detalles los crímenes de Juan Díaz de Garayo y Ruiz de Argandoña. En él, cuenta que...

El día 2 de abril de 1870, a la caída de la tarde, salieron de la ciudad de Vitoria por el Portal del Rey, dirigiéndose hacia los términos del Polvorín por la carretera de Navarra adelante, un hombre de pobre aspecto, como de unos cincuenta años de edad y una mujer joven aún, de baja estatura, gruesa y regularmente vestida.

Era él un labrador apellidado Garayo y ella una infeliz extraviada llamada M..... muy conocida en la ciudad entre la gente de cierto género de vida. Habían convenido ambos salir a hablar un rato en las afueras, y en efecto, avanzaron por la carretera hasta más allá del camino que cruza al Polvorín, y, tomando en la bajada de la cuesta, hacia la derecha, siguieron el curso arriba del arroyo llamado Recachiqui, que corre por la cuenca que forman los altos de Judimendi y Santa Lucía. (El mencionado arroyo fluye ahora entubado bajo la calle Jacinto Benavente).

Al hallarse a bastante distancia de la carretera se sentaron en una hondonada de la orilla, donde permanecieron un rato en amable compañía, Garayo sacó después tres reales del bolsillo y se los entregó a la M. la cual al verlos empezó a increparle, porque era muy

corta la cantidad. Esto dio origen a una disputa, en la que el labrador le ofreció un real más pretendiendo ella que debían ser cinco.

Sucedieron las palabras duras de una a otra parte y entonces Garayo, arrojándose sobre la M. la derribó en tierra, la sujetó fuertemente, impidiéndole que gritara, le oprimió la garganta con las manos hasta dejarla medio estrangulada, y para acabarla de matar sumergió su cabeza en un pequeño remanso de agua, que hacía el arroyo, y que tenía pie y medio de profundidad, sujetándola con las manos y sosteniéndola en tal posición con una rodilla sobre las espaldas, hasta que observó que había muerto.

El furioso asesino la desnudó después de todas sus ropas, la extendió boca arriba sobre el arroyo, la contempló algún tiempo y, arrojando después los vestidos sobre ella, huyó hacia la ciudad, cuando ya las sombras de la noche habían cubierto casi por completo el horizonte.

A la mañana siguiente un criado de una casa de Vitoria que caminaba por las orillas del Recachiqui encontró «espantado» el cadáver «medio sumergido en el agua» y dio parte de él a las autoridades de la época. Se identificó el cadáver de la mujer «cuyo marido cumplía entonces una condena en presidio, y por más que se creyó que había sido víctima de un crimen, nada pudo descubrirse y la causa fue archivada», concluye Becerro de Bengoa.

«No había transcurrido un año», prosigue el cronista, «cuando el 12 de marzo de 1871, antes del anochecer» el Sacamantecas mantuvo una conversación en una acera de Portal del Rey con una viuda sin hijos, -A. S.-. De más edad que la primera víctima pero también «pobremente vestida» vivía «ganando algunos humildes jornales, unas veces, e implorando la caridad publica, otras», apunta Becerro. Garayo le propuso un «paseo por el campo» y ella le dijo que no había comido en todo el día por lo que él le dio un real y le indicó que le esperaba en la carretera de Navarra.

Tras tomarse un vaso de vino y comer un poco de pan se reunió con Garayo. Juntos caminaron hasta el camino del Polvorín Viejo, para llegar después al de Arana, «tomando por detrás de la casa del Carbonero y campo inmediato, hasta el término llamado Labizcarra», «a cuatrocientos metros» del lugar del primer crimen.

Una discusión por la cuantía económica volvió a desembocar en el mismo resultado. Él «terminó por avalanzarse sobre la mujer, derribarla y estrangularla, oprimiendo su cuello», indica el cronista. «Cuando Garayo se hubo convencido de que estaba muerta, se dirigió, ya de noche, hacia la ciudad, entró en su casa y se acostó».

La «impunidad -ante los dos crímenes sin testigos- debió alentar a su menguado espíritu a proseguir adelante en tan horrible conducta», explica el periodista de la época. Así, el 21 de agosto de 1872, después del mediodía se dirigía «por la carretera de Ochandiano hacia el pueblo de Gamarra Mayor. Los labradores que trabajaban en aquellos campos se habían retirado a comer; no se veía a nadie en todo el contorno», hasta que Garayo se cruzó, entre Gamarra y Vitoria, con una «robusta y agraciada joven, casi una niña» apunta Becerro de Bengoa que posteriormente se sabría que tenía «13 años».

«Verla y sentir el criminal encendidos sus infames deseos. Al pasar inmediato a ella, sin decirle una palabra, le echó la mano izquierda al cuello, la arrastró fuera de la carretera, a una de las acequias inmediatas» donde la asfixió y abusó sexualmente de ella.

«Era una criada de Gamarra que había sido enviada por sus amos a hacer unos encargos a Vitoria, distante de dicho pueblecito unos cuatro kilómetros. Allí, en pleno día en los campos de la llanada alavesa donde jamás habían corrido peligro las jóvenes aunque caminasen solas, quiso su suerte desventurada que cayera en brazos del insaciable monstruo más peligroso y terrible en medio de un país civilizado que las fieras para los viajeros en los territorios salvajes», apunta Becerro de Bengoa.

Este crimen causó «el espanto y la indignación» en Vitoria y en «todas las aldeas inmediatas», por lo que «la opinión pública se inclinó a creer que existían uno o varios criminales misteriosos», contaba Becerro en aquella época. «El terror empezó a cundir por la comarca y ni los padres ni los esposos permitieron que las mujeres se alejaran de los pueblos sin ir bien acompañadas», explica el cronista.

«Ocho días después» del tercer crimen, cuando la Policía todavía trabajaba en descubrir al autor o autores «otro nuevo de idéntico aspecto» vino a completar este cuadro tristísimo».

El cronista indica que Garayo «salió de su casa al anochecer del día 29 de agosto y a los pocos pasos encontró a M.C. muchacha de 23 años, de la cual tenía noticias de que era de mala conducta y costumbres. Se detuvo con ella, le manifestó sus deseos, convino la M. y se adelantó por el portal de Barreras por la carretera de Rioja, seguida de lejos por Garayo, método que éste practicaba para evitar un motivo más de ser descubierto. Caminaron hasta el cruce de La Zumaquera, donde se reunieron, avanzando por él hasta el puente que hay sobre el riachuelo que atraviesa dicho camino».

Una nueva discusión monetaria terminó en «reyerta» y tras estrangularla le clavó una horquilla, que ella misma llevaba, en el corazón. Nadie sospechó de él y en este último crimen incluso algunas sospechas recayeron sobre «un soldado del regimiento de L. entonces de guarnición en Vitoria». El nuevo crimen hizo crecer la alarma social y sobrepasó los límites provinciales. «Las inmediaciones de la ciudad y de las aldeas se despoblaban en cuanto avanzaba la tarde» donde se tomaban «completas precauciones».

«Siempre cauteloso», Garayo «dejó transcurrir un año desde el crimen de la Zumaquera». En una tarde del mes de agosto de 1873, «condujo también a las inmediaciones del Polvorón [Polvorín] a una joven de mala vida, con la que pasó algún rato», narra Bengoa. Se volvió a repetir la misma escena de la discusión de carácter económico para entablar una lucha en la que «la muchacha pudo gritar, mientras aquel la agarraba del cuello». Los gritos alertaron a «algunos soldados de la guardia del Polvorín, ante cuya presencia, el criminal emprendió la fuga».

Un año más tarde, en junio de 1874 Garayo «caminaba solitario por el camino de la Zumaquera» cuando «dio con una mujer anciana y enferma». «Al aproximarse a ella, sin decirle una palabra, le echó mano al cuello, intentando derribarla, pero, resistente la mujer empezó a defenderse y dar voces» lo que alertó a otras dos mujeres que ahuyentaron a Garayo. Según Bengoa, de estos conatos no tuvo conocimiento la justicia.

En 1876, Juan Diaz de Garayo enviudó de su tercera esposa cuya muerte quedó «envuelta en misterio», para un mes más tarde volver a contraer matrimonio con una «pobre viuda de avanzada edad». El quinto y el sexto, o ¿fueron obra de imitadores?

Durante dos años no hubo crímenes de este tipo en Vitoria, pero el 2 de enero de 1878 [1878] se descubrió otro «tan horrible y más sangriento que los anteriores». Fue en el camino entre Mendiola y Castillo, «no lejos de la carretera de Arechavaleta». El cadáver de una mujer de 55 años fue encontrado tras haber sido asesinada y mutilada. «Aquella infeliz, madre de familia», había ido a Arechavaleta a comprar y, a la vuelta, en el camino de Mendiola, cerca del anochecer fue «asaltada por el criminal o criminales», apunta Bengoa quien afirma que Garayo, durante los posteriores procesos judiciales negó «constantemente» este crimen.

La alarma se desató de nuevo en la provincia y «la fantasía de sus gentes», al conocer los detalles del crimen, «bautizaron al presunto autor de los crímenes del campo de Vitoria como El Sacamantecas», «monstruo que asesinaba a niños y hombres para sacarles las mantecas y hacer con ellas ciertas composiciones de maravillosa eficacia», apunta Becerro de Bengoa.

Dos meses después, el 28 de febrero, en una «concurrida pero retirada» calle de Vitoria, «y no de muy buena fama» se cometió otro «espantoso crimen de idénticas formas que el anterior, pero más infame aún si cabe». «Hallábase en su casa la niña M. L. de once años de edad cuando llamó a la puerta un hombre viejo que preguntó si había en la casa algún cuarto vacío». La cogió del cuello y tras abusar de ella le causó varias heridas mortales en el vientre, de las que murió días después en el hospital.

La descripción aportada por la pequeña y gracias a que una vecina vio a un viejo en las inmediaciones de la vivienda fueron claves para apresarle y llevarlo ante la niña quien lo reconoció «tres veces por su víctima en el hospital», asegura Ricardo Becerro de Bengoa. El viejo, A. de 75 años de edad, fue condenado a pena de muerte en Vitoria, en 1880.

Sin embargo, en aquel tiempo apareció el cadáver de una joven que había sido víctima «de los más infames ultrajes» del que se sospechó de «J., el pastor», aunque «no pudo obtenerse ningún resultado positivo». Ante ello, Becerro de Bengoa asegura que «el Sacamantecas tuvo indudablemente imitadores».

El cronista estima que entre el 74 y el 78 Garayo no actuó, concretamente hasta el 1 de noviembre de 1878 cuando «en un molino de las cercanías de Vitoria» intentó estrangular a la molinera cuando se encontraba sola. Sin embargo, ésta pudo escapar y dar parte a las autoridades, por lo que Garayo fue apresado y cumplió dos meses de prisión por este último ataque sin que sospechasen de que fuera el autor de otros crímenes. Más tarde, también intentaría matar a «una mendiga anciana en la carretera de Castilla, entre los pueblos de Gomecha y Ariñez».

Su siguiente víctima fue una joven soltera de 25, natural de Zaitegui, que se encontró «en la carretera entre Murguía y Vitoria» a la que causó graves heridas en el pecho y en el vientre, después de caminar juntos durante un tramo. En ese trecho, «un muchacho peatón, conductor interino de la correspondencia se fijó en ellos» y dos vecinos de pueblos próximos se encontraron con Garayo y charlaron con él, antes de que pasara ~~la~~ bajo «los puentes de Arriaga inmediatos al río Zadorra».

Tras vagar por la zona durante la mañana siguiente, «una pobre anciana cayó en las garras» de Garayo en «el solitario sendero que desde la carretera de Araca pasa por los caseríos de Araca con dirección a Nafarrate». Garayo terminó por «abrir de arriba a abajo» a esta labradora, M. A. de 52 años, vecina de este último pueblo, entre otras atrocidades.

Al día siguiente, el Juzgado de Vitoria tuvo conocimiento de los asesinatos de Zaitegui y Araca, lo que elevó el caso de El Sacamantecas a «las provincias inmediatas, en España entera, y se transmitió al resto del mundo», según Becerro.

Las pocas personas que le vieron los días de los hechos fueron interrogadas y las autoridades concluyeron que los datos coincidían con los de Juan Garayo, que ya había estado encarcelado por el ataque a la molinera, por lo que ordenaron su búsqueda y captura.

El 21 de septiembre, según la crónica de Becerro de Bengoa, Juan Díaz de Garayo y Ruiz de Argandoña volvió a Vitoria y fue apresado y conducido a la cárcel, donde acabó por confesar seis asesinatos y cuatro tentativas.

El 11 de mayo de 1881 el Sacamantecas era ejecutado en público, a garrote vil, en el Polvorín ante la expectación de un pueblo tras haber atemorizado durante una década.

El sacamantecas, o el Hombre del Saco, o Camuñas. La rumorología popular ha bautizado con estos nombres a los asesinos crueles. Sacar las asaduras, chupar la sangre eran expresiones que aterrorizaban con sólo mentarlas. El auténtico Sacamantecas fue un labrador alavés, un descuartizador de mujeres sanguinario.

«Duerme tesoro
que viene el Coco
y se come a los niños
que duermen poco».

Esta siniestra amenaza no procede de ninguna leyenda de la España negra ni de una mente literaria distorsionada por drogas o enfermedades degenerativas. Es simplemente una canción de cuna. Los niños españoles, y yo entre ellos, fuimos acunados, en general por nuestra madre que nos cantaba con dulzura historias horripilantes.

Con esto conseguían dos objetivos muy dispares. El primero era crear en nuestra mente una sensación de inseguridad, de peligro, con lo cual se suponía que el niño sería prudente y sumiso, obedecería a sus mayores para alejar el quimérico peligro de hallarse solo, abandonado por los suyos ante El Coco o cualquiera de sus prosélitos.

Por otra parte, era bueno mantener el principio de autoridad en manos de los mayores pensando que así se alejaba a los pequeños de los auténticos peligros de la noche, y en general de la vida. Estas intenciones, más o menos sanas, se veían en realidad frustradas porque los pequeños, en general más impresionables que los adultos, se veían afectados por el terrible síndrome del miedo.

Miedo, miedo a todo lo insólito, miedo a la noche. Era un paraguas protector para los pequeños y una tranquilidad para los mayores, que suponían que así sus criaturas no se

alejarían de ellos, no se aproximarían a carreteras o caminos frecuentados por desconocidos y huirían como alma que lleva el diablo ante lo desconocido, fuese un vagabundo, un buhonero o un mendigo. Ahí los uniformes empezaron a adquirir un prestigio inmerecido. Por influencia materna, un guardia o un militar se veían exentos de cualquier sospecha de peligrosidad.

Esto por definición sabemos de sobra que es ridículo, pero respondía a una especie de consigna tácita, entre los mayores, de crear en el niño una sensación de seguridad ante la autoridad en contraste con los extraños, sobre todo, que parecían de condición modesta o iban pobremente trajeados.

Los niños, generalmente, están menos preparados a afrontar situaciones insólitas: Un hombre que aborda a un niño en una calle oscura, quizá con la única intención de preguntarle por la tienda de la esquina o la ubicación de una iglesia, debía producir terror al chico y hacerle huir sin llegar siquiera a comprender lo que le han preguntado.

A esto contribuían, por supuesto, la proverbial mala y escasa iluminación de nuestros pueblos y facilitaban las reuniones alrededor del fuego del hogar, las charlas bajo soportales o atrios, pero teniendo siempre a los pequeños más o menos a la vista.

En nuestro país se tuvo muy poco en cuenta la opinión de los pequeños y se acallaba con una bofetada o un azote cualquier intento de escapar a esa obediencia rutinaria. Lo terrible para los mayores es que, como los pequeños nunca fueron especialmente estúpidos, muchos empezaron a darse cuenta de que las cosas no eran exactamente como se las contaban y que las amenazas de ser devorados si cruzaban la calle, aunque fuera sólo para comprar un tebeo, no se cumplían nunca. Si eran obedientes se quedaban sin tebeo, eso es todo. Había, pues, una rebelión soterrada entre los más audaces.

Claro que había algunos malvados que de verdad abusaban de los niños, pero eran un número tan mínimo que los mayores para asustar a sus hijos tenían o que inventarse seres quiméricos como El Coco o buscar referencias foráneas -que por supuesto ellos no situaban en el mapa-, para que los pequeños no supieran si estas amenazas de perder las mantecas, la sangre o incluso la vida venían de tierras remotas -remoto era todo lo que no se situaba a menos de veinte kilómetros- o del vecino de al lado.

A pesar del natural y casi institucional miedo creado por los mayores, nuestros niños empezaron a tomarse esos peligros a beneficio de inventario. Durante siglos ha sido una lucha desigual, una lucha sobre todo intelectual, a pesar de que casi nadie intuía siquiera las consecuencias para la formación de los jóvenes de esa investigación al acojonamiento como prevención de males mayores.

Así, con el miedo por delante, con la amenaza de la llegada inminente del Hombre del Saco para llevarse a los niños a unas cuevas sórdidas donde serían devorados lentamente, donde les sacarían la sangre y las grasas, pensaban conjurar los peligros reales -que el niño tirara una piedra al ventanuco del vecino, o se comiera las manzanas del huerto cercano-.

Pero llegó un momento en que estos monstruos imaginarios empezaron a perder prestigio. Esto sucedió cuando las cabecitas pequeñas pero pensantes fueron conscientes de la poca veracidad de esas amenazas. No había ninguna referencia seria de que un niño real como

nosotros fuera devorado por el simple hecho de comerse las manzanas del vecino, romper un cristal o dormir poco.

Y sin embargo esta amenaza, y otras muchas que han sido espada de Damocles para la tranquilidad del pobre infante hispano, existen desde tiempo inmemorial. El Coco no es otro que el Hombre del Saco, el Tío Camuñas, El Bute (hombre del saco andaluz, de gran prestigio entre los niños de la provincia de Granada, sobre todo), el Tío Saín y el Tío Garrampón (creaciones levantinas), y otros muchos de mayor o menor importancia, pero que en general no son sino una repetición ligeramente adaptada a la región o a la ciudad en que se situaba a esos malvados.

Todos ellos, menos quizá El Cortasebos, carecen del menor encanto literario. Son en general gente tosca, brutal, incapaz de originar una leyenda e inspirar a un Hoffmann, Poe o hasta nuestro modesto pero no menos aterrador Gustavo Adolfo Bécquer.

Todos ellos proceden del acervo popular más tosco, empecinado en la creación de asustadores folclóricamente posibles. Forman parte de nuestra terrible leyenda negra, tan dada a la carnicería, a la casquería casi, como siniestro precedente del gran Guiñol francés o el más retrógrado cine gore.

El Cortasebos, un Sacamantecas extremeño, es posiblemente la única de las variantes del monstruo devorador de criaturas que fue inventado por una imaginación algo más sutil.

Es un fantasma, el fantasma de un agricultor que robaba a los niños porque él nunca los tuvo, era estéril y esto le producía los mayores traumas. Salía a las doce de la noche, la hora de los espíritus, en busca de niños que se hubieran portado mal y les sacaba la sangre y las mantecas.

Puede que estuviera inspirado en una leyenda ligeramente más plausible, «la del coche de la sangre». En ésta, unos seres diabólicos recorrían páramos y bosques en una sanguinaria búsqueda de niños perdidos o simplemente durmientes y les chupaban la sangre, se la extraían para dársela al hijo tuberculoso de algún rey o de una familia muy rica, con el pensamiento de que la mezcla de la sangre corrompida de los nobles y la sana de los vasallos curaría o al menos aliviaría las enfermedades de los poderosos.

De paso, convenía crear el terror entre los pobres niños para que éstos se quedaran en casita y no se atrevieran a la menor travesura. Esto originó las bandas de adolescentes conjurados en la defensa del grupo contra la perfidia de los mayores.

Incluso las mujeres participaron de esta reacción. Las más fuertes y con sentido corporativo fueron las monjas, que se encerraban a cal y canto en sus conventos, prestas a defenderse de todo Hombre del Saco, de todo Camuñas o Sacamantecas que se acercara por allí.

La verdad es que ninguno de estos seres tenía el menor soporte real, ni siquiera el perfume de lo legendario. Eran malvados para andar por casa; crueles asesinos, eso sí, pero sin el menor valor literario.

Es curioso que en un país tan imaginativo artísticamente -pensemos en la pintura negra de Goya, en Solana- los asesinos hayan sido siempre tan torpes, tan poco creativos. Los

crímenes españoles tienen casi un argumento único: hombre embrutecido que descuartiza a su parienta por celos o en un momento de cólera insuperable -debido, eso sí, a razones fútiles-. Al cabo de unas horas, este salvaje se suicidará despeñándose o colgándose de un árbol. Con lo cual, no se precisa de la menor indagación, no tiene misterio.

Y ese es el drama del crimen español. No tiene misterio, es un hecho violento y no responde en general a ninguna creación maligna ni siquiera a la menor sutileza intelectual. Así pues, nuestros Sacamantecas fueron, casi seguro, producto de la invención popular para asustar a los pequeños de la casa.

No era el Sacamantecas, sino los diversos Sacamantecas, con nombre gallego, vasco, catalán, bable o castellano, quienes con las pequeñas variantes localistas eran los encargados de alimentar y distribuir los terrores populares.

Creo que el último de ellos, cronológicamente, fue el Sereno, un personaje ya desaparecido de nuestras calles, pero que supo como pocos congeniar la ley y el terror.

En principio era un hombre de autoridad muy limitada, un peripatético de la noche en ciudades y pueblos, un solitario y misterioso individuo que, armado solamente de un chuzo (una especie de estaca coronada por un agudo pincho), era encargado por las autoridades municipales de mantener la ley y el orden en la noche, aunque también era empleado muchas veces para otros menesteres más simples, como dar la hora a grito pelado, rompiendo el silencio y despertando a más de un ciudadano; de anunciar (por cierto, mucho mejor que el hombre del tiempo actual) la temperatura aproximada y cualquier inclemencia climatológica; de avisar al médico cuando alguien se ponía a parir (en sentido figurado y también en el más realista), y de velar, en fin, por la seguridad y la calma. La verdad es que esto último no lo cumplía estrictamente.

La mayoría de ellos apestaban a vino, mistela o cazalla, según la región, y aunque su misión era también la de abrir la puerta a los vecinos de su sector, no siempre encontraban la cerradura.

Este hombre, este auténtico guardaespaldas, modesto y casi siempre servil, vivía de una ridícula remuneración mensual y de las propinas y regalos de los vecinos. Ni que decir tiene que la presencia del sereno producía inquietud y hasta miedo a los niños, con su guardapolvos grisáceo o azul, según la región, y su gorra, amén de su lanza de andar por casa.

A menudo era espectacular, teatral, cuando daba un golpe en el empedrado con su chuzo y anunciaba: «Las tres y media y sereno», su voz resonaba en las calles vacías y seguro que muchos niños perdían el sueño después de su deambulante pasada.

Este sereno era un Sacamantecas en ciernes para los críos de la vecindad, que creían que su misión principal era la de acogotar, lancear y asesinar a los niños desobedientes o díscolos con la anuencia de sus progenitores. No sé por qué tradición secular los serenitos eran asturianos o gallegos y hablaban con un fuerte acento.

No estaban preparados en gimnasios o academias, pero tenían una mala leche que compensaba estas carencias. A golpe de chuzo podían dejar fuera de combate a todo tipo de delincuentes por peligrosos que éstos parecieran. Pero un solo individuo, por bruto que

fuera, no podía resistir largo tiempo, apenas armado, y mal alimentado. El mal, los terrores, fueron acrecentando sus poderes y los hombres del saco se adueñaron de la situación.

Corrían cada vez más historias espeluznantes, de sacamantecas, chupasangres y otras lindezas. Sería muy difícil dar una entidad humana a estos personajes de pesadilla si no fuera porque uno de ellos se humanizó, se concretizó en un hombre de carne y hueso.

Por una vez la leyenda precedió a su fundamento real. Se tenía noticia de sujetos que asesinaron a personas para extraer manteca, cosa que ocurrió muy frecuentemente en tiempos de la Inquisición y hasta bien entrado el siglo XX, y si se asustaba a los niños con ellos era para evitar que se acercasen a los desconocidos. Eran hombres que encargaban a otros matar a niños lustrosos y hasta alguna mujer y luego les extraían la sangre y la manteca para venderlas. (La última versión conocida de esta figura tan genérica como siniestra es El Sereno).

Ha habido en España candidatos al Oscar de los horrores en todos los rincones de nuestra tierra, pero ninguno como un verdadero creador del crimen artesanal: el alavés Juan Díaz de Garayo y Argandoña, que se hizo un puesto de honor en la crónica negra, no sólo del País Vasco sino de España entera.

No se trataba de ningún gañán abotargado, de ningún cerebro minus desarrollado. Había nacido en Eguilaz en el año 1821, y su carrera de crímenes, en cierta manera muy similar a la de Jack el Destripador, fue, sin embargo, mucho más larga y generosa en cuanto a su cantidad y también a su ensañamiento.

Él se convirtió, con toda justicia, en el auténtico Sacamantecas, un ser mitificado en coplas de ciego y otras leyendas populares. Era labrador y fue el asesino en serie más importante del país, con la excepción del Hombre Lobo de Allariz, Manuel Blanco.

Durante casi diez años, Juan Díaz cometió por lo menos 10 crímenes probados, aunque se supone que debieron ser muchos más. Nunca salió de su región. Y en ella asesinaba, siempre a mujeres. A diferencia de otros criminales más selectivos o de gustos más refinados, Juan Díaz de Garayo responde perfectamente al esquema del asesino impulsivo que mata indiscriminadamente a viejas y jóvenes, ricos y pobres... bastaba que fueran mujeres. Era un hombre de complexión fuerte que elegía sus víctimas obedeciendo casi siempre a un estado de excitación criminal que le convertía en un verdadero depredador.

Su primera víctima conocida fue una prostituta de muy modesta condición, una ramera callejera. Fue abordada por el asesino y ambos discutieron durante un momento sobre el precio. Garayo ya era un hombre mayor de cincuenta años y no precisamente un tipo desenvuelto u ocurrente.

Al no llegar a un acuerdo con la mujer, él, que se había ido excitando durante la discusión, se lanzó sobre ella y la estranguló. Después se llevó el cuerpo hasta un lugar apartado y allí lo violó y sodomizó. Durante el proceso, años después, los jueces no encontrarían ningún atenuante en los actos de Garayo.

Se dictaminó que no se había apoderado de él ningún impulso invencible, ninguna locura transitoria que nublara su mente llevándole al crimen. Estaba excitado, sí, pero habría

podido vencer sus impulsos si así lo hubiera querido. Parece ser que, como colofón a su crimen, abrió el vientre del cadáver y eyaculó una segunda vez sobre el mismo.

Así fue la primera vez y así fueron las siguientes. Su sistema, si es que se puede hablar de sistema, era siempre el mismo. Abordaba a las mujeres en cualquier sitio solitario, las forzaba y las asesinaba sin la menor piedad.

Con el transcurso del tiempo sus crímenes se fueron haciendo más monstruosos, incluyendo el desgarramiento de las entrañas de la víctima, la mutilación -para la que usaba un cuchillo de monte para cazar osos-. Cuando había terminado con ellas, abandonaba los cuerpos en el bosque y no había en él el menor rastro de piedad, de arrepentimiento. Parecía alguien ignorante del daño irreparable que producía a cada vez que se dejaba llevar por el impulso de sus deseos. Era como una bestia humana.

El tiempo que transcurría entre sus crímenes parece que la vida de Garayo era normal y aburrida. Se casó en cuatro ocasiones y sus matrimonios fueron cada vez más frustrantes para él. El primero, con una viuda del lugar apodada la Zurrumbona, fue el más duradero y él vivió un periodo de paz, dedicado a las labores del campo y a la caza.

Pero al cabo de 13 años, tras la muerte, en circunstancias extrañas, de la Zurrumbona, Garayo inició su carrera sangrienta. El espacio entre sus crímenes se fue acortando lentamente. No hay ninguna prueba de que él asesinara a sus siguientes esposas, aunque al menos dos de ellas murieran en circunstancias extrañas. Pero eso no levantó sospechas razonables entre los habitantes de la zona y mucho menos entre la escasa representación de la justicia -una pareja itinerante de la Guardia Civil-.

Sin duda, envalentonado por su siniestra impunidad, Garayo continuó su terrible carrera dejando rastros y pistas que apenas se preocupaba en ocultar. Sus víctimas seguían siendo siempre las mismas: mujeres pobres, solitarias, viejas o jóvenes. Asesinó y se ensañó también con algunas jovencitas, pero era realmente una fiera, cuyo placer era la satisfacción de sus instintos menos sexuales que fruto de una profunda crueldad.

Varias veces estuvo a punto de caer en manos de la justicia, atacando en pleno día a sus víctimas. Algunas lograron escapar, pero daban unas descripciones tan horribles y exageradas que no conducían a esclarecer la personalidad del delincuente. Fueron nueve años de terror en la región del llano alavés.

Por supuesto que desde el primer asesinato el pueblo comenzó a darle el sobrenombre del Sacamantecas, concretizando los miedos atávicos del acervo popular. Y un día, sin una razón aparente, sin una pista seguida con cierta inteligencia, o al menos oficio, por aquellos pobres servidores de la ley, Garayo fue descubierto por una niña a quien no había visto en su vida.

Sin duda, en la cabeza de la criatura era la representación perfecta de sus pesadillas. La chica le señaló gritando: «¡Ese es! ¡Es él, el Sacamantecas!». Eso originó una reacción de las gentes del pueblo y que Garayo fuera interrogado y que la policía descubriera, al hacerle algunas preguntas más o menos acusatorias, que él se derrumbara y confesara sus feroces crímenes. Fue juzgado con bastante rapidez y ejecutado por garrote vil, esa versión ibérica de la horca o la guillotina, pero diez veces más cruel y espantosa.

Juan Díaz de Garayo es un caso claro del asesino cruel, sin freno de ningún tipo, que hiere, descuartiza y mata por puro placer. Sus rasgos, que ayudaron sin duda a que la niña denunciante reconociera en él la plasmación de sus miedos, responde perfectamente a lo que Lombroso define en su libro *L'uomo delinquente* (*El hombre delincuente*) como la tipificación física del criminal.

Sus teorías -se le considera el padre de la antropología criminal-, así como las de sus seguidores y discípulos, Ferri y Garofalo sobre todo, pretenden que el criminal en estado puro tiene una morfología especial, que la causa de su maldad está en parte determinada por la estructura de su cráneo: frente breve y huidiza, cerebro pequeño, casi como un hombre de Neandertal, en quien la evolución no se ha completado.

Esos individuos no serían, pues, seres libres, ni dueños al cien por cien de sus actos. No serían, entonces, culpables. Habría, eso sí, que encerrarlos por su peligrosidad, pero nunca ejecutarlos por sus actos exentos de libertad.

Estas teorías, cuya vigencia duró mucho más tiempo del presumiblemente lógico, sí ayudaron en casos muy concretos a completar el retrato de los asesinos en primer grado. Las teorías de Lombroso son hoy inadmisibles, sobre todo en sociedades evolucionadas; sin embargo, en nuestro país y en el medio rural del siglo XIX sirvieron para que inconscientemente una niña, que posiblemente no se había liberado aún de su memoria cósmica, ayudara a cazar a uno de los más siniestros y repugnantes asesinos de nuestra historia.

Juan Díaz de Garayo Ruiz de Argandoña (1821-1880) más conocido como «el Sacamantecas»: nació en Eguilaz, cerca de Agurain y fue un célebre asesino en serie que aterrorizó la Llanada Alavesa durante el siglo XIX.

En su haber se contabilizaron 6 asesinatos de mujeres y otros 4 intentos frustrados. Su fama fue tal que se convirtió en un personaje del folclore popular, que es invocado cuando se quiere asustar a los niños.

«En el lugar de Eguilaz a 17 de octubre de éste presente año de 1821, yo el infrascrito presbítero, cura y beneficiario de la iglesia parroquial de este lugar de Eguilaz, bauticé solemnemente en la pila bautismal de esta iglesia a un niño a quien puse por nombre Juan, el que nació, según declaración de sus padres a las nueve de la mañana del día 17 de octubre.

Hijo legítimo de Nicolás Diaz de Garayo y de Norberto [Norberta] Ruiz de Argandena, él natural de Eguilaz y ella de la Villa de Alegría de Alava...».

Así reza la fe de bautismo de Juan Diaz de Garayo expedida en la Iglesia parroquial de Eguilaz, pueblo situado a corta distancia de la Villa de Salvatierra – Agurain, en las proximidades de Vitoria.

Hijo de labradores, dedicó su vida a los menesteres propios de esta condición. Desde muy pequeño fue enviado por sus padres a los pueblos de los alrededores a servir como criado. De éste modo recorrió Salvatierra -Agurain, Alaitza, Okariz, Izarza y Alegría- Dulantzi, entre otros.

Esa costumbre, habitual entre los aldeanos alaveses, se imponía por necesidad, máxime en una época de penuria económica como era aquella de sus primeros años de vida, coincidentes con los momentos de mayor efervescencia de la Primera Guerra Carlista.

Más tarde prestaría sus servicios como «criado práctico» en la casa de un herrero en la Villa de Alegría, donde permaneció siete años, al término de los cuales supo las dificultades y apuros de una viuda joven para sacar provecho a unas tierras que tenía en arriendo y que le habían quedado de su matrimonio con un tal «Zurrumbón».

Avisado por una mujer de Alegría que tenía parentesco con la viuda partió para la hacienda de la zurrumbona a sabiendas que era el momento más propicio para ofrecer sus servicios como jornalero, pues coincidía con la época de la sementera.

Durante los primeros años mostró interés por llevar las tareas del campo de la mejor manera, «ofreciéndola compras, por su parte, una pareja de bueyes» con el dinero que había ahorrado en casa del herrero.

Su comportamiento fue siempre digno e irreprochable. Llegada la ocasión -convenida de antemano- decidieron contraer matrimonio, del que resultaron cinco hijos. Se sabe que sólo tres sobrevivieron, de los cuales: dos varones y una hembra.

Como consecuencia de ésta unión Garayo heredó -como es práctica de los pueblerinos y caseros- el sobrenombre del «Zurrumbón» y será con éste apodo recordado entre sus convecinos a pesar de que aparezca éste otro de «Sacamantecas» en los expedientes judiciales. (El día 19 de noviembre de 1879, *El Anunciador Vitoriano* publica una nota aclaratoria de que éste sobrenombre le venía de su primera viuda, que se había casado con Don José Acedo «Zurrumbón». Se publicó ésta en interés de la familia, para evitar toda posible relación con Garayo.

Duró aquel matrimonio trece años en el transcurso de los cuales vivió la pareja sin altercados notorios ni contrariedades o preocupaciones económicas sensibles hasta 1863, año en que muere la viuda. Hasta este momento, un cierto sentido de la economía doméstica y un control de los ingresos que le proporcionaban el campo, añadido a las escasas aspiraciones materiales éste hombre, dirigidas únicamente a asegurar la vejez de ambos, le permitió vivir descansado cuidando de la educación de los hijos.

Pero los tiempos no iban a su favor y al poco de morir su mujer, tuvo que ocuparse directamente del labrantío, abandonando las tareas caseras y por tanto la educación de sus vástagos. Preocupado por el desorden en que vivían decidió Garayo casar de nuevo «cuentan que era una mujer de carácter áspero y de violento genio» con lo que, en vez de asegurar una convivencia pacífica, la disipó; entablándose entre ella y sus hijastros constantes reyertas, arraigándose los odios y dando lugar a que aquéllos huyeran de su casa, colocándose el mayor como criado y haciéndose vagabundos y pordioseros los menores.

Esta unión fracasada tornó a Garayo egoísta, huraño y solitario. Permanecieron juntos hasta 1870 año en que su mujer, que padecía una enfermedad variolosa, muere a consecuencia de ella. Siete años de desastrosa convivencia produjeron en él importantes secuelas en su comportamiento, con anterioridad había sido un hombre pacífico pasó a

desentenderse de los hijos y cuando pasaba de los cincuenta decidió casarse por tercera vez.

La situación empeora cada año que pasa junto a ésta mujer. Resulta ser alcohólica y más desastrosa aún que la anterior matrimonio que se verá interrumpido por la misteriosa muerte de ella a los cinco años de convivencia que él contaba así:

«En la noche del 3 de abril de 1876, al volver del campo- donde estuve trabajando desde las cinco de la mañana y subir a la habitación nuestra- encontré la puerta cerrada y como al llamar no me contestó nadie, metí la mano por la gatera y saqué la llave de la puerta que yo mismo dejé allí cuando me marché a la mañana, quedándose mi mujer en la cama buena y sana. Al entrar en la alcoba vi que estaba agonizando. Salí asustado y busqué a un médico, el cual al ver que mi mujer no hablaba y que iba a expirar, mandó que viniera un cura y le diese la Unción».

Los primero [primeros] crímenes de Garayo, que no pudieron ser demostrados, son anteriores a la muerte de su tercera esposa, aunque llegó a contraer nupcias cuatro veces, no se cree que cometiera agresión contra ellas.

No debió pesar a su ánimo la muerte repentina de su tercera esposa pues más tarde contraía nupcias con una viuda de edad avanzada, de nombre Juana Ibisate, que le sobrevivió. La paz duró poco entre ellos y fue interrumpida pronto debido a las constantes discordias que surgieron en torno a la economía doméstica, sobretodo [sobre todo].

Él le increpaba porque bebía demasiado y el testimonio de la viuda era todo lo contrario y le acusaba de malgastar el dinero en toda clase de vicios. Lo cierto que esta mujer murió desprestigiada y abandonada por todos los suyos. Su testimonio, involuntariamente, fue definitivo para la detención de Garayo, al confesar al alguacil Pinedo que había pagado a una anciana de Vitoria veinte pesetas en concepto de indemnización para que no denunciara a su marido, al parecer le había atacado en alguno de los caminos de la ciudad un día que pedía caridad.

Entre los años 1870 y 1879 asesinó y violó a seis mujeres, cuatro de ellas prostitutas, de edades comprendidas entre los 13 y los 55 años, e incluso a alguna de ellas les produjo grandes mutilaciones. Se le imputaron también varios intentos más que no pudo consumir.

Estuvo casado cuatro veces y enviudó tres, aunque al parecer no mató a ninguna de sus mujeres.

Fue apresado [en](#) y condenado a muerte, murió por garrote vil al año siguiente en la prisión del Polvorín Viejo de Vitoria

Se hizo famoso por sus crímenes en toda España y se usaba su nombre para asustar a los niños.

En la Edad Media y ya avanzado el siglo XIX y comienzos del XX, se hizo tremendamente popular el apodo de sacamantecas a toda aquella persona relacionada con el llamado. Éste era un calificativo que se usaba para asustar a los niños e impedirles que hicieran sus tropelías.

Se decía que a los niños se les sacaba el sebo (grasa corporal) para fabricar una especie de ungüento que a la postre serviría para sanar y/o curar la tuberculosis. Uno de los más famosos sacamantecas, aunque lo fuera propiamente, fue Manuel Blanco Romasanta, a quien se le atribuyeron varios asesinatos de niños y adultos en Galicia.

Juan Díaz Garayo fue el «Sacamantecas», la persona que dio origen a la leyenda. Desde entonces los sueños de miles de niños se han visto perturbados por una figura imaginaria y sin rostro. Es hora de saber su historia.

Juan Díaz de Garayo Ruiz de Argandoña (1821-1880), más conocido como «el Sacamantecas» fue un célebre asesino en serie que aterrorizó la llanada alavesa durante el siglo XIX. En su haber se contabilizaron 6 asesinatos de mujeres y otros 4 intentos frustrados.

Su fama fue tal que se convirtió en un personaje del folclore popular, que es invocado cuando se quiere asustar a los niños. Era natural de Eguilaz.

Juan Díaz de Garayo fue un hombre fuerte, de buen talle y ancho de hombros. Tenía accesos de repentino furor, que le hacían buscar a sus víctimas. Violaba a sus víctimas brutalmente y las desgarraba el vientre con un cuchillo. Pensaba que era cosa de los demonios que se apoderaban de su mente.

A medida que va cometiendo los asesinatos, la saña y la furia es mayor. Entre el primer y segundo asesinato pasa un año. Entre éste y el siguiente, año y medio. Este tiempo transcurrido, en comparación con los siguientes crímenes, hacen sospechar que hubo algunos que nunca se conocieron.

En agosto de 1872, los crímenes tercero y cuarto se producen de forma casi seguida, en parecidas circunstancias a los anteriores. La tercera víctima no es ya una prostituta, sino una chiquilla de trece años. La cuarta vuelve a ser otra prostituta, pero joven. Mata y viola como a las demás, pero prueba de su creciete sadismo y de su pérdida de control le causa múltiples heridas con una aguja que ella llevaba en el pelo para sostener el peinado. Las mujeres de la comarca empezaban a hablar de un monstruo que sacaba las mantecas de sus víctimas.

Durante la investigación policial se establecieron varios intentos de asesinato que no se consumaron. Pasan, así, cuatro años. Durante estos años enviudó por tercera vez.

En septiembre de 1878, tras dos ataques a dos ancianas, se produce el quinto crimen. Se trata de una campesina joven, alta, fuerte, que se defiende con desesperación. Juan Díaz de Garayo acaba por atravesarle el pecho de una puñalada; luego, una vez muerta, celebra su sádico ritual de sexo y sangre. El cadáver queda cosido a puñaladas y con el vientre abierto. Le quitó la aguja de coser que llevaba como pasador de pelo y se la clavó cincuenta veces en el pecho. Y siempre, después de cada crimen, iba a esconderse en el dolmen. El periódico *El Pensamiento Alavés* abría su portada así: «Se busca a un sacamantecas».

Dos días más tarde, vuelve a matar a otra campesina a la que estrangula, fuerza y mutila después de muerta, desgarrándole el vientre -que es como la marca de sus asesinatos-.

Las crónicas de la época lo calificaban de «monstruo rarísimo en quien la rara anomalía de la crueldad lasciva se asocia con la no menos rara del amor a los cadáveres». Continúa: «macho brutal, marcado con profundos estigmas atávicos y atípicos. La frente hacía recordar, tal como la describen los que la vieron, el cráneo de Neandertal. Las mandíbulas eran enormes. El rostro presentaba grandes asimetrías».

Hombre muy primitivo, tenía la apariencia de un enorme mono. Vivía como un labrador sobrio, austero, que se dedicaba a su trabajo. Hasta donde se sabe, su vida criminal coincide con su edad madura, los 50 años. Fue cuando se volcó su herencia genética: había nacido de una madre gravemente neurótica y alcohólica y de un padre igualmente alcohólico. Se cuentan seis crímenes, pero se teme que fueran muchos más.

Mientras cometió sus asesinatos, las mujeres tuvieron mucho miedo. Se encerraban en cien leguas a la redonda del campo alavés en que cometía sus fechorías, y aunque no se tiene constancia de que fuera un errabundo viajero que cometiera crímenes en otras regiones, el relato de sus atrocidades por medio del boca a boca sembró el miedo en todo el país. La policía buscaba a alguien que creían muy inteligente, feroz y que no dejaba huellas.

Cuenta Constancio Bernaldo de Quirós, en su libro *Figuras delincuentes*, que al entrar a servir Díaz de Garayo temporalmente a un labrador, una niña pequeña le señaló sin haberlo visto nunca y le dijo: «¡Qué cara! Parece el Sacamantecas!». Eso hizo que la vecindad le acosara y que la autoridad acabara por detenerle e interrogarle. Con gran sorpresa, los policías descubrieron que, al poco de someterle a las preguntas de rigor, se derrumbaba y confesaba sus feroces asesinatos.

Juan Díaz de Garayo fue apresado y encerrado en la prisión de Vitoria. La Guardia Civil contaba que Juan había confesado no saber lo que había hecho, casi no podía articular palabra. En el informe forense se destacaba: «Su cráneo, su frente parece la de un neandertal. Mandíbulas prominentes. Es un macho brutal, un monstruo. Su rostro está lleno de asimetrías. Un enigma de la moderna antropología. Y en los crímenes algo extraño le ha obligado actuar. Él dice que ha sido el demonio». (Informe forense de Bernardo de Quirós).

El juicio se celebró muy poco después de la detención. Los médicos forenses, diez en total, estuvieron de acuerdo en que no se trataba de un loco, sino de un hombre capaz de decidir y de actuar con libre albedrío. El proceso se abrevió en lo posible.

Un mes después, el más famoso verdugo de la época, Gregorio Mayoral, llegado de Burgos; lo sentaba en el garrote vil. Y el verdugo no pudo evitar el miedo. Aquel hombre era diferente. Algunos juran, que aquella noche en la prisión, se oyó un extraño grito.

Antes de que Jack el destripador sembrara el terror en el Londres Victoriano de 1888, un campesino alavés se le había adelantado, ostentando ser el primer asesino en serie de la Historia. Juan Díaz de Garayo asesinó y violó a seis mujeres de edades comprendidas entre los 13 y 52 años entre los años 1870 y 1879 en los campos de Álava, amén de otros intentos no consumados.

Su «modus operandi» siempre era idéntico. Abordaba a las mujeres en plena calle forzándoles a mantener relaciones sexuales con él. Cuando se resistían les estrangulaba y les desgarraba el vientre con un cuchillo extrayéndole toda la grasa del cuerpo.

Su primera víctima fue una prostituta, a la que Garayo acompañó siguiendo el curso del río Errekatziki. Ocurrió el 2 de abril de 1870. A las afueras de Vitoria le ofrece tres reales a cambio de mantener relaciones sexuales con él. La mujer le solicita cinco, y no satisfecho con ello, Garayo se abalanza sobre ella estrangulándola y ahogándola en la ribera de un arroyo. Un criado halló el cadáver al día siguiente. La víctima fue identificada, pero el caso se cerró ante la falta de pruebas, algo que se convertiría en una constante en el resto de sus crímenes.

El 12 de marzo de 1871 comete su segundo asesinato. La víctima se trataba de una mujer viuda a la que convenció para mantener relaciones. Se trasladaron hasta las afueras de la ciudad, y la historia volvió a repetirse. Él le ofreció poco dinero, ella pidió más, discutieron, y en medio de la disputa la estranguló. Las autoridades tampoco lograron esclarecer el caso, que cayó en el olvido.

La tercera de sus víctimas fue una niña de tan sólo trece años a la que el 2 de agosto de 1872 violó y asesinó.

El 29 de agosto de 1872 vuelve a asesinar, esta vez a una joven prostituta.

Tras siete años sin matar, los días 7 y 8 de septiembre de 1879 finaliza su sangrienta carrera antes de ser detenido, matando a una joven y a una mujer de 52 años.

Varios intentos frustrados se suman a esta larga lista de asesinatos. ¿Pero era realmente la agresión sexual sobre sus víctimas lo que le movía a matar? A finales del siglo XIX la creencia popular sostenía que con las grasas del cuerpo se sanaban algunas enfermedades. Para ello se fabricaba una especie de ungüento con las entrañas de las personas. En aquella España negra, oculta y ancestral, las familias adineradas fueron capaces de pagar grandes sumas de dinero a gente sin escrúpulos que mataban para sacar la grasa y así poder utilizarla para sanar enfermedades. Díaz de Garayo fue uno de estos «Sacamantecas» a los que se les encargaba extraer el unto de las víctimas a cambio de unas monedas.

En el juicio afirmó que una noche mientras dormía en su chabola, recibió la visita de una sombra negra, el mismísimo diablo, que le ordenó cometer aquellos crímenes.

En el informe forense de Bernardo de Quirós se recogía: «Su cráneo, su frente parece la de un neandertal. Mandíbulas prominentes. Es un macho brutal, un monstruo. Su rostro está lleno de asimetrías. Un enigma de la moderna antropología. Y en los crímenes algo extraño le ha obligado a actuar. Él dice que ha sido el demonio.»

Ramón Apráiz, un prestigioso médico alavés, junto a once colegas dictaminaron que no existía en Díaz de Garayo enajenación mental, siendo perfectamente consciente de lo que hacía.

A las ocho de la mañana del 11 de mayo de 1881, en el polvorín viejo de la ciudad de Vitoria, se le cubrió la cabeza al sacamantecas con un capuchón negro y se le rodeó con un collarín de hierro. El verdugo más famoso de la época llegado desde Burgos, Gregorio

Mayoral, comenzó a girar el torno hasta que se le quebraron las vértebras cervicales y el sacamantecas murió asfixiado.

El garrote vil había puesto fin a uno de los mayores sanguinarios que nos ha dado la Historia de España.

Su cadáver se expuso públicamente para el «macabro» goce de aquellos vecinos que deseaban verlo muerto, y fue enterrado en una fosa común del cementerio de «Santa Isabel» en Vitoria.

Varios antropólogos de Bélgica y Suiza viajaron hasta Vitoria para observar el cráneo de aquel asesino totalmente desproporcionado.

En el norte de España durante décadas se ha utilizado siempre la misma frase para asustar a los niños: «¡Que viene el Sacamantecas!».

Igual ocurrió con Francisco Leona «El Hombre del Saco», quien se dedicaba a visitar pueblos españoles para secuestrar niños, guardándolos amordazados en un saco que colgaba de su espalda. Los llevaba después a un lugar despoblado, los asesinaba y les extraía las vísceras con el mismo objetivo que Díaz de Garayo: venderlas para fabricar ungüentos curativos.

La leyenda del «Hombre del Saco» tuvo tanto impacto que fue asimilada por otros pueblos de Europa y transmitida inclusive al Nuevo Mundo, donde aún forma parte del folklore estadounidense.

El tal Díaz de Garayo fue un asesino y violador de mujeres, en su mayor parte prostitutas, a las que rajaba el vientre de forma atroz. Declaró seis muertes, aunque se piensa que fueron muchas más por lo espaciado de algunos de sus crímenes.

Como anécdota y para imaginar el rostro y los rasgos tan inusuales y terroríficos de este hombre, su captura se debió a que una niña, al cruzárselo por la calle y ver su horrendo rostro, imaginó que alguien con ese aspecto debía de ser el sacamantecas que estaba azotando con sus crímenes aquellas tierras y se puso a gritar señalándolo. La gente, pensando que el hombre había intentado algún tipo de abuso sobre la niña, lo llevó al cuartelillo, donde Díaz de Garayo se vino abajo y confesó sus crímenes. Al final, fue condenado a muerte a [y] ajusticiado en [el] Garrote Vil.

Era famoso, una leyenda urbana diríamos ahora, y, además, el terror de los niños. Nació el 16 de octubre de 1821 en Eguilaz, pedanía del municipio de San Millán, en el nordeste de la provincia de Álava, y detenido en 1880 y condenado a muerte, fue ejecutado con garrote vil en 1881 en la prisión del Polvorín Viejo de Vitoria. El verdugo, Gregorio Mayoral, de Burgos, era famoso en aquellos tiempos, aunque hay quien asegura que fue Lorenzo Huertas, también muy estimado en su oficio, quien lo ejecutó.

Entre 1870 y 1879, mató y violó a seis mujeres que se sepa, cuatro de ellas prostitutas, con edades que iban de los 11 a los 55 años. Casado cuatro veces, enviudó de tres mujeres, aunque parece que no intervino en la muerte de ninguna de ellas. A varias de sus víctimas les infringió crueles mutilaciones, al estilo de Jack El Destripador, y de ahí le viene el

apodo de El Sacamantecas, con el que ha pasado a las leyendas y cuentos populares que se utilizaban, sobre todo, para asustar a los niños, como decía antes.

Fue en la Llanada alavesa, en unos campos que conocía bien, donde el 2 de abril de 1870 asesina a la primera mujer, una prostituta conocida como La Valdegoviesa; murió la mujer junto al arroyo conocido como Errekatziki. Había trabajado como criado para tareas agrícolas en muchos pueblos de la comarca y sabía donde encontrar comida y cobijo.

Un año después mata a su segunda víctima, de nuevo una prostituta y, en agosto de 1872, los asesinatos tercero y cuarto se suceden con rapidez. La tercera víctima es una adolescente y la cuarta otra prostituta. En 1873 y 1874 ataca a una prostituta y a una vieja mendiga que logran escapar con vida.

Pasan cuatro años hasta la siguiente víctima y es en 1878 y 1879 cuando se reinician los asesinatos, primero con dos ataques sin muerte, y en septiembre con la muerte de una joven campesina, a la que destripa para alimentar la leyenda de El Sacamantecas, y sólo dos días después, llega la sexta víctima, estrangulada, violada y mutilada con crueldad.

Parece que sus bodas, tener una mujer a su disposición, le calmaba; quedaba tranquilo y saciado su excitable temperamento que, de no ser así, le arrastraba a las prostitutas y, con los años, al crimen. Quizá el periodo más feliz y sosegado de su vida fueron los 13 años que estuvo casado con su primera mujer, una viuda rica y de más edad, a la que llamaban la Zurrumbona por haber estado casada con El Zurrumbón, apodo que heredó Garayo al casar con la viuda. Cuando ella murió, comenzó su carrera criminal.

Estamos en la época de Cesare Lombroso y *El Hombre Delincuente*. Al criminal, se decía, se le reconocía con rapidez y facilidad por su aspecto físico: frente breve y huidiza, cerebro pequeño, ojos juntos, nuca plana, todo ello prueba irrefutable de su degeneración. Todo esto le viene de nacimiento y, por tanto, hay que estudiar los antecedentes familiares de los criminales para encontrar signos que delaten sus futuras tendencias criminales. Además, la conducta criminal empeora con la vida disoluta y el abuso del alcohol. Era la época de la frenología.

La frenología, según nuestro Diccionario de la Lengua, se define como «Doctrina psicológica según la cual las facultades psíquicas están localizadas en zonas precisas del cerebro y en correspondencia con relieves del cráneo. El examen de estos permitiría reconocer el carácter y aptitudes de la persona.»

Se basaba en cuatro postulados principales. En primer lugar, el cerebro no es un órgano uniforme sino que está formado por regiones, cada una de ellas con una función concreta. Cada una de estas funciones, según el segundo postulado, actúa más o menos bien según el estado de la región cerebral que la dirige.

El tercer postulado afirma que el estado de cada región influye en la forma de su cubierta ósea, es decir, de la zona del cráneo más cercana. Lo que implica, en cuarto lugar, que el estudio del cráneo, incluso con palpaciones en vivo, nos permitirá conocer cómo funciona cada región del cerebro y, conociendo lo que dirige cada una de ellas, deducir la psicología y la conducta del individuo.

En resumen, en el cerebro hay diversidad de funciones, hay una relación entre órgano y función, hay influencia del órgano en la morfología cercana del cráneo y, con ello, tenemos la posibilidad del examen externo.

Parecían buenos principios pero nunca alcanzaron los frenólogos un consenso para su aplicación. Sus exploraciones no conseguían confirmar los resultados obtenidos con anterioridad. Por ejemplo, el número de regiones del cerebro que dirigían funciones iba de 27 a más de 40, según el autor. Tampoco había acuerdo en la localización de las funciones en cada una de las regiones del cerebro.

Por tanto, la frenología, creada a principios del siglo XIX por el médico alemán Franz Joseph Gall, hacia 1840 comenzó a quedar desacreditada, casi desapareció, resurgió en el último tercio del siglo con el darwinismo y Lombroso, en la época en que actuó el Sacamantecas, y para el siglo XX sólo quedó, por una parte, como una pseudociencia más y, como otra, como excusa para que las potencias coloniales intentaran demostrar la superioridad de los europeos sobre el resto de pueblos del mundo.

Para demostrar o refutar esta teoría, nada menos que diez médicos militares, otros seis alienistas, algún farmacéutico y una docena de periodistas asistirán a la autopsia de El Sacamantecas, recién ejecutado y con el cadáver aún caliente.

Y dirigiendo la reunión, el Dr. José María Esquerdo y Zaragoza, ilustre y conocido frenópata de aquellos tiempos, famoso defensor de las teorías de Lombroso. Al buen doctor sólo le interesaba el cráneo, cerebro incluido, de Garayo; allí esperaba encontrar las pruebas de su locura. El cerebelo pequeño y aplastado; el cuerpo romboidal disminuido y con mal color; los corpúsculos de Pacchioni demasiado grandes y la cresta occipital externa también algo exagerada; todos son datos que apoyan las ideas del Dr. Esquerdo, según proclama él mismo.

En el informe de la autopsia que publicó el periódico *La Vanguardia*, lo comentaba en un párrafo clarificador: «El criminal ha dejado de serlo; el cadáver ha resuelto el problema; su cerebro abierto ha manifestado la causa del crimen; su encéfalo ha sido una revelación». En fin, el Sacamantecas no es un criminal, simplemente estaba loco, según la frenología.

Además, la familia era un desastre: el padre, borracho, cruel y poco de fiar; la madre, una histérica; los cinco hermanos, todos raros, aunque destaca Florentina, repulsiva, violenta, cruel, vengativa, enjuta de carnes, impúdica, de ojos negros, pequeños, vivos y penetrantes, y con nueve hijos, y de ellos, ocho ya muertos para entonces. Incluso, un periodista de *La Vanguardia* ha conseguido añadir a este catálogo de monstruosidades de la pobre Florentina una más que ni sé lo que significa: tiene «subtrítico color».

Hasta el propio Sacamantecas llamaba la atención por su aspecto repulsivo. Se cuenta, aunque no es cierto, que fue detenido porque una niña que se cruzó con él y que no le conocía de nada, gritó asustada «¡Madre! ¡Madre! ¡El Sacamantecas!».

En realidad fue detenido por un perspicaz alguacil de Vitoria llamado Pío Fernández de Pinedo, que le reconoció cuando se cruzó con él por la calle por la descripción que habían hecho las víctimas que habían sobrevivido a su ataque.

La descripción de las crónicas periodísticas dicen que era sanguíneo, atlético, de frente estrecha y occipucio plano, con la base del cráneo ancha, color animado, pómulos salientes, facciones fruncidas, ojos pequeños, hundidos, desviados y uno de ellos torcido con siniestra mirada.

Además, las crónicas de la época nos cuentan que era imbécil, egoísta, glotón e indiferente; taciturno y frío, y nunca tuvo más amigo o amo que el vino. En fin, que con su aspecto, su cráneo, su familia y su azarosa vida, cumplía a la perfección todas las condiciones que pedía el Dr. Esquerdo para declararlo el perfecto delincuente. Era un loco sin remedio. Todo ello aunque, en la vista oral, diez médicos forenses declararon a Garayo plenamente consciente de sus actos.

El Dr. Esquerdo no estaba en absoluto de acuerdo. Era lo que se llamaba «un loco que no lo parece», no era consciente de sus actos como así lo indicaban su cráneo, su cerebro, su familia y su entorno. Lo describe como un imbécil y un idiota moral. Es, en definitiva, un jorobado del cerebro según Esquerdo. Solo queda la reclusión en el manicomio pero, en ningún caso, el garrote vil.

Como adorno, aquí van los últimos cuatro versos octosílabos del romance que nos cuenta, y sobre todo, cuenta a niños y mayores en la plaza del pueblo, la terrible historia del cruel asesino llamado El Sacamantecas. Era un llamado pliego de ciego, muy popular durante el juicio y ejecución de Juan Díaz de Garayo que, también, a mí me sirve de despedida:

Redoblan ya los tambores,
El verdugo presto está
Traen escoltado a Garayo
La ejecución va a empezar.

El 10 de mayo de 1881, mientras pasaba sus últimas horas de vida encerrado en la cárcel de Vitoria, situada en la calle La Paz, un reo aguardaba su ejecución fumando cuatro cajillas de tabaco y tomando un café y una copa de moscatel.

Al día siguiente, alrededor de las 8.30 horas era ejecutado por garrote en las postrimerías del Polvorín, y su cadáver expuesto a escarnio público hasta las 19.30 horas, para el macabro goce de aquellos vecinos de la ciudad que deseaban verlo muerto, pues su ejecución había causado tanta expectación que las autoridades prohibieron la presencia de niños y mujeres en la misma.

Su cuerpo fue enterrado en una fosa común del cementerio de Santa Isabel, donde permanece hoy en día. Su cabeza fue cercenada, desapareció del lugar donde le practicaron la autopsia y hoy en día se cree que permanece en una colección privada en Madrid.

La ejecución de este vecino de la calle Nueva Dentro, natural de la localidad de Eguilaz, supuso a su esposa -casado con ella en cuartas nupcias- un coste total de 138,40 pesetas. Aquel 11 de mayo de 1881 moría ejecutado el reo Juan Díaz de Garayo y Ruiz de Argandoña, que durante unos años convirtió a Vitoria en una ciudad ensangrentada.

Conocido como el Zurrumbón por los gasteiztarras de finales del siglo XIX, y como el Sacamantecas para las generaciones posteriores, antes de que Jack El destripador

sembrara el caos en el Londres victoriano durante 1888, un labrador alavés se le había adelantado en el dudoso honor de ser nombrado el primer asesino en serie de la historia.

Juan Díaz de Garayo vivía feliz en Vitoria con su mujer, Antonia Berrostequieta, y sus tres hijos, Cándido, Josefa y Tomás. Nacido en Eguilaz el 17 de octubre de 1821, tenía ocho hermanos, y ya desde pequeño se dedicó a las labores de labranza para diversos amos, y conoció a su primera esposa cuando fue a servir a sus tierras. Apodada la Zurrumbona, mote del que había sido su primer marido y que posteriormente traspasó a Díaz de Garayo, Antonia y él convivieron durante años con plenitud e incluso tuvieron cinco hijos, aunque dos de ellos murieron.

Pero esta felicidad resultó tristemente efímera para Garayo, pues su esposa falleció tras trece años de matrimonio, y es aquí donde el mito del Sacamantecas empezó a cobrar forma. Su incapacidad para ocuparse al mismo tiempo de las tareas del campo y las labores de casa acabó por convertir su hogar en un lugar abandonado y polvoriento.

Buscando una solución, Garayo decidió casarse de nuevo con la valdegoviense Juana Salazar, pero la fatalidad quiso que también falleciera unos años después. «Era una mujer de carácter áspero y de violento genio», explicaba en su libro el entonces diputado foral Ricardo Becerro de Bengoa, que en 1881 tuvo la oportunidad de entrevistarse con el Sacamantecas durante sus últimos días de vida.

Tras la ejecución del Sacamantecas, los alienistas debatieron durante semanas si sus asesinatos se debían a su inestabilidad mental o si era plenamente consciente de lo que hacía. El ateneo de la capital alavesa acogió varias conferencias, como la realizada por el doctor Ramón Apraiz, que concluyó con un «deducimos que Juan Díaz de Garayo no tiene monomanía (locura) alguna ni la tuvo al cometer los crímenes», y se oponía a la reclusión del reo en una [un] manicomio, una afirmación que, sin embargo, no era compartida por otros colegas.

Su primera víctima fue una prostituta, cuyo marido cumplía condena en la cárcel. Garayo la acompañó siguiendo el curso del río Errekatziki, saliendo de Vitoria a través de la calle Portal del Rey. Cuando alcanzaron la carretera a Navarra se apartaron del camino, y le ofreció tres reales a cambio de mantener relaciones sexuales. Ella se enfureció ante tan nimia cantidad, solicitando cinco. Tal vez por tacañería, o quizás ante la posibilidad de no ver consumado su deseo sexual, Garayo se abalanzó sobre la mujer y la estranguló con sus propias manos, pero dejándole aún con un pequeño soplo de vida, un soplo que extinguió sumergiéndola en un arroyo de agua adyacente.

Muerta la prostituta, la despojó de sus ropas, satisfizo sus deseos necrófagos contemplando su cuerpo desnudo durante unos minutos y se sumergió en la oscuridad de la noche camino a Vitoria. Un criado que caminaba por la orilla del río halló el cadáver al día siguiente. La víctima fue identificada, pero el caso se cerró ante la falta de pruebas, algo que se convertiría en una constante en el resto de sus crímenes.

Tan sólo un año después, el ansia de Garayo buscó de nuevo una víctima propicia, una mujer viuda con la que se topó también en Portal del Rey, y a la que convenció para mantener relaciones. Se trasladaron hasta la zona de Arana, y allí la historia volvió a repetirse. Él le ofreció poco dinero, ella pidió más, discutieron, y en medio de la disputa la estranguló. Las autoridades tampoco lograron esclarecer el caso, que cayó en el olvido.

El Zurrumbón logró de nuevo un momento de éxtasis, y la impunidad de sus actos logró que Garayo creyera que su captura nunca llegaría.

La tercera víctima fue una niña de apenas 13 años, que caminaba sola por las afueras en dirección a Vitoria. Al parecer, Sacamantecas había optado por deambular en ocasiones por estos lugares, en busca de zonas solitarias donde cometer sus asesinatos. La belleza de la muchacha -criada de una familia adinerada- turbó los sentidos del infame asesino, que no perdió ni un segundo en abalanzarse sobre ella, en silencio, arrastrándola hasta una acequia cercana y estrangulándola con un método ya perfeccionado. No la mató, al menos no en ese instante, pues sus necrofílicos deseos sexuales fueron más poderosos que el temor a ser descubierto. Yaciendo en estado agónico, la joven fue violada, muriendo posteriormente estrangulada.

A estas alturas, el pánico se había adueñado de toda la ciudad. En su libro, Becerro de Bengoa desvelaba que en Vitoria existía la creencia de que entre sus vecinos había no sólo uno sino varios asesinos cuya identidad permanecía oculta. Y todo en una ciudad que «ha visto pasar años y años sin que tuviera que venir el verdugo a visitarlo [visitarla]». Los hombres no dejaban a sus mujeres e hijas salir solas de casa, mientras la Policía escudriñaba cada detalle en busca de la más mínima pista.

El 29 de agosto, de 1872 Garayo salió de su casa de la calle Nueva Dentro. Tenía 50 años y su segunda esposa había fallecido dos años atrás, después de haber gastado gran parte de la fortuna del Zurrumbón en la bebida. Tan sólo había caminado unos pasos cuando se topó con una joven prostituta. Se desplazaron juntos hasta el camino de La Zumaquera, aunque Garayo, para no levantar sospechas, andaba unos metros detrás de la que iba a convertirse en su nueva víctima.

Los prolegómenos del crimen no distaron muchos de los anteriores. Ante la tacañería de Garayo al ofrecerle sólo tres o cuatro reales, la mujer se enfureció, y la furia del asesino se desató. La estranguló hasta creerla muerta, y el infortunio quiso que la víctima realizara un último y leve movimiento antes de morir. Garayo arrancó una horquilla del pelo de la prostituta y se la clavó justo en el corazón, con una brutalidad desproporcionada.

Al Sacamantecas le dio tiempo a casarse una tercera vez, y a perderla de nuevo por muerte natural. Apenas un mes después de enviudar, volvió a contraer matrimonio, en las que serían sus últimas nupcias, con una anciana de nombre Juana Ibisate, natural de Okina. Habrían de pasar siete años hasta que el Sacamantecas matara de nuevo, con dos intentos infructuosos por el camino, primero con una molinera que se resistió al ataque y más tarde con una mendiga que rechazó a Garayo con un doloroso puntapié en los testículos.

Tras estas frustradas tentativas Garayo consumó su penúltimo asesinato en el término de Zaitegui, con una desafortunada mujer que caminaba por la zona. Las manos del Sacamantecas volvieron a actuar como instrumentos de muerte, pero esta vez su sadismo aumentó considerablemente pues, ante la resistencia de la joven, sacó una navaja con la que la apuñaló con saña.

Una labradora de 52 años fue la última víctima del Sacamantecas. Mientras paseaba por la zona de Araca, el destino quiso que la lluvia cayera con fuerza justo en ese mismo momento, por lo que se refugió bajo un árbol situado junto al sendero, donde coincidió

con su asesino, que le ofreció mantener relaciones sexuales pero halló una nueva negativa de manos de la mujer.

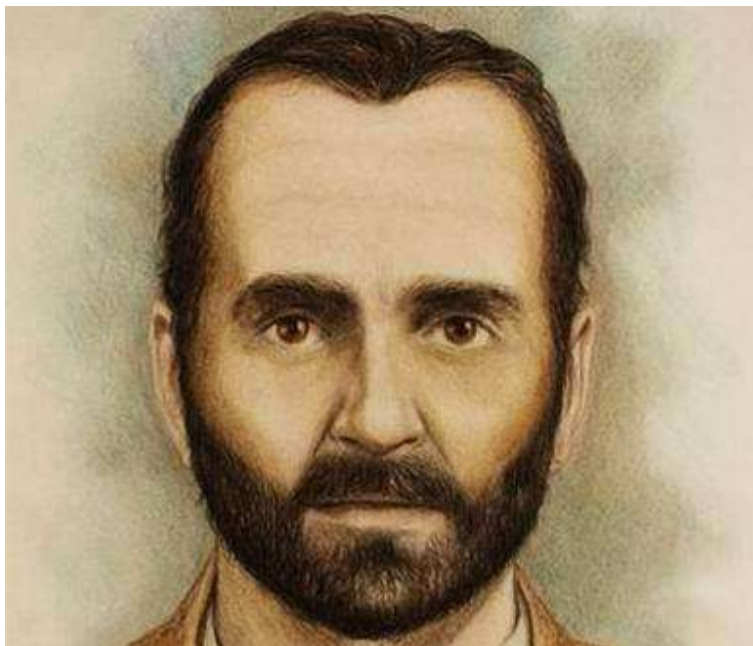
En esta última ocasión Garayo prescindió de sus manos, y estranguló a la mujer con el delantal que ésta vestía. Mientras aún respiraba, sacó de nuevo su navaja, la apuñaló en el vientre y el corazón y la rajó para arrancar los intestinos y el riñón de la desgraciada labradora, de la misma forma que la leyenda de los sacramantecas aseguraba que hacían estos asesinos, para lubricar con ellos las vías de los ferrocarriles y desplazar así a aquel inmenso medio de transporte.

Uno de los alguaciles del Ayuntamiento de Vitoria más conocidos en la época, Pío Pinedo, paseaba por el centro de la ciudad un día cualquiera, sin un rumbo definido, tal vez musitando sobre el caso que venía atormentándolo en los últimos tiempos, el del infame Sacamantecas.

La fortuna quiso que Juan Díaz de Garayo pasara por allí al mismo tiempo, y fue reconocido por Pinedo, quien se abalanzó sobre él al grito de «Es el Sacamantecas», y lo trasladó a la cárcel de la calle La Paz, donde pese a sus reticencias iniciales Garayo acabó confesando, primero ante la presencia del alcaide José Fresco, y después ante el llavero Juan Gimenez. Anteriormente, una niña de la villa de Alegría se había sobrecogido ante la visión del labrador que había acudido a trabajar a su casa. «Padre, qué criado más feo has traído, ¡Parece el Sacamantecas!».

La Justicia sólo tenía pruebas para condenarlo por dos asesinatos, aunque antes de su ejecución a Garayo le dio tiempo a aprender a leer e incluso a quitarse la ropa con los grilletes puestos, algo que sólo los presos más veteranos aprendían a hacer tras años de práctica. El 11 de mayo moría ejecutado por garrote, pero su nombre continúa en el imaginario colectivo de toda una ciudad.

MANUEL BLANCO ROMASANTA



Manuel Blanco Romasanta (aldea de Regueiro, Esgos, Orense, 18 de noviembre de 1809 – † Ceuta, 14 de diciembre de 1863) fue un psicópata criminal español y único caso documentado de licantropía clínica (refiriéndose a la enfermedad mental, no al ser mitológico) en España que llegó a cometer varios crímenes en el siglo XIX. También es considerado como el origen de la leyenda del Hombre del Saco o Sacamantecas (ésta última en simultáneo con

Juan Díaz de Garayo).

Su partida de nacimiento está consignado como Manuela, pues se creyó que era una niña. Era de aspecto físico normal aunque medía solo 137 cm, rubio y de facciones consideradas por algunos historiadores como «tiernas». Romasanta trabajó como sastre y era considerado inteligente y culto para la época, pues sabía leer y escribir.

Llevó una vida aparentemente corriente hasta la muerte de su mujer, en la que no tuvo participación. A partir de ese momento dejó la vida sedentaria y empezó a dedicarse a la venta ambulante, trasladándose para ello durante los primeros años por la zona de Esgos y posteriormente abarcando toda Galicia.

Con el tiempo, los lugareños empezaron a conocerlo como vendedor de un ungüento del que se decía que estaba compuesto por grasa humana, por lo que su fama se extendió rápidamente por Galicia. Por ello las autoridades -al ser informadas más adelante de los crímenes de Romasanta- iniciaron su búsqueda y posterior apresamiento en Toledo.

Su fama de asesino le llegaría con la acusación por la muerte de un alguacil cerca de Ponferrada. Tras ser condenado en rebeldía, consiguió escaparse a un refugio en el pueblo abandonado de Ermida. Allí convivió con el ganado durante meses.

Volvió a aparecer en público, esta vez en Rebordechao, mezclándose poco a poco con la población local, y estableciendo progresivamente relaciones personales, ganó en especial la confianza y amistad de las mujeres, lo que hizo que arrastrara cierta fama de «afeminado». Llegó a desempeñar el oficio de tejedor considerado propio de las mujeres en aquella época.

Ya asentado en el pueblo es cuando comenzaron sus asesinatos, que cometía en los bosques de Redondela y Argostios. Durante años eludió a la justicia, cometiendo nueve

asesinatos, siendo las víctimas siempre mujeres o niños. Tras los últimos asesinatos planeó su huida, llegando a salir de Galicia con un pasaporte falso. Finalmente fue capturado en Nombela (Toledo) y juzgado en Allariz (Orense), siendo fiscal Manuel Blanco Bastida.

Romasanta afirmó que, víctima de un maleficio que lo volvía lobo, había matado a trece personas a sangre fría, usando sus manos y dientes para acabar con sus vidas y comerse los restos. El juicio (conocido como la «causa contra el hombre lobo») duró aproximadamente un año.

En él se le acusó de llevar con él con mentiras y engaños a mujeres y niños para matarlos y sacarles el sebo o unto, y posteriormente venderlo. En este litigio declaró ser víctima de un sortilegio de una bruja que, según él, le hacía transformarse en lobo durante las noches de luna llena.

La primera vez que me transformé fue en la montaña de Couso. Me encontré con dos lobos grandes con aspecto feroz. De pronto, me caí al suelo, comencé a sentir convulsiones, me revolqué tres veces sin control y a los pocos segundos yo mismo era un lobo. Estuve cinco días merodeando con los otros dos, hasta que volví a recuperar mi cuerpo. El que usted ve ahora, señor juez. Los otros dos lobos venían conmigo, que yo creía que también eran lobos, se cambiaron a forma humana. Eran dos valencianos. Uno se llamaba Antonio y el otro don Genaro. Y también sufrían una maldición como la mía. Durante mucho tiempo salí como lobo con Antonio y don Genaro. Atacamos y nos comimos a varias personas porque teníamos hambre.

Manuel Blanco Romasanta, Causa N° 1778: Causa contra Hombre Lobo, Juzgados de Allariz (Orense)

Más tarde alegaría que lo que sufría no era una maldición sino una enfermedad. Además declaró recordar todo lo sucedido una vez transformado de nuevo en ser humano, lo que fue decisivo para su sentencia. La defensa del reo argumentó que no se podía probar un asesinato con una única confesión, aunque ésta fuera la del propio acusado.

La sentencia llegaría el 6 de abril de 1853, cuando Romasanta contaba cuarenta y cuatro años: se consideró que ni estaba loco ni era idiota o maniaco, con lo que fue condenado a morir en el garrote vil y a pagar una multa de 1000 reales por víctima.

Un hipnólogo francés que había seguido el caso envió una carta al Ministro de Gracia y Justicia en la que expresaba sus dudas acerca de si Romasanta padecía o no licantropía. Aseguraba haber curado a otros pacientes con la hipnosis y pedía que, antes de ejecutarlo, le dejaran hipnotizarlo.

También solicitó la intervención de la reina Isabel II, que a su vez pidió al Tribunal Supremo que revisase el caso. Tiempo después, Isabel II firmó una orden para liberar a Romasanta de la pena capital, reduciéndose ésta a la perpetua.

Su vida dio lugar a la creación de cantares de ciego, novelas y películas.

- Hasta 2009 se creyó que Romasanta había muerto en 1854, en la prisión de Allariz en la que cumplía condena.

- El 30 de mayo de 2009, en un documental de TVG Europa se sospechaba la posibilidad de que hubiera muerto en otro lugar y se apuntaba al castillo de San Antón (La Coruña).
- En 2011 en las Jornadas Manuel Blanco Romasanta celebradas en Allariz a finales de octubre los investigadores orensanos Cástor y Félix Castro Vicente presentaron pruebas (diversos recortes de prensa de la época) que aseguraban que Romasanta falleció en una cárcel de Ceuta de un cáncer de estómago en 1863. Su relatorio con las referencias a las pruebas sobre el fin de Manuel Blanco Romasanta está publicado en su página «Música Rabeosa».

Retratos en la cultura popular

- La novela El bosque de Ancines (1947) de Carlos Martínez-Barbeito.
- En El bosque del lobo (1970), el director Pedro Olea explicaba la historia de un asesino similar a Romasanta, llamado Benito Freire e interpretado por José Luis López Vázquez.
- En Romasanta. La caza de la bestia (2003), el director español Paco Plaza llevaba a la pantalla una versión del mito de Romasanta. Fue grabado en Barcelona y Galicia.
- La novela Romasanta. Memorias inciertas do home lobo (2004) de Alfredo Conde.
- «El sacaúntos de Allariz», en el LP Lucas 15 (Nacho Vegas y Xel Pereda, 2008).

En el Pueblo de Rebordechao, Alcaldía de Villar de Barrio/Vilar de Barrio, Partido de Allariz a trece de Septiembre de mil ochocientos cincuenta y dos. El Señor Juez hizo comparecer al Reo de esta Causa, y libre de prisiones le previno no falte a la verdad en declaración que en hecho propio le va a recibir, ofreció decirla, y a los preguntados que se le hicieron contesta lo siguiente

A la ordinaria dijo: Ser y llamarse Manuel Blanco alias Tendero, hijo de Miguel difunto y de María Romasanta, natural y vecino del lugar de Rigueiro, Parroquia de Santa Eulalia de Esgos, Partido de Allariz, de estado viudo, oficio tendero y de cuarenta y dos años de edad y responde.»

Despois de contestar que foi prendido en Nombela, Provincia de Toledo, e cómo se procedeu ao seu traslado, relata novamente as mortes e paraxes:

«Que presume sea la causa de su arresto el haber muerto a Manuela García y a una hija suya llamada Petra, lo que sucedió habrá como unos seis años, cuyo mes y día no puede fijar, pero sí tiene presente fue en el otoño, siendo vecinas de este lugar, y no haciendo vida la primera con su marido Pascual, hoy difunto. A Benita García, y su hijo Francisco de unos nueve o diez años de edad, vecinos del lugar de Soutelo Verde, Alcaldía de Laza, Partido de Verín, habrá unos cinco años, no recordando el día en que mató a una y otro, aunque sí tiene presente fue en el mes de Marzo. A Antonia Rua y su tierna hija Peregrina vecinos de este referido lugar, el día siguiente al Domingo de Ramos del año de cincuenta. A José N. hijo natural de Josefa García vecino del Castro de Laza, y como de unos veinte años de edad a su parecer, el diez y seis de octubre del referido año de cincuenta. A la sobredicha Josefa García madre del José el dos de Enero del año de cincuenta y uno. Y finalmente a María N. hija de la Antonia Rua, a quien había muerto el declarante según queda manifestado, en Junio del mismo año de cincuenta y uno y responde.

Preguntado por los puntos en que ha dado muerte a las personas que deja declarado, contestando a la anterior pregunta, qué causa o motivo le ha obligado a ello, de qué medios se ha valido para sacarles la vida, y si algunas otras personas han tenido parte con el declarante en tales atentados, contesta:

Que la Petra la asesinó en el Bosque de la Redondela mientras que su madre Manuela pasaba a casa del Señor Abad de Paredes de Caldelas a cobrar treinta reales, precio de una casa que la misma vendiera a Tecla N. criada del señor Administrador de los Milagros, y pasados unos ocho días a la mencionada Manuela en el mismo Bosque y punto donde fuera muerta su hija Petra, cuyo Bosque se halla comprendido dentro de los límites de la Alcaldía de Montederramo, partido judicial de Trives.

Que la Benita García y su hijo Francisco, fueron muertos en el Matorral denominado Cordo do Boy, en una misma mañana y a una misma hora, aunque la madre fue la primera que falleció.

En el Bosque de las Gorvias la Antonia Rua y su hija Peregrina también en una misma mañana y a una misma hora siendo esta última la primera que falleció.

En el mismo Bosque el José N. y su madre Josefa García sucesivamente.

Y finalmente en el insinuado de la Redondela la expresada María N. hija de la Antonia Rua.

Que ningún motivo ni causa le han dado las personas que deja mencionado para matarlas y solo a consecuencia de una enfermedad que le acometía varias veces, se transformaba en figura de Lobo perdiendo la de hombre, y llevado de una fuerza irresistible se echaba a las víctimas que tenía delante, las desgarraba con las uñas y dientes hasta que hechas cadáveres las devoraba y comía. (...)»

Varios estudios desvelan nuevos datos sobre Romasanta, el célebre licántropo de Allariz – «Fue el primer asesino en serie de la historia», afirma un investigador.

Algunos de los grandes criminales del siglo XIX terminaron su vida en lugares desconocidos o murieron en condiciones extrañas. Francisco Guerrero, el primer asesino en serie documentado de México, o Margaret Whites, una británica que mataba a niños, son dos ejemplos. En esa lista estaba, hasta el pasado sábado, Manuel Blanco Romasanta.

Ha tenido que pasar siglo y medio para que se descubra dónde pasó su último día el hombre lobo de Allariz. Y lo sabemos gracias a la prensa de la época y al trabajo de dos investigadores. Romasanta murió el 14 de diciembre de 1863 entre las rejas de la prisión de Ceuta. Un cáncer de estómago puso fin a una vida salpicada de asesinatos, con trazas de ser licántropo y esquizofrénico paranoide. Y hasta de mercader, porque vendía los ropajes y la grasa que quitaba a las víctimas. Fue precisamente la ropa de una de ellas - que un familiar reconoció en otra persona-, lo que delató sus tropelías.

Dos investigadores acaban de revelar que no murió en la prisión del Castillo de San Antón de A Coruña, la teoría que reunía más puntos. Félix y Castor Castro Vicente son los autores de un trabajo presentado en las jornadas científicas y culturales sobre la figura de este personaje, desarrolladas el pasado fin de semana en Allariz. La primera pista sobre

su traslado a Ceuta aparece en el semanario ilustrado El Periódico para todos, que el 11 de octubre de 1876 publicaba que fue conducido a Ceuta, en donde vivió «sin que diese muestras de padecer enajenaciones mentales, ni monomanías de ninguna especie».

Otros dos periódicos certifican su muerte en la ciudad africana. La Iberia, diario liberal, publicaba el 23 de diciembre de 1863 una nota breve y La Esperanza, Periódico Monárquico del lunes 21 de diciembre de 1863 lleva el asunto a primera página: «Escriben de Ceuta que Manuel Blanco Romasanta, conocido en toda España por el Hombre Lobo, por consecuencia de sus atrocidades y fechorías, y que, juzgado en La Coruña, fue condenado a presidio, falleció en aquella plaza el 14 del actual, a la edad de cincuenta años, siendo víctima de un cáncer de estómago».

Ambas publicaciones eran de Madrid, lo que una vez más certifica la gran trascendencia que alcanzó la historia, ocupando decenas de portadas en diarios de toda Europa.

El lugar donde murió no fue la única novedad conocida en las jornadas. El jefe superior de Policía de Galicia, Luis García Mañá, afirmó que Romasanta pudo haber cometido sus crímenes bajo los efectos alucinógenos del cornezuelo, un hongo parásito del centeno que actualmente se usa para la elaboración de LSD, la popular droga líquida. «Durante esos años, el gobernador civil alertaba del riesgo de intoxicación por ingestión de alimentos en malas condiciones, en particular afectaciones de cornezuelo y él presentaba síntomas coincidentes con manifestaciones propias de la ingestión de este hongo», asegura García Mañá.

Las jornadas han servido para desmitificar al hombre lobo, dejando de lado la leyenda y colocándolo como un astuto criminal más. «Fue el primer asesino en serie de la historia moderna. Mató a unos 20 personas, pero solo lo condenaron por nueve, aunque él reconoció 13», afirma Castor Castro.

Otras teorías apuntan a que nunca llegaron a producirse muertes. Lo cierto es que la práctica totalidad de testimonios de la época hablan de él como una persona dulce y culta, ya que sabía leer y escribir, algo poco habitual a mediados del siglo XIX. «Bajo aquel exterior de hombre honrado y pusilánime, se abrigaba un corazón de fiera, el alma de un malvado», decía El Periódico para todos en 1876.

Esa apariencia dócil y la buena fama que tenía -sobre todo entre las vecinas- le permitía engatusar a sus víctimas. Con promesas de un buen empleo en otras zonas de España, las llevaba hasta bosques, donde las descuartizaba. Para sus familias, los muertos estaban trabajando, lejos de casa. Algunas incluso recibieron cartas falsificadas por el propio Romasanta.

Los cadáveres nunca fueron encontrados y Manuel justificó los crímenes asegurando que se convertía en lobo a causa una maldición. «Me caí al suelo, comencé a sentir convulsiones, me revolqué tres veces sin control y a los pocos segundos yo mismo era un lobo», dijo durante el juicio. Incluso aludió a otros dos hombres que también se convertían: «Maté y comí a varias personas pero a algunos como Josefa, Benita y sus hijos, lo hice solo».

Posteriormente cambió de versión y dijo que no sufría una maldición, sino una enfermedad. No consiguió engañar al juez y a los seis médicos que lo estudiaron. No estaba loco, por lo que le condenaron a morir en el garrote vil, algo que nunca pasó.

La reina Isabel II intercedió ante el tribunal y cambió la pena de muerte por la cadena perpetua, tras leer una carta de un hipnotizador francés que defendía que sufría licantropía. A partir de ese momento, poco más se supo de él. Dos psiquiatras, David Simón y Gerardo Flórez, manifestaban recientemente que Manuel padecía un trastorno antisocial de la personalidad.

Ahora, tras escudriñar decenas de documentos en la hemeroteca de la Biblioteca Nacional, los hermanos Castro Vicente continúan su investigación en archivos de Ceuta. El próximo objetivo es saber dónde yace el cuerpo del Lobisome.

Un forense del Instituto de Medicina Legal de Galicia revisa la figura del asesino múltiple Romasanta y le diagnostica un trastorno genético de intersexualidad.

Cosía, bordaba, calcetaba. Cortaba trajes y vestidos. Era un ser dulce, entrañable, amigo, sobre todo, de sus amigas. Apenas alcanzaba el metro cuarenta de estatura, y tenía «cara de bueno». Esto último lo dice Fernando Serrulla, responsable de la Unidad de Antropología Forense del Instituto de Medicina Legal de Galicia.

El mismo profesional que ayer, en la primera sesión de las jornadas sobre Manuel Blanco Romasanta que se celebran este puente en Allariz, organizadas por la Fundación Vicente Risco, propuso una nueva teoría médica que podría barrer para siempre el mito del lobishome (también conocido como sacaúntos) gallego: El asesino múltiple nacido en una aldea de Esgos que en 1853 se salvó del garrote vil tras un proceso judicial sin precedentes, seguido con interés en toda España y financiado a espaldas por Isabel II, podría haber sido en realidad una hembra, una lobismuller nacida con un extraño síndrome de intersexualidad.

Ya se sabía que Blanco Romasanta había sido inscrito en la partida de nacimiento, en 1809, como Manuela, aunque un registro parroquial, ocho años más tarde, lo confirmaba como Manuel. La última a del nombre, en realidad, no había sido una errata. Al nacer, sus padres no tuvieron muy claro el sexo del bebé. Con el tiempo, prefirieron considerar que aquello era un micropene, pero probablemente era un clítoris muy desarrollado.

El antropólogo Xosé Ramón Mariño Ferro ya apuntó hace tres años la posibilidad de que Romasanta fuese una mujer. Ahora Serrulla lo corrobora, sugiere una enfermedad concreta y aporta nuevos datos. Aunque dice que la seguridad absoluta no la podrá tener si no realiza una prueba genética.

Los mayores investigadores del criminal, los abogados Cástor y Félix Castro, descartan la posibilidad de hallar sus restos. Romasanta murió en la cárcel de Ceuta de cáncer de estómago poco después de que se conmutase su pena capital por la cadena perpetua, y fue enterrado en una fosa común.

Así que la analítica habría que proponérsela a alguno de los familiares del asesino que supuestamente siguen viviendo en la provincia de Ourense. No son descendientes directos, sino tataranietos de algunos de los cuatro hermanos que tenía.

Él, o ella con apariencia de hombre, llegó a casarse con una mujer, pero enviudó un año después, y por supuesto no tuvo hijos. Más tarde enamoró a otras vecinas, madres solteras o separadas de Rebordechao (Vilar de Barrio) y Castro de Laza, pero debieron de ser relaciones platónicas.

Entre los papeles que le fueron requisados había alguna copla que les cantaba, cambiando el nombre de la chica según la ocasión. Las encandiló, y a todas ellas, después, confesó haberlas matado, junto con sus hijos menores, cuando los transportaba hacia una vida mejor, y un empleo prometido, en Santander o en la ciudad de Ourense. Esas fueron las nueve víctimas por las que se le condenó a muerte, aunque se le atribuyeron otras anteriores, hasta un total de 17.

Fernando Serrulla habla de pseudohermafroditismo femenino, una forma de estado intersexual que viaja en los genes de padres a hijos, aunque «solo se manifiesta en uno de cada 10.000 o 15.000 nacidos vivos».

El propio investigador, como forense, cuenta que en su departamento, con sede en el Hospital de Verín, ha tenido que ver casos de niños o niñas que, antes de quedar inscritos en el Registro Civil, necesitan un reconocimiento para determinar su sexo.

Blanco Romasanta era Manuela. Tenía sexo de mujer pero, a causa de este pseudohermafroditismo, segregaba una cantidad desmesurada de hormonas masculinas y sufrió un proceso de virilización. «Estas personas, debido a los andrógenos, pueden presentar episodios de fuerte agresividad», explica Serrulla. Esto podría ayudar a comprender la figura del criminal, un personaje que, como vecino, «era un encanto de tío» y se ganaba el cariño y la confianza del pueblo.

En su intervención, Serrulla también presentó el nuevo rostro del sacaúntos, así conocido porque se dijo que, además de las ropas en las ferias, vendía a farmacéuticos portugueses la grasa que obtenía cociendo a sus víctimas (los hermanos Castro localizaron libros de alquimia de la época, en los que se habla de las virtudes del sebo de difunto para tratar la epilepsia e incluso la alopecia).

La nueva cara de Blanco Romasanta es diferente de la que dibujó para un libro publicado en 1991 el exjefe de policía de Galicia Luis García Mañá y que se tomó por buena durante dos décadas. La de ahora se basa en las descripciones antropométricas y los reconocimientos médicos que realizaron los cinco facultativos que participaron en la instrucción del sumario (de 1.667 folios) y el juicio, celebrado en Allariz, Verín y, finalmente, A Coruña.

Estos médicos descartaron en 1852 la versión de la defensa: el criminal había asegurado que sufría un maleficio y que devoraba a sus presas en compañía de otros lobos. Finalmente, se libró de la ejecución de la sentencia porque un hipnólogo francés que se presentó como doctor Philips convenció in extremis a la reina de que el reo sufría un trastorno mental llamado licantropía.

Una vez reconstruida la identidad de Romasanta, ahora Cástor y Félix Castro intentan localizar con el forense en cuevas de la sierra ourensana de San Mamede algún resto óseo de las mujeres y los niños que mató.

Manuel Blanco Romasanta, el primer asesino en serie de la historia, falleció por un cáncer de estómago en una cárcel de la ciudad y no en Galicia como se pensaba.

Sobre Manuel Blanco Romasanta, el «Hombre Lobo» o el «Hombre de Allariz», se han escrito multitud de obras, trabajos e investigaciones y se han filmado decenas de películas. Sin embargo, la noticia de que murió en Ceuta y no en Galicia ya está constatada y contrastada. Hasta hace unos años se mantenía que murió en 1854, bien en la cárcel de Celanova, bien en la prisión de Allariz e incluso algunos apuntaban al castillo de San Antón (A Coruña). No había nada claro al respecto al perderse su rastro entre rejas.

La labor de los investigadores gallegos Félix y Cástor Castro ha permitido concretar que murió el 14 de diciembre de 1863 en la fortaleza del Monte Hacho de Ceuta como consecuencia de un cáncer de estómago que puso fin a la vida del conocido como primer asesino en serie de la historia moderna.

Según ha explicado el investigador e historiador ceutí Francisco Sánchez Montoya, aludiendo a los datos de los dos investigadores gallegos, Manuel Blanco fue condenado a morir a garrote vil pero la reina Isabel II intercedió ante el tribunal y cambió la pena de muerte por cadena perpetua, tras leer una carta de un hipnotizador francés que defendía que sufría licantrópía.

Apoyándose en pruebas documentales de periódicos de la época, entre ellas ‘El Periódico para todos’ del 11 de octubre de 1876, donde se decía «Conducido a Ceuta, Manuel Blanco vivió en aquel presidio durante algunos años ...», se ha documentado que falleció en esta fortaleza.

Los estudios de los abogados e investigadores en etnográfica popular gallega Félix y Cástor Castro Vicente demuestran la veracidad de que estuvo y falleció en el penal ceutí. «Una prueba definitiva es una anotación en el libro de partidas de difuntos de la parroquia de Santa Eulalia de Esgos del pueblo de Regueiro y corresponde al acto de defunción de Romasanta».

En dicho acto la inscripción dice: «murió en el correccional de Ceuta con asistencia de cinco señores sacerdotes». Asimismo, revelan la cobertura que la prensa del momento le dio tras consultar las hemerotecas de la Biblioteca Nacional y hallar unas cincuenta notas en prensa de diarios como «la Época», «la España», «El Clamor Público» o «El Heraldo de la Mañana».

Francisco Sánchez ha señalado que otra noticia concluyente es el diario «La Esperanza, Periódico Monárquico» de 21 de diciembre de 1863 en su primera página donde dice que «fue condenado a presidio y falleció en aquella plaza -en relación a Ceuta- el 14 del actual, a la edad de cincuenta años, siendo víctima de un cáncer de estómago».

En su opinión, los dos historiadores gallegos «han datado con mucha precisión su muerte después de muchos años de investigación y de consultar muchísimos archivos». Los investigadores han determinado que la condena de Romasanta en Ceuta era «menos

rígida» que en otros penales, ya que «no podía huir por la situación geográfica y quizás, dada su habilidad en múltiples oficios y su habitual buena conducta constatada en la causa, pudo tener acceso a un régimen más libre».

Francisco Sánchez ha recordado que en Ceuta sólo cumplían penas los condenados a más de ocho años, como fue el caso de Manuel Blanco Romasanta. «Los presos se levantaban a las seis de la mañana, iban a la ciudad, trabajaban en talleres y a las seis de la tarde volvían al presidio. Por esta cárcel han pasado muchos personajes, sin duda». La fortaleza del Hacho permanece en activo en Ceuta en la actualidad ocupada por el destacamento de Artillería Antiaérea.

Manuel Blanco Romasanta fue el autor de al menos nueve asesinatos en el siglo XIX y el único caso documentado de licantropía clínica. Algunos historiadores consideran su figura como el origen de la leyenda del «Hombre del saco».

En contraste con la compleja operación donde ha sido detenido el pederasta de Ciudad Lineal, la Policía española del siglo XIX se mostró durante mucho tiempo incapaz de detener a un psicópata que desbordaba la capacidad de los investigadores. No por su inteligencia o astucia, sino por la brutalidad de sus asesinatos. El gallego Manuel Blanco Romasanta asesinó a nueve personas, todos niños o mujeres, antes de que la Policía le atrapara dieciséis años después de su primer asesinato y fuera condenado al garrote vil.

Manuel Blanco Romasanta, hijo de Miguel Blanco y María Romasanta, fue bautizado a su nacimiento en la aldea de Regueiro, Esgos, (Orense) como Manuela, pues se creyó que era una niña. De una altura de 137 cm y facciones consideradas como «tiernas» por algunos investigadores, Romasanta llevó una vida corriente como sastre hasta la muerte de su mujer, en la que no tuvo participación

A partir de ese momento, con 24 años, empezó a dedicarse a la venta ambulante, trasladándose por toda Galicia, donde terminó por arrastrar la fama de vender un ungüento supuestamente compuesto por grasa humana. Durante uno de estos viajes comerciales, fue acusado de asesinar a un alguacil cerca de Ponferrada, tras lo cual consiguió escaparse de la custodia policial y refugiarse en un pueblo abandonado. Allí convivió con el ganado durante meses.

A su reaparición en Rebordechao (Orense), el psicópata cometió nueve asesinatos, siendo las víctimas siempre mujeres o niños. Tras pasarse años despistando a las autoridades, Romasanta planteó su huida, llegando a salir de Galicia con un pasaporte falso. Finalmente fue capturado en Nombela (Toledo) y juzgado en Allariz (Orense). La detención aconteció cuando un grupo de jornaleros gallegos, que habían viajado a Toledo para trabajar en la siega, identificaron al «hombre lobo» paseando tranquilamente.

«La primera vez que me transformé fue en la montaña de Couso. Me encontré con dos lobos grandes con aspecto feroz. De pronto, me caí al suelo, comencé a sentir convulsiones, me revolqué tres veces sin control y a los pocos segundos yo mismo era un lobo. Estuve cinco días merodeando con los otros dos, hasta que volví a recuperar mi cuerpo. Atacamos y nos comimos a varias personas porque teníamos hambre», declaró Manuel Blanco Romasanta ante los Juzgados de Allariz, en la conocida como «Causa contra el hombre lobo».

Aunque Romasanta resistió el examen de seis médicos y psiquiatras que certificaban su cordura legal, posteriormente confesó que no sufría una maldición sino una enfermedad. Además declaró recordar todo lo sucedido una vez transformado de nuevo en ser humano, lo que fue decisivo para su sentencia. El 6 de abril de 1853, Romasanta fue condenado a morir en el garrote vil y a pagar una multa de 1000 reales por víctima.

Y cuando el caso parecía cerca de llevar a su final, el hipnólogo francés Mr. Philips apareció en escena y persuadió a la Reina Isabel II para revocar la sentencia de muerte por cadena perpetua. El francés estaba convencido de poder curar a Manuel Blanco Romasanta al que consideraba «un desgraciado acometido por una especie de monomanía conocida de los médicos antiguos bajo el nombre de licantropía». La Reina accedió y, según recientes investigadores, el «hombre lobo» falleció en una cárcel de Ceuta de un cáncer de estómago en 1863. Finalmente evitó el garrote vil.

La figura imaginaria del «Hombre del saco» tiene su correlato real en numerosos criminales tristemente famosos por secuestrar y matar niños. En España, algunos historiadores consideran que Manuel Blanco Romasanta es el origen de la leyenda del «Hombre del saco». No en vano, otros asesinos después del «hombre lobo», e incluso antes, también han sido señalados como causantes de esta leyenda rural extendida entre los niños.

Una de las historias más próximas a la leyenda es la de Francisco Ortega «el Moruno», que tras enfermar de tuberculosis en 1910 acudió al barbero y curandero Francisco Leona. Al parecer, Leona reveló que la única forma de curarse era beber la sangre que emanara del cuerpo de un niño y untarse en el pecho mantecas calientes. Por esta razón, Leona secuestró a un niño de 7 años natural de Almería al que asesinaron brutalmente para usar su sangre en un ritual donde participó Francisco Ortega.

Al ser descubiertos por la Guardia Civil, el curandero Leona fue condenado al garrote vil, pero murió en la cárcel, y Ortega fue ejecutado.

En 1852 se encuentra en el archivo histórico del reino de Galicia una historia que despierta a la vez el asombro y el miedo de quien lo lee. Es el juicio del hombre lobo, la historia de Manuel Blanco Romasanta. Dicha historia es conocida gracias a su adaptación al mundo del cine en 2004 como Romasanta, la caza de la bestia. Se está ante el primer caso de un juicio por licantropía instruido en España y ante un auténtico asesino en serie, digno de aparecer en la famosa serie Mentes criminales.

Él mismo, como defensa cuando fue apresado, afirmó que era un hombre lobo. Su caso es similar al de la Condesa de Bathory, del cual ya se ha hablado en otro artículo. Ambos son personajes reales, cuya perversidad llevo a la gente a considerarlos demonios. A Romasanta se le conoce como el Hombre lobo de Allariz o como el «Sacamanteigas». El hecho de que se recorra a esa imagen de la licantropía puede deberse a una forma de explicar su conducta criminal.

1.- El despertar de un asesino en serie.

Manuel Blanco Romasanta nació en 1809 en una aldea de Orense y se casó con Francisca Gómez Vázquez en 1831. Pero este matrimonio no se alargó mucho tiempo, ya que tres años después su esposa muere por causas extrañas. Nunca se supo que ocurrió en realidad

con su mujer. Romasanta pasó de ser sastre a dedicarse a buhonero, lo que le permitió tomar conocimiento de la Sierra de Mamede al tener que moverse por ella con asiduidad.

Resulta curioso señalar que Manuel es descrito como una persona amable y religiosa, dispuesto a ayudar a sus vecinos. Se gana con facilidad la simpatía y confianza de la gente. Todo ello encajaría con los rasgos que hoy día se consideran propios de un auténtico psicópata. Además esta fama le ayudaría durante algún tiempo a verse libre de sospechas.

El primer altercado con la justicia sucede en la zona de Ponferrada, cuando se encuentra el cuerpo de Vicente Fernández, alguacil de León. La mujer de este alguacil afirmó que su esposo habló con Romasanta por la denuncia de un comerciante de la zona, que aseguraba que Manuel le debía dinero.

Después del supuesto encuentro con el buhonero el alguacil no volvió a ser visto vivo. Su cuerpo era encontrado unos días más tarde en lugar cercano. Sin embargo, no hubo pruebas, salvo la declaración de la mujer del alguacil, que relacionaran a Romasanta con este asesinato.

Romasanta afirmó en su defensa que él ya había pagado la deuda, lo que confirmó el comerciante, y que había sido un compañero suyo el que asesinará a Vicente Fernández. A pesar de ello se condenó a Manuel a diez años de cárcel y tuvo que huir.

2.- Los crímenes de Rebordechao.

Romasanta se asentó en un pueblo de Orense llamado Rebordechao y poco tiempo después comenzó de nuevo con su trabajo de buhonero. Se movía por los pueblos de la zona llegando hasta Portugal.

En ese tiempo entabló una relación amorosa con Manuela García Blanco, una mujer a la que su marido había abandonado junto a una niña. Madre e hija empezaron a trabajar con Romasanta en la venta ambulante.

Pero en 1846 la niña Petra desapareció sin dejar rastro, mientras su madre estaba ausente. Romasanta justificó su ausencia diciendo que la había colocado como sirvienta de un sacerdote de Santander. La madre no se extrañó, ya que había expresado su deseo anteriormente de colocar a su hija en alguna casa.

Sin embargo, pidió unos meses después a Romasanta que le llevara a visitar a su hija. Esa fue la última vez que fue vista Manuela García. Romasanta aseguró a sus parientes que ambas, madre e hija, estaban colocadas en Santander y les iba muy bien.

La desaparición de Manuela García y su hija Petra no levantó sospechas porque Romasanta traía con frecuencia cartas suyas contando lo bien que les iba. Manuel Blanco Romasanta era una de las pocas personas que sabía leer y escribir en aquella zona.

Al poco tiempo las hermanas de Manuela, Benita y Josefa, quisieron encontrar trabajo en la ciudad, alentadas por las noticias que les traía Romasanta. Benita y su hijo Francisco con sólo diez años de edad se pusieron en camino con el buhonero y corrieron la misma

suerte que Manuela. Lo mismo le ocurrió a Josefa, a su hijo José y a Antonia Rúa Caneiro, habitante también de Rebordechao.

Todas estas mujeres le vendían sus pertenencias a Romasanta para pagarle el viaje hasta ese utópico trabajo. Sin embargo, ninguna fue vista de nuevo y las únicas noticias que sabía de ellos era siempre por boca del vendedor ambulante.

En las aldeas cercanas empezó a despertarse rumores sobre lo que les ocurría a las personas que acompañaban a Romasanta en sus viajes. Las habladurías se acrecentaron cuando algunas de las ropas de las hermanas García Blanco fueron vendidas por Romasanta. Aunque éste se justificó diciendo que sus propietarias se las habían vendido o regalado.

La desaparición de Maria Dolores, hija de Antonia Rúa, que había quedado al cuidado de Romasanta fue la gota que colmó el vaso. Los rumores se extendieron, la gente le llamaba «Sacamantecas», refiriéndose a las personas que mataban a otro para despellejarle y vender su grasa corporal a las boticas de Portugal. Manuel Blanco Romasanta tuvo que huir por miedo a que se abriera una investigación.

Pasó a Castilla con una identidad falsa y estuvo trabajando como jornalero hasta que tres vecinos de Rebordechao que pasaban por ahí le reconocieron y le denunciaron. Él negó ser Romasanta, pero, aparte del testimonio de esos tres gallegos, se encontró entre sus pertenencias papeles a nombre de Manuel Blanco Romasanta.

Fue llevado primero al juzgado de Verín en Orense, donde por fin reconoció ser Romasanta, y luego al de Allariz. En un intento de librarse de la pena capital contó que había actuado movido por una maldición.

3.- El proceso de Romasanta y la aparición del mito del Hombre lobo.

Existe una vieja leyenda extendida por toda Europa que afirma que el séptimo hijo varón de una familia, sobre todo si es hijo de un séptimo hijo, arrastra la maldición del hombre lobo.

«En algunos lugares, como en Galicia, la tradición cuenta que en una familia compuesta únicamente por hijos varones el séptimo o noveno de ellos puede ser un lobishome (como se llama al hombre lobo en las tierras galaico- portuguesas)» (Muñoz Heras, Manuel, Licantropía. Realidad y leyenda del hombre lobo, pág.76)

A esta leyenda recurre Romasanta para justificar sus crímenes, que no ascienden a nueve sino a trece, según su propia declaración. Afirmó que la maldición comenzó en 1839 y que se transformaba durante varios días acompañado por otros dos hombres lobos.

De estas dos personas no se supo nada a pesar de las investigaciones. Se dejó de lado en el proceso el caso de las cuatro supuestas víctimas que Romasanta aseguraba que había asesinado antes de las de Rebordechao y la muerte del alguacil de León. La justicia consideró que con nueve asesinatos era suficiente.

Un hecho que quizás hoy día pueda llamar la atención es que no aparecieron los cadáveres de ninguna de las personas, aunque tampoco se la encontró con vida. Pero lo que causa

más asombro fue su historia de la maldición, que superó las fronteras llegando al extranjero.

Hubo gente que tuvo a Romasanta por un auténtico hombre lobo, que mataba contra su voluntad; otros en cambio pensaron que era un enfermo mental que se había dejado arrastrar por las supersticiones.

También hubo quien consideró que era un asesino frío que había calculado todo perfectamente y que mataba a sus víctimas para quitarlas el unto y venderlo. Esta práctica era conocida por toda España. Los médicos que le examinaron defendieron que era una persona en extremo inteligente y que obraba libremente, y no coaccionado por una fuerza maligna.

El Tribunal lo condenó a muerte por garrote vil en 1853, pero la condena fue apelada a la Audiencia de A Coruña debido a la expectación que había causado. Ante la falta de los cuerpos se cambió la sentencia a cadena perpetua. Sin embargo, poco tiempo después se le volvió a condenar a muerte.

En el momento en que reinaba tanta confusión con la sentencia entró en escena un famoso médico francés, que aseguraba que Romasanta estaba enfermo de una monomanía. Esta patología le llevaba a actuar ciegamente sin darse cuenta de sus propios actos. Pero el médico no llegó nunca a examinar al acusado, ya que éste desaparece cuando fue trasladado a la prisión de Celanova.

No se ha encontrado ningún registro de su muerte. No se sabe si tales documentos se perdieron o se destruyeron. No obstante, este final incierto acrecentó la leyenda de Romasanta. De ahí que se diga que en los montes de Orense aún hoy día se escuchan sus aullidos mientras busca víctimas a las que devorar.

Dos mil páginas manuscritas repartidas en 7 volúmenes forman la única causa judicial documentada en España por licantrópía. Su protagonista dio nombre a la leyenda negra del «sacauntos».

En los sótanos del Archivo del Reino de Galicia se custodian, desde el año 1775, los documentos administrativos que tienen como ámbito de actuación la Comunidad gallega. En origen, el Archivo estaba situado en Betanzos y constaba de siete bóvedas, una para cada uno de los Reinos.

Bajo llave, en estas dependencias se guardaban códigos, causas, mapas, pleitos, bulas y materiales de incalculable valor que en algunos casos se remontan al año 1501. Millones de hojas de papel que alineadas suponen 25 kilómetros de estanterías repletas, aunque sus empleados solo necesiten cinco minutos para dar con el documento en cuestión.

A lo largo de los siglos, este Archivo que ahora se mima con celo extremo en La Coruña fue víctima de numerosos expurgos. Se trató de limpiezas que a menudo desembocaban en la eliminación de un buen número de causas criminales, las menos protegidas por quienes realizaban esta tarea. En ocasiones, mucha de la documentación que se salvaba de las purgas acababa siendo destruida coincidiendo con conflictos militares. Durante la Guerra de la Independencia, por ejemplo, el papel se usó para fabricar cartuchos para los cañones.

«De casualidad», reconoce la actual directora del Archivo del Reino de Galicia, Carmen Prieto, se salvaron del olvido los siete tomos que componen la única causa en España contra un hombre lobo, el proceso tras el que Manuel Romasanta fue condenado a cadena perpetua.

El interés que el caso despertó en su época —sumando un buen número de reseñas en periódicos locales, españoles e incluso internacionales— se retomó muchas décadas después, convirtiendo el juicio contra Romasanta en una de las entradas más solicitadas del Archivo.

Los datos revelan que, desde el año 2003, se realizaron 7.778 copias en papel y 5.942 copias digitales de documentos del juicio. Las partes más solicitadas son las portadas de los tomos y algunos de los anexos a la causa, como el pasaporte del condenado, el calendario lunar que portaba cuando lo detuvieron o su firma.

Pero el juicio del licántropo supone más, en concreto, dos mil páginas manuscritas en las que se detalla, con suma minuciosidad, el transcurrir del proceso en el que Manuel Romasanta reconoció haber matado a nueve personas (entre mujeres y niños) tras convertirse en lobo en los montes gallegos.

Uno de los documentos más llamativos de los que componen la voluminosa causa es la reseña que en su día elaboró el abogado de la defensa. Un total de 224 páginas recientemente publicadas por la Consellería de Cultura, en colaboración con el propio Archivo, que presenta un resumen de los dos años durante los que se dilató el proceso.

La investigación contra el Tendero de Allariz arrancó en el verano de 1852, cuando «siendo cosa de las diez de la noche» tres vecinos de Nombela denunciaron a un segador con el que compartían labores en el campo. El señalado era Manuel Romasanta, hombre de 42 años viudo que en su primera declaración ya relató lo extraño de su caso.

Tal y como recogen los manuscritos de la época, el acusado confesó que desde que tenía 13 años «por efecto de la maldición de sus parientes [...] ha traído una vida errante y criminal cometiendo diferentes asesinatos y alimentándose de la carne de las víctimas».

Sobre su *modus operandi*, Romasanta afirmó que «para ejecutar estos asesinatos no se valía de arma alguna, pues por efecto de la maldición se convertía en hombre lobo y las despedazaba con los dientes». El interés por el proceso físico que el hombre describió fue tal que varios doctores de la época lo analizaron en busca de rastros de licantropía.

Sus declaraciones son reveladoras y fueron claves para la condena a muerte en garrote que se dictó en un primer momento contra el hombre lobo. «Manuel Blanco no es idiota, ni loco maníaco, ni imbécil y es probable que si fuera más estúpido no sería tan malo. No hay en su cabeza ni en sus vísceras motivo físico que trastorne el equilibrio moral, ni el más mínimo resquicio de haber perdido la razón, pero sí la bondad», concluyó uno de los exámenes médicos, todavía pegados a técnicas como la frenología.

En la causa contra Romasanta nunca se hallaron los cadáveres (solo la calavera de una mujer), pero su autoinculpación y los análisis médicos sirvieron para condenarlo. También pesó la acusación de una comarca que, según recogen los escritos, «estaba

aterrorizada con la muerte de aquellas personas a las que, después de asesinar, tenía la crueldad de sacar el sebo que pasaba a vender a Portugal con lucro excesivo».

En contra de Romasanta jugaron, asimismo, las cartas que tenía en su poder en el momento de su detención y que pertenecían a algunos de los desaparecidos que se suponían víctimas suyas. Los manuscritos que se conservan datan la primera sentencia contra el hombre lobo de Allariz en abril de 1853. Un fallo que lo abocaría a muerte en el garrote.

Al poco tiempo, la causa fue revisada y la pena conmutada a cadena perpetua, pero unos meses después, un recurso vuelve a condenar a Romasanta a muerte. Finalmente, la reina Isabel II intercede y firma una orden para liberar al condenado de la pena capital, reduciéndose ésta a la perpetua.

Los dos mil folios que dan forma a la causa —y que la tinta mezclada con hierro que los redactores usaban ayudó a conservar— acaban con esta resolución. A partir de ahí, el devenir del único hombre lobo documentado en España es incierto. Su pista se pierde en la cárcel de Allariz, donde un certificado del director de la prisión da cuenta de su ingreso.

Algunas teorías posteriores apuntan a que Romasanta acabó sus días en un penal de Ceuta, pero no existe documentación sobre su embarque hacia esa cárcel. Lo que sí se conserva a día de hoy es la leyenda negra del hombre lobo de Allariz, que la memoria popular tiñó de sangre y bautizó como el «sacauntos».

El Gobierno gallego publica la versión facsímil del proceso contra el «licántropo español».

«Me llamo Manuel Blanco y Romasanta, natural de Rigueiro, partido de Allariz [Ourense]. Viudo, tendero ambulante, 42 años de edad. Desde hace 13 hasta el día de San Pedro de 1852, por efecto de una maldición de alguno de mis parientes —mis padres, mi suegra o no sé quién— he traído una vida errante y criminal, cometiendo asesinatos y alimentándome de la carne de las víctimas. Unas veces solo; otras con dos compañeros valencianos, don Genaro y un tal Antonio. Nos convertíamos los tres en lobos, nos desnudábamos y nos revolcábamos en el suelo, y después acometíamos y devorábamos a cualquiera, quedando únicamente los huesos. A veces conservábamos ocho días la forma de los animales dañinos». Al «recobrar la figura humana» y «el uso de la razón perdida», «los tres nos poníamos a llorar».

El «hombre lobo» español fue detenido el 2 de julio de 1852 en Nombela (Toledo) y no tardó muchos días en confesarse autor de las nueve muertes de mujeres y menores que se le atribuían, más otras cuatro, de pastores y una anciana, cuyos cuerpos habían sido hallados en aquella época en pueblos de Ourense, supuestamente desgarrados por auténticos lobos.

La causa contra el asesino múltiple se prolongó dos años, pero fue un paradigma de celeridad judicial (si se tienen en cuenta los medios de comunicación y transporte de la época) y hoy se considera una joya.

La mayor parte de los documentos se custodian en el Archivo do Reino de Galicia (A Coruña), y puede decirse que los aproximadamente dos mil folios repartidos en siete

tomos son el best seller de esta institución que depende de la Xunta. El caso del hombre lobo, seguido de cerca por la prensa nacional y extranjera del momento (como el más mediático de los actuales) continúa demostrando su capacidad de atracción.

Desde 2003, los investigadores han hecho 13.720 reproducciones en papel o en copia digital de piezas de la causa. Entre las más demandadas están las sucesivas sentencias que se dictaron en Allariz y en A Coruña; el diario lunar europeo para 1852; la misiva de amor que utilizaba Romasanta para, cambiando cada vez el nombre, engatusar a sus víctimas, madres solteras o separadas; o la carta que hizo llegar desde Argel al ministro de Gracia y Justicia un hipnólogo francés que dio un vuelco al proceso al defender ante la reina Isabel II la existencia de la licantrópía. Visto el éxito de la documentación archivada, la Consellería de Cultura del Gobierno gallego ha financiado un facsímil que ahora se vende en librerías.

Romasanta fue primero condenado a muerte, y después a cadena perpetua por un indulto de la Reina y gracias a la irrupción de monsieur Philips, un explorador de los laberintos mentales que jamás aparece citado por su nombre de pila. A pesar de sus esfuerzos por salvarlo del garrote y poder estudiar su mente, el asesino murió poco después en la cárcel de Ceuta de cáncer de estómago.

El hombre lobo se había salvado por la Corona, que financiaba generosamente el proceso, pero la justicia (el caso pasó por varias instancias durante aquellos años) nunca se tragó su relato. Durante el juicio quedó demostrada la «premeditación, alevosía» y «sangre fría» con la que actuaba el ourensano.

Elegía hogares vulnerables, sin un varón adulto que le pudiera hacer frente porque él era muy pequeño y débil. Convencía a las madres de que podían conocer una vida mejor si marchaban a servir en casa de algún cura en Santander. Llegaba a «fascinarlas» por la vía del amor — recordaba una de las sentencias—, «conociendo que el medio más seguro de dominar la voluntad de la mujer es el de cautivar su débil y sensible corazón». Y se iba llevando uno a uno a todos los miembros de las familias, incluso niños y un bebé, en la misma dirección.

Antes, lograba que las madres le vendieran lo poco que tenían, el cerdo, la vaca, la cosecha. Una vez muertas, recobraba lo pagado y además despachaba con descaro su ropa a otros vecinos de la comarca. Si alguno le preguntaba cómo les iba a las emigradas, escribía cartas (eran de su puño y letra, según concluyeron los peritos calígrafos de la época) en las que sus víctimas, ya «acomodadas y ricas», narraban una vida afortunada.

Contaba incluso, sin atisbo de mala conciencia, que a alguna le había tocado la lotería o que uno de los vástagos asesinados estudiaba leyes. Mientras, se prodigaba en la parroquia. Quería que lo viesen rezar el rosario, ayudar en misa, ser caritativo.

La figura del Sacaúntos, como lo apodaron popularmente cuando se extendió la leyenda de que vendía la grasa de los cuerpos como ungüento prodigioso en farmacias de Portugal, sigue llena de incógnitas. Por ejemplo, no se sabe dónde yacen los restos mortales de tanta víctima. Durante el proceso solo aparecieron, en lugares distintos, un coxal de una mujer de más de 25 años con señales de no haber estado nunca bajo tierra y un cráneo fracturado, también femenino y adulto.

Todavía hay investigadores que buscan el resto de las piezas que compondrían los esqueletos de esas nueve personas, cuatro madres (tres de ellas, hermanas) con sus respectivos hijos, que el reo aseguró haber despedazado sin más armas que sus dientes y sus uñas en la ourensana sierra de San Mamede.

Tampoco hay certeza hoy, después del trabajo que realizó en 2012 Fernando Serrulla, responsable de Antropología Forense del Instituto de Medicina Legal de Galicia, de cuál era el verdadero sexo del personaje. Según él, Romasanta, que al nacer fue inscrito como Manuela, podía sufrir un síndrome de intersexualidad (pseudohermafroditismo femenino) que le hacía segregar de forma desorbitada hormonas masculinas, virilizando su aspecto y provocándole episodios de fuerte agresividad.

Algo de esto se puede intuir en el viejo sumario, cuando se describen sus «oficios femeninos» («hilar, calcetar, cardar lana») o sus «costumbres casi femeninas». A lo largo del expediente judicial, que por momentos se vuelve una magnífica pieza literaria, hay capítulos deslumbrantes como el informe de los seis forenses que intervinieron en la «observación física y filosófica» de Blanco Romasanta.

«Pretende hacerse pasar por un ser fatal y misterioso, un genio del mal, lanzado por Dios en un mundo que no es su centro, creado ex profeso para el mal ageno á que le impele la fuerza oculta de una ley irresistible, en virtud de la cual cumple su fatídico y tenebroso destino», describen los médicos. Antes han revisado a fondo sus vísceras y la forma de su cráneo, lo han entrevistado sucesivas veces, y han concluido que es un ser normal e incluso agradable, talentoso, inteligente. «Manuel Blanco ni es idiota, ni loco maníaco, ni imbécil; y es probable que si fuera más estúpido no sería tan malo», advierten. Y al final concluyen: «Su hado impulsivo es una blasfemia; su metamorfosis [en lobo], un sarcasmo».

Pero cuando el asesino ya se veía con un pie en el cadalso, irrumpió en escena Philips, que se presentaba como profesor de Electro-Biología (su novedosa técnica hipnótica), y sembraba serias dudas en la Reina. El científico defendía que la inminente ejecución de Blanco Romasanta sería un «error lamentable de la justicia» porque cabía «la posibilidad» de que no fuese responsable de sus asesinatos.

De hecho, ante el público que abarrotaba el teatro de Argel, el francés, antes de viajar a París «para someter su descubrimiento a la Academia de Ciencias», había demostrado el 22 de junio de 1853 (un mes antes de ser alertada Isabel II) cómo un joven elegido aleatoriamente en la platea quedaba «completamente dominado» por la hipnosis. En un momento del acto la emprendía a pedradas contra unos indios inexistentes; en otro, nadaba creyéndose náufrago; y al final se sentía lobo y acababa la función mordiendo a un espectador.

Manuel Blanco Romasanta fue un asesino español del siglo XIX. Medía apenas 137 centímetros, pero eso no le impedía asesinar brutalmente a sus víctimas para sacarles la grasa y venderla junto a las pertenencias de estas. Según confesó en la corte, mataba bajo el influjo de una maldición que lo convertía en hombre-lobo.

Manuel Blanco Romasanta nació un 18 de noviembre de 1809 en la localidad de Regueiro, en la aldea de Santa Olaia de Esgos. Sus padres, de escasos recursos económicos, fueron Miguel Blanco y María Romasanta.

Según su partida de nacimiento, Romasanta aparece como «Manuela»; aunque ocho años después, en un registro parroquial, figura como «Manuel Blanco Romasanta». La razón de esto, según el responsable de la Unidad de Antropología Forense del Instituto de Medicina Legal de Galicia, Fernando Serrulla, está en que Romasanta sufría de pseudohermafroditismo femenino, una condición que solo afecta a uno de entre cada 10.000 o 15.000 nacidos, aproximadamente.

Esta condición haría que, naciendo mujer, segregue una cantidad tan grande de hormonas masculinas que sufra un periodo de masculinización en el que desarrolle características de hombre. Así se explican su barba y otras cosas, y se cree que, debido a esa condición, su clítoris habría crecido tanto que parecería un micro-pene.

También se sabe que el pseudohermafroditismo femenino genera episodios de fuerte agresividad, y ello ha motivado la especulación de que su trastorno sexual pudo haber participado en el origen de su conducta criminal. Resulta así natural, a partir de la explicación dada, el que Romasanta desde pequeño haya realizado tareas femeninas como coser, bordar, calcetear, y cortar trajes y vestidos.

En cuanto a la adolescencia de Romasanta, no se sabe mucho, excepto que aprendió a leer y escribir, por lo cual algunos han pensado que su familia tenía buenos recursos económicos.

Ya a sus 21 años, Romasanta se casó —le gustaban las mujeres, era psicológicamente más hombre que mujer— con Francisca Gómez Vázquez, un jueves tres de marzo de 1831. Francisca era vecina suya en la aldea de Soutelo, y le aventajaba en edad por un año y medio. Naturalmente (ya se sabe por qué) Romasanta no tuvo hijos con Francisca, y trabajó como sastre en una parte de su corta vida matrimonial, puesto que Francisca murió un 23 de marzo de 1834.

Durante el tiempo en que Romasanta estuvo en su parroquia natal, se comportó adecuadamente y no levantó sospecha alguna; pero, poco después de comenzar su vida ambulante (como vendedor de quincalla), surgió el rumor de que había asesinado en Castilla a un criado del prior San Pedro de Rocas. También fue sospechoso de matar al vendedor Manuel Ferreiro en 1834, y se sabe que en 1843, habiéndole dado palabra de matrimonio a una mujer (Catalina Fernández) 18 años mayor que él, tuvo que huir de tierras leonesas porque era sospechoso de haber asesinado a Vicente Fernández, el alguacil de León, ya que éste pensaba embargarle una tienda por deudas.

Todas las cosas antes mencionadas hicieron que el diez de octubre de 1844, pese a la falta de pruebas, el Juzgado de Primera Instancia de Ponferrada le condenase a diez años de presidio. Querían condenarlo a muerte, pero Romasanta no compareció y las pruebas no aparecieron. Ante la condena impuesta y posteriormente confirmada por la Audiencia de Valladolid, Romasanta escapa y se oculta en Galicia, dentro de la parroquia de Rebordechau-Vilar de Barrio.

En Rebordechau, durante los primeros dos años, Romasanta vive y trabaja de jornalero en la casa de Andrés Blanco, desapareciendo (por días o incluso semanas) en los meses de menor actividad para ir a Portugal y regresar trayendo mercancía de contrabando para venderla en fiestas y mercados. Según se sabe, Andrés Blanco apreciaba a Romasanta por su carácter afable, su actitud comedida y su buena disposición para colaborar en lo que

sea menos el sacrificio de animales; ya que, paradójicamente (pues fue un asesino), no soporta ver correr la sangre de esas inocentes criaturas.

En el año 1845, estando en casa de Andrés Blanco, Romasanta se hace amigo de Manuela García Blanco, una mujer diez años mayor que él, y con un historial sentimental bastante agitado, ya que a los 37 tuvo una hija estando soltera, después se casó con Pascual Merello y enviudó, luego se casó con Pascual Gómez en 1838 y se divorció en poco tiempo. Siendo amigo de Manuela, Romasanta conoce a los hermanos de ésta: Benita, Josefa, María, José y Luis García Blanco.

Ya a comienzos de 1846, la amistad entre «El Canicha» (Romasanta) y Manuela se transforma en un amor, platónico según especulan los especialistas en base al pseudohermafroditismo que sufría. En esos mismos tiempos, Manuela y Petra (su hija) acompañan a Romasanta en sus ventas por parroquias vecinas.

En febrero del mismo 1846, Manuela, en su escasez de recursos económicos, pone en venta una casita que tenía en Rebordechau a unos sesenta reales, para ayudar a Romasanta con sus negocios. Posteriormente, el 30 de marzo, Manuela se ausenta de su hogar (no la casa que iba a vender) para concretar la venta de la casita, y entonces el malagradecido de Romasanta aprovecha para llevarse a Petra, de apenas trece añitos, a la Sierra de San Mamade. Luego, cuando Manuela vuelve con el dinero y le pregunta a Romasanta que dónde está Petra, éste dice que la envió, para servir de criada, en la casa de un cura de Santander, del cual Manuela le había hablado varias veces de forma favorable.

Confianza en la palabra de Romasanta y habiendo pasado unos ocho días, Manuela decide ir también a servirle al cura de Santander, en gran parte para estar junto a su querida hija. En cuanto a Romasanta, éste no solo que la anima a Manuela para que vaya donde el cura, sino que la acompaña.

Pocos días después, Romasanta vuelve con toda la tranquilidad del mundo y, cuando le preguntan por Petra o Manuela, dice que están bien acomodadas, sirviendo de criadas en la casona del cura de Santander. No se imaginan que miente, y que es un malagradecido y un asesino, pues ha matado a Petra y a Manuela, las ha descuartizado, les ha sacado la grasa o «manteca» (para venderla), y ha dejado los despojos al aire libre, como para que su aroma atraiga a los lobos, que morderán los cadáveres y así, con sus colmillos, habrán de servirle posteriormente a Romasanta para construir la leyenda de que él se transformaba en hombre-lobo cuando asesinaba sin voluntad ni conciencia a las víctimas que años después habrá de confesar.

Ahora, y a pesar de dar esa respuesta a la mayoría de personas, a Brígida Aguilar, esposa de Luis García Blanco, le dice que él les ha encontrado acomodo en Asturias a Manuela y a Petra, cuando en realidad jamás ha puesto un pie en Asturias. Inclusive, Romasanta llega al extremo de la mentira cuando, cierto día tras regresar de sus viajes de comercio, les dice a las hermanas García Blanco que ha recibido una carta de Manuela en la que ésta se muestra complacida del buen sueldo que está ganando y de su nueva situación.

Tras acabar con Manuela y Petra, Romasanta pone la vista en Benita García Blanco de 34 años, hermana menor de la fallecida Manuela, que tenía un hijo de 9 años (Francisco) y llevaba un matrimonio bastante complicado con un tal Francisco Núñez Somoza, en la aldea de Souteloverde.

Se da así que, a finales de enero de 1847, el abad de O Castro de Laza realiza el primer padrón como cura de la parroquia, y allí ve que en Souteloverde no está Francisco Núñez, ni su esposa Benita, ni el pequeño Francisco. Según le explican los vecinos al cura, Francisco Núñez se ha ido a San Xoán de Laza por conflictos conyugales, mientras que admiten no saber dónde han ido Benita y su hijo, aunque creen que probablemente, por no tener casa propia, han ido con algún familiar.

Es pues en esa situación que Romasanta se inmiscuye y, apoyándose en la falsa carta de Manuela (en la que dice estar contenta trabajando con el cura), convence a Benita para que viaje con Francisco a Santander, pues él le promete conseguirle un buen empleo en casa de un cura vecino del cura con el que supuestamente trabaja Manuela. Ingenuamente Benita cae en la trampa de Romasanta, y éste organiza el viaje de las víctimas en marzo de 1847.

A las pocas semanas, el vil Romasanta está vendiendo una colcha, tres camisas y la saya de Benita. Nadie se imagina que él, en medio del bosque, las asesinó brutalmente (tanto que les causó deformaciones óseas) el 13 de marzo, devoró parte de sus cadáveres y les sacó la manteca, dejando el resto a los lobos... Y en gran medida no se lo imaginan porque Romasanta miente con facilidad: a Luis García, hermano de Benita, le dice que Benita se ganó la lotería y puso a Francisco a estudiar Derecho; a María, también hermana de Benita, le dice que ésta y su sobrino Francisco viven a una legua de distancia, en casas de dos curas que son sobrino y tío.

De ese modo Romasanta tenía engañados a los familiares de sus víctimas, al punto de que María (la hermana de Benita) se entusiasma y, pese a sus 58 años, empieza a soñar con salir de la pobreza de la misma forma en que sus hermanas supuestamente lo hicieron con la ayuda de Romasanta.

Por eso, en 1850, ésta le pide varias veces a Romasanta que le encuentre un oficio cerca de sus hermanas, pero Romasanta le dice que el viaje requiere dinero, y que para eso ella debe hacer el sacrificio de vender sus bueyes y demás bienes, ya que las primeras semanas en Santander le acarrearán muchos gastos. Ante ese pronóstico, María se desanima y opta por no viajar, puesto que no quiere apostar tanto. Pero Romasanta tiene otra víctima en la mira: Antonia Rúa Carneiro, vecina y comadre suya.

Con Antonia, Romasanta entabla un romance que no oculta a los del barrio, quizá porque así le conviene. Antonia es soltera, tiene dos hijas (María de 11 años y Peregrina de menos de 3), y un pequeño pero jugoso patrimonio heredado de su madre y valorado en 600 reales. A Romasanta le parece que puede engañar fácilmente a Antonia, y definitivamente ésta cae y hasta les cuenta a vecinos y parientes que Manuel le ha prometido casarse con ella y poner una tienda en Castilla. Sin embargo, en días anteriores, a unos vecinos les dice que trabajará de criada en Ourense, con un amo viudo que tiene dos hijos; mientras, a otros les cuenta que trabajará para un amo rico, en el mismo pueblo donde supuestamente están Manuela y Benita.

Con esos antecedentes, Romasanta parte junto con Antonia y la pequeña María, un Domingo de Ramos del año 1850. Previamente Antonia le ha vendido a Romasanta todas sus propiedades, quedándole éste a deber el importe de la venta.

Dos o tres días después, Romasanta vuelve a Rebordechau con unas cabras compradas en Riobó, y allí en Rebordechau se posesiona de las tierras de Antonia Rúa. Afortunadamente María Dolores, la hija mayor de la difunta Antonia, no viajó con su madre y su hermana, pues se ha quedado con su tía Josefa; sin embargo, poco después va a casa de Luis García Blanco, y allí permanece casi dos meses, hasta que Romasanta se la lleva a vivir con él, cosa que ella acepta pues éste le ofrece mejores condiciones de vida, y efectivamente la trata bien durante varios meses, hasta que en otoño de 1850 le propone llevársela con su madre. La niña, en su inocencia, no sabe que ha aceptado un viaje sin retorno.

Naturalmente los vecinos y familiares de las víctimas piden noticias, y Romasanta les dice que todas están bien. Cosa rara: solo a Romasanta le escriben, ¿será que se han olvidado de sus otros amigos y de sus familiares? Además ninguno de los que se fue ha vuelto de visita, y ninguno de los trabajadores ambulantes que pasan por Asturias y Santander sabe cosa alguna de cualquiera de las personas que partieron.

Romasanta debe parar ya si no quiere que las miradas suspicaces caigan sobre él, pero aún así pone sus ojos en Josefa García Blanco, una solterona de casi cincuenta años que tiene un hijo de 21 años cuyo padre nadie sabe quién es, ni siquiera ella misma. Ella es un blanco fácil y Romasanta lo percibe, de modo que empieza a visitarla día y noche en la mula del párroco, haciéndose amigo de ella y luego enamorándola.

Cuando ya la tiene conquistada, le hace la misma oferta que a sus demás víctimas: conseguirle un empleo en otra localidad. Sin embargo Josefa está indecisa, mas Romasanta es astuto y en noviembre de 1850 le propone que puede llevar primero a José, para que éste visite a sus tías y vea si le gusta la buena vida que hay allá en Santander.

La propuesta parece sensata y José y su madre aceptan. A los pocos días, José parte junto con Romasanta hacia Santander. El chico está entusiasmado, y hasta lleva puesta una capa nueva de color castaño, hecha con paño de Tarragona.

Unos tres o cuatro días después, el psicópata vuelve abrigado con la bonita capa de José, quien supuestamente se la ha regalado. Al párroco le gusta la capa y se la compra por setenta reales: no tiene idea de que su dueño ha sido asesinado salvajemente, que la han quitado la grasa y han dejado sus despojos al amparo de los lobos. Y es que resultaría difícil de creer que, con su estatura de 1,37 metros, Romasanta pudiese matar a tantas personas y de un modo tan brutal...

Ante la ausencia de José, Josefa creyó que su hijo se había quedado con las tías porque la vida era agradable allá en Santander, con esos empleos bien pagados que Romasanta conseguía con impresionante habilidad. Pero eso no era todo, porque además Romasanta aseguraba que le había conseguido empleo de criado al chico, en la casa de un cura rico que pagaba una onza de oro al año. Para hacer más creíbles sus palabras, el embustero le mostró a Josefa una carta falsa de José, en la cual éste contaba cómo todo iba de maravilla. No había más tiempo que perder: ella debía reunirse con su hijo y emprender una vida mejor.

Así, un día de año nuevo de 1851, Josefa sale con Romasanta hacia Santander. Lleva puesta una saya negra de lana y lino, un mandil de picote, un justillo de terciopelo, un pañuelo de estambre azul, y unos bonitos zapatos.

Como siempre, Romasanta regresa en tres o cuatro días, y en cuestión de semanas vende, en parroquias vecinas, la ropa y otras pertenencias de su más reciente víctima. En el colmo de su descaro, Romasanta no vende los zapatos de la víctima, sino que se los lleva a Luis García Blanco, diciéndole que son un regalo de la tía Josefa para su hija.

Las sospechas comenzaron a partir de gente que comentaba haber visto a Romasanta vendiendo posesiones de las personas a las que supuestamente acompañó a Santander. Sin embargo, un episodio clave fue cuando José García Blanco, hermano de las García Blanco, visitó a Romasanta en su casa y Romasanta le sirvió un apetitoso pan, que cortó con una bonita navaja grande, de mango blanco y pintas negras: era la navaja de su hermana Josefa.

Fue en ese momento siniestramente revelador cuando, al ver la hoja de la navaja abriéndose paso en el grueso pan, los rumores que circulaban encendieron su intuición y, sobre la imagen del civilizado Romasanta que partía el pan, apareció otro Romasanta salvaje y brutal, que entre las sombras y el follaje extirpaba la grasa del cuerpo de su hermana. Ese otro Romasanta debía ser uno de esos «sacamantecas» de los que tanto se hablaba, ese otro Romasanta era el verdadero, el real, el asesino embustero.

En febrero de 1852, Romasanta estaba tan angustiado por los rumores de que él era un sacamantecas que había asesinado a sus víctimas para quitarles la grasa y venderla en Portugal (país situado bastante cerca de Rebordechao), que se había hecho con un certificado falso en el que figuraba como «Antonio Gómez» y era oriundo de Montederramo. Con ese documento solicitó y obtuvo un pasaporte interior para viajar a Castilla; pero, cuando se encontraba en Nombela dentro de Toledo, tres paisanos lo reconocieron y el alcalde dispuso su detención en julio de 1852.

Primeramente, en el Juzgado de Escalona, Romasanta negó todo, y hasta dijo que Manuel Blanco Romasanta era primo suyo, ya que le habían encontrado un documento con su verdadera identidad.

Posteriormente Romasanta fue trasladado al Juzgado de Verín, y allí confesó algo estremecedor que rondaría en el imaginario popular por décadas. Admitió matar a trece personas, pero dijo que no era su culpa, que sufría una maldición que lo convertía en hombre lobo, que esas metamorfosis lo torturaban desde hace trece años, y que habían cesado misteriosamente justo tres días antes de su detención.

En su elaborada mentira, profirió palabras tan delirantes como estas: «Me encontré con dos lobos grandes con aspecto feroz. De pronto, me caí al suelo, comencé a sentir convulsiones, me revolqué tres veces sin control y a los pocos segundos yo mismo era un lobo. Estuve cinco días merodeando con los otros dos, hasta que volví a recuperar mi cuerpo. El que usted ve ahora, señor juez. Los otros dos lobos venían conmigo, que yo creía que también eran lobos, se cambiaron a forma humana. Eran dos valencianos. Uno se llamaba Antonio y el otro don Genaro. Y también sufrían una maldición como la mía. Durante mucho tiempo salí como lobo con Antonio y don Genaro. Atacamos y nos comimos a varias personas porque teníamos hambre.»

Tras estar en Verín, Romasanta fue transferido al Juzgado de Allariz, donde pasaría a la historia como el mítico «Hombre Lobo de Allariz».

El hallazgo de restos óseos, junto con sus confesiones y el informe médico, bastaron para que el 6 de abril de 1853 Romasanta fuera condenado a morir en el «garrote vil». Pero antes la sentencia debía ser remitida a consulta en la Audiencia de La Coruña, donde en primera instancia se revocó y cambió por cadena perpetua; aunque luego, tras un segundo proceso indagatorio, se le volvió a imponer pena capital el 23 de marzo de 1854.

El caso de Romasanta había tenido tal repercusión que llegó a oídos de un tal Mr. Philips, quien vivía en Argel y decía ser profesor de Electro-Biología. Este Mr. Philips le pidió a la reina Isabel II que le preste a Romasanta para experimentar en él sus «recientes avances» en el terreno de la hipnosis, agregando a eso el diagnóstico de que Romasanta debía padecer «un tipo de monomanía» catalogable como «licantropía».

Sumada a la voluntad científica de Mr. Phillips, estaba la carta que el abogado de Romasanta envió a la reina, en la cual suplicaba indulgencia para el acusado basándose en el hecho de que no existían pruebas definitivas.

Por todas esas cosas, el 13 de mayo de 1854 una orden de la reina conmutaba la pena capital por cadena perpetua. Romasanta estaba a salvo, pero el excéntrico Mr. Philips nunca piso España para experimentar con el supuesto hombre lobo.

Según el artículo 94 del Código Penal de 1848, la cadena perpetua podía cumplirse tanto en España como en África, en las Canarias o en ultramar. El Periódico para todos, publicó el 11 de octubre de 1876 que Romasanta fue conducido a Ceuta, y que allí vivió: «sin que diese muestras de padecer enajenaciones mentales, ni monomanías de ninguna especie.»

Anteriormente, el diario Iberia había publicado el 23 de diciembre de 1863 una breve nota sobre la muerte de Romasanta, y el diario La Esperanza publicó lo siguiente un 21 de diciembre del mismo 1863: «Escriben desde Ceuta, con fecha del 16 del corriente, que el desgraciadamente célebre, Manuel Blanco Romasanta, conocido en toda España por el Hombre Lobo, por consecuencia de sus atrocidades y fechorías, y que, juzgado en La Coruña, fue condenado a presidio, falleció en aquella plaza el 14 del actual, a la edad de cincuenta años, siendo víctima de un cáncer en el estómago.»

Durante el juicio se demostró que Romasanta fue el último en ver vivos a los nueve desaparecidos, que vendió las pertenencias de éstos, que escapó de Galicia con una identidad falsa, y que recurrió al engaño y a la manipulación reiteradas veces.

Pese a lo anterior, nunca aparecieron los cadáveres. Todo cuanto había eran unos huesos humanos encontrados en el bosque donde Romasanta decía haber matado; y donde, según el abogado de Romasanta, varias personas fueron asesinadas por lobos. Los otros cuatro asesinatos confesados, fueron obviados por la Justicia pues se determinó que habían sido producidos por auténticos lobos.

En cuanto a los otros dos hombres lobo que Romasanta mencionó en sus confesiones, estos jamás fueron indagados, pese a que Romasanta afirmaba que uno de ellos había escrito las falsas cartas y el falso certificado de identidad. No obstante, sí se pudo comprobar que la letra de las cartas no era la letra de Romasanta.

Ahora bien, sabemos que Romasanta negó todos los cargos al comienzo, pero después mantuvo hasta las últimas su historia del hombre lobo ¿Por qué?, ¿realmente él mismo se

creía esa historia? Según las leyes de la época: si confesaba directamente los asesinatos, sufría pena capital; si los negaba (podía hacerlo, faltaban los cuerpos), iba a cadena perpetua por detención ilegal; pero, si conseguía hacerse pasar por loco, se le eximiría de responsabilidad criminal, aunque se le internaría en un manicomio. Lo último era lo mejor y Romasanta, siendo inteligente, aprovechó que vivía en una época llena de supersticiones. Por ello, a su caso se aplican las palabras que Martínez Pérez escribiera sobre la licantropía como ideación delirante en su libro *La gestión de la locura: conocimientos, prácticas y escenarios*; cito: «Puede justificar crímenes planeados simulando ser víctima de un maleficio que lo convierta en lobo con utilización de las creencias populares en beneficio propio y el agravante de heteroagresividad en rango de homicidio con dudosa resonancia afectiva en el autor de las consecuencias de sus actos. Serían los que en la historia de la psiquiatría se denominaron degenerados morales.»

Romasanta nunca desistió de hacer creer que se transformaba en hombre-lobo, pero los médicos de la corte no le creyeron. Dice de él el informe médico: «se evidencia que el Manuel Blanco no es loco, ni imbécil, ni monomaniaco, ni lo fue, ni lo logrará ser mientras esté preso, y por el contrario de los datos referidos resulta que es un perverso, consumado criminal, capaz de todo, frío y sereno, sin bondad.»

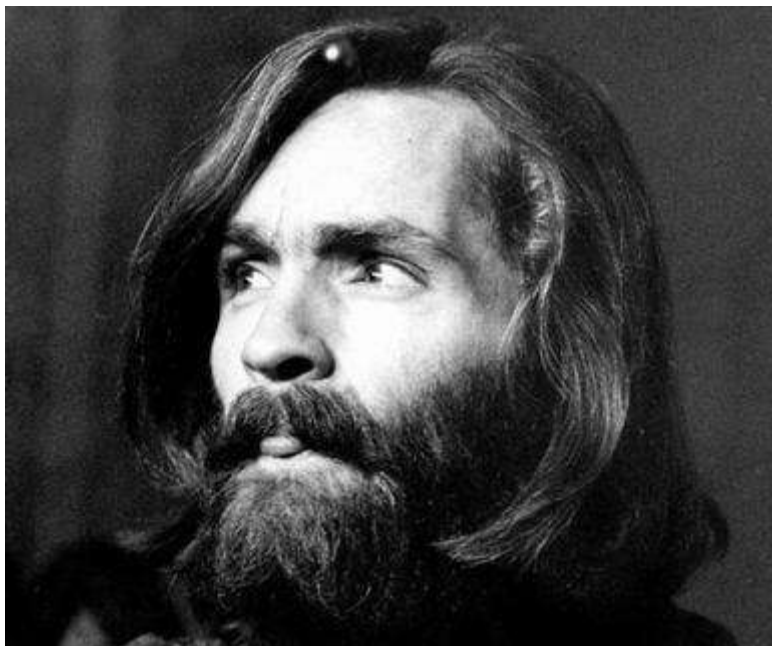
Sin embargo el cuento del hombre lobo no recibió credibilidad en las cortes, y los médicos consideraron que era un montaje, escribiendo sobre Romasanta en el informe médico:

«Manuel Blanco calcula medios, mide y combina tiempos, modos y circunstancias; no mata sin motivo, ni acomete sin oportunidad; conociendo que hace mal se oculta, seduce para robar; mata para ocultar, reza para seducir; conoce el deber y la virtud para desoírlos; luego de su conformación de sus actos, de su historia, de sus disculpas mismas se evidencia que el Manuel Blanco no es loco, ni imbécil, ni monomaniaco, ni lo fue, ni lo logrará ser mientras esté preso, y por el contrario de los datos referidos resulta que es un perverso, consumado criminal, capaz de todo, frío y sereno, sin bondad y con albedrío, libertad y conocimiento; el objeto moral que se propone es el interés; su confesión explícita fue efecto de la sorpresa, creyéndolo todo descubierto; su exculpación es un subterfugio gastado e impertinente; los actos de piedad una añagaza sacrílega; su hado impulsivo una blasfemia; su metamorfosis un sarcasmo.»

Fue pues por la reina Isabel II que se salvó Romasanta. Hoy la gente habría empleado la palabra «psicópata» para referirse a él; aunque, si buscamos los diagnósticos precisos que los especialistas actuales emitirían, podríamos citar lo que David Simón Lorda y Gerardo Flórez Menéndez escriben en *El Hombre-Lobo de Allariz (Ourense), 1853: Una visión desde la Psiquiatría actual*.

A saber: «... los datos biográficos del caso del «hombre-lobo» Manuel Blanco Romasanta así como lo que podemos inferir de los informes de los médicos que lo reconocen en Allariz, no indican que estemos ante un proceso psicótico sino más bien ante un caso de un trastorno de la personalidad. El pragmatismo y la obtención de beneficio a cualquier coste, siempre ajeno a su persona, aunque con don de gentes y seducción, orientan hacia un trastorno de personalidad. El recuerdo íntegro y la planificación de los hechos, en principio nos descartarían una epilepsia y el descontrol de impulsos ligados a esta entidad (...). Afinar un poco más en qué tipo de trastorno de personalidad puede ser tarea difícil, pero nos inclinamos por el Trastorno Antisocial de Personalidad (...), o por un diagnóstico de «Psicopatía» en la línea de R. D. Hare.»

CHARLES MANSON



La noche del 8 de agosto de 1969, el número 10.050 de Cielo Drive, en Bel Air, en el lujoso distrito de Beverly Hills, ciudad de Los Ángeles, se convirtió en el escenario de la definitiva consagración del asesino de masas como mito de la cultura pop del siglo XX.

Esa noche, Charles «Tex» Watson, Susan Denise Atkins (alias Sadie), Patricia Krenwinkel (alias Katie), y Linda Kasabian, siguiendo órdenes de

Charles Manson, penetraron en la casa de Roman Polanski, donde en ese momento se encontraba la esposa de éste, la actriz Sharon Tate, embarazada, junto a varios de sus amigos: Abigail Folger, su novio -Voytek Frykowski- y el peluquero Jay Sebring. Fuera, sentado al volante de su coche, estaba el joven Steve Parent.

El resultado de este encuentro entre glamourosas personalidades de Hollywood y una pandilla de verdaderos outsiders californianos es bien conocido. Todos los que se hallaban en la casa del matrimonio Polanski fueron salvajemente masacrados, en una absurda orgía de sangre y muerte.

Sharon Tate recibió dieciséis puñaladas. Jay Sebring un disparo y siete heridas de cuchillo. Abigail Folger veintiocho puñaladas y su pareja, Voytek Frykowski, cincuenta y una, además de dos disparos. En la pared, los asesinos escribieron con la sangre de Sharon Tate la palabra «*PIG*». Su cadáver y el de Sebring fueron colgados del techo. En el jardín, en su coche, Steve Parent fue asesinado de cuatro disparos a quemarropa.

Dos días más tarde, en otra casa de la vecindad, aparecían los cadáveres del matrimonio LaBianca. Los cuerpos de Leno y Rosemary LaBianca habían sido igualmente cosidos a puñaladas y las paredes de su casa decoradas con sangrientas (literalmente) frases como «*Muerte a los cerdos*». La policía de Los Ángeles estuvo prácticamente segura de que se enfrentaba con un culto satánico y, por lo tanto, con una serie de asesinatos rituales.

Apenas unos días antes de los brutales asesinatos, el 26 de julio de 1969, otros miembros de la que pronto sería conocida como «la familia Manson» se habían presentado en casa del productor y compositor Gary Hinman, quien había sido amigo personal del propio Manson.

Robert Beausoleil, junto a Susan Denise Atkins y Mary Theresa Brunner, aparecieron de improviso, a las dos de la madrugada, en casa de Hinman, en el californiano Topanga

Canyon. Manson les había asegurado que el músico tenía unos veinte mil dólares escondidos en algún rincón. Su misión era conseguir que se los entregara.

Durante toda una noche y la mañana siguiente Hinman fue golpeado, torturado e insultado por Beausoleil y sus acompañantes sin conseguir que hablara. Durante la madrugada, el propio Manson, junto a su amigo Bruce Davis, pasó por la casa de Topanga Canyon. Tras comprobar que no había manera de sacar nada en claro, especialmente después de que arrancarle una oreja a Hinman no sirviera tampoco de mucho, Manson ordenó a su gente que se deshiciera del músico y abandonó el lugar.

Lo más curioso del caso es que Beausoleil fue detenido poco después de cometer el asesinato de Gary Hinman, pero sólo mucho más tarde la policía relacionaría el crimen con los ocurridos en Beverly Hills.

Quizá por eso, entre otras cosas, a casi todo el mundo se le pasó por alto durante el juicio que el móvil de los crímenes Tate-LaBianca, tal y como dijeron en varias ocasiones algunos de los miembros de la Familia, era realizar una serie de asesinatos similares al cometido por Robert Beausoleil para, de esta manera, conseguir que fuera puesto en libertad. No quiere esto decir que no hubiera un cierto grado de locura en el plan.

De hecho, asesinar a siete personas para conseguir una coartada no parece una idea muy lúcida. La prueba es que cuando Manson y sus seguidores fueron detenidos ni siquiera se había establecido la relación entre ambos crímenes todavía. Pero lo que sí está claro es que ignorar este móvil, así como el del robo en el caso de Hinman, por parte de la acusación, respondía a un profundo y quizá inconsciente deseo de encontrar explicaciones que, por muy retorcidas que fueran, dotaran de cierta lógica a lo que, de lo contrario, eran simples actos de barbarie, llevados a cabo por personas aparentemente normales y sólo por motivos peregrinos y despreciables.

La mayoría de las jóvenes adeptas de Manson que habían participado en los crímenes eran chicas de buena familia que, hartas de autoridad paterna, se habían lanzado a la aventura del autodescubrimiento en plenos años sesenta. Eran lo que, ahora, llamaríamos «niñas pijas».

La única explicación plausible para su comportamiento era que Charlie Manson fuera poco menos que un ser diabólico. Un Svengali de la era de Acuario que había creado a su alrededor un culto, una secta, cuyos miembros eran denominados por algunos «mansonitas», capaz de cometer los actos más terribles, siempre de acuerdo con su filosofía perversa y satánica.

Además, el que sus víctimas más notables, la mujer de Polanski y sus amigos, fueran gente de Hollywood, aficionada a las drogas, el alcohol, el sexo y las filosofías propias de la época, llevó a muchos a considerar que su muerte formaba parte de algún tipo de ajuste de cuentas entre sociedades secretas satánicas o algo así. El hecho de que Roman Polanski fuera el director de *La semilla del diablo* no ayudaba mucho a esclarecer el asunto, que digamos. Gary Hinman, el músico asesinado por Beausoleil, era budista. El propio Bobby Beausoleil había sido amigo íntimo de Kenneth Anger, director de cine underground gay y conocido seguidor de la filosofía ocultista de Aleister Crowley.

¿Y qué decir de Charlie Manson? Su peculiar perversión de la ideología hippie le había llevado a estudiar, de prisión en prisión, todo tipo de filosofías esotéricas. Había tenido contactos con la Dianética o Cienciología de L. Ron Hubbard, con la Iglesia del Juicio Final, también conocida como The Process, una asociación más o menos satánica creada por Robert de Grimston. También conocía a personas relacionadas con la Iglesia de Satán, fundada por Anton LaVey, y a varios miembros de la banda de motoristas conocida como Ángeles del Infierno.

Sumando esto a sus propias declaraciones acerca del contenido esotérico de las canciones de Los Beatles, con su *Helter Skelter*, que simbolizaba en la escatología mansoniana el enfrentamiento final entre la raza blanca y la negra, a su uso de drogas alucinógenas y a su relación personal con gente del mundo de la música pop (al fin y al cabo, lo que Manson quería era ser estrella de rock), todo ello ponía en bandeja a Vincent Bugliosi, fiscal del condado de Los Ángeles, a la prensa sensacionalista y a todo el que quisiera dormir tranquilo en compañía de sus paradójicamente reconfortantes pesadillas paranoides y conspiratorias, una explicación de los hechos más tranquilizadora que ninguna otra: existía una gigantesca conspiración diabólica de cultos satánicos, asesinatos en serie, traficantes de drogas y snuff movies, motoristas salvajes y pervertidos sexuales, de la que la familia Manson era, tan sólo, la punta del iceberg.

Un buen puñado de libros se encargarían rápidamente de extender esta idea. *The Family: The Story of Charles Manson's Dune Buggy Attack Battalion*, de Ed Sanders, antiguo cantante de rock, afirmaba la existencia de esta especie de culto satánico criminal, del que los asesinatos en serie forman parte integrante, y en el que The Process, la ya citada Iglesia del Juicio Final, tenía un papel singularmente importante.

Aunque con menos parafernalia e hipérboles, también el best seller escrito por Curt Gentry y el propio fiscal Vincent Bugliosi, *Manson. Retrato de una familia*, dejaba caer serias insinuaciones al respecto. Pronto, este tipo de libros se convertirían en una verdadera tradición americana, apoyada por periodistas de derechas, integristas cristianos y defensores de las buenas costumbres.

Obras como *The Ultimate Evil: An Investigation of America's Most Dangerous Satanic Cult, With New Evidence Linking Charles Manson and Son of Sam*, de Maury Terry; *Painted Black. The Chilling True Story of the Wave of Violence Sweeping Through Our Hometowns*, de Carl A. Raschke; *Demon Deaths. Shocking True Crimes of Devil Worship*, de Brad Steiger y Sherry Hansen Steiger, y otras muchas, han extendido entre las mentes más ingenuas y bienpensantes la idea de que existe una superconspiración mundial, y sobre todo norteamericana, que conecta sin lugar a dudas los abusos infantiles, los crímenes de psicópatas y asesinatos en serie, el tráfico de drogas, la pornografía infantil, los snuff movies, la trata de blancas, los juegos de rol, el heavy metal satánico, los suicidios juveniles y, por decirlo claramente, todos los males que afectan a una sociedad que se niega a aceptar los valores cristianos tradicionales. Cultos legales como la Iglesia de Satán, el Templo de Set, The Process, la Iglesia de la Cienciología; grupos de rock como AC/DC, Judas Priest, Black Sabbath y, ahora, Marilyn Manson (cuyo nombre lo dice todo); cómics obscenos; películas violentas; novelas fantásticas y de terror; páginas web en Internet... son elementos visibles, síntomas de una profunda corrupción que corroee las entrañas de Estados Unidos y del mundo occidental, cuyos culpables son todos uno y el mismo.

Charlie Manson y sus célebres crímenes suponen una ruptura radical con el esquema cultural y hasta legal que, anteriormente, se había aplicado al asesino en serie. De hecho, aunque no fue autor material de los asesinatos Tate-LaBianca, se le condenaría a cadena perpetua como principal culpable de los mismos.

De igual forma que la sociedad victoriana se negaba a ver en Jack el Destripador a un miembro de su propia burguesía, un médico cuyo estado mental le llevaba a cometer asesinatos de naturaleza sexual grotescos y monstruosos sin por ello dejar de ser un buen gentlemann, la ultraconservadora y puritana Norteamérica, que aprovecharía la crisis de los años sesenta simbolizada por los asesinatos Tate-LaBianca para el arranque del rearme moral de los setenta, sólo puede afrontar el hecho de que buenas chicas como Susan Atkins, Patricia Krenwinkel o Linda Kasabian se conviertan en verdaderas arpías asesinas, en ménades de los tiempos modernos, que no retroceden ante la realización de los crímenes más sangrientos, si ellas mismas, como la juventud americana en general, son víctimas de la manipulación de un culto satánico perverso y todopoderoso, protegido por policías y hasta miembros del Gobierno, infiltrado en todas las capas del poder de la sociedad americana, y culpable de todos esos inexplicables crímenes que cometen los psychokillers.

Una noche de agosto, Sharon Tate y otras cuatro personas fueron asesinadas en Los Ángeles. Veinticuatro horas más tarde dos personas más morían a pocos kilómetros de allí. Las muertes fueron tan curiosas como todo lo que tenía que surgir de Hollywood. Los asesinos fueron aun más extraños: los discípulos de la comuna de Charles Manson.

Paz y amor eran la consigna de la juventud de los sesenta en la costa oeste de América. Pero había una siniestra y velada tendencia. Una serie de asesinatos en la próspera ciudad de Los Ángeles estaba a punto de acaparar los titulares de prensa de todo el mundo.

El 27 de julio de 1969, Gary Hinman, profesor de música de 34 años, se convirtió en la primera víctima de la Familia Manson. Tres miembros del grupo, Bobby Beausoleil, Mary Brunner y Sadie Mae Glutz, fueron enviados a su casa para cobrar un dinero que les debía. Sabían que lo tenía porque había dirigido una provechosa operación ilegal de drogas y corrían rumores de que acababa de heredar la suma de 20.000 dólares, presuntamente escondida en el jardín de su casa de Old Topanonga Canyon, Los Ángeles.

Los tres visitantes discutieron con Hinman durante dos horas. Bobby Beausoleil perdió la paciencia y empuñó un arma. Una pistola Radon de 9 mm que quedó en manos de Sadie mientras él registraba la casa. En ese momento, Gary intentó escapar y comenzó a luchar con Sadie. La pistola se disparó y la bala atravesó la cocina incrustándose en el fregadero. Bobby volvió corriendo a la habitación, recogió la pistola y golpeó a Gary en la cabeza con ella.

Llamaron por teléfono a Charles Manson quien, alarmado, fue a la casa acompañado de Bruce Davis. Manson cogió una espada y la utilizó para cortar una oreja a Hinman dejando una herida de 13 cm. Encargó a Bobby que averiguara dónde estaba el dinero y que llevara a Hinman hasta el rancho. Después, ordenó a las dos chicas que limpiaran las heridas.

Bobby, Mary y Sadie Mae ataron a Gary y lo dejaron tendido en la alfombra mientras registraban la casa. Mary Brunner cosió los cortes de Hinman con hilo dental; vendó sus

heridas y le dio algo de beber. Todo lo que consiguieron de Hinman fueron los pedazos rosados que quedaron de sus orejas.

Al amanecer, Gary Hinman corrió como pudo hasta la ventana y gritó pidiendo ayuda. Bobby Beausoleil, aterrado, apuñaló a Hinman dos veces en el pecho dejando que se desangrara hasta morir. Después, borraron todas las huellas dactilares (excepto una) y fijaron en un bulto todas las ropas y vendajes incriminatorios. Alguien empapó un dedo con la sangre de Gary Hinman y garabateó en la pared las palabras: «*cerdito político*». Otra mamarrachada, una tosca versión de la zarpa del gato, el símbolo de los militantes de los Panteras Negras (Black Panthers).

Cerraron con llave todas las puertas y, huían ya por la ventana, cuando decidieron volver y cubrir a Hinman.

Conduciendo a todo gas la furgoneta Volkswagen de Gary volvieron a casa, al Rancho Spahn, parando por el camino en el Topanga Kitchen para tomar café y bizcocho de cerezas.

Tres semanas después, el 8 de agosto, alrededor de la media noche, un Ford blanco y amarillo bajaba despacio por Cielo Drive, Hollywood. Se paró frente al número 10050, la casa de la actriz Sharon Tate. Tex Watson había estado allí antes. Mientras Linda Kasabian, Katie y Sadie Mae vigilaban, él trepó por un poste de teléfonos y cortó los cables que conectaban al 10050 con el mundo exterior.

Tex, Linda, Katie y Sadie Mae saltaron la veda de seguridad llevando con ellos una bolsa con ropa de repuesto y sus cuchillos de doble filo. Tex llevaba el revólver de la Familia (una Buntline Especial del 22, y 13 metros de cuerda de nylon blanca de triple trenzado enrollada en su hombro.

Un Nash Ambassador blanco de dos asientos salía de la casa en ese preciso momento. Blandiendo el revólver, Tex saltó una y otra vez frente a los faros del coche, gritándole al conductor que parara. Cuando lo hizo, metió el revólver por la ventana y disparó cuatro veces en el pecho a Steven Parent, de 18 años de edad. Después empujó el coche hasta unos arbustos.

Tex envió a Linda, Katie y Sadie Mae a explorar los alrededores de la casa. Al no encontrar otra forma de entrar, Tex se abrió camino a través de la cristalera de una habitación vacía de la fachada principal. Linda se quedó fuera vigilando y jamás pisó la casa. Los otros tres vieron a Voytek Frykowski tumbado en un sofá cuando entraron.

Cuando Frykowski despertó se encontró la Buntline Especial frente a su cara. Al preguntar a sus «visitantes» qué querían de él, Tex contestó: «Soy el Diablo. Estoy aquí para hacer los negocios del Diablo. Entrégame tu dinero».

Sadie Mae encontró una toalla con la que atar las manos de Frykowski. Después se paseó por la casa y observó en silencio a Abigail Folger tumbada leyendo en su cama. Siguió andando a hurtadillas y se detuvo en el marco de la puerta de la habitación en la que Tate, embarazada de ocho meses, hablaba con Jay Sebring. Sadie volvió a donde estaba Tex para informarle de lo que había visto y éste le ordenó que los capturaran.

Jay Sebring, ex soldado de la marina, exigió que dejaran sentarse a Sharon y, aprovechando la confusión, trató de hacerse con el revólver. Tex disparó a Sebring atravesándole una axila. Aun así, cuando Tex exigió el dinero, sus víctimas se mostraron reacias a entregárselo. Mientras Frykowski seguía atado en el sillón, Watson ató a las mujeres y al inconsciente Jay Sebring y arrojó un extremo de la cuerda sobre la viga de madera que atravesaba el salón. Sadie Mae se colgó de ella.

Tex ordenó a Sadie que matara a Frykowski. Cuando ésta se disponía a agredirle, él consiguió liberar sus manos y, cogiéndola por el pelo, la golpeó en la cabeza. Durante la lucha, ella logró apuñalarle cuatro veces en las piernas y dos en la espalda. De alguna forma, ella perdió el cuchillo, que quedó clavado en el brazo de un sillón, y saltando sobre la espalda de su víctima, gritó sin poder controlarse. Tex disparó dos veces a Frykowski, pero él seguía luchando por su vida. El pánico se apoderó del asesino. Golpeó a Frykowski en la cara con la culata del revólver. Lo hizo con tanta fuerza que redujo a añicos la empuñadura de nogal.

La visión de Frykowski derrotado impresionó tanto a las otras víctimas que empezaron a luchar por sus vidas. Abigail Folger, todavía ilesa, se liberó y corrió hacia la puerta pidiendo ayuda. Katie la persiguió. Tex apuñaló cuatro veces al valeroso Sebring y después se unió a Katie. Watson había dado rienda suelta a un incontrolable deseo de sangre. Derribando a Katie, cayó sobre Abigail y, tras cortarle el cuello, la apuñaló varias veces.

Mientras tanto, el indestructible Frykowski había salido tambaleándose por la puerta principal para pedir ayuda. Fuera de sí, Tex lo apuñaló una y otra vez. Fue encontrado con 51 puñaladas asestadas después de su muerte.

Abigail Folger se puso en pie como pudo y escapó hacia las puertas de la piscina. Katie la persiguió, dejando en el intento una huella del dedo pequeño en la sangre que manchaba la puerta. Abigail consiguió huir tambaleándose, pero cayó antes de alcanzar el seto.

Dentro de la casa, Sharon Tate, todavía ilesa y sin vigilancia, aunque atada a un hombre muerto, intentó fugarse. Cuando Sadie Mae la descubrió se dispuso a matarla también. Ella rogó por su vida y por la de su hijo, pero la respuesta de Sadie Mae fue brutal. Sadie y Katie la sujetaron mientras Tex la apuñaló hasta morir. Después los demás hicieron lo mismo.

El cabecilla ordenó a las chicas que salieran mientras iba destrozándolo todo a su paso, apuñalando y dando patadas a los cuerpos sin vida. Finalmente ató juntos a Sebring y a Tate. Sadie empapó una toalla en la sangre de Sharon y puso con ella la palabra «cerdo» en la pared del hall. Se marchó dejando la puerta principal abierta de par en par, y dos huellas de su pie en la sangre del porche.

Tex, Linda, Sadie y Katie volvieron al Rancho Spahn deshaciéndose por el camino de cuchillos y ropas manchadas de sangre.

Más tarde, aquella misma noche, Charles Manson y otro miembro de la Familia volvieron para limpiar y buscar el cuchillo que Sadie perdió luchando con Frykowski. Dejaron limpio de huellas el coche de Steven utilizando la toalla con la que sus compañeros habían atado a Frykowski. Cuando se fueron, la dejaron tirada en la cara de Jay Sebring.

En el rancho, al amanecer, todo el mundo dormía plácidamente en su saco de dormir. Tex, Katie, Linda y Sadie descansaron durante todo el día.

La noche siguiente, unas horas después de la media noche, el Ford blanco y amarillo se detuvo junto al 3301 de Waberly Drive en el distrito de Los Feliz, Los Ángeles. Dentro de aquel vehículo estaban Charles Manson, Tex Watson, Linda Kasabian, Sadie Mae Glutz, Katie y dos caras nuevas, Leslie Van Houten y Glem Grogan.

Manson salió del coche llevando consigo su espada y una pistola. Tex le siguió. Juntos descubrieron la forma de entrar. En el salón encontraron a Leno LaBianca en pijama.

«Cálmese, siéntese y guarde silencio», le ordenó Manson. Tex se quedó vigilando al Sr. LaBianca mientras Manson, armado con una pistola, iba a por Rosemary LaBianca. Ataron a la Sra. LaBianca con dos correas de cuero que Manson llevaba en el cuello. Este quería dinero, por lo que la pareja le entregó sus carteras mientras se ofrecían para guiarle hasta la tienda donde el millonario guardaba más dinero. La oferta fue rechazada y Manson salió de la casa por la puerta principal.

Los LaBianca respiraron aliviados. Pero no por mucho tiempo. Katie y Leslie entraron de nuevo en la casa llevando consigo armas y ropas de repuesto. Fueron directas a la cocina, y tras bajar las persianas, se armaron con un tenedor de trinchar y un cuchillo de sierra con el mango de madera. Obligaron a Rosemary a tumbarse bocabajo en la cama. Cubrieron su cabeza con una funda de almohada y la ataron con el cable de la lámpara.

Con igual eficiencia, Tex le quitó al Sr. LaBianca la parte superior del pijama y lo apuñaló cuatro veces en la garganta con el cuchillo de la cocina. Poco después, lo dejó clavado en una herida y continuó apuñalándolo, ocho veces más, con su propio cuchillo. Leno LaBianca murió desangrado y asfixiado por la almohada que Tex puso sobre su cabeza.

Leslie sujetó a Rosemary LaBianca mientras Katie la apuñalaba. Las convulsiones de la Sra. LaBianca hicieron que la lámpara de la mesilla se cayera. Al oír el ruido Tex acudió en seguida y entre ambos le asestaron 41 puñaladas. Tex y Katie querían que Leslie tomara la alternativa, pero ella se mostró reacia. Cuando, finalmente, apuñaló a la Sra. LaBianca en las nalgas, ya estaba muerta. Aun así, repitió la acción 16 veces.

Tex grabó con un cuchillo la palabra «*Guerra*» en el abdomen de Leno LaBianca. Katty perforó los cuerpos con el tenedor de trinchar, dejándolo, finalmente, clavado en el estómago del Sr. LaBianca. Utilizando la sangre de ella, alguien puso en la pared: «*Muerte a los cerdos*». Con una bola de papel mojada en la misma sangre escribieron sobre un cuadro: «*Sublevaos*». Y por último, Katie escribió en el refrigerador: «*Caos*».

En los 60, Hollywood, la meca del cine, era un deseable centro residencial para las estrellas, situado al norte de la extensa ciudad de Los Ángeles. Bel Air, Beverly Hills y Benedict Canyon eran las elegantes zonas residenciales que los ricos y famosos como el director de cine Roman Polanski y su esposa Sharon Tate eligieron para vivir. Era lógico, para el grupo de Manson, actuar allí para conseguir la máxima publicidad en su violenta lucha contra los «cerdos gordos» de la sociedad. También representaban a la sociedad que marginó a Manson cuando llamó esperanzado a sus puertas.

Cuando Susan Atkins fantaseaba sobre próximos actos sangrientos con su horrorizada compañera de celda, Virginia Graham, hablaba de hacer cosas terribles e inenarrables a Richard Burton, Elizabeth Taylor, Steve McQueen, Frank Sinatra, Tom Jones y a muchos otros.

Esta supuesta «lista de la muerte» fue publicada por la prensa sensacionalista. Era un toque, al más puro estilo de Hollywood, el que esta amenaza surgiera de un viejo decorado cinematográfico.

Charles Manson nunca conoció a su padre y, en una época, fue abandonado por su madre durante años. A los 12, cuando lo abandonó definitivamente, no confiaba en nadie y estaba ya cultivando una personalidad violenta (de pequeño criminal) más familiarizada con el interior de prisiones y reformatorios, que con la libertad de la calle.

Charles Milles Manson, el Maddox «Sin nombre», nació el 11 ó 12 de noviembre de 1934. Su madre no pudo recordar cuál de los dos días, así que eligió el 11. Kathleen Maddox tenía sólo 16 años y había huido de casa en Ashland, Kentucky, debido al comportamiento religioso enormemente represivo de su madre. El padre de Manson era un «matón de pacotilla» que se llamaba a sí mismo Coronel Scott. No soportó allí el tiempo suficiente para ver el nacimiento de su hijo; de todas formas, fue William Manson, con quien Kathleen estuvo casada poco tiempo, quien dio su nombre al pequeño.

Kathleen Maddox encontró difícil hacer frente a la maternidad siendo tan joven, por ello el joven Manson fue abandonado regularmente. Cuando tenía seis años, fue dejado con sus abuelos mientras su madre y su tío Luther robaban una gasolinera. Fueron detenidos y encarcelados durante cinco años. Manson se quedó a vivir con sus estrictos abuelos durante unas semanas. Después vivió con su tía Joanne.

Un año más tarde, Kathleen Manson volvió a por el pequeño. Manson estaba entusiasmado. Comenzaron juntos una vida nómada, pero Manson nunca pudo estar seguro de si se quedaría con su madre o sería el «juguete» de alguien más.

Manson y su madre se movían por Ohio, Kentucky, West Virginia e Indiana. Llevaron una azarosa vida que rayaba el límite del delito, hasta que Kathleen encontró a un hombre que realmente la quería a ella, pero no a Manson. Ella puso la custodia de su hijo en manos de un tribunal y Manson fue llevado a Gibault, un hogar para niños en Terre Haute, Indiana. Aunque su madre lo visitaba y le prometía que muy pronto volvería con ella, esto nunca sucedió.

Desde entonces, la vida de Manson es una triste historia de hogares y reformatorios, huyendo, robando coches y comida e intentando soportar el sadismo que abundaba en algunas de estas instituciones. Llegó a estar cada vez más herido, amargado y enfadado. Recogió también algunos útiles de supervivencia por el camino, para asegurarse de que nadie jugara con él.

A partir de los 16 años, pasó mucho tiempo en reformatorios, que eran, aparentemente, un progreso con respecto a las instituciones anteriores, pero también la mejor forma de aprender los pormenores de numerosos asuntos turbios.

En mayo de 1954, Manson fue puesto en libertad bajo la tutela de sus tíos. Fue a vivir con ellos en McMechen, donde conoció a Rosalie Jean Willis, la hija de un minero, con la que se casó en junio de 1955. Manson intentó ir por el buen camino, pero al poco tiempo volvió a la vida criminal inducido por un hombre mayor que él, que le pidió que robara un coche y lo condujera hasta California. El negocio fracasó, y durante un tiempo anduvo sobre la fina línea que separa el delito del ajeteo diario.

Pero el robo del coche motivó su detención y fue encarcelado durante cinco años. Fue enviado a Terminal Island, San Pedro. Poco después nació su hijo. Rosalie se divorció de él y se fue a buscar una nueva vida llevándose al pequeño Charlie con ella.

Manson se dedicó a aprender como ser un buen proxeneta para tener una «carrera» cuando saliera. En 1958, fue puesto en libertad en Hollywood.

Al poco tiempo fue arrestado de nuevo por cruzar con chicas la frontera del Estado y por intentar pasar un cheque robado valorado en 38 dólares. Manson huyó a México pero la policía lo capturó y, esta vez, la libertad condicional, se convirtió en una condena de diez años a cumplir en las penitenciarías de McNeil y Terminal Island. No volvió a ver el mundo exterior hasta la primavera de 1967.

Antes de estar implicado en los asesinatos, Manson no era más que un ladronzuelo ocasional. Pasaba gran cantidad de su tiempo entre rejas por pequeños delitos: robar un coche, pasar cheques robados de poco valor, cruzar con chicas la frontera del Estado, atracos menores y violación de la libertad condicional.

Delitos que merecían sólo unos meses en la cárcel, una sentencia suspendida o una multa dentro de un Estado, cuando se convierten en asunto federal conllevan años. Parecía como si Manson estuviera cargando deliberadamente los dados contra él mismo. Cuando no podía arreglárselas en el mundo exterior, hacía alguna tontería para asegurarse, de nuevo, un confortable encierro. Como él mismo dijo, reformatorios y cárceles eran sus hogares. Sabía cómo funcionaba el sistema y cómo manipularlo. Tenía amigos y un lugar en la jerarquía. En poco tiempo estaba en su ambiente.

Cuando fue puesto en libertad de Terminal Island en la primavera de 1967, Manson dijo a un guardia: «¿Sabes una cosa, tío? No quiero marcharme. ¡No tengo un hogar ahí fuera!»

Al salir de la prisión y entrar en un mundo nuevo de liberación, el apetito de Manson por la compañía femenina era insaciable. En menos de dos años se había rodeado de una leal corte de seguidoras ingenuas y complacientes.

En el mes de julio de 1969, Charles Manson y su Familia llevaban una primitiva vida comunal en los límites del desierto. Estaban asentados en el Rancho Spahn, cerca de Chatsworth, pero se retiraban a menudo al desolado e inaccesible Rancho Barker, en Panamint Valley. Era una población fluctuante, pero casi siempre compuesta por treinta o treinta y cinco seguidores. Tres cuartas partes de ellos mujeres y unos cuantos niños. Los asesinatos fueron cometidos por miembros de la rama dura de la Familia, por aquellos que habían conocido a Manson o permanecido bajo su influencia en los dos últimos años, y que le eran totalmente fieles. Cuando fueron casualmente arrestados por la policía vivían como perros salvajes, como coyotes, la imagen favorita que de sí mismo tenía

Manson. ¿Cómo pudo este hombre transformar una comuna de influencia pacifista en un campo de entrenamiento para asesinatos en masa? ¿Por qué permitieron los padres de la clase media americana que sus hijos se acercaran a él?

Cuando Charles Manson, matón ocasional y criminal de poca monta, salió de la penitenciaría de Terminal Island, el 21 de marzo de 1967, tenía 32 años. Todo había cambiado. El moderado y conservador mundo que había conocido cuando ingresó en prisión fue sustituido por una nueva generación de paz, amor y realización personal. Sintió con ella, se adaptó y se dejó llevar por las nuevas consignas. Los compañeros de presidio que iban ingresando le habían contado lo que estaba sucediendo en el mundo exterior, pero él no los creyó. Ahora estaba convencido.

Manson comentó: «Jovencitas encantadoras corrían por todas partes, sin ropa, pidiendo amor. La hierba y las drogas alucinógenas se conseguían fácilmente en la calle. Era un mundo completamente diferente al que yo había conocido. Un mundo demasiado bueno para ser verdad. Era el sueño de un preso hecho realidad después de siete largos años encerrado. No lo dejé escapar, me agarré a él y a la generación que lo disfrutaba.»

Manson salió de la penitenciaría de Terminal Island con treinta dólares en sus bolsillos y su guitarra en la mano. Toda la juventud americana estaba en la «Onda» y todos se dirigían a donde él iba: San Francisco. En todas partes la gente se rebelaba contra la autoridad, abandonando la carrera, negándose a seguir por el «buen camino» y burlándose de la clase dirigente, intentando, así, crear una contracultura. Por primera vez en su vida Charles Manson, la protesta hecha hombre, estaba de acuerdo con el resto del mundo. Su insatisfecha visión de la sociedad fue bien acogida, aprobada y apoyada. Manson describió esa época: «Dormíamos en los parques y nos amábamos en las calles. Mi pelo se hizo un poco más largo. Empecé a componer música y a la gente le gustó. Me sonreían y me abrazaban rodeándome con sus brazos. No sabía cómo actuar. Me dejé llevar.»

Lo que la prensa denominó la «Familia Manson» comenzó sin ninguna espectacularidad. Manson, con su guitarra y su melena tan de moda, se convirtió en un asistente habitual de la «movida hippie» del Haight Ashbury de San Francisco y del campus de Berkeley (Universidad de California). Los frecuentaba fumando marihuana y aporreando su guitarra. Fue entonces cuando conoció a Mary Brunner: una bibliotecaria pelirroja y delgada. Aunque no era una belleza, era, sin lugar a dudas, el «tipo» de Manson, y se mudó a vivir con ella.

Pocas semanas después adquirió una furgoneta Volkswagen y juntos recorrieron la Costa Oeste (los movimientos de Manson tenían que ser supervisados por la persona encargada de su libertad condicional) descubriendo por sí mismos la forma de vivir y de amar de las comunas. Manson fue a Los Ángeles para intentar iniciar su carrera como estrella de rock. En Venice Beach conoció a Lynette Fromme, una delgada pelirroja que acababa de discutir con su padre. Manson volvió con ella a donde estaba Mary, quedando así formado el núcleo de la Familia. En septiembre se les unió Patricia Krenwinkel, una insatisfecha pasante de abogado.

Manson estaba fundando un harén. Él y su corte de jovencitas, todas unos diez años menores que él, eran invitados a las mejores fiestas.

Sus métodos de dominación eran el ácido (LSD) y el sexo. Habían transcurrido quince años desde que Manson estuvo casado y fue padre de un niño. Durante ese tiempo, mientras estaba en prisión, su esposa obtuvo el divorcio y se llevó a su hijo.

En los años 50 Manson había sido, durante un corto período de tiempo, un proxeneta sin éxito. Se enamoró de su mejor chica y ésta lo abandonó. Con Mary y otra chica llamada Darlene, recién acogida, Manson descubrió algo nuevo. Mantenía relaciones con ambas alternativamente. Manson dirigía la orquesta, controlaba la situación. Aprendió a ejercer el poder del sexo, y más tarde, cuando aumentó el número de miembros de la Familia Manson, fue el coreógrafo de sus orgías.

Cuando se les unió Bruce Davis, un universitario que abandonó la carrera, tenían que reemplazar la furgoneta Volkswagen y Manson la cambió por un viejo autobús escolar. Lo pintaron de negro y pusieron *Hollywood Film Productions* en un lateral para prevenir problemas con la policía. El autobús negro se hizo famoso en los alrededores. Manson y su grupo se movían por los lugares de moda de la ciudad, intentando mantenerse al margen de los mundos del cine y de la música.

La Familia iba aumentando con nuevos ingresos. Enseguida se unió a ella la delincuente Susan Atkins (Sadie Mae Glutz); Ruth Ann Moorehouse, hija de un predicador, se casó con un desgraciado conductor de autobuses para abandonar su hogar e ingresar en la Familia; la pelirroja Dianne Lake, abandonada por sus padres para unirse a la comuna de Hog Farm; Bobby Beausoleil, el atractivo actor y músico que protagonizó la vanguardista película de Kenneth Anger's «*Lucifer Rising*» («*La ascensión de Lucifer*»). A través de Bobby, Manson conoció a Kitty Lutesinger, Cathy Share (Gipsy), Leslie Van Houten y a Gary Hinman, entre otros. Charles (Tex) Watson, el típico ex-atleta americano, conoció a la Familia a través del «Beach Boy» (grupo musical californiano), Dennis Wilson. Wilson estaba tan fascinado por su estilo de vida que les permitió cebarse en él despiadadamente. Los alojó en su casa, los alimentó y proporcionó ropas de su propio vestuario.

A mediados de 1968 Manson tenía ya la mayor parte de la Familia. Había tres chicas por cada chico. El tamaño de la Comuna fue aumentando tan rápidamente que ya no cabían todos en el autobús. Comenzaron a vivir en chozas en Topanonga Canyon y sus alrededores. Es prácticamente imposible tener datos de cada persona que, vagando por la Costa Oeste, tropezó con el círculo de Manson, pero los mencionados anteriormente formaban el núcleo permanente de la Familia. Las incorporaciones durante ese mismo año de 1968 fueron Brooks Poston, T.J. (el Terrible) Walleman, Steve Grogan (Clen), Juan Flynn, Nancy Pitman, Cathy Gillies, Sandra Good, Joan Wildebush (Juanita); la aparición en escena el año siguiente de Linda Kasabian y Stephanie Schram, y los nacimientos de Valentine Michael (nombre inspirado en la obra de ciencia ficción «*Extraño en tierra extraña*», de Robert Heinlein) y Zezozose C. Zadfrack, hijos de Manson con Mary Brunner y Susan Atkins, respectivamente, terminaron de conformar el grupo. El reparto estaba completo.

Inicialmente la Familia no estaba compuesta por auténticos inadaptados o marginados sociales, aunque luego se convirtieran en ello. Manson no se rodeó de gente como él, insignificantes criminales paranoicos. La gran mayoría de los miembros de la Familia eran jóvenes impresionables y fácilmente manipulables. Muchas de ellas eran jóvenes blancas de clase media: bibliotecarias, empleadas, estudiantes, licenciadas universitarias

o profesoras que proporcionaban a Manson el sustento del gurú. Tan sólo Susan Atkins tenía antecedentes penales. Los bienes materiales que muchos miembros de la Familia trajeron consigo, coches (Juanita), acceso a propiedades (Sandra Good, Cathy Gillies), sustanciosas cantidades de dinero (Linda Kasabian) y tarjetas de crédito de papá (Patricia Krenwinkel), permitieron a la Comuna seguir adelante.

Gracias a Sandra Good, una asociada de San Diego, la Familia se trasladó al cinematográfico Rancho Spahn. Comenzaron a vivir como marginados contraculturales, alimentándose de la comida que desechaban los supermercados, colaborando en el rancho, robando droga y «pidiendo prestados» coches y tarjetas de crédito. A través de Cathy Gillies tuvieron acceso al Rancho Barker.

En el desierto, Manson era el gobernante supremo. Algunos miembros de la Familia sufrieron la incomunicación, la creciente paranoia del líder y la amenazadora presencia de la banda de motoristas «Straight Satan». Pocos lograron huir; sin embargo, los primeros en incorporarse al grupo le demostraron su total adhesión: «harían cualquier cosa para agradar al jefe». Estaban preparados para matar sin remordimiento.

En los sesenta, algunos jóvenes de América y Europa intentaron encontrar una nueva motivación en la vida en común. Compartían el espacio vital, responsabilidades, bienes materiales e hijos. El estilo de vida de las comunas empezó a florecer. California y Nuevo México se hicieron muy populares, y el cañón de Topanonga, no muy lejos del Rancho Spahn, en California, fue la sede de numerosas comunas, emplazadas en casas viejas y cuevas.

Dos famosas comunas experimentales fueron la comuna de Hog Farm, en California, y la de los Diggers, en San Francisco, donde adoptaron la filosofía de producir comida para que fuera distribuida entre los pobres. Muchos de aquellos jóvenes hacían auto-stop de comuna a comuna. Hasta julio de 1969 la Familia Manson había sido una comuna más y mucha gente estuvo en ella sin percatarse de la faceta siniestra de Manson.

La psicología estaba considerada entonces como la moderna ciencia de salud mental. Fue concebida en 1950 por el fértil cerebro del fallecido Lafayette Ron Hubbard, el famoso escritor de ciencia ficción. Es un tema a discutir si Hubbard estaba sinceramente intentando encontrar una forma diferente de curar los trastornos mentales o, si por el contrario, se trataba de un experimento fraudulento con el que manipular a la gente.

La teoría de Hubbard está repleta de una desconcertante cantidad de expresiones médicas, y, como se comprobó, era extremadamente atrayente para la gente joven, inmadura o con poca educación. Aunque pretendiera tener una base científica, no facilitaba ningún tipo de dato, estadística o metodología. Hubbard afirmaba que la mayoría de los trastornos mentales son causados por experiencias dolorosas, físicas o emocionales registradas por las células del cuerpo cuando una persona está inconsciente, enferma o en el seno materno. Estos registros son llamados «engrams» y son almacenados en los «bancos de engrams» de la mente, pudiendo ser reestimulados por los acontecimientos externos del mundo y bloquear la conducta racional. Para conseguir un nivel de salud mental óptimo, lo único que hay que hacer es liberar estas experiencias unas cuantas veces bajo los efectos de un ligero trance hipnótico denominado ensueño. Una persona que ha liberado todos sus «engrams», como Charles Manson, es llamada «pura».

En los primeros años, la cienciología era una razonable, inofensiva y excéntrica teoría con la que la gente se «purificaba» entre sí. Sin embargo, cuando Hubbard creó la Fundación Cienciológica dejó clara una cosa: había que pagar por nuevos métodos tales como el lavado de cerebro.

Manson fue iniciado en la cienciología en prisión. Aunque no hay pruebas de que realmente creyera en ella, no hay duda de que comprendió sus posibilidades. Al aplicarla sobre mentes jóvenes o en cerebros voluntariamente trastornados por las drogas utilizaba todas las técnicas: pagar por entrar en el grupo, miradas intimidatorias, órdenes imposibles y amenazas de expulsión de la Familia. Todo ello fomentando la aversión por el mundo exterior y sentenciando a muerte a quien se atreviera a abandonarlo.

La droga protagonista de la década era el LSD (ácido lisérgico dietilamida). El LSD era una droga sintetizada en laboratorio y utilizada en el tratamiento de la esquizofrenia, que producía síntomas claros de esta enfermedad en gente sana: alucinaciones, sensación de invencibilidad y una visión distorsionada del mundo. Todo ello sin desconectar la mente de la realidad.

Manson se aficionó rápidamente al LSD. Su primer encuentro con él fue en 1967 cuando, recién salido de la cárcel, fue a un concierto en el que tocaban Grateful Dead, el grupo de rock ácido por excelencia. La gente lo recuerda bailando como un poseso que de repente cayó en trance, adoptando la posición fetal. Desde aquel momento siempre llevaba una o dos dosis de LSD.

Manson y las chicas iban a las fiestas como una gran familia. Se sentaban en círculo y tomaban LSD juntos para hacer el viaje en grupo.

Paul Watkins, miembro de la Familia, se percató de que Charlie era el único que distribuía el ácido. Siempre se aseguraba de tomar menos que los demás. Siempre controlaba la situación.

En 1968, la Familia Manson se instaló en dos comunas en las afueras de Los Ángeles. La primera era el Rancho Spahn, un viejo decorado de cine donde los visitantes se encontraban con los miembros de la Familia instalados en el interior de los edificios y sus alrededores. Fue desde aquí desde donde partieron los asesinos de los Tate y los LaBianca el 9 y el 10 de agosto. El segundo era el Rancho Barker, un accidentado e inaccesible lugar en el corazón de Death Valley. Este fue el lugar en el que se escondían el día en que fueron arrestados. Esperaban el comienzo de una revolución.

George Spahn era el propietario del Rancho Spahn. El anciano de ochenta años, casi ciego, permitió a la Familia instalarse allí. A cambio de ello las chicas limpiaban, cocinaban y, en opinión de algunos, satisfacían sus deseos sexuales. Lynette Fromme, miembro de la Familia, de 20 años, declaró en un interrogatorio del fiscal Vincent Bugliosi que ella estaba enamorada del Sr. Spahn y que se habría casado con él si se lo hubiera pedido.

La policía invadió el Rancho Spahn en agosto de 1969. Una vez que advirtieron que los Volkswagen robados habían sido convertidos en «boggies» se encontró un arsenal de armas, aunque todavía no se había visto ninguna conexión entre la comuna y los asesinatos de Los Ángeles. El caso fue tratado como un suceso local más y todos los

sospechosos, incluido Manson, fueron puestos en libertad después de descubrir que habían sido arrestados bajo un mandato judicial erróneamente fechado.

Se encontró una conexión entre la familia Manson y los asesinatos. ¿Cómo llegaron los detectives de Los Ángeles a esta conclusión? ¿Cuál fue la evidencia? ¿Fue ésta suficiente para hacer los arrestos?

Gary Hinman y las víctimas de los casos Tate y LaBianca fueron asesinados en menos de dos semanas. Cada crimen parecía carecer de un móvil. Todos murieron de forma particularmente sangrienta y su sangre fue utilizada para escribir palabras en la pared. Todas tenían un mismo tema en común, pero, al principio, la policía no halló la conexión entre ellas.

El cuerpo de Gary Hinman fue encontrado por amigos suyos el 31 de julio de 1969, cuatro días después de ser asesinado. Avisaron a la Oficina del Sheriff de Los Ángeles (LASO), encargada de los crímenes cometidos fuera del área metropolitana. El sargento Paul Whiteley y el ayudante del sheriff, Charles Guenther, fueron asignados al caso. Fue su perseverancia la que arruinó, finalmente, el gran montaje de la Familia.

Uno de los asesinos de Hinman, Bobby Beausoleil, fue arrestado rápidamente, el 6 de agosto. Cuando Whiteley y Guenther leyeron los informes policiales de los homicidios Tate y LaBianca, se sintieron intrigados. Sabían que Bobby no podía estar implicado en ellos porque estaba bajo custodia. Pero se preguntaban por los sangrientos garabatos de las palabras «cerdo» y «muerte a los cerdos» que había en las paredes de la casa de Hinman.

Sospecharon que Bobby no había actuado solo en el asesinato de Hinman. Frecuentaba un extraño grupo de hippies que vivían en el cinematográfico Rancho Spahn, liderado por Charles Manson. ¿Sería posible que quien hubiera estado con Bobby hubiera cometido los asesinatos Tate/LaBianca? Whiteley transmitió sus opiniones al sargento Jesse Buckles, un agente del equipo de investigación del caso Tate en el Departamento de Policía de Los Ángeles (LAPD). Buckles desechó la idea por parecerle poco fundamentada.

A cada equipo le llevó semanas llegar a alguna conclusión. La investigación Tate parecía prometedora al principio. La espantosa escena fue descubierta por Winifred Chapman, la asistente. Quedaba una persona viva y desarmada en la residencia Tate, William Garretson. Era el joven guarda que vivía en la casa de invitados situada en el jardín posterior de la casa y que afirmaba no haber oído nada. Estaba aturdido, confuso y atemorizado. Pero, lo más importante, es que había estado en el recinto de la residencia cuando los asesinatos se llevaron a cabo. Sospechaban de él pero no pudieron demostrar nada.

Al día siguiente, cuando descubrieron los asesinatos LaBianca, la policía pudo decir, definitivamente, que Garretson no los había cometido: estaba bajo custodia. El pánico asoló la zona residencial de Los Ángeles. La venta de armas aumentó vertiginosamente, los adiestradores de perros guardianes nunca tuvieron tanta competencia, la vida social cesó. La tensión recaía en la policía, todos esperaban verles actuar.

En el caso Tate la pista más prometedora parecía la droga. Un amigo polaco, aterrado, contó a la policía que Voytek Frykowski se había establecido como traficante de drogas. Además, el Departamento de Policía de Los Ángeles era consciente de que Jay Sebring, el peluquero de las estrellas, estuvo envuelto en asuntos de drogas, suministrando discretamente a ricos y famosos.

Por contraste, los LaBianca eran eminentemente respetables, prósperos, ricos y felices. Leno LaBianca era presidente de una cadena de supermercados y su mujer tenía su propio negocio de venta al por menor. Sin demasiada convicción, la policía investigó la idea de algún tipo de conexión con la mafia o con alguna «vendetta» del mundo del juego (Leno LaBianca había sido un entusiasta jugador y propietario de caballos de carreras), pero no hallaron pruebas convincentes.

Hasta el día en que un miembro de la comisión de investigación del caso LaBianca pensó en confrontar los asesinatos con el informe de la Oficina del Sheriff, no se descubrió conexión con el caso Hinman. Fue el 15 de octubre. A diferencia de los detectives del caso Tate, ellos lo consideraron una importante pista. Pero mientras ellos conjeturaban, llegaban nuevas noticias de Whiteley y Guenther sobre las actividades de los hippies del desierto. En el Rancho Spahn no todo era tranquilidad. El 16 de agosto los agentes de la LASO hicieron una redada en busca de coches y tarjetas de crédito robadas.

Dos meses después, el 12 de octubre, la policía del condado de Inyo hizo una batida en el lejano Rancho Barker, en persecución de ladrones de coches, pirómanos y armas de fuego ilegales. Esta vez, arrestaron a veinticuatro miembros de la Familia, incluyendo, de nuevo, al desaliñado gurú. La lejanía del Rancho hizo que la incursión durara tres días.

Mientras tanto, dos jóvenes aterrorizadas daban traspiés por un profundo barranco y suplicaban protección policial. Eran Kitty Lutesinger, embarazada de cinco meses de Bobby Beausoleil, y Stephanie Schram, el más reciente y último amor de Manson. Llevaban tiempo intentando escapar.

La policía del condado de Inyo informó a la LASO de la redada, y Whiteley y Guenther, que llevaban meses buscando a Kitty Lutesinger relacionándola al caso Hinman, se trasladaron unos 320 kilómetros hasta Independence para interrogarla. Kitty tenía devastadoras noticias. Había oído a Manson decir a Bobby y a Sadie Mae que fueran a cobrarle un dinero a Hinman. También oyó a Sadie Mae contar a otros miembros de la Familia en el rancho cómo apuñaló a un hombre en las piernas mientras éste le tiraba del pelo. Sadie Mae, alias de Susan Atkins, cumplió condena en Independence. Cuando la interrogaron, declaró que estuvo en la casa de Hinman cuando Bobby lo asesinó. Fue fichada por presunto homicidio, quedando provisionalmente detenida en el Brand Institute de Los Ángeles.

Los detectives del caso LaBianca, aunque no estaban totalmente convencidos de la conexión con el caso Hinman, pusieron todo su empeño en acelerar la investigación recogiendo información de cualquiera que hubiera tenido algo que ver con Manson y sus seguidores.

Algo de lo que Kitty había dicho sobre Sadie, rondaba en las mentes de Whiteley y Guenther. Hinman no había sido apuñalado en las piernas. Frykowski sí. ¿Podía Sadie haber estado hablando de los asesinatos Tate? Whiteley pensó que los detectives del caso

Tate deberían saber lo que había descubierto, así que les informó. Pero para su vergüenza, ellos no hicieron nada en absoluto durante 11 días. Kitty Lutesinger no fue interrogada hasta el 31 de octubre.

Comenzaba a hacerse evidente una conexión directa entre la Familia Manson y los tres crímenes. Sadie Mae, a quien le encantaba hablar, había empezado a contárselo todo a Ronnie Howard, con quien compartía la celda, y a Virginia Graham, su compañera de trabajo en la cárcel. Les llevó algún tiempo asegurarse de que Sadie no lo inventaba todo, pero mucho más encontrar alguien que las escuchara.

La escrupulosidad de los detectives del caso LaBianca dio como resultado la captura de Al Springer, y ésta, la de Danny de Carlo, miembro de los Straight Satan. Según rumores y pruebas circunstanciales, De Carlo tenía mucho que decir. Gente de fuera del círculo de Manson como el productor discográfico Terry Melcher o Greg Jakobsen, aportaron, entre otras cosas, pruebas de que Manson había estado en la residencia Tate (en otro tiempo la casa de Terry Melcher), antes de los sucesos. El 5 de diciembre, Susan Atkins tomó la decisión de declarar ante el Gran Jurado, y describió lo que ocurrió realmente la noche del 8 de agosto en el 10050 de Cielo Drive.

El 1 de septiembre de 1960, el fiscal del distrito, Aaron Stovitz, mostraba a la prensa el revólver utilizado en los asesinatos Tate y LaBianca. Fue encontrado por un niño de diez años, Stephen Weiss, en una ladera de Los Ángeles. Era un Buntline Special, un revólver del calibre 22 de cañón largo con capacidad para nueve cartuchos. Sólo quedaban dos por disparar. Faltaba, también, la parte derecha de la culata. La policía no supo reconocer la importancia del revólver. Lo etiquetó, lo guardó en una bolsa de papel y se olvidó de él.

Reapareció tres meses y medio después gracias, únicamente, a la perseverancia del padre de Stephen. El Sr. Weiss reconoció una descripción del arma publicada en el periódico de Los Ángeles.

Manson y otras tres personas se enfrentaron al juez Older por los asesinatos Tate y LaBianca. Hubo otros juicios. El testigo más importante del proceso tuvo que ser incomunicado para proteger su vida.

El juicio Manson comenzó el 15 de junio de 1970. Con una duración de nueve meses y medio, fue el más largo de América por asesinato. Tuvo una transcripción de más de ocho millones de palabras. El jurado, siete hombres y cinco mujeres, fue incomunicado - mantenidos en un hotel y supervisados por alguaciles durante todo el juicio- 225 días más que ningún otro jurado anterior.

Había una inmensa cantidad de pruebas e información que reunir, y un montón de testigos que localizar. También llevó mucho tiempo formar el equipo de la defensa, ya que Manson quería representarse a sí mismo (su petición fue denegada) y rechazaba muchos de los abogados designados.

Gracias a su estancia en prisión sabía lo suficiente de leyes como para conocer todas las prácticas destinadas a ganar tiempo y retrasar el proceso. Manson estaba desesperado por controlar la defensa. No quería mujeres abogados llevando su propia defensa, representando los intereses de sus clientes individualmente. Todo el equipo estaba allí para defender a Manson y las chicas podían dar el golpe.

Manson fue eventualmente defendido por Irving Kanarek. Aunque Manson no lo escogió, era el abogado ideal para quien quisiera ganar tiempo. Era famoso por su comportamiento obstruccionista. Una vez transformó un simple caso de robo en una audiencia de dos años. Manson apeló a su derecho de oponerse a que William Keene presidiera el juicio (esto está permitido por la ley en los Estados Unidos) y fue reemplazado por el juez Charles Older. Representando al pueblo, el equipo de la acusación estaba dirigido por el infatigable Vincent Bugliosi apoyado por Aaron Stovitz.

Desde el comienzo, el juicio estuvo caracterizado por extrañas escenas y un comportamiento sin precedentes dentro y fuera de la sala. El primer día, 24 de julio, Manson apareció con una cruz en la frente que se había grabado con el filo de una sierra. No dijo nada, pero repartió un comunicado mecanografiado: «Me he inmunizado contra vuestra sociedad.» Pocos días después los demás acusados lucían la misma marca y al terminar la semana las devotas chicas de la Familia, acampadas en un rincón cerca de los juzgados, habían hecho lo mismo. Cuando Manson se afeitó la cabeza las chicas lo imitaron. Cuando obstruía el proceso dando la espalda al juez ellas lo seguían. Hubo un momento en que Manson se levantó del banquillo de los acusados y se abalanzó hacia el juez gritando que debía haberle cortado la cabeza.

En agosto, el recientemente elegido presidente Richard Nixon puso en peligro (debería haberlo sabido, ya que él mismo era abogado) la legalidad del proceso declarando sub-judice que Manson era culpable y permitiendo que esto apareciera en la prensa.

El Fiscal Bugliosi tuvo que presentar los cargos en una misteriosa atmósfera de amenazas de muerte y anónimos telefónicos provenientes de los entusiastas miembros de la Familia, que querían ver libres a sus compañeros. El juez y los abogados tuvieron que ser protegidos por guardaespaldas y se les proporcionaron «walkde-talkies» por si sus teléfonos fueran cortados.

El testigo más importante de la acusación fue Linda Kasabian. Linda había estado presente en los asesinatos Tate y había oído cosas sobre las muertes de los LaBianca. Susan Atkins había prometido testificar, pero se retractó en el último momento. Linda, que había dicho a Manson: «Yo no soy como tú, Charlie, yo no puedo matar a nadie», parecía no tener miedo de contar todo lo que sabía. Tuvo que permanecer incomunicada todo el proceso para proteger su vida.

Pero, probablemente, el testigo más perjudicial fue Tex Watson, sacado de la cárcel de Texas, donde había sido arrestado por primera vez. Manson intentó desesperadamente presentarlo como el cerebro maligno de los asesinatos, pero cuando el jurado vio al típicamente americano Tex, no le creyeron. Lo que Tex declaró fue terriblemente nocivo: «Me llevó detrás de un coche. Me dijo que cogiera el revólver y un cuchillo y fuera a la antigua casa de Terry Melcher (la residencia Tate). Dijo que matara a quien estuviera en la casa tan espantosamente como pudiera.»

Por fin, el 15 de junio de 1971, transcurridos siete meses desde el inicio del juicio, el jurado salió a deliberar. Les llevó diez días tomar una decisión, pero el 25 de junio de 1971 pronunciaron el veredicto de culpabilidad de todos los cargos. La ley californiana exige dos juicios. Uno para establecer la culpabilidad del acusado y otro para decidir la sentencia correspondiente. En el segundo juicio, repleto de otras muchas bufonadas, Vincent Bugliosi pidió la sentencia de muerte. Manson, Atkins, Krenwinkel y Van

Houten fueron sentenciados a la pena capital, el 19 de abril de 1971. Sin embargo no murieron, porque el 16 de febrero de 1972 California revocó la pena de muerte.

Tras el juicio Manson hubo otros. Tex Watson fue finalmente llevado ante la justicia por los asesinatos Tate y LaBianca. Steve Grogan, Bruce Davis, Manson y Susan Atkins fueron llevados a juicio por los asesinatos de Gary Hinman y Shorty Shea.

La muerte de Shorty Shea, peón del rancho y actor parado, no ha sido nunca debidamente explicada. Él y Manson no se llevaban bien. Tras la redada de la policía en el Rancho Spahn por robo de coches y tarjetas de crédito en agosto de 1969, Manson decidió que Shorty Shea había informado a la policía. Shea desapareció y no volvió a ser visto con vida. Según declaraciones realizadas por los demás miembros, él era la novena víctima de la Familia Manson.

Vincent Bugliosi, apenas repuesto del juicio Manson, llevó la acusación de Tex Watson. El jurado fue incomunicado, pero esta vez durante unas tres semanas. El jurado lo encontró culpable el 12 de octubre y el 21 del mismo mes fue sentenciado a muerte.

Susan Atkins fue sentenciada a la pena capital por su participación en el asesinato de Hinman. Bobby Beausoleil iba ya camino de la muerte. Manson, Bruce Davis y Steven Grogan fueron procesados individualmente. Manson y Davis siguieron con vida. Steve Grogan fue sentenciado a muerte, pero el juez James Kolts conmutó la pena el 23 de diciembre de 1971 por considerarlo incapaz de decidir nada por sí mismo.

Con toda seguridad, el número de víctimas de la Comuna no se reduce a nueve.

Otras muertes tuvieron lugar a lo largo del período comprendido entre 1969 y 1972.

En una casa de playa, el 5 de noviembre de 1969, el número de la Comuna John Philip Haight, alias Zero, aparentemente se disparó a sí mismo. Otras personas del colectivo presenciaron su muerte: Cathy Share, Linda Baldwin, Sue Bartell y Bruce Davis. Aseguraron que sucedió jugando a la ruleta rusa, pero la pistola estaba completamente cargada y no había huellas dactilares en ella. Ni siquiera las del propio Zero.

El 16 de noviembre de 1969 se encontró el cuerpo de una joven de la Familia abandonado en Laurel Canyon. Había sido apuñalada 157 veces. Nunca se averiguó su nombre. El 21 de noviembre los cuerpos de dos jóvenes adeptos a la cienciología, James Sharp y Doreen Gaul, fueron encontrados en un callejón de Los Ángeles. Aunque la policía sospechaba que la Comuna estaba implicada, jamás se demostró nada.

El 1 de diciembre de 1969 el cadáver de Joel Pugh fue encontrado en el hotel Talgarth, en West London. Tenía el cuello cortado y presentaba heridas en ambas muñecas, producidas con una navaja de afeitar. La policía lo catalogó de suicidio. Un poco después se descubrió que Joel Pugh, ex miembro de la familia, fue el primer marido de Sandra Good.

En noviembre de 1970, el abogado de Leslie Van Houten, Robert Hughes, se fue a acampar un fin de semana y no volvió. El juicio tuvo que ser aplazado. Su cuerpo fue encontrado en Sespe Creek, condado de Ventura, cuatro meses después.

En Estados Unidos el procedimiento judicial funciona, en gran medida, como en Inglaterra y Gales. Sin embargo, existen variaciones. En el caso Manson el juez Charles H. Older evaluó sólo de acuerdo a la ley antes de que los abogados hicieran sus discursos finales, y no hizo comentarios sobre las pruebas. En California, durante un proceso de pena de muerte, la defensa y la acusación pueden hacer unas 20 recusaciones perentorias, así como un número ilimitado por causa.

En un caso de pena de muerte el jurado delibera no sólo sobre la culpabilidad o inocencia del acusado, sino, en una fase posterior, sobre si la pena de muerte debiera ser impuesta. Antes de someter a juicio el problema principal, los miembros del jurado son preguntados si, en caso de que el veredicto fuera de culpabilidad, tendrían alguna objeción en pronunciar un fallo de pena capital.

Acusados

- **Charles Manson.** 32 años. Aunque fue acusado solamente de un asesinato y conspiración en otros siete, Manson reivindicó su responsabilidad en más de 35.
- **Charles «Tex» Watson.** 23 años. Antiguo plusmarquista como atleta escolar. Expulsado de la universidad, puso una tienda de pelucas antes de conocer a Manson en 1968.
- **Susan Atkins.** 21 años. Abandonó el colegio a los 15 para vivir del atraco a mano armada en San Francisco. Más tarde fue bailarina de top less. Conoció a Manson en 1967.
- **Leslie Van Houten.** 20 años. Una infancia ejemplar destrozada por el divorcio de sus padres. Mantenía que hizo lo que hizo por Beausoleil, no por Manson.
- **Patricia Krenwinkel.** 21 años. Ex profesora de colegio y empleada en una empresa de seguros. Encontró el sentido de la vida tras ser sometida por Manson.
- **Robert «Bobby» Beausoleil.** 22 años. Actor culto y competente compositor. Manson le guardaba rencor por su éxito por las mujeres.

Charles Manson era capaz de hablar con lógica y de comprender; pero su actitud revela profundas contradicciones. Respetaba la naturaleza, pero no tenía ninguna consideración por la vida humana.

Charles Manson es único entre los asesinos en serie. Existieron muchos asesinos de este tipo en Estados Unidos, pero ninguno como Manson: sus seguidores mataban por él. El poder de su personalidad hizo que otros cometieran sus crímenes. ¿Cómo pudo suceder esto?

Entrevistas con Manson en persona y con gente que lo conoció o siguió, ponen de manifiesto opiniones muy diversas. Para algunos, es un racista, misógino y fanático maleducado. Para otros, es el hombre vivo más peligroso: ya sea Dios o el Demonio. Para él mismo, es un proxeneta y ladrón ocasional. Sin embargo, algo de su personalidad le permitió dominar y manipular a un numeroso grupo de personas.

Cualquier estudio de Manson y su personalidad nos proporciona dos imágenes fundamentales. Una es la del camaleón, la otra la del perro. Manson solía describirse a sí mismo como un espejo de la humanidad, un reflejo de la enfermedad inherente a la sociedad de su tiempo. Miembros de la Familia dan fe de que era un auténtico camaleón. Podía ser todo lo que otra persona quisiera que fuera, podía reflejar sus opiniones.

Por ejemplo. En conversaciones con Vincent Bugliosi, el fiscal, podía ser racional e increíblemente ingenioso utilizando los conocimientos de leyes aprendidos en prisión. Incluso Bugliosi pudo ver el poder hipnótico que Manson ejercía sobre Lynette Fromme y Sandra Good.

Mucha gente, incluido él mismo, describe a Manson como el hombre de las mil caras preparado para ser cualquier persona que le congeniara con sus compañeros. Para un hombre físicamente pequeño (medía 1,57 metros) que ha pasado media vida en prisión, la habilidad de estar de acuerdo con todo el mundo es, sencillamente, una poderosa estrategia de supervivencia. Cuando a esto se le unen las técnicas de control mental de la psicología y una cólera paranoica hacia el mundo, el resultado es, sin ninguna duda, una persona verdaderamente poderosa. La imagen de Manson como un perro y todo lo que ello conlleva es la metáfora favorita que tiene de sí mismo. Leal amigo, cachorro rechazado, coyote paria, son todas imágenes repetidas de Manson.

Cuando se cruzó con otros hombres dominantes -Juan Flynn, superviviente del Vietnam y miembro de una banda de motoristas- se creyó en la necesidad de alardear del asesinato que había cometido para afianzar su posición. Como un perro insociable, Manson se alimentaba de los temores ajenos. Los que mostraban miedo eran castigados y asignados a una posición inferior en la jerarquía de la jauría. Los que podían soportar su mirada, ignorar sus amenazas o demostraban no tener miedo eran adulados y se les dejaba en paz.

Incluso sus estrategias eran como las de un perro. En contraste con la escala de valores comunales de la que tanto hablaba, no se podía poner en duda que él era el líder de la jauría. Todo el mundo hacía lo que él quería.

La escritura de Manson

La forma de escribir de Manson revela que se trata de un hombre que tiene temor profundamente arraigado a la autoridad. Existe una diferencia significativa entre su escritura normal y su firma. La primera indica que es un hombre introvertido y modesto; sin embargo, en su firma trata de dar la impresión de estar ocupado y bajo presión.

A «B» abierta en la base = locuacidad.

B «E» con dos arcos = mente rápida.

C «R» abultada en la parte superior = habilidad para parecer amable y amistoso.

D Trazo final de la «M» = aversión por los compromisos.

E Primer trazo de la «M» más alto = egoísta.

F «H» alta y estrecha = reservado e inhibido.

Con los asesinos entre rejas, la historia de Manson aún perdura. Algunos creen que esta influencia llegó más allá de la Costa Oeste. ¿Cuáles fueron los verdaderos motivos de los sucesos de 1969?

En un juicio por asesinato no hay obligación de demostrar el móvil. Con evidencias se probó, sin lugar a dudas, que los acusados en el juicio Manson, eran culpables. Por qué lo hicieran es otra historia.

Para encontrar una razón posible es necesario volver a julio de 1969. Tex Watson estaba complicado con un traficante de drogas negro llamado Bernard Crowe. Le había

comprado drogas por valor de 2.400 dólares, pero se negó a pagar la mercancía. Crowe y dos voluntarios más irrumpieron en el apartamento de la novia de Watson. Él había desaparecido y Crowe comenzó a convertirse en una amenaza. Manson y otro miembro de la Familia fueron al apartamento. La situación se le fue de las manos y Manson disparó a Crowe.

Manson creyó que lo había matado y al día siguiente pudo ver publicada la noticia de que un Black Panther había sido encontrado muerto. En realidad, Crowe no murió y el «Pantera Negra» encontrado era alguien completamente diferente. Pero Manson se obsesionó con la idea de que la furia de los Black Panthers estaba a punto de descender sobre él y los suyos. Comenzó a fortificar el Rancho Spahn, compró armas y preparó escondites adicionales en el desierto.

Mientras esperaban la venganza de los Panthers, Gary Hinman, un proveedor de drogas, fue acusado por una banda de motoristas de suministrar mercancía en mal estado. Comenzaron a presionar a Bobby Beausoleil. Fue la incapacidad de Hinman para disponer del dinero lo que le condujo a la muerte. Tras el asesinato, a Bobby y Sadie Mae Gultz se les ocurrió intentar inculpar a los Panthers, enviar a la policía tras ellos, garabateando en las paredes el signo de los Panthers y la palabra que destinaban a las autoridades blancas: «Cerdos». Cuando Beausoleil fue detenido y acusado del asesinato de Hinman, Sadie y las otras chicas, decidieron intentar liberarlo. Pensaron, de acuerdo con Manson, que algunos asesinatos similares serían la respuesta. Si Bobby estaba en la cárcel cuando se llevaran a cabo quedaría libre de sospecha.

Manson negó siempre que él fuera el instigador, pero ordenó a Tex que fuera a la residencia Tate. Elegía las casas que debían atacar aunque no conociera a las víctimas. Había estado con anterioridad en el 10050 de Cielo Drive con Dennis Wilson. También había estado en la casa contigua al 3301 de Waverley, el hogar del traficante de drogas Harold True.

Durante el juicio, el fiscal Vincent Bugliosi expuso móviles más complejos. Bugliosi afirmaba que Manson había desarrollado una visión apocalíptica del mundo a partir de fuentes muy diversas: la Biblia, en particular el capítulo 9 del Libro de la Revelación; las canciones de los Beatles; la ciencia ficción y el clásico de ciencia ficción de Robert Heinlein: «*Strange in strangeland*» «*Extraño en tierra extraña*»).

Según Bugliosi, Manson creía que estaba a punto de estallar una sangrienta revolución. Cuando el hombre negro se subleva, él estaría destinado a encontrar un lugar bajo tierra en el que esconder a sus seguidores mientras la guerra racial hacía estragos en el exterior. Cuando la lucha terminara, los victoriosos negros, estúpidos e inexpertos, le suplicarían que fuera su guía. Esta gótica teoría fue llamada «Helter Skelter», como la canción de los Beatles. Los asesinatos fueron cometidos para provocar un conflicto entre blancos y negros. El propio Manson desmintió esta idea en su libro «*Without Conscience*» «*Sin conciencia*»). Pero lo que Manson dice que piensa y lo que la gente piensa de Manson son dos cosas diferentes. Probablemente, el móvil fue una mezcla de varios factores: querían ahuyentar a los Panthers y tomarse la revancha contra los «peces gordos» que lo rechazaron.

Sus seguidores fueron persuadidos para matar. Él les lavó el cerebro con una mezcla de técnicas psicológicas y deformación del lenguaje. La palabra favorita para matar era

«desmaterializar», que era lo que el héroe del libro *«Extraño en tierra extraña»*, de Heinlein, hacía con sus enemigos.

«Ni arrepentidos de sus asesinatos, ni de sus hechizos, ni de sus fornicaciones, ni de sus robos.» Apocalipsis, capítulo 9, versículo 21.

Aunque fue analfabeto hasta los 20 años, Charles Manson creció con un minucioso conocimiento de la Biblia. El capítulo 9 del Libro del Apocalipsis ejerció una particular fascinación sobre él. Realizó una errónea interpretación de su significado, que concordaba con su modo de vida en las comunas y con los asesinatos de Los Ángeles. Se vio a sí mismo como el Ángel Exterminador mencionado en dicho capítulo, y creyó que llevando a cabo los asesinatos Tate y LaBianca iniciaría la matanza de un tercio de la humanidad y emergería, más tarde, como el líder de una nueva sociedad. Su interpretación estaba estrechamente vinculada con los mensajes que, según pensaba, fueron dejados exclusivamente para él en el «disco blanco» de los Beatles.

Manson vio el «disco blanco» de los Beatles como un mensaje que sólo él era capaz de interpretar adecuadamente. La estridente canción de rock *«Helter Skelter»* fue vista como una descripción del derrumbamiento de la sociedad; *«Piggies»* como una burla a la clase dirigente; *«Sexy Sadie»* fue considerada un himno a Susan Atkins; *«Blackbird»* incitaba a la población negra a la rebelión. Y *«Revolution 9»* fue interpretada como: Revelación 9, en lugar de como Revolución 9. Para Manson y su Familia el caos (Helter Skelter) estaba muy próximo.

La historia de Charles Manson y sus cómplices, desde que fueron condenados, ha girado, principalmente, en torno al tiempo que pasaría hasta que les fuera otorgada la libertad condicional. Sólo uno de ellos, Steven Grogam, ha sido puesto en libertad tras cumplir 13 años de condena. Probablemente, ayudó el hecho de que Steve revelara el paradero, hasta ese momento desconocido, del cuerpo de Shorty Shea. Cuando quedó en libertad empezó a trabajar como pintor de interiores en San Fernando Valley.

En 1978, seis años después de que la pena capital fuera abolida en California, se planteó la posibilidad de que los asesinos quedaran en libertad provisional. Desde entonces, se ha mantenido una batalla en retirada para asegurar que ninguno de ellos, especialmente Manson, salga antes de lo debido. Stephen Kay, fiscal del distrito, trabajó como ayudante de Vincent Bugliosi en los primeros juicios y desde entonces ha sometido a un control riguroso a cada uno de los asesinos.

Las oportunidades de Manson de ser puesto en libertad son mínimas. En una vista para conseguir la libertad condicional en 1981, Manson advirtió que Kay sería asesinado en el aparcamiento al finalizar la sesión. Un año después fue confinado en una celda de máxima seguridad de la prisión de Vacaville, California, tras descubrir que pretendía fugarse en globo. Un catálogo de globos aerostáticos, una cuerda, un recipiente con líquido inflamable, una sierra para metales, y otras herramientas fueron encontrados en su celda.

En el año 1975, en la ciudad de Sacramento, Lynette Fromme, una «chica Manson», apuntó con una pistola al Presidente Gerald Ford. Afortunadamente, erró el tiro, pero el caso Manson acaparó de nuevo los titulares de la prensa.

ALBERT DESALVO



Jueves, 14 de junio de 1962. Unos minutos antes de las siete de la tarde, Juris Slesers aparcaba su coche en el número 77 de Gainsborough Street, una casa de ladrillo rojo situada en la zona de Back Bay, en la ciudad norteamericana de Boston. Salió del coche, subió hasta el tercer piso y llamó a la puerta del apartamento 3F, donde vivía su madre, Anna Slesers.

No hubo respuesta. Volvió a llamar más fuerte. Seguía sin haber respuesta. Juris, perplejo, volvió a llamar a la puerta. Habían quedado y le estaba esperando. Finalmente, convencido de que algo raro pasaba, Juris echó la puerta abajo. Encontró a su madre tumbada de espaldas, en el suelo de la cocina. Las piernas parecían haber sido forzadas. Las tenía abiertas, y la derecha doblada por la rodilla. La bata estaba tirada en la entrada y ella, completamente desnuda. El cinturón azul de la bata estaba anudado a su cuello con una lazada.

Juris llamó a la policía. Poco después de las ocho en punto, el agente especial James Mellon y el sargento John Driscoll, de la sección de homicidios, aparecían en el lugar de los hechos. Juris, visiblemente afectado, explicó que tal vez su madre estaba deprimida y se había suicidado. La impresión del inspector Mellon, tras echar un vistazo a la habitación, era bastante diferente.

La bañera, próxima al cuerpo, estaba a medio llenar, como si la Sra. Slesers se dispusiera a tomar un baño. Esta y otras pistas apuntaban a la explicación, más probable, de que hubiera sido asaltada por alguien que después la asesinó.

Pero había más. Los investigadores quedaron impresionados por la limpieza del hall y del salón. Sin embargo, en la cocina había tirada una papelera con papeles esparcidos a su alrededor. Además, los cajones del aparador estaban abiertos y su contenido desordenado.

La autopsia reveló que Anna Slesers había sufrido contusiones en la cabeza provocadas por una caída o un golpe. Sin embargo, la causa de la muerte había sido el estrangulamiento. Aunque no había pruebas de violación, había sufrido un ataque sexual.

La primera opinión de los investigadores era que un delincuente había penetrado en el apartamento con intención de robar. Se encontró con la mujer, medio desnuda para tomar su baño, y la atacó preso de un deseo incontrolable. Después la estranguló por miedo a ser identificado.

Sin embargo, había dos detalles que no encajaban. El primero era la forma en que el desconocido entró en el apartamento. No había nada forzado, lo cual sólo dejaba la posibilidad de que la Sra. Slesers hubiera dejado entrar a su atacante. Pero.... se trataba de una mujer tímida y retraída que no había sido vista nunca en compañía de ningún hombre. Además, parecía raro que abriera la puerta a un extraño, especialmente porque sólo iba vestida con el albornoz y no llevaba la dentadura postiza puesta.

El segundo detalle que preocupaba a la policía era el móvil. El saqueo del apartamento sugería que se trataba de un robo. Sin embargo, un reloj de oro y otras piezas de joyería permanecían intactas sobre la mesilla de noche.

Lo más curioso era que el desorden parecía seguir algún método. Era como si las posesiones de la víctima hubieran sido examinadas tranquilamente, en lugar de haber sido registradas frenética y fortuitamente.

El 30 de junio de 1962, tan sólo dos semanas después, el cuerpo de otra mujer de edad avanzada, Nina Nichols, de 68 años, fue encontrado casi en idénticas circunstancias. Había sido estrangulada con dos medias de nylon, también anudadas a su cuello con un lazo. La bata y la combinación estaban subidas hasta la cintura.

Como en el caso Slesers, el apartamento tenía aspecto de haber sido registrado. Los bolsos de Nina Nichols estaban forzados y abiertos, y su contenido esparcido por todas partes. Sus ropas, un álbum de fotos deshojado y otros objetos personales estaban también tirados de cualquier manera.

Pero de nuevo había que descartar el robo como móvil, ya que el intruso no se había llevado una cámara fotográfica valorada en no menos de 300 dólares. Y, de nuevo, podía apreciarse el mismo y curioso orden en medio del caos. No había indicios de haber forzado alguna entrada, ni existía ninguna característica en la víctima que sirviera de pista. Viuda desde hacía muchos años, Nina Nichols era conocida por no tener ninguna compañía masculina.

La policía de Boston se enfrentaba a una situación en la que dos mujeres de edad avanzada habían sido atacadas sexualmente y estranguladas, en menos de dos semanas. El comisario de policía, Edward McNamara, recientemente destinado para supervisar los efectivos policiales de que disponía Boston, convocó una reunión con los jefes del departamento el lunes 2 de julio.

Mientras estaban reunidos llegaron noticias de un tercer estrangulamiento. Helen Blake, una enfermera retirada de 65 años, fue encontrada en su apartamento del 73 de Newshall Street en Lynn, ciudad situada a varios kilómetros al norte de Boston.

Fue descubierta en circunstancias muy parecidas a la de las dos primeras víctimas. Estaba casi desnuda y había sido estrangulada con una media de nylon.

Al igual que Anna Slesers y Nina Nichols, el asesino abusó de ella, pero no fue violada. También esta vez, el apartamento había sido registrado y su contenido esparcido por todas partes.

Helen Blake llevaba muerta unos días cuando fue encontrada. La autopsia reveló que había sido asesinada el 30 de junio, el mismo día que Nina Nichols, aunque la hora de la muerte no pudo ser determinada. El asesino había actuado dos veces en el mismo día.

La forma y frecuencia con que los asesinatos se cometían era demasiado evidente como para ser ignorada. La policía empezó a darse cuenta de que no estaba tratando con diferentes asesinos. Tuvieron que admitir que los asesinatos podrían ser obra de una sola persona. Un asesino reincidente con tendencias sexuales anormales.

La noticia de la muerte de Helen Blake provocó una rápida reacción en McNamara. La policía de Boston se movilizó para la mayor caza de un hombre que la ciudad había visto. Todos los permisos fueron cancelados y todos los detectives libres asignados al caso.

El grupo, con edades comprendidas entre los 18 y los 40 años, fue seleccionado por psiquiatras que asesoraron a la policía. En su opinión, el asesino era un hombre joven que sufría manías persecutorias y odio por su madre.

Se reunió a los sospechosos, se comprobaron los expedientes y la policía aconsejó a las mujeres que mantuvieran sus puertas cerradas y estuvieran alerta. Un número de teléfono especial (DE 8-1212) para casos de emergencia, en servicio las 24 horas del día, fue publicado en todos los periódicos y repetido en todos los noticiarios de radio y televisión.

McNamara apeló a la prensa pidiéndoles que revelaran los mínimos detalles sobre el asesinato como les fuera posible, con la finalidad de evitar el pánico en las calles.

Mientras tanto, buscó ayuda en todos los distritos. Cincuenta detectives escogidos cuidadosamente fueron seleccionados para asistir a un seminario impartido por un especialista en crímenes sexuales del FBI, que había ofrecido su colaboración. Entre ellos estaban el teniente detective Edward Sherry, el teniente John Donovan, jefe de la División de Homicidios de Boston, James Mellon y el detective Phil DiNatale.

Transcurrió más de un mes sin que se recibieran informes de asesinatos parecidos, hasta el 21 de agosto, fecha en la que Ida Irga, una apacible y reservada mujer de 75 años, fue encontrada estrangulada en su apartamento situado en el número 7 de Grove Street, un edificio de cinco pisos en el West End de Boston. Llevaba muerta alrededor de dos días.

El crimen tenía el mismo sello personal que los asesinatos anteriores pero con una macabra variación. El asesino colocó a su víctima tumbada en el suelo, le puso una almohada bajo las nalgas y le abrió al máximo las piernas, encajando los tobillos en los huecos del respaldo de dos sillas. En resumen, el cuerpo fue colocado en lo que un periodista describió como «una grotesca parodia de la posición ginecológica».

Había otro detalle más espantoso. Algo que sólo podría definirse como un acto de desafío burlón. El cuerpo fue colocado de forma que fuera lo primero que viera quien entrara en la habitación. En este caso, un niño de 13 años, el hijo del portero de la casa.

Estos detalles no fueron hechos públicos, en parte porque se consideraron demasiado impactantes como para publicarlos, pero fundamentalmente porque la policía quería ser la única, junto con el asesino, en conocer ciertos hechos.

El asesinato de Anna Slesers suscitó pocos comentarios en una ciudad en la que se cometían unos 50 crímenes al año, pero la sensación de miedo fue aumentando a partir del descubrimiento del doble asesinato, el 30 de junio de 1962.

Comenzaron a atribuir poderes sobrenaturales al desconocido asesino. Era conocido como «el estrangulador loco», «el asesino del atardecer» (algunas víctimas murieron a última hora de la tarde), o «el fantasma estrangulador».

El miedo al Estrangulador paralizó, en gran medida, el día a día normal de la ciudad. Los cerrajeros hicieron un buen negocio. Cada crimen les proporcionaba mayor demanda de cerrojos, cadenas, mirillas y cierres para las ventanas. Muchas mujeres improvisaron barricadas y dormían dejando a los pies de las camas cualquier utensilio que sirviera de arma.

Otras se procuraron la protección con perros. Fue tal la demanda que la Sociedad para la Prevención de la Crueldad con los Animales se encontraba cada mañana con gente haciendo cola en el exterior de sus dependencias para adoptar los perros callejeros que habían recogido el día anterior.

El único consejo que la policía podía dar para hacer frente al pánico, era mantener las puertas cerradas y avisarles en caso de ver a alguien merodeando o comportándose de forma extraña. Se facilitó un teléfono para emergencias y, acto seguido, la policía recibió multitud de avisos, referidos a vecinos o ex-amantes. Todos los avisos fueron comprobados y, aunque algunos revelaron conductas extrañas para la puritana ciudad, todos resultaron infructuosos.

Nueve días después de que fuera encontrado el cuerpo de Ida Irga, otra mujer, Jane Sullivan, una enfermera de 67 años, fue encontrada estrangulada en su apartamento, un piso del número 435 de Columbia Road, en Dorchester (en el extremo opuesto de Boston con respecto al último asesinato). Se estimó que la muerte tuvo lugar diez días antes, el 20 de agosto, lo cual significaba que ella e Ida Irga murieron durante las mismas 24 horas.

La policía duplicó sus esfuerzos. Se creó una fuerza de patrulla táctica formada por 50 hombres escogidos. En tres unidades principales, patrullarían por la ciudad preparados para hacer frente a cualquier situación que no pudiera ser controlada por los coches de patrulla normales.

A principios de septiembre, el doctor Richard Ford, jefe del departamento de medicina legal de la universidad de Harvard, reunió a agentes, médicos y psiquiatras del Estado y de la ciudad de Boston, para intentar construir un perfil del asesino.

La posibilidad de que una mujer hubiera cometido los asesinatos fue descartada desde el primer momento por la enorme fuerza que hacía falta para mover a las víctimas. Para la mayoría de los psiquiatras, el retrato mental que iba surgiendo era el de un hombre inclasificable, mediocre, probablemente de trabajo rutinario de 9 a 5. Un hombre cuya seguridad residía en el anonimato.

El doctor Ford explicó que lo que él y sus ayudantes estaban buscando era un «denominador común», en «el cómo y cuándo encontraron la muerte estas mujeres, o en algo referente a los lugares en que vivían, o en su modo de vida».

El siguiente grupo de asesinatos echó por tierra cualquier esperanza de encontrar una pista de la identidad del asesino en los crímenes anteriores.

El primero fue el de Sophie Clark, el 5 de diciembre de 1962. Aunque fue asesinada de la misma manera que las otras víctimas y su apartamento también fue registrado, causaron gran impresión algunas diferencias con respecto a los casos anteriores. Clark era muy joven, tenía sólo 20 años, era de color y no vivía sola. Otra diferencia con respecto a las otras víctimas, es que ella sí había sido violada.

La muerte de Sophie Clark fue seguida, el 31 de diciembre, por la de Patricia Bisette, una secretaria de 23 años. El 6 de mayo de 1963, moría también Beverly Samans, una estudiante de Cambridge de la misma edad. Aunque esta última víctima también fue estrangulada, se pensaba que la causa de su muerte habían sido unas puñaladas recibidas en el cuello. Ambas fueron violadas.

Ahora, la policía estaba completamente desconcertada. El cambio radical en las edades de las víctimas parecía excluir irrevocablemente la primera impresión de los psiquiatras de que se trataba de un «psicópata que odiaba a su madre». Parecía que, después de todo, podría ser cierta la teoría de que más de una persona estuviera involucrada en los asesinatos.

Las protestas populares se intensificaron y la gente exigía una investigación ante aparente ineptitud de la policía. McNamara, impotente, se limitó a citar estadísticas. La policía había hecho averiguaciones sobre unos 5.000 maníacos sexuales de Massachusetts, habían analizado a cada interno del centro para el tratamiento de individuos sexualmente peligrosos, habían preguntado a miles de personas y habían interrogado a mas de 400 sospechosos.

Sin embargo, los hechos eran los siguientes: se habían cometido ya ocho estrangulamientos y la fuerza policial, compuesta por cerca de 2.600 hombres trabajando de 12 a 14 horas diarias, no había encontrado todavía una sola pista concluyente. Ninguna mujer en Boston, fuera joven o mayor, viviera sola o acompañada, podía considerarse a salvo.

Ese mismo año se encontraron dos víctimas estranguladas más. Evelyn Corbin, 58 años, el 8 de septiembre de 1963 y Joann Graff el 23 de noviembre. Esta última fecha tiene particular relevancia en la historia de América. El 22 de noviembre de 1963, el presidente John F. Kennedy había sido asesinado en Dallas, Texas. El día siguiente, 23 de noviembre, fue declarado día de luto nacional.

El hecho de que el crimen hubiera sido cometido cuando el país, y Boston en particular, estaban de luto, fue descrito posteriormente por un psiquiatra como «el mayor acto de megalomanía de la historia del crimen contemporáneo».

El undécimo y último estrangulamiento, el 4 de enero de 1964, iba a motivar un giro decisivo en el caso. La víctima, Mary Sullivan, de 19 años de edad, fue la más joven de todas y los detalles de su asesinato los peores, pues había sido forzada sexualmente con un palo de escoba.

Alrededor del cuello tenía una media y dos bufandas de colores chillones anudadas con un gran lazo bajo la barbilla. Entre los dedos del pie izquierdo había colocada una tarjeta navideña de colores llamativos en la que ponía: «*Feliz Año Nuevo*». La policía encontró también un pequeño fragmento de estaño como los empleados para proteger una película fotográfica. Este dato sugería que el Estrangulador pudo haber fotografiado la escena para tener un recuerdo de su obra de arte, antes de salir del apartamento de Mary Sullivan.

La sensación de horror que produjo el crimen en los habitantes de Boston fue realmente impresionante. La juventud de la víctima y los atroces detalles de su muerte que llegaron hasta el público, tocaron una fibra sensible que ninguno de los otros asesinatos llegó a rozar.

Era urgente tomar nuevas medidas. Dos semanas después el fiscal general Edward Brooke Jr. declaró que la oficina del fiscal general del Estado de Massachusetts, la más alta institución jurídica del Estado, estaba haciéndose cargo de la investigación de todos los asesinatos cometidos en Boston y sus alrededores. Nombró su ayudante a John S. Bottomly para que se encargara de toda la operación. Como él mismo dijo: «éste es un caso anormal e insólito y requiere procedimientos anormales e insólitos».

El 18 de febrero de 1963 una camarera alemana de 29 años, cuyo nombre jamás fue revelado, abrió la puerta de su apartamento de Melrose Street a un hombre que decía tener que arreglar una gotera. La mujer, que había estado enferma y que se encontraba todavía aturdida por los efectos de una píldora para dormir, le dejó entrar y se dio la vuelta.

El hombre saltó sobre ella, pasó un brazo alrededor de su cuello y la arrojó al suelo. La mujer se defendió mordiéndole un dedo hasta tocar el hueso. Él la soltó y ella gritó alertando a unos trabajadores que arreglaban un tejado cercano. El hombre salió corriendo. Profundamente afectada, la víctima sólo pudo hacer una descripción aproximada de su agresor. Era incapaz de identificarle.

Durante los 18 meses transcurridos desde que comenzaron los crímenes, cinco departamentos de policía y tres fiscales de distrito se vieron involucrados. La dispersión de los distintos departamentos se convirtió en un grave problema de comunicación. Además, se sumó a esta confusión el hecho de que los diferentes departamentos de policía habían mantenido en secreto varios detalles de los asesinatos de cara al público y entre ellos mismos para reducir el riesgo de filtraciones o por un sentido de la competencia fuera de lugar.

Era necesario, pensó Bottomly, una sede central donde se analizara toda la información. Todos los datos de la policía de Boston, Cambridge, Lynn, Lawrence y Salem, lugares en que se cometieron los asesinatos, tenían que ser recopilados en un solo lugar y después, analizados en profundidad.

Bottomly actuó rápido. Ordenó hacer copias de todos los informes relacionados con los estrangulamientos en todos los departamentos de policía de los lugares en que se habían cometido los crímenes. El resultado en total ascendió a la increíble suma de 37.500 páginas. La información fue procesada e introducida en una computadora.

A finales de enero de 1964 surgió el acontecimiento más extraordinario del caso hasta aquel momento. Unas semanas antes, un hombre de negocios había sugerido a Bottomly

que consiguiera (él mismo aportaría los recursos económicos) la ayuda de Peter Hurkos, un vidente de 52 años de edad.

El curioso capítulo que se desarrolló a raíz de aquella sugerencia fue digno de figurar entre las más fantásticas historias de ciencia ficción. El 29 de enero, Hurkos y Jim Crane, su guardaespaldas, llegaron a Lexington, a 30 kilómetros de Boston.

Al día siguiente, en la pequeña habitación de un motel, el vidente comenzó a componer una imagen del Estrangulador. Como primera medida, dijo que le gustaría hacerse una idea de las víctimas del asesino. Un detective, Juhan Soshnick, le proporcionó un montón de fotografías que colocó agrupadas boca abajo sobre la cama. Las tocó suavemente y al cabo de unos minutos, su mano se detuvo sobre uno de los montones. «Esta, la de arriba, muestra una mujer muerta. Sus piernas están separadas, la veo», dijo con su marcado acento holandés. «Compruébelo usted mismo».

Se tumbó en la alfombra y demostró, exactamente, cómo la víctima en cuestión había sido colocada por el Estrangulador. Cuando Soshnick volvió la fotografía, pudo ver a la primera víctima, Anna Slesers, en la misma posición que Hurkos acaba de mostrarle. Ante la mirada incrédula de los presentes, repitió el proceso con las otras víctimas. El «cerebro radar» del vidente (como a él mismo le gustaba llamarlo) empezó a generar imágenes del asesino. Poco después, estaba describiendo a un hombre delgado, de 1,70 m de estatura y un peso de 60 a 70 kg. Debía de tener una nariz puntiaguda, una cicatriz en el brazo izquierdo y algo raro en el pulgar. Entonces, inexplicablemente surgió el comentario: «le encantan los zapatos.»

Más tarde, aquella noche, Hurkos dibujó, en un mapa de la ciudad un círculo que abarcaba un área en el suburbio de Newton, en la que se encontraban el Boston College y el seminario de Saint John, y pudo afirmar que allí era donde había vivido el asesino.

A la mañana siguiente, Hurkos y su séquito fueron a Boston para discutir algunos asuntos con Bottomly. Cuando el coche pasó por Commonwealth Avenue, por el número 1940 en concreto, el vidente se excitó terriblemente: «Terrible, horroroso, algo espantoso ha ocurrido aquí.» Allí fue donde Nina Nichols, la tercera víctima, había sido asesinada.

Aquella noche, mientras dormía, Hurkos habló en voz alta. Lo hizo en portugués, idioma que desconocía, e hizo referencia a alguien llamado Sophie (Sophie Clark fue la novena víctima, su padre era portugués, dato que el vidente no podía saber). Después, bruscamente, el médium se dividió en dos voces distintas que empezaron a discutir entre sí. Una de ellas era él mismo con su acento holandés habitual, y la otra, la personalidad del asesino con un acento bostoniano suave y femeninamente charlatán.

Una semana antes de llegar Hurkos, un antiguo estudiante del Boston College había dirigido una extraña carta a la escuela de enfermería. En ella, decía estar interesado en escribir un artículo sobre los allí graduados, en 1950. También expresó un profundo interés en conocer enfermeras sugiriendo que *«la amistad puede llevar al altar»*.

Basándose en las revelaciones de Hurkos, Bottomly ordenó que investigaran al supuesto autor de la carta. Se comprobó que había estado en la lista de posibles estranguladores. Tenía un amplio historial de enfermedades mentales, medía 1,70 m de estatura, pesaba

60 kg y tenía la nariz puntiaguda. Había asistido en una ocasión al seminario de Saint John y trabajaba como vendedor a domicilio de zapatos para señora.

En el examen físico que le hicieron, le encontraron cicatrices en su brazo izquierdo y el pulgar deformado. Hurkos estuvo en lo cierto en cada detalle, pero la investigación no llevó a ninguna parte. El vendedor no sabía nada de los crímenes y no pudo ser relacionado con ninguna de las víctimas.

El vidente abandonó Boston el 5 de febrero, una semana después de su llegada. Su relación con el caso terminó de un modo tan extraño como había comenzado. El 8 de febrero fue arrestado bajo el cargo de suplantar a un agente del FBI, lo cual fue interpretado por muchos como un intento de la policía de desacreditar al Fiscal General.

Mientras tanto, se redoblaron todos los esfuerzos requeridos en la investigación. La recompensa del Estrangulador se aumentó de 5.000 a 10.000 dólares. Además, se reclutaron más miembros para el comité médico-psiquiátrico, formado al comenzar el año.

El 29 de abril, aproximadamente cuatro meses después del asesinato de Mary Sullivan, el comité se reunió con miembros de la policía. La cuestión más importante que se planteó fue determinar si la persona que estranguló a las primeras víctimas, todas ancianas, era la misma que había matado a las jóvenes. Abreviando, ¿un asesino o dos?

La idea de la mayoría era que los asesinatos de las ancianas habían sido cometidos por un hombre, y los de las «chicas» por una o más personas que habían intentado que sus crímenes se pareciesen a los anteriores. Los asesinos de las jóvenes podían encontrarse, en su opinión, entre los amigos de las muertas y podían, también, ser «miembros inestables de la comunidad homosexual».

Esta teoría iba pareciendo cada vez más verosímil. El que los crímenes fueran cometidos por homosexuales explicaría las degradantes posiciones en que fueron halladas las víctimas. Tal vez fuera la última burla de un misógino. Además, gran parte de ellas habían tenido contactos homosexuales de alguna forma. La zona de Back Bay, donde vivían Sophie Clark y Patricia Bisette, y la de Bacon Hill donde residía Mary Sullivan, eran zonas frecuentadas por homosexuales. El apartamento de Evelyn Corbin tampoco estaba lejos de allí.

A finales de año, la frustración de la policía era inimaginable. Para muchos la caza del Estrangulador se había convertido en una cruzada personal. Estaban tan ansiosos que no rechazaban ninguna posibilidad. Seguían tenazmente cada posible pista. En ese ambiente de baja moral, esperanzas defraudadas y pistas falsas que no conducían a ninguna parte, el teniente detective Donovan recibió una llamada telefónica. Era el martes 4 de marzo de 1965. La llamada era de Lee Bailey, un brillante y joven abogado que acababa de hacerse famoso en la ciudad. Afirmaba conocer a alguien con información acerca del Estrangulador. El letrado no podía, de momento, revelar quién era su informador, pero propuso a Donovan que le facilitara algunas preguntas concretas para que comprobaran si el hombre en cuestión estaba diciendo la verdad. El nombre de aquel sujeto era Albert DeSalvo.

Albert DeSalvo nació el 3 de septiembre de 1931, era el tercero de los seis hijos de Frank DeSalvo, peón y fontanero, y de Charlotte, hija de un oficial del Departamento de Bomberos de Boston.

Frank era un alcohólico que maltrataba a su mujer y a sus hijos. Cuando Albert sólo tenía 7 años, vio como su padre le rompía los dientes a su madre y luego le doblaba los dedos uno a uno hasta rompérselos.

Tal vez la experiencia más espantosa de su infancia (tanto que nunca fue capaz de hablar de ello) fue que le vendieran como esclavo. Su padre le entregó con sus dos hermanas a un granjero de Maine por un total de 9 dólares. Los pequeños estuvieron cautivos allí varios meses.

La familia fue siempre pobre. El padre hizo muy poco por mantenerlos y durante toda la infancia de Albert estuvieron acogidos en las listas de beneficencia.

Cuando no estaba maltratando a sus hijos, Frank DeSalvo les enseñaba a robar. Albert sólo tenía cinco años la primera vez que su padre le llevó a una tienda para enseñarle qué robar y cómo hacerlo. El pequeño progresó rápido. Pasó de pequeños hurtos en tiendas a robos, y de éstos al allanamiento de morada.

El sexo estaba siempre presente en el abarrotado apartamento de Chelsea (un suburbio de la clase trabajadora de Boston) en el que Albert creció, debido a las «extravagantes clases» que solía impartirle su brutal e inhumano padre.

Frank DeSalvo abandonó su hogar en 1937. Charlotte, su esposa, acabó divorciándose de él en 1944, casándose otra vez un año después.

Durante toda su infancia, Albert se escapaba para huir de la violencia de su padre. Dormía en los muelles de madera del este de Boston, el escondite favorito de los jóvenes fugitivos de la ciudad.

Semanas después de abandonar el colegio, concretamente el 16 de septiembre de 1948, DeSalvo se alistó en el Ejército y fue destinado a Alemania durante 5 años. Aunque fue sometido a un Consejo de Guerra en 1950 por negarse a obedecer una orden, tuvo, en general, un buen expediente. Al igual que en el colegio, se mostró muy servicial con las personalidades autoritarias, recordando que tenían «el uniforme más bonito, mejores plazas de aparcamiento... Fui ordenanza de coronel 27 veces».

En Alemania, DeSalvo descubrió que tenía aptitudes para boxear y se convirtió en campeón de peso medio del Ejército en Europa. Cuando no estaba de servicio continuaba con sus «aventuras».

En Frankfurt conoció a Irmgard, una joven atractiva, hija de una familia católica de clase media, e inmediatamente se casó con ella. Su vida cambió tras el matrimonio, dedicándose completamente a Irmgard. De hecho fue ella quien le propuso dejar el Ejército y él lo hizo por complacerla.

Volvió a Estados Unidos con ella en 1954. Poco después fue destinado a Fort Dix, donde nació su hija Judy en 1955 con un defecto físico en la cadera.

DeSalvo dejó el Ejército en 1956 con un honorable licenciamiento, gracias a que no se llevó a cabo una denuncia de perversión a una niña de 9 años. Volvió a Chelsea. Su hijo Michael nació poco después en Malden, un suburbio de Boston.

Aunque tenía un trabajo y un hogar, cuando se encontraba sin dinero Albert volvía a robar en alguna casa. En 1958 fue arrestado dos veces y en ambas ocasiones obtuvo una condena en suspenso.

Durante su matrimonio, DeSalvo siempre intentó no parecerse a su padre tirano y borracho. Moderado en todo, menos en su enfermiza lascivia, siempre le gustó pasar mucho tiempo en casa con su mujer y los niños. Era dócil y servicial con Irmgard, se dirigía a ella como su superior social. Siempre estuvo orgulloso de su pasado como miembro de una familia alemana, moral y de clase media.

Los implacables deseos de Albert hastiaron a Irmgard; ella empezó a rechazarle, especialmente a partir del nacimiento de su hija Judy, lo que le llevó a iniciar su carrera como «el Medidor».

Judy nació con la cadera deformada. Albert sentía que de alguna forma su mujer le culpaba por ello. Desde los dos años la pequeña tuvo que llevar aparatos ortopédicos que DeSalvo decoraba con grandes lazos.

Una noche, a finales de los años 50, DeSalvo vio en un show televisivo de Bob Cummings a un fotógrafo que hacía pruebas a las chicas para convertirlas en modelos, para lo cual tenía que tomar sus medidas.

Esto impresionó a Albert y pensó que sería una buena excusa para acercarse a chicas jóvenes. Empezó a recorrer las zonas estudiantiles de Boston buscando apartamentos compartidos por jovencitas. Se las ingeniaba para entrar diciendo que era representante de una agencia de modelos.

Algunas veces sus halagos y encantos le permitieron seducir a algunas. A otras sólo les tomaba las medidas, prometiendo que un ejecutivo de la agencia vendría para contratarlas. Nunca las atacó y las únicas quejas que recibió la policía estaban motivadas por que la prometida visita no se producía.

DeSalvo fue arrestado en 1961 tras actuar sospechosamente en Cambridge, Massachusetts. Fue acusado de allanamiento de morada con agravantes, además de «obsceno» con conducta lujuriosa. Pasó once meses en prisión y fue puesto en libertad en 1962.

En febrero de 1965 tuvo lugar un raro encuentro entre dos internos del Hospital Estatal de Bridgewater. Uno de ellos era George Nassar, un peligroso criminal de 33 años que estaba en observación, en espera de juicio, por un asesinato particularmente violento. El otro era Albert DeSalvo, un insignificante criminal de 34 años con un carácter apacible, conocido por sus alardes y vanaglorias sexuales.

A principios de noviembre de 1964 fue arrestado por asaltar sexualmente a varias mujeres de Massachusetts y Connecticut. Los ataques eran conocidos como los crímenes del «Green Man» (Hombre verde), porque DeSalvo vestía siempre ropa de trabajo de color

verde. Enviado al psiquiátrico penitenciario de Bridgewater para someterle a observación, se encontró compartiendo una celda con George Nassar.

Un día Albert interrumpió sus alardes sexuales para preguntarle a Nassar algo que le rondaba por la cabeza: «George, ¿qué ocurriría si un tipo fuera encarcelado por robar un banco, si en realidad hubiera robado trece?» Nassar contestó sin darle importancia y DeSalvo se marchó. Unos días después, se le acercó otra vez y le dijo: «Creíste que fue una pregunta estúpida, pues bien ... »

Los detalles exactos de aquella conversación nunca se conocerán, pero fueron suficientes para convencer a Nassar de que su compañero era el Estrangulador. Motivado por su sospecha y seducido por los 10.000 dólares de recompensa, se puso en contacto con su abogado, Lee Bailey. Aunque éste al principio se mostraba reacio a verse involucrado en el tema, acabó dejando que su cliente le convenciera de que DeSalvo quería verle y de que concertara una cita con él.

El 4 de marzo, un tanto escéptico ante aquella situación, el abogado fue a Bridgewater para encontrarse con Albert por primera vez. El hombre que le recibió medía alrededor de 1,72 m, tenía el pelo largo y una nariz afilada y puntiaguda. La voz era clara y aguda y los modales sinceros y encantadores. Su apariencia simpática combinada con un aspecto perfectamente olvidable, le convertían en opinión de Bailey, en el sospechoso idóneo de los asesinatos. No era difícil comprender cómo se las habría ingeniado este hombre para entrar en los apartamentos de las mujeres y salir, luego, pasando totalmente desapercibido.

En la entrevista grabada que mantuvieron, DeSalvo confesó no sólo los 11 asesinatos conocidos, sino dos más de los que la policía no sabía nada. El de Mary Brown, golpeada y apuñalada en su apartamento Lawrence el 9 de marzo de 1963, y el de una mujer de 80 años que, aparentemente, murió de un ataque al corazón en sus brazos. DeSalvo no podía recordar su nombre ni la fecha del asesinato (investigaciones posteriores revelaron que se llamaba Mary Mullen, asesinada el 28 de junio de 1962).

Con voz serena y flemático, DeSalvo dio detalladas descripciones de los crímenes, incluyendo partes que no habían llegado a la opinión pública. Fue capaz de afirmar tranquila y correctamente que la puerta de Patricia Bissette abría hacia afuera. Dibujó bocetos exactos de los 13 apartamentos en los que tuvieron lugar los hechos, y habló sobre «el nudo del Estrangulador», explicando que era el nudo que utilizaba siempre para atar las piezas ortopédicas móviles en la deformada cadera de su hija Judy. Le gustaba hacer un gran lazo para hacerla reír.

A excepción de uno o dos errores, las descripciones de DeSalvo eran casi perfectas. Bailey, convencido de haber encontrado al Estrangulador, llamó al teniente Donovan y le invitó a que escuchara la grabación. Tan pronto como escuchó aquella cinta, Donovan contactó con la oficina del Fiscal General.

Los investigadores se vieron ante un gran dilema. A pesar de la exactitud de los informes del supuesto asesino y de su evidente ansiedad por confesar, no había ninguna prueba legal para condenarle. El Estrangulador no dejó huellas que pudieran compararse con las de DeSalvo y no había ningún testigo ocular. La única superviviente de los ataques, la

camarera alemana, se comprobó que era incapaz de identificarle, y ninguno de los vecinos de las víctimas pudo reconocerle en las fotografías.

Debido a la ausencia total de pruebas, la culpabilidad del confeso debía ser demostrada. Hasta entonces sus declaraciones habían sido hechas de un modo puramente informal y nadie podía estar seguro de si estaba diciendo la verdad o no. Se decidió que DeSalvo debería someterse a un interrogatorio formal, que llevaría a cabo Bottomly, con respecto a los 13 asesinatos. Tendría la garantía de que nada de lo que dijera podría ser utilizado contra él en el juicio. Agentes de la policía y detectives de zona comprobarían minuciosamente cada dato. Si se averiguaba que había dicho la verdad y era declarado competente para someterse a juicio, unos psiquiatras le examinarían para determinar su estado mental cuando cometió los asesinatos.

En caso de que le encontraran mentalmente capaz de ser juzgado, haría una confesión formal que pudiera ser utilizada en el juicio, donde suplicaría un veredicto de no culpabilidad con la esperanza de ser confinado en una institución mental. Pero si durante el juicio era declarado sano (lo que significaría ejecución) no existiría confesión válida y todos los precedentes tomados en su contra se detendrían. Tendría su inmunidad asegurada. DeSalvo estuvo de acuerdo.

Durante la primavera, verano y otoño de 1965, DeSalvo se encontró con Bottomly semanalmente, en presencia de un tercer individuo como testigo. Se desahogó contando las historias de sus asesinatos. Estaba, al parecer, deseoso por confesar, con la esperanza de que el hacerlo le ayudaría a entenderse a sí mismo. Se esmeró en relatar cada estrangulamiento al detalle.

La mayoría de los asesinatos ocurrieron en fines de semana porque «siempre podía salir de casa el sábado, diciéndole a su esposa que tenía que ir a trabajar». Una vez fuera de la casa, DeSalvo describió cómo conducía por las afueras sin ningún propósito fijo. Iba en su Chevrolet Coupé del 54 color verde, hasta que lo que DeSalvo describió como «la urgencia» de matar se apoderaba de él y tenía que actuar. En sus acciones no existía en absoluto un plan premeditado.

Escogía un edificio al azar y llamaba a cualquier timbre en el que figurara el nombre de una mujer. No tuvo ninguna dificultad en ingeniárselas para entrar en los apartamentos, con la excusa de tener que realizar algún trabajo de mantenimiento o de decoración.

Tras unos minutos de conversación, le poseía un irracional e irreprímible urgencia de matar. Parecía suceder en el momento en que la víctima le daba la espalda. Describió esta sensación con todo detalle en el caso de Nina Nichols: «Al volverse de espaldas y ver su nuca... me ponía a tope... Todo hervía dentro de mí. Antes de que se diera cuenta, había puesto un brazo alrededor de su cuello y... así sucedía.»

Un tema constante en los interrogatorios era la total mistificación de su propia conducta. «No había nada en Anna Slesers que pudiera interesar a ningún hombre... ¿por qué lo hice?» Cuando le preguntaron por qué había desordenado los apartamentos, no pudo dar una respuesta satisfactoria. «Eso es lo que me gustaría averiguar a mí también», contestaba. Estaba igual de confuso ante el porqué había dejado a Ida Irga con los pies metidos en los huecos del respaldo de las sillas. «Simplemente lo hice», dijo a modo de explicación.

En muchas de sus declaraciones DeSalvo se distanciaba completamente de sí mismo, como si estuviera hablando de otra persona. Claro ejemplo de esto fue el relato de cómo estuvo a punto de asesinar a una joven antes que a Anna Slesers. «Miré al espejo de la habitación y allí estaba yo estrangulando a alguien. Caí de rodillas, me santigué y recé. ¡Oh, Dios!, ¿qué estoy haciendo?, soy un hombre casado, padre de dos criaturas. ¡Oh, Dios, ayúdame! Era como si no fuera yo... era como si fuera otra persona la que estaba viendo. Me fui de allí.»

Cuando hablaba sobre Patricia Bissette (la única víctima que fue hallada cubierta y sin desnudar) decía: «Ella era tan distinta... No quería verla así, desnuda... Me habló como a un hombre y me trató como tal... Recuerdo que la cubrí mientras todo sucedía.»

Unas veces se mostraba profundamente reacio a discutir los crímenes. Otras, estaba totalmente tranquilo e indiferente, como cuando describió lo que hizo tras el asesinato de Joann Craff. «Cené, me lavé, jugué con los niños y vi la televisión.»

Al crecer en DeSalvo la confianza en Bottomly, admitió que durante un tiempo esa “urgencia” de matar había sido un verdadero problema. «Esta cosa hirviendo dentro de mí... todo el tiempo... sabía que no podía controlarlo.» Explicó que si había decidido confesar fue porque había leído una declaración del Gobernador Peabody que decía que el Estrangulador no sería ejecutado, sino enviado a una institución psiquiátrica para su tratamiento.

Su extraordinaria declaración finalizó el 29 de septiembre de 1965. Las investigaciones policiales habían revelado que había dicho la verdad en todo momento y que conocía detalles que nunca se habían hecho públicos. En aquel momento les quedaban pocas opciones, aparte de creer que aquel hombre que tenían ante sí, era sin duda alguna, el Estrangulador de Boston.

Al inspeccionar sus archivos, las ironías del caso resultaron evidentes. Tras la gigantesca caza que habían llevado a cabo, el asesino resultó ser alguien que había estado permanentemente en sus archivos, pero pasó desapercibido porque estaba fichado en la categoría de «allanamientos» en lugar de en la de «ofensas sexuales».

Lee Bailey vio el caso de DeSalvo como un tremendo reto. No quería verle libre pero tampoco en la silla eléctrica; creía que lo mejor para él era una institución psiquiátrica en la que los médicos pudieran analizarle y ayudarle. En su opinión, un juicio sería la única forma de establecer jurídicamente que Albert era el Estrangulador. Sólo si esto sucedía, el acusado recibiría la atención médica adecuada.

Sin embargo, se enfrentaba a una dificultad legal. Los psiquiatras habían declarado que el sujeto en cuestión estaba perturbado cuando cometió los asesinatos, pero según las reglas del nuevo Tribunal Supremo, la acusación no estaba dispuesta a permitir que DeSalvo confesara alegando enajenación mental.

En una brillante pirueta legal, Lee Bailey permitió que DeSalvo fuera juzgado por los crímenes de «el hombre verde». Los psiquiatras podrían entonces testificar a favor de su dolencia. Todavía podía ser declarado legalmente perturbado sin tener que ser ejecutado.

El caso apenas tenía precedentes en la historia jurídica. La responsabilidad de probar su culpabilidad recaía en la defensa. Como Bailey dijo más tarde: «Nos encontramos ante una situación realmente increíble. Debemos probar su culpabilidad sin proporcionar al Estado una sola prueba legal. Albert tiene que conseguir librarse de la silla eléctrica».

Durante nueve meses, tras el asesinato de Mary Sullivan, Albert cometió una serie de ataques sexuales (más de 300 en total) a lo largo de Connecticut, Massachusetts, New Hampshire y Rhode Island. El asaltante empezó a ser conocido como el “Hombre Verde” debido a los pantalones de faena verdes que llevaba puestos cuando cometía los crímenes.

En su personalidad del “Hombre Verde”, DeSalvo penetraba en los apartamentos de la mujeres, abriendo las cerraduras con unas tiras de polietileno recortadas de los botes de detergente de su casa. Una vez dentro ataba a las mujeres en las camas y, a punta de navaja, abusaba de ellas y en ocasiones las violaba. Muchas veces pedía perdón y se iba antes.

Una de sus víctimas, una joven de 20 años de Cambridge, le identificó en los archivos de la policía como “el Medidor”. DeSalvo fue arrestado el 6 de noviembre de 1964.

Fue enviado al hospital estatal de Bridgewater en observación. El 10 de diciembre volvió a la cárcel de Cambridge. Mientras estuvo allí mostró una conducta desordenada con tendencias suicidas y fue reenviado al psiquiátrico como enfermo mental en febrero de 1965. En Bridgewater, DeSalvo lo confesó todo sobre los estrangulamientos.

DeSalvo siempre declaró que no comprendía por qué había matado, aunque a veces culpaba a su mujer, a su educación y a sí mismo. Su desconcierto sobre los motivos era un tema constante en las declaraciones. Repetía que quiso testificar para intentar comprender la naturaleza de sus impulsos y poder ser liberado de ellos. Cuando hablaba de los crímenes solía hacerlo en tercera persona, como si sólo hubiera sido un impotente observador de cuanto sucedía, en lugar del auténtico y único asesino.

Los psiquiatras que habían intentado proporcionar un perfil psicológico del Estrangulador antes de su arresto, estaban tan confusos como DeSalvo. La mayoría creyó que había por lo menos dos asesinos actuando. Uno era tímido, introvertido y poco sexual. Posiblemente un homosexual que mataba a las ancianas para vengarse personalmente de la madre dominante que odiaba. El otro era un violador convencional, particularmente brutal, un solitario que quería reafirmar su poder sobre las mujeres, motivado tal vez por un rechazo sexual.

Cuando DeSalvo admitió los crímenes, multitud de teorías se evaporaron. Quería profundamente a su madre, aunque sintió que le había fallado al no protegerle de la violencia de su padre, y lejos de ser un solitario era un hombre de familia. Además, según reconoció él mismo, no era precisamente la suya la biografía de un hombre que asesinara por una lascivia frustrada.

La diferencia de edad de las víctimas, dato que tenía obsesionados a los psiquiatras, era, según el acusado, una mera coincidencia tan accidental como las otras conexiones que había entre las víctimas: los hospitales y la música clásica. Había seleccionado las víctimas al azar por los nombres que figuraban en los timbres de las puertas.

DeSalvo estaba obsesionado por las mujeres, no por las jóvenes, ancianas o chicas guapas, sino por las mujeres en general. Bajo todas las máscaras («el Medidor», «el Hombre verde» y «el Estrangulador») entraba en los apartamentos con la intención de mantener algún tipo de contacto sexual con ellas. Sólo en 15 ocasiones, en un período de menos de dos años, intentó asesinar. Una vez falló porque se vio a sí mismo en un espejo y no pudo seguir adelante.

Los asesinatos comenzaron poco tiempo después de que «el Medidor» fuera puesto en libertad. Esto sucedió en la época en que Irmgard le rechazó sexualmente. Según su relato sobre los asesinatos, el gatillo se disparaba siempre cuando la víctima, una mujer, le volvía la espalda. Al hacerlo despertaban en él un sentimiento de odio incontrolable. Aquel odio provenía de sensaciones de rechazo. En el caso de Beverley Samans, uno de los asesinatos más salvajes, contó que sus constantes súplicas de «no lo hagas», le recordaban la forma en que su esposa le repudiaba.

Toda su vida había intentado superarse, hacerse mejor. Tanto en la escuela como en el Ejército se identificaba a sí mismo con figuras autoritarias. Se había casado con una mujer de clase social superior, pero fue inútil. Nunca se sintió aceptado. Siempre la había tratado con respeto y ella, decía DeSalvo, «hace que me sienta un don nadie... que sienta complejo de inferioridad».

Quizás, en el fondo, la única característica que compartían todas las víctimas, su respetabilidad de clase media, fue lo que las costó la vida. Desde luego, cuando hablaba de su carrera como «el Medidor», dejó bien claro que era un hombre mal educado que se las había ingeniado para burlar y timar a jóvenes universitarias, diciendo: «Creen que son mejores que yo. Todas eran jóvenes universitarias, y yo no tuve nada en mi vida, pero he sido más listo que ellas. »

En un intento de conocer las motivaciones de DeSalvo, Lee Bailey consiguió que Albert acudiera a las sesiones del doctor William Bryan, especialista en analizar personas bajo el efecto de la hipnosis.

En la primera sesión el doctor le dijo a DeSalvo que le relatara el asesinato de Evelyn Corbin, su novena víctima. Cuando describía cómo la colocó en la cama, DeSalvo mostró evidentes signos de agotamiento. De pronto, le contó cómo le daba masajes a su hija Judy en el muslo para que se encontrara mejor. Bryan interpretó estos hechos como que tenía que maltratar a las personas para ayudarlas.

Al día siguiente, DeSalvo fue hipnotizado de nuevo y no tardó en entrar en el sueño narrativo. De repente se paró en seco en medio de una palabra. El médico estaba seguro de que esto se relacionaba con el tema de la manipulación de objetos. Sugirió a DeSalvo que cada estrangulamiento representaba, sustancialmente, sus intentos de ayudar a su hija y que la pequeña representaba la razón por la cual su mujer había dejado de amarlo.

Siguió adelante y susurró al oído de DeSalvo: «Cada vez que matabas estabas asesinando a Judy, ¿no es verdad?», el criminal gritó mientras agarraba con sus manos la garganta del hipnotizador: «Es usted un mentiroso».

El 30 de junio de 1966, Albert DeSalvo asistió a una vista preliminar en el juzgado del condado de Middlesex, al este de Cambridge, para que se dictaminara su competencia

para someterse a juicio por los crímenes de «el Hombre verde». Bailey pensaba que el acusado sólo podría recibir la ayuda médica que requería sometiéndose a juicio y consiguiendo un veredicto de no culpabilidad por enajenación mental. Sin embargo, en este caso, los cargos en cuestión eran atraco a mano armada y atentado contra el pudor. Los estrangulamientos podían ser mencionados implícitamente pero no tendrían relación directa con el caso.

Tras el testimonio de los psiquiatras, cuyas opiniones sobre la competencia de DeSalvo estaban divididas, el acusado subió al estrado. Cuando Bailey le preguntó si quería recibir ayuda médica, DeSalvo contestó: «lo que he pedido siempre es ayuda médica, pero aún no he recibido ninguna».

Posteriormente, el abogado de la acusación pública y ayudante del Fiscal del Distrito del Condado de Middlesex, Donald Conn, le interrogó, recalcando su deseo de decir toda la verdad sobre su pasado sin importarle lo que ocurriera. «Sentía que no podía seguir viviendo conmigo mismo... a mi manera quería liberar todo lo que llevaba dentro, la verdad. Sean cuales sean las consecuencias, las aceptaré porque siempre he querido contar la verdad.»

El 10 de julio, el juez que presidía la vista, Horace Cahill, declaró a DeSalvo competente para someterse a juicio. Al día siguiente fue conducido ante el juez George Ponte en el mismo juzgado donde había suplicado su veredicto de no culpabilidad. Fue encarcelado sin fianza en Bridgewater en espera de juicio por los crímenes de «el Hombre verde».

Seis meses después, el 9 de enero de 1967, comenzó el juicio en el mismo condado. DeSalvo fue acusado de robo a mano armada y atentado contra el pudor. Su alegato era de no culpabilidad en virtud de la enajenación mental.

Como en la vista preliminar, el fiscal era Donald Conn. Los testigos de cargo eran cuatro mujeres que habían sido víctimas de «el Hombre verde». Sus identidades se guardaron en secreto dada la naturaleza íntima de las pruebas involucradas. Reacias y bastante turbadas por la situación, las mujeres describieron como las ató, violó y humilló a punta de navaja.

Los principales peritos de la defensa presentados por Bailey eran dos psiquiatras, el doctor Robert Ross Mezer, de Boston, y James Brussel. Aunque DeSalvo sólo estaba siendo juzgado por las fechorías de «el Hombre verde», era su misión sacar a relucir los estrangulamientos como parte de sus antecedentes psiquiátricos. Todo el caso de Bailey dependía de los dos diagnósticos de esquizofrenia. En su opinión, cuando se hablara al jurado de los estrangulamientos no dejarían de considerar a DeSalvo un enajenado mental, aunque estos crímenes no fueran, directamente, parte del juicio.

Para resumir el caso, la acusación, Donald Conn, describió al acusado como un astuto criminal que fingía síntomas de enfermedad mental con la esperanza de ser recluido en una institución psiquiátrica de la que le sería fácil salir en unos cuantos años. En una intervención señaló gritando al jurado: «Es mi deber para con mi esposa, con las de todos ustedes y con cada mujer que pudiera ser víctima de este hombre, tachar su conducta de lo que es: una viciosa conducta de criminal. No dejen que este hombre se burle de ustedes delante de sus narices.»

Las últimas puntualizaciones de Bailey fueron igualmente apasionadas, al hacer una súplica para que el acusado fuera declarado enajenado mental y poder así enviarle a un hospital psiquiátrico y recibir el tratamiento adecuado. «No sólo por su propio beneficio -dijo Bailey-, sino también para conseguir una mayor comprensión de este tipo de crímenes en el futuro.» «Este hombre, Albert DeSalvo, es un fenómeno, una oportunidad única para ser estudiada. Nunca hemos tenido tal espécimen en cautividad. Debería ser sujeto de estudio para la Fundación Ford o una institución parecida.»

«Lo que estoy exponiendo con esto, no es una defensa, es un imperativo sociológico. Aparte de la moral, la religión, la ética o cualquier otra objeción para la pena de muerte, ejecutar a este hombre es un acto tan desmedido, bárbaro e ignorante como lo fue quemar a las brujas de Salem.»

En su alegato final, el juez Cornelius Moynihan explicó al jurado que podían declararle culpable, no culpable o no culpable por enajenación mental. El juez Moynihan dijo también a los miembros del jurado que debían borrar de su cabeza todas las referencias a los estrangulamientos, diciéndoles «no se le juzga por homicidio».

El 18 de enero, el jurado se retiró a deliberar. Estuvieron reunidos durante tres horas y cuarenta y cinco minutos. A las seis de tarde volvieron con su veredicto: Culpable.

Cuando se leyó el fallo del jurado, el juez consideró cuidadosamente la sentencia. El abogado explicó que el deseo de DeSalvo era que le encerraran de por vida y que «la sociedad fuera protegida de él».

El estrangulador fue sentenciado a cadena perpetua y fue devuelto al hospital de Bridgewater en espera de que le enviaran definitivamente a una prisión de máxima seguridad. Para Lee Bailey, James Brussel y muchos otros interesados en el caso, la decisión fue un tremendo error. A pesar de su nombre, Bridgewater (hospital del puente sobre las aguas), en realidad era más una prisión que un hospital. Además, Bridgewater no contaba con personal adecuado, lo que hacía concebir pocas esperanzas de que DeSalvo recibiera la atención que necesitaba.

El 24 de febrero de 1967, poco antes de las seis y cuarto de la mañana, Albert DeSalvo se fugó del Hospital Estatal de Bridgewater con dos compañeros más: Frederick Erickson y George Harrison, convictos por asesinato y robo a mano armada, respectivamente.

Se creía que los tres hombres, que tenían celdas adyacentes, utilizaron una llave fabricada por ellos mismos. Uno de ellos la metió en la cerradura desde dentro y abrió la puerta. Una vez fuera abrió las puertas de las celdas de sus compañeros. Bajaron deslizándose por el hueco de un ascensor en construcción en la parte externa del edificio. Después escalaron un muro de 3,5 metros colocando un andamio contra él.

Los tres hombres fueron capturados 36 horas más tarde. Erickson y Harrison fueron encontrados en un bar de Waltham, un barrio cercano. DeSalvo telefoneó a Bailey desde una tienda de ropa en Lynn y se entregó.

Los dos hermanos DeSalvo, Joseph y Richard, fueron arrestados posteriormente por complicidad en el intento.

Por lo que respecta al recluso, no cabía ninguna duda de que su fuga del hospital de Bridgewater era un grito de socorro. Había dejado una nota en la celda pidiendo perdón por su fuga y explicando que «*se iba porque quiso recibir ayuda y nadie hizo nada por él*».

El psiquiatra James Brussel, por primera vez, estaba convencido de que aquel sujeto estaba diciendo la verdad. En su opinión, DeSalvo estaba «simple y honestamente desconcertado de su propia naturaleza y quería ayuda en la búsqueda de explicaciones. Su fuga era una forma de llamar la atención del público sobre su situación».

A pesar de la histeria reinante entre la prensa y la opinión pública, Albert se entregó 38 horas después. Llamó desde una tienda de ropa a la oficina a Bailey, diciendo: «Se acabó, llevadme de vuelta.»

En una improvisada rueda de prensa celebrada tras su arresto, explicó las razones de su fuga. «No molesté a nadie y nunca lo haré. No quise hacer daño a nadie. Lo hice para reclamar la atención pública sobre el caso de un hombre que tiene una enfermedad mental, contrata un abogado y nadie hace nada para ayudarlo.»

Debido a una trágica y errónea manipulación del caso, Albert DeSalvo fue inmediatamente trasladado del hospital estatal de Bridgewater a la prisión de máxima seguridad de Walpole, Massachusetts, de donde no había posibilidad de escapar y donde pasaría el resto de sus días.

Seis años después, la historia del Estrangulador de Boston acabó tan misteriosamente como había comenzado. El 25 de noviembre de 1973, Albert DeSalvo fue hallado muerto en su celda de la prisión de Walpole. Había sido apuñalado seis veces en el corazón durante una supuesta «reyerta» en la prisión. Sus compañeros de presidio en la prisión de Walpole cerraron filas y se negaron a revelar la identidad del atacante.

Su asesino nunca fue encontrado.

Como ha ocurrido con otros casos famosos, los estrangulamientos, y más concretamente DeSalvo, fueron la fuente de inspiración de un gran número de películas. Dos de las más famosas fueron realizadas tan sólo un año después del juicio, en 1968.

«*El Estrangulador de Boston*», dirigida por Richard Fleischer, con Tony Curtis en el papel de Albert y apoyado por un reparto que incluía a Henry Fonda y a George Kennedy, no fue totalmente objetiva, pero siguió con rigor los asesinatos y trató de analizar la personalidad de DeSalvo.

Se adoptó una línea más ligera en la comedia negra «*Así no se trata a una dama*» («*No way to treat a lady*»), dirigida por Jack Smigt. En ella Rod Steiger interpretaba a un asesino reincidente de mujeres.

GLENN TAYLOR HELZER



Contra Costa Times / Bob Larson

Cansado de ser mormón y de llevar una vida normal, Taylor Helzer se acompañó de su hermano menor y la novia de éste para asesinar a placer con el pretexto de que Dios estaba de su parte.

El 15 de diciembre de 2004 un jurado de California extendió cinco condenas a muerte a Taylor

Helzer. Al escuchar el veredicto, el hombre sólo atinó a decir: “Está bien”. Afuera del recinto un grupo de personas celebraba con abrazos la decisión. Cuando un reportero se acercó al contingente, la señora Olga Land declaró: “[Taylor Helzer] es la segunda llegada de [Charles] Manson, no de Cristo”. La mujer era hermana de Jennifer Villarin, una de las víctimas mortales de Helzer.

Glenn Taylor Helzer asesinó a cinco personas, pero no lo hizo solo. Siempre estuvo con él su hermano Justin y la novia de éste, Dawn Godman.

Los hermanos Helzer crecieron dentro de una familia mormona en Martinez, un lugar cerca de San Francisco. De acuerdo con testimonios de familiares y conocidos, los Helzer gozaron de una infancia tranquila. Unidos desde niños, el carismático Taylor tenía mucha influencia sobre su introvertido hermano menor. De hecho, la única separación que tuvieron los hermanos fue después de terminar la high school. Para cumplir con sus años de misión, Taylor viajó a Brasil y Justin a Texas.

En 1993, Taylor se casó, tuvo dos hijos, pero a los tres años se divorció, pues decía estar cansado de ser un buen esposo y un mormón. Él deseaba hacer su vida más allá de la iglesia y llevar una vida normal. Sólo que para él la vida normal significaba disipación, consumo de alcohol, cigarro y tener sexo con las mujeres que le viniera en gana. Su vestimenta sencilla fue remplazada por ropa negra. Asimismo, comenzó a construir su “filosofía”, en la que argumentaba que el bien y el mal no existían y que la mayoría de la sociedad estaba enraizada en un sistema primitivo de creencias. Pero no sólo eso: Taylor se creía un profeta y afirmaba que todos sus mensajes los recibía directamente de Dios.

Por su parte, Dawn Godman era una chica que no llamaba la atención. Aun así se casó a los 18 años, tuvo dos hijos (uno de ellos murió minutos después de nacer) y se divorció unos cuantos años adelante, perdiendo la custodia de su hijo. Para encontrar un poco de paz interior, comenzó a asistir a la iglesia mormona y ahí lo que encontró fue a Taylor y

a Justin Helzer. Dawn quedó fascinada por el discurso y la personalidad de Taylor, aunque con quien se entendió sentimentalmente fue con Justin. El grupo fue tan unido que decidió autodenominarse Los Hijos del Trueno. Ahora había que buscar una misión. Esta organización pretendía aportar paz, amor y felicidad a sus miembros. Glenn decidió que los medios para lograr estos objetivos serían la prostitución y las drogas.

Uno de los planes de Glenn Taylor Helzer era abrir un orfanato en Brasil, país que ya había visitado como misionero Mormón. Los detalles del plan, con todo, eran bizarros y violentos. Helzer planeaba transformar los huérfanos brasileños en asesinos. Su blanco: los quince líderes de la Iglesia Mormona en Utah, EE UU. Esto con el objetivo: establecerse como el Nuevo Profeta. a esto lo llamo El plan "Brazil". Pero no pudo concretar esto.

Con los asesinatos no sólo pretendían conseguir dinero, los tres estaban convencidos (por una incomprensible relación causa-efecto) de que, gracias a las muertes, Glenn se convertiría en el nuevo profeta de los doce millones de mormones y que este hecho apresuraría el regreso de Cristo a la tierra. Por otro lado pretendía atraer a la secta a jóvenes millonarios y a mujeres atractivas dispuestas a mantener relaciones sexuales con ellos, así como con clientes para tener dinero, es decir prostituirlas. En su intento de reclutar chicas, los tres acudieron a diversas "Raves" en las que repartieron tarjetas de visita.

En agosto de 2000 unos vacacionistas que paseaban en sus Jet-skis en el río Mokelumne vieron una maleta que reposaba en una de las orillas. Se acercaron con curiosidad y vieron que contenía un torso humano. Horas después, en otro lugar, un empleado de Marina encontró una maleta más, la cual contenía una cabeza. Al terminar el día, las autoridades habían recobrado nueve bolsas con piezas humanas. Pese a que los pedazos estaban revueltos, la policía logró determinar que las partes mutiladas pertenecían al matrimonio de Annette Stineman, de 78 años, y de su esposo Ivan, de 85, quienes fueron secuestrados por Los hijos del Trueno, obligados a firmar cheques con grandes cantidades de dinero a nombre de Selina Bishop, hija del guitarrista de blues Elvin Bishop. Una vez que consiguieron su objetivo, Taylor Helzer decidió asesinar al matrimonio y posteriormente descuartizarlo. La muerte de los ancianos, dijo Taylor, fue por una buena causa.

Selina Bishop no tuvo mejor suerte. Pese a que era la novia de Taylor, en cuanto le dio al grupo el dinero en efectivo que los Stineman habían depositado a su cuenta, fue asesinada a martillazos. La madre de Selina siempre estuvo preocupada por el noviazgo de su hija con Taylor, a quien consideraba un hombre extraño. Una vez decidió visitar el departamento de Selina y ahí conoció al joven. Eso fue suficiente: la mujer lo había visto y era necesario librarse de preocupaciones. Taylor comandó a su grupo y fue por Jennifer Villarin, madre de Selina, aunque no sólo acabó con la vida de la mujer, sino de su compañero, James Gamble. Para quitar las manchas de sangre de la alfombra, Taylor contrató a un obrero, a quien le dijo que se le había caído el Kool-aid.

En menos de 48 horas después de que fueron recobradas las bolsas en el río Mokelumne, Los Hijos del Trueno fueron detenidos. Dawn Godman decidió salvar su pellejo y logró un trato con la policía, al proporcionar información en torno a los homicidios. Recibió de castigo 38 años de prisión. Los hermanos Helzer fueron condenados muerte. El jurado, sin quererlo, cumplió el deseo de Justin, quien, en el proceso, declaró: "Yo sólo quiero ser libre. Quiero la libertad o la muerte".

JIM JONES



Jim Jones era su «Papa», pero corrompía y denigraba a sus «hijos». Ellos le habían seguido hasta la inmunda colonia que fundó en Guyana abandonando sus hogares en América del Norte. Aun así, cientos de «fieles» llevaron a cabo el supremo sacrificio final cuando él se lo pidió.

América del Sur, 8 de noviembre de 1978. El reverendo Jim Jones observa a su congregación desde el humilde trono

tallado en madera. La escena tiene lugar en un paraje recóndito de la selva de Guyana. Unos mil «feligreses» le rodean expectantes. Tiene que comunicarles una mala noticia. La mayoría están a punto de morir...

Jones había traído consigo a la congregación del Templo del Pueblo desde Estados Unidos para fundar una nueva utopía en los espesos bosques sudamericanos de la región amazónica. Sus seguidores provenían sobre todo de la población negra, destacando un estrato «superior» compuesto exclusivamente por blancos radicales de clase media. Allí, lejos de los anticuados modelos de comportamiento de la civilización y de su moral sexual, se liberarían de la opresión racista y capitalista que les acechaba permanentemente en su país natal.

Pero tampoco en Guyana lograron la ansiada libertad. Varios miembros de la secta habían decidido separarse del grupo en Estados Unidos e informar a la prensa sobre las extrañas «costumbres» que reinaban en la utopía de Guyana. Jones los llamaba «traidores». Sostenían que el reverendo era bisexual y mantenía a su congregación bajo un severo yugo carnal, obligándoles a realizar un trabajo físico agotador en condiciones espantosas. Las reglas de Jones se respetaban rigurosamente por temor a las represalias. A los infractores se les humillaba públicamente para que acatasen la disciplina impuesta. La organización se había apropiado de los pasaportes y los bienes de los miembros, de manera que era prácticamente imposible escapar de la ciudad de la selva.

Se creó un grupo de apoyo, el Comité de Familiares Afectados, para dar a conocer la verdad sobre el Templo del Pueblo. Uno de esos familiares, Sam Houston, un periodista de la Associated Press, acusaba a la secta del asesinato de su hijo. El muchacho había abandonado el Templo tras una violenta discusión con Jones. Al día siguiente, el «desertor» murió en un espantoso accidente de tren cerca de la costa de San Francisco.

Sam Houston solía salir de copas con un influyente amigo, el congresista Leo Ryan. Bastantes miembros de la secta procedían de su distrito electoral, radicado en la zona sur de San Francisco. El periodista persuadió a Ryan para que iniciara una investigación y averiguara qué era lo que de verdad estaba ocurriendo en el asentamiento sudamericano del Templo denominado Jonestown.

El 24 de octubre de 1978 el Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes dio a Leo Ryan luz verde para que se trasladase a Guyana. Jones no tenía más remedio que permitir la visita, ya que, en caso contrario, peligraba la financiación norteamericana de su proyecto y así se lo comunicó el congresista, el cual le amenazó con impedir judicialmente el trasvase de fondos desde Estados Unidos. No obstante, el reverendo quiso imponer sus condiciones: no accedería a que entrara en la colonia si venía acompañado por «traidores» o por la prensa.

Ryan hizo caso omiso. Se presentó en Guyana con cuatro miembros del Comité de Familiares Afectados, periodistas, fotógrafos de varios periódicos de San Francisco y del Washington Post, y un equipo de televisión de la NBC. Si no se le autorizaba a entrar, Ryan amenazaba con filmar el rechazo de Jones y mostrarlo por la cadena NBC. Toda Norteamérica lo vería por televisión y acto seguido propondría al Congreso iniciar una investigación en toda regla.

En la tarde del 17 de noviembre, Leo Ryan y sus acompañantes aterrizaron en la diminuta pista de Port Kaituma, a pocos kilómetros de Jonestown. Uno de los hijos adoptivos de Jones, Johnny, los esperaba con el tractor, empleado como medio de transporte para la recogida de basuras, para llevarlos a la colonia antes de la puesta del sol.

No obstante, la recepción resultó sorprendentemente cordial. Jones se retiró enseguida al interior de su casucha con el ceño fruncido; a los miembros de la secta se les había dado instrucciones precisas de sonreír y ser amables. La cena se sirvió a las ocho, y acto seguido la banda de Jonestown entonó una alegre melodía.

El congresista pronunció un discurso muy hábil. Empezó diciendo que le encantaba la banda de Jonestown y que la colonia le parecía un buen lugar para vivir. «Por lo que he visto, hay un montón de gente que piensa que es lo mejor que les ha pasado en su vida.»

Jonestown tenía un solo fallo, que no estaba en su distrito electoral... Era una pena que los residentes no pudieran votar por él.

Los miembros del Templo, a pesar de la acogida afectuosa y de haberse puesto las ropas del domingo, albergaban mal disimuladas sospechas respecto a las «interferencias» del exterior. Pero tras escuchar a Ryan, los aplausos surgieron espontáneamente. Se había roto el hielo. La banda volvió a tocar y los más jóvenes saltaron a la pista de baile; los mayores participaban dando palmas. Todo el mundo rebosaba felicidad. Cuando los bailarines se retiraron y acabó el jolgorio, una mujer de raza negra, Mónica Bagby, le dio una nota al periodista de la NBC, Don Harris. Le pedía que arreglara las cosas para que ella y su amigo Vern Gosney pudieran abandonar Jonestown acompañados de Ryan al día siguiente.

Sin embargo, por la mañana, el ambiente relajado se había transformado en algo muy distinto. Nueve miembros de la secta decidieron evadirse de la colonia al alba,

atravesando la selva virgen hasta un pueblo situado a treinta kilómetros de distancia, Matthew's Ridge. Los «guardianes» del Templo salieron en busca de los escapados. Mientras tanto, algunos periodistas aprovechando la falta de vigilancia se dedicaron a husmear en la colonia por su cuenta y riesgo y ocasionaron un enorme disturbio. Al mismo tiempo, Don Harris, de la cadena NBC, empezó a entrevistar a Jones ante las cámaras.

El reverendo habló con franqueza sobre sus amantes y negó que existiera una prohibición referente al mantenimiento de relaciones sexuales en la colonia. Todo eso era «pura mierda», declaró. «Han nacido más de treinta criaturas desde el verano de 1977.»

Pero éste ya no era el Jim Jones fino y atildado que había «encantado» a los políticos californianos, cenando con la esposa del presidente Carter o viajado en el avión privado de Walter Mondale -el candidato con más posibilidades para suceder al presidente de Estados Unidos-. Este Jones presentaba un aspecto pálido, gordinflón y sudoroso. A los pocos minutos de responder preguntas, su verdadera personalidad empezó a aflorar.

De pronto, soltó un desvarío: «Lo único que siento es que nadie me haya pegado un tiro todavía. Somos una comunidad pequeña. No constituimos una amenaza para nadie... Pero no descansarán hasta habernos destruido. Me gustaría que me pegaran un tiro y terminar de una vez. Pero lo que está de moda ahora es destruir la reputación de la gente a través de los medios de comunicación, a la larga, es como si te asesinaran.»

Los periodistas aturdieron a Jones con preguntas sobre el hijo que supuestamente había tenido con una de sus seguidoras. La madre decidió abandonar el Templo, pero el reverendo le impidió que se llevara a su pequeño. También le preguntaron por qué los guardias de seguridad iban armados. Y por qué se amenazaba a quienes deseaban abandonar la comunidad.

«Todo eso son mentiras», respondió con aire cansado. Pero acto seguido, se contradijo... Uno de sus «hombres de confianza» le comunicó que Edith Parks, la abuela de una familia con la idea de escaparse desde hacía algún tiempo, solicitaba su permiso para salir de Jonestown con el congresista Ryan.

Jones se encaminó hacia su choza. «Me traicionan... -masculló entre dientes-. ¡No hay manera de acabar con esto!»

Otras veinte personas aprovecharon la oportunidad para pedir al grupo que las sacara de la colonia. Jones se puso histérico y gritó: «¡Yo he sacrificado mi vida por mi gente!»

Sus «ayudantes» procuraron calmarle y le persuadieron de que dejara marchar a quienes así lo desearan. Un número tan pequeño de «desertores» no tenía importancia si se comparaba con el gran número de «fieles» que preferían quedarse. Pero a pesar de todo, el ambiente se enrareció con rapidez.

Al formarse el grupo de «desertores», un joven fornido llamado Don Sly sacó una navaja del bolsillo y apresó a Leo Ryan. Dos matones de Jones detuvieron a Sly y liberaron al congresista. Lo hicieron con tanto celo, que en el transcurso del forcejeo cortaron el brazo del asaltante y la sangre empapó la camisa de Ryan. Justo en el último instante, un nuevo «desertor» se unió al grupo de los arrepentidos: Larry Layton. Al grupito le cambió el

semblante, las caras reflejaban verdadero terror. A Layton le llamaban «el robot de Jones».

Larry fue cacheado antes de subir al avión en Port Kaituma, pero, no se sabe cómo, consiguió evitar que descubrieran la pistola que llevaba escondida. Entonces apareció el tractor de Jonestown en la pista de despegue bloqueando el paso. En el remolque había veinte hombres armados.

Layton se dio cuenta, empezó a disparar en todas direcciones y alcanzó a tres «desertores».

Una verdadera lluvia de balas derribó a Ryan, Don Harris y a otros dos miembros del equipo de televisión que aún permanecían en la pista de despegue. Los matones se acercaron y remataron a las víctimas de varios tiros en la nuca. Otros tres periodistas se libraron sólo con heridas. El tractor y el remolque abandonaron la pista.

Entretanto, en Jonestown, Jim Jones reunió a sus «feligreses» y esperaron la llegada de los asesinos. Ante todos explicó que uno de ellos, Layton, había disparado al piloto del avión en la cabeza y el aparato se había estrellado en la jungla. Efectivamente, ése era el plan urdido en primera instancia por el reverendo. A los veinte secuaces los había mandado «por si algo salía mal».

Jones afirmó que la CIA forzaría al gobierno izquierdista de Georgetown a que enviara tropas de las Fuerzas de Defensa de Guyana para vengar la afrenta. Esos soldados eran negros, eran sus hermanos y no podían pelear contra ellos. Sólo quedaba la salida que durante tanto tiempo habían estado ensayando, suicidarse en masa.

Uno de los miembros del Templo preguntó si era demasiado tarde para escapar a la Unión Soviética. «Los rusos no nos acogerán ahora», contestó Jones. No obstante, había enviado a dos de sus secuaces a la embajada soviética en Georgetown con un maletín que contenía medio millón de dólares.

El equipo médico de Jonestown preparó dos bidones de 150 litros con una mezcla de zumo, cianuro y valium. Los «feligreses» estaban dispuestos.

El reverendo les aseguró que se «volverían a ver en otro lugar». Se formó una cola en perfecto orden. Las madres administraron la pócima a sus hijos. A los bebés se les suministró con la ayuda de una jeringuilla, inyectándoles un chorrito en la boca. Los hijos de Jones se tragaron el veneno dando muestras de alegría.

La congregación estaba convencida de que el veneno les produciría una muerte sin sufrimiento. Pero algunas criaturas empezaron a tener fuertes convulsiones, y el pánico se adueñó de los «fieles». Jim Jones, con mano experta, consiguió calmar los ánimos.

«No lloran de dolor... Sólo es un poco de sabor amargo», explicó. Acto seguido, los adultos tomaron sus raciones en vasitos de papel.

Se dirigieron a las praderas de la colonia, se tumbaron y murieron. Entonces les tocó el turno a los guardias armados. Ellos también se tragaron el veneno «cumpliendo con su deber».

Cuando todo el mundo hubo muerto, Jones cogió una pistola y se pegó un tiro en la cabeza. Instantes después, Annie Moore, una de las enfermeras de la colonia, se saltó con la misma pistola la tapa de los sesos.

El hombre que con tanto éxito había sabido aprovecharse de los medios de comunicación durante toda su vida, dejó una curiosa posdata como recuerdo de su muerte: mientras los miembros de su rebaño iban entregándose a la muerte, una cinta magnetofónica oculta grababa minuto a minuto el fatal desenlace. Fue el último golpe de efecto del reverendo Jones.

A pesar de este testimonio, el «mundo exterior» no consiguió explicarse cómo un solo hombre fue capaz de persuadir a novecientas catorce personas de que se suicidaran sin la menor resistencia.

El congresista Leo Ryan investigó sobre los disturbios raciales y la reforma penitenciaria antes de dedicar su atención a Jonestown. Tenía 53 años al embarcarse en la que sería su última misión oficial.

Greg Robinson era reportero gráfico del San Francisco Examiner. Fue otra de las víctimas «importantes», le dispararon varias veces en la cabeza mientras yacía herido en el suelo. Robert Brown tenía 36 años y era cámara de la cadena de televisión NBC. Filmó minuto a minuto su propia muerte. La película le sobrevivió.

Don Harris era periodista y entrevistó a un Jim Jones cada vez más paranoico durante la visita a Jonestown. Él fue quién recibió la nota secreta de un «desertor» pidiendo abandonar la colonia.

El equipo de forenses norteamericanos buscó afanosamente alguna señal que demostrara que las víctimas habían sido forzadas a ingerir el veneno. Pero no hallaron más que unas ampollas en los antebrazos de algún que otro anciano. La evidencia era innegable y tremenda: casi mil personas habían decidido suicidarse voluntariamente.

Las declaraciones de los testigos presenciales confirmaron que los miembros del Templo se tragaron la pócima mortal con avidez. Según el superviviente Odell Rhodes, la primera persona que murió, Ruletta Paul, sencillamente se bebió el cianuro sin necesidad de que nadie se lo indicara «y se lo hizo tragar a su bebé antes de tomárselo ella. La siguiente mujer, Michelle Wilson, se acercó con su bebé e hizo lo mismo».

Parece ser que tras años de convivencia con el impredecible Jones, sus adoradores eran capaces de prever sus deseos. ¿Puede considerarse a Jones responsable de un suicidio masivo si lo analizamos desde este punto de vista?

Jim Jones embelesó con su radicalismo doctrinario la Costa Oeste de Estados Unidos, pero nunca olvidó -o perdonó- las lecciones aprendidas durante su infancia.

Jim Jones nació y se crió en Lynn, Indiana, un pueblecito del tamaño aproximado de Jonestown. La población vivía gracias a una floreciente industria manufacturera: la construcción de ataúdes.

Su padre sufrió el efecto de los gases durante la Primera Guerra Mundial y regresó a Lynn para convertirse en el borrachín del pueblo. Su hijo opinaba de él que era un «viejo

despreciable, un maldito racista». Tras su muerte, Jimmy descubrió que había sido durante largos años miembro activo del Ku Klux Klan.

La madre de Jones escandalizaba a los vecinos por llevar pantalones y fumar en la calle. Decía que en una vida anterior había viajado por todo el mundo. Se suscribió al National Geographic e inundó los sueños de su hijo contándole todas las noches, antes de dormir, sus aventuras con los cazadores de cabezas del Amazonas. Además, sus relatos incluían extraños sortilegios e historias sobre la transmigración de las almas. Creía que los sueños eran un anticipo de la vida futura y le dijo a su pequeño que él estaba destinado a ayudar a los pobres.

Parece ser que no fue sólo la familia quien aficionó a Jones a estas cosas; vivía en una zona del Medio Oeste, llamada «el cinturón de la Biblia», donde abundaban los predicadores blancos fundamentalistas. A los doce años empezó a predicar.

Sus sermones versaban sobre la maldición del infierno y sus devoradoras llamas. En un santiamén se ganó la reputación de curandero de animales de compañía y comenzó a celebrar funerales para gatos muertos. Otras personas adivinaban el lado oscuro de su interés por los animales... Uno de los contemporáneos de Jones se acuerda bien: «Algunos de los vecinos echaban de menos a sus gatos; y creo que Jim los utilizaba en ciertos sacrificios ... »

La mayor parte de sus compañeros de colegio llegaron a colocarse, entre las filas de la privilegiada sociedad blanca, como banqueros, granjeros, empresarios o profesores, pero él trabajaba de portero en un hospital cerca de Indianápolis. Allí se casó a los dieciséis años con una enfermera cinco años mayor que él.

Jones decidió hacerse médico y se matriculó en la Universidad de Indiana, en Bloomington. Pero al cabo de un año cambió de opinión y abandonó los estudios para convertirse en pastor de almas.

Su nueva vocación le llevó en primer lugar a «conseguir fieles» para la iglesia Metodista llamando a las puertas de las casas y charlando con la gente, con lo que aumentó considerablemente su experiencia.

Tras obtener su propia parroquia, no tardó mucho en transformarse en un personaje controvertido. La congregación era mayoritariamente blanca, y objetaba el gran número de fieles negros que Jones estaba añadiendo al rebaño. Tampoco les gustaba demasiado su estilo al predicar, violento y salvaje. No les agradaba oír que Dios había sido uno de los pasajeros con quien Jones había hablado en el tren camino de Philadelphia. Un buen día, los decanos de la congregación le echaron y clausuraron la iglesia.

Gracias a una hábil combinación de idealismo y mano izquierda, el reverendo Jim Jones se ganó una posición, fama, poder y prestigio. Pero con el poder llegó la paranoia.

A los veintidós años, sin financiación y sin haber sido ordenado sacerdote, Jim Jones fundó la Community National Church en un distrito suburbial de Indianápolis. Mantenía su iglesia mediante la importación y venta de monos a veintinueve dólares la pieza.

Pero Jones no era el típico teleevangelista que sermoneaba sobre Dios, la bandera y la forma americana de entender el mundo. En 1953 se hizo miembro del partido comunista. Ese mismo año concibió la genial idea de la «muerte revolucionaria»; precisamente al hilo de la ejecución de dos espías: Julius y Ethel Rosenberg. Para el reverendo, estas muertes significaban que Norteamérica había dejado de ser la «última y mejor esperanza de la humanidad».

Jim Jones se consideraba a sí mismo un socialista, aunque su filosofía política le debe más a Robin Hood que a Carlos Marx. Cuanto más pobres y desatendidos eran sus seguidores más se esforzaba por ellos.

Uno de los primeros «feligreses» recuerda la época: «Tenía muchos... Esa clase de tipos con los que la gente normal no quiere tener nada que ver. Señoronas viejas y feas sin familia ni amigos. Se paseaba entre ellas, achuchándoles y besándolas como si de verdad las quisiera... Y en la expresión de sus caras se podía ver lo que él significaba para ellas.»

Tuvo éxito. Consiguió fundar una de las primeras congregaciones multirraciales de Norteamérica. Y esto atrajo las miradas y la atención de grupos radicales. Los segregacionistas le apodaron el «amante de los negros» y tiraban gatos muertos en el interior de su iglesia. Las ventanas de su casa cayeron hechas pedazos bajo el impacto de las piedras y en el patio explotaron bombas caseras. Pero cuanto mayores dificultades se encontraba, más se empeñaba en seguir adelante. Adoptó a ocho niños coreanos y negros. Su postura antirracista le valió pasar a formar parte de la recién creada Comisión Municipal contra el Racismo, y en 1961 despachaba directamente con el alcalde.

Hacia 1957 había conseguido reunir cincuenta mil dólares, que empleó en reformar con todo lujo una antigua sinagoga, situada en la calle North Delaware de Indianápolis, y acto seguido se instaló allí. Fue la primera Iglesia Evangélica Integral del Templo del Pueblo.

Por esta misma época, Jones peregrinó varias veces a la Misión de la Paz del Padre Divino, donde conoció al predicador de mayor éxito entre los pobres urbanos de todo el país. Y de la mano del maestro aprendió mil trucos que le serían fundamentales a lo largo de su carrera.

La clave del éxito del Padre Divino consistía en insistir incesantemente en su propia divinidad y sus extravagantes demostraciones del poder de la fe. Jones aprendió las lecciones como un rayo y empezó a hacer gala de sus dotes como curandero.

Organizó cuidadosamente sesiones «milagrosas» en las que hacía vomitar a sus «fieles» hígados de pollo diciendo que se trataba de un cáncer maligno. Otras veces levantaba de sus sillas de ruedas a ancianitos aquejados de parálisis total, que en realidad eran jóvenes perfectamente sanos y muy bien maquillados. Asimismo, asombró a la congregación con sus extraordinarios poderes de adivinación del pensamiento.

Jones se llevó entonces a su familia a trabajar durante dos años como misioneros en el Brasil. Precisamente allí fue donde conoció a marxistas de cuño duro y añadió un nuevo aporte de filosofía comunista a su evangelio de «cambio social a través del amor cristiano». De regreso a América hizo alto en la Guayana Británica, que no tardaría en convertirse en el Estado independiente de Guyana.

Al pisar suelo norteamericano, el mundo había cambiado para él, pero también para EE.UU. y la lucha por la igualdad entre blancos y negros ya no era una cuestión de unos cuantos iluminados. Escuchó hablar a Martin Lutero King de un país en el que el racismo dejaría de ser una característica del futuro. Aunque le impresionaron mucho más las palabras de Malcolm Little, más conocido como Malcolm X, un exyongui bisexual, que preguntaba: «¿Qué es lo que el cristianismo ha hecho en favor de los negros, excepto oprimirles?»

Malcolm X rechazaba el amor cristiano y llegó incluso a romper relaciones con los musulmanes negros. Según él, la única respuesta posible era la insurrección armada. Y en una Norteamérica con una aplastante mayoría blanca, era lo mismo que predicar el «suicidio revolucionario».

La guerra del Vietnam, las manifestaciones pro derechos civiles y los disturbios raciales del Sur convencieron a Jones de que tenía que llevar a su comunidad a una «tierra prometida».

Trasladó el Templo del Pueblo al valle de Redwood, cerca de Ukiah, en California. Para ello transportó en autobús a cientos de sus «fieles» de costa a costa. Algunos no le siguieron. Pero los que sí lo hicieron se vieron obligados a vender todas sus propiedades y cayeron bajo la dependencia absoluta de Jones y del Templo.

Desde el valle de Redwood, el Templo se extendió hasta enraizar en San Francisco y Los Ángeles. Jones abrió comedores de caridad y centros de asistencia diurnos. Pronto dominó un poder que podía tener utilidad política. Los miles de miembros de su congregación eran una buena baza en las urnas y Jim ofreció la posibilidad de dirigirse a su «rebaño» a todo aquel que ocupaba un cargo público -desde el gobernador ayudante del Estado de California hasta el mucho menos influyente fiscal del Distrito-, con lo que el poder no tardó en estar muy agradecido al reverendo.

También le cortejaron los políticos de ámbito nacional, e incluso durante la campaña presidencial de 1976 cenó con Rosalynn Carter. Jim Jones utilizaba su influencia para conseguir un trato preferencial para su congregación en las agencias de la Seguridad Social, ante las autoridades de planificación urbana y construcción de viviendas, y también en los juzgados.

En California conoció a un joven y ambicioso abogado llamado Tim Stoen que acababa de casarse con su esposa, Grace. Stoen estaba profundamente desilusionado por el asesinato de Kennedy en 1963 y buscaba una forma «revolucionaria» de desempeñar su trabajo. Jones prometía justo eso. Su congregación multirracial y su particular filosofía cristiano-marxista parecían ser la tendencia dominante del futuro. La influencia del reverendo también podía asegurar a Tim un buen chollo profesional: el puesto de ayudante del fiscal del Distrito de San Francisco.

El precio exigido por el reverendo y el Templo era su reciente esposa.

El 25 de enero de 1972 tuvo un hijo llamado John-John. En el certificado de nacimiento ponía que Tim era el padre; pero en una declaración jurada, él mismo afirmaba que había pedido a Jones que engendrara una criatura con su mujer «con la esperanza de que el susodicho niño se convirtiera en un devoto seguidor de las enseñanzas de Jesucristo y sea

el instrumento para dar comienzo al Reino de Dios en la tierra, tal como ha procurado iniciarlo su maravilloso padre natural». Como testigo de la declaración actuó Marceline, la mujer de Jones; Grace, la madre, no contó para nada en todo el embrollo.

El reverendo empleaba el sexo para ejercer su poder y debilitar la relación entre los esposos, con lo que conseguía atarlos más firmemente al Templo.

Sus «fieles» jovencitas consideraban que era un verdadero honor satisfacer sus caprichos sexuales. Una de las secretarias de Jones, incluso llevaba un diario especial de citas. Él mismo alardeaba con orgullo de este poder y decía poseer una potencia, una energía y un aguante sobrehumanos. En una ocasión llegó a visitar al psiquiatra para consultarle algún remedio para controlar su líbido.

Las relaciones sexuales no estaban permitidas con «extraños». Todo contacto carnal entre los miembros de la congregación necesitaba el visto bueno previo del reverendo. El líder tuvo al menos tres hijos con diferentes «feligresas».

El sexo era uno de los temas recurrentes durante las discusiones de la Comisión de Planificación del Templo, un organismo especial compuesto por unos cien miembros, todos ellos blancos de clase media y de mayor nivel cultural.

Las reuniones se prolongaban con frecuencia hasta bien entrada la noche, y las relaciones comunitarias se iban volviendo más libres, pero Jones se iba tornando más paranoico.

Sus peores temores se desencadenaron tras la «deserción» de dos miembros muy veteranos. Elmer y Deanna Mertle, una pareja de recién casados, contactaron en 1968 con el Templo del Pueblo en el valle de Redwood, donde encontraron un ambiente de amistad y compañerismo que jamás habían experimentado antes. Vendieron su casa y se mudaron a una granja que el reverendo buscó para ellos. Al cabo de unas pocas semanas, el líder les proporcionó un puesto de trabajo.

En 1975 los Mertle ya formaban parte de la todopoderosa Comisión de Planificación. Pero les inquietaba cada vez más el extraño comportamiento del reverendo. Un buen día, su hija fue azotada por haber cometido una pequeña infracción del reglamento de la comunidad. Aquello colmó el vaso y decidieron marcharse.

Sin embargo, no resultó tan fácil como se lo habían imaginado. Dos de sus hijos estaban viviendo en casas de otros miembros de la comunidad y se sentían más atados a Jones que a sus verdaderos padres.

Por añadidura, la casa y todas sus pertenencias eran propiedad del Templo que los había mantenido -y rodeado- completamente durante cinco largos años. Ellos no habían tenido ningún contacto con el «mundo exterior».

La madre de Elmer Merde acudió en su ayuda. Les traspasó una rentable residencia de ancianos que poseía en Berkeley y les prestó el dinero necesario para adquirir una casa. Pero Deanna Mertle avisó a Jones de que iban a abandonar la congregación y acto seguido se presentó una comisión en su casa con el encargo de hacerles cambiar de opinión a toda costa. El intento falló.

Entonces el reverendo acudió a trucos más bajos, como amenazar con manchar la reputación de Elmer acusándole de ser un perverso que acosaba a los menores de edad. Los Mertle respondieron que acudirían a la prensa.

La familia sólo consiguió zafarse de la garra de Jones cambiándose de nombre y depositando, en una caja fuerte secreta, declaraciones juradas que relataban las indecencias del reverendo. En sus prédicas, el líder del Templo acusó a los Mertle de «haberse vendido por un puñado de tarjetas de crédito y un bonito coche».

La casa de los exmiembros fue, no obstante, puesta bajo vigilancia, ya que la congregación tenía que asegurarse de que no hablarían con la policía ni con los periodistas. En esta época, los influyentes amigos de Jones prácticamente garantizaban que las quejas de los «desertores» jamás llegarían a gozar del crédito suficiente. Aun así, el reverendo estaba convencido de que le habían pinchado la línea telefónica y de que le perseguían agentes camuflados del FBI.

Durante todo este tiempo «Papá» procuró hacer públicas sus futuras intenciones; pero el «mundo exterior» no prestó la menor atención al asunto.

«Peor que un asesinato»

El arresto de dos judíos, Julius y Ethel Rosenberg, y el juicio posterior dividió a la sociedad norteamericana a principios de los años cincuenta. Se les condenó por vender los secretos de la bomba atómica a la URSS.

El proceso tuvo lugar en el momento álgido de la «caza de brujas» dirigida por el senador anticomunista de Wisconsin, Joe McCarthy. Le apoyaba gran parte de la Norteamérica central, ya que la gente quería librarse de todos los «traidores» comunistas, pero también de los negros, de los católicos y de los judíos.

Los Rosenberg se declararon inocentes. Los liberales consideraron que el proceso fue más antisemita que anticomunista.

El presidente Eisenhower declaró que el crimen del matrimonio era «peor que el asesinato», dado que a causa de la venta del secreto provocarían indirectamente la muerte «de millones de personas en todo el mundo».

El 19 de junio de 1953 fueron ejecutados, y ese mismo día una manifestación de protesta de cinco mil personas se concentró en la Union Square de Nueva York.

Los norteamericanos cruzan con frecuencia la frontera mexicana buscando saborear la vida de una forma diferente, pero para algunos resulta de un sabor mortal.

Sudamérica contrasta fuertemente con la tecnificada civilización de los Estados Unidos. Muchos norteamericanos hallan al sur de la frontera una especie de «remanso de paz espiritual». La gente se comporta de forma más espontánea, más generosa y menos materialista.

A Jim Jones le atrajo la simplicidad y lo salvaje de la zona; a Mark Kilroy la música exótica, la comida especiada, el alcohol sin límite y las hospitalarias y bullangueras gentes del lugar.

Ambos hombres se transformaron en las víctimas de fuerzas ocultas, extrañas, contra las que no cabía defensa alguna.

Jones era ahora un predicador famoso, adulado por los políticos y admirado por su labor. Pero su paranoia se agravaba y exigía con insistencia una prueba de devoción de sus «feligreses». Así comenzaron los ensayos para cometer el acto más sublime: «el suicidio revolucionario».

En 1977, el Día de Conmemoración de los Caídos, el reverendo fue invitado a pronunciar un discurso en torno al suicidio en San Francisco. El propósito que había movido a los organizadores era construir un muro antisuicidas a lo largo del puente Golden Gate, uno de los lugares favoritos para tirarse al vacío.

La perorata de Jones comenzó con una tajante desaprobación del suicidio, pero de pronto giró en redondo, y para sorpresa de los asistentes, empezó a respaldar sin tapujos la idea del suicidio. El reverendo había mencionado por primera vez en 1973 la idea del «suicidio revolucionario» a Grace Stoen. En aquel momento sus seguidores eran los únicos «con derecho» a morir, pero él seguiría vivo para explicar las razones del suicidio masivo.

En 1976 empezó a llevar a la práctica sus planes. El día de Año Nuevo obligó a la congregación a beber un vaso de «veneno». En una tremenda prédica insultó a los «traidores» que habían osado abandonar el Templo y convenció a los presentes de que sólo había una manera de demostrar su devoción por él: bebiendo el veneno. Muchos fieles tuvieron un repentino ataque de histeria; uno de ellos intentó escapar, pero fue capturado y se simuló un fusilamiento. Entonces, los demás asistentes se tragaron mansamente el líquido mortal. Al cabo de cuarenta y cinco minutos Jones les explicó que el bebedizo era inocuo, y la comunidad en pleno le dio las gracias por la prueba a la que la había sometido.

Fue el primero de los ensayos de suicidio masivo que el reverendo llamó las «Noches Blancas». En todas las ocasiones explicó a los congregados que estaban bebiendo verdadero veneno, por lo que nadie podía estar seguro de que no era así. Poco a poco se fueron acostumbrando a la idea de despojarse de sus vidas para honrar a «Papá». Un padre espiritual que ahora decía venir de «otro planeta», igual que Supermán.

Los miembros del Templo no daban las gracias a Dios, sino a Jim Jones. Al mismo tiempo, el reverendo dejó de creer en el concepto de cristiandad. Durante uno de sus sermones, y para ejemplarizar su punto de vista, lanzó su Biblia melodramáticamente al suelo.

Los periódicos habían empezado a publicar artículos criticando al Templo del Pueblo. Los Mertle se dedicaron a luchar contra la demoníaca institución. Explicaron los abusos sexuales y físicos que habían presenciado. La revista New West publicó todo un artículo atacando a Jones, y en él sacaba a la luz pruebas de extorsión, malversación y chantaje. El reverendo había empezado a colocar su dinero fuera de Estados Unidos. En el artículo se contaba también pormenorizadamente la relación que Jones mantuvo con Grace Stoen.

Grace había huido del Templo poco tiempo antes y presentó una demanda para recuperar a su hijo, John-John. Pero el predicador iluminado estaba decidido a quedarse con el crío, ya que era uno de los nacidos para «heredar el mundo».

Tim Stoen seguía actuando como consejero legal de Jones y le explicó que Grace tenía el caso ganado en los tribunales. Les obligarían a transferir la tutela del pequeño a su madre natural -sobre todo tras escuchar el testimonio de los Mertle sobre las extrañas costumbres sexuales de su «padre adoptivo»-. La única forma de «salvar» al muchacho era sacarlo fuera del país. El procedimiento ante un tribunal extranjero se podía demorar artificialmente durante años, quizá para siempre.

En 1974, Jones había pagado un millón de dólares por el arrendamiento de diez mil hectáreas de jungla tropical en Guyana y por aquellos años era una avanzadilla agrícola experimental del Templo, pero en 1977 se desembarcaron grandes cantidades de material de construcción en el cercano puerto fluvial de Kaituma. Unos trescientos ochenta miembros del Templo solicitaron visados y viajaron a Guyana. Entre ellos estaba John-John.

El sabio consejo de Stoen se volvió en su contra, cuando, al poco tiempo, abandonó el Templo del Pueblo e incluso se reconcilió con su mujer. Juntos lucharon por recuperar a su hijo, pero, tal y como había vaticinado, el caso quedó encenagado ante los tribunales de Guyana. John-John murió envenenado en Jonestown.

Al año siguiente, otros setecientos colonos se trasladaron a la utopía de Jones. El precio de entrada era donar todas las posesiones al Templo. Algunos de los miembros se habían hecho cargo de niños abandonados en Estados Unidos y, todos ellos, no menos de ciento cincuenta criaturas viajaron a Guyana para comenzar «una nueva vida».

Unos cuantos adultos se emborracharon en las tabernas de Georgetown antes de llegar a la colonia. El grupo embarcó para subir el río y una adolescente, con una curda monumental de ron, tuvo una aventurilla amorosa con uno de los marineros. Jones se enfureció y una vez llegados a la colonia, se impuso una disciplina de hierro. Las relaciones amorosas «azarosas» fueron prohibidas. El Comité de Relaciones decretó tres meses de estricto celibato para toda pareja que tuviera intenciones serias de formar un hogar estable.

Por supuesto, el líder estaba exento de estas medidas. Se instaló en una choza junto a dos de sus amantes y en una casucha cercana vivía su mujer. Una muchacha joven que se resistió a sus insinuaciones amorosas fue internada en el hospital de Jonestown, drogada, y transportada noche tras noche a la choza de Jones. Los que gozaban del favor del reverendo conseguían ciertos privilegios. Por ejemplo, el médico que apuntaló la teoría de Jones de que el sexo no revolucionario causaba cáncer, disfrutó subsiguientemente de las atenciones amorosas de una serie bien nutrida de jovencitas adolescentes.

Las palizas estaban a la orden del día para castigar las infracciones menores, y la dureza se redoblaban si algún hombre se atrevía a hacer la más mínima insinuación a una mujer que le gustara al reverendo. A los adultos se les azotaba o se les obligaba a pelear entre sí hasta «el triunfo de la justicia». Otras veces se les apaleaba para someter su comportamiento rebelde. A los niños se les castigaba por auténticas nimiedades. Se les llevaba ante un micrófono a las dos de la mañana para recibir una buena tunda de palos,

hasta setenta y cinco golpes, y sus gritos se podían oír en todo el campamento gracias al sistema de altavoces. A un crío lo encerraron en una caja metálica y lo enterraron durante 24 horas. A otros les bajaban en un cubo hasta el nivel freático de un pozo y allí esperaba un «ayudante» para sumergirlos en el agua.

La paranoia de Jim Jones iba en aumento sin cesar. En una ocasión les dijo que había matado a un ladrón que trataba de introducirse en su choza, y con el cuerpo del desdichado preparó un guiso para sus «fieles».

Los colonos trabajaban arduamente en los campos desde el alba hasta la puesta del sol. Jones pasaba el tiempo metido en su choza, drogándose y censurando las noticias que llegaban de San Francisco y de la «sucursal» del Templo que tenía en Georgetown, ya que sólo permitía que se colasen las noticias que él consideraba apropiadas para la comunidad. Pero no bastaba: además amañaba y tergiversaba la información del «mundo exterior».

Sostenía que Jonestown estaba a punto de ser atacada por un grupo de mercenarios de la CIA acampados en una zona cercana al otro lado de la frontera con Brasil. No tardarían en atacar, vaticinaba Jones. Se creó un cuerpo de guardianes armados con puestos de vigilancia alrededor de todo el recinto. Pero lo que se trataba de evitar era que algún que otro «creyente descontento» escapara de la maravillosa utopía.

No obstante, tras la llegada del congresista Ryan, sólo treinta «desencantados» decidieron abandonar la colonia. El resto se suicidó sin rechistar. «Papá» había tenido un éxito tremendo y horrible. Consiguió fusionar a sus «seguidores» en una comunidad cerrada. Convenció a casi mil personas de que vivían -y debían morir- cumpliendo la palabra de su dios: Jim Jones.

Los supervivientes

Al día siguiente del suicidio, los soldados de Guyana encontraron a dos supervivientes. Grover Davis era algo duro de oído y no oyó las llamadas para acudir a los pabellones comunes. Más tarde, al ver lo que estaba ocurriendo, procuró esconderse hasta el final de la masacre ritual. Los soldados creyeron que era un cadáver que volvía a la vida.

Hyacinth Thrush durmió durante todo el apocalipsis. Estaba enferma, metida en la cama, y sólo se atrevió a echar un vistazo por la puerta de su choza al ver que no le servían el desayuno a la mañana siguiente. Hyacinth declaró más tarde que sentía mucho haberse perdido la magna reunión y el placer de morir junto a sus hermanos y hermanas.

Los dos iluminados -Jones y Constanzo- exigieron y consiguieron una obediencia absoluta. Ambos se valieron de pactos de muerte para asegurar la lealtad de sus seguidores.

Tanto Jim Jones como Adolfo de Jesús Constanzo emplearon sus poderes de convicción para lograr que otras personas mataran por ellos.

Su manía era tan absorbente que ambos decidieron dar fin a sus vidas en medio de un ambiente apocalíptico de asesinato y suicidio cuando se vieron enfrentados a su fracaso.

El reverendo Jones quiso edificar una utopía para su «rebaño». Pero, en realidad, los condenó a vivir en un infierno, amontonados en destastaladas chozas, trabajando como animales por un pobre plato de comida, escaso incluso si lo comparamos con el sustento de un obrero de Guyana.

Irónicamente, el hombre que había dedicado su vida entera a luchar contra el racismo y elevar el nivel de vida de los negros, consiguió persuadir a su congregación - mayoritariamente negra- de que debía entregarle todos sus bienes terrenales y someterse a un especie de «esclavitud voluntaria» en medio de la jungla. Constanzo también minaba la voluntad y el espíritu de sus acólitos mediante pruebas de sumisión y lealtad: el asesinato, la tortura, el sacrificio humano.

A diferencia de lo que ocurría con los afines al Templo del Pueblo, no eran las ilusiones sobre derechos políticos o mejores condiciones de vida lo que atraía a los seguidores del demoníaco «Padrino». Ellos se entregaban a él en cuerpo y alma porque el cubano los embelesaba con promesas de riqueza y enormes ganancias, todo ello aliñado con una forma de actuar violenta y vengativa. La ligazón con que los ataba se convertía así en un auténtico «pacto de sangre».

Ambos hombres sabían lo perturbador que podían resultar la mezcla formada por la concesión de «favores» sexuales y el castigo violento. Sus devotos quedaban así totalmente desorientados. El sexo era el instrumento para dividir y gobernar a los dos miembros de una pareja de «fieles». Destruían la relación física y moral normal de un matrimonio.

Constanzo era un maestro en explotar las debilidades físicas de los seres humanos aprovechándolas para llevar a cabo sus planes. Convenció a su «novia» de entonces, Sara María Aldrete, de que seducir al pequeño Elio era bueno para el negocio. Jim Jones se acostó con los miembros de su congregación cuando le dio la gana -pero sobre todo con las esposas y amigos/as de aquellos «fieles» cuya lealtad tendía a flaquear. El soporte filosófico de esta actitud era el concepto de «sexo revolucionario».

Cuando Debbie Blakey llegó a Jonestown quedó horrorizada ante el cambio que se había producido en el carácter de su hermano Larry Layton. Jones se había «apropiado» de sus dos mujeres par su uso exclusivo. De esta forma perdió la capacidad de diferenciar donde acababa él mismo y empezaba el reverendo. De hecho, cuando Larry abatió a tiros al grupo que acompañaba al senador Ryan, se le apodaba el «Robot de Jones».

A mediados de 1978 Jim Jones sufría ya una profunda paranoia. Ryan estaba a punto de convertir a Jonestown en noticia en Norteamérica. Los tres ídolos del reverendo -Martín Lutero King, el presidente Kennedy y Malcolm X- habían sido asesinados, quizá por agentes del gobierno. Creía que el FBI había intervenido su teléfono. En Jonestown, convenció a sus seguidores de que un ataque de la CIA era inminente. El creerse sus propias mentiras -un mundo de pesadillas surgido de su megalomanía paranoica- otorgó a Jones el poder necesario para convencer a cientos de personas lavándoles literalmente el cerebro... hasta conseguir que se quitaran la vida, perros y niños incluidos,

Constanzo creyó a pies juntillas en los superiores poderes de la magia negra y el ocultismo. Jones, al igual que Adolfo de Jesús, resultó ser al final la primera y más abyecta víctima de sus propios «poderes».

JEFFREY LUNDGREN



Lundgren nació el 3 de mayo de 1950, en Independence, Missouri , y creció como miembro de la Iglesia Reorganizada de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días (RLDS Church). Según sus alegaciones (apoyado por algunos de sus antiguos vecinos), fue gravemente maltratado de niño, en particular por su padre, y su madre supuestamente no lo defendió. Lundgren era, según la mayoría de las versiones, un solitario cuando estaba en la escuela media y secundaria. Se convirtió en un cazador experto cuando comenzó a pasar tiempo con su padre cuando

era adolescente. La pareja seguiría cazando viajes, y Lundgren se convirtió en un experto en armas, aprendiendo técnicas de tiro y mantenimiento.

Lundgren se matriculó en la Universidad Estatal Central de Missouri y pasó un tiempo en una casa especialmente construida para jóvenes de RLDS. Mientras estuvo en la casa, se hizo amigo de Alice Keeler y Keith Johnson. Keeler, quien también había sido maltratada por su padre, se unió rápidamente con Lundgren, y los dos se hicieron amantes. La pareja se casó en 1970 y Lundgren se alistó en la Marina de los EE. UU. , Y el 2 de diciembre de 1970 nació el primer hijo de la pareja, un niño. [2] En 1974, Keeler estaba embarazada por segunda vez. Antes de recibir una baja honorable de la Armada de los EE. UU. Al final de su primer mandato, Lundgren solicitó una pronta liberación de su período de servicio con el argumento de que su presencia era necesaria para el sustento de su familia. Fue denegado por razones no necesarias de acuerdo con las recomendaciones militares. Recibió una baja honorable de la Armada días antes de que se completara su alistamiento de cuatro años. Su segundo hijo nació poco después.

Lundgren y su nueva familia se establecieron en San Diego, California después de ser dado de baja de la Marina, pero una vez que los problemas económicos comenzaron a establecerse, los Lundgrens regresaron a Missouri. En 1979, Keeler dio a luz a un tercer hijo, una hija. Las personas cercanas a la pareja afirman que Lundgren parecía frustrado por los problemas económicos de la familia y, en general, estaba cansado de su esposa, y supuestamente se volvió abusivo después del nacimiento de su hija. De acuerdo con los registros del hospital, su esposa fue hospitalizada por una ruptura del bazo , que pudo haber sido causada por Lundgren empujándola hacia la manija de la puerta de un armario. En 1980, la pareja tuvo su cuarto hijo, otro niño.

En 1987, Lundgren fue despedido como ministro laico por la Iglesia RLDS.

Mientras Lundgren vivía en una casa propiedad de la iglesia, ubicada al lado del Templo de Kirtland , en Chillicothe Road, en Kirtland, Ohio , se ofreció como guía turístico del

histórico Templo de Kirtland , para la Iglesia RLDS. Comenzó a enseñar el concepto de "dividir la palabra", conocido como "interpretación quiástica" o " quiasmo ", para interpretar las Escrituras. Lundgren afirmó falsamente haber creado una interpretación de chiasmic. El fundamento era que en todo lo creado por Dios, el lado derecho es una imagen reflejada y, por lo tanto, las escrituras debían interpretarse usando ese mismo método. Citó el Templo de Kirtland como ejemplo porque el lado derecho era una imagen especular del lado izquierdo. Para aplicar este concepto a las Escrituras, uno toma una oración de las Escrituras; si las oraciones antes y después son consistentes, la oración central es la "verdad"; cuando las oraciones antes y después del conflicto, la oración central es una mentira. Su enseñanza de interpretaciones escriturales atrajo a sus seguidores. Lundgren afirmó que se mudó a Ohio desde Missouri porque la palabra "OHIO" es "chiasmic". Alrededor de 1987, se le pidió a Lundgren que abandonara la casa propiedad de la iglesia y su trabajo como guía turístico finalizó debido a sospechas de robo.

En 1987, Lundgren y su familia se mudaron a una casa de campo alquilada, ubicada en 8671 Chardon Road en la Ruta 6 de los Estados Unidos (también conocida como: Euclid-Chardon Road), al este de la Ruta Estatal de Ohio # 306. Algunos de los seguidores conocían a Lundgren en Missouri, mientras que otros se sintieron atraídos por Lundgren cuando fueron expuestos a sus enseñanzas cuando trabajaba como guía turístico de Kirtland Temple. En ese momento, algunos seguidores comenzaron a mudarse a su casa. Los que se mudaron a la casa fueron Kevin Currie, Richard Brand, Greg Winship, Sharon Bluntschly, Daniel Kraft y Debbie Olivarez. Ronald y Susan Luff; Dennis y Tonya Patrick; y Dennis y Cheryl Avery mantuvieron sus propias residencias. Hubo otros cuyos nombres no se hicieron públicos porque no eran importantes para la investigación criminal (conspiración para privar a los derechos civiles, la toma del Templo de Kirtland, y el homicidio múltiple de la familia Avery). Mientras Lundgren vivía en la granja, las enseñanzas de Lundgren continuaron y comenzó a practicar métodos de "control mental", que eran consistentes con los criterios de Robert Lifton para el control mental. Por ejemplo, a los miembros del culto se les prohibió hablar entre ellos; hacerlo fue un pecado, llamado "murmurar". Escudriñaba a los miembros del culto para hacerles creer que podía leer sus mentes.

El 23 de abril de 1988, un vecino le dijo al policía de Kirtland Ron Andolsek que sospechaba que un culto vivía en la granja y que el hijo de Lundgren advirtió a los hijos del vecino que el 15 de mayo se abriría la tierra y surgirían demonios. El 28 de abril de 1988, un ex miembro de la secta, referido por el FBI, llamó a la policía de Kirtland e informó de la conspiración del culto para hacerse cargo del Templo de Kirtland al jefe Dennis T. Yarborough. Yarborough no creía en la información del informante y el 2 de mayo de 1988, Yarborough se enfrentó a Lundgren en la comisaría de Kirtland. Cuando Lundgren se fue, Yarborough dijo que él "neutralizó la situación" al advertir a Lundgren que había quejas sobre el fuego de armas en la propiedad de Lundgren. Lundgren regresó con sus seguidores y les dijo que la toma del Templo del Kirtland del 3 de mayo estaba apagada porque había hablado con un poder superior. La Policía de Kirtland inició la vigilancia de la residencia de Lundgren y de las propiedades de la iglesia. En septiembre de 1988, un segundo informante se presentó. El oficial Andolsek cultivó al informante y se puso en contacto con la ATF y el FBI. El FBI inició una investigación nacional de terrorismo.

El 10 de octubre de 1988, el día en que Lundgren fue excomulgado de la Iglesia RLDS, hubo una tormenta en el extremo sur de Kirtland. Cuando salió el sol, un gran arco iris apareció hacia el este. Lundgren les dijo a sus seguidores que el arco iris significaba la apertura de los "Siete Sellos". Lundgren y su familia pronto abandonaron el grupo religioso, y Lundgren comenzó a sentir un llamado a enseñar la Biblia de la manera en que la entendía. Él formó su propia secta poco después. La membresía nunca excedió más de veinte. Estos fueron algunos de los miembros más conservadores de la Iglesia RLDS que creían que Dios se comunicaba a través de revelaciones regulares, aunque algunos miembros admitieron que afirmaban tener revelaciones, incluso cuando no lo hicieron. Los conservadores también se oponían a los derechos más liberales de las mujeres. Esto fue durante una disputa con los miembros más liberales de la iglesia. Alice Lundgren a menudo actuaba como animadora de Jeffrey Lundgren. Ella había afirmado que una vez tuvo una revelación de que se encontraría con un importante líder de la Iglesia RLDS. Más tarde llegó a la conclusión de que esta supuesta revelación se refería a Jeffrey. [2]

Lundgren comenzó a ofrecer servicios de estudio bíblico en su casa. Lundgren dominaría los servicios él mismo e intimidaría a cualquiera que no estuviera de acuerdo con él. Luego alentaría a otros a intimidar a aquellos que también estaban en desacuerdo. Intentó convencer a su congregación de que él era el último profeta de Dios. Pidió dinero a sus seguidores, y algunos le dieron los ahorros de sus vidas, que a menudo se calculaban en miles de dólares.

Lundgren luego proclamó que había recibido un llamado de Dios para mudarse a Kirtland, Ohio. Según Lundgren, Dios le dijo que él y sus seguidores pronto serían testigos de la segunda venida de Cristo si se mudaban a Kirtland. Lundgren se sintió atraído por Kirtland porque era el hogar del Templo de Kirtland, construido por José Smith y sus seguidores. Lundgren les diría a sus seguidores que el 3 de mayo (ningún año especificado -el 3 de mayo era también el cumpleaños de Lundgren) la segunda venida ocurriría en el Templo de Kirtland y que él y sus seguidores tendrían que tomar el Templo de Kirtland por la fuerza y retenerlo para el segundo advenimiento. La conspiración involucraba robar casas de la iglesia adyacentes y cometer asesinatos como parte de la "toma del poder del Templo de Kirtland". Lundgren llamó a la tierra alrededor del templo "The Vineyards", que tuvo que ser "redimida" o "limpiada" para que él y sus seguidores tomaran el templo.

En este momento, siete de los 12 seguidores de Lundgren se habían mudado a la casa familiar. Los cinco restantes eran miembros de la familia de Dennis Avery. Lundgren sintió que los Averys estaban cometiendo un pecado al no vivir en su casa. El padre de la familia Avery, Dennis, vendió su casa de Missouri para que su familia se mudara a Ohio. Dennis Avery creía en Jeffrey por completo y confiaba en él. Jeffrey, sin embargo, consideró que Dennis Avery era débil y, cuando Dennis ya no era útil para Jeffrey, comenzó a hablar de Dennis a sus espaldas. Jeffrey solía usar a Dennis como chivo expiatorio de sus problemas, a pesar de que Dennis era uno de los principales contribuyentes. Dennis Avery decidió apartar una cantidad relativamente pequeña de dinero para el uso de su familia, con una cuenta bancaria. Una vez más, Lundgren consideró esto como un pecado, porque Lundgren quería que todo el dinero de sus seguidores se le diera exclusivamente a él.

Con el tiempo, Lundgren convenció a sus seguidores de que tenían que tomar el templo, del cual había robado unos \$ 40,000, y de matar a cualquiera que se interpusiera en su camino. Sin embargo, cambió de opinión y comenzó a decirles a sus seguidores que tenían

que matar a una familia de cinco si querían ver a Dios. Como castigo por su "deslealtad", eligió los Averys. En algún momento, se refirió a la matanza de la familia Avery como "podando la viña".

El 10 de abril de 1989, en Kirtland, Lundgren ordenó a dos de sus seguidores que cavaran un hoyo en el establo, en previsión de enterrar allí los cuerpos de los Averys. La expectativa era que podría haber cinco cuerpos enterrados en el pozo. Lundgren le dijo al resto de sus seguidores, incluidos los Averys, que irían a un viaje por el desierto. El 17 de abril, alquiló una habitación de un motel y cenó con todos sus seguidores. Luego llamó a los hombres de su grupo a su habitación. Interrogó a cada uno sobre su propósito en la acción. Todos los hombres le aseguraron a Lundgren que estaban con él en el sacrificio. Dennis Avery no fue invitado a la reunión en el dormitorio de Lundgren.

De acuerdo con las admisiones de los seguidores, Lundgren luego entró al establo, con un miembro de la iglesia llamado Ron Luff atrayendo a Dennis Avery a un lugar donde los otros esperaban pidiéndole ayuda con el equipo para el viaje de campamento. Luff intentó dejar a Avery inconsciente con una pistola de aturdimiento, pero debido a un mal funcionamiento, una bala de aturdimiento golpeó a Avery pero no lo dejó inconsciente.

Avery entonces fue amordazado y arrastrado al lugar donde Lundgren lo esperaba. Le dispararon dos veces en la espalda, muriendo casi al instante. Para enmascarar el sonido de la pistola, quedó abierta una motosierra. Luff le dijo a la esposa de Avery, Cheryl, que su esposo necesitaba ayuda. Ella fue amordazada, como su esposo, pero también tenía una cinta adhesiva puesta sobre sus ojos, y arrastrada hacia Lundgren. Le dispararon tres veces, dos en los senos y una en el abdomen. Su cuerpo yacía junto al de su marido. La hija de 15 años de los Averys, Trina, recibió dos disparos en la cabeza. El primer disparo entró pero rebotó en su cráneo, perdiendo su cerebro, pero el segundo la mató instantáneamente. A Becky Avery, de trece años, le dispararon dos veces y la dejaron morir, mientras que Karen Avery, de seis años, recibió un disparo en el pecho y la cabeza.

El 18 de abril de 1989, el día después de los asesinatos, los oficiales llegaron casualmente a la granja de Lundgren para hablar con él. Después de este encuentro, Lundgren se volvió paranoico por haber sido atrapado, y con el resto de su secta dejó Ohio y se mudó al sur, a Virginia Occidental. A medida que pasaban los meses y nada sucedía, Lundgren se desilusionó, y él y su familia se mudaron a California, abandonando al resto de los miembros de culto sobrevivientes en Virginia Occidental.

Nueve meses después de los homicidios, el 3 de enero de 1990, un aviso de un informante llevó a la policía de regreso a la granja abandonada hace tiempo, descubriendo los cinco cuerpos de la familia Avery. [3] Los Lundgrens se volvieron fugitivos, la atención de los medios aumentó, y la policía comenzó a rastrear a los miembros de la secta, con el FBI uniéndose a la persecución. Eventualmente, los seguidores de Lundgren que había abandonado al este fueron encontrados y ayudaron a atraparlo a él y su familia. Trece de la secta de Lundgren fueron arrestados a principios de 1990, incluidos Lundgren y su esposa.

Jeffrey Lundgren recibió la pena de muerte. Alice Lundgren recibió cinco cadenas perpetuas (140 años de prisión) por conspiración, complicidad y secuestro, mientras que su hijo, Damon, fue condenado a 120 años de prisión. [6] Ronald Luff, clave en la planificación y facilitación de los asesinatos con Lundgren, fue condenado a 170 años de

prisión. [6] Daniel Kraft fue condenado a 50 años de prisión. [7] Cinco de los miembros del culto fueron liberados en 2010 o principios de 2011, después de aproximadamente 20 años de encarcelamiento (incluido el período previo al juicio). [6] El fiscal Charles Coulson confirmó que los acuerdos originales de culpabilidad significaban que los cinco iban a ser liberados "lo antes posible", pero la Junta de Libertad Condicional del Estado de Ohio había negado reiteradamente las solicitudes anteriores de libertad condicional de Richard Brand y Greg Winship (ambos estaban cumpliendo 15 años de vida), así como Sharon Bluntschly, Debbie Olivarez y Susan Luff (todos estaban sirviendo de 7 a 25 años). [6] Los seguidores de Lundgren Kathryn Johnson, Tonya Patrick y Dennis Patrick estaban decididos a no haber estado involucrados en los asesinatos, recibiendo sentencias de un año por obstrucción a la justicia (las sentencias del Patrick fueron suspendidas).

La Corte Suprema de Ohio fijó el 24 de octubre de 2006 como fecha de ejecución de Lundgren, y de acuerdo con la oficina del fiscal general del estado, hasta agosto de 2006, había agotado sus apelaciones.

El 17 de octubre de 2006, el juez Gregory L. Frost emitió una orden retrasando temporalmente la ejecución de Lundgren. Lundgren intentó unirse a una demanda con otros cinco reclusos en el corredor de la muerte en Ohio desafiando la ley de pena de muerte del estado, alegando que debido a su obesidad la inyección letal sería particularmente dolorosa y sería un castigo cruel e inusual. El Fiscal General del Estado Jim Petro apeló al Tribunal de Apelaciones de los Estados Unidos para el Sexto Circuito en Cincinnati . La Corte de Apelaciones del 6 ° Circuito emitió una orden que permite que la ejecución avance. La Corte Suprema de los Estados Unidos rechazó una solicitud de último minuto para detener su ejecución, y el gobernador Bob Taft también denegó el indulto.

El 24 de octubre de 2006, Jeffrey Lundgren fue ejecutado en la Instalación Correccional del Sur de Ohio en Lucasville

JOHN BODKIN ADAMS



En 1956 un corpulento médico de Eastbourne fue arrestado por envenenar a ricas ancianas y quedarse con su dinero. Los hechos incluían los elementos imprescindibles para un clásico juicio dramático: testigos rencorosos, peritos en desacuerdo, una sorprendente parte acusadora y una asombrosa defensa.

El doctor fue considerado inocente, sin embargo, muchos siguen creyendo que fue culpable de múltiples asesinatos.

Los pacientes del doctor Bodkin Adams tenían la

costumbre de morir bajo el efecto de las drogas... legándole cuantiosas sumas. ¿Les ayudaba el amable doctor en el viaje hasta el otro mundo? En 1956 la policía de Eastbourne inició una investigación de sus actividades.

En la noche del domingo 22 de julio de 1956, el juez de Instrucción Forense de Eastbourne recibió una extraña llamada telefónica del médico más famoso de la localidad, el doctor Bodkin Adams, solicitando un favor: ¿estaría dispuesto a organizar una autopsia «privada» para uno de sus pacientes?

El juez se negó cortésmente a desviarse de los procedimientos habituales. Después preguntó al doctor: «¿Cuándo ha fallecido el paciente?»

«El paciente aún no ha muerto», contestó Adams. Al oír esta respuesta, el juez quedó paralizado.

Al día siguiente el enfermo murió. Se trataba de Gertrude «Bobbie» Hullett, una gran dama muy dicharachera de cuarenta y nueve años de edad que recientemente se había quedado viuda. Vivía en la hermosa mansión de Holywell Mount, desde la cual se dominaba el Canal de la Mancha. Asimismo, era miembro asiduo de las reuniones en que también participaban el actor Leslie Henson y su esposa, los cantantes Anne Ziegler y Webster Booth, y la actriz Marie Lohr.

Se filtró la noticia de que un colega más joven que Adams se percató de que la enferma iba a morir en breve e insistió en que se efectuara una autopsia para verificar el diagnóstico de Bodkin. El joven doctor sospechaba que detrás de la repentina muerte de

la señora Hullett había algo más de lo que su médico pretendía hacer creer. Suponía que había fallecido debido a una sobredosis de medicación.

Pero el colega de Adams no era el único que sospechaba. También Leslie Henson, que ejercía en Dublín, llamó al jefe de policía de Eastbourne para hacerle partícipe de su preocupación y más tarde hizo una declaración oficial en comisaría.

Estaba preocupado por la forma en que el doctor Adams mantuvo sedada a la señora Hullett durante los cuatro meses que transcurrieron desde la muerte de su marido. «Mi mujer y yo vimos cómo se transformaba en una drogadicta», diría posteriormente. «Asistimos a la desintegración de su mente... Estoy seguro de que las píldoras la llevaron al borde de la locura, y que murió por su causa.»

Se hicieron discretamente algunas investigaciones y se averiguó que justo antes de caer en estado de coma la señora Hullett le entregó al doctor Adams un cheque por valor de 1.000 libras y tres días después le legó también su Rolls-Royce. El servicio de la mansión Holywell confirmó que la señora tenía un aspecto de drogada. «Todas las mañanas bajaba tambaleándose por la escalera, como si estuviera borracha.» Así lo describió uno de los sirvientes.

El jefe de policía Richard Walker protegía con orgullo la reputación de Eastbourne: un retiro paradisíaco para gente adinerada. Poner en duda la reputación del doctor Adams era casi impensable, ya que entre sus pacientes se contaba un buen número de gente eminente.

El doctor era rico; no necesitaba otro Rolls-Royce -de hecho, ya tenía uno y también otros coches-. Pero al jefe de policía tampoco le habían pasado desapercibidas las persistentes murmuraciones que circulaban por la localidad, habladurías que relacionaban el generoso uso que el doctor hacía de las drogas con su enriquecimiento a través de numerosos legados. Se decía que hacía sus visitas con un frasco de morfina en un bolsillo y un formulario para legar en blanco en el otro.

El doctor Bodkin Adams era bajo pero corpulento, medía un metro sesenta de altura y pesaba unos 114 kilos. Era calvo, con una cara rosada y regordete, unos ojos pequeños tras unas gafas estilo Crippen, y con la desconcertante costumbre de dejarlos con frecuencia en blanco. Pero también era un maestro en cómo tratar a los enfermos, y se ganaba especialmente a las pacientes femeninas que estaban ya en la tercera edad. Atendía sus necesidades médicas, y más allá de ello les peinaba el pelo, y en alguna ocasión incluso acarició sus pechos. También ofrecía el reposo espiritual que generaba su fe: siempre invocaba al Todopoderoso mientras reconocía a los enfermos; y se arrodillaba para rezar antes de entrar en el cuarto donde se encontraba el paciente recostado en la cama.

La avanzada edad y relativa falta de fama de que gozaban sus supuestas víctimas posibilitó mantener a raya las habladurías. Pero «Bobbie» Hullett era un caso diferente. Ahora no se trataba de una viejecita frágil y solitaria de ochenta años, sino de una mujer de mediana edad, con una intensa vida social y buenas amistades en el mundo del teatro y la alta sociedad. El cuerpo de «Bobbie» sufrió tres autopsias, la última por el profesor Francis Camps, un famoso patólogo del Home Office (Ministerio del Interior) especializado en casos de asesinato.

El mundo fuera de Eastbourne supo por primera vez del doctor Adams el viernes 26 de julio de 1956. El titular de prensa rezaba: Se investiga al asesino de viudas ricas; y consiguió hacerse un sitio en primera página, al lado de la noticia de la ocupación del canal de Suez por el presidente Nasser y del hundimiento del trasatlántico Andrea Doria en el Atlántico. La historia siguió hinchándose hasta convertirse en seis mujeres enigmáticamente asesinadas. El caso cobró mayor importancia cuando se hizo cargo de la investigación el comisario Herbert Hannam, de Scotland Yard.

El jurado de la investigación previa del caso Hullett dio un veredicto unánime: suicidio a causa de una sobredosis de píldoras para dormir. El juez de Instrucción Forense amonestó severamente al doctor Adams por revelar «un grado extraordinariamente alto de negligencia en el tratamiento».

Pero esta actuación de la justicia pasó desapercibida... Los periódicos publicaban grandes titulares sensacionalistas y escandalosas revelaciones. El Yard investiga un envenenamiento masivo: 25 muertes en el gran misterio de Eastbourne, decía uno de los artículos. Y más tarde: Investigación de 400 testamentos: las víctimas son mujeres ricas.

Los lectores británicos se informaban; el equipo de investigación de Scotland Yard repasaba los últimos veinte años en la historia de Eastbourne a la búsqueda de envenenamientos de mujeres acaudaladas. Se hablaba de cientos de casos posibles y se publicaron truculentas historias sobre muestras de tierra que se recogían para análisis en los cementerios. Se sugirió que el asesino era un «hipnotizador homicida» que ejercía un control rasputinesco sobre sus ancianas y débiles víctimas.

Los hechos que realmente había detrás de estos reportajes sensacionalistas eran éstos: Hannam y el comisario Hewitt, junto con otro sargento del Yard y un inspector de Eastbourne, Pugh, iniciaron una investigación de la vida profesional del doctor Adams para comprobar si existían indicios de fraude o asesinato. Los informes fueron «peinados» por un equipo auxiliar de detectives en sus despachos. Entretanto, el trío de inspectores penetraba en la vida privada que se escondía detrás de las ventanas con lujosas cortinas de docenas de casas. Se interrogaba a los ocupantes, pero en muchos casos los familiares estaban muertos o eran demasiado viejos para recordar las cosas con claridad. La mayor parte de los cuerpos habían sido incinerados, o se habían degradado tanto que quedaban fuera de las posibilidades de la ciencia forense.

La imagen que resultó de Adams tras las pesquisas distaba mucho de ser agradable. Aparecía como un médico codicioso, avaricioso, de dudosos principios; un cazador de legados insaciable. Las declaraciones de abogados y gerentes de bancos eran unánimes en una cosa: la insistencia y la presión que el médico ejercía sobre sus pacientes para que modificaran sus testamentos a su favor, llegando hasta el límite de guiar él mismo la mano moribunda del testador.

También se encontraron pruebas de falsificaciones y extorsiones; y descripciones del doctor registrando desordenadamente una casa ya abandonada en busca de lo que se pudiera encontrar aún de valor. Una venerable y anciana señora le contó a la policía cómo le ahuyentó de su casa a golpes con su bastón de empuñadura de oro, cuando le sorprendió susurrándole al oído a su moribundo marido que le dejara la finca y la casa en herencia, y que él se cuidaría de su esposa.

Una penosa investigación sacó a la luz ciento treinta y dos testamentos que sumaban 45.000 libras en legados a su favor (una suma muy respetable para la época). Se daban casos en los que el doctor había omitido declarar que era él el beneficiado, con lo que se procedía a la incineración del difunto sin realizarse la autopsia, obligatoria en caso contrario. El estudio de los certificados de defunción extendidos por el médico suscitaba asimismo la cuestión de su capacidad para establecer diagnósticos adecuados u honestos, dado que una proporción de enfermos mucho más alta de lo habitual sufría una hemorragia cerebral o una trombosis cerebral. Al menos era lo que se especificaba como causa de la muerte.

Los casos de un empeoramiento repentino y, muy poco después, de la muerte del paciente suscitaban un interés particular. Se debía a que el fallecimiento sobrevenía casi inmediatamente después de que el enfermo modificara su testamento. Los familiares de Julia Bradnum, de ochenta y dos años, solicitaron la atención especial del Yard. La señora Bradnum falleció en 1952 inesperadamente, con la rapidez del rayo, dejando al doctor Adams como único albacea de su nuevo testamento. La policía exhumó el cadáver.

A veces los investigadores se toparon con testimonios realmente vívidos. En el caso de Annabelle Kilgour, muerta en 1950, una enfermera declaró que había quedado tan sorprendida por la dosis que el doctor le inyectó antes de que cayese en estado de coma irreversible, que le comentó: «Doctor... ¿Se da cuenta de que la ha matado?»

Scotland Yard también desenterró los cadáveres de Hilda y Clara Neil Miller, unas hermanas solteras que murieron en 1953 y 1954. Hilda le dejaba en herencia a Clara casi todas sus posesiones y ésta se las legó a su médico. Una de las personas que se encontraba visitando a un pariente describió la última consulta del doctor. Permaneció 45 minutos con el paciente: «Después me quedé intrigada al no oír ningún ruido proveniente de la habitación. Abrí la puerta y lo que vi me horrorizó... Era una noche de invierno muy fría; las sábanas y mantas estaban en el suelo y había recogido el camisón de la mujer hasta el cuello. Todas las ventanas de la habitación estaban de par en par. Así es como la dejó el doctor.»

A finales de octubre Hannam remitió su informe a sir Theobald Mathew, el fiscal general. Se decía que su espesor era de treinta centímetros. Una vez, mientras se tomaba tranquilamente una cerveza en una noche tormentosa en el hotel Beachy Head, Hannam le confió lo siguiente a un periodista: «Estoy convencido de que Adams es un asesino múltiple. Con seguridad ha matado a catorce personas. Si nos hubiéramos dedicado a investigar fechas aún más lejanas, creo que hubiera podido decir que mató todavía a más gente».

Sólo dos voces defendieron la causa del doctor durante los meses de la investigación. Una fue la del director del semanario Tribune, el político radical Michael Foot. El 22 de agosto de 1956, Foot comentó: “La información ofrecida por la prensa constituye uno de los ejemplos más sorprendentes y vergonzosos del periodismo sensacionalista en la historia de la prensa británica”.

La otra voz fue la del Daily Express, el único diario de difusión popular que se puso del lado del doctor. En parte, lo hizo porque su consejero legal, Peter (posteriormente Lord) Rawlinson era un fiero crítico del comisario Hannam. Rawlinson había sido el defensor

del caso Towpath; batallando durante dos días en el banquillo de los testigos con Hannam, a causa de los métodos que empleó para obtener una confesión.

Pero en el extranjero la causa del doctor se presentaba aun más negra. Antes del juicio, el semanario americano True Detective publicó un artículo largo y condenatorio sobre el “mortífero doctor Adams de Gran Bretaña”; y lo tituló “Mejor matar que curar”.

El equipo policial que investigaba el caso Adams estaba dirigido por el comisario detective Herbert Wheeler Walter Hannam, para la prensa “Hannam del Yard”. Este también era conocido bajo el sobrenombre de “El Conde” a causa de su gran elegancia en el vestir, su gusto por los cigarros caros, y su porte, caminaba tan estirado que cuando entraba en la sala del juicio daba la impresión de estar inclinándose hacia atrás.

Hannam ingresó en la policía durante la Gran Depresión de los años veinte, cuando aún no era más que un recluta adolescente. Era ambicioso y astuto; estudió por su cuenta en profundidad las leyes y las normas de contabilidad, hasta que se convirtió en un experto en fraudes monetarios. Entonces fue nombrado oficial de contacto entre Scotland Yard y el banco de Inglaterra.

La fama le llegó en 1953 -el Año de la Coronación-, al conseguir resolver los “asesinatos de Teddington Towpath” de dos jovencitas. Cuando se encargó del “caso de Eastbourne” tenía 48 años de edad.

El equipo más allegado de Hannam consistía en un sargento detective de Scotland Yard, Hewitt, y un policía de la localidad, el inspector Pugh. Charlie Hewitt era un hombre de familia de policías, la suya era la cuarta generación que se dedicaba al oficio. Era una persona enérgica, aguda y escrupulosa. Bryn Pugh trabajaba con un peso añadido: el doctor Adams era el médico de cabecera de su familia.

Los supuestos crímenes de Adams no eran nada nuevo. Ya en 1856 un médico de Staffordshire fue considerado culpable de envenenar por dinero.

Bodkin Adams no fue el primer médico llevado a juicio en Old Bailey por matar a sus pacientes. Exactamente cien años antes, el caso del doctor William Palmer, de Rugeley, Staffordshire, sentó un escalofriante precedente.

En 1856, al igual que en 1956, el público británico combinaba una morbosa curiosidad con una sensación de temor cuando se hablaba de un médico que iba repartiendo la muerte entre sus pacientes. El doctor Palmer fue tan criticado en su tiempo que el Parlamento aprobó la llamada Ley Palmer. Permitía al acusado optar por ser juzgado en Londres cuando las circunstancias hicieran pensar que no iba a ser posible mantener la necesaria imparcialidad en el distrito judicial competente.

Billy Palmer tenía una reputación de despilfarrador, mujeriego y jugador. Como Adams, su pasado era un factor clave; tuvo una madre dominante; y su aspecto era rellenito -sin llegar a ser gordo- bajo una tez siempre colorada. Se sentía especialmente orgulloso de sus manos, pequeñas y regordetas, que sometía a una permanente y cuidadosa manicura y procuraba protegerlas siempre con suaves guantes de piel.

Los rumores sobre su persona empezaron muy pronto. Durante su época de estudiante en la Stafford Infirmary ya se decía que Billy experimentaba con venenos, y que los echaba en la bebida de sus compañeros para adormecerlos o hacerles vomitar. Tras una ronda de copas con Billy, un zapatero llamado Abley cayó fulminado al suelo... Pero la autopsia no reveló restos de veneno. Aun así, aquel suceso no cayó en el olvido.

El joven doctor Palmer heredó la bonita suma de 7.000 libras, alquiló una hermosa casa por 25 anuales, y se casó con una bella señorita de la localidad, una chica muy pía llamada Annie Brookes. Todo podría haber marchado bien si no le hubiera dominado su obsesión por las carreras de caballos. No contento con apostar, decidió fundar su propia caballeriza y participar en las carreras. Así empezó a endeudarse en serio. Lo que siguió fue llamado eufemísticamente «una desafortunada serie de fallecimientos».

La primera en abandonar el mundo de los vivos fue la suegra del doctor -por una apoplejía, se dijo-, sólo dos semanas después de mudarse al hogar del doctor. También murieron todos sus gatos. A los tres meses, el acaudalado tío Joseph cayó en un sueño fatal después de haber bebido coñac con su sobrino. Más tarde le llegó el turno a un colega de las carreras, Leonard Bladon, Enfermó repentina y gravemente en compañía del doctor Palmer, muriendo a los pocos momentos. Acababa de ganar una fuerte suma en las carreras de Chester; cuando lo encontraron, su monedero sólo contenía unas pocas libras y su libreta de apuestas había desaparecido.

Los gatos y los humanos no fueron los únicos que sufrieron el «maleficio» de Palmer, también les tocó a los pura raza. El doctor consiguió uno de sus escasos éxitos en las carreras al ganar el trofeo de Marquess of Anglesey, tras la repentina muerte del caballo favorito (por comerse una zanahoria rellena de arsénico, según se cuenta).

El doctor Palmer empezaba a ganarse una cierta reputación, pero procuró que esto no le aguara la fiesta, «Aquí llega el envenenador», decía de sí mismo al entrar en una taberna. O también: «¿Qué, muchacho, cuál es tu veneno preferido, el ácido prúsico o el arsénico?» Esta coletilla la empleaba al invitar a alguien a una copa.

Los Palmer tuvieron un hijo llamado William; después perdieron una serie de bebés, muertos en la más tierna infancia. El dueño de la casa donde vivían sostenía que el doctor mojaba el dedo meñique en veneno, después lo disimulaba con miel, y acto seguido se lo daba a chupar al pequeño.

El que su mujer empezase a encontrarse mal no es algo que pueda ya sorprendernos, ni tampoco el que él tomara la sabia precaución de hacerle un seguro de vida. Como no podía ser menos, Annie cayó gravemente enferma y murió. Su marido diagnosticó cólera, se hizo con las 13.000 libras del seguro, pagó las deudas más acuciantes, y se consoló de su terrible pérdida con Eliza, la doncella de Annie. Poco después aseguró la vida de su hermano dipsomaniaco Walter en 14.000 libras y fomentó su adicción concediéndole un crédito ilimitado en la tienda de licores de la localidad.

Con vistas a recomponer su fortuna, intentó ganar un jugoso premio en las carreras. Inscribió a su yegua «Nettle» en la Oaks de 1855, y apoyó sus posibilidades con tan buena mano que salió favorita en dos a uno. «Nettle» galopaba en segundo lugar cuando, dio un brusco viraje y tiró al jockey. Por suerte, Walter Palmer, se había puesto de ginebra hasta las orejas e hizo honor a su lógico destino: falleció.

Como la aseguradora sospechaba algo raro retrasó el pago; lo que llevó al doctor, que ya se había gastado el anticipo otorgado por la compañía, en una apurada situación, a un curioso intento de ganar dinero en breve, para ello aseguró la vida de uno de los mozos de cuadra llamado Bate, esperando, naturalmente, beneficiarse de su pronto fallecimiento. Pero Bate se alarmó ante la perspectiva y, mientras, la compañía de seguros averiguó que era un bebedor impenitente.

Los acreedores de Palmer le estaban empezando a apretar las tuercas cuando se topó con su amigo John Parson Cook en las carreras de Shrewsbury. Este acababa de ganar una pequeña fortuna con su caballo «Polestar», y durante la celebración de la victoria empezó a sentirse mal y a quejarse de que el coñac sabía raro. De vuelta en Rugeley, el doctor alojó a Cook en un hotel justo enfrente de su casa y se fue hasta Londres para reclamar las ganancias de su amigo como si fueran suyas. Por la noche, y tras volver de Londres, le visitó. Su estado empeoraba rápidamente y Palmer solicitó entonces la opinión de un segundo médico, el doctor William Jones, un amigo íntimo del paciente. John Parson Cook murió al día siguiente en compañía del doctor Jones.

William Palmer se puso en contacto con el encargado de la funeraria y le instó a que «liquidara aquel entierro rapidito». Pero el padrastro de Cook no estaba convencido de la muerte natural de su hijastro y solicitó una autopsia. La prueba más evidente contra Palmer era que el día de la muerte de Cook había comprado una buena cantidad de estricnina en una farmacia del lugar. Pero el médico del hospital Guy encargado de la autopsia no encontró la menor huella del veneno, concluyendo que debían haberle administrado una cantidad «tan cuidadosamente calculada» que no dejó el menor rastro.

El jurado de la vista previa concluyó que se trataba de «asesinato premeditado». Los restos de la mujer del doctor y de su hermano fueron exhumados. Se sumaron dos veredictos más de asesinato al ya existente. Por todo el país se hizo a Palmer responsable de asesinato, y la leyenda popular le llegó a atribuir catorce más.

El juicio se inició en Old Bailey el 14 de mayo, y mantuvo expectante a toda Gran Bretaña por un tiempo récord: doce días. La acusación de la Corona contra Palmer mantenía que éste había debilitado a Cook con repetidas dosis de un vomitivo en Shrewsbury y Rugeley, y que, finalmente, le había despachado con estricnina. Siete autoridades médicas coincidieron en que Cook tenía que haber muerto por envenenamiento de estricnina, otras once afirmaron que no, y otras once más no emitieron juicio. Nadie le prestó la menor atención a la opinión del doctor Jones, quien insistía en que el paciente había fallecido por causas naturales.

Al jurado le bastaron 77 minutos para dar su veredicto de culpabilidad. El doctor Palmer recibió la noticia de su sentencia a muerte con estoicismo, sólo comentó: «Soy un hombre asesinado.» Tras la condena cambió el sentir popular hacía él y se organizaron reuniones para protestar por la forma en que se presentaron las pruebas médicas. El ministro del Interior, sir George Grey, rechazó las peticiones de reapertura del caso.

Palmer fue ahorcado en Stafford el 14 de junio de 1856. Los juerguistas que pensaban disfrutar del espectáculo llenaron durante toda la noche los bares de la localidad. Al despuntar el día se habían reunido más de 30.000 personas en las veintitrés plataformas y tribunas montadas frente al cadalso cubierto de paño negro. Una buena vista se pagaba a

una guinea. Justo antes de las ocho de la mañana empezó a sonar la campana de la prisión, y el condenado salió a escena.

El reo subió los escalones del cadalso con franca desenvoltura, adoptando un aire casi garboso. La muchedumbre empezó a chillar, pero después se hizo el silencio, a la espera de las últimas palabras del condenado. Palmer no dijo nada. Todo lo que recibió la masa de curiosos fue un vistazo desatento del condenado; acto seguido se sumió con el capellán en un breve rezo. Le dio la mano al verdugo, sintió la cuerda en su cuello, cayó la trampa, y su cuerpo quedó colgando sin vida.

«¡Trampa! ¡Timo!», gritaba la masa al ver que ya no asistirían a una desesperada y trágica lucha con la muerte. Se bajó el cuerpo y volvió a la prisión. Allí se hizo un molde exacto de la cabeza del difunto. Un siglo más tarde, cuando el furor sobre el caso Adams estaba en sus inicios, la estatua de cera de Palmer seguía «decorando» la cámara de los horrores del Museo de Madame Tussauds en Londres.

El primer médico condenado por envenenar para enriquecerse fue el doctor Edme Castaing, de París. Acabó en la guillotina en 1823 por asesinar a los hermanos Hippolyte y Auguste Ballet.

Igual que en el caso del doctor Adams, Castaing administró una sobredosis de morfina a sus pacientes. La causa: beneficiarse de su legado.

Tres años después del juicio de Palmer en Old Bailey, un jurado no tardó más de cuarenta minutos en condenar a otro médico que había cometido bigamia, casándose con una segunda mujer y asesinandola después para heredar su dinero. También aquí encontramos ciertas similitudes. El doctor Thomas Smethurst era un personaje impopular. La gente quería verle colgando de una soga; pero el examen postmortem no resultó concluyente.

Diez testigos médicos afirmaron que la «esposa» había sido asesinada; otros siete se decantaron por la muerte natural. El juez se decidió por una componenda: Smethurst no llegó al cadalso, pero terminó en prisión.

El *Medical Times* objetó la decisión: «¿Es culpable el prisionero? Creemos que sí. ¿Fue demostrada su culpabilidad? ¡Evidentemente, no!» Importantes doctores y abogados solicitaron la puesta en libertad de Smethurst, o un nuevo proceso. Un famoso cirujano fue encargado de la reevaluación del caso y concluyó que el doctor no era culpable en función de las pruebas presentadas.

El acusado fue puesto en libertad, se le volvió a arrestar por bigamia, y pasó un año en la cárcel. Tras salir de prisión desapareció de la vida pública.

Los rituales de la justicia británica apenas se modificaron en los cien años que separan el caso Palmer del caso Adams. La pompa y ceremonia siguió siendo la misma; incluso hay más: los dos juicios comenzaron a la misma hora, las 10 de la mañana. Pero dentro de esta continuidad se pueden apreciar notables cambios, generalmente a favor del acusado.

Ninguno de los doctores testificó en defensa propia, pero el doctor Palmer no tenía otra elección: estaba obligado a permanecer en silencio. Sólo en 1898 se permitió que el acusado pudiera testificar bajo juramento.

El equipo de abogados de Palmer, dirigidos por el distinguido político irlandés Sergeant Shee, tuvo que soportar una flagrante parcialidad judicial que hubiera resultado intolerable cien años después. El público estaba encrespado contra el acusado, el Jockey Club y las grandes compañías de seguros se habían alineado también en su contra. Todo esto determinó el deseo de colgar al inculcado por parte del tribunal, y los magistrados hacían gala pública de este estado de ánimo. Las pruebas médicas contra Palmer se hundieron, y las circunstanciales fueron contradictorias. Pero el jurado había sido nombrado «a dedo», y su veredicto no ofrecía dudas. Uno de los tres magistrados se mofó sin tapujos de algunas de las argumentaciones de la defensa, y miró al jurado haciendo gestos con la cara para que su opinión quedase bien clara.

Edwin James, uno de los abogados de la acusación que contribuyó a ahorcar a Palmer, fue expulsado del colegio de abogados al cabo de los cinco años. Causa: fraude masivo. James era por entonces miembro del Parlamento; consiguió escapar a los EE.UU. dejando deudas por valor de 100.000 libras. En Nueva York reemprendió su carrera de abogado. E incluso llegó a convertirse en un actor de cierta fama.

Las exhumaciones de dos pacientes de Adams no habían conducido a ninguna parte a la policía de Eastbourne. Si el doctor escondía algún secreto, haría falta algo más que una pala para desenterrarlo.

El comisario Hannam creía haber dado con el modus operandi de Adams: primero convertía a sus víctimas en drogodependientes, después las influenciaba para que cambiasen los testamentos a su favor, y finalmente, les daba un empujoncito para que abandonasen el mundo de los vivos. Era tan sencillo como difícil de probar.

Él y sus hombres repasaron una infinidad de material, pero terminaron por escoger una docena de casos y proceder a «romper la entereza» del sospechoso sometiéndole a interrogatorio. Sin embargo, la aproximación a Adams debía producirse de forma cuidadosa y sutil.

El primer encuentro se organizó como si fuera casual. Los detectives estaban paseando justo por delante del garaje del doctor cuando éste se disponía a guardar su automóvil. «Buenas tardes, doctor.. ¿Ha disfrutado usted de unas buenas vacaciones en Escocia?» Y después la conversación fue pasando de sus vacaciones a su educación cristiana, y de ahí a la muerte de su madre -«una dulce alma cristiana»-, para que fuera el propio médico quien tocara el tema de «todos esos rumores». Adams explicó que se debían a la envidia de la gente. «Creo que todo esto es obra de Dios, para enseñarme una nueva lección.»

Cuando Hannam se refirió con preocupación a alguno de los legados, el doctor respondió que provenían de un «paciente muy querido», o de «un amigo de toda la vida», y añadió que una buena parte los obtuvo en vez de sus honorarios. El comisario mencionó entonces los certificados de incineración falsificados... Y Adams exclamó: «¡Ay!, eso no estuvo hecho con maldad. Dios sabe que no, siempre deseamos que las cremaciones causen la menor pena a los queridos parientes. Si les hubiera dicho que estaba recibiendo dinero del fallecido por testamento, quizá hubieran sentido la tentación de sospechar. Y a mí me gusta que los entierros y las cremaciones tengan lugar sin sobresaltos.»

El doctor hubo de enfrentarse a otras ocho semanas de cuchicheos, miradas aviesas y especulaciones sensacionalistas, que se transformaban en acusaciones directas siempre que la ley de prensa británica lo permitía. En Francia se podía disfrutar leyendo sobre El Barba Azul de Eastbourne.

A las 8,30 de la tarde de un sábado, Hannam y sus hombres se presentaron en la casa de Adams con una orden de registro otorgada según la Ley de Drogas Peligrosas. El doctor estaba a punto de abandonar su domicilio para dirigirse a una cena-celebración de otorgamiento de premios de la YMCA. La prensa se enteró a tiempo y la casa del sospechoso, en Kent Lodge, estaba virtualmente sitiada por los periodistas. El comisario ordenó que bajasen las persianas, y después le pidió a Adams que le dejase inspeccionar el registro que todos los médicos están obligados a llevar si utilizan drogas consideradas peligrosas. Pero este médico era diferente de los demás. «No sé a qué se refiere -contestó-. Yo no llevo ningún registro... » Y añadió que él utilizaba «sólo muy de vez en cuando» ese tipo de drogas.

Entonces Hannam le mostró una formidable lista de drogas de uso restringido que él había prescrito a la señora Edith Morrell, una viuda rica de Liverpool que le dejó en herencia su primer Rolls-Royce. La señora Morrell llevaba seis años muerta, pero el comisario había conseguido confeccionar la lista gracias a los libros de registro de ciertos farmacéuticos que indicaban que a la paciente se le administraron dosis masivas de morfina y heroína.

«¿Quién administró las drogas?», preguntó el policía.

«Yo lo hice, casi todas... Quizá las enfermeras le pusieron alguna dosis, pero la mayor parte se la administré yo», respondió el sospechoso.

«¿Quedaron drogas después de fallecer la paciente?», preguntó el comisario.

«Oh, no, ninguna. Todo le fue administrado a la paciente.»

«Doctor.. Usted le mandó tomar 75 pastillas de heroína el día antes de morir».

«Pobrecita, estaba sufriendo una agonía terrible. Lo empleamos todo... Yo le puse las inyecciones. ¿Cree usted que fue demasiado?», concluyó el médico. El doctor se dirigió a su mesa de despacho, se dejó caer en el sillón y empezó a llorar con la cabeza entre las manos. Entre tanto, se registró la enfermería. Al poco rato uno de los policías le sorprendió intentando guardarse algo en el bolsillo. Resultaron ser dos frascos de solución de morfina. Uno de ellos, según Adams, había sobrado del tratamiento del señor Soden, que murió en el hotel Grand. «Y el otro era para la señora Sharpe, que murió antes de que lo utilizara.»

El lunes por la mañana Adams compareció ante los magistrados de Eastbourne acusado de trece cargos comparativamente leves. Cuatro desnaturalizaciones de los hechos en relación con la Ley de Cremaciones, «con la pretensión de procurar la incineración de los restos» de la señora Morrell, de la señora Hullett y su esposo Jack, de un director de banco retirado y muy rico llamado James Priestly Downs, y de la cuñada de éste, Amy Constance Ware.

Jack Hullett murió cuatro meses antes que su esposa, poco después de que el doctor le inyectara morfina hasta dejarle, según dijo una enfermera, «sin respirar». Downs era un viudo de ochenta y ocho años que se había fracturado el tobillo cuando conoció al doctor Adams. Cayó en un profundo coma y murió, dejando al doctor 1.000 libras en herencia. El propio médico guió la mano del anciano para que pudiese firmar el legado en el momento en que entraba en coma. La cuñada de Downs murió con setenta y seis años, poco después de que el doctor arreglara las cosas para que ella hiciera un testamento donde le dejaba 3.000 libras. Y donde también se decía que el doctor «debería examinar cuidadosamente el cuerpo de la difunta para asegurarse del efectivo fallecimiento antes de la cremación», un encargo que cumplió fielmente.

El doctor obtuvo la libertad bajo palabra y se dispuso a recuperar su pasaporte. En la comisaría comentó que estaba muy preocupado ante la expectativa de nuevas acusaciones. Hannam le informó de que se estaba investigando a otros de sus pacientes ricos.

«¿A cuáles?», preguntó el doctor. «Bueno, la señora Morrell está con toda seguridad entre ellos», contestó el comisario.

La respuesta del doctor traería mucha cola durante el posterior juicio: «Suavizar el trance de una persona moribunda no es algo tan malvado -protestó Adams-. Ella quería morir. Eso no puede ser asesinato. No se puede acusar de eso a un médico.»

Hannam y Hewitt fueron llamados a la oficina del fiscal general, sir Reginald Manningham-Buller, en el Parlamento, cuando ya tenían pruebas bajo juramento de cuatro muertes, los dos Hullett, Morrell y Downs.

Los consejeros médicos del fiscal general le pusieron al corriente sobre el caso y le explicaron brevemente todo lo referente a la heroína y sus efectos. Después, él en persona mandó arrestar al doctor por el asesinato de Edith Morrell.

Hannam y Hewitt tomaron el tren de las 8,30 de la mañana hacia Eastbourne y una vez allí se reunieron con el inspector Pugh. A las 11,30, el doctor volvía de sus visitas matutinas acompañado por su chófer, quien solía llevar su maletín, cuando un coche de la policía se detuvo a pocos metros de Kent Lodge. Hannam salió del vehículo vestido con un elegante traje de chaqueta y bombín; Hewitt y Pugh le siguieron. Ante la verja se detuvo un momento para quitarse sus guantes amarillos de piel de cerdo. En la puerta le pidieron que esperase un momento, salió un paciente y él entró. Los muchachos de la prensa estaban encima suyo, tan encima, que Hannam tuvo que echar a un reportero francés y su fotógrafo de la enfermería donde pasaba consulta el doctor. Acto seguido arrestó a Adams, el cual, dando muestras de sorpresa, parecía no entender nada, todo era inexplicable.

El doctor miró a un policía después de otro, y tras un silencio largo y embarazoso, dijo: «¿Asesinato? ¿Qué asesinato? ¿Pueden demostrar que fue asesinato? No creo que puedan probarlo. Ella iba a morir de todas formas.»

De nuevo se hizo un largo silencio. Entonces le preguntó a Hannam: «¿Habrás más acusaciones de asesinato?»

La recepcionista de la consulta le ayudó a ponerse la gabardina. Después, visiblemente emocionada y con alguna lágrima corriéndose por las mejillas, le cogió fuertemente la mano.

Él, resignado, le respondió: «La veré en el cielo.»

Una vez en la celda de la comisaría, el doctor fue fichado y cacheado. Pasó la noche leyendo una Biblia, concentrándose, parece ser, en los pasajes de San Mateo. Al día siguiente se celebró la vista previa en el diminuto juzgado del Ayuntamiento. Estaba lleno a rebosar de gente. Se comunicó al detenido que la acusación a la que tendría que responder en juicio sería de asesinato y no la de negligencia profesional por no llevar un adecuado registro médico. Tras esta breve aparición se llevaron al doctor de nuevo a su celda.

Las ventanas de Kent Lodge quedaron tapadas por gruesas cortinas. Lo único que indicaba que la casa estaba habitada era un tenue resplandor de luz que se filtraba a través del cristal de la puerta principal.

Sin embargo, el propietario, el conocido doctor Bodkin Adams, de Eastbourne, se alojaba ahora en la prisión de Bixton. Encontró algo de consuelo en las felicitaciones de Navidad y pensó en lo afortunado que era al haber tenido tiempo de mandar las suyas antes de que la policía le arrestara.

Las dosis que le fueron recetadas a la señora Morrell en la fase final de su enfermedad eran seis veces mayores de las que una persona sana podía tolerar. Finalmente, las cantidades la hubiesen matado, pero estaban posiblemente pensadas para evitarle sufrimientos.

9 DE NOVIEMBRE

Heroína: 25 tabletas, 6 gránulos y cuarto.

Morfina: 25 tabletas, 12 gránulos y medio.

10 DE NOVIEMBRE

Heroína: 25 tabletas, 6 gránulos y cuarto.

11 DE NOVIEMBRE

Morfina hyperdúrica: 6 gránulos.

Morfina: 25 tabletas, 12 gránulos y medio.

Heroína: 25 tabletas, 6 gránulos y cuarto.

12 DE NOVIEMBRE

Paraldehído: 4 onzas.

Heroína: 75 tabletas, 12 gránulos y medio.

1 gránulo = 65 miligramos.

En los años cincuenta Eastbourne era, igual que hoy, un retiro paradisiaco para la tercera edad. La idea de asesinatos múltiples parecía, por ello, doblemente chocante.

En 1956 Eastbourne era un verdadero baluarte victoriano, un lugar de retiro para los que habían alcanzado la edad en que la vida se transforma en recuerdos. De forma que el inusitado interés despertaba el tal doctor que Adams, aparte de atemorizar, también atizaba una cierta emoción. Los periodistas estaban por todas partes, sacando fotos a las venerables ancianitas y abordando a quienes, acomodados en sus sillas de ruedas, disfrutaban de los sonos del cuarteto de cuerda en el lujoso salón del Gran Hotel.

Pero el centro de interés principal de la prensa era la casa de Adams, Kent Logde. Un chalet gris y apagado sito en la calle Trinity Trees, justo detrás del paseo llamado Grand Parade. Tanto la farmacia de Browne, donde el médico solía comprar los medicamentos, como la tienda de dulces de Marsh, donde éste tomaba su chocolate favorito, habían cobrado una cierta fama. Las dos estaban relacionadas con el doctor, y ambas muy cerca de su casa.

Pero nadie le facilitó las cosas a los detectives de Scotland Yard. Los residentes, y especialmente los pacientes del doctor, mantuvieron los labios sellados durante todas las entrevistas que realizó la policía. Un miembro del equipo investigador lo describió así años más tarde: «Recuerde el lugar y la época... El Eastbourne de posguerra era un lugar rico, cerrado y snob, donde todos formaban una pifía. Nosotros éramos como el pescado podrido que, de pronto, cae entre los canapés de una elegante fiesta y a nadie le agrada el olor.»

En enero de 1957 la policía y los representantes de la Corona creyeron disponer de suficientes pruebas para procesar a Adams. Se reunió un equipo jurídico formidable para llevarle ante la justicia.

El juicio como tal fue precedido de un complejo «ensayo general» en forma de procedimientos relativos a la excarcelación del acusado. Estas vistas se prolongaron nueve días y generaron otra abundante cosecha de titulares sensacionalistas. En una heladora mañana de enero de 1957, el doctor Adams fue llevado ante los magistrados de Eastbourne, todos ellos viejos amigos del médico, que ahora le miraban con caras pétreas mientras asestaban un golpe mortal a su causa.

Al abogado de la Corona, Melford Stevenson, se le permitió relacionar la muerte de la señora Morrell en 1950 con las del matrimonio Hullett en 1956. De esta forma estableció un patrón criminal que convertía a Adams en un múltiple asesino.

En el caso Hullett, una enfermera relató cómo había espiado al doctor mientras preparaba una inyección con una dosis inevitablemente mortal de solución concentrada de morfina. «No creo que fuera una muerte normal», declaró la enfermera ante los magistrados instructores. También sostenía que el doctor dictaminó como causa del fallecimiento «hemorragia cerebral» sin siquiera mirar el cadáver. Por el libro de registro del farmacéutico se supo que Adams había solicitado cinco gránulos de morfina en nombre

de la señora Hullett al día siguiente de su muerte, según se dijo, para reponer las existencias. Acto seguido, un experto declaró que una inyección que contuviese más de un cuarto de gránulo disuelto hubiera sido peligrosa para el paciente.

La muerte de la señora Hullett era la que despertaba las iras y protestas más airadas. El examen forense reveló la existencia del equivalente a ciento quince gránulos de barbitúricos en su cuerpo -de ahí que el primer veredicto fuese de suicidio-. Se leyó una larga declaración del doctor. En ella se describía a sí mismo como la persona que había «reunido» a aquella pareja.

Según el acusado, la señora Hullett había «perdido las ganas de vivir» tras perder a un «marido tan rico y adorable». Pero no fue capaz de explicar convincentemente por qué había acelerado el pago de su cheque de 1.000 libras justo antes de que muriera, ni por qué mantuvo en secreto el hecho de estarla medicando a base de barbitúricos.

La Corona sí tenía explicación: «Se repite el mismo patrón -argumentó Stevenson-. Un paciente rico, drogado en grandes cantidades durante un largo período de tiempo, y al final, una dosis fatal. Un enfermo que, evidentemente, estaba bajo la influencia de su médico. La manera de actuar: el testamento del enfermo, que proporcionaba beneficios al doctor. La impaciencia, la de obtener ese dinero ... »

Adams volvió a la prisión de Brixton donde aún esperaría otros tres meses antes del inicio del verdadero juicio, en el cual fue acusado de asesinar a Edith Alice Morrell, muerta años antes. El caso Hullett sería objeto de una inculpación separada, según decidió el fiscal general, cuya táctica consistía en mantenerlo como reserva para un hipotético segundo juicio.

Los actores de la trama en la sala 1ª del Old Bailey eran los mismos, a excepción del fiscal general, sir Reginald Manningham-Buller, que ahora dirigía personalmente la acusación, y del juez, Patrick Devlin. Él presidiría el proceso de aquel hombre regordete que se sentaba en el banquillo de los acusados y lo haría vestido con la toga roja, la gran peluca de rigor y el manto negro que indicaba la posibilidad de una sentencia de muerte.

A pesar de que las espectaculares acusaciones contra Adams habían electrificado la atmósfera de la sala, el doctor se declaró con firmeza y cierta dignidad «inocente». El fiscal general rebosaba optimismo; se dirigió al jurado para indicarles que debían borrar de sus mentes todo cuanto hubieran escuchado sobre el acusado. Lo único que debía importarles era la suerte corrida por la señora Morrell; después el fiscal describió el destino de la víctima extensamente.

La clave del argumento de la acusación era la siguiente: la señora Morrell era una viejecita antipática, condenada a la postración y medio paralizada por la enfermedad, que atendían cuatro enfermeras día y noche sin descanso y el doctor que tenía que estar permanentemente a su disposición. Este le empezó a inyectar dosis de morfina y heroína, y al cabo de un tiempo llamó a su abogado para que redactara un nuevo testamento en el que ella le dejaba un cofre de plata.

A los pocos meses Adams volvió a contactar con el abogado de la señora Morrell para decirle que la anciana deseaba legarle su Rolls-Royce y sus joyas. Pero la enferma empezó a quejarse más en serio y el doctor decidió pasar unas vacaciones en Escocia; entonces la

susodicha se tornó picajosa y rencorosa, tanto, que el doctor empezó a temer que se quedaría sin nada. Así que la comenzó a atiborrar de drogas hasta que murió. Obtuvo el Rolls y la plata, sin olvidar unos honorarios que ascendían a más de 1.700 libras, y que corrieron por cuenta de la propiedad inmobiliaria de la fallecida.

«Una cosa es recetarle a una ancianita algo para dormir y otra muy distinta prescribir enormes cantidades de morfina y heroína -explicó sir Reginald-. Su verdadero propósito era crear una adicción en la enferma... un deseo incontrolado... dependencia.»

Quedaba por exponer lo que la prensa dio en llamar «la quincena fatal». A continuación el fiscal pasó a interpretar los hechos: «Vean cómo se incrementan las cantidades prescritas. En los últimos trece días de vida de la señora Morrell las dosis de morfina aumentan tres veces, y las de heroína, siete veces y media, respecto a los meses precedentes. ¿Y por qué? ¿Por qué ordenó el doctor estas tremendas cantidades, estas fatales cantidades, si no había justificación médica plausible?» Una pausa silenciosa... «¡Lo hizo porque decidió que había llegado la hora de su muerte!»

La acusación llegó a las horas finales de la vida de la señora Morrell. «Estaba muy débil, salvo ciertos espasmos ocasionales... Estaba en coma.» Y con un gesto dramático y teatral apareció de pronto en su mano una gran jeringuilla. Sir Reginald la sostenía sobre su cabeza. «El doctor le dio esta jeringuilla a la enfermera del turno de noche... Y le dijo que se la inyectase a la inconsciente enferma. Ella así lo hizo, entonces él cogió la jeringa vacía y la volvió a llenar con la misma cantidad -cantidades ambas anormalmente grandes- y le dijo a la enfermera que le pusiese una segunda inyección si la paciente no se tranquilizaba. Le enfermera no administró esa segunda inyección, sino que, avanzada la noche, llamó al doctor a su casa para consultarle. Y recibió de él la orden precisa. Su obligación era obedecerla y le puso la segunda inyección. La señora Morrell se fue tranquilizando y a las dos de la mañana murió.»

La fiscalía disponía de peritos que declararon que la dosis apropiada de heroína en estos casos, la dosis máxima aconsejable, era de un cuarto de gránulo. Y para el caso de la morfina, medio gránulo. Los libros de los farmacéuticos probaron la compra de treinta y ocho gránulos de heroína y cuarenta de morfina, que fueron administrados entre el 8 y el 12 de noviembre. Y a más abundancia estaban las propias palabras del doctor diciendo que «todo le fue administrado a la paciente».

El doctor permanecía sentado entre dos guardias con los labios apretados. Cada cierto tiempo movía la cabeza de un lado a otro, como haría durante el resto del juicio.

Sir Reginald Manningham-Buller era un abogado tosco y farolero, estudiante de Eton, y apodado «Sir Meticón» por la prensa. Desagradable incluso a los miembros de su propio partido, el Tory. Quería convertirse en ministro de Justicia y contaba con los apoyos políticos necesarios que le entronarían si conseguía una resonante victoria en algún juicio.

El caso Bodkin Adams era justo lo que andaba buscando: sensación y fama en la medida adecuada. Sir Reginald esperaba poder medirse con el acusado en el banquillo, y arrancarle una confesión de culpabilidad.

Para añadirle emoción a toda la situación, resultaba que el juez de la causa, sir Patrick Devlin, estaba considerado un rival directo de Manningham-Buller para el ambicionado

puesto. Ambos tenían cincuenta años, pero aparte de esto todo les diferenciaba. Sir Patrick poseía un sentido cortante y afilado de la legalidad y un ingenio mordaz; y despreciaba veladamente al hombre que llamaba en público «Reggie». La ambición de su rival le parecía algo irrisorio.

El mundo de los hombres no estaba hecho para Adams. Su educación le había dulcificado, dándole ese encanto que después le permitiría ganarse la simpatía de sus ricas pacientes femeninas.

John Bodkin Adams nació en el Uster rural, rodeado de una atmósfera profundamente piadosa. Sus primeros recuerdos eran los de su madre, arrodillada y rezando con él a su lado. Ambos escuchaban mientras el padre, Samuel, entonaba las palabras del Señor.

Samuel Adams era relojero y predicador laico en el pequeño pueblo de Randalstown, en el condado de County Antrim. Su mujer, Ellen, era una Bodkin; una familia conocida por su fervor religioso y su buena mano en los negocios. John era su primer hijo y vino al mundo, en el cuarto que estaba encima del taller de relojería, el 21 de enero de 1899.

La familia prosperó hasta poder comprarse una casa con vistas al Lough Neagh, donde creció el pequeño John. Iba a la escuela metodista situada en la falda de un cerro cercano, y acompañaba a su padre millas y millas hasta el lugar de reunión de la Hermandad de Plymouth, donde predicaba. Samuel Adams, un hombre severo pero justo, tenía muy mala salud y el chico se aferró más tarde a la madre.

«Un muchachito callado que casi siempre prefiere estar solo». Así le describía por entonces. Más tarde también se convirtió en un muchachito gordo que adoraba los pasteles de crema y chocolate.

Cuando tenía doce años, su familia se trasladó a Colraine, donde murió su padre y poco después se hicieron cargo de una prima huérfana. Florence, que se convirtió en una parte de la familia como si hubiera nacido en su seno. La madre le compró a John una motocicleta y su prima le puso un mote: «Buzz», que perduraría toda su vida.

Ambas ramas familiares contaban con doctores, e incluso existía un hospital Bodkin en China, lo que demostraba los esfuerzos realizados por la familia en la faceta misionera. De forma que aquel joven rellenito comenzó a estudiar medicina en la Queen's University de Belfast. Su madre y Florence se trasladaron cerca de él y se instalaron en una casa situada en una de las zonas buenas de la ciudad.

La carrera de medicina no resultó cosa fácil, el joven tuvo una crisis nerviosa y hubo de ser «restablecido» por sus devotas enfermeras familiares. Se recuperó completamente y terminó sus estudios con buenas notas. El profesor de anatomía Richard Hunter se acordaba bien del estudiante Bodkin: «Cuando diseccionábamos un cuerpo, yo asignaba tres estudiantes a un brazo, otros tres al otro, y así con el resto. Normalmente esos tres estudiantes trabajaban juntos hasta el final del curso. Pero Adams, no. Primero trabajaba con un grupo y luego con otro. Con cualquier grupo en el que hubiera hueco para encajarle. Así es como era, un lobo solitario.» Siguió un año de prácticas en un hospital de Bristol. Después contestó a un anuncio publicado en una revista evangélica que pedía un «joven doctor, asistente cristiano», para ayudar en «una importante consulta de la

costa sur». La consulta estaba en Eastbourne y según explicó posteriormente Adams, lo que le llamó la atención y le animó a contestar fue el adjetivo «cristiano».

Su madre y Florence, por supuesto, también fueron a Eastbourne. Los días empezaban con las oraciones de las 6,30 de la madrugada, y acababan con las clases de estudios bíblicos que Adams daba en el sótano de la casa por las noches. Sobre la cama del doctor colgaba una cita de la Biblia: «Descansa en el Señor.» Bodkin Adams empezó haciendo sus visitas en motocicleta, con el maletín sujeto en la parte trasera. Pero pronto adquirió un coche, y no pasó mucho tiempo hasta que el coche lo condujo un chófer. Los rápidos progresos se debían a que él estaba dispuesto a atender a los pacientes a cualquier hora del día o de la noche y el mecenazgo del que disfrutaba gracias a los Mawhood, unos fabricantes de aluminio que poseían terrenos tan vastos que permitían emplear a un guardabosques y organizar cazas de faisanes.

El doctor Adams seguía montando en su moto cuando una noche fue llamado para atender a la señora Mawhood, que se había roto una pierna. A ella le gustó su honradez juvenil y su disposición para atender a un enfermo tan entrada la noche. Adams pronto se convirtió en un visitante habitual de la mansión y fue bienvenido al rico e influyente círculo de amigos del matrimonio. Los mismos Mawhood le adelantaron 3.000 libras para que comprara una casa que se correspondiese con su nuevo status social. Esa casa se llamó Kent Lodge, un severo y tranquilo chalet estilo victoriano en la muy respetable zona de Trinity Trees.

En el plazo de diez años el doctor Adams adquirió fama en Eastbourne, atendiendo a la clase acomodada rural de la región y a los ancianos adinerados que acudían a ese privilegiado rincón de Sussex. El médico-ayudante fue haciéndose el dueño de la consulta hasta llegar a necesitar la ayuda de otros tres médicos para hacerse cargo de los numerosos pacientes.

A pesar de seguir siendo un hombre muy piadoso, le tomó gusto a la «buena vida» y se convirtió en un buen tirador que compraba las escopetas en Purdey e hijo de Saint James, el más caro y exclusivo establecimiento entre los que tenían Licencia Real. Contribuyó en la fundación de clubs de tiro para la élite social y se hizo miembro de un club de gourmets. Su talle ensanchó elegantemente por trajes exclusivos Sávile Row, y se compró más coches, tal como correspondía a un hombre de su posición.

Se comprometió durante un breve lapso de tiempo con la hija de un rico carnicero, pero a su madre no le gustó la futura esposa, y ejerció tal influencia que consiguió romper el compromiso. Adams no jugaría más con la idea de casarse.

Las ancianitas ricas se convirtieron en su especialidad, ya que frecuentemente estaban solas. Ese era el caso de Matilda Whitton, la viuda de setenta y cinco años de un fabricante de zapatos de Northampton. Adams le alquilaba su coche y su chófer, y de vez en cuando la acompañaba de excursión a Beachy Head. De la tarde a la mañana se convirtió en el albacea de su testamento y cuando murió obtuvo la jugosa suma de 3.000 libras, una cantidad nada desdeñable en 1935.

La familia de la fallecida se declaró disconforme con el testamento y, empujado por su madre, el doctor defendió su derecho ante la Corte Suprema y ganó. Por estas fechas una

nota anónima llegó entre el correo, en ella alguien había escrito un aviso: «Mantén los dedos cruzados y no te deshagas de más viudas ricas.»

John Bodkin Adams fue la víctima de una madre dominante, regida por un insano fanatismo. Según dijo un psicoterapeuta holandés: «Hasta el día de su muerte, en 1943, la madre gobernó toda su vida. Y su auténtica manera de pensar. Su ardiente deseo de agradar a su madre anuló el desarrollo de su propia personalidad. La presión estaba ahí, una libido subconsciente, un yo que trataba de escapar. ¿Cómo era posible contener esas tensiones? Primero, gracias a la velocidad: motocicletas, y después coches. Por primera vez tenía el control de sí mismo. Y más tarde su pasión por el tiro. Aquí estaba el poder que nunca había poseído. Una escopeta, el poder que separa la vida de la muerte. En su oficio también disponía de ese poder de dar vida... o muerte.»

En Old Bailey la suerte parecía estar echada para Adams. Pero su abogado realizó una brillante defensa, dejando al descubierto la falta de pruebas concretas de las argumentaciones del fiscal.

El segundo día del juicio fue dramático desde el mismo comienzo. Hubo una amenaza de bomba y la sala sufrió un exhaustivo registro antes de iniciarse la vista, pero no se encontró ningún rastro de ella. No obstante, los sucesos que tendrían lugar en la sala iban a ser de por sí suficientemente explosivos.

El fiscal empezó llamando a sus testigos clave: las enfermeras que presenciaron la muerte de Edith Morrell. Primero le tocó el turno a Helen Rose Stronach, una mujer fuerte y corpulenta con una boca delgada y una prominente mandíbula. Describió a la paciente como una mujer «con la mente perdida y semiinconsciente». También declaró que ni ella ni las otras enfermeras fueron autorizadas a permanecer en el cuarto mientras el doctor estaba con la enferma. Y que nunca supo cuál era el contenido de las inyecciones que le puso durante ese período.

El abogado defensor, Geoffrey Lawrence, se levantó para interrogar a su vez a la testigo, con un engañoso aire lánguido. Parecía estar expresando verdadera conmiseración con la enfermera por obligarla a recordar cosas que habían ocurrido tanto tiempo atrás. Y se interesó por si realizaba algún tipo de informe durante su trabajo. La enfermera Stronach así lo atestiguó: «Todo lo apuntaba en un libro y luego lo firmaba.»

«Y todo lo que usted escribió en ese cuaderno de notas... ¿sería una información precisa por haberla tomado en aquellos mismos momentos?»

«Así es»

«Por lo tanto... ¿diferenciándose de sus recuerdos, aquellas anotaciones serían, por supuesto, absolutamente exactas?» Un cierto nerviosismo se apoderó de los representantes de la acusación. Lawrence pareció suspirar. «De forma que si dispusiéramos de esos informes... ahora podríamos saber exactamente lo que ocurrió entonces, día tras día, y noche tras noche.»

«Sí. Pero usted tiene en vez del bloc nuestra palabra», le contestó la enfermera para tranquilizar al abogado.

La trampa había funcionado. «Quiero que le eche un vistazo a este cuaderno, por favor.» Lo que cayó en manos de la testigo fue una libreta con las anotaciones que ella misma hizo durante la enfermedad de la señora Morrell.

El fiscal general se incorporó en su silla, con los ojos como platos, y volvió a dejarse caer en ella sin decir una palabra. Lawrence alargó la agonía. La enfermera reconoció aún otra libreta más, y después una tercera. Las tres eran auténticas. Entonces la defensa informó a la sala de que tenía en su poder todas las anotaciones hechas por las enfermeras, desde junio de 1949 hasta el momento de la muerte, ocho cuadernos de notas en total. Estos informes se suelen hacer cuando existe riesgo de muerte del paciente. Los hombres de Hannam, imperdonablemente, los habían pasado por alto. El abogado defensor, sin embargo, los encontró en un paquete tras un escritorio, en Kent Lodge.

Lawrence se dedicó a desacreditar sin contemplaciones a Helen Rose Stronach. Incidió en todos y cada uno de los puntos en que las declaraciones de la enfermera se habían desviado de lo consignado en los informes. El momento álgido de su intervención se produjo con el examen de un día de noviembre en el que, según la enfermera, la paciente se encontraba en estado semiinconsciente. Las anotaciones decían que ese día la enferma comió perdiz con apio, y un pudín de postre. Todo ello acompañado de un buen coñac con soda.

Las enfermeras estaban ahora algo más que intimidadas. Helen Mason-Ellis, la siguiente testigo, se negó a dar su opinión sobre el estado en que se encontraba la señora Morrell, y lo hizo con un hilillo de voz casi imperceptible. «Hace tanto tiempo», murmuraba una y otra vez. Pero Lawrence aún no había terminado.

Durante su interrogatorio, literalmente, atormentó a la delgada y pálida enfermera Mason-Ellis hasta hacerla confesar que era mentira lo que había declarado la enfermera Stronach: las drogas de la paciente no estuvieron guardadas en un armario cerrado. En realidad, siempre habían estado en un cajón sin cerradura. Un espía de la defensa lo oyó aquella misma mañana durante una conversación que ambas enfermeras mantuvieron en el tren que las traía desde Eastbourne, violando la obligación de no discutir entre sí ningún aspecto del caso.

El testigo básico del fiscal era la enfermera Randall, una mujer corpulenta al estilo de Stronach, que estuvo con la paciente la última noche. Se suponía que era ella quien dio el golpe de gracia a la enferma con la gran jeringuilla que se mostró ante el tribunal. Ahora se enfrentaba con las anotaciones que hizo aquella noche, y de ellas no se desprendía nada tan melodramático como lo descrito por el fiscal general.

Se decía que el doctor había inyectado paraldehído, un inductor del sueño comparativamente inofensivo, antes de salir de la casa aquella noche. Las anotaciones seguían describiendo la evolución de la paciente en las últimas horas antes de su muerte.

«11,30 p.m., muy inquieta. No duerme. 12,30 a.m., inquieta y parlanchina, y muy temblorosa («muy temblorosa» subrayado dos veces). 12,45 a.m., parece algo más tranquila. Aparentemente dormida. Rspiración a las 5,02 a.m. Pasó a mejor vida sin sobresaltos.»

Lawrence contuvo una sonrisa burlona. «No parece que su memoria sea muy fiable», sugirió. La enfermera contestó los «temblores» de la señora Morrell eran lo peor que había presenciado en todo el largo tiempo dedicado al ejercicio de su profesión «prácticamente la lanzaban fuera de la cama. Jamás desearía ver algo así de nuevo». E insistía en que administró la última inyección con la gran jeringa que el doctor le dejó preparada. Por alguna razón había omitido anotarlo, probablemente porque la muerte de la paciente hizo que se le pasara... Sin embargo, el daño ya estaba hecho: era la palabra de una enfermera que contradecía sus propias anotaciones escritas.

Las libretas revelaban los patéticos detalles de la lucha contra la muerte de una mujer difícil y exigente, que de vez en cuando se ponía histérica, y siempre estaba lanzando insultos a su alrededor. Contenían datos sobre una gran cantidad de drogas administradas para sedarla, y una aguda tendencia hacia el insomnio; y en posteriores fases de la enfermedad, las violentas sacudidas espasmódicas que produce el envenenamiento con opiáceos. Las drogas que estaban anotadas eran pocas menos que las que se decía le habían administrado, pero la acusación argumentó que, no obstante, seguía tratándose de dosis mortales.

La acusación se centró ahora en la declaración de su testigo médico más importante: el doctor Arthur Henry Douthwaite. Este era un hombre alto, de buena planta, y estaba considerado una eminencia en todo lo referido a opiáceos. Declaró que se encontraba horrorizado por los métodos de Bodkin Adams, ya que los consideraba «mortales», y creía firmemente en su culpabilidad. Su voz sonaba muy convincente mientras explicaba que el acusado transformó a la señora Morrell en una drogodependiente, y que, en la fase final, «la intención era acabar con ella». El doctor Douthwaite encontraba un motivo siniestro para cualquier cosa que hubiera hecho su colega. El cambio por el paraldehído era «para aumentar el efecto mortífero de la heroína... provocando un estado de inconsciencia».

Pero Lawrence tenía, de nuevo, un as escondido en la manga. Presentó informes médicos de Cheshire que demostraban que el doctor Adams no fue el primero en administrar morfina a la enferma, otro médico ya lo había hecho después de que ésta sufriese un ataque de apoplejía en 1948. El doctor Douthwaite no cedió un milímetro, y condenó la prescripción médica de Cheshire como igualmente mortífera para la paciente.

El juicio se convirtió en una lucha entre diferentes especialistas, que diferían sobre las anotaciones de las enfermeras y sobre el grado de tolerancia de una mujer de ochenta y un años hacia la heroína. Para contrarrestar a los expertos de la acusación, Lawrence hizo declarar a otro médico ilustre de Harley Street que confiaba tanto como Adams en el uso de opiáceos.

El letrado inició su defensa el decimotercer día del juicio solicitando la desestimación de las acusaciones y la absolución del acusado. Pero el juez no aceptó su petición y esto pareció desanimar al abogado. Entonces dejó caer la bomba: no llamaría a declarar al acusado. La razón que esgrimió para evitar que Adams testificase fue la compasión: «¿Empiezan ustedes a comprender la tensión bajo la cual ha tenido que vivir este hombre todos estos años?» Exhortó al jurado a que sólo tuviera en cuenta los cuadernos de notas de las enfermeras «los únicos testigos que son elocuentes y al tiempo indiscutibles».

El juez facilitó la labor del jurado al hacer el resumen de la causa. «No es una historia agradable -admitió-, pero no todos los granujas son asesinos.»

Acto seguido repitió las palabras del doctor: «¿Asesinato? ¿Pueden probarlo?» El jurado tardó 44 minutos en dar su veredicto. Pasaban tres minutos de las doce del decimoséptimo día del juicio más largo de la historia criminal británica hasta aquel momento. El doctor se levantó, su traje azul estaba esta vez algo más arrugado que de costumbre.

Cuando se pronunció la palabra «inocente», toda la sala soltó un suspiro. ¡Ahhh...! La cara del doctor enrojeció, respiró hondo, saludó con una envarada inclinación al juez, y dijo: «Gracias.» Era la primera palabra que pronunciaba desde que se declaró inocente.

El fiscal general hizo saber que no llevaría adelante la segunda acusación -el caso Hullet-, y el doctor Adams, ciertamente triunfante, fue absuelto.

El juicio convirtió en una celebridad a Geoffrey Lawrence, un desconocido abogado al que fue encargada sorprendentemente la defensa de Adams.

Lawrence era un hombre menudo, tranquilo y sabio, de cincuenta y cinco años, maestro en el arte de lanzar dardos envenenados muy educadamente. Este era su primer juicio criminal de importancia, pero su tenacidad y meticulosa preparación eran bien conocidas por los otros casos que había llevado: divorcios de famosos y tortuosas disputas en los gobiernos locales. De ahí le venía su reputación. Con este caso demostró que también era un maestro en el campo del interrogatorio cortante y audaz.

Los comentaristas le comparaban con un mago o con un torero. Manningham-Buller era la bestia a abatir. Cada vez que el fiscal general presentaba un nuevo testigo o una nueva argumentación, Lawrence tenía dispuesto un documento o una relación de hechos que desarbolaban la tesis contraria. Poco después del caso Adams le concedieron el título de caballero,

En su vida privada, Geoffrey Lawrence era un diestro violinista y un granjero de vacas lecheras. Su granja ganó el premio a la mejor cuidada de todo Sussex.

Lady Prendergast, la viuda de setenta años del almirante sir Robert Prendergast, mantenía al doctor Adams «aprovisionado» de frutas y chocolate. Otros fieles pacientes también le hacían regalos. El doctor siguió beneficiándose de ciertos legados mientras estuvo encarcelado en la prisión de Brixton.

Las autoridades de Brixton contabilizaron más de ciento cincuenta cartas de antiguos pacientes, todas manifestándole su apoyo. El doctor contestaba con su escritura «de patas de alambre», asegurándole a todo el mundo que la situación no le quitaba el sueño.

«No esté preocupada ni desanimada -decía en una carta prototípica-. Todo acabará bien. La justicia británica y la fuerza de mis plegarias demostrarán que estoy libre de pecado cuando llegue la hora del Señor.»

La eutanasia plantea el dilema clave sobre el valor de la vida.

La clase médica se había puesto en pie de guerra a raíz del caso Adams, e hizo todo lo que pudo para que el doctor fuera absuelto.

Para ello había muchas y buenas razones. La idea de que Gran Bretaña cobijaba al Barba Azul más grande de la historia era, ya de por sí, terrible: un hombre que durante treinta años habría estado matando a sus pacientes más fieles por el dinero que podían haberle legado. La confianza pública en los médicos era lo que estaba en juego. ¿Hasta qué punto era seguro internarse en un hospital?

Que acusaran a un médico de asesinato ya era suficiente desastre, pero ver testificar en su contra a sus propias enfermeras tenía implicaciones aún más perturbadoras.

También se temía que el caso sentase un precedente y, acto seguido, se limitase a la posibilidad de recetar ciertas drogas para los enfermos en fase terminal, poniendo al doctor que fracasase en su intento de prolongar la vida de su paciente ante el peligro permanente de un proceso judicial. La Medical Press reunió todos estos argumentos en un largo y odiado artículo: «Es la primera vez, que nosotros sepamos, que se ha acusado a un médico de asesinato por prolongar un tratamiento más allá de todos los límites razonables. Efectivamente, este juicio carece de precedentes en Inglaterra, y no sólo en nuestro país, sino en todo el mundo occidental »

«Una de las consecuencias para nuestros pacientes será que en el futuro sufrirán considerablemente más de lo que lo ha hecho hasta ahora. Todo médico con sentimientos humanitarios normales ha sentido siempre el impulso de reducir al mínimo el sufrimiento de sus pacientes y, en los casos desesperados pocas veces se ha detenido a evaluar el coste del tratamiento por el rasero de la vida que le quedaba al enfermo.

Muchísimos pacientes han sido sometidos a un «estado de sueño» para aliviarles la agonía. Ese ya no será el caso a partir de ahora, ya que suponemos que todos nosotros miraremos con desconfianza por el rabillo del ojo para ver si descubrimos a ese sádico sonriente con bisturí, alguien que toma notas sobre nuestros dolores para usarlas más tarde contra nosotros.»

Los doctores encargaron a la Medical Defence Union, la defensa del doctor Adams.

Fue Hemsons, su director, quien seleccionó a Geoffrey Lawrence para encabezar el equipo legal de la defensa. Asimismo, fue quien le proporcionó la mayoría de su “munición jurídica y médica”, como, por ejemplo, las fichas médicas de la señora Morrell antes de ser tratada por el doctor Adams. Hemsons también contrató al doctor Simpson, el cual fue durante muchos años patólogo de Ministerio del Interior y colega y alumno del doctor Douthwaite, el testigo de la acusación. El cometido de Simpson fue averiguar cualquier cosa que minase los argumentos esgrimidos por la acusación, sin pararse ante nada.

Simpson peinó los libros de registro de prescripciones de una clínica que había sido utilizada por el doctor Douthwaite, y consiguió probar que el propio testigo de la acusación recetaba grandes dosis de morfina y heroína, aquello por lo que condenaba ante el jurado al doctor Adams. Se hicieron gráficos para ser presentados como prueba ante el tribunal, pero no hizo falta: el implacable interrogatorio a que fue sometido el doctor Douthwaite se consideró suficiente para desacreditar sus tesis.

Aunque no se dejó en público al doctor Douthwaite como un hipócrita, al poco tiempo pagaría un alto precio por su terquedad. La presidencia del Royal College of Physicians, que iba a ser suya el año siguiente, le fue denegada para siempre.

La absolución de Bodkin Adams predecía un molesto futuro para la discusión sobre la eutanasia, el «homicidio por compasión». El propio doctor había hablado de «aliviar el paso hacia la muerte» de la señora Morrell. Sus expresiones quedaron sin ser bien analizadas. Surgió el espectro de la eutanasia teñido fatalmente por el beneficio que implicaba el posterior e hipotético legado.

En 1957 la ley inglesa consideraba la eutanasia como asesinato.

Una encuesta realizada entre médicos británicos en 1987, indicaba que un 35 por 100 estaban dispuestos a practicar la eutanasia por petición del paciente siempre que se decidiera legalizar.

En octubre de 1971 una doctora holandesa, Gertrude Postma, inyectó una dosis mortal de morfina a su anciana madre, víctima de una hemorragia cerebral, parcialmente paralizada, sorda y muda.

La doctora Postma fue acusada de practicar la eutanasia, lo que entonces estaba penado con una condena máxima de 12 años de prisión. En el juicio le preguntaron si sentía algún remordimiento y ella contestó: “Al contrario, debería haberlo hecho mucho antes”.

No fue condenada a prisión, sino que obtuvo una suspensión de sentencia y un año de libertad vigilada.

Este caso marcó un giro decisivo en Holanda: se convirtió en el primer país que aceptó la eutanasia. Hacia 1981 la eutanasia se había convertido en algo tan corriente que el tribunal de lo penal de Rotterdam hizo públicas unas pautas de comportamiento que, si se seguían estrictamente, eximían al médico prácticamente de toda persecución criminal.

Otro doctor dio entonces un paso más al escribir en un certificado de defunción “muerte no natural” como causa de fallecimiento. Se trataba de una mujer de 94 años, con sus facultades vitales tremendamente debilitadas, que había solicitado del doctor que pusiera fin a su vida. Así lo hizo mediante inyecciones de barbitúricos y curare. El doctor fue juzgado y considerado inocente. Más tarde, la Corte de Apelación revisó la sentencia y la revocó. El caso llegó hasta el Tribunal Supremo holandés, quien dictaminó que la actuación del médico estuvo justificada.

Adams salió del juicio como un hombre libre y, legalmente, inocente. Por entonces no podía sospechar que los rumores y las sospechas seguirían acosándole hasta el final de sus días.

El doctor Bodkin Adams recibió su salvación del cadalso con mesurada calma.

«En todo momento supe lo que iba a ocurrir -declaró-. Dios tiene un claro designio al hacerme pasar por esto. Nunca lo he tomado como una dura prueba.» Fue «raptado» por el Daily Express a la salida del juicio. Era el periódico que le había ayudado en todo

momento, defendiendo su causa, y que ahora, debido a su inversión de 10.000 libras, consideraba al doctor de su propiedad.

Mientras que el verdadero Adams era trasladado a Fleet Street, otro médico se encargaba de distraer a la prensa. En Fleet Street habían preparado una fiesta para celebrar el éxito, pero el doctor declinó tomarse la copa de champán que le ofrecieron. A medianoche le montaron en una camioneta de reparto de periódicos y le llevaron hasta un refugio en la costa. Allí un equipo de periodistas tenía el encargo de «sacarle» toda su historia. Cada abril, mes de la absolución, el doctor llamaba por teléfono al periodista Percy Hoskins, especialista de la sección criminal del Express, y le daba siempre el mismo mensaje: «Gracias por haberme dado otro año de vida.»

Otros tuvieron menos razones para celebrar fiestas. El juicio, y sobre todo la sorprendente actuación de la defensa, fueron estudiados y consagrados como un caso clásico que ejemplificaba la acción de la justicia británica. Sin embargo, alguien debía responsabilizarse de las meteduras de pata de la acusación. En menos de una semana se presentaron interpelaciones en el Parlamento.

Un miembro de la oposición laborista exigió «una investigación independiente sobre la preparación, organización y dirección del caso por los representantes de la Corona». El fiscal general rechazó sin más esta propuesta, pero arreciaron las críticas y nunca consiguió el puesto de ministro de Justicia que tanto había deseado.

Scotland Yard realizó una investigación interna sobre la manera de proceder durante la investigación policial. Se estudiaron en profundidad las relaciones entre el comisario Hannam y la prensa. Nunca se hicieron públicos los resultados, pero al cabo de un año su carrera en la policía llegó a su punto final, después se empleó en una agencia de seguridad privada.

El doctor se declaró culpable de catorce cargos de negligencia profesional ante los magistrados de Lewes (todas las irregularidades que salieron a la luz durante la investigación policial) y fue multado con 2.400 libras. A los cinco meses del juicio se revocó su derecho a recetar o poseer drogas peligrosas por el ministro del Interior.

En noviembre hubo de personarse ante el Consejo Disciplinario Médico y su nombre desapareció del registro médico oficial. Una Navidad los estudiantes de Eastbourne montaron una infamante parodia del villancico «Los 12 días de Navidad», con un coro que decía... «11 exhumaciones, 10 mujeres incineradas, nueve hipodérmicas, ocho recetas falsas, siete Rolls-Royce, seis solteronas enloquecidas...», hasta llegar a «un Bodkin Adams de Trinity Trees».

Sin embargo, el doctor no fue públicamente humillado ni expulsado de Ken Logde. A pesar de haberle retirado sus títulos profesionales, siguió tratando a pacientes que le fueron fieles, y siguió recibiendo sus legados. En la tienda de caramelos de Marsh, donde siguió comprando su chocolate suizo hecho a mano, nunca se oyó un sola palabra contra Adams.

Poco a poco volvió a hacer vida de sociedad; hasta el punto de que la reina de los carnavales de Eastbourne hizo el recorrido en su Rolls-Royce (el ex Rolls-Royce de

Hullet) sin levantar demasiados comentarios animosos. En 1961, tras varios intentos frustrados, fue incluido de nuevo en el registro oficial médico.

Y en ese momento se sintió lo suficientemente fuerte como para arremeter contra los acusadores de antaño. Presentó una demanda por injurias contra trece periódicos que en su día le habían denostado y llegó con ellos al acuerdo de que le pagasen una sustanciosa suma por haber demostrado excesivo celo en sus «investigaciones» y publicaciones anteriores al juicio. El doctor se mantuvo ojo avizor para el futuro y en 1969 aún obtuvo 500 libras de indemnización de un semanario, junto con una abyecta disculpa por invocar «la sombra del doctor Bodkin Adams» al comentar el fracaso de las inyecciones de numerario para revivir a la libra esterlina.

Cada vez le dedicó más tiempo al tiro, convirtiéndose en el presidente de la Clay Pigeon Shooting Association y también en su oficial médico honorario. La última copa la ganó a los ochenta años de edad. A los pocos meses, durante una excursión para practicar el tiro en Sussex, se rompió una pierna. La rotura se complicó, y a los tres días había fallecido.

El doctor Bodkin Adams sobrevivió a muchos de sus acusadores y defensores, pero los que le sobrevivieron a él volvieron a ocuparse del asunto con el mismo fervor de antaño. ¿Se libró este hombre del castigo por asesinato?, preguntaba el Mail on Sunday al dedicar varias páginas a la «verdad que ahora puede ser contada». El Daily Express reafirmó su convicción de que Adams era inocente. El Times lo definió como el «clásico enigma en los anales de los asesinatos múltiples». El fiscal general había muerto, pero Melford Stevenson, que había recibido entre tanto el título de caballero, mantenía intactas sus convicciones. Al periodista Rodney Hallworth le comentó: «Teníamos tanto material que era increíble. Tal como yo lo recuerdo había pruebas claras de seis casos de asesinato, y suficiente material para acusarle de asesinato en otra media docena. Tuvo una suerte tan increíble al librarse del patíbulo...»

El inspector Hannam había muerto, pero el comisario jefe Hewitt, ya retirado, el sargento de aquel caso, estaba tan convencido como siempre de la culpabilidad del doctor. «Los fallos que se cometieron fueron tremendos, ésa fue la suerte del doctor... De hecho, siempre he creído que este caso debería ser utilizado en los manuales de la policía para la instrucción de nuevos cadetes. Posteriormente he visto cómo se cometían los mismos errores del caso Adams en otros casos. Las lecciones que aprendimos tan duramente podrían haber beneficiado mucho a otras investigaciones.»

El funeral de Bodkin Adams constituyó un evento al que asistieron 150 amigos y pacientes, y millones de telespectadores. Un ex alcalde de la ciudad de Eastbourne elogió a Adams, «la víctima de una malintencionada campaña de rumores llevada a cabo por quienes nunca han sabido lo más mínimo sobre este verdadero hombre y sus formas de ejercer la medicina».

Después se leyó el testamento. El gran cazador de legados dejaba 402.907 libras netas que habían de ser divididas en cuarenta y siete partes, sin que ninguno de los herederos recibiese más de 5.000 en total.

Estos beneficiarios comprendían la que fue novia del doctor. Nora O'Hara, otras diecinueve amigas que «estuvieron a su lado en los días de sufrimiento», el ama de llaves, el chófer, el tendero, incluso el encargado de dar semanalmente cuerda a la colección de

relojes del doctor. Nadie fue olvidado y, fiel a sus convicciones hasta el último momento, el doctor Bodkin Adams, también le dejó un legado a su propio médico.

El comisario jefe retirado Hewitt cree que un testigo que falleció en medio de la investigación criminal pudo haber sido objeto de un «juego sucio». Esta ha sido la acusación, con mucho, más importante que se ha hecho después de la muerte del doctor Adams.

Hewitt dijo que la víctima era una tal señora Sharpe, directora de la casa de reposo donde se alojaron las hermanas Neill Miller y otros pacientes de Bodkin Adams. Hewitt y Hannam la visitaron en dos ocasiones.

«La señora Sharpe era la clave de todo el caso. Sabía dónde fueron enterrados los cuerpos y estaba dispuesta a hablar, aunque estaba asustada, atemorizada. En cualquier momento se derrumbaría. Nos bastaba una visita más...pero nunca fue posible entrevistarse con ella de nuevo. Murió mientras estuvimos ausentes. Es verdad que no gozaba de buena salud, pero es tan curioso que muriera justo cuando lo hizo y que fuera incinerada tan rápidamente. Siempre tuve la sensación, y nunca fue más que eso, una sospecha, de que el doctor aceleró un poco el momento de la muerte. Y como en tantas otras ocasiones, nos dejó sin cadáver.» Una investigación posterior estableció que la directora de la casa de reposo llamada Annie Sharpe falleció de cáncer el 13 de noviembre de 1956, a la edad de setenta y seis años. ¿Se salió el doctor de nuevo con la suya asesinando a la anciana, o era inocente?

Bodkin Adams sorprendió a la acusación: durante todo el juicio estuvo sentado y erguido, sin pronunciar palabra. Según las leyes inglesas, estaba en su derecho. Pero con esta actitud hizo surgir la pregunta de si no resultaría más conveniente autorizar a la acusación para que pudiera interrogar al acusado bajo juramento.

Sir Melford Stevenson, un miembro de la acusación, se seguía sulfurando muchos años después: “Teníamos una verdadera montaña de material para interrogar a Adams -se quejaba-. Creo firmemente que la ley actual no sirve a los propósitos de la justicia”.

El juez mantenía, sin embargo, una opinión completamente diferente. Le dijo al jurado: “El terror que sentimos ante la idea de que un hombre pueda ser interrogado, obligado a hablar y quizás a condenarse mediante sus propias palabras es tan grande, que otorgamos a cualquier sospechoso de un crimen, en todo caso, y hasta el final, el derecho a decir: “No me hagan ninguna pregunta. No contestaré a ninguna. Demuestren sus tesis...”

En 1967, y como consecuencia directa del caso Adams, se modificó la ley para dejar a la defensa la decisión de si la prensa debía tener acceso a la sala de los procesos de instrucción.

El caso inspiró a una serie de autores. Sybille Bedford escribió una descripción, ya clásica, del proceso, reflejando la atmósfera durante el juicio. Concluía diciendo que el doctor era inocente, aunque también que había tenido la enorme suerte de contar con un equipo brillante que le defendiera, y un juez de inteligencia fuera de lo común. Otros periodistas redactaron asimismo relatos sobre el juicio. Algunos se pronunciaron a favor del doctor; otros, con la misma rotundidad, en su contra.

En 1985 el juez del proceso se pronunció sobre el mismo. El ahora Lord Devlin se convirtió así en el primer juez que escribió un libro sobre un juicio que le tocó presidir.

Con un ingenio devastador, Devlin se burlaba de las argumentaciones del fiscal general. Después pasaba a exponer sus propias conclusiones. Sugería que el doctor Adams podía haber estado «operando» en esa zona gris que hay entre lo legal y lo ilegal: que quizá fuera un mercenario de la eutanasia, un hombre compasivo, y al mismo tiempo codicioso, dispuesto a «vender la muerte». Y que, si ése era el caso, «deshonraba a una gran profesión».

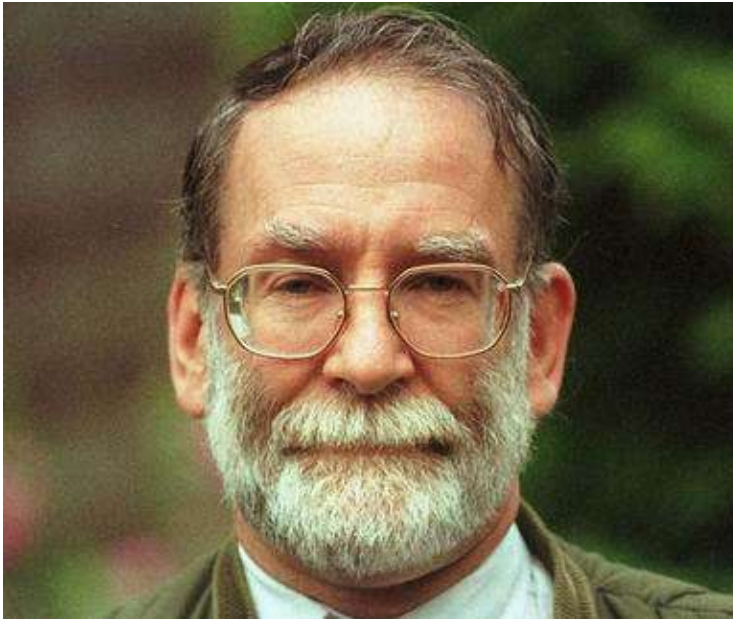
Lord Devlin se volvía entonces detective, y escudriñaba las últimas horas de la señora Morrell, reexaminando las pruebas abortadas. Analizaba la cuestión de la gran jeringuilla que, según testimonio de la enfermera, se llenó del inofensivo paraldehído. El juez recalca que el paraldehído tenía un olor desagradable, intenso, y muy característico, que habría invadido la habitación de la enferma. Sin embargo, la enfermera Randall no parecía haber olido nada. También hacía referencia a un comentario que no fue aceptado como prueba. La enfermera declaró que la paciente le dijo que el doctor le había prometido que «no permitiría que sufriese al final».

Después, Devlin se ocupaba de los tres frascos de heroína -75 tabletas que hacían 12 gránulos y medio- adquiridos en la farmacia de Browne la víspera de la muerte de la señora Morrell. «¿Existió el paraldehído? -se preguntaba Devlin-. La única prueba la aportó el propio doctor.» De los tres frascos de heroína nadie dio cuenta nunca.

El juez repasaba varias explicaciones de lo sucedido, exponiendo que sospechaba que el médico había dejado la inyección cargada con una dosis letal de heroína antes de dejar a la enfermera a cargo del cuidado de la enferma. Citando los comentarios que hizo el propio doctor a la policía sobre «facilitar el tránsito», Lord Devlin deducía: «Él no creía ser un asesino, sino un “dispensador” de la muerte. Según lo entendía él, no había hecho nada incorrecto. No había nada malo en un doctor que recibía un legado, ni en lo que él concedía a cambio, ¿pensaría que era “a cambio”? una muerte placentera como la que proporcionaba la heroína.»

El fiscal general debía de haber tenido también sus sospechas sobre el paraldehído... Pero, ¿por qué no las expuso? De nuevo, Lord Devlin ofrecía una posible explicación: no era la solución que deseaba la acusación. «Quitarle la vida a una debilitada mujer en su lecho de muerte hubiese sido un pobre final para la historia de la masacre de Eastbourne.»

HAROLD SHIPMAN



Harold Frederick “Fred” Shipman (14 de enero de 1946 – 13 de enero de 2004) fue un médico británico, acusado de matar a 218 de sus pacientes, corroborado solamente en 15 de ellos. Es conocido por ser uno de los peores asesinos en serie de la historia moderna.

En el año 2000, Shipman fue condenado a 15 cadenas perpetuas consecutivas por los asesinatos de 15 de sus pacientes.

Después del juicio, la policía siguió investigando los archivos del doctor Shipman o como lo apodaron posteriormente, el doctor “Muerte”, ya que se estimaba que Shipman había asesinado muchas más veces y que podría haber llegado a matar a 215 pacientes, probablemente autor de más de 250 homicidios, de los cuales el 80% de ellos eran mujeres. También las edades de las víctimas eran un cuestionamiento para la policía, ya que la persona más joven que Shipman había matado entre esos 15 corroborados, era Peter Lewis de 41 años de edad. Finalmente, las investigaciones terminaron con un posible saldo de 250 víctimas, pero se cerró la investigación con el número oficial de 218 asesinatos altamente probables.

Muchas de las legislaciones británicas sobre cuidado médico y a la medicina fueron repasadas y modificadas notablemente como resultado directo e indirecto de los crímenes de Shipman, especialmente después de los resultados de las investigaciones sobre Shipman (comenzadas el 1 de septiembre de 2000).

Adolescencia y juventud

La madre de Shipman, Vera, falleció en 1963 a causa de cáncer, cuando Shipman contaba con 17 años de edad; Shipman era un niño hiperprotegido y sobrevalorado; cuando enfermó era aliviada por inyecciones de morfina, algo que Shipman utilizaría luego como parte de su ritual de asesino en serie como procedimiento para matar por sobredosis. Tras su fallecimiento, estudió con notas muy discretas en la High Pavement Grammar School, Nottingham, Nottinghamshire, Inglaterra, Reino Unido, y en la Universidad de Leeds desde 1964, donde luego conocería a su futura esposa, Primrose.

Se casaron el 5 de noviembre de 1966, cuando Shipman contaba con 20 años de edad, y ella concebiría el primer hijo de la pareja, Sarah, el día de San Valentín de 1967, cuando el joven Shipman tenía 21 años. Sería la primera hija de un total de 4 hijos. En 1970, Shipman se licenciaría en Leeds y comenzaría a trabajar en Pontefract General Infirmary, en Pontefract, West Riding of Yorkshire.

Tras su muerte, los investigadores llegarían a la conclusión de que la primera víctima de Shipman fue un niño; luego empezó a matar en 1970 a pacientes en custodia policial durante sus trabajos para el servicio carcelario.

En 1974 Shipman conseguiría su primer trabajo estable, 12 millas al oeste de Halifax, West Yorkshire.

En 1975 Shipman sería arrestado por primera vez por falsificar documentos para conseguir petidina para su propio uso, pues se había enganchado a esta droga para soportar el estrés que se causaba a sí mismo por no delegar funciones en enfermeros y en el personal de laboratorio: él mismo ponía las inyecciones y hacía los análisis. Por este hecho, Shipman fue enviado a un hospital de rehabilitación de drogas en North Yorkshire, y después del tratamiento fue declarado rehabilitado. Tras un breve trabajo en Durham ingresa en el centro médico de Hyde, Gran Manchester, en 1977.

Shipman continuó trabajando como médico en Hyde durante la década de los '80, hasta que en 1993 fundó su propia clínica en Market Street, haciéndose un respetable miembro de la comunidad.

Detención

En marzo de 1998, la Doctora Linda Reynolds de la Brooke Surgery en Hyde, frente a la clínica de Shipman, fue a visitar a John Pollard, el coronel de distrito de South Manchester, preocupada por los altos índices de mortalidad entre los pacientes de Shipman. También habló de las cremaciones realizadas, de fallecidos ex-pacientes de Shipman, en su mayoría mujeres mayores. Luego, al finalizar, la doctora diría que Shipman estaba matando a sus pacientes, pero no sabía si era por negligencia o intencionadamente.

El caso atrajo inmediatamente la atención de la policía, quien no tenían suficientes pruebas como para arrestar a Shipman y levantar cargos contra él (en la investigación posterior sobre los crímenes de Shipman, culparían a la policía por asignar oficiales inexpertos al caso). Durante el tiempo de investigación, el caso fue abandonado el 17 de abril, con la eventual detención de Shipman como portada. En ese lapso, Shipman asesinó tres personas más.

La última de estas tres era Kathleen Grundy, una anciana de Hyde. El 24 de junio de 1998 murió en su casa. La última persona en verla con vida había sido el doctor Shipman, quien luego firmaría su certificado de defunción.

La hija de Grundy, la abogada Angela Woodruff, quedó consternada cuando el abogado de su madre, Brian Burgess, le informó que la última voluntad de su madre había sido desheredarla de las 386.000 libras esterlinas que tenía para dárselas a su doctor, Harold Shipman. Woodruff fue a la policía e informó de lo que pasaba. El cuerpo de Grundy fue exhumado y examinado, y fue cuando se le encontraron rastros de morfina. Con estas pruebas, Shipman fue finalmente arrestado el 7 de septiembre de 1998 y le encontraron una máquina de escribir, del tipo usado para falsificar el documento de herencia.

Después de esto, la policía comenzó a examinar otras muertes certificadas por Shipman y elaboró una lista de 15 muertes para investigar. En los 15 casos, hubo sobredosis de

morfina. Los certificados de estos 15 pacientes, los había firmado Shipman y explicaban que los pacientes estaban en “mal estado de salud”.

Juicio y encarcelamiento

El juicio de Shipman, cuyo juez fue Mr. Forbes, comenzó el 5 de octubre de 1999. Shipman fue procesado por las muertes de Marie West, Irene Turner, Lizzie Adams, Jean Lilley, Ivy Lomas, Jermaine Ankrah, Muriel Grimshaw, Marie Quinn, Kathleen Wagstaff, Bianka Pomfret, Naomi Nuttall, Pamela Hillier, Maureen Ward, Winifred Mellor, Joan Melia y Kathleen Grundy, ocurridas entre 1995 y 1998.

Después de que el jurado deliberase 6 días, Shipman fue condenado el 31 de enero de 2000 por el asesinato de 15 de sus pacientes, a los que mató con inyecciones letales de morfina. El juez lo condenó a 15 cadenas perpetuas consecutivas y recomendó que nunca fuese liberado. Dos años después, el aquel entonces Secretario de Gobierno David Blunkett, aceptó esta recomendación del juez, justo meses antes de que el gobierno británico perdiera el poder de fijar las sentencias mínimas de los asesinos.

En febrero de 2002, Harold Shipman fue expulsado del Registro Nacional de Médicos británicos.

Shipman negó insistentemente su culpabilidad (su defensa disputó la evidencia forense contra él) y nunca hizo declaraciones sobre sus actos. Su defensa intentó, en vano, que no se le procesara por el asesinato de la señora Grundy, alegando que no había motivos suficientes para inculpar a Shipman.

Aunque podrían haber sido traídos al juicio muchos otros casos, se concluyó que sería difícil tener un juicio justo, a la vista de la publicidad enorme que tenía el juicio original. En cualquier otro caso, sería innecesario llevarlo a juicio, estando las sentencias existentes. La investigación contra Shipman, concluyó que el doctor habría matado a unas 250 personas.

Algunas personas dicen que los asesinatos dirigidos hacia mujeres mayores, se debían a que Shipman había sufrido mucho con la dolorosa muerte de su madre que murió cuando él era joven mientras que otros dijeron que era un deseo arrogante de poder controlar quién vivía y quien moría, es decir, de controlar vida y muerte.

En la cárcel su compañero de celda estaba tan aterrorizado por lo que decían de Shipman que decidió suicidarse; pero Shipman le salvó la vida, y desde entonces fueron amigos. Shipman mataba sólo a gente que correspondía a su victimología y con el ritual correspondiente: mujeres ancianas y con inyección de morfina.

Sin embargo, Shipman fue encontrado colgado en su celda de la prisión de Wakefield a las 6:20 AM del 13 de enero de 2004, un día antes de cumplir 58 años y declarado muerto a las 8:10 AM. El servicio carcelario informó que Shipman se había ahorcado en los barrotes de su celda, con las sábanas de su cama. Algunos periodistas británicos expresaron alegría por el suicidio de Shipman y alentaron a otros asesinos en serie a seguir su ejemplo. El periódico The Sun fue criticado por su portada festiva anunciando la muerte de Shipman que decía Ship, Ship, Hurra!.

Sin embargo, las familias de las víctimas expresaron incertidumbre, ya que con la muerte de Shipman nunca tendrían la satisfacción de que Shipman explicara por qué había asesinado a los pacientes. David Blunkett expresaría ante tanto júbilo “Si usted despierta y recibe una llamada diciéndole que Shipman se ha suicidado, usted piensa ¿será demasiado temprano para abrir una botella? y entonces descubre que muchos están lamentados de este hecho”, haciendo referencia a la incertidumbre de las familias de las víctimas.

El motivo del suicidio de Shipman nunca fue esclarecido, aunque según su oficial de libertad condicional, Shipman consideraba el suicidio como una manera de que su esposa pudiera recibir una pensión del servicio médico nacional y una suma global, aunque lo habían privado de su pensión. Su esposa recibió una pensión del servicio médico nacional. Si Shipman hubiera tenido 60 años o más, su esposa nunca habría cobrado nada. El estudioso de perfiles del FBI John Douglas ha afirmado que los asesinos en serie están obsesionados con la manipulación y el control y que suicidarse en la cárcel bajo custodia policial, es su gesto final de control.

Una de las preguntas que vinieron después fue el por qué Shipman no tuvo custodia exhaustiva para evitar su suicidio, que sí había tenido en las prisiones de Mánchester y de Frankland, después de haber amenazado con suicidarse.

Poco después de la muerte de Shipman, sir David Ramsbotham escribió un artículo para el periódico The Guardian que condenó las cadenas perpetuas, alegando que si se les diera a los condenados sentencias con posibilidad a la libertad condicional, y no las sentencias indefinidas, los reos tendrían esperanza de salir de prisión y se evitarían suicidios como el de Shipman.

Después del suicidio

No se sabe ni cuando empezó Shipman a asesinar pacientes ni cuántos mató. Un informe hecho en julio de 2002 sobre las actividades de Shipman concluyó que había matado a por lo menos 215 pacientes entre 1975 y 1998, durante su estancia en Todmorden, West Riding Yorkshire (1974-1975) y Hyde, Chesire (1977-1998). La jueza Janet Smith dijo que muchas otras muertes sospechosas no podían atribuirse directamente a él. La mayoría de las víctimas eran mujeres mayores que gozaban de buena salud, según los informes presentados después de su suicidio.

En el sexto y final informe, publicado el 27 de enero de 2005, Smith reveló que creía que Shipman había matado a tres pacientes, y que tenía serias sospechas acerca de cuatro muertes más, entre ellas la de una niña de cuatro años de edad, al inicio de su carrera médica en el hospital general de Pontefract (West Riding Yorkshire). Smith concluyó que el número probable de las víctimas de Shipman entre 1971 y 1998 era 250. En total, 459 personas murieron mientras estaban bajo su cuidado. Es incierto cuántos de éstos eran víctimas de Shipman, pues él era a menudo la única persona que certificaba las muertes.

La investigación sobre Shipman también incluyó recomendaciones de cambios en la estructura del consejo médico general.

Seis médicos que habían firmado cremaciones de víctimas de Shipman fueron acusados de mala práctica por el consejo médico general, que declaró que ellos debían haber notado el patrón de visitas que Shipman efectuaba con sus pacientes antes de que ellos murieran.

Finalmente los médicos fueron absueltos de culpa y cargo. La viuda de Shipman, Primrose Shipman, fue citada para dar testimonio acerca de dos de las muertes durante la investigación. Mantuvo su inocencia y también la inocencia de su esposo.

En octubre de 2005, una audiencia similar fue llevada a cabo contra dos médicos que trabajaron en el hospital general de Tameside en 1994, y que no detectaron que Shipman administraba dosis brutales de morfina a sus pacientes.

Hubo otra investigación en 2005 sobre el suicidio de Shipman. Se concluyó que el suicidio no podría haber sido predicho o prevenido, pero que los procedimientos debían no obstante ser reexaminados.

En 2005 se divulgó que Shipman pudo haber robado las joyas de sus víctimas. Sobre joyas por el valor de £10.000 que habían sido encontradas en su garage en 1998, y en marzo de 2005, con Primrose Shipman presionando para que le sean devueltas, la policía escribió a las familias de las víctimas de Shipman para que identificaran las joyas.

Los artículos no identificados se entregaron en mayo. En agosto la investigación terminó con 66 piezas devueltas a Primrose Shipman y 33 piezas que ella confirmó que no eran suyas, y que fueron subastadas. Los ingresos de la subasta fueron a una fundación. La única pieza que volvió realmente a una familia era un anillo de platino-diamante, que la familia identificó con una fotografía como prueba de propiedad.

Un jardín en memoria a las víctimas de Shipman, llamado el Jardín de la Tranquilidad fue abierto en Hyde Park el 30 de julio de 2005.

En la cultura popular

Harold y Fred (They Make Ladies Dead) fueron unas historietas cómicas publicadas por Viz en 2001, en la que también aparecía el asesino también inglés Fred West.

En 2002 se emitió una dramatización televisiva del caso, llamada Shipman, con James Bolam como Harold Shipman.

En un episodio de la serie televisiva La Ley y el Orden, llamado “D.A.W.N”, los detectives Robert Goren y Alexandra Eames investigan a un doctor sospechoso de ser un asesino en serie. Muchos de los aspectos del episodio hacen referencia a Shipman, como la drogadicción del personaje en su juventud y la cantidad de muertes de las que se le acusaba. En la parte final del episodio, cuando se confronta al sospechoso con las pruebas, aparece un hombre con barba gris y anteojos, muy parecido a Shipman. El episodio también incluye irónicamente a un personaje llamado “Hal Shipman”.

The Fall y Jonathan King han hecho canciones referentes a Shipman. La canción de King ha sido muy polémica, ya que 6 meses después los medios la tomarían como medio de defensa hacia Shipman impulsando a los oyentes a no culpar a alguien por influencia de los medios de comunicación.

Harold Shipman, un médico británico de cabecera de 52 años, tiene asegurado un destacado y macabro puesto en la historia delictiva del Reino Unido. Acusado formalmente del asesinato de ocho de sus pacientes, todos ellos mujeres, la policía de Hyde, localidad cercana a Manchester, exhumó ayer un décimo cadáver.

La investigación, que es llevada a cabo con gran sigilo para no herir los sentimientos del vecindario, incluye sospechas de hasta 60 asesinatos más. Él niega los hechos y su esposa Primrose, un año menor, suspira anonadada cada vez que los jueces acusan al doctor de un nuevo crimen.

Los tribunales le han citado ya para finales del mes en curso y para enero próximo. Winifred Mellor y Joan Melia, ambas fallecidas a los 73 años y Bianca Pomfret, desaparecida a los 49, son las tres primeras víctimas de cuya suerte deberá responder ahora Shipman. Otras cinco antiguas pacientes, cuyos nombres aún no han trascendido, figuran en la siguiente lista a examinar por los jueces. Muertas entre 1997 y 1998, el médico fue casualmente la última persona que las vio con vida. Los certificados de defunción llevaban además su firma, algo natural puesto que se trataba de su médico de cabecera.

Cuando el caso empezaba a cobrar fuerza, Shipman accedió a posar unos minutos para las televisiones nacionales. De estatura media, pelo cano y gafas de montura metálica, mostró cierta impaciencia pero contuvo el gesto. En los dibujos realizados en la sala de vistas cada vez que comparece para ser inculcado de otro asesinato, aparece ahora alicaído y cabizbajo. Sus vecinos, que le conocen de siempre, no salen de su asombro.

En cambio, a la hija de Kathleen Grundy, que dio la voz de alarma, la actitud del médico no le sorprende ya.

Cuando su madre, una viuda de 81 años, falleció repentinamente a pesar de su legendaria buena salud tuvo sus dudas. Al descubrir que la anciana había modificado su testamento a favor del médico dos semanas antes de desaparecer tomó una resolución. Si su madre, que adoraba a sus nietos, era capaz de dejarle 75 millones de pesetas a Shipman, había que investigar las causas reales de la muerte.

Desde que fue alertada, la policía se enfrenta a una de las tareas más angustiosas de su servicio. Tiene que exhumar los cadáveres de mujeres que llevan bien poco tiempo bajo tierra y eran conocidas en todo Hyde.

Denis Maher, sacerdote de la parroquia local de San Pablo, acompañó a los detectives hasta el cementerio cuando sacaron a Marie Quinn, de 67 años. Como en otras ocasiones, forenses y agentes actuaron de noche para no atraer curiosos. Con ayuda de una grúa e iluminados por focos especiales, los restos de la mujer fueron depositados en un lienzo y llevados al instituto anatómico para su examen. “Cuando alguien muere y le dices adiós en un funeral pasa una página solemne. Ahora tenemos que regresar y es horrible”, ha reconocido el padre Maher.

Bernard Postles, el detective al frente del caso, no quiere fomentar la imaginación popular y repite que no dará cifras de posibles muertes. “Un hombre ha sido acusado de asesinato y el caso está aún pendiente de resolución”, dice cuando es preguntado por Harold Shipman. Terapeutas y psicólogos tienen también asignada una delicada labor.

A medida que avanza la investigación, los familiares de las víctimas se hunden cada vez más en la rabia y la desesperación. Confortarles y reunirles para que compartan su dolor y se apoyen mutuamente ha sido una de las primeras medidas adoptadas. En cuanto a

Primrose Shipman, nadie en Hyde osa hablar de ella. Libre por ahora de toda sospecha no puede evitar sobresaltarse cuando su hasta hace poco respetado marido accede al banquillo de los acusados.

Harold Shipman, un médico de cabecera de Manchester, de 53 años, acusado del asesinato de 15 de sus pacientes, todas ellas mujeres ancianas, ha hecho historia legal en el Reino Unido antes incluso de comparecer ante los tribunales. Su juicio, iniciado ayer en medio de gran expectación, es el mayor proceso por asesinato múltiple registrado en los anales judiciales del Reino Unido.

Las víctimas confiaron en un profesional que el fiscal describió ayer como un hombre soberbio que mató “por puro placer”. Con su barba canosa, el pelo bien recortado y unas gafas corrientes, el aspecto de Harold Shipman no difiere del de tantos de sus colegas que atienden consultas ciudadanas en todo el país. La suya, abierta en Manchester desde hace más de dos décadas, le había convertido en una figura conocida y respetada.

Muchas de sus pacientes eran ancianas con dificultades para moverse, y él las visitaba a domicilio. Algo también común entre los médicos de cabecera británicos. En el caso de Shipman, sin embargo, tanta familiaridad iba a costarles muy cara a 15 de sus enfermas.

Según la acusación, entre 1995 y 1998, el médico las asesinó inyectándoles una dosis letal de morfina. En una ocasión, además, consiguió modificar antes el testamento de la víctima, Kathleen Grundy, antigua alcaldesa de Hyde, localidad cercana a Manchester.

La mujer, aunque tenía 81 años, era activa y vital, pero falleció de repente dejando su fortuna, 400.000 libras (más de cien millones de pesetas) al médico de toda la vida. Las sospechas levantadas por un cambio tan repentino de la última voluntad llevaron a la policía a iniciar las investigaciones. Shipman niega todos los crímenes, pero durante los tres próximos meses deberá explicar las muertes de otras 14 mujeres cuyas edades rondaban entre los 49 y los 82 años.

Teniendo en cuenta que sólo la alcaldesa disponía de una abultada cuenta bancaria, Richard Henriques, el fiscal que ayer abrió el proceso, considera que el médico asesinó otras veces “por puro placer”. Sus crímenes, efectuados en el domicilio de las víctimas, la mayoría de las cuales vivía sola, fueron un acto de arrogancia, según la acusación. “Una forma de ejercer un control absoluto sobre la vida, y en este caso la muerte también, de unas mujeres vulnerables”, dijo Henriques en el tribunal de Preston, cercano a Manchester.

Primrose, la mujer de Shipman, escuchó algo temblorosa las palabras del fiscal. Convertida en la mejor valedora de su marido, le acompañó el pasado septiembre a comisaría cuando el médico decidió presentarse voluntariamente ante la policía. Los agentes le arrestaron pocas horas más tarde. Sus cuatro hijos, tres chicos y una chica, también le apoyan. Lo mismo ocurre con varios de sus amigos, que lo consideran incapaz de lastimar a nadie.

Las diligencias policiales presentan una imagen bien distinta del acusado. Seguro de sí mismo y respetado por sus vecinos, Shipman permaneció impasible cuando la policía revisaba los historiales médicos de sus 15 pacientes. Durante varias semanas negó con firmeza haber cometido crimen alguno. Sólo la decisión de exhumar los cadáveres,

tomada de común acuerdo con los familiares de las fallecidas, le hizo cambiar de actitud. Para la ciudad, que vio cómo eran desenterradas, noche tras noche, todas las mujeres, el vecino de siempre pasó a convertirse en el Doctor Muerte que nadie deseaba tener cerca.

Cuando Harold Shipman, de 54 años, fue detenido en 1998 por haber falsificado el testamento de una de sus pacientes, Kathleen Grundy, de 81 años y antigua alcaldesa de Hyde, la policía de la ciudad de Manchester abrió una de las más penosas diligencias criminales recordadas en la historia criminal británica.

El comisario Bernard Postles sospechaba que la dama en cuestión había sido asesinada y temía que otras ancianas hubieran sufrido la misma suerte. El estudio encargado por Sanidad a Richard Baker, experto en auditorías clínicas de la universidad de Leicester y remitido ayer a la Fiscalía General, ha venido a confirmar los miedos del policía.

Harold Shipman, un hombre muy querido por sus pacientes, no sólo inyectó dosis mortales de diamorfina, un poderoso anestésico, a 15 pacientes indefensas, delito por el que cumple cadena perpetua. A lo largo de 24 años de carrera aplicó sus conocimientos a procurar la muerte de por lo menos 236 enfermos, posiblemente hasta 300, en lugar de aliviar sus dolencias, según el Ministerio de Sanidad.

En una labor sin precedentes elaborada en secreto hasta ayer, Richard Baker, antiguo médico de familia como Shipman, examinó los archivos relativos a su colega desde que éste obtuviera el título en 1974. Durante un año, Baker siguió el rastro dejado por el asesino en las localidades cercanas a Manchester donde ejerció hasta establecerse en Hyde.

Baker comparó primero el número de certificados de defunción firmados por Shipman con los expedidos en otras consultas similares de la región. A continuación tuvo que establecer las causas de cada muerte, a base de preguntar a los familiares el tipo de tratamiento que recibieron los fallecidos y los detalles del óbito. Para su sorpresa, la mayoría de los desaparecidos eran mujeres de avanzada edad que perecían de repente en su hogar y a primera hora de la tarde. En todos los casos, el médico las había visitado de improviso.

Una vez recopilados los datos, Baker hizo sus cálculos y vio que las cifras no casaban. En un cuarto de siglo, Shipman había informado de 236 muertes más en pacientes a su cargo -casi una al mes- que el resto de sus colegas. Para el comisario Postles, las conclusiones del estudio oficial han corroborado sus peores recelos.

A pesar de que sólo nueve de los 12 cadáveres exhumados hasta la fecha -todos pertenecientes al grupo de 15 mujeres cuyo asesinato ha podido demostrarse- mostraban restos de diamorfina, las circunstancias de la muerte de las 200 personas investigadas por sus agentes son similares a las de este grupo oficial de víctimas.

‘Lees el trabajo de Baker y casi puedes titularlo Muerte al atardecer’, dijo ayer Liam Donaldson, funcionario médico del Gobierno que suele anunciar las medidas sanitarias que afectan a todo el país. ‘La estricta supervisión a que están sometidos hoy todos los médicos británicos, no sólo los de cabecera, impide que este tipo de tragedias pueda repetirse’, añadió ayer, mientras los parientes de los muertos pedían que Shipman fuera juzgado de nuevo por sus crímenes.

Dicha posibilidad ha sido descartada por la propia Fiscalía General, que no cree que el médico pudiera tener un proceso justo a estas alturas. ‘La publicidad dada al caso ha sido de tal magnitud que ningún jurado sería capaz de ofrecer un veredicto ecuánime si lleváramos otra vez a Shipman ante los jueces’, en palabras de David Calvert, uno de sus portavoces. Para los hijos de las muertas, si los tribunales no pueden condenarle otra vez habría al menos que forzarle a que pidiera perdón por sus crímenes.

‘Mientras no lo haga, no tendremos paz. La pena, el horror y la repugnancia que sentimos no cesarán hasta que Shipman explique lo que hizo’, aseguró anoche Jayne Gaskell, que perdió a su madre a manos del médico. ‘La única persona de la que nadie sospecharía algo así’, según la asociación formada por los familiares de las víctimas.

Para la juez Janet Smith, de 60 años y miembro del Tribunal Supremo, empieza ahora una de las labores más delicadas de su carrera. Sin fecha definitiva de apertura pero fijada para este año, la investigación que presidirá debe analizar el trabajo de Shipman, así como las negligencias, si es que las hubo, de la división de medicina familiar de la Asociación Médica Británica que le permitieron matar sin ser descubierto durante tantos años, y las normas que rigen el uso de drogas tan fuertes como la diamorfina por parte de los profesionales.

‘Las familias saben que será un análisis prolijo y amargo, pero lo dan por bien empleado si con ello se evitan casos similares’, admitió ayer Ann Alexander, la abogada de los hijos de las fallecidas.

Originario de Nottingham, Harold Shipman obtuvo la licenciatura en medicina en 1970. Seis años después, comparecía por vez primera en su vida ante los jueces por haber sustraído petidina, un sustituto de la morfina, del hospital donde trabajaba. Dicha adicción le valió una multa de 165.000 pesetas y un desprestigio profesional del que le costaría años recuperarse.

Para cuando abrió su propia consulta en Hyde, había pasado más de una década y el médico era uno de los vecinos más respetados de la pequeña localidad próxima a Manchester. Los pacientes se disputaban al especialista siempre solícito y dispuesto a visitarles a domicilio, incluso sin cita previa.

En agosto de 1998, sus aparentes desvelos revelaron un lado siniestro al saberse que la policía local investigaba la muerte de una veintena de sus enfermos.

Un año después, Shipman era sentenciado a cadena perpetua por el asesinato de quince ancianas sin posibilidad alguna de redención de pena por buena conducta. Una condena que cumple en estos momentos en el ala para enfermos mentales de la prisión de Frankland, al norte de Inglaterra.

Allí es despertado todas las mañanas a las 7,45 para trabajar en la traducción de libros al lenguaje braille para ciegos. Allí le visita también a menudo su esposa, Primrose, de 50 años, que le ha defendido en todo momento.

Según los demás presos, la pareja bromea y se muestra alegre y despreocupada durante las visitas. El pasado no lo mencionan nunca, ni siquiera cuando acuden a verle sus cuatro hijos, tres chicos y una chica, de edades comprendidas entre los 33 y los 18 años.

A la policía le sorprende tanta tranquilidad. Desde que el médico fuera encarcelado, agentes llegados de Manchester han intentado hablar con Shipman de lo ocurrido. En especial, les gustaría saber cuántos pacientes murieron a sus manos, porque las cifras manejadas hasta hoy no hacen más que variar. Pero el recluso más odiado del Reino Unido no está dispuesto a satisfacerles. Y guarda silencio.

El médico de cabecera británico Harold Shipman, de 56 años, se convirtió ayer en el mayor asesino en serie de la historia, con al menos 215 pacientes muertos desde 1975 (todos mediante una inyección letal de morfina).

Así lo establece una investigación judicial abierta tras la sospecha de que los 15 asesinatos por los que fue condenado a cadena perpetua en 2000 no fueran los únicos. La pesquisa, que incluso sostiene que la cifra de asesinatos podría alcanzar los 260, concluye que Shipman era un 'adicto al crimen'. El médico, apodado El Doctor Muerte, siempre ha negado las imputaciones.

La investigación, conducida por la magistrada del Tribunal Supremo Janet Smith, de 60 años y una figura carismática en el Reino Unido, se ha nutrido de informes policiales y médicos y de testimonios de familiares de las víctimas. La juez ha examinado un total de 888 muertes de pacientes de Shipman. Una segunda fase de la investigación pretende saber cómo fue posible la impunidad de Shipman y sentar las bases para impedir casos así.

La investigación califica esa impunidad de 'horrible e inexplicable'. 'Ha sido un trágico fallo en los sistemas lo que ha permitido que los crímenes de Shipman permanecieran ocultos muchos años; traicionó la confianza de la gente y también a la profesión a la que tan mal sirvió', dijo ayer John Chisholm, de la Asociación Británica de Médicos.

Shipman, prevaliéndose de su profesión, médico de cabecera, mató inyectándoles morfina (era adicto) a 171 mujeres y 44 hombres, de entre 93 y 41 años. El asesino múltiple empezó su negro recorrido en 1975 en Todmorden: la víctima fue Eva Lyons. Su escalada criminal, paralela a la profesional, prosiguió en el centro sanitario Donneybrook de la pequeña localidad de Hyde, cerca de Manchester, donde cometió 71 crímenes. En esa misma ciudad, el respetado y querido Shipman, estableció en 1992 consulta privada en una céntrica calle: allí planearía 143 asesinatos. Tal fue la concentración, que hasta siete víctimas vivían en la misma manzana.

'Nadie que lea el informe de la investigación puede evitar quedar anonadado por la enormidad de los crímenes cometidos por Shipman y, como yo, por la simpatía hacia sus víctimas y los familiares. Es un completo y meticuloso recuento de la criminalidad de Shipman, cuyo grado no creo sea posible en otro hombre', declaró la magistrada Smith, quien ofreció toda su solidaridad a las víctimas y las familias.

Las conclusiones oficiales, que detallan cada caso, se facilitaron a los familiares de las víctimas el pasado miércoles, para dar un margen antes de que la noticia apareciese en los medios. 'Tanta gente se siente tan hundida, tan sacudida por la noticia de que su padre,

su madre o su abuela no tuvo la muerte en paz que creían, sino que fueron asesinados', se lamentó ayer Denis Maher, párroco católico de Hyde.

El informe hace recomendaciones para corregir los fallos que permitieron que se prolongara la siniestra actividad de Shipman. Por ejemplo, pide controlar más rigurosamente los fármacos que utilizan los médicos e insta a vigilar los procedimientos oficiales post mortem con las víctimas, tras constatar que a pocos de los asesinados por Shipman se les realizó la autopsia y que en la mayoría de los casos se practicó inmediatamente la cremación.

Además, el criminal indicaba, en los certificados de defunción, falsas causas de muerte, con lo que la versión pasaba a ser oficial. De hecho, Shipman certificó en 25 años la muerte de 521 personas (300 veces más que el médico que más certificados había expedido en el Reino Unido).

Estos clamorosos datos, sin embargo, no levantaron la sospecha de nadie, como tampoco lo hizo el que el 80% de sus pacientes falleciera sin la presencia de un familiar (el doble de la media británica). Muchos murieron entre la comida y el té, aunque los expertos aseguran que no puede hablarse de unas horas más propicias que otras para el deceso.

'Mataba, y después se comportaba de muy variadas formas y ofrecía múltiples explicaciones de lo que había pasado. La manera de matar de Shipman, incluso ante los familiares, y cómo salía sin sospechas sería calificado de invención si apareciera en una obra de ficción', explicó la magistrada.

Testamento falso

La detención de Shipman se produjo en 1998 por falsificar a su favor el testamento de su última víctima, Kathleen Grundy, de 81 años, ex alcaldesa de Hyde. La heredera legítima advirtió la maquinación y presentó denuncia. La espoleta policial se activó. El comisario Bernard Postles, quien ya sospechaba que Grundy había sido asesinada y que podía haber precedentes, abrió una investigación en toda regla. Exhumó 12 cadáveres y encontró en todos ellos restos de morfina. Comparó circunstancias y ató cabos.

Cuando le detuvieron, Shipman tenía en el registro de su consulta 3.000 pacientes.

La policía excluyó ayer la apertura de un nuevo proceso porque, dada la publicidad generada por el caso, no puede garantizarse un jurado imparcial. La mujer de Shipman, Primrose, declinó hacer comentarios. Siempre le ha apoyado.

Una inyección de morfina en la memoria

'Mi madre tenía fe total en él y eso es lo más doloroso para mí: puedo verla sonriéndole mientras él le ponía aquella inyección; ella creía que era para curarla', recuerda Chris, directivo del Manchester City, cuya madre, Violet Bird, de 60 años, murió en 1993 por una sobredosis de morfina que le inyectó Shipman. El doctor escribió en el certificado de defunción que Violet había muerto de un ataque cardíaco.

Nacido en un barrio obrero, Shipman, a los 17 años, asistió a la lenta agonía de su propia madre por un cáncer de pulmón, y vio cómo los médicos, para aliviar el sufrimiento de la enferma, le ponían cotidianamente morfina. Esta droga, quizá fijada por aquella imagen, estaría siempre presente en la vida de Simpson.

Testimonios de compañeros de clase le describen como estudiante de medicina fascinado por fármacos y drogas. En 1976, al año siguiente de su primer asesinato, Shipman fue condenado a una multa por haberse apoderado de estupefacientes para su propio uso. ‘Estaba deprimido’, declaró.

Nunca más volvió a tener problemas con la justicia, pero la investigación ha demostrado que era adicto a la petidina, estupefaciente de la familia de la morfina. Esta adicción pasó inadvertida para la mayoría de quienes le rodeaban.

Casado desde los 18 años con Primrose, con quien tendría cuatro hijos, Shipman era idolatrado por sus pacientes (le llamaban cariñosamente Fred).

Cuando finalmente se le juzgó como asesino en serie, Shipman no admitió nunca ser culpable y mantuvo un mutismo férreo. Sólo en las primeras horas de detención expresó que tenía ‘voluntad de control sobre la vida y la muerte’. Llegó a confiar a un policía: ‘Soy un ser superior’.

Sin duda es el mayor asesino múltiple del Reino Unido. Hasta ayer lo era John Thompson, que en 1980 mató a 37 personas al incendiar un local en el Soho londinense. El siniestro récord mundial acaso lo tenga el colombiano Pedro Alonso López, llamado el monstruo de los Andes, que fue condenado en 1980 por 57 asesinatos pero de quien se sospecha que mató a 300 personas en Colombia, Ecuador y Perú.

En el juicio de Shipman no pudo establecerse móvil para los asesinatos, y se descartó el factor económico (la falsificación del testamento que destapó el caso es considerada un hecho único en su trayectoria criminal). ‘Es posible que haya sido un drogadicto del crimen’, dijo ayer la magistrada Smith.

El infame Harold Shipman, apodado Doctor Muerte y conocido como el mayor asesino en serie de la historia británica (se le atribuyen más de 215 crímenes de pacientes), se ahorcó ayer en el interior de su celda de Wakefield (Inglaterra). Aprovechó las sábanas de su camastro para colgarse del cuello desde las rejas de la ventana.

El suicidio de Shipman, aún sin confirmar oficialmente, anula cualquier esperanza de los familiares de las víctimas por llegar a conocer el motivo de sus asesinatos. En las pesquisas policiales, y a lo largo del proceso judicial, en 2000, el Doctor Muerte ni admitió su culpabilidad, ni expresó arrepentimiento. Tampoco se inmutó cuando el jurado dio por probada su responsabilidad directa en la muerte de 15 personas, pacientes en su consulta de la seguridad social de Hyde.

Una investigación judicial posterior le identificó como el asesino de entre 215 y 260 pacientes, a lo largo de 23 años. La mayoría eran mujeres mayores. Antes, el juez le había condenado a cadena perpetua por la quincena de asesinatos.

Shipman se ganaba la confianza de sus pacientes, a los que solía visitar en casa (sobre todo a las mujeres). Cada uno “sonrió y le agradeció mientras se sometía a sus cuidados mortales”, según le espetó el juez.

A ningún otro criminal británico se le atribuye tan elevada cifra de víctimas. Su caso es igualmente notorio por escaparse a la tipología clásica de un asesino en serie. A Shipman no se le descubrió ningún motivo sexual o material. Los ancianos murieron sin sufrir, confiados y en la más absoluta tranquilidad. Se creían al amparo de un médico atento, honesto y respetado por la comunidad. Pero él les inyectaba diamorfina.

Era “adicto al asesinato”, según las conclusiones de la investigación que falló, sin embargo, a la hora de revelar el motivo de dicha adicción. Otras fuentes comentaron ayer que Shipman actuaba contra pacientes que le irritaban e intervenía en otros para evitarles el sufrimiento que él mismo observó en su madre antes de sucumbir a un cáncer.

Las sospechas se desataron en 1998 a raíz de un testamento alterado por una de las víctimas de Shipman días antes de morir. Para entonces, 215 personas, y otras 45 probables, habían recibido dosis mortales de diamorfina. Los asesinatos se produjeron en Hyde y en Todmorden (norte de Inglaterra), donde ejerció Shipman desde 1975.

La investigación en torno al caso Shipman aún no ha concluido y posiblemente ya jamás consiga aclarar lo ocurrido. Quedará por esclarecer cómo pudo emitir tantos certificados de defunción sin levantar sospecha, cómo pudo almacenar tanta heroína química un médico con antecedentes penales por drogadicción, y sobre todo, cuál fue el móvil de sus crímenes.

BEVERLEY ALLITT



Beverley Gail Allitt (nacida el 4 de octubre de 1968) es una asesina en serie inglesa, enfermera de profesión, quien fue la coordinadora de la unidad de cuidados intensivos neonatal del Hospital Grantham y Kesteven, Lincolnshire, culpable de asesinar a cuatro niños, intento de asesinar a otros tres niños, y causar graves daños corporales a otros seis niños.¹ Los crímenes fueron cometidos en un período de 59 días entre febrero y abril de 1991 en el Hospital Grantham y Kesteven, Lincolnshire, donde Allitt fue empleado como una enfermera.²³⁴ Ella administró grandes dosis de insulina al menos a dos víctimas y una burbuja de aire de gran tamaño

fue encontrada en el cuerpo de otro, pero la policía era incapaz de establecer como se llevaron a cabo los ataques.⁵ En mayo de 1993, en Nottingham Crown Court, ella recibió 13 condenas a cadena perpetua por los crímenes. Justice Latham, dijo que Allitt era un "peligro serio" para otros y era poco probable que se considere lo suficientemente segura para ser liberada.⁶ Está detenida en el Hospital Rampton Secure en Nottinghamshire.

Liam Taylor (siete semanas) - fue admitido a la sala por infección en el pecho y fue asesinado el 21 de febrero de 1991.

Timothy Hardwick (once años) - un chico con parálisis cerebral que fue admitido a la sala después de tener un ataque epiléptico. Fue asesinado el 5 de marzo de 1991. Kayley Desmond (en ese entonces un año de edad) - admitida a la sala por infección en el pecho. Allitt intentó asesinarla el 8 de marzo de 1991 pero la niña fue reanimada y transferida a otro hospital, donde se recuperó.

Paul Crampton (en ese entonces cinco meses) - admitido a la sala por infección en el pecho el 20 de marzo de 1991. Allitt intentó asesinarlo con una sobredosis de insulina en tres ocasiones ese día antes que fuera transferido a otro hospital, donde se recuperó.

Bradley Gibson (en ese entonces cinco años de edad) - admitido a la sala por neumonía. Sufrió dos paros cardíacos el 21 de marzo de 1991, debido a las sobredosis de insulina suministrada por Allitt, antes de ser transferido a otro hospital, donde se recuperó.

Yik Hung Chan (también conocido como Henry, en ese entonces dos años de edad) - admitido a la sala por una caída el 21 de marzo de 1991. Sufrió un ataque de desaturación de oxígeno antes de ser transferido a otro hospital, donde se recuperó.

Becky Phillips (dos meses) - admitida a la sala por gastroenteritis el 1 de abril de 1991. Se le administró una sobredosis de insulina por Allitt y murió en su casa dos días después. Katie Phillips (en ese entonces dos meses de edad) - la gemela de Becky fue admitida a la sala como una precaución tras la muerte de su hermana. Tuvo que ser reanimada dos veces después de inexplicables episodios de apnea (que luego se descubrieron ser sobredosis de insulina y potasio). Luego de la segunda vez que paró de respirar, fue transferida a otro hospital, pero, esta vez, había sufrido de daño cerebral permanente, parálisis parcial y ceguera parcial debido a la falta de oxígeno. Sus padres habían estado tan agradecidos por el cuidado de Allitt a Becky que le pidieron que fuera la madrina de Katie.

En 1999, Lincolnshire Health Authority le dio a Katie £2.125 millones, para pagar su tratamiento y equipo durante el resto de su vida. Lincolnshire Health Authority no aceptó la responsabilidad, pero sí reconoció que Katie tenía derecho a una indemnización. Clarie Peck (quince meses) - admitida en sala tras un ataque de asma el 22 de abril de 1991. Después de ser puesta en un ventilador, fue dejada sola al cuidado de Allitt durante un breve intervalo durante el cual tuvo un paro cardíaco. Fue reanimada pero murió después de un segundo paro cardíaco, de nuevo seguido de un período cuando ella fue dejada sola con Allitt.

Allitt había atacado a trece niños, cuatro de los cuales resultaron muertos, en un plazo de sesenta días, antes de ser detenida. Fue tras la muerte de Claire Peck cuando el personal médico comenzó a sospechar del número de paros cardíacos en la sala de niños, y se llamó a la policía.⁸ Se descubrió que Allitt era la única enfermera en servicio durante todos los ataques a los niños, y también tenía acceso a las sustancias inyectadas.

Cuatro de las víctimas de Allitt habían muerto. Fue acusada de intento de homicidio y lesiones graves en noviembre de 1991. El 28 de mayo de 1993, fue declarada culpable de todos los cargos y sentenciada a 13 cadenas perpetuas, que está purgando en el Rampton Secure Hospital en Nottinghamshire.⁹¹⁰

El juicio de Allitt recomendó un cumplimiento efectivo mínimo de 40 años, que la mantendría en prisión hasta al menos el 2032, cuando tendrá 64 años de edad. Los motivos de Allitt nunca han sido plenamente explicados. Se ha considerado la hipótesis de que Allitt mostraba síntomas de trastorno facticio, también conocido como el síndrome de Münchhausen por poder (o por delegación),¹¹ un trastorno mental que podría explicar sus acciones.

AILEEN WUORNOS



Rodaba por las autopistas de Florida, sin hogar y sin dinero. Su vida era un tejido de alcohol y de soledad. Vagabundeaba por los antros de Los Ángeles del Infierno en busca de mujeres a quien amar. Aileen Wuornos consideraba a los hombres la causa de todos sus problemas y los hacía caer en sus trampas mortales.

Aileen Wuornos, conocida como la Mujer Araña por sus conjuntos de cuero negro,

nació en 1957. El padre abandonó a la familia cuando ella tenía cinco años. Los primeros recuerdos de la niña eran los gritos de su madre cuando el padre la pegaba unas brutales palizas durante las cuales la chiquilla la oía chillar y llorar desconsolada.

El padre era un alcohólico que aparecía y desaparecía, y la madre murió cuando Aileen tenía catorce años. Entonces dejó la escuela y se marchó de su casa, viviendo lo mejor que pudo durante un año. Por fin la detuvieron como fugitiva y la metieron en un reformatorio. Entonces tenía diecinueve años y estaba completamente sola en el mundo; su padre había fallecido en la prisión donde cumplía condena y su único hermano murió de un cáncer.

Aileen se dedicó a la prostitución y a los atracos. Alternaba las cortas estancias en la cárcel con períodos de bebida y de trabajos ocasionales como camarera, limpiadora y prostituta.

No tenía domicilio fijo pero hacía autoestop por las autopistas de Florida, durmiendo en las playas o en las cunetas de las carreteras y algunas veces en el portal de un bar de motoristas que acostumbraba a visitar, «El último recurso», en Port Orange.

Florida no es sólo un Estado turístico, sino el centro de atracción para una numerosa población transeúnte. Estos vagabundos logran trabajos como temporeros en granjas o se ocupan del tráfico ilegal de droga. Hay entre ellos muchas mujeres, así que Aileen Wuornos no llamaba la atención por ser una chica sola que trabajaba y vivía por su cuenta.

En «El último recurso» era famosa por su mal carácter y su afición a la bebida..., así como por su odio hacia los hombres, que manifestaba a grandes voces. Pero los motoristas, cuyo comportamiento era igualmente grosero, la toleraban, sintiendo hacia aquella marginada una innata compasión. También ellos habían rechazado los convencionalismos. El bar era un símbolo de su oposición a la «vida normal» de los suburbios y representaba su modo elegido de vivir. «El último recurso» está decorado con todo tipo de espeluznantes parafernalias. La característica distintiva del bar es su patio

trasero, llamado «el jardín colgante japonés», donde los motoristas cuelgan de los árboles sus máquinas japonesas inutilizadas.

A los veintisiete años, Aileen conoció a Tyria Moore, de veintidós. Se enamoró de ella inmediatamente, creyendo que aliviaría su soledad y no la rechazaría como habían hecho los hombres, incluido su padre. Aileen quería tener un animalillo doméstico y mimaba a «Ty», como la llamaba, disfrutando del poder que ejercía sobre su joven amiga.

Aileen, una empedernida delincuente, sólo tenía un medio de conseguir el lujo que ansiaba proporcionar a Ty, y era el robo. Iba a combinar su inclinación al delito, su amor por Ty y su odio a los hombres, en un brebaje letal que diera satisfacción a sus apetitos emocionales. «Voy a desquitarme de este mundo podrido de los hombres», dijo jactándose a un camarada de «El último recurso». Él no le dio demasiada importancia. Estaba acostumbrado a las borracheras de la Mujer Araña y a sus períodos de drogadicción y sabía que le provocaban aquellos sonoros accesos de odio hacia los hombres.

El barman del bar, Cannonball, un hombretón de casi dos metros, tenía la misma opinión sobre la Mujer Araña. «Yo sabía desde el principio que odiaba a los chicos aunque eso era asunto suyo. Tenía una boca terriblemente sucia, pero no le hacíamos caso.»

En septiembre de 1990, Ty y la Mujer Araña circulaban por un camino de tierra del condado de Marion, en Florida, en un coche robado cuando el vehículo se averió y tuvieron que abandonarlo. Al abandonarlo, varias personas de la localidad las vieron, el jefe de bomberos, entre ellas. El sheriff del condado, al enterarse de que era un coche robado, compuso un retrato robot de ambas mujeres con la ayuda de las declaraciones de los testigos. La respuesta no se hizo esperar. Se presentaron numerosas personas para informar de dónde y cuándo las habían visto.

La policía consultó sus ordenadores y el sargento Brian Davis confeccionó el programa para reunir todos los datos obtenidos del público tras la publicación de los retratos. Se quedó sorprendido al enterarse del número de mujeres vagabundas que merodeaban por Florida, pero tuvo la satisfacción de ver aparecer a las dos sospechosas, aunque con nombres supuestos, en muchos de sus listados. Entonces Davis decidió comprobar si estaban relacionadas con otros delitos.

Seleccionó una lista de seis asesinatos cometidos durante los cinco últimos meses. Las víctimas eran todas masculinas y los cuerpos aparecían a algunos kilómetros de sus coches. En las muertes se observaban algunos detalles invariables que revelaban una mente obsesiva y acomplexada. Cada hombre había recibido nueve balazos y en el asiento trasero de los coches aparecía el envoltorio de un anticonceptivo.

El ordenador descubrió que ambas mujeres habían conocido a todos aquellos hombres y que se las había visto por la zona donde se cometieron los asesinatos... y en la misma época.

Poco después de abandonar el coche en el condado de Marion, Tyria Moore dejó a la Mujer Araña para irse a vivir a Pennsylvania. El malhumor de Aileen aumentó, bebía más que nunca y rondaba sola por las autopistas. Sin embargo, aún no se había enterado de la última faena de su antigua amante ni sufrido su más amarga decepción.

En enero de 1991, la policía buscó a Tyría y la acusó del robo del coche. Asustada por este contacto con las autoridades, decidió entregar a su ex amante. Se desmoronó y dio a conocer una historia terrible a la policía.

Declaró que Aileen Wuornos la había arrastrado al crimen, que había asesinado a varios hombres y los había despojado para comprarle a ella valiosos regalos con el botín. Mostró las alhajas que, afirmaba, Aileen había sustraído a sus víctimas y condujo a la policía al lugar que su ex amante usaba para guardar sus pertenencias, donde aparecieron más objetos propiedad de las personas asesinadas.

La policía encontró a Aileen Wuornos en el exterior de «El último recurso». Se había metido a dormir en un coche aparcado y estaba absolutamente ebria. Creyó que la detenían por un delito cometido cinco años atrás con un arma de fuego.

Se la llevaron para interrogarla. El capitán Steve Binegar declaró: «Durante la conversación dejamos caer los nombres de aquellas personas y ella confesó haberlos matado. Y pensábamos que aún podía haber disparado contra tres más.» Aileen se declaró autora de seis asesinatos.

La Mujer Araña parecía satisfecha de explicar a la policía su *modus operandi*. Les explicó que no quería separarse de Ty. Se hacían pasar por autoestopistas, entonces ella convencía a la víctima para que mantuvieran relaciones sexuales, indicándole que condujera hacia un lugar solitario. Allí lo mataba, le despojaba del dinero y las joyas y salía huyendo con el coche.

En algunas ocasiones, Aileen disponía de un vehículo para buscar a su presa y en este caso simulaba haber sufrido una avería, encendiendo una luz para atraer un conductor de paso. Y de nuevo usaba el sexo para hacerle caer en su trampa mortal.

Aileen Wuornos no llegó a explicar el significado de los nueve balazos o de la envoltura del anticonceptivo que entregaba a cada víctima. Mientras estaba detenida en espera del juicio, el oficial que la arrestó, el capitán Steve Binegar, dio su propia versión sobre tal comportamiento: «Cuando acechaba a una víctima por aquellas carreteras solitarias, realmente buscaba a su padre. Cuando disparaba una bala tras otra sobre aquellos pobres hombres, estaba matando a su padre una y otra vez.»

Los amigos motoristas de su edad se quedaron atónitos al saber que la Mujer Araña era una asesina en serie. Cannonball, hablando en nombre de todos, dijo:

«Es espantoso, tío, cualquiera de esos hombres pudo haber sido uno de nosotros y nunca nos habríamos imaginado a quién era el culpable.» A continuación añadió: «Fíjate, yo creo que no habría ido a por un motorista. Nos consideraba sus camaradas o algo así. Es un alma perdida como casi todos nosotros.»

Durante los años cuarenta y cincuenta comenzaron a aparecer en Estados Unidos unas asociaciones de entusiastas del motorismo. En Oakland, al otro lado de la bahía de San Francisco, los miembros de uno de esos clubes se dieron a sí mismos el nombre de «Ángeles del Infierno», copiando el título de una película realizada en 1930 sobre los pilotos de la I Guerra Mundial.

Poco a poco los «Ángeles del Infierno» formaron otros clubes por toda la nación. Cada uno de ellos elegía sus propios distintivos, y el uniforme consistía en una cazadora de cuero negro y unos mugrientos vaqueros que ensuciaban deliberadamente antes de usarlos.

Los «Ángeles del Infierno» se popularizaron en una controvertida película llamada *El Salvaje*, que en 1954 protagonizó Marlon Brando. Este movimiento se extendió rápidamente por Gran Bretaña. En Estados Unidos el nombre se asociaba a violencia, tráfico de drogas y contrabando de armas. Las bandas son unas poderosas comunidades con ritos propios. Sus miembros se consideran unos rebeldes y son pocos los que tienen un trabajo estable, ya que prefieren un modo de vida independiente, centrado en sus motos y en sus pandillas. Por otra parte, son unos patriotas a su modo, ya que habitualmente sólo montan motos americanas como las Harley Davidson.

Más de diez años en el corredor de la muerte esperando ansiosa purgar su pena. Tal vez éste era un castigo desproporcionado para una mujer que decía haber actuado en defensa propia y para todos los colectivos que reivindicaban su absolución, pero la habían condenado por haber asesinado a seis clientes cuando ejercía de prostituta en las carreteras de Florida, y todas las pruebas acusaban su ensañamiento.

Aileen «Lee» Wuornos por fin era feliz, su día tan esperado llegó el 9 de octubre del año 2002. Llevaba mucho tiempo planeando cómo sería su partida hacia el otro mundo, pero sobre todo pensaba en Jesucristo, su salvador, la única persona que había dado muestras de apreciarla realmente acompañándola en los momentos de soledad. Él le hablaba, y le había prometido que vendría a buscarla en su gran nave nodriza, como en la película *Independence Day*. No sólo la rescataría de ese mundo de sufrimiento que tanto odiaba, sino que le ayudaría a vengarse de la gente que le había hecho daño. Así se lo escupió a la cara a un funcionario del Departamento Correccional de Florida minutos antes de la ejecución.

Ese día la habían despertado temprano. Rechazó una última voluntad y cualquier cosa que pudiese retrasarle el momento final. Quería pasar el último mal trago lo más rápido posible y no quería perder el tiempo con banalidades, porque su único deseo era salir de un cuerpo que llevaba muerto desde que era una niña... y ya tenía 46 años.

Aileen era la segunda mujer ajusticiada en Florida desde que este Estado norteamericano reanudó la aplicación de la pena capital en el año 1976. En 1998, Judy Buenoano, condenada por envenenar a su marido, había sido la primera.

Mientras era conducida a la sala de la prisión de Starke donde le inyectarían el veneno, arrastrando los pies con dificultad por los grilletes que la sujetaban firmemente, pensó una vez más en la estupidez de sus captores, ¿tal vez creían que trataría de escapar, a estas alturas? Que ingenuos eran, si ellos mismos estaban a punto de darle la libertad que tanto había ansiado...

Pocos minutos antes de las 9:30h, las 13:30 en España, la hora prevista, la sujetaron a la camilla ante la atenta mirada de varios testigos y le introdujeron una aguja en el brazo. No sentía miedo, no creía que le fuese a doler y eso la hizo estremecerse por una mezcla de sentimientos confusos. Sentía cosas extrañas, algo entre la satisfacción y la curiosidad,

por el viaje que estaba a punto de emprender. Jesucristo no podía tardar ya, y se la llevaría. A ella, «la prostituta de la carretera», «la damisela de la muerte».

Una vida de sufrimiento

¡Cuánto odiaba a toda esa gente que la miraba a través de un cristal, ansiosos de que el verdugo abriese los conductos del veneno! Les había odiado desde siempre, empezando por sus padres, unos críos inconscientes demasiado jóvenes e irresponsables como para traer a una niña al mundo. No sabía si le causaba más repulsión su padre, que se había suicidado en la cárcel mientras cumplía condena por abusar sexualmente de una niña de 7 años, o su madre, por haberla abandonado a ella y a su hermano Keith a los pocos días de nacer en casa de su abuelo y de su tía, unos sádicos maltratadores.

Sí, su vida había sido un infierno desde que tenía uso de razón. Nunca llegó a entender porqué su abuelo la agredía violentamente con el cinturón cada vez que se emborrachaba, es decir, a diario, solo por el gusto de hacerle daño y tampoco entendía porqué su tía no hacía absolutamente nada por impedirlo. Gentuza.

Pero no quería dedicarles sus últimos pensamientos, no se merecían ni eso, no tenía nada que agradecerles, y prefirió recordar la única esperanza de libertad de la que pudo disfrutar en su vida: la tuvo aquel día que se fue de casa, con 11 años, esperando huir de los golpes y ser una persona respetada por alguien, aunque eso también fue duro, porque tenía que dormir en viejos coches abandonados pasando un frío espantoso y malcomiendo lo poco que encontraba por ahí. Aún así, fueron mejores días que los pasados en la casa-cárcel del abuelo, pero duraron muy poco. El hambre y la necesidad la hicieron volver al infierno de antes.

A partir de entonces llegaron los verdaderos problemas. Tenía 13 años cuando un repugnante desalmado la violó, dejándola embarazada de un niño precioso que tuvo que dar en adopción a una casa de acogida, ya que su abuelo la maltrataba todavía más tras el parto, psicológicamente llamándola prostituta, convenciéndola que le estaba bien empleado y físicamente golpeándola como nunca. No podía dejar que su niño siguiese su misma suerte, había hecho bien en darle otra oportunidad y unos padres que pudiesen ofrecerle todo aquello que ella no podía. Él no tenía culpa de nada, y mucho menos de haber nacido.

Tras el mal trago del niño ella debía de tener unos 15 años, si no le fallaba la memoria. Por aquel entonces le había echado valor y había tomado la determinación de empezar a ganarse la vida para no depender de nadie más que de ella misma, pero, como nadie quiso tener fe en su escasa formación profesional, tras varias negativas probó el mundo de la prostitución en carreteras y paradas de camioneros. Le habían dicho que ese era el único trabajo bien pagado al que era capaz de aspirar, y así se lo creyó.

Malvivió vendiendo su cuerpo hasta los 20 años, soportando ese miserable trabajo por unos billetes con los que ir tirando y con los que pagarse una buena dosis de droga o alguna botella para evadirse de sus problemas de vez en cuando.

Otra etapa de su vida que también recordaba con mucho hastío era su matrimonio con un hombre de 70 años, que, lejos de proporcionarle el cariño que anhelaba, la maltrató físicamente como había hecho su abuelo. Como no quería repetir una etapa de su vida que ella misma se había obligado a olvidar, se divorció enseguida. Después, volvió a su

vida anterior prostituyéndose con una media de 40 o 50 hombres a la semana, llegando a ganar hasta 1000 dólares en esos siete días que le servían para pagarse sus noches en viejos hostales y comida rápida. No era la vida con la que había soñado, pero por lo menos se iba manteniendo, a pesar de algunas malas experiencias en las que tipos desalmados le exigían sus favores a base de golpes para irse después sin pagarle lo que previamente habían acordado.

En el año 1984, harta de hombres violentos, tuvo su primera relación homosexual, aunque tampoco fue demasiado afortunada porque su amante la abandonó una noche llevándose su dinero y dejándole una deuda de 400 dólares en facturas, que trató de pagar dedicándose al negocio de la lavandería una temporada hasta que volvió a la prostitución. Dos años después conoció a Tyria Moore, la persona que recordaba con más cariño y su pareja más estable hasta la fecha en la que la detuvo la policía.

Llegó el día en el que quiso venganza. Por su propio ego, necesitaba saber lo que era dominar a los demás. Estaba harta de que todo el mundo se aprovechara de ella y probó hacerlo a su vez robando a los clientes despistados. Ese pequeño juego le empezó a gustar, ya no solo por el dinero extra, sino más aún por el placer de disgustar, de castigar. Así actuó unos meses hasta que decidió ir más lejos. Le repugnaban esos hombres con los que se acostaba por dinero, los que la menospreciaban, los que la violaban, y no estaba dispuesta a consentir que la volviesen a maltratar. Se hizo con un arma de fuego de calibre 22 para que algunos pagasen caro lo que otros le habían hecho.

El primer cuerpo sin vida, como le dijo la policía tras detenerla, fue hallado en diciembre de 1989 por dos hombres que buscaban chatarra vieja para vender. Al parecer, les llamó la atención una alfombra enrollada, que estiraron para comprobar si estaba todavía en buen estado, y en el interior apareció un cadáver parcialmente descompuesto. El cuerpo fue identificado como Richard Mallory, un vendedor de productos de electrónica que había desaparecido el 1 de diciembre de 1989 después de recogerla a ella con su Cadillac Coupé en la carretera que llevaba a la ciudad y dirigirse a una zona desierta. Estaba desnudo de cintura para arriba, y los bolsillos de sus pantalones habían sido sacados hacia el exterior, indicando que le habían robado.

Lo que le pasó son meras especulaciones que nunca confesó.

Tras una primera inspección ocular al cadáver, todo parecía indicar que se trataba de sexo por dinero, una transacción simple aparentemente que terminó en crimen. Aileen declararía un año después que Mallory durante su encuentro sexual empezó a comportarse de una manera muy violenta y que ambos se enzarzaron en una discusión, llegando a las manos. Durante la lucha, sacó su pistola con la intención única de intimidarle, pero como él hizo caso omiso de sus advertencias y ella temía por su vida, no tuvo más remedio que dispararle.

Lo que ellos no sabían en ese momento es que este primer crimen había sido el más duro para ella. ¡Cómo le había costado apretar el gatillo! Más aún después del primer disparo, cuando el hombre, todavía vivo, le pedía ayuda chorreando sangre a borbotones por todo el vehículo. En ese momento había tenido miedo, a pesar de que sujetaba el arma con todas sus fuerzas apuntándole por si se le acercaba más de la cuenta. El tipo no hacía más que gritar, hasta el punto que le dio un poco de lástima y se planteó seriamente si ayudarle o dejarlo morir, pero pensó que él podía denunciarla por intento de asesinato y para evitar

problemas decidió dispararle más veces hasta que vio que dejaba de moverse. Había disparado unas tres o cuatro veces. Nunca habría imaginado que un hombre tardase tanto en morir.

Después de eso lo envolvió con un trozo de alfombra y lo llevó en el mismo Cadillac para abandonarle en un lugar donde creía que nadie le buscaría jamás: el vertedero.

En junio de 1990 apareció otro cadáver en un bosque cercano. Esta vez se trataba de David Apear, un obrero de la construcción de 43 años desaparecido un mes antes. Todo lo que llevaba encima era una gorra de béisbol, y cerca del lugar se encontró un preservativo usado.

Así, cada mes se fue hallando un cadáver hasta seis. Todas las víctimas eran de media edad, hombres de raza blanca y con trabajos que requerían movilidad a lo largo de la autopista principal de Florida: Charles Carskaddon, empleado de un rodeo de 40 años y tercera víctima, con Troy Burres, vendedor ambulante de 40 años, con Charles «Dick» Humphreys, comandante de la fuerza aérea de 56 años y retirado, con Walter Gino Antonio y posiblemente también con Peter Siems, aunque no pudieron acusar a Aileen de este homicidio porque no fue hallado su cadáver, si bien ella se declaró culpable de haberlo asesinado como a los anteriores. En todos los casos se hallaron indicios de robo, y en la mayor parte, señales de que habían practicado sexo antes de ser asesinados.

La investigación desde el principio se desarrolló en Ocala, la ciudad más grande de Marion County, con el Sargento Bruce Munster coordinando las pesquisas policiales. Éste tenía su propia teoría acerca de los crímenes debido a su larga experiencia trabajando en el departamento de homicidios. El Sargento Munster pensaba que era de especial importancia que en todos los cadáveres hubiese signos de robo, de sexo, y que todos los disparos en los cadáveres fuesen en el cuerpo y no en la cabeza. Su experiencia le había demostrado que en un mayor porcentaje los hombres siempre disparan a la cabeza de sus víctimas, mientras que curiosamente, las mujeres suelen apuntar al resto del cuerpo.

Al poco tiempo, el azar le daría la razón. En julio de 1990, un vehículo se estrelló contra una valla de la Reserva India Seminole, pero los ocupantes no quisieron ayuda de los testigos que habían presenciado el aparatoso accidente y huyeron enseguida del lugar de los hechos. Esto llamó la atención a varias personas, y así lo denunciaron a la policía. Gracias a las descripciones de los testigos no tardaron en averiguar que el vehículo pertenecía a Peter Siems, un hombre desaparecido desde hacía poco más de un mes. Por la descripción de los testigos, y tras varias investigaciones, la policía pudo llegar a identificar a las dos mujeres que iban en el vehículo, una era Aileen Wuornos y la otra Tyria Moore, su pareja. Ambas fueron detenidas y solo Aileen fue retenida y relacionada con los crímenes con varias pruebas en su contra: el coche robado, huellas digitales y cigarrillos con su ADN en el lugar de los misteriosos crímenes.

El juicio por su causa que se llevó a cabo en enero de 1992 fue complicado. Por un lado, ella no quiso admitir la culpabilidad por los asesinatos, solo declaraba que lo sentía mucho por sus familias y que era consciente de lo que había hecho, pero había sido siempre en defensa propia porque sentía su vida amenazada por aquellos hombres. Trató de defenderse con el hecho de que trabajaba como prostituta de carretera y que todos los hombres que mató la habían escogido a ella, por su propia voluntad, y que posteriormente la habían atacado con una violencia inesperada, pero que entre tanto había tenido otros

muchos clientes a los que jamás hizo daño. Esto fue corroborado con algunos clientes que testificaron a su favor durante el proceso judicial.

Su abogado también reseñó las vejaciones y los malos tratos que padecían las prostitutas, aportando una serie de estudios y estadísticas sobre el porqué estas mujeres tienen más posibilidad de ser violadas que las mujeres que ejercen otros trabajos (un promedio de 33 veces por año). Además, denunció que la policía casi nunca se toma las molestias necesarias para combatir las agresiones hacia este tipo de grupos marginados por la sociedad y todavía menos los crímenes, los cuales generalmente achacan al consumo o tráfico de estupefacientes o ajustes de cuentas entre bandas. (Esto no es del todo falso, desde el punto de vista que pocas personas denuncian este tipo de desapariciones y apenas unos cuantos reclaman los cadáveres de prostitutas asesinadas. Por poner un ejemplo, cuando hace unos años la policía de Nueva York arrestó por casualidad al asesino en serie Joel Rifkin, que se confesó autor de los asesinatos de 17 prostitutas, la policía no se encontraba investigando esas muertes).

El psicólogo Phyllis Chesler dijo a la revista «Vanity Fair» que era posible que esos hombres hubiesen sido especialmente agresivos con Aileen, pero que él tenía claro que las víctimas no habían hecho más que pagar un resentimiento oculto en la persona de la asesina, provocado por un exceso de violencia de un hombre concreto. En resumen, esas víctimas solo fueron un canal para que ella expulsase su rabia contenida, cosa que ella misma declaró en uno de los interrogatorios policiales: «Soy una persona que odia la vida humana y podría matar de nuevo».

En su defensa, Billy Nolas, el abogado defensor que la representó en este primer juicio de Daytona Beach en 1992, declaró que Wuornos era la persona más enferma que había representado jamás, que padecía un trastorno de personalidad borderline producido por un abuso sexual cuando era niña, y que cuanto mayor se hacía la mujer, más trastornada parecía, pero tras varios días de juicio y más de cinco horas de deliberación, el jurado determinó por unanimidad que era culpable por delito de asesinato y la condenó a la pena de muerte el 7 de mayo de 1992. Cuando escuchó el veredicto, la condenada se dirigió a los magistrados diciendo: «Gracias, mientras yo subo al cielo, todos ustedes se estarán pudriendo en el infierno». «Yo maté a esos hombres, les robé con una frialdad glacial, y lo haría nuevamente. No hay porqué mantenerme viva o algo así, porque volveré a matar, soy una asesina en serie. El odio recorre mi cuerpo, pero he hecho las paces con Dios y estoy preparada para la muerte».

Varios defensores de Aileen Wuornos, entre ellos algún colectivo gay y colectivos pro derechos de la mujer, declararían a la prensa ciertas irregularidades que sintieron que se estaban produciendo a lo largo del juicio y que lo situaron al margen de los principios generales del derecho. Por ejemplo, dicen que Mallory, la primera víctima de la mujer, tenía antecedentes por delitos de violencia sexual. Se había declarado culpable de tentativa de violación en Maryland y había amenazado con llevar a cabo esta acción con otras mujeres. Dicen que estas evidencias no fueron presentadas en el juicio desde el principio, y cuando por fin lo hicieron, los jueces las declararon inadmisibles por ser demasiado tarde.

Los colectivos gays también culparon a los fiscales de hacer repetidas referencias a las relaciones sentimentales de Aileen con otras mujeres y que el puritanismo de la sociedad se volcó en su contra.

Por esto y otras razones como las amenazas de muerte sobre Brian Jarvis, el único abogado que se atrevió a cuestionar la conducta de sus colegas sobre el juicio, y que posteriormente fue alejado del caso, el hecho de que antes de que fuese arrestada los abogados del alguacil de Volusia ya hubiesen negociado los contratos para el libro y la película sobre el caso de Aileen, hicieron que muchas personas viesan a la supuesta asesina en serie como a una víctima. Por ese motivo organizaron varias manifestaciones de protesta, escribieron cartas a la Corte Suprema de Florida demandando un nuevo juicio, crearon comités de ayuda y defensa de la mujer, le escribieron multitud de cartas de apoyo al correccional donde estaba recluida, etc. Pero no serviría de nada, el veredicto había sido emitido.

Sin embargo, la mujer confesó en numerosas ocasiones su culpabilidad. En mayo del año 2000 decía ante unas cámaras de una cadena de televisión de Orlando que en ningún momento había actuado por defensa propia, sino porque temía que su amante, una joven con la que mantenía relaciones (Tyria Moore), la abandonase si no conseguía dinero para alquilar un apartamento para compartir. Entonces, después de quitarles el dinero se veía obligada a disparar a las víctimas para que no pudiesen delatarla ante la policía.

Su caso fue objeto de libros, varios documentales, películas e incluso una ópera. Llegó a pedir disculpas a las familias de las víctimas, pero el año pasado, después de estar una década en el pabellón de la muerte, Wuornos aceptó la pena capital, diciendo que de ser posible volvería a asesinar. «No tiene sentido salvarme», dijo en julio de 2001. «Es un desperdicio del dinero de los contribuyentes». El productor Nick Broomfield fue una de las últimas personas que pudo realizar una entrevista a la asesina en 1993, para un documental de 35 minutos para una cadena inglesa. Tras más de una hora de conversación, el productor declararía que si la mujer era ejecutada se estaría asesinando a una persona mentalmente enferma que había perdido por completo el juicio.

Más cerca de su ejecución, un abogado defensor planteó recientemente si Wuornos estaba en su sano juicio como para demandar su propia ejecución por inyección letal y un grupo de defensa de los condenados pidieron permiso al Tribunal Supremo para presentar una apelación para suspender la ejecución. Sin embargo ella insistió en que sabía lo que hacía, pues consideraba la prisión un castigo peor que la misma muerte. «Estoy tan cansada de eso de que todos me pregunten si estoy loca», afirmó, «he sido evaluada tantas veces. Soy competente, sana y estoy tratando de decir la verdad, y pasaré por el detector de mentiras sobre cada palabra». Un panel de tres psiquiatras que la examinaron poco antes de la ejecución, dictaminaron que era competente para ser ejecutada puesto que era una persona brillante, con mente ágil, muy reflexiva y perfectamente consciente de los actos que había cometido. El gobernador de Florida, Jeb Bush, hermano menor del actual presidente de los Estados Unidos, se declaró conforme con el diagnóstico médico y firmó la orden de ejecución el pasado 5 de septiembre del 2002.

Cuando las agujas del reloj mostraban las 9:30h en punto. Aileen dejó de recordar su vida pasada, abrió los ojos y sonrió levemente mientras sentía cómo el cóctel mortal de pentotal sodio, bromuro y potasio se deslizaba suavemente por sus venas. Antes de cerrar los ojos nuevamente y dejarse llevar por el sueño que la asediaba, se dirigió a sus verdugos y les murmuró que volvería al mundo de los vivos. Mientras estaba atada a la camilla, dicen que tenía la mirada perdida, tranquila, como si estuviese fuera de la realidad...

BELLE GUNNESS



Una «viuda negra» de comienzos del siglo que reclutaba a sus maridos por medio de los anuncios por palabras. Drogaba a sus víctimas y las estrangulaba para descuartizarlas después y darlas de comida a sus cerdos.

A consecuencia del incendio de su casa el 28 abril de 1908 se descubrieron los cuerpos enterrados de sus tres hijos menores, así como lo que se supuso que era su cadáver calcinado. Se le atribuyen

entre trece y cuarenta y dos asesinatos de hombres.

Una «viuda negra» de comienzos del siglo que reclutaba a sus maridos por medio de los anuncios por palabras. Drogaba a sus víctimas y las estrangulaba para descuartizarlas después y darlas de comida a sus cerdos.

Belle atraía a hombres ricos de Chicago a su casa. Allí les robaba y les mataba con la ayuda de Ray Lamphere. La carrera criminal de la primera «mujer barba-azul», Belle comenzó con la muerte accidental de sus dos primeros maridos y dos de sus hijos. Coincidiendo con cada muerte ella recaudaba el dinero del seguro lo que la mantenía a flote hasta su siguiente racha de mala suerte.

Después de instalarse en La Porte, Indiana, comenzó su aventura mortal de «corazones solitarios». El 28 de abril de 1908 su casa fue alcanzada por el fuego. Ray, su peón y presunto amante, fue arrestado y acusado de incendio y del asesinato de Belle y de sus hijos. Ray dijo que el cuerpo de la mujer encontrado en las brasas no era el de Belle. El cuerpo había perdido la cabeza pero cerca de él encontraron la dentadura de Belle. Aparentemente fingió su propia muerte y huyó con una bolsa llena de dinero.

Al empezar a cavar en el rancho lo encontraron lleno de huesos humanos y cuerpos desmembrados envueltos en sacos y sumergidos en lejía. Muchos de los pretendientes de Belle se convirtieron en comida para cerdos, motivo por el que se encontraron numerosos fragmentos de huesos alrededor de la jaula de los cerdos. Según las estimaciones de sus hábitos criminales se cree que cometió entre 50 y 100 muertes. Después de su desaparición, se colocaron muchas fotos de Belle por todo el país. Las autoridades creen que fue vista por última vez en un burdel de Ohio en 1935.

En 1876 emigró a América, contrayendo matrimonio en Chicago con un compatriota llamado Max Sorensen, trasladándose con su esposa a Austin, Illinois, donde Bella vio cumplido su mayor deseo: tener un hijo. Desde la niñez había gustado extraordinariamente de los niños enseñando en varias escuelas dominicales. Pronto quedó viuda (demasiado pronto, según algunas opiniones) e invirtió sus ahorros en montar una casa de huéspedes en Chicago, que, al poco tiempo, ardió completamente. Con el dinero que cobró del seguro compró una panadería, pero tampoco este negocio duraría mucho: al mes siguiente seguía la misma suerte que la pensión.

La compañía aseguradora accedió a pagar la póliza esta vez con la condición de que Mrs. Sorensen continuase sus negocios en otra ciudad. Esta accedió, estableciéndose en La Porte, Indiana, donde celebró nuevo matrimonio con un tal Mr. Gunness, que poco tiempo después de la ceremonia moría a consecuencia de una herida en la cabeza. Su desconsolada esposa declaró: «El hacha resbaló del estante», y el compasivo jurado la declaró inocente, pudiendo cobrar entonces una gran suma del seguro.

Desde aquel momento Mrs. Gunness decidió emplear un método más directo y eficaz para conseguir pingües beneficios. En varios periódicos de Estados Unidos publicó el siguiente anuncio: «Viuda rica y bien parecida, joven, propietaria de una gran finca, desea entrar en contacto con caballero culto y de fortuna. Objeto: matrimonio».

Entre las muchas ofertas Bella eligió la de un viajante de comercio sin familia ni amigos, a quien escribió la siguiente respuesta: «... estoy segura que es usted el hombre más apropiado para mí. Creo que nos hará feliz a mí y a mis hijos y que podré confiarle todo lo que poseo en el mundo... Mi idea es lograr un compañero en quien pueda tener absoluta fe y he decidido que cada solicitante que reúna las condiciones que exijo deposite a mi nombre una suma determinada que me asegure que el elegido no se trata de un simple oportunista. Mi fortuna asciende a más de veinte mil dólares, por lo tanto creo que si usted pudiera traerme la cantidad de cinco mil, probaría así la rectitud de sus intenciones y podríamos discutir el asunto ... ».

Uno tras otro acudieron a La Porte todos los aspirantes a la mano de Mrs Gunness, los cuales no volvieron a ser vistos nunca más con vida. Su estilo literario variaba según imaginaba el carácter de su corresponsal. A un pobre desgraciado escribió así: «He adivinado por tus cartas que tienes un gran corazón... Ven a mí. Eres mi dueño. Tu prometida te espera. Aquí viviremos felices; seremos los reyes de la más hermosa casa de Indiana ... ». Conforme los confiados caballeros iban llegando con el dinero Bella los iba enterrando en su propiedad, generalmente en la pocilga. Probablemente mataba a sus víctimas, mientras dormían, con la misma hacha que había causado la muerte de su esposo.

En 1908, el hermano de Andrew Hodgren, uno de sus pretendientes, que había abandonado su hogar cinco meses antes, comenzó a preocuparse por la suerte de éste y decidió escribir a Mrs. Gunness, recibiendo una rápida respuesta: «Haré todo lo posible por encontrarle... salió de mi casa en enero, aparentemente muy feliz, y desde entonces no he vuelto a verle... Le buscaré hasta en el fin del mundo».

Belle sabía muy bien que no tenía que ir tan lejos; para encontrar su cadáver bastaba con andar unos metros hasta la pocilga. Sin embargo, poco después volvió a escribir al hermano de su víctima proponiéndole un encuentro. Mr. Hodgren accedió en acudir a su

finca, pero pocas horas antes de que llegase (probablemente para reunirse más tarde con su hermano y el resto de los pretendientes) ardió hasta los cimientos el hogar de Mrs. Gunness. Entre las ruinas se hallaron su cadáver y los de sus hijos. Se acusó de provocar el incendio a un jornalero llamado Roy Lamphere.

Mientras tanto, el hermano de Andrew Hodgren, buscando algún rastro de aquél, descubrió en la pocilga los 28 cadáveres. Nunca se ha podido averiguar cómo y por qué tuvo lugar el incendio; quizá Lamphere conociera la verdad sobre Belle Gunness y la hubiera hecho víctima de un chantaje o ésta se había atemorizado ante la perspectiva de que el nuevo visitante pudiera descubrir sus crímenes. Lo que sí se sabe con certeza es que no mataba por avaricia, pues poco antes de morir donó la mayor parte de su fortuna a un orfanato de Chicago.

La Bella Poulsdatter, hija de un albañil, nació cerca de Lake Selbe, Trondheim, Noruega. En 1883, siguiendo el ejemplo de su hermana, emigró a América, donde se casó con Mads Sorenson al año siguiente. El matrimonio no tuvo frutos, y Belle, amante de los niños, adoptó tres: Sennie, Myrtle y Lucy.

En 1900, el día en que cumplían dos pólizas de seguro de vida, falleció Sorenson – oficialmente por dilatación del corazón – y Belle, doblemente enriquecida, se trasladó a una granja de La Porte, Indiana, donde, en 1902, se casó con otro noruego, Peter Gunness. Al cabo de un año, el hombre padeció un fatal «accidente» con una salmuera hirviente y un golpe recibido con un trinchador de carne. Poseedora de otros 4.000 dólares, Belle dio a luz a su hijo Philip, causando una buena impresión general en la vecindad como mujer trabajadora y madre afectuosa.

Según todas las apariencias, tuvo una serie de experiencias desdichadas con sucesivos trabajadores de la granja y esposos en perspectiva, con los que se ponía en contacto mediante anuncios de «corazón solitario». Despedidos, estos hombres, aparentemente, dejaban su empleo o volvían a sus casas. En realidad, su rutina era inducirles a vender sus propiedades e ir a verla llevando el dinero, lo que conseguía gracias a la elocuencia, desplegada en sus cartas, prometiéndoles tranquilidad doméstica. Luego, con estricnina y un hacha o un martillo, les mataba y desmembraba para enterrarles. Alguno como Anderson sospechó algo y logró librarse; los restos excavados más adelante de los desafortunados como Moo, Helgelien y Budsberg fueron más tarde identificados por sus parientes.

Una figura de mayor relieve en el caso Gunness fue su empleado Ray Lamphere, el cual, celoso de sus rivales, se peleó con ella abiertamente, siendo despedido y reemplazado por Maxson. Después de intentar volver a la granja fue multado por agresión. El 27 de abril de 1908, mientras consultaba con su abogado sobre su testamento, Belle expresó el temor de que Lamphere incendiara su casa. A primeras horas de la mañana siguiente, Maxson vio la casa en llamas y la puerta cerrada. Entre las cenizas se halló una mujer decapitada y los cadáveres carbonizados de tres niños.

Lamphere fue arrestado a pesar del intento de Smith «Nigger Liz» de procurarle una coartada. En los cadáveres fueron hallados rastros de estricnina (el de la mujer quedó sin identificar), y el coroner dictó sentencia de «muerte por homicidio pérfido por un desconocido criminal».

Más tarde, el hermano de Helgelien empezó a investigar sobre la desaparición de aquél y otras excavaciones revelaron restos desmembrados de unos doce cadáveres más cerca de los primeros, incluyendo el de una hijastra de Belle, Jennie, que se creía recluida en un colegio. Pronto fue invadido el lugar por una numerosa concurrencia de visitantes curiosos. En la subasta, los muebles de Belle alcanzaron altas sumas por los cazadores de recuerdos. Los rumores siguieron creciendo. El titular de los diarios «Numerosas Señoras Gunnes», indicaba las distintas ocasiones en que ella había sido vista viva después del incendio.

El proceso por asesinato e incendio contra Lamphere empezó el 9 de noviembre de 1908; su conducta fue variable y los testigos estuvieron en su contra. La dentadura postiza de Belle, hallada entre los restos tres semanas después del incendio, no sirvió para identificar conclusivamente el cadáver como perteneciente a Belle; posiblemente fue depositada más tarde. Un jurado de opiniones divididas, después de diecinueve votaciones, dio un veredicto de compromiso, y Lamphere fue convicto como incendiario.

Al año siguiente, en la cárcel, Lamphere confesó haber sido el cómplice de Belle Gunness y mencionó cuarenta y dos asesinatos. Describió cómo la misma Belle había sustituido su pseudo cadáver por el de otra mujer, cómo se había sentido atraído por ella, y cómo había regresado, después de haber sido despedido, para incendiar la casa. Esta declaración no muy clara alcanzó una publicación sensacional, «El Misterio de la Señora Gunnes». La verdad no llegó a saberse. Tal vez Belle pereció en el incendio, o murió poco después a manos de un cómplice. Pudo librarse de morir de vieja, pero no hay duda de que asesinó a muchos admiradores en busca de ganancias financieras.

La chica que iba a ganarse la reputación de ser una de las peores asesinas múltiples de Norteamérica nació en Trondhjem, Noruega, en el año 1859. Bella Poulsdatter pisó por primera vez el Nuevo Mundo en 1883, estableciendo su residencia en Chicago y casándose con Max Sorensen, también noruego, en 1888.

Con el paso del tiempo, los Sorensen se trasladaron a una granja de Austin, Illinois, y Belle se adaptó a la predecible rutina de cultivar la tierra y criar a sus hijos.

1900 vio pasar la primera página de un catálogo de «mala suerte» que iba a caracterizar el resto de la vida de Belle; aunque algunos quizá se afanarían en que esos infortunios tenían una sospechosa propensión a acabar resultando beneficiosos. Para decirlo brevemente, Max Sorensen murió.

Es imposible saber si la viuda Sorensen se sintió muy consolada por los 1000 dólares del seguro y la suma conseguida con la venta de la granja, pero Belle supo encararse con valentía a la incertidumbre y volvió a Chicago, invirtiendo el dinero en la compra de una pensión. Pobre Belle; apenas había tenido tiempo de colocar las sábanas sobre las camas cuando el desastre volvió a visitarla, ahora en forma de incendio que destruyó la pensión dejando a su abatida propietaria con la sustanciosa póliza de seguros que había contratado como único consuelo.

Belle no se dejó amilanar e invirtió su capital en una pastelería, y nadie sabe qué golosinas le habría reservado el destino a los amantes de lo dulce, pues su viejo adversario, el demonio del fuego, decidió consumir el negocio de Belle en una sola noche.

La prudencia hizo que Belle captara la indirecta implícita en las feas sospechas manifestadas por la compañía de seguros y su abyecta negativa a seguir haciendo negocios con una clienta tan arriesgada. Había llegado el momento de cambiar el rumbo; y el nuevo rumbo escogido fue el Este. Belle acabó en un remoto pueblecito llamado La Porte, en el estado vecino de Indiana, donde se convirtió en Belle Gunness, un apellido que no tardaría en provocar escalofríos de incredulidad y horror por toda Norteamérica.

Por desgracia, Peter Gunness no sobrevivió mucho tiempo a la boda, y cuando una hachuela resbaló accidentalmente de su estante y le infligió un golpe mortal en la cabeza, el dinero del seguro apenas pudo consolar a la afligida viuda.

Belle debió cansarse de estafar a las compañías aseguradoras.... o, y esto parece mucho más probable, comenzó a temer la inevitable investigación. Fuera cual fuese la razón, no tardó en dar con un medio alarmantemente coronado por el éxito, gracias al cual una mujer sola con niños a los que mantener podía suavizar las penurias y aprietos de la viudedad.

«Viuda rica, atractiva, joven, propietaria de una granja de gran tamaño, desea entrar en contacto con caballero acomodado de gustos cultivados. Objeto: matrimonio.»

Un requisito que Belle creyó que sería mejor no constara en el anuncio era el de que los caballeros también debían carecer de familia o amistades íntimas, con lo que se completaba una descripción perfecta del viajante de comercio, a través del cual la «viuda rica y atractiva» planeaba llegar a ser todavía más rica. Belle seleccionó un candidato de entre la primera remesa de cartas y contestó con estas palabras:

«Su respuesta a mi anuncio me ha llenado de alegría, pues tengo la seguridad de que es el hombre ideal para mí. Estoy convencida de que sabrá hacer que tanto yo como mis queridos niños seamos muy felices, y de que puedo confiarle cuanto poseo en este mundo. Pero voy a ser sincera con usted y le describiré mi situación actual. No debe haber engaños ni disimulos por ninguna de las dos partes. En cuanto a la granja, hay setenta y cinco acres de tierra y la cosecha es muy variada, incluyendo manzanas, ciruelas y cerezas. Todo esto ya casi está pagado. Tengo tres hijos pequeños, dos niñas y un niño. Perdí a mi esposo en un accidente hace cinco años.... y he descubierto que ocuparme de la granja y cuidar de los niños queda más allá de mis fuerzas. Mi idea es encontrar un compañero a quien pueda confiárselo todo... He decidido que cada candidato que ha merecido mi consideración favorable debe hacer un depósito satisfactorio en efectivo o acciones. Creo que es la mejor forma de mantener alejados a los timadores que siempre andan buscando una oportunidad de ganar dinero fácil. Valgo un mínimo de 20.000 dólares, y si usted puede traer consigo la suma de 5.000 para demostrar que se toma el asunto en serio, hablaremos del futuro.»

El tono abiertamente comercial de la carta no desanimó al viajante, y al parecer tampoco desanimó al subsiguiente cortejo de hombres esperanzados que acudieron a la granja de La Porte. Nadie está seguro de cuántos caballeros «acomodados y de gustos cultivados» llamaron a la puerta de Belle, pero fuera cual fuese el número, ninguno de ellos salió de la casa después de haber cruzado el umbral. Nadie puede estar seguro de cómo le habrían ido las cosas a Belle Gunness si no hubiera tenido un tropiezo imprevisto con la mala suerte.

Sus problemas empezaron a causa de un descuido de la propia Belle. Cuando convenció a Andrew Holdgren para que acudiese a Indiana no sabía que tenía un hermano, ni que le había confiado sus aspiraciones matrimoniales. En cuanto transcurrieron cinco meses sin que oyera campanas de boda, Holdgren escribió a la señora Gunness suplicándole noticias de Andrew. La contestación de Belle parecía indicar una preocupación que casi llegaba a la desesperación:

«Haría cualquier cosa por encontrarle. Salió de mi casa un día del mes de enero y daba la impresión de ser muy feliz, pero no he vuelto a verle desde entonces... Iría hasta el fin del mundo para reunirme con él.»

Obviamente, Holdgren pensó que era una sugerencia excelente y le propuso visitar La Porte para ponerse al frente de la búsqueda. Pero el destino ya había tomado otra decisión.

El 28 de abril de 1908 el viejo enemigo de Belle atacó de nuevo.... y esta vez Belle no sobrevivió para cobrar el seguro. El martes por la mañana la granja ardió hasta los cimientos. Cuando la policía investigó la conflagración, encontró cuatro cuerpos calcinados: el que carecía de cabeza fue identificado posteriormente como el de la señora Gunness, y los tres cadáveres más pequeños pertenecían a Myrtle, de once años, Lucy, de nueve, y Philip, de cinco.

El 23 de mayo Roy Lamphere, un hombre empleado ocasionalmente por Belle para ayudar en la granja y desempeñar otro tipo de deberes más personales, compareció ante un Gran Jurado acusado de cuatro cargos de asesinato y uno de incendio premeditado. Lamphere sólo fue condenado por la acusación de incendio premeditado, y pasó 21 años en prisión.

Mientras tanto los agentes de policía dieron muestras de la suspicacia por la que se les paga e investigaron la granja con picos y palas. Resolvieron el enigma de Andrew Holdgren: su cuerpo desmembrado envuelto en una tela encerada fue el primero en aparecer. Había trece cadáveres más, todos ellos pulcramente despedazados y envueltos, y si el equipo de agentes hubiera prolongado sus excavaciones quizá habría encontrado algunos más.

Roy Lamphere no empezó a hablar sobre la vida en la granja y sobre esa noche fatídica del mes de abril de 1908 hasta muchos años después. Confesó que no sólo estaba enterado de los varios asesinatos cometidos en La Porte, sino que incluso ayudó a Belle a ocultar los cuerpos de las víctimas. Una revelación mucho más asombrosa fue la de que el cadáver calcinado identificado como el de Belle Gunness no era en realidad el de su antigua patrona y amante, sino el de una vagabunda que había sido atraída a la granja.

Por lo tanto, y si Roy Lamphere decía la verdad, ¿dónde estaba Belle Gunness? Ahora podemos estar casi seguros de que pereció en el incendio y de que el cadáver encontrado era el suyo. Pero, teniendo en cuenta que Roy Lamphere había sido considerado inocente de las acusaciones de asesinato, ¿qué podía obligarle a contar mentiras? Sean cuales sean las respuestas a estas preguntas y a otras que aún no han obtenido contestación, una cosa es segura: jamás se volvió a tener noticias de la rica viuda.

Aunque ahora podemos ocuparnos de crímenes históricos como los clásicos asesinatos de La Porte y verlos como relatos completos y casi inevitables, los investigadores y

reporteros de la época que intentaron hallar algún sentido a tales acontecimientos se embarcaron en un viaje de descubrimiento incierto y, a menudo, frustrante. Las pistas con las que ir edificando un caso lógico aparecían de una forma muy lenta. Los pequeños detalles emergen para ser descartados más tarde; otros son malinterpretados y sólo hallan su verdadera posición en el rompecabezas cuando se los contempla desde la perspectiva que da el tiempo.

El siguiente «diario» del caso Belle Gunness ha sido obtenido con datos publicados por el New York Times, y ve desarrollarse el drama a medida que la información iba haciéndose disponible para ser publicada día a día y llegaba a un público anhelante.

6 de mayo -Los cadáveres de cinco personas asesinadas son desenterrados en el patio de la granja de la señora Belle Gunness, La Porte. Se cree que Roy Lamphere, un empleado de la señora Gunness, es responsable de su muerte, así como la de sus hijos y las cinco personas encontradas.

7 de mayo -Se encuentran cuatro esqueletos más en el patio. El testimonio de un carretero indica que los cadáveres quizá fueran transportados a la propiedad de la señora Gunness para ser enterrados allí. La policía está intentando averiguar si la señora Gunness poseía un cementerio privado antes de trasladarse a La Porte. Su hermana afirma que Belle estaba «loca por el dinero».

8 de mayo -La señora Gunness es descrita como una fanática religiosa que se convirtió en criminal como resultado de la riqueza repentina que heredó a la muerte de su primer esposo, Max Sorensen. El editorial sugiere la complicidad de la señora Gunness en los asesinatos.

9 de mayo -Dos mujeres que se creyó eran la señora Belle Gunness y su madre fueron arrestadas en un tren en Utica y retenidas en Siracusa. Mientras tanto se encontró otro cadáver en la granja, lo que eleva el total a diez.

10 de mayo -Se cree que otras personas desaparecidas han sido víctimas del asesino de La Porte, aunque no se han descubierto nuevos cadáveres. Un editorial critica a la policía de Siracusa por haber actuado precipitadamente al arrestar a dos mujeres en la creencia de que eran la señora Gunness y su madre.

11 de mayo -Unos 15.000 curiosos visitan la granja Gunness.

12 de mayo -Se cree inminente la solución a los asesinatos de La Porte.

13 de mayo -La policía de La Porte confía en que las nuevas pruebas permitirán obtener una confesión de Roy Lamphere, acusado de haber prendido fuego a la granja Gunness.

14 de mayo -Se informa de que las autoridades de Indiana poseen pruebas que apoyan la creencia de que la señora Gunness tuvo un cómplice que participó en los asesinatos de la granja.

15 de mayo -Los investigadores encuentran fragmentos de una mandíbula humana y trozos de piel en el sótano de la granja Gunness.

16 de mayo -Se informa de que R. Smith, el fiscal del distrito, está convencido de que la mandíbula encontrada en el sótano pertenece a la señora Gunness.

17 de mayo -Nuevas pruebas sugieren que Belle Gunness puede haber huido a Europa.

18 de mayo -Los curiosos invaden la granja Gunness el domingo.

20 de mayo -Una dentadura postiza perteneciente a la señora Gunness es encontrada entre las cenizas de su granja. Se afirma que eso prueba que murió en el incendio.

22 de mayo -La policía cree que una tal señorita M. O'Reilly, de Rochester, también puede haber sido víctima de los asesinatos de La Porte, ya que una joya con su nombre grabado ha aparecido entre las ruinas de la casa Gunness.

23 de mayo -El Gran Jurado procesa a Roy Lamphere por cuatro acusaciones de asesinato y una de incendio premeditado. Los agentes de policía que seguían registrando la granja encontraron un cráneo humano en la letrina.

26 de mayo -Se cree que la señora Gunness escapó de la granja vestida de hombre. La opinión actual es que el cadáver que se creía suyo es en realidad el de la señorita O'Reilly, que desapareció el otoño pasado.

29 de mayo -Informes de que Belle Gunness vive en Brooklyn.

30 de mayo -Las propiedades pertenecientes a la señora Gunness obtienen altos precios en una subasta.

3 de junio -El sheriff Smitzer revela detalles de la confesión hecha por J. G. [Truelson] sobre los crímenes de la granja Gunness.

5 de junio -La señorita O'Reilly, que Truelson afirmó había sido asesinada en la granja, está perfectamente y vive en Saratoga. No ha visitado La Porte en toda su vida.

21 de junio -Los científicos de la policía descubren que la señora Gunness envenenó a la primera de sus diez víctimas con arsénico y estricnina.

24 de noviembre -El abogado defensor de Lamphere intenta demostrar que la señora Gunness se suicidó dos meses después del incendio en el que se supone pereció.

27 de noviembre -Roy Lamphere es considerado culpable de incendio premeditado, pero no de asesinato; es sentenciado a pasar de 2 a 21 años en la cárcel.

En la mañana del martes 28 de abril de 1908, un granjero de Indiana llamado Joe Maxon se despertó temprano y olió el humo. Todavía no había amanecido cuando se sentó en la cama y con la cara entre las manos trató de espabilarse. Su primer pensamiento fue: «Tendremos pasteles recién hechos para el desayuno». Después, al apartar las manos de su cara, vio por la ventana que fuera reinaba una oscuridad absoluta.

Dormía en una habitación junto a la cocina de la granja. Cuando nuevamente volvió a mirar por la ventana divisó grandes llamas procedentes del piso bajo. Corrió hacia la

puerta que comunicaba con el resto de la casa, pero no pudo abrirla. La puerta de comunicación estaba cerrada.

Comenzó a gritar: «¡Fuego! ¡Fuego!» con la esperanza de que la familia se despertase. Todo lo que pudo oír fue el crujido de la madera al ser devorada por las llamas. Joe decidió no dejarse aturdir. Regresó corriendo a su habitación, se puso las botas, recogió su ropa del armario, lo metió todo en la maleta que había traído y se precipitó escaleras abajo cuando ya las llamas comenzaban a invadir aquella parte del edificio. Salió fuera de la casa.

Cuando llegaba al exterior, Joe vio a tres personas que se dirigían corriendo hacia él. Eran el joven Bill Clifford, de la granja cercana, su padre Mike y William Humphrey, el cuñado de Mike. Tiraron algunas piedras a las ventanas donde dormía la familia. Rompieron los cristales, pero nadie se asomó.

Las llamas crepitaban y avanzaban inexorablemente hacia el resto del edificio, comenzando a cebarse en la carpintería y en los muebles.

Al amanecer, el incendio comenzó a decrecer. Durante todo este tiempo, la dueña de la casa no había dado señales de vida.

Numerosos grupos de granjeros de las cercanías fueron llegando. Poco pudieron hacer para combatir el incendio. Al mediodía la granja aparecía completamente quemada. Todos los que rodeaban aquellas ruinas humeantes se preguntaban, ¿dónde está Belle Gunness?

Hacia media tarde llegaron de La Porte los agentes Leroy Marr y William Austiss. Dieron el orden de comenzar a cavar entre aquellas ennegrecidas piedras. A las cuatro y media de la tarde la mayor parte de los escombros habían sido rastreados y no habían hallado nada.

Poco después uno de los trabajadores encontró una cabeza calcinada. Era la cabeza de una criatura. Belle Gunness, la propietaria de la granja, era la madre adoptiva de tres criaturas: Myrtle de once años, Lucy de nueve y Philip de cinco.

Al poco tiempo se descubrieron los restos de otra criatura. Pertenecía a una de las hijas de la señora Gunness. El cadáver de la otra niña fue hallado cerca, y no lejos de estos cadáveres se encontraron los despojos de una mujer con un niño en brazos.

Tendieron sobre el suelo los cuatro cadáveres y al hacerlo observaron algo chocante: al calcinado cuerpo de la mujer le faltaba la cabeza.

Los hombres que buscaban entre las ruinas de la granja Gunness estimaron que era su deber hallarla. Después de todo, por muy calcinado que esté un cráneo, no puede desaparecer. Cuando los cuerpos de las víctimas recibiesen cristiana sepultura, lo más indicado era incluir la cabeza de la muerta en el féretro.

Continuaron buscando entre aquella amalgama de escombros y ladrillos todavía humeantes. No hallaron la cabeza perteneciente al cadáver, pero sus azadas siguieron penetrando en la tierra y encontraron el cuerpo de un hombre. El fuego no había alcanzado

sus restos. Era fácil advertir que había sido enterrado bastante antes de que el fuego destruyese la granja. El cuerpo aparecía desnudo y el foso en el que había sido hallado era con toda probabilidad una sepultura.

Cuando Asle Helgelien vio el rostro del hombre desenterrado, gritó: «¡Es mi hermano!»

Fuera lo que fuese lo que ocasionó la muerte de Andrew Helgelien, su aspecto era impresionante. Sus piernas y brazos habían sido separados del tronco y envueltos en un saco. Su cabeza también estaba envuelta aparte, y uno de los presentes reconoció el saco que la envolvía como de su anterior propiedad.

El sheriff local ordenó a los hombres que prosiguieran cavando. Despejando de escombros aquella parte y a una profundidad de cuatro pies apareció un montón de restos humanos. Pertenecían a cuatro personas. Cerca de esta fosa común se veía un manzano en flor. El contraste no podía resultar más macabro.

Uno de los cuerpos resultó ser el de Jennie Olsen, una linda y rubia muchacha de dieciséis años adoptada por Belle Gunness y que faltaba del distrito de La Porte desde septiembre de 1906, es decir, desde dieciocho meses atrás. En cuanto a los cadáveres restantes, uno era el de un hombre de pequeña estatura, el otro el de una mujer, y el tercero de un hombre de largas patillas rojizas que destacaban sobre sus pálidas mejillas. Todos habían sido descuartizados y envueltos cuidadosamente. No era ya horrible, era monstruoso, e indiscutiblemente se trataba de asesinatos.

Cuando se hicieron públicos los descubrimientos realizados en la granja Gunness, el distrito se vio invadido por multitud de periodistas. La noticia de una mujer autora de múltiples asesinatos apareció en grandes titulares de todos los periódicos y no solo se difundió como un reguero de pólvora por Estados Unidos, sino por el mundo entero.

El nombre de Belle Gunness se hizo mundialmente famoso. La rubia escandinava que se casaba con los hombres por su dinero y luego los descuartizaba envolviendo cuidadosamente sus despojos, es única en los anales de los asesinatos en masa.

La «circe del correo» la llamaron los periodistas cuando se narró su historia después de las investigaciones llevadas a cabo por los policías. Dichas investigaciones revelaron parte de la historia de esta enigmática mujer que nunca fue llevada ante los tribunales. Después de aquella noche en que se produjo el incendio y reveló al público su sangrienta historia, jamás volvió a saberse de ella.

Fue su hermana que habitaba en Chicago, a sesenta millas de La Porte, quien facilitó a la policía la historia de Bella Poulsdatter. Había nacido en Noruega en 1859, junto al lago Selbe, cerca de Trondhem. Su padre era un albañil y cuando su hijo comenzó a trabajar en el mismo oficio, la mayor de las hermanas emigró a Estados Unidos. Cuando se convirtió en la señora Larson escribió a Bella para que fuese a reunirse con ella y su marido le envió el dinero para el pasaje. En 1883, Bella Poulsdatter llegó a Estados Unidos y cambió su nombre de Bella Poulsdatter por el de Belle Poulson. Un año después se convertía en señora de Sorenson.

Deseaba ardientemente tener hijos, pero de su matrimonio con Sorenson no tuvo ninguno. Intentó entonces persuadir a los Larson para que le dejaran adoptar a una de sus hijas. Sin

embargo, los padres no aceptaron la idea y la misma niña declaró que no deseaba ir a vivir con su tía Bella. A consecuencia de esto, las relaciones entre ambas hermanas se hicieron muy tirantes y poco a poco dejaron de verse.

Mads Sorenson era vigilante de un almacén de Chicago. No opuso reparos ante la idea de su esposa de adoptar otras criaturas. No obstante, la desgracia perseguía a Belle. En aquella época su casa se incendió tres veces y perdieron casi todo lo que poseían. Este matrimonio duró diecisiete años.

Mads Sorenson murió repentina e inesperadamente. Había firmado un seguro de vida bastante importante y su viuda cobró una cantidad respetable que le permitía vivir desahogadamente durante cierto tiempo. Esto sucedió en 1900.

Belle se dirigió con sus tres hijas adoptivas, Jannie, Martle y Lucie, a La Porte, donde había oído decir que una casa se hallaba en venta. Dicha granja se hallaba a una milla del pueblo y en la carretera de Macclung. Una mujer llamada Mattie Altic había regentado la casa convirtiéndola en un burdel y no gozaba por aquel entonces de buena fama dicho lugar.

Belle Sorenson, una viuda con tres hijas, se trasladó a ella después de haberla comprado. Sus vecinos se preguntaban qué podría hacer una mujer sola. No tuvieron que aguardar mucho tiempo. Un buen día se fue de viaje y regresó acompañada de un joven gigante rubio llamado Peter Gunness. Tenía los ojos azules y las mejillas sonrosadas. En sus brazos traía a un niño, fruto de su primer matrimonio. Belle Soreson era ya la señora de Gunness.

Lo recién casados se instalaron en la sólida granja de ladrillos con sus cuatro hijos y le dieron su nombre. Desde entonces, aquel lugar fue conocido como la granja Gunness. Sin embargo, la desgracia no dejaba de cebarse en la jovial Belle.

Antes de haber transcurrido un año era viuda nuevamente. El hijo de Peter Gunness había muerto antes. Éste sufrió un extraño accidente a medianoche. Por alguna razón desconocida eligió esta hora para examinar una caldera de salmuera, empleada para sazonar los cerdos y embutidos. Cuando observaba la caldera, el gran cuchillo empleado para trincar la carne cayó sobre su cabeza. Belle Gunness tuvo que desempaquetar sus vestidos de viuda.

Los habitantes de las granjas vecinas acudieron a consolar a la noruega. Algunos de ellos eran de origen escandinavo como ella y su difunto esposo. Su simpatía era auténtica y se ofrecieron a ayudarla en todo lo posible hasta que sacase la granja adelante y pudiera educar a sus hijos.

No obstante, Belle Gunness, tras darles las gracias, declaró que pensaba sacar la granja adelante por sí sola. Los vecinos menearon la cabeza incrédulos. Podían observar que se hallaba encinta. Cuando ya faltaba poco para que viniese al mundo la criatura en aquella casa de ladrillos rojos que en tiempos de Mattie Altic y sus muchachas fue tan alegre, algunas de las esposas de los granjeros fueron a ayudar a la obstinada mujer que todo quería hacerlo por sí misma. Cuando llegaron, Belle ya había dado a luz a un niño al que le fue impuesto el nombre de Philip. Al día siguiente la encontraron haciendo la colada.

-Debes quedarte en cama -le aconsejaron sus vecinas.

-¿Por qué? -preguntó sorprendida mirándolas con sus grandes ojos azules. En mi país las mujeres no se acuestan después de haber tenido un hijo.

Se propuso limpiar a fondo la casa y poco a poco, conforme fue recuperando sus fuerzas, hizo de la granja un lugar agradable, donde claramente se advertía que no reparaba en las horas de ardua labor que ello le costaba. En el otoño de 1905 contrató a un empleado de una tienda de La Porte para que fuese a su casa y emprendiese ciertos trabajos de carpintería. Hizo una nueva puerta para el granero, le ordenó que pusiese algunas vallas y el hombre se preguntó para qué querría que la pocilga tuviese una valla de seis pies de altura que la rodease por completo.

-Los cerdos no pueden saltar -le recordó-. ¿Para qué quiere una valla de seis pies?

-Me gustan las cosas limpias y bien hechas -dijo por toda explicación.

Años después, cuando volvió a cambiar la valla para colocar en su lugar otra más sólida, se supo esto y los hombres creyeron entenderlo. Seis pies de empalizada metálica mantendrían apartados a los intrusos que no comprenderían por qué Belle Gunness alimentaba a sus cerdos con carne.

Mientras trabajó en la granja Gunness, el carpintero descubrió una habitación a la que se entraba por una puerta medio oculta y en la que se veían una mesa y varias sillas. La cocina, debido al género de vida de Mattie Altic, se hallaba separada de la casa propiamente dicha y sobre ella se encontraban una habitación y un cuarto de estar que Belle Gunness solía alquilar.

Algunos hombres la alquilaron según pudo comprobarse por las fichas de la policía. Pero fueron más los que vinieron que los que se marcharon, lo cual no dejaba de resultar bastante extraño.

Belle Gunness era una buena cocinera. La mayoría de las mujeres de aquel distrito estaban de acuerdo en este punto y en que era una mujer sumamente limpia. Trabajaba mucho en la granja y cuidaba de que sus hijos fuesen siempre limpios, virtudes éstas muy apreciadas en una comunidad rural. Belle los enviaba a una escuela cualquiera. Compró un potro y acortó los estribos de la silla y las riendas para que ellos mismos pudieran montarlo e ir de la granja a la escuela y viceversa. Festejaba las Navidades según la costumbre noruega guisando los platos típicos de su país.

Según los informes que obtuvo la policía, existían dos Belle Gunness. Una de ellas era la viuda del granjero que trabajaba sin cesar de sol a sol como un hombre, y otra la mujer que se dirigía a La Porte con sus mejores galas y unos pendientes para sentarse en el último banco de la iglesia.

Durante los años que siguieron a la muerte de Peter Gunness, sus vecinos creyeron que Belle obraría como muchas mujeres que se habían visto en semejantes circunstancias. Esperaban que el día menos pensado les diese la noticia de que se había casado con algunos de sus huéspedes. Uno de sus admiradores era un sueco ya entrado en años que escribió cartas indignadas a los vecinos de Belle, ya que éstos habían hecho ciertos

comentarios de mal gusto sobre la viuda Gunness. Sin embargo, no se casó con él ni con un noruego también enamorado de ella y apellidado Colson.

Algunos hombres acudían desde muy lejos para visitar a la viuda Gunness. Su interés por el lugar y por su propietaria se despertaba al leer el siguiente anuncio en el periódico de su pueblo:

«Mujer rica y agraciada, dueña de una próspera granja, desea mantener correspondencia con persona educada, honrada y que goce de buena salud. Objeto de dicha correspondencia: matrimonio.»

O bien por este otro:

«Se desea. Una mujer dueña de una granja próspera desea un hombre de confianza como socio para la explotación de la misma. Se requiere algo de dinero para invertir en el negocio.»

Estos anuncios estaban redactados con el fin de interesar a dos tipos de hombre; pero ambos tenían una cosa en común: dinero. Después de ponerse en contacto por carta con Belle, empaquetaban sus cosas y se dirigían a la granja sita en las afueras de La Porte, donde eran recibidos por una amable mujer que los obsequiaba con su cálida sonrisa y sabrosos platos.

En una palabra, Belle Gunness se ganaba la simpatía de los hombres que tenían dinero. Según se supo después, la rubia Belle de robustos brazos solía ser muy complaciente cuando quería.

Los vecinos que observaban la procesión de hombres y mozos que llegaban a la granja Gunness se preguntaban porqué ninguno de ellos se quedaba. Por toda explicación la viuda se encogía de hombros y decía que el visitante se había marchado. No obstante no vieron partir ni a uno solo. Uno de los pocos hombres afortunados que abandonaron la granja con vida fue George Busby. Tras leer en los periódicos la noticia del incendio y el descubrimiento de varios cadáveres, envió al sheriff Smutzer las cartas que había recibido de Belle Gunness. Dijo al sheriff que tan pronto como llegó a la granja, Belle le preguntó cuánto dinero había llevado consigo. Divertido ante aquella pregunta respondió que muy poco, pero que poseía una cuenta corriente de varios cientos de dólares en el banco y una buena granja. Belle le conminó para que vendiese la granja y luego acudiese a reunirse con ella trayendo todo su dinero. Su lentitud en obedecer aquella orden le salvó la vida.

Mientras el sheriff Smutzer leía las cartas que le entregara Busby, un inspector de Colorado llamado Schultz se dedicó a buscar objetos entre las ruinas de la granja. Con ayuda de su aparato halló algunos cuchillos, páginas de libros referentes a anatomías e hipnotismo, junto con restos de piel y huesos humanos. Halló también doce relojes de caballero, lo que no dejaba de resultar extraño, ya que bajo la pocilga únicamente se habían encontrado ocho cadáveres. Cuando logró despejar de escombros aquel lugar, encontró hebillas, sortijas y fragmentos de reluciente metal. Mas el viejo Louis Schultz no halló con ayuda de su aparato lo que deseaba el sheriff y el forense: la cabeza de Belle Gunness.

Dicha falta entre todos los restos humanos aparecidos en la granja, permitió al sheriff Smutzer, que ya estaba cansado de ver aparecer su caricatura en todos los periódicos, un descanso que aprovechó para proceder a la detención de un hombre llamado Ray Lamphere, el carpintero que contratara Belle Gunness cuando comenzó a reformar la granja. Un vecino declaró haber visto a Ray Lamphere cerca de la granja cuando ésta ardía, y tras su interrogatorio, fue detenido acusado de haber provocado el incendio.

El relato de Lamphere fue conocido casi inmediatamente. Sus declaraciones después de los descubrimientos realizados en la destruida granja parecían encerrar especial significado.

En su declaración afirmaba:

«La señora Gunness me propuso que contrajésemos matrimonio y cuando ya éramos amantes me dijo que antes de que se celebrase el matrimonio sería conveniente que yo hiciese un seguro de vida. Así lo hice, nombrándola beneficiaria. Pero cuando le enseñé la póliza, comenzó a posponer la fecha de la boda. Un día encontré a un extraño en la casa. Se llamaba Andrew Helgelien. Creían hallarse solos, pero oí claramente como Belle le decía que estaba harta de tener a Lamphere a su alrededor. Días más tarde me envió a la estación para recibir a un primo suyo, un tal señor Moo. Según me dijo Belle en el caso de que no llegase, yo debería pasar en el pueblo toda la noche. Fui a Michigan City a esperar el tren, pero en él no viajaba ningún señor Moo. Entonces comprendí que Belle había inventado aquella historia para desembarazarse de mí. Regresé, pues, a La Porte y al filo de la medianoche me dirigí a la granja. Bajo la amarillenta luz de una linterna vi a la señora Gunness inclinada sobre un foso. Rodeé el seto para divisar mejor lo que estaba haciendo y vi que rociaba con cal un cadáver. Repentinamente pareció advertir que alguien la observaba y volviéndose murmuró:

-¡Dios santo! Creí que eras un fantasma.

No dije ni una palabra, pero abrí la puerta y entré. La cabeza de Helgelien se hallaba en el fondo de la fosa. El cuerpo se encontraba dentro de un saco junto con los brazos y las piernas. Ayudé a la señora Gunness a cubrir la fosa. Desde aquella noche la tuve completamente a mi merced.»

La declaración de Lamphere si era verídica, y es muy probable que lo fuese, ¿indicaba que había sido cómplice en los múltiples asesinatos cometidos por Belle Gunness?

La policía continuó interrogándolo e investigando su pasado. Su padre era William Lamphere, juez de paz hasta que se aficionó demasiado a la bebida y ésta arruinó por completo su carrera. Un día que Ray Lamphere andaba por la calle de La Porte, una mujer rubia se detuvo y le dijo sonriendo:

-Le he estado observando. Deseo que venga a la granja a trabajar para mí.

Lamphere fue con ella a la granja y se instaló en el cuarto de huéspedes, situado sobre la cocina. La primera noche que pasó en la granja se despertó sorprendido al ver junto a su cama una alta silueta con un camisón lleno de bordados. Era la viuda y olía a perfume.

-Hazme sitio.

Lamphere obedeció.

Sin embargo, el carpintero padecía terribles accesos de celos cuando alguno de los presuntos pretendientes de la viuda llegaba a la granja. Aquellas noches dormía solo. Otras noches la viuda dormía con él, aunque sin hacerle ningún caso. Sabía que eran esas noches cuando Belle Gunness había llevado al cuarto de los invitados, en el que guardaba la botella de cloroformo, a un hombre. Esa habitación siempre estaba cerrada con llave y Belle la guardaba personalmente.

Una muchacha llamada Anna Brogiski estuvo empleada durante cierto tiempo en la granja. Dijo a la policía que nunca había entrado en el cuarto de huéspedes. La puerta siempre permanecía cerrada y los hijos de Belle siempre pasaban corriendo y con la cabeza vuelta ante aquella puerta.

-Me dijeron que no entrase y no entré -declaró la muchacha.

Fue el padre de Anna Brogiski el que cavó algunas de las fosas de la granja maldita, como la llamaban en los periódicos.

-La señora Gunness me dijo que cavase algunos hoyos para enterrar escombros -declaró Brogiski al sheriff-. Cuando todos estuvieron llenos me pidió que cavase otro.

La policía interrogó a Lamphere sobre este punto que todavía permanecía oscuro: ¿qué función tenían asignada la habitación en la que la viuda conservaba grandes cantidades de hielo?

-Era una especie de cámara mortuoria -declaró Lamphere-. Era lo suficientemente capaz para alojar seis cuerpos. Allí despedazaba a sus víctimas. Separaba la cabeza, las piernas y los brazos del tronco valiéndose de una sierra o un hacha.

En los meses que precedieron a la apertura del juicio contra Lamphere, que se efectuó en noviembre de 1908, éste permaneció en presidio, enviando de cuando en cuando artículos a los periódicos en los que narraba su vida en la famosa granja maldita de Indiana. Durante el transcurso de aquellos meses entre el incendio y el proceso, la policía emprendió la búsqueda de varios hombres desaparecidos que habían acudido a la granja Gunness. Muchos de ellos eran de origen escandinavo. John Moo, el primo de Belle, también lo era. Acudió a la granja Gunness en las Navidades de 1906 para pasarlas en compañía de su prima. El 26 de diciembre acudió al banco de La Porte, acompañado por la sonriente Belle y retiró cien mil dólares.

Cuando la prensa aireó la lista de visitantes masculinos de Belle, bautizaron a Moo, con el apodo de Papá Noel. Tras retirar su dinero del banco desapareció. Lo mismo sucedió con Ole Budsberg cuando cuatro meses más tarde, el 6 de abril de 1907, se dirigió al banco de La Porte acompañado de Belle Gunness y retiró el importe de su cuenta corriente: mil dólares. Nunca más volvió a saberse de él y cuando sus hijos y los empleados del banco le preguntaron a Belle donde había marchado, dijo que a Oregón, situado muy lejos de Indiana.

Olaf Lindboe era un hombre de treinta años recién llegado a Estados Unidos y procedente de Noruega. Se dirigió hacia el este. Al llegar a La Porte hizo un alto y se encaminó a la granja Gunness, donde según un testigo fue visto sacando un libro de su paquete y ya no volvió a saberse más de él. Reapareció el 6 de mayo de 1908, cuando los que trabajaron entre los escombros de la granja incendiada encontraron un trozo de terreno muy blando detrás de la pocilga, no lejos de donde fuera encontrado el cadáver de Jennie. Había cambiado mucho, ya que un hachazo le había partido el cráneo, pero parte de sus cabellos todavía permanecían en él, así como sus dientes.

Henry Gurholt fue otro de los hombres que desaparecieron misteriosamente y volvió a aparecer cuando los improvisados sepultureros descubrieron su fosa. En otro hoyo relleno de desperdicios y situado en la parte trasera de la porqueriza fueron hallados los huesos de tres hombres y los cráneos de dos. Las cabezas aparecían recubiertas de pelo negro muy corto y una de ellas llevaba barba. La que no tenía barba pertenecía a Gurholt.

El hermano de John Moo acudió a la granja. Entre otros objetos encontró un reloj que Ray Lamphere declaró haber recibido de Belle. Cuando el desconsolado Moo, lo vio, afirmó:

-Ahora estoy seguro de que John está muerto. Éste es su reloj y ésta la cadena que siempre llevaba.

Diez cuerpos fueron descubiertos tras la pocilga. Algunos nunca fueron identificados. Por ejemplo, ¿quién era el joven con una sola muela en la boca? ¿y el hombre con hernia, cuyo braguero también fue hallado?

Brogiski, el labrador polaco, admitió haber cavado muchas fosas durante el tórrido verano de 1907. En esta época Phillips de Virginia dijo a sus amigos que marchaba para casarse en Indiana con una viuda muy rica. Abandonó su casa con una cartera bien provista de dinero, un anillo con un brillante en el dedo y un reloj.

Un reloj parecido al de Abraham Phillips fue encontrado entre los escombros de la granja. Fue durante este mismo verano de 1907, cuando John E. Bunter de Mackeesport, Pennsylvania, habló de casarse con una viuda de Indiana y desapareció sin que volviese a saberse de él.

Tonnes Peter Lien vendió su granja después de leer el anuncio y abandonó Rushford, Minnesota, con mil dólares cosidos en el forro de su manga para dirigirse a La Porte, con el deseo según explicó su hermano de casarse con la señora Gunness.

Emile Tell partió de Osage City, Kansas, con cinco mil dólares e intención de casarse con una viuda rica de La Porte.

E. J. Thiefland, de Minneapolis, después de escribir a Belle Gunness anunció a su hermana que marchaba a La Porte para ver «si esa señora era una persona decente».

S. B. Smith y Paul Ames desaparecieron sin que se supiese más de ellos hasta que encontraron dos anillos con las iniciales de S. B. Y P.A. entre aquellos restos humanos.

Además de estos hombres que acabamos de mencionar y que respondieron a la tentadora oferta de la viuda, había otra víctima como George Berry, que en el mes de julio dijo a su familia que marchaba a trabajar para la señora Gunness. Tomó consigo mil quinientos dólares y no tardó en ir a hacerle compañía a Gurholt en la fosa cavada por Brogiski.

Christian Hinkley vendió su granja de Wisconsin en dos mil dólares y se dirigió a La Porte. Herman Konitzer hizo lo mismo por cinco mil dólares y Charles Neiburg con quinientos. Los tres desaparecieron.

El joven Olaf Jensen escribió a su madre, que se hallaba en Noruega el mes de mayo de 1906, diciéndole que había visitado a una señora que había insertado una proposición de matrimonio en el periódico y que después de vender todo lo que tenía iría a reunirse con ella. Contaba veintitrés años y estaba lleno de ilusiones, pero ni su juventud ni sus esperanzas le salvaron del cloroformo y el hacha. Fue a reunirse con los demás en las fosas que rodeaban la pocilga.

Sin embargo, fue Asle Helgelien, de Mansfield, Dakota del Sur, hermano del fallecido Andrew, el que reveló el gran empeño que ponía la asesina de La Porte en que sus víctimas llevaran consigo el dinero. Conservaba la carta que su hermano recibiera el 2 de septiembre de 1906. En ella se leía:

«Querido amigo: Muchísimas gracias por su nota y su fotografía. He leído la carta muchas veces y estudiado atentamente su rostro. Me intereso ahora mucho en nuestra correspondencia, ya que comprendo que es usted una buena persona y un noruego inteligente. Deseo conocerlo mejor, pero me conformaré con esperar pacientemente a que llegue usted aquí. Creo más conveniente que lo deje todo dispuesto antes de venir para que luego no tenga que volver a marcharse. Cuando llegue usted aquí, sé que ya nunca volveré a estar sola. ¡Qué agradable resultará sentarse junto al fuego y poder charlar en nuestro idioma! ¿No lo cree usted así?

»Disfrutaré mucho viendo sus estupendos caballos, ya que me intereso mucho por ellos. ¿No podría traerme un caballito de tiro? Nos gustaría mucho. Solamente tengo tres caballos, lo que para nosotros es suficiente, pero nunca está de más tener otro.»

Después de darle unos cuantos consejos sobre la forma de emprender el viaje desde Dakota del Sur, añadía:

«Respecto a sus caballos puede llevarlos con usted hasta Chicago. Si alquila un vagón de ferrocarril podrá llevarse todos los que desee. Allí le pagarán muy bien por ellos. Si le parece demasiado aburrido estar solo y no tiene ningún amigo, yo puedo ir a encontrarme con usted y hacerle compañía hasta que termine de venderlos. Allí soy muy conocida, ya que durante una temporada he vivido en Chicago. Ambos podríamos recorrer la ciudad y disfrutar mucho.

»Cuando llegue aquí le prepararé una buena comida, pero dispóngase a decir adiós a Dakota del Sur y permanecer aquí para siempre con nosotros. No diga ni una palabra a nadie cuando se marche. Será mejor que lo haga cuando lleve aquí una buena temporada.»

El propósito de esta última advertencia apareció clara a los ojos del sheriff Smutzer cuando siguió leyendo:

«Debe perdonarme que no le haya contestado antes, pero hemos estado muy ocupados recogiendo peras y manzanas para enviarlas al mercado. Las pagan bien en Chicago, y como estamos cerca, enviarlas no constituye ningún problema.

»Intentaré hacer todo el trabajo antes de que usted llegue para que cuando esté aquí no se sienta demasiado solo. Guardo sus contestaciones en un sitio especial. Se las enseñaré todas cuando venga, ya que las aprecio mucho, aunque estimo más al autor. Cuando le conozca personalmente estoy segura de que me parecerá mejor a todos los noruegos que he conocido en América. Hay demasiados tramposos y estafadores en este país. La honradez, la rectitud y la honestidad son las virtudes que más aprecio. Cuando se encuentran en dos personas se puede estar seguro de que todo irá bien.

»Le he explicado las cosas tal y como son, y tal como usted mismo podrá verlas cuando llegue aquí. Puede estar seguro de que será bien venido y recibido alegremente. Bueno, es mejor que termine por hoy y vaya a ordeñar las vacas.

»Deseando recibir pronto sus noticias,

»Su amiga,

Belle Gunnes

Como bien dijo un periodista de La Porte, la viuda demostró ser una gran escritora. Andrew Helgelien no estaba decidido a casarse. Para convencerlo, Belle le escribió una carta cada semana durante dieciséis meses. Una vez, Andrew encontró dentro de una carta un trebol de cuatro hojas. Estaba ya marchito, pero indicaba buena suerte, aunque desgraciadamente no para él.

Llegó a La Porte el día de Año Nuevo de 1908, tras haber abandonado definitivamente Dakota del Sur. Poco después se hizo transferir su cuenta corriente al banco de La Porte y entonces retiró su dinero. Belle Gunness, muy sonriente, lo acompañaba.

Debió de experimentar una terrible impresión cuando recibió una carta de Asle solicitando noticias de su hermano Andrew. No obstante dando muestras de su extraordinaria sangre fría, le contestó:

«Con lágrimas en los ojos y el corazón torturado por la pena, le doy las noticias que tengo de su hermano, mi querido amigo. Un día marchó de mi casa aparentemente feliz y contento y ya no he vuelto a saber de él. Iría hasta el fin del mundo con tal de encontrarlo. Lo amo mucho y estoy dispuesta a ayudarlo en la búsqueda.

»Venda todo lo que Andrew posee, recoja todo el dinero que posea usted y venga aquí. Una vez que usted haya llegado iremos ambos en su búsqueda. No olvide usted traer el dinero en efectivo. Estaré dispuesta para partir en cuanto usted llegue aquí.

»Suya afectísima en el dolor,

»Belle Gunness.

Asle vivió lo suficiente para desenmascarar a Belle Gunness, según reveló a su otro hermano, por no seguir los consejos de aquella mujer. Mas, como transcurría el tiempo y Belle corría el riesgo de ser descubierta, comenzó a hacer sus preparativos para marcharse de allí antes de despertar sospechas y de que Ray Lamphere se fuese de la lengua. Aun así, siguió escribiendo y recibiendo ofertas hasta poco antes de que el fuego destruyese la granja.

Posiblemente el hombre más feliz de todo Estados Unidos cuando se publicó la noticia en los periódicos fue Carl Paterson. Cuando contestó al anuncio también recibió una respuesta. Estaba fechada el 14 de abril, trece días antes de que se declarase el incendio en la noche del 27 al 28.

Belle había escrito:

«He recibido otras contestaciones al anuncio; cincuenta por lo menos. Entre todas he elegido la que me ha parecido más conveniente y que ha resultado ser la suya. Mi deseo es tener un socio en el que pueda confiar plenamente y como no poseo referencias de ninguno de los solicitantes he pensado que hagan un depósito en el banco. Dicho método me parece el más adecuado para mantener alejados a los sinvergüenzas, siempre en busca de una oportunidad de aprovecharse, como yo misma he podido comprobar por propia experiencia.

»Si usted dispone de mil dólares y quiere depositarlos en el banco, podremos hablar personalmente. En caso contrario no vale la pena que mantengamos una entrevista.

»Puedo asegurarle que no le trataré como a un jornalero, ya que me encuentro cansada de todo esto y necesito confiar plenamente en alguien para poder permanecer más tiempo en la casa cuidando de mis hijos.

»Sin más por el momento, le saluda afectuosamente,

»Belle Gunness.»

Lo que produjo la felicidad de Carl Paterson fue la incapacidad de proporcionarse el dinero exigido. Lo que conservó a Joe Maxon con vida fue su negativa de comerse la naranja que Belle Gunness le ofreciera aquella noche fatídica.

-Ya la comeré después -dijo guardándosela en el bolsillo.

-Cómala ahora, quizá sea el último obsequio que reciba de mí -replicó la mujer.

Por alguna desconocida razón, estas palabras despertaron sus sospechas. Comió la naranja cuando ella volvió a insistir, pero miró la puerta de su habitación que caía sobre la cocina con recelo. Quizá pensó que podía morir abrasado. Si ella hubiese sido capaz de descuartizarlo, su cuerpo hubiese sido consumido por las llamas. No obstante, vivió y su declaración ayudó a reconstruir en parte aquel rompecabezas que nunca pudo esclarecerse por completo.

Belle Gunness desapareció casi con treinta mil dólares que había sustraído a sus múltiples víctimas. ¿Desapareció realmente, o la persona que conocía su terrible secreto, Ray

Lamphere, que sin duda prendió fuego a la cocina por orden de Belle, fue quien la mató para protegerse a sí mismo?

Durante el juicio de Ray Lamphere no pudo probarse si Belle estaba viva o muerta. Su cabeza no había aparecido, y hubiese sido fácil de reconocer, ya que en la boca llevaba una muela de oro.

Las autoridades tuvieron que conformarse con condenar a Lamphere, acusado de incendio premeditado, a veinte años de reclusión mayor.

Si sabía algo más de lo que dijo a la policía nunca se divulgó. Quizá no lo hizo porque su cabeza corría peligro, pero no puso nada de su parte para destruir la imagen que el público se había formado de Belle Gunness. Imagen que la representaba como a una mujer que llevó casi a la fuerza a su granja a Lamphere y que después le dio instrucciones sobre la manera de prender fuego a la antigua casa de Mattie Altic, como terrible agasajo al huésped que dormía en ella.

¿Qué violento impulso obligaba a Belle Gunness a adormecer, mutilar y enterrar a sus víctimas junto a la pocilga? Quizá su hermana, la esposa de John Larson, conocía la respuesta:

-Después de la muerte de su primer marido cambió radicalmente -explicó la señora Larson a la policía-. Se volvió taciturna y avara. Ahorraba todos los peniques que podía privando a sus hijos de las ropas que éstos necesitaban. No crean que se gastaba el dinero en ella. Nada de eso. Únicamente lo guardaba y siempre anhelaba poseer más y más.

Sin embargo, resulta increíble pensar que los treinta mil dólares que desaparecieron con Belle Gunness no hayan vuelto a aparecer y permanezcan ocultos en algún lugar.

NANNIE DOSS



Nancy Hazle, más conocida como Nannie, nació el 4 de noviembre de 1905 en Blue Mountain, una localidad de Alabama (Estados Unidos) y fue la mayor de los hijos del matrimonio formado por James y Lourdes Hazle. En verdad, Nannie era hija ilegítima de James, ya que nació cinco meses después de que James y Lourdes se conociesen.

Tuvo una infancia bastante desgraciada ya que su padre era un

hombre muy estricto y un fanático religioso. A menudo impedía que sus hijos fuesen a la escuela para que ayudasen en el trabajo de la granja que tenía la familia. Por este motivo Nancy y sus hermanos apenas aprendieron a leer medianamente. En 1912, la familia se subió al tren para hacer una visita a unos familiares cuando, tras un frenazo, Nannie salió despedida golpeándose la cabeza con una barra de metal; esto le ocasionó fuertes dolores de cabeza y estados depresivos que la acompañarían toda su vida.

En su juventud apenas salía de la granja familiar dado que su padre les impedía a las hijas ir a bailes o maquillarse incluso. Él decía que lo hacía para impedir que los hombres las molestasen, aunque lo que en realidad consiguió fue que fuesen socialmente inadaptadas.

Cuando contaba con 15 años empezó a trabajar en una fábrica de hilo, donde conoció a Chares Braggs, un joven de 20 años que vivía con su madre soltera. Comenzaron a ir a la iglesia juntos y, tras cuatro meses de noviazgo y la aprobación de su padre, se casaron en 1921. La madre de Charles era una mujer sumamente extraña, que decidió que el matrimonio se fuese a vivir con ella a cierta distancia de Blue Mountain. Incluso impedía que la propia madre de Nannie se quedase a dormir cuando iba a visitarla.

Entre 1923 y 1927 tuvo cuatro hijas, aunque el matrimonio no iba muy bien debido a las constantes infidelidades por parte de ambos miembros. Charles, al igual que Nannie, solía desaparecer durante varios días, en una serie de borracheras que cada vez eran más frecuentes debido, según sus palabras, al estrés que sufría por las continuas discusiones entre su madre y su mujer.

En el año 1927 perdieron en dos semanas a dos de sus hijas, aparentemente por intoxicación alimentaria. Charles sospechó que las muertes habían sido causadas por su mujer, y se marchó de la casa levándose a la hija mayor, Melvina, y dejando a la recién nacida Florine con su madre. La madre de Charles falleció poco después también, y Nannie tuvo que llevarse a su hija de cuatro meses consigo al trabajo para poder subsistir.

En verano de 1928 Charles volvió a la casa donde vivía su mujer acompañado de su nueva pareja y de su hija para solicitar el divorcio.

Nannie se trasladó poco después a la ciudad de Aniston, en donde cogió apego por la lectura de novelas de romance y por las secciones de contactos de los periódicos. En una de las respuestas que envió a los anuncios conoció a Frank Harrelson, un albañil de 23 años con quien se casó en 1929. A pesar de haber descubierto que su marido había sido una persona muy bebedora y que tenía antecedentes por violación, su matrimonio duró 16 años.

En el año 1943 la hija mayor de Nannie, Melvina, quedó embarazada de Robert Lee Haynes y dio a luz en la casa familiar. El bebé, una niña, falleció poco después de haber venido al mundo. Melvina creyó haber visto a Nannie con un alfiler en las manos, aunque la extenuación tras dos horas de parto y la intoxicación por éter etílico (un anestésico empleado cuando no había otro disponible) que presentaba no le permitieron asegurarlo; los médicos certificaron una muerte súbita.

Melvina comenzó a salir poco después con un soldado, quien disgustaba sobremanera a Nannie. Tras una fuerte discusión sobre este asunto, Melvina fue a visitar a su padre (que se encontraba separado en aquel momento de su madre) para hablar con él del comportamiento con su madre. El 7 de julio de 1945, mientras Melvina estaba en la casa paterna, el hijo de meses que había tenido con este soldado y que se encontraba al cuidado de su abuela, Robert, falleció por asfixia [asfixia] por causas no determinadas en la autopsia. Nannie cobró el seguro de vida de 500 dólares que había hecho al pequeño Robert.

En agosto 1945 el marido de Nannie fue una de las numerosas personas que celebraron la rendición de Japón en la II Guerra Mundial con una soberana borrachera. Tras estar todo el día bebiendo finalmente violó a Nancy en el dormitorio del matrimonio. Nannie estaba al día siguiente cuidando sus rosales cuando encontró casualmente una botella de whiskey de maíz enterrada, con lo que resolvió rellenar el espacio libre con matarratas. Frank Harrelson sufrió una noche agónica y falleció por la mañana tras beberse toda la botella.

Meses después, mientras Nannie se encontraba en Lexington (Carolina del Norte) respondió a un anuncio de contactos de Arlie Lanning, un hombre viudo muy similar a Frank. Tras una temporada intercambiando correo se casaron tan sólo tres días después de haberse visto por primera vez. Este matrimonio fue extraño a decir de quienes lo conocieron, ya que Nannie era una persona muy cariñosa en casa, aunque desaparecía durante dos o tres meses de vez en cuando. Arlie falleció dos años más tarde, en 1952, a causa de una insuficiencia cardíaca. La casa de la familia ardió hasta los cimientos poco tiempo después, lo que propició que Nannie cobrase el seguro.

Nannie se unió entonces al Círculo de Diamantes, un club para ayudar a la gente a encontrar su media naranja donde conoció a Richard L. Morton, un hombre de negocios de Emporia, Kansas, con quien se casaría poco después. Al igual que el resto de maridos de Nannie era un hombre adicto a las mujeres, aunque en este caso no era un alcohólico como sus predecesores. En enero de 1953 la madre de Richard, Louisa, se fue a vivir con ellos para estar más cerca de su hijo. Como la relación entre Nannie y Louisa era caótica

ya desde la primera vez que se habían visto, la idea de tener que vivir con ella le resultaba repulsiva, y Nannie acabó por envenenarla dos semanas después de iniciarse la convivencia con su suegra. Richard moriría también envenenado en marzo de ese año. Ambas muertes fueron calificadas de muertes naturales, lo que hizo que la gente se compadeciese de Nannie por tan «trágicas pérdidas» en tan poco tiempo.

Poco después de la muerte de Richard, Nannie conoció a Samuel Doss, un hombre muy religioso que desaprobaba el alcohol y las relaciones extramatrimoniales, así como las novelas románticas que tanto le gustaban a Nannie. Se casaron en julio de 1953 y se fueron a vivir a Tulsa. En septiembre de ese año Samuel fue ingresado en el hospital de la localidad aquejado de síntomas presuntamente similares a la gripe, aunque los médicos le diagnosticaron finalmente una infección severa del tracto digestivo. Estuvo todo ese mes y un poco del siguiente a tratamiento internado y finalmente le dieron el alta el 5 de octubre. Samuel murió esa misma tarde, poco después de haber cenado. Nannie inició los trámites para cobrar los dos seguros de vida que tenía contratados Samuel, aunque al médico de la familia le pareció sospechoso y solicitó permiso para hacerle una autopsia al cadáver de Samuel. El juez le dio permiso y la autopsia reveló grandes cantidades de arsénico en el organismo del fallecido. Nada más enterarse el juez, Nannie fue detenida como sospechosa de haber asesinado a Samuel Doss.

Una vez que comenzó el interrogatorio Nannie confesó haber asesinado con arsénico a Samuel Doss, a sus anteriores cuatro maridos, a dos de sus hijas, a su madre, a dos de sus nietos y a su suegra. Es Estado de Oklahoma sólo la juzgó por el asesinato de su último marido y Nannie se declaró culpable el 17 de mayo de 1955. La fiscalía solicitó para ella la cadena perpetua en vez de la pena de muerte debido a su género, haciendo hincapié en que si hubiese sido un hombre hubiesen pedido que su condena fuese la silla eléctrica. Finalmente fue condenada a cadena perpetua a cumplir en la Prisión Estatal de Oklahoma.

El 2 de junio de 1965 Nancy «Nannie» Doss murió a los 59 años de edad en la enfermería del presidio debido a una leucemia.

Sabiduría, respeto y cariño son algunas de las palabras que describen a aquellas personas de nuestra línea ascendiente. Y no, en esta ocasión no hablaré de nuevo de padres despiadados que asesinan a sus hijos sin titubear. Me refiero a los que siguen en dicha línea, a los padres de nuestros padres. Puedo apostar que todos y cada uno de ustedes tienen o tuvieron en su vida a uno o varios abuelos que llegaron a convertirse en más que sus familiares más importantes. Los abuelos son aquellos padres que no tienen que educarnos, sino guiarnos, consentirnos y aconsejarnos. A pesar del cliché estúpido y sobado, los abuelos no representan ignorancia o debilidad, al contrario, son aquellos que logran mantener familias de decenas unidas. Merecen toda nuestra admiración por lograr lo que han logrado.

A veces la inteligencia y obscuras intenciones de algunos abuelos se esconden detrás de ese rostro encantador. A esto me refería previamente cuando mencionaba el no juzgarlos por su edad. Como hemos aprendido en esta columna, nadie en la faz de la Tierra es de fiar. O bueno, al menos esto le sucedió a la familia de Nancy Hazle.

Nancy, o Nannie como la apodaban de cariño, nació en Alabama en 1905. Siguiendo la tradición de muchos asesinos, no tuvo una infancia muy agradable. Su padre era un conservador extremista. Abusaba psicológicamente de Nannie y sus cuatro hermanas. Las

obligaba a trabajar en su granja en vez de que asistieran a la escuela. Prohibía a sus hijas maquillarse como método de prevención a ser abusadas por chicos mayores. Esta patética «educación» resultó en un odio profundo hacia su padre. Lo aborrecía enormemente.

Las cosas mejoraron (por algún tiempo) cuando Hazle conoció a un tipo llamado Charles Braggs. Trabajaban juntos y al poco tiempo de salir, decidieron casarse. Ella sólo tenía 16 años. A los pocos años de matrimonio tuvieron cuatro hijos; esto fue agotando, poco a poco, la paciencia de Nannie. Ser madre no la hacía del todo feliz. Comenzó a beber y fumar; hábitos que se convirtieron en vicios. Su matrimonio comenzó a ir en picada, ambos tenían sospechas sobre adulterio y apenas se dirigían la palabra. Un día, dos de las cuatro hijas de Nannie fallecieron por una intoxicación. Charles sospechó de Nancy, la acusó de asesinato y se llevó a sus hijas, abandonándola. Al poco tiempo se divorciaron, él siempre afirmó «que tenía pavor de su esposa». A pesar de estas declaraciones, Nancy consiguió la patria potestad y recuperó a sus hijas.

Esto no la detuvo, y se mudó a Jacksonville. Ahí comenzó la intensa búsqueda de su nuevo «amado». Publicaba constantemente columnas románticas en el periódico local hasta que logró atrapar la atención de un trabajador local. Su nombre era Roberto Harrelson, quien se convirtió al poco tiempo en su segundo esposo. A pesar de descubrir que él contaba con un registro criminal de primera y ser un alcohólico, su matrimonio duró 16 años.

Durante esos años, su hija mayor y sus dos nietos vivieron con ella. Nancy no resultó ser el tipo de abuela que hablábamos al principio. No era cariñosa, ni atenta. Era una abuela desesperada que odiaba los llantos y alaridos en sus casa. Uno de sus nietos falleció al poco tiempo de haber nacido, pero uno era suficiente para volver a esta mujer más loca de lo que ya estaba. Un día, su segundo nieto fue encontrado muerto. Los doctores declararon que la causa había sido asfixia, pero no lograron darle una explicación más precisa. Al poco tiempo de este terrible suceso, Robert (su esposo), quien aún vivía, regresó de la guerra. Esto lo dejó traumatizado y un día de copas violó a Nancy. Al día siguiente, Robert fue encontrado muerto, con una botella de whiskey a su lado.

La vida de Nancy parecía no poder ir peor ¿no lo creen? ¡Ja! Si supieran todo lo que falta. Mientras realizaba un viaje por Carolina del Norte, la ahora viuda, conoció a otro tipo. Y este tipo no tenía nada de nuevo, cumplía con todo lo que le gustaba: alcohólico, mujeriego y golpeador. ¿Lamentablemente?, su tercer esposo falleció por un ataque al corazón. Nancy recibió un gran apoyo de la gente de su pueblo y de su hermana, Dovie, quien la recibió en su casa con los brazos abiertos. Pobre Dovie, si tan solo hubiera sabido que le abría las puertas de su casa una plaga mortal. Y sí, por si se lo preguntaba, Dovie murió al poco tiempo.

Nancy se casó dos veces más en un plazo de tiempo corto. Como era de esperarse ambos fallecieron, pero fue hasta el quinto que la policía comenzó a sospechar (lo sé, ¡patético!) e investigaron el caso. Resultó ser que en la autopsia de su último marido, encontraron una cantidad bastante generosa de arsénico en su sistema. Nannie fue arrestada al ser sospechosa de haber cometido un asesinato. Su juicio fue algo de otro mundo. Parecía salido de una película de Hitchcock. Se le culpaba de un solo asesinato y terminó confesando haber matado a cuatro de sus cinco esposos, a una de sus suegras, a su hermana, ¡a sus dos hijas! y a su nieto. Desde el arresto, hasta su encarcelamiento, Nannie

nunca dejó de sonreír. Su actitud cínica le dio fama por todo Estados Unidos. Incluso, como todo buen asesino serial, recibió un alias: «La Abuela Risueña».

Vaya mujer la que resultó ser esta abuelita. Agradezco a quien le tenga que agradecer haber nacido en una familia con dos grandes abuelas, a quienes admiro y respeto. Y espero que aquellos que comparten mi misma fortuna corran, abracen y agradezcan a sus respectivos abuelos de no ser plagas cargadas de arsénico. Como siempre mi consejo sigue siendo el de siempre: la vida nunca es lo que parece; abran los ojos, sospechen de todos. Háganlo antes de que alguien cobre su seguro de vida después de que un «terrible accidente» haya terminado.

Nannie Doss (nacida como Nancy Hazel, 4 de noviembre de 1905 – 2 de junio de 1965) fue una asesina en serie americana responsable de la muerte de 11 personas entre los años 1920 y 1954.

Doss confesó finalmente los asesinatos en octubre de 1954, después de que su quinto marido falleciera en un pequeño hospital de Tulsa, Oklahoma. En total, se supo que había matado a cuatro maridos, dos hijos, sus dos hermanas, su madre, un nieto, y una de sus suegras.

Primeros años

Doss nació el 4 de noviembre de 1905 en Blue Mountain, Alabama, actualmente parte de Anniston, como Nancy Hazel, hija de Louisa «Lou» (nombre de soltera) y James F. Hazel. Doss tenía un hermano y tres hermanas. Tanto Doss como su madre odiaban a James, un padre y esposo controlador. [Doss] tuvo una infancia infeliz. Fue una estudiante limitada que nunca aprendió a leer de forma correcta; su educación era irregular porque su padre obligaba a sus hijos a trabajar en la granja en lugar de permitirles ir a la escuela.

Cuando tenía alrededor de 7 años, la familia hizo un viaje en tren para visitar a unos familiares que vivían en el sur de Alabama. En un momento dado, el tren se detuvo súbitamente y Doss se golpeó la cabeza con la barra de metal del asiento que estaba situado enfrente de ella. Durante los años siguientes, [la niña] sufrió fuertes dolores de cabeza, depresión y pérdida de conocimiento, que atribuía al accidente.

Durante la infancia, su pasatiempo preferido consistía en leer las revistas románticas de su madre mientras fantaseaba con un futuro romántico. Más tarde, su afición favorita fueron las columnas de corazones solitarios [páginas de contactos].

En la adolescencia, el padre de Hazel prohibió a ella y a sus hermanas usar maquillaje y vestirse con ropa atractiva. Así, trataba de evitar que sus hijas fueran molestadas por los hombres. Asimismo, tampoco les permitió ir a los bailes y a otros eventos sociales.

Primer matrimonio

Doss se casó por primera vez a los 16 años con Charley Braggs. Ambos se habían conocido en la fábrica textil donde trabajaban, y después de recibir el consentimiento de su padre y haber pasado cuatro meses de noviazgo, se casaron. Él era hijo único de una madre soltera que insistió en continuar viviendo con el hijo después de que éste contrajera matrimonio. Doss escribiría más tarde:

«Cumpliendo con los deseos de mi padre, en 1921 me casé con un chico al que había conocido unos cuatro o cinco meses antes. Él no tenía familia, solamente una madre soltera que controló mi vida durante nuestro matrimonio. Nunca le pareció mal lo que él hacía pero a menudo caía enferma. No dejaba que mi propia madre se quedara toda una noche...»

La madre de Braggs reclamaba una gran parte de su atención y limitó las actividades de Doss. El matrimonio tuvo cuatro hijas de 1923 a 1927. La joven madre, estresada, comenzó a beber, y su hábito de fumar de manera ocasional se convirtió en una adicción constante. Los dos cónyuges, descontentos, sospecharon, con razón, de la fidelidad de cada uno.

A principios de 1927, el matrimonio perdió a sus dos hijas debido a la intoxicación por unos alimentos; Braggs, sospechando que Doss los había matado, cogió a Melvina, su primogénita, y huyó, dejando a la recién nacida Florine con su esposa. Poco después, la madre de Braggs murió y Doss empezó a trabajar en una fábrica de algodón para mantener a Florine y a sí misma.

Braggs regresó con Melvina en el verano de 1928. Braggs y Nannie pronto se divorciaron y llevaron a las dos niñas de vuelta a la casa de su madre. Braggs siempre mantuvo que abandonó a su mujer porque tenía miedo de ella.

Segundo matrimonio

Durante su estancia en Anniston, Doss mitigó su soledad mediante la lectura de novelas románticas y material de similares características. También estudió detenidamente la columna de corazones solitarios y escribió a los hombres que se anunciaban. Un anuncio que le interesó particularmente fue el de Robert Franklin «Frank» Harrelson, un joven de 23 años que trabajaba en una fábrica de Jacksonville. El hombre le mandó una poesía romántica, y ella le envió un pastel. Se conocieron y se casaron en 1929, dos años después del divorcio con Braggs, cuando ella tenía 24 años. Vivieron juntos en Jacksonville, con Melvina y Florine Braggs. Al cabo de unos meses, Doss descubrió que su nuevo marido era un alcohólico y que tenía antecedentes penales por asalto. A pesar de ello, la relación duró 16 años.

En 1943, la hija mayor de Doss, Melvina, dio a luz a Robert Lee Haynes. Otro bebé le siguió dos años más tarde, pero murió poco después. En un momento dado, cuando Melvina se encontraba bajo los efectos de la anestesia y agotada por el esfuerzo del parto, le pareció ver cómo su madre clavaba un alfiler en la cabeza del recién nacido. Cuando pidió a su marido y a su hermana una explicación, éstos le dijeron que Doss les había dicho que el bebé estaba muerto, mientras sostenía un alfiler. Los médicos, sin embargo, no pudieron dar una explicación positiva. Los padres, afligidos, se separaron y Melvina comenzó a salir con un soldado. Doss desaprobó la relación. Mientras Melvina visitó a su padre después de una fuerte pelea con su madre, su hijo Robert murió misteriosamente cuando estaba al cuidado de su abuela, el 7 de julio de 1945. La muerte fue diagnosticada como asfixia por causas desconocidas, y dos meses más tarde Doss recogió el seguro de vida de 500 dólares que había hecho al nombre del niño.

En 1945, Harrelson celebró de forma intensa la rendición de Japón frente a las tropas aliadas al final de la Segunda Guerra Mundial. Fue así como, después de una noche de borrachera, el hombre violó a Nannie. Al día siguiente, mientras cuidaba sus rosales, la

mujer descubrió un frasco de whisky de maíz que estaba enterrado en el suelo. La violación había sido la gota que había colmado el vaso, por lo que cogió el frasco y lo llenó con un raticida. Harrelson falleció de una muerte dolorosa por la noche.

Tercer matrimonio

Doss conoció a su tercer marido, Arlie Lanning, a través de otra columna de corazones solitarios mientras viajaba a Lexington, Carolina del Norte, y se casó con él tres días más tarde. Al igual que su predecesor, Harrelson, Lanning era un alcohólico y mujeriego. Sin embargo, en este matrimonio, era Doss la que desaparecía durante meses con frecuencia. Cuando su marido murió de, según se dijo, una insuficiencia cardíaca, la ciudad entera acompañó a Doss en el funeral. Poco después, la casa de la pareja, que había sido dejada a la hermana de Lanning, se incendió. El dinero del seguro fue a parar a la viuda Nannie, y después de que la madre de Lanning muriera mientras dormía, Nannie Doss se marchó de Carolina del Norte y se fue a vivir a la casa de su hermana Dovie, quien fallecería poco después.

Cuarto matrimonio

En busca de otro marido, Nannie se unió al Diamond Circle Club y pronto conoció a Richard L. Morton, de Emporia, Kansas, quien no tenía problemas con la bebida, pero era un mujeriego. Morton encontró la muerte en abril de 1953, tres meses después de que la madre de Nannie, «Lou», fuera a vivir con ellos y también muriera envenenada.

Quinto matrimonio

Doss se encontró y se casó con Samuel Doss, de Tulsa, Oklahoma, en junio de 1953. Este hombre desaprobaba las novelas románticas e historias que Doss adoraba. En septiembre, Samuel fue ingresado en el hospital con síntomas similares a la gripe, donde se le diagnosticó una infección del tracto digestivo severo. El paciente fue tratado y fue dado de alta el 5 de octubre. Doss lo mató esa tarde en su carrera por cobrar las dos pólizas de seguros de vida que había solicitado. Esta muerte súbita alertó a su médico, quien ordenó una autopsia. Ésta reveló una enorme cantidad de arsénico en su sistema. Doss fue rápidamente detenida.

Doss confesó haber matado a cuatro de sus maridos, a su madre, a su hermana Dovie, a su nieto Robert, y a su suegra Lanning. El estado de Oklahoma centró su caso sólo en Samuel Doss, al que había conocido a través de un anuncio de corazones solitarios después de que éste hubiera perdido a su esposa, Winniferd, y a nueve niños debido a un tornado que se formó en el condado de Madison, en Arkansas.

La fiscalía encontró a Nannie Doss mentalmente apta para ser juzgada. El fiscal de Tulsa responsable de su condena fue J. Howard Edmondson, quien más tarde se convirtió en el gobernador del estado de Oklahoma. Ante la insistencia de Ramon Theodore Doss, el hermano de Samuel Doss, se realizó una autopsia al cuerpo de Samuel, descubriéndose que había suficiente arsénico en él como para matar a cuarenta caballos. Nannie Doss tenía una receta de pastel de batata, que era el favorito de Samuel Doss. Así, camufló el arsénico entre el pastel y se lo dio de comer en tres ocasiones diferentes antes de su muerte. Nannie se declaró culpable el 17 de mayo de 1955, y fue condenada a cadena perpetua. El estado no pronunció la pena de muerte debido a su género. Doss nunca fue acusada de las otras muertes, sin embargo, muchas fuentes indican que mató entre 8 y 11 personas. Murió de leucemia en el hospital de la Penitenciaría del Estado de Oklahoma en 1965.

SYLVESTRE MATUSCHKA



El descarrilador de trenes

Una serie de bombas instaladas en trenes culminaron con un desastre en el que fallecieron veintidós pasajeros. Al culpable aquellas explosiones le proporcionaban nuevas emociones sexuales.

Los trenes ejercen una extraña fascinación sobre muchas personas; pero en el caso de este húngaro se convirtieron no en algo obsesivo, sino en una auténtica perversión. Durante el día, Sylvestre Matuschka era un ciudadano respetable. Pero por la noche se dedicaba a

merodear por los bajos fondos en compañía de prostitutas y a planear la destrucción de trenes, cuya contemplación tanto perverso placer le proporcionaba. Matuschka llegó a reconocer que el simple recuerdo de la explosión de un tren le producía una intensa excitación sexual.

Durante el juicio se descubrió que le había comprado a su hijo un tren eléctrico con el que pasaba jugando la mayor parte de su tiempo libre, por lo que se le apodó «el hombre que jugaba con los trenes».

El 8 de agosto de 1931, en Jüterbog, a pocos kilómetros de distancia de su destino final, explotó una bomba en el expreso que hacía el recorrido entre Basilea y Berlín. Milagrosamente nadie resultó muerto, pero un centenar de pasajeros sufrieron diversas heridas, algunas de consideración.

El incidente hizo recordar dos intentos de descarrilar sendos trenes llevados a cabo en el mes de enero anterior en Ansbach, Austria. Con Europa convulsionada por una constante agitación política, la policía sospechaba que los tres ataques tenían una motivación política y eran obra del mismo hombre. En los postes de teléfonos cercanos se hallaron pintadas varias esvásticas.

Un mes después de la explosión de Jüterbog, a las 11,30 de la noche del sábado 12 de septiembre de 1931, el célebre Orient Express salía de Budapest, capital de Hungría, en su habitual recorrido desde Estambul hasta Viena y París. Poco después de la medianoche el tren descarriló en el momento en que atravesaba un viaducto en la población de Bia-Torbagy, a unos treinta kilómetros al oeste de Budapest.

La locomotora y nueve de los once vagones se precipitaron por un desfiladero de treinta metros matando a veintidós personas entre pasajeros y tripulación e hiriendo a ciento veinte más. Alguien había instalado en el viaducto una bomba que explotó al ser pisada

por las ruedas del tren. La dinamita, conectada a una batería, se hallaba oculta dentro de una bolsa.

El gobierno fascista de Hungría reaccionó inmediatamente culpando del desastre al «terrorismo comunista». Los altos funcionarios del Estado informaron acerca de un pedazo de papel que -según dijeron- se había encontrado atado a una piedra junto a la vía y que decía así: «¡Hermanos proletarios! Si el Estado capitalista no nos da trabajo, lo buscaremos de cualquier otro modo. Contamos con explosivos y con mucha gasolina.» La nota iba firmada por «El Traductor».

La policía del Estado y varios miembros del servicio secreto húngaro reunieron a algunos obreros de los ferrocarriles para interrogarlos. El regente húngaro, almirante Horthy, ofreció una importante recompensa a cambio del arresto de «los terroristas revolucionarios».

Para el gobierno de Budapest, el desastre supuso un importante problema político a causa del gran número de extranjeros que se contaban entre los muertos y heridos. Entre otros, el señor Jean Renard, director de las líneas aéreas nacionales de Bélgica, y su esposa, quienes viajaban de regreso a Bruselas tras asistir a un congreso de la Asociación Internacional de Transporte Aéreo. Otras de las víctimas eran pasajeros austríacos, franceses, americanos y británicos. Un miembro del gabinete húngaro había saltado del tren en marcha en el momento de la explosión para salvar la vida.

Un joven reportero del periódico vienés Morning Post, Hans Habe, emprendió el viaje aquella misma noche para ser uno de los primeros periodistas presentes en el escenario de la tragedia. En medio de aquella carnicería -de algunas víctimas no quedaban más que pedazos-, un hombre bajito y robusto con un corte de pelo militar abordó a Habe. Se trataba de Sylvestre Matuschka, quien se presentó a sí mismo como un hombre de negocios húngaro y explicó que él también viajaba en el tren, aunque consiguió escapar milagrosamente.

A Hans Habe le causó buena impresión la amistosa actitud de Matuschka y lo citó en su reportaje. Más tarde el periodista llevó al hombre de negocios de regreso a Viena en su coche y se citó con él al día siguiente en un café para escribir la continuación de su artículo. Cuando Habe llegó al lugar de la cita, se quedó atónito al encontrar a Matuschka sentado en medio de un fascinado gentío que le escuchaba describir el desastre con todo lujo de detalles.

Mientras tanto, las autoridades húngaras se dedicaban a organizar una redada de «conspiradores y asesinos comunistas» para interrogarles acerca del atentado de Bia-Torbagy. La policía de Budapest comunicó que se habían presentado más de doscientos informadores que decían conocer la identidad del terrorista. Sylvestre Matuschka, por su parte, continuaba en Viena relatando el atentado a diestro y siniestro.

El editor de Hans Habe estaba encantado con la primicia del joven reportero. Pero Habe no se sentía tan a gusto. Encontraba bastante inverosímil la historia de Matuschka, quien no parecía demasiado conmovido después de haber sobrevivido al descarrilamiento de un tren; y confió sus sospechas al inspector Schweinitzer, de la policía de Viena; éste interrogó a todos los supervivientes austríacos, pero ninguno de ellos recordaba a Matuschka como pasajero del tren accidentado.

Entonces un taxista de Budapest recordó haber llevado en su coche a un hombre de pelo muy corto a dos fábricas de municiones para comprar dinamita. Aquello fue más que suficiente para el inspector Schweinitzer. El 10 de octubre, un mes después del atentado, Sylvestre Matuschka era arrestado.

Schweinitzer pronto se dio cuenta de que aquel húngaro bajito que se pavoneaba jovialmente de un lado a otro de su celda en la principal comisaría de Viena, era un hombre de carácter extravagante y pintoresco. Dijo tener treinta y nueve años y ser un ex oficial del ejército húngaro. Ahora -declaró- formaba parte de la Liga de la Cruz Flechada, una organización similar a las Camisas Negras de Mussolini o a las fuerzas de asalto de Hitler, que utilizaba como emblema una variante de la esvástica a base de flechas.

El sospechoso confesó inmediatamente sus tentativas de volar varios trenes, incluidos dos o tres en Austria, y admitió ser el responsable del atentado perpetrado en Jüterborg contra el expreso de Basilea-Berlin. También declaró, lleno de orgullo, haber instalado la bomba en el viaducto de Bia-Torbagy.

A guisa de explicación dijo que el Espíritu Santo se le había aparecido en una visión y que los tres arcángeles -San Miguel, San Gabriel y San Rafael- le dieron instrucciones para que emprendiera una campaña de sabotaje en los ferrocarriles «con el fin de castigar a los ateos que viajaban en trenes de lujo y liberar al mundo del comunismo». Schweinitzer, creyendo que el prisionero sufría una «manía religiosa», ordenó que le examinaran varios médicos. Pero los más prestigiosos psiquiatras austríacos dictaminaron que Sylvestre Matuschka fingía paranoia y que era responsable de sus crímenes.

Después de confesar ser el autor del sabotaje contra el Orient Express en Bia-Torbagy, Matuschka relató cómo se las había ingeniado para hacerse pasar por un superviviente de la tragedia. Tomó el tren en Budapest y se bajó en la siguiente estación, donde contrató a un taxista para que lo llevara a toda velocidad al viaducto con el tiempo justo para contemplar la explosión, y «disfrutar» con la desgracia.

Los psiquiatras confirmaron que se trataba de un sádico, y declararon que era un hombre sexualmente incontrolable que durante sus viajes de negocios dormía cada noche con una prostituta diferente.

El gobierno austríaco se ofreció a extraditar a Matuschka para que éste fuera juzgado en Hungría por el atentado de Bia-Torbagy. Pero las autoridades de Budapest parecieron resistirse, preocupadas por el hecho de que el terrorista, en lugar de ser un revolucionario comunista, apoyaba con ardor el régimen de Horthy.

Así que Matuschka se quedó en su celda de Viena, ideando cientos de inventos «en bien de la humanidad», entre los que se incluían un proyecto para navegar por las cataratas del Niágara y un plan para reducir la inflación mundial a base de la fabricación de oro artificial. Sylvestre Matuschka presentó además una reclamación para que parte de la recompensa ofrecida por su captura le fuera concedida a su propia familia.

El juicio contra el terrorista, celebrado en junio de 1932, no fue menos extravagante. Como el tribunal austríaco carecía de jurisdicción sobre los delitos cometidos en la vecina Hungría, solamente se le acusó de los atentados con bomba perpetrados en Ansbach. A

lo largo del juicio, Matuschka, se postró de rodillas varias veces para explicar que se había dedicado a descarrilar trenes en un acto de venganza por el abandono al que el mundo estaba sometiendo a Dios.

De rodillas en el estrado, el inculpado gritó: «Pido a Dios que me diga qué debo hacer. Una noche un espíritu vestido de blanco se apareció ante mí y me dijo que tenía que redimir el mundo mediante una reorganización del sistema ferroviario. El único modo de obedecer sus órdenes era acabar con todos los trenes.» Matuschka continuó, explicando que el espíritu -llamado Leole- ordenó volar el viaducto de Bia-Torbagy. «Yo no quería matar a nadie... pero Leo me dijo que era mi deber.»

Entre los pasajeros que sobrevivieron al descarrilamiento de tren de Bia-Torbagy se hallaba la cantante y bailarina de cabaret Josephine Baker, nacida en Missouri, quien regresaba de una gira por Europa. Aunque no tenía más que veintiséis años, era una estrella mundial célebre por su exótica belleza. Al parecer intentó calmar a los pasajeros, presas de pánico, que viajaban en los coches-cama entonando una de sus canciones más famosas: “J’ai deuz amours, mon pays et París...”

Durante el juicio en Viena en 1932 Sylvestre Matuschka desempeñó un papel histriónico, gritando y gesticulando de modo salvaje. Lo declararon culpable y lo sentenciaron a seis años de trabajos forzados, pero en 1933 fue extraditado a Hungría para que lo juzgaran por el atentado de Bia-Torbagy. Al subir al tren con destino a Budapest iba firmemente encadenado. El final de su vida continúa siendo un misterio.

Inspiración para una novela

Es probable que la historia del descarrilador de trenes Sylvestre Matuscha sirviera de base al novelista belga Georges Simenon para uno de sus libros, *L’homme qui regardait passer les trains* (El hombre que veía pasar los trenes), publicado en 1938.

El personaje Kees Poppinga es un ciudadano modelo de treinta y tantos años, padre y esposo, amante y -como Matuschka- un jugador de ajedrez incansable. Poppinga es el director de una compañía naviera que se vuelve loco cuando la firma cae en bancarota. Entonces viola y asesina a la amante de su ex jefe y escapa en tren a París, donde se dedica a jugar al escondite con la policía. Poppinga termina sus días alegremente en un manicomio holandés. El libro -descrito por uno de los biógrafos de Simenon como “un puro ejercicio de fantasía macabra”- sería llevado al cine más tarde con gran éxito.

Los psiquiatras saben – y la gente en general está aprendiendo rápidamente mediante las obras de teatro, películas y libros nada inhibidos ahora – que los métodos mediante los que es posible obtener alivio o gratificación sexual son múltiples. Otros capítulos del libro tratan de lo que, a falta de una mejor frase, debe ser descrito como desviaciones de la norma. Sin embargo, difícilmente puede dudarse de que la perversión más compleja – y en sus efectos la más trágica – fue la practicada por un sadista cuyos crímenes conmovieron a todas las naciones de Europa hace cuarenta años.

La historia comienza en la noche de año nuevo de 1930. Un intento fue hecho, entonces, de descarrilar el expreso Viena-Passau cerca de la estación de Anzbach, a 35 kilómetros de Viena. Cuando faltaban minutos para que pasara el tren se descubrió que una sección de la vía había sido dañada y que habían sido puestos obstáculos en el camino.

Afortunadamente el maquinista fue avisado a tiempo y pudo detener el tren a unos metros de distancia.

Un mes después, el 30 de enero de 1931, hubo un segundo intento de descarrilamiento en el mismo lugar; esta vez mediante la sujeción de una barra de acero a la vía. En esta ocasión el aviso llegó demasiado tarde como para que el maquinista pudiera detenerse antes de llegar al obstáculo, pero a tiempo para permitir accionar el freno. Aunque la máquina se descarriló, los vagones no se voltearon y los pasajeros escaparon temblorosos.

Los incidentes recibieron por el momento poca atención fuera de Austria, hasta que siete meses más tarde, el 8 de agosto, el expreso de la tarde, de Basle, Suiza, que corría hacia Berlín se estrelló en Juterbog, a 65 kilómetros de la capital alemana. Siete vagones y el carro comedor salieron de las vías y volcaron sobre un terraplén de 10 metros. Milagrosamente nadie murió; sin embargo, más de cien pasajeros quedaron heridos, muchos de ellos de gravedad.

La causa del desastre quedó en claro: bombas hechas en casa, puestas en línea, habían sido detonadas mediante un sistema de espoletas y pilas desde un áspero escondite cerca de la escena del descarrilamiento.

Aunque tanto la policía austríaca como la alemana pensaron que era probable que el choque fuera la obra de la persona que había hecho los intentos previos cerca de Viena, las más intensas indagaciones y varias semanas de investigación no produjeron ninguna pista útil.

Se elaboraron cuatro teorías como posibles motivos: en una época de gran inquietud política en Europa el destructor podía ser un instrumento comunista que intentaba provocar problemas; podría ser un hombre con un rencor real o imaginario en contra de los ferrocarriles que buscaba vengarse; el hombre podía haber tenido como blanco mortal a una persona y haber concebido el diabólico plan de destruir cualquier tren en el que supiera que viajaba la víctima buscada; podía ser un maniático con un ansia de sangre que sólo podía satisfacer con un desastre masivo.

Toda posibilidad debía examinarse. La única evidencia tangible, aquélla del equipo encontrado en el escondite cercano a Juterbog, llevó a la policía a una caza infructuosa que condujo al arresto de un hombre inocente.

Este desafortunado hombre fue un irlandés que había servido en el Cuerpo Real del Aire durante la primera guerra mundial y que se ganaba la vida confortablemente en Berlín como traductor y profesor de inglés. Cierta día se encontraba en un café cuando se le acercó un hombre bien vestido que dijo ser un barón alemán que tenía una fábrica grande en Viena. El irlandés, pensando que el extraño podía ser un cliente potencial, dio su nombre y todos los datos sobre sí mismo.

No volvió a pensar en este encuentro hasta tres días después del choque de Juterbog cuando oficiales de la policía fueron a su casa y le dijeron que estaba arrestado por el atentado al tren.

Se había descubierto que parte del equipo detonante había sido comprado en una tienda de Berlín en la que el propietario había dado a la policía una descripción completa del

comprador: un ex oficial irlandés que cortésmente proporcionó su nombre y dirección y bastante más información sobre sí mismo.

Afortunadamente, el irlandés pudo proporcionar una coartada absolutamente confiable para la noche del choque. El comerciante, al ser confrontado con el hombre arrestado, no tuvo ninguna duda.

– Este no es, definitivamente, el hombre que compró el equipo – dijo.

Quedó claro para los furiosos detectives que el “barón” era el destructor de trenes y que había previsto la posibilidad de que su equipo llevara a la fuente mediante la selección de una víctima conveniente cuya identidad pudiera asumir. La artimaña tuvo un éxito completo: para el momento en que quedó establecida la inocencia del irlandés el rastro se había perdido y el destructor había desaparecido.

Tanto en Austria como en Alemania se ofrecieron recompensas por información que llevara a la captura de este peligroso hombre. La policía quedó convencida que el estado mental del hombre era tal que continuaría provocando choques de trenes hasta ser detenido. Aunque se aumentó la vigilancia de las vías de los trenes, evidentemente era imposible que la policía protegiera cada kilómetro en ambos países. Y aunque esto hubiera sido hecho de nada habría servido, ya que el siguiente choque no fue en Austria ni en Alemania sino en Hungría, cerca de la frontera.

A las 11:30 de la noche del sábado 13 de septiembre de 1931 – cinco semanas después del choque de Juterbog -, al acercarse el expreso Budapest-Ostend al viaducto del Biatorbagy entre Budapest y Viena se produjo de pronto un destello vívido y una tremenda explosión. La máquina se elevó por los aires antes de estrellarse 25 metros abajo del puente, en el valle, llevándose consigo los primeros cinco vagones y dejando al resto balanceándose de manera precaria al borde del terraplén.

Veinticinco personas murieron instantáneamente y otras ciento veinte quedaron seriamente heridas. Muchos perdieron extremidades y otros quedaron tan mutilados que no sobrevivieron mucho tiempo después del atentado. Entre las víctimas había algunos británicos, inclusive un grupo de estudiantes. Dos de los muertos en el primer vagón fueron la señorita Hilda Fowlds, directora de la escuela de mujeres de Gibbs, de Faversham, Kent, y el señor Harry Clements, un hombre de negocios londinense, que vivía en la avenida Links, Gidea Park, Essex.

No tomó mucho tiempo a la policía y a los expertos en ferrocarriles descubrir las causas de la explosión: 16 cartuchos de dinamita, empleados ajustadamente dentro de tubos de hierro, habían sido atados a los rieles. Cerca de ahí había remanentes de un cable eléctrico que llevaba a un escondite entre unos arbustos.

Después de una semana, la policía – esta vez de tres países – estaba tan confundida como en las ocasiones anteriores. Y podrían haber permanecido en la frustración y la ignorancia de no haber sido por un empleado del Ministerio de Ferrocarriles de Budapest que notó algo extraño en una de las muchas demandas por daños que fueron recibidas después del suceso.

Esta solicitud de compensación venía de un húngaro de cuarenta años, Sylvestre Matuschka, que vivía en Hofgasse 9, Viena, y se refería a heridas faciales y a pérdida de equipaje. Una solicitud perfectamente normal excepto por el hecho de que Matuschka afirmaba que había estado en el primer vagón del tren. El investigador de los ferrocarriles que sabía que todos los ocupantes de ese carro habían muerto pasó la demanda a la policía.

Matuschka ya había llamado la atención, la noche de la tragedia, con sus gritos a los grupos de salvamento en solicitud de atención médica a pesar de no tener más que rasguños superficiales en la cara. Fue tratado con cierta brusquedad por parte de aquellos que lo atendieron en vista de las necesidades de los heridos graves. Más tarde, en una posada cercana, dijo a oficiales de los ferrocarriles que él había sido sacado de entre las ruinas de un vagón en el frente de tren.

Inicialmente se pensó que era un exhibicionista o un estafador que trataba de obtener una compensación a la que no tenía derecho. Sin embargo, las investigaciones de rutina sobre sus antecedentes revelaron algunos hechos interesantes.

Matuschka era un hombre que tenía muchos intereses de negocios que incluía una constructora, una empresa de materiales para la construcción, otra de compraventa de cereales y un delicatessen. Viajaba mucho por Europa, pero rara vez decía a Irene, su esposa, a dónde iba o la naturaleza de sus viajes. Quedó en claro que había estado ausente de casa en, las noches de los dos atentados de Anzbach y que había estado en Berlín en la fecha del choque de Juterbog.

En su agradable casa suburbana, donde vivía tranquilamente y en apariencia feliz con su esposa y su hija de trece años, los detectives encontraron un mapa en el que había ciertos puntos marcados con fechas en tinta roja. El destructor evidentemente había planeado un atentado por mes, en sitios selectos que incluían lugares cerca de Amsterdam, París, Marsella y Ventimiglia (Italia).

Se supo que cada detalle de sus actividades había sido planeado con el mayor cuidado. Había llegado a comprar una cantera de piedra cerca de Viena en la cual probaba el poder explosivo de sus bombas hechas en casa.

Fue puesto bajo custodia, y durante diez días persistió en negativas vehementes. Entonces, de pronto, admitió todo.

– Atenté contra los trenes porque me gusta ver morir a la gente – dijo a los detectives -. Me gusta verlos gritar. Me gusta verlos sufrir.

En su primer juicio en Viena fue sentenciado a seis años de prisión por el intento de destruir dos trenes. Un psiquiatra lo definió como un sadista con un ansia de poder y de sensación, pero no como un demente. Otros médicos que lo examinaron consideraron que la única forma mediante la cual podía obtener una satisfacción sexual completa era viendo la destrucción de trenes y que esta necesidad irresistible era lo que lo había llevado a cometer los atentados. Matuschka afirmó que, cuando muchacho, había sido pervertido por un hipnotizador de feria que le había sugerido desastres ferroviarios.

No intentó negar sus crímenes en su juicio de Viena o más adelante en el de Budapest, en donde fue acusado de cada uno de los muertos de Biatorbagy. Admitió haber colocado la

dinamita en los rieles y haber observado la explosión desde unos arbustos después de haber pasado una tarde alegre con dos chicas inglesas en Budapest. Se había rasguñado la cara con un cortaplumas para dar la impresión de haber quedado herido en el incidente.

Este asesino descomunal, condecorado en la primera guerra mundial por valentía como oficial de la Armada, hizo todo lo posible por confundir a ambos tribunales en lo que respecta a sus motivos. En Viena dijo ser extremadamente devoto – sin duda frecuentaba la iglesia – y querer salvar al mundo del ateísmo.

También había sido motivado, dijo, por el deseo de llamar la atención del mundo sobre sus muchos inventos, todos los cuales habrían de beneficiar a la humanidad. Habló de un proyecto para hacer las cataratas del Niágara navegables y otro para equilibrar el presupuesto adverso de los ferrocarriles austríacos; habló de aliviar la crisis mundial mediante una “inflación del oro” y de un aditamento que haría los viajes por ferrocarril absolutamente seguros.

Fue sentenciado en Viena, en junio de 1932, y después de purgar más de un año de prisión fue extraditado a Hungría para ser juzgado en Budapest por el cargo de mayor importancia.

Aquí se declaró culpable aunque aclaró que había actuado bajo la influencia irresistible de un espíritu llamado León.

– León nunca me ha dejado en paz – dijo -. Toda mi vida he querido luchar contra el mal pero siempre ha habido un León que me lo ha impedido.

Habló de cinco personas llamadas León que lo habían influenciado. Uno le había impedido obtener beneficios de sus inventos al anticipársele con las patentes, otro lo había hipnotizado y un tercero había utilizado su influencia perversa para impedirle realizar su ambición de convertirse en sacerdote. El único León que lo había influenciado de manera positiva había sido el papa León XIII.

– El espíritu de León me recriminó – dijo al juez – por haber fracasado en mis intentos de descarrilar los trenes de Austria. Traté de matarme pero León atrapó las balas y me dijo que debería seguir viviendo para volar trenes. Siempre estaba conmigo en mis viajes y me dijo que me observaría durante toda mi empresa.

Matuschka hizo todo lo posible para convencer al jurado de que era un demente. Cuando se le preguntó su profesión dijo:

– Soy un destructor profesional de trenes expresos. Cuando se le preguntó dónde había nacido respondió:

– En un par de pantalones.

El juez estaba enfurecido.

–¡Basta ya de estos disparates! – gritó.

-¡Qué vergüenza que un juez húngaro utilice expresiones tan bajas! – dijo Matuschka, mientras oscilaba un dedo hacia el juez -. ¡Verdaderamente no puedo permitir que esto continúe!

En otro momento del juicio, mientras el juez interrogaba a Matuschka entró a la sala una reportera bonita. El acusado se volvió a ella para guiñarle un ojo y hacerle señales con la mano.

– Mientras yo le hablo a usted, usted coquetea con mujeres. Esto es intolerable – dijo el juez y ordenó que Matuschka fuera llevado a una celda hasta que se “apaciguara”.

Después del juicio que se prolongó por semanas, Sylvestre Matuschka fue sentenciado a muerte, sentencia que más tarde fue confirmada por la Suprema Corte de Hungría. Matuschka, sin embargo, no fue ejecutado. Debido a que el arresto había sido hecho en territorio austríaco, país en el que se había abolido la pena capital, la sentencia fue conmutada por el regente de Hungría por la de trabajos forzados a perpetuidad. De hecho, había sido extraditado únicamente a condición de que no recibiera la pena capital.

En 1935 – cuatro años después de su mayor desastre ferroviario – Matuschka comenzó a purgar su sentencia de muerte. Diez años después, cuando aún no terminaba la segunda guerra mundial aprovechó la confusión general en Europa para escapar de la prisión. Nunca fue aprehendido y no se ha oído de él desde entonces. No hay duda de que Matuschka era un megalomaniaco más que un perverso si bien el patrón repetitivo de sus delitos puede ser asociado con una recurrente sexualización-sadista de la destructividad.

La característica esencial de sus crímenes era la destrucción de trenes que llevaban gente. Su deseo de ser considerado como una de las víctimas indica que su acción asesina megalomaniaca pudo haberle servido para dirigir los deseos asesinos de sí mismo hacia otros. Por lo tanto, en cierta medida el asesinato en masa podría ser considerado como parte de una necesidad de auto-conservación. Es posible suponer que la gente que iba en los trenes eran para él, en su mayor parte o en su totalidad, desconocidos. Para una parte infantil de él, esta gente que tomaba parte de una actividad apasionante, era blanco de sus ataques determinados por la envidia.

Parece ser que hubo una profunda división psíquica entre el hombre de familia que tenía una hija adolescente y el despiadado asesino que ejecutaba a sus víctimas en masa con una precisión obsesiva. Matuschka explicó con suficiente claridad la manera como cambiaba. El “amigo” León hacía una propuesta de hacerse cargo y subvertía temporalmente toda su energía para dirigirla hacia un propósito puramente destructivo. El León malo parece haber sido el aspecto negativo del padre, que aparecía en forma polarizada. El papa León XIII también tenía un buen aspecto.

Matuschka se adelantó un poco a su tiempo: una década más tarde podría haber expresado el mismo tipo de destructividad en los campos de muerte nazi o aun en la guerra y haber sido aclamado por ello. Los criminólogos han seguido fascinados con los argumentos sobre su cordura o demencia y sobre los motivos por los que buscó su terrible ocupación. Muy posiblemente el mismo Matuschka llegó cerca de la verdad cuando, al final del juicio, se santiguó y murmuró:

-Siento haberlo hecho, pero actué bajo alguna influencia irresistible.

SADAMICHI HIRASAWA



(平 沢 貞 貞 Hirasawa Sadamichi , 18 de febrero de 1892 - 10 de mayo de 1987) fue un pintor de témperas japonés . Fue declarado culpable de envenenamiento masivo y sentenciado a muerte , aunque se cree que fue acusado falsamente . Debido a fuertes sospechas de que era inocente, ningún ministro de justicia jamás firmó su sentencia de muerte.

El 26 de enero de 1948, un hombre que se hacía llamar epidemiólogo llegó a una sucursal del Banco Imperial (Teikoku Ginko, también conocido como Teigin) en Shiinamachi, un suburbio de Toshima, Tokio , antes de la hora de cierre. Explicó que era un funcionario de salud pública enviado por las autoridades de ocupación estadounidenses que tenían órdenes de vacunar al

personal contra un brote repentino de disentería . Le dio a las dieciséis personas presentes una pastilla y unas gotas de líquido. Los presentes bebieron el líquido que él les dio, que más tarde se pensó que era una solución de cianuro . Cuando todos quedaron incapacitados, el ladrón se llevó todo el dinero que pudo encontrar, que ascendió a 160,000 yen (aproximadamente \$ 2,000 en ese momento). Diez de las víctimas murieron en la escena (una era hija de un empleado) y otras dos murieron mientras estaban hospitalizadas.

Hirasawa fue capturado por la policía debido a la costumbre japonesa de intercambiar tarjetas de visita con detalles personales. Hubo otros dos casos muy similares de robo intentado y real en los bancos a través del uso de veneno en las semanas y meses anteriores al robo. En todos los casos, el envenenador, un hombre solitario, dejó una tarjeta comercial. El envenenador usó una tarjeta que estaba marcada como "Jiro Yamaguchi" en uno de los dos incidentes, pero luego se descubrió que Yamaguchi no existía: la tarjeta era falsa. El envenenador también usó una tarjeta real que estaba marcada como "Shigeru Matsui" (del Ministerio de Salud y Bienestar, Departamento de Prevención de Enfermedades) en otro de los dos incidentes. Se encontró que el dueño original de la tarjeta tenía una coartada. Matsui le dijo a la policía que había intercambiado tarjetas con 593 personas, pero de éstas, 100 fueron del tipo utilizado en los incidentes de envenenamiento, de los cuales ocho permanecieron en su poder. Matsui registró la hora

y el lugar del intercambio de tarjetas de presentación en el reverso de las tarjetas que recibió, por lo que la policía se dispuso a rastrear las 92 cartas restantes. Se recuperaron 62 tarjetas y se borraron sus receptores, y se consideró que 22 fueron irrelevantes para el caso. Una de las 8 cartas restantes fue recibida por Hirasawa. La policía fue inducida a arrestar a Hirasawa porque

No pudo presentar la tarjeta que recibió de Matsui. Hirasawa afirmó haber perdido la tarjeta de presentación, junto con su billetera, debido a que había sido víctima de un carterista.

Una cantidad similar de dinero robada del banco fue encontrada en posesión de Hirasawa, cuyo origen se negó a divulgar. El origen del dinero se desconoce hasta el día de hoy (aunque algunos, como el novelista de ficción criminal Seichō Matsumoto , sugirieron que Hirasawa lo recibió dibujando Shunga (imágenes pornográficas), un negocio secundario que habría sido perjudicial para la reputación de Hirasawa como artista) .

La coartada de Hirasawa de haber dado un paseo por las inmediaciones de la escena del crimen no pudo verificarse ni justificarse. Hirasawa fue identificado como el envenenador por varios testigos (pero solo por dos sobrevivientes, y vea la imagen a continuación). Confesó haber estado involucrado en cuatro casos previos de fraude bancario (retractado junto con su posterior confesión).

Fue arrestado el 21 de agosto de 1948. Después del interrogatorio policial, que supuestamente involucraba tortura, Hirasawa confesó, pero luego se retractó poco después. Su defensa posterior contra su confesión se basó en la locura parcial, alegando que había estado preocupado con el síndrome de Korsakoff (como resultado de la inoculación de la rabia) y por lo tanto su confesión no era confiable. El tribunal, sin embargo, no estuvo de acuerdo y Hirasawa recibió la pena de muerte en 1950. Hasta 1949, una confesión era evidencia sólida bajo la ley, incluso si la policía torturaba a una persona para obtener dicha confesión. El Tribunal Supremo de Japón confirmó la pena de muerte en 1955. Sus abogados trataron de que se revocara la sentencia, presentando 18 motivos para un nuevo juicio en los años siguientes.

La policía japonesa hizo la imagen de montaje del criminal, pero su cara claramente no era similar a Hirasawa. Fue sentenciado a muerte, pero originalmente no había evidencia concluyente. Además, aunque 40 empleados vieron los crímenes, solo hubo dos personas que lo identificaron como el criminal. [4] Seichō Matsumoto presumió que el verdadero culpable era un ex miembro de la Unidad 731 en sus libros Una historia del Incidente del Banco Teikoku en 1959 y La Niebla Negra de Japón en 1960. Matsumoto también sospechó que "el dinero de origen desconocido" vino de vender dibujos pornográficos. Kei Kumai protestó contra la condena de Hirasawa por su película The Long Death en 1964.

Los sucesivos Ministros de Justicia en Japón no firmaron su sentencia de muerte, por lo que la sentencia de muerte nunca se llevó a cabo. Incluso Isaji Tanaka , que el 13 de octubre de 1967 anunció frente a la prensa que había firmado las órdenes de ejecución de muerte de 23 prisioneros de una sola vez, no firmó la sentencia de muerte de Hirasawa, afirmando que dudaba de la culpabilidad de Hirasawa.

El veneno fue considerado como el cianuro de potasio fácilmente obtenible en el ensayo de Hirasawa. Una de las razones dadas para dudar de la culpabilidad de Hirasawa es porque los síntomas de las víctimas eran claramente diferentes del envenenamiento por

cianuro de potasio, que es rápido. La investigación contemporánea de la Universidad de Keio afirmó que el verdadero veneno podría haber sido acetona cianhidrina , un veneno militar deliberadamente diseñado para ser de acción lenta, que Hirasawa no pudo haber obtenido.

Hirasawa permaneció en prisión como un criminal condenado por los próximos 32 años. Pasó su tiempo pintando y escribiendo su autobiografía Mi Voluntad: el caso de Teikoku Bank (遺書 帝 銀 事件).

En 1981, Makoto Endo se convirtió en el líder de los abogados de Hirasawa. Además del caso, participó en juicios controvertidos como el de Norio Nagayama. La defensa alegó que la prescripción de su pena de muerte se agotó en 1985. La pena de muerte tiene un plazo de prescripción de 30 años en virtud del Código Penal de Japón , por lo que Endo apeló a su liberación. Sin embargo, el tribunal japonés rechazó este argumento, señalando que el estatuto solo se aplica en el caso si un recluso condenado a muerte escapa de prisión y evade la captura durante 30 años. Los tribunales japoneses juzgan que el castigo comienza cuando el ministro firma la sentencia de muerte, lo que nunca se había hecho. Su salud se deterioró en 1987. El 30 de abril de 1987, Amnistía Internacional solicitó al gobierno japonés que lo pusiera en libertad, pero Hirasawa murió de neumonía en un hospital de la prisión el 10 de mayo.

Incluso después de la muerte de Hirasawa, su hijo adoptivo, Takehiko Hirasawa, trató de limpiar su nombre. Takehiko era el hijo de uno de los seguidores de Sadamichi; se convirtió en el hijo adoptivo del pintor mientras estaba en la universidad para asumir la tarea de obtener un nuevo juicio para Sadamichi, ya que sus familiares se mostraban reacios a continuar con el caso debido a prejuicios sociales. Takehiko también trabajó para recuperar varias de las pinturas perdidas de Sadamichi y realizó exhibiciones de su trabajo. Él y sus abogados presentaron una decimonovena petición para un nuevo juicio; El daño cerebral de Sadamichi también fue probado. A partir de 2008 , sus abogados presentaron nuevas pruebas para intentar demostrar la inocencia de Hirasawa.

En septiembre de 2013, Takehiko Hirasawa murió solo en su casa en Suginami Ward, Tokio , a la edad de 54 años; él había vivido allí con su madre natural hasta su muerte a los 83 años el diciembre anterior. Su cuerpo solo fue encontrado el 16 de octubre por varios partidarios del nuevo juicio que se habían preocupado por no saber de él en algún momento. Según sus seguidores, las presiones e incertidumbres que rodearon la reapertura del caso, junto con la muerte de su madre, habían llevado a Takehiko a mostrar periódicamente signos de inestabilidad y dudas sobre si podría continuar. Sin embargo, continuó persistiendo con su objetivo de obtener un nuevo juicio póstumo después de la muerte de su madre en un sitio web sobre el "Incidente de Teijin":

"Fue su deseo, el mío y el de mi difunto padre el de marcar en la historia que Sadamichi Hirasawa es inocente. Continuaré luchando por los próximos años".

En el momento de la muerte de Takehiko, él y sus abogados habían reunido a un equipo de psicólogos para reexaminar las cuentas de los testigos y el proceso de investigación del juicio, para determinar si la evidencia era creíble según los estándares actuales. Se había programado que enviaran sus documentos de posición al Tribunal Superior de Tokio antes de finales de 2013, antes del veredicto del tribunal sobre la nueva petición.

El 4 de diciembre de 2013, el Tribunal Superior de Tokio anunció que retiraría el pedido de un nuevo juicio póstumo para Sadamichi Hirasawa tras la muerte de su hijo adoptivo. Como resultado, el tribunal efectivamente declaró el caso cerrado, a menos que otros miembros de la familia Hirasawa deseen llevar a cabo un nuevo juicio. La identidad del perpetrador real y el tipo exacto de veneno que usó siguen siendo misterios sin resolver.

Basado en el caso de Hirasawa, se trata de una novela de 2009, titulada Ciudad ocupada, del autor inglés David Peace, que residió durante mucho tiempo en Japón. El caso también se menciona en la novela de Bond de Ian Fleming, "You Only Live Twice", aunque embellecida y exagerada.

JULIO GONZÁLEZ



Julio González nació el 10 de octubre de 1954 en Cuba, donde pronto se integró en el Ejército. Sin embargo, las cosas no resultaron como él esperaba en la vida militar y decidió desertar. Fue capturado y encarcelado por desertor en una prisión militar durante 5 años.

Una vez en libertad decidió probar suerte en los Estados Unidos y llegó clandestinamente allí en el año 1980, durante el llamado «Éxodo del

Mariel».

Una vez en Estados Unidos comenzó a trabajar en una fábrica de lámparas ayudado por otros exiliados cubanos en el barrio del Bronx, en Nueva York. Con el transcurrir del tiempo conoció a Lydia Feliciano, una joven de origen hispano con la que entabló amistad y con quien finalmente tendría una relación sentimental.

Sin embargo, poco a poco Julio comenzó a alcoholizarse y tanto su relación con Lydia como su situación profesional empezó a empeorar hasta el punto de que fue despedido por sus continuas borracheras. Poco después de perder el trabajo Lydia también decidió dejarle.

En vanos intentos por retomar la relación, Julio continuaba apareciendo por el trabajo de su ex novia, un local de fiestas llamado «Happy Land», donde ella trabajaba en el guardarropa. El 25 de marzo de 1990 se dirigió un tanto embriagado al trabajo de su ex, lugar donde se estaba celebrando una fiesta de Carnaval por parte de unos jóvenes de origen hondureño.

Estalló nuevamente una discusión en la que Julio instaba a Lydia a abandonar el local e ir a hablar con él. Ella se negó rotundamente, diciendo que ya estaba harta, que no quería volver a saber nada más de él. El portero del local actuó en consecuencia y lo expulsó del recinto. Testigos presenciales comentaron que costaba entender los gritos proferidos por Julio debido a que tenía un habla muy perjudicada por el alcohol, aunque a pesar de ello llegaron a entender que no tenía amigos, ni dinero, ni nada.

Mientras finalmente se marchaba, encontró junto a un contenedor un recipiente [de] plástico bastante grande, con lo que decidió cogerlo y llenarlo de gasolina en una gasolinera cercana. Una vez hecho esto regresó ante la puerta del local, desparramó la

gasolina delante del único escalón que había (era de bajada) y le tiró dos cerillas encendidas.

Posteriormente se fue a su casa, se sacó la ropa manchada en gasolina y se acostó a dormir.

Mientras tanto el local comenzó a arder. En el Happy Land la salida de emergencia estaba cerrada a cal y canto, previsiblemente porque los dueños querían evitar a toda costa que la gente pudiese hallar un modo de entrar sin pagar la entrada.

Poco después llegaron los bomberos y lograron derribar la puerta de emergencia, con lo que lograron sacar a alguna gente de aquel infierno, Lydia Feliciano entre ellos. Desgraciadamente, 87 personas que había en el interior no lograron escapar.

Lydia puso en conocimiento de las autoridades lo que había ocurrido con su ex novio, quien fue detenido la tarde siguiente en su apartamento. En el momento de la llegada de la policía, Julio admitió haber prendido fuego a la puerta del local, pero no sabía la tragedia que había causado.

Fue acusado de 87 cargos de incendio premeditado y 87 cargos de asesinato (dos cargos por cada víctima). El jurado lo encontró culpable y finalmente, el 19 de agosto de 1991 fue condenado a cadena perpetua con un cumplimiento mínimo de 25 años. Actualmente se encuentra en la Prisión Estatal de Clinton (Nueva York).

El club nocturno Happy Land había sido clausurado tiempo atrás por no contar con los requerimientos de seguridad que exigía la normativa, entre ellos, extintores y salidas de emergencia suficientes. La noche del 25 de marzo de 1990 el local daba servicio de forma ilegal a una fiesta de hondureños.

En 1980, miles de cubanos tomaron la embajada de Perú en La Habana solicitando asilo diplomático. El propósito de esa acción era presionar al gobierno local para abandonar la isla.

El gobierno de Fidel Castro finalmente aceptó la petición, pero con una condición: que lo hicieran si algún familiar los recogía en Puerto de Mariel, al noroeste de Cuba. Se calcula que fueron más de 120 mil «marielitos» (como la prensa bautizó a los inconformes) los que salieron de la isla caribeña, con destino mayoritario a Florida, Estados Unidos.

Las facilidades dadas por el gobierno de Cuba en realidad las sustentaba un plan con maña: deshacerse de una enorme cantidad de ciudadanos «indeseables», entre los que había ex convictos, traficantes y desertores de la milicia.

Julio González, un ex convicto y desertor estuvo en uno de los grupos que arribó a Florida, alcanzando así el sueño de llegar a suelo estadounidense, donde, paradójicamente, también aquellos disidentes fueron etiquetados como «indeseables y un peligro para la sociedad».

Poco tiempo después de que fue liberado del campo de refugiados en el que estuvo mientras le daban los documentos que avalaban su estancia en la Unión Americana, González eligió Nueva York como lugar de residencia.

Esa década, el hombre la sobrevivió con empleos temporales, metiéndose continuamente en problemas de faldas y a causa de su excesivo gusto por las bebidas alcohólicas.

La noche del 25 de marzo de 1990, González estuvo bebiendo en un club llamado Happy Land, que estaba ubicado en la esquina noroeste de Southern Boulevard y la avenida East Tremont, en el Bronx. El individuo tenía poco tiempo de que había perdido su empleo en una empacadora de lámparas en Queens.

Para González, la pérdida de su empleo era motivo suficiente para beber. Aunque en realidad había acudido al Happy Land porque ahí trabajaba Lydia Feliciano, su amante en turno, con quien había discutido la noche anterior, y que cumplía su turno en el guardarropa del club.

González traía en mente reconciliarse con Feliciano, aunque, de no lograrlo, pondría en marcha su plan B. De hecho, cuando la joven le dijo «mañana nos vemos por la noche», el individuo amenazó: «Ya veremos. Mañana en la noche ya no trabajarás ahí. Te lo juro».

La reconciliación entre los amantes no llegó. En vez de eso, González fue echado del club por escandalizar.

El club nocturno Happy Land había sido clausurado tiempo atrás por no contar con los requerimientos de seguridad que exigía la normatividad, entre ellos, extintores y salidas de emergencia suficientes en caso de que ocurriera un siniestro en el interior. Es decir, la noche del 25 de marzo de 1990, el local daba servicio de forma ilegal a una fiesta de hondureños.

González caminó algunas cuadras y compró por un dólar un recipiente de plástico, al que llenó de gasolina. Regresó al Happy Land, entró de forma furtiva, vació la gasolina en la escalera y arrojó un cerillo.

El inmueble se convirtió en un infierno. La única puerta de emergencia estaba cerrada como siempre lo estuvo, para que evitar que la gente se fuera sin pagar.

Fueron 87 personas las que murieron en el club nocturno. Irónicamente, Lydia Feliciano fue la primera en salir del sitio -y una de las pocas sobrevivientes- cuando vio que el fuego ganaba rápidamente terreno.

González no se quedó a averiguar de qué tamaño era la tragedia que había provocado. Se retiró rápidamente y se fue a dormir a su departamento, donde fue capturado al día siguiente. Recibió una sentencia de 4 mil 350 años de prisión.

Sin embargo, la ley estadounidense le autoriza solicitar su libertad bajo palabra, petición que Julio González planea hacerlo en 2015.

El 25 de marzo de 1990, él era el disc jockey en la discoteca Happy Land en El Bronx cuando un novio despechado incendió el lugar y mató a 87 personas, la mayoría inmigrantes hondureños. Valladarez, quien sufrió graves quemaduras al salir corriendo entre las llamas, fue uno de los dos únicos sobrevivientes entre quienes estaban en el segundo piso.

Aún hoy, y a más de mil millas del Bronx, Valladarez se acuerda a diario de aquella noche. «Trato de olvidar, pero no se puede», dijo en una entrevista telefónica desde su casa en un suburbio de Orlando, en Florida.

«Me pongo deprimido a veces», añadió. «(Pienso) que por qué a mí, por qué me tocó esto a mí, eso es lo que más me acuerdo, que por qué pasó. Porque tenía muchos amigos ahí, tenía mucha gente que conocía ahí adentro ese día».

La tragedia -una de las mayores en la historia de la ciudad- conmovió a todo Estados Unidos. Pero el dolor también llegó a varios pueblos de la costa norte de Honduras, de donde provenía la mayoría de los que murieron. Happy Land, que funcionaba en forma ilegal por no cumplir con medidas de seguridad, era el lugar de diversión preferido de los hondureños y, en especial, de los garífunas, miembros de una tribu caribeña.

Una década y media después de la tragedia, Valladarez habló con Hora Hispana de las cicatrices físicas y espirituales que le dejaron las llamas que atravesó aquella noche. Según dijo, las marcas en sus piernas y abdomen y la mano izquierda que no funciona del todo bien le recuerdan todos los días las heridas aún más profundas y dolorosas que lleva en el alma.

«A veces me levanto en la noche», dijo, a causa de pesadillas en que ve a los que estaban en la disco: «No sé... de repente me vienen esas cosas de la gente que estaban conmigo sentados».

Aquella madrugada de domingo, el cubano Julio González fue hasta Happy Land para intentar en vano reconciliarse con su ex novia, Lydia Feliciano, quien trabajaba en la disco. Cuando la discusión amenazó ponerse violenta, un custodio del lugar expulsó a González. Despechado, éste volvió con un recipiente con un dólar de gasolina. Esparció el combustible en la entrada y lo encendió con dos fósforos.

En el piso de arriba, Valladarez hacía sacudir a la gente al ritmo de la punta, la música fiesterera preferida de los garífunas. A su lado estaba José Álvarez, su compadre y ex compañero de escuela primaria en Trujillo, a quien nunca volvería a ver.

Cuando se enteraron de que había un incendio, el fuego ya cerraba el paso en la escalera. Las luces se apagaron y Valladarez, que había tratado de calmar a la gente por los parlantes, gritó desesperado: «Los que quieran vivir, síganme». Se lanzó hacia abajo en medio del infierno, el humo, los gritos. Nadie lo siguió.

«No era mucho, pero era bien intenso el fuego», recordó Valladarez. «Solamente cerré los ojos y cuando me di cuenta ya estaba afuera. Ahí, ya no me acuerdo de nada». El dolor era tan fuerte que se desmayó y se despertaría recién días después en el hospital.

Felipe Figueroa, otro empleado que había estado en el piso de arriba pero salió ileso instantes antes que Valladarez, lo vio aparecer envuelto en llamas. «No sabía ni quién era, de tan quemado, tan deformado que estaba», contó días después al New York Times.

Los gases y el humo causados por el incendio llenaron el salón de arriba y mataron a todos en instantes: fue tan rápido que los bomberos que llegaron poco después encontraron, entre las pilas de cadáveres, algunos que aún sostenían vasos en sus manos.

Hoy, el cubano González está en la prisión de máxima seguridad de Clinton, en el norte del estado cerca de la frontera con Canadá. En 1991, fue encontrado culpable de dos cargos de asesinato por cada una de las víctimas y recibió una condena de entre 25 años en prisión y perpetuidad, la máxima posible en ese momento. Tendrá derecho a una audiencia de libertad condicional en 2015.

Las familias de los fallecidos enjuiciaron al dueño del edificio y otros responsables. En 1995, recibieron un promedio de 163 mil dólares por cada víctima, en un acuerdo que muchos consideraron insuficiente.

Valladarez recién se enteró de que todos los ocupantes del segundo piso habían muerto varios días después del incendio, en el hospital donde estuvo por dos meses y medio. «Me tuvieron que amarrar a la cama, porque volvía a gritar», dijo. «A la noche, miraba a toda la gente que me venía a buscar y todas esas cosas, tenía malas pesadillas. Duró mucho, pero mucho».

Más de un año después del fuego, se enfrentó al hombre que casi lo mató, al testificar en el juicio contra González. Al verlo, sintió «ganas de matarlo», aseguró. «Pensaba que ese hombre estaba loco, hermano, para hacer una cosa así. Estaba loco».

Aunque nunca se decidió a hacerlo, el ex DJ aseguró que más de una vez se le cruzó por la mente visitar a González en la cárcel, para «preguntarle por qué hizo eso, sentarme a verlo en la cara».

Valladarez, quien trabaja como chófer de una empresa de construcción, vive con su esposa y dos de sus cuatro hijas en el tranquilo pueblo de Poinciana. Se fue a Florida en parte para tratar de dejar atrás esa noche que le cambió la vida, aunque dijo que no lo logró.

Todavía le gusta la música y guarda sus equipos de sonido, que no se quemaron en el incendio. Pero no volvió a trabajar de DJ. «A veces salgo a bailar», dijo. «Voy a las discotecas, pero siempre estoy pendiente de las puertas. Estoy cerca de la puerta, porque aquí la gente está loca, en este país».

Cuando viene a Nueva York, Valladarez visita el obelisco de mármol marrón que recuerda a las víctimas del incendio en una plazoleta de Southern Boulevard. El monumento, que tiene grabados los nombres de las 87 víctimas fatales, está frente al lugar donde estaba Happy Land, hoy ocupado por un salón de belleza y una tienda de envíos de dinero.

Al volver a ese lugar, a Valladarez lo invade la rabia. «Tantas cosas me pasan en la mente», dijo.

Este domingo 27, familiares de las víctimas y miembros de la comunidad hondureña recordarán la tragedia con una misa a las 12.30 en la parroquia St. Thomas Aquinas, en el 1900 de Crotona Parkway. Luego, marcharán hasta el monumento, a pocas cuadras de allí, y realizarán una ceremonia garífuna en el local de Jamalali Uagucha, una organización civil frente a la iglesia. (El teléfono es 718-617-3421).

Para la comunidad garífuna, aquel 25 de marzo fue traumático. Todos recuerdan dónde estaban en ese momento o cómo se enteraron de lo que había pasado. La presidenta de Jamalali Uagucha, María Elena Máximo, perdió a un sobrino esa noche y ella misma salió de la disco minutos antes de la tragedia. «Cuando llegué a casa», recordó, «ya estaba en llamas».

Hoy 25 de marzo se cumplen 23 años de la horrenda tragedia provocada por los incontrolables celos del cubano «marielito» Julio González, quien despechado con su novia Lydia Feliciano, le pegó fuego a la discoteca Happy Land de la avenida East Tremont en El Bronx en la que murieron casi 40 dominicanos de un total de 87 víctimas.

El crimen que horrorizó al mundo por sus características siniestras y la trampa en la que murieron las víctimas, debido a que la discoteca no tenía salidas de emergencia, ocurrió el 25 de marzo de 1990.

González fue condenado el 19 de septiembre de 1991 a 4.350 años de cárcel, dos cadenas perpetuas consecutivas por cada víctima, pero será elegible para libertad condicional en el 2015, dentro de dos años.

La mayoría de los muertos eran ecuatorianos de la comunidad garífuna y perecieron también algunos puertorriqueños y centroamericanos que tenían a la discoteca, una de las más concurridas de esa época, como su lugar favorito de diversión.

La novia del psicópata que había venido a Estados Unidos en el barco «El Mariel» en el que el entonces presidente de Cuba Fidel Castro, mandó a cientos de prisioneros, pudo salvarse gracias a que terminó su turno de ese día en la discoteca y se había marchado a su casa.

González, la amenazó siendo ella empleada del establecimiento y le advirtió que «hasta hoy, trabajas aquí». Luego fue a una estación de gasolina cercana, compró un galón de gasolina, que roció en la escalera e incendió la discoteca, mientras el gentío dentro bailaba y disfrutaba del ambiente.

Los hondureños celebraban el carnaval garífuna que realizan cada año en El Bronx. La discoteca había recibido numerosas multas y advertencias de inspectores de la ciudad por docenas de violaciones al código de edificios que obligaba al dueño tener puertas de salidas de emergencia, las que nunca puso.

Tampoco había alarmas y sistema de rociadores de agua.

Esa macabra noche, González había discutido con su novia que trabajaba recibiendo los abrigos de los clientes y fue expulsado por el guardia de seguridad. Se le escuchó gritar las amenazas contra la mujer.

Otras salidas habían sido bloqueadas para evitar que alguien entrara sin pagar. Los pocos que escaparon lograron romper una hoja de metal que cubría una de las puertas de madera.

Luego del crimen, González se fue a su casa, se cambió la ropa empapada de gasolina y se quedó dormido mientras docenas de seres humanos perecían en medio del voraz incendio, quemados o asfixiados por el humo.

Fue arrestado horas más tarde y en los interrogatorios les detalló a los investigadores cómo planificó el incendio. El juez ordenó exámenes psicológicos que dieron negativo por lo que se enfrentó a un juicio sin querer negociar con la fiscalía.

El 19 de agosto de 1991 fue declarado culpable por el jurado de 87 cargos de asesinatos en primer grado e incendio premeditado, siendo condenado a 174 sentencias de 25 años cada una, un total de 4.350 años.

Fue sentenciado un mes tarde y está recluido en la prisión estatal de Clinton en Nueva York. Hasta el momento, es la condena más larga impuesta a un criminal en estado.

El dueño del edificio Alex DiLorenzo y los arrendatarios Weiss y Jaffe Morris, fueron declarados penalmente responsables. A las familias de las víctimas se les dio una compensación de \$163.000 dólares por cada muerte.

Un monumento en recordación a las 87 víctimas, se levantó en el espacio donde operaba la discoteca.

González llegó a Estados Unidos en el Mariel en 1980 desde una cárcel cubana donde fue encarcelado por desertión militar. Tras estar 10 años como empleado en una factoría de lámparas en Queens, perdió el trabajo y su novia con quien llevaba una relación de siete años, rompió con él.

La noche en que incendió la discoteca bebió en demasía en la barra del establecimiento, según testigos que lo vieron.

A los 14 años, Pablo Blanco perdió a su tío más querido en la tragedia del Happy Land. Mario Martínez, de 37 años y emigrante de Santa Rosa de Copán, Honduras, fue una de las 87 víctimas del incendio provocado por el cubano Julio González.

Hoy, a 26 años de la masacre que sigue enlutando a El Bronx, Blanco está convocando a la comunidad garífuna para que recuerden impedir que González consiga la libertad condicional.

«No puede quedar libre un hombre que destruyó nuestras vidas para siempre», dijo Blanco, músico y activista hondureño. «Es una cuestión de justicia. Nuestros corazones no estarán tranquilos si González pone un pie en la calle».

El año pasado, las autoridades negaron la petición de libertad condicional de González, pero puede volver a solicitarla en noviembre de este año.

«Mi tío Mario era como un hermano mayor. Él me enseñó a preocuparme por los problemas de mi comunidad. Su ausencia aún duele entre nosotros», expresó Blanco.

A González se le imputaron 174 cargos de asesinato tras el infame incendio, ocurrido el 25 de marzo de 1990. El hombre incendió el club ilegal -situado en 1959 Southern Boulevard- luego de discutir con su exnovia Lydia Feliciano, quien logró escapar de las llamas junto con otras cinco personas.

Los clientes en el interior del club de dos pisos murieron asfixiados por el humo o aplastados cuando la multitud corrió hacia la única salida, según las autoridades.

Meses antes del incendio, la Ciudad ordenó el cierre del club por violaciones al código de seguridad.

A Olga Ortiz todavía se le eriza la piel al recordar la noche de la tragedia. Para entonces, la puertorriqueña tenía 46 años y el club Happy Land era el lugar de moda en el sector de West Farms.

La mujer, de 72 años y residente del vecindario desde la adolescencia, era una clienta habitual de la discoteca.

«Eso era una hervidero de gente los fines de semana. Nadie habría pensado jamás que el Happy Land terminaría siendo un lugar de muerte y desgracia», se lamentó. «Yo vivía a un par de cuadras. Se me quedó como una cicatriz el recuerdo de ese olor a hollín y los cuerpos tendidos en la acera».

Ortiz describió la fatídica escena esta semana, mientras se arreglaba el cabello en la peluquería Mary-Mary, situada en el edificio que ocupó la discoteca.

«Nada volvió a ser igual en este barrio. No importa cuánto cambien las cosas por aquí, el recuerdo de ese horrendo día no se irá nunca», expresó Olga.

María Méndez, de 51 años y propietaria de la peluquería, contó que el incendio también marcó su juventud.

«Cada aniversario pienso en lo que hizo ese hombre desalmado», dijo la estilista, quien aún vive a pocas calles del lugar. «Pude ver de cerca el dolor y la desesperación de las familias y las lágrimas derramadas por un acto ruin».

Méndez, quien perdió amigos en el incendio, comentó que cada año acude a la ceremonia de aniversario.

«Hace unas semanas pasó por aquí una mujer con su hija para llorarle a las [la] persona amada que murió en Happy Land. González no merece más que la cárcel», sentenció.

Para el presidente del condado de El Bronx, Rubén Díaz Jr., la tragedia es «uno de los peores homicidios en masa en la historia de nuestra ciudad».

«Dejó una profunda cicatriz no sólo en las vidas de los familiares de las víctimas, sino también de todos los que de una forma u otra fuimos testigos del horrendo crimen», apuntó el funcionario.

«Ningún tiempo o sentencia podrá borrar los impresionantes recuerdos de horror grabados [grabados] en las memorias de los sobrevivientes, las pérdidas de seres queridos, familiares, vecinos o amigos», agregó.

De acuerdo con la investigación policíaca, aquél 25 de marzo, después de ser expulsado por un guardia de seguridad, González compró un dólar de gasolina en un establecimiento

cercano -en el que ahora se encuentra un edificio nuevo- y volvió al club para prender fuego en la única puerta de escape. El incendiario observó como las llamas consumían el sitio y volvió a su casa, según las autoridades.

A 26 años de la tragedia, González sigue sin atribuirse la responsabilidad del crimen.

Julio González, el hombre convicto por el incendio que cobró la vida de 87 personas en el Club Social Happy Land, en El Bronx, en 1990, tendrá que continuar tras las rejas.

A González, de 60 años, le fue negada la libertad bajo palabra el mes pasado y deberá esperar hasta finales de 2016 para volver a solicitar una nueva revisión en un intento por salir de la cárcel.

El próximo miércoles, se cumplen 25 años de haber ocurrido la catástrofe.

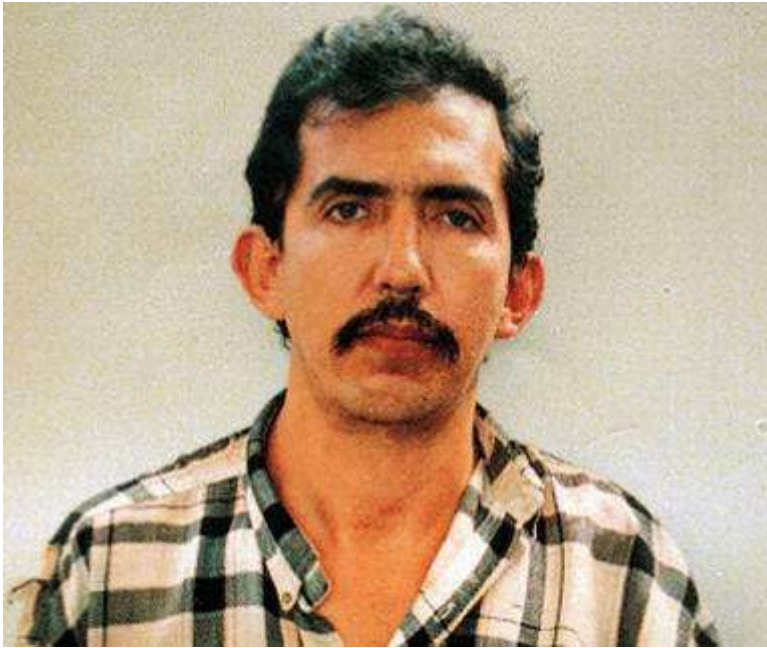
González fue encontrado culpable de 174 cargos de homicidio por haber iniciado el incendio poco después de haber sido sacado del lugar tras tener una acalorada discusión con su entonces novia, Lydia Feliciano, que fue una de las únicas seis sobrevivientes.

El sujeto, luego de ser sacado de la discoteca, un lugar que era muy popular en su época y era concurrida en su mayoría por hispanos del área, regresó con un contenedor de gasolina y tras regarla en las afueras del inmueble procedió a prender fuego.

Las autoridades dijeron que González se mantuvo observando la discoteca mientras ardía.

«Estaba enojado, el diablo estaba en mi interior y le prendí fuego», según quedó registrado en una declaración que le hiciera a los detectives.

LUIS ALFREDO GARAVITO



Garavito tenía una agenda con los datos de los 140 niños que violó y degolló

Cuando se vio acorralado por el fiscal que le interrogaba, Luis Alfredo Garavito pidió perdón por lo que había hecho y dijo que iba a confesar. Sacó una pequeña libreta negra y desgranó, uno a uno, sus 140 crímenes. Fecha, ciudad y uno, dos, tres o cuatro palitos, según los niños que hubiera asesinado.

Ocho de junio de 1996, Tunja, un palito. Esa anotación correspondía a Roland Delgado Quintero, una de sus víctimas.

La Fiscalía tenía documentadas hasta 114 víctimas. La libreta ayudó a Garavito, también conocido por los apodos de Goofy, el loco y el cura a recordar el resto, cuatro de ellos en Ecuador.

El análisis de los restos encontrados demuestra que trataba de que sus víctimas sufrieran lo menos posible, las violaba rápidamente y acto seguido las degollaba de un solo tajo. Y es que le gustaban los niños, siempre era muy cariñoso con ellos.

Aunque era un hombre muy violento cuando se emborrachaba, y pegaba a las dos mujeres con las que convivió en diferentes momentos, nunca le puso la mano encima a los dos hijos que cada una de ellas tenía frutos de otras relaciones. Todo lo contrario que el trato que él había recibido en su infancia. Su padre lo maltrataba constantemente, su madre jamás le quiso, ni nadie en su familia. Recuerda que dos vecinos le estuvieron violando durante años. Se convirtió en un chico retraído, taciturno, profundamente infeliz, que tenía explosiones violentas que le traerían problemas a lo largo de su vida.

Vivía en Génova, un pueblo de praderas verdes y cafetales, en el departamento del Quindío. Estudió hasta quinto de primaria y un buen día se fue. Nada se sabe de su familia, tan sólo de un primo que le facilitó una buena coartada en alguna ocasión. Tuvo varios trabajos, generalmente en almacenes como vendedor.

Hasta principios de los 90 intentó llevar una vida normal. Pero ya era alcohólico y tenía accesos de ira que le movían a golpear a sus compañeros, a enfrentarse con sus jefes. Cuando rondaba los 35 decidió someterse a tratamiento psiquiátrico en el Seguro Social.

Lo recibió durante cinco años y si bien no le ayudó a corregirse, el certificado médico de tratamiento le sirvió varias veces para impedir que le despidieran por violento.

Cada día su comportamiento era menos sociable y le resultaba imposible mantener un empleo formal. A mediados de los 80 comenzó a recorrer el país como vendedor ambulante. Vendía cachivaches y estampitas del Papa Juan Pablo II y del Niño del 20 de Julio, uno de los más venerados en Colombia.

En esos años dejó un reguero de telegramas a sus mujeres y a algunos amigos, que la Fiscalía ha logrado recopilar. Son mensajes cortos, sobre la fecha de llegada o indicando que se encontraba bien. De vez en cuando volvía a su casa.

Con las dos mujeres con las que convivió mantenía una relación compleja, como marido y protector, pero nunca como amante. Ellas soportaron sus ataques violentos en estado de embriaguez, que tenían escandalizado a todo el vecindario y que alguna vez le llevaron a una comisaría.

Llegó a recorrer cinco veces el país, viajaba sin rumbo fijo. Visitó 69 municipios de los cuales luego elegiría 33 para sus crímenes. Llegó a inventar dos Fundaciones, una para ancianos y otra para menores, que le permitían dar charlas en escuelas y otros lugares en donde podía estar cerca de niños.

También empezó su afición por los disfraces, de intelectual, de sacerdote, de mendigo, personajes que le permitieran cumplir su objetivo de acercarse a niños sin despertar sospechas.

En el 92 inició su carrera criminal. Su modus operandi era siempre el mismo, lo que ha facilitado la investigación. Primero recorría el lugar, identificaba su objetivo: niños pobres pero con un lugar en la vida; rechazaba a los marginados, a los gamines. Escogía campesinos, escolares, trabajadores.

Le gustaba que fueran agradables físicamente, como era él de pequeño. Les regalaba algo, y pedía que le acompañasen. Les hacía caminar mucho tiempo, hasta que se cansaban. Los llevaba a un paraje escondido. Los violaba, los ataba y los degollaba. Luego mutilaba el cuerpo y lo abandonaba. Y una anotación más en su libreta. 140 calcos que sólo rompía cuando, a veces, los enterraba.

En su casa, que ya sólo utilizaba de guarida, escondía los recortes de periódicos que hablaban de los niños que desaparecían, las pesquisas policiales que nunca lograban desvelar lo ocurrido y el drama de las familias. Sólo él estaba en posesión de ese misterio.

Cuando en la madrugada del jueves miembros de la Fiscalía interrogaron a Luis Alfredo Garavito, estaban casi seguros de haber encontrado al hombre que llevaban cinco años buscando. Tenían pruebas contundentes contra él: lazos con los que había atado a los niños, cabellos y fibras de su cuerpo en los restos mortales hallados y el mismo licor en todos los lugares del crimen: un brandy barato.

También habían seguido sus movimientos durante esos años. Con suma paciencia recopilaron telegramas, billetes de autobús y registro de hoteles. Encontraron que había

estado cuatro veces a punto de ser detenido por altercados públicos cuando estaba borracho.

Pero el elemento definitivo llegó del Centro de Investigación Científica y Criminal de Buga. Un físico llegó a establecer la forma de operar del asesino estudiando el grado de inclinación de las osamentas, analizando la ropa encontrada y otros elementos. Cuando Garavito escuchó la forma en que había matado a sus víctimas, se desmoronó y confesó.

Ciento cuarenta víctimas en siete años convierten a Luis Alfredo Garavito, alias ‘Tribilín’, en el peor asesino de niños de la historia. ¿Quién es este monstruo?

Luis Alfredo Garavito sorprendió a los fiscales cuando pidió perdón y confesó ser el autor de 140 muertes de niños. Reveló a la Fiscalía haber sido víctima de maltratos en su infancia

Garavito confesó que desde 1992 venía asesinando niños de entre 8 y 16 años

La obsesión del director del Cuerpo Técnico de la Fiscalía, Pablo Elías González, por esclarecer los asesinatos de niños en distintas partes del país no le permitió descansar hasta dar con el paradero del responsable. Fueron cerca de dos años de seguimientos e investigaciones

El fiscal general, Alfonso Gómez Méndez, dio todos los detalles del asesino en serie en una rueda de prensa en la tarde del viernes. En ésta anunció que el caso era el resultado de una ardua investigación de la Fiscalía

“Pido perdón a Dios, a ustedes y a todos aquellos a quienes yo haya hecho sufrir”. La frase, pronunciada por Luis Alfredo Garavito Cubillos, a las cinco de la tarde del pasado jueves, fue el preámbulo a una confesión terrible: “Yo soy responsable de la muerte de 140 niños”.

La revelación dejó mudos por varios segundos al grupo de fiscales que lo escuchaban, todos curtidos investigadores de los delitos más atroces. No era para menos, pocas veces se está frente a un asesino en serie. Por esa razón la indagatoria se prolongó durante 12 horas. En ésta Garavito Cubillos, de 42 años, nacido en Génova, Quindío, relataba sin omitir detalles que él venía asesinando a niños de entre 8 y 16 años. Lo dijo sin que le temblara la voz, con una frialdad aterradora.

¿Qué llevó a este hombre alcohólico, que pasó por dos hospitales psiquiátricos y amante de la música de carrilera, a sembrar de sangre y dolor a 13 departamentos del país dónde ejecutó sus crímenes contra frágiles criaturas? Tal vez la respuesta está en su atormentada infancia.

Garavito Cubillos pasó sus primeros años en su tierra natal junto a sus padres, Manuel Antonio y Rosa Delia. Era el mayor de una familia que pronto empezó a crecer. Vinieron seis hermanos más y al hogar llegó el odio y la violencia pues el pequeño pasó a ser una víctima sistemática de los golpes de su padre.

Corría el año 1969 y Génova no podía dejar atrás las historias de violencia de una de las regiones más martirizadas del país, en donde los crímenes de cantina y los asesinatos

políticos eran el pan de cada día. En ese año el pequeño Garavito Cubillos no había aún logrado endurecerse con los golpes de su padre cuando sufrió un ataque de dos hombres que lo violaron. Fue tal la brutalidad del hecho que cargó con una marca para siempre: era incapaz de eyacular. “Se convirtió en un adolescente retraído, extremadamente agresivo y dispuesto a vengarse del mundo”, dicen varios testigos que lo conocieron en esa época.

Fue así como muchos años después empezó a merodear las escuelas de su departamento, en donde simulaba entablar amistad con los pequeños. Se mostraba seductor y amable. “Yo sentía un impulso, nunca planeé un hecho así. Todo sucedía de repente”.

Así, este hombre de contextura delgada, cejas pobladas y mirada penetrante se acercaba a los niños y entablaba con ellos una conversación sencilla. “Les preguntaba el nombre, les regalaba dulces, los invitaba a caminar”.

El anzuelo funcionaba. El apacible hombre se empezaba a transformar a medida que tenía la certeza de que estaba solo con su desgraciada víctima. Se convertía en una bestia. Empezaba por atar a los niños y luego los desnudaba mientras les pasaba sus manos por sus cuerpos. Los niños gemían y lloraban y él, para sentirse más fuerte, se refugiaba en el alcohol. Borracho, los acuchillaba, los violaba y los degollaba.

Esta macabra acción la repitió, según su propia confesión, 140 veces. Después de Quindío estuvo en Risaralda, Caldas, Antioquia, Cundinamarca, Valle, Cauca, Nariño, Putumayo, Boyacá, Meta, Casanare, Guaviare e incluso atravesó la frontera y cometió crímenes similares en Ecuador y Venezuela.

En el país la única historia similar fue la del llamado ‘Monstruo de los mangones’, que a principios de la década de los 60 asesinó en Cali a una veintena de niños después de abusar sexualmente de ellos. El criminal los mataba chuzándoles el corazón, lo que hizo presumir que tenía conocimientos de medicina aunque nunca se le capturó y todo quedó reducido al misterio.

En un principio los crímenes de Garavito Cubillos pasaron casi inadvertidos para los colombianos hasta que cometió una cadena de asesinatos en el Valle y luego en Pereira que alertaron a todo el país y estremecieron al mundo, hasta el punto que Amnistía Internacional, el Parlamento Europeo y la ONU enviaron comisionados para seguir el caso. Corría el mes de abril de este año y la primavera en Europa fue sacudida por el hecho ya que ocupó primera página en los principales diarios.

En Colombia fue Pablo Elías González, director del Cuerpo Técnico de Investigación de la Fiscalía, CTI, quien se obsesionó con el tema al recibir a unos investigadores que le contaron que habían encontrado unos huesos de menores en Buga. “Tengo un niño pequeño y al ver el caso me conmoví mucho. Pensaba en mi hijo, en los niños del país y juré que no podía descansar hasta resolver el caso”, recuerda.

A las pequeñas víctimas del occidente del país se sumaron otras con características similares en Tunja. Las inocentes criaturas aparecían con sus cuerpos en posición fetal, amarrados y con sus órganos cercenados, todos estaban desnudos y con heridas de arma blanca. “No había duda. Se trataba de un mismo autor o autores”, dice el director del CTI que, sin embargo, confiesa que al principio ‘Tribilín’, logró confundirlos. “Era difícil

creer que fuera el mismo atacante o el mismo grupo que se desplazara por el país cometiendo estos asesinatos”.

En agosto de 1997 la labor de los investigadores continuaba en silencio pero entonces se decidió intensificarla. Ya no se trataba de ir a Boyacá y Pereira sino que se creó un grupo especial que se moviera por todos los rincones del país en la búsqueda de los responsables. En poco tiempo localizaron 118 huesos y algunas prendas de los pequeños.

En el desarrollo de la investigación se capturó a Pedro Pablo Ramírez García, alias ‘Pedro Pechuga’. Su detención se produjo el 16 de diciembre de 1998 en Pereira. Se le acusó de la desaparición y muerte de dos menores de una misma familia. Hubo un respiro porque se pensó que este era el asesino.

Sin embargo apareció información de otro posible asesino cuyos rasgos no correspondían a ‘Pedro Pechuga’. El CTI elaboró de urgencia un álbum con 25 fotografías de posibles sospechosos, que las cuales se repartieron en todas las oficinas regionales de la Fiscalía.

Entre tanto el país asistía asombrado a lo que creía era la obra diabólica de una secta satánica. Corrían ríos de tinta en los que se narraban historias de niños que secuestraban para someterlos a los ritos más espantosos. “Yo, en cambio, desde el principio deseché esta hipótesis porque por la forma como los mataban no me quedaban dudas de que era un sicópata, sus homicidios eran los de un depravado sexual”, dice González.

Justo cuando el país se estremecía por la aparición de las osamentas de Pereira, en Villavicencio ocurrió un hecho que cambió el rumbo de los acontecimientos. A las siete de la noche del 22 de abril agentes del CTI de esta ciudad atraparon a un hombre que se hacía llamar Bonifacio Morera Lizcano.

Al principio la información que manejaban los investigadores era que se trataba del mismo hombre que dos horas antes había estado rondando por el parque Los Centauros con un niño de 12 años que vendía lotería. Rápidamente los fiscales establecieron que su nombre verdadero no era Bonifacio sino Luis Alfredo Garavito Cubillos y que había obligado a John Iván Sabogal, el pequeño lotero, a subir a un taxi. “Yo los dejé cerca del parque”, atestiguó el taxista.

De allí, el hombre obligó al niño a ingresar entre la maleza y empezó a besarlo y a desnudarlo mientras se masturbaba y lo intimidaba con el arma. Iba a matarlo cuando milagrosamente apareció un indigente que empezó a tirarle piedras y el infante se salvó.

Este hecho fue la pista que condujo a su captura. Los investigadores empezaron a averiguar con lupa su historial. Así fue como descubrieron que usaba otros nombres, que había ido a Alcohólicos Anónimos, que se hacía pasar por cura, que tuvo una enfermedad venérea, que visitaba la Iglesia Pentecostal, que era aficionado a las cantinas y que lo llamaban el ‘Loco’, ‘Tribilín’ y ‘Conflicto’. Además se estableció que en los trabajos que tuvo siempre se peleó con sus compañeros y que se mostraba agresivo cuando se emborrachaba.

Incluso a un local de venta de arepas donde trabajaba llevó a una de sus inocentes víctimas que alcanzó a sobrevivir. Al reconocerlo el niño lo señaló pero Garavito Cubillos logró

escabullirse de las autoridades. Además se estableció que se escudaba como representante de una fundación que paradójicamente se llamaba Nuevo Amanecer.

El día de su detención hubo suerte para las autoridades porque se le halló una mochila de lana color rosado y negro en la cual estaban unas gafas grandes de color oscuro, billetes de chance, tiquetes de bus que confirmaban su paso por Urabá justo en la época en que allí ocurrieron varias desapariciones y muertes de un grupo de niños. Lo más contundente, además, era que portaba cuerdas de nylon y una caja de vaselina.

Con este cruce de información una fiscal de Armenia decidió ir a interrogarlo a Villavicencio el jueves pasado. Al principio Garavito Cubillos se mostró frío y tranquilo. “Podía habernos despistado pero con lo que él no contaba era que teníamos abundantes pruebas en su contra: sus gafas, atuendos personales, videos y periódicos con las víctimas que él había dejado en cada sitio en donde vivía”, dice otro de los investigadores que siguió el caso.

No había dudas de que las autoridades estaban frente a uno de los sicópatas más temibles de la historia judicial de Colombia. “Un hombre muy peligroso, que finge emociones que no siente, se excita con el riesgo y al que le encanta la sensación de dominio y de ejercer un papel superior”, anota un especialista.

El interrogatorio del jueves continuó y él con frialdad exigía que no lo involucraran en esos hechos. “No tengo ninguna perversión sexual, no soy homosexual. Tengo una compañera y un hijo de 16 años, aunque debo confesar que no sé en dónde está”.

Hasta ese momento, al filo de las cinco de la tarde, era difícil arrancarle una confesión a este hombre del que, sin embargo, las autoridades no dudaban que había provocado crímenes tan espantosos como los de un niño de Soacha, a mediados de los 90, al que se le acercó en una tienda de maquinitas y lo llevó a un arenal cerca del barrio El Porvenir, donde lo violó. Aunque en este caso fingió ser cojo al escapar. “Era él, lo identificamos por las gafas”, atestiguaron varias personas.

El crimen de Soacha tuvo los mismos patrones de la mayoría de sus otras acciones macabras. Es decir, siempre escogía niños generalmente de condición sencilla, pequeños vendedores, de escuelas humildes y de familias que habitaban en hogares marginales, olvidados.

Las autoridades sabían también que estaban frente al autor del asesinato del niño Ronald Delgado Quintero en junio de 1996, a quien engañó con golosinas y varios regalos, entre ellos llamativos cuadernos. Luego lo llevó a unos matorrales cercanos al Batallón Bolívar de Tunja, donde lo golpeó y lo decapitó. Lo más espantoso es que los fiscales saben los detalles de estos casos pero aún tienen los restos de 118 niños que están sin identificar.

La charla del jueves con los fiscales continuó. Ellos iban preparados porque, además de sus características personales, llevaban pruebas irrefutables como las cuerdas de nylon, las tapas de licor que abandonaba en el lugar del crimen o en las residencias donde se hospedaba, cuyas tarifas pocas veces pasaban de los 9.000 pesos la noche.

Y aunque su compañera no lo acusó sí había revelado un detalle importante: “Cuando ingiere licor insiste en tener relaciones sexuales pero no lo logra y entonces se pone a llorar. Cuando se emborracha hablaba sin cansancio del odio hacia su familia”.

A las cinco de la tarde, sin embargo, este hombre que se había mantenido ajeno a los hechos que lo sindicaban pidió la palabra, pidió perdón a Dios y confesó: “Yo soy responsable de la muerte de 140 niños”.

Algunas pruebas

- Los investigadores trabajan en la identificación de 118 cadáveres de niños
- Utilizaba documentos falsos y se hacía pasar como miembro de fundaciones carismáticas
- Todos los cuerpos de niños presentaban las mismas características
- Garavito recolectaba y guardaba las noticias que hablaban de sus víctimas

La familia

Garavito fue el mayor de siete hijos de una familia quindiana. Manuel Antonio, su padre ya fallecido, lo trataba con rudeza. Lo echó de la casa cuando cumplía los 17 años. Sus familiares aseguran que siempre fue agresivo y rebelde. Su madre ‘Rosa Delia’ aún vive.

Luis Alfredo Garavito Cubillos tuvo varios cambios en su rostro en la última década, tiempo en el cual dice haber cometido los 135 asesinatos de niños. Durante esta época fue adicto al alcohol y estuvo en tratamiento psiquiátrico.

Crímenes reconocidos

- 1992 – 5 niños
- 1993 – 10 niños
- 1994 – 27 niños
- 1995 – 18 niños
- 1996 – 10 niños
- 1997 – 40 niños
- 1998 – 22 niños
- 1999 – 3 niños

Total: 135 niños

“No tengo ninguna perversión sexual”, dijo antes de hacer su escalofriante confesión

SEMANA reconstruye, en exclusiva, la confesión de Luis Alfredo Garavito, ‘La Bestia’, sobre cómo, cuándo y dónde mató a 140 niños.

Agotado por el cansancio y ante la contundencia de las pruebas, Luis Alfredo Garavito decidió confesarle a la fiscal de Armenia María Lily Naranjo el asesinato de 140 niños.

Las tapas de licor encontradas en las escenas del crimen les permitieron a los investigadores dar con el nombre de Luis Alfredo Garavito. Determinaron que se trataba

de un hombre alcohólico y psicópata. Garavito tuvo una infancia tormentosa por las constantes agresiones de su padre a quien dijo odiar

“Cada vez que yo tomaba me daba por ir a buscar un niño”

En una ocasión Garavito se quedó dormido con un cigarrillo en la mano y sufrió serias quemaduras

Garavito confesó que llevaba un registro con fechas y lugares de los asesinatos de los niños. Dijo además que recortaba los informes de prensa sobre las muertes de los pequeños y los coleccionaba

Gracias a la confesión de Garavito se han encontrado varias fosas con los restos de los niños asesinados

Estos son 10 de los niños que según las autoridades fueron asesinados por Luis Alfredo Garavito en distintas ciudades del país

La primera vez fue en el año 92, en Jamundí, Valle, no sé quién era el niño, él pasó y yo estaba tomando en un bar mucha cerveza. Me lo llevé cerquita de ahí, del pueblo, lo acaricié y luego lo maté. Al otro día amaneció y me sentía bien pero al mirar que la ropa mía estaba sangrada me dije, Dios mío qué fue lo que hice y entonces me puse a llorar, cuando a los tres días apareció eso en la prensa me sentí muy mal”.

Sucedió la noche del jueves 26 de octubre en Villavicencio. El bochorno y el cansancio no fueron obstáculos para terminar el interrogatorio que empezó 10 horas atrás. La fiscal octava de Armenia, María Lily Naranjo Patiño, miró de frente a Luis Alfredo Garavito, de 42 años, quien palideció levemente al confesar el primero de sus 140 crímenes cometidos en los últimos siete años.

La funcionaria, que había llegado hasta allí para indagarlo por la violación y homicidio de tres niños en Génova, Quindío, observó los cambios de actitud de este hombre que responde al alias de ‘El Loco’. Horas atrás se había mostrado extrañado, molesto. Su vista recorrió los ojos de las personas que le hicieron la indagatoria. Insistió en que estaba bien de salud. “¿Cómo es su vida sexual?” “Pues como le explicara, lo normal sin dejarme llevar por desbordamientos, sin salirme de los límites”. Y aclara: “Nunca he tenido relaciones homosexuales”. Luego empezó a hablar casi sin parar.

“Después estuve en Bogotá. Allí seguí cometiendo los mismos hechos. Fueron como cuatro niños, en un barrio que se llama La Victoria. Cada ocho días maté uno, siempre que tomaba licor”.

Garavito hizo una pausa. El siquiatra de Medicina Legal, Oscar Armando Díaz Beltrán, quien ya había estudiado minuciosamente la personalidad de este hombre de mirada desconcertante, y el defensor de oficio del Meta, Oscar Fernando Rincón, también guardaron silencio. En el salón de la Fiscalía había un maletín con numerosas pruebas en contra de Garavito que él hasta ese momento desconocía. Habló de sus orígenes. Relató que nació el 25 de enero de 1957 y que era hijo de Manuel Antonio y de Rosa Delia y que sólo aprobó hasta quinto de primaria.

“¿Indíquenos por qué se encuentra privado de la libertad?” “Porque me están sindicando de una presunta violación”, había dicho esa mañana acentuando que sólo era una probabilidad.

Garavito retomó la palabra. Su semblante cambió. Empezó a llorar. “No llore más, con eso no saca nada”, le dijo Rincón. “Con las pruebas que hay es mejor que confiese”.

Pasaron unos segundos y Garavito pidió un tiempo para rezar. La fiscal aceptó. El hombre, responsable de la mayor cadena de asesinatos en serie en la historia del país, se marchó hacia un rincón, se arrodilló, inclinó la cabeza, cerró los ojos y oró.

“Pido perdón a Dios, a mucha gente, a la sociedad y a la justicia, pido perdón. Era sin querer, algo me empujaba dentro de mí a cometer todos estos delitos, me ocurría cada vez que tomaba, era algo que no lo sé explicar, se transformaba todo mi ser, había algo dentro de mí que me obligaba a hacer esto, cuando estaba en sano juicio la vida la veía diferente”.

Los fiscales escucharon atentos con la certeza de no equivocarse en la hipótesis de que la mayoría de sus acciones delictivas fueron hechas bajo el efecto del alcohol. Los investigadores Harold Mauricio Sánchez y Aldemar Durán, en varias de las escenas del crimen de tres niños en Génova, Quindío, siempre hallaron tapas del mismo licor, un brandy barato. Con las tapas los fiscales hicieron un seguimiento para determinar los consumidores de la bebida y así cerrar el cerco a los posibles autores. En una finca cercana a Génova descubrieron que Garavito se había hospedado y bebido el mismo licor. “Cada vez que yo tomaba a mí me daba por ir a buscar un niño y hacerle lo que a mí me hicieron y luego matarlo”.

Garavito recordó su infancia. A los 12 años fue atacado por dos hombres que lo violaron y lo golpearon entre la maleza. La indagatoria prosiguió pero fue brevemente interrumpida porque el procesado sintió náuseas. El siquiatra Díaz Beltrán explicó que Garavito sentía repulsión de sí mismo por lo que estaba reconociendo.

El hombre se sentó, su cuerpo es menudo, desgarbado. Contó de sus crímenes en Bogotá y de su viaje, en 1993, a Armenia. “Me vine para Armenia y seguí matando. Estuve en Quimbaya, en el barrio El Rocío. No sé cómo se llamaba el niño, iba a trabajar, lo intercepté, lo acompañé hasta el sitio, eran horas de la mañana, por ahí había gente cogiendo café y él gritó, entonces lo maté, no recuerdo qué heridas le hice, se las hice con un cuchillo, le corté la cabeza, tuve relaciones sexuales con él. También estuve en Calarcá. Otro niño y le hice lo mismo que al de Quimbaya”.

Garavito interrumpió su confesión para pedir que le alcanzaran el papel kraft en el cual aparecían las iniciales de las ciudades donde había estado y el número de sus víctimas. El papel era una de las pruebas de la Fiscalía y fue hallado en una caja que le guardaba una compañera suya de Alcohólicos Anónimos.

Vio el papel y dijo: “Este papel es de los niños que han muerto, fueron 11 niños en el 93”.

Contó que no todos los niños le fueron extraños. “Me acuerdo de un niño en Trujillo que distinguía de vista porque era vecino de mi hermana en el barrio Pueblo Nuevo”. Garavito hizo otra pausa. Vomitó.

“Maté otro en Tuluá, allá fueron como cuatro o cinco, los dejaba en cañaduzales, también en Zarzal, Valle, fueron dos. En 1994 maté estos que están aquí en papel”. Señaló el papel kraft en el cual aparecían 27 casos.

Su paso por Pereira cambió el giro de su historia. Hubo un escándalo nacional al hallarse restos óseos de 33 niños en diferentes lugares de la ciudad. La fiscal seccional de Risaralda, Ofelia Corzo Delgado, se puso al frente de la investigación. Halló muchas coincidencias con los asesinatos de niños en las regiones mencionadas por el mismo Garavito. “Otros niños los maté en Pereira, por el lado del batallón, allí los dejé”. En ese lugar fueron halladas partes de las osamentas de Pereira. Siguió su narración y dio más puntos precisos de la ciudad.

Su táctica era similar en todas sus acciones. Según los investigadores de la Fiscalía en cada región, Garavito se paraba enfrente de las escuelas, en las terminales de los buses, en los parques, donde engañaba a los pequeños con dulces y con plata. Luego de cometer los crímenes guardaba los recortes de los periódicos en los que se reseñaban los hechos.

La fiscal Naranjo le mostró los recortes de prensa que encontraron durante los allanamientos en varios de los sitios por donde se le siguió. “Yo los guardaba con la finalidad de mostrarle a mi hijo la vida como estaba de horrible”. En todos sus crímenes hubo otra coincidencia. Siempre mataba de día. “Le tenía miedo a la oscuridad”.

Siguió su sangriento camino hasta que fue detenido en Corinto, Cauca, en 1994. “Me cogieron por la desaparición de un menor pero me precluyeron aunque reconozco que yo sí me iba a llevar al niño”.

Además de matar de día, la otra similitud que descubrieron los agentes del Cuerpo Técnico de la Fiscalía fue que a todas sus víctimas las amarraba con el mismo nudo, era especial y lo hacía de tal forma que si el pequeño trataba de zafarse se apretaba más. En ocasiones incluso asesinó a varios al tiempo.

“En Pereira me llevé a los dos juntos, los contacté porque ellos iban por los lados de una escuela, les dije lo mismo, que tenía una caña para cortar, los entré a los cañaduzales, por el río Cauca. Los maté a puñal, gritaron y a mí me dio susto de que me fueran a coger. Entonces amarré primero a uno y lo dejé ahí y cogí al otro. El niño veía lo que yo le hacía al otro, y entonces lo maté y luego maté al otro niño y los dejé allí. En el 95 me fui para Tuluá”.

En marzo de 1998 un fiscal de Palmira halló el cuerpo de un niño en un potrero y varias evidencias: un zapato que estaba gastado, unas gafas, documentos y dinero. El morfólogo de Buga analizó el zapato y concluyó que su dueño debía tener un defecto físico en una pierna porque el zapato estaba comido de lado.

“El 7 u 8 de agosto del 95 estaba yo en Bogotá, ahí fue donde me quebré la pierna. Me fui para las Guacamayas y me salieron seis, por volarme me caí y me quebré la pierna izquierda y en ese momento llegó la policía y me trajeron para el hospital San Blas. Allí estuve hospedado donde un señor Benjamín y después me fui para donde Luz Mary. En ese año no volví a matar porque estaba imposibilitado y no podía correr. Con muletas me puse a pedir limosna”.

Enfatizó que el problema de la pierna es el único que padece. “Pues el único problema mío es la pierna, la tengo con platinos y tornillos. En mi salud síquica me considero bien, nunca he tenido problemas síquicos”

En Tunja se le abrió un proceso en su contra por homicidio porque varios testigos lo vieron, estaba cojo. Con esta información la Fiscalía reforzó la investigación y se encaminó hacia su captura. “Arranqué para Tunja y allí estuve varias veces, allí maté no más a uno. Arranqué para la zona esmeraldífera pero allí no hice nada; volví a Pereira luego pero, muestre a ver, esperen, tengan calma, yo no me acuerdo que haya hecho algo. Sí. me parece que un joven que iba en una bicicleta, saliendo para la Villa, lo maté”.

Por estas ciudades pasaron los fiscales, quienes seguían sus huellas ya que el fiscal de Villavicencio, Fernando Aya Galeano, había encontrado una libreta con teléfonos cuyos números coincidían con las ciudades en donde aparecieron niños muertos.

Todos los niños decapitados. ¿Por qué lo hacía? “No sé, no sé porque tomo esas determinaciones, de pronto es para que los niños no sufrieran y murieran más ligero, por eso”. Garavito contó también que todos eran entre los 8 y los 16 años. “De pronto tenían una relación a lo que fue mi etapa de la niñez y de la adolescencia, tal vez por eso hice eso con esos niños”. Relató los días de sufrimiento en su hogar, la cotidiana violencia de su padre, su alcoholismo, los hechos que más recuerda de su hogar.

Lleva poco tiempo en la cárcel y dijo que este tiempo le ha servido para reflexionar. “Estoy detenido desde el 22 de abril del presente año. Estaba buscando una casa para traerme a mi señora y mi niño para acá, en Villavicencio. Cogí un bus equivocado y me bajé en la glorieta pero estaban haciendo un operativo y me detuvieron”.

Habló de los niños, de la violencia, de la pobreza. “Nunca he pensado en suicidarme. ¿Por qué? Si la vida es muy bonita.”

Era el amanecer del viernes 29 de octubre. La fiscal María Lily Naranjo siguió tomando nota del sangriento paso de este hombre a lo largo y ancho del país. En total suma 13 departamentos. Además confesó de otros casos en el exterior, en Ecuador y Venezuela. Sollozó, contó la historia de un niño más, rezó y pidió compasión. “No me miren así. Yo no soy peor que Carlos Castaño, no me miren así”.

La luz tenue del amanecer invadió el despacho. Los funcionarios quedaron exhaustos. La indagatoria quedó en casi medio centenar de páginas. Garavito agachó la cabeza. La levantó y dijo: “Yo no quiero que me miren como a un monstruo, soy un ser humano”.

Abel Gustavo Loor Velez, de 14 años, ecuatoriano, trabajaba desde los 8 vendiendo periódicos y lustrando zapatos, actividades con las que aportaba a su casa 20.000 sucres los días ‘buenos’ y 15.000 los ‘regulares’. El 20 de julio de 1998 su rutina se alteró. Rosa Candelaria Loor Vélez lo esperó en vano con la comida preparada y el menor nunca regresó. Ahora ella tiene una certeza: Luis Alfredo Garavito, detenido en Colombia y autor confeso de 140 crímenes de menores en Colombia, se llevó a su hijo.

De las primeras investigaciones realizadas por la Policía Nacional del Ecuador se concluye que el sicópata vivió y ejecutó sus crímenes únicamente en Chone, Manabí. Aunque en principio se especuló que en Santo Domingo de los Colorados también había

cometido dos asesinatos, el informe de la Policía Judicial de ese cantón descartó esta posibilidad al no haberse denunciado la desaparición de ningún menor de edad hace más de un año.

No ocurrió lo mismo en Chone. La población de este próspero cantón aún recuerda conmocionada la desaparición casi simultánea de los menores Loor Vélez y Jimmy Leonardo Palacios Anchundia, ocurridas el 20 y el 21 de julio de 1998, respectivamente. Los rasgos comunes de las víctimas, de 14 y 12 años, ambos miembros de familias de extrema pobreza, escolares y trabajadores al mismo tiempo y desaparecidos al mediodía, dieron la pauta de que estaría actuando un asesino en serie.

También coinciden las versiones de comerciantes del mercado central de Chone, que identifican perfectamente a Garavito, quien rondaba este mercado por los meses de julio y agosto del año pasado.

“No vestía como mendigo a pesar de que en muchas ocasiones pedía dinero, relata Justino Mendoza, vendedor de dulces. Se lo distinguía con facilidad pues era muy marcado su acento colombiano. Después se metió en problemas al rondar en el colegio femenino UNE. Incluso en alguna ocasión la policía montó un operativo para capturarlo pero se escabulló” (Colaboración de la Revista Vistazo).

El psicópata colombiano Luis Alfredo Garavito Cubillos, considerado como el mayor asesino en serie del mundo, ha sido condenado a 835 años de prisión en las primeras 32 causas judiciales que ha afrontado por la violación y muerte de 189 niños, de entre 8 y 16 años de edad, en menos de un decenio. El asesino cometió sus crímenes en 11 de los 32 departamentos de Colombia.

Garavito confesó un total de 189 asesinatos de niños, entre ellos 4 cometidos en Ecuador, entre 1990 y 1999. Fue localizado por la Fiscalía a finales de octubre de 1999 en la prisión de la ciudad central de Villavicencio, donde había ingresado el 22 de abril de 1999 bajo la acusación de secuestro de niños y con una identidad falsa.

Según los testimonios obtenidos por las autoridades judiciales, Garavito podía presentarse como monje, indigente, minusválido o representante de fundaciones ficticias que trabajaban en favor de ancianos y niños.

Pocos días después que fuera descubierto, Garavito fue trasladado del presidio de Villavicencio a los calabozos del Cuerpo Técnico de Investigaciones (CTI) en la misma ciudad, que dista 126 kilómetros al sur de la capital colombiana.

– Luis Alfredo Garavito Cubillos, un homosexual que confesó haber asesinado a 190 niños, fue condenado por la justicia colombiana a 52 años y medio en prisión.

La sentencia dictada por el Juzgado Quinto Penal de Tunja fue la conclusión de un juicio relámpago por el asesinato de una de sus víctimas, un niño de 11 años, registrado en 1996, y el intento de violación de otro menor, de 14 años, registrado en abril y que condujo a su captura.

El cadáver del niño de 11 años, Ronald Delgado Quintero fue hallado en Tunja, ciudad situada a 110 kilómetros al norte de Bogotá, decapitado y con signos de tortura y violación.

Pero fue sólo cuando Garavito fue capturado en Villavicencio, ciudad del sur del país, en su fallido intento de violar a otro niño, que las autoridades lograron esclarecer el crimen.

El abogado de Garavito aceptó ambas acusaciones para acogerse a una sentencia reducida. El juez le aplicó 60 años de prisión, que es la pena máxima en la legislación colombiana, y la redujo en siete años y medio por confesión y colaboración con la justicia, según los extractos de la sentencia divulgada hoy por el diario El Tiempo.

Garavito Cubillos, de 42 años y quien ha dicho que fue atormentado desde su infancia por un golpizas y violaciones en su hogar, pidió perdón por sus crímenes.

“Yo les pido perdón por todo lo que hice y voy a confesar. Sí yo los maté y no sólo a esos, sino a otros más”, dijo Garavito Cubillos en un video de la interrogación policial divulgado por la televisión colombiana el pasado 30 de octubre.

La fiscalía lo acusaba de 114 asesinatos de niños entre 8 y 16 años cuyas osamentas ya han sido encontradas, ejecutados en 33 municipios de Colombia y dos del Ecuador. Garavito Cubillos aceptó esos crímenes y sumó otros 26. En el curso de la investigación, se le han agregado otras 50 acusaciones de asesinato de niños, también aceptadas por él, para un total de 190.

Garavito Cubillos trabajaba como vendedor callejero lo que le facilitó el acceso a los niños, especialmente a los que agobiados por la pobreza debían trabajar o vivir en parques y calles.

Según las autoridades, la mayoría de sus víctimas eran niños de hogares pobres y abandonados a su suerte a quienes atraía obsequiándoles dulces, comida, cuadernos o dinero.

Garavito Cubillos se disfrazaba también de monje, fingía haber perdido la movilidad en una de sus piernas usando muletas o decía representar instituciones caritativas, para llegar a sus víctimas.

Aún así, Garavito Cubillos no es el mayor asesino en serie en Colombia, que aparece en las estadísticas de criminalidad como uno de los países más violentos del mundo. Lo supera Pedro Alfonso López, conocido como el “Monstruo de los Andes”, quien entre 1960 y 1980 asesinó a unas 300 personas, en su mayoría mujeres, en Colombia, Ecuador y Perú.

Pero no hay en los historiales judiciales un psicópata como él especializado en matar exclusivamente niños, después de someterlos a vejaciones sexuales.

Bogotá – En la noche del 22 de abril Alfredo Garavito Cubillos había preparado el ritual de la muerte de su víctima No. 141, un niño de 12 años, pero la presencia providencial de un indigente salvó a éste y llevó a la cárcel a uno de los peores criminales del siglo que termina.

El niño, vendedor de lotería en las calles, fue conducido por el sicópata a un potrero cerca de la Séptima Brigada del Ejército en Villavicencio, ciudad situada a 75 kilómetros al sudeste de Bogotá.

Cuando Garavito Cubillos empezó a desnudarlo y besarlo y se masturbaba, un indigente drogadicto llegó por casualidad al potrero y quedó horrorizado por la escena que protagonizaba el depravado. A gritos y lanzándole piedras lo puso en fuga. Media hora más tarde fue capturado por la policía.

“En ese momento no sabíamos que teníamos entre manos al asesino de 140 niños. Se identificó con un nombre falso, Bonifacio Morera Lizcano, pero luego los investigadores lograron reunir todas las evidencias para incriminarlo”, dijo a la AP uno de los funcionarios judiciales que participó en la mayor investigación realizada en Colombia para descubrir al monstruoso criminal.

En 1992 Garavito Cubillos inició la cadena de asesinatos de niños, primero en Bogotá, donde reconoció haber matado a cuatro. Luego se trasladó a la zona cafetalera del oeste de Colombia, donde dejó un macabro registro de 23 niños de entre 8 y 15 años, asesinados en 1993, 1994 y 1995.

Después se radicó en Pereira, en la misma zona de cultivos de café, en donde el 6 de noviembre el año pasado fueron descubiertos 36 cadáveres de niños y otros dos de adultos. Garavito Cubillos, en su confesión ante los fiscales, reconoció haber asesinado allí a 8 niños.

En 1996 fue violado y asesinado en Tunja, ciudad situada a 100 kilómetros al nordeste de Bogotá, el niño Ronald Delgado, de 11 años. Varios testigos lo vieron en compañía de Garavito Cubillos, quien fue denunciado ante las autoridades judiciales pero logró escapar antes de ser capturado.

“El pasado 20 de julio, tras 18 meses de investigaciones, logramos descubrir que el homicida del niño de Tunja y quien intentó asesinar al niño de Villavicencio era la misma persona”, dijo a la AP el funcionario judicial que participó en la cacería de Garavito Cubillos y solicitó no ser identificado.

La investigación fue dirigida por Alvaro Vivas Botero, director seccional del Cuerpo de Técnico de Investigaciones de la fiscalía (CTI) en Armenia, Ivanov Arteaga Guzmán, director seccional del CTI en Pereira y Fernando Aya, Fiscal Octavo de Villavicencio, las tres ciudades en donde Garavito Cubillos ejecutó la mayor cantidad de asesinatos.

Trabajaron con grupos de nueve seccionales de la fiscalía en el país, cinco fiscales, 18 detectives, antropólogos, médicos forenses y siquiátricos y se realizaron de pruebas científicas que comprobaron las evidencias halladas. Para el 31 de agosto ya habían reunido las evidencias que incriminaban a Garavito Cubillos.

Finalmente el viernes pasado en Villavicencio, Garavito Cubillos, cercado por las evidencias, no pudo ocultar que él era el asesino en serie. La fiscalía le imputó 114 crímenes de niños y él agregó otros 26.

Su confesión fue como si se hubiera quitado un piano de las espaldas. “El está muy bien. La confesión constituyó un alivio para él”, dijo el funcionario judicial.

“A pesar de su embriaguez, era consciente de lo que hacía. Siempre seguía un mismo patrón en su ritual de la muerte: llevaba a sus víctimas maniatadas a lugares solitarios, los obligaba a practicar sexo oral, luego los penetraba y mientras ejecutaba la violación, con cuchillas les rasgaba la espalda. Finalmente los remataba con una puñalada en la costilla izquierda”, dijo el investigador.

Agregó que en algunos casos se descubrió que los cadáveres estaban decapitados y la cabeza apareció a cinco o diez metros del lugar en donde enterraba los cadáveres.

Los investigadores reunieron una montaña de evidencias: las cuerdas de nylon que utilizaba para maniatar a sus víctimas, vaselina para facilitar la violación, facturas de los hoteles en donde se hospedaba en sus viajes por algunos de los 33 municipios de Colombia en donde dejó su huella de sangre y terror, copias de pasajes de autobús, tapas de licores baratos que usaba para embriagarse antes de ejecutar a sus víctimas, anteojos bifocales con un lente perdido y su rústica libreta en la que anotó con una rayita cada uno de los 140 asesinatos.

Garavito Cubillos tiene un historial de maltratos en su niñez. Era golpeado por su padre y finalmente fue expulsado del hogar. Dice que dos hombres lo violaron reiteradamente en su infancia. Los sicólogos y siquiatras que participaron en la investigación creen que su conducta criminal es una venganza por los vejámenes que sufrió en la niñez. Para el próximo año deberá responder en juicio ante el juez de Tunja por el asesinato del niño estudiante Ronald Delgado, mientras se logra estructurar los procesos legales por otros crímenes, aunque muchos de ellos probablemente nunca serán llevados a la justicia.

“Los padres de muchos de los niños que han desaparecido no tienen ya interés en aportar pruebas que ayuden a identificar los cuerpos que hemos encontrado”, dijo el investigador. Pero no será necesario juzgarlo por todos los asesinatos. Uno solo en el que se compruebe el secuestro y asesinato puede servir para condenarlo a 60 años de cárcel.

Los menores Yimi Palacios y Abel Loor, desaparecieron en circunstancias aún no esclarecidas, el primero de ellos, salió desde su domicilio ubicado en el sitio Limón, hasta el mercado central de la ciudad, para llevar la canasta a casa, pero nunca regresó.

Mientras tanto, Abel Gustavo Loor, era un pequeño lustrabotas, que estando en clases, en la escuela Río Chone, ubicada en la ciudadela Bellavista Alta, pidió permiso a su profesora y nunca más se supo de él, ni se encontró ninguna pista, que permitiera descubrir su desaparición.

Cuando aún no se superaba la sorpresa de la desaparición de los dos menores, el 13 de agosto de 1998, el pánico se apoderó nuevamente de la población chonense, cuando moradores del Cerro Guayas, dieron parte a la Policía Nacional, del hallazgo de una osamenta en este lugar.

La Policía confirmó la versión y procedió a retirar la osamenta, junto a la cual se encontraba un interior de mujer, mechones de cabellos y restos de un vestido.

Aún no se terminaba de realizar este proceso, cuando nuevamente la policía fue avisada, de un nuevo hallazgo cerca del mismo lugar, esta vez de una osamenta mucho más pequeña, junto a la cual se encontró un par de zapatos de lona, un pantalón jean y un cajón de lustra botas, lo que en un inicio hizo presumir que se trataba del cuerpo de Abel.

Las osamentas encontradas en los alrededores del Cerro Guayas, fueron enviadas a Quito, para su análisis; el informe médico legal determinó que la primera de ellas, correspondía al de una mujer adolescente de 16 años aproximadamente y que tenía un estado de descomposición, alrededor de los seis meses.

Mientras que la segunda correspondía al sexo masculino, de aproximadamente 15 años de edad, su estado de descomposición era de aproximadamente tres meses.

Con este resultado, quedó desvirtuada la posibilidad de que estas osamentas correspondan a los dos niños desaparecidos, aumentando con ello el misterio, ya que entonces como hasta ahora, los pequeños no aparecieron ni vivos ni muertos y ninguna autoridad competente recibió denuncia alguna, que reportara las desapariciones, de los jóvenes a los cuales correspondían las osamentas.

Las osamentas al no corresponder a ninguno de los niños desaparecidos, fueron mantenidas bajo custodia policial y en el mes de septiembre de 1998, fueron bautizados con los nombres de Martha y Lázaro, luego de lo cual fueron sepultados en una fosa, facultada por la Juez Mariana Moreira de Zambrano, quien los mantiene disponibles para cualquier procedimiento que exijan las investigaciones.

Las desapariciones están registradas en el Juzgado Décimo Segundo de lo Penal con los números 101 y 102 del 98.

Mientras que las osamentas, corresponden a las causas 106 y 107 de la misma judicatura.

Ayer, la juez décimo segundo de lo penal, realizó una visita a la policía nacional, para coordinar acciones, que permitan reabrir los procesos y contribuir con el esclarecimiento de estos casos.

La Policía al frente de las investigaciones ha recibido una disposición de el Director Nacional de la Oficina Central de la Interpol, en donde se solicita información, respecto a estos casos, para determinar si las declaraciones del autor confeso Luis Alfredo Garavito, de nacionalidad colombiana y detenido en su país, tienen relación con las desapariciones de los menores y apariciones de las osamentas.

La Interpol remite este pedido, ante una solicitud de las autoridades judiciales colombianas, que están tras las investigaciones de los 140 asesinatos que habría cometido Garavito, dentro de los cuales presumiblemente estarían los dos niños choneros desaparecidos.

La hipótesis se basa, en las confesiones de Garavito de haber estado en Chone en períodos de tiempo, comprendidos entre 1992 y 1998, además porque los niños desaparecidos, responden al perfil de las víctimas del psicópata.

Otra posibilidad que se manejaría en el misterio de estos casos, sería el que las osamentas corresponderían a desaparecidos de la ciudad de Santo Domingo, donde supuestamente también actuó Garavito.

En los actuales momentos, el coronel Iván Vallejo Godoy se encuentra en Quito, gestionando ante la cúpula policial, la posibilidad de que se envíe una delegación de agentes de investigación de Chone a Colombia, acompañados quizás de un familiar de los desaparecidos, para que contribuyan con sus conocimientos sobre las causas, sobre todo porque conocen las ubicaciones topográficas, en el proceso que se le sigue a Garavito; adicional a ello, la policía ecuatoriana está solicitando a través del Ministerio de Relaciones Exteriores, la copia de las declaraciones del asesino en serie, para establecer comparaciones con lo sucedido en Ecuador, ya sea en Chone o Santo Domingo.

El Foro Internacional de los Derechos Humanos, es el organismo más vinculado con las investigaciones de estos casos, ellos han trabajado de manera directa en este proceso, contando sobre todo con el apoyo del abuelito de Yimy Palacios Anchundía, quien nunca ha abandonado las investigaciones.

El FIDEH, contiene datos que podrían contribuir con el esclarecimiento de los crímenes, a parte de los conocidos por todos, existirían otros que nunca han sido publicados oficialmente, tales como una cédula que fue encontrada en el lugar donde se hallaban las osamentas y que reposa según se conoce extraoficialmente en la policía nacional, en el período del teniente coronel Fernando Avilés, así mismo existiría la placa de un vehículo, cuyo conductor intentó acorralar a un pequeño en el barrio El Vergel, el mismo que gritó y no se habría dejado atrapar.

Elíseo, 12 años y vendedor de lotería, solo se le deshizo el nudo de terror en la garganta cuando Bonifacio Morera Lizcano intento violarlo. Fue entonces cuando sacó de adentro los gritos de pánico que no le habían salido durante dos las horas que llevaba amenazado con un cuchillo, que comenzaron en la Plaza de los Centauros, en pleno centro de Villavicencio, y que estaban a punto de terminar ahora, mientras que desnudo atado de pies y manos en un matorral solitario en las afueras de la ciudad, sentía a sus espaldas a un hombre acezante a punto de ultrajarlo sexualmente.

“Papito, que rico que estás”, le había dicho Morera momentos antes, mientras le besaba el cuello y los labios y le hacía sexo oral en su órgano genital de niño. Poco a poco, con la excitación, las palabras fueron cambiando de tono, y del papito rico, Morera pasó a cuanto grosería había aprendido en su recorrido por 13 departamentos de Colombia.

Luego se desabrochó la bragueta, se sacó el pene a dos manos y mientras lo blandía al aire le decía a Elíseo que iba a tener que besárselo y que se lo iba a meter por detrás. “Lo voy a matar. Le voy a pegar puñaladas en la espalda. Le voy a sacar las tripas. Le voy a cortar el pene y la cabeza y se la voy a botar a un lado”, le repitió una y otra vez en su paroxismo de sexo y sangre.

No eran amenazas. Le estaba describiendo paso a paso un ritual perfeccionado tras asesinar a docenas de niños varones entre 6 y 14 años en 51 municipios del país.

A 800 metros de allí en un lote baldío frente a Almaviva, unas bodegas para almacenar granos las autoridades descubrieron entre junio y noviembre del año anterior 12 cadáveres

de niños que ya había asesinado en Villavicencio, capital del Meta, un departamento de Colombia tan grande como Panamá y en cuyo extremo sur quedan tres de los municipios que el gobierno nacional destinó como zona de despeje para los actuales diálogos con la guerrilla.

En Villavicencio fue donde Morera Lizcano cometió el último de sus asesinatos que, hacerle caso a su minuciosa libreta de apuntes, fueron 142 en siete años.

Las autoridades judiciales no tienen una cifra definitiva, puede que este echando más muertos encima para engrandecer entre los asesinos en serie o que sus apuntes no hayan sido tan juiciosos y los niños a los que mató pudieran ser hasta 182 todos pobres y varones, casi todos delgados, de rostro bonito, cabello castaño y ojos cafés.

Los trazos aindiados y la leve tendencia de la gordura de Elíseo no concordaban con ese perfil de potenciales víctimas de Morera, en el rango de niños diferentes de los gustos del asesino apenas si se podía mencionar uno de raza negra, otro francamente obeso y uno que además de ser el único de 16 años, era paralítico.

El comienzo del horror para Elíseo ocurrió hacia las tres y media de la tarde del jueves 22 de abril de 1999 en la plaza de los Centauros, en Villavicencio. Desde el mediodía, cuando salió de su casa, había vendido 10.000 pesos que llevaba en un solo billete marcado con un 740 manuscrito en tinta roja.

Le quedaban 74.000 pesos en boletos para ofrecer.

“Oiga niño, yo le quiero comprar una lotería, déjeme ver que números tiene”, le dijo Morera, para quien las plazas públicas de mercado y de los terminales terrestres de transporte eran sus cotos de caza preferidos, desde que comenzó su carrera de asesino trashumante a mediados de 1992 en Jamundi (Valle del Cauca).

En la plaza principal de la Tebaida (Quindío), el 19 de abril de 1994, hacia las ocho de la mañana, llamó a Manuel Vicente Daza, de diez años, cuando iba a hacer un mandado de la casa.

Días después encontraron su cadáver en la finca San Fernando con la cabeza cercenada y múltiples heridas de cuchillo a la altura de los riñones.

Cuatro años después, el 22 de junio de 1998, en Génova (Quindío) convenció a Tomas Martínez y Javier Ardila, de nueve y doce años respectivamente, cuando cargaban cebolla en la plaza principal del pueblo para que se fueran con él y que, a cambio de algún dinero, lo ayudaran con unos caballos, que debía llevar a otro sitio del municipio.

Al otro día, en ese mismo pueblo y con la misma excusa, engatusó a Leonardo García cuando terminó de jugar un partido de fútbol con sus amigos. Todavía nadie había dado la alerta sobre la desaparición de Tomás y de Javier.

Aunque sus familias hubieran advertido al pueblo no habría por qué sospechar del hombrecillo de barba, gorra y lentes que vieron sentado en la plaza. Había nacido en ese pueblo 41 años atrás, el 25 de enero de 1957. Antes de Manuel Vicente y después de

Tomas y de Javier hubo niños muertos, siempre pobres, siempre bonitos, y casi siempre delgados.

Todos fueron encontrados días o años después atados de pies y manos en matorrales a las afueras de los pueblos o ciudades. A muchos de ellos les mutiló el pene y se los introdujo en la boca. A otros los decapitó o cuando menos les dejó la cabeza colgando de un hilo de piel y carne del cuello.

Al comienzo el puñal iba directo al corazón, pero paulatinamente fue cambiando el sitio y la cantidad de cuchilladas para prolongar el sufrimiento.

El 18 de octubre de 1997, en Río Frío (Valle del Cauca) le clavó 42 puñaladas en el tórax a Andrés Salgado, estudiante de 13 años. También con el correr del tiempo empezó a marcar sus muertos con cortes en la piel que formaban largas líneas sobre el tronco.

Morera empezó a ojear los billetes de lotería y se le fue acercando a Elíseo hasta que lo tuvo lo suficientemente cerca como para mostrarle un cuchillo grande y basto que llevaba en una mochila terciada al hombro. No vaya a gritar por que lo mato. Se tiene que subir conmigo a un taxi le dijo Morera. Sin gritar sin decir una sola palabra y mirando de frente, Elíseo siguió las órdenes y en unas cuantas zancadas alcanzaron la calle 38, donde abordaron un taxi.

Morera le pidió al conductor que los llevara al anillo vial, frente a las bodegas de Almaviva. Entre los dos puntos había en ese entonces cuatro semáforos y unos 25 minutos de recorrido, durante el cual Elíseo no dijo nada. No podía. Morera le enseñaba de cuando en cuando el cuchillo, sin dejarlo ver al taxista, y le hacía una elocuente mirada que era una orden de mantener el silencio.

Al llegar al sitio, el asesino le dio 2.000 pesos, casi un dólar, al taxista, por una carrera que en ese momento costaba 1.500. Era un lugar despoblado y solitario, tránsito de camiones de 18 ruedas. Aunque Elíseo hubiera querido gritar nadie lo hubiera escuchado.

Subieron unos ocho metros por una ligera pendiente y Morera le dio la orden de cruzar una cerca de tres alambres de púas, después de la cual empieza un bosque de árboles nativos, una vez allí no hay manera de saber que esta pasando, matorral adentro.

El 27 de noviembre de 1998, los niños de Pereira, la mas grande y moderna de las tres ciudades que componen el eje cafetero, marcharon de noche y alumbrándose con velas para pedir con su silencio que no los siguieran matando.

Pereira tenía serias razones para estar en pánico. En enero cuatro cráneos de niños fueron encontrados junto al barrio Nacederos. El 17 de septiembre un joven que cabalgaba por un terreno baldío cerca del aeropuerto Matecaña descubrió una gran cantidad de pequeños huesos, que luego de ser cotejados por el Cuerpo Técnico de Investigaciones CTI de la Fiscalía General de la Nación, resultaron ser los restos de 13 niños.

Una semana después en el kilómetro 1 de la vía hacia Mercella, en un abismo de unos 500 metros de profundidad y rodeados de maleza, se encontraron 12 esqueletos y nueve cráneos de niños. Alrededor de la fosa estaban esparcidos retazos de ropa y zapatos con las suelas desgastadas.

Algunos cuerpos tenían una soga atada al cuello estos hallazgos trajeron a la memoria de los investigadores otros casos descubiertos en años recientes entre 1993 y 1998 se habían encontrado en todo el departamento del Risaralda del que Pereira es la capital. 9 fosas y 42 esqueletos, todos de niños varones.

Esas cifras alimentaron toda suerte de teorías en la opinión pública. Sectas satánicas haciendo ritos de sangre, tráfico de órganos humanos, exterminio nocturno de habitantes de las calles, castigo divino por la supuesta vida licenciosa que se lleva en Pereira, un cóctel entre prostitución infantil, pederastia y el dinero fácil del narcotráfico y por último, uno o varios asesinos en serie.

No había otro tema de conversación y a pesar de la presión pública, los investigadores no conseguían un hilo conductor que pudiera dar un atisbo de respuesta. Esto, aunque desde junio interceptaron teléfonos e infiltraron detectives en la plaza de mercado y en la calle disfrazados de indigentes el único resultado fue una grave enfermedad gastrointestinal de un infiltrado por ingerir comida descompuesta recogido entre la basura.

Y aunque Risaralda era la región más afectada, crímenes similares habían ocurrido en 13 de los 32 departamentos del país y por esa misma época comenzaron a salir de aquí y de allá las piezas de un rompecabezas que ningún investigador lograba todavía ver como un todo.

El 23 de junio de ese año 1998 aparecieron 3 cadáveres en Génova (Quindío). Un grupo de investigadores fue enviado desde Armenia, la capital departamental, alertados por casos previos, querían hacer una minuciosa recolección de prueba en la escena del crimen pero la muchedumbre se había metido en el matorral sin dejar un solo indicio válido, salvo los mismos cadáveres.

De regreso a Armenia comentaban detalles del caso, cuando una secretaria escuchándolos, cayó en la cuenta que un año atrás desde Tunja (Boyaca) había enviado una orden de captura contra Luis Alfredo Garavito Cubillos por la violación y muerte de un niño a quien la habían cortado la cabeza y cercenado el pene, que luego le introdujeron en la boca.

También a mediados de 1998 se descubrieron 12 osamentas de niños en distintos puntos cerca del anillo vial a las afueras de Villavicencio (Meta). El primero de esos cuerpos fue hallado sin cabeza el 20 de julio de 1998. A ese le siguieron otros tres entre el 16 y 17 de septiembre. El rastreo se mantuvo hasta la primera semana de noviembre. Durante ese tiempo encontraron nueve esqueletos más de niños entre los 7 y los 16 años.

La agresividad con que Morera actuó con Elíseo no era muy común en su trayectoria de asesino por lo general se acercaba a los niños con días de antelación y los iba charlando y conquistando con golosinas y refrescos. Es más, con Elíseo tenía un tema en común, las loterías y juegos de azar. Era un apostador de chance, juego en el que gana quien acierte los últimos tres dígitos de la lotería.

De hecho el día anterior le había apostado 1.200 pesos al número 275, era su preferido. De los últimos 17 chances que jugó en su vida de asesino viajero, diez le iban a ese número. Además de las apuestas a Morera también le gustaba pasar el tiempo tomando

en las cantinas del pueblo y escuchando música carrilera y de despecho, género musical muy arraigado en la zona andina de Colombia.

Un día previo al encuentro con Elíseo le había metido 1600 pesos a una rockola. Eso es música de expertos en carrilera, diría después un cantinero viejo repasando la lista de canciones que ese día puso a sonar Morera.

A Elíseo, después de obligarlo a pasar el cerco de púas y de internarse unos metros en la zona boscosa, le ordeno quitarse la ropa, quedarse en calzoncillos. Allí le ató las manos y le revisó los bolsillos del pantalón para robarle lo que llevaba. Después como hizo con casi todas sus víctimas lo obligó a caminar delante de él en círculos en medio de la maleza hasta cansarlo.

Eran cerca de las cinco de la tarde cuando lo hizo detener en un cuadrado de hierba libre de vegetación en la finca Rosa Blanca. Allí ocurrió todo, lo de las caricias, los besos en boca y cuello, el pene al aire, la excitación y la descripción de lo que iba a ser su muerte. Fue en el mismo lugar donde le amarró los pies y lo obligó a ponerse con el pecho en la hierba y comenzó el intento de violarlo.

Entonces fue cuando a Elíseo se le desató el nudo en la garganta y le salieron todos los gritos que tenía atorados desde el momento en que, hora y media antes, Morera lo había amenazado con el cuchillo. Gritar como un loco, eso era lo único que podía hacer para salvar su vida. Y lo hizo.

Viola y les saca el corazón a los niños. El 28 de septiembre de 1998 ese fue el titular del Espacio periódico sensacionalista de amplia circulación y muy leído por los estratos populares, que daba cuenta de tres crímenes en Florencia (Caqueta), ciudad de la selva amazónica al sur del país. Dos de los cuerpos se hallaban dispuestos de modo que los pies de un cadáver quedaban a la altura del cuello del otro.

Adentro del círculo estaban las cabezas cercenadas, como un macabro ging gang. Los anos estaban desflorados, abiertos y mirando al cielo igual que el rostro de los niños. Cuatro equipos departamentales de investigadores y varios detectives sueltos en toda Colombia trabajaban sobre sus respectivos casos pero casi nadie levantaba la cabeza para mirar la labor del vecino.

Excepto Carlos Hernan Herrera, morfólogo que trabajaba en Buga (Valle del Cauca) quien en mayo de ese año envió un informe a la dirección general del CTI, para que se hiciera una investigación nacional en busca de un asesino que abordaba a sus víctimas en las plazas de mercado y terminales para luego violarlos, decapitarlos y cercenarles los genitales. Como siempre los encontró en plantíos de caña de azúcar los llamó “Los Niños de los Cañaduzales”.

Nadie hizo caso de su petición y fueron tres los cadáveres en Florencia los que levantaron en la sede del CTI en Bogotá la sospecha de que había un solo asesino detrás de todas las muertes. Se parecían demasiado a otros crímenes como los de Pereira y de Villavicencio.

Unas cuantas semanas después estaban reunidos en Pereira distintos investigadores que terminaron por descartar las hipótesis restantes, satanismo, trafico de órganos, etc. y solo quedó la de un violador y asesino en serie. Además se hizo un listado de mas de cien

sospechosos, que finalmente se redujo a diez. Todos tenían antecedentes de acceso carnal violento.

A principios de noviembre, todas las seccionales recibieron la orden de informar sobre casos como el de Florencia. Después les llegó una citación para una reunión nacional en Pereira a finales de enero de 1999 siete años después de la primera víctima. Comenzaba el envío definitivo para capturar al asesino.

¡Oiga hijueputa que le está haciendo a ese niño! La voz era la de un chatarrero de 16 años que había ido a fumarse un cigarrillo de marihuana cuando escuchó el grito de Elíseo. De inmediato fue en su ayuda.

Al verse descubierto, Morera le cortó a Elíseo la soga de los pies. Vamos mas para allá le dijo. Esa fue la última orden que le dio a Elíseo y la única que el niño no le obedeció pues corrió hacia donde estaba el chatarrero que se armó de piedras y comenzó a tirárselas a Morera, que empezó a perseguirlos.

Corrieron como desaforados por unos 600 metros bajando por una pendiente que daba a una quebrada, el chatarrero adelante y Elíseo con las manos a la espalda, detrás de él. Cruzaron un modesto puente de guadua, un tallo fibroso y muy resistente, y cien metros mas adelante encontraron una casita prefabricada. Allí estaba Magali, una niña de doce años, que vio pasar derecho al joven y detrás a Elíseo. “Que le paso, hay un tipo que me quiere matar y violar. Métase aquí y nos escondemos los dos. No por que nos mata a ambos, corra, corra”, le gritó desde la distancia el chatarrero.

Elíseo le hizo caso sin darse cuenta de que Morera ya no los seguía, intimidado quizás por la niña y la casa, ubicada a espaldas del concesionario de maquinaria agrícola Casa Toro, adonde en pocos instantes llegaron el par de niños, jadeantes y presas del pánico, a tiempo que Morera se acercaba donde Magali, también aterrorizada. ¿Como se sale de aquí?, le pregunto Morera. Ella con el corazón que se le salía, le señaló el camino hacia casa Toro. Morera asintió y siguió su camino, para internarse de nuevo en la espesa vegetación.

El terremoto del eje cafetero, ocurrido el 25 de enero de 1999, pospuso varios meses la cumbre citada desde Bogotá. Ese aplazamiento, sin embargo, no detuvo las investigaciones.

En Armenia desde finales de 1998 los funcionarios del CTI empezaron hablar con los familiares de Luis Alfredo Garavito, el hombre que tenía orden de captura en Tunja. Establecieron un perfil psicológico y llenaron un álbum con fotos suyas.

El 14 de abril hablaron con Luz Mary Ocampo, excompañera sentimental de Garavito. Ella lo describió como un hombre cariñoso y amable mientras no tomara un trago. Había guardado un costal con papeles de Garavito que luego le entregó a Stella, una hermana del sospechoso. Cuando los detectives llegaron a él se encontraron un portentoso archivo personal: talonarios de ahorros con movimientos detallados, libretas con fechas, actividades citas personas visitadas, tiquetes de transporte intermunicipal y tarjetas de hospedajes.

Todo un itinerario de años de una tremenda movilidad que asombró a los investigadores. Esos registros minuciosos sirvieron para completar, luego de múltiples entrevistas y pesquisas el retrato de un hombre nacido en Génova (Quindío) el mayor de siete hermanos cuatro hombres y tres mujeres que fue maltratado por su padre desde niño mientras su madre guardaba una actitud pasiva frente a los afueros de su marido

Que estudió hasta quinto grado de primaria en el Instituto Agrícola de Ceilan (Valle del Cauca), que salió de su casa a los 16 años después de un altercado memorable con su padre y se empleó como ayudante de un par de supermercados de donde lo despidieron por permanentes peleas con clientes, compañeros y jefes.

Que a los 21 años había pasado por Alcohólicos Anónimos y que durante cinco años recibió tratamiento psiquiátrico en una clínica del Seguro Social de Manizales, la tercera ciudad que compone el eje cafetero, junto con Pereira y Armenia.

Que los equilibrios emocionales lo llevaron al borde del suicidio y que después de ese tratamiento comenzó su vida de vendedor ambulante en los departamentos de la zona montañosa del país.

En esos recorridos, fue afinando sus artes de mentiroso, embaucador y camaleón. Entraba a los colegios con documentos falsos de instituciones para ayudar a los ancianos y los niños. Se disfrazaba de monje, mendigo o discapacitado con muletas o cuellos ortopédicos y entonces se mostraba humilde y abandonado de la mano de Dios. Tanto que logro salir de la cárcel de Tunja, acusado de violación y asesinato, acentuando al límite su imagen de desamparo hasta que el punto que la Defensoria del Pueblo presionó para la liberación del hombre solo y abandonado, sobre el que no pesaban pruebas contundentes.

Durante esos años se dejaba crecer el cabello y la barba por temporadas. Así lo vieron en su pueblo natal y sufría de permanentes crisis depresivas, vendía estampitas del papa Juan Pablo II, de la virgen del Carmen y del Niño Dios, merodeaba las plazas de mercado y arrendaba cuartos en casas humildes de barrios pobres y marginales, se ganaba la confianza de los niños, con dulces, cuadernos y bebidas, y era muy amable con ellos.

Los que no lo describieron así fueron sus vecinos, a quienes les recordaba pleitos de borracho. Nunca se casó ni tuvo hijos, pero vivió con dos mujeres mayores que él, a cuyos hijos siempre respetó y que luego lo evocaron como alguien cariñoso y especial. A la casa de su padre volvió en contadas ocasiones, precedidas de tormentas emocionales y un terror de niño asustado.

Cuando visitaba al papa le daba crisis de angustia y se bajaba con tembladera y vómito del carro que lo llevaba a la casa, contaría después uno de sus familiares. Ya sabían casi todo, menos el donde, en que ciudad o pueblo de Colombia podían atraparlo. “Mire Mama ese es el hijueputa que me quería violar gritaba desesperado Elíseo y lo señalaba desde la patrulla policial.”

La estratagema del cabo Pedro Babativa había dado resultado. Alertado por una llamada, llegó con los agentes Cesar Augusto Rojas y José Tinjaca, con quienes se metió en el bosque a buscar a Morera. Anochecía cuando salieron del monte y al local de maquinaria habían llegado vecinos del barrio del frente y taxistas.

Con toda esta gente y tanta bulla el hombre no va a salir, pensó Babativa y se jugó una carta riesgosa, intentó disuadir a la pequeña muchedumbre para que se fuera a sus casas. Señores a esta hora ya que se puede hacer y el hombre debe andar quien sabe adonde. Conato de motín, que claro, por eso es que nunca atrapan a los criminales que ineficacia, que desidia y que lo vamos a acusar ante sus superiores.

Una vez Babativa controló al público, ordenó que montaran al niño, a su mamá y a su abuela, llamadas de urgencia a la casa de un vecino, en la patrulla con uno de los policías. El abordó un taxi y el otro efectivo hizo lo propio. La orden era fingir que se marchaban pero que los taxis dieran vueltas utilizando los retornos del anillo vial.

La descripción de Morera ya la tenían. No hizo falta esperar nada. Apenas la patrulla avanzó unos metros cuando Elíseo, recién bañado y vestido con una bata por un empleado, fue el primero en verlo venir. Tranquilo, tranquilo le dijo el agente y de inmediato le comunico a Babativa la noticia, señalándole al sospechoso.

Cuando lo abordó Morera le dijo que venía de Acacias, una población vecina, que era vendedor ambulante que su cédula era la numero 12,120, 692, de Neiva (Huila), pero como no la tenía a mano, le enseñó la factura de una compraventa, que vivía por ahí cerca y que lo estaban confundiendo con otra persona.

Babativa no terminaba de creer que ese fuera el presunto violador, a pesar de que las señales físicas y el vestuario -camisa color crema con rayas negras pantalón caqui y zapatos marineros- coincidían con la descripción de Elíseo.

“Llegué a pensar que no era él, el hombre tiene una mirada serena, es muy tranquilo, se muestra como una persona muy noble y respetuosa. No es grosero y párese. muy bien hablado”, contaría año y medio después el ahora sargento Babativa.

Pero si venía de otro pueblo como le estaba diciendo, se preguntó entonces por qué Morera traía grama y erizos de mala hierba en toda la ropa, embarrados los zapatos y los antebrazos de la camisa. Tenía que venir del monte, que a esa hora suele humedecerse con un rocío similar al de las madrugadas.

Luego vino la revisión de la mochila, había un metro de cuerda roja, varios papeles, un cuchillo de mesa y un tarrito cromado con las palabras vaselina pura sobrepujadas en la tapa. En los pantalones traía doscientos mil pesos en billetes de veinte mil. Aparte en el bolsillo de la camisa, llevaba un billete de diez mil pesos en la que resaltaba el numero 740 escrito con bolígrafo rojo. Había atrapado al violador.

El morfólogo Carlos Hernán Herrera, de impecable bata blanca, apoyaba con imágenes cada uno de sus hallazgos sobre el asesino de los niños de los cañaduzales. Los datos mas reveladores provenían de un levantamiento realizado el 8 de febrero anterior, el cadáver del niño quedó tendido encima de 179.000 pesos en billetes.

El asesino huyó de repente, por que el cañaduzal, a punto de corte, empezó a arder. En su afán dejó al lado del cadáver sus propios pantaloncillos, los zapatos, una peinilla, un destornillador y los anteojos, que quedaron a medio quemar.

A partir de esa evidencia sin conocer a Garavito ni a Morera, Herrera concluyó que el asesino debía tener cuarenta años, 1,65 metros de estatura, contextura delgada, bajo extracto social y que cojeaba de la pierna derecha, ya que uno de los zapatos estaba notablemente mas gastado que el otro.

Del seguimiento de los billetes concluyó que éstos habían sido puestos en circulación en Cauca, Nariño, Caqueta, Valle y Antioquía. Logró una aproximación del rostro del asesino a partir de los puntos donde los anteojos hacían contacto en la cara.

Era el 14 de julio de 1999 y Herrera exponía sus conclusiones en la cumbre de investigadores citada en Pereira y aplazada por el terremoto en el eje cafetero.

Los detectives del CTI de Armenia escuchaban emocionados y ansiosos la presentación de Herrera y estaban seguros de saber quien era el hombre al que él se refería sin conocerlo. Apenas llegó el momento les contaron a sus colegas cada uno de sus hallazgos.

El perfil psicológico de Garavito, los antecedentes familiares y las declaraciones de testigos que lo vieron en Tulúa (Valle del Cauca). Como prueba tenían una foto tomada allí, aparecía en chancas negras, calzoncillos amarillos y mirando a la cámara. El brazo izquierdo y la espalda mostraban huellas de recientes quemaduras de segundo grado.

Los investigadores de Villavicencio reconocían al hombre de la foto y sus quemaduras en brazo y espalda, además una plantilla en el tobillo izquierdo que lo hacia cojear, coincidían con los analices del morfólogo de Buga, pero el que tenían preso se llamaba Bonifacio Morera Lizcano. Sacaron sus tarjetas de sus huellas dactilares y las compararon con las de Garavito. No había duda, el hombre al que buscaban ya estaba preso.

Ahora había que encontrar las pruebas que ante los jueces demostraran inequívocamente la responsabilidad de Garavito en cada uno de los casos. También debían lograr la confesión, que facilitara el juzgamiento. Aumentaron los allanamientos y las pesquisas.

En Pereira encontraron un segundo bulto de papeles con sus itinerarios hasta mediados de 1998 según los cuales estuvo varios días en Ecuador, donde no hay reporte de asesinatos similares.

El tercer paquete, incluía el lapso faltante hasta el 22 de Abril de 1999, fue hallado en Villavicencio. Al final de la reunión hubo un acuerdo general, discreción absoluta y de esto no debe saber nada Garavito en Villavicencio, hay que seguir llamándolo Bonifacio Morera Lizcano, que no vaya a sospechar que sabemos quien es en realidad por que puede terminar suicidándose. Fueron siete horas de indagatoria sin resultado.

Era el 28 de octubre de 1999 y en Villavicencio la Fiscal Octava de Armenia estaba bien documentada. 118 casos de niños asesinados cuyas fechas y lugares de muerte concordaban perfectamente con la información extraída de los tres bultos de papeles y las pesquisas.

Morera se sorprendió cuando lo llamaron por su nombre real: Luis Fernando Garavito Cubillos, con cédula 6,511,635 de Trujillo (Valle del Cauca). Y se sorprendió cada vez más cuando le preguntaban si había estado en tal sitio en la fecha, conocido a tal niño, o

alojado en tal casa. Todo lo negó. Todo entre las once de la mañana y las seis de la tarde. La diligencia se suspendía en ese punto.

Entonces ingresó uno de los cinco investigadores responsables de centralizar toda la información. Solo le tomó media hora contarle a Garavito un resumen de su vida. Que había nacido en Génova, Quindío y no en Neiva (Huila) y que estudió hasta quinto de primaria, que tenía 42 años y no 36, que era cinco centímetros mas bajito que el verdadero Morera. Que había estado en Alcohólicos Anónimos y bajo tratamiento psiquiátrico.

Le dijo a que niños, cuando y adonde había abordado. Se lo decía al oído, como susurrándole cada crimen y Garavito escuchaba quieto y apretando un pañuelo blanco en su mano derecha. Los apodos el loco, Tribilin, Conflicto o el Cura, los disfraces, las peleas, las varias entradas a la cárcel, la forma como escapó en Tunja, las compañeras que tuvo y con quienes vivió de cuando en cuando. Hasta que Garavito no pudo más y se lanzó de rodillas al piso y dijo juntando las manos al cielo: “Yo les quiero pedir perdón por todo lo que hice y voy a confesar. Si, yo los mate y no solo a esos, mate a otros más”.

La verdadera indagatoria apenas comenzaba. Después de la crisis de llanto Garavito se sentó. Sacó una libreta pequeña vieja y arrugada, y se detuvo en una pagina con números y unas rayitas. Era su propia estadística, año por año, de los asesinatos cometidos, no eran 118 sino 142 y les señalo la ubicación exacta de cuatro cadáveres dejados a su paso por Granada (Meta).

Su relato duró otras siete horas. Confesó que a los niños no les tapaba la boca ni los ojos, que se emborrachaba y fumaba durante el rito con un método que afinó durante años y que consistía en apuñalarlos al principio en el corazón y que luego cambió por cuchilladas en las nalgas, las manos, en las bajas costillas y que finalizaba con un corte total o parcial de la cabeza. También y solo al principio, los estrangulaba con sus propias manos. Que los dejaba a medio enterrar. Que estaba arrepentido.

Durante la delirante jornada confesión le pidieron que dibujara un niño, lo hizo muy largo y recto, muy pulcro, y de camisa y pantalón, quizá su niño ideal.

En pruebas psicológicas posteriores vio demonios donde había ángeles y negó la presencia de un pene donde este era evidente. En otro dibujo de figura humana, los ojos eran espirales, el estereotipo del loco en las tiras cómicas. Le diagnosticaron personalidad esquizoide con componentes psicopáticos.

Mataba niños bonitos por que representaban lo que él no fue durante su infancia, pero la edad promedio de las víctimas y su estrato social si representaban al niño Garavito cuando fue violado por dos hombres y en distintas ocasiones cuando estudiaba e Ceilan (Valle del Cauca). Una vez liberado de la presión de la búsqueda en su contra, dijo que no sentía culpa de sus asesinatos por que estaba liberando a los niños de los males que él había tenido que sufrir.

Además algo dentro de si le decía que tenia que obrar como lo hizo. Los análisis psicológicos y psiquiátricos hechos durante el año que ha corrido, muestran a un hombre con problemas de identidad sexual, para quien el cuchillo tiene un doble significado de placer y dolor. Quizás, piensen los psicólogos, escribía cada detalle de sus actos porque

sabía que algún día sería descubierto y tendría que rendir cuenta y razón de sus actos. Los jueces, hasta hoy, lo han condenado a 865 años de cárcel por 32 casos juzgados y cerrados.

En otros 27 procesos, Garavito se ha acogido a sentencia anticipada, lo que implica rebaja de penas. Y aunque llevara años saber la suma exacta de pena, lo mas probable es que esta llegue a 50 o 60 años. La muerte a la que Garavito le tiene miedo, de ninguna manera le será impuesta. No es un castigo previsto en las leyes nacionales, pero si por los reclusos de las cárceles, que matan a un violador de niños apenas tengan la ocasión.

Y no son los únicos que lo quieren muerto. Desconocidos lo han intentado envenenar a través de la comida y hoy por hoy hay un funcionario responsable de verificar que sus raciones provengan de las mismas ollas que las de los presos de la Cárcel Distrital de Villavicencio. Por eso lo han cambiado varias veces de prisión. Siempre aislado, salvo las esporádicas visitas de una creyente evangélica que quiere hacerlo reencontrar con Dios. Afuera 142 familias esperan justicia.

Después de 18 meses de investigación tras la pista de una supuesta “secta satánica” que estaría cometiendo los más atroces sacrificios con menores de edad, la policía colombiana pudo esclarecer la ola de desapariciones y asesinatos que mantenían en vilo al país.

Todo empezó cuando se hallaron los restos de varios cuerpos esqueletizados, con señales de haber sido amarrados, mutilados y decapitados. Además, numerosas familias colombianas comenzaron a denunciar la desaparición masiva de sus pequeños. En total se contabilizaron más de 100 desapariciones.

La prensa de todo el mundo ayudó a propagar el estado de alarma entre la población, publicando grandes titulares como éstos: “Aparecen otros 25 niños muertos, víctimas de posibles ritos satánicos”, “Al menos 46 niños asesinados desde 1993 por supuestos ritos”, “Hallados más cadáveres con signos de tortura satánica”...

Finalmente, tras una ardua investigación por parte del Cuerpo Técnico de Investigaciones (CTI) en diversas capitales del país, se han podido esclarecer los macabros descubrimientos gracias a una serie de evidencias que han hecho sospechar a los agentes de la policía colombiana acerca de la posibilidad que el culpable se tratase de una sola persona. En los lugares del crimen se habían hallado varios tapones de unas botellas de licor barato, restos de cabellos y otra serie de objetos que ayudaron a los investigadores a trazar un perfil del asesino.

Los agentes no se conformaron con las evidencias encontradas. Por otro lado comprobaron los billetes de autobús y registros de los hoteles que coincidían con las fechas y lugares de las desapariciones. Después, en el transcurso de la investigación se elaboró una lista con 94 posibles autores de los crímenes, que se fueron eliminando poco a poco hasta reducirla en dos sospechosos.

Uno de ellos era Luis Alfredo Garavito Cubillos, de 42 años, detenido y recluido en la penitenciaría local de Villavicencio, donde estaba registrado con nombre falso desde el 22 de abril de 1999, tras ser acusado por agresión sexual violenta a un menor.

Uno de los agentes de la prisión lo desenmascaró cuando tras engañarlo llamándolo por su verdadero nombre, pues éste sin darse cuenta respondió. Entonces se pudo comprobar

que el detenido tenía una orden de captura emitida hacía tres años por los jueces de la ciudad de Tunja por el asesinato de un niño y otros delitos menores.

Al verse descubierto y acorralado por el fiscal que lo interrogó a continuación, confesó los crímenes pidiendo perdón con antelación por los hechos que iba a confesar. Tras sacar una pequeña libreta negra en la que estaban marcados la ciudad y uno, dos, tres palitos, según los niños que hubiera asesinado, confesó haber estado asesinando entre 1992 y 1999, dando todos los detalles de los crímenes, con una frialdad que asombró a los agentes de policía.

Al registrar su vivienda, fueron hallados varios objetos que concordaban con los encontrados en los lugares de los crímenes, detalle que terminó de inculparlo.

Garavito, conocido también como “Loco”, “Tribilín”, “El Cura”, “Goofy” y “Conflicto”, era un experto en disfraces. Se hacía pasar por vendedor ambulante, monje, indigente, discapacitado, representante de ONG, etc., con el fin de ganarse la confianza de la gente y entrar como conferenciante en escuelas.

Confesó que sus víctimas “preferidas” eran pobres, menores, estudiantes y campesinos. Les ofrecía dinero, comida, bebida y los llevaba a caminar hasta que estos se cansaban, entonces les atacaba en sitios despoblados. El asesino incluso coleccionaba las publicaciones en prensa sobre la desaparición y el asesinato de los niños, que fueron encontradas por los agentes en el registro de la vivienda de la compañera sentimental y de una amiga del asesino.

Vivía en Génova, departamento de Quindío. Desde muy pequeño su padre lo maltrató constantemente y su madre jamás le dio muestras de afecto, ni tampoco nadie de su familia. También recordó a los agentes que lo interrogaron, cómo dos vecinos le estuvieron violando durante varios años en su niñez, por eso se convirtió en taciturno, retraído e infeliz, con explosiones violentas que tantos problemas le traerían a lo largo de su vida. A los 16 años se va de casa para buscarse la vida por su cuenta y comienza a trabajar en distintos empleos, generalmente como vendedor.

En su soledad, comienza a beber hasta no poder prescindir del alcohol. Intenta llevar una vida normal, pero sus continuas borracheras y su mal carácter le movían a discutir y enfrentarse con sus compañeros y jefes. Cada vez se vuelve menos sociable y le resulta más difícil mantener un empleo fijo, por lo que a mediados de los 80 comienza a recorrer el país como vendedor ambulante, hecho que le permite una gran movilidad a la hora planear los futuros asesinatos. Llega a recorrer cinco veces el país, eligiendo los municipios en los cuales cometería los crímenes.

Por esa época también inventa dos Fundaciones (una para ancianos y otra para menores), y aficionándose cada vez más por los disfraces, se cambia constantemente el peinado, la barba, bigote y gafas, eligiendo siempre personajes que le facilitaban el acercamiento a los niños sin levantar sospechas: intelectual, sacerdote, mendigo...

En un momento de su vida acepta someterse a tratamiento psiquiátrico durante cinco años, cosa que no ayuda a corregir su agresividad ni sus ansias de matar, pero sí impide que lo echen del trabajo en varias ocasiones. (Era un hombre muy violento cuando se emborrachaba, pero aseguró que le encantaban los niños. De hecho, si bien golpeaba a las

dos mujeres con las cuales convivió, nunca puso la mano encima a los hijos que éstas tenían frutos de otras relaciones).

En 1992 empieza su carrera como criminal, siempre con un mismo modus operandi: primero recorría el lugar que había elegido e identificaba su objetivo: niños pobres, tanto campesinos como escolares o trabajadores. Siempre buscaba jóvenes agradables físicamente o que le recordasen a él en su infancia. Para ganarse su confianza les reconfortaba y les regalaba alguna cosa, y luego les pedía que les acompañase a dar un paseo con el fin de charlar un rato. Les hacía caminar durante mucho tiempo hasta que se cansaban y los llevaba a un paraje escondido. Luego los violaba, los ataba y los degollaba; finalmente mutilaba el cuerpo y lo abandonaba en el mismo lugar.

(El hecho de cortarles la cabeza y enterrarlas en otro lugar para dificultar la identificación, fue lo que llegó a encaminar a los agentes hacia la hipótesis falsa de una secta satánica practicante de sacrificios rituales).

Los cuerpos mutilados de las víctimas, en su mayoría menores de 8 a 16 años, fueron descubiertos en 60 poblaciones de 11 provincias del país, y se sospecha que también llegó a actuar en Ecuador.

Después de confesar los relatos de los múltiples asesinatos, Garavito añadió que él no era un monstruo, como lo denominaba la prensa y medio país, si bien los actos fueron realizados a plena consciencia, los atribuyó a un “fuerza extraña” que lleva dentro, y pidiendo perdón al país, a su madre y a Dios, se excusó diciendo que todo se debía a los malos tratos recibidos por su padre, ya fallecido, durante su infancia.

El perfil psicológico que le ha sido realizado por los psiquiatras denota que no es un genio del crimen, pero sí un personaje que no posee ningún tipo de inhibición capaz de frenar su creciente necesidad de matar. Presenta además fuertes depresiones y tendencias suicidas, además de un carácter fácilmente irritable.

El detenido ha tenido que ser emplazado en una celda de alta seguridad en la prisión de Villavicencio no sólo por una posible ejecución por parte de los demás presos sino para que el psicópata no pueda acabar con su propia vida, debido a sus tendencias suicidas.

Las declaraciones del “Monstruo de Genova” han sensibilizado a los 40 millones de Colombianos, multiplicando las demandas de pena de muerte contra el asesino de niños.

Los padres de las víctimas no han parado de llamar a las radios locales para exigir la muerte de Luis Alfredo Garavito, en un país donde la pena capital no está recogida en el Código Penal.

En un principio se habían encontrado los restos de 114 niños, pero continuaron las pesquisas para encontrar los cadáveres del resto de los menores desaparecidos, un total de 172.

Tras el juicio que se ha celebrado en diciembre de 2001, Luis Alfredo Garavito Cubillos, considerado el segundo homicida en serie más peligroso del mundo, ha sido condenado a un total de 1.853 años de cárcel convirtiéndose en la más alta sumatoria de condenas en la historia judicial de Colombia.

Las condenas ya impartidas corresponden a 138 casos en los que se encontró pruebas suficientes que culpan a Garavito, los restantes 32 casos se encuentran actualmente en instrucción.

BOGOTÁ.- La justicia condenó al mayor asesino en serie de la historia de Colombia a 1.853 años de prisión por el asesinato de 172 niños, según han informado fuentes de la Fiscalía General citadas por Radio Caracol.

La condena acumulada contra Luis Alfredo Garavito, considerado el segundo mayor homicida en serie en el mundo, es la más alta que impone la justicia colombiana, señalaron las fuentes.

Garavito está acusado de 172 asesinatos de niños en diferentes partes de Colombia antes de ser capturado hace dos años en la ciudad de Villavicencio, a 200 kilómetros al sureste de Bogotá.

El Cuerpo Técnico de la Fiscalía General de la Nación entregó el resultado de una investigación realizada por el laboratorio de genética forense, que comprobó que Garavito participó en 138 de los crímenes y efectuará la misma prueba para los asesinatos restantes.

Las víctimas de Garavito fueron niños de entre seis y 16 años, de origen modesto, a los que contactaba en calles, plazas, estaciones de autobuses y a la salida de los colegios, y ofrecía dinero antes de matarlos bajo los efectos del alcohol.

Se trata del seguimiento investigativo más importante que se ha hecho en Colombia en ese tipo de delitos. Puso a prueba la capacidad del CTI y de las fiscalías seccionales para la recolección de evidencias, análisis de pruebas técnicas y de criminalística y el trabajo interdisciplinario de la entidad.

El 24 de junio de 1998 los cuerpos de tres niños de 9, 12 y 13 años fueron hallados sin vida en la finca La Merced, en Génova (Quindío), con evidentes signos de tortura y desmembración de algunas de sus extremidades. Los menores fueron vistos por última vez cinco días antes en el parque central del municipio en compañía de un adulto, quien al parecer les ofreció dos mil pesos a cada uno para que le ayudaran a buscar una res en fincas cercanas a Génova.

Este fue el caso que dio inicio a la alarmante ola de desapariciones de niños en más de 11 departamentos del país, y por la cual se creó una Comisión Especial de Investigadores de la Fiscalía General de la Nación. La complejidad de la investigación exigió el diseño de una estrategia que puso a prueba toda la capacidad humana, técnica y científica del CTI.

En un comienzo se orientó la investigación hacia la prostitución infantil, el satanismo, el tráfico de órganos y pedofilia. Con base en un cruce de información entre el CTI de Tunja, Armenia y Pereira se logró establecer que los casos de desaparición de menores en esas ciudades guardaban similitud, ante lo que se conformó un álbum con 25 fotografías de posibles sospechosos.

Además, los investigadores conocieron la ocurrencia de hechos similares en los departamentos del Meta, Cundinamarca, Antioquia, Quindío, Caldas, Valle del Cauca, Huila, Cauca, Caquetá y Nariño, Por ello se convocó en julio de 1999 una cumbre en

Pereira con todos los fiscales y equipos científicos e investigativos comprometidos con cada uno de los casos.

En dicha reunión se logró detectar que en la mayoría de las escenas de los crímenes de niños se hallaron elementos comunes: fibras sintéticas de ataduras, bolsas plásticas, botellas y tapas de bebidas alcohólicas.

Mediante el cruce de información entre los diferentes equipos investigativos, se estableció que una de las fotografías del álbum con el nombre de Bonifacio Morera Lizcano correspondía a Luis Alfredo Garavito Cubillos, persona sobre quien pesaba una orden de captura de la Fiscalía 17 Especializada de Tunja por el homicidio de un niño de 12 años de edad.

El 22 de abril de 1999, miembros del Cuerpo Técnico de Investigación de la Fiscalía capturaron en Villavicencio a Luis Alfredo Garavito Cubillos, en momentos que intentaba agredir sexualmente a un menor. Su plena identificación se logró mediante cotejo dactiloscópico.

Gracias a las pruebas recogidas por la Fiscalía y a su propia confesión, Garavito Cubillos resultó ser el responsable no sólo de la muerte del menor de Tunja sino también del homicidio de los tres niños de Génova y de otros 172 crímenes cometidos contra menores en 11 departamentos del país, entre 1992 y 1998.

Luis Alfredo Garavito nació en Génova, Quindío, el 25 de enero de 1957. Es el mayor de siete hermanos y durante su infancia vivió la falta de afecto y el maltrato físico por parte de su padre. Según su testimonio fue víctima de abuso sexual.

A sus 44 años, fue declarado por los investigadores y jueces como un asesino en serie. Hace dos años cuando fue capturado confesó ser el autor de la muerte de 140 niños en distintas regiones del país, pero a la fecha la Fiscalía lo investiga por el homicidio de 172 niños en su paso por 59 municipios del país.

En repetidas ocasiones, Garavito Cubillos se hacía pasar por vendedor ambulante, monje, indigente, discapacitado y representante de fundaciones ficticias en favor de niños y ancianos era conocido también como “Alfredo Salazar”, “El Loco”, “Tribilín”, “Conflicto” y “El Cura”.

Las víctimas de Garavito eran niños entre los 6 y los 16 años, de bajo estrato económico. Los abordaba en los parques infantiles, canchas deportivas, terminales de buses, plazas de mercado y barrios subnormales. Según lo establecido les ofrecía dinero y los invitaba a caminar hasta cuando los menores se cansaban y eran atacados en sitios despoblados.

De acuerdo con la investigación, en esos lugares los cuerpos sin vida de los menores fueron encontrados degollados, mutilados y con señales de haber sido amarrados. En las residencias de su compañera y de una amiga en Pereira se encontraron objetos similares a los hallados en los sitios de los crímenes y publicaciones periodísticas en las cuales se reseñaba el estado de las investigaciones por desapariciones y homicidios de niños en el país.

El hallazgo de las osamentas, en su mayoría completamente deterioradas y fragmentadas, complicó las labores de identificación de las víctimas y exigió de inmediato un cotejo genético que proporcionara resultados exactos. En ocasiones, sólo se encontraban – en el lugar donde Garavito enterró a sus víctimas – un fémur, un cráneo, o huesos de distintos cuerpos humanos.

La primera tarea del recién creado Laboratorio de Genética Forense de la Fiscalía General de la Nación fue la de realizar un estudio de identificación especializada con base en muestras de sangre y restos óseos de las supuestas víctimas de Luis Alfredo Garavito. Dicho estudio se realiza cuando la identificación no se obtiene por la carta dental, el estudio de Medicina Legal, dactiloscopia o el estudio antropológico.

El Laboratorio, que inició sus labores en 1999 precisamente con el caso Garavito, asumió el reto de trabajar 62 actas de NN's, conformadas por 195 piezas óseas distintas. Hasta la fecha se han recibido 86 muestras de sangre que corresponden a 47 grupos familiares. De las 62 actas han sido analizadas 42, resultando seis exitosas. Cada estudio demora entre cuatro semanas y seis meses.

Gracias al cotejo genético se logró la identificación de las víctimas de Luis Alfredo Garavito: Juan David Marín Vélez, Jeison David Vélez, Carlos Andrés Zapata Giraldo, Jairo Andrés Marulanda, Oscar Adrián Grisales y Jonnatan Quirama Uchima. En los últimos meses han llegado para estudio restos óseos de posibles víctimas de Garavito, pero el Laboratorio no cuenta con nuevas muestras de sangre para conseguir el cotejo genético.

Aunque el ADN se encuentra en las células de cualquier tejido, 34 de esas actas no se han podido estudiar plenamente debido a las difíciles características que presentan las piezas óseas para su análisis.

Así mismo, 93 de los niños han sido identificados por el Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses, mientras que 82 cuerpos permanecen como NN's.

De los 172 casos judicializados, 138 tienen fallo condenatorio, 32 están en instrucción, uno en apelación y uno está para sentencia. Las condenas suman 1.853 años y nueve días.

Con este caso, la Fiscalía General de la Nación sentó un precedente en el campo de la investigación criminal con la individualización y condena a quien organismos judiciales internacionales consideran el segundo homicida en serie del mundo.

El Laboratorio de Genética de la Fiscalía General de la Nación estableció plenamente la identidad de Jairo Andrés Marulanda y Oscar Adrián Grisales Castaño, quienes en el momento de su desaparición tenían 12 y 14 años de edad, respectivamente y fueron víctimas de Luis Alfredo Garavito Cubillos.

Según los cotejos realizados por el Laboratorio de Genética las identidades de los dos menores se logró a través de la tipificación molecular de DNA.

Jairo Andrés Marulanda, era hijo de Almivar Marulanda, cursaba 5º de primaria en el colegio Villasanta y además vendía dulces en el terminal de transportes de Pereira. El menor, oriundo de la capital Risaraldense, desapareció el 29 de diciembre de 1997 y su

osamenta fue localizada en el barrio José Hilario López cerca al barrio Nacederos de esa ciudad.

La investigación correspondiente a este caso se encuentra en el juzgado Primero Penal del Circuito de Pereira pendiente de fallo.

Oscar Adrián Grisales Castaño, también de Pereira desapareció cuando salió de la casa de su señora madre Gabriela Castaño, el 16 de septiembre de 1997. Sus restos fueron encontrados en un lote de terreno aledaño al colegio femenino La Villa de Pereira. Por este caso el Juzgado Tercero Penal del Circuito dictó fallo condenatorio en contra de Luis Alfredo Garavito Cubillos.

El Laboratorio de Genética de la Fiscalía General de la Nación logró establecer, mediante análisis de ADN, la identidad de Jhonatan Quirama Uchima, menor de 10 años y quien fuera una de las víctimas de Luis Alfredo Garavito Cubillos.

El niño, quien vivía con su madre María Rubiela Uchima en el barrio Las Brisas de Pereira, se dedicaba a la venta de dulces en los buses y semáforos y desapareció el 27 de diciembre de 1997 en compañía del menor Jairo Andrés Marulanda (quien ya fue identificado como otra víctima de Garavito Cubillos).

De acuerdo con la investigación, los dos menores abordaron un taxi en compañía de un adulto en el sector del Terminal de Transportes de la capital risaraldense. El cadáver de Jhonatan fue hallado el 11 de noviembre de 1998 en un lote baldío aledaño al aeropuerto Matecaña de esa ciudad. En ese mismo sector se encontraron restos óseos de otros 12 cadáveres de menores de edad, presuntas víctimas de Garavito Cubillos.

Por este hecho, un fiscal de la Unidad de Vida de Pereira formuló cargos contra Luis Alfredo Garavito por los delitos de homicidio agravado y acto sexual violento.

La investigación contra Garavito comenzó en 1996, cuando las autoridades encontraron 36 cadáveres de menores de edad en tres sectores del perímetro urbano de Pereira. Garavito Cubillos se encuentra recluido en la cárcel de Villavicencio y es investigado por la muerte de por lo menos 170 niños que habrían sido sus víctimas durante su recorrido por 13 departamentos del país.

Mediante análisis de ADN, el Laboratorio de Genética de la Fiscalía General de la Nación logró establecer plenamente la identidad de Carlos Andrés Zapata Giraldo, un menor de 14 años, que vivía con su madre Luz Dary Giraldo en el barrio Nuevo México de la ciudad de Pereira.

Según las autoridades el niño Zapata Giraldo, fue una de las víctimas de Luis Alfredo Garavito Cubillos. La madre del menor había reportado su desaparición desde el 21 de enero de 1998, cuando salió de su casa y jamás volvió. Su cadáver fue hallado el 7 de noviembre de 1998 en predios aledaños al barrio José Hilario López de Pereira. Por este hecho la Fiscalía Octava Delegada ante los Juzgados Penales del Circuito formuló cargos contra Luis Alfredo Garavito, por los delitos de homicidio agravado y acto sexual violento.

Actualmente la investigación se encuentra en el despacho de un Juez Penal de Pereira para sentencia.

La investigación contra Garavito comenzó cuando entre los años 1996 a 1998 las autoridades hallaron 36 cadáveres de menores entre los 8 y los 16 años, en tres sectores del perímetro urbano de la ciudad de Pereira. Garavito Cubillos, quien se encuentra recluido en la Cárcel de Villavicencio, es investigado además por la muerte de por lo menos cien menores en su recorrido por 13 departamentos del país.

Un juez colombiano condenó a 31 años de prisión por el homicidio de seis niños a Luis Alfredo Garavito Cubillos, confeso asesino de más de 140 menores, sobre quien pesan otras sesenta condenas, informaron ayer fuentes judiciales.

La nueva sentencia fue impuesta por un juez penal de Villavicencio (capital del departamento del Meta, 200 kilómetros al sureste de Bogotá), donde el acusado cometió algunos de los asesinatos y abusos sexuales.

Cubillos, de 47 años, alias ‘La Bestia’, fue arrestado en Villavicencio en 1999 cuando se disponía a abusar de otro menor de edad y desde 1992 había matado a decenas de niños y adolescentes en otras regiones, entre ellas los departamentos del Valle del Cauca y Risaralda (suroeste).

La última condena contra el asesino en serie fue emitida por el asesinato de seis niños y adolescentes con edades entre 8 y 14 años de edad ocurridos en Villavicencio en 1997 y 1998.

El juez se abstuvo de condenar al asesino por otros siete crímenes, debido a que los restos de las víctimas no fueron identificados.

El asesino estuvo preso en una cárcel de Villavicencio hasta 2002, cuando fue llevado al penal de alta seguridad de Valledupar y más tarde a Calarcá.

Bogotá – La justicia colombiana condenó a 31 años de prisión a Luis Alfredo Garavito por la muerte de seis de los 140 niños que asesinó entre 1992 y 1999 en diferentes regiones del país sudamericano, informó una fuente oficial.

El nuevo fallo judicial fue proferido por un juez penal de Villavicencio, 230 kilómetros al sureste de Bogotá, región donde el asesino en serie cometió varios de los crímenes, indicaron a periodistas allegados al proceso.

Sobre Garavito, detenido en 1999 en esa zona del país, pesan otras 70 condenas por abusos sexuales y asesinato de menores que, según confesó, cometió desde 1992 hasta el momento en que fue capturado.

Garavito, conocido con el alias de “La Bestia”, tenía como centro de operaciones a los suroccidentales departamentos de Valle del Cauca y Risaralda, donde mató a decenas de niños, tras someterlos a vejaciones.

Los investigadores establecieron que en algunos de los casos, el homicida descuartizó a sus víctimas y luego enterró los restos humanos en fosas comunes, que las autoridades descubrieron en el marco de las investigaciones.

Garavito, quien según un dictamen médico padecía problemas mentales, fue recluido en principio en la cárcel de Villavicencio, donde permaneció hasta el año 2002, cuando fue trasladado a una prisión de Calarcá.

La mayoría de los crímenes fueron ejecutados entre 1997 y 1999 en el departamento de Meta y fueron descubiertos gracias a las denuncias de las familias de las víctimas sobre su desaparición, recordaron las fuentes.

Estos dos hombres dejaron tras de sí huellas idénticas de su saga criminal. Parecidos que desconcertaron a los investigadores que gastaron años de búsqueda hasta que los capturaron. El más grande criminal en serie de la historia de la humanidad es un colombiano, Pedro Alonso López, el ‘Monstruo de los Andes’. Asesinó a más de 300 niñas en Perú, Ecuador y Colombia.

Para los investigadores quedó claro que el asesino debía tener 40 años, entre 1,55 y 1,65 de estatura, contextura delgada, bajo estrato social y escolar, y que cojeaba de una pierna.

Lo que hoy es claro es que dicho perfil correspondía exactamente no a uno, sino a dos asesinos, uno de ellos nacido y el otro criado en el mismo lugar: Trujillo, y que juntos han dejado a lo largo de la última década más de 200 niños violados y muertos, cada uno actuando de manera independiente, al amparo de la soledad de inmensos cultivos de caña y café o cualquier paraje agreste de algún municipio andino del país.

Dicho perfil se extrajo luego de que el 8 de febrero de 1999 el asesino en serie más buscado del mundo despertase encima del cadáver de un niño que había violado y acuchillado en un cañaduzal de Palmira.

De repente, el sofocante humo y las llamas de un cultivo de caña que estaba a punto de corte le hicieron emprender la huida dejando tras de sí el cuerpo inerte del niño tirado sobre \$180.000, sus propios pantaloncillos, un cuchillo, los zapatos, una peineta y las gafas, que no alcanzaron a quemarse... Además, una huella de pie más profunda que la otra.

Pero el rostro del asesino tendría otras características: su infancia no fue la mejor, habría sufrido de maltrato o provendría de un hogar disfuncional; de origen humilde, los recursos económicos no propiciaron un nivel de escolaridad más allá del quinto grado de primaria, razón por la cual muy pronto debió trabajar para obtener ingresos que le dieron algo de independencia y le valieron para aprender de la vida en la calle y caer en los peligros que ésta encierra, incluso, ser él mismo objeto de violación.

Tampoco su vida sexual fue la mejor y aunque mantuvo relaciones maritales nunca éstas satisficieron su apetito, de allí que, muy tempranamente y con el contacto de un infante, conoció en la pedofilia la forma de calmarse. Más de la mitad de su vida violó, torturó y mató niños.

Ese era el perfil que, grosso modo, manejaban morfólogos y psiquiatras que hicieron parte de la búsqueda del homicida.

Una serie de publicaciones adelantada por la Unidad Investigativa del diario El País, en noviembre de 1998, fue decisiva para que las autoridades organizaran un grupo interinstitucional liderado por la Fiscalía, el cual tuvo su primer encuentro el 25 de ese mes en Pereira.

No era posible seguir manejando de manera aislada investigaciones sobre 76 cuerpos de niños que en aquel entonces fueron encontrados en el Valle del Cauca, Risaralda, Quindío, Caquetá y Meta, entre otros departamentos, todos con similares características: pobres, entre los 6 y los 12 años, de contextura media, tez blanca, violados, con heridas de cuchillo en múltiples partes, sus penes cercenados y sus cuerpos dejados abandonados entre yermos parajes.

En dicho encuentro se programó otro a realizarse en enero de 1999. Sin embargo, el terremoto del 25 de ese mes, que afectó al Eje Cafetero, pospuso la definitiva reunión para el 14 de julio de ese año, cuando ya el homicida había sido capturado en Villavicencio, aunque las autoridades no se daban cuenta, porque éste se había cambiado el nombre.

En verdad se trataba de Luis Alfredo Garavito, quien, con documentos falsos, se identificó como Bonifacio Morera Lizcano ante el cabo Pedro Babativa. Fue el 22 de marzo de 1999, cuando intentó violar a un menor en un des poblado de Villavicencio.

El cabo se resistió en un principio a creer que este hombre de mirada apacible, voz serena y ademanes tranquilos, fuera el mismo que el niño describió como el señor que en el centro de Villavicencio se le había acercado fingiendo comprarle una boleta de lotería para luego amenazarlo con un cuchillo y obligarlo a abordar un taxi rumbo al lugar donde intentaría violarlo.

Allí, el hombre le gritó obscenidades, lo pervirtió, lo desnudó, pero cuando estaba a punto de violarlo, otra persona que merodeaba el lugar lo alertó. Así, el niño logró escapar perdiendo por unos momentos a ‘La Bestia’ que después salió del monte y apareció ante el policía con otro semblante.

Sin embargo, hierba en su ropa, una cuerda, un cuchillo, algunos escritos bíblicos y un tarro de vaselina valieron para que el agente retuviera a Morera Lizcano.

Fue durante el encuentro de fiscales en julio del 99 cuando se descubrió que era Luis Alfredo Garavito Cubillos y no Bonifacio Morera Lizcano el hombre a quien habían capturado y que perseguían por haber asesinado a 192 niños desde el 6 de octubre de 1992, en Jamundí, hasta principios de 1999, en Villavicencio.

Su perfil patológico lo tenía como un mitómano, de manera que siempre negó todo, sentado frente a los investigadores, blandiendo debajo de la meza su zapato izquierdo más gastado, ocultando el malestar en el tobillo izquierdo donde tenía una platina, además de las quemaduras en sus brazos y espaldas en aquella quema de caña inoportuna, hasta que como en un susurro le fueron enterando de las evidencias que tenían en su contra y entonces sólo atinó a decir: “Yo les quiero pedir perdón por todo lo que hice y voy a

confesar. Sí, yo los maté y no sólo a esos, maté a otros más”. Pero las muertes habrían de seguir.

Entonces no hubo forma de explicarse fácilmente cómo el 6 de abril de 1999 el cuerpo de un niño fue hallado en un cañaduzal de Palmira dentro de un costal, amarrado de pies y manos, con signos de haber sido violado, estrangulado y su cabeza destrozada luego de su desaparición de la plaza de mercado donde trabajaba.

Mucho menos, cuando 17 niños fueron hallados muertos desde ese año hasta el presente en las mismas circunstancias, cuando ya ‘La Bestia’ estaba tras las rejas. Otro monstruo andaba suelto en los cañaduzales. Y también era cojo.

El perfil era casi idéntico, como un monstruo de dos cabezas o dos bestias siamesas unidas por un solo rostro, haciendo lo mismo casi al tiempo, aunque de distinta manera; en diferentes, pero semejantes lugares: era la contradicción, la confusión actuando tan anónimamente como podían, sólo visibilizados por las huellas de sangre y el reguero de niños tras de sí.

De Luis Alfredo Garavito se supo que era el mayor de 7 hermanos. Nacido en Génova (Quindío) el 25 de febrero de 1957, pero criado en varias fincas de Trujillo (Valle), donde muy pronto empezó a odiar a su religioso padre por el trato severo con el que lo crió.

No estudió sino hasta quinto grado de primaria, aunque leía cuanto libro caía en sus manos, especialmente la Biblia. El despotismo de su padre motivó que amigos de éste lo trataran de la misma manera e incluso abusaran sexualmente de él, cuando apenas tenía 12 años. A los 15, luego de frustrantes intentos por tener relaciones sexuales con mujeres, comenzó a sentir atracción por los niños, al punto que a los 19 años fue desheredado por su padre y expulsado del hogar, al ser sorprendido intentando violar a un niño.

Desde ese momento salió de su casa, valiéndose de su ingenio, trabajando en oficios varios, lo cual propiciaba que recorriera la calle y se dirigiera especialmente a sitios donde pudiera encontrar niños laborando, como plazas de mercado, estaciones de buses, sitios céntricos. Entonces los seducía con su buen trato y talante; en ocasiones, llegó a disfrazarse para ganar la confianza entre los infantes, a quienes conducía a apartados lugares con el engaño de darles dinero o golosinas.

Así, entre 1980 y 1992 se estima que Garavito violó a por lo menos 200 niños; posteriormente, hasta 1999, además de abusar de ellos, comenzó a herirlos buscando más placer con ello, hasta matarlos.

Pero, ¿cómo explicarse los siguientes homicidios, cuando ya ‘La Bestia’ estaba tras las rejas? Sin duda había otro sicópata suelto y con características similares: el asesino debía tener 40 años, entre 1,55 y 1,65 de estatura, contextura delgada, bajo estrato social y de escolaridad y cojeaba de una pierna. Era como volver a empezar.

Desde 1999 siguió la mortandad de niños, al menos 17, pero éstos, en lugar de ser cercenados o acuchillados, tenían la característica de que eran adormecidos con un anestésico local, Ridocaína al 2%, violados y luego estrangulados con un cordón.

Desde ese año, los investigadores avanzaron en la nueva búsqueda, entre fracasos y logros hasta que por fin, hace ocho días, el ‘Monstruo de los Cañaduzales’, el otro yo sicópata, se hizo demasiado visible.

El miércoles 16 de este mes, un niño de 12 años salió de su vivienda en el barrio El Cairo de Pradera, a comprar una paleta y no regresó. Entre el jueves y viernes siguientes la angustiada madre que había puesto la denuncia fue informada por un vendedor de helados que el día anterior había visto al menor en compañía de un hombre que recién había ingresado a la empresa. Sin dudarlo, dio aviso a las autoridades, encabezadas por la Fiscalía, las cuales efectuaron operativos de rastreo por diversas calles hasta que lo hallaron.

Como el anterior, al principio negó todo. Era como el perfil que habían reseñado, pero además se dieron cuenta de que al año de nacer, el 15 de octubre de 1961 en Trujillo (Valle), sus padres biológicos habían sido asesinados, por lo cual una familia de Palmira lo adoptó. Vivió con la pareja y con una hermanastra que también había sido recogida. Logró estudiar hasta quinto grado de primaria y de allí en adelante comenzaría a trabajar en labores de construcción. Fue precisamente en este tipo de trabajo donde tuvo un accidente que le produjo una lesión en su pierna derecha, la que le obligó a andar cojo para siempre.

El número: 226 niños habrían sido asesinados por los dos sicópatas más buscados de Colombia en un lapso de diez años de muerte.

Mientras lo indagaban, otros investigadores llegaron hasta la vivienda donde residía con una de sus ex mujeres. Allí hallaron un maletín en cuyo interior había un cordón largo, similar al que utilizaba para amarrar y estrangular a sus víctimas; también, revistas de anatomía, interiores de talla infantil, fotografías de niños, llaveros, recortes de prensa y relojes, entre los cuales estaba el del último niño asesinado.

Con tales evidencias ya no pudo seguir negando. Manuel Octavio Bermúdez Estrada aceptó, inicialmente, su último crimen, cometido en el sector de Tableros, vía Palmira-Pradera; después confesó haber asesinado a siete más.

Luego, la sorpresa: el ‘Monstruo de los Cañaduzales’ confesó haber violado y matado a 17 menores más, desde 1994, en otros sitios distintos del Valle que, incluso, abarcaban a Pereira y Manizales.

Hasta entonces Bermúdez Estrada había sido un ser anónimo, que había trabajado como albañil, lavador de carros, cocinero y vendedor de paletas. Era un trashumante, padre de 12 hijos en distintas mujeres y diferentes ciudades, un diminuto hombre de apariencia inofensivo pero con una capacidad de engañar al más astuto detective, y que ahora se erguía como el segundo homicida en serie más buscado de Colombia.

O, mejor, el tercero, porque del primero no muchos recuerdan que se llama Pedro Alonso López, alias ‘El Monstruo de los Andes’, que también es colombiano y que mató a 309 niñas en Perú, Ecuador y Colombia... y que en Bogotá lo dejaron libre en 1998... Un sicópata que anda suelto.

Al caer la tarde su celda recibe la sombra de la garita principal, su cautiverio está tan cerca de los guardianes como de la calle, a diez pasos largos para ser exactos. Luis Alfredo Garavito puede ver todos los días quién entra y quién sale del penal; se entretiene observando cómo se abren y se cierran las puertas de color azul claro. Ahí estaba yo, frente a los guardias de la cárcel judicial del Distrito de Villavicencio, dejando el celular y mi cédula, para visitarlo de sorpresa. De haberle avisado que vendría a verlo, no estaría yo relatando este encuentro: odia a los periodistas pues él afirma que lo han tratado sin consideración, razón para evitar al máximo este tipo de visitas pero él es caprichoso y selectivo, “de pronto recibe a uno que otro”, me dijo el director de la cárcel.

Su única ventana no tiene barrotes y la puerta de su cautiverio, menos. En realidad, su celda es una pequeña y antigua bodega de granos, adaptada especialmente para él, lejos de los pabellones, en la zona administrativa del penal y justo al lado de un teléfono público. La puerta verde, de metal delgado siempre permanece cerrada por fuera con un sencillo candado. Desde allí me vio, al correr sutilmente la cortina para que yo no lo notara, pero no hacía falta, nunca me lo hubiese imaginado recluido ahí.

Quizás los únicos conscientes de la peligrosidad de “la Bestia”, escondida en su piel de cordero, sean quienes lo investigaron, unos cuantos funcionarios judiciales que si se han leído los 500 folios de su confesión y yo. Por eso no lo imaginaba en aquel cuartito, con mínimas medidas de seguridad.

En todas las cárceles de Sudamérica existe un lugar para los presos poco conflictivos, aquellos que buscan alejarse de la ley del hampa de los caciques en el interior de los pabellones. Algunos presos ‘distinguidos’ o con recursos económicos pagan por ser llevados allí, otros se ganan el traslado al lugar por buena conducta, y hombres como Luis Alfredo Garavito porque literalmente lo picarían en pedazos al dar el primer paso en los patios de la cárcel.

Sin embargo, “la Bestia” tiene una característica adicional, poco y nada coincidente con su alias; “es un reo de disciplina intachable”, asegura el coronel (r) Filiberto Salcedo. Por ello es tratado con alguna consideración, Cuando él pide permiso para caminar, un guardia está autorizado para abrir el candado y acompañarlo. En compañía del sargento, los fines de semana, Garavito se pasea frente a la oficina del director de la cárcel o con el guardia Bejarano los días hábiles. Ellos son los encargados de servirle a diario la comida y tienen la responsabilidad de evitar que Garavito sea envenenado.

-¿Coronel no considera usted inseguro sacarlo a pasear por donde transita tanta gente?

“No, desde que no haya por ahí ningún niño no le veo inconveniente, lo sacamos al sol y él no pone problema por nada”, me aseguró confiado el director, mientras conversábamos sentados en su oficina.

Es asombroso como Garavito se ha ganado poco a poco la confianza de quienes lo rodean, igual como lo hacía con cada una de sus víctimas. Tanta cordialidad y buen comportamiento es un peligro latente. Yo no lo dejaría acercarse a un ser humano con vida -pensaba-.

Y de ello me convencí al hablar con él ese día, pues en algún momento me dijo: Yo no he confesado muchos crímenes que hice, porque no me han dado las garantías, yo he

matado y mandado matar a mucha gente, cuando tenía el bar El Dino en Cartago; esos finados no eran ningunos niños.

Es decir, según esta confesión extrajudicial Garavito mismo ha matado y mandado matar a adultos que no le caían bien, y puede volverlo a hacer en la misma cárcel o en un plan de fuga. Después de comunicarle mi interés en hablar con él, siendo, además, su única visita de aquel sábado, el coronel me contó, camino a su celda, que Garavito había pedido traslado para la cárcel de Armenia y le fue negado:

“Aunque él se porte bien, no deja de ser un riesgo tenerlo aquí, la incompreensión de los otros internos da para que lo maten.” Mientras caminábamos hacia la puerta del penal, el director de la cárcel me decía que desde cuando aquél está preso, las únicas personas en visitarlo son algunos evangélicos.

Eran las 9 de la mañana cuando llegamos al remedo de celda. El coronel, con voz fuerte, lo llamó:

-¡Garavito, aquí está el periodista que vino a verlo; sargento, abra el candado!

Apartó la cortina tímidamente y apareció detrás del marco de la ventana, alguna vez con vidrios, hoy sellada, a manera de reja. Al tenerlo frente a frente me impactó su aspecto, es otra persona; el Luis Alfredo Garavito que Colombia y el mundo conocieron tenía bigote y un tono de piel trigueño. Hoy usa unas lentes con marco de pasta roja, iguales a los que alguna vez dejó en la escena de un crimen, su piel tomó su color natural, tez blanca y sus ojos se veían más verdes de lo que yo imaginaba. Rápidamente le estiré la mano y lo saludé:

-Buenos, días Alfredo.

El saludo era muy importante, por cuanto odia que lo llamen Luis Alfredo, porque así lo llamaba su padre.

-Cómo le va periodista, ¿qué lo trae por acá?,- me preguntó

-Quiero que conversemos un rato y nos tomemos un café.

-Bien, entre “murmuró”.

Trataba de no pensar en lo que sabía sobre él, para lograr una percepción real del otro Garavito, el hombre en extremo amable y servicial. Mientras él preparaba el tinto instantáneo, servía el agua de un botellón, le ponía las cucharadas de café y éste se diluía, yo pensaba: “En la confesión se le escuchó decir que torturaba, violaba y asesinaba los niños porque sentía un inmenso placer al hacerlo, sin embargo jamás admitió que sólo alcanzaba la erección y el orgasmo si golpeaba hasta la muerte a sus víctimas, en medio del coito contra natura. Esto hace parte de su intimidad, según él. Quizá jamás lo reconozca, pero la verdad es simple y espeluznante; satisfacer su sed de sexo y sangre era la razón de fondo de su proceder. Culpar al resto del mundo es su gran justificación y adjudicar sus actos a una fuerza del mal que lo domina es buscar en lo espiritual una explicación a un comportamiento terrenal, con el único fin de evadir su responsabilidad ante una sociedad profundamente cristiana.

No ha de olvidarse que su mayor habilidad, aparte de matar, es mentir, manipular y su odio se manifiesta aniquilando a quien lo humille o lo ofenda”.

Después de una breve charla de presentación, me preguntó:

-Ahora si dígame, de verdad, ¿para qué vino a verme?

-Yo soy escritor, y la muerte de los 192 niños que usted asesinó, me impresionó mucho. Quería conocerlo para decidir si escribo un libro sobre el tema. Para mí es claro que no se puede escribir sobre usted sin conocerlo.

-No sólo sin conocerme, sin que yo explique qué fue lo que sucedió- repuso.

Fue ahí cuando quiso desvirtuar la confesión consignada en 500 folios. Sin embargo, para mí era la principal fuente, su historia contada en primera persona esencia para escribir este libro. Su voz, sus gestos, su mirada, su razonamiento me eran también valiosos, como los 4500 folios que había leído con mis dos asistentes de investigación, o las decenas de entrevistas a fiscales y testigos.

La excelencia del periodismo es entrevistar a la persona y descubrir su esencia como ser humano. A pesar del malestar que me causaba estar frente al asesino de niños más grande de América Latina o del universo, me contuve y lo entrevisté.

Yo solo frente a ‘la Bestia’ asesina.

Poco a poco me fue insinuando el pago de unos veinte mil dólares si yo deseaba grabarle una entrevista, o por lo menos cuarenta millones de pesos. A cada instante citaba publicaciones o canales de televisión que han divulgado el caso y reclamaba:

Cuentan mi historia, y yo, qué? Si usted y yo llegamos a algún acuerdo, yo tengo una persona afuera a la cual usted le puede consignar el dinero.

En ese momento decidí que no se le debía dar un solo peso a Garavito; además, me iba encargar de advertir que quien lo haga, quien le dé cualquier dinero por su historia, le estará colocando un revolver en la cabeza a los fiscales e investigadores de Armenia y Pereira, a quienes hoy él odia profundamente. Garavito con dinero y mínimas medidas de seguridad es un peligro mayor. Gigantesco para esta sociedad tan pasiva e insolidaria.

Para justificar aún más mi presencia allí, le dije que comentaría su deseo en la editorial. En ese momento se inclinó y sacó de debajo de la cama una piedra con algunos bordes puntiagudos, la acercó a mi rostro, me miró y me dijo:

Esta piedra la tengo aquí para todos aquellos que me humillen o me traten mal, como lo hizo Jesucristo cuando apedreaban a Martha, les diré a mis detractores: aquí está la piedra, quien esté libre de pecado que tire la primera piedra.

Sentí pavor y aunque logré no evidenciarlo, de mi mente no se apartó la imagen del hombre astuto y en extremo precavido que tenía al frente, el mismo que escogió a sus víctimas de manera cuidadosa, actuando con premeditación, hasta cuando fue detenido.

Nunca se relacionó con el mundo del hampa y es más inteligente que la mayoría de los criminales. De ahí la dificultad para capturarlo.

Para perseguir a delincuentes como él, en Norteamérica y también en Europa y, Rusia, se han conformado equipos de investigadores especializados, un grupo de expertos en psicología criminal que buscan los patrones de comportamiento del psicópata, para descubrir la construcción de su ruta asesina.

Un grupo como éste no existía antes de Garavito, ni existe aún en Colombia, a pesar de saber que entre nosotros puede estar gestándose un asesino igual o peor. Desde principios de siglo existen agentes especializados en capturar asesinos en serie, quizá la primera fuerza especial nació a partir del gran fracaso de la Scotland Yard, al no poder capturar al más famoso de todos los asesinos: Jack, el Destripador.

Además de asesino en serie, Luis Alfredo Garavito se camufló como panadero, vendedor ambulante, empleado de supermercado, tuvo heladería, fue falso monje misionero, enfermo lisiado, administrador de restaurantes y bares, adivinador y limosnero. Pero en lo único que ha sido constante y exitoso, dentro de su distorsionado pensamiento, es en sus facetas de violador, torturador y asesino en serie. Sólo dos de sus víctimas lograron escapar con vida.

Únicamente pudo ser profesional en algo infame, pero lo fue, hasta el punto de hacerlo durante 19 años sin fracasar, como le sucedió en todas sus demás empresas. Dentro de la cultura occidental, individualista por naturaleza, en la que para alcanzar el éxito en cualquier actividad se vale casi todo y se es premiado con la fama, Garavito había alcanzado poco a poco un lugar, maldito, pero un lugar. Llegó a ser una estrella fatal en los medios de comunicación masivos.

Gran parte de sus crímenes fueron registrados y, en medio de su gran cúmulo de frustraciones, él se sentía importante cada vez que veía cómo sus actos eran registrados en primera página.

Su obsesión por recibir reconocimiento lo llevó a convertir en fetiche cada artículo de prensa que sobre él o sus actos se publicó. Los guardó durante años como trofeos.

El interior de su celda permanece muy ordenado y limpio; las cuatro paredes están forradas con cuartillas en blanco sobre las cuales ha escrito innumerables frases extraídas de la Biblia, o sólo nombres de personajes mundiales, desde Pinochet hasta la madre Teresa de Calcuta, pasando por Diana de Gales. Dice admirarlos y por eso estampó sus nombres allí.

En ese momento le pregunté por contactos con Graciela Zabaleta, su ex mujer, pues me enteré de su viaje a la costa. De inmediato, Luis Alfredo Garavito empezó a llorar y me dijo: Ellos son los seres que yo más quiero en el mundo, yo sé que ya no me quieren ver, pero me gustaría poder verme con ellos y pedirles perdón. Minutos más tarde, después de secarse las lágrimas, me preguntó cínicamente:

-¿Qué piensa usted de la forma en que yo lloré, lo conmovió?

Evadí la respuesta y solo le comenté que todos los seres humanos tenemos nuestras formas de expresar los sentimientos. Pero me quedó clara su recurso magistral de impresionarme con sus lágrimas de cocodrilo.

Su ruta asesina comenzó el 4 de octubre de 1992 y terminó el 21 de abril de 1999. Cuando lo capturó un sencillo pero responsable Cabo de la Policía sin saber que era el mayor asesino de niños del continente. Durante esos años violó, torturó y decapitó 192 niños de extracción social humilde. Pero para llegar a matar de esa manera, ya había hecho mucho daño, y se le podría catalogar en sus inicios como un cruel violador en masa.

Luis Alfredo Garavito Cubillos, alias “el Mendigo”, “el Monje”, “el Cura”, “el Loco”, “Tribilín”, “Conflicto”, “Alfredo Salazar” o “Bonifacio Morera Lizcano”, violó y torturó entre 1980 y 1992 un total de 200 niños. Entre octubre de 1992 y enero de 1997, cuando se le libró la primera orden de arresto, acabó con la inocente vida de 100 menores, y entre el 13 de enero de 1997 y el 21 de abril de 1999 logró matar a otros 92 pequeños, todos hombres, de tez blanca, la gran mayoría con edades entre los 8 y los 14 años, por lo general menores, niños trabajadores bien parecidos.

Es egocéntrico, ordenado en extremo, pulcro y vanidoso, al punto de que dos días después de comenzar la indagatoria pidió el periódico y sorprendió a todos con una inesperada frase. Cuenta César Arenas, investigador del CTI, que al mostrarle la primera página del periódico evidenció su molestia. El funcionario consideró esa actitud producto del titular: “Bestia asesina 192 niños” pero no, Garavito se perturbó por algo muy distinto: “ah salí muy despeinado en esa foto”, dijo con cinismo al ver el diario.

En la misma silla donde yo estaba sentado, la fiscal Ofelia Corzo realizó las dos últimas ampliaciones de indagatoria. Al llegar a la celda advirtió al guardián que el vidrio de la ventana de Garavito se había roto, pero no se le ocurrió pedir requisas del lugar del cautiverio, previendo esconder allí un arma cortopunzante.

En la mitad de la indagación Garavito recogió un pedazo de vidrio que se encontraba debajo de la mesa y apuntándose al cuello, mirando fijamente a la fiscal dijo: “Este vidrio está bueno para ” Luego lo desplazó a pocos centímetros de su cuello. Confiesa la doctora Corzo haber sentido en ese instante pánico, supongo igual al que padecía yo cuando me puso la piedra en la nariz.

Comenta ella haberle dicho: “Señor Garavito, si lo va a hacer, no creo que se le ocurra aquí, usted es una persona muy pulcra y no va a dejar su reguero de sangre; si insiste hágalo en el baño, allí sí no ensucia nada”. Después de 22 días de confesiones, la fiscal sabía como tratarlo.

Luis Alfredo Garavito es uno de esos casos extraños en el universo de los psychokillers o asesinos en serie. Es psicópata, psicótico, y estuvo a un paso de convertirse en un spree killer, o asesino que mata a varias personas en sitios distintos en un lapso breve de tiempo.

Como el mejor de los psicópatas, planeó de manera minuciosa su estrategia asesina, estudió fríamente a sus víctimas y las despojó de sus características humanas; “cosificaba” los menores, convertía a cada niño en una cosa con la cual satisfacer sus deseos de sexo, venganza y sangre, por encima de cualquier consideración moral o social.

De manera extraña, y a diferencia de los psicópatas clásicos, él sí sufría remordimientos y profundas crisis por cada asesinato cometido, convirtiéndose, también, en un psicótico: se emborrachaba y entraba en graves estados de paranoia y esquizofrenia, su visión de la realidad se distorsionaba y se veía impulsado a matar a sus víctimas en medio de sus alucinaciones. Horas más tarde retornaba a la lucidez, para ser invadido por el remordimiento.

Fuera de la indagatoria y de manera informal, Garavito también confesó su deseo de convertirse en un asesino en masa, similar a los niños pistoleros que han masacrado a sus compañeros en las escuelas estadounidenses, o igual a aquel excombatiente de Vietnam que nunca olvidara Colombia: Campo Elías Delgado, quien disparó en contra de su madre, la incineró, asesinó varias personas en su edificio y después masacró en el restaurante italiano Pozzetto de la carrera séptima con calle 61 de Bogotá a 20 comensales, no sin antes tomarse varios ‘destornilladores’ (vodka con zumo de naranja) y comer su pasta preferida acompañada de dos botellas de vino tinto.

Garavito en su confesión afirmó: Llegó un momento en el que me aburrí de asesinar niños, por lo fácil que era seducirlos y llevarlos hasta un lugar boscoso donde los mataba. Me estaba preparando para hacerlo con adultos yo quería secuestrar a un montón de personas para matarlas ante los periodistas, así me mataran a mí después

Este era el final que Luis Alfredo Garavito quería darle a su vida, lo estaba planeando y ya comenzaba a desearlo de manera obsesiva en lo más profundo de su compleja mente.

Al conocer el macabro show que quiso montar para cerrar su carrera asesina, se despierta aún más el deseo de escudriñar, ir al principio, preguntarse dónde comenzó todo, conocer la verdad sobre su infancia y saber por qué y cómo se fue formando “la Bestia”.

El 13 de diciembre de 1999 fue dictada la primera y única condena proferida a Luis Alfredo Garavito Cubillos. El Juez quinto penal del circuito de Tunja lo sentenció a 52 años de cárcel por el delito de homicidio agravado contra el niño Ronald Delgado y acceso carnal violento en el grado de tentativa por el caso, motivo de su captura. La máxima pena establecida por el código penal colombiano es de 60 años. Garavito de manera astuta, al verse acorralado confesó sus delitos y se aseguró que quedara consignada en la indagatoria su petición de sentencia anticipada, la cual se tradujo en la primera pena mencionada.

Así los familiares de las demás víctimas quisieran verlo pagar los 60 años completos, o mejor, la sumatoria de los otros 191 asesinatos, que alcanzaría para unos 1.152 años, eso no es posible. En Colombia la ley no permite acumular penas y a un sindicado sólo se le puede aplicar la máxima sanción establecida en el código penal. Para el mismo crimen. Sin importar la gravedad de los crímenes el delincuente puede conservar los beneficios. En otras palabras, en Colombia es lo mismo matar 1 ó 192 niños indefensos.

El psicópata más peligroso en la historia de Hispanoamérica ya goza de la primera rebaja de pena, y lo increíble pero cierto consiste en que la condena puede reducirse aún más si Garavito estudia, trabaja, enseña o escribe un libro tras las rejas. Si esto sucede, la ley actual obligaría al juez a concederle la libertad condicional dentro de 25 a 30 años, beneficiándolo con una rebaja de la mitad de la pena o más. Para ser exactos, “la Bestia” podría salir de la cárcel a los 68 ó 70 años de edad.

Por esta razón, el hoy supuestamente arrepentido Luis Alfredo Garavito Cubillos tiene la intención de abandonar la prisión más pronto de lo que muchos quisieran. En la apelación a su condena le envió una carta de su puño y letra a Francisco Díaz Torres, juez quinto penal del circuito de Tunja. Allí, el asesino que nunca tuvo clemencia con los niños, hoy implora un trato humanitario y revela su serio interés de salir muy pronto de la cárcel del distrito en Villavicencio, donde continúa recluso.

(Sic) Señor juez quinto Penal del Circuito De Tunja:

Yo Luis Alfredo Garavito Cubillos Con Cedula numero 6511635 de Trujillo Valle. Sustento ante ustedes el recurso de apelación contra la condena que se me notificó el día miércoles 12 de enero del presente año, para que principalmente se me tenga en cuenta la reducción de pena por confesión que ayudó a su despacho a aclarar el caso.

Hay que tener en cuenta que por muchos factores el promedio de vida en el momento actual es de 70 años; tengo 43, más 52 años de condena serían 95 años que sería una cadena perpetua; según tengo entendido en nuestro país no hay cadena perpetua; eso es lo que más he pedido, un trato humanitario y formas de rehabilitarme, de poder ser alguien en la vida ya que la vida y las personas y desde el vientre de mi madre siempre se manejaron muchas cosas, si a mí se me hubiera brindado afecto, cariño, orientación desde niño y más adelante cuando fui adulto; si no hubiera sido por los traumas de mi infancia y muchos hechos dolorosos que siempre me rodearon, había podido realizarme como un ser Humano, como lo que mandó Dios, dejarás a tu padre y a tu madre y formarás tu propio hogar y tendrás tus propios hijos, eso fue lo que siempre anhelé, tener una esposa unos hijos y ser alguien en la vida, sirviéndole a la familia, a la sociedad y al estado, sin causarle daño a nadie.

Siempre desde niño tuve muchas frustraciones, todo me salía mal, yo fui un hombre bueno, sufría y me daba mucho dolor cuando los demás sufrían. Había algo que me acontecía, no sé, que repasaba era algo extraño que me obligaba a ser esto y embriagarme y cuando volvía a mi estado normal yo sufría terriblemente porque yo a nadie le podía contar qué era lo que me pasaba, que era algo extraño y terrible; mas nunca me metí con los hijos de mis amigos y de la gente que era buena conmigo, yo los respetaba, antes los aconsejaba al bien, los veía como si fueran mis propios hijos, mas la señora que compartió el techo conmigo al hijo de ella yo lo quería como si fuese un hijo mío, nunca lo irrespeté ni con mi pensamiento, yo no veía la forma de yo salirme de esto tan terrible, es algo que yo no sé explicar, mas nunca pensé hacerle daño a Ronald Delgado Quintero; lamentablemente se apareció cuando yo estaba bajo ese estado; y a las circunstancias como lo maté me vengo a enterar cómo fue que quedó el cuerpo y pasa, seis meses después, estando en Pasto donde decía en la revista Vea, donde decía una cantidad de calificativos y también que me daba de cuarenta a secenta años de prisión, yo pensaba que si me entregaba a mí me mataban, entonces ahí fue donde decidí cambiarme de nombre y estar en la clandestinidad, a mí me faltaron fue oportunidades, falta de orientación y haberme encaminado por la senda del bien. Personalmente pienso como decía el apóstol San Paulo en Romanos, capítulo 7, versículo 15, porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Aparezco como un ser diabólico, despiadado y malvado pero eso no es así, soy un ser humano que sufrí terriblemente y sigo sufriendo y que muchos factores fueron los que me abocaron a tan terrible situación y que hay que entrar a analizar.

Hoy bajo otros parámetros que me encuentro sé el daño tan terrible que hice sin querer hacerlo, mas no con esto que estoy diciendo estoy pidiendo la libertad, sino una rebaja en la pena y unas condiciones humanas, que yo la pueda pagar y no por el contrario me acaben de destruir y de hundir más.

De la atención que preste a ésta le quedo altamente agradecido.

Luis Alfredo Garavito Cubillos. (sic)

En pocas páginas comienzan a sobresalir los rasgos más profundos del desequilibrio mental, el poder manipulador y la doble personalidad de Garavito.

Después de leer su carta de apelación, quien no conociera a “la Bestia” y lo que hizo con cada una de sus 192 víctimas, podría pensar en atender sus reclamos y otorgarle algún beneficio tras las rejas, admitiendo que quien sufre una violación se convierte fácilmente en un violador o un pederasta. Y que el maltrato sufrido cuando era niño es la razón de su accionar violento cuando llegó a ser un adulto.

Pero Luis Palacios en su libro *Pyscokillers, Anatomía de un asesino en serie*, despeja con una reflexión de fondo las dudas que despiertan los psicópatas al mostrarse como corderos arrepentidos:

“El error en el que está cayendo Occidente es creer demasiado en sus propias mentiras. ¡El hombre es bueno por naturaleza! De la herencia de tantos y tan grandes pensadores sólo se ha escogido a Rousseau, gran hipócrita ganador en la batalla perdida de la ilustración, sin prestar atención al sabio relativismo de Voltaire o las oscuras advertencias del Marqués de Sade.

Todo pensamiento que rige hoy las democracias occidentales parte del ideal de que el hombre llega a la vida puro y en blanco, y que es sólo el condicionamiento exterior el que lo convierte en un futuro asesino.

Científicos e investigadores se hallan cada vez más cerca de demostrar precisamente lo contrario. La violencia, la agresividad sexual, el instinto asesino, como muchas otras cosas, forman parte de nuestro acervo genético. La sociedad fue creada no porque el hombre sea bueno por naturaleza, sino por todo lo contrario, la sociedad es la única manera de controlar al criminal. Pues ambos, criminal y víctima, son el mismo: nosotros”.

Desde el 28 de octubre de 1999, día en el que fue presionado para que confesara, Luis Alfredo Garavito se ha mostrado como producto de su terrible infancia y ha manifestado su profundo arrepentimiento, pero sólo después de verse cercado por investigadores y fiscales. Por esto es considerado clínicamente un mentiroso patológico, que desconoce en su accionar el significado moral o social de términos como el bien y el mal.

El de Garavito no es un caso como el del asesino psicótico y fetichista norteamericano Charles Heirens, quien comenzó robando los interiores de las mujeres que atracaba y terminó matándolas a cuchilladas. Cuando fue consciente de encontrarse por momentos fuera de sí, asesinando personas inocentes, dejó un mensaje escrito con el lápiz labial de su víctima: “Por amor de Dios, deténganme antes de que vuelva a matar. No puedo controlarme”

Mi conversación con Luis Alfredo Garavito terminó después de hablar ocho horas sin parar. Eran las cuatro de la tarde cuando me despedí y con la amabilidad que lo caracteriza cuando esconde “la Bestia” que lleva por dentro, se despidió y me invitó a convertirme en su amigo y regresar a la cárcel para conversar. Le dije que volvería, convencido en mi interior de no hacerlo nunca jamás.

Entonces, me acerqué a la ventana y grité: ¡sargento! Nadie aparecía, estaba a merced de Garavito; entonces llamé con mayor fortaleza. En ese momento me insistió en dejarle mi pequeña cámara fotográfica herramienta vital de mi trabajo más bien le susurré tomarnos una foto juntos para registrar este encuentro. Sin dilación exclamó: ¡Cómo se le ocurre, hay que hablar primero de dinero!

No insistí. Entonces grité más fuerte: ¡guardias! Aquellos instantes parecieron eternos, mientras Garavito me insistía en dejarle la cámara. Su rostro denunciaba alguna molestia y nada que llegaba el sargento. Sólo pude descansar cuando el guardia abrió el candado. Pocas veces en mi vida de periodista he sentido tanto miedo. En el pasado he entrevistado guerrilleros, delincuentes, paramilitares con el temor normal, pero convencido de la existencia de una ética de bandido, que se respeta. Pero Luis Alfredo Garavito se sale de las normas humanas y en cualquier momento podría disgustarse conmigo y terminar matándome con sus manos.

Al despedirme de él y abandonar la celda caminé hasta la puerta, salí de la cárcel y no sé por qué recordé a una de sus niños víctimas, Ronald Delgado Quintero. Tal vez porque en su muerte, como en la de 191 niños más, jamás se sabrá con exactitud qué hacía Garavito con sus víctimas en la escena del crimen. Lo conocido, viene del resultado de los análisis forenses de los cuerpos, más que por testimonio del asesino.

Cuando quise profundizar sobre el verdadero porqué y el para qué de sus asesinatos, Garavito me habló a medias, pero por fortuna de las manos inmisericordes de “la Bestia” lograron escapar dos niños, John Iván Sabogal, de 12 años de edad, quien se salvó sin recibir un rasguño del asesino y dio origen a su captura, y Brand Ferney Bernal Álvarez, de 16.

Su testimonio es el más escalofriante que se haya relatado sobre el ritual asesino de Luis Alfredo Garavito Cubillos. Brand Ferney logró desamarrar las cabuyas que lo ataban de pies y manos, después de ser accedido carnalmente, golpeado sin descanso y apuñalado siete veces. Él aún no se explica de dónde sacó fuerzas para correr, salvar su vida y poder volver a su trabajo, su única pasión en aquellos años: Entrenar a un recurrente personaje de la literatura latinoamericana de los años 60, el gallo de pelea.

RICHARD RAMÍREZ



“Todos los asesinos en serie hacen cosas horribles, pero Ramírez es diferente a cualquier asesino en serie. No lo podría clasificar dentro de los demás casos clásicos.”

De esta manera no menos que inquietante definirían algunos psicólogos el perfil del “Night Stalker”, el “merodeador nocturno” que había aterrado la ciudad de Los Ángeles entre 1984 y 1985, asesinando un total de 14 personas.

Su vida delictiva empieza cuando tan sólo tenía nueve años. Cómo la gran mayoría de los asesinos en serie, fue un adolescente muy problemático, empezando a robar y posteriormente a consumir drogas. De Texas, su país natal, se va a los Ángeles en dónde empezaría su etapa en tanto que criminal.

Tanto los médicos como los agentes del FBI encargados de perseguir y estudiar su persona, coinciden al afirmar que una de las cosas que lo diferencia de los demás asesinos, es que los crímenes de Richard Ramírez no siguen ninguna pauta concreta. Él no seleccionaba a sus víctimas, no le importaban ni el sexo ni la edad de éstas. Mató indistintamente a hombres y mujeres de edades comprendidas entre los dieciséis y los ochenta y cuatro años en tan sólo unos pocos meses.

Tampoco lo caracteriza su forma de asesinar. Unas veces disparaba sobre sus víctimas, otras las apuñalaba, y en algún caso ha llegado a golpear con un bate de beisbol hasta causarles la muerte.

Por otro lado, su manera de actuar reflejaba un cierto desorden mental. Tanto se podía comportar como un asesino organizado planeando el crimen de forma consciente y sin dejar ningún indicio que pudiese identificarle, como lo hacía de forma desorganizada: sin motivos, inconscientemente, guiándose por sus impulsos y creyéndose protegido por su dios, Satán. Entonces, no le importaba dejarse el arma en el lugar del crimen o pararse después de haber cometido el asesinato para pintar símbolos satánicos en las paredes. En algunas ocasiones robaba algo de dinero en la casa de la víctima o bien se paraba tranquilamente a comer lo que ésta guardaba en su frigorífico.

Según las propias declaraciones del asesino, su juego favorito al salir de “caza”, era buscar a la presa. Lo hacía paseándose entre las casas del vecindario, escuchando en un

walkman música de AC/DC. Una vez que elegía a la futura víctima, entraba en la casa tranquilamente y con una frialdad inhumana procedía a violar, golpear y matar.

Sus crímenes no siguen ningún móvil aparente. Son totalmente imprevisibles, puesto que el asesino no sigue ni el mismo ritmo ni el mismo patrón en su manera de actuar. Una cosa que sí se podría resaltar, es que al principio, Ramírez solía golpear y violar a sus víctimas, dejando incluso a veces que se fuesen con vida. Pero a medida que pasa el tiempo, se va haciendo más y más cruel hasta el punto que incluso remata sus crímenes mutilando los cuerpos, como en una ocasión, que no estando satisfecho de haber violado una joven, le saca los ojos con una cuchara antes de apuñalarla y los envía al lugar del crimen el día siguiente. Cuando comenta la anécdota en el juicio, declara sin dejar de sonreír: “Sí, ella aún estaba viva mientras se los arrancaba...”

Aunque siempre confió en que el poder de Satán lo protegía y que nada podría detenerlo jamás, lo cierto es, que en Agosto de 1985 es detenido por la Policía de Los Ángeles.

El hecho de que Ramírez no siempre acabase con las vidas de sus víctimas hizo posible que algunas de entre ellas fuesen capaces de describir al asesino. Inmediatamente las fuerzas de seguridad de todo el país se encargaron de publicar un retrato robot en todos los medios de comunicación, hasta que el 25 de Agosto, mientras caminaba por la calle, una mujer lo reconoce y da la alarma gritando: “Este es el asesino”.

El Night Stalker trata entonces de huir perseguido por un grupo de gente que furiosamente aclamaba: “¡Matadlo!”, pero es finalmente capturado mientras intentaba robar un vehículo.

Por suerte para Ramírez, una patrulla de la Policía interviene antes de ser linchado por la multitud.

El día del juicio, el 4 de Octubre de 1989, se muestra más provocador que nunca, apareciendo con un pentagrama tatuado en la palma de la mano y haciendo declaraciones como las siguientes:

“...Yo no creo ni en la hipocresía ni en los dogmas morales de la llamada sociedad civilizada. Sólo me basta con mirar dentro de esta habitación, para conoceros tal y cómo sois: mentirosos, cobardes, asesinos, ladrones... y cada uno con su propia profesión legal. Sois unos gusanos hipócritas, me ponéis enfermo...”

“...No necesito oír todas las raciocinios de vuestra sociedad. Ya los he oído antes y los argumentos siempre son los mismos...”

“... No me entendéis. Tal y cómo suponía, no sois capaces de hacerlo. Yo estoy más allá de vuestra experiencia. Estoy más allá del bien y del mal...”

Finalmente es acusado de 14 asesinatos, 5 intentos de asesinato, 9 violaciones (entre las cuales 3 han sido a menores), 2 secuestros, 4 actos de sodomia, 2 felaciones forzadas, 5 robos y 14 allanamientos de morada.

En 1989 es condenado a pena de muerte en la cámara de gas. Desde la celda, espera el día de su ejecución sin perder la fe en el poder de Satanás:

“... ¡Legiones de la noche!, ¡Razas de la noche!, no repitáis los errores del Night Stalker y no concedáis clemencia alguna... Yo seré vengado. Lucifer está con nosotros...”

Richard Ramirez, «The Night Stalker»

Última actualización: 16 de marzo de 2015

Algunos psicólogos calificaron a Ramirez como un asesino fuera del grupo de los asesinos. El “merodeador nocturno” mató a 14 personas en Los Angeles entre 1984 y 1985.

Como la mayoría de los asesinos en serie, Ramirez fue en su adolescencia un chico problemático: a los 9 años ya comenzó a robar y más tarde a consumir drogas en Texas, su estado natal.

Una vez en Los Angeles, comienza su carrera como asesino, sin unas pautas concretas lo cual hacía más difícil su detención: mataba a personas dándole igual sexo, raza, edad o condición. Las armas utilizadas iban desde un bate de béisbol a un puñal, pasando por varios tipos de pistolas.

Su modus operandi también oscilaba, ya que podía asesinar de una manera organizada sin dejar pista o matar sin ningún cuidado creyéndose amparado por su dios Satan, dibujando signos satánicos en las paredes, comiendo en casa de sus víctimas, robándole el dinero que llevaban encima o dejando las armas homicidas en el lugar del crimen.

Su juego preferido era salir de caza, acompañado por un walkman, oyendo AC/DC, encontraba a su víctima y entraba en su casa preparado para violar y matar.

Al principio, solo golpeaba y violaba, dejando incluso a la mayoría de sus víctimas con vida, pero después se hace más sádico, como por ejemplo, en el asesinato de una joven, que violó y la sacó los ojos con una cuchara, matando a la chica después y enviándolos a su casa al día siguiente.

Como muchas de sus víctimas sobrevivían, una mujer le reconoció en Agosto del 85 por la calle, después de numerosos retratos robot enviados por la policía, y un grupo de gente a la voz de “matadlo” le persiguió y capturó mientras intentaba robar un coche, salvándose de ser linchado por una patrulla de policía.

El 4 de Octubre del 89, reliza las siguientes declaraciones: “...Yo no creo ni en la hipocresía ni en los dogmas morales de la llamada sociedad civilizada. Solo me basta con mirar dentro de esta habitación, para conocerlos tal y como sois: mentirosos, cobardes, asesinos, ladrones... y cada uno con su propia profesión legal. Sois unos gusanos hipócritas, me poneis enfermo...”

“...No necesito oír todos los raciocinios de vuestra sociedad. Ya los he oído antes y los argumentos siempre son los mismos...”

“... No me entendéis. Tal y como suponía, no sois capaces de hacerlo. Yo estoy más allá de vuestra experiencia. Estoy más allá del bien y del mal...”

Finalmente es acusado de 14 asesinatos, 5 intentos de asesinato, 9 violaciones (entre las cuales 3 fueron a menores), 2 secuestros (solía secuestrar niños para abandonarlos a cientos de kilómetros de su casa solo por el placer de hacerlos sufrir), 4 actos de sodomía, 2 felaciones forzadas, 5 robos y 14 allanamientos de morada. A pesar de estos datos, se estima que actuó en muchas más ocasiones ya que su modus operandi no era fácilmente identificable y él nunca colaboró con la policía dando datos de sus crímenes.

En 1989 es condenado a la cámara de gas, y Ramirez no perdió su fe: "... !Legiones de la noche!, !Razas de la noche!, no repitais los errores del Night Stalker y no concedais clemencia alguna... Yo sere vengado. Lucifer esta con nosotros..."

Historia de Richard Ramirez, «The Night Stalker»
AsesinatoSerial.net

Nació en el año de 1960 bautizado bajo el nombre de Ricardo Leyva, en la ciudad de El Paso en Texas. Su niñez es descrita por vecinos y familiares cercanos como la de un buen chico. Nadie imaginó nunca que aquel chico mexicano americano algún día se convertiría en un terrible monstruo y segaría la vida de numerosas personas.

Haciendo un ejercicio de historia y conjeturas psicológicas, los conocedores del caso Richard Ramirez establecen que el punto de quiebre en la vida del joven Ricardo se dio al relacionarse con su primo Mike, excombatiente de Vietnam quien significó una influencia mayúscula en un momento particularmente sensible.

Pero no fue una buena influencia, sino todo lo contrario, aquel sujeto gustaba de presumir sus bárbaros y crueles actos de guerra, probando sus dichos con fotos polaroid tomadas a las mujeres a las que supuestamente había violado y golpeado antes de matarlas. Aquellas imágenes mostraban personas en diferentes grados de mutilación y aún en posturas rituales de tinte sexual. Según Mike tomar la vida de aquellos desdichados era como ser Dios, tener el poder máximo en mano propia.

Inicialmente Richard pudo haberse sorprendido ante la exposición de estos materiales, pero dada la identificación que deseaba alcanzar con su primo, se acostumbró a disfrutar de estas cosas. De hecho ambos pasaban mucho tiempo juntos, fumando marihuana y aún practicando misiones de asalto en los lindes del desierto. Por las noches ‘asaltaban’ animales de granja. Se dice que mataron a uno que otro.

A pesar de que la familia de Richard Ramirez era considerada normal, se reporta que el padre era estricto y no dudaba en golpear a sus hijos cuando así consideraba imponer la disciplina entre ellos. Siendo el menor, tal vez pudo haber identificado un rol equivocado en su padre. También se dice que en la escuela le tocó un maestro abusivo que también pudo añadir leña al fuego.

En este caso hay que recordar que los “ingredientes” cuya conjunción dan por resultado la aparición de un asesino serial, siempre son muchos. No es una sola causa o evento el que desencadena el furor asesino de una persona, sino la suma prolongada de factores, de momentos clave e inclusive algún tipo de predisposición existente desde el nacimiento.

Un día mientras perdían el tiempo haciendo nada, la esposa de Mike le reclama airadamente a este su falta de acción y que no consiga trabajo, este para callarla toma un

arma y le dispara directo a la cara matándola en el acto. Parte de la sangre cae salpicada al rostro del joven Ramirez.

Por este terrible asesinato el exsoldado es llevado a juicio sin embargo la defensa argumenta que el estrés postraumático de la guerra afectó gravemente la conducta del acusado. El juez determina guardarlo en una institución mental. Richard Ramirez para empezar, no le cuenta a nadie del suceso, que él estuvo presente en el crimen. Los estudiosos de Richard Ramirez insisten que esta experiencia fue determinante.

En este tiempo iba en el noveno grado de educación, se sale y comienza una vida carente de sentido, constantemente drogándose con marihuana y otras sustancias, efectuando robos menores y ofensas escalando poco a poco hasta llegar al asalto, el allanamiento y el robo de automóviles. Todo con el objetivo de financiar su vicio por las drogas.

En este momento Richard Ramirez experimenta ya las típicas fantasías del asesino serial que son abstracciones salpicadas de muerte, sangre y violencia que le producen gratificación erótica y sexual. El contexto vital de Ramirez es una década impregnada del miedo y a la vez culto al satanismo. En el subconsciente colectivo permea este miedo a Satanás y sus vicarios de la tierra. Psicólogos, investigadores de lo paranormal y demás personajes avalan la existencia de cofradías y ritos secretos de satanistas donde se sacrifican humanos y se glorifica al maligno. En el ambiente musical proliferan bandas irreverentes como AC/DC que cantan apologías del Diablo y del infierno.

Obvio que Richard Ramirez es fanático de estos fulanos y es Satánico de hueso colorado. Toda su apariencia y actitud están enfocadas en esa dirección. Como pasa los días alimentándose con comida chatarra y dulces ya tiene los dientes podridos y ha perdido varias piezas. Su aliento es verdaderamente diabólico. Esto es un punto en favor al objetivo de ser cada vez más como el diablo.

Así va pasando su vida, hasta que las fantasías, las drogas y su insana vida ya no dan para más. Las emociones y la gratificación sexual que busca tienen que encontrar satisfacción con acciones más concretas, como golpear, violar y asesinar. Entonces el vehículo perfecto para justificar y dar causa a sus impulsos es nada más y nada menos que el satanismo.

Pero regresemos un poco a la infancia de Ramirez para escarbar un poco en los antecedentes. Ahora se sabe que ha padecido de moderados episodios epilépticos lo cual lo aísla de las actividades que los demás chicos realizan para esparcimiento e integrarse a los de su edad. En la escuela es tímido, retraído y de aspecto delgado y afeminado. A la par de sentirse rechazado por los demás, alberga grandes ambiciones, anhela ser reconocido por lo que es, y generalmente este tipo de personas se siente superior e incomprendida.

Es este el típico cóctel de personalidad que fermenta criminales, extorsionistas, violadores y asesinos seriales. Sujetos como el ‘Mad Bomber’ y el ‘Unabomber’ caben perfectos en esta descripción. En su momento siendo escolares nadie los vio hablar, reír ni relacionarse con mujeres de una manera plena y normal. Pasaron como se dice ‘de noche y en patines’ sin que nadie pudiera recordarlos con precisión.

Este tipo de aislamiento produce resentimientos que acompañarán toda la vida al criminal, provocando en buena medida sus actos de venganza y reivindicación ante la sociedad. Luego toma como modelo a seguir a su torcido primo y descubre la existencia de un movimiento satánico en el que sus desviaciones y temperamento parecen hallar una vía de entendimiento y doctrina. Podemos decir que el escenario de la tragedia esta puesto con todo en su lugar.

El 28 de Junio de 1984 el diablo hizo su aparición: Jeannie Vincow de 79 años fue atacada en su pequeño departamento de la calle Glassel Park en Los Angeles, el hijo de la pobre mujer descubrió el cadáver a la mañana siguiente. La policía descubrió que el asesino había entrado por una ventana que había sido dejada abierta y la mujer había sido violada y apuñalada varias veces, las heridas inflingidas en el cuello eran tan profundas que casi se le desprende la cabeza. En ese momento los oficiales no pudieron hacer nada al respecto.

Casi un año después, el 17 de Marzo de 1985 casi a la medianoche, la señorita Maria Hernandez llegaba de su trabajo exhausta y estaciono su auto frente a la puerta de la cochera de su condominio y al abrir la portezuela se encontró con Richard Ramirez quien apuntó su arma directo a la cara, a pesar de las suplicas de la mujer este le dio un tiro.

Afortunadamente para ella el reflejo de protegerse con la mano hizo que la bala rebotara en las llaves del carro. Ella cayó herida pero haciéndose la muerta, Ramirez subió al departamento y asesinó a sangre fría a la roommate de Hernandez, Dayle Okazaki de 33 años que fue hallada por María tendida en un charco de su propia sangre. El balazo al cráneo había sido fulminante. Ramirez se esfumó del lugar, para continuar su racha homicida.

Casi a la hora, Tsai-Lian Yu halló su destino a manos de Ramirez quien en la calle, paro su auto, abordó a la pequeña mujer forzándola a abrir la puerta y la acribilló a plomazos. Rápido y sin mediar ninguna explicación, la mujer nacida en Hong Kong solo resistió algunos minutos, el oficial que la asistió llamó una ambulancia pero murió en su Chevrolet color amarillo a los pocos minutos. De este cruento episodio la policía se dio cuenta que tenían un grave problema entre manos. Hernandez aportó los primeros detalles del sospechoso: alto, oscuro, de aspecto intimidante y de origen hispano.

Días después del doble asesinato, Richard Ramirez atacó de nuevo. El matrimonio Zazzara fue el blanco esta vez. El modus operandi comenzaba a tomar una forma definida. Al señor Vincent Zazzara lo liquidó instantáneamente de un tiro en la cabeza, pero Maxine Zazzara sufrió la furia diabólica del asesino en toda su maldad. Se dice que los primeros oficiales en ver la escena quedaron impactados por la violencia con que fue asesinada la pobre mujer: el cadáver presentaba los ojos sacados de sus orbitas, varias heridas profundas en cuello, abdomen y área perineal, así como una gran herida en el pecho izquierdo en forma de T.

Esta vez se encontraron algunas huellas, la impresión de un zapato tenis y la certeza de que el intruso había sido el mismo responsable de las muertes de la señora Vincow y las señoritas Okazaki y Yu. Se dieron cuenta que la sed de sangre del sospechoso iba en aumento y que su atrevimiento iba in crescendo por lo que temían que atacaría de nuevo muy pronto.

La espera no duró gran cosa y el 24 de Mayo de ese año, Ramirez hacía de las suyas en la residencia de los señores Wu. La señora Jean Wu despertó violentamente ante el plomazo que Richard Ramirez propinó a su esposo en la cabeza. Procedió a golpearla sin misericordia para luego amarrarla y se puso a revisar los cajones y las pertenencias de los viejos. Al no encontrar nada de valor y siempre diciendo maldiciones tomó a la señora de 63 años y la violó para abandonar el lugar. Al recuperarse la señora informó a la policía que el atacante había sido un sujeto alto, oscuro y de origen hispano. Información que ya esperaban escuchar los detectives angelinos.

Pocos días después el 30 de Mayo atacó de nuevo. Ahora introduciéndose a la casa de la señora Ruth Wilson, atractiva mujer de 41 años que vivía con su pequeño hijo de 12 años. La mujer despertó en medio de la noche con Ramirez apuntando una luz y un arma directamente a ella. El sujeto demandó dinero y antes que ella pudiera reaccionar la sacó violentamente de la cama para llevarla al cuarto del niño. Ramirez tomó a este como rehén y le ordenó darle el dinero lo mas rápido posible. La mujer le dijo donde hallar una joya de mucho valor y lo condujo a un armario, y pensó que aquello aplacaría al intruso pero estaba equivocada.

Después de analizar el objeto, Richard Ramirez agarró al niño y lo encerró en un closet de su cuarto, regresó con la mujer, le arranco el negligé y le amarró las manos con unas pantimedias y a pesar de las protestas la tumbó en la cama para violarla y sodomizarla. Sumado a la humillación y el doloroso abuso estaban el espantoso aroma corporal y el aliento putrefacto de Ramirez que por si solos casi hacen desfallecer la mujer.

Esa noche la mujer le dijo a Ramirez que debía haber tenido una vida muy triste para haberle hecho lo que le hizo a lo que el respondió que ella se veía muy bien para su edad y que le perdonaba la vida, a pesar de que había asesinado a muchas otras personas en similares situaciones. Cuando la policía entrevisto a la señora Wilson la descripción del ofensor nuevamente concordó con la ya conocida.

Como el resto de los criminales seriales, Richard Ramirez se regodeaba del recuerdo de sus primeras victimas, imágenes que traía a su mente una y otra vez probablemente reforzando aquellas memorias con algún souvenir tomado en el acto criminal, es decir alguna fotografía, trozo de tela o mechón de cabellos.

Sin embargo estas evocaciones van perdiendo fuerza hasta que el recuerdo deja de brindar satisfacción. Es entonces que hay que revivir el recuerdo retomando de nuevo la fantasía, o sea, violando y matando otra vez. Este ciclo tiene una evolución de modo que el criminal siente la necesidad cada vez más urgente e incontrolable de seguir actuando y alimentando la fantasía.

El primer paso es vivir sus fantasías, atacando por primera vez, pasa un tiempo y vuelve a atacar hasta que tiene que hacerlo compulsivamente y fuera de control. Cuando un asesino serial para, los investigadores creen que es por dos razones: porque murió o porque fue detenido. Tal vez por alguna otra ofensa no relacionada con sus crímenes, pero queda fuera de circulación.

Richard Ramirez estaba en esta escalada y para el verano de 1985 llegaba a su máximo. Era tal la furia e intensidad y sobre todo el horror de sus ataques que la prensa comparaba a este asesino con Jack el destripador y con Drácula por aquello de sus hábitos nocturnos.

La prensa lo calificó con varios apelativos entre ellos “The Valley Intruder” para finalmente quedar en “Night Stalker”.

El 29 de Mayo de 1985, las hermanas Malvia Keller y Blanche Wolf de 83 y 80 años respectivamente fueron atacadas en su departamento con un martillo en forma tan salvaje que hasta el mango del mismo estaba roto cuando lo encontró la policía en la escena del crimen. Fueron halladas dos días después del ataque, pintarrajeadas de lápiz labial con pentagramas invertidos en el cuerpo y en el muslo de una de ellas. Malvia sucumbió poco después a sus heridas.

El 27 de Junio el Night Stalker violó a una niña de 6 años en la zona de Arcadia. En el mismo sitio y un día después segó la vida de Patty Elaine Higgins que fue encontrada degollada. Luego el 2 de Julio una mujer de 75 años llamada Mary Louise Cannon también fue encontrada con el cuello rebanado y su casa saqueada.

El 5 de Julio Ramirez regresó a Arcadia para atacar a Deidre Palmer pero la muchacha de 16 años sobrevivió al ataque. Dos días después fue hallado el cuerpo de Joyce Lucille Nelson mujer de 61 años abatida en su departamento de Monterrey Park.

Esa misma noche y por el mismo rumbo una mujer de 63 años de edad llamada Linda Fortuna fue despertada en su cama por un sujeto cuya descripción concordó al 100% con la del Night Stalker quien le apuntaba con un arma directo al rostro. Aquel maldito le ordenó callar y la encerró en el baño para proceder a saquear su domicilio. Después regresó y le ordenó tumbarse en la cama. La iba a violar como de costumbre con todas sus víctimas, pero Ramirez no pudo mantener la erección y estalló en ira. La mujer pensó que ahí se terminaba su vida, viéndolo humillado y furioso ya nada mas esperaba el plomazo final sin embargo Richard Ramirez tomó el botín y se esfumó.

El 20 de Julio Ramirez retomó su racha de violencia: Maxson y Lela Kneiling, adultos de 66 años fueron asesinados con la habitual furia del Night Stalker, los cuerpos aparecieron horriblemente mutilados con una navaja y cada uno con sus respectivos balazos. El crimen aparecía tan violento que los investigadores tuvieron mucha dificultad en determinar el modus operandi.

No se sabía si los había matado rápidamente o como acostumbraba, había liquidado primero al esposo para hacer su fantasía con la mujer, a quien primero golpeaba furiosamente, violaba y terminaba por matar. Aunque se sospecha que esta vez tampoco se le paró la pistola y no pudo violar a la señora Kneiling.

Y por eso esa misma noche volvió a golpear, esta vez a un matrimonio joven de origen asiático. Ahora en el barrio de Sun Valley el señor Chitat Assawahem de 32 años fue asesinado mientras dormía y su esposa Sakima sometida a las peores perversiones del Night Stalker; la mujer fue violada y forzada a darle sexo oral a Ramirez, al hijo de ambos de 8 años Richard Ramirez lo violó también. Ambos fueron dejados vivos, claro no sin antes irse del lugar con varios miles de dólares de botín.

Luego el 6 de Agosto siguiendo la misma secuencia entró por la noche al domicilio del matrimonio Petersen. Disparó contra ambos, pero el señor Christopher Petersen era un hombre extremadamente fornido y a pesar de traer una bala en el cráneo se levantó de la cama para perseguir al intruso hasta la calle. Ambos sobrevivieron a sus heridas.

Después de este fallido ataque un par de días mas tarde, atacó al matrimonio Zia, bajo la misma modalidad de quitar del camino al esposo y disponiendo de la esposa para efectuar sus torcidas fantasías y rituales de violencia y sangre. Aquello ya era un despliegue muy vulgar de ira y furia criminal. El departamento de la policía estaba sumamente preocupado, los intervalos entre cada ataque eran cada vez mas cortos y el salvajismo del asesino aumentaba alarmantemente.

Y así continuó la escalada de violencia del Night Stalker moviendo su base de operaciones a San Francisco donde la policía de repente se dio cuenta y conjeturó que también ahí había actuado numerosas ocasiones el asesino.

Pero como reza el dicho ‘No hay mal que 100 años dure...’ y el 20 de Agosto en el poblado de Mission Viejo al sur de Los Angeles una pareja de jóvenes adultos fue despertada por el par de balazos que Ramirez había soltado en su cuarto. El novio había sido herido gravemente. La chica antes de poder entender que sucedía fue jalada de los cabellos y conducida por el asesino a otra habitación. Así el sujeto procedió a saquear el sitio y al no encontrar nada de valor regreso con la muchacha para violarla y demandar le diera algo de valor.

La muchacha le informó de un dinero guardado que su novio tenía escondido. Richard Ramirez la hizo jurar por Satanás y la mujer juró todo lo que el pedía. Conforme con el dinero, la dejó viva... error que fue el principio del fin de la carrera criminal del Night Stalker. La chica como pudo se liberó de sus ataduras y por la ventana alcanzó a ver a Ramirez abordar una vagoneta Toyota color naranja y llamó inmediatamente al 911.

Esa misma noche un jovencillo había visto merodear por su fraccionamiento la camionetilla naranja así que a la mañana siguiente decidió llamar a la policía y les dio el número de placa del vehículo. Con tales señas la policía pudo establecer el origen del auto que estaba reportado como robado en el barrio chino, al dueño se lo robaron mientras estaba comiendo en uno de los numerosos tenderetes del lugar.

Finalmente el auto fue ubicado en un estacionamiento del McDonalds, se estableció un cerco de vigilancia las siguientes 24 horas con la esperanza de que el asesino apareciera de nuevo pero no fue así, de modo que un equipo de criminólogos fue enviado a tomar muestras y analizar todo aquello encontrado en el vehículo.

En el carro se halló una huella bastante clara, se envió a la base de datos en Sacramento y a las pocas horas apareció un resultado prometedor: la huella pertenecía a Ricardo “Richard” Leyva Ramirez.

La policía ya sabía a quien buscaba, ahora era cosa de hallarlo antes de que atacara de nuevo.

Siete días después del ataque a la pareja de Mission Viejo, Richard Ramirez intentó hacerse de un automóvil nuevo, andaba en una zona de Los Angeles habitada por hispanos, pensando que entre ellos pasaría desapercibido eligió un carro Mustang propiedad de un tal Faustino Piñon. No se dio cuenta que el señor Piñon reparaba el auto debajo del mismo y al encenderse el carro salió disparado a castigar a quien osaba meterse con supreciado vehículo. Por la ventana del conductor se asió de Ramirez, este le dijo

‘traigo un arma’ pero Piñon por ningún motivo lo soltaba, puso el auto en marcha y por el forcejeo entre ambos hombres fueron a chocar a una barda y a un garaje. Piñon sacó del carro a Ramirez y lo aventó al suelo.

Este inmediatamente emprendió la huida. Casi de inmediato al cruzar la calle Ramirez divisó a Angelina de la Torre quien en esos momentos abordaba su Ford Granada y la amenazó con el arma para exigirle las llaves. Aquella mujer gritó por ayuda y el esposo, Manuel de la Torre corrió desde el jardín armado de una viga metálica.

Entretanto Jose Burgoin al escuchar el bochinche armado por Piñon y su Mustang había telefoneado a la policía y al salir de su casa vio a la señora de la Torre en problemas, rápidamente llamó a sus hijos de nombre Jaime y Julio quienes al ver al extraño asaltante encaramado en el carro de Angelina lo reconocieron inmediatamente como el asesino. Según se dice, los hermanos Burgoin y de la Torre se avalanzaron contra Ramirez a quien no quedó mas que correr por su vida.

Fácilmente lo alcanzaron, Manuel lo golpeó con el tubo metálico haciéndolo caer, pero volvió a emprender la huida, súbitamente Ramirez se paró en seco e hizo algunos gestos de loco, pero de nada le sirvió la persecución fue reanudada hasta que otro golpe colapsó al Night Stalker. Los hermanos Burgoin lo sujetaron hasta que la policía llegó a aprehender al criminal. Apenas un día después de publicar la identidad del asesino, Richard Ramirez era puesto en custodia por la policía de Los Angeles California.

Y como normalmente ocurre en el sistema legal norteamericano, armar y desarrollar el juicio de un asesino serial del calibre de Ramirez con todos los crímenes y felonías que se le adjudicaban tomo hasta tres años o más para dictarse sentencia y todo.

Al principio los defensores públicos que le fueron asignados al asesino no fueron de su agrado y un abogado le propuso a la familia a Daniel y Arturo Hernandez hombres con experiencia en juicios por asesinato, mas no casos de pena de muerte. El abogado Halpin fue el líder del equipo acusador.

Los defensores tuvieron que luchar no solamente contra la parte acusadora sino contra su mismo defendido, quien en las audiencias preliminares se puso a gritar en la corte ‘Viva Satanás!...’ como preámbulo de lo que sería su extraño y desafiante comportamiento durante todo el proceso en su contra.

El juicio estuvo plagado de extraños sucesos como que de repente se cayera alguna parte de la decoración, que el abogado Hernandez comenzara a transpirar profusamente, también pasaba que la evidencia era presentada erróneamente como si alguna fuerza misteriosa también estuviera presente en la sala de la corte.

Desde luego no tardaron en aparecer numerosas fanáticas que asistían a las audiencias por el mero hecho de ver y admirar al Night Stalker porque lo veían sexy y bueno hay quien llama a estas mujeres las Serial Killer Groupies, Ted Bundy igual tuvo su corte de admiradoras e incluso se caso con una de ellas como Richard Ramirez también hizo en 1996.

La tensión era muy elevada en las audiencias, un día que se fue la luz los oficiales hasta desenfundaron sus armas y ordenaron a todo el mundo tirarse pecho tierra y Ramirez fue

conducido afuera de la sala como medida precautoria. Una vez se esparció el rumor de que Ramirez iba a matar al fiscal con un arma que alguien le iba a facilitar dentro de la sala. Se colocó un detector de metales a la puerta de la sala ante la extrañeza de Ramirez aunque jamás se pudo encontrar arma alguna.

La formación del jurado tomó más tiempo del acostumbrado y se tuvieron que entrevistar hasta 1600 personas para hacer la selección final. A este respecto la defensa argumentó que la selección podría presentar problemas puesto que la mayoría estaría prejuiciado contra Ramirez, y como argucia legal pedían el traslado del juicio a otra demarcación persiguiendo un juicio imparcial. Pero la corte no admitió la moción.

También sucedió que durante el juicio una miembro del jurado no se presentó un día y se supo que había sido asesinada de un tiro. Esto provocó la histeria en la mayoría del jurado, hasta ese grado se temía a Ramirez de quien se pensó podría haber mandado a asesinar a la mujer, la sustituta de la jurado ni siquiera pudo entrar muerta del miedo. Tanta era la influencia del satánico Richard Ramirez.

Después se supo que la mujer había sido asesinada por su novio precisamente tras una discusión sobre el juicio en progreso. Todo estaba escrito en la nota suicida del sujeto. Esta circunstancia quiso ser aprovechada por la defensa para anular el juicio por considerar de nuevo que el jurado quedaría invariablemente prejuiciado contra el defendido, sin embargo la moción fue desechada nuevamente porque ya era demasiado tarde como para echar por tierra todo el camino andado en el juicio. El vocero del jurado afirmó en la corte que estaban listos y que no había ningún problema para continuar.

Lo más notable en la conducta de la defensa de Richard Ramirez fue la constante de aplazar y aplazar los procedimientos judiciales casi por cualquier motivo. Al parecer jamás los defensores establecieron que su defendido fuera inocente de los cargos imputados, mas bien la estrategia consistió en determinar que el caso de la parte acusadora estaba mal planteado o que era erróneo, pero no mas.

Cuando el jurado emitió el veredicto de culpabilidad contra Ramirez y este en acuerdo con sus abogados no quiso apelar la sentencia movió inclusive a la misericordia al mismo abogado acusador, el señor Halpin, quien declaró que por lo menos había de tener algo de ‘simpatía por el diablo...’ Hay que hacer notar que como en la teatralidad mostrada por Hollywood en los juicios de las películas, también aquí sucedió una batalla personal entre acusadores y defensores al punto de que el juez tuvo que reconvenirlos dados los insultos que se propinaron unos a otros al inicio del juicio.

Finalmente el 3 de Octubre de 1989 tras cuatro días de deliberaciones el jurado votó por la pena de muerte para Richard Ramirez y el 4 de Noviembre fue ratificada la sentencia de 19 penas de muerte ante lo cual se aventó un speech casi inentendible ante la corte diciendo que estaba mas allá del bien y del mal, que nadie tenía la experiencia para comprenderlo y que el diablo moraba entre todos nosotros. En resumen sus payasadas satánicas que ni al caso venían. No le quedó mas que quejarse de todos en la corte acusándolos de ser parásitos, mentirosos y prejuiciosos pero ya nada impedía que formara parte de la población de centenas de condenados a muerte en la prisión de San Quintín.

Falta comentar que Richard Ramirez contrajo nupcias en el año de 1996, hace 10 años ya con Doreen Lioy, serial groupie con quien se conoció durante el juicio durante 1989 y en

prisión. La chica era una de tantas que iban a visitar al sanguinario asesino, vivía de ser editora freelance y tuvo que luchar contra las demás que pretendían al Night Stalker. Declaró ser virgen y tal vez esto atrajo a Ramirez a ella, y de acuerdo a esto, virgen permanecería puesto que las visitas conyugales están prohibidas para los que esperan la ejecución. Ella nació bajo el seno de una familia católica, sin embargo al momento del matrimonio se consideraba agnóstica por lo que los alegatos de Ramirez sobre su supuesto culto satánico no le causaban mayor problema. De hecho la argolla de Ramirez tuvo que ser de platino, porque los satánicos no pueden portar oro en sus cuerpos. El día de la boda, la muchacha rebosaba de felicidad ante la perspectiva de convertirse en la señora de Ramirez, y el estuvo nervioso. La ceremonia fue observada por otros internos y sus familias que iban a visitarlos. El aspecto del novio ya no era terrorífico como antaño y hasta lucía incomodo.

Al día de hoy Richard Ramirez continúa siendo uno de los más atípicos y terribles asesinos seriales de la historia moderna, su modus operandi podría ser argumento de cualquier película de terror. Segó la vida de tantos inocentes en forma tan cruel y espectacular que no cabe duda de que difícilmente será olvidado por las generaciones venideras.

ROBERT BERDELLA



Robert Berdella (31 de enero de 1949 en Cuyahoga Falls, Ohio – 8 de octubre de 1992 en la Penitenciaría Estatal de Missouri) fue un asesino en serie americano convicto por haber violado, torturado y asesinado a seis hombres en Kansas City, Missouri entre 1984 y 1987.

Berdella fue arrestado en la primavera de 1988 después de que una de sus víctimas escapara desde la ventana del segundo piso,

usando solamente un collar de perros que Robert Berdella le había colocado para deleite sexual. Cuando este joven escapó, Berdella se encontraba en su trabajo. El joven fue auxiliado por un vecino que llamó a la policía.

Al llegar la policía, el joven contó lo acontecido a los agentes quienes primeramente pensaron que se trataría de una riña amorosa entre homosexuales. Sin embargo, debido al tipo de acusación (violación, tortura y secuestro), decidieron investigar. Al llegar Berdella de su trabajo fue inmediatamente abordado por los agentes, quienes lo arrestaron en cargos de violación. Al intentar ingresar a la casa, Robert Berdella les negó la entrada por lo que necesitaron un permiso judicial.

Decenas de fotos Polaroid de sus víctimas fueron encontradas en su habitación en el segundo piso. Además, se encontraron elementos de tortura en uno de los cuartos, también del segundo piso, como cadenas, mordazas, esposas, baterías eléctricas, etc. En una investigación más a fondo se encontraron restos humanos y manchas de sangre por toda la casa. Además, había un cráneo humano enterrado en su jardín.

Según sus propias declaraciones, Robert Berdella ataba a los jóvenes después de drogarlos para poder someterlos sexualmente y torturarlos. En un caso específico, arrancó un ojo del joven para ver qué sucedía. Se deshacía de los cuerpos desmembrándolos en su bañera y tirándolos a la basura en bolsas de plástico.

Sus vecinos no podían creerlo, era un hombre ejemplar. Recibió la máxima sentencia de cadena perpetua y murió en prisión en 1992 producto de un ataque cardíaco. Una de sus últimas quejas fue de que el personal policial no le daba las medicinas por sus problemas del corazón. Su muerte nunca fue investigada.

Anticuario, propietario de la tienda Bob's Bizarre Bazaar en el mercado de Westport Flea en Kansas City donde vendía falsos cráneos, lámparas de lava, incienso y pendientes de

los que colgaban dientes humanos. Curiosamente, Robert Berdella había puesto en sus tarjetas de visita y en las comerciales que tenía “veneno en la cabeza”. Todos sus vecinos pensaban que era un personaje extraño pero inofensivo.

Esto hasta el 2 de abril de 1988. Esa tarde, un hombre completamente desnudo y con un collar de perro en el cuello saltó de la ventana del segundo piso de la casa de Bob. Salió corriendo y se refugió en el porche de una casa cercana. El joven, de 22 años, fue auxiliado por los vecinos a los que pidió que avisaran a la policía.

La víctima manifestó que había estado secuestrado los últimos cinco días en casa de Berdella, sufriendo todo tipo de abusos sexuales, hasta que consiguió fugarse arrojándose por la ventana. Además, explicó a los investigadores que Robert le había dicho que no se quitara el collar de perro y que no intentara escapar o “terminaría en la basura como los otros”.

Cuando los detectives registraron la casa de Robert Berdella encontraron una colección de más de 200 fotografías de hombres desnudos, padeciendo torturas y en diversos estados de sufrimiento. También se encontraron numerosos dispositivos de tortura, junto con dos cráneos humanos, literatura ocultista, y una túnica ritual satánica.

Ese fin de semana, los investigadores desenterraron numerosos fragmentos de hueso y otra cabeza humana en el patio de Berdella.

El 4 de abril de 1988, Robert Berdella fue acusado de siete cargos de sodomía y uno de ataque en primer grado. Todos ellos en relación con el joven que consiguió escapar por la ventana.

Se fijó una fianza de 500,000\$, pero fue revocada al día siguiente cuando especialistas forenses testificaron que al menos uno de los hombres que aparecía en las fotografías halladas en casa de Berdella, estaba muerto cuando fue fotografiado.

Según comprobaron los detectives, Robert solía trabar amistad con vagabundos, para conseguir que le acompañaran hasta su casa. Una vez allí les drogaba con tranquilizantes para animales y los ataba a su cama de tortura hecha por él mismo. Entonces experimentaba con electroshock con ellos y les inyectaba toda clase de limpiadores de hogar en sus venas, todo ello entrecortado con violaciones. Llevaba un detallado informe de cómo respondían las víctimas y tenía una colección de 200 fotos de hombres desnudos en diferentes estados de sufrimiento. A Bob le gustaba alargar la vida de sus víctimas durante unos días antes de atarles una bolsa de plástico en la cabeza.

En su casa, Berdella mantuvo secuestrados, torturó, violó y asesinó a 7 hombres jóvenes, desmembró sus cuerpos y abandonó los restos en la basura, salvo los cráneos que conservó en su casa o enterró en el patio de la parte de atrás.

Como ocurre en numerosos casos en Estados Unidos, Robert Berdella llegó a un acuerdo con los fiscales. El 19 de diciembre de 1988, Berdella se declaró culpable del asesinato de Robert Sheldon, y de cuatro cargos de asesinato en segundo grado, siendo sentenciado a cadena perpetua.

Años después murió en prisión envenenado o de un posible ataque al corazón.

Robert Berdella nació en el pueblo de Cuyahoga Falls, Ohio en Estados Unidos el 31 de enero de 1939 en el seno de una familia católica, fe en la cual fue bautizado a los 12 años. No se conoce gran cosa de su niñez ni de su familia excepto que tuvo un hermano llamado Daniel, siete años menor que él, y que su padre falleció cuando contaba 16 años, en 1965. Supuestamente el señor Berdella sufrió un ataque cardíaco y lo que es el destino, el mismo Berdella falleció de forma parecida. Poco tiempo después la madre de Robert se juntó con otro hombre, una situación que le provocó mucho resentimiento. En ese momento identifica su orientación homosexual. Se reporta que fue violado por un compañero del restaurante donde trabajaba. Con seguridad este lamentable acontecimiento debió minar su fe al grado que desde esa temporada dejó de asistir a los servicios religiosos como acostumbraba.

Robert Berdella relató que durante su adolescencia vio una película llamada *The Collector* que causó gran impresión en su persona. La trama de la referida cinta gira en torno a un hombre que vive una vida ordinaria y cuya única pasión es la recolección de mariposas. Siente que le falta algo, que su existencia está incompleta hasta que conoce a una chica de la cual se enamora. Sin embargo desarrolla un plan para secuestrar a la muchacha con el fin de mantenerla cautiva y hacer que ella se enamore de él, pero en sus términos. Para tal efecto se muda de casa a un sitio cuyo sótano acondiciona para mantener a la dama. Mediante engaños logra introducir a la mujer a su casa y la mantiene cautiva. Después de no pocas dificultades y altercados la mujer cede y se enamora del protagonista. Vuelcos inesperados y un final aterrador ocurren en el transcurso del film. Esta película produjo en Robert Berdella ideas y planes que mantuvo latentes hasta el final de su vida.

En 1967, a la edad de 18 años, Berdella se inscribe en el Kansas City Art Institute para estudiar artes. Nunca terminó dichos cursos pero si aprovechó el viaje para convertirse en un drogadicto y alcohólico. No pasó mucho tiempo para que fuera arrestado por posesión y venta de estupefacientes, acusación por la que se declaró culpable. Le fue suspendida la sentencia por 5 años que se ganó esa vez. De nuevo fue arrestado por posesión de marihuana y LSD, aunque tras permanecer arrestado unos días fue liberado por falta de pruebas.

A partir de 1968 entró como cocinero a un restaurante y a los 20 años se salió definitivamente de la escuela de artes. No era malo, por cierto, para las artes culinarias, pues durante mucho tiempo desarrollaría con buen éxito el trabajo de cocinero. En septiembre de 1969 se compraría la casa de Charlotte Street donde cometería los crímenes por los que sería mundialmente conocido.

De 1970 a 1980 su vida transcurrió con aparente normalidad. Como vecino era de conducta excepcional pues ayudó a conformar una patrulla vecinal contra el crimen. En el trabajo se convirtió en un chef de calidad colaborando para importantes restaurantes y clubes campestres. En ese momento ya era abiertamente gay. Después vinieron los cambios drásticos.

En 1981 renunció a su trabajo como chef para dedicarse de lleno a su negocio personal. Un puesto de parafernalia gótica llamado Bob's Bizarre Bazaar ubicado en un mercado local. Ahí comerciaba antigüedades y objetos raros. Sus tarjetas de presentación decían que tenía veneno en el cerebro y su extraño comportamiento era considerado como una treta publicitaria.

A los 33 años se involucra sentimentalmente con un veterano de la guerra de Vietnam, pero la relación no dura mucho tiempo y Robert Berdella comienza a salir con prostitutas a quienes incluso lleva a vivir a su casa a cambio de compartir las labores de limpieza y manutención. Intenta encaminar a varios de ellos hacia el bien. Es un misterio saber por qué Berdella súbitamente comenzó a torturar y asesinar hombres de la manera en que lo hizo. Generalmente ocurre un evento desencadenante de violencia y locura, pero en este caso ese hecho permanece en la oscuridad.

La primer víctima de Robert Berdella fue el homosexual Jerry Howell, viejo conocido y amante suyo a quien decidió castigarlo porque le había prestado dinero para pagar un abogado y ahora se negaba a reembolsarle algo de eso. El 4 de julio de 1984 pasó a por él y ya en su casa le suministró varios calmantes sin que Howell se diera cuenta. Una vez desmayado procedió a sodomizarlo sin parar y hasta empleó un pepino para continuar el ataque. Luego lo dejó bien atado y se fue a su trabajo.

Al día siguiente continuó la tanda de torturas y humillaciones, amén de inyectarle sustancias químicas para mantenerlo sedado. Antes de la medianoche Berdella se convertía en asesino, dado que Howell pasó a mejor vida. Aquello tomó por sorpresa a Robert Berdella, quien declaró que probablemente Howell se había ahogado con su vómito, proceso acelerado por las fuertes dosis de drogas a que lo había sometido. Luego lo colgó por los pies del techo para drenarle la sangre, aprovechando que la postura del cadáver le resultaba sexualmente excitante. Finalizado el desangrado lo cortó en pedazos con sus cuchillos de cocinero y empleó una sierra eléctrica para las partes difíciles. Berdella envolvió los restos en plásticos y papeles y los puso en la esquina de su casa para que el camión de la limpieza se los llevara. Así de sencillo había resultado para Bob Berdella cumplir sus torcidas fantasías.

Después de varios días, Berdella se sentó a analizar lo que había ocurrido y comenzó a escribir una bitácora abundante en detalles de las torturas y las reacciones de Howell. El documento estaba complementado con numerosas fotografías polaroid.

El siguiente en caer fue Robert Sheldon, viejo amante de Robert Berdella que había estado en su casa muchas veces con anterioridad, pero el 10 de abril de 1985 entraría por última vez para salir hecho pedacitos. Sheldon recibió el mismo tratamiento cruel que Howell, aunque esta vez añadió más torturas a su repertorio, por ejemplo esta vez inyectó líquido para destapar caños en el ojo con el fin de cegarlo y que así fuera un esclavo sexual más apto a sus fantasías. También le molió las manos a golpes hasta dejárselas inutilizadas. Pasaron cuatro días de este infierno para Sheldon hasta que un inesperado visitante interrumpió a Robert Berdella. Para que no lo fuera a delatar con algún ruido o movimiento fuerte, Berdella envolvió su cabeza en una bolsa de plástico y murió asfixiado. Ocurrió la misma mecánica para la eliminación del cuerpo excepto que ahora Robert Berdella decidió conservar la cabeza, que enterró en su patio.

Luego le tocó turno a Mark Wallace, otro infortunado conocido de Berdella a quien aparte de las otras torturas le tocaron una serie de descargas eléctricas que terminaron pronto con su sufrimiento. Esa nueva tortura estaba aún en fase experimental.

En el mes de septiembre, James Ferris le pidió a Robert Berdella si podía darle alojamiento en su casa. Ignorante de las sádicas manías de su huésped, Ferris pronto se

vio en la antesala del infierno... para su buena suerte murió rápido debido a que Berdella lo drogó de manera equivocada. Hay que comentar que Robert Berdella no tenía conocimientos médicos y usaba tranquilizantes y fármacos de uso veterinario en sus víctimas. Igual que los anteriores, los restos de Ferris fueron a dar al tiradero del condado.

Otro viejo conocido de Berdella, Todd Stoops cayó prisionero en la casa del terror. Stoops ya había vivido algunos encuentros anteriores y de hecho había dicho a la policía que algunos hombres reportados como desaparecidos habían estado con el dueño del Bob's Bizarre Bazaar y a pesar de sus sospechas no tuvo problema para entrar de nuevo en su casa, a la postre un error que pagaría con la vida misma. Todd era un hombre atlético y fuerte mientras que Berdella era panzón y falto de condición y quizá razonó que si llegara a darse una riña entre homosexuales, él saldría victorioso. Sin embargo una vez sometido le fue aplicada la peor tanda de sodomía. Robert Berdella le introdujo por el recto su puño completo tras lo cual comenzó a sangrar profusamente. También le inyectó Drano por los ojos y las cuerdas vocales. Después de semanas con fiebre y severos tratos, la agonía terminó los primeros días de julio de 1986.

El último en perecer a manos de Robert Berdella fue el joven prostituto Larry Pearson, a quien había conocido la primavera de 1987 y a quien introdujo en su domicilio a mediados de junio. Inicialmente Pearson se portó mucho más cooperativo que el resto de las víctimas así que no hubo necesidad de aplicar tanta “disciplina” en él. Pero después de seis semanas de esclavitud sexual Pearson decidió que aquello era suficiente y decidió rebelarse. Tal afrenta pronto fue contestada con una severa paliza que le causó la muerte. Berdella conservó la cabeza de Pearson en el congelador. Después, sin razón aparente, desenterró la cabeza de Sheldon y puso la de Pearson en el mismo espacio. Cuando el domicilio fue registrado, la policía encontró el cráneo en un armario.

La última víctima fue un sujeto de nombre Chris Bryson, a quien Robert Berdella subió a su coche tras invitarlo a una “fiesta”. Cuando escapó de su cautiverio, Bryson no quiso que la policía lo tomara como un prostituto ni insinuar que Robert Berdella lo había recogido de una conocida zona de prostitución masculina.

Una vez dentro del Toyota color café, comenzaron a beber cervezas y cuando llegaron al lugar de la fiesta, Bryson vio que era una casa de barrio común y corriente y que incluso el número de la misma era perfectamente visible. Cuando entraron al sitio, vio que el lugar era un completo desastre con basura y desechos apilados en cualquier esquina. El olor de perros e inmundicias era muy fuerte. Entonces Berdella le contó que antes había sido estudiante de arte y quería enseñarle su colección de objetos que tenía en el piso superior. Cuando llegaron al final de las escaleras, Chris Bryson recibió un fuerte golpe en la cabeza y cayó al suelo. De inmediato quiso reaccionar y defenderse, pero Robert Berdella había sido más rápido y le estaba inyectando una sustancia. Por más que quiso repeler el ataque, Bryson quedó paralizado y se desmayó.

Al recobrar la conciencia se encontró completamente desnudo y atado en posición de águila, con los brazos y las piernas firmemente sujetos a los postes de una cama. No sabía ni cuanto tiempo había transcurrido ni se daba cuenta de que Berdella le estaba colocando un collar de perro en el cuello, ya que volvió a desmayarse.

Entonces Bob comenzó a jugar con su nuevo esclavo sexual mientras este estaba inconsciente, tocándolo y abusando de él en una suerte de regodeo sexual. Cada paso

llevado a cabo era detalladamente descrito en una bitácora por Robert Berdella. Habían pasado muchas horas hasta que Bryson recobró la conciencia de nuevo y vio que la luz del sol aparecía por las ventanas. Entonces comenzó a razonar en lo que su esposa estaría pensando ante su prolongada ausencia. Se dio cuenta de que tenía un trozo de trapo en la boca a manera de mordaza y al querer moverse entendió que no podría liberarse por sí mismo. El bullicio que produjeron sus esfuerzos hizo que Robert Berdella entrara en el cuarto. Bryson creyó que recibiría alguna explicación o que le sería informado que era parte de un juego o algo y trató de hablar, pero cuando Berdella le quitó la almohada que tapaba su rostro se dio cuenta que estaba bajo la pesada influencia de alguna droga por la visión tan borrosa que experimentó. Quiso emitir una súplica a Robert Berdella pero este reaccionó violentamente pues comenzó a darle de tingoazos en los ojos y con un cotonete le untó una sustancia que ardía terriblemente. No había nada que pudiera hacer mientras estaba a merced de su captor, lo único que le quedaba era sufrir todas y cada una de las torturas mientras que pensaba en la manera de escapar.

Acto seguido, Robert Berdella se le sentó encima y comenzó a aporrearle las manos con una barra metálica. Después comenzó a hacer algo a la altura de las ingles de Bryson, en un primer instante este no pudo determinar qué sucedía, pero su horror fue grande cuando descubrió que le estaban colocando pinzas de corriente en el escroto y el muslo. Súbitamente sintió una fuerte descarga eléctrica que corría desde su torso bajo hasta el muslo. El intenso dolor de sus manos ya adoloridas se multiplicaba con la contorsión de su cuerpo al paso de la corriente. Con la mordaza solo alcanzó a emitir un apagado quejido de agonía. Al reaccionar vio un resplandor y escuchó un chirrido, entonces se dio cuenta de que Berdella le tomaba fotografías con una cámara Polaroid.

Bryson entendió que había caído en manos de alguien de quien solo había escuchado en extraños relatos de horror, un sádico sexual que con toda seguridad jamás lo iba a dejar libre. No sabía qué pensar y solo atinaba a preguntarse como es que había caído tan fácilmente en semejante circunstancia. Una vez Berdella aplicó un par de toques más, pareció aplacarse. Entonces le informó a Bryson de las reglas que debía obedecer para “llevar la fiesta en paz...”. Especialmente no debía resistirse ni tratar de gritar o hacer ruidos, pues los castigos podrían continuar y ponerse peores aún.

La siguiente vez que alcanzó a reaccionar, Robert Berdella llegó y le informó que ahora era un juguete sexual y que no habría de ir a ninguna parte. Los castigos habían sido para enseñarle cual era su nueva situación, y habría más en caso de ser necesarios; si no, iba a terminar en la basura igual que los “otros” y para convencerlo de esta última sentencia le mostró fotografías de hombres en diversas poses y en las que algunos lucían muertos o al menos dormidos. Todas las instrucciones giraban en torno a ser completamente sumiso y obediente en su nuevo rol de esclavo sexual.

Durante cuatro días Bryson fue objeto de humillantes abusos y violaciones por parte de Robert Berdella, pero llegó el momento en que este cometió un error. Como premio a su comportamiento, le ató las manos al frente, en vez de atarlas a los postes de la cama. Cuando Berdella abandonó la casa se dio a la tarea de liberarse. Después de soltarse saltó por la ventana del cuarto. Fue entonces que un vecino pudo ver a un hombre saltar del segundo piso de la casa de Robert Berdella usando por única vestimenta un collar de perro y una correa. Este vecino al auxiliar al hombre desnudo fue quien realizó la primera llamada a la policía.

Cuando los oficiales llegaron al lugar de los hechos sabían que debían actuar con cautela, pues creían que se enfrentaban a una pelea entre amantes homosexuales. Situación que no era extraña en los barrios de la ciudad y para la cual ya habían desarrollado un protocolo de acción. Auxiliaron a Bryson y le cubrieron con una manta. Cuando este pudo reunir las fuerzas necesarias comenzó a relatar su terrible historia. Aquello era más de lo que esperaban escuchar los oficiales, así que el siguiente paso era escuchar a la otra parte y para tal objetivo esperaron a que el dueño del lugar llegara para interrogarlo. Por muy grave o fantástica que resultara la queja de un sujeto como Bryson debían corroborar cada dato y acusación.

Cuando Berdella llegó a su casa, fue abordado por los oficiales que habían quedado a cargo en el lugar y le informaron que estaba bajo arresto por ser sospechoso de asalto sexual contra un hombre llamado Chris y le pidieron que firmara una hoja donde concediera permiso a los oficiales de entrar a su domicilio. Robert Berdella simuló incredulidad y se negó a que su casa fuera allanada por la policía. Llegando a la estación solicitó un abogado.

Para este momento la policía aún consideraba que el asunto podía ser nada más que un pleito entre dos hombres de los cuales uno involucraba a las autoridades para presionar al otro, pero por si acaso, los oficiales decidieron seguir paso a paso con los procedimientos hasta llegar al final del asunto. Mas que nada es loable el olfato de la policía que no desechó la idea de que si Bryson había sido realmente torturado durante varios días y advertido de muerte si no cooperaba, tal vez hubiera otras víctimas involucradas. Ahí estaba el detalle.

Dentro de la casa de Berdella tuvieron que asegurarse tres perros Chow Chow antes de que los detectives pudieran comenzar a trabajar. La casa era tal cual la había descrito Bryson: un total desorden lleno de basura por doquier. En la planta baja no fue hallado nada fuera de lo normal, pero guiados por el relato de la víctima subieron las escaleras.

Justo como esperaban, había un cuarto cerrado con una televisión y una cama. En el suelo había trozos de cuerda chamuscados, pues así había escapado Bryson: quemando sus ataduras con cerillos tirados en el suelo. En una inspección más cercana vieron que los postes de la cama tenían los bordes muy gastados como si hubieran sido empleados con las cuerdas muchas veces, tal vez para atar a más gente aparte de Chris Bryson. Junto a la cama descubrieron un dispositivo eléctrico del que salían algunos cables que subían por el colchón. En una mesita cercana encontraron varias jeringas listas para usarse. También algunos frascos de gotas para los ojos y líquidos que tenían apariencia de drogas, aparte de algunas revistas pornográficas tiradas en el suelo.

En otro cuarto vieron fotografías de Bryson donde aparecía atado y con cara de sufrimiento. Y a pesar de toda la evidencia hallada, aún no había un grave delito que perseguir. Sin embargo, en el cuarto que parecía ser el dormitorio de Robert Berdella la policía encontró un par de cráneos y unos dientes, lo cual los instó a buscar con más profundidad. Entonces aparecieron unos casetes de audio con descripciones de las torturas y más fotos polaroid donde aparecían otros hombres en similares poses que Bryson, incluso algunos parecían ser cadáveres.

El posterior análisis de la bitácora de Berdella reveló la mentalidad de un sujeto en constante necesidad de tomar el control de sus víctimas. Estaban registrados con sumo

detalle cada acto cometido y la subsiguiente reacción. Hasta los movimientos mínimos eran registrados, fuera en conciencia o en desmayo.

Nuevas órdenes de registro fueron efectuadas tras los últimos hallazgos. Un grupo de forenses ocupó el lugar en busca de huellas dactilares y para envolver toda clase de objetos que tenían lo que parecía ser sangre embarrada. Todas las fotos y demás evidencias fueron catalogadas minuciosamente. Cuanto más escarbaban el lugar mayor evidencia surgía que incriminaba a Robert Berdella. De suponerse una simple riña entre amantes varones, ahora la policía parecía lidiar con un caso grande y grave.

En otro armario de la casa se halló guardada una columna vertebral humana, así como libros y extrañas máscaras que sugerían la práctica de algún rito satánico. Más tarde Berdella negaría que practicara tales artes de lo oculto. Las autoridades comenzaron a interrogar a los vecinos acerca de Berdella. Nadie aportó ningún dato revelador, pues todos consideraban a Bob como un vecino amigable y hasta ejemplar. No faltaba algún chisme que circulara en torno suyo pero nada concluyente. A fin de cuentas resultó que Robert Berdella había sido investigado años atrás por la desaparición de Howell y Ferris (recordemos que Stoops había sido el soplón anteriormente).

Aunque los oficiales tuvieron bajo vigilancia a Berdella, el caso se vino abajo por falta de evidencias. Eventualmente Stoops también desaparecería a pesar de las advertencias de que no se metiera más con Berdella, quien por cierto era bien conocido en los círculos homosexuales y era considerado bastante “peligroso...”, aunque nadie dijo realmente el porqué.

Las labores de reconocimiento continuaron en el hogar de Robert Berdella donde los detectives se centraron en el patio particularmente, un sitio donde la tierra parecía haber sido removida poco tiempo atrás. Cuando excavaron se halló un cráneo todavía con vértebras y trozos de piel y cuero cabelludo. Inicialmente se pensó que el lugar podría estar infestado de cuerpos como la casa de John Wayne Gacy, pero a pesar de las numerosas excavaciones no se encontró nada.

Ante la evidencia se estableció la urgencia de identificar si los restos hallados en la propiedad correspondían a los sujetos que se describía en la bitácora de Berdella. De ser así se podían ya levantar cargos formales de homicidio contra el sospechoso. Para tal efecto los cráneos fueron llevados a la universidad de Kansas para ser analizados con todo rigor por un equipo de estudiosos liderado por el Dr. Finnegan.

Tras los estudios se determinó que los restos correspondían a hombres de entre 21 y 32 años de edad al tiempo de su muerte y que no llevaban más de año y medio que habían fallecido. En cuanto a la causa de muerte, esa permanecía desconocida siendo necesario contar con el resto del cadáver para poder determinarla con precisión. Una sierra también fue decomisada y estudiada acuciosamente. Resultó tener entre sus dientes fragmentos de cabellos, hueso y sangre. Todo fue preservado para emplearse como evidencia crítica en caso de llegar a juicio.

En un cuarto de la casa, con Luminol se detectó la presencia de sangre en grandes cantidades por el suelo. Cuando se aplicó el mismo tratamiento a cubetas y recipientes hallados en el lugar dieron iguales resultados. Había muchas evidencias, pero el problema principal es que se carecía de cadáveres.

De forma por demás asombrosa se llegó a la conclusión de que alrededor de 20 hombres figuraban en las fotos encontradas. Era muy complicado identificar a cada uno. Al final quedó claro que de todos ellos muchos no estaban muertos, inclusive se sabía que acaso disfrutaran el tratamiento sádico de Robert Berdella. Muchos otros hombres habían estado en la casa del sospechoso sin ser requeridos para favores sexuales. Era difícil de creer pero Berdella de entre todas sus posibles víctimas elegía solo a algunos para someterlos a la esclavitud sexual. El primer cráneo resultó pertenecer a Larry Pearson y la policía procedió a acusarlo de homicidio.

En un rápido movimiento Berdella se declaró culpable de la muerte de Pearson. Usualmente hubiera sido al contrario, pero el argumento detrás del audaz giro de su defensa fue evitar la pena capital si se encontraba evidencia de varios crímenes en su contra. Así por un solo asesinato y estableciendo ciertos atenuantes podían bajar de grado la sentencia del juez. Después de la identificación positiva de los restos de Sheldon el fiscal buscaba la pena de muerte, y esta vez la defensa ofreció un trato. Robert Berdella realizaría una completa confesión de todos sus crímenes a cambio de cadena perpetua. El trato fue aceptado. La necesidad de conocerlo todo al detalle, en aras de las víctimas pesó más que freír en la silla eléctrica a Robert Berdella.

Comenzando el 13 de diciembre y bajo juramento la declaración fue registrada y duró cerca de 3 días. Al final el documento llenaba más de 700 páginas. Después de un corto juicio Berdella comenzó a purgar su condena. La prensa aún perpleja por la increíble historia que acababa de surgir no soltaba al homicida acusándolo una y otra vez de ser satánico y asesino. En respuesta Berdella declaró que era una persona normal y buena, muy a pesar de sus anteriores actos y para demostrarlo constituyó un fondo para las familias de sus víctimas con una suma inicial de 50,000 dólares.

Después de permanecer solo cuatro años en prisión, Berdella falleció el 8 de octubre de 1992 de “causas naturales” aunque algunos sugieren que fue envenenado en prisión. Una de sus últimas quejas fue que los guardias no le suministraban sus medicamentos para el corazón. Los restos de todas sus víctimas nunca fueron encontrados. Se piensa que aún permanecen en el relleno sanitario donde descargaba el camión de la basura que pasaba por Charlotte Street.

JUANA BARRAZA SAMPERIO



Juana Barraza Samperio nació a las 8:30 horas, el viernes 27 de diciembre de 1958 en el municipio de Epazoyucan, Hidalgo, México, sus padres fueron Trinidad Barraza Ávila y Justa Samperio quienes nunca se casaron, vivieron en unión libre por cuatro o cinco años. Barraza posee conocimientos de enfermería y se dedicó también en algunas ocasiones a la lucha libre (bajo el seudónimo de «La Dama del Silencio»).

Barraza se ha convertido en uno de los casos más interesantes dentro de la historia criminal en México, ya que durante muchos años se mantuvo la comisión de sus crímenes sin ser capturada, y por la semejanza de su modus operandi con el de famosos asesinos en serie de otros países, como Thierry Paulin.

Todas las víctimas de la asesina eran ancianas, quienes en su mayoría vivían solas. Las muertes eran provocadas por golpes, heridas de armas punzo cortantes o estrangulación, con robos materiales a las víctimas inmediatamente después de ser asesinadas. En cada asesinato que cometía siempre vestía de rojo. En casos aislados, se encontró evidencia de abuso sexual en las víctimas.

En el transcurso de las actividades criminales de «La Mataviejitas», las autoridades policíacas fueron duramente criticadas por los medios de comunicación puesto que, todavía a finales del 2005, asumían un «sensacionalismo mediático» respecto a un asesino en serie. Asimismo, se criticó el hecho de que el asesino era buscado, tal vez inútilmente, entre las prostitutas y/o travestis de la Ciudad de México.

De hecho, durante la cacería de la asesina, Bernardo Bátiz, entonces Procurador de Justicia de la Ciudad de México, había indicado que «El Mataviejitas» era «brillantemente listo» (creyéndose hasta ese momento que se trataba de un hombre y no de una mujer) que cometía sus crímenes después de un corto período durante el cual se ganaba la confianza de sus víctimas.

Los oficiales que investigaban el modus operandi del asesino sospecharon que «El o La Mataviejitas» se presentaba ante sus víctimas como trabajador social del gobierno (enfermera), ofreciendo programas de beneficencia para personas de la tercera edad.

La búsqueda de la asesina fue complicada debido al cúmulo de evidencias contradictorias. En un punto de la investigación, la policía conjeturó que eran dos asesinos los que podrían

estar implicados. También se puso singular atención en la extraña coincidencia de que por lo menos tres de las víctimas del asesino poseían una copia de una pintura del siglo XVIII, «Niño en Chaleco Rojo», del artista francés Paul Cézanne.

Interesantemente, antes de la captura de la presunta asesina, las autoridades mexicanas divulgaban declaraciones de testigos que señalaban que el asesino usaba ropa de mujer para acceder a los apartamentos de las víctimas.

En uno de los casos, uno de los testigos observó a una «mujer grande con una blusa roja» salir del hogar de una de las mujeres asesinadas. Ello fue importante para los criminólogos, forenses y detectives puesto que había grandes paralelos entre «La Mataviejitas» y Thierry Paulin.

Bajo ese contexto, se atribuyó al asesino (presumiblemente varón) la posibilidad de una doble personalidad. Otra observación interesante hecha por los investigadores fue la extraña coincidencia de que algunas de las víctimas de la asesina en serie eran de origen español.

El mayor avance en el caso ocurrió el 25 de enero de 2006 cuando se arrestó a una persona sospechosa huyendo del hogar de la última de las víctimas atribuidas a la asesina. La víctima, Ana María de los Reyes Alfaro, de 82 años de edad, residente de la colonia Moctezuma 1a sección en la ciudad de México, había sido estrangulada con un estetoscopio, siendo varias veces apuñalada con un cuchillo ranger militar.

Para sorpresa de muchos, que aseguraban que el asesino era hombre, la persona detenida fue Juana Barraza Samperio, de entonces 48 años. En pruebas preliminares, Barraza se asemejaba bastante a un modelo de arcilla que describía las características faciales del asesino: Persona de cabello tupido, teñido de color rubio y rostro de facciones duras. Al ser detenida portaba un estetoscopio, formas de solicitud de pensión para adultos mayores y una tarjeta que la identificaba como trabajadora social.

Preliminarmente, la policía de la ciudad de México no pudo detenerla antes ya que no se contaba con huellas dactilares completas que pudieran dar la identidad de la asesina, en las escenas del crimen no se encontraban completas sino solo fragmentos de ellas, por lo cual no se podía tener una prueba para detener a alguien.

Se dice que, al momento de ser capturada, la presunta asesina confesó haber asesinado a la anciana, Ana María de los Reyes Alfaro y a otras tres mujeres, pero negó estar implicada en el resto de los asesinatos. Ella comentó a los reporteros que había visitado la casa de Ana María de los Reyes Alfaro en búsqueda de trabajo como lavandera. «Ustedes sabrán por qué lo hice cuando lo lean de mi declaración ministerial» finalizó Barraza Samperio.

A través de entrevistas realizadas a la detenida por la Dra. Feggy Ostrosky-Solís, directora del Laboratorio de Neuropsicología y Psicofisiológica de la Facultad de Psicología de la UNAM, le practicó estudios a Juana Barraza alias «La Mataviejitas», se conoció que parte de su conducta criminal venía a ser un reflejo de la violación que sufrió durante su niñez; Justa Samperio, la madre de «La Mataviejitas» era una alcohólica y en una reunión con otras personas, la madre de «La Mataviejitas» accedió a que tres hombres tuvieran acceso carnal con la menor a cambio de unas cervezas.

Es entonces que producto de este trauma (el que fue más adelante agrandado, cuando el hijo mayor de Juana, José Enrique Lugo Barraza, es asesinado por una pandilla en plena calle a los veinticuatro años de edad), «La Mataviejitas» acarrea un gran problema psicológico que de un momento a otro en su vida es resaltado en el primer homicidio que realiza, donde en base a lo manifestado por Barraza cada parte de sus acciones en el homicidio son un reflejo condicionado por el trauma vivido en su niñez.

En 2006, el escritor Víctor Ronquillo publicó el libro Ruda de corazón: el blues de la Mataviejitas, el cual es un reportaje novelado que narra los asesinatos de Juana Barraza Samperio, la obra es el resultado de una investigación biográfica que llevó a cabo el autor sobre esta asesina serial.

En 2010 en la tercera temporada de la serie de televisión mexicana Mujeres asesinas, existe un episodio recreando el caso de Juana Barraza Sampeiro, titulado: Maggie, pensionada donde «Juana» fue interpretada por la actriz Leticia Perdigón.

Policías del Distrito Federal detuvieron la tarde de este miércoles a una mujer luego de que presuntamente quitó la vida a una anciana en su domicilio en la Colonia Moctezuma.

De acuerdo con información de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (PGJDF), Ana María Reyes González, de 82 años de edad, fue encontrada muerta en el número 21 de la calle José J. Jasso, en dicha colonia de la Delegación Venustiano Carranza.

La presunta homicida fue detenida luego de que salió corriendo de dicho inmueble, y espera ser trasladada a la Fiscalía de Homicidios de la PGJDF que conocerá el caso.

Cae «La Mataviejitas»
Noticieros Televisa

Confirma la PGJDF la detención de la asesina de adultas mayores; se trata de Juana Barraza, una mujer de 48 años dedicada a la lucha libre

En su primera declaración reconoció varios crímenes. Esta noche el procurador Bernardo Bátiz confirmó que asesinó al menos a 10 víctimas.

En sólo tres años se convirtió en el homicida serial más buscado en México, y digo homicida porque nunca se logró establecer si era mujer u hombre.

Varios rostros elaborados por testigos se distribuyeron por toda la capital del país, siguiendo sus patrones de conducta se esperaba que atacara en cualquier momento. Huellas dactilares dejadas en las escenas del crimen por la homicida, fueron valiosas para que se cotejaran con la detenida Juana Barraza.

Todas sus víctimas fueron mujeres de entre 64 y 79 años edad, en todos los casos la víctima vivía sola, en casa particular o departamento, todas fueron estranguladas. La homicida serial utilizó piolas, cordones de cortina, mascaradas, e incluso la propia ropa interior de la víctima.

La mayoría de las víctimas vivían en las delegaciones Cuauhtémoc, Benito Juárez, Iztapalapa, Venustiano Carranza y Gustavo A. Madero.

Su primer contacto con el homicida se registró en parques públicos o en la periferia de unidades habitacionales. Esta noche, esta presunta homicida declara en las instalaciones de la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal.

En sólo tres años se convirtió en el homicida serial más buscado en México.

Sobre su identidad se manejaron diferentes hipótesis.

Nunca se logró establecer con precisión si era hombre o mujer.

La policía dio a conocer varios rostros elaborados por testigos.

El homicida serial de mujeres de la tercera edad rompió el patrón de su conducta criminal en los últimos meses.

No había atacado y la policía esperaba que en cualquier momento lo hiciera.

Operativos con gente encubierta como señuelo, carteles y constantes avisos a la opinión pública fueron las herramientas para intentar detenerlo.

La Procuraduría de Justicia del Distrito Federal buscó al homicida serial relacionado con al menos 4 de los 31 casos registrados desde el año 2003; pero se asegura que son hasta 10.

Y es que mantuvo siempre un patrón de conducta criminal al momento de causar la muerte.

El homicidio serial siempre actuó con limpieza en la escena del crimen, tenía la precaución de limpiar sus huellas.

Sin embargo, peritos de la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal localizaron fragmentos dactiloscópicos en lugares como la parte interna de la perilla de una puerta y atrás de portarretratos.

Todas la víctimas fueron mujeres, de entre 64 y 79 años de edad.

En todos los casos la víctima vivía sola, en casa particular o departamento.

Una de las últimas víctimas fue Ana María Velásquez de 64 años.

La causa de muerte se determinó como asfixia por estrangulación.

Guadalupe Núñez Almazán de 79 años y Emma Reyes Peña de 78 años, también murieron por esa causa.

La mayoría de las víctimas vivían en las delegaciones Cuauhtémoc, Benito Juárez, Iztapalapa, Venustiano Carranza y Gustavo A. Madero.

Su primer contacto con el homicida se registro en parques públicos o en la periferia de unidades habitacionales.

Esta ola de muerte al parecer llegó a su fin.

Juana Barraza, quien fue identificada como «La Mataviejitas» y detenida este miércoles en el Distrito Federal, reconoció haber cometido tres homicidios de ancianos, aunque por sus huellas digitales se le relaciona con 10 asesinatos más, dijo el procurador capitalino Bernardo Bátiz.

En entrevista telefónica con Carlos Loret de Mola, para Primero Noticias, Bátiz Vázquez advirtió que a pesar de la detención de «La Mataviejitas», la posibilidad de que alguien cometa crímenes contra adultos mayores siempre está latente, aunque por lo pronto – aclaró- no existe otro homicida serial.

Una denuncia oportuna logró la detención

A las 4:00 de la mañana de este jueves, concluyó la presentación y declaración de Juana Barraza Samperio, señalada por las autoridades locales como la asesina serial de adultos mayores.

Alejandro Encinas, jefe de Gobierno del Distrito Federal, informó en su conferencia de prensa matutina que una denuncia oportuna de un vecino de la colonia Moctezuma fue la clave para poder capturar a la también conocida como «La Mataviejitas».

«Se empiezan a acreditar todos los datos que se habían venido integrando en un esfuerzo conjunto muy importante del Gobierno de la ciudad, está acreditado ya por lo menos la responsabilidad sobre 10 de los homicidios, habrá que continuar con las líneas de investigación que tenemos para esclarecer todos», explicó Encinas Rodríguez.

El titular del Gobierno capitalino dijo que luego de la captura de Barraza Samperio, la prueba más contundente de su participación en al menos 10 homicidios, es la identidad entre las huellas dactilares.

Alejandro Encinas invitó a la conferencia de prensa de la mañana de este jueves a los policías Marco Antonio Cacique y José Ismael Alvarado, quienes fueron los responsables de detener a la presunta asesina serial.

Sin embargo, el jefe de Gobierno dijo que la captura de esta persona ha sido un esfuerzo de investigación entre la Procuraduría capitalina y la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal (SSP-DF).

El jefe de Gobierno hizo un balance de la muerte de adultos mayores en el Distrito Federal. «Andamos en la cifra de 49, desde 1998 a la fecha, y en este caso ya se han aclarado ocho con cinco detenidos. Aquí se acreditan claramente 10 por una sola persona y esperamos que sigamos esclareciendo estos crímenes», explicó Encinas Rodríguez.

El titular del Gobierno del Distrito Federal dijo que para evitar informaciones no válidas, el único funcionario que podrá hablar sobre este caso será el procurador Bernardo Bátiz.

Los dos policías preventivos del Distrito Federal que lograron la captura de la presunta homicida serial de ancianos, estuvieron con el jefe de Gobierno del Distrito Federal, Alejandro Encinas.

La mañana de este jueves, autoridades capitalinas anunciaron que los policías, José Ismael Alvarado Ruiz y Marco Antonio Cacique Rosales, serán premiados.

«Como policías del mes les será entregado dos estímulos: uno por parte del Gobierno de la ciudad, que consistirá en un departamento a cada uno de ellos, y otro por parte de la Policía capitalina, que serán 100 mil pesos en efectivo a cada uno de ellos», informó el secretario de Seguridad Pública del Distrito Federal (SSP-DF).

Subirán de rango: a partir de este jueves serán policías Primero.

Por su parte, el procurador del Distrito Federal, Bernardo Bátiz, aseguró que la presunta «Mataviejitas», Juana Barraza Samperio, ha confesado otros asesinatos.

«Está confesa por el caso de ayer (miércoles) y dos más que relata sin precisar, con mucha vaguedad. Dice que en Coyoacán mató a otra persona y reconoce dos casos, los reconoce ella dos más, pero seguramente irá reconociendo otros», comentó el titular de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (PGJDF).

Bátiz Vázquez señaló que se ha comprobado que la mujer detenida este jueves en la colonia Moctezuma, 1a. Sección, actuó en 10 homicidios registrados del 2003 a la fecha. Pero no descartó que Barraza Samperio haya cometido asesinatos desde 1998.

Agentes ministeriales aseguraron esta madrugada la casa en donde vivía Juana Barraza Samperio, presunta homicida en serie de mujeres de la tercera edad, en Ixtapaluca, Estado de México.

A las 2:15 horas de este jueves, Guillermo Sayas, fiscal de Homicidios de la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal, y agentes ministeriales se presentaron en el Centro de Justicia de Ixtapaluca.

Ahí solicitaron al Ministerio Público en turno la preservar de la planta baja casa número 35 de la calle Abetos, en la colonia Izcalli como parte de las diligencias del caso.

El fiscal dijo que esta medida es parte de las investigaciones para determinar la situación jurídica de Juana Barraza Samperio, detenida por el homicidio de Ana María de los Reyes González, de 82 años, en la colonia Moctezuma, DF, pero que no podía dar más información.

«Estamos trabajando unas diligencias que no puedo dar a conocer por secrecía de la investigación», dijo Guillermo Sayas.

Tras el aseguramiento de la casa, la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal solicitará una orden para realizar el cateo del domicilio en las próximas horas.

El gobierno de la ciudad de México recompensará y reconocerá a Joel López, quien fue la persona que delató a Juana Barraza Samperio, presunta asesina serial de adultos mayores, conocida como «La Mataviejitas».

Alejandro Encinas, jefe de Gobierno del Distrito Federal, fue cuestionado este viernes, en la conferencia de prensa matutina, sobre si el ciudadano que delató ante agentes de la policía a Barraza Samperio recibiría también algún premio.

«Así es, estamos estableciendo contacto con él, es probable que nos reunamos a la brevedad... aquí se trata de un ciudadano, tenemos que conocer su situación particular y, por supuesto, estamos en la idea de hacer un reconocimiento, en el ánimo de fortalecer la participación ciudadana en la denuncia de delitos», dijo Encinas.

Joel López fue quien alertó a los policías Marco Antonio Cacique y José Ismael Alvarado sobre esta presunta asesina serial, el pasado miércoles, en la colonia Moctezuma, primera sección de la Ciudad de México.

Sin embargo, aún no queda claro cual será el monto del premio o gratificación que recibiría este ciudadano por parte de las autoridades capitalinas.

«En este caso específico, queremos platicar con el interesado para que este estímulo esté acorde con sus necesidades. Ya lo veremos», señaló el jefe de Gobierno.

Los dos policías que detuvieron a «La Mataviejitas» recibieron por parte del gobierno del Distrito Federal y la Secretaría de Seguridad Pública Capitalina un departamento y 100 mil pesos cada uno por esta captura.

Juana Barraza Samperio, conocida como «La Mataviejitas», se encuentra ya en el penal de Santa Martha Acatitla, acusada de los delitos de homicidio calificado y tentativa de homicidio.

Fuentes de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (PGJDF) indicaron que la mujer ingresó poco después de las 7:00 horas de este viernes al penal, y que su traslado se llevó a cabo en medio de estrictas medidas de seguridad.

A las 7 de la mañana de este viernes ingresó a la Penitenciaría de Santa Martha Acatitla, Juana Barraza Samperio, de 48 años, presunta asesina serial de ancianas.

Abordo de una patrulla de la Policía Judicial del Distrito Federal, que era escoltada por otra unidad policiaca, Barraza Samperio salió del edificio de la Procuraduría capitalina, alrededor de la 5:30 de la mañana.

La supuesta «Mataviejitas» fue consignada por los delitos de homicidio y robo agravado diversos, en cuatro casos.

El Ministerio Público (MP) dejó abierto el expediente para investigar y determinar si Barraza Samperio es responsable de otros siete homicidios de mujeres adultas mayores.

La Procuraduría capitalina informó que a Juana Barraza Samperio se le comprobaron cuatro asesinatos, con base en sus huellas dactilares: el de Luz María González Anaya,

de 64 años, ocurrido el 25 de noviembre del 2002 en un departamento de la colonia Revolución Popular, en Coyoacán; el de María Imelda Estrada Pérez, de 73 años, cometido el 17 de noviembre del 2004, en la calle de Imperio de la colonia Industrial, delegación Gustavo A. Madero; el de Ema Armenta Aguayo, de 80 años, ocurrido el 21 de julio del 2005, en la calle de Farol, colonia Narciso Mendoza, en Coyoacán, y Ana María de los Reyes, de 82 años, cometido el miércoles pasado en la calle de José Jasso 21, en la 1a. sección de la colonia Moctezuma.

Este mismo viernes, la Procuraduría del Distrito Federal presentó el pliego consignatorio ante el juez en turno de la Penitenciaría femenil de Santa Martha Acatitla para que Juana Barraza pueda rendir su declaración preparatoria en las próximas horas.

Se reservó el derecho a rendir su declaración preparatoria, ante el Juzgado 67 Penal de la Penitenciaría de Santa Martha Acatitla, Juana Barraza Samperio, presunta multihomicida de adultos mayores.

La Procuraduría capitalina sólo la consignó por robo y el homicidio de la señora Ana María Reyes, crimen ocurrido el pasado miércoles en la colonia Moctezuma y que motivo su captura.

«Pero ahorita nada más viene por homicidio y robo, por lo de la señora Ana, que ese fue casi en flagrancia, y ya vienen los demás expedientes que se van a trabajar», dijo Ofelia Urtuzástegui, fiscal de Procesos Penales de la PGJDF.

Vestida ya con el uniforme reglamentario del penal, la llamada «Mataviejitas», fue presentada en la rejilla de prácticas en punto de las 5:45 de la tarde.

Asesorada por el defensor de oficio, Juan Mendoza Yarze, porque aseguró que no sabe leer ni escribir, se le explicó el desarrollo de la diligencia y la acusación que le imputan.

Juana Barraza, de 48 años de edad, dio sus generales. Dijo ser de oficio lavandera y que percibía 350 pesos a la semana sólo cuando la contrataban. Preciso que no fuma, no toma ni ingiere drogas. Aseguró que profesa la religión católica y reveló que su pasatiempo era ver la lucha libre.

Enrique Juárez, Juez 67 Penal, determinará a más tardar el próximo lunes la situación legal de la hora consignada.

Juana Barraza Samperio, presunta multihomicida de adultos mayores, fue declarada formalmente presa.

Este lunes, Enrique Juárez, juez 67 Penal de la Penitenciaría de Santa Martha Acatitla, notificó que es presunta responsable de homicidio calificado en contra de la señora Ana María Reyes.

Delia Valencia, secretaria de Acuerdos del Juzgado 67 penal, resolvió: «siendo las 15:30 horas del día 30 de enero del año 2006 se decreta a Juana Barraza Semperio o Juana Barraza Samperio, su formal prisión o preventiva».

Crimen ocurrido el pasado miércoles en la colonia Moctezuma, y que motivó su detención.

No alcanza libertad provisional bajo fianza.

Ofelia Urtusuastegui, fiscal de Procesos Penales de la Procuraduría Capitalina, aseguró que se continúa integrando otra averiguación previa en contra de la llamada «Mataviejitas» para anexarla al expediente ya instruido en su contra.

«Si así es. Éstas se van a trabajar sin detenido» dijo la fiscal.

¿Por cuántos homicidios sería la consignación?

«Hay bastantes, no le podría decir por cuantas personas, pero sí, se está trabajando», respondió Urtusuastegui.

De resultar penalmente responsable de este homicidio por el cual se le sigue un juicio ya a Juana Barraza Samperio, podría ser sentenciada hasta con 50 años de prisión, tan solo por este asesinato.

Luego de 20 días de arraigo domiciliario, la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (PGJDF) determinó levantar dicha medida cautelar contra Oliver Guzmán López, a quien se le vinculó con «La Mataviejitas».

Guzmán López fue detenido el 10 de enero pasado, luego de que dos personas supuestamente lo vieron merodeando algunos lugares donde vivían personas de la tercera edad, y quien supuestamente vestía una bata blanca.

El presunto cómplice de Juana Barraza Samperio, alias «La Mataviejitas» finalmente salió a trabajar este martes y pintó el rótulo de un negocio en la delegación Iztapalapa, donde reside con su familia.

Guzmán López habita en la colonia José López Portillo de Iztapalapa, junto con su esposa y tres hijos, y reconoció que fue difícil el arraigo, principalmente porque él es el único proveedor de dinero en su casa.

En breve entrevista, quien durante un tiempo también fue indocumentado y laboró en Filadelfia, Estados Unidos, reiteró su inocencia y sostuvo que él no tiene nada que ver ni con Barraza Samperio ni con otros luchadores.

Según las propias palabras de Oliver Guzmán, aún cuando la PGJDF le levantó la medida de arraigo le informó que continuará sujeto a investigación, y que de ser necesario se le llamará a declarar de nueva cuenta.

Dos de los testigos de la PGJDF identificaron a este trabajador como la persona que merodeaba las casas de las personas de la tercera edad, como una señora de 87 años, residente de Coyoacán, quien afirmó que fue agredida por Guzmán López.

La Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal ya comprobó la participación de Juana Barraza Samperio, conocida como «La Mataviejitas» en 11 homicidios de mujeres adultas mayores.

La próxima semana, el Ministerio Público enviará al juez 67 Penal de la Penitenciaría de Santa Martha Acatitla, todas las pruebas que incriminan a Barraza Samperio.

Bernardo Bátiz, procurador del DF, dijo que «las pruebas de comparación de las huellas ya fueron verificadas, tenemos 11 casos más por los que la vamos a consignar también; como ella está detenida y está en proceso no tenemos mucha prisa, pero queremos ya que la semana próxima quede hecha la consignación».

De acuerdo con el procurador Bernardo Bátiz, los 11 asesinatos los cometió Juana Barraza del año 2002 a la fecha.

Confirmó que Oliver Guzmán, quien estaba arraigado y bajo investigación por su probable participación en el asesinato de María de los Ángeles Repper, de 92 años, en la colonia Escandón, ya fue liberado.

«Solicitamos al juez que levantara el arraigo. Él queda libre con las reservas de la ley y vamos a seguir investigando», agregó el procurador.

Bernardo Bátiz señaló que algunas personas que practican la lucha libre, y que conocían a Barraza Samperio, han sido interrogadas.

«Han declarado ya dos luchadores, ya han declarado con este motivo y está la averiguación en su curso», explicó Bátiz.

El procurador del DF no descartó la presunta complicidad de algunas personas conocidas por Juana Barraza, en los asesinatos de ancianas.

Hace 10 años la carrera delictiva de Juana Barraza Samperio pudo haber terminado, pero no fue así. En 1996 el entonces policía judicial del Estado de México, Moisés Flores Domínguez, detuvo a la presunta asesina de adultos mayores, pero la dejó escapar, luego de extorsionarla.

«Por la cantidad de 12 mil pesos a la señora Juana Barraza, en 1996, cuando ésta se dedicaba al robo a casa habitación», señaló Alfonso Navarrete Prida, procurador del Estado de México.

En ese año, 1996, el policía judicial Flores Domínguez mantenía una relación sentimental con Araceli Tapia Martínez, quien le propuso extorsionar a su amiga y comadre.

«Yo de lo único que supe es que había cometido un robo en el Distrito Federal, nunca se me precisó en qué lugar ni bajo qué circunstancias, solamente que había cometido un robo», apuntó Moisés Flores, comandante de aprehensiones de la PGJEM.

Un año después, en 1997, Juana Barraza Samperio fue nuevamente detenida, pero ahora por agentes judiciales de la Ciudad de México.

«Yo conocía a un policía judicial del Distrito Federal, le comenté de la señora que había robado, que la investigara. Ellos la interceptaron y mientras la llevaban al Distrito Federal la señora los acusó de que la estaban tratando de extorsionar y fueron puestos a disposición de un Ministerio Público y consignados ante un juez penal», señaló el comandante Flores Domínguez.

Otra vez libre, Juana Barraza Samperio siguió delinquiendo. Moisés Flores Dominguez fue detenido este miércoles y está sujeto a investigación. Él se desempeñaba como comandante del segundo grupo de aprehensiones de Tlanepantla.

Plena identificación de testigos, huellas dactilares y el mismo modus operandi, son las pruebas que presentará la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal para involucrar a Juana Barraza en un total de 11 homicidios.

La presunta multihomicida dejó huellas claras de la mano derecha en cuatro diferentes domicilios donde fueron asesinadas mujeres de la tercera edad.

«La victimaria tomó con sus manos una radiografía del hijo de una anciana... Toma con sus manos la radiografía y estampa sus huellas, estas huellas cotejadas con nuestro sistema nos dieron positivo en lo que hace a cinco homicidios, a cuatro homicidios perdón...», comentó el subprocurador Renato Sales Heredia.

De esta forma se logró establecer que Juana Barraza participó en el homicidio de Luz María González Anaya de 64 años de edad, crimen ocurrido el 25 de noviembre del 2002 en un edificio de departamentos de la Colonia Revolución Popular de la Delegación Coyoacán.

También se le consignará por la muerte de María Imelda Estrada Pérez de 73 años, a quien asesinó el 17 de noviembre del 2004 en la Colonia Industrial, en Gustavo A Madero.

De igual forma se encontraron sus huellas en el departamento de la Calle Farol, Colonia Narciso Mendoza, en Villa Coapa. En este sitio fue ultimada Ema Armenta Aguayo, el 21 de julio del 2005.

María Ángel Peper fue estrangulada el 18 de octubre del mismo año.

Durante el cateo realizado en el domicilio de Juana Barraza se encontró la funda de una computadora portátil y la credencial de elector propiedad de la fallecida.

También se encontraron sus huellas digitales en el asesinato de Margarita Redondo Rodríguez ocurrido el 2 de noviembre del 2005 y, María Elisa Pérez, el 13 de abril del mismo año.

Hay homicidios donde sólo se encontraron fragmentos dactilares de Juana Barraza.

Sin embargo, se estableció su participación con base en testigos que la reconocieron y el mismo modus operandi.

«Las pruebas de comparación de huellas ya fueron verificadas, tenemos 11 casos... Eran 10 donde encontramos fragmentos, uno más que se encontró en el dedo meñique hace

unos días, la tentativa y el caso de flagrancia que fue por el que se le detuvo», comentó el procurador del DF, Bernardo Bátiz el 1 de febrero de 2006.

Las víctimas son Andrea Tecante Carreto, estrangulada el 25 de febrero 2004; Estela Cantoral Trejo, el 15 de junio del 2004; Julia Vera Duplan, el 11 de enero del 2005, y Guadalupe Olivera Contreras el 29 de septiembre del 2005.

«Tenemos un común denominador, si vemos por ejemplo aquí, el centro que vincula a estos tres homicidios es un parque, en este caso es el parque de Santa María la Rivera donde esta el kiosko morisco... Las víctimas después de que regresan de un mercado o supermercado porque se encuentra el mandado, se encuentra la bolsa a un lado del cadáver...» informó Renato Sales, subprocurador del DF.

Este miércoles la procuraduría capitalina informó que se encuentra bajo investigación Araceli Tapia, amiga de la presunta homicida serial.

Hace unos minutos fue consignada a la Penitenciaría de Santa Martha Acatitla Araceli Tapia Martínez, de 37 años, por falsedad de declaraciones.

Tapia fue detenida por ser amiga de Juan Barraza Samperio, detenida el 25 de enero por ser la presunta «Mataviejitas».

Fue trasladada de la Fiscalía de Homicidios, en una patrulla de la Policía Judicial, escoltada por cuatro elementos de esta corporación, hacia la penitenciaría de Santa Martha Acatitla.

La Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal aclaró que la consigna es por falsedad de declaraciones y no por ser cómplice de Juana Barraza.

Tapia fue detenida el 31 de enero en el municipio de Chalco, Estado de México.

La tarde de este jueves, Araceli Tapia Martínez, amiga de Juana Barraza Samperio, presunta «Mataviejitas», fue trasladada a la Penitenciaría femenil de Santa Martha Acatitla.

Veinte minutos antes de las tres de la tarde, cuatro agentes judiciales la trasladaron en esta patrulla, de la Fiscalía de Homicidios de la Procuraduría del Distrito Federal, en la colonia Doctores hacia la Penitenciaría, en Iztapalapa.

Antes de partir a prisión, Araceli se despidió de su esposo. A las 4 de la tarde, Araceli Tapia, de 37 años, ingresó a la Penitenciaría Femenil de Santa Martha Acatitla.

La mujer quedó a disposición del Juez 67 Penal, Enrique Juárez, por el delito de falsedad en declaraciones.

La Procuraduría del Distrito Federal la consignó por este delito, ya que primero declaró conocer a Juana Barraza – presunta homicida serial de ancianas -, desde hace 10 años, pero desde hace 9 años no tenían contacto.

Supo de ella a través de televisión, cuando fue detenida el pasado 25 de enero, en la colonia Moctezuma.

Sin embargo, en una segunda declaración, Araceli Tapia aseguró conocer a Barraza Samperio desde hace 12 años.

Dijo que desde 1995 ambas se disfrazaban de enfermeras y visitaban a ancianas en sus domicilios.

El objetivo era robar joyas y dinero en efectivo. Tapia Martínez declaró que hace 2 años, Juana Barraza la amenazó de muerte si revelaba a la policía sobre los robos que cometían contra las adultas mayores.

El delito de falsedad en declaraciones es considerado como grave, por lo que no alcanza libertad bajo fianza. A las 10 de la mañana de este viernes, Araceli Tapia rendirá su declaración preparatoria.

La Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (PGJDF) solicitó este viernes formalmente ante el Juzgado 67 Penal de la Penitenciaría de Santa Martha Acatitla, procese a Juana Barraza Samperio, conocida como «La Mataviejitas» por tres homicidios más de adultas mayores.

Se trata de tres crímenes registrados en la Ciudad de México durante los años 2002, 2004 y 2005.

Asesinatos en perjuicio de las señoras María Imelda Estrada, de 73 años de edad, ocurrido el 17 de noviembre de 2004 en el interior de su domicilio de la colonia Industrial Vallejo.

También de Ema Armenta, de 80 años, crimen perpetrado el 20 de mayo de 2005 en su departamento ubicado en la Unidad Narciso Mendoza de Tlalpan.

Por último, el expediente incluye el homicidio de Luz María González, de 64 años de edad, registrado el 25 de noviembre de 2002 en la colonia Revolución popular de Coyoacán.

Enrique Juárez, juez 67 Penal, tiene como plazo máximo para determinar si enjuicia por estos tres crímenes a la llamada «La Mataviejitas» el próximo 14 de febrero.

Actualmente Juana Barraza se encuentra presa en la penitenciaría femenil de Santa Martha Acatitla.

Enfrenta un juicio por homicidio calificado en contra de la señora Ana María de los Reyes, ocurrido el pasado 25 de enero en la colonia Moctezuma, que luego de consumado permitió su captura.

El procurador capitalino, Bernardo Bátiz, descartó que policías del Distrito federal hayan detenido y extorsionado hace seis años a la homicida serial de personas de la tercera edad, Juana Barraza Samperio.

Desacreditó el testimonio de un agente ministerial del Estado de México, quien confesó que también extorsionó a la llamada «Mataviejitas».

«Él señala, sin dar mayores datos, sin precisar nada, que también fue Juana Barraza extorsionada por policías del Distrito Federal, sin embargo, sobre eso no hay ninguna evidencia, ni ningún dato más que el dicho de ese policía, no hay ninguna constancia de que haya sido detenida», aseguró el titular de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (PGJDF).

El procurador capitalino informó este sábado que enviarán al Estado de México copias certificadas de la declaración de Araceli Tapia Martínez, quien fue consignada por falsedad en declaraciones en torno a su amistad con la asesina serial y que también conocía al judicial mexiquense.

El procurador Bátiz señaló, de igual forma, que hasta el momento no se tiene la certeza de que exista un cómplice de «La Mataviejitas».

«En muchos de los casos de los homicidios tenemos la certeza de que ella actuó sola, algunos pudiera ser que tuviera algún apoyo externo de alguien que la esperara y es lo que estamos investigando, pero no tenemos todavía algo definitivo», aseguró.

Bernardo Bátiz confirmó que el Ministerio Público consignó tres casos de homicidio más en contra de la asesina serial y que la próxima semana se enviarán los otros siete expedientes que están pendientes.

El procurador capitalino, Bernardo Bátiz Vázquez, aseguró que investigan y verifican las declaraciones de testigos que refieren que «La Mataviejitas», Juana Barraza Samperio, en ocasiones actuaba con un cómplice.

Entrevistado al término de la reunión del gabinete de seguridad, señaló que la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (PGJDF) indaga esa situación, pues existen versiones de que un hombre la esperaba en un taxi afuera de las casas, donde cometía los homicidios, o caminaba por el lugar para darle apoyo.

Además –dijo– la dependencia a su cargo investiga para precisar si en algunos homicidios actuaba con otra persona, aunque en su declaración, Juana Barraza manifestó que lo hacía sola, localizaba a las víctimas, cometía los atracos y las mataba.

Bátiz Vázquez destacó que evalúan los casos de homicidios que se tienen para detectar si «La Mataviejitas» es responsable de alguno, y se revisan los casos registrados en los últimos años, sin embargo hasta el momento no se tienen resultados.

Mencionó que la Procuraduría capitalina está en la mejor disposición de apoyar en la investigación que realiza su homóloga del estado de México sobre la extorsión de que fue víctima Barraza Samperio hace varios años por un elemento de esa corporación y quien fue puesto en libertad, tras haber prescrito el delito.

La Procuraduría General de Justicia del Estado de México (PGJEM) tendrá que indagar si existe un registro de algún asesinato donde haya participado Juana Barraza.

Para ello –puntualizó- la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal está en la mejor disposición de proporcionarle todos los elementos que se tienen y las huellas para realizar los comparativos.

Araceli Tapia Martínez, presunta cómplice de Juana Barraza Samperio, conocida como «La Mataviejitas», enfrenta ya un juicio formal, o con derecho a obtener su libertad provisional bajo fianza.

Este miércoles Enrique Juárez, juez 67 Penal de la Penitenciaría de Santa Martha Acatitla, le reclasificó el delito de falsedad en declaraciones agravado, por el que inicialmente fue consignada, a sólo falsedad en declaraciones, ilícito no considerable como grave, lo que le permite salir en libertad bajo reservas de ley.

Delia Valencia, secretaria de Acuerdos Juzgado 67 Penal, decretó a Araceli Tapia Martínez su formal prisión «como probable responsable de falsedad ante autoridad, hipótesis de que al declarar ante autoridad en ejercicio de sus funciones faltare a la verdad, en relación con los hechos que motivan la intervención de ésta».

Acusación derivada de declaraciones falsas emitidas ante el Ministerio Público (MP) sobre su presunta relación y participación con Juana Barraza en asesinatos y robos cometidos en perjuicio de adultas de la tercera edad.

Araceli Tapia podría alcanzar su libertad mediante una fianza y así enfrentar su juicio.

Este jueves, el juez Juárez Saavedra determinará el monto de la caución.

El juez 67 en Materia Penal radicado en el penal de Santa Martha Acatitla, Enrique Juárez Saavedra, concedió la libertad bajo fianza a Araceli Tapia Martínez, presunta cómplice de Juana Barraza Samperio, la Mataviejitas.

Juárez Saavedra reclasificó el delito de falsedad de declaraciones y fijó el pago de 44 mil pesos para que Tapia Martínez recobre su libertad, más la cobertura de 30 mil pesos adicionales por el pago de obligaciones procesales.

El juez aclaró que la acusada aún está sometida a proceso, pero que éste puede enfrentarlo fuera de la cárcel, de tal forma que una vez cubierto el monto arriba señalado quedará en libertad, bajo las reservas de la ley.

A su vez, la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (PGJDF) afirmó que apelará la determinación del juez de la causa, pues considera que el delito que se le atribuye no amerita la libertad bajo fianza.

Durante sus declaraciones ministeriales, Araceli Tapia cayó en diversas contradicciones. Inicialmente aseguró que no conocía a Juana Barraza, y después admitió que ambas llegaron a vestirse de enfermeras para acudir a domicilios de algunas mujeres de la tercera edad.

Por ello, la Procuraduría capitalina aseguró que utilizará un recurso de apelación para solicitar que Tapia Martínez permanezca en prisión durante el proceso.

El procurador general de Justicia capitalino, Bernardo Bátiz Vázquez, informó que apelarán la resolución del Juzgado 67 Penal, que consideró que el delito de falsedad de declaraciones en que incurrió Araceli Tapia, presunta cómplice de «La Mataviejitas», no es grave y podrá obtener su libertad.

Entrevistado al término de la reunión del gabinete de seguridad señaló que la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (PGJDF) es respetuosa de la resolución que determinó el juez; sin embargo se solicitará la revisión del caso al Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal.

Dijo que la PGJDF cuenta con huellas de Juana Barraza, «La Mataviejitas», desde finales de 2002 y principios de 2003, y hasta ahora no han encontrado información sobre algún expediente que se le haya abierto por algún homicidio, pero continúa la investigación.

Bátiz Vázquez dijo que hasta ahora la Procuraduría General de Justicia del Estado de México (PGJEM) no ha enviado la información solicitada sobre la presunta responsabilidad de Juana Barraza en un homicidio en el municipio de Ixtapaluca, cinco días antes de ser detenida.

En otro tema, el procurador capitalino expuso que durante la Reunión Plenaria de la Conferencia Nacional de Procuración de Justicia, la PGJDF presentará como aportación un vídeo sobre la preservación del lugar de los hechos de homicidios y accidentes.

Añadió que entre los temas más importantes a tratar está la necesidad de más coordinación para el combate al narcomenudeo y los recursos para este trabajo.

Obtuvo su libertad, mediante una fianza de 44 mil pesos, Araceli Tapia Martínez, presunta cómplice de Juana Barraza Samperio, conocida como «La Mataviejitas».

Sin hacer declaraciones, abandonó la penitenciaria de Santa Martha Acatitla, en punto de las 11:30 de la noche, lugar en donde permaneció ocho días presa.

Araceli Tapia enfrenta un juicio formal, en Juzgado 67 Penal, como probable responsable de falsedad en declaraciones, delito no tipificado como grave. Acusación derivada de declaraciones falsas, emitidas ante la Procuraduría capitalina, de su presunta relación y participación con Juana Barraza Samperio, en asesinatos y robos, cometidos en perjuicio de adultas de la tercera edad.

Como obligaciones procesales Araceli Tapia tendrá que presentarse ante el Juzgado 67 Penal todos viernes a firmar el libro de procesados libres bajo fianza, hasta que concluya su proceso.

José Joel López González, quién el pasado 26 de enero delató a Juana Barraza Samperio como la asesina serial de adultos mayores o «Mataviejitas», fue homenajeado este lunes en la sede del Gobierno del Distrito Federal.

Junto con José Joel López González se reconoció a los policías Marco Antonio Cacique Rosales y José Ismael Alvarado Ruiz, quienes capturaron a «La Mataviejitas».

«Los policías dieron alcance en su huida a esta peligrosa homicida serial de personas de la tercera edad, con esta detención terminó la zozobra y el peligro para las personas que se veían amenazadas con su forma de actuar», destacó el secretario de Seguridad Pública del Distrito Federal (SSP-DF), Joel Ortega.

A los dos policías y al ciudadano que delató a Juana Barraza Samperio se les otorgó una recompensa por 100 mil pesos, así como las llaves de una casa-habitación a cada uno.

Alejandro Encinas, jefe de Gobierno del Distrito Federal, calificó de oportuna y valiente la intervención tanto de José Joel López González, como de los policías Cacique y Alvarado.

«Ha permitido esclarecer uno de los temas mas difíciles para resolver en la ciudad de México y que había causado ya la vida de muchas víctimas. Nos puede permitir hoy, además de la detención de esta persona, tener la certeza de que se trata de la asesina serial que estábamos buscando».

También se reconoció la labor de investigación en este caso que realizaron funcionarios de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (PGJDF).

En la ceremonia, se informó que a partir de este lunes, la Secretaría de Seguridad Pública del Distrito Federal (SSP-DF) iniciará con un programa de recompensas para los ciudadanos que aporten datos para capturar a delincuentes.

Se ofrecen 50 mil pesos por datos que ayuden a la captura del secuestrador Rubén Palacio Rodríguez, quién se escapó del penal de Santa Martha Acatitla el pasado 27 de enero, así como 10 mil pesos por diferentes asaltantes de bancos y cuentahabientes de la ciudad de México.

Contestó Juana Barraza Samperio conocida como «La Mataviejitas», a la acusación de tres homicidios más, de personas adultas mayores, ocurridos en la Ciudad de México, y que le atribuye la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal.

Este martes, Barraza Samperio rindió su declaración preparatoria ante el Juzgado 67 Penal de Santa Martha Acatitla, por esta nueva acusación.

Ahí, aseguró que fue forzada durante su declaración ministerial para autoculparse de más crímenes.

«En que lo que están declarando, yo en ningún momento lo declaré voluntariamente, cada que me bajaban para abajo, a donde supuestamente decían que me iban a llevar, había una persona que me decía, di esto, di lo otro, que era por mi bien, que lo dijera», declaró Barraza.

Ofelia Urtusuástegui, fiscal de Procesos Penales de la Procuraduría Capitalina, contestó al respecto:

«Todos los inculpados pueden decir en su defensa lo que quieran, falta que lo prueben...»

Precisó que las pruebas aportadas en esta nueva acusación en contra de la llamada «Mataviejitas», fueron debidamente sustentadas.

«Están las huellas en diferentes objetos, en los domicilios de las occisas», dijo la funcionaria de la PGJDF.

Enrique Juárez, juez 67 Penal, determinará a más tardar el próximo viernes, si enjuicia por estos tres crímenes a Juana Barraza.

Actualmente Barraza Samperio, sólo enfrenta un proceso por el homicidio de la señora Ana María de los Reyes. Crimen cometido en flagrancia en la colonia Moctezuma y que culminó con la captura de Juana Barraza.

Consignan por tres homicidios más, en perjuicio de igual número de adultas mayores, a Juana Barraza Samperio, alias «La Mataviejitas».

Este martes, en punto de las 4 de la tarde, Enrique Juárez Saavedra, juez 67 Penal de Santa Martha Acatitla, celebrará una audiencia en donde se espera que Juana Barraza rinda su declaración preparatoria.

La Procuraduría capitalina acusa a la llamada «Mataviejitas» de tres homicidios más contra mujeres de la tercera edad, ocurridos en la ciudad de México entre los años 2002 y 2005.

Se trata de los homicidios de la señora María de la Luz González Anaya, de Imelda Estrada Pérez y de Emma Armenta Aguayo. Asesinatos que son investigados si tienen relación con Juana Barraza, por las huellas dactilares encontradas en los domicilios de las víctimas y su forma de operar.

Actualmente Juana Barraza enfrenta un juicio formal por el asesinato de la señora Ana María de Los Reyes, ocurrido en la colonia Moctezuma y que luego de consumado este homicidio fue detenida.

El pasado viernes, Juana Barraza Samperio, conocida como «La Mataviejitas», quedó formalmente presa por cuatro asesinatos cometidos contra ancianas.

Este miércoles, el procurador del Distrito Federal, Bernardo Bátiz, aseguró que el Ministerio Público consignó los expedientes de otros tres homicidios, ante el juez 67 penal de la Penitenciaría de Santa Martha Acatitla.

«Ya tenemos siete casos consignados, se están preparando los demás, no queremos ni llenar al juez de trabajo que tuviera que hacer aceleradamente sus análisis de los expedientes, ni nosotros tampoco hacerlo con apresuramientos sin tener bien hechos los pliegos de consignación», informó el titular de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (PGJDF).

Bernardo Bátiz dijo que la Procuraduría capitalina tiene pruebas de que Barraza Samperio cometió por lo menos 15 asesinatos.

«Calculamos terminar en unos 15 por lo pronto», resaltó Bátiz Vázquez.

Las pruebas en contra de la presunta «Mataviejitas» se han basado en sus huellas dactilares que han comparado con las que la policía ha descubierto en varias escenas de crímenes.

Elementos de la Policía Estatal detuvieron este jueves a Antonio Barraza Nuñez, familiar de Juana Barraza Samperio, mejor conocida como «La Mataviejitas», acusado por el delito de narcomenudeo.

Barraza Nuñez, de 49 años, fue aprehendido esta mañana en la calle de Zumpango, colonia La Romana, de este municipio, luego de que Blanca Estela García Abadía lo denunciara por maltrato y venta de drogas al menudeo.

En su declaración ministerial, el detenido admitió que vendía en el mercado negro las joyas y otros objetos que «La Mataviejitas» robaba a sus víctimas.

Barraza Samperio se encuentra recluida en el penal de Santa Martha Acatitla, a quien se le relacionada con al menos seis homicidios de personas de la tercera edad.

Acumulan más acusaciones en contra de Juana Barraza Samperio, alias «La Mataviejitas».

Este viernes la procuraduría capitalina presentó ante el Juzgado 67 Penal de Santa Martha Acatitla, dos averiguaciones previas más, en las que se le culpa de dos homicidios en contra de adultas mayores.

Se trata de los crímenes ocurridos en la Ciudad de México, de Dolores Martínez Benavides, perpetrado el 23 de octubre de 2004 y de Guillermina León Oropeza, registrado el 28 de marzo de 2003.

Estas acusaciones se suman a otras dos solicitudes de consignación por dos homicidios que se le imputan a «La Mataviejitas».

Enrique Juárez, Juez 67 Penal, resolverá a más tardar el próximo 3 de marzo, si proceden las cuatro acusaciones, para anexarlas al expediente instruido en contra de Juana Barraza.

La llamada «Mataviejitas» es procesada formalmente hasta el momento, como probable responsable de 4 homicidios en contra de adultas de la tercera edad.

Así contestó Juana Barraza Samperio, alias «La Mataviejitas», durante su declaración preparatoria, ante el juzgado 67 penal, a la nueva acusación que le hace la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (PGJDF) de dos homicidios más, en contra de adultas mayores.

«Cuando a mi me dijeron declárelo, yo lo declararé, pero de la señora Ana María, no de todas las demás», respondió Juana Barraza.

Reiteró haber asesinado a la señora Ana María de los Reyes en la colonia Moctezuma, crimen por el que fue detenida. Pero rechazó su participación en los dos asesinatos

ocurridos en la ciudad de México en octubre de 2002, de Natalia Torres Castro, y en octubre de 2005, de María de los Ángeles Reter.

Las huellas dejadas por Juana Barraza en ambos domicilios, luego de presuntamente cometer los asesinatos, son las pruebas aportadas por el Ministerio Público, para que se anexen en el expediente ya instruido en contra de la llamada «Mataviejitas» por cuatro homicidios más de adultas mayores.

Enrique Juárez, juez 67 penal de Santa Martha Acatitla, resolverá a más tardar el próximo sábado si declara probable responsable a Juana Barraza Samperio de estos dos crímenes.

De ser así, Barraza Samperio enfrentaría un sólo juicio formal por seis asesinatos de personas de la tercera edad.

Juana Barraza Samperio, alias «La Mataviejitas», es probable responsable de dos homicidios más de adultas mayores.

De acuerdo con la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (PGJDF), con esta nueva acusación, hasta el momento, suman seis los crímenes presuntamente cometidos por la llamada «Mataviejitas».

Este viernes Enrique Juárez, juez 67 Penal de Santa Martha Acatitla, la declaró probable responsable de dos asesinatos más de personas de la tercera edad.

Crímenes ocurridos en el 2003 y 2005, en la Ciudad de México, en contra de Natalia Torres Castro, de 85 años de edad, y de María de los Ángeles Reper, de 92 años de edad.

Las huellas dejadas por Juana Barraza en ambos domicilios, luego de que presuntamente cometió los asesinatos, son las pruebas aportadas por el Ministerio Público para demostrar su culpabilidad.

Terminada esta audiencia, Juana Barraza fue notificada de que se le acusa de más crímenes que le imputa la Procuraduría Capitalina.

Se trata de los asesinatos de María Dolores Martínez Benavides, de 72 años de edad, registrado el 23 de octubre de 2004, en la Unidad Santiago Tlatelolco, y de Guillermina León Oropeza, ocurrido en la Colonia Juárez, en febrero de 2003.

Juana Barraza rechazó esta acusación:

«Que no se engañen ellos mismos, esto es pura política, ¿qué no se agarraron otra más mensa que yo?, porque yo creo que una persona que es ignorante, que no sabe leer ni escribir ¿cómo va a matar a tantísima gente?».

El juez Juárez determinará a más tardar el próximo lunes si integra esta acusación al expediente de Juana Barraza.

De ser así, sumarían ocho los crímenes atribuidos a «La Mataviejitas».

A 41 días de su detención y encarcelamiento por el asesinato en flagrancia de la señora Ana María de Los Reyes, ocurrido en la colonia Moctezuma, este lunes Juana Barraza Samperio fue notificada de su presunta responsabilidad en dos asesinatos más de adultas mayores.

Con esto suman ya ocho los homicidios de mujeres de la tercera edad imputados a la llamada «Mataviejitas».

Ambos crímenes, cometidos en contra de María Dolores Martínez Benavides, ocurrido el 23 de octubre de 2004, en la unidad Tlatelolco, y de Guillermina León Oropeza, perpetrado en la colonia Juárez, en febrero de 2003.

Delia Valencia, secretaria de Acuerdos del juzgado 67 Penal de Santa Martha Acatitla, dijo que fue «como probable responsable de la comisión de delito del homicidio calificado, hipótesis de ventaja, cuando la gente es superior en fuerza física al ofendido, y éste no se haya armado, y por los medios empleados, hipótesis, que se cause por asfixia».

Las huellas digitales dejadas por Barraza Samperio en los dos domicilios, luego de que presuntamente cometió los asesinatos, son las pruebas presentadas por el Ministerio Público(MP) para demostrar su culpabilidad.

Informó que la Procuraduría Capitalina continúa recabando pruebas en contra de Juana Barraza a quien vinculan en cuatro homicidios más, de mujeres de la tercera edad, registrados en el Distrito Federal.

Se aseguró que una vez reunidos los indicios, la averiguación previa pendiente será enviada para su consignación y estudio ante el juzgado 67 Penal de Santa Martha Acatitla para determinar si se anexa al expediente instruido en contra de Juana Barraza Samperio.

Para las autoridades, Juana Barraza Samperio, alias «La Mataviejitas», no esta loca.

«Que ella es una persona que tiene la capacidad de querer y entender el acto que hizo», dijo Ofelia Urtusuástegui, Fiscal de Procesos de la PGJDF.

La defensa intenta demostrar que ella padece de sus facultades mentales.

«La defensa esta tratando de considerar que es in imputable la señora Barraza, pero en este momento no hay pruebas fehaciente y nosotros no tenemos pruebas, dictámenes psiquiátricos», señaló Ofelia Urtusuástegui.

Ofelia Urtusuástegui, Fiscal de Procesos Penales de la Procuraduría Capitalina dijo que el próximo viernes se le podría practicar a Juana Barraza un examen psiquiátrico.

Este miércoles se llevó a cabo la primera audiencia del juicio que enfrenta Juana Barraza por el asesinato de la señora Ana María de los Reyes.

En esta diligencia compareció José Joel Jorge González, testigo del crimen.

El testigo ratificó su denuncia ante el juzgado 67 Penal de Santa Martha Acatitla.

Para esta audiencia también estaban citados para ratificar su denuncia los dos policías que detuvieron a Juana Barraza, pero no se presentaron.

Enrique Juárez, juez 67 Penal, multó con 30 días de salario mínimo a cada uno de los policías y al secretario de Seguridad Pública, Joel Ortega, por no presentar a sus elementos.

La fiscal reveló que está pendiente de resolver si se acumula un noveno crimen atribuido a Juana Barraza. El de María Elena Pérez Moreno, ocurrido el 13 de abril de 2005.

«Tiene el juez hasta el día martes 14 que se le vence el término, para que él nos diga si nos obsequia la orden de aprehensión», dijo Ofelia Urtusuástegui, Fiscal de Procesos Penales de la PGJDF.

Esta semana se determinará si «La Mataviejitas» padece o no de sus facultades mentales.

Acusan de un noveno asesinato, perpetrado en contra de una adulta mayor, a Juana Barraza Samperio, alias «La Mataviejitas».

Se trata del crimen de la señora María Elena Pérez Moreno, registrado en la Unidad San Juan de Aragón, Primera Sección, el 13 de abril de 2005.

Este miércoles, Enrique Juárez Saavedra, Juez 67 penal, le notificó a Barraza Samperio esta nueva acusación que le hace la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal.

Juana Barraza negó los cargos durante su declaración preparatoria.

De nueva cuenta la Procuraduría capitalina aportó como prueba en contra de la llamada «Mataviejitas» por este nuevo homicidio, huellas dactilares, presuntamente dejadas en el domicilio de su víctima.

El Juez Juárez determinará a más tardar el próximo sábado si anexa este crimen al expediente instruido en contra de Barraza Samperio, por 8 homicidios.

De resultar probable responsable de esta nueva imputación, Juana Barraza enfrentaría 9 cargos por igual número de homicidios, cometidos en contra de mujeres de la tercera edad.

También tiene pendiente de que se le practique el examen psiquiátrico solicitado por su defensor de oficio para que se le declare inimputables los homicidios que se le atribuyen, toda vez que asegura que la llamada mataviejitas padece de sus facultades mentales y que en caso de resultar culpable, permanezca en un centro psiquiátrico.

PEDRO ALONSO LÓPEZ



Pedro Alonso López (Ipiales, Nariño, Colombia, 8 de octubre de 1948), también conocido como el Monstruo de los Andes, es un asesino en serie colombiano que tras su captura en 1980 confesó el asesinato de más de 300 niñas y jóvenes en Colombia, Ecuador y Perú. Se le da el crédito de ser la persona con más asesinatos de toda la historia.

Si bien no se pudo establecer con certeza el número de homicidios ya

que buena parte de sus cuerpos no aparecieron y los actos violentos se llevaron en regiones aisladas por ello se carece de cifras confiables. En su confesión reconoció a los investigadores que había asesinado por lo menos a 110 muchachas en Ecuador, 100 en Colombia, y “muchas más de 100” en Perú. Y logró ubicar un campo en Ambato Ecuador donde se hallaron 53 cuerpos, y 4 más en otros lugares. Si bien en otros puntos señalados por él no se hallaron cuerpos. Si se le da crédito a su versión, Pedro Alonso López es el asesino en serie que más asesinatos ha cometido.

Pedro Alonso López nació en el municipio de Ipiales, Nariño y a los seis meses, su madre se mudó a El Espinal departamento de Tolima en 1948 en la época conocida como “La Violencia” periodo de guerra civil no declarada que provocó cerca 200.000 muertes.

Era el séptimo hijo de un total de trece hermanos, hijos de una prostituta de pequeña estatura, y tuvo una infancia infeliz por la violencia, por el excesivo control de su madre y la ausencia de la figura paternal.

En 1957 con 9 años de edad fue sorprendido por su madre intentando mantener relaciones sexuales con su hermana menor y fue desterrado de la casa. Vivió en estado de indigencia como habitante de calle en Bogotá y fue abusado sexualmente. A la edad de 12 años fue adoptado por una familia estadounidense. Pero una nueva agresión sexual por parte de un profesor le hizo huir de nuevo y volver a las calles.

En 1969 con 21 años de edad fue encarcelado por hurto y en prisión fue abusado por tres presos; decidió no volver a ser una víctima y los asesinó días después. Como fue declarada defensa propia, solo se le añadieron 2 años de condena.

A su salida de prisión en 1978, Pedro viajó extensamente por todas partes del Perú. Durante este tiempo, que él más tarde reconoció, había empezado a atacar violentamente y asesinar por lo menos 100 muchachas jóvenes de tribus locales por toda la región. La

verdad es que es imposible verificar estas denuncias, pero lo que sí se sabe es que fue capturado por un grupo de Ayacuchanos, en el centro sur del Perú, mientras intentaba secuestrar a una muchacha de tan solo 9 años de edad.

Los ayacuchanos le despojaron de sus ropas, pertenencias y lo torturaron durante varias horas antes de decidir enterrarlo vivo. No obstante, tuvo la suerte de su lado, porque un misionero americano intervino y convenció a sus captores que el asesinato era impío y que deben entregar a Pedro a las autoridades. Ellos consideraron esta posibilidad y entregaron a su prisionero a las autoridades peruanas. Las autoridades judiciales y policiales no quieren perder el tiempo en investigar la denuncia de las pequeñas tribus y el Gobierno peruano deporta a Pedro a Ecuador.

En su retorno a Ecuador, Pedro empezó a viajar alrededor de la región, incluso frecuentemente se detiene en Colombia. Las autoridades pronto empezaron a relacionar un acrecentamiento en casos de personas desaparecidas, más concretamente a muchachas jóvenes, sin embargo, rápidamente concluyeron que se estaba produciendo debido al crecimiento de la demanda de esclavos sexuales y trata de mujeres.

En abril de 1980, una riada inunda Ambato (Ecuador) y esto causó que las autoridades tomaran de nuevo al archivo de casos de las personas desaparecidas cuando las aguas rabiosas desenterraron los restos de cuatro niñas. Mientras era difícil por los especialistas determinar las causas de las muertes, concluyeron que las muchachas que habían encontrado, obviamente alguien se había tomado las molestias de esconder sus cuerpos a ojos entrometidos.

Días después de la riada, una mujer de la localidad, Carvina Poveda, se dirigía a realizar sus compras a un supermercado local con su hija María, de 12 años de edad, cuando un hombre desconocido intentó raptar a la muchacha. Carvina pidió ayuda para detener al hombre que trataba huir del supermercado con su hija en brazos. Comerciantes locales acudieron rápidamente a prestar su ayuda, capturaron al hombre antes de que pudiera escapar y lo retuvieron hasta la llegada las autoridades.

Pedro se encontraba muy tranquilo cuando la policía llegó a la escena. Cuando regresaron a la comisaría principal con su sospechoso, su primera conclusión fue que tenían a un loco en custodia.

Una vez en la oficina principal de la comisaría, Pedro se negó a cooperar con las autoridades y permaneció en silencio en todas las preguntas del interrogatorio. Los investigadores pronto se dieron cuenta de que tendrían que emplear una estrategia diferente para hacer hablar a su sospechoso. Uno de los funcionarios pronto sugirió que llamaran a un sacerdote, el Padre Córdoba Gudino, que conoció en prisión y mantuvo conversaciones en una celda con Pedro. El diseño de la estrategia de la policía era que el Padre Gudino se ganara la confianza del sospechoso y reconociera sus crímenes.

Al momento, Pedro empezó a hablar, y al día siguiente, ya había revelado actos tan repulsivos de violencia al Padre Gudino, que este no pudo oír ninguno más y pidió que le sacaran de la celda. Las siguientes y breves entrevistas con el Padre Gudino, proporcionaron a los investigadores pruebas contra Pedro acerca de las recientemente evidencias de asesinatos y maltratos. Pedro confesó a los investigadores que había

asesinado por lo menos a 110 muchachas en Ecuador, 100 en Colombia, y “muchas más de 100” en Perú.

“A mí me caen bien a las muchachas en Ecuador -dijo-, son más dóciles y más confiadas e inocentes, no son como las muchachas colombianas que sospechan de extraños.”

En el curso de sus confesiones, Pedro achacó sus crímenes a su dura vida y a una adolescencia difícil y solitaria.

“Perdí mi inocencia a la edad de ocho años” explicó, “así que decidí hacer lo mismo a tantas muchachas jóvenes como pudiera.”

Cuando se le preguntó cómo seleccionaba y convencía a sus víctimas para después cometer sus crímenes, Pedro explicó que a menudo buscaba sus blancos con “una mirada segura de inocencia.” Siempre buscaba sus víctimas a la luz del día, porque no quería que la oscuridad escondiera sus verdaderas intenciones de matarlas.

Cuando se le preguntó qué hacía con estas víctimas, Pedro explicó que primero violaba a su víctima, y entonces la estrangulaba mientras miraba fijamente sus ojos. Quería tocar el placer más profundo y de la excitación sexual más profunda antes que su vida se marchitara. Siguió declarando que el horror continuaría aun después de su muerte.

Inicialmente la policía se mostraba escéptica ante las espantosas confesiones, casi increíbles de Pedro, los enlaces con Perú y Colombia eran incapaces de demostrar lo contrario. Como Pedro se dio cuenta de que investigadores dudaron de las pruebas de sus demandas, ofreció llevarlos a varios lugares donde él mismo había enterrado a los cadáveres por todas partes del país. Los investigadores estuvieron de acuerdo y dispuso el diseño de un plan de acción.

Los siguientes días después de su confesión inicial, se requiere a Pedro desde la comisaría principal para que pueda dirigir una caravana policíaca a sus sitios de enterramiento. Las dudas de los investigadores pronto empezaron a desaparecer cuando Pedro los llevó a un apartado área en la vecindad de Ambato, donde descubrieron los cadáveres de 53 muchachas, de edades comprendidas entre ocho y doce años. Durante todo el día Pedro los llevó a 28 nuevos sitios, y en cualquier lugar que realizaban excavaciones no se descubrieron otros cuerpos. Algunos de los investigadores opinaron que animales probablemente esparcieron los restos y las riadas habían “lavado” el terreno.

De regreso a la comisaría, se anotaron más de 57 cuerpos asesinados, de cualquier modo que Pedro repitió la cantidad de 110 como resultado de sus crímenes tal y como se registraron en sus confesiones. El director de asuntos de la prisión, Vencedor Lascano, más tarde explicó: “Si alguien confiesa autor de cientos de asesinatos y se encuentran más de 57 cadáveres, debemos creer lo que dice”. Lascano también dijo a ese periodista, “pienso que su estimación de 300 es muy baja.”

De cualquier modo, nunca se supo nada más de las declaraciones e investigaciones acerca de estos asesinatos. Lo que sí es conocido es que en 1980, se declaró culpable a Pedro Alonso López del delito de asesinato múltiple y fue sentenciado a pasar el resto de su vida en prisión.

“Está parte del perfil”, dijo una vez Robert Ressler, investigador criminalista del FBI, “de los asesinos múltiples, se debe muy a menudo a obsesiones de algún tipo relacionadas con sus madres. Una relación de odio, en idioma popular. Estas madres, habitualmente no son candidatas a madre del año. El hilo común parece ser el elemento sexual, madres que tienen muchos compañeros sexuales, y el hijo lo sabe. Por supuesto, los hijos de prostitutas son los prototipos más probables si se les expone a este tipo de conducta agresiva y desentendida por parte de la madre.”

Estuvo preso en Ecuador hasta 1998 y fue entregado a las autoridades colombianas después de que presentaran un pedido de extradición, y ahí se le recluyó en un hospital psiquiátrico; años después fue declarado sano y puesto en libertad. Según un documental del canal BIO de la cadena A&E, se ha emitido una orden de búsqueda y captura a la Interpol.

Hasta el presente momento no se sabe de su paradero actual, aunque durante su detención un grupo de padres de víctimas manifestó que “se tomarían la justicia por cuenta propia” si Alonso López salía nuevamente en libertad. Se presume que fue ejecutado ilegalmente.

En todo caso no se ha vuelto a saber nada del Monstruo de los Andes, aunque lo más probable es que siga vivo, de lo cual su madre está absolutamente segura pues, según contó, siempre que alguien cercano a ella se ha muerto, su espíritu se le ha “revelado”, cosa que no ha ocurrido con Pedro. Antes de haberlo dejado libre en 1998, las autoridades colombianas debieron de tener en cuenta estas palabras suyas:

“El momento de la muerte es apasionante, y excitante. Algún día, cuando esté en libertad, sentiré ese momento de nuevo. Estaré encantado de volver a matar. Es mi misión”.

Este asesino confesó haber violado y asesinado más de 300 niñas. Su ruta de sangre pasó por Los Andes de Colombia, Ecuador y Perú. Siempre mataba a las víctimas de día, pues adoraba el “momento divino” en que observaba “cómo se iba apagando la luz de sus ojos”.

Pedro Alonso López nació en 1948 en Santa Isabel, dentro del departamento colombiano de Tolima. Su padre, Megdardo (o Medargo) Reyes, fue miembro del Partido Conservador de Colombia: murió víctima de un cruce de balas acaecido en medio la guerra civil de aquel entonces, justo seis meses antes del nacimiento de Pedro Alonso. Así, a Pedro le tocó nacer sin padre y como el séptimo de 13 hijos, en medio de un hogar marcado por la pobreza.

A los pocos meses Pedro fue llevado a la población de El Espinal. Allí, según Pedro, su madre Belinda López Castañeda ejercía la prostitución en casa y sus hijos, que dormían todos en una gran cama (pequeña para tantas personas) cuya habitación estaba separada por una insignificante cortina, veían y/o escuchaban las obscenas interacciones de su madre con los clientes.

Años después, intentando justificar un tanto sus infamias, Pedro diría que su madre fue una mujer dominante, maltratadora y tirana, una mujer que, tras sorprenderlo palpando los pechos de una hermana menor en medio de un intento por tener sexo con ella, lo expulsó de la casa e incluso, cuando Pedro regresó al día siguiente, se encargó de meterlo en un bus y abandonarlo a unas 200 millas de casa.

A los ocho años Pedro abandonó su hogar. Él dice que su madre lo echó al encontrarlo manoseando los senos de una hermana menor, pero su madre no solo niega esto sino que además agrega que nunca lo maltrató, que fue afectuosa con él y que creyó que lo habían raptado el día en que él desapareció.

Muy distinta es sin embargo la versión de doña Belinda, quien dijo que fue una madre cariñosa y hasta comentó, recordando con cierto cariño, que Pedro Alonso quería ser profesor cuando era niño. Además agregó que nunca lo encontró tocando los pechos de su hermana y que nunca lo echó de casa. En relación a eso, un documental de Biography Channel —en el cual la madre de Pedro declara todo lo susodicho— afirma que en realidad Pedro escapó y que su madre creyó que lo habían secuestrado, ante lo cual lloró desconsoladamente y después habló con un supuesto testigo, quien dijo haber visto a Pedro yendo a Cali con un hombre.

En todo caso, Pedro terminó en las peligrosas calles de Colombia, un país que en aquel entonces tenía una tasa de criminalidad mucho mayor a la de cualquier otro país; y Pedro, con tan solo ocho años, habría de comprobarlo por cuenta propia.

Cierto día, cuando Pedro estaba en las calles, un hombre mayor se acercó amablemente a él para ofrecerle comida y un lugar para vivir. Ante tanta generosidad y una actitud de compasión aparente, el ingenuo niño aceptó y se fue con el extraño. Después, en vez de alimentarlo, el hombre lo llevó a un edificio abandonado y lo sodomizó no una, sino muchas veces, tras lo cual lo dejó abandonado en la calle.

Años después, Pedro dijo que había llegado a ser lo que era por el impacto que le produjo ver a su madre prostituyéndose y, aún más, por la violación de la que fue víctima a sus ocho años: “Perdí mi inocencia a la edad de ocho años, así que decidí hacer lo mismo a tantas muchachas jóvenes como pudiera”.

Luego de su terrible experiencia Pedro se volvió temeroso y desconfiado ante los extraños. Fue éste Pedro traumatizado el que en medio de las calles aprendió el lenguaje de la violencia.

Como muchos niños, Pedro estaba expuesto a posibles abusos por parte de adultos extraños. Era un “gamín” (así les dicen a los niños de la calle en Colombia) y como tal tenía que asociarse a otros gamines si quería sobrevivir. Pero tal asociación no estaba exenta de terribles males: fue entre los gamines de su grupo donde aprendió a fumar bazuco (forma impura y muy tóxica de la cocaína) y donde a veces tuvo que participar en las espantosas peleas a cuchillos que se daban entre grupos de gamines cuando había disputa por bancas u otros lugares propicios para dormir como callejones o edificios abandonados.

Esos, y otros males como tener que buscar comida en la basura, fueron las cargas que Pedro soportó hasta que a sus nueve años, después de andar de vagabundo unos días en Bogotá (a la cual llegó por su cuenta), fue rescatado por una pareja de ancianos estadounidenses.

Naturalmente Pedro aceptó al ver que, tratándose esta vez de un hombre que tenía a su mujer y que además era bien mayor, la situación no podía ser peligrosa. Además en ésta

ocasión la actitud del potencial benefactor estaba acompañada de comida caliente y lucía mucho más sincera que la primera vez.

Durante unos tres años todo marchó bien: tenía comida, educación y buen trato por parte de la pareja.

Pedro parecía destinado para la mala vida pues aquellos tres años acabaron de forma abrupta cuando cierto día un profesor lo violó.

Lo normal hubiese sido que Pedro se queje o que, como en tantos casos similares, calle por miedo y aguante la situación hasta que pase. Sin embargo el caso fue que aquella violación desató toda la ira que a sus cortos doce años Pedro llevaba dentro, por lo que impulsivamente fue, tomó (robó) dinero de una oficina de la escuela y se marchó para nunca volver.

Seis fueron los años que Pedro sobrevivió en las calles tras renunciar a su vida con la pareja americana. Por un tiempo buscó trabajo pero nunca consiguió nada debido a su nula experiencia laboral y su escasa formación académica. Entonces comenzó a vivir de pequeños hurtos, sufriendo frecuentes detenciones de la Policía, en las cuales siempre era soltado (por ser menor de edad y por la poca gravedad de sus delitos) pero jamás sin recibir antes una buena paliza.

Siendo ya un adolescente mayor (casi un adulto), Pedro logró convertirse en un habilísimo ladrón de automóviles, tan hábil que incluso llegó a ser admirado por los novatos del ámbito, bien pagado y muy solicitado por los que controlaban el negocio.

A pesar de eso su habilidad no fue suficiente para evitar que lo detuvieran en 1969, cuando contaba con 21 años y ya se lo podía enviar directamente a la cárcel, donde en efecto fue a parar tras ser sentenciado a siete años de prisión.

Descubriendo el placer de matar

No pasaron sino dos días cuando el fantasma del pasado regresó para atormentar a Pedro. Así y sin razón aparente, dos reclusos mayores lo agarraron, lo sometieron y le hicieron aquello que anteriormente tanta rabia le había provocado: violarlo.

Esta vez Pedro sabía que podía vengarse puesto que ya no era una criatura de 8 o 12 años. Decidió entonces ir en busca de un cuchillo de la prisión para así cortarles el cuello a sus violadores.

El castigo por tal venganza fue de dos años adicionales de prisión, ya que el acto fue considerado como un asesinato en defensa propia.

A nivel de su evolución criminal esos asesinatos, según la opinión de algunos expertos, hicieron que él se dé cuenta del gran placer que le producía matar, por lo que si antes de eso era un violador pedófilo en potencia, después de eso ya había dado el paso psicológico para, en un futuro próximo, sumar el placer de asesinar al placer de violar.

Durante el tiempo que permaneció en prisión, el odio de Pedro hacia su madre se sumó a su consumo de pornografía para fortalecer en él la dañina imagen que tenía del sexo

opuesto: una imagen correspondiente a una visión peyorativa, deshumanizante y fuertemente marcada por un proceso de cosificación de la mujer.

Finalmente, pese a la condena que le había sido dictada, salió libre en 1971 a sus 23 años.

Tras su liberación, Pedro Alonso viajó por Colombia, Ecuador y Perú. Su ruta precisa no se sabe con certeza, pero lo cierto es que sus víctimas eran niñas de entre 8 y 13 años, pobres y prácticamente siempre de raza indígena, raza que por lo general se concentra en las elevaciones de una cordillera que atraviesa los tres países en los que el sanguinario asesino regó sangre inocente: la Cordillera de Los Andes.

Fue después de su liberación a los 23 años cuando, en el inicio de su sangrienta ruta, Pedro Alonso recorrió casi todo Perú dejando a su paso 100 chicas muertas.

Sin embargo, al final de esa odisea criminal, Pedro recibió un aleccionamiento por parte de los indios ayacuchos cuando, en el norte del Perú (no se sabe el punto exacto), fue sorprendido por un grupo de éstos en el intento por llevarse a una niña de 9 años para abusar de ella. Entonces y tras darse cuenta de que habían dado con el monstruo detrás de tantas niñas desaparecidas en la zona, lo ataron y lo torturaron durante horas (haciéndole cosas como frotarle la ortiga) hasta que finalmente resolvieron darle una muerte lenta y terrible de la que lastimosamente fue salvado.

Cuenta López al respecto: “Los indios en el Perú me habían atado y enterrado en la arena hasta el cuello cuando se enteraron de lo que les había estado haciendo a sus hijas. Me habían cubierto de miel y me iban a dejar para ser devorado por las hormigas, pero una señora misionera americana vino en su jeep y les prometió que me entregaría a la Policía. Me dejaron atado en la parte trasera de su jeep y se alejó, pero ella me soltó en la frontera de Colombia y me dejó ir. Yo no le hice daño porque ella era demasiado vieja para atraerme”.

Casi seguro es que la versión anterior sea falsa si tenemos en cuenta que los exámenes psiquiátricos determinaron que Pedro Alonso hacía uso de la mentira y, sobre todo, si consideramos que las fuentes más serias (como el documental de Biography Channel y el artículo de trutv) dicen que la misionera, tras convencer a los indios de que el asesinato era impío a los ojos de Dios, realmente sí puso al criminal en manos de las autoridades, por lo cual posteriormente y a consecuencia de que en su habitual negligencia la Policía de Perú se negó a invertir el esfuerzo y el dinero necesario en investigaciones, Pedro fue deportado al vecino país de Ecuador.

Como se dijo anteriormente, Pedro acechaba a niñas pobres, casi siempre de raza indígena. Nunca mató niñas blancas, ya que, en países como los que él estuvo, la raza blanca es el grupo étnico económicamente menos desfavorecido, mientras que los negros y los indios son los más afectados por la pobreza.

Así, Pedro Alonso era un asesino prudente que intentaba no elegir a aquellas víctimas cuyos padres pudieran tener suficiente dinero como para hacer que la Policía, siempre algo indolente ante la suerte de los pobres, tome cartas en el asunto.

Siguiendo esta misma actitud de prudencia, Pedro Alonso era capaz de seguir por varios días a una niña hasta que se diera el momento en que estuviese sola, momento en el cual

hacía cosas como darle regalos y pedirle que lo siga a las afueras, donde supuestamente le daría otro regalo para que lleve a su mamá; también a veces se presentaba como vendedor ambulante o como una persona indefensa y perdida.

Complementariamente, Pedro Alonso podía dejar de seguir a una niña (solía seguir las por horas si era necesario) si veía que la niña entraba a casa o entraba a una zona en que ya no fuera viable intentar llevársela.

Por estos y otros aspectos como el hecho de que se aseguraba de que sus víctimas estuviesen muertas verificando su respiración o cortándoles las muñecas para ver si la sangre aún bombeaba, los criminólogos nunca han dudado en decir que Pedro Alonso era un asesino organizado. De este modo, incluso renunció a las más apetecibles víctimas: “A menudo seguí a familias de turistas con el deseo de llevarme a sus hermosas hijas rubias. Pero nunca tuve la oportunidad. Sus padres vigilaban demasiado”

Una característica importante de Pedro Alonso era su gusto por la inocencia. Dijo así que “caminaba por las plazas buscando a una niña con cierta apariencia en la cara, una apariencia de inocencia y belleza” y admitió que, debido a su inocencia, las muchachas de Ecuador le gustaban particularmente: “A mí me caen bien las muchachas de Ecuador, son más dóciles, más confiadas e inocentes, no son como las muchachas colombianas que sospechan de los extraños”.

Si nos preguntamos entonces por qué Pedro mataba niñas, tenemos que, según han observado los expertos, éstas eran un símbolo de la inocencia que él mismo perdió en la infancia, inocencia que fantaseaba con arrebatarse (en parte para “vengarse”). Cabe no obstante dejar claro que, asociada a esta búsqueda por destruir la inocencia, está la principal finalidad del asesino, finalidad que no es la venganza sino, y a partir de una fijación del deseo sexual en la figura de la niña como consecuencia de traumas sexuales del pasado, es la persecución del placer, por lo cual los criminólogos han catalogado a López como un asesino hedonista.

Con respecto a su tendencia pedófila Pedro dijo: “Es como comer pollo. ¿Por qué comer pollo de edad cuando se puede tener el pollo joven?”. También, y he aquí que se evidencia el aspecto más siniestro de este asesino, unido al deseo pederasta estaba una actitud de atracción y veneración por la muerte: “Quería tocar el placer más profundo y la excitación sexual más profunda, antes de que su vida se marchitara”.

Sería sin embargo aventurado el catalogarlo de necrófilo en el sentido convencional[9], ya que nunca tuvo sexo con cadáveres. Claro resulta pese a lo anterior el que sí existía una cierta pulsión erótica hacia la muerte en tanto que era justo en los momentos previos a la muerte de la víctima cuando el asesino buscaba el máximo orgasmo.

Pero iba más allá. Así, su placer en este aspecto estaba principalmente en el hecho de causar y contemplar la extinción de la vida. Puede entonces y sin la menor duda, adjudicársele al Monstruo de Los Andes la posesión del “carácter necrófilo” de que habló el famoso psicoanalista Erich Fromm: «La necrofilia en sentido caracterológico puede describirse como la atracción apasionada por todo lo muerto, corrompido, pútrido y enfermizo; es la pasión de transformar lo vivo en algo no vivo, de destruir por destruir, y el interés exclusivo por todo lo puramente mecánico. Es la pasión de destrozarse las estructuras vivas»

Vemos así esa “pasión de transformar lo viviente en algo no vivo” en lo subrayado dentro de las siguientes declaraciones de Pedro Alonso López: “A la primera señal del amanecer me excitaba. Obligaba a la niña a tener sexo conmigo y ponía mis manos alrededor de su garganta. Cuando el sol salía la estrangulaba. [...] Solo era bueno si podía ver sus ojos. Nunca maté a nadie de noche. Habría sido un desperdicio en la oscuridad, tenía que verlas a la luz del día [...]. Había un momento divino cuando ponía mis manos alrededor del cuello de las niñas y observaba cómo se iba apagando la luz de sus ojos. Solo aquellos que matan saben a qué me refiero”.

Ligada a su carácter de psicópata está la forma en que Pedro Alonso despersonalizaba y hasta cierto punto cosificaba a sus víctimas. Esto se ve en cómo hablaba y jugaba con los cadáveres de las niñas, niñas que para él no eran personas individualizadas con un hombre y una historia propia. Eran simplemente “sus muñequitas” (así les llamaba cínicamente), sobre las cuales cierta vez expresó: “A mis amiguitas les gustaba tener compañía. Solía poner tres o cuatro niñas en un hoyo y hablarles (...) Era como hacer una fiesta, pero después de un rato, como ellas no se podían mover me aburría e iba a buscar nuevas niñas.”

De aquellas fosas comunes que Pedro Alonso hacía para sus “muñequitas”, se ha dicho que eran sus “lugares históricos” y que, en ese sentido, expresaban el “trofeo simbólico” que para López representaba el conocimiento de dónde se hallaban sus víctimas y la percepción (potenciada por la acumulación de cadáveres) de lo enorme (y por tanto importante) que era su obra criminal, y es que a diferencia de otros asesinos, él no guardaba objetos de las víctimas ni anotaba sus nombres o tan siquiera el número que les correspondería en la lista de asesinatos.

Las evaluaciones psicológicas que se le efectuaron tras su captura, revelaron que López era un “sociópata” que sufría por un “trastorno de personalidad antisocial”, que era alguien que “no tiene conciencia” ni “empatía” y que mostraba una considerable habilidad para manipular y engañar a otros mediante su discurso, mediante las palabras.

Muestra de este carácter manipulador y engañador se ve en el hecho de que, si bien por una parte pretendía que su finalidad era matar a esas niñas pobres para librarlas de la pobreza y hacer que vayan directamente al cielo, por otra parte se mostró, en otros momentos, como un sujeto que temía a la muerte porque no creía que fuera a haber nada más que una “oscuridad nula” y un olvido de todo, siendo así evidente el hecho de que no creía que pudiera haber un cielo y por ende mentía cuando decía que mataba con el fin de librar a las niñas de la miseria y hacer que vayan al cielo.

Obsérvese pues su verdadera concepción y actitud frente a la muerte: 1) “Cuando uno se muere pues, por total pierde uno lo que es los sentimientos, su visibilidad de los ojos para ver y, una muerte que uno ya no vuelve ni a saber quién es uno, todo queda así en una oscuridad nula”. Esto lo dijo cuando lo entrevistaba un canal de televisión en Ecuador. 2) “Yo estoy muy joven para morir, hombre”. Esto lo dijo a un periodista (no se muestra quién), con cara de intensa preocupación, en el documental de Biography Channel.

Pedro Alonso López, por un buen tiempo, se dio gusto violando y matando a las “dóciles”, “confiadas” e “inocentes” muchachas de Ecuador, pero en Ambato, y sobre todo a raíz del asesinato de la hija de un comerciante que no era de clase social baja pese a ser de

raza indígena, las autoridades empezaron a tomarse en serio las desapariciones de las que era autor López.

En sus inicios creyeron que se trataba de niñas desaparecidas debido al aumento en el comercio de menores de edad para fines de esclavitud sexual (la llamada “trata de blancas”), sin embargo en abril de 1980 una inundación descubrió una de las fosas de Pedro y, ante los restos de cuatro niñas, la Policía supo que lidiaban con un asesino en serie y empezó a investigar, aunque nunca se logró nada y fue un descuido del asesino lo que terminó haciéndolo caer.

Así, apenas unos días después de la inundación, Carvina Poveda había ido de compras al mercado con su hijita Marie de 12 años. Pedro Alonso, que había visto a la niña, no se contuvo como otras veces e intentó raptarla dentro del mercado. Entonces Carvina clamó por ayuda y rápidamente los comerciantes y algunas personas corrieron tras el asesino, quien había conseguido salir del mercado pero no fue lo suficientemente rápido como para evitar ser atrapado por la indignada turba.

Cuando la Policía llegó se toparon con un individuo que divagaba incoherencias y, tras llevarlo en un remolque y bajarlo en la comisaría, pensaron que estaban ante un loco.

Allí, en la oficina principal de la comisaría, Pedro adoptó una actitud de silencio absoluto ante todas las preguntas que le hicieron a lo largo del interrogatorio. Frente a esa situación la Policía tenía que ser astuta y cuidadosa, ya que para aquel momento Pedro era solo sospechoso de haber asesinado y, si querían que se confirmase aquella condición de culpable de la cual estaban casi seguros, debían hacer que suelte todo y para ese fin la intimidación no era idónea.

Fue en medio de esa problemática que surgió la figura del Capitán Córdoba, quien actuó como agente encubierto y se hizo pasar por el Padre Córdoba Gudino. Con mucha habilidad, el policía logró hacerse amigo del asesino y conseguir su confianza y con ella las confesiones de sus horrendos crímenes. Ahora por fin sabían que tenían a un asesino serial que había confesado matar a por lo menos 110 muchachas en Ecuador, 100 en Colombia y “muchas más de 100” en Perú.

Pero... ¿qué tal si, como ya se había dado con otros asesinos, Pedro mentía para obtener protagonismo? Bajo esta duda los investigadores estuvieron escépticos, hasta que Pedro se ofreció a guiar a una caravana policial a los lugares donde dormían los huesos de sus “muñequitas”...En el primer lugar que les mostró habían 53 cadáveres de muchachas cuyas edades estaban comprendidas entre los ocho y los doce años; de allí, en los 28 nuevos sitios, se hallaron nuevos cuerpos y el total fue de más de 57.

Pese a no hallar los otros cadáveres que deberían estar para avalar las confesiones de Pedro, algunos investigadores sugirieron que ciertos animales debieron esparcir los restos y que las riadas habían “lavado” el terreno. Frente a lo encontrado Vencedor Lascano, director de asuntos de la prisión, no dudó de las confesiones del asesino y dijo a un periodista: “Si alguien se confiesa autor de cientos de asesinatos y se encuentran más de 57 cadáveres, debemos creer lo que dice [...]. Pienso que su estimación de 300 es muy baja”

Era claro que Pedro Alonso López era un asesino en serie digno de pasar al salón de la fama donde estaban monstruos como Garavito, Gille de Rais, Gary Ridgway, Chikatilo y otros más. A pesar de eso la máxima condena aplicable en Ecuador era de 16 años de cárcel, los cuales se le asignaron como castigo en 1981, cuando Pedro Alonso contaba con 33 años.

Inicialmente el lugar que le asignaron fue la prisión de Ambato, donde estuvo dos años tras los cuales fue transferido al Penal García Moreno. Allí se lo destinó al Pabellón B, concebido para violadores y asesinos.

En el Pabellón B, Pedro Alonso pasó sus días de forma solitaria: fumando bazuco (droga barata hecha a base de residuos de cocaína), escribiendo en un diario y grabando monedas con la cara de Jesús en un lado y la del Diablo en el otro.

El Monstruo de Los Andes solo cumplió 14 de los 16 años debido a su buen comportamiento. El día que salió no cabía en sí de felicidad: gritaba, saltaba, hasta agradecía a Dios.

Como contraparte el pueblo ecuatoriano estaba indignado, tanto que incluso hubo manifestaciones y se exigió al presidente que cambie la pena máxima. Afortunadamente se dio una respuesta rápida, consciente e ingeniosa: apenas una hora después de su liberación, se lo detuvo por ser extranjero y no tener “la documentación en regla”, por lo cual lo deportaron a Colombia, donde fue procesado por asesinar a dos niñas en 1979.

En Colombia lo declararon demente y en 1995, en vez de meterlo a la cárcel, lo internaron en un sanatorio, del cual fue ignominiosamente liberado en 1998 cuando, tras declararlo sano, se le soltó con fianza de 50 dólares y la condición de que siga recibiendo tratamiento psiquiátrico y se reporte cada mes ante el Poder Judicial.

Como era de esperarse, Pedro Alonso López jamás se reportó al Poder Judicial. En lugar de eso, Pedro viajó al Espinal para encontrarse con una vieja conocida a la cual había responsabilizado por “todo el dolor” de su “corazón”: su madre, doña Benilda López Castañeda, mujer que tiempo atrás había suplicado que no lo suelten porque podría ir y matarla.

Sin embargo López fue relativamente compasivo y no tocó un solo pelo de la anciana. En vez de matarla, al verla le dijo: “Madrecita, arrodílese que voy a echarle una bendición”. Pero eso solo era el principio pues, aunque no mostró una actitud violenta, López realmente había ido a arreglar cuentas, y su forma de hacerlo fue exigirle a su madre que venda la cama y una silla para darle dinero.

Con ese dinero López se marchó y no se volvió a saber de él hasta que, en octubre del 2002, Colombia emitió a la Interpol un pedido de búsqueda y captura pues sospecharon que era Pedro Alonso López quien estaba detrás de un asesinato reciente en El Espinal.

En todo caso no se ha vuelto a saber nada del Monstruo de Los Andes, aunque lo más probable es que siga vivo, de lo cual su madre está absolutamente segura pues, según contó, siempre que alguien cercano a ella se ha muerto, su espíritu se le ha “revelado”, cosa que no ha ocurrido con Pedro. Y es que, antes de haberlo dejado libre en 1998, las autoridades colombianas debieron de tener en cuenta estas palabras suyas: “El momento

de la muerte es apasionante, y excitante. Algún día, cuando esté en libertad, sentiré ese momento de nuevo. Estaré encantado de volver a matar. Es mi misión.”

Pedro López dejó una estela de terror por Ecuador, Perú y Colombia. Sus víctimas preferidas eran las niñas. Cálculos conservadores estiman que durante su vida Pedro López mató a por lo menos 300 niñas de tres países andinos, todas por motivos sexuales, y con el impulso adicional de un extraño sentido del placer al cometer asesinatos. Cuando se descubrieron sus horrendos crímenes -inicialmente la desaparición de niñas fue atribuida a una banda que traficaba con ellas para venderlas como prostitutas o sirvientas- fue inmediatamente bautizado como “el monstruo de los Andes”, y su sola mención causaba terror.

Pero aparentemente López es un hombre de aspecto tranquilo y campesino que podría haber estado libre de sospechas, aun si estas hubieran existido. Las primeras evidencias de que algo estaba sucediendo acontecieron con la subida de un río que descubrió los cuerpos de cuatro pequeñas víctimas. Las pesquisas, sin embargo, fueron infructuosas.

El asesino confesó haber matado unas 110 niñas en Ecuador, 100 en Colombia y más de un centenar en Perú. La policía ecuatoriana indicó al tratar el caso que es poco probable llegar a saber algún día exactamente cuántas personas realmente asesinó López, quien tras haber confesado sus crímenes mostró algunas tumbas a las autoridades, pero luego se negó a seguir colaborando.

Se asegura que su móvil fundamental fue el sexo y que en los momentos que estaba más violento cometía hasta dos asesinatos por semana.

López nació en la ciudad colombiana de Tolima, como el séptimo hijo de la numerosa familia de una prostituta. Cuando tenía ocho años su madre lo echó a la calle por intentar aprovecharse sexualmente de una de sus hermanas. Un extraño lo encontró llorando y hambriento y le ofreció protección, pero en vez de llevarlo a su casa le llevó a un sitio abandonado y lo violó. Eso le marcó para toda la vida.

A los 18 años López fue detenido por robar un carro. Al entrar en la prisión fue nuevamente violado por cuatro compañeros de cárcel. Con un cuchillo que se fabricó el mismo, les dio muerte a todos. Poco después salió de prisión.

Entonces comenzó a tener fantasías eróticas y a aficionarse a la pornografía, pero según confesó era demasiado tímido para aproximarse a las mujeres y entonces pensó que “yo perdí mi inocencia a la edad de ocho años, y entonces decidí hacer lo mismo con cuantas niñas pudiera encontrar”.

En 1978 es sabido que López había matado unas 100 niñas en Perú, casi todas pertenecientes a las comunidades indígenas de la zona de Ayacucho. En ese momento por primera vez se supo de sus crímenes, pues fue sorprendido en plena acción por un grupo de la zona. Después de golpearlo y torturarlo iban a enterrarlo vivo en un hueco muy profundo, pero una misionera norteamericana lo salvó y lo trasladó a la policía. A los pocos días fue simplemente deportado.

En Ecuador comenzó entonces la verdadera matanza. “Me gustan las niñas allí, porque son más gentiles y confiadas, y más inocentes. No sospechan tanto de los extraños”, confesó López a las autoridades.

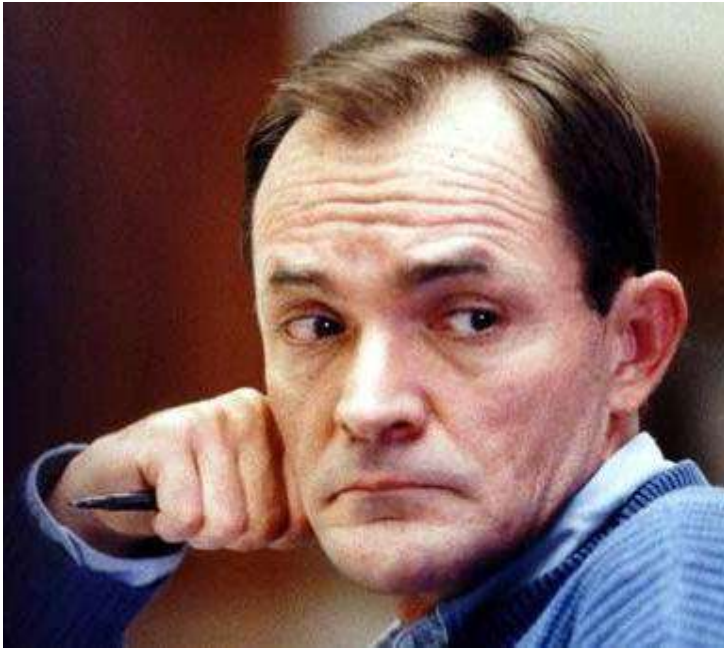
Su técnica consistía en caminar por plazas y mercados buscando niñas con “una cierta apariencia de inocencia”. Según dijo las mataba siempre durante el día porque le gustaba “verlas morir”, el momento en que la vida desaparecía de sus miradas.

Un día una mujer que trabajaba en un mercado perdió a su hija de vista, pero pronto la localizó saliendo del lugar de la mano de un extraño. Decidió seguirlos en silencio y cuando se dio cuenta de lo que iba a suceder gritó pidiendo auxilio. López fue detenido por la gente del lugar hasta que llegó la policía.

Al principio se negó a confesar, pero pronto le contó todo a su compañero de celda, que era un espía de la policía. Posteriormente colaboró con las investigaciones. En el transcurso de su encierro López asegura tener un miedo permanente de que lo maten, incluso de los guardias. Según personas que conocieron su caso, no parecía darse cuenta de que el monstruo era el mismo. Los últimos informes aseguran que aun sigue preso en Ecuador.

López insistía en asegurar que desde el momento en que él mismo fue violado, no podía dormir al aire libre. “Me acostaba en las escaleras de los mercados y las plazas. Miraba hacia arriba y si podía ver una estrella, ya sabía que estaba bajo protección divina”.

RANDY STEVEN KRAFT



Durante veinte años, las autopistas del sur de California son escenario de macabros descubrimientos: decenas de cuerpos mutilados de hombres han sido abandonados en el asfalto. Son responsables tres asesinos en serie independientes, el más prolífico de los cuales es indiscutiblemente Randy Kraft.

A Randy, graduado en el prestigioso Colegio para hombres de Claremont, le gustaba coger a jóvenes, especialmente marines,

drogarlos y estrangularlos.

El 14 de Mayo de 1983, un patrullero de carretera paró a Kraft porque sospechaba que conducía borracho y se dio cuenta de que llevaba a un marine sentado a su lado muerto. Además, los policías encuentran en el maletero de su automóvil una lista de muertos en la que se describen sesenta y siete víctimas asesinadas a partir de 1972.

Verdadero genio de la informática, Randy fue un “asesino de fichero”, esto es, guardaba un cuaderno codificado con la cuenta de sus asesinatos. La Policía le vincula a 62 muertes a lo ancho de tres condados, pero solo han sido probadas concluyentemente, 16.

Kraft gustaba de torturar a sus víctimas, colgarlas por los pies a un árbol, quemarlas con un encendedor, sodomizarlas con ayuda de objetos diversos o meterles astillas en el pene. A veces, las descuartizaba cuando estaban todavía con vida. Fue condenado a muerte por dieciséis asesinatos.

El Tribunal Superior de Santa Ana (California) condenó ayer a morir en la cámara de gas a Randy Kraft, acusado de haber torturado y estrangulado a 16 homosexuales, en una de las mayores series de asesinatos en la historia de Estados Unidos.

Kraft, de 44 años y experto en informática, escuchó impasible la orden que leyó el juez Donald McCarlin por la que se dictaba su ejecución en la cámara de gas de la prisión de San Quintín (California).

El juez McCarlin afirmó que la pena capital para el condenado era “apropiada y merecida”.

El 12 de mayo Kraft fue declarado culpable, tras 7 meses de juicio, de haber mutilado y estrangulado, entre 1972 y 1983, a 16 homosexuales, por lo que el jurado había recomendado la pena capital.

No obstante, la fiscalía acusó a Kraft de otros 21 asesinatos, aunque se le atribuye la muerte de otros 45 hombres.

Las víctimas de Kraft eran hombres jóvenes que solía recoger cerca de bares de homosexuales, a los que inducía a emborracharse o drogarse y, una vez inconscientes, los mutilaba.

Randy Steven Kraft (nacido el 19 de marzo de 1945) es un asesino en serie estadounidense. Fue condenado por 16 asesinatos y se sospecha que pudo haber cometido al menos otros 51 asesinatos.

Los padres de Kraft se mudaron a California de Wyoming antes de su nacimiento. Nacido en el Condado de Los Ángeles en 1945, fue el cuarto hijo, y el único varón, en su familia. En 1948, la familia Kraft se mudó a Westminster, California, en el vecindario del Condado de Orange. Kraft se consideraba brillante y erudito en la Escuela Westminster, donde se graduó en 1963. Después de la graduación, asistió Claremont Men's College, ahora Claremont McKenna College, en Claremont, California.

En CMC, Randy Kraft se unió a Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de Reserva. Demostró su apoyo a la Guerra de Vietnam e hizo campaña para el candidato presidencial conservador Barry Goldwater en 1964. Al año siguiente, comenzó a trabajar como camarero en un bar local gay. En ese tiempo, los conocidos notaron su uso excesivo de Valium para evitar dolores de estómago y migrañas. Kraft obtuvo su licenciatura en Economía en 1968. En ese momento, las opiniones políticas de Kraft se habían desplazado a la izquierda, y comenzó a trabajar para la campaña política de Robert Kennedy.

En 1968, Kraft se unió a la Fuerza Aérea de los Estados Unidos. Debido a sus altas calificaciones en las pruebas de aptitud, se le proporcionó espacios de alta seguridad. Fue estacionado en la Base Aérea Edwards, en el Condado de Kern, California. En un test de inteligencia relacionado con el trabajo se encontró que Kraft tenía un CI de 129, que fue calificado como “muy inteligente.”

En 1969, Kraft le reveló a su familia que era gay. Fue dado de baja en la Fuerza Aérea ese mismo año. Obligado a abandonar el ejército, Kraft reanudó su carrera como camarero.

A finales de 1971, la policía encontró el cuerpo en descomposición de Wayne Joseph Dukette, un camarero de 30 años de edad, junto a la autopista Ortega. El forense dató la fecha de su muerte el 20 de septiembre de 1971, pero no encontró signos de muerte violenta. La ropa de Dukette y sus pertenencias nunca fueron encontradas. Dukette se pensó que fue la primera víctima de Randy Kraft.

Durante los años 70 y primeros de los 80, hubo decenas de asesinatos espeluznantes a lo largo de las autopistas de California, con algunas víctimas apareciendo en el vecino estado de Oregón. Las víctimas eran hombres jóvenes y chicos adolescentes, la mayoría

torturados y abusados sexualmente. Algunos habían sido quemados con un mechero de coche, y muchos tenían altos niveles de alcohol y tranquilizantes en su sangre.

El método de los asesinatos variaba: algunas víctimas fueron estranguladas, otras disparadas en la cabeza, y otras asesinadas con una combinación de tortura y drogas. Un buen número de víctimas estaban en el ejército. Otros eran adolescentes huyendo, o eran recogidos por el asesino en bares gay.

Kraft fue arrestado en 1975. Un chico de 19 años, Keith Daven Crotwell, dejó Long Beach el 29 de marzo de 1975, haciendo auto-stop hacia el sur. Más de un mes más tarde, la cabeza cortada de Crotwell fue encontrada cerca del puerto de Long Beach. Long Beach fue rastreada por el auto que tomó Crotwell en su último viaje, y fue rápidamente ubicado. La registración era de Randy Steven Kraft.

La policía interrogó a Kraft el 19 de mayo de 1975. Kraft admitió haber recogido a Crotwell, diciendo que estaban “simplemente deambulando”, pero dijo que dejó a Crotwell vivo en un café. Los detectives presuntamente querían culpar a Kraft por el asesinato, pero los fiscales del Condado de Los Ángeles se negaron, citando la ausencia de un cuerpo o causa conocida de la muerte.

Luego, a la 1:10 a.m. del 14 de mayo de 1983, dos oficiales detuvieron a un Toyota Celica marrón que había estado manejando de forma errática en la autopista de San Diego en el Condado de Orange. Kraft salió del auto, dejando contenidos de una botella de cerveza en el pavimento mientras lo hacía.

El oficial Michael Sterling se encontró con Kraft enfrente de su automóvil y observó que los pantalones de Kraft estaban desabotonados. El oficial Sterling había hecho caminar a Kraft al frente de su vehículo para actuar una serie de pruebas de sobriedad, que falló. Kraft fue arrestado por Sterling por conducir en estado de ebriedad.

El sargento Michael Howard se acercó al Celica y vio un hombre en el asiento del pasajero, cubierto por una chaqueta y con botellas de cerveza vacías en sus pies. El hombre (luego identificado como Terry Lee Gambrel, un marino de Estados Unidos de 25 años) estaba muerto: había sido estrangulado con su propio cinturón.

Otra evidencia incriminatoria fue encontrada en el auto, incluyendo alcohol, tranquilizantes, varias prescripciones de drogas y un sobre con 47 fotografías de varias hombres jóvenes en poses pornográficas que parecían estar muertos o dormidos. Por otra parte, el asiento del pasajero estaba muy manchado de sangre. La sangre no podía pertenecer a Gambrel, ya que el hombre no tenía heridas abiertas.

El oficial Sterling y el sargento Howard fueron con Kraft al Departamento de Sheriffs para más investigación. Más evidencia fue encontrada en la casa que Kraft compartía con su pareja, incluyendo ropas y posesiones personales pertenecientes a un hombre joven que había terminado muerto en la carretera en la última década, y muchas fotografías de víctimas inconscientes o muertas.

También se descubrió que Randy Kraft aparentemente mantenía una lista codificada de 61 referencias crípticas a sus víctimas, incluyendo cuatro asesinatos dobles, llevando a un total de 65 víctimas enlistadas.

Al menos una de las víctimas, Terry Gambrel, no fue enlistada por el arresto de Kraft. Los investigadores mantienen que Eric Church no estaba enlistado por Kraft por razones desconocidas. Desde que la lista está codificada, la posibilidad existe que Eric Church está enlistado en una forma que los investigadores no pueden reconocer, que lleva a un total de 66 víctimas enlistadas. Sin embargo, se mantuvo que Kraft fue responsable de 67 asesinatos.

Kraft fue acusado finalmente con 16 homicidios cometidos entre diciembre de 1972 y mayo de 1983. Se declaró inocente en su juicio en 1988, pero fue condenado en todos los cargos y sentenciado a muerte el 29 de noviembre de 1989. La sentencia de muerte fue confirmada por la Suprema Corte de California el 11 de agosto de 2000. Actualmente se encuentra en la Prisión Estatal de San Quentin.

De las 67 víctimas sospechosas de Kraft, 22 cuerpos siguen siendo no recuperados o permanecen sin identificar.

Algunos detalles alrededor de los asesinatos de Randy Kraft han provocado que se sospeche que Kraft no actuó solo.

Las pruebas forenses en dos casos apuntan a un cómplice – un set extra de huellas digitales y semen no coincidía con el ADN de Kraft.

Kraft habría tenido dificultad moviendo cadáveres de 200 libras; dejándolos en autos solos sería algo difícil de no notar. Las fotografías que Kraft tenía de los hombres muertos fueron reveladas en alguna parte, pero ningún laboratorio fotográfico informó a la policía de las terribles fotografías. (Kraft no tenía experiencia en cuarto oscuro o equipo de cuarto oscuro).

Durante el juicio, la fiscalía creyó que las inconsistencias podrían ser explicadas debido a que Kraft no había actuado solo en su serie de asesinatos inicial. Su compañero de cuarto, Jeff Graves, ocasionalmente lo ayudaba, de acuerdo con los miembros del equipo de la fiscalía. Graves murió de SIDA antes que la policía pudiera interrogarlo, así que la pregunta del cómplice de Kraft nunca fue planteada en el tribunal.

En 1991, el escritor Dennis McDougal fue autor de un libro, *Angel of Darkness*, sobre el caso de Kraft. McDougal también publicó un artículo sobre el caso en la revista *Beach* en enero de 2000. McDougal relató sus entrevistas con Bob Jackson, que confesó haber asesinado a dos autoestopistas con Kraft, uno en Wyoming en 1975 y Colorado en 1976. (Las autoridades en Colorado y Wyoming no pueden confirmar estas confesiones). Jackson también le dijo a McDougal que la lista incluía sólo los asesinatos “más memorables” de Kraft, diciendo que la cuenta total era cercana a 100.

McDougal reportó estas alegaciones a la policía y proporcionó las grabaciones de las entrevistas. Los detectives interrogaron a Jackson y finalmente lo convencieron para ingresar en un hospital psiquiátrico, pero no se presentaron cargos de asesinato. Randy Kraft demandó al autor McDougal y al editor de *Angel of Darkness*, el libro sobre los asesinatos de Kraft y el juicio, porque, según Kraft, se mancillaba su “buen nombre” e injustamente era retratado como un “hombre enfermo y loco”. Kraft pidió \$62 millones por daños y perjuicios. La demanda fue desestimada en junio de 1994.

CAYETANO SANTOS GODINO



Cayetano Santos Godino, más conocido por su apodo “Petiso Orejudo” (Buenos Aires, 31 de octubre de 1896 – Ushuaia, 15 de noviembre de 1944), fue un joven asesino en serie, uno de los mayores sociópatas en la historia de Argentina, ya que a principios del siglo XX fue responsable de la muerte de cuatro niños, siete intentos de asesinato, y el incendio de siete edificios.

La ciudad porteña de Buenos Aires vio nacer, el 31 de octubre de 1896, al hijo de los inmigrantes calabreses Fiore Godino y Lucía Ruffo.

Los padres de Cayetano llegaron a Buenos Aires provenientes de Italia. Como muchísimos otros italianos, un poco por la cercanía del idioma, y otro tanto por la similitud religiosa, Fiore y Lucía eligieron desembarcar en 1884 en el puerto de la Perla de Sudamérica con todas sus esperanzas depositadas en la nueva tierra. La pareja era originaria del pueblo de Romano, en la provincia calabresa de Cosenza.

Fiore fue responsable de la formación de quien se convertiría en el primer asesino en serie de la historia policial argentina. Alcohólico y golpeador, había contraído sífilis tiempo antes del nacimiento de Cayetano. El niño vino al mundo con graves problemas de salud. De hecho, durante sus primeros años de vida estuvo varias veces al borde de la muerte a causa de una enteritis. Durante toda su niñez Cayetano fue víctima de fuertes golpes y maltratos realizados por su padre.

No fue el único hijo de aquella pareja de italianos pobres que sufriría graves enfermedades. Su hermano Antonio era epiléptico y, además, siguiendo el mal ejemplo de su padre, se convirtió en un bebedor irrecuperable. Más tarde este se sumaría a Fiore en los castigos aplicados sobre su hermano menor.

La niñez de Cayetano Godino transcurrió en la calle, vagando. A partir de los cinco años concurrió a varias escuelas, de donde siempre fue expulsado por su falta de interés en los estudios y su comportamiento rebelde.

El escenario de sus correrías y carrera criminal serían los terrenos baldíos y conventillos de los barrios de Almagro y Parque Patricios, por entonces todavía al borde de la pampa. Era una zona de quintas de descanso. Pero también era un arrabal poblado por paisanos y extranjeros.

Miguel Depaoli: El 28 de septiembre de 1904, cuando Godino contaba con apenas 7 años se lleva a fuerza de engaños a Miguel Depaoli, de casi dos años, hasta un baldío y allí lo golpea para luego arrojarlo sobre un montón de espinas. Un policía que pasaba se percata de lo sucedido y lleva a ambos niños a la comisaría, de donde serían recogidos más tarde por sus respectivas madres.

Ana Neri: Al año siguiente, Godino agrede a una infante vecina de apenas 18 meses. La conduce hasta un baldío en donde la golpea repetidamente en la cabeza con una piedra. Nuevamente es descubierto por un policía quien pone fin al ataque y lo detiene pero —dada su corta edad—, es dejado en libertad esa misma noche.

María Rosa Face (tres años de edad): 29 de marzo de 1906. El que sería el primer asesinato de Godino pasó desapercibido y solamente sería descubierto años después cuando él mismo lo confesó ante la policía. Según contó, en 1906 tomó a una niña de aproximadamente tres años y la llevó hasta un terreno baldío sobre la calle Río de Janeiro, donde intentó estrangularla. Después la enterró viva en una zanja, que cubrió con latas. Las autoridades, al conocer este crimen, se trasladaron hasta el lugar pero encontraron que se había edificado una casa de dos pisos. Sin embargo, en la comisaría 10.^a quedó registrada una denuncia por desaparición con fecha 29 de marzo de 1906, de una niña de tres años de nombre María Rosa Face. La niña desaparecida nunca fue encontrada.

El 5 de abril de 1906, apenas algunos días después de cometer su primer asesinato, Godino fue denunciado por su padre al descubrir que había martirizado a algunas aves domésticas. Fiore encuentra dentro de un zapato de su hijo un pájaro muerto y, debajo de su cama, una caja en donde guarda los cadáveres de otras aves. A continuación se reproduce el acta que en aquella ocasión fue levantada.

En la Ciudad de Buenos Aires, a los 5 días del mes de abril del año 1906, compareció una persona ante el infrascripto Comisario de Investigaciones, el que previo juramento que en legal forma prestó, al solo efecto de justificar su identidad personal, dijo llamarse Fiore Godino, ser italiano, de 42 años de edad, con 18 de residencia en el país, casado, farolero y domiciliado en la calle 24 de Noviembre 623. Enseguida expresó: que tenía un hijo llamado Cayetano, argentino, de 9 años y 5 meses, el cual es absolutamente rebelde a la represión paternal, resultando que molesta a todos los vecinos, arrojándoles cascotes o injuriándolos; que deseando corregirlo en alguna forma, recurre a esta Policía para que lo recluya donde crea oportuno y para el tiempo que quiera. Con lo que terminó el acto y previa íntegra lectura, se ratificó y firmó. Fdos: Francisco Laguarda, comisario. Fiore Godino. Se resolvió detener al menor Cayetano Godino y se remitió comunicado a la Alcaldía Segunda División, a disposición del señor jefe de policía.

Cayetano Godino estuvo recluido poco más de dos meses y después regresó a las calles. Como ya no asistía a la escuela vuelve a dedicarse a la vagancia.

Severino Gozález Caló: El 9 de septiembre de 1908 conduce a Severino González, de 2 años, a una bodega ubicada frente al Colegio del Sagrado Corazón. Ahí lo sumerge en una pileta para caballos cubriéndola después con una tabla para ahogar al pequeño. El propietario del lugar, Zacarías Caviglia, descubre la tentativa pero Godino se defiende diciendo que el niño había sido llevado hasta allí por una mujer vestida de negro, de la cual suministra señas particulares. Es conducido a la comisaría, de donde es recogido al día siguiente.

Julio Botte: Seis días más tarde, el 15 de septiembre, en Colombres 632, quema con un cigarrillo los párpados de Julio Botte, de 22 meses de edad. Es descubierto por la madre de la víctima, pero alcanza a huir.

El 6 de diciembre, Fiore y Lucía Godino, cansados de los continuos problemas causados por Cayetano —que entonces tenía 12 años— vuelven a entregarlo a la policía. Esta vez es enviado a la Colonia de Menores Marcos Paz en donde permanece durante tres años. Mientras permanece encerrado acude a clases en donde aprende a leer y escribir un poco. La estancia de Godino en el reformatorio, lejos de regenerarlo, lo endurece.

El 23 de diciembre de 1911 regresa a las calles; ahora es un criminal frío y terriblemente potenciado. Su liberación se da, al parecer, a petición de sus padres con quienes regresa a vivir. En un fútil intento por redimirlo de su secuela criminal se habían ocupado de conseguirle trabajo en una fábrica, pero por desgracia solamente es capaz de mantener el puesto durante tres meses.

Nuevamente comienza a vagar por las calles, pero esta vez no se circunscribe a los barrios conocidos, sus vagabundeos lo llevan a frecuentar lugares y personas del más bajo nivel moral de la pujante ciudad de Buenos Aires. Asimismo, comienza a sufrir fuertes dolores de cabeza que se traducían en ganas de matar, sobre todo después de tomar alcohol.

El 17 de enero de 1912 Cayetano, quien ya es conocido en las calles con el sobrenombre de Petiso Orejudo, se introduce en una bodega de la calle Corrientes y da rienda a otra de sus grandes pasiones; el fuego. El incendio que provoca tarda cuatro horas en ser sofocado por los bomberos. Después de su arresto declararía:

Me gusta ver trabajar a los bomberos... Es lindo ver cómo caen en el fuego.

Arturo Laurora: El 25 de enero de 1912 se denunció la desaparición de un menor de 13 años. Al día siguiente se descubrió el cadáver en una casa puesta en alquiler en la calle Pavón. El cuerpo fue descubierto golpeado y semidesnudo, con un trozo de cordel atado alrededor del cuello. Las investigaciones no conducen a ningún lado. En diciembre de 1912 Godino confesará la autoría de este crimen.

Reyna Bonita Vaínicoff: El 7 de marzo de 1912 Godino prendió fuego a las ropas de una niña de cinco años. La pequeña falleció tras 16 días de agonía en el Hospital de Niños. En los meses siguientes de 1912, Godino causa dos incendios más que son controlados fácilmente por los bomberos sin que se produzcan víctimas.

El 24 de septiembre de 1912, mientras trabaja en una bodega propiedad de Paulino Gómez, Godino mata de tres puñaladas a una yegua. No fue detenido por falta de pruebas. Apenas unos días después prende fuego a la estación Vail, ubicada en las actuales calles Carlos Calvo y Oruro, propiedad de la compañía de tranvías Anglo-Argentina. El incendio fue controlado por los bomberos.

Roberto Russo: El 8 de noviembre de 1912, Godino convence con engaños a Roberto Russo, de dos años, para que lo acompañe a un almacén en donde presuntamente le compraría unos caramelos. Lo lleva hasta un alfalar a pocas cuadras en donde le ata los pies y procede a ahorcarlo con un trozo de la cuerda que usa para atarse los pantalones. Son descubiertos por un peón del alfalar, quien los entrega a las autoridades. Cayetano Godino declaró que había encontrado atado al niño y lo estaba rescatando cuando fueron descubiertos. Es liberado por falta de mérito.

Carmen Ghittone: El 16 de noviembre de 1912, en un baldío situado en las calles Deán Funes y Chiclana, intenta golpear a Carmen Ghittone, de tres años. Un vigilante hace acto de presencia y Godino consigue escapar.

Catalina Naulener: Días después, el 20 de noviembre, se lleva de la esquina de Muñiz y San Juan a la niña Catalina Naulener, de cinco años. Busca un baldío por la calle Directorio, pero antes de encontrarlo la menor se resiste a seguir. Godino se descontrola y la golpea. El dueño de la casa ubicada en San Juan 78 interviene y Godino logra huir de nuevo.

Gesualdo Giordano: El último crimen del Orejudo es probablemente el mejor documentado de su carrera. El 3 de diciembre de 1912, su víctima —de apenas tres años— salió como todas las mañanas después de desayunar con sus padres, de su casa ubicada en la calle Progreso 2185 para reunirse con sus amiguitos a jugar. Esa misma mañana —a pesar de los acostumbrados gritos de su padre—, Cayetano Godino sale de su casa ubicada en Urquiza 1970. Después de vagabundear un rato por las calles, Santos Godino encuentra en la calle Progreso al grupo de chicos jugando. Se les suma sin despertar ninguna sospecha porque su aspecto de idiota siempre le ha permitido ganar la confianza de sus víctimas. Poco después consigue convencer a Gesualdo para que lo acompañe a comprar unos caramelos. Un rato antes y sin éxito, invitó a Marta Pelossi, de 2 años de edad, pero la menor, asustada, se refugió en su domicilio. Así pues, víctima y homicida se encaminan sin apuro hacia el almacén ubicado en Progreso 2599 en donde compran dos centavos de caramelos de chocolate. Enseguida el más chico los reclama, pero Godino, imperturbable, resuelve dosificarlos: le permite algunos, y le promete los demás si acepta acompañarlo hasta cierto lugar alejado, la Quinta Moreno (donde actualmente se levanta el Instituto Bernasconi). Una vez en la entrada, el chico llora y se resiste a entrar. Pero el asesino lleva hecho demasiado, ni siquiera vacila: lo agarra con violencia de los brazos, lo introduce en la quinta y lo arrincona cerca de un horno de ladrillos.

Lo derriba con fuerza y lo aquieta poniéndole la rodilla derecha sobre el pecho. Godino conoce el mecanismo: con apuro, pero sereno, se quita el piolín que lleva por cinturón (se trata de esos lazos de algodón que se utilizan en albañilería para sostener las plumadas), y empieza a enrollarlo en el cuello de Gesualdo, le da 13 vueltas y procede a estrangularlo. Pero Gesualdo intenta levantarse, así que Godino procede a atarle de pies y manos, cortando la cuerda con un cerillo encendido. De nuevo procede a asfixiarlo con el cordel pero el chiquillo se resiste a morir. Busca otra manera de matarlo. Godino se da a la tarea de encontrar alguna herramienta adecuada. Su búsqueda lo lleva al exterior del local en donde se topa con el padre de Gesualdo, quien le pregunta por el paradero del niño. Imperturbable, Godino le responde no haberlo visto y le sugiere dirigirse a la comisaría más próxima a levantar una denuncia. Mientras tanto el Orejudo encuentra un viejo clavo de 4 pulgadas (10 cm), regresa con él junto a su víctima, y usando una piedra como martillo lo hunde en la sien del niño moribundo. Después de cubrirlo con una vieja lámina de zinc, huye de la escena del crimen. Esa noche, durante el velatorio de su víctima, Godino hace acto de presencia. Después de observar durante algún tiempo el cadáver de Gesualdo, huye llorando del lugar. Según declaró posteriormente, deseaba ver si el cadáver aún tenía el clavo en la cabeza. Para su desgracia dos policías, el subcomisario Peire y el principal Ricardo Bassetti ya habían ligado cabos con casos anteriores. Esa misma madrugada del 4 de diciembre de 1912 allanaron el hogar de los Godino y arrestaron a Cayetano. En sus bolsillos encontraron un artículo de periódico aún fresco que relataba los pormenores del asesinato y en sus pantalones restos del piolín con que había ahorcado a Gesualdo.

Tras ser detenido confesó cuatro homicidios y numerosas tentativas de asesinatos. En noviembre de 1914 el juez en lo penal de sentencia Dr. Ramos Mejía absolvió a Godino considerándolo penalmente irresponsable y ordenó remitir las actuaciones al Juzgado en lo civil para formalizar su internación por tiempo indefinido y se lo recluyó en el Hospicio de las Mercedes, en el pabellón de alienados delincuentes. Allí atacó a dos pacientes: uno inválido en una cama y el otro en silla de ruedas. Después intentó huir. A raíz de la apelación de la sentencia la Cámara de Apelaciones en lo Criminal resolvió por unanimidad que Santos Godino fuera confinado (mientras no hubiera asilos adecuados) en una penitenciaría por tiempo indeterminado, por lo que le trasladaron a la Penitenciaría Nacional de la calle Las Heras.

Diez años después, en 1923, se le trasladó al Penal de Ushuaia, Tierra del Fuego, conocida como la Cárcel del Fin del Mundo. En 1927 los médicos del penal —basándose en los estudios pseudocientíficos de Lombroso— creían que en las orejas radicaba su maldad, por lo que le practicaron una cirugía estética para achicárselas. Este radical tratamiento no tuvo resultados.

En 1936, Godino pidió la libertad y se la negaron: los dictámenes médicos elaborados por los doctores Negri y Lucero y los doctores Esteves y Cabred concluyeron que «es un imbécil o un degenerado hereditario, perverso instintivo, extremadamente peligroso para quienes lo rodean». De su vida de recluso se sabe poco. Apenas alguna anécdota como la siguiente: en 1933 consiguió detonar la furia de los presos porque mató al gato mascota del penal arrojándolo junto con los leños al fuego; le pegaron tanto que tardó más de veinte días en salir del hospital.

Las circunstancias de su muerte, ocurrida en Ushuaia el 15 de noviembre de 1944 siguen siendo nebulosas. Se presume que murió a causa de una hemorragia interna causada por un proceso ulceroso gastroduodenal, pero se sabe que había sido maltratado y, con frecuencia, violentado sexualmente. Sobrellevó los largos días de la cárcel, sin amigos, sin visitas y sin cartas. Murió sin confesar remordimientos.

Según otros, los policías del penal habrían comentado que Godino murió a manos de los reclusos, quienes lo golpearon hasta matarlo, luego de que este matara a la mascota de los presos, un gato.

El penal de Ushuaia fue finalmente clausurado en 1947. Cuando el cementerio fue removido, los huesos de este asesino serial ya no estaban.

Informes médicos

Los siguientes son resúmenes de los informes médicos, que constan en el Archivo General de los Tribunales (en Buenos Aires), Sección Penal, legajo n.º 2255 Criminal, 2.º cuerpo, folios 213-260.

Informe Negri-Lucero (31 de enero de 1913)

El procesado Godino es un alienado mental o insano o demente, en las acepciones legales. Es un degenerado hereditario, imbécil que sufre la locura moral, por definición, muy peligrosa. Es irresponsable.

Informe de Víctor Mercante (24 de febrero de 1913)

Cayetano Santos Godino no sabe leer, escribe tan solo su firma y conoce los números hasta 100. Posee una suma de conocimientos generales muy mala, obtenidos por educación refleja.

Es un tipo absolutamente inadaptable a la escuela común; solo con educación individual hubiera podido alcanzar algún éxito.

Se ha desenvuelto en un medio desfavorable a la formación de una conducta correcta.

Priman en él los instintos primarios de la vida animal con una actividad poco común, mientras que los sociales están poco menos que atrofiados. Es un tipo agresivo, sin sentimientos e inhibición, lo que explica su inadaptabilidad a la disciplina didáctica.

Ofrece del punto de vista físico, diversos estigmas degenerativos, los más característicos del tipo criminal.

Sus sentidos y la capacidad para conocer, no ofrecen anomalías, se presentan normales; asimismo normales sus capacidades psíquicas, si bien inestable la atención por falta de dirección afectiva.

En cambio, ofrece como estigma fundamental de su vida moral, la idiotez afectiva; los sentimientos sociales, directrices de la acción, son poco menos que nulos.

De suerte que sus estados de conciencia contienen normalmente, todos los elementos menos uno, fundamental que la desequilibra, el afectivo, que es algo así como el timón de la conducta.

Informe Ernesto Nelson (1 de abril de 1913)

Godino es un caso de degeneración agravada por el abandono social de que él ha sido víctima, y que por lo tanto no puede hacerse responsable de sus crímenes, aun cuando su libertad sería peligrosa.

Informe Esteves – Cabred (29 de mayo de 1913)

Que Cayetano Santos Godino se halla atacado de alienación mental.

Que su alienación mental reviste la forma de imbecilidad.

Que esta imbecilidad es incurable.

Que Godino es totalmente irresponsable de sus actos.

Que presenta numerosas anomalías físicas y psíquicas.

Que carece de condiciones para el trabajo disciplinado.

Que tiene noción de la responsabilidad de sus actos, lo cual se observa en muchos alienados.

Que es un impulsivo consciente y extremadamente peligroso para los que lo rodean.

Que debe permanecer, indefinidamente, aislado en el manicomio en que se encuentra.

En los primeros años del siglo XX, Cayetano Santos Godino encarnó los miedos de la próspera sociedad argentina. Nadie quería creer que este muchacho chaparro y orejón era un asesino en serie de otros niños. Hoy, cuando adolescentes violentos aparecen a diario en los noticieros, el debate sobre la inocencia de los niños continúa. ¿Puede asegurar que su hijo no es un asesino?

Un hombre entró en una comisaría de Buenos Aires para entregar a su hijo a la policía. Estaba cansado de Cayetano Santos Godino, el más endiablado entre su prole, que tenía nueve años y unas cicatrices que decoraban su cráneo. Las palizas del padre ya no servían de nada. Ese día, antes de ir a la comisaría, el padre se había percatado de que el zapato

que se quería poner le quedaba chico. Siempre lo usaba, pero de repente ya no le entraba. Había algo ahí adentro. Era un pajarito muerto. Después encontró el resto: una caja debajo de la cama, llena de pajaritos muertos. Decidió llevar a su hijo a la policía. Allí el comisario de investigaciones anotó que el niño era «absolutamente rebelde a la represión paternal, resultando que molesta a todos los vecinos, arrojándoles cascotes o injuriándolos». Y aceptó dejarlo guardado por un tiempo. Lo que el padre no sabía era que su hijo ya había cometido su primer asesinato. Había sido en el silencio de una tarde invernal de 1906, siete días antes de ser remitido a la comisaría.

Su víctima no había sido un pajarito. Había matado a una niña de dos años.

La había raptado de la puerta de un almacén y, después de fallar con el estrangulamiento, la había enterrado viva en un baldío.

Era la época en que Argentina, que estaba por convertirse en una de las diez naciones más prósperas del mundo, recibía a miles de inmigrantes cada día. Fiore Godino había llegado desde Italia y trabajaba encendiendo con queroseno el alumbrado público de la ciudad de Buenos Aires. Encender faroles era como un consuelo para alguien como él, un alcohólico y sifilítico que había engendrado nueve hijos, y de ellos perdido a dos, cuidado a uno con epilepsia y dejado a otra en manos de una tía. Ese mismo hombre entregó a la policía a quien sería el más célebre de sus hijos.

Algunos peritos de la época, convencidos de la teoría criminológica de moda, creían que la maldad del Petiso Orejudo residía en sus orejas.

A principios del siglo XX, entendidos bajo la luz de las hipótesis positivistas del médico italiano Cesare Lombroso, los criminales se distinguían por su físico: cráneos y quijadas enormes eran atavismos que nos acercaban al hombre de Neanderthal, una suerte de identikit delincuencia.

El resto del cuerpo del chico tampoco lo favorecía.

Siete años después de su primer asesinato, los doctores Alejandro Negri y Amador Lucero lo describían así:

La flexibilidad simiana de las manos, cuyos dedos se doblegan hacia el dorso; la viciosa implantación, el tamaño y las malformaciones de las orejas que con su talla le han valido los exactos apodos de ‘petiso’ y ‘orejudo’; la excavación del paladar y la simetría no muy notable del cráneo y de la cara responden a defectos originarios de desenvolvimiento físico que en los alienados tienen el significado clínico de ser estigmas de la degeneración hereditaria.

Durante sus primeros años había padecido una enteritis que lo había llevado a consumirse.

Pero estaba ocurriendo algo más.

Cayetano Santos Godino estaba perdiendo su nombre.

Se estaba convirtiendo en el Petiso Orejudo.

O en «el delincuente con el que soñaba la criminología argentina», como dice el escritor Osvaldo Aguirre en su libro “Enemigos Públicos”.

Cuando su padre lo entregó a la policía, lo enviaron a la Alcaldía Segunda División, un calabozo benevolente.

Allí pasaría dos meses añorando los vasos de leche de su madre, las copitas de ginebra de su hermano y los cigarrillos que encontraba en la calle.

Estaba contento de estar lejos de los golpes de su padre y de los de sus hermanos mayores.

Contento de estar lejos de las clases de las cinco escuelas que había abandonado.

Hoy la denuncia del padre en la comisaría del barrio de San Cristóbal, en el centro sur de la capital, se conserva en un expediente que cien años después es una de las piezas más buscadas por estudiantes y profesores en el Archivo General de los Tribunales de Buenos Aires. «Cesare Lombroso murió antes que Godino, pero si lo hubiera conocido se lo habría llevado a Italia: ese chico corroboraba todas sus teorías», dijo Carlos Elbert, un ex juez y autor de libros de criminología en un coloquio que en el siglo XXI rememoró los asesinatos del Petiso Orejudo.

Lo que llevó a ese juez y a psiquiatras, historiadores, policías y urbanistas a discutir la historia del niño asesino fue su precoz carrera de delitos. Había sido breve pero intensa: luego de cometer su primer asesinato a los nueve años, en menos de una década el Petiso Orejudo se dedicó a prender fuego a corralones y depósitos, a matar a tres niños más y a intentar asesinar a por lo menos otros siete. Cuando al fin lo capturaron, aquel niño que mataba niños resultaba tan perturbador que la justicia de la época lo mandó de por vida al fin del mundo: la prisión de Ushuaia en la Tierra del Fuego.

Hoy una estatua del Petiso Orejudo es la mayor atracción turística en esa cárcel que ahora es un museo. Los turistas saben que ese monumento no es un habitante del pasado. El Petiso Orejudo nos sigue obsesionando porque todavía no sabemos qué hacer con los niños como él.

Queremos pensar que la maldad es sólo aprendida y que la justicia es un asunto de adultos. La psicología tradicional aseguraba que los niños son criaturas amorales y que la sociedad (padres, escuela) tenían la tarea de civilizarlos. Pero los estudios más recientes sugieren que, además de cultural, la moralidad tiene también un origen biológico. Incapaces de pensar que los niños pueden ser malos —simplemente malos—, les hemos asignado una plenitud de derechos sin detenernos a pensar en sus obligaciones. Hasta que actúan como adultos.

Jon Venables y Robert Thompson tenían diez años en 1993 cuando secuestraron a un bebé de dos años. Lo tomaron de la mano en un shopping de Liverpool, lo torturaron y lo mataron en un descampado. Venables y Thompson eran dos niños regordetes, graciosos. No daban con el tipo de niño-asesino. Pero una vez capturados, se convirtieron en las personas más jóvenes en ser condenadas a prisión por un homicidio en el siglo XX en el Reino Unido.

Un cuarto de siglo antes, y también en Inglaterra, Mary Bell, de diez años, estranguló en una casa abandonada a un niño de cuatro años. Cuando admitió haber cometido el crimen, la policía no le creyó: parecía un ángel de grandes ojos verdes y mirada inofensiva. Cuando los investigadores se convencieron, ella y una amiga ya habían estrangulado a otro niño de tres años y lo mutilaron con una tijera cortándole cabellos, piernas y pene.

Treinta años después, en Florida un jovencito de catorce años llamado Joshua Earl Patrick Phillips se unió a cientos de sus vecinos en la búsqueda de una niña del barrio. Sólo Phillips sabía que el cuerpo de la chica yacía bajo su propia cama con once puñaladas. Siete días después, el olor que emanaba el cadáver lo delató.

A principios de este siglo, Natsumi Tsuji, una chica de once años aficionada al básquet y al animé, y que tenía un elevado coeficiente intelectual de ciento cuarenta puntos, mató a su amiga Satomi Mitarai en un colegio de Nagasaki. En un aula vacía le vendó los ojos y le pasó un cúter por el cuello. Después volvió a clase con el uniforme salpicado de sangre.

En Argentina, en una escuela de la minúscula ciudad de Carmen de Patagones, en el inicio de la Patagonia, ‘Junior’, un chico con reputación de buen estudiante, fan de Marilyn Manson y de los libros de historia de la Segunda Guerra Mundial, fue a clase con el arma de su padre y, antes del inicio de la primera hora, se paró frente al pizarrón y la descargó sobre sus compañeros. Mató a tres e hirió a cinco. Como ellos, cualquier niño pacífico puede ser un enigma.

Un siglo después seguimos buscando en el Petiso Orejudo una pista para comprender el horror y la fascinación que nos produce la maldad infantil. En la época en que Cayetano Santos Godino cometió sus crímenes, nadie usaba el vocabulario que hoy es normal tanto en sanatorios como en colegios: depresión, ansiedad, ataque de pánico, trastorno de déficit de atención e hiperactividad, trastorno obsesivo-compulsivo, desorden sensorial de integración, trastorno asocial de la personalidad. El bullying no era una epidemia juvenil. Tampoco existían el gangsta rap que dedica canciones a las armas ni los videojuegos que crean un marco de virtual masacre al alcance de la mano —o del dedo—. O esa estrella de rock a la que los políticos conservadores insisten en adjudicarle la responsabilidad de los tiroteos en los colegios: Marilyn Manson.

En la Argentina reciente, un niño de trece años con dos dientes de conejo en la sonrisa mató a cuatro personas. Fue en diciembre de 2011 y lo hizo como lo hacen los que deben economizar recursos o los que, como él, no tienen la edad suficiente para comprar un arma de fuego: a puñaladas. En una casa sencilla de la provincia de Mendoza, al pie de la Cordillera de los Andes, acuchilló a un amigo de diez años, a la madre de este y a los abuelos.

El chico de los dientes de conejo se presentó como único testigo de una masacre cometida por un inexistente hombre de negro. Después aseguró que su amigo había atacado a toda la familia y que él lo había tenido que matar en defensa propia, pero su ADN, regado por toda la casa, confirmó que su mano era la única que había manipulado el cuchillo.

El móvil nunca quedó del todo claro pero se dijo que el de trece años había querido violar al de diez: el rumor de una mancha de semen en la ropa de aquel y la visita a sitios de pornografía en internet abonaron esta hipótesis. Acaso fue la madre del más pequeño quien lo descubrió en pleno abuso. Acaso ese encuentro desató la ira del adolescente.

Como sea, el cuádruple crimen pasó al olvido pronto: en un crimen con muchos ‘acaso’, los argentinos guardaron silencio con inédito pudor ante este caso que dejaba entrever muerte, sexo, crueldad y violencia. Todo a cuenta de un chiquillo.

Un mes después de las puñaladas, el fiscal de Justicia de menores comunicó al chico de los dientes de conejo que era considerado como el único autor de la masacre. Pero por su edad no podía ser acusado formalmente. Quedó en manos del Estado: fue enviado a una dependencia para recibir tratamiento psicológico.

Durante 1912 Buenos Aires tiembla de miedo. En enero aparece asesinado un niño. Dos meses después la víctima es una niña. En diciembre un desesperado padre encuentra a su hijo de tres años estrangulado y con la cabeza perforada con un clavo. En los últimos años se acumulaban intentos de asesinatos a chicos, no esclarecidos. Después se supo que el criminal se permitió mirar cara a cara a la Policía y burlarse de ella.

Hasta que un día ésta lo atrapó. La gente no sabía si sentir más alivio que terror cuando se enteró que el asesino tenía dieciséis años y que, lejos de sentir remordimientos, experimentaba placer por estas muertes.

En 1912, Buenos Aires vivió con asombro una serie terrible de asesinatos y de tentativas de asesinato. Las víctimas aparecían, a veces, con los párpados quemados con colillas de cigarrillos, a veces masacrados a golpes, casi siempre estrangulados y eran, invariablemente niños indefensos.

La ciudad sucumbió primero el terror colectivo; después, cuando supo que el autor apenas un adolescente que mataba por placer, a la confusión y a la repugnancia. Pero en ninguno de los dos momentos pudo sustraerse al espanto: en las calles porteñas, en las oficinas, en los rumorosos patios de los conventillos, en los tranvías y hasta en la fermentada penumbra de los prostíbulos, se hablaba o se hacía alguna referencia a la serie de homicidios.

En un artículo publicado en la Blackwood’s Magazine, en febrero de 1827, Thomas de Quincey señalaba la impotencia de la moral frente a un asesinato consumado. Su apreciación no quería ser apologética; simplemente entendía que un homicidio debe tratarse moralmente en tanto sea virtual; una vez que se ha cometido, una vez que el hecho es irreparable, “ha llegado la hora del buen gusto y de las Bellas Artes”. (1)

Efectivamente, para De Quincey había ciertos asesinatos que, aunque atroces, reclamaban una visión estética. Despreocupado de enjuiciamientos y condenas, decía que “quizá tengamos la satisfacción de descubrir que unos hechos lamentables y sin defensa posible desde el punto de vista moral resultan una composición de mucho mérito al ser juzgados con arreglo a los principios del buen gusto”. (2)

Para el autor de Del asesinato considerado como una de las bellas artes, no cualquier homicidio era estéticamente valioso: “un buen asesinato exige algo más que un par de idiotas que matan o mueren, un cuchillo, una bolsa y un callejón oscuro”. “El diseño, (...), la disposición del grupo, la luz y la sombra, la poesía (...)”, (3) eran para él elementos indispensables. Por lo menos dos plumas magistrales precedieron a De Quincey en esa investigación estética de lo horroroso. Milton, por ejemplo, en el libro XI de El paraíso perdido, enriqueció la herida fatal de Abel con “un chorro de efusiva

sangre”. Y Shakespeare se demoró detallando con exuberancia los asesinatos del duque de Gloucester en Enrique VI (segunda parte, acto III), y de Duncan en Macbeth.

Esta nota, a la esperable distancia de los trabajos referidos, se propone explorar el mismo terreno, recrear ciertas disposiciones escénicas de los homicidios de 1912 (particularmente del último), y, si fuera posible, promover algún esclarecimiento.

Por lo demás, nada de lo que se sigue debería asombrarnos: una tradición brutal nos delata. Desde Caín, nuestra curiosidad ha sido sobornada, incesantemente, por la belleza elemental de lo violento.

El siglo todavía bostezaba cuando, en 1912, se desató la guerra en los estados balcánicos. La prensa de todo el mundo estaba día tras día pendiente de las negociaciones y las batallas. Se titulaba en primera plana, en letras catástrofe, en todas las ediciones: era como si se hubiese querido concienciar a gritos, un alarido en tinta que alertaba sobre los que dos años más tarde sería la Gran Guerra.

También en aquel año, en el viaje inaugural, se hundieron el Titanic y su pompa.

En el sur de América, un cabo de la Fuerza Aérea Argentina, de apellido Fels, cruzaba, sin autorización, el Río de la Plata. Los jefes aeronáuticos prometían castigo, y los diarios porteños, henchidos, orgullosos, detallaban la intrépida hazaña de “volación”.

Roque Sáenz Peña, que presidía la Argentina, propiciaba la ley electoral que llevaría su nombre y que terminaría con los fraudes eleccionarios.

En aquel momento, por las provincias de Santa Fe, Entre Ríos, Córdoba, Buenos Aires y La Pampa, se había extendido un movimiento de sindicalización de pequeños y medianos chacareros. El movimiento, originado en la provincia de Santa Fe, sería conocido como “El grito de Alcorta”.

Hasta 1912, Buenos Aires había crecido con alguna moderación. Era todavía una ciudad baja, pareja, de calles aireadas y tranvías traccionados a sangre. El intendente Joaquín S. De Anchorena abrió, ese mismo año, las diagonales Norte y Sur en el corazón de la ciudad.

En noviembre del año que nos ocupa se alcanza un récord inmigratorio sin precedentes: en sólo once meses, entran al país 274.272 extranjeros. En ese momento Buenos Aires ya cuenta con 821.293 habitantes.

Sin orden, vigorosamente, se dispara el crecimiento: en el centro se multiplican las casas de inquilinato, y en los suburbios las viviendas sencillas; en las calles se confunden los idiomas, las valijas, y las razas; en las piezas se acercan los catres, se arrinconan los baúles, se mezclan nostalgias, esperanzas y rumores. La ciudad entera supura un espeso jarabe.

Por entonces, los barrios de Almagro y Parque de los Patricios estaban todavía al borde de la pampa. A los costados del camino de Boedo (antiguo “Camino de los Huesos”) empieza a configurarse el barrio del mismo nombre. Avenida La Plata deja de ser un canal de desagüe y se torna bulvar. Hace siete años que el Parque de los Patricios ha desalojado

a los mataderos. Es zona de quintas, de retiro, de descanso. Pero también es un arrabal desgranado de paisanos y extranjeros.

Esparcidas entre las quintas, pueden verse las casas, elementales y recientes: a veces son blancas, casi siempre, de revoque vivo. De tanto en tanto, rígidas, altas, se ven las chimeneas de los hornos de ladrillos inflamando el cielo suburbano.

Una de esas calles de tierra se llama Progreso.

Y, enfrente al número 2185, el martes 3 de diciembre, un grupo de chicos jugaba buenamente.

Hay, entre ellos, dos que nos importan: unos es Gerardo Giordano, tiene 3 años y será la última víctima de la serie de asesinatos; el otro, todavía un adolescente, es Cayetano Santos Godino, el homicida.

Un “disgraciato figlio”

“El procesado es un muchacho que por su talla pequeña y escasa corpulencia, por su palabra de pronunciación algo infantil, su sonrisa inocente y su expresión fisonómica ordinaria, representa menor edad de la que tiene. La falta de vello en el cuerpo y la detención del vello pubiano en un límite horizontal en vez de prolongarse hacia el abdomen en una superficie triangular de vértice superior y mediano, ratifican la impresión anterior. Por el contrario, el bozo del labio superior, el vello de las piernas y el desarrollo de los órganos sexuales lo contradicen, con la particularidad de que estos órganos son de tales proporciones que aún en los adultos es raro de verse.” La flexibilidad simiana de las manos cuyos dedos se doblegan hacia el dorso; la viciosa implantación, el tamaño y las malformaciones de las orejas que con su talla le han valido los exactos apodos de “petiso” y “orejudo”; la excavación del paladar y la simetría no muy notable del cráneo y de la cara, responden a defectos originarios de desenvolvimiento físico que en los alienados tienen el significado clínico de ser estigmas de la degeneración hereditaria. A este respecto, la doctrina psiquiátrica es demasiado amplia para ser aplicada con precisión a un caso particular y demasiado elástica para ser desvirtuada por un caso negativo. Si en la familia de Godino se hubieran observado ejemplares, ascendientes o colaterales, de enfermedades nerviosas o mentales, el carácter hereditario de su estado sería incontrovertible. Empero, el interrogatorio minucioso del padre y de la madre, no autorizan a establecer semejante etiología como anamnesis positiva. La madre, de aspecto bondadoso, ha tenido ocho hijos entre los cuales este “disgraciato figlio” sufrió en su primera infancia una prolongada enfermedad con enflaquecimiento extremo, acaso consecutivo, a afecciones gastrointestinales propias de su edad. La diferencia de temperamento de los padres y el grado y la forma de sus sentido moral se aprecian en el calificativo fuerte o tierno con que cada uno designa al hijo procesado. Los demás y los abuelos y parientes de que se sepan, son todos morales.(...)(Del primer informe médico-legal realizado por los Doctores Negri y Lucero).

Crueldades de Santos

“Asesinato de un niño de tres años. Un hecho salvaje. Sobre la pista”.

“La policía de la sección 34ª está empeñada desde la mañana anterior en el esclarecimiento de un crimen bárbaro, que revela la existencia de delincuentes

desalmados, de esos para quienes la vida de una persona es cosa efímera. “Después del crimen de la calle Pavón, del que resultó víctima el niño Lanrosa (Laurora), la crónica policial no registró otro hecho más horrible que el que detallaremos enseguida”. (5)

La mañana del crimen, como casi todos los días, en la casa ubicada en Urquiza 1970, el asesino se despertó al amanecer. No cuesta nada, ni nos aleja de la verdad, imaginarlo levantándose sin ganas, acalorado, con los párpados carnosos y la cara cuajada de mal humor, o, una vez en el baño, mirándose sin entusiasmo en el espejo (pronto los médicos hablarían de su marcado aspecto simiesco).

Sabemos que no tenía puro ni obligaciones. Sin embargo, algo lo perturbaba esa mañana: desde que había abierto los ojos maquinaba con obstinación el mismo pensamiento, una idea obscena que se había instalado en el centro geométrico de su mente. Y aunque explotaron, como siempre, en la cocina o en el patio, los gritos iracundos de Fiore Godino, él ni siquiera se distrajo.

A Fiore Godino, exponente rudimental de la especie, alcohólico, progenitor del asesino, de oficio farolero, no se le ocurría otro modo de encaminar a su hijo. Estaba convencido de que los gritos y los cachetazos terminarían aplacando esa naturaleza maligna. Incluso, cuando su descendiente tenía nueve años, había hecho que lo encarcelaran por “juntar pájaros muertos en una caja”, y por molestar a los vecinos con insultos y cascotes. Pero el rigor no funcionaba: en Cayetano Santos Godino perseveraba, incommovible, una voluptuosa debilidad por el mal.

Cuando en la mañana del 3 de diciembre de 1912 el asesino sale de su casa, ya lleva clavada entre los ojos la determinación terrible de matar.

“En una de las habitaciones de la casa situada en la calle Progreso número 2185, vive don Pascual Giordano, con su esposa y tres niños, entre los cuales figuraba uno de tres años de edad, llamado Gerardo”. (6)

“Como de costumbre, éste último, después del habitual desayuno, salió a la puerta de calle, donde se reunía con otros menores de la vecindad, con los cuales se entregaba a las distracciones y juegos propios de la edad”.

“Los padres de Gerardo no notaron al principio su desaparición, hasta que don Pascual salió a la calle a fin de llevar al pequeño a su hogar, donde se le quería entrañablemente”.

“Todos los esfuerzos que se hicieron para dar con el paradero del desaparecido, fueron inútiles, razón por la cual el padre de Gerardo se dirigió a la comisaría 34ª (...)”.

“(…)No obstante, las promesas de los empleados de la mencionada comisaría, Giordano concurre varias veces a ella, a fin de rogar la busca de su pequeño hijo, y como se le dijera, con el propósito de calmar su excesiva excitación nerviosa, que su hijo podía hallarse metido en alguna casa de la vecindad, el desesperado padre recorrió puerta por puerta todas las casas de los alrededores, sin obtener resultado alguno”.

“De regreso de una de las idas a la comisaría, Giordano se detuvo en el portón de la quinta de Moreno, de la cual salía un menor, al que le preguntó por su hijo obteniendo también una respuesta negativa, a pesar de lo cual resolvió penetrar en el local (...)”.

Después de vagabundear un rato por las calles, Santos Godino encuentra, en la calle Progreso al 2100, un grupo de chicos jugando. Se les suma sin despertar ninguna sospecha porque, después de todo, a pesar de su porte de simio, de su aspecto maligno, el asesino tiene sólo 16 años. Poco después consigue convencer a Gerardo para que lo acompañe a comprar unos caramelos. Un rato antes y sin éxito, invitó a Marta Pelossi, de 2 años de edad; pero la menor, asustada, se refugió en su domicilio. Así, entonces, víctima y homicida se encaminan sin apuro hacia el almacén ubicado en Progreso 2599. compran unos centavos de caramelos y enseguida el más chico los reclama, pero Godino, imperturbable, resuelve dosificarlos: le permite algunos, y le promete los demás si acepta acompañarlo hasta cierto lugar alejado. Por supuesto que el lugar es la quinta de Moreno.

Una vez en la entrada, el chico llora y se resiste a entrar. Algo que no hubiera podido explicar, y que ni siquiera debió de comprender del todo, lo paraliza. O sí, comprende: aunque todavía no pueda asignarle nombre, en ese momento Gerardo Giordano siente un miedo primordial. No hace falta ser adulto para descubrir la maldad en los ojos sin mirada de Godino. Pero el asesino ya está lanzado. Lleva hecho demasiado. Por eso ni siquiera vacila: lo agarra con violencia de los brazos, lo introduce en la quinta y lo arrincona cerca de un horno de ladrillos. Luego lo derriba con fuerza y lo aquieta poniéndole una rodilla sobre el pecho. Santos Godino conoce el mecanismo: con apuro, pero sereno, se quita el piolín que lleva por cinturón (se trata de esos lazos de algodón que se utilizan en albañilería para sostener las plomadas), y empieza a enrollarlo en el cuello de Gerardo.

“(…) Después de recorrer algunos rincones del terreno, llegó a un paraje donde existen algunas latas, cascotes y otros desperdicios, y apenas hubo avanzado algunos pasos notó que recostado a la pared y casi cubierto con un trozo de lata había un cuerpo”.

“Giordano, creyendo al principio que su hijo se hallaba ahí escondido, a medida que se aproximaba lo llamaba por su nombre; pero cuando llegó junto a él, lo tomo en sus brazos con la misma desesperación que lo afligía, echó a correr con el niño hasta su domicilio que queda a poca distancia de la quinta mencionada”.

“Al principio Giordano no pensó que conducía un cadáver en sus brazos, pues el cuerpo conservaba aún algún calor; pero una vez en su casa, rodeado de su esposa y de los vecinos, comprobó que su hijo había sido asesinado alevosamente”.

Ajusta con fuerza los nudos y con un fósforo quema los sobrantes. Trata de alejarse pero no puede, algo ominoso lo retiene, lo estaquea en su sitio: Santos Godino se estremece frente a los estertores de la asfixia, se excita, entra desbocado en una especie de borrachera orgiástica. Irremediablemente, pierde la indiferencia, le tiemblan las rodillas y las manos, se le seca como un cuero la garganta. Por eso ahora se arrodilla al lado de Gerardo, para mirarlo, para buscarle la desesperación en sus ojos, para ver de cerca el exasperado gesto del final. Sencillamente por eso se demora examinando la piel cianótica, las ventanas expandidas de la nariz, los labios tintos, resecos, derrotados por la tensión del lazo. Porque si algún sentido tiene para él sus asesinatos, de estos efímeros segundos en los que se siente un poderoso dios clandestino.

“Tenía atadas las manos y los pies con piolines. En el cuello tenía también otro piolín, con el cual el malhechor dio 13 vueltas con el propósito de matar por estrangulación.

Además presentaba una herida en el parietal izquierdo producida por un clavo de 4 pulgadas”.

Una vez satisfecho, Santos Godino se incorpora y da unos pasos hacia atrás. Mira el cuerpo inmóvil pero vivo de Gerardo y, por algún motivo, siente que no puede dejar las cosas como están.

A esa altura, Pascual Giordano ronda la zona. Ya fue y vino innumerables veces de la comisaría. Ya consultó, sin suerte, a todos los vecinos del paraje. Desconsolado, se le ocurre revisar la quinta de Moreno. Se encamina sin convicción, pensando si no sería mejor volver una vez más a la comisaría.

Entre los escombros y los desperdicios, el asesino encuentra un clavo y la manera de terminar con la agonía -ahora inútil- de Gerardo. Se acerca al cuerpo, lo observa. El chico está vivo, tiene los ojos enrojecidos y los mueve de un lado para otro. A Godino le molesta el obstinamiento vital de Gerardo. No le encuentra sentido a esa resistencia. Mira a los costados, y levanta una piedra para usar como martillo.

A media cuadra de la quinta, Pascual Giordano vacila y se detiene. No sabe qué hacer ni dónde buscar. En unos instantes reanudará la marcha (hay una sola puerta y el criminal todavía no salió), pero por ahora no puede moverse. Ni siquiera se imagina que del otro lado de esa pared de ladrillos que ve a lo lejos, está su hijo; que la tragedia, tal vez, aún podría ser evitada. Hubiera bastado que Gerardo soltara un grito, que liberara un último quejido. Pero no puede, en los pulmones no le queda aire ni quejas. A uno y otro lado de la pared están los dos Giordano, los dos sufrientes, los dos vencidos. Entre las dos impotencias, apenas unos metros, una tapia y la indeclinable determinación de Santos Godino.

El asesino se acerca al cuerpo sin defensa con una piedra en una mano y un clavo en la otra. Después, con la yema de los dedos palpa una de las sienes del moribundo; entonces, de golpe, como un alarido que emerge de alguna zona primitiva de la memoria, le surge, indomable, una nueva tentación: apoya en el suelo las rodillas y las manos y, cerca de la comisura de los labios de Gerardo, clava su dentadura de perro, muerde y zamarrea esa cabeza como si fuera un salvaje trofeo de caza. Al rato, esa erupción de brutalidad inmemorial se desvanece. Vuelve a tomar el clavo, alza la piedra y, mientras ve como el chico le destina una terrible mirada final, proyecta sobre el clavo el golpe definitivo.

Antes de salir, cubre con una chapa de zinc los ojos y el cuerpo de su víctima. Le molesta que esos ojos sigan abiertos, empecinados como los de un pájaro. Ahora piensa que tiene sed, piensa en el ámbar de un whisky abrasándole la garganta, piensa en las noticias que mañana traerán los diarios. Se pone de pie. Antes de abandonar la quinta, mira otra vez hacia el irrevocable cadáver. En ese momento, claro en el aire detenido del mediodía, se oye el grito de un hombre. Es Pascual Giordano que se aproxima al portón pronunciando el nombre de su hijo. Godino no pierde tiempo. Acelera el paso y se cruzan en la entrada. Se traban en una mirada nerviosa, eléctrica; se miden, se interrogan. El hombre le pregunta por su hijo. Y Godino, sin miedo, seguro del triunfo de su suerte, le contesta que no lo ha visto, que vaya a la comisaría que ahí debía de estar. Y se aleja en silencio, disfrutando la victoria secreta.

“El Inspector General Sr. Laguarda y el Comisario Sr. Hirsuta, dispusieron que el Subcomisario Sr. Miguel Peire, que es un especialista en esta clase de investigaciones, se hiciera cargo de las pesquisas, secundado por el Oficial Santillán y otros empleados”.

“A las 5 de la tarde estos funcionarios, el Doctor Oro (Juez de Instrucción) y las autoridades seccionales resolvieron hacer una reconstrucción de la escena. Se condujo el pequeño cadáver a la quinta y Giordano lo colocó en la misma forma que lo encontró”.

Detenidamente, el Subcomisario Peire examinó el terreno y las circunstancias, y no tardó en conectar el hecho con otro similar ocurrido el día 8 del mes anterior. En aquella oportunidad, en un terreno alfalfado situado en la calle Artes y Oficios, entre Tarija y Pavón, un vigilante de la comisaría 12^a encontró a un niño de poco de más de 2 años que tenía los pies atados con una cinta y el cuello cercado fuertemente con un piolín. En un primer momento, la policía detuvo a un menor de 16 años que, sin poder justificar su presencia, merodeaba el paraje. De inmediato se participó al Juez de Instrucción, Doctor Campillo, quien el día 12 de noviembre debió disponer su libertad “por no existir méritos para su detención”.

Sin embargo, los detalles de aquel caso quedaron encendidos en la memoria del Subcomisario Peire. Tanto que, una hora después de la reconstrucción, el asesino estaba individualizado. Bastó que una niña, María Perlero, hija del propietario del almacén ubicado en Progreso 2599, revelara que la víctima había entrado al negocio acompañada de un menor de unos 15 o 16 años y que ofreciera la inconfundible descripción del Petiso Orejudo, para que al Subcomisario se le despejaran las dudas.

Sin embargo, no se apresuró. Resolvió que los oficiales Torres y Santillán investigaran detalladamente en el vecindario las costumbres del posible criminal. Se tomaron para esto lo que quedaba de la tarde y buena parte de la noche. A las 4.30 del día 4 de diciembre de 1912, el Subcomisario Peire y sus ayudantes allanaron el domicilio de la familia Godino.

La vida de Godino no estaba ajustada por el rigor de ninguna rutina: sus días eran ociosos, errantes, impredecibles. Por eso es difícil saber qué hizo la tarde del último crimen. Al día siguiente, al ser apresado, confesaría que luego de matar a Giordano visitó la casa de su hermana casada, en la que almorzó y se quedó haciendo sobremesa. Después de esto ignoramos que hizo. Habrá vagabundeadado por los arrabales; se habrá emborrachado con whisky o con grapa; habrá observado, tal vez, a prudente distancia, la conjetural reconstrucción de los hechos; o sencillamente habrá esperado a que se apagara el incandescente infierno de la siesta sentado en el banco de alguna plaza, de algún andén. Pero lo que sí es seguro, es que aquella noche fue al velorio de su víctima.

Alrededor de las 9 lo vieron llegar a la casa de la calle Progreso. No habló con nadie, pero se movió con naturalidad, como si fuera un deudo o un amigo. Lo había arrastrado allí su curiosidad. Quería saber qué se decía de él; quería oírse mencionado -aunque fuera con alusiones imprecisas- por todas las bocas presentes. Pero sin embargo, ahora que estaba ahí, que veía a Gerardo de cerca, tan inmóvil en su cajón, tan pálido, tan muerto, sintió unas irreprimibles ganas de llorar. Tomó entre sus manos la cabeza inerte, la observó, pasó los dedos por la herida ahora seca y oscura de la sien, y no pudo más: salió corriendo del lugar, desbocado, como si hubiera visto un aparecido.

Según un minucioso trabajo del principal Ricardo Bassetti (7), cuando atrapan a Santos Godino “se le encuentra en la cintura su trozo de piolín de algodón similar al que tenía el niño Giordano anudado al cuello y en el bolsillo del pantalón, un recorte del diario La Prensa del día anterior donde se relataba el último homicidio que lo tuvo como protagonista”. Y acá llegamos a un punto interesante: el crimen es cometido el día 3, por la mañana, de modo que ningún matutino pudo exponer la información hasta el día siguiente. Es decir que La Prensa publicó la noticia por primera vez el día 4. lo curioso es que Godino (que no sabía leer) es atrapado también el día 4 de diciembre, a las 4.30 de la madrugada. Vale decir que el Petiso Orejudo es sorprendido con un recorte del diario del día y no de la víspera, como se pretendió seguramente por error. Es legítimo, entonces, imaginarlo despierto, pendiente, esperando la aparición de los diarios.

Porque si no hay razón para que esta nota, todavía con olor a tinta, estuviera en su bolsillo. Ahora, ¿para qué esperaba con tanta ansiedad los diarios si era analfabeto? Por supuesto: tenía la esperanza de encontrar alguna foto. Y, evidentemente, por ese motivo el recorte que llevaba era del diario La Prensa, que ilustró el reporte con una foto de la quinta de Moreno. Santos Godino debió de ver en esa foto, no una toma de la quinta donde apareció el cadáver, sino un retrato de sí mismo; una serie de cifrado identikit que lo multiplicaba frente a miles de ojos y que, a la vez, lo resguardaba.

Era el autor anónimo de una obra siniestra pero famosa. Por eso no se cansaba de mirar el recorte. En la madrugada del patio, solo, miraba extasiado la fotografía y hasta no le importaba ser analfabeto. Sin embargo, de no haberlo sido, a un costado de la ilustración hubiera podido leer: “los primeros pasos dados por la policía en la investigación permiten abrigar esperanzas respecto al éxito de las pesquisas, y no sería difícil que cuando salga a circulación este diario el autor de este crimen esté detenido. Durante las primeras horas de esta madrugada se efectuó un allanamiento; pero debido a lo avanzado de la hora no nos fue posible obtener detalles precisos respecto a sus resultados”. Cuando en la puerta número 1970 de la calle Urquiza reventaron los golpes de la gente del Subcomisario Peire, a Santos Godino le faltó tiempo hasta para ponerse de pie.

Después de ser apresado, Santos Godino confesó cuatro homicidios y numerosas tentativas de asesinatos. Sin embargo, lo que más parecía irritar a la opinión pública era el cinismo, la morbosa lentitud con que historiaba sus crímenes. Horas después de entrar en la cárcel, le confiaba a la prensa: “muchas mañanas después de los rezongos de mi padre y de mis hermanos, salía de mi casa con el propósito de buscar trabajo, y como no lo encontraba tenía ganas de matar a alguien. Entonces buscaba alguno para darle muerte. Si encontraba a alguien chico me lo llevaba a alguna parte y lo estrangulaba”. Cuando se le preguntó si no estaba arrepentido de sus actos, contestó despreocupadamente que “sólo un momento tuve lástima de lo que hice. Anoche fui a la casa de Gerardo, a fin de saber lo que se decía de mí, y cuando vi al chico en el cajón me dieron ganas de llorar. después salí corriendo de la casa porque me dio miedo”.

En una primera instancia, Santos Godino fue declarado irresponsable y se lo recluyó en el Hospicio de las Mercedes, en el pabellón de alienados delincuentes. Allí mismo, tiempo después, el diario La Patria degli Italiani reprodujo un excepcional reportaje que el Doctor Vaccari le realizara al detenido:

“-Has dormido bien tranquilo, al parecer.

-Ahora duermo bien.

-¿Pero después de haber estrangulado a aquel niño?

-¡Ah!... la primera noche, no más. Me pasa así, después... nada.

-¿Y qué sentías la noche del delito?

-Nada... El muchachito me seguía embromando y le decía al padre: ¡Papá, ha sido él, agárralo, ha sido él el que me ha matado!...

-Dime: ¿tu padre se embriagaba?

-Ahora hace un tiempo que no toma, pero antes siempre estaba borracho y le pegaba a mi madre.

-¿Tu madre viene a visitarte?

-No señor, tiene vergüenza.

-¿Cuántos delitos has cometido?

-Once, tres muertos y ocho lastimados (en realidad, los homicidios fueron cuatro. Aunque el cuerpo de una de las víctimas, enterrada bajo una casa cercana a la esquina de Rivadavia y Río de Janeiro, nunca fue encontrado).

-¿Qué sensaciones sientes cuando estrangulas?

-No sé... me gusta. A más, me da todo un temblor por el cuerpo que me sacude... Siento ganas de morder. Al chico ése le agarré con los dientes aquí, cerca de la boca y lo sacudía como hacen los perros con los gatos... Luego me da mucha sed. La boca, la garganta se me secan, me arden como si tuviera fiebre..."

Y más adelante, con algo de pudor, el Doctor añadía: "confesó el desgraciado que después de cada delito de sangre, sentía violentas sensaciones eróticas".

"-¿Y porqué incendiabas las casas?

-Para ver trabajar a los bomberos. Siempre corría a ver los incendios y les daba una mano a los bomberos. Es lindo cuando caen en el fuego.

-¿Y robar?

-He probado, no me gusta. Ha sido un compañero mí que me ha enseñado, pero no me gusta"

El Doctor Vaccari observa que "se muestra contentísimo en mantener cierta higiene moral, quedando aislado de los compañeros de cárcel acusados de hurto". (8)

“-Yo no trato con esa gente, son todos ladrones... Me quedo solo y de vez en cuando hablo con el vigilante.

-¿Nunca se te ha dado por estrangular a un hombre?

-Si lo hubiera encontrado dormido, ¿cómo no?”

“Y en aquellos ojos que reflejaban los fríos destellos del acero, pasaban las visiones de una escena que tanta satisfacción le había proporcionado -nos cuenta el doctor-. Francamente, es un ser que nos hace estremecer y al mismo tiempo nos da la más profunda piedad. Pero lo más característico en él es el desequilibrio en las facultades mentales, es la manera de apreciar las cosas. Por ejemplo: respecto al padre de su víctima, al oírlo, él teme la venganza del desdichado padre, no por el hecho de haber asesinado al niño, sino porque lo ha engañado”.

“Estoy contento de estar preso. No saldría sino acompañado por un vigilante. Ya todo el mundo me conoce. Y además, el padre del muchacho... ¡si me caza, me mata! ¡cómo lo he engañado!... Es que cuando me preguntó por su hijo le dije que no lo había visto y que lo buscara en la comisaría”.

“Confiesa con verdadera fruición -nos explica Vaccari- que se divertía en matar los caballos y en probar la sensación del hierro que se hunde y se retuerce en las carnes, y el recuerdo de estos espectáculos lo excita y entonces el mentón y el labio inferior se alargan y los dientes se cierran, la nariz se ensancha como si aspirase el olor característico de la matanza. Y en medio de ese desastre moral, un solo débil sentimiento de afectividad hacia la madre, de temor hacia el bastón del hermano mayor, quien, epiléptico como él, parece no mezquinar medidas enérgicas contra el precoz delincuente”.

“-¿Volverías a cometer otros delitos?

-No señor. Le doy demasiados disgustos a mi madre que tiene hasta vergüenza de mí”.

Y el reportaje se cierra con este diálogo:

“-¿Has llorado alguna vez?

-Sí señor, pero de rabia... Lloraba de rabia cuando se me escapaba alguna volada.

-Pero, ¿no te han inculcado algún principio religioso?

-Cómo no, si soy bautizado.

-¿Y no te han dicho que puedes ser castigado aún así?

-No sé; pero aquí me han dicho que soy enfermo, que me van a someter a un tratamiento... Entonces, ¿qué culpa tengo yo si no puedo sujetarme?”

“Una rebelde a la represión paternal””En la Ciudad de Buenos Aires, a los 5 días del mes de abril del año 1906, compareció una persona ante el infrascripto. Comisario de Investigaciones, la que previo juramento que en legal forma prestó, al solo efecto de

justificar su identidad personal dijo llamarse Fiore Godino, ser italiano, de 42 años de edad, con 18 de residencia en el país, casado, farolero y domiciliado en la calle 24 de Noviembre 623. Enseguida expresó: que tenía un hijo llamado Cayetano , argentino, de 9 años y 5 meses, el cual es absolutamente rebelde a la represión paternal, resultando que molesta a todos los vecinos, arrojándoles cascotes o injuriándolos; que deseando corregirlo en alguna forma, recurre a esta Policía para que lo recluya donde crea oportuno y para el tiempo que quiera. Con lo que terminó el acto y previa íntegra lectura, ser ratificó y firmó. Fdos: FRANCISCO LAGUARDA, Comisario. -Fiore Godino”.”Se resolvió detener al menor Cayetano Godino y ser remitió comunicado a la Alcaldía Segunda División, a disposición del señor Jefe de Policía”.

A finales de septiembre de 1904, Santos Godino lleva al pequeño Miguel Depaoli, de 17 meses, a las cercanías de las calles Humberto I y Liniers con el propósito de matarlo. Lo golpea, lo empuja violentamente contra unas pitas y le proporciona heridas de gravedad.

El 9 septiembre de 1908 conduce a Severino González Caló, de 2 años, a un corralón ubicado en Victoria y Muñiz, donde lo sumerge en una pileta para caballos. El propietario del lugar Zacarías Caviglia, descubre la tentativa pero Godino se defiende diciendo que el niño había sido llevado hasta allí por una mujer, de la que suministra señas particulares.

Seis días más tarde, el 15 de septiembre, en Colombres 632, quema con un cigarrillo los párpados de Julio Botte, de 22 meses de edad. Es descubierto por la madre de la víctima, pero alcanza a huir.

El 20 de noviembre del mismo año, se lleva de la esquina de Muñiz y Directorio a la niña Catalina Naulener. Busca un baldío por la calle Directorio, pero antes de encontrarlo la menor se resiste a seguir. Godino se descontrola y la golpea. Unos vecinos intervienen a tiempo y el Petiso Orejudo vuelve a huir. El 23 del mismo mes, en Deán Funes y Chiclana, intenta golpear a Carmen Gittone. Pero la víctima es amparada por los vecinos. El agresor consigue escapar.

En las inmediaciones de San Carlos y Loria, trata de matar a Ana Nera, de 18 meses, pero es sorprendido por un agente. Godino manifiesta haberla encontrado en esa situación y miente haber querido liberarla.

Cayetano Santos Godino pasa un tiempo recluso en el correccional de San Marcos y recupera su libertad en diciembre de 1911.

En enero de 1912 asesina al menor Arturo Laurora, domiciliado en Cochabamba 1753. el crimen es consumado en una casa abandonada de la calle Pavón 1541.

La tarde del 7 de marzo del mismo año, frente a un local ubicado en Entre Ríos 322, prende fuego al vestido que lleva puesto la menor Benita Vainicoff, y sale huyendo. Poco después la niña muere a causa de las quemaduras.

El 8 de noviembre de 1912 intenta asesinar a Carmelo Russo, a quien se encuentra con los pies atados y semiasfixiado por un cordón que le envuelve el cuello. En esta oportunidad, el Petiso Orejudo es detenido por sospechoso y finalmente liberado por falta de mérito.

El 3 de diciembre secuestra y mata al niño Giordano en la quinta de Moreno. En la madrugada del día siguiente, Godino es apresado por la policía.

Una vez detenido confiesa los crímenes citados y, además, asegura que en 1906, unos días antes de que su padre lo denunciara por mala conducta, había enterrado viva a una menor de 2 años en un terreno baldío. Las autoridades se trasladan hasta el lugar pero se encuentran con que se había edificado una casa de dos pisos. La historia no pudo ser corroborada; sin embargo, los archivos policiales registran una denuncia por desaparición con fecha 29 de marzo de 1906, tomada en la comisaría 10ª. La niña desaparecida se llamaba María Roca Face, tenía 3 años y nunca fue encontrada. Como los padres volvieron a Italia, la confesión nunca pudo confirmarse.

Según el prontuario policial, “no demuestra ningún arrepentimiento por sus actos, conserva la mayor lucidez y demuestra satisfacción al narrarlos. Refiere que es onanista y que nunca ha tenido trato con mujeres, pero que la vista de ellas le es agradable. Es bebedor de alcoholes fuertes. No tiene instrucción, es analfabeto pero sabe firmar; posee buena memoria”.

A Godino el fuego le encantaba. Hasta diciembre de 1912 había provocado los siguientes incendios: en la estación de tranvías Anglo Argentina, Estados Unidos 3360; una fábrica de ladrillos, Garay 3129; en un corralón de maderas, Carlos Calvo 3950; en un corralón ubicado en Corrientes y Pueyrredón.

Cuando el Petiso Orejudo, internado en el Hospicio de las Mercedes, atentó contra dos pacientes (9), la ciudad volvió a dar un respingo. Se difundió de nuevo un miedo paranoico. La voz pública se alzó para alertar sobre el peligro de una posible fuga (10), y se reclamó para el asesinato o confinamiento carcelario definitivo. La gente quería verlo lejos, desactivado, muerto si hubiese sido posible (11). Pero el principal estorbo para encarcelar a Godino era, justamente, el resultado de los informes médico-legales. Las conclusiones de los Doctores Negri y Lucero fueron las siguientes:

1. El sujeto es un alienado mental e insano o demente en las acepciones legales.
2. Es un degenerado hereditario, imbécil, que sufre de locura moral, por definición, muy peligrosa.
3. Es irresponsable.

Por su parte, los Doctores Esteves y Cabred concluían que:

1. Cayetano Santos Godino se hallaba atacado de alineación mental.
2. Su alineación mental revestía la forma de imbecilidad.
3. Su imbecilidad era incurable.
4. Era totalmente irresponsable de sus actos.
5. Presentaba numerosas anomalías físicas y psíquicas.

6. Carecía de condiciones para el trabajo disciplinado.
7. Tenía noción de responsabilidad de sus actos, lo cual se observa en muchos alienados.
8. Su impulso era consciente y extremadamente peligroso para quienes lo rodeaban.
9. Debía permanecer indefinidamente aislado en el Hospicio de las Mercedes, en la sección de alienados llamados delincuentes o en una sección de esa clase que se establezca en un sitio especial para idiotas.

Basándose en estos exámenes, el Juez Doctor De Oro decidió declararlo irresponsable, con lo cual se hacía legalmente su encarcelamiento. En noviembre de 1914, el Juez de Sentencia Doctor Ramos Mejía absolvió al Orejudo y ordenó la remisión de los informes médicos a la justicia civil para formalizar su internación por tiempo indefinido. Los móviles meramente sensuales y la crueldad gratuita de Godino produjeron en la sociedad una mezcla de indignación y desconcierto. El caso, que no registraba precedentes locales, tenía vértices desconocidos que impedían enmoldarlo en patrones convencionales de criminalidad. Esa desorientación, asombrosamente, se observa también en los informes médicos que, apoyados en la psiquiatría de aquella época (12), determinaron la resolución de la justicia: y en ciertos argumentos (legítimos pero inexactos y a veces hasta pueriles) esgrimidos por la prensa (13).

Finalmente, el 12 de noviembre de 1915 la Cámara de Apelaciones se reunió y, por unanimidad, resolvió que Cayetano Santos Godino fuera confinado (mientras no hubiera asilos adecuados) a una penitenciaría por tiempo indeterminado.

Doctores: ¿Es usted un muchacho desgraciado o feliz?

Godino: Feliz.

Doctores: ¿No siente usted remordimientos de conciencia por los hechos que ha cometido?

Godino: No entiendo lo que ustedes me preguntan.

Doctores: ¿No sabe usted lo que es el remordimiento?

Godino: No señores.

Doctores: ¿Siente usted tristeza o pena por la muerte de los niños Giordano, Laurora y Vainicoff?

Godino: No señores.

Doctores: ¿Piensa usted que tiene derecho a matar niños?

Godino: No soy el único; otros también lo hacen.

Doctores: ¿Por qué mataba usted a los niños?

Godino: Porque me gustaba.

Doctores: ¿Por qué buscaba usted los terrenos baldíos o una casa deshabitada para cometer sus atentados?

Godino: Porque así nadie me veía.

Doctores: ¿Por qué huía usted después de matar a los niños y de producir los incendios?

Godino: Porque no quería que me agarrara la policía.

Doctores: ¿Con qué objeto fue usted a la casa del niño Giordano el mismo día que lo mató?

Godino: Porque sentía deseos de ver al muerto.

Doctores: ¿Con qué objeto le tocó usted la cabeza al muerto?

Godino: Para ver si tenía el clavo.

Doctores: ¿Piensa usted que será castigado por sus delitos?

Godino: He oído decir que me condenarán a veinte años de cárcel y que si no fuera menor de edad me pegarían cuatro tiros.

Doctores: ¿Se animaría usted a matar algunos niños o idiotas del Hospicio de las Mercedes?

Godino: Sí señores.

Doctores: ¿En qué paraje los mataría?

Godino: En la quinta del establecimiento, porque así no me verían.

Doctores: ¿Cómo haría usted para matarlos?

Godino: Les pegaría con un palo en la cabeza y lo dejaría al lado del niño para hacer creer que el palo se le había caído por casualidad en la cabeza.

Doctores: ¿Dónde le gustaría a usted más vivir: en este asilo o en la cárcel?

Godino: En la cárcel.

Doctores: ¿Por qué?

Godino: Porque aquí están todos locos, y yo no soy loco.

El frío del final

La Cárcel de Ushuaia, que por entonces albergaba a unos novecientos reclusos, fue construida por el ingeniero Castello Muratgia en el año 1885. rústica, enclavada en un paisaje agresivo, cruzada por vientos antárticos y lejos de todas partes, constituía la prisión más segura del país. Fugarse de aquella cárcel significaba morir inexorablemente de hambre, de frío o de cansancio. A ese presidio fue a parar Santos Godino.

Para dar una idea del trato al que estaban sometidos aquellos presos, transcribo a continuación un fragmento de la carta que el médico del penal, Doctor Guillermo Kelly, le enviara a su amigo Frank Soler, en 1932: “En pleno siglo XX, en el segundo establecimiento penal de la progresista república, se han roto huesos, se han retorcidos testículos, se ha castigado a los presos con tremendas cachiporras de alambre y con frecuencia en las espaldas, para volverlos tuberculosos, y mil salvajadas más”.(14)

Así pasó el resto de sus días el condenado Godino. De su vida de recluso se supo poco. Apenas alguna anécdota, algún hecho curioso, como el siguiente: en 1933, el criminal morbosos, la criatura sin lástima que había masacrado querubines, el infanticida que había quemado párpados y estrangulado, consiguió detonar la furia de los presos recién cuando mortificó al gato mascota de la sección carpintería. Eso sí ya les resultó intolerable, y lo golpearon; le pegaron tanto que tardó más de veinte días en salir del hospital.

También confusas las circunstancias de su muerte, ocurrida en el penal de Ushuaia en 1944. Hasta entonces, había sido maltratado y, con frecuencia, violentado sexualmente. Sobrellevó los días largos y repetidos de la cárcel, sin amigos, sin visitas y sin cartas; descarnadamente solo en ese vértice hostil del mundo.

Murió sin confesar remordimientos, sin comprender que había sido la monstruosa encarnación de una pesadilla colectiva.

MARY BELL



Mary Flora Bell (nacida el 26 de mayo de 1957 en Newcastle-upon-Tyne, Inglaterra, Reino Unido) fue encarcelada en diciembre de 1968, culpable del asesinato de dos niños; Martin Brown (de cuatro años de edad) y Brian Howe (de tres años de edad).

Bell tenía once años cuando fue encarcelada por los asesinatos.

La madre de Bell, Betty, era prostituta y de vez en cuando se ausentaba de la casa, viajando a

Glasgow por motivos de trabajo. Mary fue su primera hija, que nació cuando Betty tenía 16 años. No se sabe bien quién fue el padre biológico de Mary, aunque ella creyó gran parte de su vida que fue Billy Bell, un criminal arrestado por robo a mano armada, quien se había casado con Betty tiempo después del nacimiento de Mary.

Personas no pertenecientes al círculo familiar señalaron que Betty intentó en más de una ocasión asesinar a Mary y hacerlo aparentar como un accidente, en los primeros años de vida de la pequeña. La propia Mary señaló que fue víctima de abuso sexual por parte de su madre más de una vez, diciendo que ella la obligaba a participar en actos sexuales con hombres desde los cuatro años de edad.

Mary Bell fue encarcelada por estrangular en una casa abandonada a un niño pequeño llamado Martin Brown el 25 de mayo de 1968, el día anterior a cumplir sus 11 años de edad. Por lo que se sabe, estaba sola al momento del asesinato.

Entre ese momento y el segundo asesinato, ella y su amiga Norma Bell (quien no tenía relación familiar con ella) de 13 años, entraron en una enfermería en Scotswood y cometieron actos de vandalismo, dejando notas donde se responsabilizaba por el asesinato. La Policía desestimó este incidente diciendo que era sólo una broma.

El 31 de julio de 1968 las dos tuvieron parte nuevamente en un asesinato y nuevamente por estrangulación, de Brian Howe de tres años de edad. Los informes de la Policía concluyeron que Mary Bell volvió al lugar del crimen con una navaja para escribir una "N" en el estómago del niño, y luego, con esa misma navaja pero con otra mano, formó la "M". Mary Bell también usó un par de tijeras para cortar partes del cabello de Brian Howe además de sus genitales.

Las niñas eran muy jóvenes y sus testimonios se contradijeron mucho, por lo que nunca se supo con claridad lo que sucedió. En principio la muerte de Martin Brown fue declarada como accidente, ya que no había pruebas de nada extraño. Sin embargo, la muerte fue vinculada con el asesinato de Brian Howe y finalmente en agosto las dos niñas fueron detenidas y acusadas de dos cargos de asesinato en segundo grado.

El 17 de diciembre de 1968, Mary Bell fue absuelta del cargo de asesinato pero fue condenada por “asesinato en segundo grado debido a su falta de responsabilidad”, el jurado tomó esta decisión después de escuchar los resultados psiquiátricos de la niña, que decían que tenía los clásicos síntomas de una psicopatía. Fue sentenciada a la llamada pena “at Her Majesty’s Pleasure”, es decir, una sentencia a prisión indefinida. Norma fue absuelta de ambos cargos.

Desde el momento en que fue presa, Mary fue centro de atención de la prensa británica y de la revista alemana Stern. La madre de la niña, vendió en varias oportunidades historias acerca de ella y concedió muchas entrevistas a la prensa sobre Mary, escribiendo historias y diciendo que eran de la niña. Mary volvió a los titulares de la prensa de nuevo, cuando en septiembre de 1979 escapó brevemente de la custodia de la prisión.

Mary Bell fue liberada en 1980 y se le otorgó un nuevo nombre y se le garantizó el anonimato para poder empezar una nueva vida junto con su hija, quien nacería en 1984. Esta hija no supo del pasado de su madre hasta que los periodistas encontraron la localidad donde vivían, y tuvieron que salir de allí con sábanas sobre sus cabezas.

Originalmente, la identidad de esta hija fue protegida hasta que ella cumplió los 18 años. Sin embargo, el 21 de mayo de 2003 Mary Bell ganó una batalla legal en la Corte Suprema para lograr mantener su anonimato y el de su hija por el resto de sus vidas. En 2009 Mary Bell se convirtió en abuela.

Podemos afirmar que Mary Bell tenía problemas desde su infancia, y que sus padres tienen la culpa del comportamiento de su hija.

Con tan solo 10 años de edad, Mary había matado a dos niños, y en vez de remordimiento, reconoció haber disfrutado cada asesinato.

Los doctores le diagnosticaron a Mary Bell la enfermedad de “Psicópata”.

La infancia de Mary Bell es poco comparable con la de cualquier niño, pues sus padres le tenían prohibido hablar de cualquier cosa y menos si había alguna persona de la policía.

Su papá Billy Bell, siempre había vivido con ellos, pero les había enseñado a sus hijos (Mary, y sus hermanos menores), que siempre lo llamaran “tío”, para que de esa manera su mamá pudiera cobrar la pensión mensual que el gobierno le otorgaba.

El papá Billy Bell era un ladrón y la mamá Betty Bell era una prostituta; ella misma aceptó: “Yo no quería a mi hija, varias veces la traté de matar, poniéndole drogas revueltas con sus dulces, causándole sobredosis, también la usé como juguete sexual con algunos de mis clientes desde que tenía un año de edad”.

Mary, una niña que a la edad de 11 años seguía mojando la cama, aceptó que su mamá la ridiculizaba con sus amigos y con todo el vecindario cuando mojaba la cama, colocando de forma vertical el colchón en la ventana para que todos vieran que se había orinado.

Mary Bell era una niña de 10 años normal a los ojos de cualquiera.

Cierto día preguntó a Pat, la hermana mayor de Brian. “¿Estás buscando a Brian?”, sí, ya debería de estar en casa.

Brian era un niño de tres años, de cabello rubio, y nunca se alejaba mucho de casa cuando salía a jugar.

Mary y su mejor amiga Norma, se ofrecieron para ayudar a Pat a buscarlo.

La acompañaron por todo el vecindario, sabiendo perfectamente desde un principio dónde se encontraba Brian.

Cruzaron las vías del tren, hasta llegar a la zona industrial, en donde normalmente los niños se reunían para jugar entre los materiales de construcción.

Pat estaba muy preocupada por su hermanito Brian, ya que sólo hacía unas cuantas semanas se había encontrado muerto al pequeño Martin Brown dentro de una casa abandonada.

Mary, señaló hacia unos largos bloques de cemento y dijo: “Puede que esté jugando entre esos bloques”. “Por supuesto que no, el nunca va para allá”, contestó Norma.

Brian se encontraba muerto entre esos bloques.

Mary Bell deseaba que Pat encontrara a su hermano muerto porque quería ver el gesto de conmoción en su cara. Pero Pat decidió irse, y fue la policía quien encontró el cuerpo del pequeño Brian a las 11:10 de esa misma noche.

Cuando lo encontraron. Brian se hallaba cubierto de pasto.

Había sido estrangulado; y a su lado se encontraron unas tijeras rotas tiradas en el pasto.

Tenía marcas en sus muslos y sus genitales habían sido parcialmente desprendidos.

Trozos de cabello le habían sido cortados, las heridas eran bastante grotescas.

“Existía una terrible sensación de juego, algo de ternura y de alguna manera, el toque juguetón hacía ver monstruoso aquel asesinato”, dijo el inspector James Dobson.

Brian, tenía marcada en el vientre la letra “M”, aparentemente inflingida por una navaja de rasurar.

Esta marca apareció días después, y parecía que lo habían firmado con la letra “N”, pero una cuarta marca fue impresa para convertirla en la letra “M”.

Durante el verano de 1968, los habitantes de Scotswood se encontraban bastante asustados por los acontecimientos; la policía procedió a entrevistar a todos los niños de entre tres y quince años.

Los adultos se preguntaban si el accidente de Martin Brown, también se trataba de un asesinato.

“Estábamos realmente nerviosos”, dijo la tía de Martin, tanto, que en el aire se percibía el olor a miedo.

Entre los niños sospechosos se encontraban Mary Bell de 10 años y Norma Bell de 13 años. Mary era demasiado evasiva y actuaba de manera bastante extraña, Norma estaba emocionada por el asesinato y se dedicaba a sonreír, como si todo fuera un juego; dijo un policía.

En la declaración oficial de Mary, ella mencionó las tijeras que se encontraron al lado del cadáver, lo cual era una evidencia confidencial, pues en ese momento ella se incriminó sola, y se podía suponer que tanto Mary como Norma, habían visto morir a Brian y que alguna de las dos o ambas era la asesina.

Norma fue interrogada por segunda ocasión por el inspector Dobson, y esta vez ella confesó que Mary Bell le dijo que ella había matado a Brian, y que después la llevó a ver el cadáver, advirtiéndole no decírselo a nadie.

Cuando vio a Brian, Norma sabía que estaba muerto, pues tenía los labios morados.

En ese momento, Mary Bell pasó sus dedos por los labios de Brian y le dijo que lo había disfrutado. Al concluir su interrogatorio la policía no perdió tiempo y fueron por Mary, pero ella parecía estar muy tranquila y no aceptó nada, Mary reflejaba estar en un juego de policías y ladrones y nada la ponía nerviosa, como si supiera lo que iba a pasar y cuál era el proceso policial.

Debido a muchas contradicciones las dos niñas fueron acusadas de asesinato y encarceladas en la estación de policía, en espera del juicio.

Las dos familias que perdieron a sus hijos declararon que luego de la muerte de éstos, habían sido interrogadas por Mary Bell, con preguntas como: “¿Extraña a su hijo?”, “¿Le duele que haya muerto?”, inclusive con un tono de burla.

En el caso de Martin Brown, quien fue encontrado muerto en el piso, con varios golpes y la cabeza sangrando, confesó Mary Bell, que junto con Norma, llevaron al niño engañado a una construcción, y cuando se encontraba parado en una barda, Mary lo empujó, y el niño quedó inmóvil en el piso, pero consciente.

En ese momento, Mary y Norma bajaron hasta donde estaba Martin, y al verlo indefenso, pero todavía con vida, Mary dijo: “Puse mis manos alrededor de su cuello y lo apreté muy fuerte, el trató de defenderse, pero yo tenía más fuerza que él, no lo solté hasta que vi que ya no se movía, lo disfruté”.

Entre otras declaraciones, Mary Bell dijo: “Siento placer lastimando a los seres vivos, animales y personas que fueran más débiles que yo, que no se pudieran defender”.

Esta declaración conmocionó a todo el pueblo.

Mary y Norma fueron llevadas a juicio, el 5 de diciembre de 1968.

El proceso judicial duró de nueve días, y la Corte estaba abarrotada por la prensa.

En el juicio se le preguntó a Mary Bell que cómo ella sabía que Martin había sido estrangulado, tomando en cuenta que este dato se mantuvo todo el tiempo como confidencial; también el forense incriminó a Mary Bell al demostrar que se encontraron fibras del vestido de Mary en los cuerpos de las dos víctimas.

Igualmente se encontraron fibras del vestido de Norma en los zapatos de Brian, pero la duda permanecía, de qué tanta culpa podría tener Norma en los homicidios, se dice que lo que realmente se trataba de averiguar en ese juicio era si Mary Bell era una pequeña niña trastornada o en verdad se trataba de un monstruo, una mala semilla.

Mary Bell obtuvo la pena por homicidio; pero lo que no estaba muy claro era qué tan severo sería el castigo que se le impondría a Norma.

La defensa tenía que probar que Mary Bell estaba psicológicamente enferma y que no comprendía la magnitud de sus actos.

Después de los testimonios de las niñas, la corte llamó a los psiquiatras que las examinaron y su opinión fue: “Nosotros creemos que esta niña tiene que ser puesta en manos de una institución mental, ya que padece de una personalidad psicópata, demostrada en la falta de estima y cariño hacia los seres humanos y la propensión a actuar por impulso sin pensar en las consecuencias”.

Los jueces tardaron un buen rato en deliberar las sentencias, y Norma tembló de emoción cuando la encontraron inocente de los cargos que se le imputaron en ambos homicidios, pero fue puesta bajo supervisión psiquiátrica.

Sin embargo, Mary Bell fue encontrada culpable de asesinato en ambos casos por: “asesinato, por delegar responsabilidad y buscar complicidad”.

Su detención sería por tiempo indeterminado.

Aparentemente recuperada y rehabilitada, Mary Bell fue liberada a los 23 años, el 14 de mayo de 1980, su primer trabajo fue en la enfermería local para niños, pero determinaron que éste era un trabajo inapropiado para ella.

Después regresó a casa con su mamá, y conoció a un joven que la dejó embarazada, pero ahora la polémica se trataba de si a la mujer que había matado a dos niños se le debía permitir que se convierta en madre.

Ella luchó arduamente por su derecho a ser madre, alegó que ahora era otra persona, que se había reformado y que se arrepentía de lo que había hecho en su infancia; su hijo nació en 1984.

Mary Bell alega que desde el nacimiento de su hijo ha tomado una nueva conciencia acerca de los crímenes que cometió, que de alguna manera ocurrió una transición dentro de ella, debido al tratamiento apropiado que recibió, pasó de ser una niña asesina a una madre cariñosa.

Eventualmente conoció a un hombre del cual se enamoró, se fue a vivir a un pequeño pueblo, pero los oficiales tenían que avisar a las autoridades locales de su presencia, así es que de inmediato los habitantes de ese pueblo organizaron marchas, exigiéndole a la asesina que se marchara.

Mary Bell tendrá que vivir por siempre con el temor a ser exhibida.

BRENDA ANN SPENCER



Brenda Ann Spencer nació el 3 de abril de 1962 en San Diego, California (Estados Unidos). Con tan solo 16 años se convirtió en una asesina convicta tras protagonizar un tiroteo que se saldó con varios heridos y dos víctimas mortales, el lunes 29 de enero de 1979.

Brenda Ann Spencer hirió a ocho niños y a un oficial de policía, asesinó al director de la Cleveland Elementary School, Burton Wragg, y al conserje, Mike Suchar, de la misma institución en San Diego (California) mientras disparaba al azar apuntando hacia dicha escuela desde una de las ventanas de su casa que estaba frente al edificio.

El fusil semiautomático Ruger 10/22 calibre .22 con mira telescópica y 500 municiones con el que actuó le fue regalado en las Navidades anteriores por su padre Wallace Spencer. El incidente finalizó seis horas después, y tras su captura le fue preguntado el por qué de su acción. Ella simplemente se encogió de hombros y respondió: «No me gustan los lunes. Solo lo hice para animarme el día», añadiendo a continuación, «No tengo ninguna razón más, sólo fue por divertirme, vi a los niños como patos que andaban por una charca y un rebaño de vacas rodeándolos, así que eran blancos fáciles para mí».

En 2001 acusó a su padre, Wallace Spencer, de haberla sometido borracho a palizas y abusos sexuales. Él negó todas las acusaciones.

Brenda Ann Spencer fue declarada culpable de dos asesinatos y asalto con arma mortal, y condenada a cumplir un mínimo de prisión de 25 años hasta cadena perpetua en una institución penitenciaria para mujeres en Corona, California.

A Brenda le ha sido denegada la libertad condicional en varias ocasiones, la última el 13 de agosto de 2009. Brenda Ann Spencer no será elegible a una posible audiencia de libertad condicional hasta el 2019.

El crimen de Brenda y su falta de remordimiento inspiró a Bob Geldof que compuso el tema «I Don't Like Mondays» («No me gustan los lunes»), basado en la respuesta que dio Brenda cuando le preguntaron por el motivo de su crimen, y en los hechos ocurridos en tan fatídica fecha.

En 1979, una joven de California mató a dos personas e hirió a otras nueve, la mayoría niños, con el rifle que su padre le había regalado en Navidad. «Porque no me gustan los lunes. Solo lo hice para animarme el día», afirmó Brenda para justificar el salvaje ataque contra un colegio de primaria.

Brenda Ann Spencer, una adolescente solitaria y problemática criada en San Diego, California, empleó el rifle semiautomático que su padre le había regalado en Navidad para tirotear una escuela de primaria el lunes 29 de enero de 1979. La joven de 16 años fue detenida por la policía tras seis horas de tiroteo, dos muertos y nueve heridos, la mayoría niños. En apariencia, uno más de entre los muchos ataques a colegios que ha registrado EE.UU. en su historia, salvo por la inaudita respuesta que dio Brenda Spencer al ser capturada: «Los atacé porque no me gustan los lunes. Solo lo hice para animarme el día».

La macabra historia inspiró al cantante Bob Geldof a componer solo unos meses después de la tragedia el tema «I Don't Like Mondays» («No me gustan los lunes»), en referencia a la respuesta de la adolescente y a su falta de remordimientos por los crímenes cometidos. Declarada culpable de dos asesinatos y asalto con arma mortal, Brenda Spencer no mostró ni un ápice de arrepentimiento durante el proceso. «No tenía ninguna razón más que mi odio a los lunes, solo fue por divertirme. Vi a los niños como patos que andaban por una charca y un rebaño de vacas rodeándolos, así que eran blancos fáciles para mí», explicó la californiana sobre las razones de su ataque.

El odio a los lunes, día de inicio de la semana laboral, es un sentimiento muy extendido en las sociedades modernas y reflejado en la cultura popular, como las viñetas del gato animado Garfield han dado fe desde hace 37 años. E incluso ha causado lo que los psicólogos definen como «la depresión del domingo», un fuerte sentimiento de melancolía ante el final del periodo de descanso. No obstante, el odio homicida hacia los lunes de Brenda Spencer más bien fue el detonante dentro de una mente trastornada con acceso a armas de fuego y 500 balas. Pero, ¿cómo había acabado un rifle en manos de una adolescente con problemas psicológicos?

Nacida en el seno de una modélica familia americana –al menos en apariencia–, Brenda fue una niña solitaria muy acomplejada con su físico. Odiaba el color de su piel, su caballero rojizo, sus pecas y sus enormes gafas contra la miopía. El divorcio de sus padres aumentó su comportamiento antisocial y le dejó en manos de su padre, Wallace Spencer, un alcohólico que, según declaró años después Brenda, maltrató y abusó sexualmente de ella.

Enviada a un centro para alumnos con problemas mentales, el comportamiento de Brenda fue elevando su virulencia en ese periodo. En el verano de 1978, fue arrestada por disparar a las ventanas de la Cleveland Elementary School con una pistola de aire comprimido. Las aves muertas que se congregaban abatidas por el vecindario también anticiparon lo que la mayoría de vecinos temían desde hace tiempo: su afición por disparar a cosas y

animales no era una simple travesura. El único que no pareció advertirlo fue su padre, que se había negado a que su hija fuera ingresada en un hospital psiquiátrico y que puso en sus manos un arma letal. Brenda le pidió a su padre una radio por Navidad, pero éste le regaló un rifle Ruger semiautomático calibre 22 milímetros con mira telescópica y 500 balas.

En las siguientes semanas, la adolescente se hizo al manejo del rifle y perfeccionó su puntería. El 29 de enero de 1979 fue el elegido por la joven para acometer una masacre con su arma, supuestamente por el único motivo de ser lunes. A primera hora de la mañana, Brenda se parapetó en la ventana de su salón con vistas directas a la escuela primaria Grover Cleveland, donde había estudiado años antes de ir al centro especial, y abrió fuego entre carcajadas contra todas las personas que se encontraban cerca del edificio. Uno de los primeros heridos fue Chris Stanley, un niño de 9 años que salvó su vida debido a que Burton Wragg, director del colegio, protegió al menor con su cuerpo. Wragg y Mike Suchar, el celador del centro que ayudó al director a evacuar a los niños, fueron las dos únicas víctimas mortales del suceso.

Tras horas de tiroteo y un deficiente despliegue policial, Brenda se quedó sin munición y los agentes del cuerpo de SWAT de San Diego pudieron alcanzar su casa. A los dos adultos muertos hubo que añadir ocho menores heridos y un policía, lo cual fue castigado con una condena a cadena perpetua revisable, a partir de los 25 años, en una institución penitenciaria para mujeres en Corona, California. Richard Sachs, fiscal del distrito adjunto del condado de San Diego durante el juicio, destacó de la personalidad de la joven «la incapacidad para lidiar con el estrés y una inclinación desmesurada a actuar con ira». Por su parte, los psiquiatras encargados del diagnóstico apuntaron a una lesión del lóbulo temporal del cerebro, posiblemente provocada por un accidente de bicicleta en su más tierna infancia, como origen de su agresividad.

La californiana sigue recluida en Corona 36 años después. Las peticiones de libertad condicional le han sido denegadas en cuatro ocasiones por su aparente falta de arrepentimiento y de empatía hacia las víctimas. La última vez que lo intentó fue el 13 de agosto de 2009. Y por el momento, Spencer, de 53 años de edad, no tendrá opciones de libertad condicional hasta el 2019.

EL ASESINO DEL ZODIACO



El Asesino del Zodíaco fue un asesino en serie que acechó el norte de California entre diciembre de 1968 y octubre de 1969. En una carta supuestamente suya confesó el asesinato de 37 víctimas, aunque las únicas confirmadas fueron cuatro hombres y tres mujeres. De las mismas, sólo dos sobrevivieron para dar evidencias sobre la identidad del asesino, aún desconocida.

Se estimó que el Zodíaco tendría entre 20 y 30 años en

el momento de sus crímenes; que era blanco, corpulento, de pelo castaño, que tenía conocimiento sobre lenguajes cifrados y poseía una gran inteligencia.

El Zodíaco atacó a las siete víctimas conocidas en Benicia, Vallejo, Lake Berryessa y San Francisco entre diciembre de 1968 y octubre de 1969. Las víctimas fueron cuatro hombres y tres mujeres de edades entre los 16 y 29 años.

A finales de 2003 el caso del Zodíaco tuvo un impactante descubrimiento, ya que las huellas de la famosa carta del Zodíaco no coincidían con las huellas de Arthur Leigh Allen, el sospechoso principal del caso, aunque todas las pistas indicaban que era él.

La identidad del asesino sigue siendo una incógnita. El Departamento de Policía de San Francisco declaró la investigación «inactiva» en abril de 2004, pero reabrió el caso en marzo de 2007.

Víctimas comprobadas

Aunque el Zodíaco afirmó en sus cartas enviadas a los diarios que había asesinado a 37 personas, los investigadores le acreditaron solamente 7 víctimas confirmadas, de las cuales dos sobrevivieron:

David Arthur Faraday (17 años) y Betty Lou Jensen (16 años) fueron asesinados por un arma de fuego el 20 de diciembre de 1968 en Lake Herman Road, en las cercanías de los límites de la ciudad de Benicia.

Michael Renault Mageau (19 años) y Darlene Elizabeth Ferrin (22 años), acribillados el 4 de julio de 1969 en Blue Rocks Springs en un campo de golf a las afueras de Vallejo. Darlene murió recibiendo primeros auxilios en el Hospital Kaiser Foundation, mientras que Michael sobrevivió.

Bryan Calvin Hartnell (20 años) y Cecilia Ann Shepard (22 años), apuñalados el 27 de septiembre de 1969 en lo que en la actualidad es denominada la isla del Zodíaco, en Lake Berryessa, ubicado en el Condado Napa. Bryan sobrevivió a seis puñaladas en la espalda, pero Cecilia murió a causa de sus heridas dos días después en el Hospital Queen of Valley, en Napa.

Paul Lee Stine (29 años), muerto por arma de fuego el 11 de octubre de 1969 en Presidio Heights (San Francisco).

Posibles víctimas

Otras personas han sido identificadas como víctimas potenciales del Zodíaco, aunque las pruebas no son concluyentes y no todas son aceptadas como víctimas de este asesino:

Robert Domingos (19 años) y Linda Evans (17 años) fueron asesinados por arma de fuego el 4 de junio de 1963 en una playa cercana a Lompoc California. Evans y Domingos fueron considerados posibles víctimas debido a las similitudes de su ataque con el de Lake Berryessa.

Cheri Jo Bates (18 años) muerta por arma blanca -casi decapitada- el 30 de octubre de 1966 en Riverside Community College en Riverside (California). La posible conexión de la muerte de Bates con el Zodíaco se dio 4 años después, a partir de información recibida por el reportero Paul Avery del San Francisco Chronicle, sugiriéndole ciertas similitudes entre los asesinatos cometidos por el Zodíaco y las circunstancias que rodearon a la muerte de Bates.

Kathleen Johns (22 años) dijo ser secuestrada, junto a su bebé, el 22 de marzo de 1970 en la carretera 132, al oeste de Modesto California. En su declaración comentó que el conductor de un coche le hizo señas con las luces para que parara y así hizo. Una vez fuera del coche, él le explicó que había visto que la llanta del coche de Johns estaba floja y, tras arreglarla, él se metió en su coche para continuar con su camino y ella hizo lo mismo. Más adelante, la llanta se zafa y, supuestamente, un hombre se ofrece a llevarle hasta la gasolinera más cercana. Ella acepta y vuelve a su coche para recoger a su bebé, a lo que el hombre se extraña de que tenga una hija. “¿Tiene algún problema por ello?” dijo ella. “No. De hecho, mientras más, mejor” contestó él. El coche arranca y pasa por delante de la primera gasolinera, pero no frena. Continúa. Le pide que arroje a su hija por la ventana, incluso. Consigue escapar y se dirige a la Estación de Policía ubicada en Patterson, donde casualmente ella ve el retrato robot del Zodíaco y dice que ha sido ese hombre el que le ha retenido durante unas tres horas.

Donna Lass (25 años) fue vista por última vez el 26 de septiembre de 1970 en South Lake Tahoe (California). Una postal con la dirección Condominios Forrest Pines anotada al reverso fue recibida en el Chronicle el 22 de marzo de 1971. Fue interpretada por algunos como una afirmación del Zodíaco de llevar 13 víctimas: Lass debería haber sido la decimocuarta y no la que indicaba la postal. Por lo cual no fue relacionada concluyentemente con el asesino, el cuerpo de la mujer no fue encontrado y no se llevó a cabo una investigación oficial, debido a desacuerdos de tipo jurisdiccional entre la policía de South Lake y la Oficina del Sheriff. Al día de hoy no se sabe si el crimen fue cometido ni donde está Donna Lass.

La pareja celebraba su primera cita y entre sus planes pensaban asistir a un concierto navideño en Hogan High, a unas cuantas manzanas de la casa de ella. En lugar de ir directamente decidieron visitar a un amigo y detenerse en un restaurante. Sobre las 22:00 horas la pareja estacionó en un cruce de Lake Herman. Justo en ese momento el Zodiaco se incorporó al cruce y se estacionó al lado de ellos. Un testigo presencial pasó por allí tiempo después y vio dos coches —uno de ellos el de la pareja— vacíos. Momentos después escuchó lo que le pareció un disparo, pero no estaba seguro al tener la radio encendida.

El Zodiaco disparó en contra de Faraday solo una vez a la cabeza y cinco veces a la espalda de Jensen quien intentó huir. Sus cuerpos fueron encontrados minutos después por Stella Borges, quien vivía cerca de ahí. Dio aviso al capitán Daniel Pitta y al oficial William T. Warner. El detective y sargento Les Lundblad, de la oficina del sheriff del Condado Solano, investigó el crimen, pero no se encontraron pistas sólidas.

Blue Rock Springs

Darlene Ferrin y Michael Mageau fueron agredidos por un arma de fuego en la madrugada del 5 de julio de 1969, en el aparcamiento de un campo de golf en Blue Rock Springs (Vallejo). Tan sólo se encontraban a poco más de 6 km de distancia del anterior asesinato.

La pareja estaba en el coche de ella cuando a su lado aparcó otro coche, cuyo conductor salió para volver 10 minutos después. Una vez aparcado detrás de ellos, para evitar que se escaparan, el Zodiaco se acercó al coche y les alumbró directamente a la cara para cegarlos. Entonces disparó con una Luger 9mm.

A las 0:40 del 5 de julio de 1969 una llamada anónima —efectuada por un hombre— informó al Departamento de Policía de Vallejo lo sucedido. Y no sólo eso: confesó que él lo había hecho y que era el asesino de Jensen y Faraday, asesinados hacía 6 meses. La policía rastreó la llamada, proveniente de un teléfono público de una estación de servicio entre las calles Springs y Toulomne. Zodiaco estaba a menos de un kilómetro de la casa de Ferrin y a pocas calles de la oficina del sheriff.

Ella fue declarada muerta en el hospital. Él sobrevivió al ataque, a pesar de haber recibido disparos en el rostro, el cuello y el pecho. Los detectives John Lynch y Ed Rust, del Departamento de Policía de Vallejo, investigaron el crimen. Fue el detective Jack Mulanax quien retomó el caso en los años 70.

En el libro *Zodiaco*, escrito por Robert Graysmith y publicado diecisiete años después del crimen, se dice que el asesino era un cliente habitual de Terry's Waffle House, donde Ferrin era camarera. Zodiaco, admirador de la joven, podría haberle confesado los dos primeros asesinatos y arrepentido por temor a ser denunciado la mató. O tal vez lo hizo porque ella le estaba chantajeando. Los argumentos parecen carecer de fundamento, a pesar de ser el argumento de la obra *The Zodiac Killer* (1971) y del libro del mismo nombre (1979 de Jerry Weissman, así como de una historieta publicada en el *Chronicle* por Bill Wallace.

Criticando la teoría esgrimida por Robert Graysmith se ha indicado:

De acuerdo con Graysmith la víctima en cuestión, Darlene Ferrín, se comprometió en una intensa discusión con un extraño misterioso. Graysmith cree que es un hombre

identificado sólo como 'Lee' el apodo más frecuentemente usado por Arthur Leigh Allen. Según dicho autor, la persecución en coche por Blue Rock Springs terminó cuando el desconocido se acercó al vehículo de Ferrin y procedió a abrir fuego contra las víctimas. El compañero de Ferrin vivió para contar una historia muy diferente y los informes originales de la policía refutan muy eficazmente esta versión de los hechos.

Comienzan las cartas de Zodiaco

El 1 de agosto de 1969 tres cartas escritas por Zodiaco llegaron a las redacciones del Vallejo Times Herald, el San Francisco Chronicle y el San Francisco Examiner. En ellas, casi idénticas entre sí, reconocía los tres crímenes e incluía un criptograma de 360 caracteres que desvelaba su identidad. Zodiaco fue muy claro: o las cartas se publicaban en primera plana o ese mismo fin de semana mataría a doce personas. Los asesinatos, por suerte, no se llevaron a cabo, pero las cartas pudieron leerse en la primera plana de los periódicos.

Conforme se observó al respecto: «Aquella amenaza conformaría únicamente la primera muestra dentro de una sucesión de alardes y chapuzas que, en el marco de un perverso juego del gato y el ratón, la vanidad del psicópata emprendió, aún a riesgo de dejar indicios aptos para conducir finalmente a su arresto».

Tres días más tarde, otra carta llegó a la redacción de San Francisco Examiner. «Querido editor, el Zodiaco al habla» era el inicio de una carta escrita en respuesta al jefe Stiltz de Vallejo, el cual pidió más detalles para probar que era el asesino de Faraday, Jensen, y Ferrin.

El 8 de agosto de 1969, una semana más después de que se recibiera el criptograma, Donald y Bettye Harden, de Salinas, descifraron el criptograma de 408 símbolos. En él, no venía la identidad del asesino (incluye faltas de ortografía en inglés):

I LIKE KILLING PEOPLE BECAUSE IT IS SO MUCH FUN IT IS MORE FUN THAN KILLING WILD GAME IN THE FORREST BECAUSE MAN IS THE MOST DANGEROUS ANIMAL OF ALL TO KILL SOMETHING GIVES ME THE MOST THRILLING EXPERIENCE IT IS EVEN BETTER THAN GETTING YOUR ROCKS OFF WITH A GIRL THE BEST PART OF IT IS THAT WHEN I DIE I WILL BE REBORN IN PARADICE AND ALL THE I HAVE KILLED WILL BECOME MY SLAVES I WILL NOT GIVE YOU MY NAME BECAUSE YOU WILL TRY TO SLOI DOWN OR STOP MY COLLECTING OF SLAVES FOR MY AFTERLIFE EBEORIETEMETHHPITI

Traducción:

ME GUSTA MATAR GENTE PORQUE ES MUCHO MÁS DIVERTIDO QUE MATAR ANIMALES SALVAJES EN EL BOSQUE, PORQUE EL HOMBRE ES EL ANIMAL MÁS PELIGROSO DE TODOS. MATAR ALGO ES LA EXPERIENCIA MAS EXCITANTE. ES AUN MEJOR QUE ACOSTARSE CON UNA CHICA. Y LA MEJOR PARTE ES QUE CUANDO ME MUERA VOY A RENACER EN EL PARAÍSO Y TODOS LOS QUE HE MATADO SERÁN MIS SUBDITOS. NO DARÉ MI NOMBRE PORQUE USTEDES TRATARÁN DE RETRASAR O DETENER MI RECOLECCIÓN DE SUBDITOS PARA MI VIDA EN EL MÁS ALLÁ.

Los últimos dieciocho caracteres aún no se han descifrado. El programa Misterios sin resolver, presentado por Robert Stack, sugirió que hacían referencia a una persona: Theodore Kaczynski.

Las cartas enviadas por el criminal conformaron el inicio de la lucha mediática que este mantendría con las autoridades y con la prensa: «...El remitente exigía que los comunicados fueran impresos en la primera plana de los respectivos periódicos, y amenazaba con que, en caso contrario, se vería en la obligación moral de tener que asesinar a una docena de personas escogidas por las calles al azar ese mismo fin de semana. Por fortuna nunca se llevaron a efecto los anunciados crímenes.»

Lago Berryessa

El 27 de septiembre de 1969, Bryan Hartnell y Cecilia Shepard se encontraban merendando a las orillas del Lago Berryessa, en una pequeña isla conectada por una vereda arenosa a Twin Oak Ridge. Un hombre se les acercó, tras esconderse detrás de un árbol sin que Cecilia pudiera cerciorarse de su presencia, usando una capucha de verdugo negra con gafas de sol sobre los agujeros de los ojos y una especie de babero colocado en el pecho con un símbolo de apariencia reticular de unos 7.5cm X 7.5 cm de área. Se aproximó a ellos con una pistola en la mano, Hartnell cree que se trataba de una 45.

El encapuchado afirmó ser un convicto fugitivo de Deer Lodge (Montana), en donde había matado a un guardia y también había robado un coche, y les explicó que necesitaba su vehículo para ir a México. Traía consigo unas cuerdas de plástico para tender la ropa, previamente cortadas, y le pidió a Shepard amarrar a Hartnell antes de ser atada ella misma. El atracador revisó los nudos de Hartnell y los apretó tras descubrir que ella los había dejado flojos. Hartnell creyó que se trataba de un robo raro, pero el hombre sacó un cuchillo y los apuñaló a ambos. Entonces recorrió los 500 metros hasta Knoxville Road y dibujó el símbolo reticular en la puerta del auto de Hartnell y al lado escribió: Vallejo 12-20-68,7-4-69,Sept27-69-6:30 by knife.

A las 7:40pm, el hombre llamó a la Oficina de la mujer encargada del Condado Napa desde un teléfono público para denunciar su crimen. El teléfono fue encontrado aún descolgado minutos después en el Servicio de lavado de autos Napa en Main Street, por el reportero de Radio KVON Pat Stanley, sólo a unas manzanas de la Oficina del Sheriff y a 40 kilómetros de la escena del crimen. Los detectives fueron capaces de tomar la huellas dactilares aún frescas del teléfono pero no lograron hacerlas coincidir con las de ningún sospechoso.

Un hombre y su hijo que se encontraban pescando en una ensenada próxima, descubrieron a las víctimas al escuchar sus gritos pidiendo ayuda, la cual fue suministrada por unos rangers (policías forestales) del Condado de Napa. Dave Collins y Ray Land fueron los primeros representantes de la ley en llegar a la escena del crimen. Ambos oficiales se encontraban a corta distancia del sitio. Collins se encontraba en su coche patrulla en el área de Vichy Springs a casi treinta kilómetros de allí, mientras que Land se encontraba en Santa Helena.

Cecilia Shepard estaba aún consciente cuando Collins llegó, por lo que le proporcionó una descripción del atacante. Hartnell y Shepard fueron trasladados en ambulancia al Hospital Queen Valley ubicado en Napa. Shepard entró en coma durante el trayecto al hospital y nunca recuperó la consciencia, murió dos días después, pero Hartnell

sobrevivió para contar su historia a la prensa. El Detective y Sheriff del Condado Ken Narlow, quien estaba asignado al caso desde el inicio, trabajó intentando resolver el crimen hasta su retiro del departamento de policía en 1987.

Presidio Heights

El 11 de octubre de 1969 un hombre abordó el taxi de Paul Stine en el cruce de las calles Mason y Geary en San Francisco y le pidió que lo llevara a las calles Maple y Presidio Highs. Por razones desconocidas, Stine fue hasta una calle más adelante, calle Cherry, el hombre le disparó a la cabeza con un arma calibre 9mm, entonces agarró las llaves de su auto y su cartera, y le quitó la camisa.

Fue visto por tres adolescentes que estaban del otro lado de la calle a las 9:55 pm, quienes llamaron a la policía mientras el crimen se desarrollaba, los jóvenes observaron al hombre limpiando el taxi y después que caminaba una manzana hacia el norte. La policía llegó minutos después, y los jóvenes testificaron explicando que el asesino aún se encontraba cerca.

Dos manzanas adelante de la escena del crimen, el oficial Don Fouke, quien también había respondido a la llamada de auxilio, observó a un hombre blanco caminando por la acera y que después subía una escalera que conducía a una casa ubicada en el lado norte de la calle; el encuentro duró solamente cinco o quizá diez segundos. Su compañero, Eric Zelms, no vio al hombre. La radio les alertó para buscar a un sospechoso de piel negra y no un individuo caucásico, así que no tuvieron motivo para detener al hombre y pasaron al lado de él sin detenerse; la confusión en las descripciones ha permanecido sin explicación hasta nuestros días. Cuando llegaron a la calle Cherry, Fouke fue informado de que estaban en efecto buscando a un sospechoso blanco; Fouke se dio cuenta de que habían pasado al lado del asesino; Fouke concluyó que el Zodiaco había retomado su ruta original y había escapado hacia donde se encuentra Fuerte Presidio, se dieron a la tarea de buscarlo pero el asesino desapareció. La búsqueda continuó, no se encontró nada.

Los tres adolescentes testigos trabajaron con un criminalista para elaborar un retrato robot del asesino de Stine, y a los pocos días regresaron para la elaboración de un segundo retrato hablado. La edad del Zodiaco fue estimada entre 35 o 45 años de edad. Los Detectives Bill Amstrong y Dave Toschi fueron asignados al caso. El departamento de Policía de San Francisco al final investigó y estimó por lo menos 2500 sospechosos en un periodo de años.

El 14 de octubre de 1969, el Chronicle recibió una carta más de el Zodiaco, esta vez conteniendo una muestra de la camisa de Paul Stine, como prueba de que él era el asesino, también contenía una amenaza de que dispararía en una escuela para niños. Fue entonces cuando la policía supo que era a quien habían estado buscando algunas noches antes en Presidio Heights.

A las 2:00 am del 20 de octubre de 1969 alguien afirmó que el Zodiaco había llamado al Departamento de Policía de Oakland exigiendo que uno de los dos prominentes abogados, F. Lee Bailey o Melvin Belli, apareciesen en el Show televisivo de mesa de exposiciones de Jim Dunbar por la mañana. Bailey no pudo asistir, pero Belli se presentó en el programa.

Dunbar pidió a los telespectadores mantener las líneas telefónicas abiertas, y entonces, alguien afirmando ser el Zodiaco llamó varias veces y dijo que su nombre era Sam. Belli aceptó encontrarse con él en Daly City, pero el sospechoso nunca apareció. Los Oficiales de Policía que anteriormente habían escuchado al Zodiaco escucharon la voz de “Sam” y concluyeron que él no era el Zodiaco. Llamadas subsecuentes que el sospechoso hizo a Belli fueron rastreadas y provenían del Hospital Estatal de Napa, en donde se supo que “Sam” era un enfermo mental.

El 8 de noviembre de 1969 el Zodiaco envió otra misiva con un criptograma consistente en 340 caracteres. El 9 de noviembre del mismo año, envió otra carta de siete páginas en la cual aseguraba que dos policías lo detuvieron y hablaron con él por espacio de tres minutos, después de haber disparado en contra de Stine. Extractos de la carta fueron publicados en el Chronicle el 12 de noviembre, incluyendo la declaración del Zodiaco; ese mismo día, Don Fouke escribió un memorándum explicando lo que había sucedido esa noche. Los 340 caracteres nunca fueron descifrados. Muchas soluciones posibles fueron sugeridas, pero no fueron aceptadas ya que se alejaban de las convenciones de codificado.

El 20 de diciembre de 1969, el Zodiaco le envió una misiva a Belli incluyendo una muestra más de la camisa de Stine, el Zodiaco afirmó que quería que Belli lo ayudara.

Modesto

Durante la noche del 22 de marzo de 1970, Katheleen Johns iba en su auto de San Bernardino a Petaluma para visitar a su madre. Embarazada de siete meses, llevaba al lado a su hija de 10 meses de edad. Mientras se dirigía hacia la carretera 132 cerca de Modesto, un auto detrás de ella comenzó a tocar el claxon y a encender y apagar las luces; ella abandonó el camino y se detuvo. El hombre del auto también se detuvo detrás de ella, comentándole que su neumático derecho trasero se estaba tambaleando, y se ofreció para apretar las tuercas. Después de terminar la maniobra, el hombre se alejó y cuando Johns inició la marcha, la llanta se desprendió del auto. El hombre se detuvo, retrocedió y se ofreció para conducirlos a la próxima gasolinera por ayuda. Ella y su hija subieron al auto. Pasaron cerca de varias estaciones de servicio pero el hombre no se detuvo. Durante tres horas aproximadamente las llevó por distintos sitios por las calles de Tracy, y cuando ella le preguntó por qué no se detenía, eludió la respuesta.

Cuando el hombre se detuvo en una intersección, Johns saltó del auto junto con su hija y se ocultaron en un campo. El individuo salió del auto para buscarlas, pero cuando un camionero llegó a la escena el secuestrador de Johns escapó. Johns pidió ayuda para viajar a la estación de policía ubicada en Patterson. Mientras presentaba su denuncia al sargento de servicio, advirtió la presencia del retrato robot del asesino de Paul Stine y lo reconoció como el plagiario de ella y su hija. El oficial mantuvo bajo custodia a Johns en el restaurante Mil's en la oscuridad. Su auto fue hallado incendiado y destrozado.

Hay muchas inconsistencias en el secuestro de Johns; las afirmaciones de que el individuo había amenazado con matarlas mientras manejaba, son discutidas al menos por un informe policial. Johns contó su historia a Paul Avery del Chronicle indicando que su secuestrador abandonó el auto y las buscó en la oscuridad con una linterna; sin embargo en los dos testimonios que dio a la policía aseguró que el tipo no se bajó del vehículo. Algunos testimonios mencionan que el vehículo de Johns fue movido e incendiado

posteriormente, mientras que otros contrarios afirman que el auto permaneció en donde Johns lo había dejado.

Las diversas discrepancias entre las versiones de Johns han llevado a los investigadores a cuestionar si ella efectivamente fue una víctima del Zodiaco.

Comunicados adicionales

El Zodiaco continuó comunicándose con las autoridades el resto del año 1970 a través de cartas y tarjetas postales dirigidas a la prensa. En una carta fechada el 20 de abril de 1970, el Zodiaco escribió, «Mi nombre es [_____]» seguido de 13 caracteres cifrados. El Zodiaco indicó que él no era responsable del reciente ataque por bomba a la estación de Policía en San Francisco (refiriéndose a la muerte del Sargento Brian McDonnell en Park Station en el Golden Gate Park, acaecida el 18 de febrero de 1970) pero añadió: «Hay más gloria en matar a un policía que a un cid [sic] porque un policía puede disparar en respuesta». La carta incluía el diagrama de una bomba que el Zodiaco afirmaba usaría para volar un autobús escolar. Al reverso del diagrama, escribió: « = 10, SFPD (Departamento de Policía de San Francisco) = 0».

Zodiaco envió una tarjeta de felicitación sellada el 28 de abril de 1970 dirigida al Chronicle. El texto escrito en la carta decía: «Espero que ustedes gocen cuando tenga mi EXPLOSIÓN» seguido por la firma del círculo cruzado del Zodiaco. Al reverso de la carta, amenazó con usar su bomba en un autobús muy pronto, a menos de que el diario publicara detalladamente sus escritos. También deseaba ver a la gente comenzando a usar “algunos agradables botones Zodiaco” auto estacionado con una 38mm.

Se ha propuesto que Zodiaco se refería al asesinato del Sargento Richard Radetich ocurrido una semana antes el 19 de junio a las 5:25 AM, Radetich se encontraba con la carta estaba un mapa de la Bahía de San Francisco distribuido por la compañía Phillip 66. En la imagen del Monte Diablo, el Zodiaco dibujó un círculo cruzado similar al que incluía en sus cartas previas. En la parte superior del símbolo reticular, colocó el número cero, luego un tres, un seis y un nueve por lo que la anotación parecía más bien a la carátula de un reloj. Las instrucciones adjuntas señalaban que el cero «está para fijar la Magnitud Norte». La carta también incluyó 32 letras cifradas que el asesino afirmó deberían estar en conjunción con el código, que conduciría a la localización de una bomba que él había enterrado y que estallaría en el otoño. (La bomba jamás fue hallada. El asesino firmó la nota con « = 12, SFPD = 0».

En una misiva enviada al Chronicle sellada el 24 de julio de 1970 el Zodiaco se adjudicó el secuestro de Katheleen Johns, cuatro meses después del incidente.

En su carta del 26 de julio de 1970, el Zodiaco parafraseó una canción de El Mikado, añadiéndole su propia letra acerca de hacer una “pequeña lista” de las maneras en que planeaba torturar a sus «esclavos» en el «paraíso». La carta fue firmada con un exageradamente enorme símbolo del círculo cruzado y una nueva puntuación: « = 13, SFPD = 0».10 Una nota final al reverso de la carta indicaba “P.D. El código de Diablo refiere Radianes +# pulgadas por radianes”. En un examen detallado del «indicio radián» el investigador Gareth Penn condujo al descubrimiento de un ángulo radián que siguiendo las instrucciones del Zodiaco al colocarlo sobre el mapa apuntaba a dos sitios en los que Zodiaco había atacado.

Riverside

El 27 de octubre de 1970, el reportero del Chronicle, Paul Avery (que había estado cubriendo el caso del Zodiaco) recibió una postal de Halloween firmada con una letra Z y el símbolo reticular. Escrito a mano al reverso de la tarjeta se encontró la anotación: «Peek-a-boo, está condenado», la amenaza fue tomada seriamente y la historia recibió primera plana en el Chronicle.

Poco después Avery recibió una carta anónima alertándolo de las similitudes entre las actividades del Zodiaco y los crímenes no resueltos de Cheri Jo Bates, ocurridos cuatro años antes en el colegio de Riverside California en el área de Los Ángeles, a más de 400 millas al sur de San Francisco. Paul reportó sus hallazgos en el Chronicle el 16 de noviembre de 1970.

El 30 de octubre de 1966, Bates pasaba la tarde en el anexo de la biblioteca del campus hasta que se cerró a las 9 pm. Vecinos informaron que escucharon un grito cerca de las 10:30 pm. Bates fue encontrada muerta al día siguiente a corta distancia de la biblioteca entre dos casas abandonadas en proceso de demolición debido a la renovación de instalaciones del campus. Los cables del distribuidor de su Volkswagen habían sido desconectados. Fue brutalmente golpeada y acuchillada hasta matarla. Un reloj de pulsera de hombre de la marca Timex con la correa rota fue hallado cerca. El reloj se había detenido a las 12:24, pero se cree que el ataque ocurrió mucho antes. También se descubrieron huellas de calzado de tipo militar.

Un mes después en el 29 de noviembre de 1966, cartas escritas a máquina casi idénticas fueron enviadas a la Policía de Riverside y a la Riverside Press Enterprise tituladas “La confesión”, el autor aseguró ser responsable del asesinato de Bates, proporcionando detalles del crimen no revelados al público, y advirtió que Bates «no es la primera y no será la última».

En diciembre de 1966, fue descubierto un poema tallado en la parte inferior de un escritorio de la biblioteca del colegio de Riverside titulado: «Enfermo de vivir/indispuesto para morir», el lenguaje del poema y la escritura se parecía a la de las cartas del Zodiaco. Fue firmado con lo que serían las iniciales «rh». Sherwood Morril, analista de los documentos cuestionados, avanzó su opinión de que el poema fue escrito por el Zodiaco.

El 30 de abril de 1967 seis meses después del homicidio de Bates, Joseph, tanto el padre de Cheri como el diario Press- Enterprise, y la policía de Riverside, recibieron cartas casi idénticas. Garabateado a mano, el texto de las copias enviadas al Press Enterprise y a la Policía decía: «Bates tenía que morir, habrá más», con un pequeño garabato que parecía la letra Z. La copia enviada a Joseph Bates decía: «Ella tenía que morir, habrá más» sin la «firma» ‘Z’.

El 13 de marzo de 1971, casi cuatro meses después de haber sido publicado -por Paul Avery- el primer artículo sobre Bates el Zodiaco envió una carta al diario Los Angeles Times, en la cual otorgaba el mérito a la policía en lugar de Avery por el descubrimiento de su «actividad en Riverside, pero sólo están encontrando los fáciles, hay una cantidad terriblemente mayor atrás».

La conexión entre Cheri Jo Bates, de Riverside, y el Zodiaco es incierta. El Departamento de Policía de Riverside sostiene que el homicidio de Bates no fue cometido por el

Zodiaco, pero conceden autenticidad a algunas cartas que posiblemente son obra suya clamando un crédito falsamente adjudicado.

Lago Tahoe

El 22 de marzo de 1971, una postal fue enviada al Chronicle dirigida a «Paul Averly» (más bien a Paul Avery), presuntamente del Zodíaco aparentemente autoadjudicándose la desaparición de Donna Lass ocurrida en South Lake Tahoe, California, el 26 de septiembre de 1970. Confeccionada de un collage de anuncios y de letras de revista representó una escena de un bosque de pinos y el texto «Sierra Club / buscando víctima 12 / La mirada por los pinos / paso áreas de Lake Tahoe / alrededor en la nieve». El símbolo del zodíaco, el círculo cruzado, estaba en el espacio para la dirección del remitente.

Lass era una enfermera en el hotel y casino Sahara Tahoe, trabajó hasta las 2:00 am, el 26 de septiembre, habiendo tratado a su último paciente a la 1:40 am y no se le vio abandonar su oficina. A la mañana siguiente, su uniforme de trabajo y sus zapatos fueron encontrados en una bolsa de papel en su oficina, inexplicablemente sucios de tierra. Su coche fue hallado en el complejo de apartamentos y el piso donde vivía estaba limpio.

Después de ese día, tanto su jefe como su arrendador recibieron llamadas telefónicas de un desconocido quien afirmó falsamente que Lass había tenido que dejar la ciudad debido a una emergencia familiar. La policía y los Sheriffs locales inicialmente trataron la desaparición de Lass como un simple caso de investigación de persona desaparecida, sospechando que simplemente se había marchado. Lass nunca fue hallada. Lo que parecía una tumba fue descubierta cerca de Claire Tappan Lodge en Norden California en terrenos de Sierra Club pero al excavarla sólo se encontró un par de anteojos para el sol.

Santa Bárbara

En una historia aparecida en el Vallejo Times Herald el 13 de noviembre de 1972, el sheriff y detective Bill Barker teorizó que el asesinato de una joven pareja perpetrado en el Condado Santa Bárbara habría sido obra del Zodíaco.

El 4 de junio de 1963 (cinco años y medio antes del primer asesinato conocido, efectuado por el Zodíaco en Lake Herman Roads), el estudiante de preparatoria Robert Domingos y su novia Linda Edwards, fueron tiroteados en una playa cercana a Lompoc California, habiéndose ausentado de la escuela ese día debido a una tradición entre los estudiantes estadounidenses llamada Senior Ditch Day. La Policía creyó que el agresor intentó atar a las víctimas, pero cuando lograron liberarse para huir, el individuo les disparó en varias ocasiones en la espalda y el pecho con un arma calibre 22. Entonces colocó los cuerpos en una pequeña cabaña e intentó infructuosamente incendiarla.

Algunos creen que los asesinatos de Domingos y Edwards son obra del Zodíaco a partir de las similitudes entre este caso y el ataque del asesino efectuado en Lago Berryessa.

Las cartas finales

Después de la postal de los «Pinos» el Zodíaco permaneció en silencio aproximadamente tres años, tras los cuales el Chronicle recibió una carta del Zodíaco sellada el 29 de enero de 1974, elogiando al film El Exorcista como «la mejor comedia satírica que había visto». La carta incluía un verso del The Mikado, y un símbolo en el fondo que aún no ha sido

explicado por los investigadores. El Zodiaco concluye la carta con un nuevo «marcador»: «Me (Yo) = 37, SFPD = 0».

El Chronicle recibió otra carta sellada el 14 de febrero de 1974, informando al editor que las iniciales para el Ejército Simbiótico de Liberación deletreadas en Nórdico antiguo significaban “mata”. Sin embargo, el manuscrito no fue autenticado como del Zodiaco.

Otra carta recibida en el Chronicle, sellada el 8 de mayo de 1974, presentaba una queja de que el film *Badlands* era una «glorificación del asesinato» y pedía al diario retirar la publicidad de la película, firmando solamente “Un ciudadano”. La letra, el tono, y la ironía superficial son similares a las comunicaciones previas de Zodiaco.

El Chronicle recibió una carta anónima sellada el 8 de julio de 1974, quejándose de uno de sus columnistas, Marco Spinelli. La carta fue firmada por «el fantasma rojo (rojo, con rabia)». La autoría de Zodiaco es aún debatida.

Otros cuatro años pasaron sin comunicación —supuesta o verificada— del Zodiaco. Una misiva del 24 de abril de 1978, inicialmente fue dada por auténtica, pero declarada una farsa por otros tres expertos tres meses después. Sin embargo en años recientes, la carta ha sido considerada por algunos departamentos como auténtica. Se creyó que Toschi, el detective de homicidios del Departamento de Policía de San Francisco, quien ha estado en el caso desde la muerte de Stine, fue el autor de la carta. El autor Armistead Maupin la cree como la carta de un fan que él recibió en 1976 y cree que es de Toschi. Mientras que admitió el haber escrito la correspondencia fan, Toschi negó la carta del Zodiaco y quedó libre de cargos. La autenticidad de la carta permanece en cuestión.

El 3 de marzo del 2003, se reportó que una tarjeta postal navideña enviada al Chronicle, sellada en 1990 en Eureka, California, fue descubierta en sus archivos de fotos por el asistente editorial David King. Dentro del sobre junto a la tarjeta postal estaba la copia fotostática de 2 llaves del Servicio Postal de los Estados Unidos en un llavero magnético.

El manuscrito en el sobre parece la huella del Zodiaco, pero fue declarada no-auténtica por el analista forense Lloyd Cunningham. No obstante, no todos los expertos en el tema están de acuerdo con el análisis. No hay dirección del remitente o su «firma» (el círculo cruzado) no está. La postal en sí no tiene más marcas. El Chronicle envió todo el material al Departamento de Policía de Vallejo para análisis posteriores.

Curso actual

Los últimos investigadores del Departamento de Policía de San Francisco fueron los inspectores de homicidios Michael N. Maloney, Kelly Carroll, ellos fueron los primeros en enviar pruebas de ADN del Zodiaco obtenido de las cartas para su análisis, el cual arrojó un perfil genético parcial. Las pruebas de ADN parecen haber excluido a su principal sospechoso, Arthur Leigh Allen, y después a Mike Rodelli, un prominente hombre de negocios quien vivía cerca de la escena del crimen de Paul Stine.

La policía de San Francisco marcó el caso como «inactivo» en abril del 2004, pero debido a la presión fue reabierto durante un tiempo antes de marzo del 2007 y enviaron pruebas de información genética para usar como prueba. A lo cual también, el caso permanece abierto en otras jurisdicciones.

En 2012 se publicó el libro *The Zodiac Killer Cover-Up: The silenced Bagge* (en español *El asesino del Zodíaco: la verdad silenciada*) donde se expone una nueva hipótesis a cargo del policía retirado Lindon Lafferty, quien sostiene que el criminal aún vive, y que contaría con 91 años a la fecha de editarse el libro. De acuerdo con este autor, una red de corrupción policial desvió la investigación y fue la causante de que el misterio no se resolviera en tiempo útil.

Arthur Leigh Allen

Aunque muchas personas han sido indicadas como posibles sospechosas de ser el Zodiaco durante muchos años, solamente uno, Arthur Leigh Allen (18 de diciembre de 1933-26 de agosto de 1992) fue investigado seriamente.

En julio de 1971 un amigo de Allen denunció sus sospechas sobre él al Departamento de Policía de Manhattan Beach, y la denuncia fue dirigida a la policía de San Francisco. Cuando fue interrogado después, Allen afirmó —sin haber sido preguntado— que los cuchillos ensangrentados que tenía en su auto el día del doble ataque en Lago Berryessa los había utilizado para matar pollos; y cuando se le cuestionó si había leído el libro *El juego más peligroso*, respondió afirmativamente y dijo que lo había impresionado (esto interesó a la policía como la cifra de 408 caracteres que aparecen en el libro).

Allen fue el único sospechoso en cuyo caso la policía tenía alguna prueba en contra, para ejecutar no sólo una sino tres garantías o autorizaciones para continuar con las indagatorias; el 14 de septiembre de 1972; el 14 de febrero de 1991 y el 28 de agosto de 1992, dos días después de su muerte. Allen negó los cargos, pero había muchas pruebas circunstanciales en su contra.

La policía no encontró evidencia física para probar que Allen era el asesino del Zodiaco, y el Departamento de Policía de Vallejo eligió no presentar cargos contra él, a pesar de que fuese un delincuente sexual, y de las armas y los componentes explosivos hallados en su hogar siguiendo la investigación en 1991.

Finalmente la escritura de Allen no se correspondía con la del Zodiaco -sin embargo cabe la posibilidad de que el escrito haya sido efectuado con la mano derecha, pero la policía no hizo acto oportuno en esa posibilidad-, sus huellas dactilares tampoco guardaban semejanza, ninguna prueba concreta que lo vinculara a las matanzas efectuadas por el Zodiaco fue encontrada jamás, y la reciente prueba del ADN obtenido de las cartas no proporcionó dato, sin embargo, ni Vallejo ni la policía de San Francisco hallaron indicios de Allen después de las pruebas.

Richard Gaikowski

Sospechoso que se cree es el asesino del Zodiaco por la forma del rostro en el dibujo y por usar lentes. Según la sheriff que participó en un programa de TV, la voz que oyó es idéntica a la voz con la que le contestaron. Además, en una de las cartas codificadas se puede leer claramente la palabra «Gyke», el cual solía ser uno de los diminutivos para Gaikowski. Ante esto último, la única prueba de su defensa fue que en una carta enviada a su compañero decía al final «atte:Gaik». Richard Gaikowski, que era periodista, murió en 2002.

Entre diciembre de 1968 y octubre de 1969, el Asesino del Zodíaco atacó siete personas en el norte de California, matando a cinco de ellas. Por años sembró el terror mandando cartas a los periódicos, en las cuales incluía amenazas y, en códigos que nunca se descifraron por completo, la información sobre quién era. Jamás lo capturaron ni supieron con certeza quién fue...

El Asesino del Zodíaco acechó el norte de California entre diciembre de 1968 y octubre de 1969. En una carta supuestamente suya confesó asesinar a 37 víctimas, aunque las únicas víctimas confirmadas fueron cuatro hombres y tres mujeres, víctimas de las cuales solo dos sobrevivieron para dar evidencias sobre la identidad aún irresuelta de este brillante asesino que, al igual que Jack El Destripador, pasó a la historia por burlar a policías e investigadores.

De este modo, debido a que su identidad se desconoce, es todavía imposible plantear una biografía del asesino. Todo lo que se sabe de él es que es un hombre alto, grueso y corpulento, con anteojos, que tendría entre 20 y 30 años al momento de cometer sus crímenes. También es sabido que posee una gran inteligencia, que casi seguramente es un aficionado a asuntos astrológicos, que conoce de códigos y Criptografía, que tiene un alto grado de egocentrismo y, al igual que muchos otros asesinos seriales, disfruta obteniendo protagonismo y sembrando temor en los demás.

Así pues y ya que no hay una historia biográfica que contar, lo más propicio en el caso de éste asesino será exponer su pequeña pero magistral carrera criminal, no sin antes advertir que, las historias que verán sobre los crímenes cometidos por el Zodíaco, son todas ellas reconstrucciones elaboradas en base a testimonios y a otros elementos de juicio hallados en el curso de las investigaciones efectuadas por detectives, policías, criminalistas y demás expertos.

Al comienzo, Betty y David estaban juntos en los asientos delanteros del auto de David, estacionados en algún camino apartado de la carretera conocida como Herman Road (Este de Vallejo, California). Era de noche, la calefacción estaba encendida y los asientos reclinados en ángulo de 45. A unos pocos metros del auto yacía la puerta 10 de la estación de bombeo del Lago Herman. La única luz que caía en aquel claro era la luz de la luna, frecuente testigo de las parejas que iban a aquel lugar para fumar marihuana, beber cerveza y hacer otras cosas...

Pero aquella escapada romántica entró al preludio de su final cuando a eso de las 23:05 otro coche pasó por la curva que estaba cerca del auto de David y, en lugar de seguir su camino, se aparcó a unos dos metros. El conductor de aquel auto vestía un anorak (un tipo de chaqueta pesada con capucha) oscuro y llevaba gafas, detalle ciertamente inquietante puesto que era de noche. Pasados unos minutos, el extraño bajó la ventanilla de su coche y solicitó a Betty y David que se bajaran del auto. Ambos se negaron a satisfacer la sospechosa petición y fue entonces cuando el corpulento desconocido salió de su coche, sacó una pistola de su anorak, se acercó a la pareja y, tras mirarlos fijamente un momento, comenzó a acecharlos dándoles vueltas al auto.

La situación era aterradora, en parte porque la ventana del copiloto (la de Betty) estaba abierta. Súbitamente el silencio se quebró cuando el hombre del anorak oscuro rompió la ventana posterior derecha de un tiro, tras lo cual dio otro tiro más en la rueda posterior izquierda. Llenos de pánico los jóvenes se apiñaron del lado del copiloto. El corpulento

extraño corrió pero Betty ya había logrado salir del vehículo, por lo que momentáneamente se limitó a meter el brazo por la ventana abierta y a ponerle a David la pistola en la oreja. Entonces apretó el gatillo y la bala atravesó horizontalmente la cabeza de David, salpicando de sangre todo el coche a la par que Betty lanzaba un alarido de horror sabiendo que aquel sonido era sinónimo de muerte...

Pese a los ocho metros y pico que llevaba avanzados, Betty no consiguió escapar del Asesino del Zodíaco, quién hábilmente le dio cinco tiros, uno tras otro. Instantáneamente Betty se desplomó sobre su costado derecho: su cuerpo, ya sin vida, yacía bañado en sangre a 8.55 metros del parachoques trasero del Rambler (el auto de David). Entretanto, David agonizaba boca arriba en el coche, sintiendo como la vida se le escapaba en la sangre que salía de su cráneo perforado. Finalmente el asesino dio por concluida su labor y escapó en su coche, por lo cual David consiguió vivir un poco más antes de que la muerte lo sorprendiera camino al hospital.

Era un “secreto a voces” el hecho de que Darlene fuera una esposa infiel que tenía varios amantes, uno de los cuales era Michael Mageau. Aprovechando el 04 de julio, Darlene había quedado en salir con Michael.

No faltaba mucho para la media noche cuando Darlene llamó a la niñera y le preguntó si podía quedarse más tiempo con su hija Dena, ya que ella tenía que salir de nuevo, supuestamente para comprar los fuegos artificiales que su esposo le había pedido. La niñera aceptó y Darlene fue a recoger a Michael para ir a pasar un buen rato cerca del campo de golf de Blue Rock Springs, lugar donde por las noches era frecuente observar autos estacionados con parejas engolosinadas.

No obstante, apenas pasado un rato desde que la pareja arrancó rumbo a Blue Rock Springs, de entre las sombras de la calle arbolada surgió un vehículo que empezó a seguirlos con inquietante insistencia.

Eran aproximadamente las 23:55 de la noche y el coche persecutor los seguía a gran velocidad. Darlene giró varias veces para despistar al coche pero el Asesino del Zodíaco era demasiado hábil como para dejar ir a sus jóvenes presas. A pesar de eso Darlene consiguió llegar al campo de golf de Blue Rock Springs, mas a causa del nerviosismo que la embargaba chocó contra un tronco de árbol y el auto se apagó, quedándose estancado a unos veinte metros de la entrada al campo de golf. Normalmente hubiese habido otras parejas en sus coches, pero esa noche era 4 de julio y la gente festejaba en familia, por lo que los dos jóvenes adúlteros eran los únicos en medio de aquel oscuro y extenso lugar.

Solos, en medio de la noche, Darlene y Michael vieron que el auto persecutor se aproximaba y se estacionaba a la izquierda, a unos dos metros y medio. Era como si la muerte se hubiera estacionado a su lado, anunciando así su proximidad. Por un momento la pareja sintió un gran e ilusorio alivio al ver que, tras un momento, el auto intimidante se había marchado a toda velocidad. Pero, transcurridos unos cinco minutos, el coche acosador volvió, parqueándose esta vez en tangente por detrás de ellos, justo como hacían los vigilantes de tránsito para bloquear el paso...

De pronto una luz brillante e intensa los iluminó desde el otro vehículo. Momentáneamente Michael y Darlene se tranquilizaron creyendo que se trataba de algún policía. El sujeto salió del auto y fue hacia ellos, acercándose hacia el lado del copiloto

ya que la ventana de ese lado estaba con el vidrio bajado. La luz apuntó al rostro de Michael y seguidamente se oyó el primer disparo de los cinco que hirieron gravemente a Darlene y Michael, quien cometió el error de gritar de dolor después de que el Asesino del Zodíaco hubiese emprendido la marcha de regreso a su auto. Así, al escuchar el grito de Michael, el asesino se volvió y dio cuatro tiros más: uno que falló, dos que acabaron con la vida de Darlene y un último tiro que hirió a Michael.

Después de que el asesino escapara lentamente en su auto para no llamar la atención, a duras penas Michael alcanzó a arrastrarse fuera del auto con las mejillas y la lengua perforadas por la bala que afortunadamente no atravesó su cerebro. Tras un rato aparecieron tres adolescentes que se encargaron de llamar a la Policía y a los servicios médicos. Michael, que logró sobrevivir, recuerda claramente que el asesino era blanco, corpulento, que usaba gafas, tenía entre veintiséis y treinta años y el cabello castaño claro, corto, rizado y con estilo militar.

Macabras llamadas

No contento con el crimen de Michael y Darlene, esa misma noche el Asesino del Zodíaco acudió, a las 00:40 am, a una cabina telefónica ubicada a poca distancia del lugar al cual llamaba: la Comisaría de Vallejo. La telefonista Nancy Slover, que fue quien le respondió, contó que la voz del asesino era regular, carente de acentos y altibajos, a la vez que suave pero enérgica. Las palabras iniciales del asesino fueron estas: “Quiero informar de un doble asesinato. Si recorren un kilómetro y medio en dirección este por la avenida Parkway hasta el parque público, encontrarán a dos jóvenes en un coche marrón”. Impresionada, Nancy intentó interrumpirlo para sacarle datos pero el asesino habló más fuerte y siguió hasta concluir en un matiz grave y provocador con las siguientes palabras: “Han sido abatidos con una Luger de 9 milímetros. También maté yo a los chicos del año pasado. Adiós”.

Entretanto Dean, el esposo de la fallecida Darlene, acababa de salir del Caesar’s Palace (ahí trabajaba) y se dirigía a su casa junto con algunos colegas y unas cuantas botellas adecuadas para celebrar el 04 de julio. Al llegar, Dean vio que Darlene no estaba y poco después el teléfono sonó a las 01:30 de la madrugada. Un amigo de Dean contestó la llamada pero solo escuchó unos jadeos. Lo mismo sucedió con los padres de Dean, quienes quince minutos después recibieron una llamada en la que solo escucharon jadeos. Finalmente el teléfono volvió a sonar en casa de Dean y los jadeos volvieron a oírse. Dean habría querido que se trate de algún bromista, pero los policías que llegaron a su casa, poco después de los jadeos en el teléfono, le informaron que su querida e infiel esposa había sido asesinada, quedando así claro que aquellos angustiantes jadeos debían pertenecer al asesino de Darlene.

Las primeras cartas del asesino

Las primeras cartas del misterioso asesino aparecieron un viernes 01 de agosto de 1969, fueron casi idénticas entre sí y tuvieron por destinatarios a tres periódicos: The San Francisco Examiner, San Francisco Chronicle y Vallejo Times-Herald. En cada una de esas cartas el remitente se adjudicaba los ataques a los cuatro adolescentes, daba detalles de esos ataques, incluía una sección escrita en lenguaje cifrado y firmaba con el signo que habría de caracterizarlo: el círculo tachado por la cruz.

Pero el asesino no solo quería informar sobre sus crímenes: quería protagonismo, exigía atención y su forma de hacerlo no era nada amable: cada periódico debía publicar la carta

que había recibido ese mismo viernes por la tarde. De lo contrario las consecuencias serían graves: doce personas, elegidas al azar, morirían ese mismo fin de semana.

Evidentemente cabía la posibilidad de que se tratara de algún farsante ansioso de protagonismo; pero, con las muertes que ya se habían dado supuestamente a manos del remitente de esas cartas, los diarios no podían arriesgarse a dejar que muera gente inocente. Aunque también la publicación de esas cartas era conveniente para los diarios ya que representaba la oportunidad de, sin riesgo a ser mal vistos, brindar una noticia sensacionalista con gran potencial de trascendencia. Por todo eso las cartas se publicaron (aunque no íntegramente por pedido de la Policía) y así comenzaron los intentos por desentrañar el sentido de los mensajes cifrados que el asesino había incluido en sus comunicados.

Descifrando los códigos del asesino

Cada periódico se había encargado de mandar a la Policía fotocopias de la carta recibida con el mensaje cifrado. La tarea no parecía ser fácil pues cada tercio del mensaje cifrado tenía ocho líneas con diecisiete símbolos por línea y, a su vez, los símbolos eran demasiado variados: símbolos griegos, meteorológicos, símbolos de código Morse, señales marítimas, signos astrológicos y letras del alfabeto ordinario.

Al final, la identidad de quienes descifrarían los códigos sorprendería a los expertos de la Inteligencia Naval, la CIA y el FBI. Entretanto ya el jefe de la Policía de Vallejo, Jack E. Stiltz, se había encargado de solicitar públicamente al autor de las tres cartas que mandara otra carta con más datos para demostrar que él era el asesino. La respuesta fue escalofriante y llegó con prontitud el 4 de agosto de 1969, apenas tres días después de las cartas dirigidas a los diarios. Allí, en estas nuevas cartas, el asesino revelaba que su identidad estaba en los códigos anteriores y daba detalles de los crímenes que solo él podía conocer, detalles sobre cuya veracidad la Policía tenía certeza, detalles que se habían reservado y no habían sacado a la luz.

Además, por primera vez el asesino se autodenominaba como “Zodiaco”, tal y como se ve en este fragmento de la carta (de 3 páginas en su totalidad) dentro del cual está incluido el inicio:

«Estimado director, Zodiaco al habla. Respondiendo a su petición de más detalles sobre lo bien que me lo he pasado en Vallejo, estaré encantado de darle más material. Por cierto, ¿se está divirtiendo la Policía con el mensaje cifrado? Si no, dígales que se animen; cuando lo descifren me tendrán. Con respecto al 4 de julio: no abrí la puerta del coche, la ventanilla ya estaba bajada. El chico al principio estaba en el asiento delantero cuando empecé a disparar. Cuando le disparé por primera vez a la cabeza, se echó hacia atrás al mismo tiempo y así me estropeó el tiro. Terminó en el asiento de atrás, luego en el suelo agitando muy violentamente las piernas; por eso le disparé en la rodilla. No me marché del escenario del crimen derrapando a toda velocidad como han dicho los periódicos de Vallejo. Me fui lentamente para que mi coche no llamara la atención. El hombre que le dijo a la Policía que mi coche era marrón, era un negro de unos 40-45 años vestido de manera andrajosa. Yo estaba en una cabina telefónica divirtiéndome con el poli de Vallejo mientras él pasaba. Cuando colgué el teléfono, el puto aparato se puso a sonar y eso hizo que él se fijara en mí y en mi coche. Las Navidades pasadas: En ese episodio la Policía se preguntaba cómo podía acertar a mis víctimas disparando en la oscuridad. No lo dijeron abiertamente, pero lo dieron a entender diciendo que había mucha luz esa noche y que yo

podía ver siluetas en el horizonte. Una idiotez, esa zona está rodeada de colinas y árboles altos. Lo que hice fue pegar una linternita fina al cañón de mi pistola. Si se fijan, en el centro del rayo de luz, si lo dirigen a una pared o un techo, verán un punto oscuro o negro en el centro del círculo de luz a unos siete o quince centímetros de distancia. Cuando está pegado al cañón de una pistola, la bala da directamente en el centro del punto negro de la luz. Yo sólo tuve que acribillar a balazos... No hacía falta destreza».

Entre otras cosas, en la citada carta Zodíaco había escrito que “le tendrían” cuando descifrasen el código. No sabía que su código ya había sido revelado casi por completo por los Harden, una brillante pareja. Sin embargo, lo poco que faltaba por descifrar impedía aún conocer su identidad.

En cuanto a la historia de cómo los Harden descifraron el código, esta es como sigue:

Donald Gene Harden tenía 41 años, era profesor de Historia y Economía en el instituto North Salinas y adoraba descifrar claves desde que era un niño. Él había leído las cartas que el asesino obligó a publicar a los tres diarios y, siendo un domingo de mañana en el que no tenía nada qué hacer, optó por recurrir al criptograma de Zodíaco para huir del aburrimiento. Entonces tomó su viejo manual de Criptografía y puso a trabajar sus neuronas. Tras mucho cavilar, concluyó que se encontraba frente a una “clave de sustitución”, donde cada letra del alfabeto era sustituida por un símbolo, una letra o una figura.

La dificultad radicaba en que el asesino había utilizado tantos y tan variados símbolos que era prácticamente imposible sustituir uno por uno, por lo que el profesor Harden tuvo que idear su propio método para hallar elementos iguales, patrones y relaciones. Aparentemente no había manera de saber el orden entre las diversas partes del mensaje o las interrupciones entre las palabras que el mensaje cifrado representaba.

Estuvo así tres horas trabajando intensamente sin descifrar el mensaje, hasta que la curiosidad de su esposa Betty June Harden fue despertada y ella se unió en la búsqueda de la solución. Con el aporte de Betty las cosas empezaron a marchar más rápidamente pero aún así la noche llegó sin que el misterioso código fuera descifrado. En aquellos momentos Donald se sentía cansado y deseaba dejar la tarea para el día siguiente, pero la obsesión y la ansiedad de Betty por descifrar el código eran tales que ésta siguió trabajando sola por cierto tiempo hasta que Donald se contagió del interés y se decidió a acompañarla.

Entre las diversas hipótesis formuladas en el trabajo indagatorio de la pareja, una que resultó válida y de importancia determinante fue aquella que, suscitada en parte por la intuición psicológica, formuló Betty en relación a lo que debía ser el inicio de mensaje cifrado: a saber, Betty creía que el asesino, al igual que tantos otros asesinos seriales, debía ser tan egocéntrico como para iniciar el mensaje con un “yo”, y además, casi de seguro la primera frase sería algo como “me gusta matar”. En efecto, todo comenzó a marchar mejor cuando se probó con “I like killing people” como frase inicial.

A su vez, mientras avanzaban los Harden vieron que la perversidad intelectual del asesino era tal que había hecho cosas como estas: escribir el símbolo de la Q al revés para hacer pensar que era una E, cometer faltas ortográficas que casi seguramente eran intencionales, emplear siete símbolos distintos (mediante un sistema de rotación) para la E y hacer que

dos símbolos puedan ser la A o la S indistintamente. Adicionalmente a eso, al parecer el asesino había aplicado mal su propia clave en ciertos puntos del mensaje, lo cual también podría ser intencionado.

Pese a tantas dificultades, tras veinte horas de trabajo los Harden llegaron a la conclusión de que la casi totalidad (nunca pudieron descifrar la última parte) del mensaje debía ser literalmente (en inglés y con las faltas ortográficas que cometió el asesino) así: «I LIKE KILLING PEOPLE BECAUSE IT IS SO MUCH FUN IT IS MORE FUN THAN KILLING WILD GAME IN THE FORREST BECAUSE MAN IS THE MOST DANGEROUE ANAMAL OF ALL TO KILL SOMETHING GIVES ME THE MOST THRILLING EXPERENCE IT IS EVEN BETTER THAN GETTING YOUR ROCKS OFF WITH A GIRL THE BEST PART OF IT IS THAE WHEN I DIE I WILL BE REBORN IN PARADICE AND THEI HAVE KILLED WILL BECOME MY SLAVES I WILL NOT GIVE YOU MY NAME BECAUSE YOU WILL TRY TO SLOI DOWN OR ATOP MY COLLECTIOG OF SLAVES FOR MY AFTERLIFE EBEORIETEMETHHPITI».

Traducido y sin faltas ortográficas, el mensaje anterior significaría algo como esto: «Me gusta matar gente porque es muy divertido. Es más divertido que cazar animales salvajes en el bosque porque el hombre es el animal más peligroso de cazar. Algo hace que sea la experiencia más emocionante, es incluso mejor que coger con una chica. Lo mejor es que cuando muera renaceré en el paraíso y los que he matado serán mis esclavos. No diré mi nombre porque intentarían reducir o parar mi colección de esclavos para el más allá EBEORIETEMETHHPITI ».

Una vez descifrado el código, Donald Harden llamó al director en horario nocturno del San Francisco Chronicle y le informó que había resuelto el misterio, sin embargo la reacción del director fue desmotivadora y poco entusiasta ya que muchos otros habían mandado sus supuestas soluciones, por lo cual Harden tuvo que enviar por correo la solución para que ésta, junto con las demás supuestas soluciones, fueran a parar al sargento Lynch, quien se encargaría de mandar todo eso a profesionales capaces de determinar si las supuestas soluciones eran adecuadas.

Sorprendentemente, los expertos de Inteligencia Naval examinaron el proceso que los Harden habían seguido y concluyeron que la solución era correcta. De hecho, tan perfecto era el proceso de los Harden que su solución se publicó y pasó a convertirse en la interpretación oficial e indiscutida de la parte del mensaje que consiguieron interpretar, cosa que jamás sucedió con la secuencia de letras “EBEORIETEMETHHPITI”, secuencia sobre la cual se han formulado múltiples hipótesis pero ninguna ha triunfado como respuesta segura e indiscutible.

Shepard y Hartnell, asesinados por el verdugo del Zodíaco

El ataque a Cecilia Ann Shepard de 22 años y Bryan Calvin Hartnell de 20 tuvo lugar un 27 de septiembre de 1969 y fue, de entre todos los crímenes del Asesino del Zodíaco, el más emblemático de todos en tanto que aquel fue el episodio criminal del que surgió la imagen más representativa y recordada del Asesino del Zodíaco, no solo por su impactante naturaleza sino porque ésta era un claro símbolo de la esencia oscura y enigmática del psicópata que se escondía tras el inquietante y perturbador disfraz empleado ese fatídico 27 de septiembre de 1969.

Aquel día, a orillas del Lago Berryessa (cerca de Napa, California), Cecilia y Bryan disfrutaban de un picnic bajo la sombra de dos robles que, aislados del bosquecillo, crecían sobre una península (en este caso, una parte de la orilla que sobresalía y se adentraba un poco en el lago). Era de tarde, no había gente alrededor y la brisa inundaba de frescura la serenidad del paisaje. Sin embargo en medio de toda esa paz algo despertó una ligera inquietud en Cecilia: a lo lejos, al otro lado del agua que rodeaba el lado derecho de la península, se veía una silueta que, pese a presentarse borrosa por la distancia, dejaba entrever que se trataba de un hombre corpulento de cabello castaño. De momento el hombre desapareció metiéndose en un bosquecillo, pero poco después salió del bosquecillo y empezó a caminar lentamente hacia ellos.

Atemorizada, Cecilia se había volteado y veía que la figura estaba cada vez más cerca y que su aspecto no era nada tranquilizante, aunque lo peor estaba por venir. Así, de pronto una ráfaga de viento le metió polvo en el ojo y ella perdió de vista al desconocido por un momento. Bryan, que estaba relativamente calmado, ni siquiera se había preocupado por voltearse a ver qué hacía el extraño, hasta que un ruido de hojas crujiendo le llamó la atención y entonces notó que el extraño se había parado detrás del otro roble, ubicado a unos seis metros a la derecha de Cecilia, quien tras breves instantes acabó con la tranquilidad a la que Bryan había vuelto: “¡Dios mío, lleva una pistola!”, exclamó ella y entonces Bryan, mirando por el rabillo del ojo, vio a la izquierda una figura negra que los contemplaba en silencio.

En el breve lapso que estuvo parado detrás del otro roble, el hombre corpulento se había puesto un traje que mostraba con claridad qué era y a qué había venido... Su apariencia era la de un verdugo. Tenía una capucha ceremonial negra y cuadrada, cosida por los lados y plana en la parte de arriba. La capucha, que en la parte de la cabeza apenas tenía aberturas para ojos (cubiertos por gafas) y boca, le bajaba por los hombros, no tenía mangas y le cubría el pecho con una pechera que, sobre el negro de la tela, tenía grabado en blanco un círculo tachado con una cruz griega cuyas puntas sobresalían del círculo. Aparte, el hombre llevaba mangas largas atadas en las muñecas, pantalones metidos en las botas, una especie de cuchillo de cómo 30cm en el costado izquierdo, una pistolera con la tapa abierta en el costado derecho y, por debajo de la cazadora, se veían sobresalir puntas de varias cuerdas de plástico blanco.

La figura tenía el brazo derecho extendido, apuntando con una pistola de color azul metálico. Se aproximaba hacia ellos con lentitud, como diciéndoles así que escapar era imposible. Ya bien cerca de ellos, que hasta el momento no se habían movido por el miedo que los consumía, la figura misteriosa habló con una voz monocorde que no era ni aguda ni grave, que denotaba tranquilidad y que parecía pertenecer a un hombre de entre veinte y treinta años. “Quiero el dinero y las llaves del coche. Quiero el coche para ir a México”, dijo la figura y Bryan le dio las llaves y el poco dinero que tenía, ante lo cual el encapuchado se guardó el dinero, tiró las llaves y se guardó la pistola. Bryan entonces le dijo que no tenía dinero, que no lo seguiría y que si necesitaba ayuda lo podía ayudar de otra forma, pero recuerda que el encapuchado le respondió algo como: “No. Tengo poco tiempo. Soy un preso fugado de Der Lodge, en Montana. Maté a un guardia de la cárcel. Tengo un coche robado y nada que perder. Estoy totalmente sin dinero. No te hagas el héroe conmigo. No intentes coger la pistola”. Después, apuntando con el cuchillo, el encapuchado sacó cuerda blanca y le ordenó a Cecilia que atase a Bryan, tras lo cual, una vez atado Bryan, él ató a Cecilia y apretó los nudos de Bryan para cerciorarse de que éste no huyera.

Estando atado, Bryan le preguntó a Zodíaco si el arma tenía balas, a lo que éste respondió abriendo la pistola y mostrándole que solo había una bala. “Voy a tener que apuñalarlos”, dijo Zodíaco tras ver la mirada sorprendida de aquellos dos jóvenes a los que había controlado con el temor a un arma que no tenía más que una miserable bala que bien podía haber fallado en caso de ser disparada.

Poniéndose por detrás de Bryan, Zodíaco se arrodilló y le empezó a apuñalar la espalda mientras Cecilia observaba aterrorizada e impotente con el rostro salpicado por la sangre de Bryan. Cuando el asesino levantó el puñal para atacarla, Cecilia reaccionó poniéndose boca arriba pero el asesino le hundió con rapidez el puñal en el abdomen, luego se lo clavó en cada pecho, en la ingle y nuevamente en el abdomen, y siguió así, hasta completar su símbolo (el círculo tachado por la cruz) con veinticuatro puñaladas.

Ya satisfecho con su carnicería, Zodíaco se paró, tiró el dinero y las llaves junto a los cuerpos de las víctimas, se alejó caminando calmadamente de la escena del crimen y después, cuando estaba en la carretera, se detuvo junto al auto de Bryan y grabó en la puerta del copiloto su símbolo y abajo del símbolo este mensaje: «Vallejo 12 – 20 – 68/7 – 4 – 69/Sept 27 – 69 – 6:30/by knife». Después desapareció.

Entretanto Cecilia, bañada en sangre, seguía viva y había recuperado la conciencia. Ambos pidieron socorro a gritos y después Bryan se dio la vuelta para morder las cuerdas (resbalosas de tanta sangre) que ataban las muñecas de Cecilia. Con las manos libres Cecilia pudo desatarle las manos a Bryan y así ambos podrían moverse a gatas, aunque el hecho fue que estaban tan heridos que no tenían forma de hacer tal cosa y, si no hubiera sido porque un pescador chino y su hijo pasaron por ahí y los escucharon gritar, ambos hubiesen muerto.

Al ver la escena el pescador y su hijo pidieron ayuda y pronto llegaron dos barcas de los guardabosques, quienes a su vez llamaron a la ambulancia aunque ésta tardó casi una hora en llegar, tiempo este en el que las víctimas hablaron lo que pudieron sobre lo sucedido, ya que su estado era tan crítico que perdieron algunas veces el conocimiento y Cecilia, que era la que peor estaba, pedía con insistencia que la anestesien o le den algo para dejarla inconsciente. Una vez que llegó la ambulancia, Cecilia y Bryan fueron trasladados exitosamente al hospital, aunque una vez allí solo sobrevivió Bryan para contar los detalles, ya que Cecilia estaba tan mal con esas veinticuatro puñaladas que no pudo ser salvada ni con toda una noche de operaciones.

Otra vez llamando a la Policía

Mientras sus víctimas agonizaban, Zodíaco, que estaba ya lejos, llamó a las 19:40 de la noche a la Comisaría de Napa. Dijo únicamente esto: “Quiero dar parte de un asesinato; no, de un doble asesinato. Se encuentran tres kilómetros al norte del cuartel general del bosque. Estaban en un volswagen Karmann Ghia blanco. Soy el que lo ha hecho”.

Paul Stine, última víctima confirmada de Zodíaco

El taxista Paul Lee Stine de 29 años fue asesinado por Zodíaco el día 11 de octubre de 1969. Su historia es la siguiente:

Paul Lee Stine estaba parqueado cuando lo llamaron para ir a la Novena Avenida. Era una noche bien iluminada, había algo de niebla y el tráfico avanzaba con lentitud a causa

de la congestión. Al pasar por el restaurante Pinecrest un hombre robusto paró el taxi. El hombre entró, se sentó atrás y le pidió a Stine que lo llevara a la calle Washington y Maple en el barrio residencial de Presidio Heights. Stine arrancó.

En la calle Washington había varias mansiones a uno y otro lado. Ya en la intersección con Maple, el hombre le pidió a Stine que avanzara otra cuadra más y Stine accedió para finalmente detenerse entre dos árboles, cerca a la esquina de las calles Washington y Cherry, delante de la casa número 3898 de la calle Washington.

Una vez que se hubo detenido, el corpulento pasajero le puso a Stine una pistola en la mejilla derecha y le hizo un gancho en la garganta con el brazo izquierdo. Aterrado en los segundos previos al disparo, Stine intentó en vano librarse levantando la mano izquierda por encima de su hombro derecho. Sin demorar la ejecución, Zodíaco le dio un tiro que le perforó cónicamente el cráneo, fragmentándose en cuatro segmentos.

Después de eso, Zodíaco salió, entró de nuevo por la puerta del conductor y se puso la cabeza de Stine en el regazo mientras tomaba su cartera y le arrancaba un pedazo de camisa. Tras eso huyó, dejando el taxi en el lugar del crimen.

Lo que Zodíaco no sabía es que tres jóvenes lo habían visto desde la ventana del segundo piso de la casa que estaba frente al taxi, al otro lado de la calle. A las 21:58 los jóvenes llamaron a la Policía y hablaron de lo sucedido, describiendo al asesino como un hombre blanco de 25 a 30 años de edad, complexión robusta y el cabello cortado de cierta forma. El gran problema fue que, por el nerviosismo que embargaba la comunicación, el operador de la Policía anotó “adulto negro” en vez de “adulto blanco”.

Con increíble velocidad y tras la breve y nerviosa llamada, una patrulla policial que rondaba por el lugar se apareció en Washington y Cherry a las 22:00. Ahí la patrulla se detuvo cuando, en medio de la oscuridad y la niebla de aquella húmeda noche, vieron a un hombre robusto que caminaba lentamente hacia Presidio.

Los patrulleros Donald Foukes y Eric Zelms llamaron con un grito al desconocido y le preguntaron si había observado algo extraño o sospechoso, a lo que el hombre robusto respondió diciendo con toda seguridad que había visto a un hombre que, blandiendo una pistola, corría hacia el este por la calle Washington. Los patrulleros tenían en mente que el criminal al que buscaban era un “adulto negro”, tal y como erradamente había anotado el operador cuando los jóvenes llamaron. Así pues, los patrulleros le creyeron al hombre blanco y robusto de oscuras ropas y se fueron hacia el este por Washington: nunca supieron que ese hombre era Zodíaco, el asesino que buscaban.

Se sabe también que no lo llamaron para que se acerque al coche, que lo interrogaron breve y apuradamente y que no se fijaron en la sangre que, disimulada por las tinieblas de la noche y el color oscuro de su ropa, llevaba aquel hombre en su regazo. Después, cuando el personal llegó (a las 22:55) a la escena del crimen, se interrogó a los chicos y estos, ya más calmados, dejaron bien claro que el asesino no era negro: era blanco. De ese modo y tras que Donald Foukes y Eric Zelms supieron que el hombre al que dejaron ir era el asesino, en la Policía de San Francisco surgió una enorme obsesión por el llamado “hombre corpulento”.

La carta confirmatoria

Justo el día siguiente al crimen, Zodíaco envió al diario San Francisco Chronicle una carta que borraba toda duda en cuanto a si él mató o no a Paul Stine: «Zodíaco al habla. Soy el asesino del taxista en la esquina de Washington con Maple ayer por la noche, para demostrado aquí está un trozo de su camisa manchado de sangre. Soy el mismo hombre que mató a las personas de la zona norte de la bahía. La Policía de S.F. me podría haber cogido ayer de noche si hubiera registrado bien el parque en vez de hacer carreras con sus motos a ver quién hacía más ruido. Los conductores de los coches tendrían que haber aparcado el coche y quedarse esperando en silencio a que yo saliera de mi escondite. Los escolares son buenos blancos. Creo que una mañana me voy a cargar un autobús escolar. Dispararé a la rueda delantera y luego liquidaré a los niños cuando salgan dando saltitos.»

Junto a la carta citada estaba un trozo de tela ensangrentada. Tras analizarlo, la Policía confirmó que la sangre en el trozo de tela enviado era realmente sangre del taxista Paul Stine.

Kathleen Johns: ¿realmente vio a Zodíaco?

Corría la noche de un 22 de marzo de 1970 y Kathleen Johns, con ocho meses de embarazo, iba en su auto junto a su hija de diez meses. Kathleen iba camino a reunirse con su madre cuando de pronto, en la carretera 132 de San Joaquin County, detuvo su auto luego de que el conductor de otro auto se detuviese para decirle que mire la rueda porque ésta se tambaleaba y aquello era peligroso. El hombre astutamente se ofreció para ajustarle los tornillos de la rueda, mas en realidad los aflojó y luego se marchó. Todo era parte de un plan.

No pasó mucho tiempo antes de que el neumático (la rueda) de Kathleen se aflojara, y entonces el sujeto, que lo había tramado todo y estaba cerca, volvió y se ofreció para llevarla a una estación de servicio. Ella accedió, abandonó su coche y se trepó en el vehículo del desconocido, pero éste, pese a que ya habían pasado por varias estaciones de servicio, no se había detenido en ninguna. Todo parecía sugerir que el sujeto la había secuestrado. El viaje con aquel extraño duró más de tres horas, llenas de silencio según contó Kathleen.

Sin embargo en cierto punto del viaje el conductor se detuvo en una intersección y entonces Kathleen pudo escapar con su hija, corriendo a través del campo hasta hallar a un hombre que las ayudó llevándolas al departamento de la Policía local, en Paterson. Allí, en el departamento policial, ella vio un cartel con un retrato robot de Zodíaco. Al parecer la chica no había visto antes el supuesto rostro de Zodíaco en parte alguna y, en el momento en que lo vio, se sorprendió porque, según dijo a los policías, ese era el hombre que había intentado secuestrarla.

Tiempo después surgió una controversia que aún se mantiene en relación a si realmente Kathleen estuvo o no con Zodíaco. Dicha controversia parte de discrepancias como estas: 1) algunos testigos afirman que el auto de Kathleen fue movido e incendiado, mientras que otros afirman que nunca fue movido, 2) Kathleen le dijo al periodista Paul Avery que su secuestrador abandonó el auto para bajarse y buscarla a ella y a su bebé con una linterna, pero también Kathleen rindió dos testimonios ante la Policía y en cada uno de ellos afirmó que el sujeto no se bajó del vehículo a buscarla a ella y a su bebé.

En todo caso, tiempo después Zodíaco envió una carta (más adelante se verá) en la que afirmaba que él era el que había estado ese 22 de marzo con Kathleen; pero, pese a esto

y en parte porque era posible pensar que Zodíaco estuviese mintiendo, las dudas persistieron, sobre todo a causa de las mencionadas inconsistencias sobre ciertos puntos de lo sucedido.

Zodíaco y sus “agradables botones”

Zodíaco siguió comunicándose durante 1970 a través de tarjetas postales y cartas que mandaba a la Prensa. En una de esas cartas, enviada al San Francisco Chronicle y fechada el 28 de abril de 1970, Zodíaco amenazó con poner una bomba en un autobús si el periódico no publicaba detalladamente sus escritos; y, además, expresó que quería ver que la gente comenzara a usar “algunos agradables botones Zodíaco” con su símbolo.

Pero el tiempo pasó y al parecer la gente no se tomó muy en serio al asesino, de modo que no usaron sus “agradables botones Zodíaco”. Esto molestó bastante a Zodíaco, por lo que el 26 de junio de 1970 envió otra carta al San Francisco Chronicle: «Zodíaco al habla. Me he disgustado mucho con la gente de la Bahía de San Francisco. No han cumplido mis deseos de verlos usar mis agradables botones Zodíaco. Yo prometí castigarlos aniquilando un autobús escolar repleto si no cumplían. Pero ahora la escuela está cerrada por el verano, así que los castigué de otra manera. Le disparé con una .38 a un hombre que estaba sentado en un auto estacionado.»

Lejos de obedecerle y usar sus bonitos botones, la gente de la bahía de San Francisco siguió apática ante el deseo vehemente que el asesino manifestaba por ver personas luciendo sus botones. Por eso Zodíaco envió otras cartas más:

Julio 24 de 1970:

«Zodíaco al habla. Me siento bastante infeliz porque ustedes, gente, no usan mis agradables botones Zodíaco. Así que ahora tengo una pequeña lista, comenzando con la mujer y su bebé a las que les di un paseo bastante interesante por un par de horas, hace pocos meses atrás en una tarde que terminó conmigo quemando su carro donde las encontré»

Julio 26 de 1970:

«Zodíaco al habla. Ya que no usarán agradables botones Zodíaco, qué les parecería si utilizan asquerosos botones Zodíaco. O cualquier tipo de botones Zodíaco que se les ocurra. Si no usan ningún tipo de botones Zodíaco, yo tendré (por encima de cualquier otra cosa) que torturar a todos mis 13 esclavos que espero para mí en el Paraíso. A algunos los ataré y los veré gritar y retorcerse desde las colinas. Otros tendrán astillas de pino clavadas bajo las uñas y luego arderán. Otros serán colocados en jaulas y alimentados con carne salada hasta que estén empachados, entonces yo los escucharé suplicar por agua y me reiré en sus caras. Otros serán colgados de sus pulgares y arderán en el sol, después yo los restregaré con profundo calor para que se calienten. A otros los dejaré que vivan y corran gritando alrededor. Y a todos los jugadores de billar, yo los dejaré jugar en una oscura mazmorra con los pies torcidos y los zapatos virados. Sí, yo tendré gran diversión infligiendo el más delicioso dolor a mis esclavos.»

Aterrorizando al periodista Paul Avery antes de callar

El 27 de octubre de 1970 Zodíaco envió otra carta al San Francisco Chronicle. En ella amenazaba de muerte al periodista Paul Avery, quien trabajaba en el S. F. Chronicles y

había estado publicando artículos en los cuales insultaba a Zodíaco. Aquella carta fue el detonante del inicio del fin de la carrera de Avery. Así, el periodista se obsesionó con la idea de que en cualquier momento podía ser asesinado por Zodíaco, por lo que iba a todas partes con una pistola y, en la profundidad de su angustia, empezó a beber en exceso, cosa esta que lo llevó a fracasar profesionalmente.

Después de sacar de juego a Avery mediante la intimidante carta, Zodíaco desapareció durante tres años y pico. Su silencio fue absoluto: no cometió crimen alguno, no envió cartas, no hizo llamadas, no dio señal alguna... Era un mutismo calculado y la Policía, sin pistas, terminó frustrada.

Zodíaco vuelve a hablar en 1974

El 29 de enero de 1974, Zodíaco rompió su silencio de años cuando envió una carta en que elogiaba la película de El Exorcista y, entre otras cosas, decía que era “la mejor comedia satírica” que jamás había visto.

Después, el 14 de febrero del mismo año, Zodíaco envió otra carta al San Francisco Chronicle en la cual le explicaba al editor que las iniciales para “Ejército Simbiótico de Liberación” (SLA) significaban ‘mata’ (de matar...) si eran deletreadas en nórdico antiguo. Tras ser examinada, la autenticidad de la carta resultó dudosa y se pensó que lo más probable era que no haya sido escrita por Zodíaco.

El 8 de mayo de 1974 el San Francisco Chronicle recibió una carta en la que se presentaban quejas del film Badlands diciendo que constituía una “glorificación del asesinato” y que el periódico debía quitar de sus páginas la publicidad del film. La carta no estaba firmada por Zodíaco sino por “Un ciudadano”, pero la letra, el tono y el toque irónico, hicieron pensar que quizá había sido escrita por Zodíaco, aunque era bastante probable que no lo fuera.

Finalmente, el 8 de julio de 1974 el San Francisco Chronicle recibió una carta con quejas en las que se pedía al editor que pusiera al columnista Marco Spinelli en el “agujero infernal de donde vino” puesto que tenía un “serio desorden psicológico” en tanto que “siempre” necesitaba “sentirse superior”. La carta estaba firmada por un tal “Fantasma Rojo” y, si bien se ha sospechado que pudo ser escrita por Zodíaco, lo más probable es que no lo haya sido.

Después de esas cuatro cartas cuya autoría aún resulta dudosa excepto en el caso de la primera, el silencio volvió a surgir en torno a la figura de Zodíaco. Al menos hasta el año 1978.

Antes de la desaparición final

El 24 de abril de 1978 el San Francisco Chronicle recibió una carta que muy probablemente era de Zodíaco. El diario la publicó al día siguiente de recibirla y en ella se podía leer: «Querido Editor: Zodíaco al habla. Estoy otra vez con vosotros. Dígales a todos que estoy aquí, que siempre he estado aquí. Ese cerdo ciudadano de Toschi es bueno, pero yo soy más inteligente y a lo mejor él se cansará y me dejará en paz. Estoy esperando una buena película sobre mí. ¿Quién hará mi papel? Ahora yo lo controlo todo. Atentamente: adivínelo».

Planteamientos en torno a un asesino que nunca volvió

Si algún asesino hace pensar en Jack El Destripador, ese asesino es Zodíaco: cinco fueron sus asesinatos confirmados, al igual que los asesinatos confirmados de Jack; ambos mandaban cartas en las hablaban de sus crímenes; y, sobre todo, a ninguno de los dos se capturó y de ninguno de ellos se supo jamás quién fue con certeza.

Las investigaciones que surgieron tras la desaparición de Zodíaco nunca consiguieron nada definitivo y, en una época en que el ADN y las tecnologías digitales dan a la Policía una ventaja indagatoria brutal frente al potencial evasivo del delincuente, Zodíaco probó al mundo que aún es posible la existencia de una mente lo suficientemente astuta y brillante como para burlar a los servicios policiales más avanzados, los de U.S.A. Fue pues por las dificultades halladas que la investigación sobre el caso Zodíaco fue catalogada como “inactiva” en el 2004, aunque a pedido de la indignada opinión pública fue reabierta en el 2007 y, al menos hasta la fecha (5 de octubre del 2012) de redacción de estas líneas, la figura del asesino continúa envuelta en el misterio.

Muestra de la fracasada labor policial es el hecho de que en varios años el Departamento de Policía de San Francisco investigó a 2500 sospechosos y no pudo confirmar a ninguno como el autor de los crímenes. Se plantearon incluso cosas tan disparatadas como que el terrorista Theodore Kacynski (Unabomber) o el famoso criminal Charles Manson podían ser el Asesino del Zodíaco. Por otra parte, el asunto de las víctimas no confirmadas tampoco pudo ser solucionado del todo en el sentido de que no se pudo afirmar con contundencia que tal o cual persona no fue víctima o sí fue víctima de Zodíaco. De ese modo y debido al caudal que representa todo lo no confirmado que se ha omitido sobre el asesino, resulta útil limitarse a una lista de los sospechosos (algunos ya se han barajado) más importantes y de las víctimas no confirmadas que siempre constan en los textos sobre el asesino:

1-Principales sospechosos

Marvin Bernell

Marvin se encargaba de programar películas en una sala de cine y de proyectarlas. Robert Graysmith, periodista obsesionado con Zodíaco, descubrió que la marca que Marvin usaba para marcar los rollos de las películas era igual al símbolo de Zodíaco, que en el techo de la sala de cine había un zodíaco pintado, que Marvin poseía una copia de la cinta sobre el Conde Zaroff (personaje asociado a Zodíaco) y que su letra se parecía a la del asesino. A la Policía le pareció que el signo para marcar rollos era no solo el de Zodíaco sino la representación estilizada de una mira telescópica, cosa que podía significar afición a los deportes de tiro u otras cosas. Por otra parte, nunca se pudo demostrar que la letra de Marvin fuese la misma que Zodíaco y jamás se halló nada que permitiese pensar que el tranquilo Marvin era el psicópata Zodíaco.

Lawrence Kane

Esta hipótesis fue una de las más absurdas y surgió de las sospechas de la hermana de Darlene Ferrin (asesinada por Zodíaco). Ella sospechaba porque Kane era corpulento como Zodíaco y había seguido a su hermana por meses antes del asesinato. El gran problema con la hipótesis era que Kane había sufrido un daño cerebral que, según los médicos, le quitó la capacidad para controlar la auto-gratificación. Además nunca se supo que Kane fuera un sujeto de inteligencia sobresaliente. Y entonces: ¿cómo podía mostrar ese autocontrol, esa frialdad, esa actitud planificadora capaz de hacerlo desaparecer y reaparecer, capaz de hacerlo suspender por largo tiempo algo tan gratificante como enviar

cartas amenazantes a los diarios, cómo pues, si había perdido en 1962 la capacidad de controlar la auto-gratificación? ¿Cómo podía haber construido esos códigos tan complicados, tan dignos de una mente privilegiada? Nunca se probó que fuera intelectualmente brillante y siempre los hechos apuntaron a que no lo era, de modo que resulta extremadamente fantasioso creer que Kane fuera una mente a la altura de Zodíaco. Así, la hipótesis cae porque de seguro Kane no tenía el autocontrol de Zodíaco y casi de seguro no tenía una inteligencia brillante.

Arthur Leigh Allen

De todos los sospechosos que ha habido, sin duda ninguno ha dado tantas razones para sospechar como Allen pues: 1) sabía de lenguajes cifrados pues los había aprendido en la Marina, 2) era superdotado ya que tenía un IQ de 137, 3) Se sospechaba que había violado a un niño, cosa que de ser cierta lo convertía en alguien malvado, como Zodíaco, 4) Su aspecto se parecía al de Zodíaco por la semejanza de su cara con el retrato robot del asesino y porque era también alguien corpulento y blanco. 5) Le gustaba matar, pues aunque nunca se supo que matara a alguien, adoraba el deporte de la cacería, 6) Dijo que el hombre era “el animal más peligroso de cazar”, afirmación que escalofriantemente se repetía en una de las cartas de Zodíaco, aunque bien podía pensarse en otras cosas que lo hicieran llegar a ese pensamiento, 7) Era solitario (como probablemente lo era Zodíaco), 8) era mentalmente insano, al punto de que sus parientes mostraban preocupación. El gran problema con Allen fue que sus huellas dactilares y su ADN no coincidían con los del asesino, factores estos que eran apenas dos pero tenían suficiente peso como para descartarlo.

Bruce Davis

Bruce había sido miembro de La Familia, el grupo criminal de seguidores de Charles Manson. Bruce está actualmente en prisión pero en la década de los 60 se encontraba en el área de San Francisco, espacio en el cual Zodíaco había cometido sus asesinatos. Bruce fue descartado como sospechoso porque su letra no coincidía con la de Zodíaco, porque tenía el pelo demasiado largo (el retrato robot lo tenía corto) cuando Zodíaco cometió sus crímenes y porque no usaba gafas.

Michael O'Hare

Michael era un destacado hombre de negocios y fue sospechoso en parte porque vivía cerca del lugar en que se dio el asesinato de Paul Stine. Fue rápidamente descartado debido a una prueba de ADN.

Guy Ward Hendrickson

Deborah Pérez tenía 47 años y era hija de un difunto (1981) carpintero de Orange llamado Guy Ward Hendrickson. Deborah aprovechó la atención que, a raíz de la película *Zodíaco* (basada en el asesino), se generó en torno al asesino: así, en el año 2009 ella convocó a una rueda de prensa en la sede del diario San Francisco Chronicle, todo para declarar que su padre era el Asesino del Zodíaco. Entre otras cosas, Deborah dijo que había estado con su padre en dos de los crímenes —creyendo escuchar dos cohetes cuando en realidad eran dos disparos—, que había escrito una carta a nombre de su padre al abogado Melvin Belli, y que tenía en su posesión las gafas del taxista Paul Stine, las cuales realmente sí habían desaparecido de la escena del crimen. Posteriormente la Policía analizó las gafas y determinó que no coincidían con las de Stine, así como también sometió a Deborah a la prueba del polígrafo, en la cual ella falló de manera garrafal.

Por último era claro que Deborah era una persona un tanto trastornada que intentaba llamar la atención inventando cosas. Así, anteriormente Deborah había declarado que era hija ilegítima de John F. Kennedy, cosa que evidenciaba lo verdaderas que eran las declaraciones de su hermana según las cuales Deborah había pasado años en terapia psicoanalítica porque, entre otras cosas, se pasaba inventando recuerdos de cosas que nunca sucedieron y estaba obsesionada con el exhibicionismo, poniendo en Facebook y en otras páginas fotos provocativas para llamar la atención. Sin embargo, pese a lo anterior, Deborah contrató los servicios de una firma de relaciones públicas y se encuentra preparando un documental en el que muestra las supuestas pruebas de que su padre era Zodíaco.

Richard Gaikowski

Richard nació en 1936 y fue médico en el Ejército de USA. De él se sospechó principalmente porque: 1) algunos investigadores vieron la abreviatura que Richard usaba para su nombre en ciertos códigos de Zodíaco 2) la hermana de Darlene sospechaba de Richard y lo había visto en el funeral de Darlene, 3) Richard vivía cerca de donde se cometieron los asesinatos, 4) Richard supuestamente había seguido (no se puede saber si fue por otras razones) a Darlene cuando ella se casó y se trasladó a Albany; y allí, en Albany, trabajó en un periódico que era rival del periódico en el que trabajaba el marido de Darlene, 5) Un operario dijo que la voz de Richard era idéntica a la que oyó en una llamada de Zodíaco durante 1969, 6) el rostro de Richard se parecía al retrato robot, 7) la escritura de Richard era bastante similar a la de Zodíaco.

Como se ve, no eran pocas las razones para sospechar de Richard, sin embargo la Policía nunca le realizó una prueba de huellas digitales y el proceso de la investigación sobre Richard fue detenido porque supuestamente no había razones suficientes para que siga adelante. Una de las principales razones que se esgrimió contra la hipótesis de su culpabilidad fue la de que Richard no tenía conocimientos sobre lenguaje cifrado y, si bien era inteligente, al menos aparentemente no lo era en el grado necesario como para construir todo ese complicado sistema de código. Richard murió en el 2004.

Jack Tarrance

En el año 2000 Dennis Kaufman declaró que su padrastro Jack Tarrance era Zodíaco. Entre otras razones porque su escritura se parecía a la del asesino, porque le había confesado que él era el asesino y esa confesión había sido grabada, y porque, entre las posesiones de su padrastro, Dennis había hallado un disfraz idéntico al de Zodíaco. El problema fue que esa confesión grabada pudo ser una farsa planificada, que el disfraz pudo ser fabricado para engañar y, sobre todo, que el ADN de Tarrance no coincidía con el de Zodíaco.

2-Principales víctimas no confirmadas

Robert Domingos (19 años) y Linda Evans (17 años):

Ambos fueron asesinados el 4 de junio de 1963 por un arma de fuego. El crimen ocurrió en una playa cercana a Lompoc (California) y tuvo fuertes similitudes con el caso de Bryan Calvin Hartnell y Cecilia Ann Shepard, ocurrido un 27 de septiembre de 1969 en Lake Berryessa.

Cheri Jo Bates (18 años):

El 30 de octubre de 1966 ella fue asesinada brutalmente (casi decapitada) por arma blanca en el Community College de Riverside (California). Tuvieron que pasar cuatro años para que el periodista Paul Avery (amenazado de muerte por Zodíaco) levantara sospechas sobre la autoría de Zodíaco, todo en virtud de determinadas similitudes entre las circunstancias de los asesinatos de Zodíaco y las circunstancias que rodearon el caso de Bates.

Kathleen Johns (22 años):

Su caso ya fue expuesto arriba en este mismo artículo.

Donna Lass (25 años):

Donna desapareció (nunca se supo con certeza que fuera asesinada) el 26 de septiembre de 1970 en South Lake Tahoe (California). Tiempo después (22 de marzo de 1971) el San Francisco Chronicle recibió una carta de Zodíaco en la que decía que llevaba 13 víctimas, aunque Donna debió ser la decimocuarta y no la decimotercera como se indicaba en la postal. Por esa y otras razones la Policía nunca creyó que se la pudiera ligar demasiado con el asesino y, en consecuencia, no se efectuó una investigación oficial.